MALAZ: EL LIBRO DE LOS CAÍDOS



STEVEN ERIKSON

LOS CAZAHUESOS

La rebelión de Siete Ciudades ha sido aplastada. Queda una última fuerza rebelde oculta en la ciudad de Y'Ghatan bajo el mando fanático de Leoman de los Mayales. La perspectiva de sitiar esta antigua fortaleza inquieta al agotado Decimocuarto Ejército de Malaz. Fue allí donde cayó asesinado el mejor paladín del Imperio y se derramó una marea de sangre malazana.

Pero eso no es más que una distracción. Hay agentes de un conflicto mucho mayor que ya han empezado a hacer sus primeros movimientos. Al dios Tullido se le ha concedido un lugar en el panteón y amenaza con abrirse un cisma. Hay que elegir bando. Pero decida lo que decida cada dios, las reglas han cambiado, y la primera sangre que caerá será en el mundo de los mortales…

Steven Erikson es arqueólogo y antropólogo. Las novelas de su serie «Malaz: El libro de los caídos» han sido internacionalmente aclamadas y lo sitúan como una de las principales voces de la ficción fantástica y épica.

Lectulandia

Steven Erikson



Los cazahuesos

Malaz: El libro de los caídos - 6

ePub r1.2
arthor 19.04.14

Título original: *The Bonehunters*
Steven Erikson, 2006
Traducción: Marta García Martínez
Diseño de cubierta: Steve Stone

Editor digital: arthor
Corrección de erratas: eKionh, gurney (r1.2)
ePub base r1.1

Para Courtney Welch.
Que no pare la música, amiga mía.

Agradecimientos

Gracias a todos los sospechosos habituales, incluyendo a los lectores de mis primeros borradores: Chris, Mark, Rick, Courtney y Bill Hunter, que ha demostrado ser imprescindible en el establecimiento de la mecánica y la lista completa de las variantes de la baraja de los Dragones, pero, oye, Bill, se acabó eso de caminar kilómetros enteros bajo la lluvia, ¿de acuerdo? Cam Esslemont por una lectura tan diligente; me alegro de que al menos uno de los dos tenga clara la línea temporal. Clare y Bowen, como siempre. Al personal del Bar Italia por ayudarme con otra más; tres novelas cortas, cuatro novelas y veintidós mil cafés con leche, menuda racha, ¿eh? Steve, Perry y Ross Donaldson por su amistad. Simon Taylor, Patrick Walsh y Howard Morhaim, por el gran trabajo hecho todas y cada una de las veces.

DRAMATIS PERSONAE

LOS MALAZANOS

Emperatriz Laseen, gobernante del Imperio de Malaz
Consejera Tavore, comandante del Decimocuarto Ejército
Puño Keneb, comandante de división
Puño Blistig, comandante de división
Puño Tene Baralta, comandante de división
Puño Temul, comandante de división
Nada, hechicero wickano
Menos, bruja wickana
T'amber, ayudante de Tavore
Lostara Yil, ayudante de Perla
Perla, garra
Nok, almirante de la flota imperial

Banaschar, exsacerdote de D'rek
Hellian, sargento de la guardia de la ciudad de Kartool
Urb, guardia de la ciudad de Kartool
Sinaliento, guardia de la ciudad de Kartool
Pejiguero, guardia de la ciudad de Kartool

Ben el Rápido, mago supremo del Decimocuarto Ejército
Kalam Mekhar, asesino
Larva, huérfano

SOLDADOS ESCOGIDOS DEL DECIMOCUARTO EJÉRCITO

Capitán Tierno, regimiento Ashok
Teniente Poros, regimiento Ashok
Capitán Faradan Sort

Sargento Violín / Cuerdas
Cabo Chapapote
Sepia
Botella
Koryk
Sonrisas
Sargento Gesler
Cabo Tormenta
Sargento mayor Diente Bravo
Quizás
Laúdes
Ebron
Peccado
Bollito
Sargento Bálsamo
Cabo Olor a Muerto
Rebanagaznates
Masan Gilani

OTROS

Barathol Mekhar, herrero
Kulat, aldeano
Nulliss, aldeana
Hayrith, aldeana
Chaur, aldeano
Noto Forúnculo, sajador (sanador) de la compañía en la hueste de Unbrazo
Hurlochel, escolta de la hueste de Unbrazo
Capitán Arroyodulce, oficial de la hueste de Unbrazo
Cabo Futhgar, oficial de la hueste de Unbrazo
Puño Rythe Bude, oficial de la hueste de Unbrazo
Ormulogun, artista
Gumble, su crítico
Apsalar, asesina
Telorast, espíritu
Cuajo, espíritu

Samar Dev, bruja de Ugarat
Karsa Orlong, guerrero teblor
Ganath, jaghut
Rencor, soletaken y hermana de lady Envidia

Corabb Bhilan Thenu'alas
Leoman de los Mayales, último líder de la rebelión

Capitán Gorrionpardo, guardia de la ciudad de Y'Ghatan
Karpolan Demesand, Asociación Comercial de Trygalle
Torahaval Delat, sacerdotisa de Poliel

Navaja, en otro tiempo Azafrán de Darujhistan
Heboric Manos Fantasmales, destriant de Treach
Scillara, refugiada de Raraku
Felisin la Menor, refugiada de Raraku
Ranagrís, demonio

Mappo Runt, trell
Icarium, jhag
Iskaral Pust, sacerdote de Sombra
Mogora, d'ivers
Talarack Veed, gral y agente de los sin nombre
Dejim Nebrahl, t'rolbarahl d'ivers del Primer Imperio

Trull Sengar, tiste edur
Onrack el Fracturado, t'lan imass no vinculado

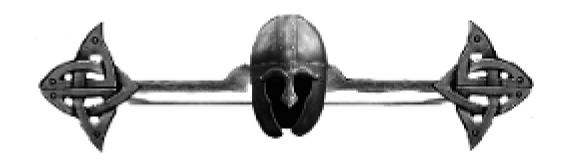
Ibra Gholan, t'lan imass
Monok Ochem, invocahuesos t'lan imass
Minala, comandante de la Compañía de Sombra

Tomad Sengar, tiste edur
Bruja de la Pluma, esclava letherii
Atri-preda Yan Tovis (Crepúsculo), comandante de las fuerzas letherii
Capitán Varat Taun, oficial bajo el mando de Crepúsculo
Taxiliano, intérprete
Ahlrada Ahn, espía tiste andii entre los tiste edur
Sathbaro Rangar, hechicero arapay

Por todo lo que se hace real
en esta era que desciende,
donde los héroes nada dejan,
salvo el resonar férreo de sus nombres
en gargantas de vates,
me yergo en este silencioso corazón
llorando el ritmo fugaz
de vidas caídas en el polvo.
Y el tamizado susurro
proclama el tránsito de la gloria
cuando los cantos se apagan
en ecos moribundos
por todo lo que se hace real.
Los aposentos y salones
bostezan vacíos a mis lamentos,
pues alguien debe
dar respuesta.
Dar respuesta
a todo esto.
Alguien.

La era que desciende
—Torbora Fethena

Prólogo



1164 del Sueño de Ascua
Istral'fennidahn, la estación de D'rek, Gusano del Otoño
Veinticuatro días después de la ejecución de Sha'ik en Raraku

Las telarañas que había entre las torres eran visibles en láminas relucientes en las alturas y la leve brisa que llegaba del mar estremecía los inmensos hilos, de modo que una bruma de lluvia descendía sobre Kartool, como cada mañana, en la estación Clara.

Una persona se puede acostumbrar a casi todas las cosas, con el tiempo, y dado que las arañas paraltinas de rayas amarillas habían sido las primeras en ocupar las otrora infames torres tras la conquista malazana de la isla, y que además ya habían pasado décadas de eso, había habido tiempo de sobra para habituarse a esos detalles. La visión de gaviotas y palomas suspendidas, inmóviles, cada mañana, entre la veintena de torres, antes de que las arañas (grandes como puños) salieran de sus guaridas del piso superior para

recuperar sus presas, no provocaba más que un leve asco entre los ciudadanos de Kartool.

La sargento Hellian, de la guardia de la ciudad del distrito del Septarca, por desgracia era una excepción. La sargento sospechaba que había dioses en un perpetuo ataque de risa cada vez que contemplaban su miserable destino, del que no cabía duda que los responsables eran ellos. Nacida en la ciudad, maldecida con la fobia a todo tipo de arañas, había vivido todos y cada uno de sus diecinueve años en un estado de terror continuo.

¿Por qué no irse sin más? Una pregunta hecha por camaradas y conocidos más veces de las que quería contar. Pero no era tan sencillo. De hecho, era imposible. Las aguas turbias del puerto estaban sucias, repletas de pieles mudadas, fragmentos de telarañas y cadáveres empapados recubiertos todavía con mechones de plumas, carcasas de muertos que se mecían de un lado a otro. Tierra adentro era todavía peor. Las jóvenes paraltinas, tras escapar de sus mayores en la ciudad, luchaban por alcanzar la madurez entre los riscos de piedra caliza que rodeaban Kartool. Y aunque jóvenes, no por ello eran menos agresivas o virulentas. Si bien los comerciantes y granjeros le decían que se podían recorrer las pistas y los caminos todo el día sin encontrar ni una sola, a Hellian le daba igual. Sabía que los dioses estaban esperando. Igual que las arañas.

Cuando estaba sobria, la sargento notaba cosas con la diligencia que correspondía a un guardia de la ciudad. Y si bien no solía estar completamente borracha, la sobriedad pura y dura era una invitación a la histeria, así que Hellian procuraba avanzar a un ritmo constante sobre la cuerda floja del no-del-todo-borracha. Por tanto, no se había enterado de la llegada del extraño barco que había amarrado en los

Muelles Libres antes del amanecer, con un pendón que indicaba que había llegado de la isla de Malaz.

Los barcos provenientes de la isla de Malaz no eran, por sí solos, cosa rara o digna de mención; pero ya había llegado el otoño y los vientos predominantes en la estación Clara hacía que todas las rutas del sur fueran casi impracticables durante al menos los dos meses siguientes.

Si las cosas fueran menos borrosas, quizá también hubiera notado (si le hubiera dado por dirigirse a los muelles, cosa que tal vez hubiera podido lograrse a punta de espada) que el barco no era la corveta o el barco mercante habitual, ni tampoco un dromon militar, sino una embarcación de líneas puras, grácil, diseñado de un modo que no había visto en los últimos cincuenta años ningún constructor de buques del Imperio. Unas tallas arcanas adornaban la proa afilada, formas minúsculas que detallaban serpientes y gusanos, los paneles recorrían la regala casi hasta la mitad del barco. La popa era cuadrada y extrañamente alta, con un timón montado en un lado. La tripulación ascendía a una docena de personas, callados para ser marineros y reacios a abandonar el barco que se bamboleaba en el muelle. Una figura solitaria había desembarcado en cuanto se había desplegado la pasarela, poco antes del amanecer.

Pero Hellian de esos detalles se enteró más tarde. El mensajero que la encontró era un mocoso de la zona que, cuando no estaba infringiendo alguna ley, merodeaba por los muelles con la esperanza de que lo contrataran como guía para los visitantes. El trozo de pergamino que le entregó era, como notó la sargento al tocarlo, de cierta calidad. En él estaba escrito un escueto mensaje cuyo contenido la hizo fruncir el ceño.

—Muy bien, chaval, describe al hombre que te dio esto.

—No puedo.

Hellian miró tras de sí, a los cuatro guardias que tenía atrás, en la esquina de la calle. Uno de ellos se puso detrás del chico y lo levantó con una mano, cogiéndolo por la espalda de la andrajosa túnica. Una sacudida rápida.

—¿Se te ha despejado la memoria un poco? —preguntó Hellian—. Eso espero, porque dineros no vas a ver.

—¡No me acuerdo! ¡Lo miré directamente a la cara, sargento! Solo… ¡que no me acuerdo de cómo era!

La sargento estudió al chico un momento, después lanzó un gruñido y le dio la espalda.

El guardia dejó al chico en el suelo, pero no lo soltó.

—Déjalo ir, Urb.

El muchacho se escabulló a toda prisa.

Con un gesto vago para que sus guardias la siguieran, Hellian echó a andar.

El distrito del Septarca era la zona más tranquila de la ciudad, aunque no porque Hellian pusiera una diligencia especial en sus tareas. Había pocos edificios comerciales y las residencias que existían servían para albergar acólitos y personal de apoyo de la docena de templos que dominaban la avenida principal del distrito. Los ladrones que apreciaban en algo su vida no robaban en los templos.

Hellian llevó a su pelotón a la avenida y volvió a notar una vez más el mal estado en el que estaban muchos de los templos. A las arañas paraltinas les gustaba la arquitectura ornamentada, las cúpulas y las torres menores, y daba la sensación de que los sacerdotes estaban perdiendo la batalla. La basura quitinosa crujía y crepitaba cuando la pisaban.

Años antes, la primera noche de Istral’fennidahn, que acababa de pasar, se conmemoraba con festejos por toda la isla, que se sumía en sacrificios y ofrendas a la diosa patrona

de Kartool, D’rek, el Gusano del Otoño, y el sumo sacerdote del Gran Templo, el demidrek, encabezaba una procesión por toda la ciudad sobre una alfombra de basura fecunda, los pies descalzos barrían desechos plagados de cresas y gusanos. Los niños perseguían a los perros cojos por los callejones, y a los que arrinconaban los mataban a pedradas mientras chillaban el nombre de su diosa. A los criminales convictos sentenciados a muerte se les desollaba en público, se les rompían los huesos largos y después se arrojaba a las indefensas víctimas a pozos infestados de escarabajos carroñeros y gusanos rojos de fuego que los devoraban en el curso de cuatro o cinco días.

Pero todo eso había sido antes de la conquista malazana, por supuesto. El objetivo principal del emperador había sido el culto de D’rek. Había sabido desde el primer momento que el corazón del poder de Kartool era el Gran Templo y que los hechiceros maestros de la isla eran los sacerdotes y las sacerdotisas de D’rek, gobernados por el demidrek. Es más, no era ninguna casualidad que durante la noche de la matanza que precedió a la batalla naval y la consiguiente invasión, una jornada encabezada por los infames Danzante y Torva, señora de la Garra, se hubiera acabado con los hechiceros del culto, incluyendo al demidrek. El sumo sacerdote del Gran Templo solo había recuperado su eminencia muy poco tiempo antes tras un golpe interno, y el rival expulsado había sido nada menos que Tayschrenn, el nuevo (en aquel tiempo) mago supremo del emperador.

Hellian solo había oído relatos sobre las celebraciones, que habían sido proscritas en cuanto los ocupantes malazanos extendieron el manto imperial sobre la isla, pero le habían relatado con harta frecuencia historias sobre esos días gloriosos de hace tanto tiempo, cuando la isla Kartool se encontraba en la cúspide de la civilización.

Todo el mundo estaba de acuerdo en que las actuales y sórdidas condiciones eran culpa de los malazanos. El otoño había caído de verdad sobre la isla y sus malhumorados habitantes. Después de todo, habían aplastado algo más que el culto a D'rek. Se había abolido la esclavitud, se habían limpiado y restregado los pozos de ejecución y después los habían sellado de forma permanente. Incluso había un edificio que albergaba a una veintena de desencaminados altruistas que adoptaban perros cojos.

Pasaron junto al modesto templo de la reina de los Sueños y, achaparrado en el lado contrario, el odiado templo de Sombra. En otro tiempo no se habían permitido más que siete religiones en Kartool, seis de ellas sometidas a D'rek, de ahí el nombre del distrito. Soliel, Poliel, Beru, Ascua, el Embozado y Fener. Desde la conquista habían llegado más, las dos ya mencionadas junto con Dessembrae, Togg y Oponn. Y el Gran Templo de D'rek, que todavía era la más grande de todas las estructuras de la ciudad, se encontraba en una patética situación de deterioro.

La figura que aguardaba en los anchos escalones de la entrada vestía el atavío de un marinero malazano, desvaídos cueros impermeables, una camisa gastada de lino fino y harapiento. Llevaba el cabello oscuro en una cola que le colgaba entre los hombros sin ningún adorno más. Cuando se giró al acercarse ellos, la sargento vio un rostro de mediana edad con rasgos regulares y afables, aunque había algo extraño en los ojos de aquel hombre, algo vagamente enfebrecido.

Hellian respiró hondo para intentar despejar sus empapados pensamientos y después levantó el pergamino entre los dos.

—Presumo que esto es suyo…

El hombre asintió.

—¿Usted es la comandante de la guardia de este distrito?

La sargento sonrió.

—Sargento Hellian. El capitán murió el año pasado de una infección en un pie. Seguimos esperando un sustituto.

Las cejas se alzaron con una expresión irónica.

—¿No la ascienden, sargento? Se presupone, por tanto, que la sobriedad ha de ser una virtud decisiva en un capitán.

—Su nota decía que hay problemas en el Gran Templo —dijo Hellian sin hacer caso de la grosería del hombre y mientras se giraba para estudiar el inmenso edificio. Las puertas dobles, notó con el ceño fruncido, estaban cerradas. Que lo estuvieran justo ese día carecía de precedentes.

—Eso creo, sargento —dijo el hombre.

—¿Había venido a presentar sus respetos a D'rek? —le preguntó Hellian, una leve inquietud luchaba por abrirse paso entre la neblina del alcohol—. ¿Están echados los cerrojos? ¿Cómo se llama usted y de dónde es?

—Me llamo Banaschar, de la isla de Malaz. Llegamos esta mañana.

Un gruñido de uno de los guardias a su espalda y Hellian lo pensó. Después le lanzó a Banaschar una mirada más atenta.

—¿En barco? ¿En esta época del año?

—Nos apresuramos todo lo que pudimos. Sargento, creo que tenemos que forzar la entrada del Gran Templo.

—¿Y por qué no llamar, sin más?

—Lo he intentado —respondió Banaschar—. No responde nadie.

Hellian vaciló. *¿Forzar la entrada del Gran Templo? El puño es capaz de freírme las tetas por esto.*

—Hay arañas muertas en los escalones —dijo Urb de repente.

Se volvieron.

—Por la bendición del Embozado —murmuró Hellian—, montones de ellas.

Espoleada su curiosidad, se aproximó más. Banaschar la siguió y, tras un momento, el pelotón los acompañó.

—Parecen… —La sargento sacudió la cabeza.

—Consumidas —dijo Banaschar—. Podridas. Sargento, las puertas, por favor.

Con todo, Hellian vaciló. Se le ocurrió una cosa y miró con furia al hombre.

—Ha dicho que se apresuraron a llegar aquí. ¿Por qué? ¿Es usted acólito de D'rek? No lo parece. ¿Qué lo ha traído aquí, Banaschar?

—Un presentimiento, sargento. Fui… muchos años atrás… sacerdote de D'rek, en el templo jakatakano de la isla de Malaz.

—¿Un presentimiento lo ha traído hasta Kartool? ¿Me toma por tonta?

Un destello de cólera resplandeció en los ojos del hombre.

—Es obvio que está usted demasiado borracha para oler lo que estoy oliendo yo. —Miró a los guardias—. ¿Comparten ustedes los defectos de su sargento, o estoy solo en este asunto?

Urb había fruncido el ceño.

—Sargento —dijo después—, creo que deberíamos derribar esas puertas.

—¡Entonces hazlo, maldita sea!

Observó a los guardias derribar la puerta. El ruido atrajo a una multitud y Hellian advirtió que se abría camino hasta el frente una mujer alta, ataviada con túnicas, que era, con toda claridad, una de las sacerdotisas de otro de los templos. *Oh, vamos, ¿y ahora qué?*

Pero los ojos de la mujer estaban clavados en Banaschar, que, a su vez, la había visto acercarse y le devolvía la mirada con calma, la expresión dura y firme.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —preguntó la mujer.

—¿No ha sentido nada, suma sacerdotisa? La complacencia es una enfermedad que se extiende con rapidez, al parecer.

La mirada de la mujer se posó en los guardias que pateaban las puertas.

—¿Qué ha pasado?

La puerta de la derecha se astilló y una última patada la tumbó al fin.

Hellian le hizo un gesto a Urb para que entrase y después lo siguió, con Banaschar detrás.

El hedor era abrumador y en la penumbra eran visibles grandes salpicaduras de sangre en las paredes, fragmentos de carne esparcidos por las losas pulidas y charcos de bilis, sangre y heces, además de jirones de ropa y mechones de pelo.

Urb no había dado más que dos pasos cuando se detuvo, con los ojos clavados en lo que estaba pisando. Hellian lo adelantó muy despacio, su mano se dirigió motu proprio a la petaca que llevaba en el cinturón. La mano de Banaschar la detuvo.

—Aquí dentro no.

La sargento se lo quitó de encima de malos modos.

—Váyase al Embozado —rezongó mientras soltaba la petaca y la destapaba de un tirón. Después echó tres rápidos tragos—. Cabo, ve a buscar al comandante Charl. Necesitaremos un destacamento para acordonar la zona. Que envíen recado al puño, quiero magos aquí abajo.

—Sargento —dijo Banaschar—, esto es un asunto para sacerdotes.

—No sea idiota. —Llamó con la mano a los guardias que le quedaban—. Efectuad un registro. Comprobad si hay supervivientes…

—No hay ninguno —afirmó Banaschar—. La suma sacerdotisa de la reina de los Sueños ya se ha ido, sargento. Por consiguiente, se informará a todos los templos y comenzarán las investigaciones.

—¿Qué clase de investigaciones? —preguntó Hellian.

El otro hizo una mueca.

—De la clase sacerdotal.

—¿Y qué hay de usted?

—Yo ya he visto bastante —dijo él.

—Ni se le ocurra irse a ninguna parte, Banaschar —dijo la sargento mientras examinaba la escena de la matanza—. La primera noche de la estación Clara en el Gran Templo solía implicar una orgía. Da la sensación de que se les fue de las manos. —Dos tragos rápidos más a la petaca y la envolvió ese bendito entumecimiento—. Hay muchas preguntas que debe responder…

La interrumpió la voz de Urb.

—Se ha ido, sargento.

Hellian giró en redondo.

—¡Maldita sea! ¿Es que no le estabas echando un ojo a ese cabrón, Urb?

El hombretón abrió las manos.

—Estaba usté hablando con él, sargento. Yo estaba con el ojo puesto en la multitud de ahí delante. Y junto a mí no pasó, eso seguro.

—Reparte una descripción. Quiero que lo encuentren.

Urb frunció el ceño.

—Eh… no recuerdo el aspecto que tenía.

—Maldita sea, yo tampoco. —Hellian se acercó al lugar que había ocupado Banaschar y miró con los ojos guiñados

las huellas que había dejado en la sangre. No llevaban a ninguna parte.

Hechicería. Hellian odiaba la hechicería.

—¿Sabes lo que estoy oyendo ahora mismo, Urb?

—No.

—Estoy oyendo al puño. Silbando. ¿Sabes por qué está silbando?

—No. Escuche, sargento…

—Es la sartén, Urb. Ese chisporroteo dulce, ese bonito chisporroteo que lo hace tan feliz.

—Sargento…

—¿Dónde crees que nos enviará? ¿Korel? Aquello es un desastre de cojones. Quizá Genabackis, aunque eso está más tranquilo. Siete Ciudades, quizá. —Hellian se acabó el coñac de pera de la petaca—. Una cosa es segura, será mejor que empecemos a afilar las espadas, Urb.

El ruido de unas pesadas botas resonó en la calle. Media docena de pelotones como mínimo.

—No se ven muchas arañas en los barcos, ¿verdad, Urb? —La sargento echó un vistazo, luchó contra el cansancio y estudió la expresión desdichada de su compañero—. ¿Verdad? Dime que tengo razón, maldito seas.

Unos cien años antes, un rayo había alcanzado el enorme guldindha, el fuego al rojo vivo había atravesado el corazón de la madera y había partido en dos el antiguo tronco. Las quemaduras ennegrecidas ya hacía mucho tiempo que se habían blanqueado por los efectos del sol del desierto, que hacía caer su luz incesante sobre la madera infestada de gusanos. Se habían desprendido tiras de corteza, apiladas sobre las raíces desnudas que envolvían la cima de la colina como una red inmensa.

El montículo, deformado donde una vez había sido circular, dominaba la cuenca entera. Se alzaba solo, una isla profundamente deliberada en medio de un paisaje descuidado, aleatorio. Bajo peñascos revueltos, tierra arenosa y serpenteantes raíces muertas, la corona de piedra, que en otro tiempo había protegido una cámara mortuoria con paredes de mármol, se había agrietado y se había hundido y tragado el espacio inferior y, al hacerlo, había posado un peso inmenso en el cuerpo enterrado en el interior.

El temblor de pisadas que alcanzaran el cuerpo del subsuelo era un suceso tan poco frecuente (quizá un puñado de veces a lo largo del último sinfín de milenios) que aquella alma sumida en el largo sopor comenzó a despertar y surgió en ella una intensa conciencia al sentir, no un par de pies, sino una docena que ascendían las empinadas y bastas laderas y después se reunían al fin alrededor del árbol destrozado.

La madeja de guardas que abrazaba a la criatura estaba retorcida y enmarañada, pero era persistente en su poder de múltiples capas. El que lo había encerrado había sido concienzudo y había elaborado rituales de permanencia decidida, trazados con sangre y alimentados por el caos. Estaban hechos para durar para siempre.

Intenciones que eran simple vanidad, arraigadas en la errónea creencia de que algún día los mortales carecerían de malicia o desesperación. Que el futuro era un lugar más seguro que el brutal presente, que todo lo que quedaba en el pasado nunca más se recuperaría. Las doce figuras delgadas, cuerpos envueltos en linos raídos y manchados, las cabezas cubiertas y los rostros ocultos por velos grises, conocían de sobra los riesgos que entrañaba verse

empujado a actuar con precipitación. Por desgracia, también sabían lo que era la desesperación.

Todos estaban destinados a hablar en esa reunión, el orden especificado por la posición correspondiente de varias estrellas, planetas y constelaciones, todos invisibles detrás del cielo azul, pero sus ubicaciones conocidas de todos modos. Tras ocupar sus posiciones pasó un largo interludio de quietud y después habló el primero de los sin nombre.

—Nos encontramos una vez más en momentos de necesidad. Estos son los patrones que se previeron tanto tiempo atrás, que revelan que todos nuestros esfuerzos han sido en vano. En el nombre de la senda de Mockra, invoco el ritual de liberación.

Tras pronunciar esas palabras, la criatura del interior del túmulo sintió un golpe seco repentino y la conciencia despertada de súbito halló su identidad. Se llamaba Dejim Nebrahl. Nacido la víspera de la muerte del Primer Imperio, cuando las calles de la ciudad ardían y los chillidos anunciaban la matanza implacable. Pues habían llegado los t'lan imass.

Dejim Nebrahl, nacido con conocimiento pleno, un niño con siete almas, salió trepando, ensangrentado y tembloroso, del cuerpo casi frío de su madre. Un niño. Una abominación.

T'rolbarahl, creaciones demoníacas del propio Dessimbelackis, mucho antes de que los mastines Oscuros tomaran forma en la mente del emperador. Los t'rolbarahl, errores deformes de juicio, habían sido eliminados, exterminados por orden personal del emperador. Eran bebedores de sangre, comedores de carne humana, pero poseían unas profundidades de astucia que ni siquiera Dessimbelackis podría haber imaginado. Y así, siete t'rolbarahl habían conseguido eludir a sus cazadores

durante un tiempo, suficiente para conferir algo de sus almas a una mujer mortal, viuda por las Guerras Trell y sin familia, una mujer en la que nadie se fijaría y cuya mente se podía quebrar, cuyo cuerpo se podía convertir en un recipiente que nutriría su fruto, una m'ena mahybe, pues el niño t'rolbarahl d'ivers de siete caras creció rápido en su interior.

Nacido una noche de terror. Los t'lan imass, si hubieran encontrado a Dejim, habrían actuado sin vacilar: habrían extraído esas siete almas demoníacas y las habrían atado a una eternidad de dolor, su poder desangrado, lenta y gradualmente, para alimentar a los invocahuesos t'lan en sus incesantes guerras contra los jaghut.

Pero Dejim Nebrahl había escapado. Su poder fue creciendo a medida que se iba alimentando, noche tras noche, entre las ruinas del Primer Imperio. Siempre oculto, incluso de los pocos soletaken y d'ivers que habían sobrevivido a la gran matanza, porque ni siquiera ellos tolerarían la existencia de Dejim. Se alimentó también de algunos de ellos, pues los superaba en inteligencia y era más rápido, y si los deragoth no se hubieran topado con su rastro…

Los mastines Oscuros tenían un amo en esos días, un amo listo que sobresalía en hechicería y trampas y una vez que determinaba cumplir una tarea, no cejaba en su empeño.

Un único error puso fin a la libertad de Dejim. Atadura tras atadura, vínculos que le arrebataron la conciencia de sí mismo y con ella todo sentido de haber sido en otro tiempo… otra cosa.

Pero ahora… *despierto una vez más.*

El segundo sin nombre, una mujer, habló.

—Se alza una llanura al oeste y al sur de Raraku, leguas y leguas inmensas y llanas en todas direcciones. Cuando el

viento se lleva las arenas, quedan expuestos los fragmentos de un millón de ollas rotas y cruzar la llanura descalzo es dejar un rastro de sangre. En este escenario se hallan verdades rotundas. En el rastro que sale de la saña… algunos recipientes han de romperse. Y el viajero ha de pagar un peaje de sangre. Por el poder de la senda de Telas, invoco el ritual de la liberación.

Dentro del túmulo, Dejim Nebrahl empezó a ser consciente de su cuerpo. Carne magullada, hueso forzado, grava puntiaguda, arenas cambiantes, el peso inmenso que reposaba sobre él. *Agonía.*

—Como elaboramos este dilema —dijo el tercer sacerdote —, así debemos iniciar su resolución. El caos persigue a este mundo, y cada mundo más allá de este. En los mares de la realidad se puede hallar una multitud de capas, una existencia que fluye sobre otra. El caos amenaza con tormentas, mareas y corrientes caprichosas que lo mandan todo a un tumulto de pavor. Hemos elegido una corriente, una fuerza terrible, desencadenada, elegida para guiarla, para dar forma a su curso invisible e incontestado. Pretendemos impulsar una fuerza contra otra y así efectuar la aniquilación mutua. Asumimos una terrible responsabilidad, pero la única esperanza de éxito se encuentra con nosotros, con lo que hagamos aquí en este día. En el nombre de la senda de Denul, invoco el ritual de la liberación.

El dolor se desvaneció del cuerpo de Dejim. Todavía atrapado e incapaz de moverse, el t’rolbarahl d’ivers sintió sanar su carne.

El cuarto sin nombre habló después.

—Debemos admitir el dolor por el fallecimiento inminente de un servidor honorable. Debe ser, por desgracia, un dolor breve y que, por tanto, no estará a la altura de la

desafortunada víctima. Este, por supuesto, no será el único dolor que se nos exija. El otro, confío que todos lo hemos asumido, de lo contrario no estaríamos aquí. En el nombre de la senda de D'riss, invoco el ritual de la liberación.

Las siete almas de Dejim Nebrahl se separaron unas de otras. D'ivers, pero mucho más que eso, no siete que son una (aunque se podría decir que era así), sino siete con identidades separadas, independientes pero juntas.

—No entendemos todavía cada faceta de este camino —dijo la quinta, una sacerdotisa—, y por eso nuestro ausente pariente no debe cejar en su persecución. No se puede, no se debe, subestimar a Tronosombrío. Sabe demasiado. De los azath. Quizá también de nosotros. Pero no es todavía enemigo nuestro, aunque eso por sí solo no lo convierte en nuestro aliado. Él… perturba. Y preferiría que anuláramos su existencia a la menor oportunidad, aunque admito que mi opinión está en minoría dentro de nuestro culto. Sin embargo, ¿quién puede ser más consciente que yo del reino de Sombra y de su nuevo amo? En el nombre de la senda de Meanas, invoco el ritual de la liberación.

Y así Dejim empezó a comprender el poder de sus sombras, siete embusteros engendrados, sus cómplices en la caza necesaria que lo sustentaba, que le daba tanto placer, mucho más que el de una barriga llena y sangre nueva y cálida corriendo por sus venas. La caza proporcionaba… dominación y la dominación era exquisita.

La sexta sin nombre habló a continuación, su acento era extraño, como de otro mundo.

—Todo lo que se despliega en el reino mortal da forma al suelo sobre el que caminan los dioses. Así pues, nunca están seguros de su paso. Recae sobre nosotros preparar las pisadas, excavar los pozos profundos y letales, las trampas y lazos a los que darán forma los sin nombre, pues nosotros

somos las manos de los azath, somos los moldeadores de la voluntad de los azath. Es nuestra tarea sujetarlo todo, sanar lo que está rasgado, guiar a nuestros enemigos a la aniquilación o a la prisión eterna. No fracasaremos. Acudo al poder de la senda hecha pedazos, Kurald Emurlahn, e invoco el ritual de la liberación.

Había senderos favorecidos que atravesaban el mundo, senderos fragmentados, y Dejim los había usado bien. Lo volvería a hacer. Pronto.

—Barghastiano, trell, tartheno, toblakai —dijo el séptimo sacerdote; su voz era un rumor sordo y profundo—, esas son las hebras supervivientes de la sangre imass, sean cuales sean sus reivindicaciones de pureza. Reivindicaciones que son inventos, pero los inventos tienen un propósito. Imponen la distinción, redirigen el sendero recorrido con anterioridad y el sendero por llegar. Moldean los emblemas de los estandartes de cada guerra y justifican la matanza. Su propósito, por tanto, es imponer las mentiras convenientes. Por la senda de Tellann, invoco el ritual de la liberación.

Fuego en el corazón, un repentino tamborileo de vida. Carne fría que comienza a entibiarse.

—Mundos helados se ocultan en la oscuridad —fueron las palabras ásperas del octavo sin nombre— y guardan el secreto de la muerte. El secreto es singular. La muerte llega como conocimiento. Reconocimiento, comprensión, aceptación. Es lo que es, nada más y nada menos. Llegará un tiempo, quizá no muy lejano, en el que la muerte descubra su propio rostro, en una multitud de facetas, y algo nuevo nacerá. En el nombre de la senda del Embozado, invoco el ritual de la liberación.

Muerte. Se la había robado el señor de los mastines Oscuros. Era, quizá, algo que ansiar. Pero todavía no.

El noveno sacerdote comenzó con una risa suave, cantarina, y después habló.

—Donde todo empezó, allí regresará al final. En el nombre de la senda de Kurald Galain, de la verdadera Oscuridad, invoco el ritual de la liberación.

—Y por el poder de Rashan —siseó el décimo sin nombre con impaciencia—, invoco el ritual de la liberación.

El noveno sacerdote se echó a reír otra vez.

—Las estrellas están rodando —dijo el undécimo sin nombre— y la tensión florece. Hay justicia en todo lo que hacemos. En el nombre de la senda de Thyrllan, invoco el ritual de la liberación.

Esperaron. A que hablara la duodécima sin nombre. Pero ella no dijo nada, simplemente extendió una mano escamosa, delgada, de color rojo óxido, una mano que era cualquier cosa salvo humana.

Y Dejim Nebrahl notó una presencia. Una inteligencia, fría y brutal, que se filtraba hasta él, y el d'ivers tuvo miedo de repente.

—*¿Me oyes, t'rolbarahl?*

Sí.

—*Queremos liberarte, pero debes pagarnos por esa liberación. Niégate a pagarnos y te enviaremos una vez más al olvido inconsciente.*

El miedo se convirtió en terror.

¿Qué es ese pago que me exiges?

—*¿Aceptas?*

Acepto.

La sin nombre le explicó entonces lo que se le requería. Parecía muy sencillo. Una tarea menor, lo lograría con facilidad. Dejim Nebrahl se sintió aliviado. No llevaría mucho tiempo, las víctimas estaban cerca, después de todo, y una

vez hecho, el d'ivers quedaría libre de toda obligación y podría hacer cuanto le placiese.

La duodécima y última sin nombre, conocida en otro tiempo como hermana Rencor, bajó la mano. Sabía que, de los doce reunidos allí, solo ella sobreviviría al surgimiento de ese feroz demonio. Dejim Nebrahl estaría hambriento. Una pena, y una pena también el sobresalto y la desesperación de sus camaradas al presenciar su huida, en el breve momento antes de que el t'rolbarahl atacase. Tenía sus razones, por supuesto. La primera y principal era el simple deseo de continuar en el mundo de los vivos, durante un tiempo más, en cualquier caso. En cuanto a las otras razones, le pertenecían a ella y solo a ella.

—En el nombre de la senda de Starvald Demelain —dijo—, invoco el ritual de la liberación. —Y de sus palabras descendió, a través de la podredumbre del árbol muerto, a través de piedra y arena, disolviendo guarda tras guarda, una fuerza de entropía conocida en el mundo con el nombre de otataralita.

Y Dejim Nebrahl se alzó en el mundo de los vivos.

Once sin nombres comenzaron a decir sus últimas plegarias. La mayor parte no las terminó.

A cierta distancia, sentado con las piernas cruzadas ante un pequeño fuego, un guerrero tatuado ladeó la cabeza al oír chillidos lejanos. Miró al sur y vio un dragón que se alzaba con pesadez de las colinas que bordeaban el horizonte, escamas moteadas resplandeciendo bajo la luz moribunda del sol. Al verlo trepar cada vez más alto, el guerrero frunció el ceño.

—Zorra —murmuró—. Debería habérmelo imaginado.

Volvió a acomodarse mientras los gritos se iban desvaneciendo en la distancia. Las sombras alargadas entre el afloramiento rocoso que rodeaba su campamento fueron, de repente, desagradables, densas y sucias.

Taralack Veed, guerrero gral y último superviviente del linaje Eroth, acumuló unas cuantas flemas y las escupió en la palma de su mano izquierda. Juntó las dos manos para extender la mucosidad de modo uniforme y después la utilizó para aplastarse el cabello negro peinado hacia atrás en un gesto elaborado que espantó la masa de moscas que se arrastraban por él, al menos por un momento, antes de que volvieran a posarse de nuevo.

Tras un rato, percibió que la criatura había terminado de alimentarse y comenzaba a moverse. Taralack se irguió. Orinó en el fuego para apagarlo, recogió sus armas y partió para buscar el rastro del demonio.

Había dieciocho habitantes viviendo en las casuchas dispersas de la encrucijada. La pista que corría paralela a la costa era el camino Tapur, y a tres días de marcha al norte estaba la ciudad de Ahol Tapur. El otro camino, poco más que una pista llena de surcos, cruzaba las montañas Path’Apur tierra adentro, después se alargaba hacia el este, tras pasar esa aldea, y tras otros dos días de viaje por fin llegaba al camino de la costa junto al mar de Otataral.

Cuatro siglos atrás en ese lugar había prosperado un pueblo. El risco del sur había estado recubierto de árboles de madera noble con un follaje plumoso característico, árboles que se habían extinguido en el subcontinente de Siete Ciudades. Como no podía ser de otro modo, la madera de esos árboles se había utilizado para tallar sarcófagos y el pueblo se había hecho famoso en ciudades tan lejanas como

Hissar en el sur, Karashimesh en el oeste y Ehrlitan en el noroeste. La industria murió con el último árbol. La maleza se desvaneció en los buches de las cabras, la capa superficial del suelo se la llevó el viento y la aldea se encogió en una sola generación a su decrépito estado actual.

Los dieciocho habitantes que permanecían allí proporcionaban unos servicios que cada vez eran menos demandados; ofrecían agua a las caravanas de paso y arreglaban arreos y demás. Un oficial malazano que había estado de paso una vez, dos años antes, había murmurado algo sobre un nuevo camino elevado y un puesto avanzado con su guarnición, pero eso lo había motivado el tráfico ilegal de otataralita pura, que, gracias a otros esfuerzos imperiales, había desaparecido desde entonces.

La reciente rebelión apenas había rozado la conciencia colectiva de los residentes, aparte de algún rumor ocasional que llegaba con un mensajero o prófugo que pasaba por allí a caballo, pero ni siquiera estos aparecían ya por la aldea. En cualquier caso, las rebeliones eran para otras gentes.

De manera que el hecho de que se presentasen cinco figuras, en pie en la elevación más cercana a la pista del interior, poco después del mediodía, se percibió de inmediato, y pronto le llegó recado al jefe simbólico de la comunidad, el herrero, cuyo nombre era Barathol Mekhar y que era el único residente que no había nacido allí. De su pasado en el mundo que había más allá del villorrio escasamente se sabía algo, salvo lo que quedaba patente: su piel de un profundo color negro, casi ónice, lo distinguía como perteneciente a una tribu de la esquina sudoeste del subcontinente, a cientos, quizá miles de leguas de distancia. Y las espirales escarificadas de las mejillas parecían militares, al igual que la madeja de cortes que le salpicaban

las manos y los antebrazos. Se le conocía como hombre de pocas palabras y prácticamente ninguna opinión (al menos que quisiese compartir), lo que lo convertía en la persona más adecuada para ser el líder no oficial de la aldea.

Seguido por media docena de adultos que todavía se preciaban de sentir curiosidad, Barathol Mekhar subió por la única calle hasta el borde de la aldea. Los edificios de ambos lados estaban en ruinas, abandonados mucho tiempo atrás, los tejados derrumbados y las paredes desmoronadas y apiladas de arena. A unos sesenta pasos de distancia se alzaban las cinco figuras, inmóviles salvo por las ondulaciones de las tiras raídas de los mantos de piel. Dos sostenían lanzas, los otros tres llevaban largos mandobles colgados a la espalda. A algunos parecían faltarles miembros.

Los ojos de Barathol no eran tan penetrantes como lo habían sido en otro tiempo. Con todo…

—Jhelim, Filiad, id a la herrería. Caminad, no corráis. Hay un baúl detrás de los pernos para el cuero. Tiene un cerrojo, rompedlo. Sacad el hacha y el escudo, y los guanteletes, y el yelmo, da igual la cadena, no hay tiempo para eso. Venga, apuraos.

En los once años que Barathol había vivido entre ellos jamás había dicho tantas palabras seguidas a nadie. Jhelim y Filiad, conmocionados, se habían quedado mirando la ancha espalda del herrero; después, un miedo repentino les invadió las tripas, se dieron la vuelta y echaron a andar con movimientos rígidos y pasos torpes y muy largos calle abajo.

—Bandidos —susurró Kulat, el pastor que había matado a su última cabra a cambio de una botella de licor de una caravana que había pasado por la aldea siete años antes, y que no había hecho nada desde entonces—. Quizá solo quieran agua, no tenemos nada más. —Los pequeños

guijarros redondos que tenía en la boca chasqueaban cuando hablaba.

—No quieren agua —dijo Barathol—. El resto, id a buscar armas, lo que sea; no, da igual. Solo volved a casa. Quedaos allí.

—¿Qué están esperando? —preguntó Kulat mientras los otros se desperdigaban.

—No lo sé —admitió el herrero.

—Bueno, no parecen ser de ninguna tribu que yo haya visto jamás. —Chupó las piedras durante un momento y después continuó—: Esas pieles… ¿no hace un poco de calor para llevar pieles? Y esos yelmos de hueso…

—¿Son de hueso? Tus ojos ven mejor que los míos, Kulat.

—Lo único que todavía funciona, Barathol. Una panda bajita, ¿eh? ¿Reconoces la tribu, quizá?

El herrero asintió. Tras ellos, llegados del pueblo, oyó a Jhelim y Filiad, que venían corriendo, respirando ruidosamente.

—Creo que sí —dijo Barathol en respuesta a la pregunta de Kulat.

—¿Van a ser un problema?

Apareció Jhelim luchando bajo el peso del hacha de doble hoja, el mango revestido de tiras de hierro, una cadena rodeaba el pomo cargado con un contrapeso, el acero de Aren de los afilados bordes era de plata reluciente. Un punzón con tres púas sobresalía de la parte superior del arma, ribeteado como la cabeza de un cuadrillo de ballesta. El joven había clavado los ojos en el objeto como si fuera el cetro del propio emperador.

Junto a Jhelim estaba Filiad, que llevaba los guanteletes de hojuelas de hierro, un escudo redondo y el yelmo con camal y visor enrejado.

Barathol recogió los guanteletes y se los puso. Las hojuelas onduladas le subían por los antebrazos hasta un codal con bisagras, y los guanteletes se ataban justo sobre la articulación. La parte inferior de las mangas albergaban una única barra, el hierro negro y repleto de muescas, que iba desde la muñeca al codal. El herrero cogió después el yelmo y frunció el ceño.

—Se os olvidó el forro acolchado. —Y le devolvió el yelmo al joven—. Dame el escudo, átamelo al brazo, maldito seas, Filiad. Más apretado. Bien.

El herrero estiró el brazo para coger el hacha. Jhelim necesitó los dos brazos y toda su fuerza para levantar el arma lo suficiente para que Barathol pudiera meter la mano derecha por la cadena; la retorció dos veces antes de cerrar la mano alrededor del mango, después este alzó el arma sin aparente esfuerzo de las manos de Jhelim. Miró a los dos hombres.

—Fuera de aquí —les dijo.

Kulat se quedó.

—Están avanzando, Barathol.

El herrero no había apartado la mirada de las figuras.

—No estoy tan ciego, viejo.

—Tienes que estarlo si te quedas ahí de pie sin más. Dices que conoces a esa tribu… ¿han venido a por ti, quizá? ¿Alguna antigua venganza?

—Es posible —admitió Barathol—. Si es así, entonces a los demás no os debería pasar nada. Una vez que hayan acabado conmigo, se irán.

—¿Por qué estás tan seguro?

—No lo estoy. —Barathol levantó el hacha y se preparó—. Con los t’lan imass nunca se sabe.

Libro primero



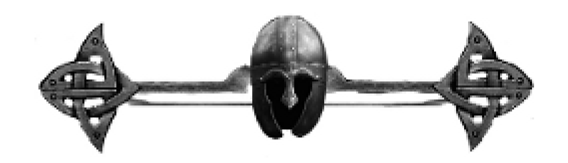
El dios de los mil dedos

Bajé por el sendero serpenteante hasta el valle,
donde bajos muros de piedra dividían las granjas y los fuertes
y cada medido terreno tenía su lugar en el proyecto
que todos los que allí vivían bien entendían,
para guiar sus viajes y saludos de día
y prestar una mano conocida en la más oscura noche,
para regresar a la puerta de casa y los perros bailarines.
Caminé hasta que me detuvo un anciano
que se irguió de su trabajo para llamarme,

y sonriendo para esquivar sus cálculos y opiniones,
Le pedí que me contara todo lo que sabía
de las tierras del oeste, más allá del valle.
Y a él le alivió responder que había ciudades,
inmensas y colmadas de todo tipo de cosas extrañas,
y un rey y sacerdocios que disputaban y una vez,
me dijo, él había visto una nube de polvo levantada
por el paso de un ejército que marchaba a la batalla
en algún sitio, estaba seguro, en el gélido sur.
Y así extraje todo lo que sabía, y no era mucho.
Más allá del valle nunca había estado, desde su nacimiento
hasta la fecha, jamás había sabido y jamás,
verdad sea dicha, había estado, pues así es
que la intriga transpira para los humildes
en todos lugares y todos los tiempos, y la curiosidad permanece roma
y picada, aunque tuvo aliento suficiente para preguntar
quién era yo y cómo había llegado allí y dónde
estaba mi destino, dejándome que respondiera,
con una apagada sonrisa, que mi destino eran las colmadas ciudades,
pero que había de pasar primero por allí.
Y había él notado ya que sus perros estaban tirados y quietos en el suelo,
pues tenía permiso para responder, ya ves que he venido,
señora de la Peste, y eso, por desgracia, era prueba
de una intriga mucho más grande.

La despedida de Poliel
—Pescador Kel'Tath

1



Abundan las mentiras en las calles estos días.

—Mago supremo Tayschrenn, coronación de la emperatriz Laseen
Recogido por el historiador imperial Duiker

1164 del Sueño de Ascua
Cincuenta y ocho días después de la ejecución de Sha’ik

Vientos caprichosos habían revuelto el polvo que había impregnado el aire horas antes y todos los que entraban por la puerta interior oriental de Ehrlitan llegaban recubiertos, ropas y piel, por el color de las colinas de arenisca roja. Mercaderes, peregrinos, boyeros y viajeros aparecían ante los guardias como si los conjuraran, uno tras otro, en el torbellino de la calima, las cabezas gachas al meterse con pasos trabajosos al socaire de la puerta, los ojos simples ranuras tras los pliegues de linos manchados. Cabras cubiertas de óxido tropezaban tras sus pastores, los caballos y bueyes llegaban con las cabezas caídas y círculos de

costras arenosas alrededor de las aletas de la nariz y los ojos, las carretas siseaban cuando la arena se filtraba entre las tablas erosionadas del interior. Los guardias observaban, pensando solo en el fin de su turno y los baños, comidas y cuerpos cálidos que los esperaban como adecuada recompensa por las obligaciones cumplidas.

La mujer que llegó a pie llamó la atención, pero no por lo que hubiera debido. Envuelta en sedas ceñidas, la cabeza cubierta, la cara oculta bajo un chal, era, no obstante, digna de una segunda mirada, aunque solo fuera por la elegancia de su zancada y el balanceo de sus caderas. Los guardias, siendo hombres y esclavos de su imaginación, aportaron el resto.

La mujer notó su atención momentánea y la comprendió lo suficiente como para no preocuparse. Más problemático hubiera sido que uno o ambos de los guardias hubieran sido mujeres. A estas bien podría haberles extrañado que entrara en la ciudad por esa puerta concreta tras haber bajado a pie por ese camino concreto que serpenteaba legua tras legua por colinas abrasadas, prácticamente sin vida, y después corría durante muchas leguas más paralelo a un bosque de matorrales casi deshabitado. Una llegada, además, que hacía más inusual todavía el hecho de no llevar suministros y que el suave cuero de sus mocasines apenas estuviese gastado. Si los guardias hubieran sido mujeres, la habrían abordado y la mujer se habría enfrentado a preguntas difíciles, ninguna de las cuales estaba dispuesta a contestar con la verdad.

Una suerte para los guardias, entonces, que fueran varones. Una suerte también el delicioso señuelo de la imaginación de un hombre cuando esas miradas la siguieron hasta la calle, miradas que, vacías de suspicacia pero enfebrecidas, desnudaban su curvilínea forma con cada

bamboleo de las caderas, un movimiento que la mujer solo exageraba un poco.

Al llegar a una intersección giró a la izquierda y solo un momento después había desaparecido de su vista. El viento soplaba embotado en la ciudad aunque continuaba cayendo un polvo fino que lo cubría todo con una capa monocroma. La mujer siguió su camino entre la multitud, su ruta era una espiral gradual que se iba adentrando hacia el Jen'rahb, la meseta central de Ehrlitan, las múltiples capas de la inmensa ruina habitada por poco más que alimañas, tanto de cuatro como de dos patas. Al llegar al fin al alcance de los edificios desmoronados, encontró una posada cercana de apariencia modesta y sin ambición de ser otra cosa que un establecimiento local que albergaba a unas cuantas putas en las habitaciones del segundo piso y alrededor de una docena de parroquianos en la taberna de la planta baja.

Junto a la entrada de la taberna había un pasaje arqueado que conducía a un jardín pequeño. La mujer entró en ese pasaje para cepillarse el polvo de la ropa y después siguió caminando hasta la taza poco profunda de agua repleta de sedimentos bajo una fuente de la que caía un hilillo intermitente, allí se quitó el chal y se salpicó la cara lo suficiente para aliviarse el escozor de los ojos.

La mujer regresó por el pasaje y entró al fin en la taberna.

Tenebrosa, el humo de fuegos, faroles de aceite, durhang, itralbe y roya flotaba en el techo bajo de escayola, llena en sus tres cuartas partes y todas las mesas ocupadas. Un joven la había precedido por solo unos instantes y en ese momento estaba explicando, casi sin aliento, alguna aventura a la que apenas había sobrevivido. La mujer lo escuchó al pasar junto a él y sus oyentes y se permitió esbozar una leve sonrisa que era, quizá, más triste de lo que había pretendido.

Encontró un lugar en la barra y llamó con la mano al tabernero. Este se detuvo enfrente de ella y la estudió con atención mientras pedía, en un ehrlitano sin acento, una botella de vino de arroz.

El tipo metió entonces la mano bajo el mostrador y la mujer oyó el tintineo de unas botellas mientras él contestaba en malazano.

—Espero que no crea que aquí va a dar con algo digno de ese nombre, muchacha. —El hombre se irguió y limpió el polvo de una botella de arcilla, después miró el tapón—. Esta, al menos, sigue sellada.

—Servirá —dijo la mujer sin dejar de hablar en el dialecto local y mientras dejaba sobre la barra tres medialunas de plata.

—¿Planea bebérsela toda?

—Necesitaría una habitación arriba en la que meterme —respondió ella y quitó de un tirón el tapón cuando el tabernero puso una copa de hojalata en la barra—. Que tenga cerrojo —añadió.

—Entonces Oponn os sonríe —contestó el sirviente—. Acaba de quedar una disponible.

—Bien.

—¿Está destinada en el ejército de Dujek? —preguntó el hombre.

La mujer se sirvió una copa entera del vino ambarino y un tanto turbio.

—No. ¿Por qué?, ¿está aquí?

—Los últimos coletazos —respondió él—. El cuerpo principal partió hace seis días. Dejaron una guarnición, por supuesto. Por eso me preguntaba…

—No pertenezco a ningún ejército.

El tono de la mujer, extrañamente frío y rotundo, silenció al hombre. Unos momentos después se alejó para atender a

otro cliente.

La mujer bebió. Fue consumiendo la botella a ritmo constante mientras la luz se iba desvaneciendo en el exterior y la taberna se iba atestando cada vez más, las voces subían de tono, los codos y los hombros la empujaban con más frecuencia de la que era del todo imprescindible. Hizo caso omiso de los magreos ocasionales, los ojos puestos en el líquido de la copa que tenía delante.

Al fin terminó, se volvió y se fue abriendo camino, con pasos no muy firmes, entre la multitud de cuerpos para alcanzar de una vez a las escaleras. Subió con cautela, una mano en la endeble barandilla, apenas consciente de que alguien, como era previsible, la estaba siguiendo.

En el rellano la mujer apoyó la espalda en la pared.

El desconocido llegó, todavía con esa sonrisa estúpida que se le congeló en la cara cuando la punta de un cuchillo se le apoyó en la piel bajo el ojo izquierdo.

—Vuelve abajo —dijo la mujer.

Una lágrima de sangre se deslizó por la mejilla del hombre y se fue espesando por el borde de la mandíbula. El hombre temblaba, hizo una mueca de dolor cuando la punta penetró un poco más.

—Por favor —susurró.

Ella se bamboleó apenas y abrió sin querer el pómulo del hombre, por suerte el cuchillo se deslizó hacia abajo en lugar de hacia el ojo. El tipo lanzó un grito y se tambaleó hacia atrás, levantó las manos en un esfuerzo por parar la hemorragia y bajó tropezando las escaleras.

Gritos abajo, después una carcajada áspera.

La mujer estudió el cuchillo que llevaba en la mano y se preguntó de dónde había salido y de quién era la sangre que relucía en él.

Daba igual.

Fue en busca de su habitación y al final la encontró.

La inmensa tormenta de polvo era natural, había nacido en el Jhag Odhan y recorría a contracorriente el corazón del subcontinente de Siete Ciudades. Los vientos barrían en dirección norte por el lado este de colinas, riscos y viejas montañas que rodeaban el sagrado desierto de Raraku (un desierto que se había convertido en mar), y se veían atraídos a una guerra de relámpagos por toda la anchura del risco, visible desde las ciudades de Pan'potsun y G'danisban. Tras girar al oeste, la tormenta estiró unos brazos retorcidos, uno de los cuales golpeó Ehrlitan antes de apagarse sobre el mar Ehrlitan, mientras el otro alcanzó la ciudad de Pur Atrii. Cuando el cuerpo principal de la tormenta regresó enroscado al interior, cobró energía una vez más, apaleó el lado norte de las montañas Thalas y envolvió las ciudades de Hatra e Y'Ghatan antes de girar hacia el sur una última vez. Una tormenta natural, un último regalo, quizá, de los antiguos espíritus de Raraku.

El ejército fugitivo de Leoman de los Mayales abrazó ese último regalo y cabalgó metido en ese viento incesante durante días enteros, días que se convirtieron en semanas, el mundo exterior reducido a un muro de arena suspendida mucho más amarga, puesto que les hacía recordar a los supervivientes, a su amado Torbellino, el martillo de Sha'ik y Dryjhna, el Apocalipsis. Pero incluso en la amargura había vida, había salvación.

El ejército malazano de Tavore seguía en su persecución, no con prisas, no con la temeraria estupidez mostrada justo después de la muerte de Sha'ik y el aplastamiento de la rebelión. No, la caza se había convertido en un procedimiento medido, un acecho táctico de la última fuerza

organizada que se oponía al Imperio. Una fuerza que se creía que estaba en posesión del libro sagrado de Dryjhna, el único artefacto que daba esperanza a los rebeldes sitiados de Siete Ciudades.

Aunque no lo poseía, Leoman de los Mayales maldecía ese libro a diario. Con un celo casi religioso y una imaginación espantosa, rezongaba sus maldiciones; por suerte, el viento áspero le arrancaba las palabras y se las llevaba, de modo que solo Corabb Bhilan Thenu’alas, que cabalgaba junto a su comandante, podía oírlas. Cuando se cansaba de la diatriba, Leoman fraguaba elaboradas intrigas para destruir el tomo una vez que cayera en sus manos. Fuego, orina de caballo, bilis, incendiarios moranthianos, el vientre de un dragón… hasta que Corabb, agotado, se alejaba para cabalgar en la compañía más razonable de sus compañeros rebeldes.

Los cuales lo importunaban entonces con preguntas temerosas y lanzaban miradas inquietas hacia Leoman. ¿Qué estaba diciendo?

Plegarias, respondía Corabb. Nuestro comandante le reza a Dryjhna todo el día. Leoman de los Mayales, les dijo, es un hombre pío.

Más o menos tan pío como era de esperar. La rebelión se estaba derrumbando, azotada por los vientos. Las ciudades habían capitulado una tras otra con la aparición de ejércitos y barcos imperiales. Los ciudadanos se volvían contra sus vecinos en su celo por presentar criminales que respondieran de la multitud de atrocidades cometidas durante el levantamiento. Los que habían sido héroes y los pequeños tiranos eran exhibidos por igual ante los que los volvían a ocupar y la sed de sangre lo gobernaba todo. Nuevas tan macabras llegaron a sus oídos por medio de las caravanas que interceptaban en su eterna huida hacia

delante. Y con cada jirón de noticia, la expresión de Leoman se oscurecía todavía más, como si apenas pudiera sujetar la rabia de su interior.

Era la decepción, se repetía Corabb, y puntuaba el pensamiento cada vez con un largo suspiro. El pueblo de Siete Ciudades había renunciado muy rápido a la libertad adquirida a costa de tantas vidas y era una verdad muy amarga, un comentario muy sórdido sobre la naturaleza humana. ¿Había sido todo en vano? ¿Cómo no iba a experimentar un guerrero pío una desilusión que le quemaba el alma? ¿Cuántas decenas de miles de personas habían muerto? ¿Y para qué?

Y así Corabb se decía que entendía a su comandante. Comprendía que Leoman no podía dejarlo, todavía no, quizá nunca. Aferrarse al sueño daba significado a todo lo que había acontecido antes.

Pensamientos complicados. A Corabb le había llevado muchas horas de contemplación ceñuda alcanzarlos, dar ese salto extraordinario a la mente de otro hombre, ver a través de sus ojos, aunque solo fuera por un momento, antes de retroceder en humilde confusión. Había vislumbrado entonces lo que forjaba a los grandes líderes, en la batalla, en los asuntos de estado. La facilidad de su inteligencia para cambiar de perspectiva, para ver las cosas desde todos lados. Cuando a Corabb le costaba tanto, la verdad sea dicha, aferrarse a una única visión (la suya) en medio de toda la discordia que el mundo tenía por costumbre alzar ante él.

Si no fuera por su comandante, Corabb sabía de sobra que estaría perdido.

Una mano enguantada hizo un gesto y Corabb azuzó su montura hasta situarse junto a Leoman.

El rostro, ensombrecido por la capucha y envuelto en telas, se giró hacia él; los dedos, vestidos de cuero, retiraron la seda manchada de la boca y las palabras se gritaron para que Corabb pudiera oírlas.

—En el nombre del Embozado, ¿se puede saber dónde estamos?

Corabb se quedó mirando, guiñó los ojos y después suspiró.

Su dedo proporcionó el drama al abrir un surco traumático por el sendero trillado. Las hormigas se desperdigaron en medio de la confusión y Samar Dev las observó revolverse, furiosas por el insulto, los soldados con las cabezas levantadas y las mandíbulas muy abiertas como si quisieran desafiar a los dioses. O, en ese caso, a una mujer que se iba muriendo poco a poco de sed.

Estaba echada de lado a la sombra de la carreta. Apenas había pasado el mediodía y el aire estaba quieto. El calor le había robado toda la fuerza de los miembros. No era probable que pudiera continuar el asalto contra las hormigas y al darse cuenta experimentó un momento de pesar. El reparto de discordia en unas vidas de otro modo predecibles, truncadas y sórdidas, parecía una acción loable. Bueno, quizá no loable pero desde luego interesante. Pensamientos divinos, pues, para conmemorar su último día entre los vivos.

Un movimiento llamó su atención. El polvo del camino se estremeció y empezó a oír un trueno creciente que reverberaba como tambores de barro. La pista en la que estaba no era de las más concurridas del Ugarat Odhan. Pertenecía a una era dejada ya muy atrás, cuando las caravanas surcaban las decenas de rutas que se abrían

entre la docena o más de ciudades de las que la antigua Ugarat era el eje, y todas esas ciudades, salvo Kayhum en las orillas del río, y la propia Ugarat, llevaban muertas un millar de años o más.

Un jinete solitario podía sobrar o ser su salvación, pues ella era una mujer con amplios encantos femeninos y estaba sola. Se decía que a veces los bandidos y asaltantes utilizaban esas pistas casi olvidadas cuando querían ir de una ruta de caravanas a otra. Y los bandidos eran notorios por su falta de generosidad.

Los cascos se notaban próximos, cada vez más ruidosos; la criatura aminoró su marcha y, un momento después, una nube sofocante de polvo rodó sobre Samar Dev. El caballo bufó, un sonido extraño y cruel, y se oyó un golpe seco más suave cuando el jinete se deslizó hasta el suelo. Unas pisadas leves se acercaron.

¿Quién era? ¿Un niño? ¿Una mujer?

Apareció una sombra tras la que arrojaba la carreta y Samar Dev giró la cabeza y observó que la figura rodeaba sin prisas el vehículo y bajaba la cabeza para mirarla.

No, ni niño ni mujer. Quizá, pensó Samar, ni siquiera un hombre. Una aparición; pieles blancas y raídas le cubrían unos hombros de una anchura imposible. Llevaba una espada de sílex desconchado atada a la espalda, la empuñadura envuelta en cuero. Samar parpadeó con fuerza y buscó más detalles, pero el cielo brillante que tenía el hombre detrás la derrotó. Un gigante humano que caminaba tan silenciosamente como un gato del desierto, una visión de pesadilla, una alucinación.

Y entonces habló, pero estaba claro que no con ella.

—Tu almuerzo tendrá que esperar, Estragos. Esta todavía vive.

—¿Estragos come mujeres muertas? —preguntó Samar con voz ronca—. ¿Con quién cabalgas?

—No con quién —respondió el gigante—. Sobre quién. —Se acercó todavía más y se agachó a su lado. Llevaba algo en las manos, una bota de agua, pero Samar se dio cuenta de que no podía apartar la mirada de su cara. Rasgos uniformes, de bordes duros, rotos y enloquecidos por el tatuaje de un vidrio quebrado, la marca de un esclavo fugado.

—Veo tu carreta —dijo él en el idioma de las tribus del desierto, pero con un acento extraño—, pero ¿dónde está la bestia que tiraba de ella?

—En el interior —respondió ella.

El gigante puso la bota junto a la mujer y se irguió, se acercó al vehículo y echó un vistazo dentro.

—Aquí hay un hombre muerto.

—Sí, es él. Está destrozado.

—¿Estaba tirando de esta carreta? No me extraña que haya muerto.

Samar estiró los brazos y se las arregló para rodear con las dos manos el cuello de la bota de agua. Quitó el tapón y se la llevó a la boca. Agua cálida y deliciosa.

—¿Ves esas palancas dobles que tiene al lado? —preguntó—. Manipúlalas y la carreta se mueve. Es un invento mío.

—¿Es un trabajo duro? ¿Entonces por qué contratar a un viejo para hacerlo?

—Era un posible inversor. Quería ver cómo funcionaba por sí mismo.

El gigante rezongó y Samar vio que la estaba estudiando.

—Nos iba muy bien —dijo—. Al principio. Pero entonces se estropeó. La conexión. Solo planeábamos medio día, pero

él nos había traído demasiado lejos antes de caer muerto. Pensé en caminar, pero entonces me rompí el pie…

—¿Cómo?

—Le di una patada a la rueda. En fin, que no puedo caminar.

Él siguió mirándola, como un lobo que estudiase a una liebre coja. Ella tomó más agua.

—¿Estás pensando en ponerte desagradable? —le preguntó.

—Es el aceite de sangre lo que empuja a un guerrero teblor a violar. Yo no tengo. Hace años que no tomo a una mujer por la fuerza. ¿Eres de Ugarat?

—Sí.

—Debo entrar en esa ciudad en busca de provisiones. No quiero problemas.

—Puedo ayudarte.

—Quiero pasar sin que nadie me note.

—No creo que eso sea posible —le contestó.

—Haz que sea posible y te llevaré conmigo.

—Bueno, eso no es justo. Eres mucho más alto que un hombre normal. Tienes tatuajes. Tienes un caballo que come personas, suponiendo que sea un caballo y no un enkar'al. Y pareces llevar puesta la piel de un oso de pelo blanco.

El gigante le dio la espalda a la carreta.

—¡De acuerdo! —se apresuró a decir ella—. Pensaré en algo.

Él se acercó otra vez, recogió la bota de agua y se la colgó de un hombro, después la cogió a ella por el cinturón con una sola mano. El dolor atravesó la pierna derecha de la mujer cuando el pie roto quedó colgando.

—¡Por los siete mastines! —siseó—. ¿Tan indecoroso tienes que hacer esto?

Sin decir nada, el guerrero la llevó al caballo que lo esperaba. La mujer vio que no era un enkar'al, pero tampoco un caballo normal. Alto, flaco y pálido, las crines y la cola plateadas, con los ojos rojos como la sangre. Una única rienda, sin silla ni estribos.

—Apóyate en la pierna buena —le dijo él mientras la levantaba. Después cogió un lazo de cuerda y se subió de un salto al caballo.

Con un jadeo, apoyada en el caballo, Samar Dev examinó los ramales de la cuerda que sostenía el hombre y vio que había estado arrastrando algo mientras cabalgaba. Dos enormes cabezas podridas. Perros u osos, tan enormes como el propio hombre.

El guerrero bajó los brazos y sin ceremonia alguna la levantó hasta que la acomodó tras él. Más oleadas de dolor, la amenaza de la oscuridad.

—Sin que nadie me note —dijo otra vez.

Samar Dev echó un vistazo a las dos cabezas cortadas.

—Eso no hay ni que decirlo —contestó.

Oscuridad y olor a cerrado en la pequeña habitación, el aire viciado, impregnado de sudor. Dos cortes rectangulares en la pared justo debajo del techo bajo permitían que el aire fresco de la noche se deslizara en el interior en ráfagas intermitentes, como suspiros del mundo que esperaba. Para la mujer acurrucada en el suelo, junto a la estrecha cama, ese mundo tendría que esperar un poco más. Brazos que envolvían las rodillas levantadas, cabeza gacha, cubierta de cabello negro que colgaba en mechones grasientos; estaba llorando. Y llorar era meterse en uno mismo, por completo, un lugar interior mucho más despiadado e implacable que cualquier otra cosa de fuera.

Lloraba por el hombre al que había abandonado para huir del dolor que había visto en sus ojos, el amor que sentía por ella y que lo hacía continuar tropezando tras su estela, igualando cada uno de sus pasos, pero incapaz de acercarse todavía más. Eso era lo que no podía permitir. Los intrincados dibujos de una serpiente encapuchada albergaban encantos hipnotizantes, pero la picadura no era menos letal por ello. Ella era igual. No había nada en ella (nada que pudiera ver) digno del abrumador regalo del amor. Nada en ella digno de él.

El hombre había estado ciego a esa verdad y ese era su defecto, el defecto que siempre había poseído él. La voluntad, quizá la necesidad, de creer en lo bueno donde nada bueno podía hallarse. Bueno, ese era un amor que ella no podía tolerar y no iba a llevarse a ese hombre con ella.

Cotillion lo había entendido. El dios había visto con claridad en las profundidades de esa oscuridad mortal, con tanta claridad como Apsalar. Y por tanto no había habido nada velado en las palabras y los silencios intercambiados entre el dios patrón de los asesinos y ella. Un reconocimiento mutuo. Las tareas que le encomendaba eran de una naturaleza que encajaba con la orientación de él y los talentos concretos de ella. Cuando ya se había pronunciado la condena, uno no se podía indignar por la sentencia. Pero ella no era ningún dios, tan alejada de la humanidad que encontraba en la amoralidad una fuente de consuelo, un refugio en el que ocultarse de las propias acciones. Todo era cada vez más y más… difícil de llevar.

Él no la añoraría durante mucho tiempo. Sus ojos se irían abriendo poco a poco. A otras posibilidades. Después de todo, viajaba con dos mujeres, se lo había dicho Cotillion. Bien. El hombre sanaría y no estaría solo demasiado tiempo, estaba segura de ello.

Más que combustible suficiente para alimentar su autocompasión.

Pese a todo, tenía tareas que cumplir y no serviría de nada regodearse en esos excesos indeseados. Apsalar levantó poco a poco la cabeza y estudió los escasos detalles granulados de la habitación. Intentó recordar cómo había llegado allí. Le dolía la cabeza y tenía la garganta reseca. Se enjugó las lágrimas de las mejillas y se levantó sin prisas. Tenía un tremendo dolor tras los ojos.

Abajo se oían los sonidos de una taberna, decenas de voces, carcajadas de borrachos. Apsalar encontró su manto forrado de seda, le dio la vuelta y se deslizó la prenda por los hombros, después se acercó a la puerta, quitó el cerrojo y salió al pasillo. Dos lámparas de aceite parpadeaban en unos huecos de la pared, una barandilla y unas escaleras en el otro extremo. De la habitación de enfrente salía el ruido ahogado de una pareja haciendo el amor, los gemidos de la mujer eran demasiado melodramáticos para ser sinceros. Apsalar escuchó un momento más y se preguntó qué tenían aquellos sonidos que la perturbaban tanto, después atravesó el parpadeo de sombras, llegó a los escalones y bajó.

Era tarde, seguramente bien pasada la duodécima campanada. Unos veinte parroquianos ocupaban la taberna, la mitad de ellos con la librea de los guardias de caravanas. No eran clientes habituales, dada la incomodidad con la que los contemplaban los habitantes restantes, y Apsalar notó, al acercarse a la barra, que tres eran gral mientras que otro par, ambas mujeres, eran pardu. Ambas tribus bastante desagradables, o eso le dijeron los recuerdos de Cotillion en un sutil susurro de inquietud. Gritones y despóticos como tenían por costumbre, los ojos de aquellos buscaron y

siguieron a la mujer que avanzaba hacia la barra; pero ella prefirió ser cauta y mantuvo la mirada apartada.

El tabernero se acercó cuando llegó.

—Estaba empezando a pensar que había muerto —dijo mientras levantaba una botella de vino de arroz y se la ponía delante—. Antes de que eche mano de esto, muchacha, me gustaría ver algunos dineros.

—¿Cuánto le debo hasta el momento?

—Dos medialunas de plata.

Ella frunció el ceño.

—Creí que ya había pagado.

—Por el vino, sí. Pero después pasó una noche, un día y una velada entera en la habitación y yo tengo que cobrarle por hoy también, puesto que ya es muy tarde para intentar alquilarla ahora. Y por último —el tipo hizo un gesto—, está esta botella de aquí.

—Yo no dije que la quisiera —respondió—. Pero si le queda algo de comer…

—Algo tengo.

Apsalar sacó su saquita de monedas y buscó dos medialunas.

—Tome. Suponiendo que esto sea por la habitación de esta noche también.

El barman asintió.

—¿No quiere el vino entonces?

—No. Cerveza de Sawr’ak, si tiene la bondad.

El otro cogió la botella y se alejó.

Un par de figuras se colocaron a ambos lados de la joven. Las mujeres pardu.

—¿Ves esos gral? —preguntó una señalando con un gesto una mesa cercana—. Quieren que bailes para ellos.

—No, no quieren —respondió Apsalar.

—No —dijo la otra mujer—, sí que quieren. Incluso te pagarán. Caminas como una bailarina. Nos dimos cuenta todos. No querrás disgustarlos…

—Exacto. Que es por lo que no bailaré para ellos.

Era obvio que a las dos mujeres eso las confundió. En el intervalo llegó el tabernero con una jarra de cerveza y un cuenco de hojalata de sopa de cabra, la capa de grasa de la superficie lucía pelos blancos que daban fe de su origen. El hombre añadió un buen trozo de pan moreno.

—¿Le vale?

Ella asintió.

—Gracias. —Después se volvió hacia la mujer que había hablado la primera—. Soy bailarina de Sombra. Díselo, pardu.

Ambas mujeres retrocedieron de repente y Apsalar se inclinó sobre la barra y escuchó el siseo de las palabras que recorrieron la taberna. De inmediato se encontró con que tenía cierto espacio a su alrededor. *Me vale.*

El camarero la miraba con cautela.

—Está llena de sorpresas —dijo—. Esa danza está prohibida.

—Sí, así es.

—Usted es de Quon Tali —dijo él en voz más baja—. Itko Kan diría yo, por el sesgo de sus ojos y ese cabello negro. Jamás había oído hablar de una bailarina de Sombra que fuera de Itko Kan. —Se inclinó más hacia ella—. Yo nací justo a las afueras de Gris, ¿sabe? Estaba en la infantería regular del ejército de Dassem, recibí un lanzazo en la espalda en mi primera batalla y ahí se acabó todo para mí. Me perdí Y'Ghatan, por lo que doy gracias a diario a Oponn. Ya me entiende. No vi morir a Dassem y me alegro.

—Pero todavía tiene historias en abundancia —dijo Apsalar.

—Sí que las tengo —dijo el hombre con un asentimiento enfático. Después agudizó la mirada sobre ella. Tras un momento rezongó algo y se apartó.

Comió, bebió cerveza y su dolor de cabeza se fue desvaneciendo poco a poco.

Un rato después le hizo un gesto al tabernero, que se acercó.

—Voy a salir —dijo—, pero quiero quedarme con la habitación, así que no se la alquile a nadie más.

Él se encogió de hombros.

—Ya la ha pagado. Cierro a la cuarta campanada.

Apsalar se irguió y se dirigió a la puerta. Los guardias de las caravanas siguieron con la mirada su avance, pero no hicieron ningún movimiento para seguirla, al menos no de inmediato.

Apsalar esperaba que tuviesen en cuenta la advertencia implícita que les había hecho. Ya tenía que matar a un hombre esa noche y, en lo que a ella se refería, uno era suficiente.

Al salir, Apsalar se detuvo un instante. El viento había amainado. Las estrellas eran visibles como motas desdibujadas tras el velo de polvo fino que seguía posándose al paso de la tormenta. El aire era frío y quieto. Apsalar se envolvió en su manto y se cubrió con el chal de seda la mitad inferior de la cara, después giró a la izquierda por la calle. En el cruce con un estrecho callejón de sombras densas, se deslizó de repente por la oscuridad y desapareció.

Minutos después, las dos mujeres pardu se dirigieron sin ruido al callejón. Se detuvieron en la entrada, miraron por el camino sinuoso y no vieron a nadie.

—Dijo la verdad —siseó una mientras hacía una señal de protección—. Camina por las sombras.

La otra asintió.

—Debemos informar a nuestro nuevo amo.

Y se alejaron.

Apsalar permaneció en pie dentro de la senda de Sombra; las dos pardu tenían un aspecto fantasmal, parecían estremecerse y entrar y salir de la existencia cuando echaron a andar calle arriba. Apsalar las observó durante otra docena de latidos. Sentía curiosidad, ¿quién sería su amo? Pero esa era una pista que tendría que seguir otra noche. Se giró y estudió el mundo forjado de sombras en el que se encontraba. Por todos lados, una ciudad sin vida. En nada se parecía a Ehrlitan. La arquitectura primitiva y robusta, con verjas con dinteles de piedra que llevaban a pasadizos estrechos que corrían rectos entre muros altos. Nadie caminaba por esos caminos empedrados. Los edificios de ambos lados de los pasadizos eran todos de dos plantas o menos, tejados planos y sin ventanas visibles. Altas puertas estrechas se abrían, negras, a la penumbra granulosa.

Ni siquiera los recuerdos de Cotillion reconocían esa manifestación del reino de Sombra, pero tampoco era tan extraño. Parecía haber un número incontable de capas y los fragmentos de la senda hecha pedazos eran mucho más extensos de lo esperable. El reino estaba en eterno movimiento, unido a una especie de fuerza caprichosa migratoria que se deslizaba sin cesar por el mundo mortal. Sobre ella, el cielo era de color gris pizarra; lo que pasaba por noche en Sombra, y el aire era cálido y turgente.

Uno de los pasadizos llevaba hacia la colina plana central de Ehrlitan, el Jen’rahb, en otro tiempo la Corona de Falah’d, convertida en una masa de escombros. Se puso en camino hacia allí con los ojos en los restos casi transparentes de piedra caída que se cernían sobre ella. El sendero se abrió a una plaza, cada una de las cuatro paredes recubiertas de

grilletes. Dos pares todavía sostenían cuerpos. Desecados, derrumbados en el polvo, las calaveras recubiertas de piel hundidas, descansando en pechos de huesos gráciles; uno estaba en el extremo que tenía enfrente, el otro en la parte posterior del muro de la izquierda. Un portal interrumpía la línea del muro contrario, cerca de la esquina de la derecha.

Curiosa, Apsalar se acercó a la figura más cercana. No estaba segura, pero parecía ser tiste, ya fuera andii o edur. El cabello largo y liso del cadáver carecía de color, blanqueado por la antigüedad. Sus avíos se habían podrido y solo quedaban unas cuantas tiras arrugadas y trocitos corroídos de metal. Cuando se agachó ante el cuerpo, hubo un remolino de polvo junto al cuerpo, y las cejas de Apsalar se alzaron cuando una sombra surgió lentamente. Carne traslúcida, los huesos luminiscentes de una forma extraña, una cara esquelética con ojos como pozos negros.

—El cuerpo es mío —susurró la criatura, los dedos huesudos se aferraban al aire—. No te lo puedes apropiar.

El idioma era tiste andii y a Apsalar le sorprendió de un modo vago ser capaz de entenderlo. Los recuerdos de Cotillion y el conocimiento oculto en ellos todavía podían sobresaltarla en ocasiones.

—¿Y qué haría yo con el cuerpo? —preguntó ella—. Tengo el mío, después de todo.

—Aquí no. Yo no veo nada salvo un fantasma.

—Y yo también.

La criatura pareció sorprenderse.

—¿Estás segura?

—Falleciste hace mucho tiempo —dijo Apsalar—. Suponiendo que el cuerpo encadenado sea el tuyo.

—¿El mío? No. Por lo menos no me lo parece. Podría serlo. ¿Por qué no? Sí, era yo, en otro tiempo, hace mucho. Lo reconozco. Tú eres el fantasma, no yo. Yo jamás me he

sentido mejor, de hecho. Mientras que tú… no tienes buen aspecto.

—No obstante —dijo Apsalar—. No tengo ningún interés en robar un cadáver.

La sombra estiró un brazo y rozó el cabello lacio y pálido del cadáver.

—Yo era preciosa, ¿sabes? Muy admirada, muy perseguida por los jóvenes guerreros del enclave. Quizá siga siéndolo y solo sea mi espíritu el que está tan… andrajoso. ¿Qué es más visible para el ojo mortal? ¿El vigor y la belleza que moldea la carne o el miserable desgraciado que se oculta debajo?

Apsalar hizo una mueca y apartó la mirada.

—Depende, creo, de la atención con que mires.

—Y lo clara que sea tu visión. Sí, estoy de acuerdo. Y la belleza, pasa tan rápido, ¿verdad? Pero la miseria, ah, la miseria resiste.

Una nueva voz siseó desde donde el otro cadáver colgaba de sus cadenas.

—¡No la escuches! Zorra traidora, ¡mira dónde terminamos! ¿Culpa mía? Oh, no, yo era la honesta. Todo el mundo lo sabía, y además más guapa, ¡no dejes que te diga lo contrario! ¡Acércate, querido fantasma, y escucha la verdad!

Apsalar se irguió.

—Aquí no soy yo el fantasma…

—¡Disimuladora! ¡No me extraña que la prefieras a ella antes que a mí!

Apsalar vio entonces a la otra sombra, gemela de la primera, que flotaba sobre su propio cadáver, o al menos el cadáver que reclamaba como propio.

—¿Cómo acabasteis las dos aquí? —preguntó.

La segunda sombra señaló a la primera.

—¡Es una ladrona!

—¡Y tú también! —replicó la primera.

—¡Yo solo te estaba siguiendo a ti, Telorast! «¡Oh, metámonos en Fortalezasombría! ¡Al fin y al cabo, allí no hay nadie! ¡Podríamos llevarnos incontables riquezas!» ¿Por qué te creí? Fui idiota…

—Bueno —la interrumpió la otra—, por lo menos en eso estamos de acuerdo.

—No tiene sentido —dijo Apsalar— que las dos os quedéis aquí. Vuestros cadáveres se están pudriendo, pero esos grilletes jamás los liberarán.

—¡Tú sirves al nuevo señor de Sombra! —La segunda sombra parecía muy agitada por su propia acusación—. Ese miserable, baboso, desgraciado…

—¡Calla! —siseó la primera sombra, Telorast—. ¡Volverá para mofarse de nosotras otra vez! Y yo, por lo menos, no tengo ningún deseo de volver a verlo de nuevo. Ni a esos malditos mastines. —El fantasma se acercó un poco más a Apsalar—. Amabilísima sirvienta del extraordinario nuevo señor, para responder a tu pregunta, desde luego que nos encantaría abandonar este lugar. Por desgracia, ¿adónde iríamos? —Señaló con un gesto de una mano huesuda y vaporosa—. Más allá de la ciudad hay criaturas terribles. ¡Engañosas, hambrientas, numerosas! Ahora bien —añadió con un ronroneo—, si tuviéramos escolta…

—Oh, sí —exclamó la segunda sombra—, una escolta, hasta una de las puertas; una responsabilidad modesta, momentánea, pero nosotras estaríamos muy agradecidas.

Apsalar estudió a las dos criaturas.

—¿Quién os encerró? Y decid la verdad o no recibiréis ninguna ayuda de mí.

Telorast hizo una profunda reverencia y luego pareció inclinarse todavía más; Apsalar todavía tardó un momento

en darse cuenta de que se estaba arrastrando.

—Verdad diremos. No mentiríamos en esto. No oirás recuerdos más claros ni hallarás integridad más pura en el relato de dichos recuerdos en ningún reino. Fue un señor de demonios…

—¡Con siete cabezas! —trinó la otra subiendo y bajando el cuerpo con un entusiasmo mal contenido.

Telorast se encogió.

—¿Siete cabezas? ¿Había siete? Bien podría haberlas habido. ¿Por qué no? ¡Sí, siete cabezas!

—¿Y qué cabeza afirmaba ser el supuesto señor? —preguntó Apsalar.

—¡La sexta!

—¡La segunda!

Las dos sombras se miraron con gesto hosco y después Telorast levantó un dedo esquelético.

—¡Exacto! ¡Sexta por la derecha, segunda por la izquierda!

—Oh, muy bien —canturreó la otra.

Apsalar miró a la sombra.

—Tu compañera se llama Telorast, ¿cómo te llamas tú?

La criatura se estremeció y después empezó a arrastrarse también y levantar diminutas nubes de polvo.

—Príncipe… rey Cruel, el Asesino de Todo Enemigo. El Temido. El Adorado. —Dudó entonces—. ¿Princesa Recatada? ¡Amada por mil héroes, hombres fornidos de rostros severos todos y cada uno! —Un tic, murmullos quedos, un breve arañazo de su propia cara—. Un caudillo, no, un dragón de veintidós cabezas, con nueve alas y once mil colmillos. Dada la oportunidad…

Apsalar se cruzó de brazos.

—Tu nombre.

—Cuajo.

—Cuajo.

—No duro mucho.

—Que es lo que, para empezar, nos trajo a este patético fallecimiento —dijo Telorast—. Se suponía que tenías que vigilar el sendero, te dije expresamente que vigilaras el sendero…

—¡Lo vigilé!

—Pero no viste al mastín Baran…

—Vi a Baran, pero estaba vigilando el sendero.

—Está bien —dijo Apsalar con un suspiro—, ¿por qué debería proporcionaros a vosotras dos una escolta? Dadme una razón, por favor. Cualquier razón.

—Somos compañeras leales —dijo Telorast—. Permaneceremos a tu lado sea cual sea tu terrible fin.

—Guardaremos tu cuerpo desgarrado para toda la eternidad —añadió Cuajo—, o por lo menos hasta que llegue alguien más…

—A menos que sea Caminante del Filo.

—Bueno, eso no hay ni que decirlo, Telorast —dijo Cuajo —. No nos cae bien.

—O los mastines.

—Por supuesto…

—O Tronosombrío, o Cotillion, o una aptoriana, o uno de esos…

—¡Ya está bien! —chilló Cuajo.

—Os escoltaré —dijo Apsalar— hasta una puerta. Por donde podréis abandonar este reino, dado que ese parece vuestro deseo. Con toda probabilidad os encontraréis atravesando la puerta del Embozado, lo que sería hacerle un favor a todo el mundo, salvo, quizá, al propio Embozado.

—A esta no le caemos bien —gimió Cuajo.

—No lo digas en voz alta —le soltó Telorast—, que se va a dar cuenta. Ahora mismo no está segura y eso nos conviene,

Cuajo.

—¿Que no está segura? ¿Estás sorda? ¡Acaba de insultarnos!

—Eso no significa que no le caigamos bien. No necesariamente. Irritada con nosotras, puede ser; claro que, nosotras irritamos a todo el mundo. O, más bien, tú irritas a todo el mundo, Cuajo. Porque eres muy informal.

—No soy siempre informal, Telorast.

—Venga, vamos —dijo Apsalar mientras echaba a andar hacia el otro portal—. Tengo cosas que hacer esta noche.

—¿Y qué pasa con estos cuerpos? —preguntó Cuajo.

—Se quedan aquí, es obvio. —Se volvió y miró a las dos sombras—. O me seguís o no. Allá vosotras.

—Pero nos gustaban esos cuerpos…

—No pasa nada, Cuajo —dijo Telorast con tono tranquilizador—. Ya buscaremos otros.

Apsalar le lanzó a Telorast una mirada, divertida por el comentario, y después echó a andar y se metió en el estrecho pasadizo.

Los dos fantasmas se apresuraron a salir revoloteando tras ella.

El suelo llano de la cuenca era una celosía enloquecida de grietas, los sedimentos arcillosos del viejo lago secado por décadas de sol y calor. El viento y las arenas habían pulido la superficie, de modo que resplandecía a la luz de la luna como baldosas de plata. Un pozo muy profundo, rodeado por un muro bajo de ladrillos, marcaba el centro del lecho del lago.

Varios exploradores de la columna de Leoman ya habían llegado al pozo y habían descabalgado para inspeccionarlo mientras el cuerpo principal de guerreros montados bajaba

en fila a la cuenca. La tormenta había pasado y las estrellas resplandecían en el cielo. Los caballos agotados y los exhaustos rebeldes formaban una lenta procesión por la maraña de grietas del suelo. Las poliñeras aleteaban sobre las cabezas de los jinetes, serpenteaban y giraban para escapar de los rhizanos, que daban vueltas entre ellas como dragones en miniatura. Una guerra incesante en las alturas, puntuada por el crujido de la armadura del caparazón y los gritos agónicos aflautados, metálicos, de las poliñeras.

Corabb Bhilan Thenu'alas se inclinó hacia delante en la silla, los goznes del pomo chirriaron, y escupió a la izquierda. Un desafío, una maldición contra esos ecos clamorosos de batalla. Y para sacarse el sabor a arena de la boca. Miró a Leoman, que cabalgaba en silencio. Iban dejando un rastro de caballos muertos y casi todos iban ya por la segunda o la tercera montura. Una docena de guerreros se había rendido al ritmo impuesto ese último día, ancianos que habían soñado con una última batalla contra los odiados malazanos bajo la bendita mirada de Sha'ik, y solo para ver cómo la traición les arrancaba esa oportunidad. Había más de uno y de dos espíritus rotos en ese destrozado regimiento. Corabb lo sabía. Era fácil entender cómo se podía perder la esperanza durante ese patético viaje.

Si no fuera por Leoman de los Mayales, el propio Corabb quizá se hubiera rendido mucho tiempo atrás, se habría escabullido entre las arenas al viento para buscar su propio destino, se habría deshecho de las galas de soldado rebelde y se habría asentado en alguna ciudad remota con recuerdos de desesperación acosando su sombra hasta que el Acaparador de Almas llegara para reclamarlo. Si no fuera por Leoman de los Mayales.

Los jinetes desmontaron junto al pozo y se repartieron para crear un campamento circular alrededor de aquel agua

dadora de vida. Corabb detuvo su montura un momento después que Leoman y bajaron los dos de sus cabalgaduras, las botas hicieron crujir una alfombra de huesos y escamas de peces muertos mucho tiempo atrás.

—Corabb —dijo Leoman—, camina conmigo.

Partieron hacia el norte hasta que estuvieron a cincuenta pasos de los piquetes exteriores, solos en aquella plaza agrietada. Corabb observó una depresión cercana en la que se adivinaban bultos medio enterrados en la arcilla. Sacó su daga, se acercó y se agachó para extraer uno de los bultos. Lo rompió y reveló un sapo encogido en el interior, extrajo la criatura y volvió junto a su comandante.

—Un regalo inesperado —dijo mientras partía una pata atrofiada y arrancaba la carne dura pero dulce.

Leoman se lo quedó mirando a la luz de la luna.

—Tendrás sueños perturbadores, Corabb, si comes eso.

—Sueños de espíritus, sí. No me asustan, comandante. Salvo por todas esas plumas.

Sin hacer ningún comentario más, Leoman se desató el yelmo y se lo quitó. Se quedó mirando las estrellas y después habló.

—¿Qué quieren mis soldados de mí? ¿He de guiarnos a una victoria imposible?

—Tu destino es llevar el libro —dijo Corabb con la boca llena de carne.

—La diosa está muerta.

—Dryjhna es más que una diosa, comandante. El Apocalipsis es tanto un tiempo como cualquier otra cosa.

Leoman lo miró.

—Continúas sorprendiéndome, Corabb Bhilan Thenu'alas, después de todos estos años.

Complacido por el cumplido, o por lo que tomó por un cumplido, Corabb sonrió, escupió un hueso y contestó a su

superior.

—He tenido tiempo para pensar, comandante. Mientras cabalgábamos. He reflexionado mucho y esas reflexiones han tomado caminos extraños. Somos el Apocalipsis. Este último ejército de la rebelión. Y creo que estamos destinados a demostrarle al mundo la verdad.

—¿Por qué crees eso?

—Porque nos guías tú, Leoman de los Mayales, y no eres de los que te escabulles como una rata de aguas fugitiva. Viajamos hacia algo, lo sé; muchos aquí lo ven como una huida, pero yo no. O, por lo menos, no todo el tiempo.

—Una rata de aguas —caviló Leoman—. Así es como se llaman esas ratas que comen lagartos en el Jen'rahb, en Ehrlitan.

Corabb asintió.

—Las de los cuerpos largos, con las cabezas de escamas, sí.

—Una rata de aguas —dijo Leoman otra vez, extrañamente pensativo—. Casi imposibles de cazar. Pueden meterse por rendijas con las que tendría problemas hasta una serpiente. Cráneos articulados…

—Huesos como ramas verdes, sí —dijo Corabb mientras chupaba el cráneo del sapo y después lo tiraba. Y vio que le brotaban alas y salía volando en la noche. Miró los rasgos revestidos de plumas de su comandante—. Son unas mascotas terribles. Cuando se asustan, se cuelan en el primer agujero que ven, por pequeño que sea. Una mujer murió con una rata de aguas metida por la nariz, o eso he oído. Cuando quedan encajadas empiezan a morder. Plumas por todas partes.

—Tengo entendido que ya nadie las tiene como mascotas —dijo Leoman y se puso a estudiar las estrellas una vez más

—. Cabalgamos hacia nuestro Apocalipsis, ¿verdad? Sí, bueno.

—Podríamos dejar los caballos —dijo Corabb—. Y limitarnos a salir volando. Sería mucho más rápido.

—Eso sería cruel, ¿no crees?

—Cierto. Bestias honorables, los caballos. Tú nos guiarás, alado, y triunfaremos.

—Una victoria imposible.

—Muchas victorias imposibles, comandante.

—Una bastaría.

—Muy bien —dijo Corabb—. Una, entonces.

—Yo no quiero esto, Corabb. Yo no quiero nada de esto. Estoy pensando en dispersar este ejército.

—Eso no funcionaría, comandante. Regresamos al lugar en el que nacimos. Es la época para regresar. Para construir nidos en los tejados.

—Creo —dijo Leoman— que es hora de que te vayas a dormir.

—Sí, tienes razón. Me voy a dormir.

—Ve. Yo me quedaré aquí un rato.

—Eres Leoman de las Plumas y será como tú digas. —Corabb le hizo un saludo militar y regresó sin prisa al campamento y su hueste de enormes buitres. Tampoco era tan malo, caviló. Los buitres sobrevivían porque otras cosas no lo hacían, después de todo.

Una vez solo, Leoman continuó estudiando el cielo nocturno. Ojalá ese toblakai estuviera cabalgando con él. El guerrero gigante era inmune a la incertidumbre. *Por desgracia, también carece de sutileza.* La maza del razonamiento de Karsa Orlong no permitiría disfrazar las verdades desagradables.

Una rata de aguas. Tendría que pensarlo.

—¡No puedes entrar con eso!

El guerrero gigante volvió la vista y miró las cabezas que arrastraba, después alzó a Samar Dev y la posó en el suelo antes de bajarse él también de la bestia. Se cepilló el polvo de las pieles y se acercó al guardia de la puerta. Lo cogió y lo tiró contra una carreta cercana.

Alguien chilló, un grito que se cortó en seco cuando el guerrero dio media vuelta.

Veinte pasos calle arriba, la tarde caía sobre el segundo guardia, que estaba en plena huida, rumbo, sospechaba Samar, al blocao, para reunir a unos veinte de sus compañeros. Samar suspiró.

—Esto no ha empezado bien, Karsa Orlong.

El primer guardia, tirado entre la carreta hecha pedazos, no se movía.

Karsa miró a Samar Dev.

—Todo va bien, mujer —dijo—. Tengo hambre. Búscame una posada, una que tenga establo.

—Tendremos que movernos rápido, y no es que yo pueda hacerlo.

—Estás resultando ser una carga —dijo Karsa Orlong.

Las alarmas empezaron a sonar a unas calles de distancia.

—Vuelve a subirme a tu caballo —dijo Samar— y te daré indicaciones, aunque para lo que va a servir…

El gigante se acercó a ella.

—Cuidado, por favor, esta pierna no soportará muchos más empellones.

Karsa hizo una mueca de disgusto.

—Eres débil, como todos los niños. —Pero fue menos descuidado cuando la volvió a subir al caballo.

—Baja por esa pista lateral —le dijo ella—. Aléjate de las campanas. Hay una posada en la calle Trosfalhadan, no está lejos. —Miró a la derecha y vio un pelotón de guardias que acababa de aparecer más abajo, en la calle principal—. Deprisa, guerrero, si no quieres pasar la noche en una celda.

Los ciudadanos se habían reunido para observarlos. Dos se habían acercado al guardia muerto o inconsciente y se habían agachado para examinar al desgraciado. Otro se había quedado cerca, se quejaba de la carreta destrozada y señalaba a Karsa, aunque solo cuando el enorme guerrero no miraba.

Bajaron por la avenida que corría paralela a la antigua muralla. Samar frunció el ceño al advertir que varios mirones habían optado por seguirlos.

—Soy Samar Dev —dijo en voz muy alta—. ¿Os arriesgaréis a que os maldiga? ¿Algún voluntario? —La gente se echó hacia atrás y se dio la vuelta a toda prisa.

Karsa giró la cabeza y la miró.

—¿Eres bruja?

—No sabes hasta qué punto.

—¿Y si te hubiera dejado en el camino, me habrías maldecido?

—Desde luego.

El gigante rezongó y no dijo nada en los siguientes diez pasos, después se volvió una vez más.

—¿Por qué no apelaste a los espíritus para sanarte tú misma?

—No tenía nada con lo que negociar —respondió ella—. Los espíritus que uno encuentra en los yermos son seres hambrientos, Karsa Orlong. Codiciosos y poco fiables.

—Entonces, como bruja no vales mucho si tienes que negociar. ¿Por qué no limitarse a vincularlos y exigirles que te curen la pierna?

—El que vincula se arriesga a ser vinculado a su vez. No pienso ir por ese camino.

Karsa no respondió.

—Aquí está la calle Trosfalhadan. Subiendo por la avenida, ahí, ¿ves ese edificio grande con el complejo amurallado al lado? Posada de la Madera, se llama. Deprisa, antes de que los guardias doblen esta esquina.

—Nos encontrarán de todos modos —dijo Karsa—. Has fracasado en tu tarea.

—¡No fui yo la que arrojó a ese guardia contra una carreta!

—Fue muy grosero. Deberías habérselo advertido.

Llegaron a las puertas dobles del complejo.

De la esquina de detrás surgieron gritos. Samar se giró en el caballo y observó que los guardias corrían hacia ellos. Karsa pasó junto a ella sin prisas y sacó la enorme espada de pedernal.

—¡Espera! —exclamó Samar—. Déjame hablar con ellos primero, guerrero, a no ser que quieras encontrarte luchando contra toda una ciudad de guardias.

El hombretón hizo una pausa.

—¿Son dignos de compasión?

La mujer lo estudió un momento y después asintió.

—Si no ellos, al menos sus familias.

—¡Estás arrestado! —El grito procedía de los guardias que se acercaban a toda prisa.

La cara tatuada de Karsa se oscureció.

Samar se bajó con cuidado del caballo y cojeó hasta colocarse entre el gigante y los guardias, todos los cuales habían sacado cimitarras y se estaban desplegando por la calle. Detrás se iba reuniendo una multitud de espectadores. Samar levantó las manos.

—Ha habido un malentendido.

—Samar Dev —dijo un hombre con un gruñido—. Será mejor que te apartes, esto no es asunto tuyo…

—Pero es que lo es, capitán Inashan. Este guerrero me ha salvado la vida. Mi carreta se averió en los yermos y yo me rompí la pierna, mírame. Me estaba muriendo. Así que recurrí a un espíritu de la naturaleza.

El capitán abrió mucho los ojos y miró a Karsa Orlong.

—¿Esto es un espíritu?

—Sin lugar a dudas —respondió Samar—. Un espíritu que, por supuesto, no conoce nuestras costumbres. Ese guardia de la puerta actuó de un modo que este espíritu percibió como hostil. ¿Vive todavía?

El capitán asintió.

—Cayó inconsciente, eso es todo. —El hombre señaló entonces las cabezas cortadas—. ¿Y eso, qué?

—Trofeos —respondió ella—. Demonios. Escaparon de su reino y se acercaban a Ugarat. Si no los hubiera matado este espíritu, habrían caído sobre nosotros y causado una gran matanza. Y al no quedar ni un solo mago digno de ese nombre en Ugarat, habríamos corrido una suerte aciaga, sin duda.

El capitán Inashan entrecerró los ojos y miró a Karsa.

—¿Entiendes mis palabras?

—Han sido bastante simples hasta el momento —respondió el teblor.

El capitán frunció el ceño.

—¿Dice la mujer la verdad?

—Más de lo que cree; aun así, hay falsedades en su relato. No soy un espíritu. Soy toblakai, en otro tiempo guardaespaldas de Sha’ik. Pero esta mujer negoció conmigo como lo haría con un espíritu. Es más, no sabía nada de mi procedencia o quién era, así que bien podría haber imaginado que era un espíritu de la naturaleza.

Varias voces se alzaron tanto entre los guardias como entre los ciudadanos al oír el nombre de «Sha'ik», y Samar vio en la expresión del capitán que había caído en la cuenta.

—Toblakai, compañero de Leoman de los Mayales. Han llegado a nuestros oídos historias sobre ti. —Señaló con la cimitarra la piel que envolvía los hombros de Karsa—. Mataste a un soletaken, un oso blanco. Ejecutaste a los que traicionaron a Sha'ik en Raraku. Se dice que acabaste con demonios la noche antes de que asesinaran a Sha'ik —añadió con los ojos puestos en las cabezas desolladas, podridas—. Y cuando a ella la asesinó la consejera, tú saliste a caballo para enfrentarte al ejército malazano, y no quisieron luchar contigo.

—Hay algo de verdad en lo que acabas de referir —señaló Karsa—, salvo las palabras que intercambié con los malazanos…

—Perteneciente al círculo de Sha'ik —se apresuró a decir Samar, que presentía que el guerrero estaba a punto de decir algo imprudente—, ¿cómo no íbamos a darte la bienvenida los habitantes de Ugarat? La guarnición malazana ha sido expulsada de esta ciudad y en estos momentos se muere de hambre en la fortaleza Moraval, al otro lado del río, asediada, sin esperanza de socorro.

—En eso te equivocas también —dijo Karsa.

A Samar le apeteció darle una coz. Claro que, mira cómo había salido la última vez. *Esta vez, zopenco, cuélgate tú solo.*

—¿Qué quieres decir? —preguntó el capitán Inashan.

—La rebelión está vencida, los malazanos han tomado ciudades a decenas. Vendrán también aquí, al final. Sugiero que hagáis las paces con la guarnición.

—¿No te pondría eso en riesgo a ti? —se cuestionó Samar.

El guerrero enseñó los dientes.

—Mi guerra ha acabado. Si no saben aceptarlo, los mataré a todos.

Una afirmación estrafalaria, pero nadie se rió. El capitán Inashan vaciló, después envainó su cimitarra y sus soldados siguieron su ejemplo.

—Hemos oído hablar del fracaso de la rebelión —dijo—. Para los malazanos de la fortaleza quizá ya sea demasiado tarde. Llevan meses atrapados allí. Y hace tiempo que no se ve a nadie en las murallas…

—Iré yo allí —dijo Karsa—. Se han de hacer gestos de paz.

—Se dice —murmuró Inashan— que Leoman todavía vive. Que encabeza el último ejército y que ha jurado seguir luchando.

—Leoman cabalga por su propio camino. Yo no pondría fe alguna en él si fuera tú.

El consejo no fue bien recibido. Surgieron discusiones hasta que Inashan se volvió hacia sus guardias y los silenció levantando la mano.

—Esos asuntos se han de llevar al falah’d. —Volvió a mirar a Karsa—. ¿Te quedarás esta noche en la Posada de la Madera?

—Así es, aunque no está hecha de madera, así que debería llamarse la Posada del Ladrillo.

Samar se echó a reír.

—Puedes discutirlo con el propietario, toblakai. Capitán, ¿hemos terminado aquí?

Inashan asintió.

—Enviaré un sanador a arreglarte la pierna, Samar Dev.

—A cambio, te bendigo a ti y a todos los tuyos, capitán.

—Eres muy generosa —respondió el militar con una inclinación.

El pelotón se alejó. Samar se volvió y miró al gigantesco guerrero.

—Toblakai, ¿cómo has sobrevivido tanto tiempo en Siete Ciudades?

El hombretón la miró y después se echó la espada de piedra una vez más al hombro.

—No se ha hecho armadura que pueda soportar la verdad…

—¿Cuando la respalda esa espada?

—Sí, Samar Dev. He descubierto que a los niños no les lleva mucho entenderlo. Incluso aquí, en Siete Ciudades. —Abrió las puertas—. Estragos requerirá un establo alejado de las otras bestias… al menos hasta que se aplaque su hambre.

—No me gusta la pinta que tiene eso —murmuró Telorast sin dejar de moverse, nerviosa.

—Es una puerta —dijo Apsalar.

—Pero ¿adónde lleva? —preguntó Cuajo, la cabeza indistinta se bamboleaba.

—Lleva fuera —respondió la asesina—. Al Jen'rahb, en la ciudad de Ehrlitan. Es adonde voy.

—Entonces es adonde vamos nosotras —anunció Telorast—. ¿Hay cuerpos allí? Eso espero. Cuerpos sanos y carnosos.

Apsalar miró a los dos fantasmas.

—¿Tenéis intención de robar cuerpos para que alberguen vuestros espíritus? No estoy segura de poder permitirlo.

—Oh, nosotras no haríamos eso —dijo Cuajo—. Eso sería posesión y es difícil, muy difícil. Los recuerdos entran y salen, provocan confusión e inconsistencias.

—Cierto —dijo Telorast—. Y nosotras somos muy consistentes, ¿verdad? No, querida, es solo que nos gustan los cuerpos. Tenerlos cerca. Nos… consuelan. Tú, por

ejemplo. Eres un gran consuelo para nosotras, aunque no sabemos tu nombre.

—Apsalar.

—¡Está muerta! —chilló Cuajo. Y a Apsalar—: ¡Sabía que eras un fantasma!

—Me llamo así por la señora de los Ladrones. No soy ella en carne y hueso.

—Tiene que estar diciendo la verdad —le dijo Telorast a Cuajo—. Si te acuerdas, Apsalar no se parecía en nada a esta. La verdadera Apsalar era imass, o casi imass. Y no era muy amable…

—Porque robaste en los cofres de su templo —dijo Cuajo sin dejar de revolverse en pequeñas nubes de polvo.

—Incluso antes de eso. Decididamente desagradable, mientras que esta Apsalar, esta de aquí, es amable. Su corazón estalla de calidez y generosidad…

—Ya está bien —dijo Apsalar y se volvió hacia la puerta una vez más—. Como ya he dicho, esta puerta lleva al Jen'rahb… para mí. Para vosotras dos, por supuesto, bien podría llevar al reino del Embozado. No me hago responsable si os encontrarais ante la puerta de la Muerte.

—¿El reino del Embozado? ¿La puerta de la Muerte? —Telorast empezó a moverse de un lado a otro, un movimiento extraño que Apsalar se dio cuenta con retraso que era pasearse, aunque el fantasma se había hundido en parte en el suelo y por tanto parecía más bien que estaba vadeando unas aguas—. No hay riesgo de eso. Somos demasiado poderosas. Demasiado sabias. Demasiado astutas.

—Fuimos grandes magos una vez —dijo Cuajo—. Nigromantes, caminantes espirituales, ilusionistas, empuñábamos fortalezas feroces, señores de las mil sendas…

—Señoras, Cuajo, señoras de las mil sendas.

—Sí, Telorast. Señoras, desde luego. ¿Qué estaría pensando? Señoras hermosas, curvilíneas, lánguidas, sensuales, en ocasiones afectadas…

Apsalar atravesó la puerta.

Se metió entre los escombros rotos que había junto a los cimientos de un muro derrumbado. El aire nocturno era frío y las estrellas destacaban en el cielo.

—Y hasta Kallor temblaba ante nosotras, ¿no es verdad, Telorast?

—Oh, sí, temblaba.

Apsalar bajó la mirada, se encontró flanqueada por los dos fantasmas y suspiró.

—Ya veo que habéis evadido el reino del Embozado.

—Manos codiciosas y torpes —desdeñó Cuajo—. Fuimos demasiado rápidas.

—Como sabíamos que seríamos —añadió Telorast—. ¿Qué lugar es este? Está todo roto…

Cuajo se subió al muro de los cimientos.

—No, te equivocas, Telorast, como siempre. Veo edificios más allá. Ventanas iluminadas. El mismo aire hiede a vida.

—Esto es el Jen'rahb —dijo Apsalar—. El antiguo centro de la ciudad, que se derrumbó hace mucho tiempo bajo su propio peso.

—Como todas las ciudades, al final —comentó Telorast mientras intentaba coger un fragmento de ladrillo. Pero la mano le resbalaba y atravesaba el objeto sin remedio—. Oh, en este reino somos inútiles.

Cuajo bajó la cabeza y miró a su compañera.

—Necesitamos cuerpos…

—Ya os he dicho…

—No temas, Apsalar —respondió Cuajo con un canturreo —, que no te ofenderemos sin razón. Los cuerpos no tienen por qué ser inteligentes, después de todo.

—¿Aquí hay equivalentes a los mastines? —preguntó Telorast.

Cuajo lanzó un bufido.

—¡Los mastines son inteligentes, idiota!

—¡Solo en plan estúpido!

—No tan estúpidos como para dejarse engañar por nosotras, ¿no?

—¿Aquí hay imbrules? ¿Stantars? ¿Luthuras… aquí hay luthuras? Escamosos, colas largas y prensiles, ojos como los ojos de los murciélagos purlith…

—No —dijo Apsalar—. Ninguna de esas criaturas. —Frunció el ceño—. Las que habéis mencionado son de Starvald Demelain.

Un silencio momentáneo de los dos fantasmas, después Cuajo serpenteó por la cima del muro hasta que su misterioso rostro quedó enfrente de Apsalar.

—¿En serio? Bueno, eso sí que es una coincidencia peculiar…

—Sin embargo, habláis el idioma de los tiste andii.

—¿Lo hablamos? Vaya, eso sí que es más raro todavía.

—Desconcertante —asintió Telorast—. Nosotras, eh, supusimos que era el idioma que hablabas tú. Es decir, tu lengua materna.

—¿Por qué? Yo no soy tiste andii.

—No, por supuesto que no. Bueno, gracias al Abismo que lo hemos aclarado. ¿Adónde vamos ahora?

—Sugiero —dijo Apsalar tras pensarlo un momento— que vosotras dos os quedéis aquí. Tengo tareas que hacer esta noche y no conviene que lleve compañía.

—Deseas sigilo —susurró Telorast, y se agachó—. Lo notamos, ¿sabes? Hay algo de ladrona en ti. Creo que las tres somos espíritus afines. Una ladrona, sí, y quizá algo más oscuro.

—Pues por supuesto que más oscuro —dijo Cuajo desde el muro—. Sirve a Tronosombrío, o al patrón de los Asesinos. Esta noche se derramará sangre y nuestra compañera mortal será la que la derrame. Es una asesina y nosotras deberíamos saberlo después de haber conocido a un sinfín de asesinos en nuestros tiempos. Mírala, Telorast, tiene hojas letales escondidas por toda su persona…

—Y huele a vino rancio.

—Quedaos aquí —dijo Apsalar—. Las dos.

—¿Y si no? —preguntó Telorast.

—Entonces informaré a Cotillion de que os habéis escapado y él enviará a los mastines tras vuestro rastro.

—¡Nos obligas a estar en servidumbre! ¡Nos atrapas con amenazas! ¡Cuajo, hemos sido engañadas!

—¡Matémosla y robémosle el cuerpo!

—No, Cuajo. Hay algo en ella que me asusta. De acuerdo, Apsalar que no es Apsalar, nos quedaremos aquí… un rato. Hasta que podamos estar seguras de que estás muerta o algo peor, ese es el tiempo que nos quedaremos aquí.

—O hasta que regreses —añadió Cuajo.

Telorast siseó de un modo extraño, como un reptil.

—Sí, idiota, esa sería la otra opción —dijo después.

—¿Entonces por qué no lo dijiste?

—Porque es obvio, por supuesto. ¿Por qué debería desperdiciar aliento mencionando lo obvio? El caso es que esperamos aquí. De eso se trata.

—Quizá se trate de eso para ti —dijo Cuajo alargando las palabras—, pero no necesariamente para mí, y no es que vaya a desperdiciar aliento explicándote nada a ti, Telorast.

—Siempre fuiste demasiado obvia, Cuajo.

—Las dos —dijo Apsalar—. Callaos y esperad aquí hasta que yo regrese.

Telorast se dejó caer contra las piedras de los cimientos del muro y se cruzó de brazos.

—Sí, sí. Tú vete. Nos da igual.

Apsalar se abrió camino a toda prisa entre los restos de piedras caídas, quería poner toda la distancia posible entre ella y los dos fantasmas antes de buscar el sendero oculto que, si todo iba bien, la llevaría hasta su víctima. Maldijo el sentimentalismo que debilitaba tanto su resolución que había terminado encadenada a dos fantasmas chiflados. Sabía que no serviría de nada abandonarlos. Si dejaba que se arreglaran solos, lo más probable era que desataran el caos en Ehrlitan. Se esforzaban demasiado por convencerla de que eran inofensivos, pero por alguna razón los habrían encadenado en el reino de Sombra, una senda en la que proliferaban las criaturas encerradas por toda la eternidad, pocas de las cuales podían clamar de verdad que se había cometido con ellas una injusticia.

No había ninguna Casa de Azath clara en la senda de Sombra, así que se habían empleado métodos más mundanos para anular las amenazas. O eso le parecía a Apsalar. Prácticamente todos los elementos permanentes de Sombra estaban entreverados de cadenas irrompibles y cuerpos que yacían enterrados en el polvo, sujetos a grilletes unidos a esas cadenas. Tanto ella como Cotillion se habían encontrado con menhires, túmulos, árboles antiguos, muros de piedra y peñascos, todos hogares de prisioneros sin nombre: demonios, ascendientes, aparecidos y fantasmas. En medio de un círculo de piedra había encadenados tres dragones, en apariencia muertos, pero su carne no se marchitaba ni pudría y el polvo cubría unos ojos que permanecían abiertos. Ese lugar pavoroso lo había visitado Cotillion y cierto leve residuo de inquietud se aferraba al recuerdo, Apsalar sospechaba que en aquel

encuentro había habido algo más, pero no todo en la vida de Cotillion estaba al alcance de los recuerdos de la asesina.

Se preguntó quién era el responsable de todos esos encadenamientos. ¿Qué entidad desconocida poseía tal poder como para vencer a tres dragones? Había tanto en el reino de Sombra que desafiaba su entendimiento. Igual que el de Cotillion, sospechaba.

Cuajo y Telorast hablaban el idioma de los tiste andii. Pero traicionaban un conocimiento íntimo del reino dragontino de Starvald Demelain. Habían conocido a la señora de los Ladrones, que se había desvanecido del panteón largo tiempo atrás, aunque, si las leyendas de Darujhistan tenían algo de verdad, había reaparecido por un breve tiempo menos de un siglo antes, solo para desvanecerse una segunda vez.

Intentaba robar la luna. Una de las primeras historias que le había contado Azafrán tras la repentina partida de Cotillion de su mente. Un relato con sabor local para reforzar el culto en la región, quizá. Admitió que sentía cierta curiosidad. La diosa era tocaya suya, después de todo. *¿Imass? No hay representaciones icónicas de la Señora, cosa que resulta bastante extraña, quizá una prohibición impuesta por los templos. ¿Cuáles son sus símbolos? Ah, sí. Huellas. Y un velo.* Decidió que interrogaría a los fantasmas más a fondo sobre el tema.

En cualquier caso, estaba bastante segura de que Cotillion no se alegraría de que hubiera liberado a esos fantasmas. Tronosombrío se pondría furioso. Todo lo cual quizá a ella la hubiera aguijoneado todavía más. *Estuve poseída una vez, pero ya no. Sigo sirviendo, pero como me conviene a mí, no a ellos.*

Afirmaciones osadas, pero eran todo lo que le quedaba si quería aferrarse a algo. Un dios utiliza y después desecha.

La herramienta se abandona y olvida. Cierto, parecía que Cotillion no era tan indiferente como la mayor parte de los dioses en ese tema, pero ¿hasta qué punto podía confiar ella?

Bajo la luz de la luna, Apsalar encontró el sendero secreto que serpenteaba entre las ruinas. Se abrió camino por él en silencio, utilizando cada sombra disponible, hasta el corazón del Jen'rahb. Ya bastaba de pensamientos errabundos. Debía concentrarse, no fuera a convertirse ella en la víctima de esa noche.

Había que responder a las traiciones. Esa tarea era más por cuenta de Tronosombrío que de Cotillion, o eso le había explicado el patrón de los Asesinos. Una vieja cuenta que saldar. Las intrigas se multiplicaban y ya eran bastante confusas, y la situación empeoraba, a juzgar por la agitación de Tronosombrío en los últimos tiempos. Algo de esa inquietud se había contagiado a Cotillion. Había habido rumores sobre otra convergencia de poderes. Más inmensa que cualquiera que hubiera acaecido hasta entonces y, de algún modo, Tronosombrío estaba en el centro. *En el centro de todo.*

Llegó cerca de la cúpula del templo hundido, la única estructura casi completa una vez adentrados en el Jen'rahb. Agazapada tras un bloque inmenso cuyas superficies estaban atestadas de glifos arcanos, se acomodó y estudió el modo de aproximarse. Había potenciales líneas de visión en incontables direcciones. Sería un desafío si habían colocado vigilantes para proteger la entrada oculta a ese templo. Tenía que suponer que esos vigilantes estaban allí, ocultos en grietas y fisuras por todos lados.

Mientras miraba captó un movimiento que salía del templo y se alejaba a la izquierda con movimientos furtivos. Demasiado distante para distinguir detalles. En cualquier

caso, una cosa estaba clara. La araña se encontraba en el corazón de su nido, recibiendo y enviando agentes al exterior. Ideal. Con un poco de suerte, los centinelas escondidos supondrían que ella era uno de esos agentes, a menos, por supuesto, que hubiera caminos concretos que hubiera que usar, un patrón alterado cada noche.

Había otra opción. Apsalar sacó el largo y fino chal conocido como telaba y se envolvió la cabeza con él hasta que solo quedaron expuestos los ojos. Desenvainó sus cuchillos y se pasó veinte latidos estudiando la ruta que iba a tomar, después salió como un rayo. Un movimiento rápido explotaba el factor sorpresa y además hacía de ella un objetivo más difícil. Mientras corría entre los escombros, esperaba el chasquido pesado de una ballesta, el quejido del cuadrillo al cortar el aire. Pero no se oyó nada. Al llegar al templo vio la fisura que servía de entrada y se dirigió allí.

Se deslizó en la oscuridad y se detuvo un momento.

El pasadizo hedía a sangre.

Mientras esperaba a que se le acostumbraran los ojos, contuvo el aliento y escuchó. Nada. Podía distinguir ya el corredor inclinado que tenía delante. Apsalar avanzó poco a poco y se detuvo al borde de una cámara más grande. Había un cuerpo tirado en el suelo polvoriento, sobre un charco de sangre que iba aumentando. En el otro extremo del aposento había una cortina corrida delante de una puerta. Aparte del cuerpo, se veían unos cuantos muebles modestos en la habitación. Un brasero arrojaba una luz irregular naranja. En el aire, el olor amargo a muerte y humo.

Se acercó al cuerpo, los ojos puestos en la cortina del fondo. Sus sentidos le decían que no había nadie detrás de la cortina, pero si se equivocaba, el error podría resultar fatal. Al llegar a la figura encogida, envainó un cuchillo y

después estiró la mano y empujó el cuerpo para ponerlo boca arriba. Lo suficiente para verle la cara.

Mebra. Al parecer alguien había hecho el trabajo por ella.

Un revoloteo de movimiento en el aire tras ella. Apsalar se agachó y rodó a la izquierda al tiempo que una estrella arrojadiza destellaba sobre ella y abría un agujero en la cortina. Se puso en pie, aunque todavía agachada, y se enfrentó al pasaje exterior. Por donde una figura envuelta en ropas ceñidas grises entró en la cámara. La mano izquierda enguantada de la figura sostenía otra estrella de hierro, los múltiples bordes relucían con el veneno untado. En la mano derecha llevaba un cuchillo kethra, ganchudo y de hoja ancha. Una telaba ocultaba los rasgos del asesino, pero alrededor de los ojos oscuros había una masa de tatuajes grabados en blanco que destacaban contra la piel negra.

El homicida se apartó de la puerta con los ojos clavados en Apsalar.

—Mujer estúpida —siseó una voz de hombre en ehrlitano con fuerte acento.

—Clan meridional de los semk —dijo Apsalar—. Estás muy lejos de casa.

—No debía haber testigos. —La mano izquierda del hombre destelló.

Apsalar se giró de golpe. La estrella de hierro pasó como un rayo y se estrelló contra la pared que tenía detrás.

El semk se abalanzó tras arrojar la estrella. En el mismo movimiento dejó caer la mano izquierda con fuerza y de lado para apartar el brazo con el que Apsalar sujetaba el cuchillo y después apuñaló con el kethra para buscar el abdomen de esta, de modo que pudiera rasgarla con la hoja y destriparla. Nada de lo cual consiguió.

Al tiempo que él bajaba el brazo izquierdo, Apsalar dio un paso a la derecha. El talón de la mano masculina crujió con

fuerza contra la cadera de ella. El movimiento que hizo la asesina para apartarse del kethra obligó al semk a intentar seguirla con el arma. Mucho antes de que pudiera alcanzarla, ella ya le había clavado al hombre su cuchillo entre las costillas y la punta le había perforado la parte posterior del corazón.

Con un gemido estrangulado, el semk se encorvó, se desprendió de la hoja del cuchillo y se precipitó al suelo. Lanzó su último suspiro y se quedó quieto.

Apsalar limpió el arma en el muslo de su víctima y empezó a cortarle la ropa. Los tatuajes continuaban y cubrían cada parte de él. Un rasgo bastante común entre los guerreros del clan meridional, pero el estilo no era semk. Escritura arcana que serpenteaba por los miembros musculosos del asesino, parecida a las tallas que Apsalar había visto en las ruinas del exterior del templo.

El idioma del Primer Imperio.

Con una sospecha creciente, la asesina le dio la vuelta al cuerpo y descubrió la espalda. Y vio un trozo oscurecido, más o menos rectangular, encima de la clavícula derecha del semk. Donde el nombre del hombre había estado en otro tiempo, antes de que lo ocultaran con un ritual.

Ese hombre había sido sacerdote de los sin nombre.

Oh, Cotillion, esto no te va a hacer ninguna gracia.

—¿Y bien?

Telorast levantó la cabeza.

—¿Y bien qué?

—Es mona.

—Nosotras más.

Cuajo lanzó un bufido.

—En estos momentos, creo que discrepo.

—Está bien. Si te gustan las morenas y letales.

—Lo que preguntaba, Telorast, es si nos quedamos con ella.

—Si no nos quedamos, Caminante del Filo no estará muy contento con nosotras, Cuajo. Y no querrás eso, ¿verdad? No sería la primera vez que no está contento con nosotras, ¿o ya se te ha olvidado?

—¡Bien! Tenías que sacarlo a colación, ¿verdad? Así que está decidido. Nos quedamos con ella.

—Sí —dijo Telorast—. Hasta que encontremos una forma de salir de este lío.

—¿Quieres decir que los engañemos a todos?

—Por supuesto.

—Bien —dijo Cuajo, se estiró por el muro en ruinas y se quedó mirando las extrañas estrellas—. Porque yo quiero recuperar mi trono.

—Yo también.

Cuajo olisqueó el aire.

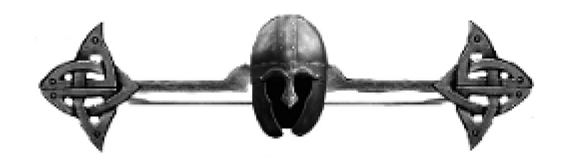
—Muertos. Frescos.

—Sí. Pero no ella.

—No, no ella. —El fantasma se quedó callado un momento y después añadió—: No solo una cara bonita, entonces.

—No —asintió con tono lúgubre Telorast—, no solo una cara bonita.

2



Es un hecho sabido por todos que un hombre que resulta ser el hechicero más poderoso, más terrible y más letal del mundo debe tener una mujer a su lado. Pero de ello no se deduce, niños míos, que una mujer de similares proporciones requiera un hombre al suyo.
Y ahora bien, ¿quién quiere ser tirano?

—Señora Wu
Escuela Ciudad Malaz de niños abandonados y golfillos
1152 del Sueño de Ascua

Insustancial, aparecía y desaparecía, lleno de humo y entreverado de jirones, Ammanas no paraba de moverse sobre el antiguo trono de Sombra. Los ojos como hematites pulidas estaban clavados en la escuálida figura que tenía en pie delante. Una figura cuya cabeza carecía de pelo salvo por una maraña salvaje de rizos grises y negros encima de las orejas y por detrás del cráneo sutilmente deformado. Y dos cejas que competían con el flequillo en caótica rebeldía, escabulléndose y anudándose para igualar el

desconcertante e inquietante tumulto de emociones de la arrugada cara que había debajo.

El sujeto no dejaba de murmurar, y no del todo en voz baja.

—No es tan aterrador, ¿verdad? Entra y sale, llega y se va, aquí y en otros sitios, una aparición de intención vacilante y quizá vacilante intelecto, mejor no dejarle que me lea el pensamiento… ¡ponte serio, no, atento, no, complacido! No, espera. Encogido. Aterrado. No, maravillado. Sí, maravillado. Pero no durante mucho tiempo, eso es cansado. Pon cara de aburrido. Dioses, ¿en qué estoy pensando? Lo que sea menos aburrido, por muy aburrido que pueda ser esto, con él mirándome desde ahí arriba y yo mirándole desde aquí abajo y Cotillion ahí de brazos cruzados, apoyado en la pared y con esa sonrisa de satisfacción, ¿qué clase de público es? La peor clase, digo yo. ¿Qué estaba pensando? Bueno, por lo menos estaba pensando. Estoy pensando, de hecho, y se podría suponer que Tronosombrío está haciendo lo mismo, suponiendo claro está que su cerebro no se haya escapado por algún agujero, puesto que no es nada más que sombras así que, ¿qué tiene dentro? El caso es que yo bien haría en recordarme, como estoy haciendo ahora, el caso es que él me emplazó a mí. Así que aquí estoy. Servidor legítimo. Leal. Bueno, más o menos leal. Fiable. La mayor parte del tiempo. Modesto y respetuoso, siempre. En apariencia para los demás y lo que es aparente para los demás es lo único que importa en este y cualquier otro mundo. ¿Verdad? ¡Sonríe! Una mueca. Pon cara de útil. Esperanzado. Agobiado, hirsuto, casual. Espera, ¿cómo se pone cara de casual? ¿Qué clase de expresión debe de ser esa? Debo reflexionar. Pero ahora no, porque esto no es casual, esto es circunstancial…

—Silencio.

—¿Mi señor? Yo no he dicho nada. Oh, será mejor que aparte la vista y piense en esto. No he dicho nada. Silencio. ¿Quizá esté haciendo una observación? Sí, tiene que ser eso. Vuelve a mirar ahora, con deferencia, y di en voz alta: «Desde luego, mi señor». Silencio. Ya está. ¿Cómo reacciona? ¿Es eso cólera creciente? ¿Cómo se va a saber con todas esas sombras? Bueno, si yo me sentara en ese trono…

—¡Iskaral Pust!

—¿Sí, mi señor?

—Lo he decidido.

—¿Sí, mi señor? Bueno, si ha decidido algo, ¿por qué no lo dice sin más?

—He decidido, Iskaral Pust…

—¡Está haciéndolo otra vez! ¿Sí, mi señor?

—Que tú… —Tronosombrío hizo una pausa y pareció pasarse una mano por los ojos—. Oh, vaya… —añadió con un murmullo y después se irguió—. He decidido que tendrás que servir.

—¿Mi señor? ¡Aparta los ojos! Este dios está chiflado. ¡Sirvo a un dios chiflado! ¿Qué clase de expresión merece eso?

—¡Vete! ¡Sal de aquí!

Iskaral Pust hizo una reverencia.

—Por supuesto, mi señor. ¡De inmediato! —Después se quedó allí, a la espera. Miró a su alrededor y lanzó una mirada de súplica a Cotillion—. ¡Se me llamó! ¡No puedo irme hasta que el completo idiota del trono me libere! Cotillion lo entiende (podría ser diversión lo que hay en esos horrendos ojos fríos), oh, ¿por qué no dice nada? ¿Por qué no le recuerda a esa mancha charlatana del trono…?

Un gruñido de Ammanas y el sumo sacerdote de Sombra, Iskaral Pust, se desvaneció.

Tronosombrío se quedó entonces sentado, inmóvil, durante un rato antes de volver la cabeza poco a poco para mirar a Cotillion.

—¿Qué estás mirando? —preguntó.

—No mucho —respondió Cotillion—. Te has ido haciendo más insustancial en los últimos tiempos.

—Me gusta así. —Se estudiaron el uno al otro durante un momento—. ¡De acuerdo, voy un poco forzado! —El chillido resonó en la sala y el dios se tranquilizó—. ¿Crees que llegará a tiempo?

—No.

—Crees que si llega, ¿será suficiente?

—No.

—¿Y a ti, quién te ha preguntado?

Cotillion observó a Ammanas ponerse furioso, removerse y agitarse en el trono. Después, el señor de Sombra se quedó quieto y levantó poco a poco un único dedo largo y delgado.

—Tengo una idea.

—Pues te dejo con ella —dijo Cotillion al tiempo que se apartaba de la pared—. Voy a dar un paseo.

Tronosombrío no respondió.

Cuando miró, Cotillion vio que se había desvanecido.

—Oh —murmuró—, esa sí que fue una buena idea.

Cuando salió de Fortalezasombría hizo una pausa para estudiar el paisaje. Tenía por costumbre cambiar en un solo momento, aunque no cuando alguien lo estaba mirando, lo que, suponía, era lo que lo salvaba. Una línea de colinas boscosas a la derecha, barrancos y quebradas justo delante y un lago fantasmal a la izquierda sobre el que navegaban media docena de barcos de velas grises a lo lejos. Demonios artorallah, que partían a atacar las aldeas aptorianas de la costa, sospechó Cotillion. No era frecuente que la región del

lago apareciera tan cerca de la fortaleza y Cotillion sintió un momento de inquietud. Los demonios de ese reino parecían hacer poco más que esperar el momento propicio sin prestar demasiada atención a Tronosombrío y haciendo más o menos lo que les placía. Que por lo general suponía disputas varias, ataques relámpagos contra vecinos y pillajes surtidos.

Ammanas bien podría inducirlos a someterse a sus órdenes si así lo decidía. Pero casi nunca lo hacía, quizá no quería poner a prueba los límites de su lealtad. O quizá solo estaba ocupado con algún otro asunto. Con sus intrigas.

Las cosas no iban bien. *Un poco forzado, ¿eh, Ammanas? No me sorprende.* Cotillion podía compadecerse, y casi lo hizo, por un instante, antes de recordarse que Ammanas había provocado la mayor parte de los riesgos que lo acechaban. *Y, por extensión, los que me acosan a mí también.*

Los senderos que tenía delante eran estrechos, retorcidos y traicioneros. Requerían la máxima cautela con cada paso medido.

Así sea. Después de todo, no es la primera vez que lo hacemos. Y triunfamos. Por supuesto, esa vez había mucho más en juego. Demasiado, quizá.

Cotillion se puso en camino rumbo a los terrenos accidentados que tenía enfrente. Dos mil pasos y ante él había una pista que llevaba a un barranco. Las sombras rodaban entre las toscas paredes de roca. Reticentes a separarse cuando él se metió en la pista, se deslizaron como algas en bajíos alrededor de sus piernas.

Tanto en ese reino había perdido su legítimo… lugar. La confusión disparaba un tumulto airado en bolsas donde se reunían las sombras. Lamentos leves susurraban en sus oídos, como si estuvieran muy lejos, la voz de multitudes

ahogándose. El sudor perló la frente de Cotillion y aceleró el paso hasta que dejó atrás aquel agujero.

El sendero empezó a subir y al final se abrió a una amplia meseta. Cuando entró en el claro, los ojos clavados en un círculo lejano de piedras rectas, sintió una presencia a su lado y se volvió para ver una criatura alta, esquelética, engalanada con trapos, que caminaba a su ritmo. No lo bastante cerca para estirar el brazo y tocarlo, pero demasiado cerca para el gusto de Cotillion, no obstante.

—Caminante del Filo. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te vi.

—No puedo decir lo mismo, Cotillion. Camino…

—Sí, lo sé —lo interrumpió Cotillion—, caminas por senderos invisibles.

—Para ti. Los mastines no comparten tu defecto.

Cotillion miró con el ceño fruncido a la criatura, después volvió otra vez la vista y vio a Baran detrás, a treinta pasos, sin acercarse. La inmensa cabeza pegada al suelo, los ojos relucientes, de un color carmesí amoratado.

—Te acechan.

—Les divierte, me imagino —dijo Caminante del Filo.

Continuaron así un rato, después Cotillion suspiró.

—¿Me has buscado? —preguntó—. ¿Qué quieres?

—¿De ti? Nada. Pero veo adónde te diriges y me gustaría presenciarlo.

—¿Presenciar qué?

—Tu conversación inminente.

Cotillion frunció el ceño.

—¿Y si yo prefiriera que no la presenciaras?

La cara esquelética mantenía una sonrisa permanente que pareció ensancharse un poco más.

—No hay privacidad en Sombra, usurpador.

Usurpador. Hace ya mucho tiempo que habría matado al cabrón este si no estuviera ya muerto. Mucho tiempo.

—No soy enemigo vuestro —dijo Caminante del Filo como si adivinara los pensamientos de Cotillion—. Todavía no.

—Ya tenemos enemigos más que suficientes tal y como están las cosas. Por tanto —continuó Cotillion—, no deseo ninguno más. Por desgracia, puesto que no tenemos conocimiento de tu propósito o de tus motivos, no podemos predecir lo que podría ofenderte. Así que, en interés de la paz entre nosotros, ilumíname.

—Eso no puedo hacerlo.

—¿No puedes o no quieres?

—El defecto es tuyo, Cotillion, no mío. Tuyo y de Tronosombrío.

—Bueno, eso sí que es práctico.

Caminante del Filo pareció considerar la irónica observación de Cotillion durante un momento y después asintió.

—Sí, sí que lo es.

Mucho tiempo…

Se acercaron a las piedras rectas. No quedaba un solo dintel que uniera el círculo, solo escombros esparcidos por las laderas, como si alguna antigua detonación en el corazón del círculo hubiera reventado la masiva estructura, hasta las piedras verticales estaban todas inclinadas hacia fuera, como los pétalos de una flor.

—Este es un lugar desagradable —dijo Caminante del Filo cuando giraron a la derecha para tomar el camino de acceso formal, una avenida bordeada de árboles bajos y podridos, cada uno invertido con las raíces restantes aferrándose al aire.

Cotillion se encogió de hombros.

—Más o menos tan desagradable como casi cualquier otro sitio de este reino.

—Quizá tú lo creas, puesto que no tienes ninguno de los recuerdos que poseo yo. Acontecimientos terribles, hace mucho, mucho tiempo, pero los ecos persisten.

—Aquí no queda mucho poder residual —dijo Cotillion cuando se acercaron a las dos piedras más grandes y pasaron entre ellas.

—Eso es cierto. Por supuesto, no es el caso en la superficie.

—¿La superficie? ¿A qué te refieres?

—Las piedras rectas están siempre medio enterradas, Cotillion. Y los hacedores pocas veces ignoraban lo que eso significaba. Mundo superior e inframundo.

Cotillion se detuvo, miró atrás y estudió los árboles volcados que bordeaban la avenida.

—¿Y esta manifestación que vemos aquí se entrega al inframundo?

—En cierto modo.

—¿La manifestación del mundo superior se encuentra en algún otro reino? ¿Donde uno podría ver un círculo de piedras inclinadas hacia dentro y árboles normales?

—Suponiendo que no estén enterradas por completo o erosionadas hasta convertirse en nada a estas alturas. Este círculo es muy antiguo.

Cotillion giró en redondo otra vez y observó los tres dragones que tenían enfrente, cada uno en la base de una piedra recta, aunque las cadenas gigantescas se metían en el suelo basto en lugar de en la roca curtida por los elementos. Con grilletes en el cuello y en los cuatro miembros, con otra cadena tensa que envolvía a cada dragón por la parte posterior de los hombros y las alas. Cada

cadena estaba tan tirante que impedía cualquier movimiento, ni siquiera podían levantar la cabeza.

—Este —dijo Cotillion con un murmullo— es lo que has dicho, Caminante del Filo. Un lugar desagradable. Se me había olvidado.

—Lo olvidas cada vez —dijo Caminante del Filo—. Dominado por tu fascinación. Tal es el poder residual de este círculo.

Cotillion le lanzó una mirada rápida.

—¿Estoy hechizado?

La demacrada criatura se encogió de hombros con un leve tintineo de huesos.

—Es una magia sin propósito más allá del que logra. Fascinación… y olvido.

—Me cuesta aceptar eso. Toda hechicería tiene un objetivo deseado.

Otro encogimiento de hombros.

—Tienen hambre, pero son incapaces de alimentarse.

Tras un momento, Cotillion asintió.

—La hechicería pertenece a los dragones, entonces. Bien, eso puedo aceptarlo. ¿Y qué hay del círculo en sí? ¿Ha muerto su poder? Si es así, ¿por qué están todavía atados estos dragones?

—No está muerto, sencillamente no actúa de ninguna manera sobre ti, Cotillion. Tú no eres su propósito.

—Está bien. —Se giró cuando Baran apareció sin hacer ruido y dio un gran rodeo para evitar a Caminante del Filo, después clavó su atención en los dragones. Cotillion vio que se le erizaba el pelo del lomo—. Respóndeme a esto —le dijo a Caminante del Filo—, ¿por qué no quieren hablar conmigo?

—Quizá todavía tengas que pronunciar algo digno de una respuesta.

—Es posible. ¿Cuál crees tú que será la respuesta, entonces, si hablo de libertad?

—Estoy aquí —dijo Caminante del Filo— para descubrir eso yo también.

—¿Puedes leerme el pensamiento? —preguntó Cotillion en voz baja.

La enorme cabeza de Baran giró poco a poco para contemplar a Caminante del Filo. El mastín dio un único paso hacia la criatura.

—No soy omnisciente —respondió con calma Caminante del Filo, no parecía hacer caso de la atención que Baran le dedicaba—. Aunque a alguien como tú pudiera parecérselo. Pero he existido más eras de las que tú puedas calcular, Cotillion. Todos los patrones me son conocidos, pues se han repetido ya incontables veces. Teniendo en cuenta lo que se acerca a todos nosotros, no era difícil de predecir. Sobre todo dada tu misteriosa clarividencia. —Los pozos muertos que eran los ojos de Caminante del Filo parecieron estudiar a Cotillion—. Sospechas, sin duda, que los dragones están en el fondo de cuanto vendrá.

Cotillion señaló con un gesto las cadenas.

—¿Llegan hasta el mundo superior, es de suponer? ¿Y qué senda es esa?

—¿Cuál crees tú? —replicó Caminante del Filo.

—Intenta leer mis pensamientos.

—No puedo.

—Así que estás aquí porque te encuentras desesperado por saber lo que yo sé o incluso lo que sospecho.

El silencio de Caminante del Filo fue respuesta suficiente a esa pregunta. Cotillion sonrió.

—Creo que no haré esfuerzo alguno por comunicarme con estos dragones, después de todo.

—Pero terminarás haciéndolo algún día —respondió Caminante del Filo—. Y cuando lo hagas, estaré allí. Así pues, ¿de qué te sirve guardar silencio ahora?

—Bueno, pues para irritarte, supongo.

—He existido más eras de las que tú…

—Así que ya te han irritado antes, sí, lo sé. Y te irritarán otra vez, con toda seguridad.

—Haz el esfuerzo, Cotillion. Pronto, si no ahora. Si deseas sobrevivir a lo que está por llegar.

—De acuerdo. Siempre que me digas los nombres de estos dragones.

Un respuesta claramente reticente.

—Como desees…

—Y por qué los han encarcelado aquí y quién lo hizo.

—Eso no puedo hacerlo.

Se estudiaron el uno al otro, después Caminante del Filo ladeó la cabeza.

—Parece que estamos en un punto muerto, Cotillion —observó—. ¿Cuál es tu decisión?

—Muy bien. Tomaré lo que haya.

Caminante del Filo miró a los tres dragones.

—Estos son de pura sangre. Eleint. Ampelas, Kalse y Eloth. Su delito fue… la ambición. Es un delito bastante común. —La criatura se volvió de nuevo hacia Cotillion—. Quizá endémico.

En respuesta a ese velado juicio, Cotillion se encogió de hombros. Se acercó más a las bestias encerradas.

—Supondré que podéis oírme —dijo en voz baja—. Se acerca una guerra. Dentro de solo unos años. Y sospecho que meterá en la refriega a prácticamente cada ascendiente de todos los reinos. Necesito saber, si quedarais libres, en qué bando lucharíais.

Reinó el silencio durante media docena de latidos, después una voz áspera sonó en la mente de Cotillion.

—*Vienes aquí, usurpador, en busca de aliados.*

Una segunda voz lo interrumpió, esta con un nítido tono femenino.

—*En deuda por la gratitud de habernos liberado. Si tuviera que negociar desde tu posición, sería necio si esperara lealtad, confianza.*

—Estoy de acuerdo —dijo Cotillion— en que eso es un problema. Es de suponer que me sugerirás que os libere antes de que empecemos a negociar.

—*Es lo justo* —dijo la primera voz.

—Por desgracia, no me interesa tanto ser justo.

—*¿Temes que te devoremos?*

—En interés de la brevedad —dijo Cotillion—, y tengo entendido que a vuestra especie os encanta la brevedad.

El tercer dragón habló entonces, una voz pesada y profunda.

—*Liberarnos primero sin duda nos ahorraría el esfuerzo de negociar después. Además, tenemos hambre.*

—¿Qué os trajo a este reino? —preguntó Cotillion.

No hubo respuesta.

Cotillion suspiró.

—Me sentiré más inclinado a liberaros (suponiendo que pueda), si tengo razones para creer que vuestro encierro fue injusto.

—*¿Y pretendes tomar tú esa decisión?* —preguntó la dragona.

—Este no me parece el mejor momento para ponerse cascarrabias —respondió Cotillion, exasperado—. La última persona que os juzgó es obvio que no falló a vuestro favor, y además fue capaz de hacer algo sobre el tema. Yo habría creído que todos estos siglos encadenados os habrían

llevado a los tres a replantearos vuestros motivos. Pero parece que lo único que os pesa es no haber estado a la altura de la última entidad que se atrevió a juzgaros.

—*Sí* —dijo la dragona—, *eso nos pesa. Pero no es el único pesar que tenemos.*

—De acuerdo. Oigamos alguno de los otros.

—*Que los tiste andii que invadieron este reino fueran tan concienzudos en su destrucción* —dijo el tercer dragón—, *y tan rotundos en su insistencia, que el trono continúa sin ser reclamado.*

Cotillion respiró hondo con lentitud. Miró a Caminante del Filo, pero la aparición no dijo nada.

—¿Y qué fue —les preguntó a los dragones— lo que tanto incitó su celo?

—*La venganza, por supuesto. Y Anomandaris.*

—Ah, creo que empiezo a imaginar quién os encarceló a los tres.

—*Estuvo casi a punto de matarnos* —dijo la dragona—. *Una reacción exagerada por su parte. Después de todo, mejor un eleint en el trono de Sombra que otro tiste edur, o, lo que es peor, un usurpador.*

—¿Y cómo es que los eleint no serían usurpadores?

—*Tu pedantería no nos impresiona.*

—¿Todo esto fue antes o después de la partición del reino?

—*Ese tipo de distinciones carecen de significado. La partición continúa hasta este día, y en cuanto a las fuerzas que conspiraron para desencadenar el pavoroso acontecimiento, fueron muchas y variadas. Como una manada de enkar'al rodeando a un drypthara herido. Lo que es vulnerable atrae a... los carroñeros.*

—Así pues —dijo Cotillion—, si se os liberara, una vez más buscaríais el trono de Sombra. Solo que, esta vez,

alguien ocupa ese trono.

—*La veracidad de esa afirmación se puede debatir* —dijo la dragona.

—*Cuestión de semántica* —añadió el primer dragón—*. Sombras arrojadas por sombras.*

—¿Creéis que Ammanas está sentado en el trono de Sombra equivocado?

—*El verdadero trono ni siquiera está en este fragmento de Emurlahn.*

Cotillion se cruzó de brazos y sonrió.

—¿Y Ammanas sí?

Los dragones no dijeron nada y Cotillion percibió, con gran satisfacción, su repentina inquietud.

—Esa, Cotillion —dijo Caminante del Filo tras él—, es una distinción curiosa. ¿O solo estás simulando?

—Eso no puedo decírtelo —dijo Cotillion con una leve sonrisa.

Habló entonces la dragona.

—*Soy Eloth, señora de las Ilusiones (Meanas para ti), Mockra y Thyr. Moldeadora de la Sangre. Todo lo que K'rul me ha pedido, lo he hecho. ¿Y tú te atreves a cuestionar mi lealtad?*

—Ah —dijo Cotillion con un asentimiento—, entonces deduzco que sois conscientes de la guerra inminente. ¿Sois también conscientes de los rumores sobre el regreso de K'rul?

—*Su sangre está cada vez más enferma* —dijo el tercer dragón—. *Yo soy Ampelas, que moldeó la sangre en los caminos de Emurlahn. La hechicería que empuñan los tiste edur nació de mi voluntad, ¿lo entiendes ahora, usurpador?*

—¿Que los dragones son propensos a realizar afirmaciones grandiosas y a hablar con estilo sentencioso? Sí, desde luego que lo entiendo, Ampelas. ¿Y debería ahora

suponer que por cada una de las sendas, ancestrales y nuevas, hay un dragón correspondiente? ¿Sois los sabores de la sangre de K'rul? ¿Qué hay de los dragones soletaken, por ejemplo Anomandaris y, más pertinente, Scabandari Ojodesangre?

—*Nos sorprende* —dijo el primer dragón tras un momento— *que conozcas ese nombre.*

—¿Porque vosotros lo matasteis hace ya mucho tiempo?

—*Una mala suposición, usurpador; peor, puesto que con ella has revelado el alcance de tu ignorancia. No, nosotros no lo matamos. En cualquier caso, su alma sigue viva, aunque atormentada. Aquella cuyo puño hizo pedazos su cráneo, y por tanto destruyó su cuerpo, no nos guarda lealtad alguna, ni, sospechamos, a nadie salvo a ella misma.*

—Tú eres Kalse, entonces —dijo Cotillion—. ¿Y qué sendero reclamas tú?

—*Yo dejo las afirmaciones grandiosas a mis parientes. No tengo necesidad de impresionarte, usurpador. Es más, me complace en grado sumo descubrir lo poco que comprendes.*

Cotillion se encogió de hombros.

—Preguntaba por los soletaken. Scabandari, Anomandaris, Osserc, Olar Ethil, Draconus…

Caminante del Filo habló tras él.

—Cotillion, supongo que a estas alturas ya habrás conjeturado que estos tres dragones buscaban el trono de Sombra por razones honorables.

—Para sanar Emurlahn, sí, Caminante del Filo, eso lo entiendo.

—¿Y no es eso lo que buscas tú también?

Cotillion se volvió para mirar a la criatura.

—¿Lo es?

Caminante del Filo pareció desconcertado por un momento, después ladeó un poco la cabeza y contestó.

—No es la sanación lo que te preocupa, es quién se sentará en el trono después.

—Tal y como yo entiendo las cosas —respondió Cotillion—, una vez que estos dragones hicieron lo que les pidió K'rul, se les obligó a regresar a Starvald Demelain. Puesto que eran las fuentes de hechicería, no se les podía permitir interferir o permanecer activos en los reinos, no fuera a ser que la hechicería dejara de ser predecible, lo que a su vez alimentaría al Caos, el enemigo eterno en esta gran intriga. Pero los soletaken resultaron ser un problema. Poseían la sangre de Tiam y con ella el inmenso poder de los eleint. Sin embargo, ellos podían viajar como les placiera. Podían interferir y lo hicieron. Por razones obvias. Scabandari era en su origen edur, así que se convirtió en su paladín…

—*¡Después de asesinar al linaje real de los edur!* —dijo Eloth con un siseo—. *¡Después de derramar sangre dragontina en el corazón de Kurald Emurlahn! ¡Después de abrir la primera herida fatal infligida a esa senda! ¿Qué se creía que eran las puertas?*

—Los tiste andii para Anomandaris —continuó Cotillion—. Los tiste liosan para Osserc. Los t'lan imass para Olar Ethil. Esas conexiones y las lealtades nacidas de ellas son obvias. Draconus es un misterio mayor, por supuesto, ya que lleva desaparecido mucho tiempo…

—*¡El más ultrajado de todos!* —chilló Eloth. La voz llenó de tal modo el cráneo de Cotillion que este hizo una mueca, después dio un paso atrás y levantó una mano.

—Ahórramelo, por favor. La verdad es que todo eso no me interesa. Aparte de descubrir si había enemistad entre eleint y soletaken. Parece que la hay, con la posible excepción de Silanah…

—*Seducida por los encantos de Anomandaris* —soltó de repente Eloth—. *Y los ruegos incesantes de Olar Ethil…*

—Para llevar el fuego al mundo de los imass —dijo Cotillion—. Pues esa es su orientación, ¿no es cierto? ¿Thyr?

—*No carece de tanto entendimiento como tú creías, Kalse* —comentó Ampelas.

—Claro que —continuó Cotillion—, tú también reclamas Thyr, Eloth. Ah, qué inteligente por parte de K'rul, obligaros a compartir el poder.

—*Al contrario que Tiam* —dijo Ampelas—, *cuando nos matan, seguimos muertos.*

—Lo que me lleva a lo que de verdad necesito entender. Los dioses ancestrales. No se limitan a ser de un mundo, ¿verdad?

—*Por supuesto que no.*

—¿Y cuánto tiempo llevan por aquí?

—*Incluso cuando la Oscuridad gobernaba sola* —respondió Ampelas—, *había fuerzas elementales. Se movían sin que nadie las viera hasta la llegada de la Luz. Atadas solo a sus propias leyes. Es la naturaleza de la Oscuridad no regirse más que a sí misma.*

—¿Y el dios Tullido es ancestral?

Silencio.

Cotillion descubrió que estaba conteniendo el aliento. Había tomado una ruta sinuosa para llegar a esa pregunta y había hecho descubrimientos por el camino; había tantas cosas en las que pensar, de hecho, que su mente se había entumecido, asediada por todo aquello de lo que se había enterado.

—Necesito saberlo —dijo mientras expulsaba poco a poco el aire.

—¿Por qué? —preguntó Caminante del Filo.

—Si lo es —dijo Cotillion—, entonces se deduce otra pregunta: ¿cómo se mata a una fuerza elemental?

—¿Quieres romper el equilibrio?

—¡Ya se ha roto, Caminante del Filo! A ese dios lo arrojaron contra la superficie de un mundo. Y lo encadenaron. Su poder, desgarrado y escondido en sendas minúsculas, prácticamente sin vida, pero todas ellas unidas al mundo del que yo vine…

—*Mala suerte para ese mundo* —dijo Ampelas.

El engreído desdén de esa respuesta ofendió a Cotillion. Respiró hondo y permaneció en silencio hasta que pasó la cólera. Después volvió a enfrentarse a los dragones.

—Y desde ese mundo, Ampelas, está envenenado las sendas. Todas las sendas. ¿Sois capaces de luchar contra eso?

—*Si se nos liberara…*

—Si se os liberara —dijo Cotillion con una sonrisa dura—, reanudaríais vuestro propósito original y se derramaría más sangre dragontina en el reino de Sombra.

—*¿Y tu compañero usurpador y tú creéis que sois capaces de hacerlo?*

—Casi lo habéis admitido —dijo Cotillion—. Se os puede matar y cuando se os mata, seguís muertos. No me extraña que Anomandaris os encadenara a los tres. En estupidez y obstinación no tenéis rival…

—*¡Un reino partido es el reino más débil de todos! ¿Por qué crees que el dios Tullido trabaja a través de él?*

—Gracias —dijo Cotillion a Ampelas en tono quedo—. Eso es lo que necesitaba saber. Se dio la vuelta y echó a andar de regreso al acceso.

—*¡Espera!*

—Volveremos a hablar, Ampelas —dijo Cotillion por encima del hombro—, antes de que todo se vaya al Abismo.

Caminante del Filo lo siguió.

En cuanto salieron del círculo de piedras, la criatura habló.

—Debo regañarme a mí mismo. Te he subestimado, Cotillion.

—Es un error bastante común.

—¿Qué harás ahora?

—¿Por qué debería decírtelo?

Caminante del Filo no respondió de inmediato. Siguieron bajando por la ladera y salieron a la llanura.

—Deberías decírmelo —dijo al fin la aparición—, porque podría inclinarme por prestarte ayuda.

—Eso significaría más para mí si supiera quién, o qué, eres.

—Puedes considerarme… una fuerza elemental.

Un escalofrío amortiguado se filtró por la espalda de Cotillion.

—Entiendo. Está bien, Caminante del Filo. Parece que el dios Tullido ha lanzado una ofensiva en múltiples frentes. El primer trono de los t'lan imass y el trono de Sombra son los que más nos preocupan ahora, por razones obvias. En esos dos tenemos la sensación de que luchamos solos, ni siquiera podemos confiar en los mastines, dado el dominio que los tiste edur parecen ejercer sobre ellos. Necesitamos aliados, Caminante del Filo, y los necesitamos ya.

—Acabas de alejarte de tres de esos aliados…

—Aliados que no nos arranquen la cabeza una vez se haya anulado la amenaza.

—Ah, ya, está eso. Muy bien, Cotillion. Consideraré el asunto.

—Tómate tu tiempo.

—Esa parece una noción contradictoria.

—Si se carece de talento para comprender la ironía, supongo que sí que lo parece.

—Me interesas, Cotillion. Y eso no ocurre con frecuencia.

—Lo sé. Has existido más eras… —Las palabras de Cotillion se difuminaron. *Una fuerza elemental. Supongo que tiene razón. Maldita sea.*

Había tantas formas de ver esa espantosa necesidad, la inmensa conspiración de motivos de los que se podían extraer toda sombra y forma de moralidad, que Mappo Runt terminaba abrumado, lo que solo provocaba un chorro de dolor, dolor puro y gélido, en sus pensamientos. Bajo la piel basta de las manos podía sentir que el recuerdo de la noche iba desapareciendo poco a poco de la piedra, y pronto esa roca conocería el asalto del calor, ese vientre picado y atravesado por raíces que no se había enfrentado al sol desde hacía milenios incontables.

Llevaba un rato dándoles la vuelta a las piedras. Seis desde el amanecer. Losas de dolomita cinceladas con tosquedad, y bajo cada una había encontrado un puñado de huesos rotos. Huesos pequeños, fosilizados y, aunque partidos en un sinfín de trozos por el eterno peso aplastante de la piedra, los esqueletos estaban, que Mappo pudiera determinar, completos.

Había, había habido y siempre habría, todo tipo de guerras. Mappo lo sabía, en todos los lugares abrasados y endurecidos por cicatrices de su alma, así que no supuso ninguna conmoción el descubrimiento de esos niños jaghut muertos mucho tiempo atrás. Y el horror había pasado, por suerte, raudo por sus pensamientos, y al final había dejado a su viejo amigo, el dolor.

Que iba chorreando, puro y gélido.

Guerras en las que el soldado luchaba contra el soldado, el hechicero chocaba con el hechicero. Los asesinos se cuadraban, las hojas de los cuchillos destellaban en la noche. Guerras en las que lo legítimo batallaba con lo tercamente ilegítimo; en las que los cuerdos se enfrentaban a los sociópatas. Mappo había visto cristales creciendo en una sola noche en el suelo del desierto, faceta tras faceta revelada como los pétalos de una flor al abrirse, y le pareció que la brutalidad se comportaba de un modo parecido. Un incidente llevaba a otro, hasta que surgía una conflagración que se tragaba todo lo que se ponía en su camino.

Mappo levantó las manos del lado inferior expuesto de la losa y se irguió poco a poco. Y miró a su compañero, que todavía se bañaba en los cálidos bajíos del mar Raraku. Como un niño que se entregase a un placer nuevo e inesperado. Chapoteaba, pasaba las manos por los juncos que habían aparecido como si con su recuerdo diera existencia al mar en sí.

Icarium.

Mi cristal.

Cuando la conflagración consumía niños, la distinción entre el cuerdo y el sociópata dejaba de existir. Mappo sabía que uno de sus defectos era ansiar buscar la verdad de cada lado, querer comprender la miríada de justificaciones para cometer los más brutales de los crímenes. Los imass habían sido esclavizados por los mentirosos tiranos jaghut, los habían llevado por caminos de falsos cultos, los habían obligado a hacer cosas incalificables. Hasta que habían descubierto a los embusteros. Habían desatado la venganza, primero contra los tiranos y después contra todos los jaghut. Y así el cristal crecía, faceta tras faceta…

Hasta esto… Bajó la cabeza y contempló una vez más los huesos infantiles. Atrapados bajo las losas de dolomita. No

piedra caliza; la dolomita proporcionaba una buena superficie para tallar glifos y, aunque suave, absorbía poder, lo que hacía que se erosionara con más lentitud que la caliza pura, y que esos glifos se conservaran, desvaídos y tenues tras tantos miles de años, por supuesto, pero todavía discernibles.

El poder de esas guardas persistía mucho después de que la criatura encarcelada por ellos hubiera muerto.

Se decía que la dolomita conservaba recuerdos. Una creencia entre el propio pueblo de Mappo, al menos, que en sus vagabundeos había encontrado esos edificios imass, tumbas improvisadas, los círculos sagrados, las piedras de visión en las cimas de las colinas, encontradas y después evitadas con todo cuidado. Pues los hechizos que rondaban esos lugares seguían siendo palpables.

O de eso logramos convencernos.

Se sentó allí, al borde del mar Raraku, en el lugar de un antiguo crimen, y más allá de lo que conjuraban sus propios pensamientos, no había nada. La piedra sobre la que había puesto sus manos parecía poseída por recuerdos muy breves. El frío de la oscuridad, el calor del sol. Eso y nada más.

Los más breves recuerdos.

Un chapoteo e Icarium estaba subiendo a la orilla, los ojos brillantes de placer.

—Qué loable fortuna, ¿verdad, Mappo? Estas aguas me vivifican. Oh, ¿por qué no quieres nadar y que te bendiga el regalo de Raraku?

Mappo sonrió.

—Una bendición que pronto resbalaría por este viejo pellejo, amigo mío. Temo que el regalo se desperdiciase y no quiero arriesgarme a desilusionar a los espíritus despertados.

—Siento —dijo Icarium— como si la búsqueda comenzase de nuevo. Al fin descubriré la verdad. Quién soy. Todo lo que he hecho. Descubriré también —añadió al acercarse—, la razón de tu amistad, que siempre te encuentre a mi lado, aunque yo me pierda una y otra vez. Ah, temo que te he ofendido, no, por favor, no pongas esa cara tan triste. Es solo que no entiendo por qué te has sacrificado tanto. En lo que a amistades respecta, esta debe de ser de lo más frustrante para ti.

—No, Icarium, no hay sacrificio implícito. Ni frustración. Esto es lo que somos y esto es lo que hacemos. Eso es todo.

Icarium suspiró y se volvió para mirar el nuevo mar.

—Ojalá mis pensamientos pudieran ser tan relajados como los tuyos, Mappo…

—Han muerto niños aquí.

El jhag se giró en redondo, sus ojos verdes estudiaron el suelo tras el trell.

—Te vi volcando rocas. Sí, ya los veo. ¿Quiénes eran?

Una pesadilla la noche anterior había borrado los recuerdos de Icarium. En los últimos tiempos había pasado cada vez con más frecuencia. Inquietante. Y… agobiante.

—Jaghut. De las guerras con los t’lan imass.

—Terrible haber hecho eso —dijo Icarium. El sol iba secando a toda velocidad el agua que perlaba su piel lampiña, de color gris verdoso—. ¿Cómo es que los mortales pueden ser tan desdeñosos con la vida? Mira este mar de agua dulce, Mappo. En la nueva orilla brota de repente la vida. Pájaros e insectos, y todas las nuevas plantas; se revela tanta alegría, amigo mío, que mi corazón parece a meros momentos de estallar.

—Guerras infinitas —dijo Mappo—. Las luchas de la vida, cada uno intentando apartar al otro y así, ganar.

—Eres una compañía muy lúgubre esta mañana, Mappo.

—Sí, sí que lo soy. Lo siento, Icarium.

—¿Nos quedamos aquí un rato?

Mappo estudió a su amigo. Despojado de las prendas superiores, parecía más salvaje, más bárbaro que de costumbre. El tinte con el que había disimulado el color de su piel se había desvanecido casi del todo.

—Como quieras. Este viaje es tuyo, después de todo.

—El saber está regresando —dijo Icarium con los ojos todavía posados en el mar—. El regalo de Raraku. Fuimos testigos del alzamiento de las aguas, aquí, en la orilla oeste. Más al oeste, entonces, habrá un río, y muchas ciudades…

Mappo entrecerró los ojos.

—Ahora solo una que se pueda llamar así —dijo.

—¿Solo una?

—Las otras murieron hace miles de años, Icarium.

—¿N'karaphal? ¿Trebur? ¿Inath'an Merusin? ¿Desaparecidas?

—Inath'an Merusin ahora se llama Mersin. Es la última de las grandes ciudades que bordeaban el río.

—Pero había tantas, Mappo. Recuerdo todos sus nombres. Vinith, Hedori Kwil, Tramara…

—Todas practicaban la irrigación intensiva, llevaban las aguas del río a las llanuras. Todas talaban bosques para construir sus barcos. Esas ciudades ahora están muertas, amigo mío. Y el río, sus aguas en otro tiempo tan limpias y dulces, ahora está repleto de sedimentos y baja muy menguado. Las llanuras han perdido la capa superficial del suelo y se han convertido en el Lato Odhan al este del río Mersin y Ugarat Odhan al oeste.

Icarium levantó poco a poco las manos, se las llevó a las sienes y cerró los ojos.

—¿Tanto tiempo, Mappo? —preguntó con un susurro débil.

—Quizá el mar ha provocado esos recuerdos. Desde luego era un mar por aquel entonces, agua dulce en su mayor parte, aunque había filtraciones de la escarpa de piedra caliza de la bahía Longshan; esa inmensa barrera se estaba pudriendo, como volverá a hacer, me imagino, suponiendo que este mar llegue tan al norte como hizo una vez.

—¿El Primer Imperio?

—Estaba cayendo ya por entonces. No había recuperación posible. —Mappo vaciló al ver que sus palabras habían herido a su amigo—. Pero el pueblo regresó a esta tierra, Icarium. Siete Ciudades… sí, el nombre deriva de viejos recuerdos. Han crecido nuevas ciudades de los antiguos escombros. Ahora mismo solo estamos a cuarenta leguas de una. Lato Revae. Está en la costa…

Icarium le dio la espalda de repente.

—No —dijo—. Todavía no estoy listo para irme, para cruzar ningún océano. Esta tierra alberga secretos, mis secretos, Mappo. Quizá la antigüedad de mis recuerdos termine siendo una ventaja. Las tierras del paisaje de mi mente son las tierras de mi pasado, después de todo, y bien podrían revelarnos verdades. Recorreremos esos antiguos caminos.

El trell asintió.

—Levantaré el campamento, entonces.

—Trebur.

Mappo se volvió y esperó con un pavor creciente.

Los ojos de Icarium se habían clavado en él, las pupilas verticales se estrecharon hasta convertirse en ranuras negras iluminadas por la luz del sol.

—Tengo recuerdos de Trebur. Yo pasé tiempo allí, en la Ciudad de las Cúpulas. Hice algo. Algo importante. —Frunció el ceño—. Hice… algo.

—Nos queda un arduo viaje por delante, entonces —dijo Mappo—. Tres, quizá cuatro días hasta el borde de las montañas Thalas. Diez más como mínimo para alcanzar la curva del río Mersin. El canal se ha trasladado y ya no está junto a la antigua Trebur. Un día de viaje al oeste del río y encontraremos las ruinas.

—¿Habrá aldeas y demás en nuestra ruta?

Mappo sacudió la cabeza.

—Estos odhans ya casi carecen de vida, Icarium. Las tribus vedanik a veces se aventuran a bajar de las montañas Thalas, pero no en esta época del año. Mantén tu arco siempre preparado, hay antílopes, liebres y drolig.

—¿Lagunas, entonces?

—Las conozco —dijo Mappo.

Icarium se acercó a su equipo.

—Ya hemos hecho esto antes, ¿verdad?

Sí.

—Pero no desde hace mucho tiempo, amigo mío. —*Casi ochenta años, de hecho. Pero la última vez que nos tropezamos con ello, no recordaste nada. Esta vez, me temo, será diferente.*

Icarium hizo una pausa con el arco ribeteado de cuerno en las manos y miró a Mappo.

—Eres muy paciente conmigo —dijo con una leve sonrisa triste—, mientras yo vago siempre perdido.

Mappo se encogió de hombros.

—Es lo que hacemos.

Las montañas Path'Apur cercaban el horizonte lejano del sur. Había pasado casi una semana desde que habían dejado la ciudad de Pan'potsun y con cada día había menguado el número de aldeas que atravesaban, mientras que la

distancia entre ellas se acrecentaba. El ritmo que llevaban era tortuoso y lento, pero era de esperar, puesto que viajaban a pie y en compañía de un hombre que parecía haber perdido la cabeza.

Con la piel oscurecida por el sol hasta adquirir un tono casi oliváceo bajo el polvo, el demonio Ranagrís trepó a un peñasco y se agazapó junto a Navaja.

—*Declaración. Se dice que las avispas del desierto protegen gemas y demás. Interrogante. ¿Ha oído Navaja tales relatos? Pausa de anticipación.*

—Parece más bien la mala idea que tiene alguien de un chiste —contestó Navaja.

Bajo ellos había un claro plano rodeado de inmensos afloramientos de rocas. Era el lugar donde habían acampado. Scillara y Felisin la Menor estaban sentadas a plena vista, ocupándose de la hoguera improvisada. Al chiflado no se le veía por ninguna parte. Se había ido a vagar por ahí otra vez, dedujo Navaja. A mantener conversaciones con fantasmas o, quizá con más probabilidad, con las voces de su cabeza. Oh, Heboric acarreaba maldiciones, las púas de un tigre en la piel, la bendición de un dios de la guerra, y esas voces de su cabeza bien podrían ser reales. Con todo, si se quiebra el espíritu de un hombre veces suficientes…

—*Observación tardía. Larvas, allí en las profundidades oscuras del nido. ¿Nido? Divertido. ¿Colmena? Nido.*

Navaja frunció el ceño y miró al demonio. La cabeza plana y sin cabello, la cara ancha con cuatro ojos, todo ello tenía bultos y estaba hinchado por las picaduras de avispas.

—No me digas que lo hiciste. Lo hiciste.

—*Iracundo es su estado habitual, creo ahora. Al romper su cueva para abrirla empeoró su humor. Chocamos en un*

desacuerdo de zumbidos. Yo me llevé la peor parte, me parece.

—¿Avispas negras?

—*Cabeza inclinada, interrogante. ¿Negras? Respuesta aterrada, bueno, sí, lo eran. Negras. Retórico, ¿es eso importante?*

—Alégrate de ser un demonio —dijo Navaja—. Dos o tres picaduras de esas avispas pueden matar a un hombre adulto. Diez matan a un caballo.

—*Un caballo… teníamos de esos, tú los tenías. Yo me veía obligado a correr. Caballo. Animal grande de cuatro patas. Carne suculenta.*

—Las personas tendemos a montarlos —dijo Navaja—. Hasta que se derrumban. Entonces nos los comemos.

—*Usos múltiples, excelente, no se desperdicia nada. ¿Nos comimos los tuyos? ¿Dónde podemos encontrar más de esas criaturas?*

—No tenemos dinero para adquirirlos, Ranagrís. Y vendimos los nuestros por comida y provisiones en Pan'potsun.

—*Razonable y obstinado. Sin dinero. Entonces deberíamos coger, mi joven amigo. Y así apresurar este viaje hasta su tan aguardada conclusión. Tono último que indica leve desesperación.*

—¿Sigue sin saberse nada de L'oric?

—*Con tono preocupado. No. Mi hermano guarda silencio.*

Ninguno dijo nada durante un tiempo. El demonio se pellizcaba los bordes serrados de los labios donde, según vio Navaja con una mirada más atenta, había enganchadas motas grises y avispas aplastadas. Ranagrís se había comido el nido de avispas. No era de extrañar que las avispas estuvieran iracundas. Navaja se frotó la cara. Necesitaba un afeitado. Y un baño. Y ropas limpias y nuevas.

Y un propósito en la vida. Otrora, mucho tiempo atrás, cuando era Azafrán Jovenmano de Darujhistan, su tío había empezado a preparar el camino para un Azafrán reformado. Un joven en las cortes nobles, una figura prometedora, una figura atrayente para las mujeres jóvenes, adineradas y mimadas de la ciudad. Una ambición muy breve, en todos los sentidos. Su tío muerto y muerto, también, Azafrán Jovenmano. No quedaba ni un montón de cenizas que agitar.

Lo que era no es lo que soy. Dos hombres, rostros idénticos, pero ojos diferentes. En lo que han visto, en lo que reflejan sobre el mundo.

—*Sabor amargo* —dijo Ranagrís en la mente de Navaja, la larga lengua salió deslizándose para recoger los últimos fragmentos. Un suspiro pesado, racheado—. *Pero, oh, llena tanto. Interrogante. ¿Puede uno estallar por lo que tiene uno dentro?*

Espero que no.

—Será mejor que vayamos a buscar a Heboric si queremos aprovechar un poco este día.

—*Observado poco antes. Manos Fantasmales estaba explorando las rocas de arriba. El aroma de una pista lo empujaba a avanzar y subir.*

—¿Una pista?

—*Agua. Buscaba la fuente del manantial que vemos acumulándose debajo, cerca de las carnosas mujeres que, dicho con tono celoso, tanto te adoran.*

Navaja se irguió.

—A mí no me parecen tan carnosas, Ranagrís.

—*Curioso. Montículos de carne, recipientes de almacenamiento de agua, ahí, en las caderas y detrás. En el torso…*

—De acuerdo. Esa carnosidad. Eres todo un carnívoro, demasiado, demonio.

—*Sí. El asentimiento más completo y delicioso. ¿Voy a buscar a Manos Fantasmales?*

—No, lo haré yo. Creo que esos jinetes que nos adelantaron ayer por el camino no están tan lejos como deberían y me aliviaría saber que estás protegiendo a Scillara y Felisin.

—*Nadie se las llevará* —dijo Ranagrís.

Navaja bajó la cabeza y miró al demonio agachado.

—Scillara y Felisin no son caballos.

Los grandes ojos de Ranagrís parpadearon con lentitud, primero los dos que tenía uno al lado del otro, después el par de arriba y abajo. La lengua salió disparada.

—*Alegre. Por supuesto que no. Número insuficiente de patas, observado como corresponde.*

Navaja bordeó la parte posterior del peñasco y después saltó a otro todavía más metido en el montón de taludes del risco. Se sujetó a un saliente y se aupó. No muy diferente de trepar a un balcón o el muro de una finca. *Conque me adoran, ¿eh?* Le costaba bastante creerlo. Se imaginaba que resultaba más agradable de contemplar que un viejo y un demonio, pero eso no era adoración. Navaja no entendía a aquellas dos mujeres. Reñían como hermanas, competían por todo lo que había bajo el sol y por cosas que Navaja ni siquiera podía ver ni entender. En otras ocasiones se unían de forma inexplicable, como si compartieran un secreto. Las dos consentían y mimaban a Heboric Manos Fantasmales, destriant de Treach.

Quizá la guerra necesita alguien que la alimente. Quizá el dios está contento con la situación. El sacerdote necesita acólitos, después de todo. Cosa que posiblemente pudiera esperarse de Scillara, puesto que Heboric la había sacado de una existencia de pesadilla y, de hecho, la había sanado de un modo todavía sin especificar, si Navaja había deducido

bien a partir de los escasos comentarios oídos sin querer de vez en cuando. Scillara tenía mucho que agradecer. Y en cuanto a Felisin, había habido algo sobre una venganza llevada a cabo a satisfacción de la joven contra alguien que le había hecho algo terrible. Era complicado. *Así pues, un pensamiento momentáneo, y es obvio que tienen secretos. Demasiados. Oh, ¿pero a mí qué me importa? Las mujeres no son más que una masa de contradicciones rodeadas de escollos letales. Allá tú si te acercas. Mejor aún, no te acerques.*

Llegó a una chimenea en el risco y empezó a trepar. Por las grietas verticales de la roca iba cayendo un chorrito de agua. Moscas y otros insectos alados pululaban a su alrededor; las esquinas de la chimenea estaban recubiertas de densas telarañas hechas por arañas oportunistas. Para cuando llegó a la cima y salió de allí, lo habían picado por todas partes y estaba cubierto de hebras densas y polvorientas. Se detuvo para cepillarse la ropa y después miró a su alrededor. Una tosca pista seguía subiendo, serpenteando entre salientes derrumbados de piedra. Partió sendero arriba.

Por lo que él podía determinar, a ese paso vagabundo, poco entusiasta, estaban a meses de la costa. Una vez allí tendrían que encontrar un bote que los llevara a la isla Otataral. Un viaje prohibido, y los barcos malazanos patrullaban esas aguas con bastante eficacia, o al menos lo hacían antes del levantamiento. Podría ser que todavía no hubieran reorganizado del todo ese tipo de cosas.

Comenzarían la travesía por la noche, en cualquier caso.

Heboric tenía que devolver algo. Algo hallado en la isla. Era todo muy vago. Y por alguna razón, Cotillion había querido que Navaja acompañara al destriant. O, más bien, que protegiera a Felisin la Menor. *Un camino a tomar,*

cuando antes no había habido ninguno. Con todo, no era el mejor de los motivos. Era patético huir de la desesperación, sobre todo porque era imposible huir de ella.

Conque me adoran, ¿eh? ¿Qué hay que adorar aquí?

Una voz más adelante.

—Todo lo que es misterioso atrae a los curiosos. Oigo tus pasos, Navaja. Ven a ver esta araña.

Navaja rodeó un afloramiento y vio a Heboric arrodillado junto a un encinillo atrofiado.

—Y cuando hay dolor y vulnerabilidad incluido en el atractivo, se hace mucho más atrayente todavía. ¿Ves esta araña? ¿Debajo de esta rama? Tiembla en su telaraña, una pata desmembrada, se agita como si le doliera. Su presa, ya ves, no son moscas, ni polillas. Oh, no, lo que ella caza son otras arañas.

—A las que no les importa nada el dolor o el misterio, Heboric —dijo Navaja, que se había agachado para estudiar a la criatura. Del tamaño de la mano de un niño—. Esa no es una de sus patas. Es un accesorio.

—Tú estás asumiendo que las otras arañas saben contar. Ella sabe que no.

—Todo muy interesante —dijo Navaja mientras se erguía—, pero tenemos que irnos ya.

—Estamos observando cómo discurre esto —dijo Heboric, que se echó hacia atrás y se estudió las manos con garras extrañamente palpitantes que aparecían y desaparecían con un aleteo en los extremos de las muñecas.

¿Estamos? Ah, sí, tú y tus amigos invisibles.

—Yo hubiera dicho que no habría demasiados fantasmas en estas colinas.

—Pues te equivocarías. Tribus de las colinas. Guerras incesantes; son los que caen en batalla a los que veo, solo a los que caen en batalla. —Las manos se doblaron—. La

entrada del manantial está justo ahí delante. Lucharon por su control. —Sus rasgos de sapo se retorcieron—. Siempre hay una razón, o razones. Siempre.

Navaja suspiró y estudió el cielo.

—Lo sé, Heboric.

—Saber no significa nada.

—Eso también lo sé.

Heboric se levantó.

—El mayor consuelo de Treach, comprender que hay razones infinitas para librar una guerra.

—¿Y para ti también es un consuelo?

El destriant sonrió.

—Ven. Ese demonio que nos habla en la cabeza se está obsesionando con la carne en estos momentos y se le está haciendo la boca agua.

Empezaron a bajar por la pista.

—No se las comerá.

—No estoy del todo convencido que esa sea la naturaleza de sus apetitos.

Navaja lanzó un bufido.

—Heboric, Ranagrís es un sapo gigantesco con cuatro manos y cuatro ojos.

—Con una imaginación sorprendentemente ilimitada. Dime, ¿sabes mucho de él?

—Menos que tú.

—No se me había ocurrido hasta ahora —dijo Heboric mientras guiaba a Navaja por un sendero que ofrecía un descenso menos precario pero más indirecto que el que había utilizado el daru— que no sabemos casi nada sobre quién es Ranagrís y lo que hizo en su reino natal.

Aquel estaba resultando ser un episodio lúcido más largo de lo habitual para Heboric. Navaja se preguntó si había cambiado algo; esperaba que se quedara así.

—Podríamos preguntarle.
—Lo haré.

En el campamento, Scillara dio un par de patadas y cubrió con arena los pocos carbones que quedaban de la hoguera utilizada para cocinar. Se acercó a su fardo, se sentó y apoyó la espalda en él mientras metía más roya en la pipa, después chupó con fuerza hasta que salió humo. Al otro lado, Ranagrís se había agachado frente a Felisin y emitía extraños gimoteos.

Scillara se había pasado tanto tiempo viendo tan poco. Drogada por el durhang, insensible a todo, su antiguo amo, Bidithal, la había llenado de pensamientos infantiles. Y aunque ya era libre, seguía siendo muy cándida ante las complejidades del mundo. Le parecía que el demonio deseaba a Felisin. Ya fuera para copular con ella o para devorarla, era difícil de decir. Mientras que Felisin contemplaba a Ranagrís como si fuese un perrito al que era mejor acariciar que patear. Lo que a su vez podría estar dándole al demonio la idea equivocada.

La criatura hablaba con los otros mentalmente, pero todavía no lo había hecho nunca con Scillara. Por cortesía hacia ella, cuando el demonio se dirigía a alguno, ellos le respondían en voz alta, aunque, por supuesto, no tenían por qué hacerlo, y quizá tampoco lo hacían con harta frecuencia. Scillara no tenía forma de saberlo. Se preguntó por qué era ella diferente, ¿qué veía Ranagrís en su interior que tanto afectaba su aparente locuacidad?

Bueno, lo cierto es que los venenos tienden a persistir. Puede que yo... sepa mal. En su antigua vida quizá hubiera sufrido cierto resentimiento, o suspicacia, suponiendo que hubiera podido sentir algo. Pero a esas alturas le daba la

sensación de que no le importaba demasiado. Algo había tomado forma en su interior, era autónomo y, por extraño que fuera, seguro de sí mismo.

Quizá fuera porque estaba embarazada. Apenas empezaba a notársele y eso solo iría a peor. Y esa vez no habría alquimias para expulsar la semilla de su cuerpo. Aunque eran posibles otro métodos, por supuesto. No había decidido si se iba a quedar con el niño, cuyo padre era con toda probabilidad Korbolo Dom, pero podría ser cualquiera de sus oficiales, o algún otro. Tampoco importaba mucho, puesto que quienquiera que fuese seguramente ya estaba muerto, un pensamiento que la complacía.

Las náuseas constantes eran agotadoras, aunque la roya ayudaba un poco. Tenía los pechos doloridos y su peso hacía que le doliera la espalda, y eso era desagradable. Su apetito había aumentado y estaba engordando, sobre todo por las caderas. Los otros se habían limitado a suponer que esos cambios eran producto de haber recobrado la salud, hacía más de una semana que no tosía y todas esas caminatas le habían reforzado las piernas, y ella tampoco los desengañó.

Un niño. ¿Qué iba a hacer ella con un bebé? ¿Qué esperaría de ella? Además, ¿qué era lo que hacían las madres? *Vender a sus bebés, sobre todo. A los templos, a negreros, a mercaderes de harenes si es una niña. O se lo quedan y le enseñan a mendigar. A robar. A vender su cuerpo.* Concepto nacido de observaciones someras y de las historias relatadas por los huérfanos del campamento de Sha'ik. Lo que significaba que un hijo era una especie de inversión, cosa que tenía sentido. Recibías algo a cambio después de nueve meses de desdicha e incomodidad.

Scillara suponía que podía hacer algo así. Venderlo. Suponiendo que lo dejara vivir hasta entonces.

Era un dilema, pero tenía tiempo de sobra para pensarlo. Para tomar una decisión.

La cabeza de Ranagrís se giró y miró más allá de la posición de Scillara. Esta se volvió y vio salir a cuatro hombres que se detuvieron al borde del claro. El cuarto guiaba a unos caballos. Los jinetes que los habían adelantado el día anterior. Uno llevaba una ballesta cargada y apuntaba con ella al demonio.

—Asegúrate —dijo el hombre a Felisin arrastrando las palabras— de que mantienes a ese maldito bicho alejado de nosotros.

El hombre de su derecha se rió.

—Un perro con cuatro ojos. Sí, mujer, ponle una correa… ya. No queremos derramamientos de sangre. Bueno —añadió—, no mucha.

—¿Dónde están los dos hombres con los que estabais? —preguntó el hombre de la ballesta.

Scillara dejó la pipa.

—Aquí no —dijo mientras se levantaba y se tiraba de la túnica—. Solo haced lo que habéis venido a hacer y después marchaos.

—Eso sí que es ser servicial. Tú, la del perro, ¿vas a ser tan agradable como aquí tu amiga?

Felisin no dijo nada. Se había puesto pálida.

—No hagáis caso de ella —dijo Scillara—. Yo me basto para todos.

—Pero quizá tú no bastes, en lo que a nosotros se refiere —dijo el hombre con una sonrisa.

Ni siquiera era una sonrisa fea, decidió Scillara. Podía hacerlo.

—Entonces os voy a sorprender.

El hombre le pasó la ballesta a uno de sus camaradas y se desabrochó el cinturón de la telaba.

—Eso ya lo veremos. Guthrim, si esa especie de perro se mueve, mátalo.

—Es mucho más grande que la mayoría de los perros que he visto jamás —respondió Guthrim.

—El cuadrillo está envenenado, ¿recuerdas? Avispa negra.

—Quizá debería matarlo ahora y ya está.

El otro hombre dudó, después asintió.

—Adelante.

La ballesta emitió un ruido seco.

La mano derecha de Ranagrís interceptó el cuadrillo y lo arrancó del aire. Después, el demonio lo estudió y sacó la lengua para lamer el veneno.

—¡Que los Siete me lleven! —susurró Guthrim sin poder creérselo.

—Eh —le dijo Scillara a Ranagrís—, no montes un follón por esto. No hay ningún problema…

—Él no está de acuerdo —dijo Felisin, la voz aflautada de miedo.

—Bueno, pues convéncelo de lo contrario. —*Puedo hacer esto. Como antes. No importa, solo son hombres.*

—No puedo, Scillara.

Guthrim estaba volviendo a cargar la ballesta mientras el primer hombre y el que no sujetaba las riendas de los caballos sacaban las cimitarras.

Ranagrís se abalanzó, veloz como el rayo, dio un salto y abrió la boca al máximo. Boca que atenazó la cabeza de Guthrim. La mandíbula inferior del demonio se desencajó de sus junturas y la cabeza del hombre desapareció. El impulso y el peso de Ranagrís lo derribaron. Crujidos horrendos, el cuerpo de Guthrim sufrió espasmos, salpicaron los fluidos, y el cuerpo se encorvó, inerte.

Las mandíbulas de Ranagrís se cerraron con un chirrido, después el demonio se apartó gateando y dejó a su paso un cadáver decapitado.

Los tres hombres restantes se habían quedado mirando, conmocionados, durante la demostración, pero no tardaron en actuar. El primero emitió un sonido estrangulado, impregnado de terror, y se precipitó con la cimitarra levantada.

Ranagrís escupió una maraña aplastada, mutilada, de pelo y huesos y saltó para recibirlo. Una mano cogió el brazo de la espada del hombre y lo retorció con fuerza hasta que el codo estalló, la carne se desgarró y brotó la sangre. Otra mano se cerró alrededor de la garganta, apretó y aplastó cartílago. El grito del hombre jamás llegó al aire. Los ojos se le saltaron, la cara adquirió de repente un tono gris oscuro, la lengua sobresalió como una especie de macabra criatura que intentara liberarse, y se derrumbó bajo el demonio. Una tercera mano sujetaba el otro brazo. Ranagrís usó la cuarta para estirarla y rascarse.

El espadachín que quedaba intentó huir adonde el cuarto hombre ya estaba subiéndose como podía a su caballo.

Ranagrís volvió a saltar. Un puño se estrelló contra la parte posterior de la cabeza del espadachín y hundió el hueso. El hombre cayó despatarrado y el arma salió volando. La carga del demonio sorprendió al último hombre con una pierna en el estribo.

El caballo se apartó con un chillido aterrorizado y Ranagrís arrastró al hombre al suelo y le mordió la cara.

Un momento después la cabeza del hombre se desvanecía en el buche del demonio, igual que la del primero. Más crujidos, más patadas espasmódicas, manos que se aferraban al aire. Y al fin, la compasiva muerte.

El demonio escupió hueso aplastado todavía sujeto por el cuero cabelludo. Cayó de tal modo que Scillara se encontró mirando la cara del hombre, no la carne, no los ojos, solo la piel, fruncida y magullada. Se la quedó mirando un momento más y después se obligó a apartar la mirada.

Y la dirigió hacia Felisin, que había retrocedido todo lo que había podido y se había metido contra el muro de piedra con las rodillas subidas y cubriéndose los ojos con las manos.

—Se acabó —dijo Scillara—. Felisin, ha terminado.

Las manos bajaron y revelaron una expresión de terror y asco.

Ranagrís arrastró los cuerpos y los metió tras una masa de peñascos, se movía con precipitación. Sin hacer caso del demonio de momento, Scillara se acercó y se agachó delante de Felisin.

—Habría sido más fácil a mi manera —dijo—. Por lo menos mucho menos sucio.

Felisin se la quedó mirando.

—Les chupó los cerebros.

—Ya me di cuenta.

—«Delicioso», dijo.

—Es un demonio, Felisin. No un perro, no una mascota. Un demonio.

—Sí. —La palabra fue un susurro.

—Y ahora sabemos lo que puede hacer.

Un asentimiento mudo.

—Así que —dijo Scillara en voz muy baja— no seas demasiado amable. —Se irguió y vio a Navaja y Heboric bajando del risco.

—*¡Triunfo y orgullo! ¡Tenemos caballos!*

Navaja frenó el paso.

—Oímos un grito…

—Caballos —dijo Heboric mientras se acercaba a los asustadizos animales—. Menudo golpe de suerte.

—*Inocente. ¿Grito? No, amigo Navaja. Fue Ranagrís… expulsando gases.*

—No me digas. ¿Y esos caballos se acercaron sin más a ti?

—*Descarado. ¡Sí! ¡Muy curioso!*

Navaja se acercó y estudió unas manchas extrañas en el polvo removido. Las huellas de las palmas de Ranagrís eran evidentes en el esfuerzo de limpiar el desastre.

—Aquí hay sangre…

—*Conmoción, desesperación… arrepentimiento.*

—Arrepentimiento. ¿Por lo que ha pasado aquí o porque te han descubierto?

—*Astuto. Bueno, lo primero, por supuesto, amigo Navaja.*

Navaja hizo una mueca, miró a Scillara y Felisin y estudió sus expresiones.

—Creo —dijo poco a poco— que me alegro de no haber estado aquí para ver lo que visteis vosotras dos.

—Sí —respondió Scillara—, deberías alegrarte.

—Será mejor que no te acerques a estas bestias, Ranagrís —exclamó Heboric—. Puede que yo no les caiga muy bien, pero de verdad que tú les caes todavía peor.

—*Seguro de sí. Es que todavía no me conocen.*

—Yo no le daría esto ni a una rata —dijo Sonrisas mientras picoteaba sin mucho entusiasmo los fragmentos de carne del plato de hojalata que descansaba en su regazo—. Mira, hasta las moscas lo evitan.

—No es la comida lo que evitan —dijo Koryk—. Eres tú.

Ella lo miró con desdén.

—Eso se llama respeto. Una palabra desconocida para ti, ya lo sé. Los setis solo son wickanos fracasados. Todo el mundo lo sabe. Y tú, tú eres un seti fracasado. —La mujer cogió su plato y lo mandó deslizándose por la arena hacia Koryk—. Toma, métetelo en esas orejas mestizas y guárdalo para después.

—Es tan dulce después de un duro día de cabalgada —le dijo Koryk a Chapapote con una gran sonrisa blanca.

—Tú sigue picándola —respondió el cabo— y seguro que terminas lamentándolo. —Él también estaba mirando lo que pasaba por cena que tenía en el plato; su expresión, por lo general plácida, se arrugaba en un ligero ceño—. Es caballo. Estoy seguro.

—Desenterrado de algún cementerio de caballos —dijo Sonrisas, que estaba estirando las piernas—. Yo mataría por un poco de pescado engrasado, cocido en arcilla sobre carbones, en la playa. Especiado y amarillo, envuelto en algas. Un jarro de vino de Meskeri y un muchacho respetable de una aldea del interior. Un granjero, grande…

—¡Por la letanía del Embozado, ya basta! —Koryk se inclinó hacia delante y escupió en el fuego—. Tú acorralando a un porquero con pelusa en la barbilla, es la única historia que conoces, eso es obvio. Maldita sea, Sonrisas, ya la hemos oído mil veces. Tú escapándote de la finca de tu padre por la noche para mojarte las manos y las rodillas en la playa. ¿Dónde era? Ah, sí, en la tierra de ensueño de las niñas buenas, se me había olvidado…

Un cuchillo se clavó con un ruido seco en la pantorrilla derecha de Koryk. Este lanzó un bramido y retrocedió casi a gatas, después se hundió y se cogió la pierna.

Varios soldados de pelotones cercanos echaron un vistazo, guiñaban los ojos entre el polvo que inundaba el

campamento entero. Una curiosidad momentánea que se desvaneció a toda prisa.

Cuando Koryk soltó un torrente de maldiciones indignadas mientras intentaba restañar la hemorragia con las dos manos, Botella suspiró y se levantó de su sitio.

—¿Veis lo que pasa cuando los viejos nos dejan jugando solos? No te muevas, Koryk —dijo al acercarse—. Ahora te arreglo, solo será un momento…

—Que sea pronto —dijo el seti mestizo con un gruñido—, para poder rebanarle la garganta a esa zorra.

Botella miró a la mujer y después se inclinó sobre Koryk.

—Tranquilo. Está un poco pálida. Un mal tiro…

—Oh, ¿y a qué estaba apuntando, entonces?

El cabo Chapapote se puso en pie.

—Cuerdas no se va a poner muy contento contigo, Sonrisas —dijo sacudiendo la cabeza.

—Movió la pierna…

—Y tú le tiraste un cuchillo.

—Fue lo de las niñas buenas. Me provocó.

—Da igual cómo empezó. Podrías intentar disculparte… quizá Koryk lo deje así…

—Claro —dijo Koryk—. El día que el Embozado se meta solo en su propia tumba.

—Botella, ¿ya has detenido la hemorragia?

—Casi, cabo. —Botella le tiró el cuchillo a Sonrisas. Aterrizó a sus pies, la hoja manchada.

—Gracias, Botella —dijo Koryk—. Ahora puede probar otra vez.

El cuchillo se clavó con un ruido seco en el suelo, entre las botas del mestizo.

Todos los ojos giraron de repente hacia Sonrisas.

Botella se humedeció los labios. El maldito trasto había pasado muy cerca de su mano izquierda.

—Ahí era donde apuntaba —dijo Sonrisas.

—¿Qué te dije? —dijo Koryk, la voz extrañamente aguda.

Botella respiró hondo para ralentizar el martilleo de su corazón.

Chapapote se acercó y arrancó el cuchillo del suelo.

—Creo que me voy a quedar esto durante un rato.

—Me da igual —dijo Sonrisas—. Tengo de sobra.

—Y los vas a mantener envainados.

—Sí, cabo. Siempre que nadie me provoque.

—Está chiflada —murmuró Koryk.

—No está chiflada —respondió Botella—. Solo se siente sola porque…

—No tiene a un granjero de una aldea del interior —terminó Koryk con una gran sonrisa.

—Seguramente un primo —añadió Botella en voz tan baja que solo lo oyó Koryk.

El hombre se echó a reír.

Ya está. Botella suspiró. Habían superado otro momento peliagudo en esa interminable marcha y solo se había derramado un poco de sangre. El Decimocuarto Ejército estaba cansado. Era desdichado. No se caían demasiado bien. Les habían impedido hacer uso de la máxima venganza contra Sha'ik y los asesinos, violadores y despiadados delincuentes que la seguían, y encima metidos en esa lenta persecución de los últimos restos del ejército rebelde por caminos polvorientos, medio deshechos, en una tierra reseca, entre tormentas de arena y cosas peores; el Decimocuarto seguía esperando una resolución. Quería sangre, pero hasta el momento la mayor parte de la sangre derramada había sido suya, cuando los altercados se convertían en disputas y las cosas se ponían feas.

Los puños estaban haciendo lo que podían para controlar la situación, pero estaban tan agotados como los demás. Y

no ayudaba que hubiera muy pocos capitanes dignos de ese rango en las compañías.

Y nosotros no tenemos ni uno solo, ahora que han trasladado a Keneb. Corría el rumor de que había un nuevo contingente de reclutas y oficiales que había desembarcado en Lato Revae y que iba detrás de ellos, apresurándose para alcanzarlos, pero ese rumor había surgido diez días antes. Los muy idiotas ya deberían haber llegado a esas alturas.

En los dos últimos días había habido mensajeros yendo y viniendo, corriendo a toda velocidad por la pista dejada por su paso, y después de regreso. Dujek Unbrazo y la consejera estaban hablando mucho, eso estaba claro. Lo que no lo estaba tanto era de qué estaban hablando. Botella se había planteado ir a escuchar a escondidas lo que ocurría en la tienda de mando y con sus ocupantes, como ya había hecho muchas veces entre Aren y Raraku, pero la presencia de Ben el Rápido lo ponía nervioso. Un mago supremo. Si el Rápido le daba la vuelta a una roca y encontraba a Botella debajo, se iba a armar la gorda del Embozado.

Los malditos cabrones que huían por delante de ellos podían pasarse la vida corriendo y seguramente lo harían si su comandante tenía algo de cerebro. Habría podido presentar batalla por última vez en cualquier momento. Heroico, inspirador y sin sentido. Pero parecía que era demasiado listo para eso. Al oeste, siempre al oeste, adentrándose en los yermos.

Botella regresó a su sitio, iba recogiendo puñados de arena para quitarse la sangre de Koryk de los dedos y las palmas. *Nos estamos poniendo unos a otros de los nervios. Eso es todo.* Su abuela sabría qué hacer en esa situación, pero la buena mujer hacía mucho que había muerto y su espíritu estaba anclado a la vieja granja de las afueras de Jakata, a un millar de leguas de allí. Casi podía verla,

sacudiendo la cabeza y entrecerrando los ojos de esa forma medio chiflada y genial tan propia de ella. Entendida en las costumbres de los mortales, sabía ver lo que había detrás de cada debilidad, cada defecto, leía los gestos inconscientes y las expresiones momentáneas, atravesaba la superficie confusa y dejaba al descubierto los huesos de la verdad. Nada podía esconderse de ella.

Pero él no podía hablar con ella.

Pero hay otra mujer… ¿verdad? A pesar del calor, Botella se estremeció. Todavía acosaba sus sueños, esa bruja eres'al. Todavía le mostraba las antiguas hachas de mano repartidas por esa tierra como hojas de piedra de un árbol que abarcara el mundo entero, esparcidas por los vientos de un sinfín de eras pasadas. Botella sabía, de hecho, que a unos cincuenta pasos al sur de la pista que seguían había una cuenca plagada de esos malditos trastos. Ahí fuera, a un pequeño paseo, esperándolo.

Las veo, pero no entiendo su importancia. Ese es el problema. No sirvo para esto.

Sus ojos percibieron un movimiento junto a sus botas y vio una langosta, hinchada por los huevos y arrastrándose con lentitud. Botella se inclinó y la cogió por las alas plegadas. Metió la otra mano en su bolsa y sacó una pequeña caja de madera negra, la tapa y los lados perforados por unos agujeritos. Le dio un papirotazo al cierre y levantó la tapa.

Dichosa Unión, su preciado escorpión caca de pájaro. Bajo la luz repentina, la criatura levantó la cola y retrocedió hasta una esquina.

Botella tiró la langosta dentro de la caja.

El escorpión sabía lo que venía y salió disparado, momentos después se estaba comiendo al insecto, que todavía no había dejado de patalear.

—Para ti es muy fácil, ¿eh? —dijo Botella por lo bajo.

Algo cayó con un golpe sordo en la arena, a su lado; una fruta, un karybral, redondo y de un polvoriento color lima. Botella levantó la cabeza y encontró a Sepia de pie, a su lado.

El zapador tenía una brazada de fruta en las manos.

—Un regalo —dijo.

Botella cerró con una mueca la tapa de la caja de Dichosa Unión.

—Gracias. ¿De dónde la sacaste?

—Me fui a dar un paseo. —Sepia señaló el sur con la cabeza—. Una cuenca, parras de karybral por todas partes. —Empezó a tirárselas a los demás miembros del pelotón.

Una cuenca.

—Y también un montón de hachas de mano, ¿eh?

Sepia guiñó los ojos.

—No me fijé. ¿Es sangre seca lo que tienes en las manos?

—Es mía —dijo Koryk con un gruñido, ya estaba pelando la fruta.

El zapador se detuvo y estudió el tosco círculo de soldados que lo rodeaba y terminó en el cabo Chapapote, que se encogió de hombros. Eso pareció suficiente cuando Sepia le lanzó el último karybral a Sonrisas.

Que lo atrapó con un cuchillo.

Los otros, Sepia incluido, observaron mientras la soldado procedía a quitar la piel con diestros cortes.

El zapador suspiró.

—Creo que voy a ir a buscar al sargento.

—Buena idea —dijo Botella.

—Deberías dejar salir a Dichosa de vez en cuando a dar un paseo —dijo Sepia—. Que estire esas viejas patas. Quizás y Laúdes han encontrado un escorpión nuevo, jamás he visto nada parecido. Están hablando de una revancha.

—Los escorpiones no pueden estirar las patas —respondió Botella.

—Una forma de hablar.

—Ah.

—Pero, en fin —dijo Sepia, y después se alejó sin prisas.

Sonrisas se las había arreglado para quitar la cáscara entera en una sola tira, que después arrojó a Koryk. Este tenía la cabeza gacha y saltó cuando vio el movimiento por el rabillo del ojo.

La mujer bufó.

—Ahí tienes. Añádelo a tu colección de amuletos.

El mestizo seti puso en el suelo su karybral y se levantó poco a poco, después hizo una mueca y le lanzó una mirada furiosa a Botella.

—Creí que me habías sanado la puñetera pierna.

—Y lo hice. Pero todavía te va a doler un poco.

—¿Un poco? Casi no puedo ni levantarme.

—Ya mejorará.

—Seguro que echa a correr —comentó Chapapote—. Sería divertido, Koryk, verte cojeando tras ella.

El hombretón se calmó.

—Soy muy paciente —dijo mientras se volvía a sentar.

—Ooh —dijo Sonrisas—, mira cómo sudo.

Botella se puso de pie.

—Me voy a dar un paseo —dijo—. Que nadie mate a nadie hasta que yo vuelva.

—Si matan a alguien —señaló Chapapote—, tus habilidades sanadoras no van a ser de mucha ayuda.

—No estaba pensando en sanar, solo en mirar.

Habían cabalgado hacia el norte, fuera de la vista de la columna acampada; habían subido a un pequeño risco y

llegado a una llanura plana y polvorienta. Había tres guldindhas en un otero bajo, a doscientos pasos de distancia, y ellos se detuvieron bajo la sombra de las hojas anchas y correosas, sacaron la comida y una jarra de cerveza gredfalana que Violín se había procurado en alguna parte, y esperaron la llegada del mago supremo.

Kalam notaba que algo del viejo espíritu de Violín se había apagado. Más canas en la barba pelirroja, cierta expresión distante en los pálidos ojos azules. Cierto, el Decimocuarto era un ejército repleto de soldados amargados, resentidos, les habían arrebatado la gloria de la venganza de un Imperio justo la noche antes de la batalla, y esa marcha tampoco ayudaba mucho. Solo con eso ya se podía explicar el estado de Violín, pero Kalam sabía que había algo más.

Con canción tanno o sin ella, Seto y los demás estaban muertos. Fantasmas en el otro lado. Claro que Ben el Rápido había explicado que los informes oficiales no eran del todo exactos. Mazo, Rapiña, Azogue, Mezcla, Eje, Perlazul… había supervivientes, retirados y dándose a la buena vida en Darujhistan. Junto con el capitán Ganoes Paran. Bueno, al menos una buena noticia, y eso había ayudado. Un poco.

Violín y Seto estaban tan unidos como hermanos. Cuando estaban juntos las armaban de todos los colores. Una forma de pensar conjunta más peligrosa que divertida la mayor parte del tiempo. Tan legendarios como los propios Abrasapuentes. Había sido una decisión fatídica la tomada en la costa del lago Azur, que se separaran. *Fatídica para todos nosotros, según parece.*

Kalam no le encontraba mucho sentido a la ascendencia. Esa bendición que un caminante espiritual le había echado a una compañía de soldados, la división del tejido en Raraku. Lo consolaba y a la vez inquietaba la noción de unos

guardianes invisibles, a Violín le había salvado la vida el fantasma de Seto… pero ¿dónde estaba Whiskeyjack? ¿También se encontraba allí?

Esa noche en el campamento de Sha'ik había sido una pesadilla. Se habían desenvainado demasiados cuchillos para contarlos en esas horas oscuras. Y él había visto algunos de esos fantasmas con sus propios ojos. Abrasapuentes muertos mucho tiempo atrás, habían regresado tan duros como una resaca y tan feos como eran en vida. Si alguna vez se encontraba con ese caminante espiritual tanno del que había hablado Viol…

El zapador se estaba paseando a la sombra de los árboles.

Agachado, Kalam Mekhar estudió a su viejo amigo.

—Está bien, Viol, escúpelo ya.

—Malas cosas —murmuró el zapador—. Demasiadas para contarlas. Como nubes de tormenta, se reúnen en cada horizonte.

—No me extraña que seas tan pésima compañía.

Violín entrecerró los ojos y lo miró.

—Pues tú no has sido mucho mejor.

El asesino hizo una mueca.

—Perla. No anda por donde yo pueda verlo, pero sigue rondando. Se diría que esa mujer pardu… ¿cómo se llama?

—Lostara Yil.

—Esa. Se diría que a estas alturas ya lo habría desarzonado.

—El juego que se traen entre manos esos dos solo lo entienden ellos —dijo Violín—, y se pueden quedar con él. Además, está claro que el tipo sigue por aquí porque la emperatriz quiere a alguien cerca de Tavore.

—Ese fue siempre su problema —dijo Kalam con un suspiro.

—La confianza.

Kalam miró al zapador.

—Tú llevas marchando con Tavore desde Aren. ¿Le encuentras algún sentido?, ¿el que sea?

—Soy sargento, Kalam.

—Exacto. —El asesino esperó.

Violín se rascó la barba y se tiró de la correa del yelmo abollado, después se lo desabrochó y lo arrojó a un lado. Siguió paseándose y dándoles patadas a las hojas y las cáscaras en la arena. Espantó una mosca de sangre que le rondaba por la cara.

—Es hierro frío, Kalam. Pero todavía no se ha puesto a prueba. ¿Puede pensar en plena batalla? ¿Puede ponerse al mando en plena huida? El Embozado sabrá; su puño favorito, ese viejo, Gamet, no podía. Lo que no augura nada bueno sobre su criterio.

—Lo conocía de antes, ¿no?

—Confiaba mucho en él, sí, está eso. El tipo estaba agotado, eso es todo. Ya no soy tan generoso como solía ser.

Kalam sonrió y apartó la mirada.

—Oh, sí, generoso, ese es Viol, cómo no. —Señaló los huesos de dedos que colgaban del cinturón del zapador—. ¿Qué hay de eso?

—Con eso lo hizo bien, es cierto. El empujón de Oponn, quizá.

—O quizá no.

Violín se encogió de hombros. Estiró una mano de repente y la cerró sobre la mosca de sangre. La aplastó entre las palmas de las manos con una satisfacción más que evidente.

Parecía más viejo, cierto, pero tan rápido y duro como siempre. Una oleada de aire granuloso y muerto hizo escabullirse las hojas por la arena, el aire se partió de forma

audible a unos pasos de distancia y Ben el Rápido salió de una senda. Tosiendo.

Kalam cogió el jarro de cerveza y se acercó.

—Toma.

El mago bebió, tosió otra vez y después escupió.

—Por los dioses del inframundo, esa senda Imperial es horrible. —Se tragó otro buen sorbo.

—Mándame a mí ahí dentro —dijo Violín allegándose a grandes zancadas—, así yo también puedo beber un poco de eso.

—Me alegro de que estés más animado —dijo Ben el Rápido al tiempo que le pasaba el jarro—. Vamos a tener compañía dentro de un rato… Es decir, después de comer —añadió cuando se fijó en la comida envuelta, se dirigió allí—. Tengo tanta hambre que podría comerme moscas de sangre.

—Pues chupa mi mano —dijo Violín.

El brujo se detuvo y lo miró.

—Has perdido la cabeza. Antes preferiría chupar la mano de un vendedor ambulante de estiércol de camello. —Empezó a desenvolver las hojas que protegían la comida.

—¿Qué tal tu reunión con Tavore? —preguntó Kalam cuando se acercó a él.

—Tú sabes tanto como yo —respondió Ben el Rápido—. No es la primera vez que veo personas asediadas, pero esta ha levantado muros tan gruesos y tan altos que dudo que una docena de dragones iracundos pudiera pasar… y ni un solo enemigo a la vista, tampoco.

—En eso puede que te equivoques —dijo el asesino—. ¿Andaba Perla por allí?

—Bueno, una cortina se movía un poco.

Violín lanzó un bufido.

—Ese no es tan obvio. Seguramente era T’amber.

—No hablaba de forma literal, Viol. Alguien en una senda, cerca y atento.

—Tavore no llevaba su espada, entonces —dijo Kalam.

—No, nunca la lleva cuando habla conmigo, gracias a los dioses.

—¡Ooh, qué considerada!

El brujo le lanzó una mirada asesina a Kalam.

—Querrás decir que no le quiere chupar todo a su mago supremo.

—Para —dijo Violín—. No me gusta las imágenes que se me meten en la cabeza. Pásame un trozo de ese pan de sepah; no, pero no ese al que ya le has dado un mordisco, Rápido, gracias de todos modos. Ahí… oh, da igual. —Estiró la mano él mismo.

—¡Eh, me estás llenando la comida de arena!

Kalam se puso en cuclillas. Violín parecía más joven con cada minuto que pasaba. Sobre todo con esa mirada ceñuda. Ya hacía tiempo que tenían que haberse tomado ese descanso lejos del ejército y todo lo que suponía.

—¿Qué pasa? —preguntó Violín—. ¿Te preocupa gastarte los dientes? Pues entonces vas a tener que dejar de roer ese pan.

—No está tan duro —respondió el mago tapándose la boca llena.

—No, pero está plagado de arena, Ben el Rápido. De las piedras de los molinos. Pero bueno, últimamente siempre echo arena por todas partes. Tengo arena en sitios que ni te imaginarías…

—Para. Ya sabes, imágenes que se meten en la cabeza.

—Después de esto —continuó Violín, implacable—, un año entero viviendo la vida en Darujhistan y seguiré cagando ladrillos con arena…

—¡Para, he dicho!

Kalam entrecerró los ojos y miró al zapador.

—¿Darujhistan? ¿Es que planeas reunirte con los demás?

La mirada del zapador lo esquivó.

—Algún día…

—¿Algún día pronto?

—No tengo planeado huir, Kalam.

El asesino se encontró con la mirada de Ben el Rápido, apenas un parpadeo; Kalam se aclaró la garganta.

—Bueno… pues quizá deberías, Viol. Si me dedicara a dar consejos…

—Cuando tú te dediques a dar consejos, yo sabré que estamos todos condenados. Gracias por estropearme el día. Oye, Rápido, un poco más de esa cerveza, por favor, estoy seco.

Kalam se calló. *De acuerdo, por lo menos ese punto está aclarado.*

Ben el Rápido se limpió las migas de las manos de dedos largos y se recostó.

—La dama tiene ideas que te incluyen, Kalam…

—Ya tengo una mujer y me sobra.

—¿Quizá quiera que reúnas un pelotón de asesinos?

—¿Un qué? ¿Con esta panda?

—Eh —rezongó Violín—. Que yo conozco a esta panda.

—¿Y?

—Y tienes razón, eso es todo. Son un desastre.

—Aun así —dijo el brujo con un encogimiento de hombros—. Y es probable que quiera que lo hagas en secreto…

—Con Perla poniendo la oreja en vuestra conversación, ya, claro.

—No, eso fue después. La segunda mitad de nuestras reuniones es para nuestro público. La primera mitad, antes de que llegue Perla y quien sea, es cuando hablamos en

privado. Improvisa estas reuniones todo lo que puede. Usa a Larva como mensajero.

El mago hizo un gesto para protegerse del mal.

—Solo es un huérfano abandonado —dijo Violín.

Pero Ben el Rápido se limitó a sacudir la cabeza.

—Así que quiere su propio cuadro de asesinos —dijo Kalam—. Sin que lo sepa la Garra. No me gusta nada la pinta que tiene esto, Rápido.

—Quienquiera que se esconda tras esos muros puede que esté asustada, Kal, pero de estúpida no tiene ni un pelo.

—Todo este asunto es una estupidez —afirmó Violín—. Aplastó la rebelión, ¿qué más quiere Laseen?

—Que sea fuerte cuando se trata de enfrentarse a nuestros enemigos —dijo Kalam—. Y débil cuando se trata de popularidad.

—Tavore no es de las populares, ¿cuál es el problema?

—Podría hacerse popular. Unos cuantos éxitos más… éxitos en los que quede claro que no es por pura suerte. Vamos, Viol, ya sabes lo rápido que puede cambiar un ejército.

—Este ejército no —dijo el zapador—. Ya para empezar, casi ni se levanta. No hay por dónde cogernos. Maldita sea, Ben el Rápido, ¿esa mujer tiene idea de lo que hay?

El brujo lo pensó un momento y después asintió.

—Creo que sí. Pero no sabe qué hacer, aparte de atrapar a Leoman de los Mayales y borrarlo del mapa, a él y a su ejército. A conciencia.

Violín lanzó un gruñido.

—Eso es lo que teme Sepia. Está convencido de que vamos a terminar todos con Ranal puesto antes de acabar.

—¿Ranal? Ah, ya…

—Y se está poniendo muy pesado —siguió Violín—. No deja de hablar del maldito que se está guardando, el que se

va poner debajo del culo cuando caiga sobre todos nosotros la perdición. Deberías ver la cara de los reclutas cuando le da por hablar así.

—Parece que Sepia necesita una charla.

—Lo que necesita es una buena hostia, Kal. Créeme, he tenido tentaciones…

—Pero los zapadores no se hacen eso unos a otros.

—También soy sargento.

—Pero todavía lo necesitas de tu parte.

Con tono sombrío.

—Sí.

—De acuerdo —dijo Kalam—. Tendré unas palabritas con él y lo aclararé.

—Ten cuidado, podría tirarte un fullero a los pies. No le gustan los asesinos.

—¿Y a quién sí? —comentó Ben el Rápido.

Kalam frunció el ceño.

—Y yo pensando que era popular… al menos con mis amigos.

—Solo vamos a lo seguro, Kalam.

—Gracias, Rápido, lo recordaré.

El brujo se levantó de repente.

—Nuestros invitados están a punto de llegar…

Violín y Kalam también se pusieron en pie y se dieron la vuelta para ver abrirse una vez más la senda Imperial. Salieron sin prisa cuatro figuras.

El asesino reconoció a dos de ellas y sintió que lo invadían la tensión y el placer; la piel de gallina de repente a causa del mago supremo Tayschrenn y el placer genuino de ver a Dujek Unbrazo. Flanqueaban a Tayschrenn dos guardaespaldas; uno, un seti anciano con un bigote encerado; a Kalam le resultaba vagamente conocido, como si lo hubiera visto una vez, mucho tiempo atrás. El otro era

una mujer de entre veinticinco y treinta y cinco años, ágil y atlética bajo sedas ceñidas. Los ojos eran suaves y de color castaño oscuro, vigilantes; tenía el cabello corto, a la moda imperial, alrededor de la cara con forma de corazón.

—Relájate —murmuró Ben el Rápido en voz baja junto a Kalam—. Como ya te dije, el papel de Tayschrenn en… cosas pasadas… se entendió mal.

—Eso dices tú.

—Y sí que intentó proteger a Whiskeyjack.

—Pero llegó tarde.

—Kalam…

—De acuerdo, seré cortés. ¿Ese seti es su antiguo guardaespaldas, el de la época del emperador?

—Sí.

—¿El cabrón miserable? ¿Nunca dijo nada?

—Ese es.

—Parece que se ha ablandado un poco.

Ben el Rápido lanzó un bufido.

—¿Algo le divierte, mago supremo? —preguntó Dujek cuando se acercó el grupo.

—Bienvenido, puño supremo —dijo Ben el Rápido, se irguió y añadió una pequeña reverencia deferente al volverse hacia Tayschrenn—. Colega…

Las cejas finas, casi lampiñas, de Tayschrenn se alzaron.

—Un ascenso de campaña, ¿no? Bueno, quizá ya era hora. No obstante, no creo que la emperatriz haya sancionado ese título todavía.

Ben el Rápido le dedicó una gran sonrisa blanca.

—¿Recuerda, mago supremo, a cierto otro mago supremo, enviado por el emperador, al principio de la campaña de Perronegro? ¿Kribalah Gobierno?

—¿Gobierno el Grosero? Sí, murió después de un mes, más o menos…

—En una terrible conflagración, sí. Bueno, era yo. Así pues, no es la primera vez que soy mago supremo, colega…

Tayschrenn había fruncido el ceño, era obvio que estaba recordando, después el ceño se convirtió en una mirada enfadada.

—¿Y el emperador lo sabía? Tenía que saberlo, puesto que lo envió, a menos, por supuesto, que no lo enviara.

—Bueno, es cierto, hubo ciertas faltas de decoro, y es posible que si alguien hubiera seguido esa pista concreta, podrían haberse advertido. Pero usted no sintió la necesidad de hacerlo, es evidente, ya que, aunque por un tiempo muy breve, me defendí de sobra yo solo, y creo recordar que lo saqué una vez de un lío… algo sobre unos asesinos magos tiste andii…

—Cuando perdí cierto objeto que contenía un señor de demonios…

—¿Lo perdió? Siento oírlo.

—El mismo demonio que más tarde murió bajo la espada de Rake en Darujhistan.

—Oh, qué desgracia.

Kalam se inclinó hacia Ben el Rápido.

—Creí —dijo con un susurro— que me habías dicho a mí que me relajara.

—Fue hace mucho tiempo y muy lejos de aquí —dijo Dujek Unbrazo con tono brusco—, y daría una buena palmada si tuviera más de una mano. Tayschrenn, contén a ese seti antes de que haga algo estúpido. Tenemos cosas que discutir. Empecemos de una vez.

Kalam miró a Violín y le guiñó un ojo. *Igual que en los viejos tiempos…*

Echado en la cima del risco, Perla gruñó.

—Ahí está Dujek Unbrazo —dijo—. Se supone que ahora mismo está en G'danisban.

Junto a él, Lostara Yil siseó y empezó a darse palmadas por todo el cuerpo.

—Pulgas, maldita sea. Este risco está plagado de ellas. Odio las pulgas…

—¿Por qué no pegas un salto y bailas un poco, capitán? —preguntó Perla—. Solo para asegurarnos que saben que estamos aquí.

—Espiar es una estupidez. Odio esto, y estoy volviendo a descubrir el odio que te tengo, garra.

—Qué cosas más bonitas me dices. En fin, el calvo es Tayschrenn, con Hattar y Kiska esta vez, lo que significa que se toma en serio los riesgos. Oh, ¿por qué han tenido que hacerlo ahora?

—¿Hacer qué?

—Lo que sea que están haciendo, por supuesto.

—Pues vuelve corriendo con Laseen como el perrito impaciente que eres, Perla, y cuéntaselo.

La garra fue arrastrándose por un lado del risco, se giró y se incorporó.

—Tampoco hay que darse tanta prisa. Tengo que pensar.

Lostara bajó a gatas la ladera hasta que pudo levantarse y empezó a rascarse bajo la armadura.

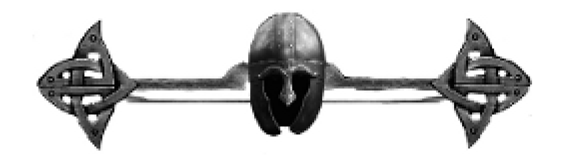
—Bueno, pues yo no pienso esperar a que termines. Necesito un baño de leche, con hojas de escura, y lo necesito ahora.

La garra la observó alejarse con paso decidido, de regreso al campamento. Bonitos andares, aparte de los espasmos repentinos.

Un simple hechizo de nada para mantener las pulgas a raya. Quizá debería haber tenido la gentileza de decírselo a la joven.

No. Esto es mucho mejor.
Dioses, estamos hechos el uno para el otro.

3



Yareth Ghanatan, la ciudad no se mueve,
primera y última y, donde la vieja calzada elevada
se curva en su semicírculo, hay torres
de arena hirviendo de imperios y
ejércitos en marcha, estandartes de alas rotas,
y los desmembrados que bordean las pasarelas
son pronto los huesos de los edificios, guerreros
y constructores los dos, la ciudad sigue en pie
para albergar hordas de insectos. Oh, esas torres
se levantan orgullosas, se alzan como sueños en el
caluroso aliento del sol, Yareth Ghanatan.
La ciudad es la emperatriz, esposa y amante,
vieja y niña del Primer Imperio.
Y sin embargo permanezco con todos los míos,
los huesos en los muros, los huesos
bajo el suelo, los huesos así arrojados
por esta suave sombra, primera y última.
Veo lo que viene, todo lo que se ha ido,
y la arcilla de mi carne ha sentido tus manos,
la antigua calidez de la vida, pues la ciudad,
mi ciudad, permanece quieta, y se alza.
Se alza siempre quieta.

Huesos en los muros
(fragmento de estela, alrededor del Primer Imperio)
—Anónimo

—Puedo ser esta urna.

—No quieres ser esa urna.

—Tiene patas.

—Achaparradas, y no creo que se muevan. Son solo de adorno. Recuerdo esas cosas.

—Pero es bonita.

—Y ella se mea dentro.

—¿Se mea? ¿Estás segura? ¿La has visto mearse dentro?

—Echa un vistazo, Cuajo. Ahí se ha meado. No quieres ser esa urna. Quieres algo vivo. Vivo de verdad, con piernas que funcionen. O alas…

Seguían susurrando cuando Apsalar quitó el último barrote de la ventana y lo dejó en el suelo. Después trepó al alfeizar y se retorció para alcanzar el poste del tejado más cercano.

—¿Adónde vas? —preguntó Telorast.

—Al tejado.

—¿Vamos contigo?

—No.

Apsalar se aupó y unos momentos después estaba agachada en la arcilla cocida por el sol, las estrellas relucían sobre ella. No faltaba mucho para el amanecer y, bajo ella, la ciudad estaba en silencio e inmóvil como una cosa muerta en la noche. Ehrlitan. La primera ciudad a la que habían llegado en esa tierra, la ciudad donde había comenzado ese viaje concreto, un grupo destinado a deshacerse bajo una multitud de cargas. Kalam Mekhar, Violín, Azafrán y ella. Oh, Azafrán se había enfadado tanto al descubrir que sus compañeros habían ido por motivos ocultos y no solo para acompañarla a ella a casa, no solo para enmendar un antiguo error. Qué ingenuo había sido.

Se preguntó cómo le iría, se le ocurrió que podía preguntarle a Cotillion la próxima vez que el dios la visitara, después decidió que no lo haría. No le serviría de nada permitirse continuar preocupándose por él; incluso pensar en él, lograr poco más que abrir las compuertas del anhelo, el deseo y el pesar.

Otros asuntos más inmediatos exigían su atención. Mebra. El antiguo espía estaba muerto, que era lo que Tronosombrío había querido, aunque a Apsalar se le escapaba la razón. Cierto, Mebra había estado trabajando para todos los bandos, en un momento dado servía al Imperio de Malaz y al siguiente a la causa de Sha'ik. Y... a alguien más. La identidad de ese otro era importante, y Apsalar sospechaba que esa era la verdadera razón de la decisión de Tronosombrío.

¿Los sin nombre? ¿Habían enviado al asesino semk para borrar un rastro? Era posible, tenía sentido. *Nada de testigos*, había dicho el hombre. ¿Testigos de qué? ¿Qué servicio podría haber proporcionado Mebra a los sin nombre? *No empieces todavía a buscar una respuesta a eso. ¿Quién más?*

Sin duda quedaban partidarios del antiguo culto de Sombra en Siete Ciudades, supervivientes de las purgas que habían acompañado a la conquista. Alguien que había empleado las múltiples habilidades de Mebra, y que seguro que había captado la atención de Tronosombrío, además de hacerse acreedor de su ira.

Le habían ordenado que matara a Mebra. No le habían dicho por qué, y tampoco le habían dicho que iniciara ninguna investigación. Lo que sugería que Tronosombrío pensaba que ya sabía suficiente. Lo mismo en cuanto a Cotillion. O, a la inversa, la ignorancia de ambos sobre el

tema era absoluta y Mebra se había limitado a cambiar de bando con excesiva frecuencia.

Había más objetivos en la lista de Apsalar, una colección aleatoria de nombres, todos los cuales se podían encontrar en los recuerdos de Cotillion. Se esperaba de ella que se limitara a proceder de uno al siguiente, siendo el último objetivo el mayor reto de todos… pero a ese, con toda probabilidad, no llegaría hasta meses después y ella tendría que maniobrar con mucha habilidad para acercarse lo suficiente como para golpear; un acecho lento y metódico de un individuo muy peligroso. Por quien no sentía ninguna enemistad.

Es lo que hace un asesino. Y la posesión de Cotillion me ha convertido en asesina. Eso y nada más. He matado y seguiré matando. No me hace falta pensar en nada más. Es muy sencillo. Debería ser muy sencillo.

Y así lo haría ella.

Con todo, ¿qué obligaba a un dios a decidirse por matar a un humilde mortal? La simple irritación de una piedra en el zapato. La bofetada de una rama en un sendero boscoso. ¿Quién se lo piensa dos veces para sacar el guijarro y tirarlo? ¿O para estirar la mano y partir esa rama? *Pues parece que yo, dado que yo soy la mano de ese dios.*

Ya basta. Se acabó esta debilidad… esta… incertidumbre. Completa tus misiones y vete. Desaparece. Busca una nueva vida.

Solo que… ¿cómo se hace eso?

Había alguien a quien podría preguntarle, sabía que no estaba muy lejos, había extraído su identidad de los recuerdos de Cotillion.

Se había movido y se había sentado con las piernas colgando al borde del tejado. Alguien se sentó a su lado.

—¿Y bien? —preguntó Cotillion.

—Un asesino semk de los sin nombre completó mi misión por mí.

—¿Esta misma noche?

—Lo encontré, pero no pude interrogarlo.

El dios asintió con lentitud.

—Los sin nombre otra vez. Qué inesperado. E inoportuno.

—Así que no eran la razón para matar a Mebra.

—No. Algo se habrá agitado en ese antiguo culto. Mebra estaba maniobrando para convertirse en sumo sacerdote. El mejor candidato, no nos preocupan los demás.

—Limpieza general.

—Necesidad, Apsalar. Va a haber pelea. Una pelea dura.

—Entiendo.

Se quedaron un rato en silencio, después Cotillion se aclaró la garganta.

—Todavía no he tenido tiempo para ir a verlo, pero sé que se encuentra bien, aunque desanimado, como es de esperar.

—De acuerdo.

El dios debió de percibir que ella quería dejarlo así porque, tras una pausa, dijo:

—Has liberado a dos fantasmas…

Apsalar se encogió de hombros.

Cotillion suspiró y se pasó una mano por el pelo oscuro.

—¿Sabes lo que fueron en un tiempo?

—Ladronas, creo.

—Sí, eso.

—¿Tiste andii?

—No, pero permanecieron mucho tiempo sobre esos dos cuerpos así que… absorbieron ciertas esencias.

—Ah.

—Ahora son agentes de Caminante del Filo. Siento curiosidad por ver cuál será su siguiente paso.

—De momento parecen conformarse con acompañarme.

—Sí, creo que el interés de Caminante del Filo te incluye, Apsalar, por nuestra… relación pasada.

—A través de mí, hasta ti.

—Parezco merecer su curiosidad.

—Caminante del Filo. Una aparición que parece de un estilo más bien pasivo —comentó ella.

—Nos encontramos por primera vez —dijo Cotillion con lentitud— la noche que ascendimos. La noche del paso al reino de Sombra. Entonces me provocó un escalofrío por la columna y no se me ha pasado desde entonces.

Apsalar lo miró.

—No estás hecho para ser dios, Cotillion, ¿lo sabías?

—Gracias por el voto de confianza.

La joven estiró una mano y rozó la línea de la mandíbula masculina, el gesto fue casi una caricia. Apsalar captó la repentina inspiración del dios, el ligero movimiento de los ojos al abrirse un poco más, pero no la miró. Apsalar bajó la mano.

—Lo siento. Otro error. Parece que es lo único que hago estos días.

—No pasa nada —respondió él—. Lo entiendo.

—¿Lo entiendes? Oh, pues claro que lo entiendes.

—Completa tu misión y todo lo que se pide de ti llegará a su fin. No te enfrentarás a ninguna más de mis exigencias. Ni de Tronosombrío.

Hubo algo en el tono del dios que le produjo a Apsalar un pequeño estremecimiento. Algo como… remordimiento.

—Ya veo. Eso está bien. Estoy cansada. De quien soy, Cotillion.

—Lo sé.

—Estaba pensando en dar un rodeo. Antes de mi próxima tarea.

—¿Sí?

—El camino de la costa, al este. Solo unos días si voy por Sombra.

El dios la miró, la joven contempló su débil sonrisa y se sintió inexplicablemente complacida.

—Ah, Apsalar… debería ser divertido. Dale recuerdos míos.

—¿En serio?

—Desde luego. Necesita que lo espabilen un poco. —El dios se irguió—. Tengo que irme. Ya casi ha amanecido. Ten cuidado y no confíes en esos fantasmas.

—No mienten nada bien.

—Bueno, yo conozco un sacerdote supremo que emplea tácticas parecidas para confundir a otros.

Iskaral Pust. Entonces le tocó el turno de sonreír a Apsalar, pero no dijo nada porque Cotillion ya se había ido.

El horizonte oriental estaba en llamas con la salida del sol.

—¿Adónde se ha marchado la oscuridad? —preguntó Cuajo.

Apsalar se encontraba cerca de la cama, repasando su surtido de armas ocultas. Tendría que dormir pronto (quizá esa tarde), pero antes aprovecharía la luz del día. Había algo importante oculto en el asesinato de Mebra cometido por el semk. A Cotillion le había perturbado ese detalle. Aunque no le había pedido que indagara, lo haría de todos modos, por lo menos durante un día o dos.

—Ha salido el sol, Cuajo.

—¿El sol? Por el Abismo, ¿hay un sol en este mundo? ¿Se han vuelto locos?

Apsalar miró al encogido fantasma. Se estaba disolviendo bajo la luz granulada. Acurrucada en una sombra cercana, Telorast las miraba, muda de terror.

—¿Quién se ha vuelto loco? —le preguntó Apsalar a Cuajo.

—¡Pues ellos! ¡Los que crearon este sitio!

—¡Nos desvanecemos! —siseó Telorast—. ¿Qué significa eso? ¿Dejaremos de existir?

—No lo sé —respondió Apsalar—. Es probable que perdáis algo de sustancia, suponiendo que tengáis, pero será temporal. Será mejor que os quedéis las dos aquí, y guardad silencio. Volveré antes del atardecer.

—¡Atardecer! Sí, excelente, esperaremos el atardecer aquí. Después, la noche y toda esa oscuridad, y las sombras, y cosas que poseer. Sí, espantosa mujer, esperaremos aquí.

Apsalar bajó a la taberna, pagó por otra noche y salió a la calle polvorienta. Los ciudadanos que iban al mercado ya se habían puesto en marcha, vendedores ambulantes que arrastraban mulas cargadas, carretas repletas de jaulas de pájaros cantores, tajadas de carne en salazón o toneles de aceite o miel. Los ancianos se afanaban bajo fardos de leña o cestas de arcilla. Por el centro de la calle bajaban dos espadas rojas, temidos centinelas de la ley y el orden de nuevo, una vez que la presencia del Imperio se había reafirmado con rotundidad. Iban en la misma dirección que Apsalar (y, de hecho, que la mayor parte de los ciudadanos), hacia la inmensa extensión de campamentos de caravanas que había a las afueras de la muralla de la ciudad, justo al sur del puerto.

A los espadas rojas se les proporcionaba amplio margen y el contoneo de sus zancadas, los guanteletes posados en las empuñaduras de sus talwares envainados pero no pacíficos, hacían de su arrogancia una afrenta deliberada, provocativa. Pese a todo, pasaron sin que nadie se dirigiera a ellos.

Momentos antes de alcanzarlos, Apsalar giró a la izquierda por un callejón. Había más de una ruta para llegar

a los campamentos de caravanas.

Un mercader que empleaba guardias pardu y gral y que parecía mostrar un interés inusual en la presencia de una bailarina de Sombra llegada a la ciudad, eso convertía a ese hombre o mujer, a su vez, en objeto de interés. Podría ser solo que el mercader comprara o vendiera información, pero incluso eso podría resultarle útil a Apsalar, y no era que ella estuviera dispuesta a pagar por la información que pudiera sacar. El hecho de tener guardias tribales sugería largos viajes por tierra, entre ciudades distantes y los poco frecuentados caminos que las unían. Ese mercader sabría cosas.

Y también, de hecho, podrían saberlas esos guardias.

Llegó a las afueras del primer campamento. Visto desde el cielo, la ciudad de caravanas parecería picada de viruelas, con los mercaderes que iban y venían en una corriente constante de carromatos, guerreros montados, perros ovejeros y camellos. Los bordes exteriores albergaban a los mercaderes menores, sus posiciones fijadas según una incomprensible jerarquía, mientras que las caravanas de alto nivel ocupaban el centro.

Tras entrar en la avenida principal por un camino lateral que había entre las tiendas de campaña, Apsalar comenzó la larga búsqueda.

A mediodía encontró un vendedor de tapu y se sentó en una de las mesitas, bajo un toldo, para comer los pinchos de carne y fruta, la grasa caliente chorreándole por las manos. Apsalar había observado una energía renovada en los campamentos de mercaderes que había visitado hasta el momento. La insurrección y las disputas eran malas para el negocio, era obvio. El regreso del dominio malazano era una bendición para el comercio en toda su avariciosa gloria

habitual, y ella había visto el regocijo por todas partes. Los dineros fluían por mil corrientes.

Tres figuras le llamaron la atención. De pie, ante la entrada de una gran tienda y parecía que discutiendo por una jaula de perritos. Las dos mujeres pardu y uno de los nativos gral que había visto en la taberna. Esperaba que estuvieran demasiado ocupados para haberla advertido. Apsalar se limpió las manos en los muslos, se levantó y echó a andar por las zonas más sombreadas, salió del toldo y se alejó de los guardias y de la tienda del mercader.

De momento le bastaba con haberlos encontrado. Antes de intentar interrogar al mercader, o a los guardias, tenía otra tarea pendiente.

El largo camino de vuelta a la taberna careció de incidentes, subió las escaleras y se dirigió a su habitación. Era media tarde y su mente solo pensaba en dormir.

—¡Ha vuelto!

La voz, la de Cuajo, provenía de debajo del armazón de madera del catre.

—¿Es ella? —preguntó Telorast desde el mismo sitio.

—Reconozco los mocasines, ¿ves los bordes de hierro cosidos a ellos? No como el otro.

Apsalar dejó por un instante de quitarse los guantes de cuero.

—¿Qué otro?

—El que estuvo aquí antes, hace una campanada…

—¿Una campanada? —se preguntó Telorast—. Ah, esas campanadas, ahora lo entiendo. Miden el paso del tiempo. Sí, No-Apsalar, hace una campanada. No dijimos nada. Nos quedamos en silencio. No supo que estábamos aquí.

—¿El posadero?

—Botas, gastadas por los estribos y con hojuelas de bronce ensartadas, fueron por acá y allá, y se agacharon

para mirar aquí debajo, pero no nos vio, por supuesto, ni vio nada de nada más, puesto que no tienes equipo que él pudiera desvalijar…

—Era un hombre, entonces.

—¿No lo dijimos antes? ¿No lo dijimos, Cuajo?

—Tuvimos que decirlo. Un hombre, con botas, sí.

—¿Cuánto tiempo se quedó? —preguntó Apsalar mientras miraba por la habitación. No había nada que el ladrón pudiera robar, suponiendo que fuera un ladrón.

—Cien de sus latidos.

—Ciento seis, Telorast.

—Ciento seis, sí.

—¿Entró y salió por la puerta?

—No, por la ventana, quitaste los barrotes, ¿te acuerdas? Bajó del tejado, ¿no es verdad, Telorast?

—O subió del callejón.

—O quizá de una de las otras habitaciones, de ahí de un lado, derecha o izquierda.

Apsalar frunció el ceño y cruzó los brazos.

—¿Entró siquiera por la ventana?

—No.

—Por una senda, entonces.

—Sí.

—Y no era un hombre —añadió Cuajo—. Era un demonio. Grande, negro, peludo, con colmillos y garras.

—Llevaba botas —dijo Telorast.

—Exacto. Botas.

Apsalar se quitó los guantes y los tiró de golpe sobre la mesilla. Después se dejó caer en el catre.

—Despertadme si vuelve.

—Por supuesto, No-Apsalar. Puedes confiar en nosotras.

Cuando despertó estaba oscuro. Apsalar se levantó del catre con una maldición.

—¿Qué hora es?

—¡Está despierta! —La sombra de Telorast flotó cerca, la forma desdibujada de un cuerpo en la penumbra, los ojos reluciendo con una luz apagada.

—¡Por fin! —susurró Cuajo desde el alfeizar, donde se había agazapado como una gárgola, con la cabeza girada para contemplar a Apsalar, todavía sentada en el catre—. ¡Han pasado dos campanadas desde la muerte del sol! ¡Queremos explorar!

—Está bien —dijo ella mientras se ponía en pie—. Seguidme, entonces.

—¿Adónde?

—Volvemos a Jen'rahb.

—Oh, ese lugar miserable.

—No estaré mucho tiempo.

—Bien.

Apsalar recogió los guantes, comprobó sus armas una vez más, una veintena de dolores fruto de los pomos de los cuchillos y las vainas daban fe de que continuaban atadas a su persona, y se dirigió a la ventana.

—¿Usamos la calzada elevada?

Apsalar se detuvo y estudió a Cuajo.

—¿Qué calzada?

El fantasma se movió, se abrazó a un borde de la ventana y señaló hacia fuera.

—Esa.

Una manifestación de sombra, algo parecido a un acueducto, se extendía desde la base de la ventana sobre el callejón y el edificio que había detrás y después se

curvaba… hacia el corazón de Jen’rahb. Tenía la textura de la piedra y podía ver guijarros y trozos de argamasa desmenuzada por todo el sendero.

—¿Qué es esto?

—No lo sabemos.

—Es del reino de Sombra, ¿verdad? Tiene que serlo. De otro modo yo no podría verlo.

—Ah, sí. Eso creemos. ¿Verdad, Telorast?

—Desde luego. O puede que no.

—¿Cuánto tiempo —preguntó Apsalar— lleva aquí?

—Treinta y tres de tus latidos. Empezabas a despertarte, ¿a que sí, Cuajo? Se estaba despertando.

—Y gimiendo. Bueno, un gemido. Suave. Un medio gemido.

—No —dijo Telorast—, esa fui yo.

Apsalar trepó al alfeizar y después, todavía agarrada a los bordes del muro, pisó la calzada. Sólida bajo sus pies.

—De acuerdo —murmuró un tanto nerviosa cuando soltó el edificio que tenía detrás—. Ya que está aquí, podemos aprovecharla.

—Estamos de acuerdo.

Echaron a andar por encima del callejón, del edificio de apartamentos, de una calle y después, de los escombros de las ruinas. A lo lejos se alzaban torres fantasmales. Una ciudad de sombra, pero muy diferente a la de la noche anterior. Estructuras vagas que yacían sobre los restos inferiores, canales, el espejeo de algo parecido al agua. Puentes bajos salvaban esos canales. A unos miles de pasos de distancia, al sudeste, se alzaba un inmenso palacio abovedado y tras él lo que podría ser un lago, o un río ancho. Había barcos surcando esas aguas, de velas cuadradas y líneas puras, la madera de color negro

medianoche. Apsalar vio unas figuras altas que cruzaban un puente a cincuenta pasos de distancia.

—¡Las reconozco! —siseó Telorast.

Apsalar se agazapó, de repente se sentía muy vulnerable, subida a esa calzada alta.

—¡Tiste edur!

—Sí —dijo casi sin aliento.

—Oh, ¿nos ven?

No lo sé. Por lo menos nadie caminaba por la calzada en la que estaban ellas… de momento.

—Vamos, no está lejos. Quiero salir de aquí de una vez.

—De acuerdo, oh, sí, de acuerdo.

Cuajo vaciló.

—Claro que…

—No —dijo Apsalar—. No intentes nada, fantasma.

—Oh, está bien. Es solo que hay un cuerpo en el canal de ahí abajo.

Maldita sea. Se acercó al muro bajo y miró.

—No es tiste edur.

—No —confirmó Cuajo—. Desde luego que no, No-Apsalar. Es como tú, sí, como tú. Solo que más hinchado, no lleva mucho muerto, lo queremos…

—No esperéis ayuda si al intentar cogerlo llamáis la atención.

—Oh, en eso tiene razón, Cuajo. ¡Venga, se está alejando de nosotros! ¡Espera! ¡No nos dejes aquí!

Al llegar a una empinada escalera, Apsalar descendió a toda prisa. En cuanto pisó el pálido suelo polvoriento, la ciudad fantasmal se desvaneció. Tras ella aparecieron las dos sombras, encorvadas hacia ella.

—Un lugar de lo más horrendo —dijo Telorast.

—Pero había un trono —exclamó Cuajo—. ¡Lo presentí! ¡Un trono de lo más delicioso!

Telorast lanzó un bufido.

—¿Delicioso? Has perdido la cabeza. Nada salvo dolor. Sufrimiento. Aflicción…

—Silencio —ordenó Apsalar—. Me contaréis más sobre ese trono que habéis percibido las dos, pero más tarde. Vigilad esta entrada.

—Eso podemos hacerlo. Somos vigilantes muy hábiles. Alguien murió aquí abajo, ¿sí? ¿Nos das el cuerpo?

—No. Quedaos aquí. —Apsalar entró en el templo medio enterrado.

La cámara del interior no se encontraba como la había dejado. El cadáver del semk ya no estaba. Al cuerpo de Mebra lo habían despojado de sus ropas, que habían sido cortadas. Los pocos muebles que ocupaban la habitación habían sido metódicamente desmantelados. Apsalar empezó a maldecir por lo bajo y se acercó a la puerta que llevaba a unos aposentos interiores, la cortina que la cubría la habían desgarrado. En la pequeña habitación que había detrás (el alojamiento privado de Mebra), la persona o personas que la habían registrado habían sido igual de concienzudas. Indiferente a la ausencia de luz, la asesina examinó los desechos. Alguien había estado buscando algo, o bien ocultando de forma deliberada un rastro.

Pensó en la aparición del asesino semk de la noche anterior. Ella había supuesto que el hombre la había visto de algún modo atravesar a la carrera los escombros y se había visto obligado a regresar. Pero le extrañó. Quizá lo habían hecho regresar, su tarea solo completada a medias. En cualquier caso, ese hombre no estaba trabajando solo esa noche. Había sido un descuido por parte de Apsalar pensar lo contrario.

En la cámara exterior se oyó un susurro vacilante.

—¿Dónde estás?

Apsalar volvió a meterse por la entrada.

—¿Qué haces aquí, Cuajo? Os dije que…

—Vienen dos personas. Mujeres, como tú. Como nosotras, también. Se me olvidó. Sí, aquí somos todas mujeres…

—Busca una sombra y escóndete —interpuso Apsalar—. Lo mismo para Telorast.

—¿No quieres que las matemos?

—¿Podéis?

—No.

—Escondeos.

—Menos mal que decidimos vigilar la puerta, ¿eh?

Sin hacer caso del fantasma, Apsalar se colocó junto a la entrada exterior. Sacó los cuchillos, apoyó la espalda en la piedra inclinada y esperó.

Oyó los pasos rápidos, los pies arrastrados cuando se detuvieron justo fuera, las respiraciones. Entonces la primera atravesó la puerta, en sus manos un farol graduable. Se internó todavía más en la habitación y abrió una de las ventanas del farol, el haz de luz se estrelló contra el muro contrario. Tras ella entró la segunda mujer, una cimitarra desenvainada y levantada.

Las guardias pardu de la caravana.

Apsalar se acercó y clavó la punta de una daga en la articulación del codo del brazo con el que la mujer sostenía la espada, después blandió la otra arma con el pomo por delante y lo estrelló contra la sien de la mujer.

Esta cayó, igual que su arma.

La otra se giró en redondo.

Una patada alta y con impulso la alcanzó por encima de la mandíbula. La mujer se tambaleó, el farol salió volando y chocó contra el muro.

Apsalar envainó sus cuchillos y se acercó a la guardia conmocionada. Un puñetazo en el plexo solar la hizo

doblarse en dos. La guardia cayó de rodillas, después se derrumbó de lado y se acurrucó alrededor del dolor.

—Qué práctico —dijo Apsalar—, puesto que tenía intención de interrogaros de todos modos.

Regresó con la primera mujer y comprobó su estado: inconsciente, y con toda probabilidad permanecería así algún tiempo. De todos modos mandó la cimitarra a una esquina de una patada y la despojó de los cuchillos que le encontró escondidos bajo los brazos. Regresó de nuevo con la otra pardu y miró por un momento a la mujer inmóvil que se quejaba, se agachó, tiró de ella y la levantó.

Cogió el brazo derecho de la mujer, el que utilizaba para sujetar las armas y, con un giro brusco, se lo dislocó por el codo.

La mujer lanzó un grito.

Apsalar la agarró por la garganta con una mano y la lanzó contra la pared, la cabeza se estrelló con fuerza. El vómito se derramó por el guante y la muñeca de la asesina, pero sostuvo allí a la pardu.

—Ahora vas a responder a mis preguntas.

—¡Por favor!

—Nada de ruegos. Los ruegos solo me hacen más cruel. Si me satisfacen tus respuestas, puede que os permita vivir a ti y a tu amiga. ¿Lo entiendes?

La pardu asintió, el rostro manchado de sangre y un moratón alargado hinchándose bajo su ojo derecho, donde la había golpeado el mocasín con incrustaciones de hierro.

Apsalar percibió la llegada de los dos fantasmas y miró por encima del hombro. Se cernían sobre el cuerpo de la otra pardu.

—Una de nosotros podría tomarla —susurró Telorast.

—Chupado —asintió Cuajo—. Tiene la mente confusa.

—Ausente.

—Perdida en el Abismo.

Apsalar vaciló antes de contestar.

—Adelante.

—¡Yo! —siseó Cuajo.

—¡No, yo! —gruñó Telorast.

—¡Yo!

—¡Yo llegué primero!

—¡De eso nada!

—Elijo yo —dijo Apsalar—. ¿Aceptable?

—Sí.

—Oh, sí, tú eliges, queridísima señora…

—¡No estarás arrastrándote otra vez!

—¡Que no!

—Cuajo —dijo Apsalar—. Poséela.

—¡Sabía que ibas a elegirla a ella!

—Paciencia, Telorast. La noche todavía no ha acabado.

La mujer pardu que tenía delante estaba parpadeando con una expresión salvaje en los ojos.

—¿Con quién estás hablando? ¿Qué idioma es ese? ¿Quién está ahí fuera…? No veo…

—Se te ha apagado el farol. Da igual. Háblame de tu amo.

—Dioses del inframundo, duele…

Apsalar bajó una mano y retorció otra vez el brazo dislocado.

La mujer chilló y después se encorvó, inconsciente.

Apsalar la dejó deslizarse por el muro hasta que quedó más o menos sentada. Después sacó una petaca y salpicó de agua la cara de la pardu.

Los ojos se abrieron, la razón regresó y, con ella, el terror.

—No quiero oír nada sobre lo que duele —dijo Apsalar—. Quiero oír sobre el mercader. Tu jefe. Bueno, ¿lo intentamos otra vez?

La otra pardu estaba sentada, apoyada cerca de la entrada, emitía pequeños gruñidos, después tosió y al final escupió unas flemas ensangrentadas.

—¡Ah! —exclamó Cuajo—. ¡Mejor! ¡Oh, me duele todo, ah, el brazo!

—Calla —ordenó Apsalar, después clavó su atención una vez más en la mujer que tenía delante—. No soy una persona paciente.

—Asociación Comercial de Trygalle —dijo la mujer con un jadeo.

Apsalar se puso poco a poco en cuclillas. Una respuesta inesperada.

—Cuajo, sal de ese cuerpo.

—¿Qué?

—Ahora.

—Pues mejor, está toda rota. ¡Ah, libre de dolor otra vez! Esto es preferible, ¡fui idiota!

La carcajada de Telorast fue áspera.

—Y sigues siéndolo, Cuajo. Podría habértelo dicho yo, ¿sabes? No era la persona adecuada para ti.

—Se acabaron las charlas —dijo Apsalar. Tenía que pensar. El centro de operaciones de la Asociación Comercial de Trygalle era Darujhistan. Había pasado mucho tiempo desde que habían visitado el fragmento del reino de Sombra con municiones para Violín, suponiendo que fuese la misma caravana, y Apsalar sospechaba que lo era. Como proveedores de mercancías e información, empezaba a parecer obvio que había sido más de una misión lo que los había llevado a Siete Ciudades. Por otro lado, quizá estaban haciendo poco más que recuperarse allí, en la ciudad (dadas sus espeluznantes rutas por las sendas) y el mercader mago había dado instrucciones a sus guardias para que le llevaran

todas y cada una de las informaciones poco habituales. Con todo, Apsalar necesitaba estar segura.

—Ese mercader de Trygalle, ¿qué trajo a ese hombre o mujer aquí, a Ehrlitan?

La hinchazón estaba cerrando el ojo derecho de la pardu.

—Hombre.

—¿Su nombre?

—Karpolan Demesand.

Al oír eso, Apsalar se permitió un leve asentimiento.

—Estábamos, eh, haciendo una entrega… los guardias, eh, somos accionistas…

—Sé cómo funciona la Asociación Comercial de Trygalle. Una entrega, has dicho.

—Sí, a Coltaine. Durante la cadena de perros.

—Eso fue hace algún tiempo.

—Sí. Lo siento, el dolor, duele hablar.

—Dolerá más si no hablas.

La pardu hizo una mueca, Apsalar todavía tardó un momento en darse cuenta de que había sido una sonrisa.

—No dudo de ti, bailarina de Sombra. Sí, había más. Piedras de altar.

—¿Qué?

—Piedras talladas, para rodear una piscina sagrada…

—¿Aquí, en Ehrlitan?

La mujer sacudió la cabeza, hizo una mueca y después contestó.

—No, en Y'Ghatan.

—¿Y vais de camino allí o ya de regreso?

—De regreso. Los viajes de ida son por las sendas. Estamos… eh… descansando.

—Así que el interés de Karpolan Demesand en una bailarina de Sombra es solo pasajero.

—Le gusta saberlo… todo. Con información adquirimos prerrogativas. Nadie quiere un combate en el trayecto.

—El trayecto.

—Por las sendas. Es… pavoroso.

Me imaginaba que lo sería.

—Dile a tu amo —dijo Apsalar— que a esta bailarina de Sombra no le hace gracia tanta atención.

La pardu asintió.

Apsalar se irguió.

—He terminado contigo.

La mujer se estremeció y se pegó a la pared, después levantó el antebrazo izquierdo para cubrirse la cara.

La asesina bajó la cabeza, miró a la guardia y se preguntó qué la había puesto así.

—Ahora entendemos ese lenguaje —dijo Telorast—. Cree que vas a matarla y es verdad, ¿no?

—No. Y debería ser obvio si ha de entregarle un mensaje a su amo.

—No está pensando con claridad —dijo Cuajo—. Además, ¿qué mejor manera de entregar tu mensaje que con dos cadáveres?

Apsalar suspiró y se dirigió a la pardu.

—¿Qué os trajo a este sitio? ¿A casa de Mebra?

La mujer replicó con la voz ahogada tras el antebrazo.

—Adquirir información… pero está muerto.

—¿Qué información?

—La que sea. Toda. Idas y venidas. Lo que vendiera. Pero has matado a Mebra…

—No. No lo maté yo. Como ofrenda de paz entre tu amo y yo, te diré una cosa. Un asesino de los sin nombre asesinó a Mebra. No hubo tortura. Un simple asesinato. Los sin nombre no estaban buscando información.

El único ojo visible de la pardu, que en ese momento aparecía por encima de la muñeca que lo protegía, se clavó en la asesina.

—¿Los sin nombre? ¡Los Siete Sagrados nos protejan!

—Y ahora —dijo Apsalar mientras sacaba su cuchillo—, necesito un poco de tiempo. —Y con eso golpeó fuertemente a la mujer con el pomo del cuchillo en la sien y observó a la pardu poner los ojos en blanco y derrumbarse.

—¿Vivirá? —preguntó Telorast acercándose un poco más.

—Déjala en paz.

—Puede que despierte y no recuerde nada de lo que le dijiste.

—No importa —respondió Apsalar mientras envainaba su cuchillo—. De todos modos, su amo le sacará todo lo que necesita saber.

—Un hechicero. Ah, viajan por las sendas, dijeron. Arriesgado. Ese tal Karpolan Demesand debe de empuñar la magia de un modo formidable; te has ganado un enemigo peligroso.

—Dudo que siga con esto, Telorast. He dejado con vida a sus accionistas y le he proporcionado a él información.

—¿Y qué hay de las tabletas? —preguntó Cuajo.

Apsalar se volvió.

—¿Qué tabletas?

—Las que están escondidas bajo el suelo.

—Enséñamelas.

La sombra flotó hacia el cuerpo desnudo de Mebra.

—Bajo él. Un escondite secreto, bajo este adoquín. Arcilla dura, listas interminables, seguro que no significan nada.

Apsalar hizo rodar el cuerpo. Soltó la piedra con facilidad y le extrañó la negligencia de los que habían registrado el lugar. Claro que, quizá Mebra había tenido cierto control sobre el sitio donde iba a morir. Estaba tirado justo encima.

Se había excavado un pozo tosco y estaba atestado de tabletas de arcilla. En una esquina había un saco húmedo de arpillera con arcilla blanda y media docena de punzones de hueso envueltos en bramante.

Apsalar se levantó y fue a buscar el farol. Cuando había chocado con la pared, la ventana se había cerrado, pero la llama del interior seguía viva. Tiró del aro superior para levantar a medias las ventanas. Cuando regresó al escondrijo secreto, cogió la media docena de tabletas de arriba, se sentó con las piernas cruzadas junto al hoyo, dentro del pequeño círculo de luz, y empezó a leer.

> Asistieron a la Gran Reunión del Culto de Rashan, Bridthok de G'danisban, Septhune Anabhin de Omari, Sradal Purthu de Y'Ghatan y Torahaval Delat de Karashimesh. Necios y charlatanes todos y cada uno, aunque hay que decir que Sradal es un necio peligroso. Torahaval es una zorra que carece del sentido del humor de su primo, y también de su letal peligrosidad. Para ella esto es un juego y nada más, pero será un magnífico trofeo, una suma sacerdotisa con encantos seductores, así que los acólitos acudirán en masa. De Septhune y Bridthok, este último es mi rival más próximo y se apoya mucho en su parentesco con ese loco de Bidithal, pero ahora conozco bien sus debilidades y pronto lo eliminará del voto final la desgracia. Septhune es un simple aficionado y nada más ha de decirse de él.

Dos de los miembros del culto se encontraban entre los objetivos de Apsalar. Memorizó los otros nombres por si surgía la oportunidad.

La segunda, tercera y cuarta tabletas contenían listas de contactos hechos en la última semana, con notas y observaciones que dejaban claro que Mebra había estado muy ocupado tejiendo su telaraña habitual de extorsión entre una multitud de víctimas lerdas. Mercaderes, soldados, esposas amorosas, ladrones y matones.

La quinta tableta resultó ser más interesante.

> Sribin, mi agente más fiable, lo ha confirmado. El gral prófugo, Taralack Veed, estaba en Ehrlitan hace un mes. Sin duda un hombre al que se ha de temer, la daga más secreta de los sin nombre. Esto solo refuerza mi sospecha: han hecho algo, han desatado algún demonio antiguo y terrible. Igual que dijo el nómada khundryl, así que no era mentira, ese angustioso relato sobre el túmulo y el dragón que huía. Ha comenzado una caza. Pero ¿quién es la presa? ¿Y qué papel tiene Taralack Veed en todo esto? Oh, ya solo ese nombre, inscrito aquí en arcilla húmeda, llena mis huesos de escalofríos. Dessimbelackis maldiga a los sin nombre. Nunca juegan limpio.

—¿Cuánto tiempo más vas a hacer eso? —le preguntó Cuajo, a su lado.

Sin hacer caso de la sombra, Apsalar siguió abriéndose paso entre las tabletas, buscando el nombre de Taralack Veed. Las fantasmas vagaban por el lugar, de vez en cuando olisqueaban a las dos pardu inconscientes o salían deslizándose para regresar farfullando en un idioma desconocido.

Había treinta y tres tabletas en el hoyo y cuando sacó la última, Apsalar notó algo raro en el fondo. Acercó más el farol. Trozos rotos de arcilla seca. Fragmentos escritos con la letra de Mebra.

—Las destruye —dijo la asesina por lo bajo—. De forma periódica. —Estudió la última tableta que tenía en la mano. Acumulaba mucho más polvo que todas las demás y la escritura estaba más desvaída por el tiempo—. Pero esta la conservó. —Otra lista. Solo que en esa reconoció los nombres. Apsalar empezó a leer en voz alta—: Duiker por fin ha liberado a Heboric Toque de Luz. Plan arruinado por la rebelión y Heboric perdido. Coltaine marcha con sus refugiados, pero hay víboras entre los malazanos. Kalam Mekhar enviado a Sha'ik, las Espadas Rojas lo siguen. Kalam pondrá el libro sagrado en manos de Sha'ik. Las Espadas Rojas matarán a la zorra. Me siento complacido. —Las

siguientes líneas se habían tallado en la arcilla después de que esta se hubiera endurecido, la escritura parecía irregular y apresurada—. Heboric está con Sha'ik. Conocido ahora como Manos Fantasmales y en esas manos está el poder de destruirnos a todos. Este mundo entero. Y nadie puede detenerlo.

Escrito en un ataque de terror y pánico. Sin embargo… Apsalar echó un vistazo a las otras tabletas. Algo tenía que haber pasado que lo había tranquilizado. ¿Estaba muerto Heboric? Apsalar no lo sabía. ¿Se había tropezado alguien más con el rastro de ese hombre, alguien consciente de la amenaza? Y en el nombre del Embozado, ¿cómo había terminado Heboric, un historiador menor de Unta, con Sha'ik?

Era obvio que las Espadas Rojas habían fracasado en su intento de asesinato. Después de todo, la consejera Tavore había matado a la mujer, ¿no? Delante de diez mil testigos.

—Esta mujer se está despertando.

Apsalar miró a Telorast. La sombra se cernía sobre la guardia pardu que yacía cerca de la entrada.

—De acuerdo —dijo Apsalar, volvió a meter el montón de tabletas en el hoyo y colocó bien la piedra—. Nos vamos.

—¡Por fin! Fuera ya casi hay luz.

—¿Nada de calzada alzada?

—Nada salvo ruinas, No-Apsalar. Oh, este sitio se parece demasiado a casa.

—¡Calla, Telorast, idiota! —siseó Cuajo—. No hablamos de eso, ¿recuerdas?

—Perdón.

—Cuando lleguemos a mi habitación —dijo Apsalar—, quiero que las dos me habléis de ese trono.

—Se acordó.

—Yo no —dijo Cuajo.

—Yo tampoco —dijo Telorast—. ¿Trono? ¿Qué trono?

Apsalar estudió a las dos fantasmas, los ojos levemente luminosos que se alzaban hacia ella.

—Oh, da igual.

El falah'd era una cabeza más bajo que Samar Dev (y ella apenas llegaba a la media) y con toda probabilidad pesaba menos que una de las piernas de la mujer si se la cortaban por la cadera. Una imagen desagradable, admitió Samar, pero tan real que daba miedo. Los huesos rotos habían sufrido una infección encarnizada y habían hecho falta cuatro brujas para sacar la presencia maligna. Eso había sido la noche anterior y Samar todavía se sentía débil y mareada, y estar allí de pie, bajo aquel sol abrasador, no estaba ayudando mucho.

Pero por muy bajo y ligero que fuera el falah'd, se esforzaba mucho por presentar una figura noble e imponente, encaramado al lomo de su yegua blanca de largas patas. Por desgracia, la bestia temblaba bajo él y se estremecía cada vez que el semental jhag de Karsa Orlong sacudía la cabeza y volvía los ojos con aire amenazador hacia ella. El falah'd sujetaba el pomo de la silla con las dos manos, los labios oscuros y finos crispados y cierta timidez en los ojos. Su ornamentada telaba, tachonada de joyas, estaba desarreglada y el acolchado sombrero redondo de seda que llevaba en la cabeza se le torcía cuando miraba al que todos conocían con el nombre de toblakai, en otro tiempo paladín de Sha'ik, el cual, en pie junto a su caballo, todavía era capaz, si hubiera querido, de mirar por encima del hombro al gobernante de Ugarat.

Cincuenta guardias de palacio acompañaban al falah'd, ninguno de los cuales, ni sus monturas, estaba tranquilo.

El toblakai estaba estudiando el inmenso edificio conocido como fortaleza Moraval. Habían vaciado una meseta plana entera y a los muros de roca les habían dado la forma de imponentes fortificaciones. Un foso profundo de paredes escarpadas rodeaba la fortaleza. Municiones moranthianas, o quizá hechicería, habían destruido el puente de piedra que salvaba el foso, y las puertas que había detrás, abolladas y chamuscadas, eran de hierro sólido. Se veían unas cuantas ventanas sueltas, altas y carentes de adornos, cada una sellada por puertas de hierro salpicadas de troneras sesgadas para disparar flechas.

El campamento de los sitiadores era miserable, unos cuantos cientos de soldados sentados o de pie cerca de hogueras y observando con un interés vago y hastiado. A un lado, justo al norte del estrecho camino, se extendía un cementerio tosco compuesto por unas cien plataformas de madera improvisadas que llegaban a la altura de las espinillas, cada una albergaba un cadáver envuelto en telas.

El toblakai por fin se volvió hacia el falah'd.

—¿Cuándo fue la última vez que se vio a un malazano en las almenas?

El joven gobernante se sobresaltó y después frunció el ceño.

—Se me otorgará el tratamiento —dijo con su voz aguda— que corresponde a mi autoridad como falah'd sagrado de Ugarat…

—¿Cuándo? —preguntó el toblakai, su expresión se había oscurecido.

—Bueno, eh, bueno… ¡Capitán Inashan, responda al bárbaro!

Con un rápido saludo marcial, el capitán se acercó a los soldados del campamento. Samar lo observó hablar con media docena de sitiadores, vio los varios encogimientos de

hombros con los que respondían a sus preguntas, vio la espalda de Inashan erguirse y oyó su voz subir de volumen. Los soldados empezaron a discutir entre ellos.

El toblakai lanzó un gruñido. Señaló a su caballo.

—Quédate aquí, Estragos. No mates nada. —Después, el guerrero se acercó sin prisas al borde del foso.

Samar Dev vaciló un momento y después lo siguió.

El hombretón la miró cuando la mujer se detuvo a su lado.

—Asaltaré esta fortaleza yo solo, bruja.

—Desde luego que sí —respondió ella—. Únicamente estoy aquí para ver mejor.

—Dudo que haya mucho que ver.

—¿Qué estás planeando, toblakai?

—Soy Karsa Orlong, de los teblor. Sabes mi nombre y será el que utilices. Para Sha'ik era el toblakai. Está muerta. Para Leoman de los Mayales era el toblakai y se le puede dar ya por muerto. Para los rebeldes era…

—Vale, lo he asimilado. Solo las personas muertas o casi muertas te llamaban el toblakai, pero deberías saber que es solo ese nombre lo que ha evitado que te pudras el resto de tu vida en los pozos del palacio.

—Ese cachorrito del caballo blanco es un necio. Podría romperlo con un solo brazo.

—Sí, seguro que lo romperías. ¿Y su ejército?

—Más necios. He terminado de hablar contigo, bruja. Sé testigo.

Y eso fue lo que hizo la mujer.

Karsa bajó al foso. Escombros, armas rotas, piedras de asedio y cuerpos atrofiados. Los lagartos se escabullían por las rocas, las poliñeras se alzaban como hojas pálidas atrapadas

en una corriente. El hombretón se dirigió a un punto que estaba justo bajo las dos inmensas puertas de hierro. Incluso con su altura apenas podía alcanzar el estrecho saliente de la base. Examinó los restos del puente que lo rodeaban y después empezó a apilar piedras, escogió los fragmentos más grandes y construyó unos toscos escalones.

Un rato más tarde se dio por satisfecho. Sacó la espada, subió los escalones y se encontró al mismo nivel que el ancho mecanismo de cierre remachado. Levantó la espada de piedra con las dos manos y apoyó la punta en la juntura, delante de donde le pareció que estaría el cierre. Esperó un momento, hasta que vio con claridad la posición de sus brazos y el ángulo de la hoja, y después levantó la espada, retrocedió todo lo que pudo en la plataforma improvisada de escombros, echó hacia atrás el arma y golpeó.

El impacto fue fuerte, el borde de calcedonia irrompible se incrustó en la juntura entre las puertas. El impulso cesó con un chasquido seco cuando la hoja se atascó en una barra de hierro sólido invisible, las reverberaciones batieron los brazos de Karsa y le envolvieron los hombros.

El gigante gruñó, esperó hasta que el dolor se apaciguó y sacó de un tirón el arma con un chirrido de metal. Después apuntó una vez más.

Sintió y oyó a la vez el crujido de la barra.

Karsa sacó la espada y lanzó el hombro contra las puertas.

Algo cayó con un tintineo estruendoso y la puerta de la derecha se abrió.

Al otro lado del foso, Samar Dev se quedó mirando. Acababa de presenciar algo… extraordinario.

El capitán Inashan llegó junto a ella.

—Que los Siete Sagrados nos protejan —susurró—. Acaba de atravesar una puerta de hierro.

—Sí, eso ha hecho.

—Necesitamos…

La mujer lo miró.

—¿Necesitamos qué, capitán?

—Necesitamos sacarlo de Ugarat. Que se vaya, lo antes posible.

Oscuridad en la chimenea del interior, muros inclinados, rampas y troneras. Un mecanismo había bajado el techo arqueado y había estrechado las paredes, Karsa vio que estaban suspendidas, quizá a un dedo de entrar en contacto entre sí y con el suelo pavimentado. Veinte pasos asesinos hasta una puerta interior, y esa puerta estaba entreabierta.

Karsa escuchó, pero no oyó nada. El aire olía a rancio, amargo. Miró con los ojos entrecerrados las troneras. Estaban oscuras, en las cámaras ocultas de ambos lados no había ninguna luz.

Con la espada preparada en las manos, Karsa Orlong entró en la fortaleza.

No había arena caliente corriendo por las rampas, las flechas no salían disparadas por las troneras, no había aceite hirviendo. Llegó a la puerta. Detrás, un patio, un tercio del cual estaba bañado en la intensa luz blanca del sol. Avanzó hasta dejar atrás la puerta y después levantó la cabeza. Habían ahuecado la roca, desde luego; sobre él había un rectángulo de cielo azul y el sol fiero llenaba una esquina. Las paredes de los cuatro lados estaban escalonadas con rellanos fortificados y balcones, además de un sinfín de ventanas. Distinguió puertas en esos balcones, algunas abiertas a la negrura, otras cerradas. Karsa contó veintidós

niveles en el muro que tenía enfrente, dieciocho en el de la izquierda, diecisiete a la derecha, y detrás de él (en el muro exterior) doce en el centro, flanqueado por salientes que albergaban cada uno seis más. Esa fortaleza era una auténtica ciudad.

Y, al parecer, sin vida.

Un pozo abierto, oculto en la sombra en una esquina del patio, captó su atención. Adoquines levantados y apilados a los lados, un pozo excavado de algún tipo que se metía en los cimientos. Se acercó.

Los que habían excavado habían quitado los pesados adoquines para llegar a lo que parecía el lecho de roca, pero que había resultado ser poco más que una tapa de piedra de medio brazo de grosor más o menos que cubría una cámara subterránea hueca. Que hedía.

Una escala de madera bajaba a la cripta.

Una sentina improvisada, sospechó Karsa, puesto que seguramente los sitiadores habían bloqueado los desagües que salían al foso con la esperanza de favorecer la peste o algo parecido. La fetidez desde luego sugería que se había utilizado como letrina. Pero entonces, ¿para qué la escala?

—Estos malazanos tienen intereses muy extraños —murmuró. En sus manos podía sentir una tensión creciente en la espada de piedra, los espíritus vinculados de Bairoth Gild y Delum Thord se habían puesto nerviosos de repente—. O un descubrimiento casual —añadió—. ¿Es de eso de lo que me advertís, espíritus afines?

Miró la escala.

—Bueno, como decís, hermanos, me he metido en sitios peores. —Karsa envainó su espada y empezó a bajar.

Los excrementos manchaban las paredes, pero, por fortuna, no los escalones. Pasó junto al recubrimiento roto de piedra, el poco aire limpio que se filtraba lo impregnaba

todo de un hedor denso y acre. Pero en él no había solo desechos humanos. Había algo más…

Al llegar al suelo de la cámara, Karsa esperó metido hasta los tobillos en mierda y charcos de pis hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Al final consiguió distinguir las paredes redondeadas, las piedras lucían ondulaciones horizontales pero, aparte de eso, carecían de adornos. Una tumba con forma de colmena, entonces, pero ese estilo Karsa no lo había visto jamás. Demasiado grande, para empezar, y no había señales de plataformas o sarcófagos. Ni ofrendas funerarias ni inscripciones.

No apreció ninguna entrada formal o puerta en ninguno de los muros. Karsa vadeó las aguas residuales para echar un mejor vistazo a la cantería y estuvo a punto de tropezar cuando bajó un saliente invisible, había estado en un estrado ligeramente elevado que se extendía casi hasta la base de los muros. Retrocedió y bordeó con cuidado toda la circunferencia. En el proceso descubrió seis pinchos de hierro sumergidos, hundidos en las profundidades de la piedra en dos conjuntos de tres. Los pinchos eran inmensos, de un grosor mayor que las muñecas de Karsa.

Regresó al centro y se detuvo cerca de la base de la escala. Si se echara con el pincho del medio de cualquiera de los dos conjuntos bajo su cabeza, no podría haber alcanzado los de los extremos con los brazos estirados. Si fuera la mitad más alto de lo que era, quizá lo consiguiera. Así pues, si habían sujetado algo con esos pinchos, había sido algo enorme.

Y, por desgracia, parecía que los pinchos habían fracasado…

Un movimiento ligero por el aire denso, hinchado, una sombra en la débil luz que se filtraba de arriba. Karsa buscó su espada.

Una mano gigantesca se cerró sobre su espalda, una garra aferró cada hombro, dos se situaron bajo las costillas, una más grande lo apuñaló y lo rodeó, justo bajo la clavícula izquierda. Los dedos se cerraron y se vio aupado por los aires, la escala de madera pasó ante él como un borrón. Tenía la espada atrapada contra la espalda. Karsa se estiró con las dos manos levantadas y rodeó una muñeca recubierta de escamas y más gruesa que la parte superior de su brazo.

Salió por el agujero de la losa y por los tirones y desgarraduras de los músculos supo que la bestia estaba trepando por un lado del pozo, ágil como un bhok'aral. Algo pesado y escamoso se le deslizó por los brazos.

Y después salió a la brillante luz del sol.

La bestia lanzó al teblor por el patio. Karsa aterrizó con un golpe fuerte y fue resbalando hasta estrellarse contra el muro exterior de la fortaleza.

Escupiendo sangre, con la sensación de que tenía cada hueso de la espalda fuera de lugar, Karsa Orlong se puso en pie de un empujón y se tambaleó hasta que pudo apoyarse en la piedra calentada por el sol.

Erguida, junto al pozo, había una monstruosidad de reptil, con dos patas, los brazos colgantes de un tamaño excesivo en anchura y largura, y con unas garras que arañaban los adoquines. Tenía cola, pero era una cola atrofiada y gruesa. Las mandíbulas de morro ancho estaban atestadas por unas filas entrelazadas de colmillos largos como dagas; sobre ellos, unos pómulos disparados y unas cejas prominentes que protegían unos ojos hundidos que relucían como piedras mojadas en una playa. Una cresta dentada partía el cráneo plano, alargado, de color amarillo pálido sobre la piel verde pardusca. La bestia se alzaba a una altura que superaba en más de la mitad la del toblakai.

Inmóvil como una estatua, la criatura lo estudió, la sangre le chorreaba de las garras de la mano izquierda.

Karsa respiró hondo, sacó su espada y la tiró a un lado.

La cabeza de la criatura tuvo un tic, un extraño ladeo lateral, después cambió, se inclinó mucho y las inmensas piernas lo impulsaron hacia delante.

Y Karsa se abalanzó directamente sobre la bestia.

Fue con toda claridad una respuesta no anticipada, porque se encontró dentro de esas manos que todo lo barrían y bajo las mandíbulas cortantes. Karsa levantó la cabeza de golpe y la estrelló con decisión contra la parte inferior de la mandíbula de la bestia, después volvió a agacharse, deslizó el brazo derecho entre las piernas de la criatura y le rodeó la derecha. El hombro aporreó el vientre y las manos se cerraron con fuerza al otro lado de la pierna capturada. Después levantó la pierna y se le escapó un bramido cuando aupó a la bestia hasta que se bamboleó sobre una sola pierna.

Las garras le machacaron la espalda, atravesaron la piel de oso y la destrozaron en un frenesí de golpes.

Karsa plantó la pierna derecha detrás de la izquierda de la bestia y después empujó con dureza en esa dirección.

La bestia se derrumbó y Karsa oyó huesos que se partían.

La cola corta lanzó un latigazo y lo alcanzó en la cintura. El aire salió con un estallido de los cuatro pulmones de Karsa y una vez más se vio girando por el aire, chocó contra el pavimento y dejó buena parte de la piel del hombro y la cadera derechas en la piedra dura cuando se deslizó otros cuatro pasos…

Hasta el borde del pozo. Cayó, lo paró en seco el borde de la tapa, que quedó todavía más rota, y después aterrizó de cara en el estanque de desechos de la tumba. Todo quedó rociado de escombros.

Karsa se irguió y se giró hasta quedar medio sentado. Iba escupiendo fluidos fétidos al intentar meter aire en los pulmones. Tosía, se asfixiaba. Gateó hacia un lado de la tumba, lejos del agujero del techo.

Unos momentos después consiguió volver a respirar. Se sacudió la mugre de la cabeza y se asomó al haz de luz que bajaba por la escala de madera. La bestia no había ido tras él… o quizá no lo había visto caer.

Se levantó y se dirigió a la escala. Miró arriba y no vio nada salvo el sol.

Karsa trepó. Cuando llegó al nivel del borde del pozo, frenó un poco y se aupó hasta que pudo ver el patio. La criatura no aparecía por ninguna parte. El teblor gateó a toda prisa hasta los adoquines. Volvió a escupir, se sacudió y se dirigió a la entrada interior de la fortaleza. No oyó ningún grito desde el otro lado del foso y supuso que la bestia no había ido en esa dirección. Lo que dejaba la fortaleza en sí.

Las puertas dobles estaban entreabiertas. Entró en una amplia cámara con el suelo de losas, las paredes lucían los fantasmas de murales desvaídos largo tiempo atrás.

Trozos de armadura mutilada y jirones de ropas ensangrentadas yacían esparcidos por todas partes. Cerca se encontraba una bota, dos huesos sobresalían de ella.

Justo enfrente, a veinte pasos de distancia, otra entrada, con las dos puertas derribadas y destrozadas. Karsa se acercó sin ruido y se quedó paralizado al oír el roce de unas garras en la baldosa, en la oscuridad. A su izquierda, cerca de la entrada. Retrocedió diez pasos y después se lanzó a toda velocidad. Atravesó la entrada. Unas manos lanzaron una cuchillada a su paso y oyó un siseo de frustración al tiempo que chocaba con un diván bajo que lo empujó hacia delante, contra una mesa baja. Las patas de madera explotaron bajo su peso. Karsa rodó hacia delante y el

movimiento mandó una silla de respaldo alto dando vueltas y después deslizándose sobre una alfombra; el golpe seco y el tintineo de las garras de la criatura fue creciendo al acelerarse en su persecución.

Karsa se puso en pie y se escabulló lateralmente, una vez más eludió las garras que descendían sobre él. Se estrelló contra otra silla, esta inmensa. La cogió por las patas, la levantó y la arrojó para que interceptase en su camino a la criatura, que había salido impelida por el aire. La silla chocó contra las dos piernas estiradas y las echó de lado de golpe.

La bestia se derrumbó, se golpeó la cabeza y mandó baldosas rotas volando.

Karsa le dio una patada en la garganta.

La bestia le respondió con una patada en el pecho y el guerrero se vio lanzado hacia atrás de nuevo, aterrizó sobre un yelmo desechado que rodó por un momento y lo hizo retroceder todavía más hasta que chocó contra un muro.

Con el dolor tronando en su pecho, el toblakai se levantó como pudo.

La bestia estaba haciendo lo mismo, poco a poco, agitando la cabeza de un lado a otro, cogía aire con resuellos ásperos puntuados por toses intensas, secas.

Karsa se abalanzó sobre la criatura. Cerró la mano sobre la muñeca derecha y se metió debajo, retorció el brazo mientras giraba y después se volvió a dar la vuelta en redondo y siguió girando el brazo hasta que estalló por el hombro.

La criatura chilló.

Karsa le trepó a la espalda, los puños apalearon la coronilla. Cada embestida sacudía los huesos de la bestia. Los dientes chasqueaban, la cabeza se hundía con cada embate, pero volvía a subir a tiempo de recibir el siguiente. La criatura se tambaleaba bajo Karsa, el brazo derecho

colgaba inerte, el izquierdo intentaba alzarse para quitárselo de encima, y todo él se escoraba continuamente por la habitación.

Karsa continuaba atizándolo, tenía las manos entumecidas a causa de los puñetazos.

Al fin oyó el crujido del cráneo.

Un estertor, de él o de la bestia, no estaba seguro, y después la criatura cayó y rodó.

La mayor parte de su inmenso peso se asentó por un momento entre los muslos de Karsa y al teblor se le escapó un rugido cuando apretó los músculos de las piernas para evitar que las crestas de la columna le alcanzaran la ingle. Entonces el reptil se lanzó de lado y le atrapó la pierna izquierda. Karsa levantó un brazo para rodear con él el cuello que se agitaba.

La criatura rodó un poco más y liberó su brazo izquierdo, lo levantó como una guadaña y lo giró. Unas garras se hundieron en el hombro izquierdo de Karsa. Una oleada de fuerza arrolladora se quitó al toblakai de encima y lo mandó dando vueltas contra los restos de la mesa destrozada.

La mano agarrotada de Karsa encontró una de las patas de la mesa. Se levantó como pudo y la lanzó con fuerza contra el brazo estirado de la bestia.

La pata se hizo pedazos, el brazo retrocedió de repente y hubo un pequeño chillido.

La bestia se irguió una vez más en toda su altura.

Karsa volvió a cargar.

Y lo recibió una patada, alta, en pleno pecho.

Negrura repentina.

Abrió los ojos. Oscuridad. Silencio. El hedor de heces, sangre y polvo que se asentaba. Se incorporó con un gemido.

Un estallido lejano. Arriba, en alguna parte.

Karsa estudió su entorno hasta que vio la puerta lateral. Se levantó y se precipitó cojeando hacia allí. Detrás había un pasillo ancho que llevaba hasta una escalera.

—¿Eso fue un grito, capitán?

—No estoy seguro, falah'd.

Samar Dev entrecerró los ojos bajo la luz brillante y miró al soldado que tenía al lado. Había estado murmurando por lo bajo desde que el toblakai había irrumpido por las puertas de hierro. Espadas de piedra, hierro y cerrojos parecían ser el foco de su monólogo privado, sazonado de vez en cuando con alguna maldición escogida. Eso, y la necesidad de sacar al gigante bárbaro de Ugarat y mandarlo lo más lejos posible.

Samar se secó el sudor de la frente y volvió a mirar la entrada de la fortaleza. Seguía sin haber nada.

—Están negociando —dijo el falah'd, inquieto sobre la silla, mientras los sirvientes permanecían a ambos lados y agitaban de forma alterna los grandes abanicos de papiro para refrescar al gobernante bienamado de Ugarat.

—La verdad, sagrado, es que sonó como un grito —dijo el capitán Inashan tras un momento.

—Entonces es una negociación beligerante, capitán. ¿Qué otra cosa puede llevar tanto tiempo? Si de verdad se hubieran muerto de hambre, ese bárbaro ya habría vuelto. A menos, por supuesto, que haya botín. Ah, ¿me equivoco en eso? ¡Creo que no! Es un salvaje, después de todo. Se ha soltado de la correa de Sha'ik, ¿no? ¿Por qué no murió protegiéndola?

—Si los relatos son ciertos —dijo Inashan con tono incómodo—. Sha'ik buscó un duelo personal con la consejera, falah'd.

—Demasiado conveniente ese relato. Contado por los supervivientes, los que la abandonaron. A mí no me convence ese tal toblakai. Es demasiado grosero.

—Sí, falah'd —dijo Inashan—, sí que lo es.

Samar Dev se aclaró la garganta.

—Sagrado, no hay botín que hallar en la fortaleza Moraval.

—¿No, bruja? ¿Y cómo puedes estar tan segura?

—Es una estructura antiquísima, más incluso que la propia Ugarat. Cierto, se han hecho alteraciones de vez en cuando, sus antiguos mecanismos resultan incomprensibles para nosotros, falah'd, incluso hoy, y todo cuanto tenemos ahora de ellos es un puñado de piezas. Yo he realizado un largo estudio de esos escasos fragmentos y he aprendido mucho…

—Ahora me aburres, bruja. Todavía no has explicado por qué no hay botín.

—Lo siento, falah'd. Mi respuesta: la fortaleza ha sido explorada incontables veces y no se ha hallado jamás nada de valor, salvo esos mecanismos desmantelados…

—Trastos inútiles. Muy bien, el bárbaro no está saqueando. Está negociando con esos miserables y viles malazanos, ante quienes tendremos que arrodillarnos una vez más. Me traicionan y humillan los rebeldes cobardes de Raraku. Oh, no se puede contar con nadie en estos días.

—Parece que no, falah'd —murmuró Samar Dev.

Inashan le lanzó una mirada.

Samar se limpió otra vez el sudor de la frente.

—¡Oh! —exclamó el falah'd de repente—. ¡Me estoy derritiendo!

—¡Un momento! —dijo Inashan—. ¿Fue eso una especie de bramido?

—¡Seguro que está violando a alguien!

Encontró a la criatura cojeando por un pasillo, cabeceando e inclinándose ora hacia un muro, ora hacia el otro. Karsa corrió tras ella.

Debió de oírlo porque se giró en redondo y abrió las mandíbulas en un siseo momentos antes de abalanzarse. El toblakai apartó de un tirón la mano que lo quería barrer y dio un rodillazo a la bestia en el vientre. El reptil se dobló en dos, la cresta del pecho chocó contra el hombro derecho de Karsa, que le metió a la bestia el pulgar bajo el brazo izquierdo, donde encontró tejido suave como el ante. Lo perforó y el pulgar se hundió en la carne y se enroscó alrededor de los ligamentos. Karsa cerró la mano y dio un tirón a esos ligamentos.

Unos dientes afilados como dagas le hurgaron en un lado de la cabeza y levantaron una tira de piel. La sangre se derramó sobre el ojo derecho de Karsa. Este tiró con más fuerza y se echó hacia atrás.

La bestia se precipitó con él. Karsa giró hacia un lado y evitó por los pelos el peso aplastante de la criatura, estaba lo bastante cerca como para ver la abertura antinatural de las costillas de la bestia tras el impacto.

La criatura luchó por levantarse, pero Karsa fue más rápido. La montó a horcajadas una vez más. Los puños aporrearon el cráneo del bicho. Con cada golpe, las mandíbulas inferiores chocaban contra el suelo y el teblor podía sentir que algo cedía en las placas de los huesos del cráneo bajo sus puños. Siguió machacándolo.

Una docena de latidos salvajes más tarde ralentizó el ritmo cuando se dio cuenta de que la bestia ya no se movía bajo él, la cabeza plana en el suelo, cada vez más ancha y plana con cada demoledor ataque de los puños magullados.

Se estaban escapando fluidos. Karsa dejó de golpear. Aspiró una bocanada de aire accidentada, agónica, y la contuvo contra las repentinas oleadas de oscuridad que atronaban por su cerebro, luego liberó el aire en un suspiro uniforme y largo. Otra bocanada de flema ensangrentada que escupir contra el cráneo destrozado de la bestia muerta.

Karsa levantó la cabeza y miró furioso a su alrededor. Una puerta a la derecha. En la habitación siguiente, una mesa larga y sillas. Gimió, se levantó poco a poco y entró dando tumbos en esa cámara.

Un jarro de vino reposaba en la mesa. Había copas alineadas en filas regulares a ambos lados, cada una enfrente de una silla. Karsa las barrió de la mesa, cogió la jarra y se tiró en la superficie manchada de madera. Se quedó mirando al techo, donde alguien había pintado un panteón de dioses desconocidos que miraban todos al suelo.

Expresiones burlonas en todos y cada uno.

Karsa se presionó la solapa de piel suelta contra la sien y sonrió con desdén a las caras del techo antes de llevarse la jarra a los labios.

Bendito viento fresco una vez que el sol se acercaba al horizonte. Había reinado el silencio durante un tiempo desde aquel último bramido. Un buen número de soldados, en pie campanada tras campanada durante toda la tarde, se había desmayado y los estaba atendiendo el único esclavo que el falah'd había cedido de su séquito.

El capitán ya llevaba un buen rato reuniendo un pelotón con el que entrar en la fortaleza.

Al falah'd le estaban masajeando los pies y se los estaban bañando en hojas de menta que los esclavos habían masticado con aceite.

—¡Le está llevando mucho tiempo, capitán! —dijo—. ¡Mire ese caballo demoníaco cómo nos observa! ¡Ya habrá oscurecido para cuando irrumpa en la fortaleza!

—Van a traer antorchas, falah'd —dijo Inashan—. Ya casi estamos listos.

Su reticencia era casi cómica y Samar Dev no se atrevía a mirarlo otra vez a los ojos, no después de la expresión que su guiño de poco antes había provocado.

Un grito procedente del campamento de los sitiadores.

Había aparecido el toblakai, bajaba trepando por el saliente, de regreso a los escalones improvisados. Samar Dev e Inashan se abrieron paso hasta el foso y llegaron a tiempo de verlo salir. La piel de oso estaba hecha trizas y manchada de sangre. Se había atado una tira de tela alrededor de la cabeza para sujetar la piel de una sien. Le habían arrancado la mayor parte de las ropas del torso y quedaban a la vista un sinfín de brechas abiertas y heridas punzantes.

Y estaba cubierto de mierda.

Del falah'd, veinte pasos por detrás de ellos, partió una pregunta quejumbrosa.

—¡Toblakai! ¿Las negociaciones fueron bien?

Inashan se dirigió al teblor en voz más baja.

—¿Entiendo que no queda ningún malazano?

Karsa Orlong frunció el ceño.

—Yo no vi a ninguno. —Y pasó a su lado sin prisas.

Al volverse, Samar Dev se estremeció al contemplar el horror de los estragos sufridos por la espalda del guerrero.

—¿Qué pasó ahí dentro? —inquirió.

Un encogimiento de hombros que agitó la espada de piedra.

—Nada de importancia, bruja.

Sin frenar, sin volverse, el teblor siguió caminando.

Una mancha de luz a lo lejos, al sur, como un racimo de estrellas moribundas en el horizonte, marcaba la ciudad de Kayhum. El polvo de la tormenta de hacía una semana se había asentado y el cielo nocturno brillaba con las dos extensiones de los Caminos del Abismo. Corabb Bhilan Thenu'alas había oído que había estudiosos que afirmaban que esos amplios caminos no eran más que estrellas, reunidas en multitudes imposibles de contar, pero Corabb sabía que eso era una tontería. No podían ser más que caminos celestiales, los senderos recorridos por los dragones de las profundidades, dioses ancestrales y los herreros con soles en lugar de ojos que daban vida a las estrellas con sus martillos; y los mundos que giraban alrededor de esas estrellas eran simple escoria, desechos de las forjas, pálidos y manchados, sobre los que reptaban criaturas que se pavoneaban con engreimiento.

Se pavoneaban con engreimiento. Un viejo vidente se lo había dicho una vez y, por alguna razón, la frase se había grabado en la mente de Corabb y, de vez en cuando, le permitía sacarla para jugar con ella, su imaginación brillando con un asombro reluciente. La gente hacía eso, sí. Él los había visto una y otra vez. Como pájaros. Obsesionados y prepotentes, creyéndose muy altos, tan altos como el cielo nocturno. Ese vidente era un genio que lo había visto con toda claridad y lo había expresado en tres simples palabras. Y no era que el engreimiento fuera algo simple, y Corabb recordó que había tenido que preguntarle a una anciana lo que significaba la palabra; la mujer había lanzado una carcajada seca y le había metido la mano bajo la túnica para tironearle del pene, lo que había sido de lo más inesperado y, pese a la respuesta instintiva, nada grato.

Una leve oleada de vergüenza acompañaba el recuerdo y escupió en el fuego que destellaba ante él.

Leoman de los Mayales estaba sentado enfrente de él, tenía un narguile lleno de durhang empapado en vino al lado, en los labios finos una boquilla de madera noble tallada en forma de pezón femenino y pintado de magenta para darle más veracidad. Los ojos de su líder resplandecían con un color rojo oscuro a la luz del fuego, los párpados entornados, la mirada aparentemente clavada en las llamas que lamían el ambiente.

Corabb había encontrado un trozo de madera tan largo como su brazo y ligero como el aliento de una mujer, lo que le indicó que una babosa de birit moraba en su interior, y acababa de sacarla con la punta del cuchillo. La criatura se retorcía en la punta de la hoja y había sido la visión de eso lo que le había recordado, por desgracia, la debacle con su pene. Con cierto malhumor partió la babosa en dos de un mordisco y empezó a masticar; los jugos le resbalaron por la barba.

—Ah —dijo con la boca llena—, tiene huevas. Delicioso.

Leoman lo miró y después le dio otra calada a la boquilla.

—Nos estamos quedando sin caballos —dijo.

Corabb tragó. La otra mitad de la babosa se retorcía en la punta del cuchillo, las hebras de huevos rosados pendían como perlas diminutas.

—Llegaremos, comandante —dijo, y sacó la lengua para lamer las huevas, seguido por un movimiento para meterse el resto de la babosa en la boca. Masticó y tragó—. Cuatro, cinco días, calculo yo.

Los ojos de Leoman resplandecieron.

—Lo sabes, entonces.

—¿Adónde vamos? Sí.

—¿Sabes por qué?

Corabb arrojó el trozo de madera al fuego.

—Y’Ghatan. La Primera Ciudad Sagrada. Donde Dassem Ultor, maldito sea su nombre, murió traicionado. Y’Ghatan, la ciudad más antigua del mundo. Construida sobre la forja de un herrero del Abismo, construida sobre sus mismos huesos. Siete Y’Ghatans, siete grandes ciudades que marcan las eras que hemos visto, la que vemos ahora agazapada sobre los huesos de las otras seis. Ciudad de olivares, ciudad de los aceites dulces… —Corabb hizo una pausa y frunció el ceño—. ¿Cuál era tu pregunta, comandante?

—Por qué.

—Ah, sí. ¿Sé por qué has elegido Y’Ghatan? Porque invitamos al asedio. Es una ciudad difícil de conquistar. Los idiotas de los malazanos se irán desangrando cuando intenten tomar las murallas. Añadiremos sus huesos a todos los demás, incluidos los del mismísimo Dassem Ultor…

—Él no murió allí, Corabb.

—¿Qué? Pero hubo testigos…

—De sus heridas, sí. De su… intento de asesinato. Pero no, amigo mío, la primera espada no murió, y vive todavía.

—¿Entonces dónde está?

—Dónde no importa. Deberías preguntar: «¿Quién es?». Pregunta eso, Corabb Bhilan Thenu’alas, y te daré la respuesta.

Corabb lo pensó. Incluso envuelto en los vapores de durhang, Leoman de los Mayales era demasiado listo para él. Inteligente, capaz de ver todo lo que Corabb no veía. Era el mejor comandante que había producido jamás Siete Ciudades. Habría derrotado a Coltaine. Con todos los honores. Y, si se lo hubieran permitido, habría aplastado a la consejera Tavore y después a Dujek Unbrazo. Habría habido una liberación auténtica para todo Siete Ciudades, y a partir de ahí la rebelión contra el maldito Imperio se habría ido

extendiendo en oleadas hasta que todos se hubieran deshecho del yugo. Esa era la tragedia, la auténtica tragedia.

—El bendito Dessembrae nos persigue muy de cerca…

Leoman tosió una nube de humo y se dobló sin dejar de toser.

Corabb estiró el brazo para alcanzar una bota de agua y se la tiró a su líder a las manos. El hombre al fin pudo tomar aire y beber un largo trago. Se echó hacia atrás con un suspiro entrecortado y esbozó una amplia sonrisa.

—¡Eres una maravilla, Corabb Bhilan Thenu'alas! ¡Y para responderte, desde luego espero que no!

Corabb se sintió triste.

—Te burlas de mí, comandante —dijo.

—En absoluto, loco bendecido por Oponn, el único amigo que me queda que respire, en absoluto. Es el culto, ¿sabes? El señor de la Tragedia. Dessembrae. Ese es Dassem Ultor. No dudo que hayas entendido eso, pero piensa una cosa, para que haya un culto, una religión, con sacerdotes y demás, tiene que haber un dios. Un dios vivo.

—¿Dassem Ultor ha ascendido?

—Eso creo, aunque es un dios reticente. Se niega, como Anomander Rake de los tiste andii. Así que vaga, en huida eterna, y, quizá, también en eterna persecución.

—¿Para qué?

Leoman sacudió la cabeza. Después continuó.

—Y'Ghatan. Sí, amigo mío. Allí resistiremos y el nombre se convertirá en una maldición entre los malazanos para toda la eternidad, una maldición, amarga en sus lenguas. —Sus ojos se endurecieron de repente sobre Corabb—. ¿Estás conmigo? ¿Sin importar lo que ordene, sin importar la locura que parezca afligirme?

Algo en la mirada de su líder atemorizó a Corabb, pero asintió.

—Estoy contigo, Leoman de los Mayales. No lo dudes nunca.

Una sonrisa irónica.

—No te obligaré a atenerte a ello. Pero te agradezco tus palabras de todos modos.

—¿Por qué habrías de dudar de ellas?

—Porque solo yo sé lo que tengo intención de hacer.

—Cuéntamelo.

—No, amigo mío. Esta carga es mía.

—Tú nos guías, Leoman de los Mayales. Te seguiremos. Como dices, nos llevas tú a todos. Somos el peso de la historia, de la libertad, y sin embargo, tú no te combas bajo él…

—Ah, Corabb…

—Solo digo lo que es sabido, pero jamás se ha dicho en voz alta, comandante.

—Hay piedad en el silencio, amigo mío. Pero no importa. Está hecho, has hablado, es cierto.

—Te he afligido todavía más. Lo siento, Leoman de los Mayales.

Leoman volvió a beber de la bota y después escupió en el fuego.

—No hemos de decir nada más. Y'Ghatan. Esta será nuestra ciudad. Cuatro, cinco días. Acaba de terminar la temporada de la recogida, ¿no?

—¿Las aceitunas? Sí, llegaremos cuando los olivareros se hayan reunido. Un millar de mercaderes estarán allí, y peones en el camino que lleva a la costa para colocar nuevas piedras. Y alfareros, y fabricantes de toneles, y carreteros y caravanas. El aire estará dorado por el polvo y espolvoreado de oro…

—Eres un auténtico poeta, Corabb. Mercaderes y sus guardias contratados. Dime, ¿crees tú que se inclinarán ante mi autoridad?

—Tendrán que hacerlo.

—¿Quién es el falah'd de la ciudad?

—Vedor.

—¿Cuál?

—El de la cara de hurón, Leoman. Su hermano, el de la cara de pez, fue hallado muerto en la cama de su amante; a la puta no hubo forma de encontrarla, pero es probable que se haya enriquecido y escondido, o bien que esté en una tumba poco profunda. Es la historia de siempre entre los falad'han.

—¿Y estamos seguros de que Vedor continúa resistiéndose a los malazanos?

—Ninguna flota o ejército podría haberlos alcanzado todavía. Lo sabes, Leoman de los Mayales.

El hombre asintió con lentitud, los ojos una vez más clavados en las llamas.

Corabb levantó la cabeza y miró el cielo nocturno.

—Un día —dijo— caminaremos por los Caminos al Abismo. Y presenciaremos todas las maravillas del universo.

Leoman entrecerró los ojos y miró hacia arriba.

—¿Donde las estrellas son densas como venas?

—Son caminos, Leoman. ¿No creerás a esos eruditos perturbados, verdad?

—Todos los eruditos están perturbados, sí. No dicen nada que merezca la pena creer. Los caminos, entonces. La pista de fuego.

—Por supuesto —continuó Corabb—, para eso nos faltan muchos años…

—Como tú digas, amigo mío. Ahora será mejor que durmamos un poco.

Corabb se levantó con un crujido de huesos.

—Que sueñes esta noche con la gloria, comandante.

—¿Gloria? Oh, sí, amigo mío. Nuestra pista de fuego…

—Aah, esa babosa me ha dado indigestión. Fueron las huevas.

—Ese cabrón se dirige a Y'Ghatan.

El sargento Cuerdas miró a Botella.

—Has estado pensando, ¿verdad? Eso no es bueno, soldado. Nada bueno.

—No puedo evitarlo.

—Eso es todavía peor. Ahora voy a tener que vigilarte.

Koryk estaba a gatas, con la cabeza gacha, intentaba insuflar nueva vida en el lecho de carbones de la noche anterior. De repente le dio la tos al inhalar una nube de cenizas y se agachó, parpadeando y tosiendo para deshacerse de las flemas.

Sonrisas se echó a reír.

—Allá va otra vez el sabio hombre de las llanuras. Tú estabas dormido, Koryk, pero debería decirte que Chapapote orinó en ese fuego para apagarlo anoche.

—¿Qué?

—Te está mintiendo —dijo Chapapote desde donde estaba agachado junto a su mochila, reparando una correa —. Pero vaya, ha sido muy buena. Deberías haberte visto la cara, Koryk.

—¿Cómo le va a ver nadie la cara con esa máscara blanca que lleva? ¿No deberías pintarte líneas de muerte entre esa ceniza, Koryk? ¿No es lo que hacen los setis?

—Solo cuando entran en batalla, Sonrisas —dijo el sargento—. Y ahora vete de aquí, mujer. Eres peor que ese

puñetero perro faldero hengese. Anoche mordió el tobillo de un khundryl y no había forma de que lo soltara.

—Espero que lo atravesaran vivo —dijo Sonrisas.

—De eso nada. Torcido hacía guardia. En fin, tuvieron que llamar a Temul para que desprendiera al bicho. Lo que digo, Sonrisas, es que tú no tienes a un perro pastor wickano para guardarte las espaldas, así que cuantos menos dardos lances, más segura estarás.

Nadie mencionó el cuchillo que se había clavado en la pierna de Koryk la semana anterior.

Sepia entró sin prisas en el campamento. Había encontrado a un pelotón que ya había hecho un poco del maloliente té de costumbre y lo estaba tomando a sorbos de su taza de hojalata.

—Están aquí —dijo.

—¿Quiénes? —preguntó Sonrisas.

Botella observó a su sargento, que se acababa de acomodar y se había apoyado en su mochila.

—De acuerdo —dijo Cuerdas con un suspiro—. La marcha se va a retrasar. Que alguien ayude a Koryk a encender ese fuego, vamos a preparar un desayuno como los dioses mandan. Cocina Sepia.

—¿Yo? Está bien, pero luego no protestéis.

—¿Por qué? —preguntó Cuerdas con una sonrisa inocente.

Sepia se acercó a la hoguera apagada y metió una mano en una saquita.

—Tengo aquí un poco de polvo fogoso sellado…

Todo el mundo se desperdigó, Cuerdas incluido. De repente, Sepia se había quedado solo; miró divertido a sus compañeros, todos y cada uno a quince pasos de distancia al menos. Frunció el ceño.

—Un grano o dos, nada más. Maldita sea, ¿creéis que estoy loco?

Todo el mundo miró a Cuerdas, que se encogió de hombros.

—Reacción instintiva, Sepia. Lo que me extraña es que no estés acostumbrado a estas alturas.

—¿Sí? ¿Y cómo es que el primero en salir disparado fuiste tú, Viol?

—¿Quién lo iba a saber mejor que yo?

Sepia se agachó junto a la hoguera apagada.

—Bueno —murmuró—, estoy destrozado. —Sacó un disco pequeño de arcilla de la saquita. Era una ficha de un juego de mesa llamado «hoyos», que era el pasatiempo favorito de Sepia. El zapador escupió en la ficha y después la tiró a los carbones. Y se apartó a toda prisa.

Nadie más se movió.

—Eh —dijo Koryk—, eso no sería una ficha de hoyos de verdad, ¿no?

Sepia lo miró.

—¿Por qué no iba a serlo?

—¡Porque esas cosas las tiran!

—Solo cuando pierdo —respondió el zapador.

Un estallido de ceniza y llamas repentinas. Sepia regresó y empezó a echar trozos de estiércol al fuego.

—Bueno, que alguien se ocupe de esto. Voy a buscar lo que pasa por comida por aquí, a ver si apaño algo.

—Botella tiene unos lagartos —dijo Sonrisas.

—Olvídalo —contestó Botella a toda prisa—. Son, eh… mis amigos. —Se encogió cuando los demás miembros del pelotón se giraron para mirarlo.

—¿Amigos? —preguntó Cuerdas. Se rascó la barba y estudió a su soldado.

—¿Qué pasa? —dijo Sonrisas—, ¿los demás somos demasiado listos para ti, Botella? ¿Todas esas palabras confusas que usamos? ¿El hecho de que podamos leer esos garabatos grabados en arcilla, en las tabletas de cera y los pergaminos? Bueno, salvo Koryk, por supuesto. En fin. ¿Te sientes poca cosa, Botella? No me refiero al plano físico, eso no hay ni que decirlo. Pero, en el plano mental, ¿no? ¿Es ese el problema?

Botella la miró furioso.

—Te arrepentirás de todo eso, Sonrisas.

—¡Oh, va a mandar a sus amigos lagartos a por mí! ¡Socorro!

—Ya basta, Sonrisas —dijo Cuerdas con un gruñido de advertencia.

La mujer se levantó y se pasó las manos por el pelo que todavía llevaba suelto.

—Bueno, yo me voy a cotillear con Destello de Ingenio y Uru Hela. Destello dice que vio a Neffarias Bredd hace un par de días. Había muerto un caballo y él lo llevó al campamento de su pelotón. Lo asaron. No quedan más que los huesos.

—¿El pelotón se comió un caballo entero? —bufó Koryk—. ¿Cómo es que yo nunca he visto a ese tal Neffarias Bredd? ¿Aquí lo ha visto alguien?

—Yo sí —respondió Sonrisas.

—¿Cuándo? —preguntó Koryk.

—Hace unos días. Me aburre hablar contigo. Y se te está apagando el fuego. —La chica se alejó.

El sargento seguía tirándose de la barba.

—Por los dioses del inframundo, tengo que cortarme esto de una vez —murmuró.

—Pero los polluelos todavía no han dejado el nido —dijo Sepia mientras posaba una brazada entera de comida—.

¿Quién ha estado recogiendo serpientes? —preguntó y dejó caer los diversos objetos. Cogió una cosa larga, parecida a una cuerda—. Apestan…

—Es el vinagre —dijo Koryk—. Es un antiguo manjar seti. El vinagre cocina la carne, ¿sabes?, para cuando no tienes tiempo de ahumarla poco a poco.

—¿Qué estás haciendo matando serpientes? —inquirió Botella—. Son útiles, ¿es que no lo sabes?

Cuerdas se levantó.

—Botella, ven a dar un paseo conmigo.

Oh, mierda. Tengo que aprender a no decir nada.

—Sí, sargento.

Cruzaron la zanja y se dirigieron a la extensión accidentada del Lato Odhan, el hogar casi plano y polvoriento de un buen montón de rocas hechas pedazos, ningún fragmento más grande que la cabeza de un hombre. Al sudoeste, muy lejos, por algún lado, estaba la ciudad de Kayhum, todavía invisible, mientras que tras ellos se alzaban las montañas Thalas, sin árboles desde hacía siglos y erosionadas como dientes podridos. Ninguna nube aliviaba el brillante sol de la mañana, que ya calentaba.

—¿Dónde guardas los lagartos? —preguntó Cuerdas.

—En la ropa, lejos del sol, es decir, durante el día. Por la noche se van por ahí.

—Y tú te vas con ellos.

Botella asintió.

—Un talento muy útil —comentó el sargento—, sobre todo para espiar. No al enemigo, por supuesto, pero sí a todos los demás.

—Hasta el momento. Es decir, no hemos estado lo bastante cerca del enemigo…

—Lo sé. Y por eso no le has hablado a nadie de esto. Bueno, ¿y has estado escuchando mucho a la consejera? Es

decir, desde esa vez que te enteraste de la caída de los Abrasapuentes.

—No mucho, a decir verdad. —Botella vaciló, se preguntaba cuánto debería decir.

—Suéltalo ya, soldado.

—Es esa garra…

—Perla.

—Sí, y, bueno, eh, el mago supremo.

—Ben el Rápido.

—Eso, y ahora está Tayschrenn también…

Cuerdas cogió a Botella por el brazo y le dio la vuelta.

—Se fue. Solo estuvo aquí unas campanadas y eso fue hace una semana…

—Sí, pero eso no significa que no pueda volver en cualquier momento, ¿no? Pero bueno, todos esos magos tan poderosos y aterradores, bueno, que me ponen nervioso.

—¡Tú sí que me estás poniendo nervioso, Botella!

—¿Por qué?

El sargento lo miró con los ojos guiñados, después le soltó el brazo y siguió caminando.

—¿Adónde vamos? —preguntó Botella.

—Dímelo tú.

—Por ahí no.

—¿Por qué?

—Eh. Nada y Menos, justo al otro lado de esa pequeña colina.

Cuerdas dejó escapar media docena de maldiciones que no habrían desentonado en los muelles.

—¡Que el Embozado nos lleve! Escucha, soldado, yo no me he olvidado de nada, ¿sabes? Y te recuerdo jugando a los dados con Meanas, haciendo muñecos del Embozado y Cuerda. Magia de la tierra, hablas con espíritus… por todos los dioses del inframundo, te pareces tanto a Ben el Rápido

que me pones los pelos de punta. Ah, ya, que te viene todo de tu abuela… pero, verás, ¡resulta que yo sé de dónde sacó el Rápido sus talentos!

Botella miró al hombre con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—¿Qué quieres decir con «qué»?

—¿De qué estás hablando, sargento? Me tienes confundido.

—El Rápido tiene más sendas a las que acudir que cualquier otro mago del que haya oído yo hablar. Salvo —añadió con un gruñido de frustración— salvo quizá tú.

—¡Pero si a mí ni siquiera me gustan las sendas!

—No, tú te acercas más a Nada y Menos, ¿no? Espíritus y cosas así. ¡Es decir, cuando no estás jugando con el Embozado y Sombra!

—Son más antiguas que las sendas, sargento.

—¡Ya estamos! ¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno. Las Fortalezas. Son fortalezas. O lo eran. Antes de las sendas. Es magia antigua, fue lo que me enseñó mi abuela. Muy antigua. Pero bueno, he cambiado de opinión sobre Nada y Menos. Están tramando algo y yo quiero ver qué es.

—Pero no quieres que nos vean a nosotros.

Botella se encogió de hombros.

—Ya es demasiado tarde para eso, sargento. Saben que estamos aquí.

—Muy bien, tú delante, entonces. Pero quiero que Ben el Rápido hable contigo. Y quiero saberlo todo sobre esas fortalezas de las que hablas.

No, no quieres.

—De acuerdo. —Ben el Rápido. Un encuentro. Mala cosa. *Quizá podría huir. No, no seas idiota. No puedes huir, Botella.* Además, ¿qué riesgos había en hablar con el mago

supremo? No estaba haciendo nada malo, exactamente. En realidad no. No que nadie supiera, de todos modos. *Salvo un cabrón astuto como Ben el Rápido. Por el Abismo, ¿y si averigua quién camina en mi sombra? Bueno, no es como si hubiera pedido yo la compañía, ¿no?*

—No sé lo que estás pensando —dijo Cuerdas con un profundo gruñido—, pero me está poniendo los pelos de punta.

—No soy yo. Nada y Menos. Han empezado un ritual. He vuelto a cambiar de opinión… quizá deberíamos volver.

—No.

Empezaron a subir la suave ladera.

Botella sintió un sudor repentino bajándole bajo la ropa.

—Tú tienes un talento natural, ¿verdad, sargento? Los pelos de punta y todo eso. Eres sensible a… cosas.

—Tuve una niñez difícil.

—¿Dónde ha ido el pelotón de Gesler?

Cuerdas le lanzó una mirada.

—Lo estás haciendo otra vez.

—Lástima.

—Escoltan a Rápido y Kalam, que se han adelantado. Así que te alegrará saber que para tu temido encuentro con el Rápido todavía falta un poco.

—Se han adelantado. ¿Por alguna senda? No deberían hacer eso, ¿sabes? Ahora no. Aquí no…

—¿Por qué?

—Bueno, porque no.

—Por primera vez en mi carrera como soldado del Imperio de Malaz, de verdad quiero estrangular a un compañero.

—Lástima.

—¡Deja de decir ese nombre!

—No es un nombre. Es una palabra.

Las manos magulladas del sargento apretaron con fuerza los puños.

Botella se quedó callado. Se preguntaba si Cuerdas terminaría estrangulándolo de verdad.

Llegaron a la cima. Treinta pasos más allá, los hechiceros wickanos habían dispuesto un círculo de piedras dentadas y estaban sentados en su interior, enfrente el uno del otro.

—Están viajando —dijo Botella—. Es una especie de camino espiritual, como hacen los tanno. Son conscientes de nuestra presencia, pero solo de una forma vaga.

—Supongo que no entramos en ese círculo.

—No a menos que tengamos que sacarlos.

Cuerdas lo miró.

—No a menos que tenga que sacarlos yo, quiero decir. Si algo va mal. Si se meten en líos.

Se acercaron un poco más.

—¿Qué te hizo alistarte en el ejército, Botella?

Ella insistió.

—Mi abuela pensó que sería buena idea. Acababa de morir, sabes, y su espíritu estaba… un poco agitado. Sobre algo. —*Oh-oh, aléjate, Botella*—. Yo me aburría. Estaba inquieto. Vendía muñecos a los pilotos y marineros en los muelles…

—¿Dónde?

—Jakatakan.

—¿Qué clase de muñecos?

—Los que parecen gustarles a los jinetes de la tormenta. Aplacamiento.

—¿Jinetes de la tormenta? Por los dioses del inframundo, Botella, creía que no había nada que funcionara con ellos en los últimos tiempos. Desde hace años ya.

—Los muñecos no funcionaban siempre, pero a veces sí, lo que era mejor que la mayor parte de las ofrendas. En fin,

que me estaba sacando mis buenos dineros, pero no parecía suficiente…

—¿Tienes frío de repente?

Botella asintió.

—Normal, teniendo en cuenta el sitio al que han ido.

—¿Y adónde han ido?

—Por la puerta del Embozado. No pasa nada, sargento. Creo. En serio. Son bastante astutos, y siempre que no llamen la atención de quien no deben…

—Pero… ¿por qué?

Botella lo miró. El sargento se había puesto pálido. No era de extrañar. Esos malditos fantasmas de Raraku lo habían puesto de los nervios.

—Están buscando a unas… personas. Personas muertas.

—¿Sormo E’nath?

—Supongo. Wickanos. Los que murieron en la cadena de perros. No es la primera vez que lo hacen. No los encuentran… —Se detuvo cuando una ráfaga de viento gélido giró por el círculo de piedras. Una escarcha repentina recubrió el suelo—. Oh, esto no va bien. Vuelvo enseguida, sargento.

Botella echó a correr y saltó dentro del círculo.

Y se desvaneció.

O supuso que se había desvanecido, puesto que ya no estaba en el Lato Odhan sino metido hasta los tobillos en huesos podridos y medio deshechos, un cielo de un color gris enfermizo sobre su cabeza. Alguien estaba chillando. Botella se giró al oír el ruido y vio tres figuras a treinta pasos de distancia. Nada y Menos y, delante de ellos, una aparición horrenda, y era ese espectro el que estaba chillando. Los dos jovencitos wickanos se encogían ante la diatriba.

Un idioma que Botella no entendía. Se acercó más, levantaba polvo de huesos con cada paso.

El espectro estiró los brazos de repente, agarró a los dos wickanos, los levantó por los aires y empezó a sacudirlos.

Botella echó a correr. *¿Y qué hago cuando llegue allí?*

La criatura gruñó con desdén y lanzó a Nada y Menos al suelo, después desapareció de súbito entre las nubes de polvo.

El soldado los alcanzó cuando se estaban poniendo en pie. Menos estaba soltando tacos en su lengua materna mientras se cepillaba el polvo de la túnica. Miró con furia a Botella cuando llegó.

—¿Y tú qué quieres?

—Creía que teníais problemas.

—Estamos bien —zanjó Nada, pero había una expresión avergonzada en su rostro adolescente—. Puedes llevarnos de regreso, mago.

—¿Te envió la consejera? —preguntó Menos—. ¿Es que no vamos a tener un momento de paz?

—No me envió nadie. Bueno, el sargento Cuerdas… solo estábamos dando un paseo…

—¿Cuerdas? ¿Te refieres a Violín?

—Se supone que…

—No seas idiota —dijo Menos—. Todo el mundo lo sabe.

—No somos idiotas. Es obvio que no se os ha ocurrido pensar a ninguno de los dos que quizá Violín lo quiera así. Ahora prefiere que lo llamen Cuerdas porque su antigua vida ha desaparecido, y con el nombre antiguo vienen los malos recuerdos, y de esos ya tiene bastantes.

Ninguno de los dos wickanos respondió.

Tras unas cuantas zancadas más a Botella le vino a la mente algo.

—Bueno, ¿era un espectro wickano? ¿Uno de los muertos que estabais buscando?

—Sabes demasiado.

—¿Lo era?

Nada maldijo por lo bajo.

—Nuestra madre —dijo luego.

—Vuestra… —Botella se quedó callado.

—Nos estaba diciendo que dejemos de lloriquear y que crezcamos de una vez —añadió Nada.

—Eso te lo estaba diciendo a ti —replicó Menos—. A mí me dijo que…

—Que tomaras marido y te quedaras embarazada.

—Eso solo fue una sugerencia.

—¿Hecha mientras te sacudía por los aires? —preguntó Botella.

Menos escupió a los pies del soldado.

—Una sugerencia. Algo en lo que quizá debería pensar. Además, a ti no tengo que escucharte, soldado. Eres malazano. Un mago de pelotón.

—Y también es —señaló Nada— el que cabalga en chispas vitales.

—Muy pequeñas. Como hacíamos nosotros de niños.

Botella sonrió al oír el comentario.

La chica captó la sonrisa.

—¿Qué tiene tanta gracia?

—Nada. Perdón.

—Creí que nos ibas a llevar de regreso.

—Eso creía yo también —dijo Botella, se detuvo y miró a su alrededor—. Oh, creo que han notado nuestra presencia.

—¡Es culpa tuya, mago! —lo acusó Nada.

—Es probable.

Menos siseó y señaló.

Había aparecido otra figura y a ambos lados unos perros rechonchos. Perros pastores wickanos. Nueve, diez, doce. En sus ojos un brillo plateado. El hombre que avanzaba entre ellos era obviamente wickano, canoso, bajo y patizambo. En la cara tenía unas cicatrices feroces.

—Es Bastión —susurró Menos, y se adelantó.

Los perros gruñeron.

—Nada, Menos, llevo tiempo buscándoos —dijo el fantasma llamado Bastión, que se detuvo a diez pasos de distancia con los perros alineados a ambos lados—. Oídme bien. Este no es nuestro sitio. ¿Comprendéis? No es nuestro sitio. —Hizo una pausa y se tiró de la nariz en un gesto habitual—. Pensad bien en mis palabras. —Después se giró, hizo una pausa y miró atrás por encima del hombro—. Y Menos, cásate y ten niños.

Los fantasmas se desvanecieron.

Menos dio una patada en el suelo. Se levantó polvo a su alrededor.

—¿Por qué me dice todo el mundo lo mismo? —exclamó.

—Tu tribu ha quedado diezmada —dijo Botella con tono razonable—. Tiene sentido…

La chica avanzó hacia él.

Botella dio un paso atrás…

Y reapareció dentro del círculo de piedras.

Un momento después se oyeron suspiros ahogados, eran Nada y Menos, cuyos cuerpos se crisparon con las piernas cruzadas.

—Empezaba a preocuparme —dijo Cuerdas a su lado, plantado justo fuera del aro.

Los dos wickanos empezaron a levantarse con lentitud.

Botella corrió junto a su sargento.

—Deberíamos irnos ya —dijo—. Quiero decir, antes de que ella se recupere del todo.

—¿Por qué?

Botella echó a andar.

—Está cabreada conmigo.

El sargento lanzó un bufido y lo siguió.

—¿Y por qué está cabreada contigo, soldado? Como si tuviera que preguntarlo.

—Por algo que dije.

—Oh, qué sorpresa.

—No quiero entrar en ello, sargento. Lástima.

—Me están entrando ganas de lanzarte al suelo y sujetarte para que ella te dé.

Llegaron a la cima. Tras ellos, Menos comenzó a gritar maldiciones. Botella aceleró el paso. Después se detuvo y se agachó, metió la mano bajo la camisa y sacó con mucho cuidado un lagarto en absoluto inquieto.

—Despierta —murmuró y lo puso en el suelo. El animalito se escabulló.

Cuerdas lo observó.

—Va a seguirlos, ¿verdad?

—Ella podría decidir lanzar una maldición de verdad —explicó Botella—. Y si lo hace, necesito contrarrestarla.

—Por el aliento del Embozado, ¿se puede saber qué le dijiste?

—Cometí un error terrible. Estuve de acuerdo con su madre.

—Deberíamos largarnos de aquí. O…

Kalam lo miró.

—De acuerdo, Rápido. —Levantó una mano para detener a los soldados que los flanqueaban y al que iba detrás, después emitió un silbido bajo para alertar al enorme cabo de barba pelirroja que iba en cabeza.

Los miembros del pelotón se acercaron y rodearon al asesino y al mago supremo.

—Nos están siguiendo —dijo el sargento Gesler mientras se limpiaba el sudor de la frente curtida.

—Es peor que eso —dijo Ben el Rápido.

—Ya estamos —murmuró el soldado llamado Arenas.

Kalam se volvió y estudió la pista que habían dejado atrás. No veía nada en aquel torbellino incoloro.

—Esta sigue siendo la senda Imperial, ¿no?

Ben el Rápido se frotó el cuello.

—No estoy muy seguro.

—Pero ¿cómo puede ser? —Eso lo dijo el cabo Tormenta, la frente arrugada y los ojillos resplandeciendo, como si estuviese a punto de ponerse hecho un basilisco. Sujetaba su espada de pedernal gris como si esperara que un demonio cobrara vida de repente con un estallido justo delante de ellos.

El asesino comprobó sus cuchillos largos y se dirigió a Ben el Rápido.

—¿Y bien?

El brujo vaciló y después asintió.

—De acuerdo.

—¿Qué acabáis de decidir vosotros dos? —preguntó Gesler—. ¿Y tan difícil sería explicárnoslo a nosotros?

—Cabrón sarcástico —comentó Ben el Rápido, que le dedicó al sargento una gran sonrisa blanca.

—En mis tiempos puse del revés muchas caras —dijo Gesler devolviéndole la sonrisa—, pero ninguna que perteneciera a un mago supremo.

—Podrías no estar aquí si lo hubieras hecho, sargento.

—Regresemos al asunto —dijo Kalam con voz profunda y tono admonitorio—. Vamos a esperar y ver qué viene detrás,

Gesler. Rápido no sabe dónde estamos y eso por sí solo ya es bastante inquietante.

—Y después nos vamos —añadió el brujo—. Nada de hacerse el héroe.

—El lema del Decimocuarto —dijo Tormenta con un suspiro audible.

—¿Cuál? —preguntó Gesler—. ¿«Y después nos vamos» o «Nada de hacerse el héroe»?

—Elige tú.

Kalam estudió al pelotón, primero a Gesler, después a Tormenta, a continuación al muchacho, Verdad, Pella y el mago menor, Arenas. *Menuda pandilla de desgraciados.*

—Venga. Vamos, lo matamos —dijo Tormenta y se dio la vuelta—, y luego ya hablamos de lo que era.

—El Embozado sabrá cómo has podido vivir tanto tiempo —dijo Ben el Rápido sacudiendo la cabeza.

—Porque soy un hombre razonable, mago supremo.

Kalam lanzó un gruñido. *Vale, puede que termine cogiéndoles cariño.*

—¿Está muy lejos, Rápido?

—Cada vez más cerca. Y no es singular. Es plural.

Gesler se descolgó la ballesta y Pella y Verdad lo imitaron. Cargaron los cuadrillos y se desplegaron.

—Plural, has dicho —murmuró el sargento mientras miraba furioso a Ben el Rápido—. ¿Y serán dos? ¿Seis? ¿Cincuenta mil?

—No es eso —dijo Arenas con la voz temblorosa de repente—. Es de dónde han salido. De Caos. Tengo razón, ¿verdad, mago supremo?

—Así que —dijo Kalam— las sendas están metidas en un auténtico lío.

—Ya te lo dije, Kal.

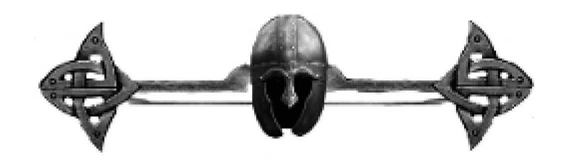
—Lo dijiste. Y le dijiste a la consejera lo mismo. Pero ella quería que llegáramos a Y'Ghatan antes que Leoman. Y eso significa usar las sendas.

—¡Ahí! —siseó Verdad y señaló algo.

Surgió de la oscuridad gris algo inmenso, imponente, negro como una nube de tormenta que llenó el cielo. Y detrás, otro, y otro…

—Hora de irse —dijo Ben el Rápido.

4



Has de comprender que todo lo que K'rul creó nació del amor que el dios ancestral sentía por la posibilidad. Una miríada de senderos de hechicería tendió una multitud de hebras, cada una tan revuelta como el cabello al viento, engarzada a la bestia vagabunda. Y K'rul era esa bestia, pero él mismo era una parodia de la vida, pues la sangre era su néctar, el regalo derramado, lágrimas rojas de dolor, y todo lo que era se definía por esa sed concreta.

Pues, pese a todo, la sed es algo que todos compartimos, ¿no?

Brutho y Nullit hablan durante la última noche de Nullit
—Brutho Parlet

La tierra era inmensa pero no estaba vacía. Un antiguo cataclismo había desgarrado el lecho lijado de roca y lo había partido con fisuras en una caótica madeja entrecruzada por la llanura. Si la arena había cubierto alguna vez ese lugar, si en algún momento había llenado las simas, el viento o el agua se había llevado hasta el último

grano. La piedra parecía pulida y la luz del sol rebotaba en ella con un fulgor salvaje.

Mappo Runt guiñó los ojos y estudió el paisaje atormentado que tenían delante. Tras un rato, sacudió la cabeza.

—Yo jamás he visto este lugar, Icarium. Es como si algo acabara de desprender la piel del mundo. Esas grietas… ¿cómo pueden correr en direcciones tan aleatorias?

El jaghut mestizo que tenía al lado no dijo nada durante un momento, sus ojos pálidos recorrían la escena como si buscara algún patrón. Después se agachó y cogió un trozo de roca rota.

—Presiones inmensas —murmuró—. Y luego… violencia. —Se irguió y tiró la roca—. Las fisuras no siguen las líneas de ninguna falla, ¿ves la más cercana? Atraviesa directamente las junturas de la piedra. Estoy intrigado, Mappo.

El trell dejó en el suelo la abultada mochila.

—¿Deseas explorar?

—Sí. —Icarium lo miró y sonrió—. Ninguno de mis deseos te sorprende, ¿verdad? No es exageración decir que conoces mi mente mejor que yo. Ojalá fueras una mujer.

—Si fuera una mujer, Icarium, me preocuparía mucho tu gusto en cuestión de mujeres.

—Cierto —respondió el jhag—, eres un tanto peludo. Son cerdas, de hecho. Y dado tu contorno, te creo capaz de luchar con un bhederin macho y tumbarlo.

—Suponiendo que tuviera razones para hacerlo… aunque no se me ocurre ninguna.

—Ven, vamos a explorar.

Mappo siguió a Icarium a la llanura abrasada. El calor era brutal, lo secaba todo. Bajo sus pies, la roca soportaba remolinos, señales de presiones inmensas y contrarias. Ningún liquen se aferraba a la piedra.

—Esto ha estado enterrado mucho tiempo.

—Sí, y solo ha quedado expuesto en tiempos recientes.

Se acercaron al borde afilado de la sima más cercana.

La luz del sol penetraba un poco y revelaba unas paredes dentadas que caían en picado, pero el fondo estaba oculto en la oscuridad.

—Veo una forma de bajar —dijo Icarium.

—Esperaba que no la vieras —respondió Mappo, que había visto la misma rampa con su práctica colección de salientes y grietas para apoyar manos y pies—. Sabes lo mucho que odio trepar.

—Hasta que lo has mencionado, no. ¿Vamos?

—Déjame ir a coger mi mochila —dijo Mappo, y se dio la vuelta—. Es probable que pasemos la noche ahí abajo. —Regresó entonces al borde de la llanura. Las satisfacciones que procuraba la curiosidad habían disminuido un tanto para Mappo a lo largo de los años, desde que había jurado caminar junto a Icarium. Era un sentimiento envuelto en pavor. La búsqueda de respuestas de Icarium no era imposible, por desgracia, y si se descubría la verdad sería como una avalancha e Icarium no querría, no podría, soportar las revelaciones. Sobre sí mismo. Y todo lo que había hecho. Intentaría quitarse la vida si nadie más se atrevía a hacerle el favor.

Era un precipicio al que los dos se habían aferrado no mucho tiempo atrás. *Y yo traicioné mi promesa.* En el nombre de la amistad. Había terminado roto y eso todavía lo avergonzaba. Peor aún, ver la compasión en los ojos de Icarium había sido una espada que había atravesado el corazón de Mappo, una herida abierta que todavía lo obsesionaba.

Pero la curiosidad era también caprichosa. Las distracciones devoraban el tiempo, distraían a Icarium de su

camino implacable. *Sí, el tiempo. Demoras. Síguelo donde te lleve, Mappo Runt. No puedes hacer nada más. Hasta… ¿hasta qué?* Hasta que por fin fracasara. Y luego otro llegaría, si ya no era demasiado tarde, para reanudar el gran engaño.

Estaba cansado. Hasta su alma estaba hastiada de toda aquella farsa. Demasiadas mentiras lo habían llevado a ese camino, demasiadas mentiras lo mantenían allí. *No soy ningún amigo. Rompí mi promesa… ¿en nombre de la amistad? Otra mentira. No. Simple egocentrismo, brutal, la debilidad de mis egoístas necesidades.*

Mientras Icarium lo llamaba «amigo». Víctima de una terrible maldición, pero seguía allí, confiado, honorable, embargado por el placer de vivir. *Y aquí estoy yo, llevándolo tan contento por el mal camino, una y otra vez.* Oh, la palabra que lo definía era sin duda «vergüenza».

Se encontró de pie delante de su mochila. Cuánto tiempo llevaba allí, sin ver, sin moverse, no lo sabía. *Ah, eso sí que es justo, que empiece a perderme yo.* Suspiró, cogió la mochila y se la colgó al hombro. *Rezo para que no nos crucemos en el camino de nadie. Nada de amenazas. Ni riesgos. Rezo para que nunca encontremos una forma de salir de la sima.* Pero ¿a quién le estaba rezando? Mappo sonrió mientras regresaba. Él no creía en nada y no se arrogaría la vanidad de grabar una cara en la nada. Así pues, plegarías vacías, murmuradas por un hombre vacío.

—¿Te encuentras bien, amigo mío? —le preguntó Icarium cuando llegó.

—Tú primero —dijo Mappo—. Tengo que atarme bien la mochila primero.

Un destello de algo parecido a la preocupación en la expresión del jhag, después asintió y se acercó adonde

desembocaba la rampa, se deslizó por el borde y desapareció de la vista.

Mappo tironeó de una pequeña bolsa del cinturón y soltó los cordones. Sacó otra saquita de esta primera y la desplegó, lo que reveló que era más grande que aquella en la que estaba metida. De la segunda saquita extrajo otra, de nuevo más grande una vez desenvuelta. Entonces, Mappo, con cierto esfuerzo, metió la mochila en esta última saca y tensó los cordones. Guardó esa saca en la siguiente más pequeña y a continuación la introdujo por la fuerza en la saquita del cinturón, que después se ató a la cintura. Incómodo pero temporal. No tendría acceso rápido a sus armas si se produjera alguna calamidad, al menos durante el descenso. Pero tampoco era que pudiera luchar aferrándose como una cabra borracha al risco.

Se dirigió a la rampa y miró por el borde. Icarium avanzaba a buen ritmo, y ya había bajado la altura de quince hombres o más.

¿Qué encontrarían allí abajo? *Rocas.* O algo que debería haber permanecido enterrado para toda la eternidad.

Mappo empezó a bajar.

El paso del sol no tardó mucho en eliminar toda luz de la grieta. Continuaron sumidos en una profunda oscuridad, el aire fresco y rancio. No había sonido alguno, salvo algún arañazo ocasional de la vaina de Icarium contra la piedra algo más abajo, la única indicación de que el jhag seguía vivo, que no se había caído, pues, si se hubiera soltado y precipitado al vacío, Mappo sabía que no protestaría.

Al trell se le estaban cansando los brazos, las pantorrillas le dolían, tenía los dedos casi entumecidos, pero mantuvo el ritmo regular, se sentía extrañamente inquieto, como si aquel fuera un descenso sin fin y él estuviera impaciente por demostrarlo, y la única prueba posible era continuar. Para

siempre. Había algo revelador en ese deseo, pero él no estaba preparado para concentrarse en él.

El aire se hizo más frío. Mappo observó los penachos de aliento que escarchaban la cara de piedra que tenía delante y destellaban en una especie de iluminación débil, sin fuente alguna. Podía oler hielo antiguo más abajo y un susurro de inquietud aceleró su respiración.

Una mano en el talón del pie izquierdo, el que estaba estirando, lo sobresaltó.

—Ya hemos llegado —murmuró Icarium.

—Que el Abismo nos lleve —jadeó Mappo, se apartó del muro y aterrizó con las piernas combadas en un suelo resbaladizo e inclinado. Levantó los brazos para recuperar el equilibrio y después se irguió—. ¿Estás seguro? Quizá esta ladera no sea más que un saliente y si perdiéramos pie…

—Nos mojaremos. Ven, hay una especie de lago.

—Ah, ya lo veo. Reluce…

Fueron bajando poco a poco hasta que tuvieron la extensión inmóvil de agua delante. Una iluminación vaga, de un color azul verdoso que salía del fondo, revelaba la profundidad del lago. Podían ver el lecho del lago, a unas diez alturas de hombre más abajo, basto y tachonado de tocones podridos de árboles o estalagmitas rotas, de color verde pálido y recubierto de blanco.

—¿Hemos descendido un tercio de legua para esto? —preguntó Mappo; su voz resonaba en el vacío, después se echó a reír.

—Mira mejor —le pidió Icarium y el trell oyó emoción en el tono de su compañero.

Los tocones se extendían unos cuatro o cinco pasos antes de detenerse. Más allá los detalles eran vagos, pero se apreciaba una inmensa forma con aspecto de bloque. Unos patrones imprecisos marcaban los lados visibles y la parte

superior. Unas proyecciones extrañas, angulares, sobresalían del lado contrario al que estaban, como patas de araña. A Mappo se le escapó un siseo.

—¿Está vivo? —se interesó.

—Un mecanismo de algún tipo —dijo Icarium—. El metal es casi blanco, ¿lo ves? No hay corrosión. Es como si lo hubieran construido ayer… pero creo, amigo mío, que es muy antiguo.

Mappo vaciló un momento antes de preguntar.

—¿Es tuyo?

Icarium lo miró con los ojos brillantes.

—No. Y eso es lo maravilloso.

—¿No? ¿Estás seguro? Hemos encontrado otros…

—Estoy convencido. Y no sé cómo, pero no me cabe ninguna duda. Esto lo construyó otro, Mappo.

El trell se agachó, metió la mano en el agua y la sacó de repente.

—¡Dioses, qué fría!

—No es obstáculo para mí —dijo Icarium con una sonrisa en la que aparecieron los pulidos colmillos inferiores.

—¿Quieres nadar hasta ahí abajo para examinarlo? Da igual, la respuesta está clara. Muy bien. Yo buscaré un terreno llano y montaré el campamento.

El jhag ya se estaba quitando la ropa.

Mappo echó a andar por la ladera. El fulgor del agua aliviaba lo suficiente la oscuridad como para poder estar seguro de cada paso que daba; fue subiendo hasta que su mano rozó el frío muro de piedra. Tras unos quince pasos, esa mano se deslizó en una grieta estrecha y, al recuperar el contacto, notó de inmediato un cambio de textura y forma en la superficie que tenía bajo las yemas romas de los dedos. El trell se detuvo y empezó a hacer un examen más atento de todo el muro.

Esa piedra era basalto, irregular, sobresalía hasta que la ladera bajo sus pies se reducía y después desaparecía. Unas grietas muy marcadas emanaban del suelo inclinado y se metían en el lago, las fisuras negras reaparecían en el fondo del lago. El basalto era una especie de intrusión, concluyó. Quizá la grieta entera la había creado su llegada.

Mappo se retiró hasta que tuvo espacio para sentarse, encaramado con la espalda apoyada en la roca, los ojos en la superficie del lago, que se había ondulado. Sacó un junco y empezó a limpiarse los dientes mientras consideraba el asunto. No podía imaginar un proceso natural que crease semejante intrusión. Por contrarias que fueran las presiones de la tierra, muy por debajo de la superficie, no había escarpa que colisionase y diera forma a cosas en esa parte del subcontinente.

No, se había abierto una puerta, y la formación de basalto había entrado por ahí. Con un resultado catastrófico. Desde su reino… contra el lecho sólido de roca de ese mundo.

¿Qué era? Pero ya lo sabía.

Una fortaleza flotante.

Mappo se levantó y se enfrentó al basalto destrozado una vez más. *Y lo que Icarium estudia ahora en el fondo del lago… Salió de aquí. Así que se deduce, no es cierto, que tiene que haber algún tipo de portal. Una forma de entrar.* Le había picado la curiosidad de verdad. ¿Qué secretos yacían en su interior? Entre los rituales de inculcación que los sin nombre habían entonado en el curso de los votos de Mappo había relatos sobre las fortalezas flotantes, las fortificaciones de los temidos k’chain che’malle que flotaban como nubes en el aire. Una especie de invasión, según los sin nombre, en las eras que habían precedido al ascenso del Primer Imperio, cuando el pueblo que un día lo fundaría hacía poco más que vagar en pequeñas bandas, ni siquiera

tribus, no muy diferentes, de hecho, de los imass mortales. Una invasión que, en esa región al menos, había fracasado. Los relatos no decían mucho de quién o qué se había opuesto a ellos. Jaghut, quizá. O forkrul assail, o los propios dioses ancestrales.

Oyó un chapoteo y se asomó a la oscuridad, vio a Icarium salir con cierta torpeza a la playa. Mappo se levantó y se acercó.

—Muerto —jadeó Icarium y Mappo vio que a su amigo lo sacudían los temblores.

—¿El mecanismo?

El jhag sacudió la cabeza.

—Omtose Phellack. Esta agua… hielo muerto… Sangre… muerta.

Mappo esperó a que Icarium se recuperase. Estudió la superficie agitada, revuelta, del lago y se preguntó cuándo había sido la última vez que esas aguas habían experimentado movimiento, el calor de un cuerpo vivo. De esto último, era obvio que había tenido sed.

—Hay un cadáver dentro de esa cosa —dijo el jhag tras un momento.

—¿K’chain che’malle?

—Sí. ¿Cómo lo sabías?

—He encontrado la fortaleza flotante de la que salió. Parte de ella permanece expuesta, sobresale del muro.

—Una criatura extraña —murmuró Icarium—. No tengo recuerdo de haber visto una jamás, pero sabía su nombre.

—Que yo sepa, amigo mío, jamás te los has encontrado en tus viajes. Pero, no obstante, tienes conocimiento de ellos.

—Necesito pensar en esto.

—Sí.

—Extraña criatura —dijo otra vez—. Tan parecida a un reptil. Desecada, por supuesto, como era de esperar. Poderosa, diría yo. Los miembros posteriores, los antebrazos. Mandíbulas enormes. Cola achaparrada…

Mappo levantó la vista.

—Cola achaparrada. ¿Estás seguro de eso?

—Sí. La bestia estaba reclinada y a su alcance había unas palancas… dominaba el manejo del mecanismo.

—¿Había un ojo de buey por el que pudieras mirar?

—No. El metal blanco se hacía transparente siempre que yo lo miraba.

—¿Y revelaba el funcionamiento interno del mecanismo?

—Solo en la zona donde estaba sentado el k'chain che'malle. Un carruaje de algún tipo, creo, un medio de transporte y exploración, pero no estaba pensado para adaptarse al agua, y tampoco era un artilugio de excavación, los brazos articulados habrían sido insuficientes para eso. No, cuando se desveló Omtose Phellack lo pilló desprevenido. Lo devoró, lo atrapó en el hielo. Llegó un jhagut, Mappo, para asegurarse de que no escapaba nadie.

Mappo asintió. Las descripciones de Icarium lo habían llevado a deducir una secuencia muy parecida de acontecimientos. Como la propia fortaleza flotante, el mecanismo estaba construido para volar, sostenido en el aire por una hechicería desconocida.

—Si queremos encontrar un terreno llano —dijo—, tendrá que ser dentro de la fortaleza.

El jhag sonrió.

—¿Es eso un destello de anticipación en tus ojos? Sospecho que estoy empezando a ver al Mappo de siempre. Con memoria o sin ella, no me eres desconocido y me ha mortificado mucho en los últimos tiempos verte tan melancólico. Lo entendía, por supuesto, ¿cómo no iba a

entenderlo? Yo soy lo que te obsesiona, amigo mío, y lo lamento. Ven, ¿buscamos una forma de entrar en esta espeluznante fortaleza?

Mappo observó a Icarium pasar junto a él y se volvió poco a poco para seguirlo con los ojos.

Icarium, el Constructor de Mecanismos. ¿De dónde salieron tales habilidades? Temía que estuvieran a punto de averiguarlo.

El monasterio estaba en medio de un yermo reseco y roto, no había un solo pueblo o aldea a menos de una docena de leguas en cualquier dirección por las huellas desvaídas del camino. En el mapa que Navaja había adquirido en G’danisban, su presencia la marcaba una simple línea ondulada de tinta de color marrón rojizo, vertical, apenas visible en la piel gastada. El símbolo de la diosa D’rek, Gusano del Otoño.

Una única estructura abovedada se alzaba en medio de un complejo rectangular de muros bajos y, sobre ella, el cielo estaba salpicado de buitres que dibujaban círculos.

A su lado y encorvado en la silla, Heboric Manos Fantasmales escupió antes de hablar.

—Deterioro. Putrefacción. Disolución. Cuando lo que en su momento funcionaba se rompe de repente. Y como una polilla el alma se aleja aleteando. Hacia la oscuridad. El otoño aguarda, y las estaciones están torcidas, se retuercen para evitar los cuchillos desenvainados. Sin embargo, los prisioneros del jade están atrapados para siempre. Allí, en sus propias discusiones. Disputas, riñas, el universo invisible que hay detrás les importa un rábano, los muy necios. Lucen la ignorancia como una armadura y empuñan el rencor como una espada. ¿Qué soy yo para ellos? Una curiosidad. Menos.

Así que es un mundo roto, ¿por qué habría de importarme? Yo no lo pedí, no pedí nada…

Continuó así, pero Navaja dejó de escuchar. Volvió la vista y miró a las dos mujeres que los seguían. Apáticas, indiferentes, brutalizadas por el calor. Bajo ellas, los caballos caminaban con las cabezas gachas; las costillas visibles bajo la piel polvorienta y andrajosa. Por un lado trepaba Ranagrís, que tenía un aspecto tan sano y lustroso como siempre y rodeaba a las amazonas con una energía que parecía ilimitada.

—Deberíamos visitar ese monasterio —dijo Navaja—. Utilizar el pozo y si hay algún alimento…

—Están todos muertos —dijo Heboric con voz ronca.

Navaja estudió al anciano antes de lanzar un gruñido.

—Lo que explica los buitres. Pero seguimos necesitando agua.

El destriant de Treach le dedicó una sonrisa desagradable.

Navaja comprendió lo que significaba esa sonrisa. Se estaba haciendo despiadado, inmune a la miríada de horrores de ese mundo. Un monasterio lleno de sacerdotes y sacerdotisas muertos era… nada. Y el anciano lo veía, podía ver en el interior de Navaja. *Su nuevo dios es el Tigre del Verano, señor de la Guerra. Heboric Manos Fantasmales, el sumo sacerdote de la disputa, ve lo frío que me he vuelto. Y… le divierte.*

Navaja guió su caballo por la pista lateral que llevaba al monasterio. Los otros lo siguieron. El daru frenó delante de las puertas, que estaban cerradas, y desmontó.

—Heboric, ¿percibes algún peligro para nosotros?

—¿Tengo ese talento?

Navaja lo estudió y no dijo nada.

El destriant se bajó del caballo.

—Nada vive ahí dentro. Nada.

—¿No hay fantasmas?

—Nada. Ella se los llevó.

—¿Quién?

—La visitante inesperada, esa. —Se echó a reír y levantó las manos—. Jugamos a nuestros juegos. Nunca esperamos… resentimiento. Ultraje. Yo podría habérselo dicho. Haberlos advertido, pero no me habrían escuchado. La vanidad lo consume todo. Un único edificio puede convertirse en un mundo entero, las mentes atestan y empujan, después arañan y desgarran. Lo único que necesitan es salir al exterior, pero no lo hacen. Han olvidado que existe el exterior. Oh, todos esos rostros de la veneración, ninguno de los cuales es veneración auténtica. Da igual la diligencia, no hace más que servir a los odios demoníacos del interior. Los rencores, los temores y la malicia. Yo podría habérselo dicho.

Navaja caminó hasta el muro llevando su caballo por las riendas. Trepó al lomo del animal, se encaramó a la silla y después se irguió hasta que quedó en pie. La cima del muro era fácil de alcanzar. Se aupó. En el complejo que había detrás, cuerpos. Una docena más o menos, de piel negra, la mayor parte desnudos, tirados por el suelo compacto, blanco. Navaja entrecerró los ojos. Los cuerpos parecían… hervir, se hacían espuma, se fundían. Se agitaban ante sus ojos. Apartó la mirada de ellos. Las puertas del templo abovedado estaban abiertas de par en par. A la derecha había un corral bajo que rodeaba una estructura larga y baja, los ladrillos de barro expuestos en dos tercios del muro delantero. Artesas con escayola y herramientas indicaban una tarea que nunca se había completado. Los buitres atestaban el tejado plano, pero ninguno se aventuraba a bajar para disfrutar de los cuerpos.

Navaja se dejó caer en el complejo. Se acercó a las verjas, levantó la barra y luego tiró de las pesadas puertas para abrirlas.

Ranagrís estaba esperando al otro lado.

—*Desanimado y afligido. Tantas cosas desagradables, Navaja, en este lugar espeluznante. Desaliento. No tengo apetito.* —Pasó muy pegado a él y se escabulló con cautela hacia el cadáver más cercano—. *¡Ah! ¡Hierven! Gusanos, plagados de gusanos. La carne está contaminada, contaminada incluso para Ranagrís. Asqueado. ¡Alejémonos de este lugar!*

Navaja vio el pozo en la esquina entre el edificio auxiliar y el templo. Regresó adonde seguían esperando los otros, tras las verjas.

—Dadme vuestras botas de agua. Heboric, ¿puedes revisar ese edificio auxiliar por si hay forraje?

Heboric sonrió.

—Al ganado no lo dejaron salir. Han pasado días. El calor los mató a todos. Una docena de cabras, dos mulas.

—Tú mira a ver si hay forraje.

El destriant se dirigió al edificio auxiliar.

Scillara desmontó, sacó las botas de agua de la silla de Felisin la Menor y con las suyas al hombro se acercó a Navaja.

—Toma.

Él la estudió.

—Me pregunto si esto es una advertencia.

La mujer levantó apenas las cejas.

—¿Tan importantes somos, Navaja?

—Bueno, no me refiero a nosotros, en concreto. Quiero decir que quizá deberíamos tomárnoslo como una advertencia.

—¿Sacerdotes muertos?

—Nada bueno sale de la veneración.

La mujer le dedicó una sonrisa extraña y después le tendió las botas.

Navaja se maldijo. Pocas veces decía algo con sentido cuando intentaba hablar con esa mujer. Decía cosas que diría cualquier imbécil. Era la mirada burlona en los ojos femeninos, la expresión que siempre anticipaba una sonrisa en cuanto él abría la boca para hablar. No dijo nada más, recogió las botas de agua y regresó al complejo.

Scillara lo observó un momento y después se volvió cuando Felisin se bajó de su caballo.

—Necesitamos el agua.

La joven asintió.

—Lo sé. —Estiró una mano y se tironeó del pelo, que le había crecido mucho—. No dejo de ver a esos bandidos. Y ahora, más personas muertas. Y esos cementerios que atravesó el sendero ayer, ese campo de huesos. Siento que nos hemos metido sin querer en una pesadilla y cada vez nos internamos más. Hace calor, pero yo tengo frío todo el tiempo, y cada vez más.

—Eso es la deshidratación —dijo Scillara mientras volvía a cargar su pipa.

—No te has quitado esa cosa de la boca en días —dijo Felisin.

—Mantiene la sed a raya.

—¿En serio?

—No, pero es lo que me digo.

Felisin apartó la mirada.

—Eso lo hacemos mucho, ¿no?

—¿Qué?

La chica se encogió de hombros.

—Decirnos cosas. Con la esperanza de que se hagan realidad.

Scillara le dio una buena calada a la pipa, lanzó una bocanada de humo al cielo y observó cómo se la llevaba el viento.

—Tienes un aspecto tan sano —dijo Felisin, con los ojos posados en ella una vez más—. Mientras que el resto nos vamos marchitando.

—No Ranagrís.

—No, no Ranagrís.

—¿Habla mucho contigo?

Felisin negó con la cabeza.

—No mucho. Salvo cuando me despierto por la noche, después de mis malos sueños. Entonces me canta.

—¿Te canta?

—Sí, en la lengua de su pueblo. Canciones infantiles. Dice que necesita practicarlas.

Scillara le lanzó una mirada.

—¿En serio? ¿Dijo por qué?

—No.

—¿Qué edad tenías, Felisin, cuando te vendió tu madre?

Otro encogimiento de hombros.

—No lo recuerdo.

Eso quizá fuera mentira, pero Scillara no insistió.

Felisin se acercó un poco más.

—¿Me cuidarás, Scillara?

—¿Qué?

—Tengo la sensación de que voy retrocediendo. Me sentía… mayor. Antes, en Raraku. Ahora, con cada día que pasa, me siento cada vez más como una niña. Cada vez más pequeña.

Scillara le contestó con gesto inquieto.

—Jamás se me ha dado muy bien cuidar de la gente.

—No creo que a Sha’ik se le diera bien tampoco. Tenía… obsesiones…

—Contigo no lo hizo mal.

—No, fue sobre todo Leoman. Incluso el toblakai. Y Heboric, antes de que Treach lo reclamara. Ella no me cuidó y por eso Bidithal…

—Bidithal está muerto. Le metieron los huevos por el escuálido gaznate.

—Sí. —Un susurro—. Si lo que dice Heboric pasó de verdad. El toblakai…

Scillara lanzó un bufido.

—Piénsalo, Felisin. Si Heboric hubiera dicho que lo había hecho L’oric, o Sha’ik, o incluso Leoman, bueno, podrías tener razones para dudar. Pero ¿el toblakai? No, puedes creerlo. Por todos los dioses del inframundo, ¿cómo no ibas a creerlo?

La pregunta provocó una pequeña sonrisa en Felisin, que asintió.

—Tienes razón. Solo el toblakai habría hecho algo así. Solo el toblakai lo habría matado… así. Dime, Scillara, ¿tienes una pipa de sobra?

—¿Una pipa de sobra? ¿Y qué tal una docena? ¿Quieres fumarlas todas a la vez?

Felisin se echó a reír.

—No, solo una. Así que tú me cuidarás, ¿verdad?

—Lo intentaré. —Y quizá lo hiciese. Como Ranagrís. Solo era cuestión de práctica. Fue a buscar esa pipa.

Navaja sacó el cubo y miró el agua. Parecía limpia, no olía a nada en particular. No obstante, vaciló.

Unos pasos tras él.

—He encontrado forraje —dijo Heboric—. Más del que podemos llevar.

—¿Crees que el agua está bien? ¿Qué mató a esos sacerdotes?

—No le pasa nada. Te dije lo que los mató.

¿Lo dijiste?

—¿Deberíamos mirar en el templo?

—Ranagrís ya está allí dentro. Le pedí que buscara dinero, gemas, comida que no se haya estropeado todavía. No le hizo mucha gracia, así que me imagino que lo hará rápido.

—De acuerdo. —Navaja se acercó a un abrevadero y vertió el agua en él, después regresó al pozo—. ¿Crees que podemos convencer a los caballos para que entren aquí?

—Lo intentaré. —Pero Heboric no se movió.

Navaja lo miró y vio los extraños ojos del hombre clavados en él.

—¿Qué pasa?

—Nada, creo. Me estaba dando cuenta de algo. Tienes ciertas cualidades, Navaja. Liderazgo, para empezar.

El daru frunció el ceño.

—Si quieres estar tú al cargo, bien, adelante.

—No estaba hurgando en la herida, muchacho. Lo decía en serio. Has tomado el mando y eso está bien. Es lo que necesitamos. Yo jamás he sido líder. Siempre he seguido a alguien. Es mi maldición. Pero eso no es lo que quieren oír. No de mí. No, quieren que los guíe y que salgamos. Hacia la libertad. No hago más que decirles que yo no sé nada de libertad.

—¿Les dices? ¿A quién? ¿A Scillara y Felisin?

—Voy a buscar a los caballos —dijo Heboric, se dio la vuelta y se alejó con sus andares extraños, como de sapo.

Navaja volvió a llenar el cubo y echó el agua en el abrevadero. Les darían de comer a los caballos allí con lo que no se pudieran llevar. Cargarían agua suficiente. *E, incluso ahora, saqueamos el templo.* Bueno, hace mucho tiempo él fue ladrón. Además, a los muertos no les importaba la riqueza, ¿verdad?

Un sonido atronador hendió el aire en el centro del complejo, tras él. El sonido de un portal al abrirse. Navaja se giró en redondo con los cuchillos en las manos.

Un jinete salió de la puerta mágica a galope tendido. Frenó en seco, los cascos resbalaron entre nubes de polvo; el oscuro caballo gris era una aparición monstruosa, el pelaje, gastado en varios sitios, exponía tendones, músculo seco y ligamentos. Los ojos eran pozos vacíos; las crines, largas y grasientas, azotaban la cabeza cuando la bestia la agitaba. Sentado en una silla de respaldo alto, el jinete era, si acaso, incluso más alarmante en apariencia. Armadura negra y ornamentada, con trozos de verdete, un yelmo abollado y con boquetes, abierto, mostraba sobre todo hueso, unas cuantas tiras de carne que colgaban de los caballetes de los pómulos, tendones que sujetaban la mandíbula inferior y una fila de dientes ennegrecidos y afilados.

En el breve instante en el que el caballo se encabritó entre una explosión de polvo, Navaja vio más armas en el jinete de las que podía contar. Espadas en la espalda, hachas arrojadizas, los mangos envainados sobresaliendo de la silla, algo parecido a un espetón para jabalíes, la punta de bronce tan larga como una espada corta, sujeto en el guantelete izquierdo. Un arco largo, un arco corto, cuchillos…

—¿Dónde está? —La voz era un rugido salvaje, colérico. Trozos de armadura rebotaron en el suelo cuando la figura se giró para registrar el complejo—. ¡Maldito seas, Embozado!

¡Seguía el rastro! —Vio a Navaja y se quedó callado de repente, inmóvil—. ¿Esa dejó uno vivo? Lo dudo. Tú no eres ningún cachorro de D'rek. Bebe todo lo que quieras de ese agua, mortal, poco importa. Estás muerto de todos modos. ¡Tú y cada maldito ser vivo de este reino y todos los demás en cuyo interior susurre la sangre!

Le dio la vuelta al caballo para mirar al templo, donde había aparecido Ranagrís con los brazos cargados de sedas, cajas, alimentos y utensilios de cocina.

—¡Un sapo al que le gusta cocinar a placer! ¡La locura del gran final ha caído sobre nosotros! Acércate más, demonio, y te ensarto las patas y las aso al fuego, ¿crees que ya no como? Tienes razón, pero te asaré en rencor cruel, babeando de ironía… ¡ah! Eso te ha gustado, ¿eh? —Miró a Navaja una vez más—. ¿Es esto lo que él quería que viera? Me sacó del rastro… ¿para esto?

Navaja envainó sus cuchillos. Por las verjas llegó Heboric Manos Fantasmales con los caballos. El anciano se detuvo al ver al jinete, ladeó la cabeza y después continuó.

—Demasiado tarde, soldado —dijo—. ¡O demasiado pronto! —Y se echó a reír.

El jinete levantó la lanza por los aires.

—Treach cometió un error, ya veo, pero, no obstante, he de saludarte como corresponde.

Heboric se detuvo.

—¿Un error, soldado? Sí, estoy de acuerdo, pero no hay mucho que yo pueda hacer. Doy por recibido tu reticente saludo. ¿Qué te trae aquí?

—¡Pregúntale al Embozado si quieres una respuesta! —Le dio la vuelta a la lanza y clavó la punta en el suelo, después se bajó de la silla y se cayeron más fragmentos de la armadura podrida—. Supongo que tendré que echar un

vistazo, como si no viera ya todo lo que hay que ver. El panteón está roto en pedazos, ¿qué sucede?

Heboric tiró de los nerviosos caballos hacia el abrevadero, dejó un amplio margen entre los animales y el guerrero. Al acercarse a Navaja se encogió de hombros.

—El Soldado del Embozado, Gran Casa de Muerte. No nos molestará, creo.

—A mí me habló en daru —dijo Navaja—. Al principio. Y a ti en malazano.

—Sí.

El soldado era alto y Navaja vio entonces algo que le colgaba del cinturón tachonado de cuchillos. Una máscara de esmalte, agrietada, manchada, con una única pincelada de pintura roja en una mejilla. El daru abrió mucho los ojos.

—Beru nos libre —susurró—. ¡Un seguleh!

Al oír eso, el soldado se volvió y se acercó.

—¡Daru, estás muy lejos de casa! Dime, ¿los hijos del tirano todavía gobiernan Darujhistan?

Navaja negó con la cabeza.

—Pareces un demente, mortal, ¿qué te aflige?

—Yo… yo había oído, es decir… los seguleh por lo general no dicen nada… a nadie. Pero tú…

—El celo enfebrecido todavía se aferra a mis parientes mortales, ¿no es cierto? ¡Idiotas! ¿Entonces el ejército del tirano aún gobierna en la ciudad?

—¿Quién? ¿Qué? Darujhistan está gobernado por un consejo. No tenemos ejército…

—¡Brillante locura! ¿No hay seguleh en la ciudad?

—¡No! Solo… historias. Es decir, leyendas.

—¿Y dónde se ocultan mis enmascarados compatriotas y sus bastones giratorios?

—Una isla, se dice, muy lejos, al sur, junto a la costa, más allá de Alborada…

—¡Alborada! Ahora empiezo a encontrarle sentido. Los mantienen preparados. El consejo de Darujhistan, magos todos y cada uno, ¿no? ¡Magos inmortales, herméticos, paranoicos! Se ocultan, no vaya a ser que vuelva el tirano, ¡como un día volverá! ¡Regresa en busca de su ejército! ¡Ja, un consejo!

—Ese no es el consejo, señor —dijo Navaja—. Si hablas de magos, te refieres a la cábala de T'orrud…

—¡T'orrud! Sí, muy listo. ¡Qué barbaridad! ¿Barukanal, Derudanith, Travalegrah, Mammoltenan? Esos nombres resuenan en tu alma, ¿no? Lo noto.

—Mammot era mi tío…

—¡Tío! ¡Ja! ¡Absurdo! —Se giró en redondo—. ¡Ya he visto suficiente! ¡Embozado! ¡Me voy! Esa ha dejado clara su posición, ¿no? Embozado, maldito idiota, ¡yo no te hacía falta para esto! ¡Ahora tengo que buscar el rastro otra vez, malditos sean tus manidos huesos! —Y volvió a subirse a su caballo no muerto.

Heboric gritó desde donde se encontraba, junto al bebedero.

—¡Soldado! ¿Me permites preguntar a quién das caza?

Los dientes afilados se alzaron y bajaron en una carcajada silenciosa.

—¿Cazar? Oh, sí, todos cazamos, ¡pero yo era el que más cerca estaba! ¡Mear en los pies huesudos del Embozado! ¡Arrancarle los pelos de la nariz y hundirle los dientes de una patada! ¡Meterle una lanza por el trasero arrugado y clavarlo en la cima de una montaña ventosa! ¡Oh, le encontraré una esposa algún día, puedes apostar tus dineros! ¡Pero primero cazo!

Recogió las riendas y le dio la vuelta al caballo. El portal se abrió.

—¡Despellejador! ¡Óyeme, maldito juramentado! ¡Engañas a la muerte! ¡Pero yo vengo a por ti! ¡Ahora! —Caballo y jinete se precipitaron por el desgarro y se desvanecieron; un momento después la puerta también se desvaneció.

El repentino silencio resonó como un canto fúnebre en la cabeza de Navaja. Respiró hondo con el aliento entrecortado y se sacudió.

—Beru nos libre —susurró otra vez—. Era mi tío…

—Daré de comer a los caballos, muchacho —dijo Heboric—. Sal y ve a ver a las mujeres. Es probable que hayan oído gritos y no sepan lo que pasa. Vamos, Navaja.

El daru asintió y echó a andar. *Barukanal. Mammoltenan…* ¿Qué había revelado el soldado? ¿Qué espantoso secreto se ocultaba en las palabras de la aparición? *¿Qué tienen que ver Baruk y los otros con el tirano? ¿Y los seguleh? ¿El tirano va a volver?*

—Dioses, tengo que regresar a casa.

Fuera de las verjas, Felisin y Scillara estaban sentadas en el camino. Las dos fumando roya y, aunque Felisin parecía enferma, había una expresión decidida y desafiante en sus ojos.

—Relájate —dijo Scillara—. No se traga el humo.

—¿No? —le preguntó Felisin a su compañera—. ¿Cómo lo haces?

—¿No tenéis ninguna pregunta? —inquirió Navaja.

Las mujeres lo miraron.

—¿Sobre qué? —preguntó Scillara.

—¿No lo habéis oído?

—¿Oír qué?

No lo oyeron. No tenían que oírlo. Pero nosotros sí. ¿Por qué? ¿Se había equivocado el soldado en sus suposiciones? Enviado por el Embozado, no para ver a los sacerdotes y

sacerdotisas muertos de D’rek… *sino para hablar con nosotros.*

El tirano regresará. Decirle eso a un hijo de Darujhistan.

—Dioses —susurró otra vez—. Tengo que volver a casa.

La voz de Ranagrís le gritó en el cráneo.

—*¡Amigo Navaja! ¡Sorpresa y alarma!*

—¿Y ahora qué? —preguntó y se volvió para ver al demonio, que apareció saltando.

—*El Soldado de Muerte. Maravilloso. ¡Dejó su lanza!*

Navaja se quedó mirando el arma que sujetaba el demonio entre los dientes y se le cayó el alma a los pies.

—Menos mal que no te hace falta la boca para hablar.

—*¡De acuerdo, dicho con solemnidad, amigo Navaja! Interrogante. ¿Te gustan estas sedas?*

El portal que llevaba a la fortaleza flotante requería trepar un poco. Mappo e Icarium se detuvieron en el umbral y se quedaron mirando la cámara cavernosa. El suelo era casi llano. Una luz leve parecía emanar de las paredes de piedra.

—Podemos acampar aquí —dijo el trell.

—Sí —asintió Icarium—. Pero antes, ¿exploramos?

—Por supuesto.

La cámara albergaba otros tres mecanismos más, idénticos al sumergido en el lago, cada uno colocado sobre caballetes, como barcos en el dique seco. Las escotillas se abrieron con un bostezo y revelaron asientos acolchados en el interior. Icarium se acercó al más próximo y empezó a examinar su interior.

Mappo desató la saquita de su cinturón y empezó a sacar la más grande del interior. Al poco rato estaba extendiendo los petates y disponiendo la comida y el vino. Después extrajo de su mochila una maza con bandas de hierro; no

era su favorita sino otra, prescindible, ya que no poseía ninguna virtud hechicera.

Icarium regresó a su lado.

—Están inertes —dijo—. Fuera cual fuera la energía que en un principio se imbuyera dentro de la máquina, se ha agotado, y no veo modo de restaurarla.

—Tampoco es de extrañar, ¿no? Sospecho que esta fortaleza lleva aquí mucho tiempo.

—Cierto, Mappo. ¡Pero imagina que fuéramos capaces de dar vida a uno de esos mecanismos! ¡Podríamos viajar a gran velocidad y con comodidad! Uno para ti y otro para mí, ah, qué tragedia. Mira, hay un pasadizo. Ahondemos en el gran misterio que ofrece esta fortaleza.

Con solo su maza en la mano, Mappo siguió a Icarium al interior del amplio pasillo.

Varios almacenes bordeaban el pasaje; fuera lo que fuera lo que otrora contenían, en aquellos momentos no había más que montones de polvo sin alterar.

Tras sesenta pasos llegaron a un cruce. Tenían delante una barrera arqueada que rielaba como un estanque vertical de mercurio. A derecha e izquierda se abrían pasillos y los dos parecían curvarse a lo lejos.

Icarium sacó una moneda de la saquita de su cinturón y a Mappo le divirtió ver que la habían acuñado cinco siglos atrás.

—Eres el mayor avaro del mundo, Icarium.

El jhag sonrió y se encogió de hombros.

—Creo recordar que nadie acepta jamás que le paguemos, por muy notorio que sea el gasto del servicio proporcionado. ¿Es un recuerdo preciso, Mappo?

—Lo es.

—Bueno, ¿cómo puedes acusarme, entonces, de ser tacaño? —Tiró la moneda hacia la barrera de plata. Se

desvaneció. Unas ondas rodaron hacia fuera, traspasaron el marco de piedra y después regresaron.

—Es una manifestación pasiva —dijo Icarium—. Dime, ¿tú oíste la moneda golpear algo detrás?

—No, ni tampoco emitió ningún sonido al entrar por… eh, la puerta.

—Me siento tentado a pasar.

—Quizá no resulte muy saludable.

Icarium dudó un instante, sacó un cuchillo para desollar y metió la hoja en la barrera. Ondas más suaves. El jhag sacó el arma. La hoja parecía intacta. Nada de la sustancia se había adherido a ella. Icarium pasó la yema de un dedo por el hierro.

—No hay cambio de temperatura —observó.

—¿Pruebo con un dedo que no vaya a echar mucho de menos? —preguntó Mappo levantando la mano izquierda.

—¿Y cuál sería, amigo mío?

—No lo sé. Supongo que echaría de menos cualquiera de ellos.

—¿La punta?

—Sabia cautela. —Mappo cerró el puño salvo por el último dedo, el meñique, se acercó y metió el dedo hasta el primer nudillo en la puerta que rielaba—. No hay dolor, al menos. Es, creo, muy delgada. —Sacó la mano y examinó el dígito—. Sano y entero.

—Con el estado de tus dedos, Mappo, ¿cómo lo sabes?

—Ah, veo un cambio. No queda mugre, ni siquiera incrustada bajo la uña.

—Atravesarla es limpiarse. ¿Crees que es eso?

Mappo estiró la mano entera y la metió.

—Siento aire detrás. Más fresco, más húmedo. —Sacó la mano y se la miró—. Limpia. Demasiado limpia. Me alarma.

—¿Por qué?

—Porque me doy cuenta de lo que asqueroso que estoy, por eso.

—Me pregunto si hará lo mismo con nuestras ropas.

—Eso estaría bien, aunque quizá posea algún tipo de umbral. Demasiado mugriento y se limita a aniquilar el material que lo ofende. Podríamos salir desnudos por el otro lado.

—Ahora me alarmo yo, amigo mío.

—Sí. Bueno, ¿qué hacemos, Icarium?

—¿Tenemos alguna alternativa? —Y con eso, el jhag se metió por la barrera.

Mappo suspiró y lo siguió.

Solo para que lo sujetaran por el hombro y lo tirarán hacia atrás antes de que diera un segundo paso, que, como vio, habría sido en el aire vacío.

La cueva que tenían delante era enorme. Un puente había conectado una vez el saliente sobre el que se encontraban con un enorme e imponente fortín que flotaba en el espacio, a cien pasos o más enfrente de ellos. Quedaban secciones de esa pasarela de piedra, que parecían carecer de apoyos, pero otras partes se habían roto y flotaban inmóviles en el aire.

Mucho más abajo, a una profundidad mareante, la oscuridad se tragaba la caverna. Sobre ellos, una cúpula de piedra negra tallada con tosquedad resplandecía con una luz muy leve, como un cielo nocturno. Edificios escalonados se alzaban por las paredes interiores, filas de ventanas oscuras, pero sin balcones. El polvo y los escombros nublaban el aire, donde nada se movía. Mappo no dijo nada, se encontraba demasiado perplejo por la vista que tenían delante.

Icarium le tocó el hombro y después señaló algo pequeño que planeaba justo delante: la moneda. Y no estaba inmóvil

como había parecido a primera vista. Se alejaba muy despacio, flotando. El jhag estiró la mano, la recuperó y se la volvió a meter en la saquita que tenía en la cintura.

—Un rendimiento digno de mi inversión —murmuró—. Puesto que hay impulso, deberíamos poder viajar. Lanzarnos desde este saliente. Hacia el fortín.

—Un plan acertado —dijo Mappo—, salvo por todos los obstáculos que hay en medio.

—Ah, bien observado.

—Puede que haya un puente intacto en el otro lado. Podríamos tomar uno de los pasillos laterales que tenemos detrás. Si existe ese puente, es probable que esté indicado con una barrera plateada como esta.

—¿Jamás has deseado poder volar, Mappo?

—De niño, quizá, seguro que sí.

—¿Solo de niño?

—Es cuando se sueña con volar, Icarium. ¿Exploramos uno de los corredores que tenemos detrás?

—Muy bien, aunque admito que espero que no encontremos ningún puente.

Un sinfín de habitaciones, pasajes y nichos por el ancho corredor arqueado, los suelos cargados de polvo, símbolos extraños, desvaídos, grabados sobre las puertas, quizá un sistema numérico de algún tipo. El aire estaba estancado y se percibía un leve olor acre. No quedaba ningún mueble en las cámaras colindantes. Ni tampoco, comprendió Mappo, ningún cadáver como el que Icarium había descubierto en el mecanismo que descansaba en el lecho del lago. ¿Una evacuación ordenada? En ese caso, ¿adónde habían ido los colas cortas?

Al final llegaron a otra puerta plateada. La atravesaron con cautela y se encontraron en el umbral de un puente estrecho. Intacto, cruzaba el espacio que los separaba del fortín flotante, que se cernía mucho más cerca en ese lado, el contrario a aquel en el que se encontraban la primera vez que habían visto el fortín. El muro trasero de la isla era mucho más tosco, las ventanas eran cuchilladas verticales colocadas aparentemente al azar en las deformes proyecciones, recuadros ladeados y torres torcidas.

—Extraordinario —dijo Icarium en voz baja—. Me pregunto qué revela esta cara oculta de la locura de los hacedores, esos tales k'chain che'malle…

—¿Una cierta tensión, quizá?

—¿Tensión?

—Entre —dijo Mappo— el orden y el caos. Una dicotomía interna, impulsos en conflicto…

—Las contradicciones evidentes en toda vida inteligente —dijo Icarium con un asentimiento. Pisó la pasarela y después, meneando los brazos, empezó a alejarse flotando.

Mappo estiró los brazos y consiguió hacerse con el pie del jhag, que se agitaba. Tiró de Icarium y lo posó de nuevo en el umbral.

—Bueno —dijo con un gruñido—, qué interesante. No pesabas nada cuando te tenía cogido. Tan ligero como una mota de polvo.

Poco a poco, con vacilación, el jhag se puso en pie de nuevo.

—Eso fue de lo más alarmante. Parece que tendremos que volar, después de todo.

—¿Entonces para qué construir puentes?

—No tengo ni idea. A menos —añadió— que el mecanismo que sea que invoca esta ingravidez se esté estropeando, perdiendo precisión.

—¿Así que los puentes deberían haber estado exentos? Es posible. En cualquier caso, ¿ves las barandillas que se proyectan no hacia arriba sino hacia ambos lados? Modestas pero suficientes para sujetarse, si tuviéramos que reptar.

—Sí. ¿Vamos?

La sensación, decidió Mappo cuando llegó al centro, con Icarium avanzando con precaución por delante, no era muy agradable. Náuseas, vértigo, una extraño impulso de soltar la mano debido a la inercia procurada por los propios músculos. Todo sentido de la verticalidad había desaparecido y había momentos en los que Mappo estaba convencido de que estaban subiendo por una escala en lugar de serpentear de forma más o menos horizontal por la longitud del puente.

Una entrada estrecha pero alta se abría más adelante, donde el puente entraba en contacto con el fortín. Fragmentos de la puerta, que en otro tiempo sostenía, flotaban inmóviles delante. Fuera lo que fuera lo que la había hecho pedazos, procedía del interior.

Icarium alcanzó el umbral y se levantó. Momentos después, Mappo se reunió con él y se asomaron a la oscuridad.

—Huelo a… muerte… inmensa.

Mappo asintió. Sacó su maza, miró la bola de hierro con pinchos y después volvió a deslizar el mango por la presilla de cuero del cinturón.

Con Icarium a la cabeza, entraron en el fortín.

El pasillo era tan estrecho como la puerta en sí, las paredes irregulares, de basalto negro, húmedas de condensación; el suelo era precario, con bultos y protuberancias sembrados al azar y depresiones resbaladizas, con hielo que crujía y se movía bajo los pies. Se extendía más o menos en línea recta a lo largo de

cuarenta pasos. Para cuando llegaron a la abertura del final, sus ojos se habían acostumbrado a la falta de luz.

Otra enorme cámara, como si hubieran tallado el corazón de la fortaleza. Unos inmensos maderos negros atados de forma cruciforme llenaban la cueva y en ellos estaba empalado un dragón. Muerto mucho tiempo atrás, otrora congelado pero en ese momento pudriéndose. Habían clavado en la garganta del dragón un pincho de hierro tan grueso como el torso de Mappo, justo sobre el esternón. Una sangre de color aguamarina se había escapado de la herida y seguía chorreando, pesada e hinchada, sobre el suelo de piedra, en gotas lentas, regulares, del tamaño de puños.

—Yo conozco a este dragón —susurró Icarium.

¿Cómo? No, no preguntes.

—Yo conozco a este dragón —dijo Icarium otra vez—. Sorrit. Su orientación era… Serc. La senda del Firmamento. —Se llevó las dos manos a la cara—. Muerta. Han asesinado a Sorrit…

—Un trono de lo más delicioso. No, delicioso no. De lo más amargo, vil, un sabor pésimo, ¿en qué estaba yo pensando?

—Tú no piensas, Cuajo. Nunca piensas. Yo no recuerdo ningún trono. ¿Qué trono? Tiene que haber algún error. No-Apsalar oyó mal, eso es obvio. Lo oyó fatal, un error absoluto. Además, hay alguien sentado en él.

—De una forma deliciosa.

—Te he dicho que no había ningún trono…

La conversación llevaba media noche discurriendo en ese tono, viajaban por los extraños caminos de Sombra, serpenteando por un paisaje fantasmal que no hacía más que cambiar entre dos mundos, aunque los dos estaban igual de destrozados y desolados. A Apsalar le sorprendió la

increíble extensión de ese fragmento del reino de Sombra. Si no recordaba mal las evocaciones de Cotillion, el reino vagaba sin ataduras con el mundo que Apsalar llamaba suyo, y ni la Cuerda ni Tronosombrío poseían control alguno sobre sus peregrinaciones, en apariencia aleatorias. Y lo que era más extraño todavía, era obvio que una especie de caminos salían del fragmento, giraban y salvaban distancias inmensas, como raíces o tentáculos, y a veces sus movimientos resultaban ser independientes del fragmento más grande.

Como el que estaban atravesando en ese momento. Más o menos seguían el camino oriental que salía de Ehrlitan y rodeaba la fina cinta de cedros de la izquierda, más allá de la cual estaba el mar. Y cuando el camino de los mercaderes empezaba a curvarse hacia el norte para encontrarse con la línea de costa, el camino de Sombra se unía a él y se estrechaba hasta que era apenas de la anchura de la propia pista.

Sin hacer caso del parloteo incesante de las dos fantasmas que revoloteaban tras ella, Apsalar siguió adelante, luchando contra la falta de sueño e impaciente por cubrir tanto terreno como le fuera posible antes de la salida del sol. Su control del camino de Sombra se iba haciendo cada vez más tenue, se desvanecía cada vez que perdía un momento la concentración. Al final, se detuvo.

La senda se desmenuzó a su alrededor. El cielo del este se estaba iluminando. Se encontraban en el camino de los mercaderes, en la base de un ascenso que serpenteaba hasta el cerro de la costa, los rhizanos atravesaban el aire disparados a su alrededor.

—¡El sol regresa! ¡Otra vez no! ¡Telorast, tenemos que escondernos! ¡En algún sitio!

—No, no hace falta, idiota. Solo es más difícil vernos, eso es todo, a menos que no tengas cuidado. Por supuesto, Cuajo, tú eres incapaz de tener cuidado, así que estoy deseando ver tu disolución entre gimoteos. Paz por fin. Durante un rato, al menos.

—¡Eres perversa, Telorast! Siempre lo he sabido, incluso antes de que fueras y usaras ese cuchillo contra…

—¡Calla! Yo nunca usé ese cuchillo contra nadie.

—¡Eres una mentirosa!

—¡Repite eso y te arreo!

—¡No puedes! ¡Me estoy disolviendo!

Apsalar se pasó una mano por la frente. La sacó reluciente de sudor.

—En esa hebra de Sombra había… algo raro —dijo.

—Oh, sí —respondió Telorast, que se deslizó a su alrededor y se agazapó ante la joven en un miasma de remolino gris—. Es enfermiza. Todos los extremos exteriores lo son. Están envenenados, pudriéndose de caos. Para nosotras, la culpa la tiene Tronosombrío.

—¿Tronosombrío? ¿Por qué?

—¿Por qué no? Lo odiamos.

—Y esa es razón suficiente.

—La razón más suficiente de todas.

Apsalar estudió la pista que ascendía.

—Creo que estamos cerca.

—Bien. Excelente. Tengo miedo. Paremos aquí. Volvamos, ya.

Apsalar atravesó al fantasma y empezó a subir.

—Eso fue una crueldad —siseó Telorast tras ella—. Si yo te poseyera, no me haría eso. Ni siquiera a Cuajo, no lo haría. Bueno, quizá, si estuviera muy cabreada. No estás cabreada conmigo, ¿verdad? Por favor, no te cabrees conmigo, haré lo que quieras, hasta que estés muerta.

Entonces bailaré sobre tu cuerpo apestoso e hinchado, porque eso es lo que querrías que hiciera, ¿verdad? Yo lo querría si fuera tú y tú estuvieras muerta y yo persistiera el tiempo suficiente como para bailar sobre ti, cosa que haría.

Al llegar a la cima, Apsalar vio que la pista continuaba por el cerro otros doscientos pasos antes de volver a girar y bajar por sotavento. El viento fresco de la mañana le secó el sudor de la piel, llegaba suspirando de la inmensa capa oscura que era el mar que tenía a la izquierda. Miró abajo y vio una playa estrecha a unos quince hombres de altura de ella, repleta de maderos. Por la pista, a su derecha, cerca del otro extremo, un bosquecillo de árboles atrofiados se alzaban de un hueco en el acantilado y en medio de ellos, una torre de piedra. Yeso blanco cubría buena parte de la superficie, salvo el tercio superior, donde las piedras talladas con tosquedad seguían expuestas.

Apsalar echó a andar hacia allí cuando los primeros haces de luz se dispararon sobre el horizonte.

Pilas de pizarra llenaban el modesto recinto que rodeaba la torre. No se veía a nadie y Apsalar no oyó nada en el interior cuando cruzó sin prisas y se detuvo ante la puerta.

Le llegó el susurro leve de Telorast.

—Esto no va bien. Aquí vive un desconocido. Tiene que ser un desconocido, puesto que nunca lo hemos visto. Y si no es un desconocido, entonces es alguien que yo conozco, cosa que podría ser incluso peor…

—Silencio —dijo Apsalar mientras levantaba una mano para llamar a la puerta, pero entonces se detuvo, dio un paso atrás y se quedó mirando el enorme cráneo de reptil incrustado en la pared, encima de la entrada—. ¡Por el aliento del Embozado! —Vaciló, Telorast emitía chillidos y jadeos diminutos tras ella, después dio un golpe seco en la madera curtida por los elementos con un puño enguantado.

Los sonidos de algo cayéndose y después botas que crujían sobre grava y guijarros. Se descorrió un cerrojo y la puerta se abrió entre una nube de polvo.

El hombre que apareció en el interior llenaba la puerta. Napaniano, músculos inmensos, cara franca, ojos pequeños. La cabeza afeitada y blanca de polvo que atravesaban unas cuantas vetas de sudor y caían para relucir en las cejas gruesas y ásperas.

Apsalar sonrió.

—Hola, Urko.

El hombre lanzó un gruñido antes de contestar.

—Urko se ahogó. Se ahogaron todos.

—Fue esa falta de imaginación lo que te traicionó —respondió ella.

—¿Quién eres?

—Apsalar…

—No, no lo eres. Apsalar era imass…

—No la señora de los Ladrones. Solo es el nombre que escogí…

—Muy arrogante por tu parte, maldita sea.

—Quizá. En cualquier caso, te traigo recuerdos de Danzante.

La puerta se le cerró a Apsalar en la cara.

Tosiendo por el polvo que la cubrió, retrocedió un paso y se limpió la arenilla de los ojos.

—Je, je —dijo Telorast tras ella—. ¿Podemos irnos ya?

Apsalar volvió a aporrear la puerta.

Tras un largo momento se abrió de nuevo. El hombre tenía el ceño fruncido.

—Una vez intenté ahogarlo, ¿sabes?

—No, sí, lo recuerdo. Estabas borracho.

—No puedes recordar nada porque tú no estabas allí. Y no estaba borracho.

—Oh. Entonces… ¿por qué?

—Porque me irritó, por eso. Como estás haciendo tú ahora mismo.

—Necesito hablar contigo.

—¿Para qué?

De repente no tenía respuesta que darle a aquel hombre.

Él entrecerró los ojos.

—¿De verdad pensó que estaba borracho? Qué imbécil.

—Bueno, supongo que la alternativa era demasiado deprimente.

—No sabía yo que tuviera un alma tan sensible. ¿Eres hija suya? Algo… en tu postura…

—¿Puedo pasar?

El hombre se apartó de la puerta. Apsalar entró y se detuvo, una vez más, con los ojos puestos en el enorme esqueleto sin cabeza que dominaba el interior y que llegaba hasta el techo de la torre. Bípedo, de cola larga, los huesos de un color marrón bruñido.

—¿Qué es esto?

—Fuera lo que fuera —dijo Urko—, podía tragarse un bhederin de un bocado.

—¿Cómo? —le preguntó Telorast a Apsalar con un susurro —. No tiene cabeza.

El hombre oyó la pregunta y arrugó la frente.

—Tienes compañía. ¿Qué es, un familiar o algo así? No lo veo y eso no me hace gracia. Ninguna.

—Un fantasma.

—Deberías desterrarlo al Embozado —dijo él—. Este no es sitio para fantasmas, por eso son fantasmas.

—¡Es un hombre perverso! —siseó Telorast—. ¿Qué son esos?

Apsalar distinguió apenas a la sombra cuando flotó hacia una larga mesa que había a la derecha. Sobre ella había

versiones más pequeñas del esqueleto gigante, tres de ellas del tamaño de cuervos aunque, en lugar de picos, las criaturas poseían largos morros revestidos de dientes afilados como agujas. Los huesos se habían cosido con tripa y las figuras estaban montadas de modo que se alzaban erguidas, como ratas de agua que hicieran guardia.

Urko estaba estudiando a Apsalar, tenía una expresión extraña en el rostro franco de rasgos fuertes. Después pareció sobresaltarse.

—He hecho un poco de té —dijo.

—Sí, te lo agradezco.

El hombre se acercó a la modesta cocina y empezó a buscar unas tazas.

—No es que no quiera visitas… bueno, sí es eso. Siempre traen problemas. ¿Tenía algo más que decir Danzante?

—No. Y ahora se hace llamar Cotillion.

—Eso lo sabía. No me sorprende que sea el patrón de los Asesinos. Era el homicida más temido del Imperio. Más que Torva, que era igual de traicionera. O Topper, que era igual de cruel. Supongo que esos dos todavía creen que ganaron. Idiotas. ¿Quién se pasea ahora entre los dioses, eh? —Se acercó con una taza de arcilla—. Una infusión de por aquí, un poco tóxica pero no letal. Un antídoto contra las picaduras de serpiente buther, muy útil porque esas cabronas infestan la zona. Resulta que construí mi torre cerca de un nido de cría.

Uno de los pequeños esqueletos de la mesa se cayó y después volvió a enderezarse de un tirón, la cola extendida y el torso inclinado casi en horizontal.

—Una de mis compañeras fantasmas acaba de poseer a esa criatura —dijo Apsalar.

Un segundo se puso en torpe movimiento con una sacudida.

—Dioses del inframundo —susurró Urko—. ¡Mira la postura! ¡Pues claro! Tiene que ser así. ¡Pues claro! —Se quedó mirando el inmenso esqueleto del fósil—. ¡Está mal! ¡Se inclinan hacia delante para no perder el equilibrio!

Telorast y Cuajo comenzaban a dominar a toda prisa sus nuevos cuerpos, hacían chasquear las mandíbulas y daban saltos por la mesa.

—Sospecho que no van a querer renunciar a esos esqueletos —dijo Apsalar.

—¡Se los pueden quedar como premio por su revelación! —Hizo una pausa, miró a su alrededor y después murmuró—: Tendré que tirar un muro…

Apsalar suspiró.

—Supongo que es de agradecer que no se hayan decidido por la versión grande.

Urko la miró con los ojos un poco más abiertos.

—Bébete el té —rezongó después—, la toxicidad empeora al enfriarse.

Apsalar tomó un sorbo. Y se encontró con que los labios y la lengua se le entumecieron de repente.

Urko sonrió.

—Perfecto. Así la conversación es más breve y puedes ponerte en camino mucho antes.

—Gabdón.

—Enseguida se te pasará. —El hombre encontró un taburete y se sentó frente a ella—. Eres hija de Danzante. Tienes que serlo, aunque no veo ninguna similitud facial, tu madre debió de ser preciosa. Está en tu forma de andar, en tu postura. Te engendró él y fue lo bastante egoísta como para enseñarte, a ti, su propia hija, el arte del asesinato. Cosa que te inquieta, te lo noto. Lo veo en tus ojos. El legado te persigue, te sientes atrapada, enjaulada. Ya te has manchado las manos de sangre, ¿verdad? ¿Está orgulloso tu

padre? —Urko hizo una mueca y después escupió—. Debería haberlo ahogado allí mismo. Si hubiera estado borracho, lo habría hecho.

—De equivogas.

—¿Equivogas? ¿Me equivoco, quieres decir? ¿Ah, sí?

Apsalar asintió, intentaba contener la furia provocada por el engaño de aquel tipo. Había ido allí porque necesitaba hablar y él le había robado la habilidad de formar palabras.

—Do higa. Bodeida.

Urko frunció el ceño.

Apsalar señaló los dos esqueletos de reptil que en ese momento se escabullían por el suelo plagado de piedras.

—Bodedión.

—Posesión. ¿Te poseyó? ¿El dios te poseyó? ¡Que el Embozado le corte las pelotas y las mastique con calma! —Urko se puso en pie y apretó los puños—. Espera, aguanta, muchacha. Tengo un antídoto contra el antídoto. —Encontró un vaso de precipitación polvoriento y lo frotó hasta que quedó visible un trozo de la loza rojiza vidriada—. Este, sí. —Buscó otra taza y la llenó—. Bebe.

Dulzón, un sabor que después se volvió amargo y picante.

—Oh. Qué… rápido.

—Mis disculpas, Apsalar. Soy un miserable la mayor parte del tiempo, lo admito. Y he hablado más desde que estás aquí que en los últimos años. Así que ahora voy a callarme. ¿Qué puedo hacer por ti?

Apsalar dudó y apartó la vista.

—No puedes, en realidad. No debería haber venido. Todavía tengo tareas que terminar.

—¿Para él?

Ella asintió.

—¿Por qué?

—Porque di mi palabra.

—No le debes nada, excepto quizá un navajazo por la espalda.

—Una vez termine… deseo desaparecer.

Urko se sentó de nuevo.

—Ah. Sí, bueno.

—Creo que un ahogamiento accidental ya no se sostendrá, Urko.

Una débil sonrisa.

—Era nuestro chiste, sabes. Todos hicimos el pacto… de ahogarnos. Nadie lo entendió. Nadie lo entiende. Probablemente nadie lo entenderá jamás.

—Yo sí. Danzante sí. Hasta Tronosombrío, creo.

—Torva no. Nunca tuvo sentido del humor. Siempre se obsesionaba con los detalles. Me pregunto si la gente así es feliz alguna vez. ¿Son siquiera capaces de ello? ¿Qué inspira sus vidas, en cualquier caso? Dales demasiado y se quejan. Dales muy poco y se quejan un poco más. Hazlo bien y la mitad se queja de que es demasiado y la otra mitad de que es muy poco.

—No me extraña que ya no te relaciones con la gente, Urko.

—Sí, ahora prefiero los huesos. Personas. Demasiadas, con mucho, en mi opinión.

La chica miró a su alrededor.

—Danzante quería que espabilaras. ¿Por qué?

Los ojos del napaniano se desviaron y no contestó.

Apsalar sintió un temblor de inquietud.

—Sabe algo, ¿verdad? Eso es lo que te está diciendo con ese sencillo saludo.

—Asesino o no, a mí siempre me cayó bien Danzante. Sobre todo por cómo sabía mantener la boca cerrada.

Los dos esqueletos de reptiles estaban rebuscando junto a la puerta. Apsalar los estudió durante un momento.

—Desaparecer… de un dios.

—Sí, no será fácil.

—Dijo que podía irme, una vez termine. Y no vendrá a por mí.

—Créelo, Apsalar. Danzante no miente y sospecho que ni siquiera la divinidad cambiará eso.

Me parece que eso es lo que necesitaba oír.

—Gracias. —Apsalar se dirigió a la puerta.

—¿Tan pronto? —preguntó Urko.

La chica se volvió y lo miró.

—¿Demasiado o muy poco?

Él entrecerró los ojos y lanzó una carcajada que era casi un gruñido.

—Tienes razón. El tiempo justo. Debo tener cuidado con lo que pido.

—Sí —dijo ella. *Y eso es también lo que Danzante quería recordarte, ¿verdad?*

Urko apartó la mirada.

—Maldito sea, de todos modos.

Apsalar abrió la puerta con una sonrisa. Telorast y Cuajo se escabulleron fuera. Ella las siguió un momento después.

Un denso esputo en las manos, frotárselas con cuidado y pasárselas por el pelo. El forajido gral se irguió, lanzó arena con los pies a la pequeña hoguera y después recogió su mochila y se la echó a los hombros. Cogió el arco de caza, lo encordó y colocó una flecha. Una última mirada alrededor y se puso a andar.

El rastro no era difícil de seguir. Taralack Veed continuó examinando la maleza tosca, rota. Una liebre, un urogallo

del desierto, un lagarto mamlak, valdría lo que fuera; estaba harto de tiras de bhederin curadas al sol, y se había comido el último dátil dos noches antes. No le faltaban los tubérculos, claro, pero si comía muchos se pasaría medio día agachado encima de un agujero excavado a toda prisa.

El demonio d'ivers se estaba acercando a su presa y era vital que Taralack permaneciera en las cercanías para poder asegurarse del resultado. Le pagaban muy bien por lo que tenía que hacer y eso era todo lo que importaba. Oro y, con él, la influencia para reclutar una compañía de mercenarios. Después, de regreso a su aldea para hacer justicia más que merecida con los que lo habían traicionado. Entonces asumiría el manto de caudillo y llevaría a los gral a la gloria. Su destino se extendía ante él y todo iba bien.

Dejim Nebrahl no revelaba digresión alguna, no se apartaba de su camino. El d'ivers era de una singularidad admirable, fiel a sus principios. No habría desviación, pues la criatura ansiaba la libertad que sería la recompensa tras la conclusión de la tarea. Así era como había que hacer tratos, y Taralack se encontró admirando a los sin nombre. Por muy pavorosos que fueran los relatos que había oído sobre el culto secreto, sus transacciones con ellos siempre habían sido limpias, lucrativas y claras.

El culto había sobrevivido a la conquista malazana y eso ya era decir mucho. El antiguo emperador había desplegado una habilidad misteriosa para infiltrarse en los innumerables cultos que abundaban en Siete Ciudades y después había provocado una matanza implacable entre los partidarios.

Eso también era digno de admiración.

Esa lejana emperatriz, sin embargo, estaba resultando mucho menos impresionante. Cometía demasiados errores. Taralack no podía respetar a una criatura así y había hecho un ritual de maldecir su nombre con cada amanecer y cada

atardecer, con tanta vehemencia como la que usaba para maldecir a los otros setenta y cuatro enemigos jurados de Taralack Veed.

La comprensión era como agua en el desierto. Atesorada con avaricia, repartida de mala gana en el más escaso de los sorbos. Y él, Taralack Veed, podía atravesar mil desiertos con una sola gota.

Las exigencias del mundo eran así. Se conocía lo bastante bien como para admitir que el suyo era el encanto de una víbora, seductor, hipnotizador y, en último caso, letal. Una víbora invitada a un nido de ratas de agua, ¿cómo podían maldecirlo por lo que era su naturaleza? Había matado al marido, después de todo, como servicio al corazón de ella, un corazón que lo había tragado entero. Jamás había sospechado que ella luego lo iba a expulsar, que solo lo quería para utilizarlo y que otro hombre había estado esperando a la sombra de la choza para calmar el torturado espíritu de la afligida viuda. No había creído que ella también poseyera los encantos de una víbora.

Se detuvo cerca de un peñasco, sacó una bota de agua de la mochila y quitó el amplio tapón de arcilla cocida. Se bajó el taparrabos, se agachó y orinó en la bota. No había manantiales en quince leguas o más en la dirección en la que lo llevaba el d'ivers. Ese sendero convergería al final con un camino de mercaderes, por supuesto, pero eso sería dentro de una semana o más. Era obvio que el d'ivers Dejim Nebrahl no sufría los estragos de la sed.

La satisfacción de una voluntad singular, bien lo sabía él. Digna de imitación, en lo que fuera físicamente posible. Se irguió y se volvió a subir el taparrabos. Taralack Veed volvió a poner el tapón, se colgó la bota al hombro y reanudó su comedida persecución.

Bajo estrellas que relucían y una mancha pálida en el este, Scillara se arrodilló en el suelo duro y vomitó los restos de la cena, y después nada, salvo bilis, cuando náusea tras náusea la atravesó entera. Por fin se calmaron los espasmos. Arrastrándose un poco, se alejó entre jadeos y se sentó con la espalda apoyada en una roca.

El demonio Ranagrís la observaba desde diez pasos más allá, meciéndose con lentitud de un lado a otro.

Observarlo provocaba un regreso de las náuseas, así que Scillara apartó los ojos, sacó su pipa y empezó a cargarla otra vez.

—Han pasado días —murmuró—. Creí que ya lo había dejado atrás. Maldita sea.

Ranagrís se acercó sin prisas y se encaminó al lugar donde ella había devuelto. Lo olisqueó y después tapó con montones de arena el lugar ofensor.

Con una gran habilidad, fruto de la práctica, Scillara provocó una rápida serie chispas que metió en la cazoleta de la pipa con el pedernal y el prendedor de hierro. La hierba de bisonte triturada y mezclada con la roya se prendió y unos momentos más tarde estaba inhalando bocanadas de humo.

—Así me gusta, sapo. Cubre mi rastro… qué raro que no se lo hayas dicho a los otros. ¿Respetando mi privacidad?

Ranagrís, como era de esperar, no respondió.

Scillara se pasó una mano por la hinchazón del vientre. ¿Cómo podía estar engordando cada vez más cuando llevaba vomitando una comida de cada tres desde hacía semanas? Había algo diabólico en todo ese asunto del embarazo. Como si poseyera su propio demonio, acurrucado allí, en su barriga. Bueno, cuanto antes saliera, antes podría

vendérselo a algún chulo, o al jefe de un harén. Allí lo alimentarían, criarían y enseñarían el oficio del suplicante.

Ella sabía que la mayor parte de las mujeres que se molestaban paraban tras dos o tres, y ya entendía por qué. Sanadores, brujas, comadronas y nodrizas mantenían a los bebés en un estado de salud razonable, y el mundo siempre estaba allí para enseñarles sus costumbres. La desdicha se encontraba en la gravidez, en llevar ese peso creciente, en las secretas exigencias sobre sus reservas.

Y también había otra cosa. Algo que demostraba la perversidad innata del niño. Scillara se encontraba de vez en cuando con que se deslizaba en un agradable estado de ensueño que provocaba una sonrisa absurda que, por decirlo con sencillez, horrorizaba a Scillara. ¿Qué había que celebrar? El mundo no era un sitio agradable. No susurraba contento. No, la seducción envenenada que se colaba en su cuerpo como un ladrón solo buscaba el delirio, una dichosa estupidez, y de eso ella ya estaba harta. Tan nefario como el durhang, ese señuelo letal.

Su abultado vientre no tardaría en ser obvio, lo sabía. A menos que intentara ponerse todavía más gorda. Había algo reconfortante en todo ese bulto sólido, pero no, era una seducción engañosa, otra vez, que encontraba una nueva forma de meterse en su cerebro.

Bueno, parecía que las náuseas habían pasado por completo. Scillara se puso en pie y regresó al campamento. Un puñado de carbones en la hoguera, que expulsaba jirones de humo, y tres figuras yacentes envueltas en mantas. Ranagrís apareció tras ella, la adelantó y se agachó junto al fuego. Cazó una poliñera al vuelo y se la metió en la enorme boca. Sus ojos eran de un color verde turbio que estudiaban a Scillara.

Esta volvió a llenarse la pipa. ¿Y por qué eran solo las mujeres las que tenían que tener bebés? Seguro que, a esas alturas, alguna bruja ascendiente ya podría haber hecho algún tipo de ajuste hechicero para solucionar la desigualdad. ¿Y si no era un defecto, sino una ventaja de algún tipo? Y no era que se le ocurriera ninguna ventaja obvia. Aparte de esa dicha extraña y sospechosa que se le colaba de forma constante. Aspiró con fuerza la roya. Bidithal había hecho de la eliminación del placer el primer ritual entre las chicas de su culto. Le gustaba la noción de no sentir nada en absoluto, de eliminar el peligroso deseo de sensualidad. Scillara no recordaba si había conocido alguna vez esas sensaciones.

Bidithal les había inculcado el éxtasis religioso; un estado, empezaba a sospechar Scillara, infinitamente más egoísta e interesado que satisfacer el cuerpo. Estar embarazada susurraba algo parecido a ese éxtasis y eso la inquietaba.

Una conmoción repentina. Se volvió y vio que Navaja se había incorporado.

—¿Ocurre algo? —le preguntó ella en voz baja.

Él la miró, su expresión era borrosa en la oscuridad, después exhaló un suspiro tembloroso.

—No. Un mal sueño.

—Casi está amaneciendo —dijo Scillara.

—¿Por qué estás despierta?

—Por nada en concreto.

Él se quitó la manta, se levantó y se acercó al fuego. Se agachó, tiró un puñado de yesca a los carbones relucientes, esperó hasta que cobró vida y empezó a añadir trocitos de estiércol.

—Navaja, ¿qué crees que pasará en la isla Otataral?

—No estoy seguro. No se puede decir que ese viejo malazano sea muy claro con el tema, ¿eh?

—Es destriant del Tigre del Verano.

Navaja la miró.

—De mala gana.

Scillara añadió más roya a su pipa.

—No quiere seguidores. Y si los quisiera, no seríamos nosotros. Bueno, yo no, ni Felisin. No somos guerreras. Tú —añadió— serías un candidato más probable.

Él lanzó un bufido.

—No, yo no, Scillara. Parece que sigo a otro dios.

—¿Parece?

Ella pudo distinguir apenas su encogimiento de hombros.

—Las cosas te vienen dadas —dijo.

Una mujer. Bueno, eso explica muchas cosas.

—Una razón tan buena como cualquier otra —dijo ella tras una gran bocanada de humo.

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir que yo no veo ninguna razón para seguir a un dios o a una diosa. Si eres digno de su interés, te utilizan. Sé lo que es que te utilicen y la mayor parte de las recompensas son cualquier cosa menos eso, aunque en ese momento te lo parezcan.

—Bueno —dijo él tras un instante—, alguien te ha recompensado a ti.

—¿Así es como tú lo llamas?

—¿Llamar a qué? Pareces tan… sana. Llena de vida, quiero decir. Y ya no estás tan delgada como antes. —Hizo una pausa y después se apresuró a añadir—: Que está bien. Estar medio muerta de hambre no te quedaba bien, no le queda bien a nadie, por supuesto. Tú incluida. Bueno, eso es todo.

Scillara se quedó sentada, fumando y observándolo bajo la luz creciente.

—Somos una buena carga para ti, ¿verdad, Navaja?

—¡No! ¡En absoluto! Debo escoltaos, una tarea que acepté encantado. Y eso no ha cambiado.

—¿No crees que Ranagrís es suficiente para protegernos?

—No, es decir, sí, seguramente sí. Pero no deja de ser un demonio, y eso complica las cosas; no es como si pudiera meterse como si nada en un pueblo o en una ciudad, ¿verdad? O negociar para conseguir provisiones, derecho de paso y cosas así.

—Felisin puede hacerlo. Y yo también, en realidad.

—Bueno. ¿Estás diciendo que no me quieres aquí?

—Estoy diciendo que no te necesitamos. Que no es lo mismo que decir que no te queremos, Navaja. Además, lo has hecho muy bien, has liderado bien esta extraña y pequeña compañía, aunque es obvio que no estás acostumbrado a hacerlo.

—Oye, si quieres hacerte cargo tú, por mí no hay problema.

Ah, una mujer que no quería seguirte, entonces.

—No veo razón para cambiar nada —dijo con todo despreocupado.

Él la miraba y ella lo contemplaba a su vez, los ojos de ella tan serenos e imperturbables como le era posible.

—¿Qué sentido tiene todo esto? —inquirió él.

—¿Sentido? No hay sentido. Solo charlábamos, Navaja. A menos… ¿que haya algo en concreto de lo que te gustaría hablar?

Ella lo vio apartarse de todos los modos posibles, salvo el físico, cuando le contestó.

—No, nada.

—No me conoces lo suficiente, ¿es eso? Bueno, tendremos tiempo de sobra.

—Te conozco… creo. Es decir, oh, tienes razón. No te conozco en absoluto. No conozco a las mujeres, es lo que quiero decir en realidad. ¿Y cómo iba a conocerlas? Es imposible intentar seguir vuestros pensamientos, intentar encontrar sentido a lo que decís, lo que está oculto tras vuestras palabras…

—¿Te refieres a mí en concreto o a las mujeres en general?

Navaja lanzó más estiércol al fuego.

—No —murmuró—, nada en concreto de lo que quisiera hablar.

—De acuerdo, pero yo tengo unos cuantos temas…

Él gimió.

—Se te encargó la tarea —continuó ella— de escoltarnos, ¿correcto? ¿Quién te encomendó esa tarea?

—Un dios.

—Pero no el dios de Heboric.

—No.

—Así que hay al menos dos dioses interesados en nosotros. Mala señal, Navaja. ¿Lo sabe Manos Fantasmales? No, no tiene ni idea, ¿verdad? No hay razón para decírselo…

—No es difícil imaginárselo —replicó Navaja—. Os estaba esperando. En el templo de Iskaral Pust.

—Dioses malazanos. Tronosombrío o Cotillion. Pero tú no eres malazano, ¿verdad?

—En serio, Scillara —dijo Navaja con tono cansado—, ¿tenemos que discutirlo ahora mismo?

—A menos —siguió ella— que tu amante lo fuera. Malazana, digo. La seguidora original de esos dioses.

—Oh, cómo me duele la cabeza —murmuró él, se llevó las manos a los ojos, se metió los dedos por el pelo y se lo

apretó como si quisiera arrancárselo—. Cómo… no, no quiero saberlo. No importa. Me da igual.

—¿Y dónde está ella ahora?

—Se acabó.

Scillara se calló. Sacó un cuchillo de hoja estrecha y empezó a limpiar su pipa.

Navaja se levantó de repente.

—Voy a empezar a hacer el desayuno.

Un chico muy dulce, decidió ella. Como arcilla húmeda en manos de una mujer. De una mujer que supiese lo que estaba haciendo, claro. *Y ahora la pregunta es, ¿debería estar haciendo esto?* Felisin adoraba a Navaja, después de todo. *Claro que, siempre podríamos compartirlo.*

—Observación burlona. La mujer de curvas suaves y grandes pechos quiere apretar su carne contra Navaja.

Ahora no, Ranagrís, respondió él sin hablar en voz alta mientras sacaba la comida de la mochila.

—Alarma. No, ahora no, desde luego. Los otros se están despertando de su inquieto sueño. Incomodidad y consternación a continuación, en especial con Felisin la Menor.

Navaja se detuvo un momento.

¿Qué? Por qué… ¡pero si apenas tiene edad! No, no puede ser. ¡Quítaselo de la cabeza, Ranagrís!

—Las insinuaciones del propio Ranagrís no son bien recibidas. Mueca abatida. Tú, Navaja, con capacidad de emitir semillas, capaz de ofrecer la posibilidad de engendrar. Revelación pasada. Las mujeres humanas llevan estanque de cría en el vientre. Pero un huevo sobrevive, solo uno. ¡Riesgo terrible! Debes llenar el estanque lo más deprisa posible, antes de que aparezca un macho rival y te

robe tu destino. Ranagrís defenderá tus derechos. Valiente abnegación, sacrificio como el de los Cercadores Centinelas entre nuestro pueblo. Progresismo altruista de reciprocidad y satisfacción retrasada sesgada alejada un tanto o incluso mucho. Indicativo de inteligencia superior, reconocimiento de los intereses de la comunidad. Ranagrís ya es cercador centinela de la diosa-humana de curvas suaves y pechos grandes.

¿Diosa? ¿Qué quieres decir con eso de diosa?

—Visión lujuriosa, es digna de veneración. Indicativos de valor en macho humano enturbian las aguas del estanque en la mente de Ranagrís. Asociación demasiado dilatada. Felizmente. Deseos sexuales contenidos durante largo tiempo. Poco saludable.

Navaja puso una olla con agua al fuego y le echó un puñado de hierbas.

¿Qué decías antes sobre sueños inquietos, Ranagrís?

—Observación, roza los estanques mentales. Inquieto. Se acerca peligro. Hay señales de advertencia.

¿Qué señales de advertencia?

—Obvias. Sueños intranquilos. Suficientes por sí solos.

No siempre, Ranagrís. A veces son cosas del pasado lo que nos obsesiona. Eso es todo.

—Ah. Ranagrís pensará en eso. Pero antes, punzadas. Ranagrís tiene hambre.

La calima gris del calor y el polvo dejaban apenas visibles las murallas lejanas. Leoman de los Mayales cabalgaba a la cabeza de la desharrapada columna con Corabb Bhilan Thenu'alas a su lado cuando se aproximó una compañía de jinetes procedente de las puertas de Y'Ghatan.

—Ahí —dijo Corabb—, jinete delantero, a la derecha del portaestandartes, ese es el falah'd Vedor. No parece… muy contento.

—Pues más vale que se acostumbre —dijo Leoman con un gruñido. Levantó una mano enguantada y la columna que llevaba detrás frenó y se detuvo.

Observaron acercarse a la compañía.

—Comandante, ¿nos reunimos con ellos a medio camino? —preguntó Corabb.

—Por supuesto que no —soltó Leoman.

Corabb no dijo nada más. Su líder estaba de mal humor. Un tercio de sus guerreros tenía que cabalgar de dos en dos. Una anciana bruja sanadora muy querida había muerto esa misma mañana y habían tenido que meter su cadáver bajo una losa de piedra no fuera a ser que algún espíritu vagabundo lo hallara. El propio Leoman había escupido en las ocho direcciones para consagrar el suelo y había derramado en la piedra cubierta de polvo gotas de su propia sangre de una brecha que se había abierto en la mano izquierda mientras pronunciaba la bendición en el nombre del Apocalipsis. Después había llorado. Delante de todos sus guerreros, que habían permanecido en silencio, asombrados por el dolor y el amor a sus seguidores que Leoman había revelado en ese momento.

El falah'd y sus soldados se detuvieron a cinco pasos de Leoman y Corabb.

Este estudió la cara cetrina y hundida de Vedor, los ojos turbios, y comprendió que era adicto a la amapola de d'bayang. Las manos de venas gruesas le temblaban en el pomo de la silla y cuando quedó patente que Leoman no iba a ser el primero en hablar, frunció el ceño y empezó él.

—Yo, falah'd Vedor de Y'Ghatan, la primera Ciudad Sagrada, por la siguiente te doy la bienvenida, Leoman de

los Mayales, refugiado de la caída de Sha'ik en Raraku, y a tus vencidos seguidores. Hemos preparado barracones seguros para tus guerreros y las mesas aguardan, atestadas de comida y vino. Tú, Leoman, y tus restantes oficiales seréis los invitados del falah'd en el palacio, durante el tiempo que necesitéis para reaprovisionar vuestro ejército y recuperaros de esta huida. Infórmanos de vuestro destino final y enviaremos mensajeros para anunciar vuestra llegada en todas y cada una de las aldeas, pueblos y ciudades de vuestra ruta.

Corabb se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento. Observó a Leoman cuando espoleó un poco su caballo hasta colocarse junto al falah'd.

—Hemos venido a Y'Ghatan —dijo Leoman en voz muy baja—, y es en Y'Ghatan donde nos quedaremos. Para aguardar la llegada de los malazanos.

La boca manchada de Vedor se movió por un momento sin emitir ni un solo sonido, después consiguió lanzar una carcajada seca.

—¡Como el filo de un cuchillo, tu sentido del humor, Leoman de los Mayales! ¡Es como proclama tu leyenda!

—¡Mi leyenda! Entonces esto tampoco te sorprenderá. —El cuchillo kethra fue un destello cegador que barrió el aire y acarició la garganta de Vedor. Brotó la sangre y la cabeza del falah'd cayó hacia atrás, botó con un golpe seco en la grupa del sobresaltado caballo, y rodó por el polvo del camino. Leoman estiró el brazo para evitar que se derrumbara el cadáver decapitado todavía sentado en la silla, después limpió la hoja en las túnicas de seda.

De la compañía de soldados de la ciudad no salió ni un solo sonido, no hubo ni un movimiento. El portaestandartes, un jovencito de unos quince años, se quedó mirando con la boca abierta el cuerpo descabezado que tenía al lado.

—En el nombre de Dryjhna, el Apocalipsis —dijo Leoman—, gobierno ahora la primera Ciudad Sagrada de Y'Ghatan. ¿Quién es el oficial de más rango aquí?

Una mujer adelantó su caballo.

—Yo. Capitán Gorrionpardo.

Corabb la miró con los ojos entrecerrados. Rasgos sólidos, morena por el sol, ojos de color gris claro. Unos veinticinco años. El destello de un chaleco de cota de malla era apenas visible bajo la telaba lisa.

—Tú —dijo Corabb— eres malazana.

Los ojos fríos se clavaron en él.

—¿Y qué?

—Capitán —dijo Leoman—, su tropa nos precederá. Despeje el camino hasta el palacio para mí y mis guerreros. Los barracones seguros de los que habló el difunto falah'd se utilizarán para albergar a los soldados de la guarnición de la ciudad y del palacio que no se sientan inclinados a seguir mis órdenes. Por favor, asegúrese de que están bien vigilados. Una vez hecho eso, preséntese ante mí para recibir nuevas órdenes.

—Señor —dijo la mujer—, carezco de rango suficiente para hacer lo que me pide…

—Ya lo tiene. Ahora es usted mi tercero al mando, por detrás de Corabb Bhilan Thenu'alas.

La mirada femenina se posó por un instante en Corabb, pero no reveló nada.

—Como ordene, Leoman de los Mayales, falah'd de Y'Ghatan.

Gorrionpardo se giró en la silla y bramó a sus tropas.

—¡Media vuelta! ¡A buen ritmo, malditos pastores de cerdos! ¡Anunciamos la llegada del nuevo falah'd!

El caballo de Vedor giró con todos los demás y empezó a trotar, el cuerpo decapitado se balanceaba en la silla.

Corabb observó que, veinte pasos después, la montura del falah’d muerto se ponía junto a la del capitán. La mujer lo notó y con un solo empujón con el brazo estirado mandó el cadáver al suelo.

—Sí. Es perfecta —rezongó Leoman.

Una malazana.

—Tengo mis dudas, comandante.

—Por supuesto que las tienes. Por eso te mantengo a mi lado. —Lo miró entonces—. Eso y el empujón de la Señora. Ven, entra cabalgando conmigo en nuestra nueva ciudad.

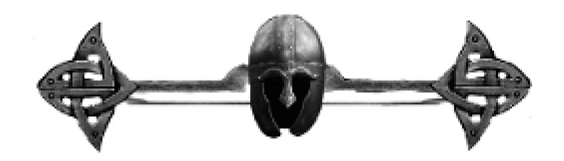
Azuzaron los caballos. Tras ellos fueron los demás.

—Nuestra nueva ciudad —dijo Corabb con una gran sonrisa—. La defenderemos con nuestras vidas.

Leoman le lanzó una mirada extraña, pero no dijo nada.

Corabb lo pensó. *Comandante, tengo más dudas…*

5



Las primeras grietas aparecieron poco después de la ejecución de Sha’ik. Nadie podía saber lo que pensaba la consejera Tavore. Ni sus oficiales más cercanos ni el soldado de a pie bajo su mando. Pero algo se removía a lo lejos, desde luego; señales observadas con más facilidad en retrospectiva, y sería presuntuoso, y desde luego despectivo, afirmar que la consejera desconocía los problemas crecientes, no solo entre sus tropas, sino en el mismo corazón del Imperio de Malaz. Sabido eso, los acontecimientos de Y’Ghatan podrían haber sido una herida letal. Si otro hubiera estado al mando, si el corazón de otro hubiera sido menos duro, menos frío.

Eso, más que cualquier otro momento anterior, confirmó de modo brutal la convicción de que la consejera Tavore era hierro frío, clavado en el alma de una forja al rojo vivo…

«Ningún testigo»
La historia perdida de los Cazahuesos
—Duiker de Darujhistan

—Deja eso —dijo Samar Dev con tono cansado desde donde estaba sentada, cerca de la ventana.

—Creí que estabas dormida —dijo Karsa Orlong. Devolvió el objeto a la mesa—. ¿Qué es?

—Dos funciones. El vaso superior contiene filtros para el agua que eliminan todas las impurezas. El agua que se precipita al vaso inferior está flanqueada por tiras de cobre, que animan el agua en sí a través de un proceso complicado y misterioso. Se libera un gas etéreo concreto y se altera así la presión del aire sobre el agua, que a su vez…

—Pero ¿para qué lo usas?

Samar entrecerró los ojos.

—Para nada en particular.

El hombretón se apartó de la mesa y se acercó a los bancos de trabajo y los estantes. Samar lo observó examinar los diversos mecanismos que había inventado y los experimentos a largo plazo, muchos de los cuales no mostraban ninguna alteración evidente de las condiciones. Karsa hurgó. Olisqueó e incluso intentó probar un plato lleno con un fluido gelatinoso. La bruja pensó en detenerlo, pero después decidió quedarse callada. Las heridas del guerrero se habían curado con una celeridad pasmosa, sin señales de infección. No era demasiado sano ingerir el líquido espeso que se estaba chupando del dedo, pero tampoco era fatal. Por lo general.

El tipo hizo una mueca.

—Esto es asqueroso.

—No me sorprende.

—¿Para qué lo usas?

—¿Tú qué crees?

—Lo frotas en las sillas de montar. Cuero.

—¿Sillas de montar? De forma indirecta, supongo. Es una pomada para las heridas supurantes que a veces surgen en el revestimiento del ano…

Karsa gruñó de forma audible.

—No me extraña que supiera horrible —dijo, y reanudó su examen del contenido de la habitación.

Samar lo contempló con aire pensativo.

—El falah’d envió soldados al interior de la fortaleza —dijo después—. Encontraron señales de una antigua matanza, como dijiste, no quedaba ni un solo malazano vivo. También encontraron un demonio. O, más bien, el cadáver de un demonio, recién asesinado. Me han pedido que lo examine, poseo ciertos conocimientos de anatomía y otros temas afines.

Él no contestó, miraba por el extremo equivocado de un catalejo.

—Si vienes a la ventana y miras por el otro extremo, Karsa, verás mucho más cerca cosas muy lejanas.

El teblor frunció el ceño y dejó el instrumento.

—Si algo está lejos, cojo el caballo y me acerco.

—¿Y si está en la cima de un cerro? ¿O es un campamento enemigo distante y quieres determinar las líneas de piquetes?

Karsa cogió el catalejo y se acercó. La bruja movió la silla para dejarle espacio.

—Hay un nido de halcón en el saliente de esa torre, la que está recubierta de cobre.

El gigantón levantó el instrumento. Buscó hasta que encontró el nido.

—Eso no es ningún halcón.

—Tienes razón. Es un bhok’aral que encontró ese nido abandonado y resultó de su gusto. Sube allí con brazadas de fruta podrida y se tira la mañana arrojándosela a la gente que pasa por la calle.

—Parece estar gruñendo…

—Serán carcajadas. Le dan con harta frecuencia ataques de hilaridad.

—Ah, no, eso no era fruta. Era un ladrillo.

—Oh, qué inoportuno. Ahora enviarán a alguien a matarlo. Después de todo, solo a las personas se les permite tirarles ladrillos a las personas.

Karsa bajó el catalejo y la estudió.

—Eso es una locura. ¿Qué clase de leyes poseéis para permitir algo así?

—¿Algo así? ¿Apedrear personas o matar bhok'arala?

—Eres rara, Samar Dev. Claro que, eres bruja y fabricas objetos inútiles…

—¿Ese catalejo es inútil?

—No, ahora entiendo su valor. Pero estaba sin usar en un estante…

Samar se recostó.

—He inventado un sinfín de cosas que podrían tener gran valor para muchos. Y eso me plantea un dilema. Debo preguntarme con cada invención, ¿qué posibles abusos aguardan a un objeto así? Y con más frecuencia de la deseable llego a la conclusión de que esos abusos superan al valor de la invención. Yo lo llamo la «primera ley de la invención» de Dev.

—Estás obsesionada con las leyes.

—Quizá. En cualquier caso, es una ley muy simple, como deben ser todas las leyes auténticas…

—¿También tienes una ley para eso?

—Principio fundamental, más que ley. En cualquier caso, la ética es la primera consideración de un inventor tras un invento concreto.

—¿Y tú llamas a eso simple?

—La afirmación lo es; la consideración, no tanto.

—Eso sí que se parece más a una ley de verdad.

Samar cerró la boca tras un momento; después se levantó y se acercó al escritorio, se sentó y cogió un estilo y una

tableta de cera.

—Desconfío de la filosofía —dijo mientras escribía—. Con todo, no le doy la espalda al tema… cuando se me planta en plena cara. Tampoco soy especialmente elocuente como escritora. Sirvo más para manipular objetos que palabras. Tú, por otro lado, pareces poseer un talento inesperado para expresarte con… eh… una brevedad contundente.

—Hablas demasiado.

—Sin duda. —Samar terminó de apuntar sus propias palabras, de una profundidad inesperada, profundas solo porque Karsa Orlong había reconocido una aplicación mucho más grande de lo que ella había pretendido. Hizo una pausa, ojalá pudiera despreciar el genio de Karsa como simple casualidad, o incluso como la sabiduría falsa y arrogante de la nobleza salvaje. Pero algo le susurraba que a Karsa Orlong ya lo habían subestimado antes y ella juró no saltar a ese mismo pozo. Dejó el estilo y se puso de pie.

—Me voy a examinar el demonio que mataste. ¿Quieres acompañarme?

—No, ya hice un examen lo bastante íntimo la primera vez.

Samar recogió la cartera de cuero que contenía sus instrumentos quirúrgicos.

—Quédate dentro, por favor, e intenta no romper nada.

—¿Cómo puedes hacerte llamar inventora si no te gusta romper cosas?

En la puerta, la bruja se detuvo y se volvió para mirarlo. La cabeza le rozaba el techo en aquel, el aposento más alto de su torre. Había algo… ahí, en sus ojos.

—Intenta no romper ninguna de mis cosas.

—Muy bien. Pero tengo hambre. Trae más comida.

El cadáver del reptil estaba en el suelo de una de las cámaras de tortura situadas en las criptas del palacio. A un confesor retirado se le había encomendado la tarea de montar guardia. Samar Dev lo encontró dormido en una esquina de la habitación. Lo dejó con sus ronquidos y colocó alrededor del cuerpo del enorme demonio los cuatro faroles encendidos que había bajado hasta allí; después se arrodilló, desató la solapa de su cartera y fue sacando una amplia variedad de instrumentos quirúrgicos. Y al fin, una vez terminados sus preparativos, se giró y miró el cadáver.

Dientes, mandíbulas, ojos al frente, todos los elementos de un carnívoro superior, un probable cazador que tendía emboscadas. Pero no era un simple lagarto de río. Detrás de los salientes orbitales, el cráneo se extendía ancho y largo, con unos abombamientos occipitales enormes; toda aquella masa de la región craneal implicaba inteligencia. A menos, por supuesto, que el hueso tuviera un grosor absurdo.

Cortó la piel rasgada y magullada y reveló los fragmentos rotos del cráneo. No tan gruesos, entonces. La muescas dejaban patente que Karsa Orlong había utilizado los puños. En los cuales, estaba claro, había una fuerza asombrosa y una voluntad igual de pasmosa. El cerebro, estropeado por vasos rotos, pequeñas hemorragias y aplastado en algunos sitios por los trozos de cráneo, era sin duda grande, aunque dispuesto de una forma marcadamente diferente a la de los humanos. Había más lóbulos, para empezar. Seis más, en total, colocados bajo los pesados salientes óseos de los lados, incluyendo dos masas extra repletas de vasos conectadas a los ojos por el tejido. Lo que sugería que esos demonios veían un mundo diferente, más completo, quizá.

Samar extrajo un ojo mutilado y le sorprendió encontrar dos lentes, una cóncava y la otra convexa. Las dejó aparte, para un examen posterior.

Cortó la piel dura, recubierta de escamas, y abrió la zona del cuello, lo que confirmó el gran tamaño de las venas y arterias necesarias para alimentar un cerebro activo, después continuó y reveló la zona del pecho. Muchas de las costillas ya estaban rotas. Contó cuatro pulmones y dos protopulmones acoplados debajo, estos últimos saturados de sangre.

Fue cortando el revestimiento del primero de los tres estómagos y tuvo que retroceder a toda prisa cuando se vertieron los ácidos. La hoja del cuchillo crepitó y la bruja observó que se grababan unas marcas en la superficie de hierro. Más siseos, esa vez en el suelo de piedra. Los ojos se le empezaron a llenar de lágrimas.

Un movimiento en el estómago, Samar se levantó y se apartó un paso. Estaban saliendo gusanos. Una veintena, que se agitaba y luego caía a la piedra embarrada. Del color del hierro azulado, segmentados, cada uno tan largo como un dedo índice. La bruja bajó la cabeza y vio el cuchillo que se le deshacía en la mano, dejó caer el instrumento y cogió unas tenazas de madera de su cartera, se acercó al borde del charco de ácido, bajó la mano y levantó uno de los gusanos.

No era un gusano. Cientos de patas, con unas extrañas aletas y, lo que era incluso más sorprendente, las criaturas eran mecanismos. No eran seres vivos en absoluto, el metal de su cuerpo de algún modo inmune a los ácidos. La cosa se retorció entre las tenazas y después dejó de moverse. Samar la agitó, pero se había quedado inmóvil, como un clavo torcido. ¿Una infección? No se lo parecía. No, había muchas criaturas que trabajaban en concierto. El estanque del ácido

estomacal había albergado esos mecanismos y ellos, a su vez, trabajaban de algún modo en beneficio del demonio.

Una tos seca la sobresaltó, se volvió y vio que el confesor se levantaba entre tropezones. Encorvado, afligido de artritis, se acercó arrastrando los pies.

—¡Samar Dev, la bruja! ¿Qué es ese olor? No tú, espero. Tú y yo somos muy parecidos, ¿verdad?

—¿Lo somos?

—Oh, sí, Samar Dev. —Se rascó la ingle—. Nosotros desprendemos las capas de humanidad hasta los propios huesos, pero ¿dónde termina la humanidad y empieza el animal? ¿Cuándo derrota el dolor a la razón? ¿Dónde se esconde el alma y adónde huye cuando se pierde toda esperanza en la carne? Preguntas sobre las que meditar, para aquellos como tú y yo. Oh, cómo he anhelado conocerte, para compartir conocimientos…

—Tú eres torturador.

—Alguien tiene que serlo —dijo él, ofendido—. En una cultura que admite la necesidad de la tortura debe haber por fuerza un torturador. Una cultura, Samar Dev, que valora la adquisición de la verdad más de lo que valora una vida humana. ¿Lo ves? Oh —añadió, y se acercó un poco más para mirar con el ceño fruncido el cadáver del demonio—, las justificaciones son siempre las mismas. Para salvar muchas más vidas, esta debe entregarse. Sacrificarse. Hasta las palabras utilizadas disfrazan la brutalidad. ¿Por qué están las cámaras de tortura en las criptas? ¿Para enmascarar los gritos? Cierto, pero hay más. Esto —dijo agitando una mano nudosa— es el reino inferior de la humanidad, el corazón podrido y desagradable.

—Yo busco respuestas en algo que ya está muerto. No es lo mismo…

—Detalles. Somos interrogadores, tú y yo. Cortamos y apartamos la armadura para descubrir la verdad oculta. Además, estoy retirado. Quieren que adiestre a otro, ya sabes, ahora que se han fulminado las leyes malazanas y la tortura vuelve a ser popular. ¡Pero los necios que me envían! Ah, ¿qué sentido tiene? Bueno, el falah’d Krithasanan, ese sí que era tremendo… seguro que tú solo eras una cría, o más pequeña incluso. Madre, cómo le gustaba torturar a la gente. No en busca de la verdad, bien sabía reconocer él esa basura facilona por lo que era, basura facilona. No, le interesaban las cuestiones mayores. ¿Hasta qué punto se puede arrastrar un alma, atrapada todavía dentro de su cuerpo roto, hasta qué punto? ¿Hasta qué punto en el que no pueda regresar arrastrándose? ¡Ese era mi desafío y, ah, cómo apreciaba él mi arte!

Samar Dev bajó la cabeza y vio que el resto de los mecanismos había dejado de funcionar. Colocó el que había cogido en una pequeña saquita de cuero y después volvió a guardar todo su equipo, asegurándose de incluir las lentes oculares. Haría que quemaran el resto del cuerpo, muy lejos de la ciudad y a contraviento.

—¿Querrás cenar conmigo?

—Por desgracia no puedo, tengo trabajo que hacer.

—Ojalá trajeran a tu invitado aquí abajo. Al toblakai. Oh, qué divertido sería, ¿verdad?

Samar hizo una pausa.

—Dudo que pudiera convencerlo para venir, confesor.

—El falah’d lo ha estado considerando, ¿sabes?

—No, no lo sabía. Creo que sería un error.

—Bueno, esas cosas no somos nosotros quienes hemos de cuestionarlas, ¿verdad?

—Algo me dice que el toblakai estaría encantado de conocerte, confesor. Aunque sería una relación muy breve.

—¡No si es a mi manera, Samar Dev!

—Alrededor de Karsa Orlong, sospecho que solo Karsa Orlong hace las cosas a su manera.

Regresó y se encontró al guerrero teblor estudiando su colección de mapas, que había extendido en el suelo del vestíbulo. Había sacado una docena de velas votivas, las había encendido y dispuesto a su alrededor. Sostenía una de cerca mientras examinaba los valiosos pergaminos.

—Este de aquí, bruja —dijo sin levantar la cabeza—. Las tierras, la costa al oeste y el norte… Se me hizo creer que el Jhag Odhan era un terreno ininterrumpido, que las llanuras llegaban hasta las tierras remotas de Nemil y los trell, pero aquí, esto muestra algo diferente.

—Si quemas mis mapas y les haces agujeros —dijo Samar Dev—, te maldeciré a ti y tu linaje para toda la eternidad.

—El odhan se extiende hasta el oeste, parece, pero solo por el sur. Aquí hay marcados lugares de hielo. Este continente parece demasiado inmenso. Ha habido un error.

—Es posible —admitió ella—. Dado que esa es la única dirección en la que no he viajado, no puedo responder por la exactitud del mapa. Pero ten en cuenta que ese lo grabó Othun Dela Farat, hace un siglo. Tenía fama de ser fiable.

—¿Qué hay de esta región de lagos? —preguntó Karsa, y señaló el abultamiento septentrional de la costa, al oeste de Yath Alban.

Samar dejó su equipo en el suelo y se agachó con un suspiro junto al guerrero.

—Difícil de cruzar. El lecho de roca está expuesto, lleno de pliegues, plagado de lagos y solo unos cuantos ríos, impracticables en su mayoría. El bosque es de píceas, abetos y pinos, con matorral bajo en las cuencas.

—¿Cómo sabes todo eso si nunca has estado allí?

Samar señaló.

—Estoy leyendo las notas de Dela, ahí, en el borde. También dice que encontró señales que sugieren que había pueblos viviendo allí, pero nunca se entabló contacto. Más allá se encuentra la isla-reino de Sepik, ahora un súbdito lejano del Imperio de Malaz, aunque me sorprendería que los malazanos la hayan visitado jamás. El rey fue lo bastante listo como para enviar delegados proponiendo las condiciones de la rendición y el emperador se limitó a aceptar.

—El cartógrafo no ha escrito tanto.

—No, parte de esa información era mía. He oído, de vez en cuando, historias extrañas sobre Sepik. Al parecer hay dos poblaciones bien definidas, una sometida a la otra. —La bruja se encogió de hombros al ver la mirada vacía del guerrero—. Ese tipo de cosas me interesan. —Después frunció el ceño, cuando quedó claro que la expresión distante en el rostro tatuado del gigante nacía de algo diferente a la indiferencia—. ¿Ocurre algo?

Karsa Orlong hizo una mueca y enseñó los dientes.

—Háblame más de ese Sepik.

—Me temo que he agotado mis conocimientos.

Karsa arrugó la frente y se encorvó sobre el mapa una vez más.

—Necesitaré provisiones. Dime, ¿el tiempo es igual que aquí?

—¿Vas a ir a Sepik?

—Sí. Dile al falah'd que exijo equipamiento, dos caballos de refresco y quinientas medialunas de plata. Alimentos secos, más botas de agua. Tres jabalinas y un arco de caza con treinta flechas, diez de ellas para pájaros. Seis cuerdas

de arco de sobra y una provisión de plumas para las flechas, un ladrillo de cera…

—¡Espera! Espera, Karsa Orlong. ¿Por qué iba el falah'd a regalarte sin más todas esas cosas?

—Dile que si no lo hace, me quedaré en esta ciudad.

—Ah, entiendo. —La bruja lo pensó un momento y después preguntó—: ¿Por qué vas a Sepik?

Él empezó a enrollar el mapa.

—Quiero este…

—Lo siento, pero no. Vale una fortuna.

—Lo devolveré.

—No, Karsa Orlong. —Samar se irguió—. Si estás dispuesto a esperar, te lo copiaré, en piel, que es más resistente…

—¿Cuánto tiempo te llevará?

—No lo sé. Unos días…

—Muy bien, pero me estoy impacientando, bruja. —Le devolvió el mapa enrollado y entró en el otro aposento—. Y tengo hambre.

La bruja se inclinó una vez más para recoger los otros mapas. Las velas las dejó. Cada una de ellas tenía una orientación y estaba dedicada a un dios menor local, las llamas de todas y cada una habían atraído la atención de una hueste de espíritus. El vestíbulo estaba atestado de presencias que tensaban el aire, lo erizaban, puesto que muchos de ellos consideraban a los otros como enemigos. De todos modos, Samar sospechaba que había sido algo más que el parpadeo de las llamas lo que se había granjeado la mirada de los espíritus. Algo en el propio toblakai…

A la bruja le parecía que había misterios girando en la historia de Karsa Orlong. Y en ese momento los espíritus atraídos estaban cerca… y… asustados…

—Ah —susurró—. No veo alternativa en el asunto. Ninguna en absoluto… —Sacó un cuchillo de mano, escupió en la hoja y empezó a agitar el hierro en la llama de cada vela.

Los espíritus aullaron en su mente, indignados por aquel encarcelamiento inesperado y brutal. Ella asintió.

—Sí, los mortales somos crueles…

—Tres leguas —dijo Ben el Rápido por lo bajo.

Kalam se rascó el rastrojo de la barbilla. Unas viejas heridas (ese enkar'al al borde del muro del Torbellino lo había desgarrado por todas partes) le dolían después de la larga marcha forzada de regreso al Decimocuarto Ejército. Después de lo que habían visto en la senda, ninguno estaba de humor para quejarse, sin embargo. Hasta los interminables gimoteos de Tormenta habían cesado. El pelotón estaba agazapado tras el asesino y el mago supremo, inmóviles y casi invisibles en la oscuridad.

—Bueno —caviló Kalam—, ¿los esperamos aquí o seguimos caminando?

—Esperamos —respondió Ben el Rápido—. A mí me vendrá bien el descanso. En cualquier caso, más o menos todos acertamos y el rastro no es tan difícil de seguir. Leoman ha llegado a Y'Ghatan y ahí será donde opondrá resistencia.

—Y nosotros sin equipo de asedio digno de ese nombre.

El mago asintió.

—Este podría ser largo.

—Bueno, ya estamos acostumbrados, ¿no?

—Siempre se me olvida que no estuviste en Coral.

Kalam se puso cómodo con la espalda apoyada en la ladera del risco y sacó una petaca. Echó un trago y después

se la pasó al mago supremo.

—¿Fue tan grave como el último día en Pale?

Ben el Rápido tomó un sorbo e hizo una mueca.

—Esto es agua.

—Pues claro.

—Pale… no luchábamos contra nadie. Solo tierra que se derrumbaba y una lluvia de rocas.

—Así que los Abrasapuentes cayeron luchando.

—La mayor parte de la hueste de Unbrazo cayó luchando —dijo Ben el Rápido—. Hasta Whiskeyjack —añadió—. La pierna cedió bajo su peso. Mazo no se lo perdona y no puedo decir que me sorprenda. —Se encogió de hombros en la oscuridad—. Fue complicado. Salieron muchas cosas mal, como de costumbre. Pero Kallor volviéndose contra nosotros… eso deberíamos haberlo previsto.

—Tengo un espacio en mi hoja para una muesca en su nombre —dijo Kalam al tiempo que recuperaba su petaca.

—No eres el único, pero no es un hombre fácil de matar.

El sargento Gesler apareció entonces.

—Os he visto pasaros algo.

—Solo es agua —dijo Kalam.

—Lo último que quería oír. Bueno, por mí no paréis.

—Estábamos comentando el asedio inminente —dijo el asesino—. Podría ser largo.

—Con todo —dijo Gesler con un gruñido—, Tavore es una mujer paciente. Eso por lo menos ya lo sabemos.

—¿Nada más? —preguntó Ben el Rápido.

—Tú has hablado con ella más que cualquiera de nosotros, mago supremo. La señora mantiene las distancias. Nadie parece saber en realidad lo que es, lo que hay detrás del título de consejera. De noble cuna, sí, y de Unta. De la Casa Paran.

Kalam y Ben el Rápido intercambiaron una mirada; después, el asesino sacó una segunda petaca.

—Esto no es agua —dijo al tiempo que se la tiraba al sargento—. Conocimos a su hermano, Ganoes Paran. Estaba destinado a los Abrasapuentes con el rango de capitán justo antes de infiltrarnos en Darujhistan.

—Iba a la cabeza de los pelotones que entraron en Coral —dijo Ben el Rápido.

—¿Y murió? —preguntó Gesler después de echar un trago de la petaca.

—Muchos murieron —respondió el mago supremo—. Por lo menos no daba vergüenza ajena, como la mayoría de los oficiales. En cuanto a Tavore, bueno, voy tan a ciegas como el resto de vosotros. Es todo bordes, pero son para mantener a la gente a distancia, no para cortarla. Por lo menos por lo que yo he visto.

—Va a empezar a perder soldados en Y'Ghatan —dijo Kalam.

Nadie comentó nada. Comandantes diferentes reaccionaban de diferente forma a ese tipo de cosas. Algunos se ponían tozudos y desperdiciaban cada vez más vidas. Otros retrocedían y si no pasaba nada entonces, el espíritu del ejército se agotaba. Los asedios eran batallas de voluntad, en su mayor parte, y de astucia. Leoman había demostrado talento para ambas cosas durante la larga persecución por el oeste de Raraku. Kalam no estaba seguro de lo que había demostrado Tavore en Raraku; otros se habían ocupado de matar por ella, por el Decimocuarto entero, en realidad.

Fantasmas. Abrasapuentes… ascendidos. Dioses, qué pensamiento más escalofriante. Ya estaban todos medio locos cuando estaban vivos y ahora…

—Rápido —dijo Kalam—, esos fantasmas de Raraku… ¿dónde están ahora?

—Ni idea. Pero no con nosotros.

—Fantasmas —dijo Gesler—. Así que los rumores estaban en lo cierto… no fue ningún conjuro de hechicería lo que masacró a los Mataperros. Teníamos aliados invisibles… ¿quiénes eran? —Hizo una pausa y escupió—. Lo sabéis los dos, ¿verdad?, y no lo queréis decir. Violín también lo sabe, ¿no? Da igual. Todo el mundo tiene secretos y no os molestéis en pedirme que comparta los míos. Así que se acabó. —Les devolvió la petaca—. Gracias por el pis de burro, Kalam.

Los otros escucharon mientras él regresaba reptando a reunirse con su pelotón.

—¿Pis de burro? —preguntó Ben el Rápido.

—Vino de parra a ras de tierra, y tiene razón, sabe fatal. Lo encontré en el campamento de los Mataperros. ¿Quieres un poco?

—¿Por qué no? Pero bueno, cuando dije que los fantasmas no estaban con nosotros estaba diciendo la verdad. Pero hay algo siguiendo al ejército.

—Pues qué bien.

—No estoy…

—¡Shh! Oigo…

Unas figuras se levantaron tras el risco. Armaduras antiguas que resplandecían, hachas y cimitarras, caras pintadas de bárbaros… Lágrimas Quemadas de los khundryl. Kalam volvió a sentarse con un taco y envainó de nuevo sus cuchillos.

—Una maniobra estúpida, malditos salvajes…

—Venid con nosotros —dijo uno.

Trescientos pasos camino arriba esperaban unos jinetes, entre ellos la consejera Tavore. Flanqueados por la tropa de Lágrimas Quemadas de los khundryl, Kalam, Ben el Rápido, Gesler y su pelotón se acercaron al grupo.

La luna deforme comenzaba a arrojar una luz argéntea sobre la tierra; tenía un aspecto irregular por los bordes, observó Kalam, como si la oscuridad circundante la estuviera royendo; le extrañó no haberlo notado antes, ¿siempre había estado así?

—Buenas noches, consejera —dijo Ben el Rápido cuando llegaron.

—¿Por qué han regresado? —preguntó la consejera—. ¿Y por qué no están en la senda Imperial?

Con Tavore estaban los puños, el wickano Temul, Blistig, Keneb y Tene Baralta, además de Nada y Menos. Parecían, todos y cada uno, haber sido arrancados del sueño no mucho antes, todos salvo la propia consejera.

Ben el Rápido cambió de posición, incómodo.

—La senda la estaba utilizando… otra cosa. Nos pareció poco segura y llegamos a la conclusión de que había que informarla lo antes posible. Leoman está ahora en Y'Ghatan.

—¿Y cree que nos aguardará allí?

—Y'Ghatan —dijo Kalam— es un recuerdo amargo para la mayor parte de los malazanos, para los que se preocupan de recordar, en cualquier caso. Es donde el puño…

—Lo sé, Kalam Mekhar. No es necesario que me lo recuerde. Muy bien, asumiré que su valoración es correcta. Sargento Gesler, por favor, únase a los piquetes khundryl.

El saludo del infante de marina fue descuidado, su expresión burlona.

Kalam observó los ojos de Tavore, que siguieron al sargento y su pelotón cuando se alejaron. Después la consejera clavó los ojos en Ben el Rápido una vez más.

—Mago supremo.

El hombre asintió.

—Había… Engendros de Luna en la senda Imperial. Aparecieron diez, doce, antes de que nos retiráramos.

—Que el Embozado nos lleve —murmuró Blistig—. ¿Fortalezas flotantes? ¿Ese cabrón de pelo blanco ha encontrado más?

—No lo creo, puño —dijo Ben el Rápido—. Anomander Rake se ha instalado en Coral Negro y ha abandonado Engendro de Luna, puesto que se estaba cayendo a pedazos. No, creo que las que vimos en la senda tienen a sus, eh, propietarios originales en el interior.

—¿Y quién serían esos? —preguntó Tavore.

—K'chain che'malle consejera. Colas largas o colas cortas. O ambos.

—¿Y por qué estarían utilizando la senda Imperial?

—No lo sé —admitió Ben el Rápido—. Pero tengo algunas teorías.

—Oigámoslas.

—Es una senda antigua, a todos los efectos muerta y abandonada, aunque, por supuesto, no tan muerta ni tan abandonada como pueda parecer a primera vista. Bien, no hay ninguna senda conocida atribuida a los k'chain che'malle, pero eso no significa que no existiera ninguna.

—¿Cree que la senda Imperial era en un principio la senda de los k'chain che'malle?

El mago supremo se encogió de hombros.

—Es posible, consejera.

—¿Qué más?

—Bueno, no sé adónde van las fortalezas, pero no quieren que las vean.

—¿Que las vea quién?

—Eso no lo sé.

La consejera estudió al mago supremo durante largo rato antes de contestar.

—Quiero que lo averigüe. Llévese a Kalam y al pelotón de Gesler. Regrese a la senda Imperial.

El asesino asintió poco a poco para sí, en absoluto sorprendido por aquella orden absurda, de locura. ¡Averiguarlo! ¿Y cómo exactamente?

—¿Tiene alguna sugerencia —preguntó Ben el Rápido, su voz se había hecho extrañamente cantarina, como le ocurría siempre que luchaba por no decir lo que pensaba— sobre cómo se podría hacer eso?

—Como mago supremo, estoy segura de que se le ocurrirá algo.

—¿Me permite preguntar por qué tiene tanta importancia esto para nosotros, consejera?

—La violación de la senda Imperial es importante para todos los que sirven al Imperio de Malaz, ¿no está usted de acuerdo?

—Lo estoy, consejera, pero ¿no estamos metidos en una campaña militar contra el último líder rebelde de Siete Ciudades? ¿No está usted a punto de montar el asedio de Y'Ghatan, en donde la presencia de un mago supremo, por no mencionar la del asesino más hábil del Imperio, podría resultar fundamental para su éxito?

—Ben el Rápido —dijo Tavore con tono frío—, el Decimocuarto Ejército es muy capaz de manejar este asedio sin su colaboración, o la de Kalam Mekhar.

De acuerdo, ni una palabra más. Sabe lo de nuestra reunión clandestina con Dujek Unbrazo y Tayschrenn. Y no

confía en nosotros. Y seguramente con razón.

—Por supuesto —dijo Ben el Rápido con una modesta inclinación—. Confío en que las Lágrimas Quemadas puedan reabastecer a nuestros soldados, entonces. Solicito que se nos permita descansar hasta el amanecer.

—Aceptable.

El mago supremo se dio la vuelta, sus ojos se encontraron por un momento con los de Kalam. *Sí, Rápido, me quiere tan lejos de su espalda como sea posible.* Bueno, estaban en el Imperio de Malaz, después de todo. El Imperio de Laseen, para ser más precisos. *Pero Tavore, no es de mí de quien tienes que preocuparte…*

En ese momento salió una figura de la oscuridad y se acercó desde un lado del camino. Sedas verdes, movimientos elegantes, una cara casi etérea bajo la luz de la luna.

—¡Ah, una cita a medianoche! Supongo que todos los asuntos de gran importancia ya han sido abordados.

Perla. Kalam le sonrió y con una mano hizo un gesto que solo otra garra comprendería.

Al verlo, Perla guiñó un ojo.

Pronto, cabrón.

Tavore le dio la vuelta con su caballo.

—Aquí ya hemos terminado.

—¿Me permiten cabalgar en la grupa de alguno de ustedes? —preguntó Perla a los puños reunidos.

Ninguno replicó y minutos después subían a medio galope por el camino.

Perla tosió con delicadeza en el polvo.

—Qué groseros.

—Aquí llegaste a pie —dijo Ben el Rápido—, puedes volver a pie, garra.

—Parece que no tengo alternativa. —Un aleteo de una mano enguantada—. Quién sabe cuándo nos encontraremos otra vez, amigos míos. Pero hasta entonces… buena caza… —Y se alejó.

Bueno, ¿y cuánto pudo oír? Kalam dio medio paso, pero Ben el Rápido estiró un brazo y lo contuvo.

—Relájate, solo iba de pesca. Percibí cómo iba acercándose, lo pusiste muy nervioso, Kal.

—Bien.

—En realidad, no. Significa que no es idiota.

—Cierto. Una pena.

—En fin —dijo Ben el Rápido—, tú, Gesler y yo tenemos que pensar un modo de trepar a una de esas fortalezas.

Kalam volvió la cabeza y clavó los ojos en su amigo.

—Eso no era un chiste, ¿verdad?

—Me temo que no.

Dichosa Unión disfrutaba del sol mientras comía, rodeado de piedras, con Botella echado muy cerca y estudiando el modo en que se alimentaba el escorpión mientras este partía la poliñera que le habían dado para desayunar, cuando una bota militar de reglamento aplastó con un crujido al arácnido y retorció el tacón.

Botella se echó hacia atrás, horrorizado y mudo de asombro, y se quedó mirando a la figura que se alzaba junto a él, una oleada de intenciones asesinas empezaba a embargarlo.

Iluminada desde atrás por la luz matinal, la figura era poco más que una silueta.

—Soldado. —La voz era de una mujer, el acento korelano —. ¿Qué pelotón es este?

La boca de Botella se abrió y se cerró unas cuantas veces, después contestó en voz muy baja.

—Este es el pelotón que empezará a hacer planes para matarte una vez que averigüen lo que acabas de hacer.

—Permítame —dijo ella— aclararle las cosas, soldado. Soy la capitán Faradan Sort y no soporto los escorpiones. Bien, quiero ver cómo se las arregla para saludar a un superior ahí tirado.

—¿Quieres un saludo, capitán? ¿Y cuál? Tengo saludos de sobra para elegir, ¿alguna preferencia?

—El saludo que me diga que acaba de ser consciente del precipicio al que estoy a punto de lanzarlo de una patada en el culo. Después de meterle por ahí un saco de ladrillos, por supuesto.

Oh.

—El saludo de reglamento, entonces. Por supuesto, capitán. —Arqueó la espalda y consiguió sostener el saludo durante unos cuantos latidos… a la espera de que ella respondiera, cosa que la mujer no hizo. Botella se derrumbó con un jadeo y aspirando una buena bocanada de polvo.

—Lo intentaremos otra vez más tarde, soldado. ¿Se llama?

—Eh, Sonrisas, señor.

—Bueno, dudo que vaya a ver muchas en esa fea cara, ¿no?

—No, señor.

Y la mujer continuó.

Botella se quedó mirando la papilla aplastada y resplandeciente que habían sido Dichosa Unión y media poliñera. Le apetecía llorar.

—Sargento.

Cuerdas levantó la cabeza, observó el torque en el brazo y se puso en pie sin prisas. Saludó mientras estudiaba a aquella mujer alta de espalda recta que tenía delante.

—Sargento Cuerdas, capitán. Cuarto pelotón.

—Bien. Ahora son míos. Me llamo Faradan Sort.

—Me preguntaba cuándo iba a aparecer, señor. Los repuestos llevan días aquí, después de todo.

—Estaba ocupada. ¿Tiene algún problema con eso, sargento?

—No, señor, ninguno.

—Es usted veterano, por lo que veo. Quizá piense que ese hecho le concede algún respiro por mi parte. No es el caso. Me da igual dónde haya estado, a las órdenes de quién sirviese o a cuántos oficiales haya acuchillado por la espalda. Lo único que me importa es cuánto sabe usted sobre luchar.

—Jamás he acuchillado a un solo oficial, señor… por la espalda. Y no sé una mierda sobre lucha, salvo sobrevivir a ella.

—Eso servirá. ¿Dónde está el resto de mis pelotones?

—Bueno, le falta uno. El de Gesler. Está en una misión de reconocimiento, ni idea de cuándo volverá. El pelotón de Borduke está por allí. —Señaló—. Con el de Cordón justo detrás. Al resto los encontrará aquí y allá.

—¿No vivaquean juntos?

—¿Como unidad? No.

—Lo harán a partir de ahora.

—Sí, señor.

La mujer contempló a los soldados todavía despatarrados y dormidos alrededor de la hoguera.

—El sol ya ha salido. A estas alturas ya deberían estar despiertos, desayunados y equipados para la marcha.

—Sí, señor.

—Bueno… despiértelos.

—Sí, señor.

La capitán echó a andar, pero después se volvió.

—¿Tiene un soldado llamado Sonrisas en su pelotón, sargento Cuerdas? —añadió.

—Lo tengo.

—Sonrisas llevará carga doble hoy.

—¿Señor?

—Ya me ha oído.

Cuerdas la observó irse, después se dio la vuelta y bajó la cabeza para mirar a sus soldados. Estaban todos despiertos, con los ojos clavados en él.

—¿Qué he hecho yo? —inquirió Sonrisas.

Cuerdas se encogió de hombros.

—Es capitán, Sonrisas.

—¿Y?

—Y los capitanes están chiflados. Por lo menos esta sí, lo que demuestra mi afirmación. ¿No estás de acuerdo, Sepia?

—Oh, sí, Cuerdas. Locos de remate y rabiosos.

—¡Carga doble!

Botella se metió en el campamento con un tropezón, en las manos ahuecadas llevaba un desastre mutilado.

—¡Pisó a Dichosa Unión!

—Bueno, decidido —dijo Sepia con un gruñido mientras se incorporaba—. Está muerta.

El puño Keneb entró en su tienda, se iba desatando el yelmo y quitándoselo para tirarlo en el catre, pero se detuvo al ver una cabeza revuelta que salía del baúl de viaje abierto que había en la pared trasera.

—¡Larva! ¿Qué estabas haciendo ahí dentro?

—Dormir. No es estúpida, no. Vienen para aguardar la resurrección. —Salió del baúl vestido como siempre, con cueros desharrapados de estilo wickano, pero muy gastados. La redondez infantil de las mejillas había empezado a deshacerse e insinuaba ya al hombre en el que se convertiría algún día.

—¿Quién? ¿Te refieres a la consejera? ¿Quién viene? ¿Qué resurrección?

—Intentarán matarla. Pero es un error. Ella es nuestra última esperanza. Nuestra última esperanza. Voy a buscar algo de comer, marchamos hacia Y'Ghatan. —Pasó corriendo junto a Keneb. Fuera de la tienda, los perros ladraron.

El puño apartó la solapa y salió para ver a Larva bajar a toda prisa por el pasillo que quedaba entre las tiendas, flanqueado por el perro pastor wickano, Torcido, y el perro faldero hengese, Cucaracha. Los soldados se apartaban con gesto respetuoso para dejarlos pasar.

El puño volvió a entrar en la tienda. Un niño desconcertante. Se sentó en el catre y se quedó mirando a nada en particular.

Un asedio. Lo ideal sería que contaran con cuatro o cinco mil soldados más, cinco o seis catapultas untan y cuatro torres. Ballestas, mangonelos, onagros, escorpiones, arietes rodantes y escalas. Quizás unas cuantas unidades más de zapadores, con unas cuantas carretas cargadas de municiones moranthianas. Y al mago supremo Ben el Rápido.

¿Había sido solo una cuestión de orgullo mandar marchar al brujo? Las reuniones con Dujek Unbrazo habían sido tensas. Que Tavore rechazara la ayuda, aparte de un contingente de sustitución procedente de Quon Tali, no tenía mucho sentido. Cierto, Dujek tenía de sobra de lo que ocuparse él y su hueste, había que reforzar guarniciones y

pacificar pueblos y ciudades recalcitrantes. Claro que, la llegada del almirante Nok y un tercio de la flota imperial al mar Maadil había contribuido mucho a sofocar las tendencias rebeldes de los habitantes de la zona. Y Keneb sospechaba que la anarquía, los horrores de la rebelión en sí, eran una fuerza de pacificación tan poderosa como cualquier presencia militar.

Un arañazo en la pared exterior de su tienda.

—Adelante.

Blistig se metió bajo la solapa.

—Bien, estás solo. Tene Baralta ha estado hablando con el caudillo Hiel. Mira, sabíamos que un asedio era probable…

—Blistig —lo interrumpió Keneb—, esto no está bien. La consejera lidera el Decimocuarto Ejército. Se le ordenó que aplastara la rebelión y eso es lo que está haciendo. Parece lo más oportuno que la última chispa se apague en Y’Ghatan, el mítico lugar de nacimiento del Apocalipsis…

—Sí, y estamos a punto de alimentar más ese mito.

—Solo si fracasamos.

—Los malazanos mueren en Y’Ghatan. Esa ciudad se quemó hasta los cimientos en el último asedio. Dassem Ultor, la compañía de la primera espada. El Primer Ejército, el Noveno. ¿Ocho, diez mil soldados? Y’Ghatan bebe sangre malazana, y su sed es infinita.

—¿Es eso lo que les estás diciendo a tus soldados, Blistig?

El hombre se acercó al baúl, bajó la tapa y se sentó.

—Pues claro que no. ¿Crees que estoy loco? Pero, dioses, hombre, ¿es que no sientes el pavor creciente?

—El mismo que cuando marchábamos por Raraku —dijo Keneb—, y la resolución se frustró, y ese es el problema. El único problema, Blistig. Necesitamos desafilar nuestras espadas, necesitamos el desahogo, eso es todo.

—Jamás debería haber mandado marchar a Ben el Rápido y Kalam. ¿A quién le importa el culo bizco de un rhizano lo que esté pasando en la senda Imperial?

Keneb apartó la mirada, ojalá pudiera diferir.

—Tendrá sus razones.

—Me gustaría oírlas.

—¿Por qué habló Baralta con Hiel?

—Estamos todos preocupados, por eso, Keneb. Queremos arrinconarla, todos los puños unidos, y obligarla a dar respuestas. Sus razones para hacer las cosas, saber con certeza cómo piensa.

—No. No contéis conmigo. Todavía no hemos llegado a Y'Ghatan. Esperad a ver lo que tiene en mente.

Blistig se levantó con un gruñido.

—Comunicaré tu sugerencia, Keneb. Solo que, bueno, no son solo los soldados los que están frustrados.

—Lo sé. Esperad a ver.

Después de que se fuera su compañero, Keneb se acomodó en el catre. Fuera oía los sonidos de las tiendas al desmontarse, el equipo que se guardaba, el mugido lejano de los bueyes. Los gritos llenaban el aire de la mañana, el ejército se desperezaba para otro día de marcha. *Lágrimas Quemadas, wickanos, setis, malazanos. ¿Qué puede hacer esta variopinta colección de soldados? Nos enfrentamos a Leoman de los Mayales, maldita sea. Que ya nos ha dado una paliza. Claro que, las tácticas relámpago son una cosa y una ciudad bajo asedio otra muy distinta. Quizá él esté tan preocupado como nosotros.*

Un pensamiento reconfortante. Una pena que no se creyera ni una sola palabra.

Al Decimocuarto lo habían despertado a patadas y hervía de actividad. Con la cabeza como un bombo, la sargento Hellian se había sentado en la cuneta del camino. Ocho días con ese maldito ejército miserable y esa maldita tirana de capitán y encima se había quedado sin ron. Los tres soldados de su reducido pelotón estaban guardando sus últimos aperos y ninguno se atrevía a dirigirse a su sargento, cuya tremebunda resaca le provocaba instintos asesinos.

Amargos recuerdos del acontecimiento que había provocado todo aquello perseguían a Hellian. Un templo de matanzas, el frenesí de sacerdotes, oficiales e investigadores y la necesidad de alejar a todos los testigos lo más posible, a poder ser para ponerlos en una situación en la que no sobrevivieran. Bueno, no podía culparlos… no, un momento, por supuesto que podía. El mundo estaba dirigido por estúpidos, esa era la verdad. Veintidós seguidores de D'rek habían sido masacrados en su propio templo, en un distrito que era su responsabilidad, pero nunca se permitía la entrada de las patrullas en ninguno de los templos, así que, en cualquier caso, ella no podría haber hecho nada para evitarlo. Pero no, eso no bastaba. ¿Adónde habían ido los asesinos, sargento Hellian? ¿Y por qué no los vio irse? ¿Y qué hay de ese hombre que la acompañaba y que después se desvaneció?

Asesinos. No los había. O por lo menos no naturales. Un demonio, con toda probabilidad, fugitivo de algún ritual secreto, lo habían conjurado y algo había salido mal. Los muy idiotas se habían matado ellos, y no había más. El hombre aquel era un sacerdote sin el uniforme, de algún otro templo, quizá un hechicero. Una vez que dedujo lo que

había pasado, había salido pitando de allí y la había dejado a ella con el marrón.

No era justo, pero ¿qué tenía que ver la justicia con nada?

Urb bajó su inmenso corpachón delante de ella.

—Ya estamos casi listos, sargento.

—Deberías haberlo estrangulado.

—Quería. En serio.

—¿Querías? ¿De verdad?

—De verdad.

—Pero entonces se escabulló —dijo Hellian—. Como un gusano.

—La capitán quiere que nos reunamos con el resto de los pelotones de su compañía. Están camino arriba. Deberíamos tirar antes de que empiece la marcha.

Hellian volvió la cabeza y miró a los otros dos soldados. Los gemelos, Sinaliento y Pejiguero. Jóvenes, perdidos… bueno, quizá no jóvenes en años, pero jóvenes de todos modos. Hellian dudaba que fueran capaces de salir con vida de una merienda de comadronas, aunque, cierto, ella había oído que podían ser acontecimientos peliagudos, sobre todo si a alguna idiota embarazada se le ocurría pasar por allí. Oh, bueno, eso era en Kartool, ciudad de arañas, ciudad que crujía al pisarla, ciudad de telarañas y cosas peores. Estaban muy lejos de una merienda de comadronas.

Allí fuera las arañas flotaban en el aire, pero al menos eran diminutas, fáciles de destruir con una piedra de tamaño medio.

—Por el Abismo del inframundo —gimió—. Búscame algo de beber.

Urb le pasó una bota de agua.

—Eso no, idiota.

—Quizá en la compañía a la que tenemos que unirnos…

Hellian levantó la cabeza y lo miró con los ojos guiñados.

—Buena idea. De acuerdo, ayúdame a levantarme… no, no me ayudes. —Se levantó ella, tambaleándose.

—¿Se encuentra bien, sargento?

—Lo estaré —contestó la sargento— después de que me cojas el cráneo con las manos y lo aplastes.

Urb frunció el ceño.

—Me metería en un lío si hiciera eso.

—No, conmigo no. Da igual. Pejiguero, en cabeza.

—Estamos en un camino, sargento.

—Tú hazlo. Practica.

—No voy a poder ver nada —dijo el hombre—. Hay demasiada gente y cosas en medio.

Oh, dioses que se arrastran por el Abismo, dejadme vivir lo suficiente para matar a este tipo.

—¿Tú tienes algún problema con ponerte en cabeza, Sinaliento?

—No, sargento. Yo no.

—Bien. Hazlo y vámonos ya.

—¿Quiere que me ponga en el flanco? —preguntó Pejiguero.

—Sí, un poco más allá del horizonte, maldito cactus con el cerebro atrofiado.

—No es un escorpión normal —dijo Quizás mientras se asomaba un poco más, pero sin acercarse demasiado.

—Es enorme, joder —dijo Laúdes—. No es la primera vez que veo uno así, pero nunca tan… enorme.

—Podría ser un fenómeno raro, y todos sus hermanos y hermanas serían diminutos. Entonces se sentiría solo y por eso es tan malo.

Laúdes se quedó mirando a Quizás.

—Sí, podría ser. Tienes un cerebro de verdad en ese cráneo. De acuerdo, bueno, ¿crees que puede matar a Dichosa Unión? A ver, son dos…

—Bueno, quizá necesitemos encontrar otro igual que este.

—Pero creí que todos sus hermanos y hermanas eran diminutos.

—Oh, vale. Puede que tenga un tío, o algo.

—Que sea grande.

—Enorme. Más enorme que este.

—Tenemos que empezar a buscar.

—Yo no me molestaría —dijo Botella desde donde se había sentado a la sombra de un peñasco, a cinco pasos de los dos soldados del pelotón de Borduke.

Los otros se sobresaltaron, después Laúdes lanzó un siseo.

—¡Ha estado espiando! —dijo.

—Espiando no. Estoy de luto.

—¿Por qué? —inquirió Quizás—. Aún no estamos en Y'Ghatan.

—¿Conocéis a la nueva capitán?

Los otros dos se miraron. Contestó Laúdes.

—No. Pero sabía que venía un oficial.

—Está aquí. Mató a Dichosa Unión. Con el tacón. ¡Crack!

Los dos hombres dieron un salto.

—¡Será asesina! —dijo Quizás con un gruñido. Miró al escorpión rodeado de piedras que tenía a los pies—. Venga, que pruebe con aquí Chispas, seguro que este la agarra por el tobillo, le atraviesa todo el cuero de la bota y…

—No seas idiota —dijo Botella—. Además, Chispas no es un chico. Chispas es una chica.

—Mejor todavía. Las chicas son peores.

—Los más pequeños que ves siempre son los chicos. No hay tantas chicas, pero así son las cosas. Son más tímidas. Pero bueno, más vale que la dejes escapar.

—¿Por qué? —inquirió Laúdes—. A mí ninguna capitana ñoña me va a…

—La capitán será el menor de tus problemas, Laúdes. Los machos captarán el olor de angustia. Tendrás cientos siguiéndote. Y luego miles, y van a ponerse agresivos, los muy cabrones, ya sabes.

Quizás sonrió.

—Interesante. ¿Estás seguro de eso, Botella?

—Cuidado con las ideas estúpidas.

—¿Por qué? Se nos dan bien las ideas estúpidas. Es decir, eh, bueno…

—Lo que Quizás quiere decir —dijo Laúdes— es que podemos pensar bien las cosas. Pensarlas fenomenal, Botella. Tú no te preocupes por nosotros.

—Se cargó a Dichosa Unión. No va a haber más peleas, haced correr la voz; todos esos pelotones con escorpiones nuevos, que dejen escapar a los pequeñines.

—Está bien —dijo Laúdes con un asentimiento.

Botella estudió a los dos hombres.

—Eso incluye al que tenéis ahí.

—Claro. Solo la vamos a mirar un rato más, eso es todo. —Quizás volvió a sonreír.

Botella se levantó, vaciló un instante, sacudió la cabeza y se fue de regreso al campamento de su pelotón. El ejército ya estaba casi listo para reanudar la marcha. Con toda la circunspecta falta de entusiasmo que era de esperar en un ejército a punto de sitiar una ciudad.

Un cielo sin nubes. Otra vez. Más polvo, más calor, más sudor. Moscas de sangre y garrapatas, y los malditos buitres dando vueltas por encima, como llevaban haciendo desde

Raraku, pero él sabía que ese sería el último día de marcha. El viejo camino por delante, unas cuantas aldeas abandonadas más, cabras salvajes en las colinas desnudas, jinetes lejanos siguiendo su rastro desde el risco.

Los demás miembros del pelotón estaban de pie y esperando cuando llegó él. Botella vio que Sonrisas se afanaba bajo dos mochilas.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó.

La expresión que posó la soldado en él estaba embargada de la desdicha más absoluta.

—No lo sé. Lo ordenó la nueva capitán. La odio.

—No me sorprende —dijo Botella mientras recogía su propio equipo y se colocaba las correas de la mochila—. ¿Es el equipo de Cuerdas lo que tienes ahí?

—No todo —le contestó ella—. No quiere confiarme las municiones moranthianas.

Gracias a Oponn por eso.

—¿Ha pasado la capitán por aquí desde entonces?

—No. La muy zorra. Vamos a matarla, ¿sabes?

—No me digas. Bueno, no seré yo quien la llore. ¿Y quién se incluye en ese «vamos» si puede saberse?

—Yo y Sepia. Él la distraerá y yo le clavaré un cuchillo por la espalda. Esta noche.

—El puño Keneb hará que os cuelguen, ¿sabes?

—Haremos que parezca un accidente.

Resonaron cuernos lejanos.

—De acuerdo, todo el mundo —dijo Cuerdas desde el camino—. A moverse.

Ruedas de carretas que gemían, traqueteando y golpeándose en los adoquines desiguales, balanceándose en los surcos, el mugido de los bueyes, miles de soldados poniéndose en movimiento, los sonidos eran un estrépito

creciente, un rugido, el primer polvo que se arremolinaba en el aire.

Koryk se puso junto a Botella.

—No lo harán —dijo.

—¿Hacer qué? ¿Matar a la capitán?

—Le eché un buen vistazo —contestó el otro—. No es solo korelana. Es de la muralla de las Tormentas.

Botella entrecerró los ojos y miró al fornido guerrero.

—¿Cómo lo sabes?

—Lleva un trazo plateado en la vaina. Era comandante de sección.

—Eso es ridículo, Koryk. En primer lugar, un puesto en la Muralla no es algo de lo que puedas dimitir sin más, si lo que he oído es verdad. Además, esa mujer es capitán en el ejército malazano menos preparado del Imperio entero. Si hubiera comandado una sección contra los jinetes de la tormenta, se habría ganado el rango de puño como mínimo.

—Solo si se lo dijo a alguien, Botella, pero ese trazo cuenta una historia muy distinta.

Dos pasos por delante de ellos, Cuerdas volvió la cabeza y los miró.

—Así que tú también lo has visto, Koryk.

Botella se dio la vuelta hacia Sonrisas y Sepia.

—¿Vosotros dos estáis oyendo esto?

—¿Y? —inquirió Sonrisas.

—Lo oímos —dijo Sepia con expresión amarga—. Quizá esa vaina fue un botín que sacó de alguna parte… pero no me parece probable. Sonrisas, muchacha, será mejor que pongamos nuestros planes en una pira y les prendamos fuego.

—¿Por qué? —preguntó ella—. ¿Qué es eso de la muralla de las Tormentas, si puede saberse? ¿Y cómo es que Koryk cree que sabe tanto? No sabe nada, salvo la pinta que tiene

el trasero de un caballo y eso solo en la oscuridad. Mirad la cara que tenéis, ¡me han cargado con una pandilla de cobardes!

—Que tienen intención de continuar con vida —dijo Sepia.

—Sonrisas creció jugando en la arena con niños de campo —dijo Koryk sacudiendo la cabeza—. Mujer, escúchame. La muralla de las Tormentas tiene leguas y leguas de longitud, está en la costa norte korelana. Es la única barricada que hay entre el continente isla y los jinetes de las tormentas, esos guerreros demoníacos de los mares que hay entre la isla de Malaz y Korelri, tienes que haber oído hablar de ellos.

—Cuentos de viejos pescadores.

—No, muy reales —dijo Sepia—. Yo los vi con mis propios ojos surcando esas aguas. Sus caballos son las olas. Empuñan lanzas de hielo. Nosotros les rebanamos el gaznate a seis cabras para pintar el agua a modo de apaciguamiento.

—¿Y funcionó? —preguntó Botella, sorprendido.

—No, pero tirar al grumete por la borda sí.

—Bueno —dijo Koryk tras un momento de silencio—, solo a los guerreros elegidos se los destina al Muro. A luchar contra esas hordas espeluznantes. Es una guerra interminable, o por lo menos lo era…

—¿Ya se acabó?

El seti se encogió de hombros.

—Entonces —dijo Sonrisas—, ¿qué está haciendo aquí? Botella tiene razón, no tiene mucho sentido.

—Podrías preguntarle —respondió Koryk—, suponiendo que sobrevivas a la marcha de hoy.

—No es para tanto —respondió ella, sorbiendo por la nariz.

—Hemos avanzado cien pasos, soldado —exclamó Cuerdas a su espalda—. Así que será mejor que ahorres aliento.

Botella vaciló y después se dirigió a Sonrisas.

—Trae, dame eso, esa capitán no anda por aquí, ¿verdad?

—Yo no he visto nada —dijo Cuerdas sin volverse.

—Puedo hacerlo yo…

—Nos podemos turnar.

Los ojos femeninos se entrecerraron con aire suspicaz y después se encogió de hombros.

—Si quieres.

Botella cargó con la segunda mochila.

—Gracias, Botella. Al menos hay alguien en este pelotón que me trata bien.

Koryk se echó a reír.

—Es solo que no quiere un navajazo en la pierna.

—Tenemos que estar unidos —dijo Botella— ahora que tenemos encima una oficial tirana.

—Chico listo —dijo Cuerdas.

—Aun así —dijo Sonrisas—, gracias, Botella.

Él le sonrió con dulzura.

—Han dejado de moverse —murmuró Kalam—. Bueno, ¿y eso por qué?

—Ni idea —dijo Ben el Rápido a su lado.

Estaban echados en la cima de un risco bajo. Once Engendros de Luna planeaban en una fila uniforme sobre otra elevación de colinas a dos mil pasos de distancia.

—Entonces —preguntó el asesino—, ¿qué pasa por noche en esta senda?

—Está de camino y no es mucho.

Kalam se giró y estudió el pelotón de soldados tirados en el polvo de la ladera, detrás de ellos.

—¿Y tu plan, Rápido?

—Aprovechamos, por supuesto. Nos metemos sin que nos vean debajo de una…

—¿Sin que nos vean? ¡No hay forma de ponerse a cubierto, ni siquiera algo que arroje sombras!

—Eso es lo que lo hace brillante, Kalam.

El asesino estiró un brazo y le dio una colleja a Ben el Rápido.

—Ah. De acuerdo, el plan apesta. ¿Tú tienes uno mejor?

—En primer lugar, mandamos a este pelotón que tenemos detrás de vuelta al Decimocuarto. Dos personas metiéndose a escondidas es mucho mejor que ocho. Además, seguro que saben luchar, pero eso no servirá de mucho con un millar de k'chain che'malle cargando contra nosotros. Otra cosa, están tan contentos que cuesta no ponerse a bailar aquí mismo.

Al oír eso, el sargento Gesler le lanzó un beso.

Kalam volvió a darse la vuelta y miró con furia las fortalezas inmóviles.

Ben el Rápido suspiró. Se rascó la mandíbula bien afeitada.

—Las órdenes de la consejera…

—Olvídate de eso. Esto es una decisión táctica, entra dentro de nuestra esfera.

Gesler les contestó desde abajo.

—A nosotros tampoco nos quiere por allí, Kalam.

—¿No? ¿Y eso por qué?

—La ponemos de los nervios. No sé. Estábamos en el Silanda, ¿sabes? Atravesamos muros de fuego en ese barco.

—Todos hemos tenido una vida dura, Gesler…

—¿Nuestra esfera? —preguntó Ben el Rápido—. Me gusta eso. Puedes probarlo con ella, más tarde.

—Vamos a mandarlos de regreso.

—¿Gesler?

—Por nosotros, vale. Yo no os seguiría a vosotros dos ni a una letrina, y disculpen los señores.

—Pero por lo menos date prisa, mago —añadió Tormenta—. Me están saliendo canas de esperar.

—Eso es polvo, cabo.

—Eso lo dices tú.

Kalam lo pensó antes de hablar.

—Podríamos llevarnos al falari peludo con nosotros, quizá. ¿Te apetece venir, cabo? ¿Como retaguardia?

—¿Retaguardia? Eh, Gesler, tenías razón. Sí que van a una letrina. De acuerdo, suponiendo que aquí mi sargento no me eche mucho de menos.

—¿Echarte de menos? —se burló Gesler—. Ahora al menos conseguiré que las mujeres hablen conmigo.

—Es la barba lo que las echa para atrás —dijo Tormenta—, pero yo no pienso cambiar por nadie.

—No es la barba, es lo que vive en la barba.

—Que el Embozado nos lleve —dijo Kalam sin aliento—, que se larguen, Ben el Rápido, por favor.

Cuatro leguas al norte de Ehrlitan, Apsalar se encontró delante del mar. El promontorio del otro lado del estrecho A'rath era apenas visible arrugando la línea del atardecer en el horizonte. Límite Kansu, que se extendía en un brazo largo y estrecho al oeste de la ciudad porteña de Kansu. A sus pies merodeaban dos esqueletos sujetos con tripa que picoteaban los gusanos que encontraban en la tierra y

siseaban de frustración cuando los insectos mutilados que intentaban tragar se les caían por las mandíbulas.

Incluso el hueso, o el recuerdo físico del hueso, contenía poder, al parecer. Los patrones de comportamiento de los pájaros lagarto que en otro tiempo habían sido las criaturas habían comenzado a infectar los espíritus fantasmales de Telorast y Cuajo. Habían empezado a dedicarse a perseguir serpientes, saltaban al aire tras rhizanos y poliñeras, libraban duelos por el dominio del territorio, se pavoneaban escupiendo y dando patadas en la arena. A Apsalar le parecía que estaban perdiendo la chaveta.

No es una gran pérdida. Habían sido asesinas, crueles, nada fiables en sus vidas. Y quizá habían gobernado un reino. Como usurpadoras, sin duda. Ella no lamentaría que se disolvieran.

—¡No-Apsalar! ¿Por qué esperamos aquí? Hemos descubierto que nos desagrada el agua. Los hilos de tripa se soltarán. Nos partiremos.

—Vamos a cruzar este estrecho, Telorast —respondió Apsalar—. Por supuesto, Cuajo y tú quizá deseéis quedaros aquí, abandonar mi compañía.

—¿Tienes planeado ir nadando?

—No, tengo intención de usar la senda de Sombra.

—Oh, ahí no te mojas.

—No. —Cuajo se echó a reír, e hizo unas cuantas cabriolas antes de plantarse delante de Apsalar meciendo la cabeza—. No te mojas, oh, esa es muy buena. Nosotras también vamos, ¿verdad, Telorast?

—¡Lo prometimos! No, no lo prometimos. ¿Quién dijo eso? Solo estamos impacientes por hacer guardia sobre tu cadáver podrido, No-Apsalar, eso fue lo que prometimos. No entiendo por qué me confundo tanto. Al final tendrás que morir. Eso es obvio. Es lo que le pasa a los mortales y tú eres

mortal, ¿no? Tienes que serlo, llevas tres días sangrando, lo olemos.

—¡Idiota! —siseó Cuajo—. Por supuesto que es mortal, y además, una vez fuimos mujeres, ¿recuerdas? Sangra porque eso es lo que pasa. No todo el tiempo, pero a veces. Con regularidad. O no. Salvo justo antes de que ponga huevos, lo que significaría que un macho la encontró, lo que entonces significaría…

—¿Que es una serpiente? —preguntó Telorast con tono divertido.

—Pues no. ¿En qué estabas pensando, Telorast?

La luz del sol se estaba desvaneciendo, las aguas del estrecho se habían teñido de carmesí. Una única vela de una carraca comercial atravesaba un ruta rumbo al sur para internarse en el mar Ehrlitan.

—La senda parece fuerte aquí —dijo Apsalar.

—Oh, sí —dijo Telorast, la cola huesuda acariciaba el tobillo izquierdo de Apsalar—. Se manifiesta con fiereza. Este mar es nuevo.

—Es posible —respondió la mujer mientras contemplaba los acantilados dentados que marcaban el estrecho—. ¿Hay ruinas bajo las olas?

—¿Cómo quieres que lo sepamos? Es posible. Muy probable, desde luego. Ruinas. Ciudades inmensas. Templos de Sombra.

Apsalar frunció el ceño.

—No había templos de Sombra en la época del Primer Imperio.

La cabeza de Cuajo se hundió y después se alzó de repente.

—¡Dessimbelackis, una maldición en su multitud de almas! Hablamos de la época de los Bosques. Los grandes

bosques que cubrían esta tierra, mucho antes del Primer Imperio. Antes incluso de los t’lan imass.

—Shh —siseó Telorast—. ¿Bosques? ¡Qué locura! Ni un árbol a la vista, y los que se asustaban de las sombras nunca existieron. ¿Por qué entonces iban a venerarlos? No lo hacían porque no existieron. Es una ferocidad natural, este poder de Sombra. Es un hecho que el primer culto nació del miedo. Lo terrible desconocido…

—¡Incluso más terrible —la interrumpió Cuajo— cuando se hace conocido! ¿No te parece, Telorast?

—No, no me parece. No sé de qué estás hablando. No haces más que parlotear, secretos y más secretos, ninguno de los cuales es verdad, en cualquier caso. ¡Mira! ¡Un lagarto! ¡Es mío!

—¡No, mío!

Los dos esqueletos se escabulleron por el saliente rocoso. Algo pequeño y gris salió disparado.

Se estaba levantando un viento que barría con crudeza la superficie del estrecho llevando con él el aroma primario del mar, que llegaba flotando al acantilado en el que se encontraba Apsalar. Cruzar extensiones de agua, aunque fuera por una senda, nunca era una perspectiva agradable. Cualquier vacilación en el control podía expulsarla del reino, momento en el que se encontraría a leguas de tierra firme en aguas infestadas de dhenrabi. Una muerte segura.

Podía, por supuesto, elegir la ruta terrestre. Salir de Ehrlitan hacia el sur, hasta Pan’potsun, y después rodear el nuevo mar Raraku hacia el oeste. Pero sabía que se estaba quedando sin tiempo. Cotillion y Tronosombrío querían que se cuidara de un número de pequeños jugadores esparcidos por todo el interior, pero algo dentro de ella presentía una aceleración de acontecimientos distantes, y con ella la necesidad creciente (una insistencia desesperada) de estar

allí sin más demora. Para arrojar su daga, para afectar, lo mejor que pudiese, una multitud de destinos.

Supuso que Cotillion lo entendería. Que confiaría en su instinto, aunque ella fuera, en último caso, incapaz de explicarlo.

Debía… darse prisa.

Un momento de concentración. Y la escena ante ella se transformó. El acantilado se había convertido en una ladera atestada de árboles derrumbados, abetos, cedros, las raíces arrancadas de la tierra oscura, los troncos aplastados como si la colina entera hubiera sido golpeada por un viento inimaginable. Bajo un cielo plomizo, un inmenso valle cubierto de bosques y envuelto en una bruma se extendía por lo que, momentos antes, habían sido las aguas del estrecho.

Los dos esqueletos llegaron corriendo con pasitos cortos para arrimarse a sus pies, las cabezas disparadas en todas direcciones.

—Te dije que habría un bosque —dijo Telorast.

Apsalar señaló con un gesto los restos de la ladera que tenían justo delante.

—¿Qué pasó aquí?

—Hechicería —dijo Cuajo—. Dragones.

—Dragones no.

—No, dragones no. Telorast tiene razón. Dragones no.

—Demonios.

—Sí, demonios terribles cuyo aliento es la puerta de una senda, ¡oh, no saltes a esas gargantas!

—Nada de aliento, Cuajo —dijo Telorast—. Solo demonios. Muy pequeños. Pero muchos. Tiran los árboles, uno por uno, porque son crueles y con tendencia a cometer actos de destrucción sin sentido.

—Como los niños.

—Exacto, como dice Cuajo, como los niños. Niños demonios. Pero fuertes. Muy fuertes. Brazos enormes y musculosos.

—Así que —dijo Apsalar— unos dragones lucharon aquí.

—Sí —dijo Telorast.

—En el reino de Sombra.

—Sí.

—Es de suponer que los mismos dragones que están ahora encerrados dentro del círculo de piedras.

—Sí.

Apsalar asintió y después empezó a bajar.

—Esto no va a ser fácil. Me pregunto si ahorraré mucho tiempo atravesando el bosque.

—Un bosque tiste edur —dijo Cuajo mientras correteaba por delante—. Les gustan sus bosques.

—Todas esas sombras naturales —añadió Telorast—. Poder en la permanencia. Madera negra, palosangre, todo tipo de cosas terribles. Los seres tenían razón al tener miedo.

A lo lejos, una oscuridad extraña se deslizaba por las copas de los árboles. Apsalar la estudió. La carraca, que arrojaba una presencia etérea en ese reino. Estaba viendo los dos mundos, un hecho bastante común. Sin embargo, con todo… *hay alguien en esa carraca. Y ese alguien es importante…*

T'rolbarahl, antigua criatura del Primer Imperio de Dessimbelackis, Dejim Nebrahl se agazapó en la base de un árbol muerto, o, más bien, se deslizó como una serpiente por las raíces expuestas y blanqueadas, siete cabezas, siete cuerpos, moteados con los colores del suelo, la madera y las rocas. Sangre fresca que poco a poco iba perdiendo su calor llenaba los estómagos del d'ivers. No había habido escasez

de víctimas, ni siquiera en ese yermo. Pastores, mineros de las minas de sal, bandidos, lobos del desierto. Dejim Nebrahl se había alimentado de forma continua en ese viaje hasta el lugar de la emboscada.

El árbol, de tronco grueso, achaparrado, con solo unas cuantas ramas retorcidas sobreviviendo a los siglos desde que había muerto, se alzaba de una grieta en la roca entre un trozo llano que marcaba la pista y una torre erecta de piedra agujereada y gastada por el viento. La pista giraba en ese punto, rodeaba el borde de un risco, la caída de diez alturas de hombre (o más) hasta los peñascos y rocas dentadas.

Al otro lado de la pista se alzaban más rocas, amontonadas, la piedra agrietada y en declive.

El d'ivers golpearía allí, desde ambos lados, tras liberarse de las sombras.

Dejim Nebrahl estaba contento. Una paciencia adquirida con facilidad con la carne fresca, los ecos de los gritos de muerte, ya solo tenía que esperar la llegada de las víctimas, las que habían elegido los sin nombre.

Pronto, entonces.

Sitio de sobra entre los árboles, una catedral de sombras y oscuridad pesada, el flujo del aire húmedo como agua contra su cara. Apsalar iba corriendo, flanqueada por las formas veloces de Telorast y Cuajo. Para su sorpresa, estaba avanzando a buen ritmo. El terreno era sorprendentemente llano y las caídas de árboles parecían inexistentes, como si en ese trozo de bosque no muriera jamás ningún árbol. No había visto fauna alguna, no se había tropezado con ningún rastro de caza obvio, pero había habido claros, extensiones circulares de musgo ceñidas por cedros separados a

intervalos regulares, o, si no eran cedros, entonces algo muy parecido, la corteza basta, peluda, negra como la brea. Los círculos eran demasiado perfectos para ser naturales, aunque no había visible ninguna otra prueba de propósitos o diseño. En esos lugares el poder de la sombra era, como había dicho Telorast, fiero.

Tiste edur, Kurald Emurlahn, su presencia persistía, pero igual que los recuerdos se aferran a los cementerios, las tumbas y los túmulos. Sueños viejos enmarañados y desvaneciéndose en las hierbas, en el nudo de la madera y el encaje de cristal de la piedra. Susurros perdidos en los vientos que siempre han vagado por esos lugares cargados de muerte. Los edur habían desaparecido, pero su bosque no los había olvidado.

Una oscuridad más adelante, algo que se estiraba desde el dosel de hojas, recto y fino. Una cuerda, tan gruesa como su muñeca y, descansando en el humus salpicado de agujas del suelo, un ancla.

Justo en su camino. *Ah, así que al tiempo que yo percibí una presencia, ella me percibió a mí. Creo que es una invitación.*

Se acercó a la cuerda, la cogió con las dos manos y empezó a trepar.

Telorast se puso a sisear en el suelo.

—¿Qué estás haciendo? ¡No, intruso peligroso! ¡Desconocido terrible, aterrador, horrible, de rostro cruel! ¡No subas ahí! Oh, Cuajo, mira, allá va.

—¡No nos escucha!

—Hemos estado hablando demasiado, ese es el problema.

—Tienes razón. Deberíamos decir algo importante para que empiece a escucharnos otra vez.

—Bien pensado, Cuajo. ¡Piensa en algo!

—¡Lo intento!

Sus voces se desvanecieron a medida que Apsalar seguía trepando. Había telarañas viejas colgando entre las ramas recubiertas de agujas, unas formas pequeñas y relucientes se escabullían por ellas. Sentía el cuero de los guantes caliente contra las palmas de las manos y las pantorrillas empezaban a dolerle. Llegó al primero de una serie de nudos, plantó los pies e hizo una pausa para descansar. Miró abajo y no vio nada más que troncos negros desvaneciéndose en la bruma, como las patas de una bestia gigantesca. Tras unos cuantos momentos, reanudó la subida. Empezó a haber nudos cada diez brazadas o así. Alguien se estaba mostrando considerado.

El casco de ébano de la carraca se cernía más arriba, incrustado de percebes, resplandeciente. Al alcanzarlo, Apsalar apoyó las botas en las tablas oscuras y trepó las últimas dos alturas hasta donde la maroma del ancla se metía por una rampa en la regala. Escaló por el costado y se encontró cerca de los tres escalones que llevaban a la cubierta de popa. Unas manchas desvaídas de bruma que relucían un poco marcaban dónde se encontraban, de pie o sentados, los mortales: aquí y allá, cerca de las jarcias, junto al timón montado en un costado, uno encaramado en las alturas, entre los obenques. Una figura fornida, mucho más sólida, se encontraba delante del palo mayor.

Alguien conocido. Apsalar buscó en su memoria, su mente se precipitaba por una pista falsa tras otra. Conocido… pero no.

Con una sonrisa leve en su rostro atractivo y bien afeitado, la figura se adelantó y levantó las dos manos.

—No estoy seguro de qué nombre utilizas ahora. Eras poco más que una niña, ¿fue solo hace unos años? Cuesta creerlo.

El corazón le martilleaba de repente en el pecho, a Apsalar le extrañó aquella sensación que la embargaba. ¿Miedo? Sí, pero más que eso. Culpabilidad. Vergüenza. Se aclaró la garganta.

—Me he llamado Apsalar.

Un asentimiento rápido. Reconocimiento, y después su expresión cambió poco a poco.

—No me reconoces, ¿verdad?

—Sí. No. No estoy segura. Debería… eso sí que lo sé.

—Tiempos difíciles por aquel entonces —dijo él mientras bajaba las manos, pero con lentitud, como si no supiera bien cómo lo iban a recibir cuando dijo—: Ganoes Paran.

Apsalar se quitó los guantes, impulsada por la necesidad de estar haciendo algo, y se pasó el dorso de la mano derecha por la frente; le sobresaltó sacarla mojada, el sudor le perlaba la cara, goteaba, frío de repente en su piel.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Podría hacerte la misma pregunta. Sugiero que nos retiremos a mi camarote. Hay vino. Comida. —Volvió a sonreír—. De hecho, yo estoy sentado allí ahora mismo.

Ella entrecerró los ojos.

—Parece que te has hecho con cierto poder, Ganoes Paran.

—Es una forma de decirlo.

Apsalar lo siguió hasta el camarote. Cuando Paran cerró la puerta tras ella, su forma se desvaneció y ella oyó movimiento al otro lado de la mesa de mapas. Se volvió y vio a un Ganoes Paran mucho menos consistente. Estaba sirviendo vino y cuando habló sus palabras parecían provenir de muy lejos.

—Será mejor que salgas ahora de tu senda, Apsalar.

Lo hizo y por primera vez sintió la madera sólida bajo sus pies, el cabeceo y balanceo de un barco en el mar.

—Siéntate —le dijo Paran con un gesto—. Bebe algo. Hay pan, queso, pescado salado.

—¿Cómo percibiste mi presencia? —le preguntó ella mientras se acomodaba en la silla atornillada al suelo que tenía más cerca—. Viajaba por un bosque…

—Un bosque tiste edur, sí. Apsalar, no sé por dónde empezar. Hay un Señor de la Baraja de los Dragones y tú estás compartiendo una botella de vino con él. Hace siete meses estaba viviendo en Darujhistan, en la Casa del Finnest, de hecho; con dos invitados eternamente dormidos y un criado jaghut… aunque es muy probable que me matase si me oyera describirlo con esa palabra. Raest no es la compañía más agradable del mundo.

—Darujhistan —murmuró Apsalar; apartó la vista, la copa de vino olvidada en la mano. La poca o mucha confianza que creía haber adquirido desde que había estado allí se fue desmoronando, asaltada por un enjambre de recuerdos desconectados, caóticos. Sangre, sangre en sus manos, una y otra vez—. Sigo sin entender…

—Estamos en guerra —dijo Paran—. Por extraño que sea, hubo una cosa que me dijo una vez una de mis hermanas, cuando éramos niños y lanzábamos ejércitos de juguete uno contra el otro. Para ganar una guerra debes llegar a conocer a todos los jugadores. A todos ellos. Los vivos, que se enfrentan a ti al otro lado del campo. Los muertos, cuyas leyendas se empuñan como armas o se sostienen como corazones que laten por toda la eternidad. Jugadores ocultos, jugadores inanimados, la tierra misma, o el mar, si quieres. Bosques, colinas, montañas, ríos. Corrientes tanto visibles como invisibles… no, Tavore no dijo todo eso; ella era mucho más concisa, pero me ha llevado mucho tiempo comprenderlo del todo. No es «conoce a tu enemigo». Eso es simplista y demasiado fácil. No, es «conoce a tus enemigos».

Hay una gran diferencia, Apsalar, porque uno de tus enemigos podría ser la cara que ves en el espejo.

—Pero tú ahora los llamas jugadores, en lugar de enemigos —dijo ella—. Lo que a mí me sugiere cierto cambio de perspectiva, es lo que pasa cuando se es el Señor de la Bajara de los Dragones, ¿no?

—Eh, no había pensado en eso. Jugadores. Enemigos. ¿Hay alguna diferencia?

—Lo primero implica… manipulación.

—Y eso tú lo entiendes muy bien.

—Sí.

—¿Todavía te persigue Cotillion?

—Sí, pero no de forma tan… íntima.

—Y ahora eres uno de sus agentes elegidos, una servidora de Sombra. Una asesina, igual que la asesina que eras.

Ella lo miró de frente.

—¿Adónde quieres llegar?

—No estoy seguro. Solo estoy intentando orientarme, con respecto a ti y la misión que sea que te trae aquí.

—Si quieres los detalles, será mejor que hables tú con Cotillion.

—Lo estoy pensando.

—¿Es por eso por lo que has cruzado un océano, Ganoes Paran?

—No. Como he dicho, estamos en guerra. No estuve ocioso en Darujhistan, ni en las semanas que precedieron a Coral. Estaba descubriendo a los jugadores… y entre ellos, a los enemigos de verdad.

—¿Tuyos?

—De la paz.

—Confío en que los matarás a todos.

Él pareció estremecerse y bajó la cabeza para mirar el vino que tenía en la copa.

—Durante un breve espacio de tiempo, Apsalar, fuiste inocente. Ingenua, incluso.

—Entre la posesión de un dios y mi despertar a ciertos recuerdos.

—Me preguntaba quién creó en ti tal cinismo.

—¿Cinismo? Tú hablas de paz, pero dos veces me has dicho que estamos en guerra. Te has pasado meses aprendiéndote la configuración de la batalla venidera. Pero sospecho que ni siquiera tú comprendes la vastedad del conflicto inminente, el conflicto en el que estamos ahora mismo.

—Tienes razón. Que es por lo que quería hablar contigo.

—Es posible que estemos en bandos diferentes, Ganoes Paran.

—Quizá, pero no lo creo.

La joven no dijo nada.

Paran volvió a llenar las copas.

—El panteón se está haciendo pedazos. El dios Tullido está encontrando aliados.

—¿Por qué?

—¿Qué? Bueno… En realidad no lo sé. ¿Compasión?

—¿Y eso es algo que el dios Tullido se ha ganado?

—Tampoco lo sé.

—¿Meses de estudio? —Apsalar alzó las cejas.

Él se echó a reír, una respuesta que alivió mucho a la asesina.

—Es probable que tengas razón —dijo—. No somos enemigos.

—Cuando dices «somos», deduzco que incluyes a Tronosombrío y Cotillion.

—Todo lo posible, que no es tanto como me gustaría. Nadie puede desentrañar la mente de Tronosombrío. Ni siquiera Cotillion, sospecho. Desde luego, yo no. Pero ha mostrado… comedimiento.

—Sí, así es. Toda una sorpresa, si lo piensas bien.

—A Tronosombrío el estudio del campo de batalla le ha llevado años, quizá décadas.

Él rezongó, una expresión amarga en el rostro.

—Buen argumento.

—¿Qué papel tienes tú, Paran? ¿Qué papel estás intentando interpretar tú?

—He ratificado al dios Tullido. Un lugar en la baraja de los Dragones. Una Casa de Cadenas.

Apsalar lo pensó un rato y asintió.

—Comprendo los motivos que hay detrás de tu decisión. De acuerdo, ¿qué te ha traído a Siete Ciudades?

Él se la quedó mirando y después sacudió la cabeza.

—Una decisión que yo fui rumiando durante lo que pareció una eternidad y tú comprendes mis razones en un instante. Está bien. Estoy aquí para contrarrestar a un enemigo. Para eliminar una amenaza. Solo que temo no llegar allí a tiempo, en cuyo caso limpiaré el desastre lo mejor que sepa, antes de seguir adelante…

—A Quon Tali.

—¿Cómo… cómo lo has sabido?

Apsalar cogió el trozo de queso, se sacó un cuchillo de la manga y cortó un pedazo.

—Ganoes Paran, ahora vamos a sostener tú y yo una conversación bastante larga. Pero antes, ¿dónde tienes intención de atracar?

—Kansu.

—Bien. Eso hará mi viaje más rápido. Dos minúsculas compañeras mías están ahora mismo trepando a la cubierta

tras haber ascendido por los árboles. En cualquier momento empezarán a cazar ratas y otras alimañas, lo que debería mantenerlas ocupadas un buen rato. En cuanto a ti y a mí, vamos a disfrutar de esta comida.

Él se recostó con lentitud en su silla.

—Llegaremos a puerto en dos días. Algo me dice que esos días pasarán volando como una gaviota en una galerna.

Para mí también, Ganoes Paran.

Antiguos recuerdos atravesaban con un susurro a Dejim Nebrahl, viejos muros de piedra iluminados de rojo por el fuego reflejado, la cascada de humo que bajaba por las calles llenas de muertos y moribundos, el fluir suculento de la sangre por los desagües. Oh, había grandeza en el Primer Imperio, ese florecimiento primero y basto de la humanidad. Los t'rolbarahl eran, en opinión de Dejim, la culminación de los rasgos verdaderamente humanos fundidos con la fuerza de las bestias. Saña, la inclinación a la crueldad brutal, la astucia de un depredador que no admite límites y que antes preferiría destruir a uno de su propia especie que a otro. Que alimenta el espíritu con la carne desgarrada de los niños. Ese asombroso ejercicio de inteligencia que podría justificar cualquier acción por detestable que fuera.

Unido a las garras, los dientes largos como dagas y el don d'ivers de convertirse en muchos a partir de uno… *deberíamos haber sobrevivido, deberíamos haber gobernado. Nacimos amos y toda la humanidad era esclava nuestra por derecho. Ojalá Dessimbelackis no nos hubiera traicionado. A sus propios hijos.*

Bueno, incluso entre los t'rolbarahl, Dejim Nebrahl era extraordinario. Una creación que iba más allá incluso de la pesadilla más temida del primer emperador. Dominación,

subyugación, el ascenso de un nuevo imperio, eso era lo que aguardaba a Dejim y, oh, cómo se alimentaría. Hinchado, saciado por la sangre humana. Haría que esos nuevos dioses en ciernes se arrodillaran ante él.

Una vez hubiera completado su tarea, el mundo lo aguardaba. Por mucha que fuera su ignorancia, su ciega indiferencia. Lo cambiaría todo, lo cambiaría del modo más terrible.

La presa de Dejim se acercaba, atraída con toda sutileza a ese sendero mortal. Ya no faltaba mucho.

El blanco del chaleco de conchas marinas espejeaba bajo la luz de la mañana. Karsa Orlong lo había sacado de su mochila para sustituir los restos hechos jirones del cuero acolchado que llevaba antes. Había montado su caballo alto y delgado, el manto de piel blanca remendado y salpicado de sangre le colgaba de los hombros amplios. Con la cabeza desnuda y una única trenza gruesa que le bajaba por el lado derecho del pecho, el pelo anudado con fetiches: huesos de dedos, tiras de seda bordada con hilo de oro, caninos bestiales. Llevaba cosida al cinturón una fila de orejas humanas arrugadas. La enorme espada de pedernal la llevaba atada en diagonal a la espalda. Dos dagas con mango de hueso, cada una tan larga y de hoja tan ancha como una espada corta, permanecían envainadas en los altos mocasines que llegaban justo por debajo de las rodillas.

Samar Dev estudió al toblakai un momento más, su mirada fue subiendo hasta posarse en la cara tatuada. El guerrero miraba al oeste, la expresión ilegible. Samar se volvió para comprobar los ronzales de los caballos de carga una vez más, después se irguió y se acomodó mejor en su

silla. Metió bien las puntas de las botas en los estribos y recogió las riendas.

—Los artilugios —dijo— que no requieren comida ni agua, que no se cansan ni cojean, imagina la libertad del mundo que crearían, Karsa Orlong.

Los ojos que posó en ella eran los de un bárbaro, revelaban suspicacia y cierto recelo animal.

—La gente iría a todas partes. ¿Qué libertad hay en un mundo más pequeño, bruja?

¿Más pequeño?

—No lo entiendes…

—El sonido de esta ciudad es una ofensa para la paz —dijo Karsa Orlong—. Nos vamos ya.

Samar volvió la mirada y contempló la puerta del palacio, cerrada, con treinta soldados vigilándola. Las manos inquietas cerca de las armas.

—El falah'd no parece muy inclinado a una despedida formal. Así sea.

Con el toblakai a la cabeza, encontraron pocos obstáculos en su travesía de la ciudad y llegaron a la puerta oeste antes de la décima campanada de la mañana. Incómoda en un principio por la atención que le prestaba casi cada ciudadano, en las calles y en las ventanas de los edificios de los lados, para cuando pasaron junto a los silenciosos guardias de la puerta, Samar Dev había empezado a ver el encanto de la notoriedad, lo suficiente para dedicarle a uno de los soldados una gran sonrisa y un gesto de despedida con una mano enguantada.

El camino en el que se encontraron no era una de las impresionantes proezas de ingeniería malazana que unía las ciudades principales, puesto que la dirección que habían elegido llevaba… a ninguna parte. Al oeste, adentrándose en el Jhag Odhan, las antiguas llanuras que desafiaban al

arado del agricultor, la mítica conspiración de los espíritus de la tierra, la lluvia y el viento, que se conformaban solo con las hierbas naturales de raíces profundas y estaban impacientes por marchitar cada cultivo hasta convertirlo en tallos ennegrecidos, el suelo volando por los aires. Esa tierra se podía domesticar durante una generación o dos, pero, al final, el odhan reclamaba su semblante salvaje, apto para nada salvo los bhederin, las liebres, los lobos y los antílopes.

Al oeste, entonces, durante una media docena de días. Momento en el que llegarían al lecho de un río muerto mucho tiempo atrás que serpenteaba al noroeste, los lados del valle cortados y roídos por la escorrentía estacional de un sinfín de siglos pasados, lleno de nudos de la artemisa, los cactus y las encinas. Colinas oscuras en el horizonte, donde el sol se ponía, un lugar sagrado, anotaban los mapas más antiguos, de una tribu extinguida tanto tiempo atrás que su nombre ya no significaba nada.

Salieron al camino estropeado, así pues, y la ciudad fue desapareciendo a su espalda. Tras un rato, Karsa echó la vista atrás, la miró y enseñó los dientes.

—Escucha. Esto está mejor, ¿no?

—Solo oigo el viento.

—Mejor que diez mil artilugios incansables.

Se volvió de nuevo y dejó a Samar cavilando sobre esas palabras. Las invenciones arrojan sombras morales, bien lo sabía ella, mejor que la mayoría, de hecho. Pero… ¿podía la simple conveniencia demostrar ser tan vil y perniciosa? El acto de hacer cosas, cosas laboriosas, cosas repetitivas, esas acciones invitaban al ritual y con el ritual llegaba un significado que se extendía más allá del logro del acto en sí. De ese ritual surgía la propia identidad y con ella la propia valía. Con todo, hacer la vida más fácil tenía que poseer algún valor inherente, ¿no?

Más fácil. Cuando nada se gana, el lenguaje de la recompensa se va desvaneciendo hasta que se pierde igual que la amada lengua de esa tribu. El valor se reduce, la valía se transforma en arbitrariedad, oh, dioses del inframundo, ¡y yo tuve la audacia de hablar de libertad! La bruja espoleó su caballo hasta que se colocó junto al toblakai.

—Pero ¿eso es todo? ¡Karsa Orlong! Te lo pregunto, ¿eso es todo?

—Entre mi pueblo —dijo él tras un momento—, el día está lleno, como lo está la noche.

—¿Con qué? Tejer cestas, atrapar peces, afilar espadas, adiestrar caballos, cocinar, comer, coser, follar…

—Contar historias, burlarse de los tontos que dicen y hacen tonterías, sí, todo eso. ¿No habrás estado allí, entonces?

—Nunca he ido.

Una débil sonrisa que luego desapareció.

—Hay cosas que hacer. Y, siempre, bruja, formas de hacer trampas. Pero nadie en verdad en su vida es ingenuo.

—¿En verdad en su vida?

—Regocijarse en el momento, bruja, no requiere bailes salvajes.

—Y así, sin esos rituales…

—Los jóvenes guerreros van en busca de guerra.

—Como debes de haber hecho tú.

Pasaron otros doscientos pasos antes de que él contestara.

—Tres de nosotros fuimos a provocar muerte y sangre. Uncidos como bueyes, estábamos, a la gloria. A las grandes hazañas y los grilletes pesados de los juramentos. Fuimos a la caza de niños, Samar Dev.

—¿Niños?

Karsa hizo una mueca.

—Tu especie. Las pequeñas criaturas que se reproducen como gusanos en la carne podrida. Pretendíamos, no, yo pretendía, limpiar el mundo de vosotros y los vuestros. Vosotros, los que taláis los bosques, los que rompéis la tierra, los que atáis la libertad. Yo era un joven guerrero que buscaba la guerra.

La bruja estudió el tatuaje de esclavo fugado en su rostro.

—Encontraste más de lo que esperabas.

—Lo sé todo sobre mundos pequeños. Yo nací en uno.

—Así que ahora la experiencia ha atemperado tu celo —dijo ella con un asentimiento—. Ya no sales a limpiar el mundo de la humanidad.

Él la miró, y tuvo que bajar la cabeza para ello.

—Yo no he dicho eso.

—Oh. Difícil de conseguir, diría yo, para un guerrero solo, aunque sea un guerrero toblakai. ¿Qué les pasó a tus compañeros?

—Muertos. Sí, tienes razón. Un guerrero solo no puede asesinar a cien mil enemigos, ni siquiera aunque sean niños.

—¿Cien mil? Oh, Karsa, eso apenas es la población de dos Ciudades Sagradas. El número de tus enemigos no está en los cientos de miles, alcanza las decenas de millones.

—¿Tantos?

—¿Te lo estás replanteando?

Él sacudió la cabeza lentamente, era obvio que se divertía.

—Samar Dev, hasta decenas de millones pueden morir, una ciudad de cada vez.

—Necesitarás un ejército.

—Tengo un ejército. Aguarda mi regreso.

Toblakai. Un ejército toblakai, eso sí que podría ser una visión que soltase la vejiga de la propia emperatriz.

—No hará falta decir, Karsa Orlong, que espero que nunca llegues a tu casa.

—Espera todo lo que quieras, Samar Dev. Yo haré lo que sea menester en el momento que deba. Nadie puede detenerme.

Una afirmación, no un alarde. La bruja se estremeció a pesar del calor.

Se acercaron a una cordillera de riscos que marcaban la escarpa Turul’a, la cara empinada de la piedra caliza salpicada de un número incontable de cuevas. Navaja observó a Heboric Manos Fantasmales azuzar su montura hasta ponerla a medio galope, se adelantó y después frenó de golpe, las riendas casi le cortaron las muñecas y una llamarada de fuego verdoso brotó en las manos.

—¿Y ahora qué? —preguntó el daru por lo bajo.

Ranagrís se adelantó de un salto y se detuvo al lado del anciano.

—Perciben algo —dijo Felisin la Menor detrás de Navaja —. Ranagrís dice que el destriant está de repente enfebrecido, un regreso del veneno de jade.

—¿El qué?

—Veneno de jade, dice el demonio. No sé.

Navaja miró a Scillara, que cabalgaba a su lado con la cabeza gacha, casi dormida en la silla. *Está engordando. Dioses, ¿con las comidas que cocinamos? Increíble.*

—Su locura regresa —dijo Felisin, había temor en su voz —. Navaja, esto no me gusta…

—El camino gira por aquí. —El joven señaló—. Se ve la muesca, junto a ese árbol. Acamparemos más adelante, en la base, y haremos el ascenso mañana.

Con Navaja en cabeza, continuaron cabalgando hasta que alcanzaron a Heboric Manos Fantasmales. El destriant miraba furioso el risco que se alzaba delante de ellos, murmuraba y sacudía la cabeza.

—¿Heboric?

Una mirada rápida, febril.

—Esta es la guerra —dijo. Unas llamas verdes parpadeaban en sus manos llenas de púas—. Lo viejo pertenece a los usos de la sangre. Lo nuevo proclama su propia justicia. —La cara de sapo del anciano se estiró en una mueca horripilante—. Estos dos no pueden, no pueden, reconciliarse. Es muy sencillo, ¿lo ves? Muy sencillo.

—No —respondió Navaja con el ceño fruncido—. No lo veo. ¿De qué guerra hablas? ¿Con los malazanos?

—El Encadenado, quizá fuera antaño de los antiguos. Quizá, sí, lo era. Pero ahora, ahora lo han ratificado. Forma parte del panteón. Es nuevo. Pero entonces, ¿qué somos nosotros? ¿Somos de la sangre? ¿O nos inclinamos ante la justicia de los reyes, reinas, emperadores y emperatrices? Dime, daru, ¿está la justicia escrita en sangre?

—¿Vamos a acampar o no? —preguntó Scillara.

Navaja la miró, observó que la mujer metía roya en la cazoleta de su pipa. Saltaban chispas.

—Pueden hablar todo lo que quieran —dijo Heboric—. Cada dios debe elegir. En la guerra que vendrá. La sangre, daru, se quema con el fuego, ¿no? Sin embargo… sin embargo, amigo mío, sabe a hierro frío. Tienes que entenderme. Estoy hablando de lo que no se puede reconciliar. Esta guerra, tantas vidas perdidas, todas para enterrar a los dioses ancestrales de una vez por todas. Eso, amigos míos, es el corazón de esta guerra. El corazón en sí, y todas sus discusiones no significan nada. He terminado

con ellos. He terminado con todos vosotros. Treach ha elegido. Ha elegido. Y vosotros también debéis hacerlo.

—No me gusta elegir —dijo Scillara tras una espiral de humo—. En cuanto a la sangre, viejo, esa es una justicia con la que nunca se puede acabar. Y ahora vamos a buscar un sitio para acampar. Tengo hambre, estoy cansada y dolorida de ir en la silla.

Heboric se bajó del caballo, cogió las riendas y se dirigió hacia una pista lateral.

—Hay un hueco en el muro —dijo—. La gente ha acampado ahí durante milenios, ¿por qué no nosotros? Un día —añadió mientras seguía andando—, la prisión de jade se hará añicos y saldrán tropezando los necios, tosiendo entre las cenizas de sus convicciones. Y ese día se darán cuenta de que ya es demasiado tarde. Demasiado tarde para hacer una maldita cosa.

Más chispas, Navaja miró y vio que Felisin la Menor estaba encendiendo su propia pipa. El daru se pasó una mano por el pelo y guiñó los ojos a la luz del sol que se reflejaba en la cara del risco. Después desmontó.

—De acuerdo —dijo guiando a su caballo—. Acampemos.

Ranagrís se fue saltando tras Heboric y trepó por la roca como un lagarto abotagado.

—¿A qué se refería? —le preguntó Felisin a Navaja cuando se pusieron en camino por la pista—. Sangre y dioses ancestrales, ¿qué son los dioses ancestrales?

—Dioses viejos, casi olvidados. Hay un templo dedicado a uno en Darujhistan, debe de llevar allí como mil años. El dios se llamaba K’rul. Sus devotos se desvanecieron hace mucho tiempo. Pero quizá eso no importa.

Mientras tiraba de su caballo tras ellos, Scillara dejó de escuchar a Navaja, que continuaba hablando. Dioses ancestrales, dioses nuevos, sangre y guerras, a ella le daba igual. Ella solo quería descansar las piernas, aliviar los dolores de los riñones y comer todo lo que todavía tenían en las alforjas.

Heboric Manos Fantasmales la había salvado, la había arrastrado de nuevo a la vida y eso había incrustado algo parecido a la misericordia en su corazón, había ahogado su inclinación a despreciar al viejo chiflado sin pensar. Era cierto que algo lo embrujaba y cosas así podían arrastrar hasta la mente más cuerda al caos. Pero ¿de qué servía intentar encontrarle sentido a cuanto decía?

Los dioses, viejos o nuevos, no le pertenecían a ella. Ni ella les pertenecía a ellos. Jugaban a sus juegos de ascendencia como si el resultado importara, como si pudieran cambiar el matiz del sol, la voz del viento, como si pudieran hacer que los bosques se convirtieran en desiertos y las madres amaran a sus hijos lo suficiente como para quedárselos. Las reglas de la carne mortal era todo lo que importaba, la necesidad de respirar, de comer, beber, encontrar calor en el frío de la noche. Y, más allá de esas luchas, cuando se hubiera aspirado el último aliento, bueno, ella no estaría en condiciones de preocuparse por nada de lo que ocurriría a continuación, quién moría, quién nacía, los llantos de niños muertos de hambre y los crueles tiranos que los mataban de hambre; ella comprendía que esos eran los sencillos legados de la indiferencia, las consecuencias de lo más oportuno y conveniente; y así continuarían las cosas en el reino mortal hasta que se apagara la última chispa, con dioses o sin ellos.

Y ella podía asumirlo. Hacer otra cosa sería despotricar contra lo inevitable. Hacer otra cosa sería hacer como Heboric Manos Fantasmales, y mira dónde lo había llevado eso. A la demencia. La verdad de la futilidad era la verdad más dura de todas, y para esos con la claridad suficiente para verlo, no había forma de huir.

Ella había estado en el olvido, después de todo, y había regresado, así que sabía que no había nada que temer en ese lugar plagado de sueños.

Como había dicho Heboric, el refugio de roca revelaba las señales de un sinfín de generaciones que lo habían ocupado. Fuegos bordeados de piedras, pinturas de color rojo ocre en las paredes blanqueadas, montones de loza rota y huesos carbonizados, partidos por el fuego. El suelo de arcilla del hueco estaba compacto y duro como la piedra tras el paso de un sinfín de pies. Cerca se oía el ruido de un hilo de agua y Scillara vio que Heboric se agachaba allí, ante un estanque alimentado por un manantial, las manos relucientes sostenidas sobre la superficie plácida y espejada, como si dudara antes de sumergirlas en el líquido fresco. Unas mariposas de alas blancas revoloteaban por el aire a su alrededor.

Ese hombre viajaba con el don de la salvación. Algo que tenía que ver con el fulgor verde de sus manos y los fantasmas que lo acosaban. Algo que tenía que ver con su pasado y lo que veía del futuro. Pero le pertenecía a Treach, al Tigre del Verano. *No hay reconciliación.*

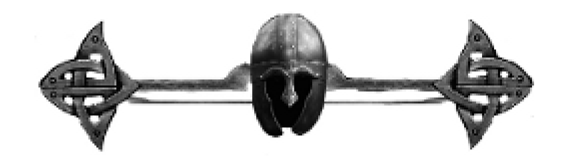
Scillara divisó una roca plana y se acercó, se sentó y estiró las piernas cansadas, se notó el abultamiento del vientre cuando se echó hacia atrás y se apoyó en las manos. Se lo quedó mirando, extrusión cruel de lo que antaño había sido una forma ágil, lo que arrancó una expresión de asco a sus rasgos.

—¿Estás encinta?

Levantó la cabeza y estudió la cara de Navaja, divertida al advertir que el muchacho caía en la cuenta y abría mucho los ojos, que se llenaban de alarma.

—Mala suerte, cosas que pasan —le contestó ella. Y después—: La culpa la tienen los dioses.

6



Pinta una raya con sangre, ponte sobre ella y dale una buena sacudida a un nido de arañas. Caen a un lado de la línea. Caen al otro lado de la línea. Así cayeron los dioses, con las piernas tensas, listos, cuando los cielos temblaron, y en la lluvia dispersa de telarañas flotantes (todos esos pavorosos hilos cortados de intrigas que se posaron), repiqueteando bajo los vientos que rugieron de súbito, vivos y vengativos, para pronunciarse en lenguas de trueno, los dioses estaban en guerra.

«Asesino de magia»
Una historia de la hueste de los días
—Sarathan

Con los ojos entrecerrados, en la barra de sombra arrojada por el borde sobresaliente del gran yelmo, Corabb Bhilan Thenu'alas estudió a la mujer.

Ayudantes y funcionarios agobiados pasaban junto a ella y junto a Leoman de los Mayales, a toda velocidad, como hojas en un torrente. *Y los dos ahí, en pie, como piedras.*

Peñascos. Como cosas… enraizadas, sí, enraizadas al lecho de roca. La capitán Gorrionpardo, convertida en tercero Gorrionpardo. Una malazana.

Una mujer, y Leoman… bueno, a Leoman le gustaban las mujeres.

Así que allí estaban, oh, sí, comentando detalles, ultimando los preparativos del asedio inminente. El olor a sexo, una suficiencia embriagadora que los envolvía a los dos como una niebla venenosa. Él, Corabb Bhilan Thenu'alas, que había cabalgado junto a Leoman batalla tras batalla, que le había salvado la vida a Leoman más de una vez, que había hecho todo lo que se le había pedido siempre, era leal. *Pero ella, ella es deseable.*

Se dijo a sí mismo que no importaba. Había habido otras mujeres. Él mismo había tenido alguna de vez en cuando, aunque no las mismas que había conocido Leoman, por supuesto. Y todas y cada una no habían sido nada ante la fe, se habían desvanecido en la insignificancia ante la necesidad pura y dura. La voz de Dryjhna, el Apocalipsis, aplastaba con la tempestad de destrucción que hacía descender sobre ellos. Era como debía ser.

Gorrionpardo. Malazana, mujer, distracción y posible corruptora. Pues Leoman de los Mayales estaba ocultándole algo a Corabb y eso no había ocurrido jamás. Era culpa de ella. Ella era la culpable. Tendría que hacer algo con respecto a ella, pero ¿qué?

Se levantó del antiguo trono del falah'd, que Leoman había desechado con tanto desdén, y se acercó a la gran ventana arqueada que se asomaba al complejo interior del torreón. Más idas y venidas caóticas abajo, el polvo girando en el aire asaeteado por el sol. Tras la muralla del palacio, los tejados blanqueados de Y'Ghatan, ropas tendidas al sol, toldos estremeciéndose al viento, cúpulas y los almacenes

cilíndricos de techos planos, llamados «maethgara», que albergaban en inmensos contenedores el aceite de oliva por el que la ciudad y sus olivares periféricos habían alcanzado tanto renombre. En el centro de la ciudad se alzaba el templo de Scalissara, con sus ocho lados y monstruosos contrafuertes, con su cúpula interior, una joroba moteada de restos de pan de oro y azulejos de cobre verde salpicados de cagadas abundantes de pájaros.

Scalissara, diosa matrona de las Aceitunas, la bienamada protectora de la ciudad, en ese momento caída en un desprestigio vil. Demasiadas conquistas que no pudo resistir, demasiadas puertas derribadas, murallas convertidas en escombros. Mientras la ciudad en sí parecía capaz de alzarse siempre de nuevo del polvo de la destrucción, Scalissara había revelado un número más finito de resurrecciones posibles. Y, tras la última conquista, la diosa no volvió a su lugar preeminente. De hecho, no regresó en absoluto.

Su templo pertenecía a la reina de los Sueños.

Una diosa extranjera. Corabb frunció el ceño. Bueno, quizá no del todo extranjera, pero aun así…

Las magníficas estatuas de Scalissara que solían alzarse en las esquinas de las fortificaciones externas de la ciudad, brazos de mármol rollizos y carnosos, alzados, un olivo desarraigado en una mano y un recién nacido en la otra, el cordón umbilical enroscado como una serpiente en el antebrazo, que después cruzaba y bajaba hasta el vientre…, esas estatuas habían desaparecido. Destruidas en la última conflagración. En tres de las cuatro esquinas solo permanecía el pedestal, los pies desnudos rotos con limpieza por encima del tobillo, y en la cuarta, hasta eso había desaparecido.

En los días de su supremacía, cada niño abandonado recibía su nombre, y, niño o niña, cada pequeño abandonado se llevaba al templo para que lo alimentaran, criaran y educaran en los modos y maneras del Sueño Frío, un misterioso ritual que celebraba una especie de espíritu dividido o algo así, la esotérica de los cultos no estaba entre los puntos fuertes intelectuales de Corabb; pero Leoman había sido uno de esos niños huérfanos y había hablado una o dos veces de esas cosas, cuando el vino y el durhang le soltaban la lengua. Deseo y necesidad, la guerra en el espíritu de un mortal, eso era lo que estaba en el fondo del Sueño Frío. Corabb no entendía mucho de eso. Leoman no había vivido más que unos años bajo la dirección de las sacerdotisas del templo antes de que sus excesos salvajes provocaran su expulsión a las calles. Y de las calles a los odhans, a vivir entre las tribus del desierto y ser así forjado por el sol y las arenas al viento de Raraku hasta convertirse en el guerrero más extraordinario que jamás había contemplado Siete Ciudades. Al menos en la vida de Corabb. Los falah'dan de las Ciudades Sagradas habían poseído grandes paladines en sus tiempos, por supuesto, pero no eran líderes, no tenían las habilidades necesarias para mandar. Además, Dassem Ultor y su primera espada los habían derribado a todos y cada uno de ellos y con eso se había puesto el punto final.

Leoman había sellado Y'Ghatan y había encerrado entre sus murallas nuevas el equivalente al rescate de un emperador en aceite de oliva. Las maethgaras estaban a rebosar y los mercaderes y sus gremios chillaban de indignación, aunque de forma menos pública desde que Leoman, en un ataque de irritación, había ahogado a siete representantes en el Gran Maeth adosado al palacio. Los había ahogado en su propio aceite. Sacerdotes y brujas

estaban solicitando vasos de ese espeluznante líquido ámbar.

A Gorrionpardo se le había dado el mando de la guarnición de la ciudad, una muchedumbre de matones borrachos y perezosos. La primera visita a los barracones había revelado que la base militar era poco más que un harén estridente, repleto de humo y jovencitos de ambos sexos, prepúberes con las pupilas dilatadas que se tambaleaban en un mundo de pesadilla de abusos enfermizos y esclavitud. Ese primer día ejecutaron a treinta oficiales, al de más alto rango lo ejecutó Leoman en persona. Habían reunido a los niños y los habían redistribuido entre los templos de la ciudad con órdenes de sanar el daño y purgar lo que fuera posible de sus recuerdos. A los soldados de la guarnición se les había encomendado la tarea de restregar cada ladrillo y cada azulejo de los barracones; Gorrionpardo había empezado entonces a adiestrarlos para enfrentarse a las tácticas de asedio de los malazanos, tácticas con las que ella parecía sospechosamente familiarizada.

Corabb no confiaba en ella, era tan sencillo como eso. ¿Por qué elegiría luchar contra su propio pueblo? Solo una criminal, una prófuga, haría eso, ¿y hasta qué punto era fiable una prófuga? No, con toda probabilidad había asesinatos y traiciones horrendas plagando su sórdido pasado; y allí estaba, abriéndose de piernas bajo el falah'd Leoman de los Mayales, el guerrero más temido del mundo conocido. Tendría que vigilarla con especial cuidado, la mano en la empuñadura de su nuevo alfanje, listo en cualquier momento para partirla por la mitad, de la cabeza a la ingle y después a lo ancho, en diagonal, dos veces, chas, chas, del hombro derecho a la cadera izquierda, del hombro izquierdo a la cadera derecha, y verla después derrumbarse

en todas direcciones. Una ejecución obligada por el deber, sí. A la primera insinuación de traición.

—¿Qué ha aligerado tanto su expresión, Corabb Bhilan Thenu’alas?

Se puso rígido y al volverse encontró a Gorrionpardo a su lado.

—Tercero —dijo él con un gruñido amargo de saludo—. Estaba pensando en, eh, la sangre y la muerte inminentes.

—Leoman dice que es usted el más razonable de todos. Me inquieta pues conocer mejor a sus otros oficiales.

—¿Teme el asedio que no tardará?

—Pues claro que sí. Sé de lo que son capaces los ejércitos imperiales. Se dice que hay un mago supremo entre ellos y esa es la noticia más preocupante de todas.

—La mujer que los manda es simple e ingenua —dijo Corabb—. Sin imaginación, al menos que se haya molestado en mostrar.

—Y a eso es a lo que yo voy, Corabb Bhilan Thenu’alas.

El hombre frunció el ceño.

—¿A qué se refiere?

—No ha tenido necesidad, de momento, de desplegar todo el alcance de su imaginación. Hasta ahora le ha resultado fácil. Poco más que cubrir leguas interminables tras el polvo de la estela de Leoman.

—Estamos a su altura, somos incluso mejores —dijo Corabb, que se irguió e hinchó el pecho—. Nuestras lanzas y espadas ya han derramado su vil sangre malazana y lo harán de nuevo. Derramarán más, mucha más.

—Esa sangre —dijo ella tras un momento— es tan roja como la suya, guerrero.

—¿Lo es? Me parece a mí —continuó él mientras miraba la ciudad una vez más— que la traición es una mancha

oscura en ella, que con facilidad tuerce a los suyos y los convence para que cambien de bando.

—¿Como, por ejemplo, las Espadas Rojas?

—¡Necios corruptos!

—Por supuesto. Pero… nacidos en Siete Ciudades, ¿no?

—Han arrancado sus propias raíces y ahora discurren con la marea malazana.

—Bonita imagen, Corabb. Se tropieza con ellas con frecuencia, ¿verdad?

—Se asombraría de las cosas con las que me tropiezo, mujer. Y le diré una cosa, vigilo las espaldas de Leoman, como siempre he hecho. Nada cambiará eso. Ni usted ni sus… sus…

—¿Encantos?

—Artimañas. La tengo calada, tercero, será mejor que lo tenga presente.

—Leoman ha hecho algo bien para tener un amigo tan leal.

—Encabezará el Apocalipsis…

—Oh, desde luego que sí.

—Pues nadie salvo él está a la altura de esa tarea. Y'Ghatan será un nombre maldito en el Imperio de Malaz para toda la eternidad.

—Ya lo es.

—Sí, bueno, lo será más.

—¿Qué hay en esta ciudad, me pregunto, que ha clavado un cuchillo hasta lo más hondo del Imperio? ¿Por qué actuó la Garra aquí contra Dassem Ultor? ¿Por qué no en algún otro lugar? ¿Un sitio menos público, menos arriesgado? Oh, sí, hicieron que pareciera un extraño accidente de batalla, pero nadie se dejó engañar. Admito sentir cierta fascinación por esta ciudad; de hecho, es lo que me trajo aquí en primer lugar.

—Es usted una prófuga. La emperatriz ha puesto precio a su cabeza.

—¿Ah, sí? ¿O solo está haciendo una suposición?

—Estoy seguro de ello. Lucha contra su propio pueblo.

—Mi propio pueblo. ¿Quiénes son, Corabb Bhilan Thenu'alas? El Imperio de Malaz ha devorado muchos pueblos, igual que ha hecho con los de Siete Ciudades. Ahora que la rebelión ha terminado, ¿es acaso usted afín a los malazanos? No, ese pensamiento es incomprensible para usted, ¿verdad? Yo nací en Quon Tali, pero el Imperio de Malaz nació en la isla de Malaz. Mi pueblo también fue conquistado, igual que lo ha sido el suyo.

Corabb no dijo nada, demasiado confundido por las palabras de la mujer. Los malazanos eran… malazanos, maldita fuera. Todos iguales, daba igual el tono de su piel, el sesgo de sus ojos, poco importaban las variaciones que hubiera dentro de ese Imperio maldito del Embozado. *¡Malazanos!*

—No encontrará simpatía alguna de mí, tercero.

—No la he pedido.

—Bien.

—Bueno, ¿nos acompaña?

¿Nos? Corabb se volvió poco a poco. Leoman se encontraba a pocos pasos tras ellos, los brazos cruzados, apoyado en la mesa de mapas. En sus ojos una expresión astuta, divertida.

—Vamos a la ciudad —dijo Leoman—. Deseo visitar cierto templo.

Corabb se inclinó.

—Te acompañaré, con la espada preparada, caudillo.

Leoman alzó las cejas ligeramente.

—Caudillo. ¿Es que no hay fin para los títulos que te empeñas en otorgarme, Corabb?

—No lo hay, Mano del Apocalipsis.

Leoman se estremeció al oír ese término honorífico y después se dio la vuelta. Media docena de oficiales se encontraban esperando en un extremo de la larga mesa y a ellos se dirigió Leoman.

—Comiencen la evacuación. ¡Y nada de violencia indebida! Maten a todo saqueador que atrapen, por supuesto, pero sin ruido. Garanticen la protección de las familias y sus posesiones, incluyendo el ganado…

Uno de los guerreros empezó a hablar.

—Pero, comandante, necesitaremos…

—No, no lo haremos. Tenemos todo lo que necesitamos. Además, esos animales son la única riqueza que podrá llevarse con ellos la mayor parte de los refugiados. Quiero escoltas en el camino del oeste. —Miró a Gorrionpardo—. ¿Han regresado los mensajeros de Lothal?

—Sí, con saludos encantados del falah'd.

—Encantado de que no continúe la marcha hacia su ciudad, querrás decir.

Gorrionpardo frunció el ceño.

—¿Entonces está despachando tropas para administrar el camino?

—Así es, Leoman.

¡Ah! ¡Ella ya está por encima de los títulos! Corabb luchó por evitar que el gruñido de desdén se colara en su voz.

—Para usted es «caudillo», tercero. O «comandante», o «falah'd»…

—Basta —lo interrumpió Leoman—. Me complace lo suficiente mi nombre como para oír que lo utilizan. De ahora en adelante, amigo Corabb, prescindiremos de los títulos cuando estén presentes solo oficiales.

Como pensaba, ha comenzado la corrupción. Miró con furia a Gorrionpardo, pero la mujer no le prestaba atención

alguna, sus ojos se posaban con expresión posesiva en Leoman de los Mayales. Los de Corabb se entrecerraron. *Leoman el Caído.*

Ningún sendero, callejón o calle de Y'Ghatan corría en línea recta más de treinta pasos. Construida sobre cimientos sucesivos, alzándose, con toda probabilidad, sobre la primera ciudad-fortaleza que serpenteaba como un laberinto y que se había construido allí diez mil años antes o más; el patrón se parecía a un nido de termitas con cada pasaje retorcido expuesto al cielo, aunque en muchos casos ese cielo no era más que una ranura de menos de un brazo de anchura sobre sus cabezas.

Contemplar Y'Ghatan y vagar por sus pasillos era entrar en la antigüedad. Las ciudades, le había dicho una vez Leoman a Corabb, no nacían de la conveniencia, ni de un señorío, ni de los mercados y sus charlatanes mercaderes. No nacían siquiera de las cosechas y los excedentes. No, dijo Leoman, las ciudades nacían de la necesidad de protección. Fortalezas y nada más, y todo lo que seguía solo hacía eso: seguir. Y así, las ciudades estaban siempre amuralladas y, de hecho, las murallas eran con frecuencia todo lo que quedaba de las más antiguas.

Y por eso, había explicado Leoman, una ciudad siempre se construía sobre los huesos de sus antepasadas, pues eso elevaba las murallas todavía más y hacía del lugar una protección más formidable todavía. Eran las tribus que merodeaban, había dicho con una carcajada, las que habían forzado el nacimiento de las ciudades, de las mismas ciudades capaces de desafiarlas y, en último caso, de conquistarlas. Así pues, la civilización había surgido del salvajismo.

Todo eso estaba muy bien, cavilaba Corabb mientras se encaminaban al corazón de esa ciudad, y quizá fuera hasta verdad, pero él ya ansiaba las tierras abiertas de los odhans, los susurros dulces del viento del desierto, el calor opresor que podía cocerle el cerebro a un hombre dentro del yelmo hasta que, loco de remate, soñase que lo perseguían hordas de tías gordas y abuelas correosas a las que les gustaba pellizcar mejillas.

Corabb sacudió la cabeza para desprenderse del recuerdo y todos sus terrores consiguientes. Caminaba a la izquierda de Leoman, con el alfanje en la mano y un ceño beligerante listo para enfrentarse a cualquier ciudadano de aspecto sospechoso. El tercero, Gorrionpardo, iba a la derecha de Leoman, los dos se rozaban los brazos de vez en cuando e intercambiaban palabras en voz baja, con toda probabilidad impregnadas de romance, que Corabb se alegraba de no poder oír. O eso, o estaban hablando de formas de deshacerse de él.

—Oponn, tira de mí, empújala a ella —dijo por lo bajo.

Leoman volvió la cabeza.

—¿Has dicho algo, Corabb?

—Estaba maldiciendo este maldito camino de ratas, Vengador.

—Ya casi hemos llegado —dijo Leoman con un tono considerado muy poco propio de él, lo que solo profundizó el malhumor de Corabb—. Gorrionpardo y yo comentábamos qué hacer con el sacerdocio.

—¿Lo comentabais? Qué bien. ¿A qué te refieres con qué hacer con ellos?

—Se resisten a la idea de irse.

—No me sorprende.

—A mí tampoco, pero irse, se irán.

—Es por toda esa riqueza —dijo Corabb—. Y sus relicarios, iconos y bodegas, temen que los ataquen en el camino, que los violen y roben y que les deshagan los moños.

Tanto Leoman como Gorrionpardo lo miraron con expresión rara.

—Corabb —dijo Leoman—, creo que se será mejor que te quites ese gran yelmo nuevo que llevas.

—Sí —añadió Gorrionpardo—, le corren chorros de sudor por la cara.

—Estoy bien —dijo Corabb con un gruñido—. Este era el yelmo del paladín. Pero Leoman no quiso cogerlo. Debería haberlo hecho. En realidad, yo solo lo llevo por él. En el momento adecuado, él descubrirá la necesidad de arrancármelo de la cabeza y lucirlo él mismo, y el mundo recuperará el orden dispuesto una vez más, loados sean todos los dioses amarillos y azules.

—Corabb…

—Estoy bien, aunque será mejor que decidamos qué hacer con esas ancianas que nos siguen. Prefiero ensartarme antes con mi propia espada que dejar que me cojan. ¡Oh, qué niño tan rico! Ya basta, digo.

—Dame ese yelmo —dijo Leoman.

—Ya era hora de que reconocieras tu destino, Asesino Adjunto.

A Corabb le martilleaba la cabeza para cuando llegaron al templo de Scalissara. Leoman había optado por no ponerse el gran yelmo, ni siquiera después de quitarle el forro acolchado empapado, sin el cual le habría quedado demasiado flojo, en cualquier caso. Al menos las ancianas habían desaparecido; de hecho, la ruta que habían tomado estaba casi desierta, aunque podían oír los sonidos caóticos

de las multitudes en las avenidas principales; las estaban sacando de la ciudad, hacia el camino del oeste que llevaba a Lothal, en la costa. El pánico recorría las sofocantes corrientes, pero estaba claro que la mayor parte de los cuatro mil soldados que tenía Leoman bajo su mando había salido a las calles a mantener el orden.

Siete templos menores, cada uno dedicado a uno de los Siete Sagrados, rodeaban el edificio octogonal que se había santificado a la reina de los Sueños. El acceso formal era una espiral que se metía entre las estructuras abovedadas más pequeñas. Las murallas que flanqueaban el complejo habían sido pintarrajeadas por partida doble, primero con la nueva consagración a dioses malazanos poco después de la conquista, y de nuevo con la rebelión, cuando los templos y sus nuevas clases sacerdotales extranjeras habían sido atacadas, los santuarios destrozados y cientos asesinados. Frisos y metopas, cariátides y paneles habían quedado en ruinas, panteones enteros profanados e irreconocibles.

Es decir, todos salvo el templo de la reina de los Sueños, sus impresionantes fortificaciones lo hacían casi inexpugnable. Corabb sabía que había, en cualquier caso, misterios que rodeaban a la Reina, y en general se creía que su culto no se había originado en el Imperio de Malaz. La diosa de la Adivinación arrojaba un millar de reflejos sobre un millar de pueblos y ninguna civilización podía reclamarla como de su exclusiva propiedad. Así que, tras haber aporreado en vano las murallas del templo durante seis días, los rebeldes llegaron a la conclusión de que la Reina no era su enemiga, después de todo, y a partir de entonces la dejaron en paz. Deseo y necesidad, había dicho Leoman riéndose al oír el relato.

No obstante, en lo que a Corabb se refería, la diosa era… extranjera.

—¿Qué asunto nos trae a visitar este templo? —preguntó Corabb.

Leoman respondió con una pregunta también.

—¿Recuerdas, viejo amigo, tu voto de seguirme sin importar la aparente locura que emprenda?

—Lo recuerdo, caudillo.

—Bien, Corabb Bhilan Thenu'alas, te encontrarás con que esa promesa va a sufrir una dura prueba. Pues tengo intención de hablar con la reina de los Sueños.

—La suma sacerdotisa…

—No, Corabb —dijo Leoman—, con la diosa misma.

—Es muy difícil matar dragones.

Una sangre del color del amanecer falso continuaba extendiéndose por los adoquines combados. Mappo e Icarium permanecían fuera de su alcance, pues no les convenía entrar en contacto con esa promesa oscura. El jhag se había sentado en un bloque de piedra que quizá en su momento fuera un altar, pero que habían empujado contra la pared, a la izquierda de la entrada. El guerrero tenía la cabeza entre las manos y llevaba un rato sin decir nada.

Mappo alternaba entre mirar a su amigo y el enorme cadáver de dragón que se alzaba sobre ellos. Ambas escenas lo angustiaban. Había mucho digno de ser llorado en esa caverna, en el terrible asesinato ritual que había tenido lugar allí y en el torrente tenso de recuerdos desatados en el interior de Icarium con su descubrimiento.

—Esto no deja más que a Osserc —dijo Mappo—. Y si él cayera, la senda de Serc no poseerá gobernante alguno. Creo, Icarium, que estoy empezando a ver un patrón.

—Profanación —dijo el jhag con un susurro, sin levantar la vista.

—Están convirtiendo el panteón en algo muy vulnerable. Fener, arrastrado a este mundo y ahora Osserc, la fuente misma de su poder sufre un asalto. Cuántos dioses y diosas más se ven asediados, me pregunto. Llevamos lejos de todo demasiado tiempo, amigo mío.

—¿Lejos, Mappo? No hay forma de estar lejos.

El trell estudió al dragón muerto una vez más.

—Quizá tengas razón. ¿Quién podría lograr algo así? Dentro del dragón está el corazón de la senda en sí, su fuente de poder. Pero… algo derrotó a Sorrit, la hundió en la tierra, en esta cueva dentro de una fortaleza flotante y la clavó a madera negra, ¿cuánto tiempo crees tú que hace? ¿No habríamos notado su muerte? —Puesto que Icarium no ofrecía ninguna respuesta, Mappo se acercó un poco más al charco de sangre y miró arriba para centrarse en la inmensa estaca de hierro veteada de óxido—. No —murmuró tras un momento—, eso no es óxido. Es otataralita. La ataron con otataralita. Pero la dragona era ancestral, debería haber sido capaz de derrotar esa impaciente entropía. No lo entiendo…

—Viejo y nuevo —dijo Icarium, su tono tergiversaba las palabras y las convertía en una maldición. Se levantó de repente, la expresión salvaje y una mirada dura en los ojos —. Háblame, Mappo. Cuéntame lo que sabes de sangre derramada.

Se dio la vuelta.

—Icarium…

—Mappo, dímelo.

Con la mirada puesta en el charco aguamarina, el trell se quedó callado, las emociones luchaban en su interior. Después suspiró.

—¿Quién fue el primero en hundir las manos en este espeluznante arroyo? ¿Quién bebió un trago profundo y se transformó, y qué efecto tuvo esa estaca de otataralita en

esa transformación? Icarium, esta sangre está contaminada…

—Mappo…

—Muy bien. Toda sangre derramada, amigo mío, posee poder. Bestias, humanos, el pájaro más pequeño, la sangre es la fuerza de la vida, el río del alma. En su interior está encerrado el tiempo de vida, de principio a fin. Es la fuerza más sagrada de la existencia. Los asesinos con la sangre de sus víctimas manchándoles las manos se alimentan de esa fuerza, quieran ellos o no. Muchos se sienten enfermos, otros hallan una nueva avidez en su interior y se convierten en esclavos de la violencia de matar. El riesgo es el siguiente: la sangre y su poder se contaminan con cosas como el miedo y el dolor. Ese río, al percibir su propio fallecimiento, se estresa y la conmoción es como un veneno.

—¿Qué hay del destino? —preguntó Icarium con la voz tomada.

Mappo se estremeció, con los ojos todavía en el charco.

—Sí —susurró—, vas al fondo mismo del asunto. ¿Qué toma una persona sobre sí cuando esa sangre se absorbe, penetra en su alma? ¿Se debe someter a una muerte violenta a esa persona a su vez? ¿Hay alguna ley global que busque siempre restaurar el equilibrio? Si la sangre nos alimenta, ¿qué es lo que la alimenta a ella a su vez?, ¿y está vinculado por normas inmutables o es tan caprichoso como nosotros? ¿Somos las criaturas de esta tierra las únicas libres de abusar de nuestras posesiones?

—Los k’chain che’malle no mataron a Sorrit —dijo Icarium —. No sabían nada de esto.

—Pero esta criatura de aquí estaba congelada, así que debió de verse envuelta en el ritual de Omtose Phellack de los jaghut, ¿cómo no iban a saber nada los k’chain

che’malle? Tenían que saberlo, aunque no fueran ellos los que mataron a Sorrit.

—No, son inocentes, Mappo. Estoy seguro de ello.

—Entonces… ¿cómo?

—El crucifijo, es madera negra. Del reino de los tiste edur. Del reino de Sombra, Mappo. En ese reino, como sabes, las cosas pueden estar en dos lugares al mismo tiempo, o comenzar en uno, pero encontrarse al final manifestándose en otro. Sombra vaga y no respeta fronteras.

—Ah, entonces… ella… quedó prisionera aquí, arrastrada desde Sombra…

—Atrapada por la magia gélida de los jaghut, pero la sangre derramada y quizá la otataralita resultaron ser demasiado fieras para Omtose Phellack e hicieron pedazos el encantamiento de los jaghut.

—A Sorrit la asesinaron en el reino de Sombra. Sí. Ahora el patrón, Icarium, queda mucho más claro todavía.

Icarium clavó los ojos brillantes, febriles, en el trell.

—¿Lo está? ¿Quieres culpar a los tiste edur?

—¿Quién más ostenta tal dominio sobre Sombra? ¡No el embustero malazano que se sienta ahora en el trono!

El guerrero jhag no dijo nada. Caminó junto al borde del charco con la cabeza gacha, como si buscara señales en el suelo maltratado.

—Conozco a esta jaghut. Reconozco su trabajo. El descuido al desatar Omtose Phellack. Estaba… angustiada. Impaciente, enfadada, harta de los interminables caminos que utilizaban los k’chain che’malle en sus esfuerzos por invadir, por establecer colonias en cada continente. Le importaba muy poco la guerra civil que afligía a los k’chain che’malle. Esos colas cortas huían de sus parientes, buscaban un refugio. Dudo que ella se molestara en hacer alguna pregunta.

—¿Crees —preguntó Mappo— que sabe lo que ha pasado aquí?

—No, de otro modo habría vuelto. Quizá esté muerta. Tantos lo están…

Oh, Icarium, ojalá ese conocimiento permaneciera perdido para ti.

El jhag se detuvo y se volvió a medias.

—Estoy maldito. Ese es el secreto que me ocultas siempre, ¿verdad? Hay… recuerdos. Fragmentos. —Levantó una mano como si quisiera rozarse la frente y después la dejó caer—. Presiento… cosas terribles…

—Sí. Pero no te pertenecen, Icarium. No al amigo que tengo ante mí en este momento.

El ceño cada vez más profundo de Icarium desgarraba el corazón de Mappo, pero no quería apartar la vista, no quería abandonar a su amigo en ese momento de tortura.

—Tú —dijo Icarium— eres mi protector, pero esa protección no es lo que parece. Estás a mi lado, Mappo, para proteger al mundo. De mí.

—No es tan sencillo.

—¿No lo es?

—No. Estoy aquí para proteger al amigo al que estoy mirando ahora, de… del otro Icarium…

—Esto tiene que acabar, Mappo.

—No.

Icarium miró al dragón una vez más.

—Hielo —dijo con un murmullo—. Omtose Phellack. —Se volvió hacia Mappo—. Nos vamos de aquí, ahora. Viajamos al Jhag Odhan. Debo buscar parientes de mi sangre. Jaghut.

Para pedir un encarcelamiento. Hielo eterno que te aísle de toda vida. Pero no se fiarán. No, intentarán matarte. Que el Embozado se ocupe de ti. Y esta vez, tendrán razón. Pues

sus corazones no temen que los juzguen y su sangre... su sangre es fría como el hielo.

Se habían alzado dieciséis túmulos a media legua al sur de Y'Ghatan, cada uno de cien pasos de longitud, treinta de ancho y tres hombres de alto. Bloques de piedra caliza toscamente tallada y columnas internas para sostener los tejados curvos, dieciséis moradas oscuras por toda la eternidad, hogar de huesos malazanos. Unas trincheras recién cavadas y ribeteadas de piedras llegaban hasta ellos desde la lejana ciudad, transportaban los desechos de Y'Ghatan en torrentes hinchados plagados de moscas. Los sentimientos, reflexionó el puño Keneb con amargura, no podían quedar más claros.

Haciendo todo lo posible por no dejarse afectar por el hedor, Keneb guió su caballo hacia el túmulo central, que en otro tiempo estaba coronado por un monumento de piedra que honraba a los caídos del Imperio. Habían derribado la estatua y habían dejado solo el amplio pedestal. De pie sobre él había dos hombres y dos perros, todos con los rostros vueltos hacia las murallas irregulares y blanqueadas de Y'Ghatan.

El Túmulo de Dassem Ultor y su Primera Espada, que no albergaba a Dassem ni a ninguno de los miembros de su guardia que habían caído a las afueras de la ciudad tantos años atrás. La mayor parte de los soldados conocían la verdadera historia. Aquellos luchadores letales, legendarios, de la primera espada estaban enterrados en tumbas sin nombre para evitar que las profanaran y, en cuanto a la tumba de Dassem, se creía que estaba en algún lugar cercano a Unta, en Quon Tali.

Y seguro que vacía.

El perro pastor, Torcido, ladeó la enorme cabeza y observó a Keneb empujar su caballo por la escarpada ladera. Ojos enrojecidos, muy separados sobre un nido de cicatrices, una mirada que daba escalofríos al malazano y le recordaba una vez más que él solo se imaginaba familiarizado con esa bestia. Debería haber muerto con Coltaine. El animal tenía todo el aspecto de haber sido montado con piezas dispares e inidentificables, que solo se parecían en líneas generales a la forma de un perro. Músculos de los hombros encorvados y desiguales, un cuello tan grueso como el muslo de un hombre adulto, ancas deformes de músculos marcados, un pecho ancho como el de un león del desierto. Bajo los ojos vacíos, la criatura era todo mandíbulas demasiado grandes, el morro desalineado, los tres caninos que le quedaban visibles incluso cuando la boca fiera de Torcido estaba cerrada, pues la mayor parte de la piel que los cubría se había desgarrado en la Ladera y nada la había sustituido. Una oreja pelada, la otra sanada pero aplastada y ladeada.

El muñón que era todo lo que quedaba de la cola de Torcido no se agitó cuando Keneb desmontó. Si lo hubiera hecho, Keneb admitió la posibilidad de que le hubiese dado un susto de muerte.

El perro hengese, Cucaracha, sarnoso y con pinta de rata, se acercó trotando a la bota izquierda de Keneb para olisquearla, después se agachó como una damita y orinó contra el cuero. El malazano se apartó con una maldición y dobló un pie con la intención de asestar una patada salvaje al chucho, pero se detuvo al oír un gruñido profundo de Torcido.

El caudillo Hiel lanzó una carcajada profunda.

—Cucaracha no hace más que reclamar este montón de piedras, puño. Bien sabe el Embozado que no hay nadie debajo que pueda ofenderse.

—Una pena que no se pueda decir lo mismo de los otros túmulos —dijo Keneb mientras se quitaba los guantes de montar.

—Ah, pero ese insulto solo es achacable a los ciudadanos de Y'Ghatan.

—Cucaracha debería mostrar más paciencia entonces, caudillo.

—Que el Embozado nos lleve, hombre, es una maldita perra. Además, ¿crees que se quedará sin pis en un futuro cercano?

Si por mí fuera, se quedaría sin muchas más cosas también.

—No es probable, lo reconozco. Esa rata tiene más fluidos malignos dentro que un macho bhederin rabioso.

—Problemas con la dieta.

Keneb se dirigió al otro hombre.

—Puño Temul, la consejera desea saber si tus exploradores wickanos han rodeado la ciudad a caballo.

El joven guerrero ya no era ningún niño. Había crecido dos palmos desde Aren. Flaco, cara de halcón, con demasiadas pérdidas acumuladas en sus ojos negros. Los guerreros del clan Cuervo a los que tanto había ofendido su mando en Aren permanecían callados en esos tiempos. Con la mirada clavada en Y'Ghatan, no dio ninguna indicación de haber oído las palabras de Keneb.

Con cada día que pasa se parece cada vez más a Coltaine, dice Hiel. Keneb sabía que debía esperar.

Hiel carraspeó.

—El camino del oeste muestra señales de un éxodo, no más de un día o dos antes de que llegáramos. Media docena de viejos guerreros montados de los Cuervos exigieron perseguirlos y destrozar a los refugiados que huyen.

—¿Y dónde están ahora? —preguntó Keneb.

—¡Protegiendo la reata de carga, ja!

Temul habló entonces.

—Informa a la consejera de que todas las puertas de la ciudad están selladas. Han cavado una trinchera en la base del asentamiento que atraviesa los desniveles de los caminos por todos lados, hasta una profundidad de casi un hombre. Sin embargo, esta trinchera no tiene más que dos pasos de anchura, es obvio que al enemigo se le acabó el tiempo.

Se le acabó el tiempo. A Keneb le extrañó. Con trabajadores presionados, Leoman podría haber hecho excavar una barrera mucho más ancha en un solo día.

—Muy bien. ¿Tus exploradores informaron de algún arma grande montada en las murallas o en los tejados de las torres de las esquinas?

—Ballestas construidas por malazanos, una docena justa —respondió Temul—, colocadas a intervalos regulares. No hay señales de concentraciones.

—Bien —dijo Keneb con un rezongo—, es absurdo suponer que Leoman fuera a traicionar sus supuestos puntos débiles. ¿Y en esas murallas había hombres?

—Sí, multitudes, todos gritándoles provocaciones a mis guerreros.

—Y mostrando los traseros desnudos —añadió Hiel, que se giró para escupir.

Cucaracha se acercó trotando para olisquear la flema reluciente y después la chupó.

Keneb apartó la mirada, mareado, y se soltó la correa del yelmo que le pasaba por la barbilla.

—Puño Temul, ¿tienes algún criterio sobre el acceso más seguro?

Temul lo miró sin expresión.

—Lo tengo.

—¿Y?

—¿Y qué, puño? A la consejera le importan muy poco nuestras opiniones.

—Quizá, pero me gustaría oír lo que piensas de todos modos.

—No uses las puertas. Utiliza municiones moranthianas y atraviesa una muralla por el medio, entre la torre y la puerta. Cualquier lado servirá. Dos lados serían incluso mejor.

—¿Y cómo sobrevivirán los zapadores a la acampada en la base de una muralla?

—Atacamos por la noche.

—Eso es arriesgado.

Temul frunció el ceño y no dijo nada.

Hiel se volvió para mirar a Keneb, en su rostro grabado por las lágrimas una leve expresión de incredulidad.

—Empezamos un asedio, hombre, no un puñetero baile de gala del Embozado.

—Lo sé. Pero Leoman debe de tener magos y la noche no ocultará a los zapadores de ellos.

—Se pueden contrarrestar —replicó Hiel—. Para eso están nuestros magos. Pero malgastamos saliva con esas cosas. La consejera hará lo que quiera.

Keneb miró a la derecha y estudió el inmenso campamento del Decimocuarto Ejército, dispuesto para repeler una incursión enemiga, si Leoman resultase ser tan idiota. La investidura sería un ejercicio cuidado, medido, llevado a cabo a lo largo de dos o tres días. El alcance de las ballestas malazanas que había en las murallas era bien conocido, así que no habría sorpresas por ese lado. Con todo, rodear la ciudad forzaría muchísimo sus filas. Necesitarían emplazamientos avanzados para mantener vigiladas las puertas y a los wickanos y setis de Temul,

además de a los guerreros montados khundryl de Hiel, divididos en compañías y ubicados correctamente para responder por si Leoman les diera una sorpresa.

El puño sacudió la cabeza.

—Eso es lo que no entiendo. La flota del almirante Nok está zarpando ahora mismo rumbo a Lothal con cinco mil infantes de marina a bordo y, una vez que Dujek obligue a capitular a la última ciudad, comenzará una marcha rápida para reunirse con nosotros. Leoman tiene que saber que su posición es desesperada. No puede ganar, aunque nos dé una paliza. Podremos mantener la soga al cuello de Y'Ghatan mientras esperamos refuerzos. Está acabado. ¿Por qué continúa resistiendo?

—Sí —dijo Hiel—. Debería haber seguido cabalgando hacia el oeste, salir al odhan. Jamás lo habríamos atrapado ahí fuera y él podría empezar a reconstruir, a atraer guerreros a su causa.

Keneb lo miró.

—Así que, caudillo, esto te pone tan nervioso como a mí.

—Pretende desangrarnos, Keneb. Antes de caer, su intención es desangrarnos. —Un gesto duro—. Más túmulos para rodear esta maldita ciudad. Y morirá luchando, así que se convertirá en otro mártir más.

—Así que matar malazanos es causa suficiente para luchar. ¿Qué hemos hecho para merecer esto?

—Orgullo herido —dijo Temul—. Una cosa es sufrir una derrota en el campo de batalla, otra muy diferente que te aplasten cuando tu enemigo no ha necesitado siquiera sacar la espada.

—Humillado en Raraku —dijo Hiel con un asentimiento—. El cáncer que crece en sus almas. No se puede arrancar. Los malazanos deben conocer el dolor.

—Eso es ridículo —dijo Keneb—. ¿La cadena de perros no fue gloria suficiente para esos malnacidos?

—La primera baja entre los derrotados es el recuerdo de su propia lista de crímenes, puño —dijo Temul.

Keneb estudió al joven. El huérfano Larva frecuentaba la compañía de Temul y, entre la desordenada multitud de observaciones peculiares del extraño muchachito, Larva había insinuado que la gloria, o quizá la infamia, estaba atada al futuro de Temul. *Claro que ese futuro podría ser mañana. Además, Larva podría ser no más que un crío con el cerebro huero... de acuerdo, eso no me lo creo, parece saber demasiado. Ojalá la mitad de las cosas que dice tuviera algún sentido...* Bueno, en cualquier caso, Temul todavía conseguía sobresaltar a Keneb con afirmaciones que sonarían más adecuadas en boca de un veterano de varias campañas.

—Muy bien, puño Temul, ¿qué harías tú, si estuvieras en el lugar de Leoman?

Silencio y después una mirada rápida a Keneb, algo parecido a la sorpresa en los rasgos angulosos de Temul. Un momento después, la máscara inexpresiva regresó y el joven se encogió de hombros.

—Coltaine camina en tu sombra, Temul —dijo Hiel mientras se pasaba los dedos por la cara como si quisiera imitar las lágrimas tatuadas allí—. Lo veo, una y otra vez…

—No, Hiel. Ya te lo he dicho más de una vez. No ves más que las costumbres de los wickanos; todo lo demás es solo tu imaginación. Coltaine me mandó marchar, no es conmigo con quien regresará.

Todavía te obsesiona, Temul. Coltaine te envió con Duiker para preservar tu vida, no para castigarte ni avergonzarte. ¿Por qué no quieres aceptarlo?

—He visto wickanos de sobra —dijo Hiel con un gruñido.

Eso tenía toda la apariencia de una vieja discusión. Con un suspiro Keneb se acercó a su caballo.

—¿Algún último comentario para la consejera? ¿Alguno de los dos? ¿No? Muy bien. —Se subió a la silla y recogió las riendas.

El perro pastor, Torcido, lo observó con sus ojos muertos del color de la arena. Muy cerca, Cucaracha había encontrado un hueso y estaba despatarrada sobre la barriga, con las patas estiradas mientras lo roía con la concentración mecánica que solo tienen los perros.

Mientras bajaba por la ladera, a medio camino, Keneb comprendió de dónde debía de haber salido aquel hueso. *Una patada, desde luego, lo bastante fuerte como para mandar a esa rata directamente por la puerta del Embozado.*

El cabo Olor a Muerto, Rebanagaznates y Jarretesgrandes estaban sentados alrededor de una partida de hoyos. Las piedras negras salían rebotando de la palanca y rodaban en las tazas cuando se acercó Botella.

—¿Dónde está vuestro sargento? —preguntó.

Olor a Muerto levantó la cabeza y después la volvió a bajar.

—Mezclando pintura.

—¿Pintura? ¿Qué clase de pintura?

—Es lo que hacen los dalhonesios —dijo Jarretesgrandes—, pintura para la máscara de la muerte.

—¿Antes de un asedio?

Rebanagaznates siseó, lo que pasaba por carcajada, supuso Botella.

—¿Oís eso? —dijo—. Antes de un asedio. Muy gracioso, pero que muy gracioso, Botella.

—Es una máscara de la muerte, idiota —le dijo Jarretesgrandes a Botella—. Se la pone cuando piensa que está a punto de morir.

—Gran actitud para un sargento —dijo Botella mientras miraba a su alrededor. Los otros dos soldados del noveno pelotón, Galt y Lóbulo, discutían sobre qué echar en una olla de agua hirviendo. Los dos sostenían puñados de hierbas y cuando uno estiraba la mano para dejar caer sus hierbas, el otro soldado apartaba esa mano y procuraba tirar las suyas. Una y otra vez sobre el agua hirviendo. Ninguno de los dos decía nada.

—De acuerdo, ¿adónde va a buscar Bálsamo esa pintura?

—Hay un cementerio local al norte del camino —dijo Olor a Muerto—. Yo diría que allí.

—Si no lo encuentro —dijo Botella—, la capitán quiere hacer una reunión con todos los sargentos de su compañía. Al atardecer.

—¿Dónde?

—El redil de ovejas de la granja del sur del camino, el que tiene el tejado hundido.

En la hoguera, el agua de la olla se había evaporado y Galt y Lóbulo se peleaban por los jarros de agua.

Botella se acercó al siguiente campamento. Encontró al sargento Moak tumbado con la espalda apoyada en un montón de petates. El falari, de pelo y barba cobrizos, se estaba hurgando en los dientes enormes con una espina de pescado. A sus soldados no se les veía por ninguna parte.

—Sargento. La capitán Faradan Sort ha convocado una reunión.

—Lo he oído. No estoy sordo.

—¿Dónde está su pelotón?

—Tienen cagalera.

—¿Todos?

—Anoche cociné yo. Son de estómago débil, eso es todo. —Eructó y un momento después Botella captó un tufillo como a tripas de pescado podridas.

—¡Por el Embozado! ¿Dónde encontró un sitio para pescar algo en este camino?

—No lo encontré. Lo traje conmigo. Estaba un poco pasado, es cierto, pero nada que un soldado de verdad no pudiera aguantar. Queda algún resto en el fondo de la olla, ¿quieres un poco?

—No.

—No me extraña que la consejera tenga problemas, con un puñetero ejército entero de quejicas y cobardes.

Botella le pasó por encima para seguir adelante.

—Oye —exclamó Moak—, dile a Viol que la apuesta sigue en pie en lo que a mí respecta.

—¿Qué apuesta?

—Entre él y yo, no tienes que saber más.

—Bien.

Encontró al sargento Mosel y su pelotón desmantelando una carreta rota en la zanja. Habían apilado la madera y Destello de Ingenio y Cachipolla estaban arrancando clavos, tacos y adornos de las tablas destrozadas, mientras Taffo y Uru Hela se afanaban con un eje bajo la mirada vigilante del sargento.

Mosel lo miró.

—Botella, ¿no? Cuarto pelotón, el de Viol, ¿verdad? Si estás buscando a Neffarias Bredd, se acaba de ir. Un gigante de hombre, debe de tener sangre fenn.

—No, no lo buscaba, sargento. ¿Usted ha visto a Bredd?

—Bueno, yo no, yo acabo de volver, pero Destello de Ingenio…

Al oír mencionar su nombre, la fornida mujer levantó la cabeza.

—Sí. Oí que acaba de estar aquí. Oye, Cachipolla, ¿quién dijo que acaba de estar aquí?

—¿Quién?

—Neffarias Bredd, vaca sebosa, ¿de quién si no íbamos a hablar?

—No sé quién dijo qué. Total, yo solo estaba escuchando a medias. Creo que fue Sonrisas, ¿fue Sonrisas? Podría ser. Pero bueno, a mí me gustaría darme un buen revolcón con ese hombre…

—Sonrisas no es un hombre…

—Con ella no. Hablo de Bredd.

—¿Quieres acostarte con Bredd? —preguntó Botella.

Mosel se acercó más, con los ojos entrecerrados.

—¿Te estás riendo de mis soldados, Botella?

—Yo nunca haría eso, sargento. Solo vine a decir que hay una reunión…

—Ah, sí, eso he oído.

—¿A quién?

El flaco se encogió de hombros.

—No me acuerdo. ¿Importa?

—Pues sí, si significa que estoy perdiendo el tiempo.

—¿Es que tú no tienes tiempo que perder? ¿Por qué, qué te hace único?

—Ese eje no parece roto —comentó Botella.

—¿Quién dijo que lo estuviese?

—¿Entonces por qué estáis desmantelando la carreta?

—Llevamos tanto tiempo comiéndonos el polvo que suelta que teníamos que vengarnos.

—¿Y dónde está el carretero? ¿El equipo de carga?

Destello de Ingenio lanzó una carcajada maliciosa.

Mosel se encogió de hombros otra vez y señaló algo más abajo, en la zanja. Cuatro figuras, atadas y amordazadas, estaban echadas e inmóviles en la hierba amarilla.

Los dos pelotones de los sargentos Sobelone y Tirón estaban reunidos alrededor de una pelea de lucha libre entre, según comprobó Botella al abrirse camino hasta el frente para ver mejor, Lametazo de Sal y Narizcorta. Las monedas volaban y levantaban el polvo del camino mientras los dos infantes de la pesada se esforzaban y jadeaban en un nudo de presas de brazos y piernas. La inmensa cara redonda de Lametazo de Sal era visible, roja, sudorosa y manchada de polvo, la expresión fija en su habitual falta de comprensión bovina, desinteresada. Parpadeaba con lentitud y parecía concentrarse en rumiar algo.

Botella le dio un codazo a Toles, el soldado de su derecha.

—¿Por qué se están peleando?

Toles bajó la cabeza y miró a Botella, su rostro delgado y pálido se estremeció.

—Es muy sencillo. Dos pelotones marchan llevando el paso uno detrás del otro, después el otro delante del primero, lo que demuestra que la mítica camaradería no es más que un instigador épico de mala poesía y canciones subidas de tono compuestas para tranquilizar a los paletos; en pocas palabras, una mentira. Que culmina al fin en este lamentable despliegue de instinto animal…

—Lametazo de Sal le arrancó una oreja a Narizcorta —interpuso el cabo Reem, en pie a la izquierda de Botella.

—Oh. ¿Es eso lo que está masticando?

—Sí. Y se está tomando su tiempo.

—¿Tirón y Sobelone saben lo de la reunión de la capitán?

—Sí.

—Así que a Narizcorta le arrancaron la punta de la nariz y ahora ya solo le queda una oreja.

—Sí. Hará lo que sea para fastidiarse la cara.

—¿Es el que se casó la semana pasada?

—Sí, con aquí, Hanno. Es la que está apostando contra él. Pero bueno, por lo que he oído, no es la cara lo que ella adora, ya sabes.

Botella vio entonces una colina baja en el lado norte del camino sobre la que se alzaba una veintena de guldindhas encorvados y retorcidos.

—¿Es ese el viejo cementerio?

—Eso parece, ¿por qué?

Sin responder, Botella volvió a abrirse camino entre la multitud y se dirigió al camposanto. Encontró al sargento Bálsamo en el pozo de un saqueador, con la cara manchada de cenizas y emitiendo un extraño gemido nasal monótono mientras bailaba en círculos pequeños.

—Sargento, la capitán quiere una reunión…

—Cállate, estoy ocupado.

—Al atardecer, en el redil…

—Interrumpe un canto funerario dalhonesio y conocerás un millar de millares de vidas de maldiciones, tus linajes para toda la eternidad. Viejas peludas se llevaran a tus hijos y a los hijos de tus hijos, los trocearán y los cocinarán con verduras, tubérculos y unas cuantas valiosas hebras de azafrán…

—Ya está, sargento. Órdenes entregadas. Adiós.

—… y hechiceros dalhonesios vistiendo cinturones de serpientes yacerán con tu mujer y ella parirá gusanos venenosos cubiertos por completo de pelo negro rizado…

—Siga así, sargento, y haré un muñeco de su persona…

Bálsamo salió de un salto del pozo con los ojos muy abiertos de repente.

—¡Hombre perverso! ¡Aléjate de mí! ¡Yo nunca te he hecho nada! —Se giró en redondo y salió corriendo con las pieles de gacela aleteando.

Botella se dio la vuelta y comenzó la larga caminata de regreso al campamento.

Encontró a Cuerdas montando su ballesta y a Sepia observándolo con un interés ávido. Un cajón de municiones moranthianas permanecía a un lado con la tapa forzada y las granadas colocadas como huevos de tortuga en sus nidos acolchados. Los demás miembros del pelotón estaban sentados a cierta distancia y los miraban nerviosos.

El sargento levantó la cabeza.

—Botella, ¿los encontraste a todos?

—Sí.

—Bien. Bueno, ¿y cómo les va a los otros pelotones?

—Bastante bien —respondió Botella. Miró a los otros, que estaban al otro lado del fuego, a cierta distancia—. ¿Qué sentido tiene? —preguntó—. Si estalla esa caja, va a derribar la muralla de Y'Ghatan desde aquí y vosotros y la mayor parte del ejército terminaréis convertidos en granizo rojo.

Repentinas expresiones avergonzadas. Con un gruñido, Koryk se levantó con un gesto deliberadamente despreocupado.

—Yo ya estaba sentado aquí —dijo—. Y después Chapapote y Sonrisas vinieron arrastrándose para acurrucarse en mi sombra.

—Qué mentiroso —dijo Sonrisas—. Además, Botella, ¿por qué te ofreciste a ir por ahí, de paseo, con las órdenes de la capitán?

—Porque no soy idiota.

—¿Sí? —dijo Chapapote—. Bueno, pues ya has vuelto, ¿no?

—Creí que ya habrían terminado a estas alturas. —Espantó una mosca que le había estado revoloteando junto

a la cara y después se acercó y se sentó a favor del viento, junto a la hoguera—. Bueno, sargento, ¿qué crees que tiene que decir la capitán?

—Zapadores y escudos —rezongó Sepia.

—¿Escudos?

—Sí. Nosotros entramos agachados a todo correr y el resto nos escudáis de todas las flechas y rocas hasta que acabemos de plantar las minas, y luego, los que queden, vuelven corriendo, tan rápido como puedan, y todavía nos va a faltar tiempo.

—Un viaje sin retorno, entonces.

Sepia sonrió.

—Será algo más elaborado que eso —dijo Cuerdas—. Espero.

—Esa entra directamente, eso es lo que hace.

—Quizá, Sepia. Quizá no. Quiere que la mayor parte de su ejército siga respirando cuando se asiente el polvo.

—Menos unos cuantos cientos de zapadores.

—Ya escaseamos bastante tal y como están las cosas —dijo Cuerdas—. No querrá desperdiciarnos.

—Sería la primera en todo el Imperio de Malaz.

El sargento miró a Sepia.

—Escucha una cosa, ¿por qué no te mato ahora y acabamos de una vez?

—Olvídalo. Quiero llevarme al resto de vosotros, patéticos mamones, conmigo.

No muy lejos había aparecido el sargento Gesler con su pelotón y estaban montando su campamento. Botella observó que el cabo Tormenta no estaba con ellos. Gesler se acercó.

—Viol.

—¿Kalam y Rápido también han vuelto?

—No, ellos siguieron, con Tormenta.

—¿Siguieron? ¿Adónde?

Gesler se agachó frente a Cuerdas.

—Digamos solo que me alegro mucho de verte esa jeta fea, Viol. Puede que consigan regresar, puede que no. Ya te contaré más tarde. Me he pasado la mañana con la consejera. Tiene muchas preguntas.

—¿Sobre qué?

—Sobre las cosas que ya te contaré más tarde. Así que tenemos una nueva capitán.

—Faradan Sort.

—¿Korelana?

Cuerdas asintió.

—Destinada en la Muralla, creemos.

—Así que seguramente puede aguantar un puñetazo.

—Y luego devolverlo, sí.

—Bueno, estupendo.

—Quiere ver a todos los sargentos en una reunión esta noche.

—Creo que voy a volver a contestar unas cuantas preguntas más de la consejera.

—No puedes evitarla para siempre, Gesler.

—¿Que no? Mírame. Bueno, ¿y adónde han destinado al capitán Tierno?

Cuerdas se encogió de hombros.

—A alguna compañía que haya que poner en forma, me imagino.

—¿Y a nosotros no?

—Es más difícil aterrarnos a nosotros que a la mayoría de este ejército, Gesler. En cualquier caso, creo que con nosotros ya se había rendido y no siento ver largarse a ese miserable cabrón. La reunión de esta noche seguro que es sobre lo que vamos a hacer en el asedio. O eso o solo quiere

hacernos perder el tiempo con alguna perorata para inspirarnos.

—Por la gloria del Imperio —dijo Gesler con una mueca.

—Por venganza —dijo Koryk desde donde estaba sentado, atando fetiches a su tahalí.

—La venganza es gloriosa, siempre que sea la nuestra, soldado.

—No, no lo es —dijo Cuerdas—. Es sórdida, lo mires por donde lo mires.

—Tranquilo, Viol. No hablaba del todo en serio. Estás tan tenso que cualquiera diría que nos vamos a meter en un asedio o algo así. De todos modos, ¿por qué no hay unas cuantas manos de la Garra para hacer el trabajo sucio? Ya sabéis, infiltrarse en la ciudad y el palacio, clavarle un cuchillo a Leoman y acabar de una vez. ¿Por qué tenemos que complicarnos la vida con una lucha de verdad? ¿Qué clase de Imperio somos, vamos a ver?

Nadie habló durante un rato. Botella observó a su sargento. Cuerdas estaba probando la cuerda de la ballesta, pero Botella se dio cuenta de que estaba pensando.

—Laseen los ha llamado —dijo Sepia—. Los quiere juntos y recogidos.

La mirada que Gesler clavó en el zapador fue penetrante, lo calibraba.

—¿Ese es el rumor, Sepia?

—Uno de ellos. ¿Qué sé yo? Quizá a la tipa le llegó algo por ahí.

—A ti desde luego sí —murmuró Cuerdas mientras examinaba el estuche de cuadrillos.

—Solo que a las pocas compañías veteranas que seguían en Quon Tali se les ordenó ir a Unta y a la ciudad de Malaz.

Cuerdas por fin levantó la cabeza.

—¿A Malaz? ¿Por qué allí?

—El rumor no decía tanto, sargento. Solo dónde, no por qué. Se está cociendo algo.

—¿Dónde te enteraste de todo eso? —preguntó Gesler.

—Esa sargento nueva, Hellian, de Kartool.

—¿La borracha?

—Esa.

—Me sorprende que esa haya notado algo —comentó Cuerdas—. ¿Qué hizo para que la largaran aquí?

—De eso no quiere hablar. Estaba donde no debía cuando no debía, me imagino, por la cara de amargada que pone cuando sale el tema. Pero bueno, que fue primero a la ciudad de Malaz y después se unió a los transportes en Nap, de allí tiraron hasta Unta. Nunca parece tan borracha que no pueda mantener los ojos abiertos.

—¿Estás intentando ponerle la mano en el muslo, Sepia?

—Un poco joven para mí, Viol, pero a un tío podría irle peor.

—Una esposa que no ve por dónde pisa —dijo Sonrisas con un bufido—. Será lo mejor que te puedas agenciar, Sepia.

—Cuando era un muchacho —dijo el zapador mientras estiraba el brazo para coger una granada, un fullero, notó Botella con cierta alarma cuando Sepia empezó a tirarlo al aire y atraparlo con una sola mano—, cada vez que le faltaba al respeto a mis superiores, mi padre me sacaba al patio de atrás y me daba unos azotes que me dejaban medio inconsciente. Algo me dice, Sonrisas, que tu papá era demasiado indulgente cuando se trataba de su niñita.

—Tú inténtalo, Sepia, y te clavo un cuchillo en el ojo.

—Si yo fuera tu papá, Sonrisas, ya hace mucho tiempo que me habría suicidado.

La mujer se puso pálida al oír eso, aunque nadie más pareció notarlo puesto que todos los ojos estaban siguiendo

la granada que subía y bajaba.

—Guarda eso —dijo Cuerdas.

Un gesto irónico de cejas alzadas y después, con una sonrisa, Sepia devolvió el fullero al cajón.

—Pero bueno, parece que Hellian tiene un cabo muy capacitado, lo que me indica que la tipa conserva su buen criterio aunque beba coñac como si fuera agua.

Botella se levantó.

—De hecho, se me olvidó ella. ¿Dónde están acampados, Sepia?

—Cerca de la carreta del ron. Pero ya sabe lo de la reunión.

Botella le echó un vistazo al cajón de las municiones.

—Oh. Bueno, me voy a dar un paseo por el desierto.

—No te vayas muy lejos —dijo el sargento—, podría haber algún guerrero de Leoman por ahí fuera.

—De acuerdo.

Poco después tenía a la vista el lugar donde se iba a celebrar la reunión. Justo detrás del edificio derrumbado había un montón de basura recubierta de maleza, deformada por los terrones de hierba amarilla que brotaban del montículo del tamaño de un túmulo. No había nadie a la vista. Botella se dirigió al muladar, los ruidos del campamento iban disminuyendo tras él. Ya estaba muy avanzada la tarde, pero el viento seguía siendo tan caliente como el aliento de un horno.

Paredes cinceladas y cimientos de piedra, ídolos hechos pedazos, tablones de madera partida, huesos de animales y loza rota. Botella trepó por un lado y observó los restos más recientes: cerámica de estilo malazano, vidriada con una capa negra, imágenes achaparradas y fragmentadas de los motivos más comunes, la muerte de Dassem Ultor a las afueras de Y’Ghatan, la emperatriz en su trono, los héroes

primeros y el panteón de Quon. Botella había visto el estilo de la zona en las aldeas por las que habían pasado, era mucho más elegante, alargado, con un acabado vidriado blanco o crema en los cuellos y bordes y rojo desvaído en el cuerpo, adornado con imágenes realistas y de tonos rotundos. Botella hizo una pausa al ver un fragmento así, un trozo del cuerpo, en el que se había pintado la cadena de perros. Cogió el trozo y limpió el polvo de la escena ilustrada. Se veía a parte de Coltaine sujeto a la cruz de madera, sobre él un frenesí salvaje de cuervos negros. Bajo él, wickanos y malazanos muertos, y un perro pastor empalado en una lanza. Un escalofrío le recorrió la columna y dejó caer el trozo.

Se quedó un rato sobre el montículo, estudiando al ejército malazano que se extendía por el camino y se derramaba por los lados. Algún que otro jinete se entremetía trayendo mensajes e informes; las aves carroñeras, poliñeras y rhizanos daban vueltas por el cielo como enjambres de moscas.

Le desagradaban tanto los malos presagios…

Botella se quitó el yelmo, se secó el sudor de la frente y se volvió a mirar el odhan del sur, en otro tiempo fértil, quizá, pero convertido ya en un yermo. ¿Merecía la pena luchar por él? No, claro que no había mucho por lo que mereciera la pena luchar. El soldado que tenías al lado, quizá, se lo habían dicho muchas veces, lo decían los viejos veteranos a los que no les quedaba nada salvo esa dudosa compañía. Esos vínculos solo podían nacer de la desesperación, una cerrazón del espíritu, reducido a una zona manejable pero lastimosa que contenía cosas y personas por las que uno podía preocuparse. Para el resto, indiferencia pura y dura, que en ocasiones se retorcía hasta convertirse en crueldad.

Dioses, ¿qué estoy haciendo aquí?

Ir por ahí tropezándose con modos de vida no parecía un sendero digno de tomarse. Salvo Sepia y el sargento, el pelotón estaba formado por personas no muy diferentes de Botella. Jóvenes, impacientes por tener un sitio en el que no sentirse tan aislados o solos, o llenándose de bravatas para enmascarar el frágil yo que se ocultaba dentro. Pero nada de eso era de extrañar. La juventud se lanzaba en plancha, incluso cuando parecía estática, estancada y asfixiante. Le gustaban las emociones extremas, salpicadas de especias muy picantes, lo suficiente para quemar la garganta y prender el corazón en llamas. El futuro no era algo hacia lo que se abalanzaban de forma consciente, solo era un lugar en el que te encontrabas de golpe y porrazo, magullado, exhausto y preguntándote cómo Embozado has acabado allí. Bueno. Eso lo entendía. No necesitaba los ecos de los incesantes consejos de su abuela susurrándole en el pensamiento.

Suponiendo, por supuesto, que esa voz perteneciera a su abuela, claro. Estaba empezando a sospechar que no era el caso.

Botella cruzó el montón y bajó por el lado sur. En la base de ese lado, el suelo desecado estaba picado de hoyos que revelaban abandonos mucho más antiguos de basura, fragmentos vidriados con una capa roja e imágenes desvaídas de carros de otros tiempos y figuras forzadas que lucían ornados tocados y empuñaban extrañas armas de hojas ganchudas. Las inmensas tinajas de aceite de oliva comunes en esa región conservaban esas viejas formas, se aferraban a una antigüedad casi olvidada como si la ya perdida época dorada fuera diferente de la actual.

Comentarios de su abuela, todos ellos. Nunca había tenido nada bueno que decir del Imperio de Malaz, pero

incluso menos de la Confederación de Unta, la Liga de Li Heng y todos los demás gobernantes despóticos de los días previos al Imperio en Quon Tali. Su abuela era todavía una niña durante aquellas guerras entre Itko Kan y Cawn Por, la marea seti, las migraciones wickanas, el intento de Quon de establecer la hegemonía. *Todo sangre y estupidez,* solía decir. *Todo empujones y tirones. Los viejos con sus ambiciones y los jóvenes con su celo impaciente y sin sentido. Al menos el emperador puso fin a todo eso, una puñalada por la espalda para esos tiranos canosos y guerras lejanas para los jóvenes fanáticos. No está bien, pero nunca lo está nada. No está bien, como he dicho, pero mejor que lo peor, y yo recuerdo lo peor.*

Y allí estaba él, en medio de una de esas guerras lejanas. Pero no había habido fanatismo alguno en sus motivaciones. No, algo mucho más patético. El aburrimiento era una razón muy pobre para hacer cualquier cosa. Mejor empuñar en el aire alguna marca acérrima de superioridad moral, por muy desencaminada y falta de sutileza que estuviera.

Sepia habla de venganza. Pero consigue la suya intentando hacernos tragar algo demasiado obvio, y no nos hinchamos de rabia como se supone que deberíamos. Botella no podía estar seguro, pero ese ejército parecía perdido. En el fondo de todo había un lugar vacío a la espera de que algo lo llenase, y Botella temía que tendría que esperar para siempre.

Se acomodó en el suelo y comenzó una serie silenciosa de invocaciones. En un rato un puñado de lagartos atravesó corriendo la tierra polvorienta hacia él. Dos rhizanos se le sentaron en el muslo derecho, las alas se quedaron quietas. Una araña arco, grande como el casco de un caballo y del color del cristal verde, saltó de una roca cercana y aterrizó, ligera como una pluma, en su rodilla izquierda. Botella

estudió a su colección de compañeros y decidió que servirían. Gestos, la caricia de unos dedos, órdenes silenciosas, y los variopintos sirvientes se escabulleron para dirigirse todos y cada uno hacia el redil donde la capitán se dirigiría a los sargentos.

Compensaba saber lo ancha que iba a ser la puerta del Embozado llegado el asalto.

Y entonces algo más pareció acercarse.

Un sudor repentino en la piel de Botella.

Surgió entre la calima, se movía como un animal (presa, no depredador, en cada uno de sus cuidadosos y vigilantes movimientos), pelo fino, de un color castaño oscuro, una cara más humana que simiesca, llena de expresión, o por lo menos de su potencial, pues la mirada que clavó en él era singular en su curiosidad. Tan alta como Botella, delgada pero de pechos llenos, el vientre distendido. Nerviosa, se acercó un poco más.

No es real. Una manifestación, algo conjurado. Un recuerdo que ha brotado del polvo de esta tierra.

La observó agacharse para coger un puñado de arena y después tirárselo mientras emitía un audible gruñido ladrado. La arena cayó a corta distancia y unos cuantos guijarros le rebotaron a Botella en las botas.

O quizá yo soy la criatura conjurada y no ella. En sus ojos el asombro de encontrarse cara a cara con un dios, o un demonio. Botella miró tras ella y vio una sabana repleta de hierbas, grupos de árboles y fauna. En absoluto como debería haber sido, solo lo que una vez había sido, mucho tiempo atrás. *Oh, espíritus, ¿por qué no me dejáis en paz?*

La criatura los había estado siguiendo. Siguiéndolos a todos. Al ejército entero. Podía olerlo, ver las señales de su paso, quizá incluso oír el traqueteo distante de las ruedas de metal y madera que aplastaban los lados de las piedras del

camino mientras avanzaban meciéndose. Empujada por el miedo o la fascinación, la criatura los había seguido, sin entender cómo el futuro podía despertar ecos en su mundo, en su tiempo. ¿Sin entender? Bueno, él no lo entendía tampoco. *Como si todo fuera presente, como si cada momento coexistiera. Y aquí estamos los dos, cara a cara, ambos demasiado ignorantes para repartir nuestra fe, nuestra forma de ver el mundo, así que los vemos a todos, todos a la vez, y si no tenemos cuidado, nos volverá locos.*

Pero no había forma de volver atrás. Porque ese «atrás» no existía.

Botella permaneció sentado y la criatura se acercó más, parloteando en alguna extraña lengua glotal repleta de chasquidos y oclusiones. Se señaló el vientre y pasó un índice por él, como si dibujara una sombra en ese pelo más pálido y velloso.

Botella asintió. *Sí, estás encinta. Eso lo entiendo. Con todo, ¿qué me importa a mí?*

La criatura le arrojó más arena, la mayor parte lo golpeó bajo el pecho. Agitó una mano para espantar la nube delante de los ojos irritados.

Una arremetida repentina, a una velocidad sorprendente, y la criatura le cogió la muñeca, le estiró el brazo y le posó la mano en su vientre.

Botella la miró a los ojos y sintió una conmoción que lo atravesó hasta el fondo. Esa no era una criatura sin sentido alguno. *Eres'al.* El anhelo en esos ojos oscuros de una belleza pasmosa lo hizo tambalearse mentalmente.

—De acuerdo —susurró él y poco a poco envió sus sentidos a sondear, al interior de ese útero, hacia el espíritu que crecía en el interior.

Para cada abominación debe existir una respuesta. Su enemigo, su contrapeso. Aquí, en el interior de esta eres'al,

está esa respuesta. A una abominación lejana, la corrupción de un espíritu otrora inocente. La inocencia debe renacer. Pero… veo tan poco… no humano, ni siquiera de este mundo, salvo lo que la eres'al en sí trajo a la unión. Así pues, un intruso. De otro reino, un reino carente de inocencia. Para convertirlos en parte de este mundo, uno de los suyos debe nacer… de este modo. Su sangre debe derramarse por el flujo de sangre de este mundo.

Pero ¿por qué una eres'al? *Porque… dioses del inframundo… porque ella es la última criatura inocente, el último ancestro inocente de nuestro linaje. Después de ella… comienza la degradación del espíritu. El cambio de perspectiva, la separación de todo lo demás, el cincelado de fronteras… en el suelo, en el modo de ver las cosas de la mente. Después de ella, solo quedamos… nosotros.*

Darse cuenta de eso, reconocerlo, fue desolador. Botella apartó la mano. Pero ya era demasiado tarde. Ya sabía demasiadas cosas. El padre… tiste edur. El retoño que naciera… el único candidato puro para un nuevo trono de Sombra, un trono que dominaría un reino sanado.

Y tendría tantos enemigos. Tantos…

—No —le dijo Botella a la criatura negando con la cabeza —. No puedes rezarme a mí. No debes. No soy ningún dios. Solo soy…

Sin embargo… a ella debo parecérselo. Una visión. Ella va en busca de espíritus y ni siquiera lo sabe. Va tropezando, como vamos todos, pero en su interior hay una especie de… certeza. Esperanza. Dioses… fe.

Lo embargó una humildad que no podía expresar con palabras y Botella se apartó de golpe, subió gateando por la ladera del montículo, entre los detritos de civilización, trozos de loza y fragmentos de argamasa, pedazos oxidados de

metal. No, no quería. No podía abarcar esa… esa necesidad que había en ella. No podía ser la… la fe de esa criatura.

La eres'al se aproximó más, rodeó con las manos el cuello de Botella y lo arrastró hacia atrás. Después lo sacudió enseñando los dientes.

Incapaz de respirar, Botella se revolvió entre sus manos.

La eres'al lo arrojó al suelo, se sentó a horcajadas sobre él, le soltó el cuello y levantó los dos puños como si quisiera aporrearlo.

—¿Quieres que sea tu dios? —jadeó él—. ¡Bien! ¡Haz lo que quieras! —Se la quedó mirando a los ojos, a los puños levantados, enmarcados por la luz del sol, brillante, cegadora.

¿Así que es así como se siente un dios?

Un destello vívido, como si se hubiera desenvainado una espada, un siseo impaciente de hierro que llenó la cabeza de Botella. Algo parecido a un desafío fiero…

Con un parpadeo se encontró con los ojos clavados en el cielo vacío, tirado en el pedregal basto. La criatura había desaparecido, pero todavía podía sentir el eco de su peso en las caderas y la atroz erección que la postura de la eres'al le había provocado.

El puño Keneb entró en la tienda de la consejera. Habían montado la mesa de mapas y sobre ella habían desplegado un mapa imperial de Y'Ghatan que había entregado una semana antes un jinete de la hueste de Unbrazo. Era la interpretación de un erudito dibujada poco después de la caída de Dassem. Junto a Tavore se encontraba Tene Baralta, muy ocupado garabateando por todo el pergamino con un carboncillo; el espada roja estaba hablando.

—... reconstruido aquí y aquí, al estilo malazano de columnas hundidas y refuerzos contrahundidos. Los ingenieros vieron que las ruinas halladas bajo las calles eran un laberinto de escondrijos, salas antiguas, calles medio enterradas, pozos y pasillos por el interior de la paredes. Se debería haber arrasado todo, pero al menos una de las eras de construcción estaba a la altura de cualquier cosa que sea posible en estos tiempos. Como es obvio, eso les dio problemas, que es por lo que renunciaron al cuarto baluarte.

—Entiendo —dijo la consejera—, sin embargo, como ya dije antes, puño Baralta, no me interesa asaltar el cuarto baluarte.

Keneb notó la frustración del hombre, que, de todos modos, contuvo la lengua, se limitó a tirar el carboncillo y apartarse de la mesa.

En la esquina estaba sentado el puño Blistig con las piernas estiradas en una postura que casi lindaba con la insubordinación.

—Puño Keneb —dijo Tavore con los ojos todavía clavados en el mapa—, ¿se ha reunido con Temul y el caudillo Hiel?

—Temul informa de que la ciudad ha sido evacuada, un éxodo de ciudadanos por el camino a Lothal. Es obvio que Leoman planea un asedio largo y no le interesa tener que alimentar a nadie salvo a los soldados y al personal de apoyo.

—Quiere sitio para maniobrar —dijo Blistig desde donde estaba sentado—. No desea pánico en las calles. No deberíamos darle más importancia que la que tiene, Keneb.

—Sospecho —dijo Tene Baralta— que no estamos dándole la suficiente. Estoy nervioso, consejera, con toda esta puñetera situación. Leoman no vino aquí a defender la última ciudad rebelde. No vino a proteger a los últimos creyentes; por los Siete Sagrados, los ha sacado de sus

propias casas, ¡de su propia ciudad! No, necesitaba Y’Ghatan por una cuestión táctica y eso es lo que me preocupa, porque no le encuentro ningún sentido.

—¿Tenía Temul algo más que decir, Keneb? —dijo la consejera.

—Tenía ideas sobre un ataque nocturno, con zapadores que derribaran una sección de la muralla. Es de suponer que después penetraríamos con todas nuestras fuerzas por esa brecha y acuchillaríamos el corazón de Y’Ghatan. Si nos adentramos lo suficiente, podemos aislar a Leoman en el palacio del falah’d.

—Demasiado arriesgado —rezongó Tene Baralta—. La oscuridad no cubrirá a esos zapadores de sus magos. Los masacrarían…

—Los riesgos son inevitables —dijo Tavore.

Keneb alzó las cejas.

—Temul dijo algo muy parecido, consejera, cuando se discutieron los peligros.

—Tene Baralta —continuó Tavore tras un momento—, Blistig y usted tienen indicaciones en cuanto a la disposición de sus compañías. Será mejor que comiencen los preparativos. He hablado directamente con la capitán Faradan Sort sobre lo que se requerirá de ella y de sus pelotones. No perderemos tiempo con esto. Nos movemos esta noche. Puño Keneb, quédese, por favor. El resto puede irse.

Keneb observó irse a Blistig y Baralta, podía leer en una serie de pequeños signos, como la actitud, la postura de los hombros y la rigidez del porte, la profundidad de su desmoralización.

—El mando no procede del consenso —dijo la consejera, su tono se endureció de repente cuando miró a Keneb—. Yo doy las órdenes y mis oficiales han de obedecerlas. Deberían

de sentirse aliviados de que sea así, de ese modo toda la responsabilidad descansa sobre mí y nadie más. Ninguno más tendrá que responder ante la emperatriz.

Keneb asintió.

—Como diga, consejera. Sin embargo, lo cierto es que sus oficiales se sienten responsables de sus soldados.

—Muchos de los cuales morirán, antes o después, en algún campo de batalla. Quizá incluso aquí, en Y'Ghatan. Esto es un asedio y los asedios son enrevesados. Yo no me puedo permitir el lujo de rendirlos por hambre. Cuanto más tiempo resista Leoman, más alto es el riesgo de levantamientos por Siete Ciudades. El puño supremo Dujek y yo estamos completamente de acuerdo en esto.

—¿Entonces por qué, consejera, no aceptamos su ofrecimiento de más tropas?

La consejera se quedó callada durante media docena de latidos antes de contestar.

—Soy consciente de los sentimientos que reinan entre los pelotones de este ejército, ninguno de los cuales, al parecer, es consciente del verdadero estado de la hueste de Unbrazo.

—¿El verdadero estado?

Tavore se acercó más.

—No queda casi nada, Keneb. El núcleo, el corazón mismo, de la hueste de Unbrazo… ha desaparecido.

—Pero… consejera, ha recibido reemplazos, ¿no es así?

—Lo que se perdió no se puede reemplazar. Reclutas: genabarii, nathii, la mitad de la guarnición de Pale; oh, si contamos las botas, parecen intactos, con la dotación completa, pero Keneb, ha de saberlo, Dujek está roto. Al igual que su hueste.

Conmocionado, Keneb le dio la espalda. Se desabrochó el yelmo y se quitó el hierro abollado de la cabeza, después se pasó una mano por el cabello sudoroso y apelmazado.

—Que el Embozado nos lleve, el último gran ejército imperial…

—Es ahora el Decimocuarto, puño.

El hombre se la quedó mirando.

La consejera empezó a pasearse.

—Por supuesto que Dujek se ofreció; es, bueno, es Dujek. Además, el puño supremo de más rango no podía hacer menos. Pero él, todos, han sufrido suficiente. Su tarea ahora es hacer sentir la presencia imperial, y todos deberíamos rezar a nuestros dioses para que nadie ponga a prueba su valor.

—Por eso tiene usted tanta prisa.

—Hay que eliminar a Leoman. Y’Ghatan debe caer. Esta noche.

Keneb no dijo nada durante largo rato.

—¿Por qué, consejera, me cuenta esto? —preguntó después.

—Porque Gamet está muerto.

¿Gamet? Ah, entiendo.

—Y T’amber no cuenta con el respeto de ninguno de ustedes. Mientras que —la consejera lo miró con una expresión extraña— usted sí.

—¿Desea que informe a los otros puños, consejera?

—¿Sobre Dujek? Es cosa suya; pero le aconsejo, puño, que lo medite mucho antes de llegar a esa decisión.

—¡Pero habría que decírselo! Al menos entonces comprenderán…

—¿A mí? ¿Me comprenderán a mí? Quizá. Pero eso no es lo más importante llegados a este punto.

Keneb no lo entendió. No de inmediato. Y después empezó a caer en la cuenta.

—Su fe, por encima de usted, por encima del Decimocuarto, descansa sobre Dujek Unbrazo. Siempre que

crean que está ahí, preparado detrás de nosotros y listo para marchar en nuestra ayuda, harán lo que usted les ordene. Usted no quiere quitarles eso, pero con su silencio se sacrifica usted, sacrifica el respeto que le otorgarían a usted…

—Suponiendo que ese respeto llegara a otorgarse, puño, y de eso no estoy muy convencida. —La consejera regresó a la mesa de mapas—. La decisión es suya, puño.

Keneb la observó estudiando el mapa, y cuando llegó a la conclusión de que lo habían despedido, salió de la tienda.

Se sentía enfermo. La hueste… ¿rota? ¿Era solo la valoración de la consejera? Quizá Dujek solo estaba cansado… pero ¿quién podría saberlo mejor? Ben el Rápido, pero no estaba allí. Ni ese asesino, Kalam Mekhar. Lo que dejaba… bueno, un hombre. Se detuvo fuera de la tienda y estudió la posición del sol. Quizá hubiera tiempo antes de que Sort hablara con todos, si se daba prisa.

Keneb echó a andar hacia los campamentos de los infantes.

—¿Qué quiere que le diga, puño? —El sargento había sacado media docena de pesados cuadrillos. Ya había atado fulleros a dos de ellos y estaba trabajando en un tercero.

Keneb se quedó mirando la granada de arcilla que tenía Cuerdas en las manos.

—No lo sé, pero que sea honesto.

Cuerdas hizo una pausa y miró a su pelotón con los ojos entrecerrados.

—¿La consejera espera refuerzos si las cosas van mal? —Hablaba en voz muy baja.

—Es justo eso, sargento. Que no los espera.

—Así que, puño —dijo Cuerdas—, ella cree que Dujek está acabado. Y también la hueste. ¿Es eso lo que piensa la consejera?

—Sí. Usted conoce a Ben el Rápido y el mago supremo estaba allí, después de todo. En Coral. No está aquí para que yo pueda preguntarle, así que le pregunto a usted. ¿La consejera tiene razón?

El sargento continuó acoplando la granada a la cabeza del cuadrillo.

Keneb esperó.

—Parece —murmuró el sargento— que juzgué mal a la consejera.

—¿En qué sentido?

—Se le da mejor leer las señales de lo que yo pensé.

Por los huevos del Embozado, no era eso lo que yo quería oír.

—Tienes buen aspecto, Ganoes Paran.

La sonrisa con la que le respondió era irónica.

—Mi nueva vida llena de comodidades, Apsalar.

Gritos de los marineros en la cubierta cuando la carraca giró hacia el puerto de Kansu, el ruido de las gaviotas era un acompañamiento sordo para el crujido de las cuerdas y la madera. Una brisa fresca surcaba el aire salado que entraba por el ojo de buey del camarote con olor a costa.

Apsalar estudió al hombre que tenía sentado enfrente un momento más, después retornó a su tarea de limar con una piedra pómez la empuñadura de uno de sus cuchillos de lucha cuerpo a cuerpo. La madera pulida era muy bonita, pero resbalaba demasiado con las manos sudorosas. Por lo general ella llevaba guantes de cuero, pero nunca estaba de más plantearse circunstancias menos perfectas. Para un

asesino, la situación ideal era elegir cuándo y dónde luchar, pero esos lujos nunca estaban garantizados.

—Veo que eres tan metódica como siempre —dijo Paran—. Aunque al menos ahora hay una expresión más animada en tu cara. Tus ojos…

—Llevas demasiado tiempo en el mar, capitán.

—Es probable. En cualquier caso, ya no soy capitán. Mis días como soldado han terminado.

—¿Hay algo que te pese?

Él se encogió de hombros.

—Algo. Nunca estuve donde quería estar con ellos. Hasta el final, y entonces —hizo una pausa—, bueno, ya era demasiado tarde.

—Quizá fuera lo mejor —dijo Apsalar—. Menos… sucio.

—Es extraño, los Abrasapuentes significan cosas muy diferentes para los dos. Recuerdos y perspectivas. A mí se me trató bastante bien entre los supervivientes…

—Supervivientes. Sí, siempre hay supervivientes.

—Rapiña, Azogue, Mezcla, Mazo, unos cuantos más. Ahora son propietarios del Bar de K'rul, en Darujhistan.

—¿El Bar de K'rul?

—El antiguo templo antes santificado a ese dios ancestral, sí. Está embrujado, por supuesto.

—Más de lo que crees, Paran.

—Eso lo dudo. He aprendido mucho, Apsalar, sobre muchas cosas.

Un golpe seco a estribor cuando llegó la patrulla del puerto para recoger las cuotas de amarre. El azote de las cuerdas. Más voces.

—K'rul jugó un papel muy activo contra el Dominio Painita —continuó Paran—. Desde esa época, cada vez me intranquiliza más su presencia… Los dioses ancestrales han vuelto a la partida…

—Sí, ya has comentado algo por el estilo. Se oponen al dios Tullido y no es que se les pueda culpar.

—¿Eso hacen? A veces estoy convencido… Otras —sacudió la cabeza y después se levantó—. Estamos atracando. Tengo que solucionar unas cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—Caballos.

—Paran.

—¿Sí?

—¿Has ascendido?

Él abrió mucho los ojos.

—No lo sé. No noto ninguna diferencia. Admito que ni siquiera sé muy bien lo que significa la ascendencia.

—Significa que es más difícil matarte.

—¿Por qué?

—Has tropezado con un poder, de una naturaleza personal, y con él, bueno, el poder atrae poder. Siempre. No del tipo mundano, sino otra cosa, una fuerza de la naturaleza, una confluencia de energías. Empiezas a ver las cosas de modo diferente, a pensar de modo diferente. Y entonces llamas la atención de otros, cosa que por lo general nunca es buena, por cierto. —Apsalar suspiró mientras lo estudiaba, después añadió—: Quizá no necesite advertirte, pero lo haré. Ten cuidado, Paran; de todas las tierras de este mundo, hay dos más peligrosas que todas las demás…

—¿Es conocimiento tuyo o de Cotillion?

—De Cotillion el de una, mío el de la otra. En cualquier caso estás a punto de pisar una de esas dos tierras. Siete Ciudades, Paran, no es un lugar muy saludable, sobre todo para un ascendiente.

—Lo sé. Lo percibo… lo que hay ahí fuera, con lo que tengo que tratar.

—Que otro libre tus luchas por ti, si es posible.

Paran la miró entonces con los ojos entrecerrados.

—Bueno, eso sí que es una clara falta de fe.

—Yo te maté una vez…

—Y estabas poseída por un dios, por el patrón de los Asesinos en persona, Apsalar.

—Que se atenía a las reglas. Aquí hay cosas que no lo hacen.

—Lo tendré presente, Apsalar. Gracias.

—Y recuerda, negocia desde una posición de fuerza o no negocies.

Paran le dedicó una sonrisa extraña y después subió a cubierta.

Algo se rebulló en una esquina y aparecieron corriendo Telorast y Cuajo, los pies huesudos trapaleando sobre el suelo de madera.

—¡Ese hombre es peligroso, No-Apsalar! No te acerques, ¡oh, has pasado demasiado tiempo con él!

—No te preocupes por mí, Telorast.

—¿Preocuparme? Oh, desde luego que tenemos preocupaciones, ¿no es cierto, Cuajo?

—Preocupaciones sin fin, Telorast. ¿Qué estoy diciendo? No estamos preocupadas.

—El Señor de la Baraja lo sabe todo sobre vosotras dos —dijo Apsalar—, lo que sin duda agrava esas preocupaciones.

—¡Pero si no te dijo nada!

—¿Estás muy segura de eso?

—¡Pues claro! —El esqueleto con aspecto de pájaro se meció y giró delante del otro esqueleto—. ¡Piénsalo, Cuajo! ¡Si ella lo supiera, nos pisaría! ¿Verdad?

—¡A menos que tenga una traición más intrincada en mente, Telorast! ¿Has pensado en eso? No, claro que no, ¿verdad? Tengo que pensar yo en todo.

—¡Pero si tú nunca piensas! ¡Nunca lo has hecho!

Apsalar se levantó.

—Han bajado la pasarela. Hora de irse.

—Escóndenos bajo tu manto. Tienes que escondernos. ¡Hay perros ahí fuera, en las calles!

Apsalar envainó su cuchillo.

—Está bien, pero nada de retorceros.

Un puerto miserable, cuatro de los seis amarraderos destrozados y convertidos en armatostes traicioneros por la flota de Nok un mes antes, Kansu era cualquier cosa menos memorable, y para Apsalar fue un alivio cuando dejaron atrás las últimas chabolas del camino del interior y vio ante ellos unos cuantos edificios modestos de piedra que marcaban las cuadras, los rediles y las cabras de ojos demoníacos reunidas bajo los guldindhas. Y tras los árboles, los huertos de tharoks con su corteza plateada como hebras, muy solicitada para hacer cuerdas; las filas irregulares tenían un aspecto fantasmal con los troncos rielando al viento.

Había habido algo extraño en la ciudad que acababan de dejar atrás, las multitudes eran más pequeñas de lo habitual, las voces más apagadas. Varias tiendas de mercaderes permanecían cerradas, y eso durante la hora punta del mercado. La modesta guarnición de soldados malazanos estaba presente solo en las puertas y en los muelles, donde al menos a cuatro barcos mercantes se le había negado amarradero. Y nadie parecía inclinado a ofrecer explicaciones a unos forasteros.

Paran había hablado en voz baja con el tratante de caballos y Apsalar había visto que cambiaban de manos más

dineros de los necesarios, pero el antiguo capitán no había dicho nada durante el trayecto de salida.

Al llegar a una encrucijada se detuvieron.

—Paran —dijo Apsalar—, ¿notaste algo extraño en Kansu?

Él hizo una mueca.

—No creo que tengamos que preocuparnos —dijo—. A ti te ha poseído un dios, después de todo, y en cuanto a mí, bueno, como he dicho, no hay motivo real para preocuparse.

—¿De qué estás hablando?

—Peste. Lo que tampoco es de extrañar, dados todos los cadáveres sin enterrar que hay tras la rebelión. Comenzó hace más o menos una semana, en algún lugar al este de Ehrlitan. Están dando la vuelta a cualquier barco que atracara allí o proceda de allí.

Apsalar no dijo nada durante un rato. Después asintió.

—Poliel.

—Sí.

—Y no quedan sanadores suficientes para interceder.

—El tratante de caballos dijo que unos oficiales fueron al templo de D'rek, en Kansu. Los sanadores más destacados se encuentran allí, por supuesto. Encontraron masacrados a todos los que había en el interior.

Apsalar lo miró.

—Yo tomo el camino del sur —dijo Paran mientras luchaba con su crispado castrado.

Sí, no queda más que decir, ¿verdad? No cabe duda de que los dioses están en guerra.

—El oeste para nosotros —respondió Apsalar, ya incómoda con el estilo de silla de montar de Siete Ciudades. Ni a ella ni a Cotillion se les habían dado nunca muy bien los caballos, pero al menos la yegua que ella llevaba debajo parecía una bestia dócil. Se abrió el manto y sacó primero a

Telorast y después a Cuajo y las tiró al camino, donde salieron disparadas con las largas colas aleteando.

—Me ha resultado demasiado corto —dijo Paran mirándola a los ojos.

Ella asintió.

—Casi mejor, creo.

El comentario femenino no fue bien recibido.

—Siento oírte decir eso.

—No es mi intención ofenderte, Ganoes Paran. Es solo que, bueno, estaba volviendo a descubrir… cosas.

—¿Como la camaradería?

—Sí.

—Y eso es algo que piensas que no te puedes permitir.

—Suele provocar descuido —dijo Apsalar.

—Ah, ya. Si sirve de algo, Apsalar, yo creo que nos veremos otra vez.

Ella toleró el sentimiento y asintió.

—Lo estoy deseando.

—Bien, entonces todavía hay esperanza para ti.

Apsalar lo vio alejarse con su caballo y los dos de carga detrás. Un hombre experimentaba cambios que pocos podían imaginar. Aquel hombre parecía haber dejado atrás tantas cosas… lo envidiaba. Y después se dio cuenta con una leve punzada de pesar que ya lo echaba de menos. *Demasiado cerca, demasiado peligroso, mucho. Mejor así.*

En cuanto a la peste, bueno, seguramente Paran tenía razón. Ni él ni Apsalar tenían demasiado que temer. *Aunque lo siento por todos los demás.*

Los restos rotos del camino lo convertían en un ascenso agónico por la ladera de caliza, las rocas caían y resbalaban entre nubes de polvo. Una riada había atravesado el pasaje

un número desconocido de años o décadas atrás y había revelado un sinfín de capas de sedimentos en las paredes escarpadas del canal. Llevando el caballo y las mulas de carga por las riendas, Samar Dev iba estudiando esas capas multicolores.

—Viento y agua, Karsa Orlong, sin fin. El interminable diálogo del tiempo consigo mismo.

Tres pasos por delante, el toblakai no respondió. Estaba acercándose a la cima y tomaba el sendero de bajada de la antigua riada, las rocas recortadas, roídas, se alzaban a ambos lados de él. La última aldea había quedado días atrás, esas tierras eran salvajes de verdad. Recuperadas, dado que ese camino en otro tiempo debía de llevar con toda seguridad a alguna parte, pero no había ningún otro signo de civilizaciones pasadas. En cualquier caso, a la bruja le interesaba menos lo que había ocurrido antes. Lo que estaba por pasar era su fascinación, la fuente de todas sus invenciones, su inspiración.

—Hechicería, Karsa Orlong, ese es el corazón del problema.

—¿Qué problema es ese, mujer?

—La magia obvia la necesidad de inventar, aparte de ciertos requerimientos básicos, por supuesto. Así que permanecemos ahogados por siempre…

—A las Caras con el ahogamiento, bruja. No hay nada malo con dónde estamos, cómo estamos. Tú escupes en la satisfacción, y terminas siempre inquieta y miserable. Yo soy teblor, vivimos con sencillez y vemos la crueldad de vuestro supuesto progreso. Esclavos, niños encadenados, un millar de mentiras para hacer que una persona sea mejor que la de al lado, un millar de mentiras diciéndote que así es como deberían ser las cosas y no hay forma de impedirlo. Una

locura llamada cordura, esclavitud llamada libertad. Y ya he terminado de hablar.

—Bueno, pues yo no. Tú no eres diferente, llamas a la ignorancia «sabiduría» y al salvajismo «nobleza». Si no nos esforzamos por mejorar las cosas, estamos condenados a repetir nuestra letanía de injusticias…

Karsa llegó a la cima y se volvió para mirarla, su expresión cambió.

—Mejor no es nunca lo que tú crees que es, Samar Dev.

—¿Y qué significa eso?

El gigante levantó una mano, quieto de repente.

—Calla. Hay algo raro. —Miró a su alrededor con lentitud, con los ojos entrecerrados—. Hay un… olor.

Samar se reunió con él y arrastró al caballo y las mulas a terreno plano. Rocas altas a ambos lados, el borde de un barranco poco más allá, la colina en la que estaban era un risco que caía a pico, con más rocas dentadas detrás. Un antiguo árbol retorcido ocupaba la cima.

—Yo no huelo nada…

El toblakai sacó la espada de piedra.

—Una bestia ha hecho su guarida aquí, en las inmediaciones, creo. Un cazador, un asesino. Y creo que está cerca…

Con los ojos muy abiertos, Samar Dev examinó la zona, el corazón le martilleaba con fuerza en el pecho.

—Puede que tengas razón. Aquí hay espíritus.

—Huyó —rezongó él.

Huyó. Oh.

Como una masa de limaduras de hierro, el cielo iba bajando poco a poco por todos lados, una bruma pesada que era seca como la arena. Y no era que eso tuviera mucho sentido,

admitió Kalam Mekhar, pero eso era lo que pasaba con el terror continuo, las salvajes conjuras patéticas de una imaginación atormentada. Se estaba aferrando con cada parte de su cuerpo que era capaz de aferrarse al lado inferior escarpado y maltratado de una fortaleza flotante, el viento o lo que fuera gemía en sus oídos, un temblor le robaba la fuerza de los miembros mientras él sentía cómo se escapaban los últimos restos de la magia de Ben el Rápido.

No lo habían anticipado, ese repentino repudio de la hechicería, él no veía otataralita, ninguna vena que atravesara ese basalto negro brutal. Ninguna explicación obvia. Los guantes de cuero perforados, la sangre deslizándosele por las manos, y sobre él una montaña que escalar con esa bruma seca plateada cerrándose a su alrededor. Mucho más abajo, por alguna parte, se agazapaban Ben el Rápido y Tormenta, el primero preguntándose qué había salido mal y, con un poco de suerte, intentando que se le ocurriera alguna idea para resolver el problema. El segundo, con toda probabilidad, rascándose las axilas y haciendo estallar piojos con las uñas.

Bueno, no tenía sentido esperar lo que quizá nunca pasaría cuando lo que iba a pasar era inevitable. Gruñendo por el esfuerzo, Kalam empezó a avanzar por la roca.

La última fortaleza flotante que había visto había sido Engendro de Luna y sus lados agujereados habían albergado decenas de miles de grandes cuervos. Por fortuna ese no parecía ser el caso allí. Si trepaba la altura de unos cuantos hombres más, se encontraría en un lateral, y no casi boca abajo como estaba en ese momento. Sabía que si conseguía llegar allí podría descansar un poco.

Más o menos.

Maldito hechicero. Maldita consejera. Maldito todo el mundo, de hecho, ya que ninguno estaba allí, y por

supuesto que no estaban, puesto que era una locura y no había nadie más tan estúpido. Dioses, los hombros le ardían, el interior de los muslos era un dolor sólido que se estaba convirtiendo en entumecimiento. *Y eso sería un problema, ¿verdad?*

Estaba demasiado viejo para eso, pero mucho. Los hombres de sus años no llegaban a su edad cayendo en planes estúpidos como aquel. ¿Se estaba ablandando? *Se me está ablandando el cerebro.*

Rodeó con un tirón un saliente cincelado, revolvió con los pies por un momento y después fue pasando poco a poco, se aupó y encontró bordes que pudieron aguantar su peso. Se le escapó un quejido, que le sonó patético incluso a él, cuando se apoyó en la piedra.

Un rato después levantó la cabeza y empezó a mirar a su alrededor en busca de un afloramiento o bulto de roca en el que pudiera enganchar la cuerda.

La cuerda de Ben el Rápido, invocada de la nada. ¿Funcionará aquí o se desvanecerá sin más? Por el aliento del Embozado, no sé lo suficiente sobre magia. Ni siquiera sé lo suficiente sobre Rápido y conozco al cabrón desde siempre. ¿Por qué no está él aquí arriba?

Porque, si los colas cortas notaban al mosquito que tenían en la piel, Rápido era mejor respaldo, incluso allí abajo, de lo que podría haberlo sido Kalam. Un cuadrillo de ballesta habría perdido toda velocidad para cuando llegara a esa altura, solo tendrían que cogerlo del aire. En cuanto a Tormenta… *mucho más prescindible que yo, en mi opinión,* el tipo juraba que no sabía escalar, juraba que de bebé ni una sola vez había conseguido salir de la cuna sin ayuda.

Costaba imaginar que ese miserable corpachón de cara peluda hubiera estado metido alguna vez en una cuna.

Tras recuperar el control de su respiración, Kalam miró abajo.

Y se encontró con que Ben el Rápido y Tormenta no estaban por ninguna parte. *Dioses del inframundo, ¿y ahora qué?* Los modestos rasgos de la llanura cargada de cenizas que tenía debajo no ofrecían muchos refugios, sobre todo desde esa altura. Pero no importaba lo que examinara, no veía a nadie. Los rastros que habían dejado eran ligeramente visibles y llevaban adonde el asesino los había abandonado, y en ese lugar había… algo oscuro, una grieta en el suelo. Difícil determinar la escala, pero quizá… *quizá lo bastante grande como para tragarse a los dos cabrones.*

Reanudó su búsqueda de salientes para la cuerda. Y no vio ninguno.

—De acuerdo, supongo que es hora. Cotillion, considera esto un buen tirón a tu cuerda. Nada de excusas, maldito dios. Necesito tu ayuda aquí.

Esperó. El gemido del viento, el frío resbaladizo de la bruma.

—No me gusta esta senda.

Kalam giró la cabeza y se encontró a Cotillion a su lado, una mano y un pie sujetaban al dios. En la otra mano sostenía una manzana, a la que en ese momento dio un gran bocado.

—¿Crees que esto tiene gracia? —preguntó Kalam.

Cotillion masticó y después tragó.

—Poca, pero sí.

—Por si no lo habías notado, nos estamos aferrando a una fortaleza flotante, y tiene compañeras, una puta fila entera de compañeras.

—Si necesitabas que te llevaran —dijo el dios—, te iría mejor con una carreta o con un caballo.

—No se mueve. Está parada. Y yo estoy intentando entrar en esta. Ben el Rápido y un infante de marina estaban esperando abajo, pero acaban de desaparecer.

Cotillion examinó la manzana y después le dio otro mordisco.

—Se me están cansando los brazos.

Masticar. Tragar.

—No me sorprende, Kalam. Aun así, tendrás que ser paciente porque tengo unas cuantas preguntas. Empezaré con la más obvia. ¿Por qué estás intentando entrar en una fortaleza llena de k'chain che'malle?

—¿Llena? ¿Estás seguro?

—Albergo una sospecha razonable.

—¿Y qué están haciendo aquí?

—Esperar, al parecer. De todos modos, el que hace aquí las preguntas soy yo.

—Bien. Adelante, tengo todo el día.

—Pues vaya, creo que esa era mi única pregunta. Oh, espera, hay una más. ¿Te gustaría que te devolviera a terreno sólido para que podamos reanudar nuestra conversación con más comodidad?

—Estás disfrutando demasiado con esto, Cotillion.

—Las oportunidades de diversión son cada vez más escasas. Por fortuna, estamos en algo parecido a la sombra de esta fortaleza, así que el descenso será relativamente fácil.

—Cuando quieras.

Cotillion tiró la manzana y después estiró la mano para coger la parte superior del brazo de Kalam.

—Aléjate un paso y déjame el resto a mí.

—Espera un momento. Los hechizos de Ben el Rápido se disiparon, por eso terminé aquí metido…

—Supongo que porque está inconsciente.

—¿Lo está?

—O muerto. Deberíamos confirmarlo, en un sentido u otro, ¿sí?

Santurrón lamedor de sangre, chupa-sudores…

—Arriesgado —lo interrumpió Cotillion—, hacer que tus maldiciones parezcan plegarias. —Un tirón brusco y Kalam bramó cuando lo arrancaron de la superficie rocosa. Pero no cayó, quedó suspendido en el aire, una mano de Cotillion lo sostenía por el brazo—. Relájate, maldito zopenco. «Fácil» contigo es un término bastante relativo.

Treinta latidos más tarde sus pies tocaron el suelo. Kalam apartó el brazo de un tirón y se dirigió a la fisura abierta en el lugar en el que Rápido y Tormenta habían estado esperando. Se acercó al borde con cautela y dio un grito hacia la oscuridad.

—¡Rápido! ¡Tormenta! —No hubo respuesta.

Cotillion estaba de repente a su lado.

—¿Tormenta? No será el ayudante Tormenta, ¿verdad? Ojos de cerdo, peludo, con el ceño siempre encajado…

—Ahora es cabo —dijo Kalam—. Y Gesler es sargento.

Un bufido del dios, pero sin más comentarios.

El asesino se echó hacia atrás y estudió a Cotillion.

—La verdad es que no pensé que responderías a mi plegaria.

—Soy un dios que prácticamente rebosa sorpresas.

Kalam entrecerró los ojos.

—Y además viniste muy deprisa, joder. Como si estuvieras… cerca.

—Una suposición indignante —dijo Cotillion—. Pero, por extraño que parezca, precisa.

El asesino se quitó el rollo de cuerda del hombro, miró a su alrededor y lanzó un juramento.

Con un suspiro Cotillion estiró una mano. Kalam le dio un extremo de la cuerda.

—Prepárate —dijo mientras tiraba la aduja por el borde del pozo. Oyó un chasquido lejano.

—No te preocupes por eso —dijo Cotillion—. La haré tan larga como necesites.

Malditos dioses del Embozado. Kalam bajó por el borde y empezó a descender entre la oscuridad. *Demasiado ejercicio hoy. O eso o estoy engordando.* Sus mocasines por fin se posaron en piedra y se apartó de la cuerda.

Desde arriba, un pequeño glóbulo de luz empezó a bajar e iluminó la pared más cercana. Vertical, artificial, lucía grandes paneles pintados, las imágenes parecían bailar bajo la luz que descendía. Por un momento, Kalam se las quedó mirando sin hacer nada más. No era una decoración vana aquella, sino una obra de arte, la mano de un maestro desplegaba vitalidad en todos y cada uno de los detalles. Con ropas pesadas, más o menos humanas por la forma, las figuras estaban en posturas de trascendencia, con los brazos alzados en veneración o exaltación, los rostros llenos de júbilo. Entretanto, en grandes cantidades a sus pies, habían pintado partes desmembradas de cuerpos, salpicadas de sangre y cubiertas de moscas. La carne mutilada continuaba hasta el suelo de la cámara y después salía, y Kalam vio entonces que la sangrienta escena cubría todo el suelo, hasta donde él alcanzaba a ver en cada dirección.

Había escombros repartidos acá y acullá y a menos de media docena de pasos, dos cuerpos inmóviles.

Kalam se dirigió allí.

Fue un alivio descubrir que ambos hombres estaban vivos, aunque era difícil determinar el alcance de sus heridas, aparte de lo obvio. Tormenta se había roto las dos piernas, una por encima de la rodilla, en la otra los dos

huesos por debajo de la rodilla. Tenía la parte posterior del yelmo abollada, pero respiraba sin dificultad, lo que a Kalam le pareció buena señal. Ben el Rápido parecía físicamente ileso; nada obvio hecho pedazos, al menos, y tampoco había sangre. En ambos, sin embargo, las heridas internas eran otra historia. Kalam estudió el rostro del brujo por un momento y después le dio una bofetada.

Rápido abrió los ojos de pronto. Parpadeó, miró a su alrededor, tosió y se incorporó.

—Tengo la mitad de la cara dormida, ¿qué ha pasado?

—Ni idea —respondió Kalam—. Tormenta y tú caísteis por un agujero. El falari está bastante mal. Pero al parecer tú has salido sin un rasguño, ¿cómo lo has hecho?

—¿Sin un rasguño? Creo que tengo la mandíbula rota.

—No, no lo está. Debe de haberse golpeado contra el suelo, parece un poco hinchada, pero no podrías hablar si estuviera rota.

—Eh, eso sí. —Se puso en pie y se acercó a Tormenta—. Oh, esas piernas tienen mala pinta. Tenemos que encajar los huesos antes de que pueda empezar a sanarlo.

—¿Sanarlo? Maldita sea, Rápido, en el pelotón nunca hiciste ninguna sanación.

—No, ese era el trabajo de Mazo. Yo era el cerebro, ¿recuerdas?

—Bueno, por lo que recuerdo, eso no te llevaba mucho tiempo.

—Eso es lo que tú te crees. —El mago hizo una pausa y miró a su alrededor—. ¿Dónde estamos? ¿Y de dónde salió esa luz?

—Con los mejores deseos de Cotillion, que está al otro extremo de esa cuerda.

—Oh. Bueno, entonces la sanación la puede hacer él. Dile que baje aquí.

—¿Y quién sujetará entonces la cuerda?

—No la necesitamos. Oye, ¿tú no estabas escalando Engendro de Luna? Ah, por eso está tu dios aquí. Claro.

—Pronunciar el nombre del demonio es llamarlo —dijo Kalam, que había levantado la cabeza y observaba el descenso lento, casi perezoso, de Cotillion.

El dios se posó cerca de Tormenta y Ben el Rápido. Un asentimiento breve dirigido al mago, con una ceja levantada, y después Cotillion se agachó junto al infante.

—Ayudante Tormenta, ¿qué te ha pasado?

—Es obvio —dijo Kalam—. Se rompió las piernas.

El dios puso al infante de marina de espaldas, tiró de cada pierna, volvió a alinear los huesos y después se levantó.

—Así servirá, creo.

—No me lo parece…

—El ayudante Tormenta —dijo Cotillion— no es tan mortal como pudiera parecer. Templado en los fuegos de Thyrllan. O de Kurald Liosan. O de Tellann. O de los tres. En cualquier caso, como podéis ver, ya se está curando. Las costillas rotas están sanadas por completo, al igual que el fallo del hígado y la cadera destrozada. Y la fractura de cráneo. Por desgracia, no se puede hacer nada con el cerebro que lleva dentro.

—¿Ha perdido la cabeza?

—Dudo que alguna vez la tuviera —respondió el dios—. Es peor que Urko. Urko por lo menos tiene intereses, por peculiares y absurdos que puedan ser.

Un gemido de Tormenta.

Cotillion se acercó a la pared más cercana.

—Curioso —dijo—. Este es un templo dedicado a un dios ancestral. No estoy seguro de cuál. Kilmandaros, quizá. O Grizzin Farl. Quizá incluso K’rul.

—Un culto bastante sangriento —murmuró Kalam.

—El mejor tipo —dijo Ben el Rápido mientras se cepillaba el polvo de la ropa.

Kalam observó que Cotillion miraba a hurtadillas al mago y se preguntó por qué. *Ben Adaephon Delat, Cotillion sabe algo sobre ti, ¿verdad? Mago, tienes demasiados secretos.* El asesino notó entonces la cuerda, que todavía colgaba del agujero de arriba.

—Cotillion, ¿a qué ataste la cuerda?

El dios lo miró y sonrió.

—Una sorpresa. Debo irme ya. Caballeros… —Se desvaneció y al momento desapareció.

—Tu dios me pone nervioso, Kalam —dijo Ben el Rápido cuando Tormenta volvió a gemir, en voz más alta esa vez.

Y tú me pones nervioso a mí. Y ahora… Bajó la cabeza y miró a Tormenta. Los jirones en el pantalón ceñido era todo lo que quedaba de las espeluznantes fracturas múltiples. *Ayudante Tormenta. Templado en fuegos sagrados. Con el ceño todavía fruncido.*

Rocas altas, los sedimentos escarpados e irregulares, rodeaban el campamento, con un árbol antiguo a un lado. Navaja estaba sentado cerca del pequeño fuego de estiércol que habían encendido y observaba a Ranagrís rodear la zona, mostrando cada vez más agitación. Cerca, Heboric Manos Fantasmales parecía adormilado, las emanaciones verdes brumosas de los extremos de las muñecas palpitaban sin entusiasmo. Scillara y Felisin la Menor estaban llenando sus pipas para compartir su nuevo ritual de después de las comidas. La mirada de Navaja volvió a posarse en el demonio.

Ranagrís, ¿qué te aflige?

—*Nervioso. Tengo indicaciones de tragedia que se acerca con gran rapidez. Algo… preocupado e incierto. En el aire, en las arenas. Pánico repentino. Deberíamos irnos de aquí. Dar la vuelta. Huir.*

Navaja sintió que el sudor le perlaba la piel. Jamás había oído al demonio tan… asustado.

—¿Deberíamos salir de este cerro?

Las dos mujeres levantaron los ojos cuando lo oyeron hablar. Felisin la Menor miró a Ranagrís, frunció el ceño y después empalideció. Se levantó.

—Tenemos problemas —dijo.

Scillara se puso en pie y se acercó a Heboric, le dio unas pataditas con una bota.

—Despierta.

El destriant de Treach abrió los ojos con un parpadeo, olisqueó el aire y se levantó con un único movimiento fluido.

Navaja lo observó todo con una alarma creciente. *Mierda.* De una patada tiró arena al fuego.

—Recoged vuestras cosas, todo el mundo.

Ranagrís hizo una pausa en sus vueltas y los observó.

—*¿Tan inminente? Indeterminado. Inquieto, sí. ¿Necesidad de aterrarse? ¿Cambiar de opinión? ¿Estupidez? Indeterminado.*

—¿Para qué arriesgarse? —preguntó Navaja—. Hay luz suficiente, veremos si podemos encontrar un lugar más defendible para acampar.

—*Compromiso apropiado. En los nervios se percibe un alivio de su tensa sensibilidad. ¿Prevenido? Se desconoce.*

—Por lo general —dijo Heboric con tono áspero mientras hacía una pausa para escupir—. Por lo general, huir corriendo de una cosa te suele arrojar en el camino de otra.

—Bueno, pues muchas gracias, viejo.

Heboric le dedicó a Navaja una sonrisa desagradable.

—Un placer.

La superficie del cerro estaba salpicada de cuevas que, a lo largo de un sinfín de siglos, se habían utilizado como lugares de refugio, criptas para el entierro de los muertos, almacenes y también paneles protegidos para pinturas en las rocas. Los detritos cubrían los estrechos salientes que se habían utilizado como pasarelas; aquí y allá una mancha oscura de hollín estropeaba aleros y fisuras donde se habían encendido hogueras, pero nada le parecía reciente a Mappo, y reconoció la cerámica funeraria como perteneciente a la época del Primer Imperio.

Se estaban acercando a la cima de la escarpa, Icarium trepaba hacia un desfiladero obvio abierto en el borde por lluvias pasadas. El sol que iba bajando por su izquierda era rojo tras una cortina de polvo suspendido que había alzado el paso de una tormenta lejana. Las moscas de sangre zumbaban en el aire alrededor de los dos viajeros, frenéticas por el aliento quebradizo y energizante de la tormenta.

El empuje de Icarium se había hecho obsesivo, con una ferocidad apenas contenida. Quería un juicio, quería que la verdad de su pasado se revelara ante él y cuando ese juicio llegara, por duro que fuera, él se pondría en pie y no alzaría ni una sola mano en su propia defensa.

Y a Mappo no se le ocurría nada para evitarlo, aparte de incapacitar de algún modo a su amigo o sumirlo en la inconsciencia de un golpe. Quizá tendría que llegar a eso. Pero era arriesgado. Un fracaso y la cólera de Icarium cobraría vida, y todo estaría perdido.

Mappo observó que el jhag llegaba al desfiladero, trepaba por él y se perdía de vista. Mappo lo siguió a toda prisa. Alcanzó la cima, se detuvo y se limpió la arenilla de las

manos. El viejo canal de drenado había tallado un surco por las siguientes capas de caliza y había creado una pista estrecha y serpenteante flanqueada por muros escarpados. A poca distancia, Mappo vio el borde de otra caída hacia la que se dirigía Icarium.

Unas sombras densas dentro del canal, enjambres de insectos en los pocos haces de luz que atravesaban como una lanza un árbol retorcido. A tres zancadas de alcanzar a Icarium, la oscuridad pareció explotar alrededor del trell. Vislumbró por un breve instante algo que se abalanzaba sobre Icarium desde la cumbre de piedra, a la derecha del jhag, y después unas figuras se le echaron encima.

El trell empezó a repartir golpes, sintió que su puño entraba en contacto con carne y hueso a su izquierda, el sonido sólido y crujiente. Un salivazo de sangre y flemas.

Un brazo musculoso lo rodeó como una serpiente por detrás y se cerró sobre su cuello, hizo que su cabeza retrocediese, la piel reluciente de ese miembro se deslizaba como si estuviera aceitada antes de que el brazo lo ciñera con vigor. Otra figura apareció de repente delante, unas manos de garras largas se dispararon y perforaron el vientre de Mappo. Este bramó con un dolor agónico cuando las uñas se arrastraron en una cuchillada que pretendía destriparlo.

El movimiento fracasó, puesto que la piel del trell era más gruesa que la armadura de cuero que lo cubría. Con todo, salpicó la sangre. La criatura que tenía detrás apretó más el collar de fuerza. Mappo podía sentir algo de su inmenso peso y tamaño. Incapaz de sacar un arma, el trell pivotó y después se arrojó hacia atrás, contra una pared de roca. El crujido de hueso y cráneo tras él, un grito ahogado de la bestia que se alzó en un chillido de dolor.

La criatura que tenía las garras en el vientre de Mappo se había visto arrastrada hacia el trell cuando este se había

abalanzado hacia atrás. Mappo rodeó con las manos el cráneo huesudo y achaparrado, flexionó y después giró la cabeza hacia un lado con un movimiento salvaje. El cuello se partió. Otro grito, y ese parecía provenir de todos lados.

Con un rugido, Mappo se adelantó tambaleándose y aferrándose al antebrazo que le sujetaba el cuello. El peso de la bestia chocó contra él y lo mandó dando tropezones por el saliente.

Vislumbró entonces a Icarium, derrumbado bajo un enjambre de criaturas oscuras que se retorcían.

Demasiado tarde sintió que el pie que había adelantado se precipitaba por el borde derrumbado del risco y caía al… al aire abierto. El peso de la criatura lo hundió todavía más y después, cuando vislumbró el precipicio por el que estaban a punto de despeñarse los dos, el antebrazo se aflojó.

Pero Mappo se sujetó con fuerza y giró para arrastrar a la bestia con él cuando cayese.

Otro chillido y por fin pudo ver bien al bicho. Demoníaco, la boca muy abierta, colmillos afilados como agujas totalmente trabados en sus ejes, cada uno tan largo como el pulgar de Mappo, ojos negros y relucientes, las pupilas verticales y del tono de la sangre fresca.

T'rolbarahl.

¿Cómo?

Mappo vio su rabia, su horror cuando los dos cayeron en picado del risco.

Cayendo.

Caemos…

Dioses era…

Libro segundo



Bajo este nombre

En la oscuridad vino este brutal asesino de familias,
liberado y desatado, cuando todos salvo los fantasmas
huyeron del salvaje pavoneo desaliñado (oh, conocía bien el dolor,
dos fuegos de olvido inmenso ardían en su alma),
y así los fantasmas se reunieron, invocados por
uno que quiso alzarse, mortal y débil,
en el camino del terrible asesino quiso alzarse
este valioso necio, y jugárselo todo en el apretón
de una mano, de cálida a fría, y dejarse guiar al lugar
desaparecido largo tiempo atrás, y las bestias,
desterradas largo tiempo atrás,
a su palabra se despertarían una vez más.
¿Y quién estaba allí para advertirle? Bueno, nadie,
y lo que se abrió camino en libertad no era amigo
de los vivos. Cuando enfrentas al horror contra el horror,
querido oyente, abandona toda esperanza…
y monta un caballo veloz.

Maese Ciego
—Saedevar del Jhag Tajoancho

7



Nunca negocies con un hombre que no tiene nada que perder.

Proverbios del insensato
—Thenys Bule

Leoman de los Mayales salió tambaleándose del sanctasanctórum, un lustre de sudor en la cara.

—¿Ya es de noche? —preguntó con voz ronca.

Corabb se levantó a toda prisa, pero volvió a sentarse en el banco cuando la negrura amenazó con envolverlo, llevaba demasiado tiempo sentado, observando a Gorrionpardo intentar abrir una trinchera a base de paseos por el suelo de piedra. Abrió la boca para replicar, pero la mujer malazana habló primero.

—No, Leoman, el sol cabalga el horizonte.

—¿Algún movimiento ya en los campamentos malazanos?

—El último mensajero informó hace media campanada. Nada hasta entonces.

Había un brillo extraño, triunfante, en los ojos de Leoman que inquietó a Corabb, pero no tuvo tiempo de preguntar cuando el gran guerrero pasó a su lado.

—Debemos darnos prisa. Regresar al palacio y dar las instrucciones finales.

¿El enemigo iba a atacar esa misma noche? ¿Cómo podía estar tan seguro Leoman? Corabb volvió a levantarse, esa vez con más lentitud. La suma sacerdotisa había prohibido que hubiera testigos en el ritual y cuando la reina de los Sueños se había manifestado, hasta la suma sacerdotisa y sus acólitos habían abandonado el aposento con expresiones desconcertadas, dejando a Leoman a solas con la diosa. Corabb siguió a su líder a dos pasos de distancia, así impedía acercarse más esa maldita mujer, Gorrionpardo.

—Sus magos harán que la detección sea difícil —decía el tercero mientras salían del templo.

—No importa —soltó Leoman—. Tampoco es que contemos con alguno digno de ese nombre. Pese a todo, tenemos que hacer que parezca que lo intentamos.

Corabb frunció el ceño. ¿Intentarlo? No entendía nada.

—¡Necesitamos soldados en las murallas! —dijo—. ¡Tantos como podamos reunir!

—No podemos defender las murallas —dijo Gorrionpardo por encima del hombro—. Ya debe de haberse dado cuenta de eso, Corabb Bhilan Thenu’alas.

—Entonces… entonces ¿por qué estamos aquí?

El cielo se estaba oscureciendo sobre sus cabezas, la magulladura del atardecer a solo unos momentos.

Los tres se apresuraron por las calles vacías. El ceño fruncido de Corabb se profundizó. La reina de los Sueños, diosa de la Adivinación y quién sabía qué más. Él

despreciaba a todos los dioses salvo, por supuesto, a Dryjhna, el Apocalipsis. Entrometidos, embusteros, asesinos todos y cada uno. Que Leoman buscase a una… era muy inquietante.

Culpa de Gorrionpardo, sospechaba. Era mujer. El sacerdocio de la Reina estaba compuesto en su mayor parte por mujeres (al menos eso le parecía a él). Había una suma sacerdotisa, después de todo, una matrona de ojos turbios que flotaba entre los vapores del durhang y, con toda probabilidad, un número incontable de otras sustancias. Solo con ponerse al lado ya te emborrachabas. Demasiado seductora. Nada bueno iba a salir de aquello, nada.

Se acercaron al palacio y, por fin, alguna señal de actividad. Guerreros que iban de un sitio a otro, estrépito de armas, gritos desde las fortificaciones. Así que iban a abrir una brecha en las murallas exteriores, no había ninguna otra razón para tantos preparativos. Leoman esperaba un segundo asedio, allí, en el propio palacio. Y pronto.

—¡Caudillo! —dijo Corabb y apartó a Gorrionpardo de un codazo—. ¡Dame el mando de las puertas del palacio! ¡Aguantaremos contra la tormenta malazana en el nombre del Apocalipsis!

Leoman volvió la cabeza y lo miró, lo pensó y después sacudió la cabeza.

—No, amigo mío. Te necesito para una tarea mucho más importante.

—¿Cuál será, gran guerrero? Puedo hacerla.

—Más te vale —dijo Leoman.

Gorrionpardo lanzó un bufido.

—Ordéname, comandante.

Esa vez la mujer se echó a reír sin más. Corabb la miró con el ceño fruncido.

—Tu tarea esta noche es la siguiente, amigo mío —respondió Leoman—. Ser mi guardaespaldas.

—¡Ah, encabezaremos la lucha, entonces, entre las filas más adelantadas! Glorioso, asestaremos entre los perros malazanos una sentencia que jamás olvidarán.

Leoman le dio una palmada en el hombro.

—Sí, Corabb —dijo—. Eso haremos.

Continuaron andando y entraron en el palacio.

Gorrionpardo seguía riéndose.

Dioses, cómo la odiaba Corabb.

Lostara Yil apartó la solapa de la tienda y entró con paso decidido. Encontró a Perla ganduleando sobre almohadones de seda saqueados, con un narguile de durhang con sabor a vino acunado como un cuenco en su regazo. Entre la bruma del humo, el hombre recibió la furia femenina con una mirada perezosa, cargada de vapores, que, por supuesto, la puso más furiosa todavía.

—Veo que ya tienes planeada el resto de esta noche, Perla. Mientras este maldito ejército se prepara para asaltar Y'Ghatan.

Él se encogió de hombros.

—La consejera no quiere mi ayuda. A estas alturas ya podría haberme colado en el palacio, ¿sabes? No tienen magos dignos de ese nombre. En estos mismos momentos podría estar deslizando un cuchillo por la garganta de Leoman. Pero no, ella no quiere. ¿Qué debo hacer?

—No confía en ti, Perla, y, para ser honesta, no me sorprende.

El hombre alzó las cejas.

—Querida, me ofendes. Tú, más que nadie, sabes los sacrificios que he hecho para proteger la frágil psique de la

consejera. No hace falta decir —añadió con una pausa para dar una buena bocanada al empalagoso humo— que en los últimos tiempos he tenido tentaciones de destrozar esa psique diciéndole la verdad sobre su hermana, solo por inquina.

—Tu comedimiento me impresiona —dijo Lostara—. Por supuesto, si hicieras algo tan cruel, tendría que matarte.

—Qué alivio, saber cómo te empeñas en proteger la pureza de mi alma.

—No se trata de pureza —respondió ella—. No de la tuya, al menos.

Él sonrió.

—Estaba intentando presentarme bajo una luz más favorable, dulce mía.

—Para mí está claro, Perla, que imaginaste que nuestro breve romance (si se le puede llamar así) era indicativo de sentimientos genuinos. Lo encuentro bastante patético. Dime, ¿tienes planeado devolverme en algún momento a mi compañía de las Espadas Rojas?

—No de momento, me temo.

—¿Nos ha dado otra misión?

—¿La consejera? No, pero como quizá recuerdes, lo que hicimos por Tavore era un favor. Nosotros trabajamos para la emperatriz.

—Bien. ¿Qué ordena nuestra emperatriz?

Los ojos de la garra tenían los párpados entornados cuando la estudiaron por un momento.

—Espera y verás.

—¿Nos ordena que esperemos y veamos?

—Está bien, ya que insistes, te puedes dar de momento por separada de mí, una idea que debería proporcionarte una satisfacción indecible. Ve a unirte a los infantes de marina, o a los zapadores, o quien el Embozado quiera que

ataque esta noche. Y si te cortan un miembro, no vengas a mí arrastrándote; dioses, no puedo creer que acabe de decir eso. Por supuesto que puedes volver conmigo arrastrándote, pero asegúrate de traer el miembro.

—Tú no posees gran Denul, Perla, así que, ¿qué sentido tendría que trajese el miembro?

—Solo me gustaría verlo, eso es todo.

—Si resulta que vuelvo arrastrándome, Perla, será para clavarte un cuchillo en el cuello.

—Con tan joviales palabras puedes irte ya, querida.

La mujer se dio media vuelta y salió de golpe de la tienda.

El puño Keneb se reunió con Tene Baralta para pasar revista justo al lado de los piquetes del norte. Había enjambres de polillas y agresivas moscas bajo el aire crepuscular. Montones de tierra rocosa se alzaban como modestos túmulos allí donde los soldados habían cavado sus trincheras. De momento no se habían reunido muchos pelotones, para no revelar las intenciones del ejército demasiado pronto, aunque Keneb sospechaba que Leoman y sus guerreros ya sabían todo lo que necesitaban saber. Aun así, el puño observó las murallas distantes, irregulares, que coronaban las gradas de tierra y escombros; no parecía haber actividad alguna. Y'Ghatan estaba sumida en un silencio mortal, casi sin iluminación, mientras la oscuridad extendía su manto.

Tene Baralta vestía la armadura completa: chaleco de hojuelas, falda de cota de malla y camal, grebas y brazales de bronce batido ribeteado de hierro. Se estaba ajustando las correas del yelmo cuando llegó Keneb a su lado.

—Blistig no está muy contento —dijo Keneb.

La carcajada de Baralta fue profunda.

—Esta noche nos pertenece a ti y a mí, Keneb. Él solo se mueve si nosotros tenemos problemas. Temul se preguntaba… este plan, encaja con el suyo. ¿Asesoraste tú a la consejera?

—Así es. Informa a Temul que a la señora le complació ver que su estrategia encajaba con la de ella en este asunto.

—Ah.

—¿Han empezado los magos de tu compañía? —preguntó Keneb.

Un gruñido.

—Dicen que allí no hay nadie, nadie a la espera para contrarrestarlos. Nada y Menos han hecho el mismo descubrimiento. ¿Crees que Leoman podría haber perdido a todos sus magos?

—No lo sé. No parece probable.

—Confío en que hayas oído los rumores, Keneb.

—¿Sobre qué?

—Peste. Viene del este. Ha barrido todo Ehrlitan. Si fracasamos esta noche y nos encontramos empantanados fuera de esta ciudad…

Keneb asintió.

—Entonces debemos triunfar, Tene Baralta.

Un jinete galopaba por el camino que tenían detrás y a su derecha, acercándose a toda velocidad. Los dos hombres se giraron cuando los cascos que aporreaban el suelo reverberaron por todo el terreno bajo sus pies.

—¿Un mensaje urgente? —se preguntó Keneb y entrecerró los ojos para distinguir la figura de capa gris, la cara oculta por una capucha. Una espada larga al costado, la vaina bañada en esmalte blanco—. No recon…

El jinete se dirigió directamente hacia ellos. Tene Baralta saltó a un lado con un bramido de cólera. Keneb lo siguió y

después giró en redondo cuando el jinete pasó volando, su caballo blanco alcanzó las trincheras y se abalanzó por encima. Los guardias de los piquetes gritaron. Una ballesta se disparó y el cuadrillo golpeó al desconocido en la espalda, rebotó y se perdió en la noche. Todavía a galope tendido, la figura inclinada sobre el cuello del caballo, los dos sobrevolaron la estrecha trinchera interna y se alejaron a toda velocidad hacia la ciudad.

En la puerta se abrió una ranura y derramó la luz amortiguada de unos faroles.

—¡Por el aliento del Embozado! —maldijo Tene Baralta mientras volvía a ponerse en pie—. ¡Un enemigo atraviesa a caballo nuestro ejército entero!

—No tenemos la exclusividad de la valentía —dijo Keneb—. Y he de admitir, aunque sea a regañadientes, cierta admiración; me alegro de haberlo presenciado.

—Un jinete para llevar recado a Leoman.

—Nada que no sepa ya, Tene Baralta. Considéralo una lección, un recordatorio…

—No necesito ninguno, Keneb. Mira esto, tengo el yelmo lleno de tierra. Manto gris claro, caballo blanco y espada esmaltada de blanco. Un cabrón muy alto. Lo encontraré, lo juro, y pagará por su temeridad.

—Ya tenemos suficientes preocupaciones por esta noche —dijo Keneb—. Si te vas a la caza de un solo hombre, Tene Baralta…

El otro vació la tierra del casco.

—Entiendo. Reza a Treach, entonces, para que ese malnacido se cruce en mi camino una vez más esta noche.

Treach, ¿eh? Fener… desaparecido tan rápido de las mentes de los hombres. Un mensaje que ningún dios se atrevería a escuchar, creo.

El teniente Poros se encontraba con el capitán Tierno y la korelana Faradan Sort a la vista de sus respectivas compañías. La noticia de un espía en medio del ejército, entrando sin vergüenza en Y'Ghatan a galope tendido, tenía a todo el mundo de los nervios, más todavía de lo que ya estaban, puesto que en cualquier momento podía llegar la orden de moverse. Los zapadores a la cabeza, desde luego, ocultos en una magia tenebrosa.

Magia. *Es toda tenebrosa.* Peor que los zapadores, de hecho. Combinados, bueno, esa noche iba de cabeza al Abismo en lo que a Poros se refería. Se preguntaba dónde estaría el bueno de Ebron y si estaba participando en los rituales; echaba de menos a su antiguo pelotón. Cojo, Campana y esa muchacha nueva, Peccado, esa sí que era una criatura aterradora. Bueno, quizá no los echara tanto de menos. Peligrosos, todos y cada uno, sobre todo cuando estaban juntos.

El capitán Tierno había intentado tomarle la medida a la mujer que tenía al lado, una elección de palabras que llevó una pequeña sonrisa a la boca del teniente. *Tomarle la medida. Pero no hay nadie que se acerque tanto, por lo que he oído.* En cualquier caso, era frustrante no poder saber cómo respira otro oficial. Hierro frío, con toda probabilidad (no se mantiene un destino como el de la Muralla el tiempo suficiente para sobrevivir sin algo gélido, brutal y calculador que te envuelva el alma), pero es que esa era fría también en el resto de los sentidos. Y lo que era más extraño de todo, una mujer de pocas palabras. Volvió a sonreír.

—Bórrese esa sonrisa de la cara, teniente —dijo Tierno— o llegaré a la conclusión de que se ha vuelto loco y lo ascenderé.

—Mis disculpas, capitán, le prometo que no volverá a pasar. Por favor, no me ascienda.

—Son ustedes idiotas —dijo Faradan Sort.

Bueno, una forma como otra cualquiera de detener una conversación.

La sargento Hellian contemplaba aquella escena vacilante, reconfortada por una abrumadora sensación de decoro, aunque el modo en que todo el mundo se balanceaba le estaba dando náuseas. El cabo Urb se separó del pelotón y se acercó a ella.

—¿Lista, sargento?

—¿Lista para qué? —preguntó ella. Después frunció el ceño, toda sensación de decoro se había desvanecido—. Si ese cabrón no hubiera desaparecido como hizo, yo no tendría que cambiar mi espada por una jarra de esa basura local, ¿verdad? —Bajó la mano para coger el arma, pero solo pudo tantear porque sus dedos únicamente encontraron aire, después la vaina vacía—. ¿Por qué no me detuviste, Urb? Es decir, era mi espada, al fin y al cabo. ¿Qué se supone que voy a usar ahora?

El otro cambió de postura, nervioso, después se inclinó hacia ella.

—Coja una nueva del arsenal, sargento.

—Y entonces se entera la capitán y nos embarcan a algún sitio todavía peor.

—¿Peor? ¿Qué hay peor que esto, sargento?

—Korel. La península theftiana. Coral Negro, bajo los ojos vacíos de los tiste andii. La costa de los Naufragios, en Assail del Norte…

—Allí no hay fuerzas malazanas.

—No, pero es peor que esto.

—Una historia de un marinero chalado de Kartool y ya está convencida de que es el propio Embozado el que recorre las sombras…

—Es el que recorre nuestras sonzas, sombras, quiero decir.

—Escuche, sargento, estamos a punto de entrar en batalla…

—Eso, ¿dónde está la jarra? —Miró a su alrededor y la encontró tirada de lado cerca del petate de alguien—. Eh, en mi pelotón, ¿quién no ha guardado su equipo, a ver?

—Es el suyo, sargento —dijo Urb.

—Oh. —Recogió la jarra, la agitó y le complació oír el chapoteo del interior. Giró la cabeza y miró a su… pelotón. Había dos soldados. Dos. Menudo pelotón. La capitán había dicho algo sobre unos recién llegados que venían de camino —. Bueno, ¿dónde están?

—¿Quién? —preguntó Urb—. ¿Su pelotón? Los tiene justo delante.

—Pejiguero y Sinaliento.

—Eso es.

—Bueno, ¿dónde está el resto? ¿No teníamos más?

—Teníamos cuatro marchando con nosotros el último día, pero les dieron otro destino.

—Así que mi pelotón es un cabo y dos soldados.

—Gemelos, sargento —dijo Pejiguero—. Pero yo soy mayor, como estoy seguro de que ya habrá notado.

—Y mentalmente subdesarrollado, sargento —dijo Sinaliento—. Es obvio que esos últimos minutos fueron cruciales, como estoy seguro de que ya habrá notado.

Hellian les dio la espalda.

—A mí me parecen iguales, Urb. Está bien, ¿ya ha llegado recado? ¿Se supone que tendríamos que estar formando en alguna parte ahora mismo?

—Sargento, quizá quiera ir pasando esa jarra, estamos a punto de meternos en una pelea y no sé usted y esos dos, pero yo me alisté en la guardia municipal de la ciudad para no tener que hacer esto. Ya van cuatro veces que voy a las letrinas desde la cena y todavía tengo las tripas revueltas.

Al oír la sugerencia de Urb, Hellian se aferró a la jarra y la apretó contra el pecho.

—Buscalatuya.

—Sargento.

—De acuerdo, un par de tragos cada uno, y el resto para mí. Si veo a alguien echar más de dos tragos, me lo cargo aquí mismo.

—¿Con qué? —preguntó Urb mientras le arrebataba la jarra de las manos reticentes.

Hellian frunció el ceño. *¿Con qué?* ¿De qué estaba hablando ese tipo? *Ah, ya.* Lo pensó un momento y después sonrió.

—Te quitaré a ti la espada, por supuesto. —Eso, bonita solución.

El sargento Bálsamo estaba agachado en el suelo, estudiando una serie de guijarros, discos de piedra y botones de arcilla que descansaban en el alargado tablero de hoyos. Murmuró algo por lo bajo, se preguntaba si era un sueño, una pesadilla, y él todavía estaba dormido. Miró al sargento Moak y después volvió a concentrarse en el tablero.

Había algo raro. No le encontraba ningún sentido a las fichas. Se había olvidado de cómo se jugaba. Pajas, discos, botones, guijarros, ¿de qué iba aquello? ¿Qué significaban? ¿Quién estaba ganando?

—¿Quién está jugando esta maldita partida? —preguntó.

—Tú y yo, comadreja dalhonesia —dijo Moak.

—Creo que estás mintiendo. Yo no he visto este juego en mi vida. —Miró furioso a su alrededor, a todos los rostros, los soldados que lo miraban desde arriba y que en ese momento lo estaban mirando a él. Expresiones extrañas, ¿los había visto alguna vez? Era sargento, ¿no?—. ¿Dónde está mi maldito pelotón? Se supone que tengo que estar con mi maldito pelotón. ¿Ha llegado el llamamiento? ¿Qué estoy haciendo aquí? —Se irguió de golpe, y de paso se aseguró de tirar el tablero con el pie. Las fichas salieron volando y los soldados retrocedieron de un salto.

—¡Mal presagio! —siseó uno al echarse atrás.

Moak se levantó con un gruñido y echó mano del cuchillo que llevaba en el cinturón.

—Escoria de los pantanos, pagarás por eso. Estaba ganando…

—¡De eso nada! ¡Esas fichas eran un desastre! ¡Un embrollo! ¡No tenían sentido! —Levantó una mano y se rascó la cara—. ¡Qué… esto es arcilla! ¡Tengo la cara cubierta de arcilla! ¡Una máscara de la muerte! ¿Quién me ha hecho esto?

Un hombre conocido, pero que olía a humedad, se acercó a Bálsamo.

—Sargento, su pelotón está justo aquí. Ante usted, Olor a Muerto…

—Y que lo digas.

—Soy el cabo Olor a Muerto. Y ese es Rebanagaznates, y Jarretesgrandes, Galt y Lóbulo…

—Está bien, está bien, cállate, no estoy ciego. ¿Cuándo llega el llamamiento? Ya deberíamos haber oído algo a estas alturas.

Moak se acercó.

—No había terminado contigo, esto es una maldición, lo que has hecho, Bálsamo, contra mi pelotón y contra mí, ¡yo estaba ganando la partida! Nos has maldecido, condenado hechicero…

—¡Que no! Ha sido un accidente. Venga, Olor a Muerto, vámonos a los piquetes, yo no espero más aquí.

—¡Que no es por ahí, sargento!

—¡Tú delante, entonces! ¿Se puede saber quién diseñó este puto campamento? ¡No tiene ningún sentido!

Tras ellos, el sargento Moak fue a seguirlos, pero el cabo, Apilador, lo contuvo.

—No pasa nada, sargento. Le oí hablar de esto a mi pa. Es «la confusión». Les pasa a algunos antes de una batalla. Pierden la noción… de todo. Supuestamente tendría que recuperar la normalidad una vez que empiece la lucha, pero a veces no es así, y si ese es el caso con Bálsamo, entonces es su pelotón el que está condenado, no nosotros.

—¿Estás seguro, Apilador?

—Sí. ¿Se acuerda del puño Gamet? Escuche, no pasa nada. Deberíamos comprobar nuestras armas una última vez.

Moak envainó su cuchillo.

—Buena idea, que se pongan a ello, entonces.

Veinte pasos más allá, Olor a Muerto alcanzó a su sargento.

—Muy listo, eso de ahí atrás. Estaba perdiendo hasta la camisa. Fingir «la confusión», bueno, sargento, estoy impresionado.

Bálsamo se quedó mirando al tipo. ¿Quién era ese? ¿Y qué estaba farfullando? ¿Se podía saber en qué idioma estaba hablando aquel necio?

—He perdido el apetito —dijo Laúdes y tiró el trozo de pan. Un perro del campamento se acercó, cogió la comida y se escabulló corriendo—. Me estoy poniendo malo —continuó el soldado.

—No eres el único —dijo Quizás—. Yo voy de los primeros, ¿sabes? Los zapadores. El resto lo tenéis fácil. Nosotros tenemos que poner las cargas, lo que quiere decir que debemos correr con malditos y buscapiés por terreno accidentado, trepar por escombros, quizá bajo el fuego de las murallas. Y luego, al suelo, a los pies de la muralla, y el Embozado sabrá qué es lo que nos van a tirar encima. Agua hirviendo, aceite, arena caliente, ladrillos, desechos, cubos de los barracones. Así que nos llueve encima. Colocar las municiones. Ácido en la cera, demasiado y volamos todos allí mismo. Docenas de zapadores y cualquiera comete un error, o un trozo de roca cae de golpe en una munición, y ¡bum! Ya nos podemos dar por muertos, en mi opinión. Trocitos de carne. Mañana por la mañana bajarán los cuervos y adiós, muy buenas. Envía recado a mi familia, ¿quieres? Quizás reventó en mil pedazos en Y'Ghatan, eso es todo. No tiene sentido entrar en detalles escabrosos. Oye, ¿dónde vas? Por los dioses del inframundo, Laúdes, vomita fuera de mi vista, ¿quieres? Que el Embozado nos lleve a todos, qué asco. ¡Oye, Balgrid! ¡Mira! ¡El sanador de nuestro pelotón está echando las tripas!

Gesler, Cuerdas, Sepia, Verdad y Pella estaban sentados alrededor de las brasas moribundas de un fuego, bebiendo té.

—Están perdiendo todos la chaveta con esta espera —dijo Gesler.

—Yo me pongo igual antes de cada batalla —admitió Cuerdas—. Tengo escalofríos y ando suelto, ya sabes. Nunca desaparece.

—Pero se te pasa una vez que empieza —dijo Sepia—. Nos sucede a todos, porque no es la primera vez. Se nos pasa y sabemos que se nos pasa. La mayor parte de estos soldados no tiene ni idea. No saben cómo estarán una vez que empiece la lucha. Así que están aterrados por si se encogen como cobardes rastreros.

—La mayor parte lo hará, seguramente —dijo Gesler.

—No sé yo, sargento —dijo Pella—. Vi un montón de soldados como estos en Solideo. Cuando empezó la rebelión; bueno, pues lucharon, y lucharon bien, dadas las circunstancias.

—Los superaban en número.

—Sí.

—Así que murieron.

—La mayoría.

—Eso es lo que pasa con la guerra —dijo Gesler—, a la hora de la verdad, no hay tantas sorpresas como se podría creer. Ni esperanza. La resistencia heroica suele terminar sin un solo héroe en pie. Se aguantó más de lo esperado, pero el final fue el mismo, de todos modos. El final siempre es el mismo.

—Por el abismo del inframundo, Gesler —dijo Cuerdas—, eres la alegría de la huerta.

—Solo estoy siendo realista, Viol. Maldita sea, ojalá estuviera aquí Tormenta, ahora me toca a mí vigilar a mi pelotón.

—Sí —dijo Sepia—, eso es lo que hacen los sargentos.

—¿Estás sugiriendo que Tormenta debería haber sido sargento y yo cabo?

—¿Y por qué iba a hacer yo eso? —preguntó el zapador—. Sois los dos igual de malos. Mientras que aquí Pella…

—No, gracias.

Cuerdas tomó un sorbo de té.

—Tú solo asegúrate de que no se separa nadie. La capitán nos quiere en la punta de lanza, tan rápido y tan adentro como podamos llegar, el resto tendrá que alcanzarnos como pueda. ¿Sepia?

—Una vez que se vuele la muralla, reuniré a nuestros zapadores y nos quedaremos con vosotros dentro de la brecha. ¿Dónde está Borduke ahora mismo?

—Fue a dar un paseo. Parece que su pelotón tiene una especie de ataque conjunto de vomitona. A Borduke le dio asco y se fue hecho una furia.

—Siempre y cuando todo el mundo tenga la barriga vacía cuando llegue el llamamiento —dijo Sepia—. Sobre todo Quizás.

—Sobre todo quizás —dijo Gesler con una carcajada profunda—. Esa es muy buena. Me has alegrado el día, Sepia.

—Créeme, no fue intencionado.

Sentado cerca, oculto de los otros en un hueco rodeado de maleza, Botella sonrió. *Así que así es como los veteranos se preparan para una lucha. Igual que todos los demás.* Eso sí que lo consolaba. En general. Bueno, quizá no. Hubiera sido preferible que se hubieran mostrado llenos de confianza, presuntuosos, fanfarrones. Eso, lo que estaba por llegar, sonaba demasiado incierto.

Él acababa de volver de la reunión de magos. Unas sondas mágicas habían revelado una presencia amortiguada en Y'Ghatan, del tipo sacerdotal en su mayor parte, y la poca que había estaba confusa, aterrada. O extrañamente inactiva y callada. Para el avance de los zapadores Botella recurriría a Meanas, haría rodar bancos de bruma y arrojaría oscuridad por todas partes. Disipada sin mayores dificultades si había algún mago con alguna que otra habilidad en la muralla, pero no parecía haber ninguno. Y lo más inquietante de todo era que Botella iba a necesitar toda su concentración para trabajar con Meanas, lo que le impediría utilizar la magia espiritual. Y lo dejaría tan ciego como esos pocos soldados enemigos de la muralla.

Admitió que se estaba poniendo de los nervios, no había estado ni la mitad de desazonado en Raraku. Y cuando la emboscada de Leoman en la tormenta de arena, bueno, había sido una emboscada, no, no había habido tiempo para ataques de pánico. En cualquier caso, no le gustaba esa sensación.

Se incorporó un poco y, todavía agazapado, salió del hueco, después se levantó y entró con aire despreocupado en el campamento del pelotón. Parecía que a Cuerdas no le importaba dejar a sus soldados solos un rato antes de que se calentara el ambiente; los dejaba que rumiaran sus pensamientos y luego, con un poco de suerte, refrenaba a todo el mundo en el último momento.

Koryk estaba atando más fetiches a los varios aros y presillas de su armadura, tiras de tela de colores, huesos de pájaro y eslabones de cadenas que añadir a los omnipresentes huesos de dedo que ya simbolizaban al Decimocuarto Ejército. Sonrisas estaba dándoles vueltas a sus cuchillos de lanzamiento, las hojas golpeaban con suavidad contra el cuero de sus guantes. Chapapote se

encontraba cerca, de pie, el escudo ya atado al brazo izquierdo, la espada corta en la derecha, con el guantelete puesto, buena parte de la cara oculta por el barbote del yelmo.

Botella se volvió y estudió la ciudad lejana. Oscura, no parecía haber un solo farol encendido en ese montón miserable y achaparrado. Ya odiaba Y'Ghatan.

Un silbido bajo en la noche. Unos movimientos repentinos. Apareció Sepia.

—Zapadores, a mí. Es la hora.

Dioses del inframundo, sí que lo es.

Leoman se encontraba en el salón del trono del falah'd. Once guerreros formaban delante de él, con los ojos vidriosos, la armadura de cuero entretejida con arneses de los que colgaban correas y presillas. Corabb Bhilan Thenu'alas los estudió, caras conocidas todas y cada una, pero en ese momento apenas reconocibles bajo la sangre y las tiras de piel. Mensajeros del Apocalipsis, fanáticos declarados, habían jurado no llegar a contemplar el siguiente amanecer, destinados a la muerte esa misma noche. Solo verlos, solo ver sus ojos empapados de droga, producía un escalofrío a Corabb.

—Sabéis lo que se os pide esta noche —les dijo Leoman a sus guerreros elegidos—. Id ya, hermanos y hermanas míos, bajo los ojos puros de Dryjhna, y nos encontraremos de nuevo en la puerta del Embozado.

Los guerreros se inclinaron y se marcharon.

Corabb observó hasta que el último desapareció tras las grandes puertas, después se enfrentó a Leoman.

—Caudillo, ¿qué va a pasar? ¿Qué tienes planeado? Has hablado de Dryjhna, pero esta noche has negociado con la

reina de los Sueños. Habla conmigo, antes de que empiece a perder la fe.

—Pobre Corabb —murmuró Gorrionpardo.

Leoman le lanzó una mirada furiosa.

—No hay tiempo, Corabb —dijo después—, pero te diré una cosa: ya estoy harto de fanáticos, he tenido suficientes por esta vida y una docena más, estoy hastiado…

Resonaron unas botas en el pasillo; se volvieron, un guerrero alto y ataviado con un manto entró sin prisas y se quitó la capucha. Los ojos de Corabb se abrieron mucho, lo invadió la esperanza y se adelantó.

—¡Mago supremo L'oric! ¡Es cierto, Dryjhna brilla con fuerza en el cielo esta noche!

El hombre alto se estaba masajeando un hombro e hizo una mueca antes de hablar.

—Ojalá pudiera haber llegado dentro de las malditas murallas de la ciudad, demasiados magos agitándose en el campamento malazano. Leoman, no sabía que tenías el poder de invocar, te digo que yo me dirigía a otro sitio…

—La reina de los Sueños, L'oric.

—¿Otra vez? ¿Qué quiere?

Leoman se encogió de hombros.

—Tú formabas parte del trato, me temo.

—¿Qué trato?

—Te lo explicaré más tarde. En cualquier caso, te necesitamos esta noche. Ven, subamos a la torre Sur.

Otra oleada de esperanza. Corabb supo que podía confiar en Leoman. El guerrero sagrado poseía un plan, un plan diabólico y brillante. Había sido muy necio, sin duda. Echó a andar tras Gorrionpardo, el mago supremo L'oric y Leoman de los Mayales.

L'oric. Ahora podemos luchar contra los malazanos en igualdad de condiciones. Y en tal lidia, ¡solo podemos

ganar!

En la oscuridad, más allá del terreno abrupto de los piquetes, Botella se agachó a unos pasos del puñado de zapadores cuya protección le habían encomendado. Sepia, Quizás, Bollito, Rampa y Jarretesgrandes. Cerca había un grupo al que cubría Balgrid: Taffo, Capaz, Gupp, Salto y Tazón. Personas a las que conocía de la marcha y que se acababan de revelar como zapadores o aspirantes a zapadores. *Qué locura. No sabía que había tantos en nuestra compañía.* Cuerdas no estaba en ninguno de los dos grupos; él lideraría al resto de los pelotones que penetrarían por la brecha antes de que se asentara el humo y el polvo.

Las murallas de Y'Ghatan eran complicadas, gradas de esfuerzos más antiguos, la última serie construida por los malazanos con el clásico estilo inclinado, veinte pasos de grosor en la base. Que ellos supieran, esa sería la primera vez que los zapadores ponían a prueba la ingeniería de las fortificaciones imperiales y ya se les notaba el brillo en los ojos.

Alguien se acercó por su derecha y Botella guiñó los ojos en la oscuridad cuando el hombre llegó y se agachó a su lado.

—Ebron, ¿no?

—Sí, regimiento Ashok.

Botella sonrió.

—Ya no existen, Ebron.

El otro se dio unas palmaditas en el pecho.

—Tenéis un compañero mío de pelotón en vuestro grupo —dijo después.

—El que se llama Bollito.

—Sí. Solo pensé que deberíais saberlo, es peligroso.

—¿No lo son todos?

—No, este en especial. Lo echaron de los Irregulares de Mott en Genabackis.

—Perdona, pero eso no significa nada para mí, Ebron.

—Mala suerte. Pero bueno, considérate advertido. Podrías pensar en mencionárselo a Sepia.

—De acuerdo, lo haré.

—Que el tirón de Oponn esté contigo esta noche, muchacho.

—Y contigo, Ebron.

El hombre se desvaneció en la oscuridad una vez más.

Más espera. No había luces visibles en la muralla de la ciudad, ni tampoco en los baluartes de las esquinas que la flanqueaban. No había movimiento en las almenas.

Un silbido bajo. Botella se encontró con los ojos de Sepia y el zapador asintió.

Meanas, la senda de la Sombra, la Ilusión y el Engaño. El mago elaboró una imagen mental de la senda, un muro arremolinado delante de él, después empezó a concentrar su voluntad, y observó cómo se formaba una herida, de un color rojo chillón al principio, y después un agujero que la atravesaba. El poder se derramó sobre él. *¡Ya basta! Más no. Dioses, ¿por qué es tan fuerte?* Un sonido leve, algo parecido a un movimiento, una presencia, allí, al otro lado del muro de la senda…

Después… nada.

Por supuesto que no había ningún muro. Había sido un simple constructo, una elaboración de la mente de Botella para manifestar una idea en algo físico. Algo que pudiera atravesar después.

Muy sencillo, en realidad. *Solo increíblemente peligroso. Los malditos magos debemos de estar locos, jugar con esto,*

insistir en la vanidad de que puede dirigirse, darle forma, retorcerse solo con la voluntad.

El poder es sangre.

La sangre es poder.

Y esta sangre, esta sangre pertenece a un dios ancestral…

Un siseo de Sepia. Parpadeó, después asintió y empezó a modelar la hechicería de Meanas. Brumas atravesadas por una oscuridad espesa que se extendían por el terreno abrupto y serpenteaban entre los cascotes; los zapadores se pusieron en marcha, se precipitaron por ella y continuaron moviéndose, invisibles.

Botella los siguió unos pasos más atrás. Los soldados ocultos en esa magia podían ver. La ilusión no confundía sus sentidos. Las ilusiones por lo general tenían un lado, o como mucho dos; vistas desde el otro lado, bueno, no había nada que ver. Los verdaderos maestros podían engañar a la luz en todas direcciones, podían elaborar algo que parecía físicamente real, que se movía como debía, que arrojaba su propia sombra, incluso levantaba polvo de ilusiones. El nivel de habilidad de Botella ni se acercaba a eso. Balgrid lo había conseguido… por muy poco, era cierto, pero con todo… impresionante.

Pero odio este tipo de hechicería. Cierto, es fascinante. Es divertido jugar con ella de vez en cuando, pero no esta noche, no cuando de repente es cuestión de vida y muerte.

Arrojaron tablones de carreta sobre el estrecho foso que habían cavado los soldados de Leoman y se acercaron más a la muralla.

Lostara Yil se acercó a Tene Baralta. Estaban posicionados en la línea de piquetes; detrás de ellos, la masa de soldados, en

filas. La cara de su antiguo comandante reveló sorpresa cuando advirtió su presencia.

—No creí que fuera a verla otra vez, capitán.

Ella se encogió de hombros.

—Estaba engordando y haciéndome perezosa, comandante.

—Esa garra con la que estaba no es un hombre muy popular. Se tomó la decisión de que se quedara en su tienda de forma indefinida.

—No tengo objeciones.

En la penumbra pudieron ver remolinos de oscuridad más profunda que rodaban de forma siniestra hacia la muralla de la ciudad.

—¿Está preparada, capitán, para ensangrentar su espada esta noche? —preguntó Baralta.

—Más de lo que se imagina, comandante.

Oleadas de vértigo atravesaron a la sargento Hellian, las náuseas la amenazaron cuando observó la magia que cada vez se acercaba más a Y'Ghatan. Porque era Y'Ghatan, ¿no? Se volvió hacia el sargento que tenía al lado.

—¿Qué ciudad es esa? Y'Ghatan. Sé algo sobre esa ciudad. Es donde mueren los malazanos. ¿Quién eres tú? ¿Quién está socavando los muros? ¿Dónde están las armas de asedio? ¿Qué clase de asedio es este?

—Soy Cuerdas y tú pareces borracha.

—¿Y? Odio luchar. Despójame de mi rango, lléname de cadenas, méteme en una mazmorra, pero que no haya arañas. Y busca a ese cabrón, al que desapareció, arréstalo y encadénalo a mi alcance. Quiero arrancarle la garganta.

El sargento la estaba mirando con fijeza. Ella lo miró a su vez, al menos el tipo no se estaba tambaleando de un lado a

otro. No mucho, por lo menos.

—¿Odias luchar y quieres arrancarle la garganta a alguien?

—Deja de intentar confundirme, Lerdas. Ya estoy bastante confundida yo.

—¿Dónde está tu pelotón, sargento?

—Por algún sitio.

—¿Dónde está tu cabo? ¿Cómo se llama?

—¿Urb? No lo sé.

—Por el aliento del Embozado.

Pella estaba sentado observando a su sargento, Gesler, que hablaba con Borduke. Al sargento del sexto pelotón solo le quedaban tres soldados bajo su mando: Laúdes, Ibb y el cabo Hubb, los otros estaban haciendo de magos o de zapadores. Claro que solo quedaban dos del quinto pelotón de Gesler: Verdad y el propio Pella. El plan era reunirse tras la brecha, y eso ponía nervioso a Pella. Quizá tuvieran que agarrar a cualquiera que estuviera cerca y ¡al Embozado con los verdaderos pelotones!

Borduke se estaba tirando de la barba como si quisiera arrancársela. Hubb permanecía cerca de su sargento con una expresión enfermiza en la cara.

Gesler parecía hasta aburrido, joder.

Pella pensó en su pelotón. *Algo raro en esos tres. Gesler, Tormenta y Verdad. Y tampoco es solo esa extraña piel dorada...* Bueno, él se pegaría a Verdad, ese muchacho todavía estaba demasiado verde, a pesar de lo que ya había vivido. Ese maldito barco, el Silanda, que había estado bajo el mando de la consejera y con toda probabilidad estaba en ese momento al norte de ellos, en algún lugar del mar Kansu o al oeste. Junto con la flota de transporte y una

considerable escolta de dromones. Los tres habían navegado en él y habían compartido la cubierta con cabezas cortadas todavía vivas y algo mucho peor bajo la cubierta.

Pella comprobó su espada una vez más. Había atado correas nuevas de cuero alrededor de la espiga de la empuñadura, no tan apretadas como le hubiera gustado. Tampoco la había empapado aún, no quería que la empuñadura estuviera todavía mojada cuando entrara en combate. Se quitó la ballesta del hombro, mantuvo un cuadrillo a mano, listo para una carga rápida una vez que llegara la orden de avanzar.

Puñeteros infantes de marina. Debería haberme presentado voluntario a la infantería de toda la vida. Debería haber pedido un traslado. Jamás debería haberme alistado. Solideo fue más que suficiente, maldita sea. Debería haber echado a correr, eso es lo que debería haber hecho.

El viento nocturno soplaba a su alrededor, Corabb, Leoman, L'oric, Gorrionpardo y un guardia se encontraban en la plataforma que se mecía con suavidad sobre la torre del palacio. La ciudad se extendía en todas direcciones, aterradora, oscura y, en apariencia, sin vida.

—¿Qué tenemos que ver aquí, Leoman? —preguntó L'oric.

—Espera, amigo mío, ¡ah, allí! —Señaló el tejado de un edificio lejano, cerca de la muralla occidental. En el tejado plano parpadeó la luz amortiguada de un farol. Después… desapareció.

—¡Y allí!

Otro edificio, otro destello de luz.

—¡Otro! ¡Más, están todos en su sitio! ¡Fanáticos! ¡Malditos idiotas! ¡Que Dryjhna nos lleve, esto va a funcionar!

¿Funcionar? Corabb frunció el ceño y arrugó la frente. Sorprendió la mirada de Gorrionpardo sobre él, la mujer le tiró un beso. Oh, cómo ansiaba matarla.

Montones de escombros, ollas rotas, un perro muerto e hinchado y huesos de animales, no había un solo trozo de terreno llano en la base del muro. Botella había ido pisándoles los talones a los zapadores hasta la primera grada, los fragmentos de ladrillo se derramaban bajo sus botas, después gritos de dolor y maldiciones cuando alguien tropezó con un nido de avispas (solo la oscuridad los había salvado de lo que podrían haber sido unos momentos fatales), las avispas estaban perezosas, a Botella le asombró que hubieran salido siquiera, hasta que vio la que había armado el soldado. Había derribado una roca y después había metido el pie entero en la boca del avispero.

Había tenido que soltar por un momento Meanas para deslizarse en el interior del enjambre de chispas de las almas de las avispas y sofocar su pánico y su rabia. Despojados de la magia que los disfrazaba en las últimas dos gradas, los zapadores se habían escabullido como escarabajos aterrados (la roca bajo la que se habían ocultado se había desvanecido de repente) y habían llegado a la base de la muralla muy por delante de los demás. Donde se agazaparon y empezaron a quitarse las mochilas de municiones.

Botella se acercó corriendo y se agachó junto a Sepia.

—La oscuridad ha vuelto —susurró—. Siento lo que ha pasado, menos mal que no eran avispas negras, Quizás

estaría muerto a estas alturas.

—Por no mencionar a tu seguro servidor —dijo Sepia—. Fui yo el que pisó esa maldita cosa.

—¿Cuántas picaduras?

—Dos o tres, la pierna derecha está entumecida, pero está mejor que hace quince latidos.

—¿Entumecida? Sepia, eso no es bueno. Busca a Laúdes tan rápido como puedas cuando hayamos terminado aquí.

—Cuenta con ello. Y ahora cállate, tengo que concentrarme.

Botella lo observó sacar de su mochila un fardo de municiones, dos malditos atados entre sí que parecían un par de pechos grandes. Acoplados a ellos, en la base, había dos explosivos con forma de pinchos, buscapiés. Sepia puso con mucho cuidado el montaje en el suelo, a su lado, y después se volvió a mirar la base de la muralla. Sacó ladrillos y rocas para hacer un agujero inclinado, grande y lo bastante profundo como para meter el rompemuros.

Esa era la parte fácil, se recordó Botella mientras observaba a Sepia colocar el explosivo en el agujero. *Ahora viene el ácido en el tapón de cera.* Levantó los ojos y miró la muralla de un lado a otro, y vio a otros zapadores que estaban haciendo lo mismo que acababa de hacer Sepia.

—No te adelantes a los demás —dijo Botella.

—Sé lo que hay que saber, mago. Limítate a tus hechizos y déjame en paz.

Ofendido, Botella volvió a apartar la mirada. Después abrió mucho los ojos.

—Eh, ¿qué está haciendo? Sepia, ¿qué está haciendo Bollito?

Con una maldición, el veterano miró.

—Dioses del inframundo…

El zapador del pelotón del sargento Cordón había preparado no un rompemuros sino tres, la masa de malditos y buscapiés le llenaba la mochila entera. Le brillaban los dientes enormes y los ojos le resplandecían mientras sacaba los explosivos de la mochila con cierto esfuerzo y, tras echarse de espaldas, con la cabeza más cerca de la muralla, se colocó los artefactos en el estómago y empezó a arrastrarse hasta que se oyó el crujido discernible de la parte posterior de su cráneo al entrar en contacto con la cantería levantada.

Sepia se acercó a toda prisa.

—¡Tú! —siseó—. ¿Estás loco? ¡Desmonta esos malditos cacharros!

La sonrisa del hombre se derrumbó.

—¡Pero lo hice yo solo!

—¡Baja la voz, idiota!

Bollito se dio la vuelta y metió la masa de municiones contra el muro de golpe. Un pequeño frasquito reluciente apareció en su mano derecha.

—¡Espera a ver esto! —susurró sonriendo una vez más.

—¡Espera! ¡Todavía no!

Un chisporroteo, jirones de humo que se alzaban…

Sepia se había levantado y, arrastrando una pierna, había echado a correr. Y además empezó a gritar.

—¡Todo el mundo! ¡Atrás! ¡Corred, idiotas! ¡Corred!

Figuras que salieron como rayos por todas partes. Botella entre ellos. Bollito lo adelantó a tal velocidad que parecía que el mago se había estado quieto, las piernas absurdamente largas del hombre lo impulsaban, desproporcionadas, desenfrenadas, las rodillas huesudas y las enormes botas partían el aire. Se habían dejado municiones contra el muro, pero sin conectar, otras permanecían a un paso o más de la muralla. Sacos de

fulleros, humeantes e incendiarios habían quedado atrás. *Dioses del inframundo, se va a montar una buena…*

Gritos en la cima de la muralla, voces que se alzaban, alarmadas. Una ballesta emitió un golpe seco cuando disparó un proyectil contra los zapadores que huían. Botella oyó el crujido y los arañazos cuando chocó contra el suelo.

Más rápido… Miró por encima del hombro y vio que Sepia cojeaba tras él. *¡Que el Embozado nos lleve!* Botella frenó con un resbalón, se volvió y regresó corriendo junto al zapador.

—¡Idiota! —rezongó Sepia—. ¡Corre!

—Apóyate en mi hombro…

—Acabas de suicidarte…

Sepia no era ningún peso ligero. Botella se encorvaba bajo su peso mientras corrían.

—¡Doce! —jadeó el zapador.

El mago examinó el terreno que tenían por delante, cada vez más aterrado. Un refugio…

—¡Once!

Un saliente de los viejos cimientos, caliza sólida, allí, a diez, nueve pasos…

—¡Diez!

Cinco pasos más, aquello iba a salir bien, un hueco en el otro lado…

—¡Nueve!

Dos pasos y después a tierra cuando Sepia chilló:

—¡Ocho!

La noche se desvaneció, arrojó sombras puras y los dos hombres se desplomaron tras el saliente de caliza, metidos en un montón de vegetación medio podrida. El suelo se alzó para recibirlos, un gancho de un dios que le quitó a Botella el aire de los pulmones.

Un sonido, como el de una montaña al derrumbarse, y luego un muro de piedra, humo, fuego y una lluvia de llamas…

La conflagración tiró a Lostara Yil al suelo momentos después de que se hubiera quedado mirando, sin comprender, a los pelotones de infantes formados detrás de la línea de piquetes (se los había quedado observando cuando todos y cada uno fueron derribados y rodaron de espaldas ante una ola embalada), y después múltiples explosiones, fuego racheado que marchaba por la muralla a ambos lados, y luego un golpe fuerte en el pecho y cayó al suelo entre otros soldados.

Las rocas llegaron en un granizo casi horizontal, rápido como pedradas, agrietando armadura, internándose en la carne expuesta, huesos que se partían, gritos…

La luz se atenuó, vaciló y se contrajo a un nudo de llamas que llenaron una brecha enorme en la muralla de Y'Ghatan, casi en el centro justo, y cuando Lostara (apoyada en un codo, soportando el granizo de piedras) miró, vio los flancos de ese enorme agujero que se derrumbaban poco a poco y, más allá, dos edificios de apartamentos de tres plantas se plegaban sobre sí mismos y las llamas salían disparadas como almas que huyeran…

Entre la lluvia ralentizada comenzaban a verse trozos de cuerpos.

Sobre la torre del palacio, a Corabb y a los otros la explosión los había tirado al suelo, el guardia que los había acompañado fue dando volteretas hasta el muro bajo de la plataforma y desapareció con un chillido menguante,

apenas audible cuando la torre se meció y el rugido se asentó a su alrededor como la furia de un millar de demonios. Piedras enormes se estrellaron contra el costado de la torre, otras rebotaron y chocaron entre los edificios más bajos y después, un crujido terrible, un estallido seco que hizo que Corabb se arrastrase por los adoquines hacia la trampilla.

—¡Va a derrumbarse! —gritó.

Dos figuras llegaron a la trampilla antes que él, Leoman y Gorrionpardo.

Agrietada, combada, la plataforma dio inicio a su desplome inexorable. Nubes de polvo asfixiante. Corabb llegó a la trampilla y se lanzó de cabeza, se reunió con Leoman y la malazana, que se deslizaban como serpientes por la escalera de caracol. El talón izquierdo de Corabb chocó con una mandíbula y oyó el gruñido de dolor de L'oric, y después maldiciones en idiomas desconocidos.

Esa explosión, la brecha en la muralla, dioses del inframundo, él jamás había visto nada parecido. ¿Cómo se podía desafiar a esos malazanos? Con sus puñeteras municiones moranthianas y su alegre indiferencia por las reglas de la guerra honorable.

Tropezando, rodando, estrellándose contra un pedregal de escombros en la planta principal del palacio, los aposentos de la izquierda se habían desvanecido bajo la sección de la torre que se había desprendido. Corabb vio una pierna sobresaliendo del techo desplomado, extrañamente ilesa, libre incluso de sangre o polvo.

Corabb se puso en pie como pudo, tosiendo, los ojos irritados, incontables magulladuras en el cuerpo, y se quedó mirando a Leoman, que ya se había levantado y se sacudía el polvo de argamasa de la ropa. Cerca de él, L'oric y

Gorrionpardo también se estaban liberando de los ladrillos y los fragmentos de madera.

Leoman de los Mayales los miró a todos.

—Quizá la torre no fuera tan buena idea, después de todo —dijo—. ¡Vamos, tenemos que ensillar los caballos, si siguen vivos, y cabalgar al templo!

¿El templo de Scalissara? Pero… qué… ¿por qué?

El tamborileo de la gravilla, el golpe seco de trozos más grandes y ráfagas de humo, calor polvoriento. Botella abrió los ojos. Cáscaras de sebar, peludas y correosas, atestaron su visión, se le llenó la nariz con el olor acre y demasiado maduro de la pulpa de sebar. El zumo de esa fruta se consideraba una exquisitez (el hedor era nauseabundo), pero el mago sabía que jamás sería capaz de volver beberlo en su vida. Un gemido entre la basura, por alguna parte, a su izquierda.

—¿Sepia? ¿Eres tú?

—La sensación de entumecimiento ha desaparecido. Asombroso lo que un golpe de terror puede hacerle a tu cuerpo.

—¿Estás seguro de que la pierna sigue ahí?

—Bastante.

—¡Contaste hasta ocho!

—¿Qué?

—¡Dijiste ocho! ¡Y entonces, bum!

—No podía dejar que perdieras la esperanza, ¿no? ¿Y se puede saber dónde estamos, por el pozo del Embozado?

Botella empezó a liberarse como pudo, asombrado de estar ileso; al parecer, no tenía ni un arañazo.

—Entre los vivos, zapador. —Su primera visión de la escena del campo de muerte no tuvo ningún sentido.

Demasiada luz, pero antes estaba oscuro, ¿no? Entonces distinguió soldados entre los escombros, algunos se retorcían de dolor, otros se iban levantando, cubiertos de polvo, tosiendo en el aire contaminado.

La brecha de la muralla sur de Y'Ghatan recorría un tercio entero de la misma, empezaba a unos cincuenta pasos del baluarte del sudoeste y llegaba mucho más allá del centro de las fortificaciones de la puerta central. Algunos edificios se habían derrumbado, mientras que los que permanecían erectos, los que flanqueaban las llamas furiosas de la brecha, estaban ardiendo también, aunque parecía que buena parte del fuego había salido de los innumerables incendiarios que había entre las bolsas abandonadas de los zapadores. Los fuegos bailaban sobre la piedra agrietada como si buscaran un sitio al que ir antes de que el combustible se desvaneciera.

La luz arrojada por las secuelas de la explosión se estaba atenuando, envuelta en el polvo que iba cayendo. Sepia apareció junto al mago, se estaba arrancando trozos de fruta podrida de la armadura.

—No tardaremos en poder ir a ese agujero… dioses, cuando encuentre a Bollito…

—Ponte a la cola, Sepia. Eh, veo a Cuerdas… y al pelotón…

Resonaron cuernos, los soldados se precipitaron a formar. La oscuridad se cernió una vez más cuando los últimos fuegos fueron apagándose en la brecha. La lluvia de polvo parecía interminable cuando el puño Keneb se colocó en posición de repliegue, sus oficiales se reunieron a su alrededor sin dejar de bramar órdenes. Vio a Tene Baralta y a la capitán Lostara

Yil a la cabeza de una estrecha columna que ya había empezado a moverse.

Los zapadores la habían cagado. Eso estaba claro. Y algunos no habían salido de aquella. *Malditos idiotas, y ni siquiera estaban bajo fuego enemigo.*

Divisó los fuegos que se iban apagando en el agujero, aunque había redes de llamas que se aferraban con obstinación a los edificios que todavía permanecían en pie a ambos lados.

—Primer, segundo y tercer pelotón —le dijo Keneb a la capitán Faradan Sort—. Los pesados entran los primeros por la brecha.

—Los infantes ya la han atravesado, puño.

—Lo sé, capitán, pero quiero que los refuerzos los sigan de cerca por si las cosas se complican. Que avancen de una vez.

—Sí, puño.

Keneb echó un vistazo atrás, al terreno más alto del otro lado del camino, y vio una fila de figuras observando: la consejera, T'amber, Nada y Menos. El puño Blistig y el caudillo Hiel. Lo más probable era que el puño Temul hubiese salido con sus guerreros montados y se estuvieran desplegando alrededor de la ciudad. Siempre cabía la posibilidad de que Leoman dejara a sus seguidores a su horripilante final e intentara huir solo. No era tan extraño que ocurrieran esas cosas.

—¡Sargento Cordón!

El soldado se acercó sin prisas. Keneb observó el emblema del regimiento Ashok en la maltratada armadura de cuero del tipo, pero optó por hacer caso omiso. De momento.

—Encabece las unidades medias y entren, del séptimo pelotón al decimosegundo.

—Sí, puño, seguimos de cerca a los pesados.

—Bien. Esto será una lucha de calles y callejones, sargento, suponiendo que los cabrones no se rindan ya de mano.

—Me sorprendería que lo hicieran, puño.

—A mí también. En marcha, sargento.

Por fin algo de movimiento entre las tropas de su compañía. La espera había terminado. El Decimocuarto se iba a meter en batalla. *Embozado, aparta la vista de nosotros esta noche. Solo tienes que mirar a otro lado.*

Botella y Sepia se reunieron con su pelotón. El sargento Cuerdas llevaba su ballesta lanzadora con un cuadrillo con un maldito cargado y amartillado.

—Hay un camino entre las llamas —dijo Cuerdas mientras se limpiaba el sudor de los ojos y después escupía—. Koryk y Chapapote, por delante. Sepia, a la retaguardia, y mantén un fullero a mano. Detrás de los dos de delante, Sonrisas y yo. Tú vas un paso por detrás de nosotros, Botella.

—¿Quieres más ilusiones, sargento?

—No, quiero lo otro. Cabalga con las ratas, las palomas, los murciélagos, las arañas y lo que el Embozado quiera que haya ahí dentro. Necesito ojos por los que puedas mirar y ver lugares que no vemos.

—¿Esperas una trampa? —preguntó Botella.

—Ahí va Borduke y su pelotón, maldita sea. El primero por la brecha. ¡Venga, seguid sus talones!

Echaron una carrera por el suelo abrupto salpicado de rocas. La luna luchaba por penetrar entre la calima de polvo. Botella sondeó con sus sentidos en busca de vida, pero lo que encontró estaba sumido en el dolor, moribundo,

desangrándose bajo montañas de escombros o aturdido por la conmoción.

—Tenemos que dejar atrás la zona de la explosión —le dijo a Cuerdas.

—Claro —respondió el sargento por encima del hombro—. Esa es la idea.

Llegaron al borde de un inmenso cráter esculpido creado por las municiones de Bollito. Borduke y su pelotón trepaban ya por el otro lado y Botella vio que el muro que habían escalado era una serie de gradas de ruinas en otro tiempo enterradas, techos y suelos comprimidos, agrietados, derrumbados, trozos de muralla que se habían deslizado y precipitado al pozo en sí y se habían llevado con ellos capas más antiguas de baldosas. Vio que tanto Balgrid como Quizás habían sobrevivido a la explosión, pero se preguntó cuántos zapadores y magos de pelotón habían perdido. Una corazonada le decía que Bollito había sobrevivido.

Borduke y su pelotón lo estaban pasando mal.

—¡A la derecha! —dijo Cuerdas—, ¡podemos rodearlo y llegar antes que ellos!

Borduke lo oyó y giró la cabeza, estaba aferrado al muro, del que ya había conseguido trepar tres cuartas partes.

—¡Cabrones! ¡Balgrid, mueve ese culo gordo, maldito seas!

Koryk encontró un modo de rodear el cráter trepando por los escombros, y Botella y los otros lo siguieron. Demasiado distraído de momento por el esfuerzo de no caerse, Botella no intentó percibir la miríada de vida minúscula que se ocultaba más allá de la zona de la explosión, en la ciudad en sí. Esperaba que hubiera tiempo para eso más tarde.

El avance del mestizo seti se detuvo de repente y el mago levantó la cabeza y vio que Koryk se había encontrado con un obstáculo, una grieta ancha en un suelo subterráneo

inclinado en un ángulo muy marcado, a la altura de un hombre bajo el nivel del suelo. Los azulejos manchados de polvo revelaban las imágenes pintadas de pájaros amarillos en pleno vuelo, todos parecían dirigirse a las profundidades del subsuelo con el grado de inclinación del suelo.

Koryk volvió la cabeza y miró a Cuerdas.

—Vi moverse la losa entera, sargento. No estoy seguro de que esto vaya a ser terreno firme.

—¡Que el Embozado nos lleve! De acuerdo, saca las cuerdas, Sonrisas…

—Las tiré —dijo la mujer con el ceño fruncido—. En la carrera hacia aquí. Pesaban mucho las puñeteras…

—Y yo las recogí —interrumpió Sepia, se descolgó los rollos de cuerda del hombro izquierdo y los lanzó hacia delante.

Cuerdas estiró el brazo y dio un golpecito seco con un nudillo contra la barbilla de Sonrisas, cuya cabeza cayó hacia atrás de repente, con los ojos muy abiertos de sorpresa, y después de furia.

—Tú llevas lo que yo te diga que lleves, soldado —dijo el sargento.

Koryk cogió un extremo de la cuerda, retrocedió unos cuantos pasos y después se abalanzó y saltó sobre la fisura. Aterrizó con limpieza, aunque le sobró muy poco espacio. No había forma de que Chapapote o Sepia pudieran saltar tanto.

Cuerdas maldijo.

—Los que puedan hacer lo que Koryk acaba de hacer, adelante. Y que nadie se deje equipo por el camino.

Momentos después, tanto Botella como Sonrisas se agacharon junto a Koryk para ayudar a anclar la cuerda cuando el sargento, dos sacas de munición colgando de él, cruzó mano sobre mano; las bolsas se balanceaban como

locas, pero colocadas de tal forma que nunca chocaran una contra la otra. Botella soltó la cuerda y se adelantó para ayudar una vez que Cuerdas encontró terreno firme en el borde.

Sepia lo siguió. Después, Chapapote, con la cuerda envolviéndole el cuerpo, bajó al suelo inclinado; tuvieron que arrastrarlo a toda prisa hasta el otro lado cuando el suelo cambió de posición y desapareció bajo su peso. Entre el estrépito de la armadura y de las armas, el resto del pelotón tiró del cabo hasta dejarlo en suelo llano.

—Dioses —jadeó Sepia—, ¡este hombre pesa tanto como un maldito bhederin!

Koryk adujó la cuerda y se la pasó con una mueca alegre a Sonrisas.

Se pusieron en marcha una vez más; subieron por un risco de restos de algún tipo de puesto o cobertizo contiguo a la muralla interna, y después más escombros, detrás de los cuales había una calle.

Y Borduke y su pelotón estaban entrando en ella, desplegados y con las ballestas listas. El barbudo sargento iba en cabeza, el cabo Hubb a su derecha, dos pasos por detrás. Ibb iba delante del cabo y dos pasos por detrás de ese par caminaban Tavos Estanque y Balgrid, seguidos por Laúdes, y cerraba la retaguardia el zapador Quizás. La típica formación de avance de los infantes de marina.

Los edificios de los lados estaban a oscuras, en silencio. Había algo raro, pensó Botella mientras intentaba averiguar qué era... *no hay contraventanas en las ventanas, están todas abiertas. Igual que las puertas... todas las puertas, de hecho.*

—Sargento...

Las flechas que salieron disparadas de repente de las ventanas de los flancos las soltaron en el preciso momento

en que una veintena de figuras salían a toda velocidad de los edificios cercanos, chillando y con lanzas, cimitarras y escudos preparados. Las flechas las habían disparado sin preocuparse por los guerreros que cargaban y dos de estos chillaron cuando las puntas con púas de hierro los alcanzaron y desgarraron.

Botella vio a Borduke girar en redondo, vio la flecha que le sobresalía de la cuenca del ojo izquierdo, vio una segunda flecha que le atravesaba el cuello. La sangre lo salpicó todo cuando el veterano se tambaleó, arañándose y agarrándose la garganta y la cara. Tras él, el cabo Hubb se encogió alrededor de una flecha clavada en las tripas y después se derrumbó en los adoquines. Ibb había recibido un flechazo en el hombro izquierdo y se estaba tironeando del proyectil entre maldiciones cuando un guerrero se precipitó sobre él blandiendo la cimitarra que le enterró en un lado de la cabeza. El hueso y el yelmo se hundieron, un chorro de sangre, y el soldado cayó.

El pelotón de Cuerdas llegó e interceptó a media docena de guerreros. Botella se encontró en mitad de un intercambio despiadado, con Koryk a su izquierda. La espada larga del mestizo seti apartó de un golpe una cimitarra y después clavó la punta en la garganta del hombre. Un rostro que chillaba pareció precipitarse contra Botella, como si el guerrero buscara destrozarle el cuello con los dientes, y Botella retrocedió ante la locura que había en los ojos de aquel hombre, después salió a buscarlo con su mente y penetró en el torbellino fiero de los pensamientos del guerrero (poco más que imágenes fracturadas y rabia negra) y encontró la parte más primitiva de su cerebro: un estallido de poder y la coordinación del hombre se desvaneció. Se derrumbó con un espasmo en los miembros.

Bañado en sudor frío, Botella retrocedió otro paso pensando que ojalá tuviera un arma que sacar, aparte del cuchillo de monte que tenía en la mano derecha.

Luchas por todas partes. Chillidos, el estrépito del metal, eslabones de cadenas partidos, gruñidos y jadeos.

Y las flechas seguían lloviendo.

Una se estrelló contra la parte posterior del yelmo de Cuerdas y lo tiró. Quedó de rodillas. El sargento se giró, levantó la ballesta y miró furioso al edificio de enfrente, las ventanas superiores atestadas de arqueros.

Botella estiró la mano y cogió a Koryk por el tahalí.

—¡Atrás! ¡El maldito de Viol! ¡Todo el mundo! ¡Atrás!

El sargento se llevó la ballesta al hombro, apuntó hacia una ventana superior…

Había llegado la infantería pesada y Botella vio a Taffo, del pelotón de Mosel, vadeando una multitud de guerreros, a unos diez pasos del edificio… del objetivo de Cuerdas…

… cuando la ballesta emitió un ruido sordo, el cuadrillo deforme salió volando, subió y se metió por el hueco de la ventana.

Botella se lanzó al suelo y se cubrió la cabeza con los brazos…

El piso superior del edificio estalló, enormes secciones del muro se abombaron y después se estrellaron contra la calle. Los adoquines saltaron bajo Botella.

Alguien rodó y chocó con él y el mago sintió que algo le caía encima del antebrazo, algo pesado y viscoso que se contraía, algo muy caliente. Un repentino hedor a bilis y heces.

El tamborileo de piedras, gemidos lastimeros, llamas que lo lamían. Y luego otro enorme estrépito cuando lo que quedaba de la planta superior se derrumbó sobre el nivel inferior. El gruñido del muro más cercano precedió a su

disolución combada. Y después, tras los escasos quejidos, el silencio.

Botella levantó la cabeza. Y encontró al cabo Harbyn tirado junto a él. La mitad inferior del cuerpo del soldado había desaparecido y las entrañas se derramaban por el suelo. Bajo el borde del yelmo, los ojos se clavaban en el vacío. Botella se apartó, se apoyó en las manos y reptó como un cangrejo por la calle salpicada de rocas. Donde Taffo se había enfrentado a una turba de guerreros, no quedaba nada salvo un montón de escombros y unos cuantos miembros recubiertos de polvo que sobresalían debajo, inmóviles.

Koryk pasó junto a él, por el camino iba acuchillando con su espada a las figuras aturdidas. Botella vio que Sonrisas se cruzaba en el camino del mestizo seti, sus dos cuchillos ya estaban resbaladizos de sangre.

Cuerpos en la calle. Figuras que se iban levantando poco a poco, que sacudían la cabeza y escupían sangre. Botella se giró de rodillas, bajó la cabeza y vomitó en los adoquines.

—¡Violín… cabrón!

Tosiendo, pero con el estómago aquietado de momento, Botella volvió la cabeza y vio al sargento Mosel avanzando hacia Cuerdas.

—¡Los teníamos! ¡Íbamos a asaltar el puñetero edificio!

—¡Entonces asalta ese! —soltó Cuerdas, y señaló el edificio de apartamentos del otro lado de la calle—. Solo los ha tirado de espaldas, nada más, en cualquier momento tenemos encima otra lluvia de flechas…

Con una maldición, Mosel les hizo un gesto a los de la pesada que quedaban, Cachipolla, Destello de Ingenio y Uru Hela, que entraron con paso pesado por la puerta del edificio.

Cuerdas estaba colocando otro cuadrillo en su ballesta, ese cargado con un fullero.

—¡Balgrid! ¿Quién queda en tu pelotón?

El grueso mago se acercó con un tambaleo.

—¿Qué? —gritó—. ¡No te oigo! ¿Qué?

—¡Tavos Estanque!

—Aquí, sargento. Tenemos a Quizás, eh, Balgrid, pero le están sangrando los oídos. Laúdes es baja, pero debería vivir… con algo de sanación. Nos largamos…

—Y una mierda del Embozado. Saca de aquí a Laúdes, hay un pelotón que viene detrás, el resto venís conmigo…

—¡Balgrid está sordo!

—Mejor que estuviera mudo, tenemos señales manuales, ¿recuerdas? ¡Y ahora recuérdaselo al cabrón! Botella, ayuda a Chapapote a salir. Sepia, lleva a Koryk a esa esquina de ahí y esperadnos. Sonrisas, carga cuadrillos, quiero esa arma amartillada y los ojos atentos a cualquier cosa, desde los tejados al suelo.

Botella se puso en pie y se dirigió hacia donde Chapapote luchaba por salir de entre los escombros; una parte del muro le había caído encima, pero parecía que la armadura y el escudo habían soportado el impacto. Muchos tacos, pero no había dolor en el tono.

—Trae —dijo Botella—, dame el brazo…

—Estoy bien —dijo el cabo con un gruñido mientras sacaba los pies a patadas. Todavía se aferraba a su espada corta y enganchado en la punta había un trozo peludo de cuero cabelludo, cubierto de polvo y chorreando—. Mira eso —dijo y señaló la calle con la espada—, hasta Sepia ha cerrado el pico.

—Viol no tenía alternativa —dijo Botella—. Llovían demasiadas flechas…

—Yo no me quejo, Botella. Ni un pelo. ¿Viste caer a Borduke? ¿Y a Hubb? Podríamos haber sido nosotros si hubiéramos llegado primero.

—Que el Abismo me lleve, no se me había ocurrido.

Volvió la cabeza cuando llegó un pelotón de infantería media, el del sargento Cordón, regimiento Ashok y demás.

—En el nombre del Embozado, pero ¿qué ha pasado aquí?

—Una emboscada —dijo Botella—. El sargento Cuerdas tuvo que derribar un edificio con un maldito.

Cordón abrió mucho los ojos.

—Puñeteros infantes —murmuró, después se dirigió hacia donde Cuerdas se había agachado. Botella y Chapapote lo siguieron.

—¿Habéis formado otra vez? —le preguntó Cordón a su sargento—. Nos estamos apelotonando detrás de vosotros…

—Estamos listos, pero manda recado. Habrá emboscadas para dar y tomar. Leoman quiere que nos ganemos cada calle y cada edificio con sangre. El puño Keneb quizá quiera enviar a los zapadores por delante otra vez, cubiertos por los infantes, para tirar edificios, es el modo más seguro de proceder.

Cordón miró a su alrededor.

—¿El más seguro? Por los dioses del inframundo. —Se volvió—. Cabo Casco, ya has oído a Viol. Manda recado a Keneb.

—Sí, sargento.

—Peccado —añadió Cordón, se dirigía a una chica joven que tenía cerca—, guarda ese cuchillo. El tipo ya está muerto.

La chica levantó la cabeza al tiempo que, con la hoja, atravesaba la base del índice derecho del guerrero muerto.

Lo levantó para enseñarlo y después se lo metió en una saquita del cinturón.

—Una chica muy mala la que tienes ahí —dijo Cuerdas—. Nosotros tuvimos una de esas, una vez.

—¡Casco! ¡Espera ahí atrás! Manda a Peccado con el mensaje, ¿quieres?

—¡Yo no quiero volver! —gritó Peccado.

—Pues te fastidias —dijo Cordón. Y después a Cuerdas—. Nos engancharemos a los pesados de Moel, detrás de vosotros.

Cuerdas asintió.

—De acuerdo, pelotón, vamos a probar en la calle de al lado, ¿os parece?

Botella contuvo otra oleada de náuseas, después se reunió con los demás, que se abrían camino hacia Koryk y Sepia. *Dioses, esto va a ser brutal.*

El sargento Gesler podía olerlo. Problemas en la noche. Oscuridad sin mitigar en las ventanas abiertas, en las entradas francas y en las calles colindantes, donde se movían otros pelotones, los sonidos de batallas encarnizadas. Sin embargo, ante ellos, ni un solo movimiento, ni un solo sonido, nada en absoluto. Levantó la mano derecha, dobló dos dedos y dio un tirón hacia abajo. Tras él, oyó botas en los adoquines, un par se dirigió sin mucho ruido a la izquierda, el otro a la derecha, se alejaron y se detuvieron cuando los soldados llegaron a los edificios de los lados. Verdad a su izquierda, Pella a su derecha, ballestas en la mano, los ojos en los tejados y ventanas del lado contrario.

Otro gesto y Arenas se acercó por detrás y se agachó a su lado.

—¿Y bien? —preguntó Gesler pensando por milésima vez que ojalá tuviera a Tormenta allí.

—Pinta mal —dijo Arenas—. Emboscadas.

—Vale, ¿y dónde está la nuestra? Vuelve y llama a Moak y su pelotón, y a los de Tirón, quiero a esos pesados despejando esos edificios antes de que se nos caiga todo encima. ¿Qué zapadores tenemos con nosotros?

—El pelotón de Thom Tissy tiene algunos —dijo Arenas—. Capaz, Salto y Gupp, aunque acaban de decidir esta noche que se hacen zapadores, hace una campanada o así.

—Estupendo, ¿y tienen municiones?

—Sí, sargento.

—Esto es una locura. De acuerdo. Que el pelotón de Thom Tissy suba aquí también. Ya he oído estallar un maldito, quizá sea el único modo de hacer esto.

—De acuerdo, sargento. Vuelvo enseguida.

Pelotones escasos de efectivos y un enfrentamiento nocturno en una ciudad desconocida y hostil. ¿La consejera había perdido la cabeza?

A veinte pasos de distancia, Pella se agachó con la espalda apretada contra un muro de ladrillos de barro. Le pareció haber captado movimiento en una ventana alta que le quedaba enfrente, pero no estaba seguro, no lo suficiente para dar la alarma. Podría haber sido una cortina, o algo así, agitada por el viento.

Solo que… no hay mucho viento.

Con los ojos clavados en esa ventana concreta, levantó poco a poco la ballesta.

Nada. Solo oscuridad.

Explosiones lejanas, fulleros, supuso, en algún lugar del sur. *Se supone que tenemos que estar avanzando rápido y*

con fuerza y aquí estamos, empantanados a apenas una calle de la brecha. Gesler se ha hecho demasiado cauto, me parece a mí.

Oyó el estrépito metálico de las armas, la armadura y el ruido sordo de las pisadas cuando se acercaron más pelotones. Apartó la vista de la ventana por un momento y observó al sargento Tirón llevar a sus pesados hacia el edificio de enfrente. Tres soldados del pelotón de Thom Tissy se acercaron sin ruido a la puerta del edificio contra el que Pella se había acurrucado. Salto, Gupp y Capaz. Pella vio fulleros en sus manos… y nada más. Se agachó más todavía y después volvió a mirar la ventana lejana; maldijo por lo bajo, a la espera de que uno de ellos lanzara una granada por la puerta.

Al otro lado de la calle, el pelotón de Tirón se metió en el edificio, se oyó un grito en el interior, el estrépito de armas, chillidos repentinos…

Y después más voces, esa vez en el edificio que tenía Pella a la espalda, cuando los tres zapadores se precipitaron dentro. Pella se encogió, *¡no, idiotas! ¡No los llevas dentro tú, los arrojas!*

Un crujido brusco que levantó polvo en la pared de detrás de Pella, gravilla que le llovió por dentro del cuello, después gritos. Otra conmoción, Pella se agachó todavía más y volvió a mirar a la ventana de enfrente…

Para ver, por un momento, un único destello…

… para sentir el sobresalto de la sorpresa…

… cuando la flecha salió disparada hacia él. Un crujido duro, ensordecedor. La cabeza de Pella cayó hacia atrás y el yelmo chocó contra la pared. Algo que vacilaba en el borde superior de su visión, pero esos bordes se estaban oscureciendo cada vez más. Oyó que su ballesta caía ruidosamente contra los adoquines y después un dolor

lejano cuando sus rodillas golpearon las piedras, la sacudida le desolló la piel; le había pasado una vez, de niño, cuando jugaba en el callejón. Un tropezón, las rodillas resbalando en los adoquines arenosos, mugrientos… Tan mugrientos, el cieno de enfermedades ocultas, infecciones, su madre se había enfadado mucho, enfadado y asustado. Habían tenido que ir a un sanador y eso había costado dinero, dinero que habían estado ahorrando para mudarse. A una zona mejor de aquel barrio de chabolas. El sueño… descartado, y todo porque él se había desollado las rodillas.

Igual que en ese momento. Y la oscuridad que se cernía.

Oh, mamá, me he desollado las rodillas. Lo siento. Lo siento mucho. Me he desollado las rodillas…

Cuando el caos empezó a estallar en los edificios de ambos lados, Gesler se agachó todavía más. Miró a su derecha y vio a Pella. Le sobresalía una flecha de la frente. El soldado se quedó de rodillas por un momento, se le cayó el arma y después se derrumbó de lado.

Fulleros detonando en ese edificio y después algo peor, un incendiario, la llamarada de fuego rojo estallando por las ventanas de la planta baja. Chillidos… alguien salió tropezando, envuelto en llamas… un malazano corriendo, agitando los brazos, dándose golpes, directo hacia Moak y su pelotón…

—¡Apartaos! —bramó Gesler al tiempo que se levantaba y alzaba la ballesta.

Moak había sacado su capa de lluvia. Los soldados se precipitaban hacia el hombre ardiendo… no veían… la cartera… las municiones…

Gesler disparó la ballesta. El cuadrillo alcanzó al zapador en el estómago, en ese mismo momento las municiones

estallaron.

Lanzado hacia atrás, golpeado en el pecho, Gesler cayó despatarrado, rodó y después volvió a levantarse.

Moak, Apilador, Errante. Quemado, Guano y Barro. *Todos desaparecidos, todos trozos de carne y hueso hechos pedazos.* Un yelmo, la cabeza todavía metida, chocó contra un muro, giró como loco por un momento y después se detuvo con un bamboleo.

—¡Verdad! ¡Conmigo! —Gesler agitó la mano y corrió hacia el edificio en el que habían entrado los de la pesada y donde los sonidos de lucha se habían hecho fieros—. ¿Ves a Arenas? —preguntó mientras volvía a cargar su ballesta.

—N-no, sargento. Pella…

—Pella está muerto, muchacho. —Vio a Thom Tissy y lo que quedaba de su pelotón (Rampa y Tulipán), que se dirigían hacia la puerta tras Tirón y sus pesados. *Bien, Thom está pensando con claridad…*

El edificio que se había tragado a Capaz, Salto y Gupp era una masa de llamas, el calor salía a raudales como líquido hirviendo. *Dioses, ¿pero qué han desencadenado ahí?*

Entró a toda velocidad por la puerta y se detuvo con un resbalón. Los días de lucha del sargento Tirón se habían acabado, al soldado lo habían ensartado con una lanza justo por debajo del esternón. Había vomitado un chorro de bilis sangrienta antes de morir. En la puerta interior de enfrente, la que llevaba a un pasillo, yacía Robello con la cabeza hundida. Algo más allá, fuera de la vista, el resto de los pesados estaban luchando.

—Quédate atrás, Verdad —dijo Gesler— y usa la ballesta para cubrirnos las espaldas. Tissy, vamos.

El otro sargento asintió y les hizo un gesto a Tulipán y Rampa.

Todos se abalanzaron hacia el pasillo.

Hellian tropezó con Urb, que se detuvo de repente (era como chocar contra un muro), rebotó y cayó de culo.

—¡Eh, puñetero buey!

De inmediato se vieron rodeados por soldados que se retiraban de la esquina de la calle y llegaban arrastrando a camaradas caídos.

—¿Quién? ¿Qué?

Una mujer se derrumbó a su lado.

—Soy Hanno. Hemos perdido a nuestro sargento. Hemos perdido a Sobelone. Y a Toles. Emboscada…

Con una mano apoyándose con fuerza en el hombro de Hanno, Hellian se puso en pie y sacudió la cabeza.

—De acuerdo —dijo, algo frío y duro se enderezó en su interior, como si su columna se hubiera convertido en una espada, o en una lanza, *o lo que sea que no se dobla, no, se doblará, quizá, pero no se romperá. Dioses, me estoy poniendo mala*—. Engánchate a mi pelotón. Urb, ¿qué pelotón somos?

—Ni idea, sargento.

—Da igual; estás con nosotros, Hanno. ¿Emboscada? Bien, vamos a por esos cabrones. Pejiguero, Sinaliento, sacad esas granadas que robasteis…

Los gemelos la miraron; inocencia, indignación, esfuerzos vanos, después los dos sacaron las municiones.

—Son humeantes, sargento, y un buscapiés —dijo Pejiguero—. Eso es todo…

—¿Humeantes? Perfecto. Hanno, tú nos vas a llevar al edificio desde el que atacaron esos cabrones. Pejiguero, tú tiras lo tuyo por delante de ella. Sinaliento, ponte en el flanco abierto y haz lo mismo. No vamos a quedarnos

esperando, ni siquiera vamos a entrar despacio y con cuidado. Quiero algo rápido, ¿lo entendéis todos? Rápido.

—¿Sargento?

—¿Qué pasa, Urb?

—Nada. Solo que estoy listo, supongo.

Bueno, contigo ya hay uno. Sabía que iba a odiar esta ciudad.

—Sacad las armas, soldados, es hora de matar gente.

Se pusieron en marcha.

—Vamos a ver, ¡que ya hemos dejado a todos atrás! —dijo Galt.

—Deja de quejarte de una vez —soltó Bálsamo mientras se secaba el sudor y el barro de los ojos—. Solo les hemos puesto las cosas más fáciles a los demás. —Miró furioso a los soldados de su pelotón. Jadeaban, unos cuantos cortes aquí y allá, pero nada serio. Se habían abierto paso por esa emboscada rápido y peleando sucio, como le gustaba a él.

Estaban en una segunda planta, en una habitación llena de rollos de tela, una fortuna en sedas. Lóbulo había dicho que procedían de Darujhistan, lo que eran las cosas. Una puñetera fortuna y la mayor parte había terminado empapada en sangre y trozos de carne humana.

—Quizá deberíamos revisar el piso de arriba —dijo Rebanagaznates mientras le echaba un ojo a las muescas de sus cuchillos largos—. Me pareció oír que alguien arrastraba los pies, quizá.

—De acuerdo, llévate a Jarretesgrandes. Olor a Muerto, vete a las escaleras…

—¿Las que suben? Es una escala.

—Muy bien, pues a la puta escala del puto Embozado. Eres el refuerzo y el portavoz, ¿estamos? Oyes una riña

arriba y te vas para allá, pero no antes de avisarnos, ¿comprendido?

—Claro como el pis, sargento.

—Bien, los tres en marcha. Galt, quédate en la ventana y vigila lo que tienes enfrente. Lóbulo, haz lo mismo en esa ventana. Hay más mierda esperándonos y vamos a atravesarla toda a cuchilladas.

Muy poco rato después cesó el sonido de pisadas corriendo de un lado a otro el piso de arriba, y Olor a Muerto gritó desde el pasillo que Rebanagaznates y Jarretesgrandes estaban bajando por la escala. Una docena de latidos más tarde los tres entraron en la habitación de las sedas. Rebanagaznates se acercó junto a Bálsamo y se agachó.

—Sargento —dijo, su voz era casi un susurro.

—¿Qué?

—Hemos encontrado algo. No me gusta mucho la pinta que tiene. Creemos que debería echar un vistazo.

Bálsamo suspiró y después se irguió.

—¿Galt?

—Están ahí, seguro, las tres plantas.

—¿Lóbulo?

—Lo mismo por aquí, incluyendo el tejado, un tipo con un farol graduable.

—Vale, seguid vigilando. Tú delante, Rebanagaznates. Olor a Muerto, vuelta al pasillo. Jarretesgrandes, haz magia o algo.

El sargento siguió a Rebanagaznates de regreso a la escala. La planta de arriba tenía el techo bajo, más un ático que otra cosa. Habitaciones de sobra, las paredes de arcilla gruesa endurecida.

Rebanagaznates lo llevó a una de esas paredes. A sus pies tenía urnas enormes y toneles.

—Esto es lo que hemos encontrado —dijo, metió la mano detrás de un tonel y levantó un embudo hecho con una especie de calabaza.

—De acuerdo —dijo Bálsamo—, ¿y qué?

Su soldado le dio una patada a uno de los toneles.

—Estos están llenos. Pero las urnas están vacías. Todas.

—Bien…

—Aceite de oliva.

—Ya, esta ciudad es famosa por el aceite. Sigue.

Rebanagaznates tiró el embudo a un lado y después sacó un cuchillo.

—¿Ve estas manchas húmedas en estas paredes? Aquí. —Señaló con la punta del cuchillo, después escarbó en el trozo—. La arcilla está blanda, agujereada hace poco. Estas paredes están huecas.

—Por el amor de Fener, hombre, ¿adónde quieres ir a parar?

—Solo eso. Creo que estas paredes… el edificio entero, está lleno de aceite.

—¿Lleno? ¿De… de aceite?

Rebanagaznates asintió.

¿Lleno de aceite? ¿Qué, una especie de sistema de cañerías para llevarlo abajo? No, por el amor del Embozado, Bálsamo, no seas idiota.

—Rebanagaznates, ¿crees que hay otros edificios manipulados igual que este? ¿Es eso lo que estás pensando?

—Creo, sargento, que Leoman ha convertido Y’Ghatan en una gran trampa. Nos quiere aquí dentro, luchando en las calles, adentrándonos cada vez más…

—Pero ¿qué hay de sus seguidores?

—¿Qué pasa con ellos?

Pero… eso significaría… Empezó a recordar, las caras del enemigo, el fanatismo, el brillo de locura drogada.

—¡Que el Abismo nos lleve!

—Tenemos que encontrar al puño Keneb, sargento. O a los capitanes. Tenemos…

—Lo sé, lo sé. ¡Vamos a salir de aquí antes de que a ese cabrón del farol se le ocurra tirarlo!

Las cosas habían empezado mal y solo para empeorar todavía más. Sin embargo, después de ese primer tambaleo, a medida que las emboscadas se desvelaban una tras otra y mutilaban los pelotones de avance de infantes, las compañías del puño Keneb y el puño Tene Baralta se habían replegado, reagrupado y después habían empujado y avanzado, edificio por edificio, calle por calle. Keneb sabía que más adelante, por algún sitio, lo que quedaba de los infantes de marina seguía penetrando en la ciudad, se abrían camino entre los guerreros del ejército renegado de Leoman, fanáticos pero mal armados e indisciplinados.

Keneb había oído que esos guerreros sufrían un frenesí alimentado por las drogas, que luchaban sin preocuparse de las heridas y que ninguno se retiraba, morían donde estaban. Lo que él ya se esperaba, a decir verdad: una última batalla, la heroica defensa de unos mártires. Pues eso era lo que había sido Y’Ghatan, lo que era y lo que siempre sería.

Tomarían esa ciudad. La consejera tendría su primera victoria real. Sangrienta, brutal, pero una victoria, no obstante.

Se encontraba a solo una calle de la brecha, los escombros ardientes detrás de él, observaba la fila de soldados heridos e inconscientes a los que ayudaban a llegar a los sanadores del campamento, observaba a la infantería recién salida de ese mismo campamento que

avanzaba en fila por las zonas seguras y continuaba hacia la batalla que iba a cerrar el puño malazano alrededor de Leoman y sus seguidores, alrededor de los últimos vestigios vivos de la rebelión en sí.

Vio a esa oficial de las Espadas Rojas de Tene Baralta, Lostara Yil, encabezando tres pelotones hacia los sonidos lejanos de la lucha. Y el propio Tene se encontraba cerca, hablando con el capitán Tierno.

Keneb había enviado a Faradan Sort por delante para entablar contacto con los pelotones avanzados. Iba a haber un segundo punto de encuentro cerca del palacio, y con un poco de suerte todo el mundo estaba siguiendo todavía el plan de batalla.

Gritos, después exclamaciones de alarma… detrás de él. ¡Fuera de la brecha! El puño Keneb se giró en redondo y vio un muro de llamas alzándose en el campo de la muerte, allí atrás, donde los guerreros de Leoman habían cavado la estrecha y profunda trinchera. Unas urnas enterradas llenas de aceite de oliva habían empezado a estallar en la trinchera y habían rociado el líquido ardiendo por todas partes. Keneb vio que la fila de heridos que se retiraban se dispersaba lo más lejos posible de la trinchera, había figuras en llamas. Chillidos, el rugido del fuego…

Su mirada horrorizada captó un movimiento a su derecha, arriba, en el tejado del edificio más cercano que daba a los escombros de la brecha. Una figura con un farol en una mano, una antorcha encendida en la otra (engalanado con frascos recubiertos de telarañas, rodeado de ánforas, al borde mismo del tejado, los brazos estirados, volcando a patadas altas tinajas de arcilla), unas cuerdas atadas entre las tinajas y sus tobillos, el peso precipitando entonces la figura al suelo.

Entre los escombros de la brecha.

Chocó, desapareció y una repentina llamarada de fuego se abalanzó por las calles…

Y Keneb vio, sobre otros tejados, bordeando las murallas de la ciudad, más figuras que se arrojaban al vacío. Caían y después el fulgor del fuego violento que se iba alzando, lo rodeaba todo. En los baluartes, más llamas que ondeaban y se extendían salvajes como una riada desatada.

El calor se precipitó contra Keneb y lo obligó a retroceder un paso. El aceite de los toneles hechos pedazos que había bajo los restos de la muralla caída y los edificios derrumbados se prendió de repente. La brecha se estaba cerrando y el fuego demoníaco llegaba arremetiendo.

Keneb miró a su alrededor, el horror lo invadió, y vio a media docena de los especialistas en señales de su unidad acurrucados cerca de unos escombros. Corrió hacia ellos bramando.

—¡Tocad retirada! ¡Malditos seáis, soldados, tocad retirada!

Al noroeste de Y'Ghatan, Temul y una compañía de wickanos subían a caballo la ladera hasta el camino de Lothal. No habían visto a nadie. Ni una sola alma huyendo de la ciudad. Los guerreros montados del Decimocuarto la habían rodeado entera. Wickanos, setis, Lágrimas Quemadas. No habría escapatoria.

A Temul lo había complacido enterarse de que las ideas de la consejera habían seguido un camino idéntico a las suyas. Un golpe súbito, duro como una cuchillada en el pecho, directo al corazón de esa malhadada rebelión. Habían oído estallar las municiones, un ruido grande, más grande de lo esperado y habían visto las nubes negras

plagadas de llamas que ondeaban en el cielo junto con la mayor parte de la muralla sur de Y’Ghatan.

Se detuvieron en el camino y vieron bajo ellos las señales del éxodo masivo que había atascado esa ruta solo días antes.

Una llamarada de fuego, un rumor sordo, distante, como un trueno, y los guerreros montados se volvieron como uno solo para mirar la ciudad. Donde muros de llamas se alzaban tras las murallas de piedra, en los baluartes y las puertas selladas, y luego en un edificio tras otro edificio del interior, cada vez más llamas.

Temul se quedó mirando, su mente apaleada por lo que estaba viendo, lo que comenzaba a entender.

A esas alturas, un tercio del Decimocuarto Ejército ya estaba metido en esa ciudad. Un tercio.

Y se podían dar ya por muertos.

El puño Blistig se encontraba junto a la consejera, en el camino. Se estaba poniendo enfermo, la sensación se iba alzando desde un lugar y una época que había creído haber dejado atrás. En pie, en las murallas de Aren, observando la masacre del ejército de Coltaine. Desesperado, impotente…

—Puño —soltó de repente la consejera—, ordene que más soldados llenen esa trinchera.

Se sobresaltó, pero después se volvió a medias y le hizo un gesto a uno de sus edecanes, la mujer había oído la orden porque asintió y se escabulló corriendo. *Mojar la trinchera, sí. Pero… ¿para qué?* La brecha había encontrado un nuevo muro, esa vez de llamas. Y más se habían alzado por toda la ciudad, comenzando justo con las gradas de las murallas, edificios que estallaban y emitían rugidos terribles cuando el aceite encendido estallaba y lanzaba ladrillos de

barro que eran en sí mismos proyectiles ardientes, letales. Y en ese momento, hacia el interior, en los cruces y las calles más anchas, se estaban prendiendo más edificios. Uno, justo detrás del palacio, había explotado momentos antes, con géiseres de aceite hirviendo que salía disparado por los aires y borraba la oscuridad, revelaba el cielo que se llenaba de cúmulos de nubes negras.

—Nada, Menos —dijo la consejera con voz quebradiza—, reunid a nuestros magos, a todos, quiero las llamas sofocadas en la brecha. Quiero…

—Consejera —la interrumpió Menos—, no tenemos ese poder.

—Los viejos espíritus de la tierra —añadió Nada con tono apagado— están muriendo, huyen de las llamas, de la agonía asfixiante, todos mueren o huyen. Algo está a punto de nacer.

Ante ellos, la ciudad de Y'Ghatan se estaba iluminando en un nuevo día, pero un día estridente, terrible.

Tosiendo, tambaleándose, los soldados heridos medio llevados en volandas, medio arrastrados entre la multitud, pero no había sitio al que ir. Keneb se quedó mirando, el aire le quemaba los ojos, la muchedumbre de sus soldados. Setecientos, ochocientos. ¿Dónde estaban los otros? Pero lo sabía.

Desaparecidos. Muertos.

Más allá, en las calles, no veía nada más que fuego, fuego que saltaba de un edificio a otro, que llenaba el aire fiero, caliente, de una voz de júbilo, demoníaca, ávida e impaciente.

Tenía que hacer algo. Pensar algo, pero ese calor, ese tremendo calor, los pulmones le palpitaban, desesperados a

pesar del dolor abrasador que brotaba con cada respiración forzada. Bocanada tras bocanada, pero era como si el aire hubiera muerto, como si le hubieran absorbido toda la vida y no pudiera ofrecer nada.

Su propia armadura lo estaba cociendo vivo. Había caído de rodillas con todos los demás.

—¡Armadura! —dijo con voz ronca, si saber si lo podía oír alguien—. ¡Quitáosla! ¡Armadura! ¡Armas! —*Por todos los dioses del inframundo, el pecho… el dolor…*

Una parada de hoja contra hoja, manteniendo el contacto, dos filos que se raspaban y después, cuando el guerrero presionó con más fuerza con la cimitarra, Lostara Yil se agachó, soltó su espada con un tirón y lanzó una estocada hacia arriba y alcanzó al hombre en la garganta. Brotó un chorro de sangre. Lostara pasó por encima, apartó de un manotazo otra arma que pretendían clavarle (una lanza) y oyó las astillas del mango cuando le dio un empujón a un lado. En la mano izquierda llevaba su cuchillo kethra, que hundió en el vientre de su enemigo y lo giró al arrancarlo otra vez.

Lostara se apartó con un tambaleo del guerrero que se derrumbaba, una oleada de dolor la atravesó cuando lo oyó exclamar un nombre de mujer antes de derrumbarse en los adoquines.

La lucha arreciaba por todos lados, sus tres pelotones habían quedado reducidos a menos de una docena de soldados mientras que más de aquellos fanáticos desquiciados se abalanzaban desde los edificios laterales, tiendas del mercado, puertas bloqueadas derribadas a patadas y de las que en ese momento salía humo que extendía por las calles el hedor del aceite sobrecalentado.

Algo escupía, crujidos; algo emitió un ruido seco y, de repente, todo estaba ardiendo…

Por todas partes.

Lostara Yil lanzó una advertencia al tiempo que otro guerrero se precipitaba contra ella. Lo paró con el cuchillo, lanzó una estocada con la espada y después retiró con una patada el cuerpo empalado de la hoja, y aquel peso muerto estuvo a punto de arrancarle el arma de la mano.

Chillidos terribles a su espalda. Se giró en redondo.

Una riada de aceite ardiendo que salía rugiendo de los edificios a ambos lados y barría entre los guerreros, las piernas y luego la ropa, telaba, cueros, ropa interior, las llamas los bañaban enteros. Guerrero y soldado, el fuego no sabía de lealtades, estaba devorando a todo el mundo.

Lostara se apartó tambaleándose de ese río creciente de muerte, tropezó y cayó despatarrada sobre un cadáver, trepó por encima un momento antes de que el aceite en llamas se vertiera a su alrededor y adelantara lo que era ya su isla en llamas de carne desgarrada…

Un edificio explotó, la bola de fuego se expandió y se precipitó contra ella. La veterana gritó, levantó los dos brazos cuando la abrasadora incandescencia se estiró para tomarla…

Una mano por detrás que la cogió por el arnés…

Dolor. Se quedó sin aliento en los pulmones y después… nada.

—¡No os levantéis! —gritó Bálsamo mientras guiaba a su pelotón por el retorcido callejón. Tras bramar su consejo, el sargento reanudó su letanía de maldiciones. Estaban perdidos. Los habían obligado a retroceder en sus esfuerzos por regresar con Keneb y a la brecha y en ese momento era

como si los estuvieran pastoreando. Las llamas. Habían visto el palacio poco rato antes, a través de un respiro momentáneo en el humo, y por lo que había podido determinar Bálsamo, todavía iban en esa dirección, pero el mundo que quedaba más allá se había desvanecido en fuego y humo, y lo que seguía sus pasos era la conflagración creciente. Viva y dispuesta a darles caza.

—¡Está aumentando, sargento! ¡Tenemos que salir de esta ciudad!

—¿Te crees que no lo sé, Jarretesgrandes? En el nombre del Embozado, ¿qué crees que estamos intentando hacer? Ahora cállate…

—Nos vamos a quedar sin aire.

—¡Ya nos estamos quedando, idiota! ¡Y ahora cierra esa bocaza!

Llegaron a un cruce y Bálsamo detuvo a sus soldados. Las bocas de seis callejones los reclamaban, cada una llevaba a vías tan retorcidas y oscuras como las demás. El humo brotaba de dos de ellas, a su izquierda. Con la cabeza dándole vueltas, cada aspiración más dolorosa que la anterior, menos vivificante, el dalhonesio se secó el sudor caliente de los ojos y se volvió para estudiar a sus soldados. Olor a Muerto, Rebanagaznates, Jarretesgrandes, Galt y Lóbulo. Cabrones duros todos y cada uno. No era así como se debía morir, había formas buenas de morir y esa no era una de ellas.

—Dioses —murmuró—, jamás volveré a mirar una hoguera del mismo modo.

—Y que lo diga, sargento —dijo Rebanagaznates y puntuó su acuerdo con un ataque de tos seca.

Bálsamo se quitó el yelmo.

—Desnudaos, malditos imbéciles, antes de que terminemos cocidos. Quedaos con las armas si podéis. No

vamos a morir aquí esta noche. ¿Me entendéis? Escuchadme, todos, ¿me habéis entendido?

—Sí, sargento —dijo Rebanagaznates—. Lo oímos.

—Bien. Y ahora, Jarretesgrandes, ¿tienes algo de magia para abrirnos un camino? ¿Lo que sea?

El mago negó con la cabeza.

—Ojalá. Pero quizá pronto.

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir que aquí está naciendo un elemental de fuego, creo. Un espíritu de fuego, un dios menor. Hay una tormenta de fuego de camino, y eso anunciará su llegada, y es entonces cuando morimos si no estamos muertos ya. Pero un elemental está vivo. Tiene voluntad, una mente, con un hambre tremenda y ganas de matar. Pero conoce el miedo, miedo porque sabe que no durará mucho, demasiado fiero, demasiado calor, unos días en el mejor de los casos. Y también conoce otros tipos de miedo, y ahí es donde quizá yo pueda hacer algo… ilusiones. De agua, pero no solo agua. Un elemental de agua. —Se quedó mirando a los otros, que lo miraban a su vez, y después se encogió de hombros—. Quizá o quizá no. ¿Hasta qué punto es listo un elemental? Tiene que ser listo para que lo engañen, ¿sabéis? Listo como un perro por lo menos, mejor si fuera más listo. El problema es que no todo el mundo se pone de acuerdo sobre si los elementales existen siquiera. A ver, yo estoy convencido de que es una buena teoría…

Bálsamo le dio una colleja.

—¿Todo eso por una teoría? ¿Has desperdiciado todo ese aire en eso? Dioses del inframundo, Jarretesgrandes, estoy por matarte ahora mismo. —Se levantó—. Vamos a seguir mientras podamos. Al Embozado con el puñetero palacio, vamos a coger el callejón de enfrente y cuando ese elemental teórico llegue, le estrechamos la mano y lo

maldecimos hasta el inexistente Abismo. Venga, y tú, Jarretesgrandes, ni otra palabra más, ¿estamos?

El soldado regresó, envuelto en llamas. Corriendo, huyendo del dolor, pero no había ningún sitio adónde ir. La capitán Faradan Sort apuntó la ballesta y disparó un cuadrillo. Observó caer al pobre hombre, quedarse quieto mientras las llamas le saltaban encima, le ennegrecían la piel y le abrían la carne. Le dio la espalda.

—Último cuadrillo —dijo, y tiró el arma a un lado.

Su nuevo teniente, con el kilométrico nombre de Madan'Tul Rada, no dijo nada, una característica a la que Faradan ya estaba acostumbrada y que, la mayor parte del tiempo, agradecía.

Salvo en ese momento, cuando estaban a punto de asarse vivos.

—De acuerdo —dijo—, olvídese de esa ruta, y me he quedado sin exploradores. No hay forma de volver atrás ni de avanzar, y, por lo que parece, no se puede ir ni a derecha ni a izquierda. ¿Alguna sugerencia?

La expresión de Madan'Tul Rada se avinagró, la mandíbula bajó un poco y la lengua sondeó lo que con toda probabilidad sería una muela cariada, después escupió, guiñó los ojos entre el humo y se descolgó el escudo redondo para estudiar la superficie abrasada. Volvió a levantar la vista, lo recorrió todo poco a poco y contestó.

—No.

Podían oír el viento sobre ellos, chillando, girando una y otra vez sobre la ciudad, arrastrando las llamas hacia arriba, remolinos de colas de fuego que azotaban como espadas gigantescas entre el humo convulsionado. Cada vez se hacía más difícil respirar.

La cabeza del teniente se alzó de pronto y el hombre miró el muro de llamas que subía por la calle, después se levantó.

Faradan Sort lo imitó porque había visto lo mismo que él, una extraña mancha negra que se iba extendiendo dentro de las llamas, las lenguas de fuego retrocedían con un parpadeo, morían, la mancha se profundizaba, circular, y de su corazón salió tambaleándose una figura que se iba despojando de cueros carbonizados, los broches y las hebillas caían y rebotaban en la calle.

Se dirigía tropezando hacia ellos, las llamas bailando en la melena alborotada, bailando pero no quemando. Al acercarse, Faradan Sort vio que era una chica, una cara que después reconoció.

—Es del regimiento Ashok de Cordón. Es Peccado.

—¿Cómo ha hecho eso? —preguntó Madan'Tul Rada.

—No lo sé, pero esperemos que pueda hacerlo otra vez. ¡Soldado! ¡Por aquí!

Un nivel superior entero se había partido; así, sin más, había caído y se había estrellado contra la calle en una explosión de polvo y humo. Donde Tazón estaba agachado. Ni siquiera lo había visto venir, sospechó Hellian. *Cabrón con suerte.* Miró atrás, a su pelotón. Cubiertos de ampollas, rojos como langostas hervidas. Despojados de la armadura, armas arrojadas a un lado, demasiado calientes para sujetarlas. Infantes de marina y de la pesada. Ella era la única sargento. Dos cabos, Urb y Reem, las expresiones apagadas. Los ojos enrojecidos, los de todos, jadeando en el aire moribundo, casi sin pelo, joder. *No mucho más, me parece. Dioses, qué no daría por una copa ahora mismo. Algo rico. Frío, exquisito, la borrachera llegando lenta y astuta, un sueño tranquilo llamándome cuando el último chorrito se desliza*

por mi garganta destrozada. Dioses, soy toda una poetisa cuando se trata de beber. Oh, sí.

—Bien, por ahí estamos bloqueados. Metámonos por este maldito callejón…

—¿Por qué? —preguntó Pejiguero.

—Porque no veo llamas por ahí abajo, por eso. Seguimos moviéndonos hasta que ya no podamos movernos más, ¿estamos?

—¿Por qué no nos quedamos aquí mismo? Otro edificio va a terminar cayéndonos encima antes o después.

—Mira —rezongó Hellian—. Quédate si quieres, pero yo, yo no pienso esperar por nada. Quieres morir solo, adelante.

Y echó a andar.

Todo el mundo la siguió. No había nada más que hacer.

Dieciocho soldados, Cuerdas los había llevado con él. Tres escaramuzas más, sangrientas y sin piedad, y se encontraban agazapados ante las puertas del palacio, que estaban abiertas de par en par, una enorme boca llena de humo. El humo ondeaba sobre la fortificación, que resplandecía en la noche. Botella, de rodillas, jadeando, miró poco a poco a su alrededor, a sus compañeros: unos cuantos de la pesada, todo el pelotón de Cuerdas y la mayor parte del pelotón del sargento Cordón, junto con los pocos infantes de marina del pelotón de Borduke que habían sobrevivido.

Habían esperado, rezado incluso, por llegar y encontrar otros pelotones, los que fuesen, encontrar más supervivientes que desafiaran esa maldita conflagración… hasta allí. *Solo hasta allí, eso es todo. Habría sido suficiente.* Pero estaban solos, sin ninguna señal por ninguna parte de que algún otro malazano hubiera sobrevivido.

Si Leoman de los Mayales estaba en el palacio, ya no era más que cenizas.

—Bollito, Quizás, Sepia, venid aquí —ordenó Cuerdas, que se agachó y posó la cartera en el suelo—. ¿Algún otro zapador? ¿No? ¿Alguien que lleve municiones? De acuerdo, yo acabo de comprobar las mías, la cera está demasiado blanda y se está ablandando todavía más, va a estallar todo y ese es el plan. Todo salvo los incendiarios, tirad esos, el resto va directamente a la boca de ese palacio…

—¿Qué sentido tiene? —preguntó Cordón—. Quiero decir, por mí vale si crees que es una forma mejor de irse.

—Pretendo abrir un agujero en esta tormenta creciente de fuego, hacerla retroceder, y nosotros nos metemos por ese agujero todo el tiempo que aguante, el Embozado sabrá adónde nos llevará. Pero el caso es que no veo ningún fuego detrás del palacio y eso a mí me vale. ¿Algún problema con eso, Cordón?

—No. Me encanta. Es brillante. Puro genio. Ojalá no me hubiera deshecho del yelmo.

Unas cuantas carcajadas. *Buena señal.*

Después unos cuantos ataques de toses secas. *Mala señal.*

Alguien chilló y Botella se volvió para ver una figura que salía con pasos pesados de un edificio cercano, colgaban de él frascos y botellas, otra botella en una mano, una antorcha en la otra e iba directamente a por ellos. Y ellos habían tirado sus ballestas.

Respondió un bramido de un soldado del pelotón de Cordón y el hombre, Campana, se precipitó a interceptar al fanático.

—¡Vuelve aquí! —chilló Cordón.

Campana echó una carrera y se arrojó contra el hombre, chocó con él a veinte pasos de distancia y los dos cayeron.

Botella se tiró al suelo, rodó y chocó contra otros soldados que estaban haciendo lo mismo.

Un silbido y después más chillidos. Chillidos terribles. Y una ola de calor abrasadora, fiera como el aliento de una forja.

Y entonces Cuerdas estaba jurando, peleándose con su colección de carteras.

—¡Alejaos del palacio! ¡Todo el mundo!

—¡Yo no! —rezongó Sepia—. Necesitas ayuda.

—Bien. ¡Pues los demás! ¡Sesenta, setenta pasos al menos! ¡Más si podéis! ¡Vamos!

Botella se puso en pie y observó que Cuerdas y Sepia corrían como cangrejos hacia las puertas del palacio. Después miró a su alrededor. *¿Sesenta pasos? No tenemos sesenta pasos…* que él viera, las llamas estaban devorando edificios en todas direcciones.

En todo caso, tan lejos como fuera posible. Echó a correr.

Y se dio de bruces con alguien, que lo sujetó por el brazo izquierdo e hizo que se girase.

Gesler. Y detrás de él Thom Tissy y después un puñado de soldados.

—¿Qué están haciendo esos imbéciles? —preguntó Gesler.

—Abrir… un agujero… en la tormenta…

—Dioses arrugados del Abismo. Arenas, ¿todavía tienes tus municiones?

—Sí, sargento…

—Maldito idiota. Dámelas…

—No —dijo Verdad al tiempo que se interponía—. Las llevaré yo. No es la primera vez que atravesamos fuego, ¿verdad, sargento? —Y con eso le arrebató la cartera a Arenas de las manos y echó a correr hacia las puertas del palacio…

Donde Cuerdas y Sepia se habían visto obligados a retroceder; el calor demasiado fiero, las llamas intentando acuchillarles con brazos brillantes.

—¡Maldito sea! —siseó Gesler—. Aquel era un tipo diferente de fuego…

Botella se soltó de la mano del sargento.

—¡Tenemos que largarnos! ¡Ahora!

Momentos después todos estaban corriendo, todos salvo Gesler, que se dirigía hacia los zapadores que estaban junto a las puertas. Botella vaciló. No podía evitarlo. Tenía que verlo…

Verdad alcanzó a Sepia y Cuerdas, les quitó las bolsas, se las cargó a un hombro y después gritó algo y corrió hacia las verjas del palacio.

Los dos zapadores se levantaron de un salto, se retiraron, interceptaron a Gesler (que parecía decidido a seguir a su joven recluta), Sepia y Cuerdas arrastraron al sargento con ellos. Gesler se resistió, volvía el rostro desfigurado en la dirección que había tomado Verdad…

Pero el soldado ya se había sumido en las llamas.

Botella regresó corriendo, se reunió con los dos zapadores para ayudar a alejar a rastras a un Gesler que no dejaba de chillar.

Alejarlo.

Habían conseguido dar treinta pasos calle abajo en dirección a la masa acurrucada de soldados que se apartaban de un muro de llamas cuando el palacio estalló tras ellos.

Y fuera, enormes secciones de piedra volaron por los aires.

Lanzado al cielo, dando vueltas bajo un viento salvaje, Botella rodó en medio de escombros que rebotaban,

miembros y cuerpos, caras, bocas muy abiertas, todo el mundo chillando… en silencio. Ni un sonido… *nada.*

Dolor en la cabeza, una cuchillada fiera en los oídos, una presión que se cerraba sobre sus sienes, el cráneo parecía listo para implosionar…

El viento de repente dio marcha atrás y arrastró tras él láminas de fuego que se fueron cerniendo desde cada calle. La presión se aflojó. Y las llamas retrocedieron, retorciéndose como tentáculos.

Y después el aire se quedó quieto.

Con un ataque de tos, Botella se levantó tambaleándose y se giró.

El corazón del palacio había desaparecido, se había partido y nada salvo polvo y humo llenaba la inmensa extensión de escombros.

—¡Ahora! —chilló Cuerdas, su voz sonaba a leguas de distancia—. ¡En marcha! ¡Todo el mundo! ¡Venga!

El viento regresó, repentino, un chillido que pareció convertirse en un muro y los empujaba, los empujaba hacia el maltratado camino entre los muros combados, deshechos, del palacio.

Gorrionpardo había sido la primera en llegar a las puertas del templo y las había abierto de par en par de un empujón justo cuando las explosiones de fuego iluminaban el horizonte por toda la ciudad… *todas dentro de las murallas de la ciudad.*

Jadeando, el corazón martilleándole y algo parecido a un cuchillo retorciéndose en sus tripas, Corabb Bhilan Thenu'alas siguió a Leoman y a la mujer malazana al interior del templo de Scalissara, con L'oric dos pasos tras él.

No, no Scalissara, la reina de los Sueños. Scalissara, la diosa matrona del aceite de oliva no habría… no, ella no habría permitido esto. Esto… no.

Y las cosas habían empezado a cobrar sentido. Un sentido terrible, horrendo, como piedras cinceladas que fueran encajando y levantando un muro entre la humanidad… y aquello en lo que Leoman de los Mayales se había convertido.

Los guerreros (que habían cabalgado con ellos, vivido con ellos desde los primeros momentos de la rebelión, que habían luchado a su lado contra los malazanos, que incluso en esos instantes luchaban como diablos en las calles) iban a morir todos. Y'Ghatan, la ciudad entera, *va a morir.*

Se apresuraron por el pasillo central y entraron en la nave, de la que brotaba un viento frío y polvoriento, viento que parecía provenir de ningún sitio y de todas partes a la vez. Viento que hedía a moho, podredumbre y muerte.

Leoman se giró hacia L'oric.

—¡Abre un portal, mago supremo! ¡Rápido!

—No debes hacer esto —le dijo Corabb a su comandante—. Debemos morir, esta noche. Luchando en el nombre de Dryjhna…

—¡Que el Embozado se lleve a Dryjhna! —dijo Leoman con voz ronca.

L'oric se había quedado mirando a Leoman como si lo viera, como si lo entendiera, por primera vez.

—Un momento —dijo.

—¡No tenemos tiempo para eso!

—Leoman de los Mayales —dijo el mago supremo, imperturbable—, has negociado con la reina de los Sueños. Te has precipitado. A esa diosa no le interesa la diferencia entre el bien y el mal. Si en algún momento poseyó un corazón, se deshizo de él hace mucho tiempo. Y ahora me

has arrastrado a esto, me has utilizado para que una diosa pueda usarme a su vez. No voy…

—¡El portal, maldito seas! ¡Si tienes alguna objeción, L’oric, plantéaselas a ella!

—Van a morir todos —dijo Corabb, que iba apartándose de su comandante— para que tú puedas vivir.

—¡Para que nosotros podamos vivir, Corabb! No hay otro modo, ¿crees que los malazanos nos iban a dejar en algún momento en paz? ¿Sin importar el lugar o lo lejos que huyamos? ¡Doy gracias a los polvorientos pies del Embozado porque la Garra no haya golpeado ya, pero no tengo intención de vivir el resto de mi vida mirando por encima del hombro! ¡Yo era su guardaespaldas, maldito seas, era la causa de ella, no la mía!

—Tus guerreros… esperaban de ti que lucharas a su lado…

—No esperaban nada de eso. Los idiotas querían morir. En nombre de Dryjhna. —Hizo una mueca de desdén en la que mostró sus dientes—. ¡Bueno, pues que mueran! Y lo mejor de todo, se van a llevar la mitad del ejército de la consejera con ellos. ¡Ahí está tu gloria, Corabb! —Avanzó hacia él y señaló las puertas del templo—. ¿Quieres unirte a los idiotas? ¿Quieres sentir cómo se te abrasan los pulmones por el calor, cómo te estallan los ojos, cómo se te agrieta la piel? ¿Quieres sentir cómo te hierve la sangre en las venas?

—Una muerte honorable, Leoman de los Mayales, comparada con esto.

El otro emitió algo parecido a un bufido y se volvió de nuevo hacia L’oric.

—Abre el camino, y no temas, no le hice ninguna promesa con respecto a ti, aparte de traerte aquí.

—El fuego cobra vida fuera de este templo, Leoman —dijo L’oric—. Puede que no lo consiga.

—Tus posibilidades disminuyen con cada momento que pasa —rezongó Leoman.

Había pánico en los ojos del hombre. Corabb lo estudió, el modo en que parecía tan… fuera de lugar. Allí, en los rasgos que creía conocer tan bien. Conocía cada expresión posible. Ira, diversión fría, desdén, el estupor y los ojos entornados entre los vapores del durhang. Cada expresión… salvo esa. Pánico.

Todo se estaba derrumbando en su interior y Corabb sentía que él mismo se ahogaba. Se hundía cada vez más, alzando los brazos hacia una luz que se iba alejando, que se iba atenuando.

Con un siseo de maldiciones, L'oric se enfrentó al altar. Sus piedras parecían refulgir en la penumbra, tan nuevas, el mármol desconocido, de algún otro continente, sospechaba Corabb, entreverado de venas moradas y capilares que parecían palpitar. Había un estanque redondo más allá del altar, el agua humeaba, había estado cubierto la última vez que habían ido allí; vio los paneles de cobre que lo habían sellado apoyados en una pared lateral.

El aire dibujó un torbellino sobre el altar.

Ella estaba esperando al otro lado. Un destello, como si se reflejara en el estanque de agua, y después el portal se abrió y envolvió el altar, los bordes se extendieron, se rizaron, negros, y después oscilaron de forma irregular. L'oric ahogó un grito, luchaba bajo una carga invisible.

—¡No puedo aguantar tanto tiempo! ¡Te veo, Reina!

Del portal salió una voz lánguida, fría.

—L'oric, hijo de Osserc. No veo adeudos que emanen de ti.

—¿Entonces qué quieres?

Un momento, durante el que el portal osciló, y después:

—Sha'ik está muerta. La diosa del Torbellino ya no existe. Leoman de los Mayales, una pregunta. —Un nuevo tono en su voz, algo parecido a la ironía—. ¿Es Y'Ghatan, lo que has hecho aquí, es esto tu Apocalipsis?

El guerrero del desierto frunció el ceño y después contestó.

—Bueno, sí. —Se encogió de hombros—. No tan grande como esperábamos…

—Pero, quizá, suficiente. L'oric. El papel de Sha'ik, la Vidente de Dryjhna, está… vacante. Ha de ocuparse…

—¿Por qué? —preguntó L'oric.

—Por si otra cosa, algo menos deseable, asume ese manto.

—¿Y la probabilidad de que ocurra eso?

—Inminente.

Corabb observó al mago supremo, percibió una oleada de pensamientos tras los ojos del hombre, cuando misteriosas implicaciones comenzaron a encajar tras las palabras de la diosa.

—Has elegido a alguien —dijo después.

—Sí.

—Alguien que necesita… protección.

—Sí.

—¿Está ese alguien en peligro?

—En grave riesgo, L'oric. De hecho, se han anticipado a mis deseos y bien puede ser que nos hayamos quedado sin tiempo.

—Muy bien. Acepto.

—Adelántate, entonces. Tú y los otros. No os demoréis, ya es prueba bastante dura mantener este sendero.

Con el alma convertida en cenizas, Corabb observó al mago supremo entrar a grandes zancadas en el portal y desvanecerse en el remolino de la mancha líquida.

Leoman lo miró una vez más, en su voz casi un ruego cuando habló.

—Amigo mío…

Corabb Bhilan Thenu’alas sacudió la cabeza.

—¿No has oído? Otra Sha’ik… una nueva Sha’ik…

—¿Y tú le buscarás también un nuevo ejército, Leoman? ¿Más idiotas que llevar a la muerte? No, he terminado contigo, Leoman de los Mayales. Coge a tu manceba malazana y salid de mi vista. Yo elijo morir aquí, con mis compañeros de lucha.

Gorrionpardo estiró la mano y cogió el brazo de Leoman.

—El portal se derrumba, Leoman.

El guerrero, último comandante de Dryjhna, se giró y con la mujer a su lado se metió en la puerta. Momentos más tarde, el portal se disolvió y no quedó nada.

Nada salvo aquel extraño remolino de viento que levantaba bolas de polvo que recorrían el suelo de azulejos taraceados.

Corabb parpadeó y miró a su alrededor. Fuera del templo parecía que el mundo se estaba acabando, que emitía un grito de muerte que iba agudizándose cada vez más. *No… no un grito de muerte. Otra cosa…*

Al oír un ruido más cercano (procedente de un pasaje lateral, algo arrastraba los pies), Corabb sacó su cimitarra. Se acercó a la cortina que aislaba el pasillo. Con la punta de la hoja apartó la tela.

Y vio niños. Agachados, acurrucados. Diez, quince, dieciséis en total. Caras sucias, ojos muy abiertos, todos mirándolo desde el suelo.

—Oh, dioses —murmuró—. Os han olvidado.

Os han olvidado todos. Todos y cada uno.

Envainó el arma y se acercó.

—No pasa nada —dijo—. Nos buscaremos una habitación, ¿sí? Y esperaremos a que pase esto.

Otra cosa… Truenos, la muerte de los edificios, los lamentos crecientes del fuego, los aullidos del viento. *Eso es lo que hay fuera, el mundo que queda detrás, esto… espíritus del inframundo, Dryjhna…*

Fuera, los gritos del nacimiento del Apocalipsis se iban alzando cada vez más altos.

—¡Ahí! —dijo Rebanagaznates señalando con el dedo.

El sargento Bálsamo parpadeó, el humo y el calor como vidrio roto en sus ojos, y pudo distinguir apenas una decena de figuras que cruzaban la calle delante de ellos.

—¿Quiénes?

—Malazanos —dijo Rebanagaznates.

Y detrás de Bálsamo:

—Estupendo, nos vamos todos de campo y playa, menuda noche vamos a tener…

—Cuando dije que te callaras, Jarretesgrandes, lo decía en serio. Está bien, vamos a buscarlos. Quizá no estén tan perdidos como nosotros.

—¿Ah, sí? ¡Mire quién los guía! Esa borracha, ¿cómo se llama? ¡Seguro que están intentando encontrar un bar!

—¡No estoy de broma, Jarretesgrandes! ¡Una palabra más y te ensarto como un salmonete!

La manaza de Urb aterrizó en su brazo y la sujetó con fuerza, después le dio la vuelta y Hellian vio un pelotón que se dirigía tambaleándose a ellos.

—Gracias a los dioses —dijo ella con voz ronca—, seguro que ellos saben adónde hay que ir.

Un sargento se acercó medio agachado. Dalhonesio, la cara parcheada por barro seco.

—Soy Bálsamo —dijo—. ¡Allá donde os dirijáis, vamos con vosotros!

Hellian frunció el ceño.

—Bien —dijo—. Formad detrás y en nada todo será de color de rosa.

—¿Tienes una salida para todos?

—Claro, bajando por ese callejón.

—Genial. ¿Qué hay ahí abajo?

—¡El único lugar que no está ardiendo todavía, maldita ratamonje dalhonesia! —Le hizo un gesto a su tropa y continuaron andando. Se veía algo justo delante. Una enorme cúpula borrosa de algún tipo. Iban pasando junto a templos, las puertas abiertas se balanceaban de un lado a otro y se golpeaban con las ráfagas de aquel viento caliente como el de un horno. La poca ropa que todavía llevaba puesta había empezado a humear, jirones alargados que iban saliendo del tosco tejido. Podía olerse el pelo, que se estaba quemando.

Un soldado se puso a su altura. Llevaba dos cuchillos largos en las manos enguantadas.

—No tienes motivos para maldecir al sargento Bálsamo, mujer. Gracias a él hemos llegado hasta aquí.

—¿Cómo te llamas? —inquirió Hellian.

—Rebanagaznates…

—Muy bonito. Pues ahora lárgate y rebánate tu propio gaznate. Nadie ha llegado a ninguna parte, cretino. Y ahora, a menos que tengas una botella de vino frío bajo esa camisa, vete a buscar a otro al que molestar.

—Eras más agradable borracha —contestó el soldado y se quedó atrás.

Sí, todo el mundo es más agradable borracho.

Al borde del palacio derrumbado, pero al otro lado, la pierna izquierda de Cojo estaba atrapada por un trozo de la cantería que se había deslizado, sus gritos eran lo bastante altos como para desafiar el fuerte viento. Cordón, Casco y unos cuantos más del regimiento Ashok lo sacaron de allí, pero quedaba claro que la pierna del soldado estaba rota.

Más adelante había una especie de plaza, en otro tiempo sede de algún mercado, y tras ella se alzaba un templo enorme con una cúpula tras un muro alto. Restos de pan de oro chorreaban por los flancos de la cúpula como agua de lluvia. Una pesada capa de humo rodaba por toda la escena, haciendo que la cúpula pareciera flotar en el aire, iluminada por el fuego y manchada. Cuerdas les pidió a todos con un gesto que se acercaran.

—Nos dirigimos a ese templo —dijo—. No creo que ayude mucho, tenemos casi encima una tormenta de fuego. Nunca he visto ninguna y ojalá siguiera así, la verdad. Pero bueno —hizo una pausa para toser y después escupió—, no se me ocurre otra cosa.

—Sargento —dijo Botella frunciendo el ceño—. Percibo… algo. Vida. En ese templo.

—De acuerdo, quizá tengamos que luchar para encontrar un sitio donde morir. Bien. Quizá sean suficientes para matarnos a todos, lo cual tampoco está tan mal.

Pues no, sargento. Ni de lejos. Pero da igual.

—De acuerdo, vamos a ver si podemos cruzar esta plaza.

Parecía fácil, pero se estaban quedando sin aire y los vientos que atravesaban la explanada eran abrasadores, no había muros de construcción que les proporcionaran refugio. Botella sabía que podrían no conseguirlo. Un calor áspero le desgarraba los ojos, se le metía como arena en la garganta

cada vez que tomaba aire. Entre un dolor borroso vio unas figuras que aparecían por su derecha, que salían disparadas del humo. Diez, quince, después veintenas derramándose por la explanada, algunas envueltas en fuego, otras con lanzas.

—¡Sargento!

—¡Dioses del inframundo!

Los guerreros estaban atacando. Allí, en esa plaza, ese… horno. Las figuras en llamas se desplomaban, tropezaban, se arañaban la cara, pero otros avanzaban.

—¡A formar! —bramó Cuerdas—. ¡Retirada de combate… al muro de ese templo!

Botella se quedó mirando la masa que se acercaba. ¿A formar? ¿Retirada de combate? *¿Con qué?*

Uno de los soldados de Cordón apareció a su lado, el hombre estiró un brazo e hizo un gesto.

—¡Tú! ¿Mago, no?

Botella asintió.

—Soy Ebron, tenemos que cargarnos a esos cabrones, con magia, no queda ninguna otra arma…

—De acuerdo. Lo que tú tengas, yo lo aumento.

Tres de la infantería pesada, las mujeres Destello de Ingenio, Cachipolla y Uru Hela, habían sacado los cuchillos y estaban formando una línea de batalla. Un latido más tarde, Narizcorta se reunió con ellas, las manazas cerradas, los puños listos.

La veintena delantera de atacantes se acercó a menos de quince pasos y arrojaron sus lanzas como si fueran jabalinas. En el destello momentáneo que les llevó a las varas cruzar la escasa distancia, Botella vio que la madera se había prendido, guirnaldas de humo que giraban.

Advertencias a gritos y después el impacto sólido de las armas pesadas. A Uru Hela le dieron una vuelta completa,

una lanza le atravesó el hombro izquierdo, el mango segó el cuello de Cachipolla con un crujido. Cuando Uru Hela cayó de rodillas, Cachipolla se tambaleó y después se irguió. El sargento Cuerdas se derrumbó, despatarrado, una lanza le ensartaba la pierna derecha. Se tiró de ella entre maldiciones, con la otra pierna daba patadas como una criatura que se hubiera vuelto loca. Tavos Estanque se acercó tambaleándose, chocó con Botella y lo derribó, después, con un lado de la cara acuchillado, el ojo colgando, siguió dando traspiés sin dejar de chillar.

Momentos antes de que los enloquecidos atacantes los alcanzaran, una oleada de hechicería se alzó en un muro de humo argénteo que ondeaba y se extendía para envolver a los guerreros. Chillidos, cuerpos cayendo, piel y carne ennegreciéndose, encogiéndose y desprendiéndose de los huesos. Horror súbito.

Botella no tenía ni idea de qué tipo de magia estaba usando Ebron, pero desató Meanas, lo que redobló la densidad y anchura del humo, una ilusión, pero el pánico invadió a los guerreros. Caían, salían bamboleándose de entre el humo, se llevaban las manos a los ojos, se retorcían, vomitaban sobre los adoquines. El ataque se hizo pedazos contra la hechicería y cuando el viento azotó la nube venenosa y la desperdigó, no vieron más que figuras que huían, muy lejos ya del montón de cuerpos.

Cuerpos que ardían, que se prendían.

Koryk llegó junto a Cuerdas, que se había arrancado la lanza de la pierna, y empezó a meter bolas de tela en aquella perforación. Botella fue con ellos y vio que la sangre no salía a borbotones. Aun así, era mucha la que había manchado los adoquines.

—¡Venda esa pierna! —le ordenó al mestizo seti—. ¡Tenemos que salir de esta plaza!

Cordón y el cabo Tulipán estaban atendiendo a Uru Hela mientras Escaso y Balgrid habían perseguido a Tavos Estanque y lo habían tirado al suelo con un espléndido placaje. Botella vio a Escaso meter el ojo que colgaba otra vez en su cuenca y después manosear un trapo para vendarle la cabeza al soldado.

—¡Arrastrad a los heridos! —gritó el sargento Gesler—. ¡Vamos, malditos idiotas! ¡A ese muro! ¡Tenemos que encontrar un modo de entrar!

Aturdido, Botella bajó los brazos para ayudar a Koryk a levantar a Cuerdas.

Vio que se le habían puesto los dedos azules. El rugido de la cabeza lo había dejado sordo y todo a su alrededor le daba vueltas.

Aire. Necesitamos aire.

El muro se alzó ante ellos y empezaron a rodearlo. Buscando la manera de entrar.

Tirados en montones, muriendo de asfixia. Keneb se fue arrastrando por la piedra hecha pedazos, las manos ampolladas rodeaban como garfios los escombros. Un humo cegador, un calor que abrasaba y empezó a notar que su mente, famélica, se desintegraba (visiones salvajes, inconexas), una mujer, un hombre, un niño, saliendo con paso firme de entre las llamas.

Demonios, sirvientes del Embozado.

Voces, tan estridentes, el gemido incesante, creciente, y la oscuridad fluyó de las tres apariciones, se vertió sobre los cientos de cuerpos…

Sí, su mente se estaba muriendo. Pues sintió una caída repentina de aquel calor despiadado y un aire fresco y dulce le llenó los pulmones. *Morirse, ¿qué otra cosa puede ser*

esto? He llegado a la puerta del Embozado. Dioses, bendito alivio… Unas manos tiraron de él, espasmos de agonía de los dedos que presionaban la carne quemada, y después le daban la vuelta.

Parpadeó, se quedó mirando una cara manchada, llena de ampollas. Una mujer. La conocía.

Y le estaba hablando.

Estamos todos muertos. Amigos. Reunidos ante la puerta del Embozado…

—¡Puño Keneb! ¡Aquí hay cientos!

Sí.

—¡Todavía vivos! ¡Peccado se esfuerza por contener el fuego, pero no podrá aguantar mucho más! ¡Vamos a intentar abrirnos camino! ¿Me entiende? ¡Necesitamos ayuda, tenemos que poner a todo el mundo en pie!

¿Qué?

—Capitán —susurró—. Capitán Faradan Sort.

—¡Sí! ¡Vamos, en pie, puño!

Se estaba formando una tormenta de fuego sobre Y'Ghatan. Blistig jamás había visto nada parecido. Llamas que se retorcían, giraban, azotaban con largos zarcillos que parecían hacer pedazos las oleadas de humo. Vientos salvajes que desgarraban las nubes, que las aniquilaban en destellos rojos.

El calor, *dioses del inframundo, esta no es la primera vez. Esta maldita ciudad del Embozado…*

El baluarte de una esquina estalló en una inmensa bola de fuego, las ráfagas saltaron retorciéndose, trepando…

El viento que los había golpeado por detrás hizo tambalearse a todo el mundo en el camino. En el campamento de los sitiadores, arrancó las tiendas de sus

amarras y salieron por los aires, después se abalanzaron disparadas como sábanas enloquecidas hacia Y'Ghatan. Los caballos chillaban entre cortinas de arena y el polvo que se levantaba y azotaba como la más fiera de las tormentas.

Blistig se encontró de rodillas. Una mano enguantada se cerró alrededor del cuello de su manto y le dio la vuelta. Se encontró mirando una cara que, por un momento, no reconoció. Tierra, sudor, lágrimas y una expresión combada por el pánico, la consejera.

—¡Retire el campamento! ¡A todo el mundo!

Apenas podía oírla, pero asintió, se giró hacia el viento y se abrió paso camino abajo. *Algo está a punto de nacer, había dicho Nada. Algo…*

La consejera estaba gritando. Más órdenes. Blistig, al llegar al borde del camino, bajó arrastrándose por la ladera de atrás. Nada y Menos pasaron junto a él, se dirigían hacia donde todavía permanecía la consejera sobre el camino.

El estallido inicial de viento se había calmado un poco, se había convertido en un aliento más largo y firme que se prolongaba hacia la ciudad y la conflagración que se avecinaba.

—¡Hay soldados! —chillaba la consejera—. ¡Tras la brecha! ¡Los quiero fuera!

El niño, Larva, trepó por la ladera, flanqueado por los perros Torcido y Cucaracha.

Y más figuras pasaron arremolinadas junto a Blistig. Khundryl. Hechiceros, brujas. Voces que se lamentaban, una algarabía de fondo, una fuerza que crecía, que se alzaba de la tierra magullada. El puño Blistig se giró en redondo, un ritual, magia, ¿qué estaban haciendo? Miró atrás, al caos del campamento, vio oficiales entre las figuras que se afanaban, no eran idiotas. Ya se estaban retirando…

La voz de Nada, estridente en el camino.

—¡Podemos sentirla! ¡Alguien! ¡Espíritus del inframundo, qué poder!

—¡Ayudadla, malditos seáis!

Una bruja chilló y estalló en llamas en el camino. Unos momentos después, dos hechiceros se acurrucaron cerca de Blistig y parecieron fundirse delante de sus ojos, deshacerse en ceniza blanca. Se quedó mirando, horrorizado. *¿Ayudarla? ¿Ayudar a quién?* Se subió al borde del camino una vez más.

Y pudo ver, en el corazón de la brecha, un oscurecimiento en las llamas.

El fuego parpadeó alrededor de otra bruja, después se apagó cuando algo… algo rodó sobre todos los que estaban en el camino (un poder fresco, dulce), *como el aliento de un dios misericordioso.* Hasta Blistig, que despreciaba todo lo mágico, pudo sentir su emanación, esa voluntad terrible, hermosa.

Que hacía retroceder las llamas de la brecha y abría un remolino que era un túnel oscuro.

Del que salieron tambaleándose unas figuras.

Menos estaba de rodillas cerca de la consejera, la única persona del camino que continuaba en pie, y Blistig vio a la chica wickana volverse hacia Tavore y la oyó decir:

—Es Peccado. Consejera, esa niña es una maga suprema. Y ni siquiera lo sabe…

La consejera se volvió y vio a Blistig.

—¡Puño! ¡En pie! Pelotones y sanadores adelante. ¡Ahora! Están pasando, puño Blistig, ¿me entiende? ¡Necesitan ayuda!

Él consiguió ponerse de rodillas, pero no pudo seguir. Se quedó mirando a la mujer. No era más que una silueta, el mundo tras ella nada salvo llamas, una tormenta de fuego

que crecía y crecía sin parar. Algo frío, atravesado de dolor, le llenó el pecho.

Una visión.

Solo podía mirar.

Tavore lanzó un gruñido y después se volvió hacia el chiquillo flaco que tenía cerca.

—¡Larva! ¡Busca algún oficial abajo, en nuestro campamento! Necesitamos…

—¡Sí, consejera! Setecientos noventa y uno, consejera. El puño Keneb. El puño Tene Baralta. Vivos. Voy a buscar ayuda.

Y después pasó corriendo junto a Blistig, bajó por la ladera, los perros siguiéndolo sin ruido.

Una visión. Un presagio, sí. Ahora lo sé, lo que nos aguarda. En el otro extremo. Al final de este camino tan largo. Oh, dioses…

La mujer se había girado y le daba la espalda. Había clavado los ojos en la ciudad quemada en la patética fila serpenteante de supervivientes que salían tropezando por el túnel. Setecientos noventa y uno. De tres mil.

Pero está ciega. Ciega a lo que yo veo.

La consejera Tavore. Y un mundo quemado.

Las puertas se abrieron de golpe, arrastraron un trasfondo de humo y calor que envolvió los tobillos de Corabb, después subió y lo rodeó todo, el humo se acumuló en la cúpula, varias corrientes caprichosas lo empujaron y tiraron de él. El guerrero se colocó delante de los niños acurrucados y sacó su cimitarra.

Oyó voces malazanas, después vio figuras que salían de la oscuridad del pasillo. Soldados, una mujer en cabeza. Al ver a Corabb, se detuvo.

Un hombre pasó junto a la mujer. La cara cubierta de ampollas lucía los rastros mutilados de unos tatuajes.

—Soy Iutharal Galt —dijo con voz áspera—. Pardu…

—Traidor —soltó Corabb—. Soy Corabb Bhilan Thenu'alas. Segundo de Leoman de los Mayales. Tú, pardu, eres un traidor.

—¿Importa ya eso? De todos modos, estamos todos muertos.

—Ya basta —dijo un soldado con la piel del color de la medianoche en un mal ehrlitano con mucho acento—. Rebanagaznates, mata a ese idiota…

—¡Espera! —intervino el pardu, después agachó la cabeza y añadió—. Sargento. Por favor. Esto no tiene sentido…

—Fueron esos cabrones los que nos metieron en esta trampa, Galt —respondió el sargento.

—No —dijo Corabb, y atrajo su atención una vez más—. Leoman de los Mayales nos ha traído esto. Él y solo él. Fuimos… todos fuimos traicionados…

—¿Y dónde se esconde? —preguntó el que se llamaba Rebanagaznates, había levantado los cuchillos largos y lucía una mirada asesina en los ojos pálidos.

—Huyó.

—Temul se hará con él, entonces —dijo Iutharal Galt mientras se giraba hacia el sargento—. Han rodeado la ciudad…

—Es inútil —lo interrumpió Corabb—. No se fue por ahí. —Señaló tras él, hacia el altar—. Una puerta de hechicería. La reina de los Sueños… se lo llevó de aquí. A él, al mago supremo L'oric y a una mujer malazana llamada Gorrionpardo…

Las puertas se abrieron una vez más y los malazanos giraron en redondo cuando se acercaron las voces, gritos de

dolor, toses, maldiciones, después se relajaron. Más hermanos, comprendió Corabb. Más malditos enemigos. Pero el pardu tenía razón. El único enemigo que había ya era el fuego. Se giró para mirar a los niños y se estremeció al ver sus ojos llenos de miedo, se volvió de nuevo, pues no tenía nada que decirles. Nada que mereciera la pena ser escuchado.

Cuando entró tropezando en el pasillo, Botella jadeó. Aire frío, polvoriento, que lo adelantaba veloz (¿dónde? ¿cómo?), y después Sepia cerró de un empujón las puertas otra vez, lanzando un taco al quemarse las manos.

Más adelante, en el umbral que llevaba a la cámara del altar, había más malazanos. Bálsamo y su pelotón. La borracha kartooliana, Hellian, el cabo Reem y unos cuantos más de los pesados de Sobelone. Y tras ellos, en la nave en sí, un único guerrero rebelde y tras él, niños.

Pero el aire... el aire...

Koryk y Chapapote lo adelantaron arrastrando a Cuerdas. Cachipolla y Destello de Ingenio habían sacado los cuchillos carniceros otra vez, pero el rebelde lanzó su cimitarra a un lado, el arma tintineó con tono hueco en el suelo de azulejos. *Dioses del inframundo, uno de ellos se ha rendido de verdad.*

El calor irradiaba de los muros de piedra, la tormenta de fuego del exterior no respetaría ese templo mucho más. Los últimos veinte pasos para rodear la esquina del templo hasta la fachada principal habían estado a punto de matarlos, sin viento, el aire lleno de los crujidos de los ladrillos que explotaban, los adoquines combados, las llamas que parecían alimentarse del aire en sí, que bajaban rugiendo por las calles, subían como una espiral y destellaban como

enormes serpientes encapuchadas sobre la ciudad. Y el sonido… todavía podía oírlo, tras los muros, acercándose, el sonido… *es terrible. Terrible.*

Gesler y Cordón se acercaron a Bálsamo y Hellian, y Botella se aproximó para escuchar su conversación.

—¿Aquí venera alguien a la reina de los Sueños? —preguntó Gesler.

Hellian se encogió de hombros.

—Digo yo que ya es un poco tarde para empezar. De todos modos, Corabb Bhilan Thenu'alas, allí, nuestro prisionero, afirma que Leoman ya ha hecho ese trato con ella. Claro que quizá la diosa no esté por jugar a los favoritos…

Un repentino crujido estridente sobresaltó a todo el mundo, el altar acababa de saltar en pedazos, y Botella vio que Bollito, el saboteador chiflado, acababa de mearse en él.

Hellian se echó a reír.

—Bueno, olvidaos de esa idea.

—Por los huevos del Embozado —siseó Gesler—. Que alguien mate a ese cabrón, por favor.

Bollito había notado la repentina atención y miró a su alrededor con expresión inocente.

—¿Qué?

—Quiero decirte unas palabritas —dijo Sepia mientras se levantaba—. Referentes a la muralla…

—¡No fue culpa mía! ¡Que no había usado malditos nunca!

—Bollito…

—Y no me llamo así tampoco, sargento Cordón. Soy Jambador Tronco, y era mariscal supremo en los Irregulares de Mott…

—Bueno, pues ya no estás en Mott, Bollito. Y tampoco eres Jambador Tronco. Eres Bollito y más vale que te vayas

acostumbrando.

Una voz detrás de Botella.

—¿Dijo Irregulares de Mott?

Botella se giró y asintió mirando a Cuerdas.

—Sí, sargento.

—Dioses del inframundo, ¿quién lo reclutó?

Botella se encogió de hombros y estudió a Cuerdas por un momento. Koryk y Chapapote lo habían llevado justo hasta el interior de la entrada de la nave y el sargento se había apoyado en un pilar que la flanqueaba, la pierna herida estirada y la cara muy pálida.

—Será mejor que me ocupe de eso…

—No tiene sentido, Botella, las paredes van a explotar; se siente el calor incluso en esta puñetera columna. Es asombroso, hay aire ahí dentro… —Se le apagó la voz y Botella vio que su sargento fruncía el ceño y después posaba las dos manos con la palma hacia abajo en los azulejos—. Hmm.

—¿Qué pasa?

—Aire fresco, que sube entre los azulejos.

¿Criptas? ¿Bodegas? Pero sería aire muerto ahí abajo…

—Vuelvo en un momento, sargento —dijo, se volvió y se dirigió al altar agrietado. Un estanque de agua humeaba justo detrás. Podía sentir el viento, la corriente que se alzaba del suelo. Se detuvo y se puso a gatas.

Y envió sus sentidos hacia abajo, en busca de chispas de vida.

Abajo, a través de capas de escombros compactos y luego, movimiento en la oscuridad, el destello de vida. Aterrada, abriéndose paso hacia abajo, siempre hacia abajo, la corriente de aire acariciaba el pelo suave. Ratas que huían.

Huían. ¿Adónde? Sus sentidos bailaron por el subsuelo, a través de los escombros, rozando criatura tras criatura. Oscuridad, chorros de aire que suspiraban. Olores, ecos, piedra húmeda…

—¡Todo el mundo! —gritó Botella, y se levantó—. ¡Tenemos que romper este suelo! Con lo que encontréis… ¡tenemos que atravesarlo!

Lo miraron como si se hubiera vuelto loco.

—¡Hay que excavar! Esta ciudad… ¡está construida sobre ruinas! Tenemos que encontrar un modo de descender… entre ellas… malditos seáis todos… ¡ese aire viene de alguna parte!

—¿Y qué somos nosotros? —inquirió Cordón—. ¿Hormigas?

—Hay ratas, abajo, miré por sus ojos… ¡lo vi! Cavernas, cuevas… ¡pasajes!

—¿Que hiciste qué? —Cordón avanzó hacia él.

—¡Espera, Cordón! —dijo Cuerdas y se dio la vuelta donde estaba sentado—. Escúchalo. Botella, ¿puedes seguir a una de esas ratas? ¿Puedes controlar una?

Botella asintió.

—Pero hay cimientos bajo este templo… Tenemos que atravesarlos…

—¿Cómo? —preguntó Sepia—. ¡Acabamos de deshacernos de todas las municiones!

Hellian le dio una colleja a uno de sus soldados.

—¡Tú, Sinaliento! ¿Todavía tienes ese buscapiés?

Cada zapador de la sala se cernió de repente sobre el soldado llamado Sinaliento. Este miró al suelo, aterrado, y después sacó un pincho con forma de cuña y recubierto de cobre.

—¡Dejadlo, atrás! —gritó Cuerdas—. Todo el mundo. Todo el mundo salvo Sepia. Sepia, ¿puedes hacerlo, verdad? Nada

de errores.

—Ni uno solo —dijo Sepia y cogió con cuidado el pincho de las manos de Sinaliento—. ¿Quién tiene todavía una espada? Algo duro y lo bastante grande como para romper estos azulejos…

—Yo. —El hombre que habló era el guerrero rebelde—. O, la tenía, está allí. —Señaló.

La cimitarra fue a las manos de Tulipán, que aporreó los azulejos en un frenesí que mandó los preciados azulejos incrustados volando por todas partes hasta que se abrió en el suelo un tosco agujero angular.

—Nos basta, échate atrás, Tulipán. Todo el mundo, pegaos a los muros exteriores todo lo que podáis y tapaos la cara, los ojos, las orejas…

—¿Cuántas manos te crees que tenemos cada uno? —inquirió Hellian.

Carcajadas.

Corabb Bhilan Thenu'alas se los quedó mirando como si hubieran perdido la cabeza.

Un crujido que reverberó e hizo estremecerse el templo entero, el polvo empezó a caer. Botella levantó la cabeza con todos los demás y vio las lenguas de fuego que se metían por una fisura de la cúpula, que había empezado a combarse.

—Sepia…

—Ya la veo. Reza para que este buscapiés no haga que esto se nos derrumbe encima.

Colocó el pincho.

—Botella, ¿hacia dónde quieres que apunte?

—Hacia el lado del altar. Hay un espacio, de dos, quizá tres brazas hacia abajo.

—¿Tres? Dioses del inframundo. Bueno, veremos.

Las paredes exteriores estaban calientes como las de un horno, unos crujidos penetrantes llenaron el aire cuando el inmenso templo empezó a asentarse. Podían oír el chirrido de los cimientos deslizándose bajo las presiones que se movían. El calor aumentaba.

—¡Seis y contando! —gritó Sepia y se apartó corriendo.

Cinco… cuatro… tres…

El buscapiés estalló entre un granizo mortal de trocitos de piedra y fragmentos de azulejo. La gente gritó de dolor, unos niños chillaron, el polvo y el humo llenaron el aire y después, en el suelo, los sonidos de escombros cayendo, golpeando cosas muy abajo, rebotando, precipitándose todavía más…

—¡Botella!

Al oír la voz de Cuerdas se fue arrastrando hasta el agujero abierto. Tenía que encontrar otra rata. Allí abajo, en algún sitio. *Una rata que pueda cabalgar mi alma. Una rata que nos lleve fuera.*

No les dijo nada a los demás de las otras cosas que había percibido revoloteando entre las chispas de vida en las aparentemente innumerables capas de ciudad muerta y enterrada allí abajo, que bajaba, bajaba y bajaba, el aire alzándose con un hedor a descomposición, la oscuridad opresora, las rutas estrechas y torturadas. *Abajo. Todas esas ratas, huyendo hacia abajo. Ninguna, ninguna que esté a mi alcance trepando a la libertad, al aire nocturno. Ninguna.*

Las ratas siempre huyen. Aun cuando no hay adónde ir.

Adelantaban a Blistig transportando soldados heridos, quemados. Dolor y conmoción, carne agrietada, abierta, de un rojo chillón, como carne asada, que, comprendió, aturdido, era lo que era. La ceniza blanca del vello, en los

miembros, donde antes había cejas, en las testas ampolladas. Restos ennegrecidos de ropas, manos fundidas en las empuñaduras de las armas, quería darse la vuelta, quería con desesperación darles la espalda, pero no podía.

Se encontraba a mil quinientos pasos de distancia del camino y sus linderos de hierba quemada y todavía podía sentir el calor. Más allá, un dios del fuego devoraba el cielo sobre Y’Ghatan (Y’Ghatan, derrumbándose, fundiéndose y convirtiéndose en escoria), la muerte de la ciudad era tan horrible para él como la fila de los soldados supervivientes de Keneb y Baralta.

¿Cómo podía haber hecho eso? Leoman de los Mayales, has convertido tu nombre en una maldición que nunca morirá. Jamás.

Alguien se puso a su lado y, tras un largo momento, Blistig volvió la cabeza. Y frunció el ceño. La garra, Perla. Los ojos del hombre estaban rojos, durhang, no podía ser otra cosa, pues el tipo había permanecido en su tienda, en el otro extremo del campamento, como si le diera igual esa noche brutal.

—¿Dónde está la consejera? —preguntó Perla en voz baja y áspera.

—Ayudando con los heridos.

—¿Se ha venido abajo? ¿Está a gatas en el barro empapado en sangre?

Blistig estudió al hombre. Aquellos ojos, ¿había estado llorando? No. Durhang.

—Vuelve a decir eso, garra, y no seguirás con vida mucho más tiempo.

Aquel hombre alto se encogió de hombros.

—Mira esos soldados quemados, puño. Hay cosas peores que morir.

—Los sanadores están con ellos. Hechiceros, brujas de mi compañía…

—Algunas cicatrices no pueden curarse.

—¿Qué estás haciendo aquí? Regresa a tu tienda.

—He perdido a alguien esta noche, puño. Iré donde me plazca.

Blistig apartó la mirada. Había perdido a alguien. ¿Y qué había de más de dos mil soldados malazanos? *Keneb ha perdido a la mayoría de sus infantes y entre ellos, veteranos inestimables. La consejera ha perdido su primera batalla, oh, los archivos imperiales recogerán una gran victoria, la aniquilación de los últimos vestigios de la rebelión de Sha'ik. Pero nosotros, los que estamos aquí esta noche, sabremos la verdad durante el resto de nuestras vidas.*

Y esta consejera, Tavore, está lejos de haber terminado. Lo he visto.

—Vuelve con la emperatriz —dijo Blistig—. Cuéntale la verdad de esta noche.

—¿Y qué sentido tendría eso, puño?

Abrió la boca para hablar, después la volvió a cerrar.

—Se enviará recado a Dujek Unbrazo —dijo Perla—, y él, a su vez, informará a la emperatriz. De momento, sin embargo, es más importante que Dujek lo sepa. Y que comprenda, como estoy seguro que lo hará.

—¿Comprender qué?

—Que con el Decimocuarto Ejército ya no se puede contar como fuerza de lucha en Siete Ciudades.

¿Es eso verdad?

—Eso queda por ver —dijo—. En cualquier caso, la rebelión está aplastada…

—Leoman escapó.

—¿Qué?

—Ha escapado. Por la senda de D’riss, bajo la protección de la reina de los Sueños; solo ella sabrá, supongo, de qué le servirá ese hombre. Admito que esa parte me preocupa, los dioses son, por naturaleza, insondables la mayor parte del tiempo y ella más que la mayoría. Encuentro ese detalle… inquietante.

—Quédate aquí, entonces, y apúrate por ello. —Blistig se dio la vuelta y se dirigió hacia las tiendas del hospital erigido a toda prisa. Que el Embozado se llevase a esa puñetera garra. Y cuanto antes, mejor. ¿Cómo podía saber esas cosas? Leoman… vivo. Bueno, quizá se podría hacer que eso trabajase a favor del Imperio, quizá su nombre se convertiría en una maldición también entre los pueblos de Siete Ciudades. El Traidor. El comandante que asesinó a su propio ejército.

Pero así somos. Mira el puño supremo Pormqual, después de todo. Pero su crimen fue la estupidez. El de Leoman ha sido… maldad pura. Si existe de verdad tal cosa.

La tormenta continuó haciendo estragos, desatando oleadas de calor que ennegrecían el campo circundante. Las murallas de la ciudad se habían desvanecido, ningún muro hecho por el hombre podía soportar la furia de ese demonio. Un reflejo distante, pálido, comenzaba a verse en el este. El sol, que se alzaba para conocer a su hijo.

Su alma cabalgó a lomos de una criatura pequeña, insignificante, alimentada por un corazón diminuto, disparado, y miraba por ojos que penetraban en la oscuridad. Como un fantasma remoto, sujeto por la más fina de las cadenas, Botella podía sentir su propio cuerpo mucho más arriba, en alguna parte, deslizándose entre detritos, lleno de cortes y arañazos, la cara caída, los ojos forzados.

Las manos magulladas tiraban de él (las suyas, estaba seguro), y podía oír a los soldados moviéndose detrás de él, el llanto de los niños, los chirridos y las trampas de las hebillas, las correas de cuero que enmarañaban, los escombros que alguien apartaba, a los que alguien se aferraba, sobre los que alguien trepaba.

No tenía ni idea de cuánto habían recorrido. La rata buscaba los pasajes más anchos y altos, siguiendo los aullidos y silbidos del viento. Si todavía quedaba alguien en el templo, aguardando su turno para entrar en ese túnel torturado, ese turno nunca llegaría, pues el aire en sí habría estallado en llamas a esas alturas y el templo no tardaría en derrumbarse y enterrar sus cadáveres ennegrecidos en piedra fundida.

Cuerdas estaría entre esas víctimas, el sargento había insistido en entrar el último, justo detrás de Corabb Bhilan Thenu'alas. Botella recordó esos momentos fantásticos, antes de que se hubieran despejado siquiera las nubes de polvo, cuando llovían pedazos del techo de la cúpula…

—¡Botella!

—¡Estoy buscando! —Sondeando en el subsuelo, por las grietas y fisuras, a la caza de vida. Vida de sangre caliente. Rozando y después cerniéndose sobre la conciencia muda de una rata, ágil, sana, pero sobrecalentándose de terror. Anuló las escasas defensas del animal, atenazó su alma con un control férreo, esa fuerza leve, titubeante, pero lo bastante vigorosa como para meterse en la carne y los huesos que la refugiaban. Astuta, extrañamente orgullosa, calentada por la presencia de sus hermanas, la regla del amo del enjambre, pero todo había caído en el caos, el impulso de la supervivencia arrasaba con lo demás. Bajaba a

toda velocidad, seguía el rastro, seguía los aromas intensos del aire...

Y luego giraba, empezaba a trepar hacia arriba una vez más, y Botella podía sentir su alma en sus manos. Con una quietud absoluta una vez capturada. Observadora, curiosa, serena. Había algo más, él siempre lo había sabido, mucho más en las criaturas. Y muy pocos que las comprendieran como lo hacía él, muy pocos que pudieran tender la mano y sujetar esas almas y encontrar así esa extraña telaraña de confianza enmarañada con suspicacia, miedo con curiosidad, necesidad con lealtad.

Él no estaba guiando a esa criatura a su muerte. Nunca lo haría, no podría, y de algún modo el animalito parecía entenderlo, percibir que su vida, su existencia, había adquirido un propósito mayor.

—La tengo —se oyó decir Botella.

—¡Pues baja ahí!

—Todavía no. Necesita encontrar una forma de subir, para que nos vuelva a llevar abajo…

—¡Dioses del inframundo!

Gesler habló entonces.

—Comenzad a adoptar niños, soldados. Quiero uno entre todos los que estáis detrás de Sepia, puesto que Sepia irá justo detrás de Botella…

—Dejadme a mí para el final —dijo Cuerdas.

—Tu pierna…

—De eso se trata, Gesler.

—Tenemos otros heridos, hay alguien guiando o arrastrando a cada uno. Viol…

—No. Yo voy el último. Quienquiera que vaya justo delante de mí, vamos a tener que cerrar este túnel, o sino el fuego nos va a seguir abajo…

—Hay puertas de cobre. Cubrían el estanque. —Eso lo dijo Corabb Bhilan Thenu’alas—. Yo me quedaré contigo. Juntos, usaremos esos paneles para sellar nuestra retirada.

—¿El penúltimo? —gruñó alguien—. Solo quieres matar a Viol y…

—¿Y qué, malazano? No, si se me permitiera, iría el último. Permanecí junto a Leoman…

—Me doy por satisfecho con eso —dijo Cuerdas—. Corabb, tú y yo, con eso servirá.

—Espera —dijo Hellian y se inclinó hacia Botella—. Yo no pienso meterme ahí abajo. Más vale que alguien me mate ahora mismo…

—Sargento…

—De eso nada, hay arañas ahí abajo…

El sonido de un puño estrellándose contra una mandíbula y después un cuerpo que se derrumbaba.

—Urb, acabas de derribar a tu sargento.

—Sí. Hace mucho que la conozco, ¿sabes? Es una buena sargento, penséis lo que penséis.

—Eh. Claro.

—Son las arañas. No iba a bajar ahí, eso seguro, ahora tengo que amordazarla y atarle los brazos y los pies, la arrastraré yo mismo…

—Si esta es una buena sargento, Urb, ¿cómo tratas a los que son malos?

—Nunca tuve ningún otro sargento, y no pienso tenerlo.

Abajo, la amplia fisura que Botella había percibido antes, su rata liberándose con un esfuerzo e intentando seguir esa grieta ancha pero poco profunda, ¿demasiado poco profunda? No, podían meterse por allí, y allí, debajo de la fisura, una cámara inclinada de algún tipo, la mayor parte del techo intacto y la mitad inferior de una entrada, mandó a la rata por allí y tras la puerta…

—¡Lo tengo! ¡Hay una calle! Parte de una calle… no sé muy bien a qué distancia…

—¡Da igual! ¡Llévanos abajo, maldito seas! ¡Están empezando a salirme ampollas por todas partes! ¡Deprisa!

Está bien. ¿Por qué no? Como mínimo, conseguiré que ganemos unos momentos más. Se deslizó por el pozo. Tras él, voces, botas que se arrastraban, el siseo de dolor cuando la carne tocaba la piedra caliente.

—¿Está muy caliente el agua de ese estanque? —dijo una voz con tono débil—. ¿Ya hierve? ¿No? Bien, los que tengan cantimploras y botas de agua, llenadlas ya…

Bajaron a la abertura mientras la rata se escabullía por aquella calle inclinada, llena de basura, bajo un techo de escombros compactos…

Botella sintió su cuerpo empujar por una fisura y después precipitarse por una sección de techo bajo de la calle. Rocas, argamasa y trozos de cerámica bajo las manos que lo cortaban y arañaban al arrastrarse. En otro tiempo recorrida a pie, esa avenida, en una época pasada mucho tiempo atrás. Las carretas habían traqueteado por allí, los cascos de los caballos habían resonado, y había habido olores intensos. A lo que se cocinaba en las casas cercanas, al ganado que conducían a las plazas de los mercados. Reyes y pobres, grandes magos y sacerdotes ambiciosos. *Todos desaparecidos. Convertidos en polvo.*

La calle se inclinaba con brusquedad allí donde los adoquines se habían combado y hundido para llenar una cámara subterránea, no, una antigua cloaca, revestida de ladrillo, y era por ese canal por el que se había colado su rata.

Botella apartó los trozos rotos de adoquín y bajó por ese pozo. Heces desecadas en un lecho fino y poco profundo bajo él, los cascarones de insectos muertos, caparazones que crujían cuando se deslizaba por encima. Un lagarto pálido, largo como su antebrazo, huyó con un susurro por una grieta lateral. A Botella se le engancharon en la frente hebras de una telaraña, lo bastante duras como para detenerlo por un momento antes de partirse de forma audible. Sintió que algo le aterrizaba en el hombro, le corría por la espalda y después saltaba.

Tras él, Botella oyó a Sepia toser en el polvo que levantaba a su paso y que cubría al zapador con las ráfagas de viento. Un niño había estado llorando más atrás, pero ya se había callado, solo el sonido del movimiento, jadeos de esfuerzo. Justo delante, una sección del túnel se había derrumbado. La rata había encontrado una forma de pasar, así que el mago sabía que la barrera no era impracticable. Al llegar a ella, empezó a apartar los escombros.

Sonrisas le dio un empujoncito a la niña que tenía delante.

—Sigue —murmuró—, no te pares. No falta mucho ya. —Todavía podía oír los suspiros de la pequeña, no lloraba, por lo menos todavía no, solo el polvo, tanto polvo con tanta gente arrastrándose por delante. Tras ella, unas manos pequeñas le tocaban los pies llenos de ampollas una y otra vez, le abrían, como si fueran lancetas, punzadas crueles de dolor que le subían por las piernas, pero se contuvo. *El puñetero mocoso no sabe lo que hace, ¿verdad? ¿Y por qué tienen unos ojos tan grandes que miran así? Como perritos muertos de hambre.*

—Sigue gateando, pequeña. Queda poco…

El niño que tenía detrás estaba ayudando a Tavos Estanque, cuya cara estaba envuelta en vendas ensangrentadas. Koryk iba justo detrás de ellos. Sonrisas podía oír al mestizo seti, que no dejaba de canturrear una especie de salmodia. Seguro que era lo único que impedía que aquel estúpido sufriera un ataque de pánico mortal. Al tipo le gustaba el espacio abierto de su sabana, ¿no? No túneles retorcidos y estrechos.

Nada de lo cual le molestaba a ella. Había pasado por cosas peores. A veces, mucho tiempo atrás, había vivido en cosas peores. Aprendías a contar solo con lo que estaba al alcance y siempre que el camino que tenías por delante estuviera despejado, seguía habiendo esperanza, una oportunidad.

Ojalá esa mocosa no se parara continuamente. Otro empujoncito.

—Sigue, muchachita. Falta poco, ya lo verás…

Gesler fue avanzando por una oscuridad como boca de lobo. Oía los gruñidos pesados de Tulipán delante de él y los canturreos enloquecedores de Bollito detrás. El enorme soldado, cuyos pies desnudos no dejaban de tocar las manos estiradas de Gesler, lo estaba pasando bastante mal y el sargento notaba las manchas de sangre que Tulipán iba dejando al encogerse y empujarse con las manos por aquel pasaje estrecho y serpenteante. Jadeos densos, toses… no… no eran toses…

—Que el Abismo nos lleve, Tulipán —siseó Gesler—, ¿qué te hace tanta gracia?

—Cosquillas —exclamó el hombre—. Me… hace… cosquillas. Los… pies…

—¡Tú sigue moviéndote, maldito idiota!

Tras él, la tonta canción de Bollito continuaba.

Y yo digo, oh, yo digo en el pantano los árboles, qué risa,
tienen pies blandos y barbas musgosas, qué apaño,
y se mecen en la olorosa brisa
de esa agua cenagosa color amarillo y castaño.

Oh, estábamos en el ranoso saposo amanecer,
boca abajo en las sanguijuelas y recogiendo huevas, hay que crecer,
porque cuando les das a esos gusanos un apretón,
las azules cuerdas rosadas bajando van que las ves enflaquecer…

¡Y no saben dulces ni nada!
¡Y no saben dulces ni nada!
Dulces como la nata, oh, sí,
dulces como la nata…

A Gesler le apetecía chillar, como estaba haciendo alguien más adelante. Chillar, pero no podía reunir aliento suficiente, estaba todo muy comprimido, era demasiado fétido, lo que había sido el aire fresco que se deslizaba entre ellos hedía a sudor, a orina y el Embozado sabría a qué más. La cara de Verdad no hacía más que volver a él, alzándose en su mente como una acusación pavorosa. Gesler y Tormenta habían sacado al recluta de tantos apuros desde la maldita rebelión. Lo habían mantenido con vida, le habían enseñado formas de sobrevivir en ese maldito mundo del Embozado.

¿Y qué hace él? Se mete corriendo en un palacio ardiendo. Con media docena de malditos a la espalda. Dioses, en una cosa tenía razón, sin embargo, el fuego no

podía llevárselo, entró hasta el fondo y eso fue lo que nos salvó… hasta ahora. Hizo retroceder esa tormenta con una explosión. Nos salvó…

A su alrededor los soldados estaban llenos de ampollas, quemados. Tosían con cada bocanada de aire que metían en los pulmones abrasados. *Pero no yo.* Podía sentir a ese dios menor, dentro de la tormenta de fuego. Podía sentirlo, un niño enfurecido que sabía que iba a morir demasiado pronto. *Bien, no te mereces nada más.* El fuego no podía hacerle daño, pero eso no significaba que tuviera que arrodillarse y rezarle, ¿verdad? Él no había pedido nada de aquello. Él, Tormenta y Verdad… solo Verdad estaba muerto. Jamás había esperado…

Y yo digo, y yo digo, ese viejo puente
tiene pies de piedra y argamasa blanca como masa,
y los tejones cuelgan del frente
columpiándose todo el día hasta casa.

Oh, arrancábamos parras de ya sabes dónde
y nos metíamos en las orejas dulce, dulcísima marga.
Tú saca esos tejones volando, buen conde,
mételos en las ollas de la chimenea, qué larga…

¡Y no saben dulces ni nada!
¡Y no saben dulces ni nada!
Dulces como la nata, oh, sí,
dulces como la nata…

Cuando saliera de allí iba a retorcer el cuello escuálido de Bollito. ¿Mariscal supremo? Por todos los dioses del inframundo…

Y yo digo, oh, yo digo, la torre de ese hechicero…

El cabo Chapapote tiraba de los brazos de Balgrid sin hacer caso de los chillidos del hombre. Cómo se las había arreglado aquel mago para no adelgazar durante aquella marcha interminable resultaba incomprensible. Y al final seguro que letal. Claro que, lo gordo se podía estrujar y meter mientras que los músculos poderosos no. Al menos ya era algo.

Balgrid aulló cuando Chapapote lo arrastró por la grieta.

—¡Me vas a arrancar los brazos!

—Te atascas, Balgrid —dijo Chapapote—, y Urb, que va detrás de ti, a este paso te sacará el cuchillo…

Una voz apagada del hombretón que iba detrás de Balgrid:

—Y que lo digas, joder. Te voy a despiezar como a un cerdo, mago. Lo juro.

La oscuridad era lo peor de todo, qué más daban las arañas, los escorpiones y los ciempiés, era la oscuridad lo que reconcomía y desgarraba la cordura de Chapapote. Al menos Botella tenía los ojos de una rata para mirar. Las ratas podían ver en la oscuridad, ¿verdad? Claro que, quizá no. Quizá solo usaban la nariz, los bigotes, las orejas. Quizá eran demasiado estúpidas para volverse locas.

O ya están locas. Nos está guiando una rata chiflada…

—¡Estoy atascado otra vez, oh, dioses! ¡No puedo moverme!

—Deja de gritar —dijo Chapapote, que se dio la vuelta y se giró una vez más. Estiró las manos para coger los brazos del hombre—. ¿Oyes eso, Balgrid?

—¿Qué? ¿Qué?

—No estoy seguro. Creí oír los cuchillos de Urb saliendo de las vainas.

El mago hizo un esfuerzo y empezó su penosa progresión, dando patadas, arañando el suelo.

—Tú dejas de moverte otra vez —le gruñó Bálsamo al niño que tenía delante— y te llevan los lagartos. Te van a comer vivo. Nos van a comer vivos a todos. Son lagartos de cripta, maldito enano. ¿Sabes lo que hacen los lagartos de cripta? Te diré lo que hacen. Comen carne humana. Por eso se llaman lagartos de cripta, solo que no les importa que sea carne viva…

—¡Por el amor del Embozado! —rezongó Olor a Muerto detrás de él—. Sargento… así no…

—¡Cierra el pico! Sigue moviéndose, ¿no? Oh, sí, vaya si sigue. ¡Lagartos de cripta, mocoso! ¡Oh, sí!

—Espero que no sea tío de nadie, sargento.

—Empiezas a ser casi peor que Jarretesgrandes, cabo, con esa bocaza que tienes. Quiero un pelotón nuevo…

—Nadie lo aceptará, no después de esto…

—Tú qué sabrás, Olor a Muerto.

—Sé que si fuera ese crío que lleva delante, le cagaría en toda la cara.

—¡Calla! ¡Le estás dando ideas, maldito seas! Me cagas, chaval, y te ato, oh sí, te ato y te dejo para los lagartos de cripta…

—¡Escúchame a mí, pequeñín! —exclamó Olor a Muerto, su voz levantó ecos—. ¡Esos lagartos de cripta, son de grandes como tu pulgar! Bálsamo solo…

—Te voy a ensartar, Olor a Muerto. ¡Lo juro!

Corabb Bhilan Thenu’alas se arrastraba por el suelo. El malazano que llevaba detrás iba jadeando, la única indicación de que el hombre todavía lo seguía. Habían conseguido dejar caer uno de los paneles de cobre sobre el

pozo, se habían quemado las manos (quemaduras graves, el dolor no desaparecía); Corabb sentía las palmas como cera blanda, deformadas por las piedras que agarraban, los salientes a los que se aferraban.

Jamás había sentido un dolor tan atroz. Estaba bañado en sudor, le temblaban los miembros, el corazón le martilleaba en el pecho como una bestia atrapada.

Se metió por un espacio muy estrecho y se hundió en lo que parecía la superficie de una calle, aunque rozó con la cabeza los escombros de piedra de arriba. Avanzó deslizándose, jadeando, y oyó al sargento bajar tras él.

Y entonces el suelo se sacudió, el polvo les llovió encima, denso como arena. Truenos, una conmoción tras otra, machacando desde arriba. Una oleada de aire abrasador los barrió desde atrás. Humo, polvo…

—¡Avanzad! —chilló Cuerdas—. Antes de que el techo ceda…

Corabb echó un brazo atrás y fue tanteando hasta que cogió una de las manos del malazano, el hombre estaba medio enterrado bajo los escombros, le costaba respirar bajo el peso que se asentaba sobre él. Corabb tiró y después tiró un poco más fuerte.

Un gruñido salvaje del malazano y después, con un fuerte estrépito, ladrillos y piedras que caían con un golpe seco. Corabb liberó al hombre de un tirón.

—¡Vamos! —siseó—. Hay un pozo ahí delante, una cloaca, el resto fue por ahí abajo, agárrate a mis tobillos, sargento…

El viento estaba venciendo al calor turbio.

Corabb se lanzó de cabeza al pozo y arrastró a Cuerdas con él.

La rata había llegado a un pozo vertical de paredes lo bastante bastas como para poder bajar. El viento subía por allí con un aullido, repleto de hojas podridas, polvo y fragmentos de insectos. La criatura seguía descendiendo cuando Botella se aupó al saliente. Los detritos le escocieron en los ojos cuando se asomó.

No vio nada. Arrancó un trozo de escombro y lo tiró al fondo, lejos de las paredes. Su alma, que cabalgaba sobre la de la rata, percibió su paso. Las orejas del roedor se aguzaron, a la espera. Cuatro latidos humanos después hubo un crujido apagado, sordo, de piedra contra piedra, unos cuantos más y después nada. *Oh, dioses…*

Sepia habló tras él.

—¿Qué pasa?

—Un pozo, baja hasta el fondo, y es muy profundo.

—¿Podemos bajar trepando?

—Mi rata sí.

—¿Qué anchura tiene?

—No mucha, y se va estrechando.

—Tenemos personas heridas aquí detrás, y Hellian sigue inconsciente.

Botella asintió.

—Pasa lista, quiero saber cuántos han llegado. También necesitamos correas, cuerda, lo que sea, todo. ¿Soy yo o tú también oíste derrumbarse el templo?

Sepia se volvió, dijo que pasaran lista, y que hicieran correr la petición de correas y cuerda, después se giró una vez más.

—Sí, se desplomó. Cuando el viento amainó. Gracias al Embozado que ha vuelto o estaríamos asándonos, o asfixiándonos, o las dos cosas.

Bueno, todavía no hemos salido…

—Sé lo que estás pensando, Botella.

—¿Lo sabes?

—¿Crees que hay un dios rata? Eso espero y espero que estés rezando con todas tus fuerzas.

Un dios rata. Quizá. Cuesta saberlo con criaturas que no piensan en palabras.

—Creo que uno de nosotros, uno de los más grandes y fuertes, podría ir metiéndose. Y ayudar a bajar a la gente.

—Si conseguimos suficientes correas y todo lo demás para bajar trepando, sí. Tulipán, quizá, o ese otro cabo, Urb. Pero no hay sitio suficiente para que se adelante nadie.

Lo sé.

—Voy a intentar bajar trepando.

—¿Dónde está la rata?

—Ahí abajo. Ha llegado al fondo. Está esperando allí. En fin, allá vamos.

Acudió a la senda Thyr para penetrar en la oscuridad y se acercó al borde mismo. La pared de enfrente parecía formar parte de una estructura monumental, las piedras talladas y encajadas con destreza. Trozos de yeso medio deshecho cubrían ciertas partes, al igual que secciones del friso que recubría el yeso. Parecía una vertical casi perfecta, la estrechez del hueco estaba provocada por la pared del lado del mago, una fachada mucho más tosca, con proyecciones que quedaban de algún tipo de ornamentación elaborada. Un extraño choque de estilos para ser dos edificios que se alzaban tan cerca uno del otro. Al parecer, los dos muros habían soportado los estragos de quedar enterrados, y nada indicaba que les hubiesen afectado las presiones de la arena y los escombros.

—Muy bien —le dijo a Sepia, que se había aproximado más—, quizá no sea para tanto.

—¿Tienes, cuántos, veinte años? Sin heridas, flaco como una lanza…

—Vale, lo has dejado claro. —Botella se arrastró un poco más y después desplazó la pierna derecha. La estiró y despacio fue avanzando boca abajo, apoyado en el estómago.

—Maldita sea, no creo que tenga la pierna lo bastante…

El saliente en el que se apoyaba se astilló, de repente se dio cuenta de que no era más que madera podrida, y empezó a deslizarse y a caer.

Se giró en redondo, pataleó con las dos piernas mientras se precipitaba y estiró los dos brazos hacia atrás y hacia los lados. Las piedras ásperas se le clavaron en la espalda, un afloramiento se estrelló contra su nuca y le lanzó la cabeza hacia delante. Y después, los dos pies entraron en contacto con la piedra del muro de enfrente.

Quedó cabeza abajo…

Oh, Embozado…

Tirones repentinos, ruidos de algo que se partía y después algo más, algo que tiraba de él, que ralentizaba su descenso.

Dioses, telarañas…

Algo le dio un tirón al hombro izquierdo y le dio la vuelta. Dio otra patada y sintió el muro de yeso bajo el pie. Estiró el brazo derecho y se aferró con la mano a un bulto que pareció hundirse como una esponja bajo los dedos tensos. Entró en contacto con el muro con el otro pie y empujó con las dos piernas hasta que consiguió apoyar la espalda en piedra áspera.

Y había arañas, cada una tan grande como una mano estirada, trepándole por todo el cuerpo.

Botella se quedó muy quieto, luchaba por ralentizar su respiración.

Sin vello, de patas cortas, color ambarino pálido (pero no había luz); se dio cuenta entonces de que las criaturas estaban brillando, iluminadas de alguna forma desde dentro, como la llama de un farol detrás de unos gruesos vidrios tintados de dorado. Un enjambre lo había recubierto por entero. A lo lejos, muy arriba, oyó que Sepia lo llamaba en tonos desesperados, asustado.

Botella extendió su mente y de inmediato se encogió ante la furia ciega que crecía en las arañas. Y destellos de recuerdos, la rata, su presa favorita, que de algún modo había esquivado todas sus trampas y había seguido descendiendo, justo delante de ellas, sin ver, sin ser consciente de los cientos de ojos que rastreaban su paso. Y ahora… esto.

Con el corazón atronándole en el pecho, Botella sondeó una vez más. Una mente que era una especie de colmena, no, una familia extendida, se apelotonaban todas, intercambiaban nutrientes, cuando una se alimentaba, se alimentaban todas. Jamás habían conocido otra luz que no fuera la que vivía en su interior y, hasta hacía muy poco, no habían conocido el viento. *Aterradas… pero no muertas de hambre, gracias al Embozado.* Intentó calmarlas, se estremeció una vez más cuando cesó todo movimiento, toda la atención clavada en él. Las patas que se habían estado escabullendo por su cuerpo se quedaron quietas, unas garras diminutas se aferraron con fuerza a su piel.

Tranquilas. No hay razón para temer. Un accidente, y habrá más, es inevitable. Mejor que os vayáis ahora, todas. Pronto regresará el silencio, habremos pasado y en poco tiempo amainará este viento, y podréis comenzar a reconstruir. Paz… por favor.

No estaban convencidas.

El viento se detuvo de repente y después descendió una bocanada de calor.

¡Huid! Modeló imágenes de fuego en su mente, sacó de su recuerdo escenas de personas muriendo, destrucción por todas partes…

Las arañas huyeron. Tres latidos y estaba solo. Nada se aferraba todavía a su piel, nada salvo hebras de anclas tiesas, láminas raídas de telarañas. Y, deslizándosele por la espalda, de las plantas de los pies, de los brazos, sangre.

Maldita sea, tengo desgarros serios. El dolor empezaba a despertar… *por todas partes. Demasiado…* La conciencia huyó.

Arriba, muy lejos:

—¡Botella!

Se agitó… y despertó con un parpadeo. ¿Cuánto tiempo llevaba colgado allí?

—¡Estoy aquí, Sepia! ¡Estoy bajando, ya no queda mucho, creo! —Hizo una mueca de dolor y empezó a tantear con los pies hacia abajo, el espacio era lo bastante estrecho como para poder abarcar todo el hueco. Ahogó un grito cuando apartó la espalda de la pared.

Algo le azotó el hombro derecho, le escoció y agachó la cabeza, después sintió que el objeto se deslizaba por el lado derecho de su pecho. La correa de un arnés.

Y arriba oyó una voz.

—¡Voy a bajar!

Koryk volvió la cabeza y gritó.

—Casco, ¿sigues con nosotros?

El tipo había estado farfullando, todos habían descubierto un horror inesperado. El de parar. Seguir moviéndose había sido un anclaje a la cordura porque significaba que más

adelante, por algún sitio, Botella seguía arrastrándose, seguía encontrando una forma de pasar. Cuando todo el mundo se había parado, el terror se había deslizado entre ellos y les había rodeado las gargantas con unos tentáculos que habían empezado a ceñirlos cada vez más.

Chillidos, luchas aterradas contra piedra y ladrillo prensado, inamovible, manos que se aferraban a pies. Que se alzaban, víctimas de algún frenesí.

Y después, voces que bramaban, que avisaban de algo, habían llegado a una especie de pozo, necesitaban cuerdas, cinturones, correas para arneses, iban a bajar trepando.

Todavía había un camino por delante.

Y durante todo ese tiempo Koryk había murmurado su cántico. La canción de la Muerte del Niño, el rito de paso seti con el que el renacuajo se convertía en adulto. Un ritual que, tanto para niños como para niñas, incluía el leño de la tumba, el ataúd hueco y el internamiento durante toda una noche en la cripta de tu linaje. Enterrados vivos para que el niño muriera y naciera el adulto. Una prueba contra el espíritu de la locura, los gusanos que vivían en cada persona, enroscados en la base del cráneo, envolviendo con fuerza la columna. Gusanos que siempre estaban impacientes por despertar, por arrastrarse, por abrirse un sendero en el cerebro, susurrando y riéndose o chillando, o las dos cosas.

Él había sobrevivido a esa noche. Había derrotado a los gusanos.

Y era todo lo que necesitaba para esto. Lo único que necesitaba.

Había oído a esos gusanos comiéndose a los soldados que tenía por delante, a los soldados que tenía detrás. A los niños, cuando los gusanos se precipitaron a llevárselos a ellos también. Que un adulto se viniese abajo de miedo, no

podía haber peor pesadilla para el niño que lo presenciase. Pues con eso se desgarraba toda esperanza, toda fe.

Koryk no podía salvar a ninguno de ellos. No podía darles el cántico, no sabrían lo que significaba y jamás habían pasado una noche en un ataúd. Y era consciente de que si hubiera continuado mucho tiempo más, la gente hubiese empezado a morir, o la locura hubiese devorado sus mentes por completo, para siempre, y eso mataría a todos los demás. A todos.

Los gusanos se habían retirado y lo único que oía ya eran llantos, no de los desesperados, sino de los aliviados, llantos y balbuceos. Y sabía que podían notar el sabor, el sabor de lo que esos gusanos se habían dejado atrás y rezaban: *Otra vez no. No más cerca, por favor. Nunca jamás.*

—¿Cabo Casco?

—¿Qu-qué, maldito seas?

—Cojo. ¿Cómo está? No hago más que darle patadas, le arreo en lo que creo que es el brazo, pero no se mueve. ¿Puedes adelantarte, puedes comprobarlo?

—Está fuera de combate.

—¿Cómo fue?

—Me subí encima de él y le golpeé la cabeza contra el suelo hasta que dejó de chillar.

—¿Estás seguro de que está vivo?

—¿Cojo? Tiene el cráneo duro como una piedra, Koryk.

Este oyó un movimiento detrás de él.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Te lo demostraré. Retuércele la pierna rota…

Cojo lanzó un chillido.

—Me alegro de tenerte de vuelta, soldado —dijo Casco.

—¡Aléjate de mí, cabrón!

—No fui yo el que tuvo el ataque de pánico. La próxima vez que se te ocurra dejarte llevar por el pánico, Cojo,

acuérdate de que estoy aquí, justo detrás de ti.

—Un día te mato, cabo…

—Como quieras. Pero no lo vuelvas a hacer.

Koryk se acordó de los balbuceos que le había oído a Casco, pero no dijo nada.

Más arañazos con los pies y después un fardo de cuerda y correas de cuero (la mayor parte carbonizadas) cayeron en las manos de Koryk. Este las arrastró hacia sí y después las empujó hacia delante, hacia el pequeño acurrucado detrás de Tavos Estanque.

—Empújalo, chavalín —dijo.

—Tú —dijo el niño—. Te oí. Te estuve escuchando.

—Y te sentiste bien, ¿verdad?

—Sí.

—Te lo enseñaré. Para la próxima vez.

—Vale.

Alguien había sorteado el frenesí de terror y había gritado instrucciones a los de atrás, y la gente había respondido, se habían despojado de todo lo que se podía usar como cuerda. Con un escalofrío bajo una capa arenosa de sudor, Chapapote apoyó la frente en las piedras que tenía debajo y olió el polvo mezclado con los restos de su propio miedo. Cuando el fardo llegó a él, lo atrajo y después se quitó como pudo lo que quedaba de su propio arnés y lo añadió a la patética colección.

Bueno, al menos ya tenían una razón para esperar, no estaban parados porque Botella se había quedado sin sitios por los que arrastrarse. Algo a lo que aferrarse. Rezó para que fuera suficiente.

Tras él oyó el susurro de Balgrid.

—Ojalá estuviéramos de marcha por el desierto otra vez. Ese camino, todo ese espacio en ambas direcciones…

—Pues sí —dijo Chapapote—. Y también recuerdo cómo lo maldecías. La sequedad, el sol…

—¡Sol, ja! Estoy tan crujiente que jamás volveré a temer al sol. Dioses, me arrodillaré a rezarle, lo juro. Si la libertad fuera un dios, Chapapote…

Si la libertad fuera un dios. Bueno, ese sí que es un pensamiento interesante…

—Gracias al Embozado que han dejado de chillar —dijo Bálsamo, se rascaba lo que fuera que le estaba haciendo cosquillas en la piel, le cosquilleaba, le picaba como una especie de sarpullido de calor. Sarpullido de calor, eso tenía su gracia…

—Sargento —dijo Olor a Muerto—, era usted el que chillaba.

—Cállate, maldito mentiroso. No era yo, era el niño que tengo delante.

—¿En serio? No sabía que hablaba dalhonesio.

—Te voy a trinchar, cabo. Una palabra más, lo juro. Dioses, me pica todo, como si hubiera estado rodando por el polen del Necio…

—Es lo que pasa después de un ataque de pánico, sargento. Sudor del miedo, se llama. No se habrá meado también, ¿verdad? Huelo…

—Tengo el cuchillo fuera, Olor a Muerto. ¿Lo sabes? Lo único que tengo que hacer es darme la vuelta y ya no me molestarás más.

—Tiró el cuchillo, sargento. En el templo…

—¡Bien! ¡Pues te mato a patadas!

—Bueno, si me mata, ¿puede hacerlo antes de que tenga que atravesar su charco?

—El calor está ganando la guerra —dijo Corabb.

—Sí —respondió Cuerdas tras él, la voz débil, quebradiza —. Toma.

Había empujado algo contra los pies de Corabb. Este estiró el brazo hacia atrás y cerró la mano alrededor de un rollo de cuerda.

—¿Llevabas esto encima?

—Me envolvía el cuerpo. Vi a Sonrisas tirarlo, fuera del templo, estaba casi ardiendo, así que no es de extrañar…

Cuando lo atrajo hacia sí, Corabb sintió algo húmedo, pegajoso, en la cuerda. Sangre.

—Te estás desangrando, ¿verdad?

—Es un hilillo. Estoy bien.

Corabb se arrastró un poco más, quedaba algo de espacio entre ellos y el siguiente soldado, el que se llamaba Jarretesgrandes. Corabb habría podido mantener el ritmo si hubiera sido el último, pero no quería dejar atrás al sargento malazano. Enemigo o no, esas cosas no se hacían.

Había creído que todos eran monstruos, cobardes y matones. Había oído que se comían a sus propios muertos. Pero no, solo eran personas. No muy diferentes del propio Corabb. *La tiranía solo es achacable a la emperatriz. Estos… son solo soldados. Nada más.* Si hubiera ido con Leoman… no habría descubierto nada de eso. Se habría aferrado a su odio fiero por todos los malazanos y todas las cosas malazanas.

Pero llegados a ese punto… el hombre que tenía detrás se estaba muriendo. Falari de nacimiento, solo otro lugar

conquistado por el Imperio. Se moría y no había forma de llegar a él, no allí, aún no.

—Toma —le dijo a Jarretesgrandes—. Pasa esto.

—¡Que el Embozado nos lleve, es cuerda de verdad!

—Sí. Muévela, rápido.

—A mí no me des órdenes, capullo. Eres un prisionero. Que no se te olvide.

Corabb retrocedió a rastras.

El calor estaba aumentando, devoraba los finos chorros de aire frío que subían deslizándose. No podían quedarse quietos mucho tiempo más. *Tenemos que continuar.*

—¿Has dicho algo, Corabb? —oyó decir a Cuerdas.

—No. No mucho.

De arriba llegaban los sonidos de Sepia bajando por la cuerda improvisada, la respiración forzada, áspera. Botella llegó a la base llena de escombros de la fisura. Estaba taponada a conciencia. Confuso, pasó las manos por las dos paredes. ¿Su rata? *Ah, ahí…* en el fondo de la pared que caía en pico, vertical, la mano izquierda se hundió en el aire que subía junto a él. Un arco. Dioses, ¿qué clase de edificio era? Un arco que sujetaba el peso de al menos dos, quizá tres, plantas de mampostería. Y ni el muro ni el arco se habían combado después de todo ese tiempo. *Quizá las leyendas sean verdad. Quizá Y'Ghatan fuera una vez la primera Ciudad Sagrada, la ciudad más magnífica de todas. Y cuando murió, en la gran matanza, todos los edificios quedaron en pie, ni una sola piedra fuera de sitio. En pie, para que la enterrase la arena.*

Se bajó y se retorció con los pies por delante por el arco, y casi de inmediato entró en contacto con montones de algo (¿escombros?) que casi llenaba la cámara que había detrás.

Escombros que se inclinaron y cayeron con un sonido hueco, impelidos por las patadas que les dio él.

Más adelante, su rata se desperezó, sobresaltada por los fuertes ruidos cuando Botella se deslizó en la cámara. Estiró los brazos de su voluntad y sujetó el alma de la criatura una vez más.

—No pasa nada, pequeñina. Tu trabajo empieza otra vez… —Se fue quedando sin voz.

Estaba echado en fila tras fila de urnas, apiladas a tal altura que se hallaban a un solo brazo del techo de la cámara. Botella tanteó con las dos manos y se encontró con que las altas urnas permanecían selladas, con tapas de hierro, y los bordes y las cubiertas del metal grabadas con dibujos intrincados de remolinos. La cerámica de debajo era suave al tacto, con un fino vidriado. Al oír a Sepia gritar que había llegado a la base detrás de él, Botella reptó hacia el centro de la habitación. La rata se deslizó por otro arco de enfrente y Botella percibió que descendía un poco más, se posaba en un suelo de piedra llana, despejada, y después seguía anadeando.

El mago sujetó con fuerza la tapa de hierro de una urna e intentó con todas sus fuerzas soltarla. El sello era hermético y sus esfuerzos no obtuvieron ningún resultado. Giró el borde a la derecha, nada, después a la izquierda. Un chirrido. Giró con más fuerza. La tapa se deslizó, se había desprendido del sello. La cera desmigajada se resquebrajó totalmente. Botella tiró de la tapa. Cuando eso falló, continuó girándola a la izquierda y no tardó en darse cuenta de que la tapa se iba elevando poco a poco con cada vuelta completa. Unos dedos curiosos descubrieron un surco biselado que iba dibujando una espiral en el borde de la urna, incrustado de cera. Dos giros más y la tapa de hierro se soltó.

Se alzó un olor acre, empalagoso.

Conozco ese olor… miel. Estas cosas están llenas de miel. ¿Cuánto tiempo llevaban allí metidas, almacenadas por personas convertidas en polvo hace mucho tiempo? Bajó la mano y casi de inmediato la metió en el contenido fresco y espeso. Un bálsamo contra las quemaduras y además, una respuesta al hambre repentina que había despertado en su interior.

—¿Botella?

—Por aquí. Estoy en una cámara grande bajo el muro recto. Sepia, aquí hay urnas, cientos de ellas. Llenas de miel. —Sacó las manos y se lamió los dedos—. Dioses, sabe a miel fresca. Cuando entres aquí, úntate las quemaduras, Sepia…

—Solo si me prometes que no vamos a arrastrarnos por un nido de hormigas después.

—Aquí abajo no hay hormigas. ¿Qué tal la lista?

—Tenemos a todo el mundo.

—¿Cuerdas?

—Todavía con nosotros, aunque el calor está bajando.

—Suficientes correas y cuerda, entonces. Bien.

—Sí. Siempre que aguanten. Parece que Urb está proponiendo llevar a Hellian hasta abajo. A la espalda.

—¿Los siguientes ya están de camino?

—Sí. ¿Cómo se quitan estas tapas?

—Gíralas a contramano. Y después sigue girándolas.

Botella escuchó al hombre retirar una de las tapas.

—Esto no puede ser muy viejo, todavía está fresco.

—Hay glifos en las tapas, Sepia. No los veo, pero los toco. Mi abuela tenía una hoja ritual que usaba en su brujería, las marcas son las mismas, creo. Si tengo razón, Sepia, esta obra de hierro es jaghut.

—¿Qué?

—Pero las urnas son del Primer Imperio. Toca los lados. Suave como la cáscara de un huevo, si tuviéramos luz te apostaría lo que fuera a que son de color azul cielo. Así que con un sello lo bastante bueno…

—Todavía noto las flores en esto, Botella.

—Lo sé.

—Estás hablando de miles y miles de años.

—Sí.

—¿Dónde está tu rata favorita?

—Buscándonos un camino para pasar. Hay otra cámara enfrente, pero está abierta, vacía, es decir… deberíamos ir allí para darles espacio a los otros…

—¿Qué te pasa?

Botella sacudió la cabeza.

—Nada, solo me siento un poco… raro. Tengo algún corte en la espalda… está dormida…

—Por el aliento del Embozado, había una especie de amapola en esa miel, ¿verdad? Estoy empezando a sentir… dioses del inframundo, me da vueltas la cabeza.

—Sí, será mejor advertir a los otros.

Aunque no veía nada, Botella tenía la sensación de que el mundo que lo rodeaba se estremecía y giraba como una peonza. El corazón se le había disparado de repente. *Mierda.* Reptó hacia el otro arco. Se metió, avanzó de un tirón y cayó.

El choque con el suelo de piedra le pareció lejano, pero presintió que se había precipitado a una altura mayor que la de un hombre. Recordó un crujido seco y se percató de que había sido su frente al golpear las losas.

Sepia cayó con otro golpe seco encima de él y rodó con un gruñido.

Botella frunció el ceño y se arrastró por el suelo. La rata… ¿dónde estaba? *Se ha ido. La he perdido. Oh, no, la he*

perdido.

Momentos después, también perdió todo lo demás.

Corabb había arrastrado a un Cuerdas inconsciente por el último trozo de túnel. Habían llegado al saliente y habían encontrado la cuerda colgada de tres vainas de espada encajadas en el pozo y vagos sonidos de voces mucho más abajo. El calor giraba como serpientes a su alrededor mientras hacía fuerza para acercar al malazano al saliente.

Después estiró el brazo y empezó a subir la cuerda.

El último tercio consistía en nudos, correas y hebillas; comprobó cada nudo, tiró de cada ramal, pero ninguno parecía a punto de romperse. Corabb ató los brazos del malazano, con fuerza en las muñecas; después los tobillos del hombre, uno de ellos bañado en sangre y, al comprobar las vendas, descubrió que no quedaba ninguna, solo los agujeros desgarrados dejados por la lanza; con la cuerda de los tobillos hizo un nudo central entre los pies del sargento. Con el extremo de una cuerda enlazado en una mano, Corabb se pasó los brazos del hombre por la cabeza y después los bajó de modo que tenía las muñecas atadas contra el esternón. Después metió sus propias piernas para que los pies atados del malazano le quedaran contra las pantorrillas. Subió la cuerda anudada por el centro, se la pasó por la cabeza y bajó un brazo, después la ciñó con un nudo apretado.

Se fue internando en el pozo, se tuvo que apoyar durante el más breve de los momentos en las vainas encajadas, después consiguió apoyar un pie en la pared contraria. La distancia era un poco excesiva, solo conseguía retener las puntas de los pies en cada muro y, con el peso de Cuerdas

sostenido por completo por la espalda, los tendones de sus tobillos estaban a punto de partirse.

Corabb empezó a bajar entre jadeos. La altura de dos hombres, descendidas cada vez a más velocidad, el control se le iba con cada tirón hacia abajo, pero entonces encontró una proyección sólida en la que pudo descansar el pie derecho y la brecha se había estrechado lo suficiente para poder estirar la mano izquierda y aliviar la carga de esa pierna.

Corabb descansó.

El dolor de las quemaduras profundas, el martilleo del corazón. Un rato después reanudó el descenso. Cada vez era más fácil, la brecha se iba cerrando y cerrando.

Y entonces llegó al fondo y oyó algo parecido a carcajadas a su izquierda, muy bajas, que después fueron desapareciendo.

Buscó por ese lado y encontró el arco, tiró por él la cuerda y la oyó chocar contra un cuerpo un poco más abajo.

Está todo el mundo dormido. No me extraña. No me vendría mal a mí tampoco.

Desató a Cuerdas y después avanzó gateando y se encontró con los pies equilibrados sobre unas tinajas que tintineaban, el sitio estaba atestado de ellas, se oían ronquidos y el sonido de personas respirando por todas partes y había un olor dulzón, empalagoso. Tiró de Cuerdas y lo posó con suavidad en las tinajas.

Miel. Tinajas y tinajas de miel. *Buena para las quemaduras, creo. Buenas para las heridas.* Corabb encontró una tinaja abierta y sacó un puñado, gateó hasta el sargento y metió la miel en las perforaciones de la herida. Untó las quemaduras, las de Cuerda y las suyas. Después se echó hacia atrás. Lo envolvió una dicha que lo aturdió.

Oh, esta miel, es carelbarra, el portador de dioses. Oh…

El puño Keneb salió bamboleándose a la luz de la mañana, se detuvo, parpadeó y miró a su alrededor, a la caótica disposición de tiendas, muchas de ellas carbonizadas, y a todos los soldados que tropezaban, vagaban o permanecían inmóviles con los ojos clavados en el paisaje condenado que llegaba hasta la ciudad. Y'Ghatan, desdibujada por oleadas de calor que subía, un montículo deforme fundido sobre su accidentada colina, había fuegos todavía destellando por algunas zonas, lenguas de color naranja pálido y, más abajo, de un fiero color rojo profundo.

La ceniza llenaba el aire e iba cayendo como nieve.

Dolía respirar. Le costaba oír, el rugido de la tormenta de fuego todavía parecía bramar dentro de su cabeza, tan ávida como siempre. ¿Cuánto tiempo había durado? ¿Un día? ¿Dos días? Había habido sanadores. Brujas con ungüentos, practicantes de Denul del propio ejército. Un batiburrillo de voces que canturreaban, susurros, algunos reales, otros imaginados.

Pensó en su mujer. Selv estaba lejos de ese infausto continente, a salvo en su finca familiar de Quon Tali. Y Kesen y Vaneb, sus hijos. Ellos habían sobrevivido, ¿verdad? Estaba seguro de que así era. Tenía un recuerdo de eso, lo bastante fuerte como para convencerlo de su veracidad. Ese asesino, Kalam, había tenido algo que ver con eso.

Selv. Se habían distanciado durante los dos años anteriores a la rebelión, los dos años (¿eran dos?) que habían estado en Siete Ciudades, en el asentamiento de la guarnición. El levantamiento los había obligado a los dos a dejarlo todo de lado, por los niños, por la propia supervivencia. Sospechaba que Selv no lo echaba de menos, aunque quizá sus hijos sí. Sospechaba que su mujer ya

habría encontrado a otra persona a aquellas alturas, un amante, y lo último que querría sería verlo otra vez.

Bueno, había cosas peores en esta vida. Pensó en esos soldados que había visto con las más temibles de las quemaduras, dioses, cómo habían chillado de dolor.

Keneb se quedó mirando la ciudad. Y la odió con toda su alma.

Torcido, el perro, llegó y se echó a su lado. Un momento más tarde apareció Larva.

—Padre, ¿sabes tú lo que saldrá de esto? ¿Lo sabes?

—¿Salir de qué, Larva?

El niño señaló a Y'Ghatan con un brazo desnudo y manchado de hollín.

—Ella quiere que nos vayamos. Tan pronto como podamos. —Después señaló hacia el sol matinal—. Es la peste, ¿sabes? En el este. Bueno. Marchamos al oeste. Para ir a buscar los barcos. Pero yo ya sé la respuesta. Para encontrar lo que está dentro de nosotros, tienes que sacar todo lo demás, ¿lo ves?

—No, Larva. No lo veo.

El perrito faldero hengese, Cucaracha, apareció reptando, olisqueando el suelo. Después empezó a escarbar como si se hubiera apoderado de él una fiebre. El polvo lo envolvió.

—Hay algo enterrado —dijo Larva, que miraba a Cucaracha.

—Me imagino.

—Pero ella no lo verá. —El niño levantó la cabeza y miró a Keneb—. Y tú tampoco.

Larva se fue corriendo con Torcido dando grandes zancadas a su lado. El perrito faldero continuó cavando entre resoplidos y bufidos.

Keneb frunció el ceño e intentó recordar lo que Larva había dicho, ¿había sido la noche de la Brecha? ¿Antes de

que se diera la malhadada orden? ¿Había habido una advertencia oculta en las palabras del muchachito? No se acordaba, el mundo antes del fuego parecía haberse quemado, haberse consumido en su mente. Le había costado un gran esfuerzo conjurar los nombres de su mujer, de sus hijos, sus caras. *No lo entiendo. ¿Qué me ha pasado?*

En la tienda de mando, la consejera se encontraba delante de Nada y Menos. El puño Blistig observaba desde el fondo de la tienda, tan exhausto que apenas podía tenerse en pie. Tavore lo había puesto a cargo de las sanaciones, montar los hospitales, organizar a los sanadores Denul, las brujas y los hechiceros. Dos días y una noche, o quizá una noche y media, no estaba seguro de poder incluir el corto espacio de tiempo en el que había reinado el caos antes de salir el sol la noche de la Brecha. Sin sus oficiales esa primera noche, a él lo hubieran relevado del mando antes del amanecer. Su alma había estado ahogándose en el pozo del Abismo.

Blistig seguía sin estar muy seguro de cómo había conseguido salir.

Nada estaba hablando, su voz era monótona, embotada tras pasar demasiado tiempo metido en la hechicería que había terminado por odiar.

—Nada salvo muerte y calor. Los que consiguieron salir (su agonía me ensordece), están volviendo locos a los espíritus. Huyen, parten sus ataduras. Nos maldicen por esta inmensa herida dejada en la tierra, por los crímenes que hemos cometido…

—No son nuestros crímenes —interpuso la consejera, se giró y su mirada encontró a Blistig—. ¿Cuántos hemos perdido hoy, puño?

—Treinta y uno, consejera, pero las hechiceras dicen que ya pocos los seguirán. Los que peor estaban han muerto, el resto vivirá.

—Comenzad los preparativos para la marcha, ¿tenemos suficientes carretas?

—Siempre que los soldados acarreen su propia comida durante un tiempo —dijo Blistig—. Y hablando de eso, se perdieron algunas reservas, terminaremos masticando cuero a menos que podamos organizar un reabastecimiento.

—¿Cuánto tiempo?

—Una semana, si comenzamos a racionar de inmediato. Consejera, ¿adónde vamos?

Los ojos de la mujer se velaron por un momento, después apartó la mirada.

—La peste está resultando ser… virulenta. Es la de la propia Señora, al parecer, el beso de la diosa en persona. Y hay escasez de sanadores…

—¿Lothal?

Nada negó con la cabeza.

—La ciudad ya ha sido golpeada, puño.

—Sotka —dijo la consejera—. Perla me ha informado de que la flota y los transportes del almirante Nok han sido incapaces de amarrar en ninguna ciudad al este de Ashok, en la península Maadil, así que se ha visto obligado a rodearla y espera alcanzar Sotka dentro de nueve días, suponiendo que pueda atracar para abastecerse de agua y comida en Taxila o Rang.

—¿Nueve días? —preguntó Blistig—. Si la peste ya está en Lothal…

—Ahora nuestro enemigo es el tiempo —dijo la consejera —. Puño, tiene órdenes de desmontar el campamento. Hágalo lo más rápido posible. La rebelión ha terminado.

Nuestra misión ahora es sobrevivir. —Estudió a Blistig por un momento—. Nos quiero en camino esta noche.

—¿Esta noche? Sí, consejera. Será mejor que me vaya, entonces.

Hizo un saludo marcial y salió. Una vez fuera, se detuvo, parpadeó por un momento y después, al recordar sus órdenes, se puso en marcha.

Cuando los pasos de Blistig se extinguieron, la consejera se volvió hacia Menos.

—La señora de la Peste, Menos. ¿Por qué ahora? ¿Por qué aquí?

La bruja wickana lanzó un bufido.

—¿Me pides que desentrañe la mente de una diosa, consejera? Es inútil. Es posible que no tenga razón alguna. La peste es su orientación, después de todo. Es lo que hace. —La jovencita sacudió la cabeza y no dijo más.

—Consejera —aventuró Nada—, tienes tu victoria. La emperatriz estará satisfecha, tiene que estarlo. Necesitamos descansar…

—Perla me informa de que Leoman de los Mayales no está muerto.

Ninguno de los wickanos respondió y la consejera se enfrentó a ellos una vez más.

—Los dos lo sabíais, ¿verdad?

—Se lo… llevaron —dijo Nada—. Una diosa.

—¿Qué diosa? ¿Poliel?

—No. La reina de los Sueños.

—¿La diosa de la Adivinación? ¿De qué podría servirle a ella Leoman de los Mayales?

Nada se encogió de hombros.

Fuera de la tienda se detuvo un jinete y un momento después Temul, cubierto de polvo y sangrando por tres cuchilladas paralelas que le recorrían un lado de la cara, entró sin prisa arrastrando a una niña desharrapada con él.

—La encontré, consejera —dijo.

—¿Dónde?

—Intentando meterse otra vez en las ruinas. Ha perdido la cabeza.

La consejera estudió a la niña, Peccado, antes de hablar.

—Pues más le vale que la vuelva a encontrar. Necesito magos supremos. Peccado, mírame. Mírame.

La niña no dio indicación de oír siquiera a Tavore, la cabeza todavía agachada, mechones largos de pelo quemado le ocultaban la cara.

—Llévesela y que la aseen —dijo la consejera con un suspiro—. Y que la mantengan vigilada en todo momento, lo intentaremos más tarde.

—Consejera —le preguntó Nada cuando se fueron—, ¿tienes intención de perseguir a Leoman? ¿Cómo? No hay rastro que seguir, la reina de los Sueños podría haberlo sacado a otro continente a estas alturas.

—No, no lo perseguiremos, pero has de entender una cosa, wickano, mientras él siga vivo, no habrá victoria a ojos de la emperatriz. Y'Ghatan seguirá siendo lo que siempre ha sido, una maldición para el Imperio.

—No se alzará de nuevo —dijo Nada.

Tavore lo estudió.

—Los jóvenes no saben nada de historia. Voy a dar un paseo. Descansad un poco, los dos.

Y se fue.

Nada se encontró con los ojos de su hermana y sonrió.

—¿Jóvenes? Con qué facilidad olvidan.

—Todos olvidan, hermano.

—¿Dónde crees que ha ido Leoman?

—¿Dónde habría de ir? A la Edad Dorada, Nada. La gloria que fue la Gran Rebelión. Ahora recorre las brumas del mito. Dirán que su aliento era fuego. Dirán que se podía ver el Apocalipsis en sus ojos. Dirán que abandonó Y'Ghatan navegando por un río de sangre malazana.

—Los de la zona creen que Coltaine ascendió, Menos. El nuevo patrón de los Cuervos…

—Necios. Los wickanos no ascendemos. Solo… repetimos.

El teniente Poros estaba despierto y levantó la mano buena para recibir a su capitán cuando Tierno se detuvo a los pies del catre de campaña.

—Dicen que se le fundió la mano, teniente.

—Sí, señor. La mano izquierda, como ve.

—Dicen que han hecho todo que han podido, han eliminado el dolor y quizá un día consigan ir cortando y liberando cada dedo. Solo tiene que encontrar un sanador de gran Denul para hacer que su mano quede como nueva.

—Sí, señor. Y hasta entonces, puesto que es la mano del escudo, debería poder…

—Entonces, en el nombre del Embozado, ¿se puede saber que hace ocupando este catre, teniente?

—Ah, bueno, solo tengo que encontrar algo de ropa, señor, y estaré de inmediato con usted.

Tierno miró la fila de catres.

—La mitad de este hospital está lleno de corderitos quejicas, ¿listo para ser un lobo, teniente? Nos ponemos en marcha esta noche. No hay suficientes carretas y, lo que es más indignante, no hay suficientes palanquines ni sillas de elefantes dignas de ese nombre. Me pregunto adónde va a ir a parar este ejército.

—Una vergüenza, señor. ¿Cómo se encuentra el puño Tene Baralta, señor?

—Ha perdido el brazo, pero no se le oye gimotear, ni armar jaleo ni quejarse.

—¿No?

—Claro que no, sigue inconsciente. Levántese, soldado. Póngase esa manta.

—He perdido el torque del brazo, señor…

—Pero tiene la marca de la quemadura donde estaba, ¿no? Lo ven y sabrán que es usted un oficial. Eso y su porte feroz.

—Sí, señor.

—Bien, y ya basta de hacerme perder el tiempo. Tenemos trabajo que hacer, teniente.

—Sí, señor.

—Teniente, si continúa echado un solo latido más, voy a plegar ese catre con usted dentro, ¿me entiende?

—¡Sí, señor!

Estaba sentada, inmóvil, los miembros sin fuerzas, como una muñeca, mientras una anciana wickana la lavaba y otra le cortaba la mayor parte del pelo, y no levantó la cabeza cuando la capitán Faradan Sort entró en la tienda.

—Eso bastará —dijo, y les hizo un gesto a las dos wickanas para que se fueran—. Salgan.

Expresando al unísono sartas de lo que a la capitán le parecieron maldiciones, las dos mujeres se fueron.

Faradan Sort miró a la niña desde su altura.

—El pelo largo solo sirve para incordiar, Peccado. Estás mucho mejor sin él. Yo no echo de menos el mío en absoluto. No hablas, pero creo que sé lo que está pasando. Así que escucha. No digas nada. Solo escúchame…

La ceniza apagada, gris, flotante, devoró las últimas luces del sol, las nubes de polvo del camino bajaron flotando y se metieron en las orillas cortadas de ambos lados. Restos de ráfagas de la ciudad muerta que todavía rodaban sobre el Decimocuarto Ejército, todo lo que quedaba de la tormenta de fuego, pero recordatorio suficiente para la masa de soldados que aguardaban el resonar de los cuernos que anunciara el comienzo de la marcha.

El puño Keneb se aupó en la silla y cogió las riendas. A su alrededor podía oír las toses de humanos y bestias por igual, un sonido terrible. Carretas, cargadas con los heridos envueltos en vendas, hacían cola en el camino como carros funerarios, manchados de humo, ennegrecidos por las llamas y hediendo a piras de muertos. Sabía que entre ellos se encontraba el puño Tene Baralta, con partes del cuerpo desaparecidas en el fuego y la cara marcada de forma horrible, un sanador Denul había conseguido salvarle los ojos, pero la barba del hombre se había prendido y había perdido buena parte de los labios y la nariz. Lo que preocupaba en aquellos momentos era su cordura, aunque, por fortuna, continuaba inconsciente. Y había otros, tantos otros…

Observó a Temul y dos jinetes que se acercaban a medio galope. El líder wickano frenó y sacudió la cabeza.

—No está por ninguna parte, puño. Tampoco es ninguna sorpresa, pero has de saber algo: hemos tenido otras deserciones y los hemos rastreado a todos. La consejera ha dado la orden de matar a los próximos en cuanto los veamos.

Keneb asintió y apartó la mirada.

—De ahora en adelante —continuó Temul—, mis wickanos no aceptarán contraórdenes de oficiales malazanos.

La cabeza del puño se giró y se quedó mirando a Temul.

—Puño, tus wickanos son malazanos —dijo recalcando la palabra «son».

El joven guerrero hizo una mueca y después le dio la vuelta a su caballo.

—Ahora son tu problema, puño. Envía buscadores si quieres, pero el Decimocuarto no los esperará.

En el momento en que él y sus edecanes se alejaban a caballo, resonaron los cuernos y el ejército se puso en movimiento con una sacudida.

Keneb se alzó en su silla y miró a su alrededor. El sol estaba bajo. Demasiado oscuro para ver nada. Y allí fuera, por algún sitio, estaban la capitán Faradan Sort y Peccado. Dos desertoras. *Esa maldita capitán. Creí que era… bueno, no pensé que haría algo así.*

Y'Ghatan había descorazonado a la gente, los había descorazonado por completo, le parecía que muchos no llegarían a recuperarse. *Jamás.*

El Decimocuarto Ejército comenzó su marcha por el camino del oeste, hacia el Horcajo de Sotka. A su paso, polvo y cenizas, y una ciudad destruida.

Tenía una cabeza serpentina, las ranuras de los ojos verticales eran de un color verde chillón y Bálsamo observó la lengua que salía y entraba con una fascinación fija, morbosa. Los bucles del pelo negro, ondulados, fibrosos, se retorcían, y en el extremo de cada uno había una cabeza humana diminuta con la boca abierta en lastimeros chillidos.

Comedora de Brujas, Thesorma Raadil, engalanada con pieles de cebra, los cuatro brazos alzándose por el aire,

amenazando con las cuatro armas sagradas de las tribus dalhonesias. Bola, porra, guadaña y roca, él jamás lo había entendido: ¿dónde estaban las más obvias? ¿El cuchillo? ¿La lanza? ¿El arco? ¿Y, además, quién se inventaba esas diosas? ¿Qué mente perturbada, retorcida y dueña de un humor muy negro, conjuraba semejantes monstruosidades? *Quienquiera que fuera, que sea, lo odio. O la odio. Seguramente será una «ella». Siempre es una ella. Es una bruja, ¿no? No, Comedor de Brujas. Con toda probabilidad un hombre, entonces, y uno que no está loco ni es estúpido, después de todo. Alguien tiene que comerse a todas esas brujas.*

Pero estaba avanzando sobre él. Bálsamo. Un hechicero mediocre. No, un hechicero, que ya no practica, convertido en un simple soldado, en realidad. Un sargento, pero, en el nombre del Embozado, ¿se podía saber dónde estaba su pelotón? ¿El ejército? ¿Qué estaba haciendo él en la sabana de su tierra natal? *Yo huí de allí, sí, huí. ¿Pastorear ganado? ¿Ir a cazar bestias monstruosas y crueles y llamarlo «ir a divertirse»? No para mí. Oh, no, no para Bálsamo. Ya he bebido suficiente sangre de toro como para que me salgan cuernos, suficiente leche de vaca como para que me cuelguen ubres…*

—… así que tú, Comedor de Brujas, ¡aléjate de mí!

Ella se echó a reír, el sonido un siseo predecible, antes de contestarle.

—Tengo hambre de hechiceros díscolos…

—¡No! ¡Tú comes brujas! ¡No hechiceros!

—¿Quién dijo nada de comer?

Bálsamo intentó escapar, quiso escabullirse, arrastrarse a algún sitio, pero había rocas, paredes bastas, salientes que lo enganchaban. Estaba atrapado.

—¡Estoy atrapado!

—¡Aléjate de él, serpiente en celo!

Una voz de trueno. Bueno, un trueno diminuto. Bálsamo levantó la cabeza y miró a su alrededor. Había un enorme escarabajo al alcance del brazo, alzado sobre las patas traseras, la cabeza con forma de cuña habría estado al nivel de las rodillas de Bálsamo si pudiera ponerse en pie. Así que, enorme en un sentido relativo. *Imparala Ar, el dios del Estiércol…*

—¡Imparala! ¡Sálvame!

—No temas, mortal —dijo el escarabajo agitando las antenas y los miembros—. ¡Ella no se hará contigo! ¡No, yo te necesito!

—¿A mí? ¿Para qué?

—Para cavar, mi mortal amigo. ¡Por el inmenso estiércol del mundo! ¡Solo tu especie, humano, con vuestra visión clara y vuestro infinito apetito! ¡Tú, portador de desechos y hacedor de basura! ¡Sígueme y nos abriremos paso comiendo hasta el mismísimo Abismo!

—¡Dioses, apestas!

—Eso da igual, amigo mío, en muy poco tiempo tú también…

—¡Dejadlo en paz, los dos! —Una tercera voz, aguda, descendía del cielo y se acercaba con rapidez—. ¡Son los muertos y los moribundos los que exclaman la verdad!

Bálsamo levantó la cabeza. Brithan Tropel, la diosa de los buitres con sus once cabezas.

—¡Oh, dejadme en paz! ¡Todos!

De todas partes llegaba un clamor creciente de voces. Dioses y diosas, la colección dalhonesia entera de asquerosas deidades.

Oh, ¿por qué tenemos que tener tantos?

Fue su hermana, no ella. Lo recordaba con toda claridad, como si hubiera sido el día anterior, la noche de mentiras que penetró con movimientos pesados en la aldea de Itko Kan, cuando los mares llevaban demasiado tiempo callados, vacíos. Cuando el hambre, no, la inanición, había llegado y todas las creencias civiles modernas (los dioses justos, imponentes) se expulsaron de nuevo. En el nombre del Despertar, los horripilantes ritos antiguos habían regresado.

Los peces se habían ido. Los mares carecían de vida. Hacía falta sangre para suscitar el Despertar, para salvarlos a todos.

Se habían llevado a su hermana. Sonrisas estaba segura de ello. Pero ahí estaban las manos ásperas, roídas por la sal, de los ancianos transportando su cuerpo drogado, insensible, a las arenas húmedas; la marea se había retirado mucho y esperaba con paciencia aquel regalo cálido, mientras ella flotaba sobre sí misma y lo contemplaba todo, horrorizada.

No era así. No había ocurrido así. Se habían llevado a su hermana gemela, tanto poder en el Nacimiento del Espejo, después de todo, y tan poco frecuente en la aldea donde había nacido.

Su hermana. Por eso había huido ella de todos. Había maldecido cada nombre, cada rostro vislumbrado esa noche. Había echado a correr y había corrido todo el camino hasta la gran ciudad del norte, y si hubiera sabido lo que le esperaba allí…

No, me iría otra vez. Lo haría. Esos cabrones. «Por las vidas de todos los demás, niña, renuncia a la tuya. Este es el ciclo, esto es vida y muerte, y ese sendero eterno se

encuentra en la sangre. Renuncia a tu vida por las vidas de todos nosotros.»

Extraño cómo esos sacerdotes jamás se ofrecían ellos para tan glorioso regalo. Cómo nunca insistían en ser ellos los atados y los que acarrearan el peso a la espera de la llegada de la marea, y los cangrejos, los cangrejos siempre hambrientos.

Y si era una puñetera dicha tan grande, ¿por qué verter aceite de durhang por su garganta hasta que los ojos eran como perlas negras y ni siquiera podía caminar y mucho menos pensar? Y no digamos ya comprender lo que estaba ocurriendo, lo que planeaban hacerle.

Flotando sobre su propio cuerpo, Sonrisas percibió los antiguos espíritus que se acercaban, impacientes y jubilosos. Y en alguna parte en las profundidades, más allá de la bahía, aguardaba el dios ancestral, el propio Mael, ese que se alimentaba de la miseria, el cruel que se llevaba vida y esperanza.

La rabia se alzaba en su interior, Sonrisas podía sentir su cuerpo debatiéndose contra las cadenas hinchadas que la aturdían, ella no yacería inmóvil, no levantaría la cara con una sonrisa cuando su madre la besara una última vez. No parpadearía con expresión soñadora cuando el agua tibia la fuera cubriendo, entrara en sus pulmones.

¡Oídme! ¡Todos vosotros, malditos espíritus, oídme! ¡Os desafío!

¡Oh, sí, estremeceos! Sabéis lo suficiente para temer, porque juro una cosa, os derribaré a todos conmigo. Os llevaré a todos al Abismo, a las manos de los demonios del caos. Es el ciclo, ¿sabéis? Orden y caos, un ciclo muchísimo más antiguo que el de la vida y la muerte, ¿no os parece?

Así que acercaos, todos.

Al final, era como ya sabía. Se habían llevado a su hermana y ella, *bueno, no nos pongamos tímidos ahora, tú diste ese último beso, querida muchacha.* Y sin aceite de durhang para suavizar la excusa, tampoco.

Salir corriendo nunca parece tan rápido, nunca se llega tan lejos como debería.

En las putas se podía creer. Él había nacido de una puta, una chica seti de catorce años a la que habían echado de casa sus padres; por supuesto la chica no era puta entonces, pero para alimentar y vestir a su hijo recién nacido, bueno, era el rumbo más claro que se le presentaba.

Y él había aprendido las costumbres del culto entre putas, todas esas mujeres que eran íntimas de su madre, que compartían miedos y todo lo intrínseco a la profesión. Su roce había sido amable y sincero, el idioma que mejor conocían.

Un mestizo no podía apelar a ningún dios. Un mestizo caminaba por la cloaca entre dos mundos, despreciado por ambos.

Pero no el único y, en muchos sentidos, eran los mestizos los que se apegaban más a las costumbres tradicionales de los setis. Las tribus de pura sangre se habían ido a las guerras (todos los jóvenes lanceros y las arqueras) bajo el estandarte del Imperio de Malaz. Cuando habían regresado, ya no eran setis. Eran malazanos.

Y así Koryk se había inmerso en los antiguos rituales, los que se recordaban, y habían sido, él lo había sabido incluso entonces, cultos carentes de dioses, vacíos. Servían solo a los vivos, a los parientes mestizos que los rodeaban a cada uno de ellos.

No había por qué avergonzarse de eso.

Hubo un tiempo, mucho después, cuando a Koryk se le ocurrió su propio idioma, el que protegía las vidas miserables de las mujeres de quienes había aprendido el arte de la veneración vacía. Un dialecto consecuente, no estaba vinculado a ninguna causa más que a la de los vivos, la de los rostros conocidos, envejecidos, la de devolver los regalos que le habían dado en su juventud mujeres que habían sido putas y a las que ya nadie quería. Y después verlas morir una por una. Agostadas, tan marcadas por tantas manos brutales, el uso indiferente de los hombres y las mujeres de la ciudad, los que proclamaban el éxtasis del culto divino cuando les convenía y después profanaban carne humana con la necesidad fría de carnívoros a horcajadas de una presa.

Sumido en el sueño de carelbarra, el portador de dioses, Koryk no vislumbró visitante alguno. Para él no había nada, salvo olvido.

En cuanto a los fetiches, bueno, eso era para otra cosa. Otra cosa muy diferente.

—*Vamos, mortal, tira de ella.*

Bollito miró furioso, primero a Muñón Saltarín, el dios Salamandra, el más supremo de los mariscales supremos, y después al pantano inmenso y oscuro de Mott. ¿Qué estaba haciendo allí? No quería estar allí. ¿Y si sus hermanos lo encontraban?

—No.

—*Vamos, si sé que quieres hacerlo. Cógeme la cola, mortal, y mira cómo me agito, un dios atrapado en tus manos; es lo que hacéis todos, de todos modos. Todos vosotros.*

—No. Vete. No quiero hablar contigo. Vete.

—Oh, pobre Jambador Tronco, tan solito ahora. A menos que te encuentren tus hermanos y entonces me querrás en tu bando, vaya que sí. Si te encuentran, ay, madre.

—No me encontrarán. Y además, tampoco me están buscando.

—Sí que lo están, mi joven y necio amigo…

—Yo no soy amigo tuyo. Vete.

—Van a por ti, Jambador Tronco. Por lo que hiciste…

—¡Yo no hice na!

—Cógeme la cola. Venga. Anda, estira la mano…

Jambador Tronco, conocido ahora como Bollito, suspiró, estiró la mano y la cerró alrededor de la cola del dios Salamandra.

El dios salió disparado y él se quedó sujetando el extremo de la cola.

Muñón Saltarín echó a correr entre carcajadas.

Mejor así, caviló Bollito. Era el único chiste que tenía.

Corabb se encontraba en el desierto y entre la calima de calor alguien se acercaba. Una niña. Sha'ik Renacida, la Vidente había regresado para guiar a más guerreros hasta sus muertes. Todavía no podía verle la cara, le pasaba algo en los ojos. Quemados, quizá. Irritados por la arena del aire, no lo sabía, pero ver era sentir dolor. Verla a ella era… terrible.

No, Sha'ik, por favor. Esto debe terminar, debe terminar todo. Ya hemos tenido más que suficientes guerras santas, ¿cuánta sangre puede absorber esta arena? ¿Cuándo se apagará tu sed?

La niña se acercó más. Y cuanto más se acercaba adonde se encontraba él, más le fallaban los ojos, y cuando la oyó

detenerse delante de él, Corabb Bhilan Thenu'alas estaba ciego.

Pero no sordo, pues ella susurró:

—*Ayúdame.*

—Abre los ojos, amigo.

Pero no quería. Todo el mundo exigía decisiones. Que las tomara él todo el tiempo y él no quería tomar ninguna más. Nunca jamás. Tal y como estaba era perfecto. Ese hundimiento lento, los susurros que no significaban nada, que no eran siquiera palabras. No deseaba nada más, ninguna otra cosa.

—Despierta, Violín. Una última vez, para que podamos hablar. Necesitamos hablar, amigo mío.

De acuerdo. Abrió los ojos y parpadeó para despejar las brumas, pero no se despejaron; de hecho, la cara que lo miraba desde arriba parecía estar hecha de esas brumas.

—Seto. ¿Qué quieres?

El zapador esbozó una gran sonrisa.

—Apuesto a que piensas que estás muerto, ¿verdad? Que has vuelto con todos tus viejos compañeros. Un abrasapuentes, donde los Abrasapuentes nunca mueren. El ejército inmortal… oh, engañamos al Embozado, ¿a que sí? ¡Ja! Eso es lo que estás pensando, ¿eh? Vale, entonces, ¿dónde está Trote? ¿Dónde están todos los otros?

—Dímelo tú.

—Te lo diré. No estás muerto. Todavía no, y quizá aún falte un tiempo. Y de eso se trata. Por eso estoy aquí. Necesitas que te despierten de una patada, Viol, o bien te encontrará el Embozado y no nos verás a ninguno nunca jamás. El mundo está quemado por completo, donde tú estás ahora mismo. Quemado hasta los cimientos, reino tras

reino, senda tras senda. No es un lugar que pueda reclamar nadie. No durante mucho tiempo. Muerto, quemado hasta el mismísimo Abismo.

—Eres un fantasma, Seto. ¿Qué quieres conmigo? ¿De mí?

—Tienes que seguir adelante, Viol. Tienes que llevarnos contigo, hasta el final…

—¿Qué final?

—El final y eso es todo lo que puedo decir…

—¿Por qué?

—¡Pues porque no ha pasado todavía, idiota! ¿Cómo se supone que voy a saberlo? Es el futuro y yo no veo el futuro. Dioses, anda que no eres corto, Viol. Siempre lo fuiste.

—¿Yo? Yo no me volé en mil pedazos, Seto.

—¿Y qué? Estás tirado en un montón de urnas y sangrando… ¿eso es mejor? Cargándote toda esa miel dulce con tu sangre…

—¿Qué miel? ¿De qué estás hablando?

—Más vale que te pongas en marcha, se te está acabando el tiempo.

—¿Dónde estamos?

—En ningún sitio, y ese es el problema. Quizá el Embozado te encuentre, quizá no lo haga nadie. Los fantasmas de Y’Ghatan se quemaron todos. Convertidos en nada. Destruidos, todos esos recuerdos encerrados, miles y miles. Miles de años… desaparecidos. No tienes ni idea de la pérdida…

—Calla. Hablas como un fantasma.

—Hora de despertar, Viol. Despierta, ahora. Vamos…

Los incendios habían desgarrado las praderas y Botella se encontró echado sobre un rastrojo ennegrecido. Cerca yacía

un cadáver carbonizado. Una especie de herbívoro de cuatro patas, y alrededor se habían reunido media docena de figuras que parecían humanas, de pelo fino y desnudas. Sostenían piedras afiladas y estaban cortando la carne quemada.

Dos eran los centinelas y examinaban los horizontes. Una de las figuras era… ella.

Mi hembra. Con el embarazo adelantado, muy adelantado ya. Lo vio y se acercó. Él no podía apartar la vista de sus ojos, de la majestuosa serenidad de su mirada.

Antaño había simios salvajes en la isla de Malaz. Él recordaba, en Jakatakan, cuando tenía unos siete años, haber visto en una jaula, en el mercado, el último simio de la isla, capturado en los bosques de hoja caduca de la costa norte. Se había metido sin querer en una aldea, un joven macho en busca de una hembra, pero no quedaban hembras. Medio muerto de hambre y aterrado, lo habían arrinconado en un establo y lo habían dejado inconsciente con una porra, y en ese momento se acurrucaba en una mugrienta jaula de bambú en el mercado del puerto de Jakatakan.

El niño de siete años se había plantado delante, con los ojos al mismo nivel que los de aquella bestia de frente pesada y pelo negro y había habido un momento, un solo momento, en el que las miradas se habían encontrado. Un único momento que rompió el corazón de Botella. Había visto desdicha, había visto conciencia, el destello que era consciente de sí mismo, pero no comprendía lo que había hecho mal, lo que le había granjeado la pérdida de libertad. No podía haber sabido, claro está, que era el único, que estaba solo en el mundo. El último de su especie. Y ese, de alguna forma, de un modo exclusivamente humano, era su delito.

Igual que el niño no podía saber por aquel entonces que el simio también tenía siete años.

Pero los dos vieron, los dos supieron en el fondo de sus almas (esas formas oscuras y vacilantes, no del todo formadas) que, por esa única vez, estaban contemplando a un hermano.

Y al mago se le rompió el corazón.

Y se rompió también el corazón del simio, pero quizá, había pensado Botella desde entonces, era solo lo que él necesitaba creer, una especie de flagelación que lo compensara. Por ser el que estaba fuera de la jaula, por saber que había sangre en sus manos y en las de su especie.

El alma de Botella, desprendida… y de ese modo liberada, con el don o la maldición de la habilidad de viajar, de buscar esas chispas de vida más apagadas y encontrarse con que, en realidad, no estaban apagadas en absoluto, que el fracaso a la hora de ver de verdad le pertenecía solo a él.

Existía la compasión cuando y solo cuando uno podía salir fuera de sí mismo y ver de repente los barrotes desde el interior de la jaula.

Años después, Botella había averiguado el destino de ese último simio isleño. Adquirido por un estudioso que vivía en una torre solitaria en la costa salvaje y deshabitada de Geni, donde moraban, en los bosques del interior, bandas de simios no muy diferentes del que él había visto; y a Botella le gustaba creer que el corazón del estudioso había conocido la compasión y que esos simios de otra tierra no habían rechazado a ese extraño y tímido primo. La esperanza de Botella: que hubiera un indulto a esa única vida solitaria.

Su temor era que el esqueleto unido por alambres de la criatura se encontrara en una de las lóbregas salas de la torre, un trofeo de una criatura única.

Entre el olor a ceniza y carne calcinada, la hembra se agachó ante él y estiró un brazo para rozarle la frente con las yemas duras de los dedos.

Y después esa mano se apretó en un puño que se alzó en el aire y después bajó con un destello…

Se estremeció, abrió los ojos de repente y no vio más que oscuridad. Los bordes duros y los cascos clavándosele en la espalda. *La cámara, la miel, oh, dioses, me duele la cabeza…* Botella se dio la vuelta con un gemido, los cascos le hacían cortes y crujían bajo él. Estaba en la habitación que había más allá de la que contenía las urnas, aunque al menos una lo había seguido y se había hecho pedazos en el suelo frío de piedra. Gimió otra vez. Manchado de miel pegajosa, molestias por todas partes… pero las quemaduras, el dolor… desaparecido. Respiró hondo y después tosió. El aire era repugnante. Tenía que poner a todo el mundo en marcha, tenía que…

—¿Botella? ¿Eres tú?

Sepia, echado cerca.

—Sí —dijo Botella—. Esa miel…

—Pega fuerte, muy fuerte. Yo soñé… con un tigre, había muerto, despedazado, de hecho, por esos lagartos gigantes no muertos que corrían sobre dos patas. Muerto pero ascendido, solo que era la parte de la muerte la que me estaba contando. La parte de morirse, no lo entiendo. Treach tenía que morir, creo, para llegar. La parte de morirse era importante, estoy seguro, solo que… dioses del inframundo, escúchame. Este aire está podrido, tenemos que movernos.

Sí. Pero él había perdido la rata, lo recordó, la había perdido. Desesperado, Botella buscó a la criatura… y la encontró. Despertada por su toque, sin resistirse en absoluto

cuando capturó su alma una vez más y viendo a través de sus ojos, el mago llevó a la rata de regreso a la sala.

—Despierta a los otros, Sepia. Es hora.

Gritos, cada vez más fuertes, y Gesler despertó bañado en sudor. Ese, decidió, era un sueño al que él jamás, nunca volvería. Dada la opción. Fuego, por supuesto, mucho fuego. Figuras indefinidas que bailaban por todos lados, bailaban a su alrededor, de hecho. La noche, rota por las llamas, el ritmo de los pies, voces canturreando en un idioma bárbaro y desconocido y él podía sentir su alma respondiendo, destellando, hinchándose como si la invocara un ritual.

Momento en el que Gesler se dio cuenta. Estaban bailando alrededor de una hoguera. Y él los estaba mirando desde la propia llama. No, él era la llama.

Oh, Verdad, tuviste que matarte. Maldito idiota.

Los soldados estaban despertando por toda la cámara, gritos, gemidos y un coro de urnas tintineando.

Ese viaje no había acabado todavía. Seguirían adelante, siempre adelante, internándose cada vez más, hasta que el pasaje muriera, hasta que se acabara el aire, hasta que una masa de escombros se soltara y los aplastara a todos.

De cualquier modo, el que fuera, por favor, salvo el fuego.

¿Cuánto tiempo llevaban allí abajo? Botella no tenía ni idea. Los recuerdos de un cielo abierto, de la luz del sol y el viento, eran invitaciones a la locura, tan fiera era la tortura de rememorar todas esas cosas que siempre se daban por hechas. El mundo se había reducido para ellos a fragmentos afilados de ladrillo, polvo, telarañas y oscuridad. Pasadizos

que giraban, subían y bajaban. Sus manos eran un desastre magullado, recubierto de sangre de tanto arañar los escombros compactos.

Y resultaba que en aquella pendiente pronunciada había llegado a un lugar demasiado pequeño para pasar. Tanteó con las manos medio entumecidas y recorrió los bordes. Una especie de piedra angular tallada se había combado en ángulo desde el techo. La esquina más baja (a apenas dos palmos del suelo arenoso repleto de surcos) prácticamente partía el pasadizo.

Botella apoyó la frente en el suelo áspero. El aire todavía pasaba, una levísima agitación, nada más. Y por esa vía había corrido agua, rumbo a alguna parte.

—¿Qué pasa? —preguntó Sepia tras él.

—Estamos bloqueados.

Silencio por un momento.

—¿Tu rata siguió? —dijo después—. ¿Pasó el bloqueo?

—Sí. Se abre otra vez, hay una intersección de algún tipo más adelante, un agujero que baja, hay aire que baja y se mete directamente en un pozo en el suelo. Pero, Sepia, hay una gran piedra tallada, no hay forma de meterse por ahí. Lo siento. Tenemos que volver…

—Y una mierda del Embozado; hazte a un lado si puedes, quiero tantear eso yo mismo.

No era tan fácil como parecía y los dos hombres todavía tardaron un rato en intercambiar posiciones. Botella oyó al zapador murmurar por lo bajo y después maldecir.

—Te lo dije…

—Calla, estoy pensando. Podríamos intentar soltarla, solo que el techo entero podría venirse abajo. No, pero quizá podamos escarbar por debajo, en el suelo. Dame tu cuchillo.

—Ya no tengo ni cuchillo ni nada. Lo perdí por un agujero.

—Entonces llama y pide uno.

—Sepia…

—No nos vas a fallar, Botella. No puedes. O nos sacas tú de aquí o estamos todos muertos.

—Maldito seas —siseó Botella—. ¿No se te ha ocurrido que quizá no haya forma de pasar? ¿Por qué habría de haberla? Las ratas son pequeñas, por el Embozado, las ratas pueden hasta vivir aquí abajo. ¿Por qué tendría que haber un túnel lo bastante grande para nosotros, una ruta de lo más oportuna que nos sacara de esta maldita ciudad? A decir verdad, me sorprende que hayamos llegado hasta aquí. Mira, podríamos volver, regresar al templo, y salir excavando…

—Eres tú el que no lo entiende, soldado. Hay una montaña entera encima del agujero por el que nos metimos, una montaña que antes era el templo más grande de la ciudad. ¿Salir excavando? Olvídalo. No hay vuelta atrás, Botella. Solo hacia delante, y ahora consígueme un cuchillo, maldito seas.

Sonrisas sacó uno de sus cuchillos de lanzamiento y se lo pasó al niño que tenía delante. Algo le decía que ya estaba, hasta allí habían llegado. Salvo quizá por los niños. Se había corrido la voz de mandar a los golfillos por delante. Como mínimo, entonces, ellos podrían continuar, buscar una salida. Todo ese esfuerzo, *más vale que alguien sobreviva.*

Y tampoco era que fueran a llegar muy lejos, no sin Botella. Ese cabrón enclenque, imagínate, tener que depender de él. El hombre que podía ver como las ratas, los lagartos, las arañas, los hongos. Y el cerebro por el estilo, y era una batalla reñida, vaya si lo era.

Con todo, no era mal tipo, había asumido la mitad de la carga ese día en la marcha, después de que esa zorra de

capitán revelara lo psicótica que era en realidad. Muy generoso por su parte. De una generosidad extraña. Pero los hombres eran así, en ocasiones. A ella nunca se lo había parecido, pero en ese momento no tenía elección. Podían sorprenderte.

El niño de detrás de Sonrisas le estaba trepando por encima, todo codos y rodillas y nariz llena de mocos, que chorreaba y manchaba todo. Y encima olía. Olía mal. Entes horrendos, los niños. Necesitados, tiranos egocéntricos, los niños todo dientes y puños, las niñas todo garras y escupitajos. Se reunían en manadas que lloriqueaban y olisqueaban las vulnerabilidades, y pobre del chiquillo no lo bastante astuto para ocultar las suyas, los otros se abalanzarían sobre él como los mugrosos tiburones que eran. Un gran pasatiempo, destrozar a alguien.

Si estos enanos son los únicos de aquí que sobreviven, pienso visitarlos como aparición. A todos y cada uno, durante el resto de sus días.

—¡Oye! —gruñó después de recibir un codazo en la nariz—, ¡sácame ese espárrago de culo maloliente de la cara! ¡Vamos, renacuajo de simio!

Una voz tras ella.

—Eh, calma. Tú también fuiste niña, sabes…

—¡Tú no sabes nada sobre mí, así que cierra el pico!

—¿Qué, saliste de un huevo? ¡Ja! ¡Eso sí que me lo creo! ¡Junto con todas las demás víboras!

—Sí, bueno, no sé quién eres, pero ni se te ocurra treparme encima para pasar.

—¿Y acercarme tanto? Ni harto de durhang.

Sonrisas lanzó un gruñido.

—Me alegro de que nos entendamos, entonces.

Si no había forma de pasar, todos iban a perder la cabeza. No cabía ninguna duda. Bueno, al menos a ella le

quedaban un par de cuchillos, cualquiera lo bastante idiota para ir a por ella lo iba a pagar muy caro.

Los niños iban retorciéndose y metiéndose (al mismo tiempo que Sepia excavaba en el suelo con el cuchillo) y después se acurrucaban al otro lado. Lloraban, se abrazaban unos a otros y el corazón de Botella gemía por ellos. Tendrían que encontrar el valor, pero de momento no parecía haber esperanza de que lo hicieran.

Los gruñidos y jadeos de Sepia, y después su maldición cuando rompió la punta del cuchillo, sonidos no muy prometedores. Algo más adelante, la rata rodeaba el borde del pozo, los bigotes se le crispaban al sentir el flujo de aire cálido proveniente del agujero. El animalito podía trepar y rodear hasta el otro lado, y Botella estaba empujando a la criatura a hacerlo, pero parecía que su control se estaba debilitando, porque la rata se estaba resistiendo, la cabeza ladeada sobre el borde del pozo, las garras aferrándose al lado lleno de hoyos, el aire fluyendo sobre ella…

Botella frunció el ceño. El aire bajaba del conducto de arriba. Y subía del pozo. Se unía en el túnel y después flotaba hacia los niños.

Pero la rata… ese aire de abajo. Cálido, no fresco. *Cálido, olía a luz del sol.*

—¡Sepia!

El zapador se detuvo.

—¿Qué?

—¡Tenemos que atravesar esto! Ese pozo… los bordes, los han tallado. Ese conducto, Sepia, lo han minado, atravesado… ¡alguien ha excavado por el lado del asentamiento, no hay otra posibilidad!

Los llantos de los niños habían cesado con las palabras de Botella. El mago continuó.

—Eso lo explica, ¿no lo ves? No somos los primeros en usar este túnel, la gente ha estado minando las ruinas, buscando algún botín…

Podía oír a Sepia moverse.

—¿Qué estás haciendo?

—Voy a quitar de en medio este bloque a patadas…

—¡No, espera! Dijiste…

—¡No puedo excavar ese maldito suelo! ¡Voy a apartar de una patada a esta cabrona!

—¡Sepia, espera!

Un bramido, después un golpe seco fuerte, y polvo y gravilla que llovía de arriba. Un segundo golpe seco y después un trueno que sacudió el suelo, el techo empezó a granizar sobre ellos. Chillidos de terror entre las nubes de polvo. Agachado, cubriéndose la cabeza mientras le caían encima piedras y cascotes, Botella cerró los ojos con fuerza… el polvo, tan brillante…

Brillante.

Pero no podía respirar, casi no podía ni moverse bajo el peso de los escombros que tenía encima.

Gritos apagados por detrás, pero el siseo terrible de los escombros había cesado.

Botella levantó la cabeza, jadeó y tosió.

Y vio un haz blanco de luz de sol, lleno de polvo, irrumpiendo en el fondo. Bañando las piernas abiertas de Sepia, la enorme piedra de los cimientos entre ellas.

—¿Sepia?

Una tos.

—Dioses del inframundo —se oyó después—, esa maldita cosa… me cayó entre las piernas, por poco no me… oh, Embozado, llévame, me estoy poniendo malo…

—¡Eso da igual! Hay luz, baja de algún lado. ¡Luz del sol!

—Llama a nuestra rata, que vuelva, no veo… cuánto sube. Creo que se estrecha. Se estrecha mucho, Botella.

La rata estaba trepando por encima de los niños, el mago podía sentir el corazón disparado del animal.

—La veo… a tu rata…

—Cógela con las manos, ayúdala a meterse en el conducto que tienes encima. Sí, hay luz natural… es demasiado estrecho, yo puede que lo consiga, o Sonrisas, quizá, pero la mayor parte de los otros…

—Tú solo cava cuando estés ahí arriba, ensánchalo, Botella. Estamos tan cerca ya…

—¿Los niños pueden volver aquí? ¿Pasar el tapón?

—Eh, creo que sí. Costará, pero sí.

Botella se dio la vuelta.

—¡Pasad lista! ¡Y escuchad, ya casi estamos! ¡Abríos paso cavando! ¡Ya casi estamos!

La rata iba trepando, acercándose cada vez más a ese trozo de luz natural.

Botella se deshizo de la gravilla.

—Bien —jadeó al pasar por encima de Sepia.

—¡Mira por dónde pisas! —dijo el zapador—. Ya tengo la cara lo bastante fea sin un puto tacón en ella.

Botella se metió en el conducto irregular y se detuvo.

—Tengo que sacar cosas, Sepia. Moverlas justo de debajo…

—Sí.

Se estaban gritando nombres… difícil saber cuántos… quizá la mayoría. Botella no podía permitirse pensar en eso. Empezó a tirar de afloramientos, ladrillos y rocas para ensanchar el conducto.

—¡Escombros van!

Cuando cada trozo caía con un golpe seco o rebotaba en la piedra angular, Sepia lo cogía y lo pasaba hacia atrás.

—¡Botella!

—¿Qué?

—Uno de los renacuajos, una niña, se cayó en el pozo… no emite ningún sonido… creo que la hemos perdido.

Mierda.

—Pasa esa cuerda hacia delante, ¿Sonrisas puede acercarse a ellos?

—No estoy seguro. Tú sigue, soldado, nosotros veremos lo que podemos hacer aquí abajo.

Botella fue subiendo, abriéndose paso. Un ensanchamiento repentino, después se estrechaba una vez más, casi ya al alcance de esa abertura diminuta, demasiado pequeña, comprendió, hasta para su mano. Quitó un gran trozo de piedra de la pared y se arrastró todo lo que pudo hacia el agujero. En un pequeño saliente, cerca de su hombro izquierdo, se agazapaba la rata. Le apetecía besar al puñetero bicho.

Pero todavía no. Había un buen atasco alrededor del agujero. Piedras grandes. Lo atravesó un susurro de pánico.

Con la roca que tenía en la mano, Botella golpeó la piedra. Un chorro de sangre de la yema de un dedo, aplastada por el impacto; apenas lo sintió. Martillazo tras martillazo. Las lascas llovían de vez en cuando. Se le estaba cansando el brazo, se estaba quedando sin reservas, no tenía la fuerza, la resistencia que necesitaba para aquello. Pero continuó dándole.

Cada impacto más débil que el anterior.

¡No, maldito seas! ¡No!

Volvió a blandir la piedra.

La sangre le salpicó los ojos.

La capitán Faradan Sort tiró de las riendas y se detuvo en el cerro, justo al norte de la ciudad muerta. En circunstancias normales, una ciudad que hubiera caído tras un sitio no tardaba en adquirir sus propios carroñeros, ancianas y niños que revolvían y buscaban entre las ruinas. Pero no allí, por lo menos todavía no. Quizá no en mucho tiempo.

Como una olla agrietada, los lados escarpados de la meseta de Y'Ghatan se habían desangrado, plomo fundido, cobre, plata y oro, venas y charcos repletos de lascas de piedras extraídas, polvo y cascos.

Sort le ofreció un brazo a Peccado y la ayudó a deslizarse de la silla tras ella. La niña había estado retorciéndose, gimoteando y aferrándose a ella, cada vez más inquieta cuanto más se acercaba el final del día y la luz se iba. El Decimocuarto Ejército se había ido la noche anterior. La capitán y su pupila habían recorrido con su único caballo la meseta, no una vez, sino dos veces, desde el amanecer.

Y la capitán había empezado a dudar de su propia lectura de la niña, Peccado, la sensación que había tenido de que aquella criatura medio loca (y en ese momento extrañamente muda) había sabido algo, había percibido algo; Peccado había intentado una y otra vez regresar a las ruinas antes de su arresto. Tenía que haber una razón para ello.

O quizá no. Quizá nada más que un dolor perturbado por su hermano perdido.

Al examinar la base salpicada de escombros de debajo del muro norte del asentamiento una vez más, Sort observó que había llegado al menos un carroñero. Una niña, manchada de polvo blanco, el cabello una maraña apelmazada, vagaba a unos treinta pasos del tosco muro.

Peccado la vio también y empezó a bajar la ladera y a emitir extraños maullidos.

La capitán se desabrochó el yelmo y se lo quitó para dejarlo en el pomo de la silla. Se limpió el sudor mugriento de la frente. Deserción. Bueno, tampoco era la primera vez, ¿no? Si no fuera por la magia de Peccado, los wickanos las habrían encontrado. Y con toda probabilidad las habrían ejecutado. Ella se habría llevado a unos cuantos por delante, por supuesto, hiciera lo que hiciera Peccado. La gente terminaba por aprender que tenías que pagar por lidiar con ella. Pagar en todos los sentidos. Una lección que ella nunca se cansaba de dar.

Observó a Peccado correr hasta el lado del risco de la ciudad, sin hacer caso de la carroñera, y empezar a treparlo.

¿Y ahora qué?

Faradan Sort se puso otra vez el yelmo, el borde interior de cuero empapado lo notó por un instante frío contra la frente, la correa parecía estirada cuando se la abrochó bajo la mandíbula; recogió las riendas y guió a su caballo por una pequeña cuesta del pedregal.

La carroñera estaba llorando, unas manos mugrientas se apretaban los ojos. Todo ese polvo encima, las telarañas en el pelo, la capitán sabía que esa era la verdadera cara de la guerra. La cara de esa niña envenenaría sus recuerdos, unida a muchas otras caras, durante el resto de su vida.

Peccado estaba aferrada al muro tosco, quizá a la altura de dos hombres, inmóvil.

Paralizada, decidió Sort. Esa niña estaba loca. Volvió a mirar a la pequeña carroñera, no parecía consciente de que hubieran llegado. Las manos todavía apretadas contra los ojos. Arañazos rojos entre el polvo, un hilillo de sangre que le bajaba por una pantorrilla. ¿Se había caído? ¿De dónde?

La capitán se acercó y detuvo el caballo bajo Peccado.

—Baja ya —dijo—. Tenemos que acampar, Peccado. Baja, no sirve de nada… el sol ya casi se ha puesto. Podemos intentarlo otra vez mañana.

Peccado se aferró con más fuerza a los afloramientos rotos de piedra y ladrillo.

La capitán hizo una mueca y aproximó de lado la montura al muro, después estiró el brazo para bajar a Peccado de su saliente.

La niña lanzó un chillido, se abalanzó hacia arriba y metió una mano en un agujero…

Se había quedado sin fuerzas, sin voluntad. Un pequeño descanso y después podría empezar otra vez. Un pequeño descanso, las voces de abajo se desvanecían, no importaba. Dormir, ya, el abrazo oscuro y cálido que lo iba arrastrando, cada vez más, y después un rubor de luz dulce y dorada, el viento rizando las hierbas amarillas…

… y él era libre, el dolor había desaparecido. Eso, comprendió, no era el sueño. Era la muerte, el regreso al recuerdo más antiguo enterrado en cada alma humana. *Praderas, el sol y el viento, la calidez y el chirrido de los insectos, rebaños oscuros a lo lejos, los árboles solitarios con sus inmensos doseles y la sombra fresca debajo, donde los leones dormitaban con las lenguas colgando, las moscas bailando alrededor de ojos indiferentes, lánguidos…*

Muerte, y esta semilla largo tiempo enterrada. *Regresamos. Regresamos al mundo…*

Y ella estiró la mano hacia él, la mano húmeda de sudor, pequeña y blanda, soltándole los dedos de la roca a la que se aferraban, la sangre pegajosa, ella se agarró a su mano como si la llenara una necesidad fiera, y él supo que la cría

de su vientre clamaba en su propio y silencioso lenguaje, sus propias necesidades, tan exigentes…

Unas uñas se clavaron en los cortes que tenía en la mano…

Botella se despertó con una sacudida, parpadeó, la luz del día casi había desaparecido, y una mano pequeña que lo alcanzaba desde fuera, que sujetaba y tiraba de la suya.

Ayuda.

—¡Socorro! Eh, los de fuera, ¡ayudadnos…!

Cuando se aupó todavía más para bajar a la niña de un tirón, Sort vio que la cabeza de Peccado se volvía de golpe, vio algo ardiendo en sus ojos cuando se quedó mirando a la capitán desde arriba.

—Y ahora qué… —Y entonces se oyó una voz muy débil que parecía partir de las propias piedras. Faradan Sort abrió mucho los ojos—. ¿Peccado?

La mano de la niña, metida en aquella ranura, se estaba aferrando a algo.

A alguien.

—¡Oh, dioses del inframundo!

Crujidos fuera, botas que cavaban en la piedra y después dedos enguantados que se deslizaban por un borde junto al antebrazo de la niña, y Botella la oyó.

—Tú, el de dentro, ¿quién eres? ¿Me oyes?

Una mujer. Acento ehrlitano… ¿conocido?

—Decimocuarto Ejército —dijo Botella—. Malazanos. —La mano de la niña se apretó más.

—Por el tirón de Oponn, soldado —dijo la mujer en malazano—. Peccado, suéltalo. Necesito espacio. Hay que

agrandar el agujero. Suéltalo, no pasa nada, tenías razón. Vamos a sacarlos.

¿Peccado? Los gritos de abajo se estaban haciendo cada vez más fuertes. Sepia exclamaba algo sobre una salida. Botella se retorció para contestar.

—¡Sepia! ¡Nos han encontrado! ¡Van a cavar para sacarnos! ¡Avisa a todo el mundo!

La mano de Peccado le soltó la suya y se retiró.

La mujer volvió a hablar.

—Soldado, apártese del agujero, voy a usar la espada.

—¿Capitán? ¿Es usted?

—Sí. Ahora échese hacia atrás y tápese los ojos, ¿qué? Oh, ¿de dónde han salido todos esos niños? ¿Está uno de los del pelotón de Violín con ellos? Baja aquí, Peccado. Hay otra salida. Ayúdalos.

La punta de la espada bailó entre la argamasa, el ladrillo y la piedra. Las lascas fueron cayendo.

Sepia subía trepando entre gruñidos.

—Tenemos que ensanchar esto un poco más, Botella. Esa enana que se cayó por el agujero. Mandamos a Sonrisas tras ella. Un túnel, volvía a girar hacia arriba y salía. El túnel de algún saqueador. Los niños están todos fuera…

—Bien. Sepia, es la capitán. La consejera debe de habernos esperado, debe de haber enviado partidas en nuestra búsqueda.

—Eso no tiene ningún sentido…

—Tiene razón —interpuso Faradan Sort—. Se han puesto en marcha, soldados. Somos solo Peccado y yo.

—¿Las dejaron atrás?

—No, desertamos. Peccado sabía… sabía que todavía estaban vivos, no me pregunten cómo.

—Su hermano está aquí abajo —dijo Sepia—. El cabo Casco.

—¿Vivo?

—Eso creemos, capitán. ¿Cuántos días han pasado?

—Tres. Cuatro noches si cuentan la de la brecha. Y ahora se acabaron las preguntas, tápense los ojos.

Fue picando en el agujero, tiró de trozos sueltos de ladrillo y piedra. El aire del atardecer se coló en el interior, fresco y, a pesar de todo el polvo, dulce en los pulmones de Botella. Faradan Sort empezó a trabajar en un trozo muy grande y se le rompió la espada. Un torrente de maldiciones en korelano.

—¿Era su espada de la muralla de las Tormentas, capitán? Lo siento…

—No sea idiota.

—Pero la vaina…

—Sí, la vaina. La espada a la que pertenecía se quedó atrás… en alguien. Y ahora déjenme ahorrar aliento para esto. —Y empezó a picar otra vez con la espada rota—. Maldito trozo del Embozado de basura falari… —La enorme piedra gimió y después se deslizó, llevándose a la capitán con ella.

Un golpe seco y pesado en el suelo, más abajo, y después más maldiciones.

Botella se abrió camino con las manos hasta la brecha, se metió arrastrándose y de repente empezó a caer dando vueltas hasta aterrizar de golpe, rodar sin aliento y terminar boca abajo.

Tras un largo momento consiguió inhalar una bocanada de aire y levantó la cabeza… y se encontró mirando las botas de la capitán. Botella se arqueó, alzó una mano e hizo un saludo militar… por un breve instante.

—Le salió bastante mejor la última vez, Botella.

—Capitán, soy Sonrisas…

—Sabe, soldado, menos mal que asumió la mitad del equipo que cargué a espaldas de Sonrisas. Si no lo hubiera hecho, bueno, es muy probable que no hubiera llegado hasta aquí con vida…

El mago la vio darse la vuelta, oyó un gruñido y después una bota se alzó, se movió un poco de lado y se cernió…

… sobre la rata de Botella…

… y después bajó de golpe… justo cuando la mano masculina salió disparada y apartó el pie en el último momento. La capitán tropezó y después soltó un taco.

—¿Ha perdido la cabeza…?

Botella se acercó rodando a la rata, la cogió con las dos manos y la sostuvo contra su pecho mientras se acomodaba de espaldas.

—Esta vez no, capitán. Es mi rata. Nos salvó la vida a todos.

—Criaturas abominables, repugnantes.

—Esta no. Y'Ghatan no.

Faradan Sort se lo quedó mirando.

—¿Se llama Y'Ghatan?

—Sí, lo acabo de decidir.

Sepia estaba bajando como podía.

—Dioses, capitán…

—Silencio, zapador. Si le quedan fuerzas, y más le vale que le queden, tiene que ayudar a salir a los otros.

—Sí, capitán. —Se dio media vuelta y empezó a trepar otra vez.

Todavía echado de espaldas, Botella cerró los ojos y acarició el pelo suave del lomo de Y'Ghatan. *Cariño mío. Ahora estás conmigo. Ah, tienes hambre, nos ocuparemos de eso. Pronto volverás a anadear por ahí, gordita como siempre, te lo prometo, y tú y tus pequeños estaréis…*

dioses, así que hay más, ¿eh? Sin problemas. Cuando se trata de tu especie, nunca hay escasez de comida…

Se dio cuenta de que Sonrisas estaba de pie junto a él. Mirándolo.

Consiguió esbozar una pequeña sonrisa avergonzada y se preguntó cuánto había oído su compañera, cuánto habría colegido.

—Todos los hombres son escoria.

Para qué preguntarse más.

Tosiendo, llorando, balbuceando, los soldados estaban tirados o sentados alrededor de Gesler, que estaba de pie intentando contarlos, los nombres, las caras, el agotamiento los desdibujaba a todos y los mezclaba. Vio a Casco con su hermana, Peccado, abrazada con fuerza a él como un bebé, dormida como un tronco, y había algo parecido a la conmoción en los ojos clavados en la nada del cabo. Tulipán estaba cerca, su cuerpo estaba desgarrado, hecho jirones por todas partes, pero había seguido, a rastras, sin quejarse, y en ese momento estaba sentado en una piedra, silencioso y ensangrentado.

Bollito se había acurrucado cerca del borde del risco y usaba rocas para intentar arrancar una losa de oro fundido y plomo, con una sonrisa estúpida en aquel rostro feo, demasiado largo. Y Sonrisas, rodeada de niños, parecía desdichada con tanta atención, y Gesler la vio alzar los ojos al cielo una y otra vez, y era un gesto que él entendía bien.

Botella los había sacado. Con su rata, Y’Ghatan. El sargento sacudió la cabeza. Bueno, ¿por qué no? *Ahora mismo somos todos devotos de la rata. Ah, ya, pasar lista…* Sargento Cordón, con Ebron, Cojo y su pierna rota. Sargento Hellian, la mandíbula hinchada por dos sitios, un ojo cerrado

y sangre apelmazándole el pelo, empezaba a recuperar el sentido bajo los tiernos cuidados de su cabo, Urb. Chapapote, Koryk, Sonrisas y Sepia. Tavos Estanque, Balgrid, Cachipolla, Destello de Ingenio, Lametazo de Sal, Hanno, Narizcorta y Masan Gilani. Bellig Harn, Quizás, Sinaliento y Pejiguero. Olor a Muerto, Galt, Arenas y Lóbulo. Los sargentos Thom Tissy y Bálsamo. Jarretesgrandes, Uru Hela, Rampa, Escaso y Reem. Rebanagaznates… la mirada de Gesler regresó con Chapapote, Koryk, Sonrisas y Sepia.

Por el aliento del Embozado.

—¡Capitán! ¡Hemos perdido a dos!

Todas las cabezas se giraron.

El cabo Chapapote se levantó de un salto, se tambaleó como si estuviera borracho y giró en redondo para mirar el muro del risco.

—Violín… ¡y ese prisionero! —siseó Bálsamo—. ¡El muy cabrón lo ha matado y se ha escondido ahí dentro! ¡Está esperando a que nos vayamos!

Corabb había arrastrado al hombre moribundo hasta donde había podido, pero tanto él como ese malazano estaban acabados. Atascados en uno de los estrechamientos del túnel, la oscuridad los estaba devorando y Corabb ni siquiera estaba seguro de ir en la dirección correcta. ¿Habían girado en dirección contraria? No oía nada… a nadie. Todo ese arrastrarse y empujar… habían dado la vuelta, estaba seguro.

Daba igual, no iban a ninguna parte, en cualquier caso.

Nunca jamás. Dos esqueletos enterrados bajo una ciudad muerta. No habría un túmulo más adecuado para un guerrero del Apocalipsis y un soldado malazano. Parecía justo, poético incluso. No se quejaría y cuando se presentase

junto a ese sargento ante la puerta del Embozado, se sentiría orgulloso de la compañía.

Tantas cosas habían cambiado en su interior. Él no creía en causas, ya no. La certeza era una ilusión, una mentira. El fanatismo era veneno en el alma y la primera víctima de su lista inexorable y siempre creciente era la compasión. ¿Quién podía hablar de libertad cuando tenías el alma encadenada?

Pensó entonces que al fin comprendía al toblakai.

Y ya era demasiado tarde. Esa gran revelación. *Así pues, muero un hombre sabio, no un necio. ¿Hay alguna diferencia? De todos modos, muero.*

No, la hay. Lo noto. Esa diferencia… me he despojado de mis cadenas. ¡Me he desprendido de ellas!

Una tos leve y después:

—¿Corabb?

—Estoy aquí, malazano.

—¿Dónde? ¿Dónde es eso?

—En nuestra tumba, por desgracia. Lo siento. Me han abandonado las fuerzas. Me ha traicionado mi propio cuerpo. Lo siento.

Silencio durante un momento y después una pequeña carcajada.

—No importa. Estaba inconsciente, deberías haberme dejado… ¿dónde están los otros?

—No lo sé. Yo te estaba arrastrando a ti. Nos quedamos atrás. Y ahora, estamos perdidos y se acabó. Lo siento…

—Ya basta, Corabb. ¿Me arrastraste? Eso explica todas las magulladuras. ¿Cuánto tiempo? ¿Desde dónde?

—No lo sé. Un día, quizá. Había un aire cálido pero luego era frío, parecía aspirar y expirar, pasar junto a nosotros, pero ¿qué aliento se aspiraba y cuál se expiraba? No lo sé. Y ahora no hay viento.

—¿Un día? ¿Estás loco? ¿Por qué no me dejaste?

—Si lo hubiera hecho, malazano, tus amigos me habrían matado.

—Claro, está eso. Pero ¿sabes? No te creo.

—Tienes razón. Es muy sencillo, no podía.

—De acuerdo, eso servirá.

Corabb cerró los ojos, el esfuerzo no marcaba la diferencia. Seguramente ya estaba ciego. Había oído que a los prisioneros a los que se les dejaba demasiado tiempo sin luz en sus mazmorras se quedaban ciegos. Ciegos antes de volverse locos, pero al final también se volvían locos.

Y entonces oyó sonidos que se acercaban… de alguna parte. Los había oído antes, media docena de veces por lo menos y durante un corto espacio de tiempo había habido gritos amortiguados. Quizá fueran reales. Los demonios del pánico, que habían llegado a llevarse a los otros, uno por uno.

—Sargento, ¿te llamas Cuerdas o Violín?

—Cuerdas cuando estoy mintiendo, Violín cuando digo la verdad.

—Ah, ¿eso es un rasgo típico de los malazanos? Qué raro…

—No, no es ningún rasgo típico. Mío, quizá.

—¿Y cómo debería llamarte yo?

—Violín.

—Muy bien. —*Un grato regalo*—. Violín, estaba pensando una cosa. Aquí estoy, atrapado. Y sin embargo, es solo ahora, creo, cuando al fin he escapado de mi prisión. Tiene gracia, ¿no?

—Divertido de la hostia, Corabb Bhilan Thenu’alas. ¿Qué es ese sonido?

—¿Tú también lo oyes? —Corabb contuvo el aliento y escuchó. Se acercaba…

Y entonces algo le tocó la frente.

Corabb lanzó un bramido e intentó apartarse.

—¡Espera! ¡Maldito seas, he dicho que esperes!

—¿Gesler? —exclamó Violín.

—Sí, ¿quieres tranquilizar aquí a tu puñetero amigo?

Con el corazón martilleándole en el pecho, Corabb se calmó.

—Estábamos perdidos, malazano. Lo siento…

—¡Calla! Escúchame. Estáis a solo unos setenta pasos de un túnel que lleva al exterior. Ya estamos todos fuera, ¿comprendéis? Nos sacó Botella. Nos llevó fuera su rata. Había una roca caída que os bloqueaba algo más adelante, yo he pasado cavando…

—¿Te has vuelto a meter aquí? —preguntó Violín—. Gesler…

—Créeme, fue lo más difícil que he hecho en toda mi vida. Ahora sé, o creo saber, lo que pasó Verdad cuando se metió corriendo en ese palacio. Que el Abismo me lleve, sigo temblando.

—Guíanos, entonces —dijo Corabb, y estiró los brazos para coger el arnés de Violín una vez más.

Gesler se dispuso a pasar junto a él.

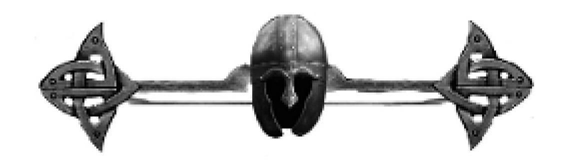
—Yo puedo hacer eso…

—No. Yo lo he arrastrado hasta aquí.

—¿Viol?

—Por el amor del Embozado, Gesler, jamás he estado en mejores manos.

8



Sarkanos, Ivindonos y Ganath miraron los cadáveres amontonados, los trozos dispersos de carne y los fragmentos de hueso. Un campo de batalla conoce solo sueños perdidos y los fantasmas se aferran en vano al suelo, sin recordar más que los últimos lugares de sus vidas, el aire es plomizo una vez pasado el estruendo y los postreros gemidos de los moribundos han quedado reducidos al silencio.

Si bien aquello no era cosa suya, allí se encontraban, sin embargo. De los jaghut nunca se puede saber lo que piensan, ni siquiera a lo que aspiran, pero se les oyó hablar entonces.

—Todo dicho —dijo Ganath—. Esta sórdida historia ha terminado y no queda nadie para izar el estandarte y proclamar el triunfo de la justicia.

—Esta es una llanura oscura —dijo Ivindonos—, y yo tengo muy en cuenta esas cosas, el dolor no contado, a menos que se presencie.

—No lo bastante en cuenta —dijo Sarkanos.

—Una acusación audaz —dijo Ivindonos, los colmillos expuestos en una mueca de ira—. Dime a qué soy ciego. Dime qué mayor dolor existe que lo que vemos ante nosotros.

Y Sarkanos respondió.

—Llanuras más oscuras se encuentran más allá.

Fragmento de estela (Yath Alban)
—Anónimo

Había veces, reflexionó el capitán Ganoes Paran, en las que un hombre no podía creer en nada. Ningún sendero tomado podía alterar el futuro y el devenir permanecía siempre oculto, incluso para los dioses. Percibir esas corrientes, el tumulto que aguardaba más adelante, no lograba nada salvo perturbar el sueño y la sospecha creciente de que todos esos esfuerzos para dar forma al futuro no eran más que arrogancia.

Había presionado a los caballos, no se había acercado a pueblos y aldeas donde acechaba la dama sembrando sus semillas mortales, reuniendo a su alrededor el poder de la sangre envenenada y diez mil muertes provocadas por ella. Paran sabía que las bajas no tardarían en multiplicarse por diez. Pero a pesar de toda su cautela, el hedor de la muerte era ineludible, llegaba una y otra vez como de la nada y por mucha que fuera la distancia entre él y las zonas habitadas.

Fuera cual fuera la necesidad de Poliel, era inmensa, y Paran la temía porque no entendía a qué jugaba la diosa.

En Darujhistan, instalado con comodidad en la Casa del Finnest, esa tierra conocida como Siete Ciudades le había parecido muy lejos del centro de todo, o lo que él creía que pronto se convertiría en el centro de todo. Y en parte había sido ese misterio lo que lo había puesto en camino para descubrir cómo lo que había pasado allí podría implicarse en el plan general. Suponiendo, por supuesto, que existiera tal plan.

Igual de probable, admitió, era que esa guerra entre los dioses implosionara y se convirtiera en un torbellino de caos. Le habían dicho una vez que se necesitaba un Señor de la Baraja de los Dragones. Lo necesitaban, le habían dicho, a él. Paran había empezado a sospechar que, incluso

entonces, ya era demasiado tarde. Esa telaraña estaba creciendo demasiado rápido, demasiado enmarañada, para que la desentrañara una sola mente.

Excepto quizá Kruppe, la famosa Anguila de Darujhistan… dioses, ojalá estuviera él aquí, en mi lugar, ahora mismo. ¿Por qué no lo hicieron a él Señor de la Baraja de los Dragones? O quizá ese aplomo incorregible no era más que bravuconería, tras la que el verdadero Kruppe se encogía, aterrorizado.

Imagínate lo que pensaría Raest… Paran sonrió al recordarlo. Era por la mañana temprano cuando aquel gordito había llamado a la puerta de la Casa del Finnest, el rostro arrebolado y una sonrisa radiante dedicada al tirano jaghut que la había abierto de par en par y se lo había quedado mirando desde arriba con los ojos sin fondo. Después, con un aleteo de manos y proclamando algo sobre una reunión crucial, Kruppe se había deslizado de algún modo junto al guardián de Azath y había ido anadeando hasta el salón principal para hundirse con un suspiro encantado de contento en el sillón afelpado que había junto a la chimenea.

Un invitado inesperado para desayunar; parecía que ni siquiera Raest podía hacer nada. O quería. El jaghut se había mostrado reticente, como era habitual en él.

Y así Paran se había encontrado sentado enfrente del célebre Desafiador de Caladan Brood (ese corpulento hombrecillo con su chaleco desvaído que había confundido a los ascendientes más poderosos de Genabackis) y lo observaba comer. Y comer. Pero sin dejar de hablar un solo instante.

—Kruppe conoce el triste dilema, sí, desde luego, del triste y confuso señor. ¿El doble de triste? ¡No, el triple de triste! El cuádruple de triste… ¡ah, cómo culmina el uso de

tan pavorosa palabra! ¡Cesa ya, sir Kruppe, no sea que nos encontremos sollozando sin cesación. —Levantó un dedo grasiento—. Ah, pero el señor se pregunta, no es cierto, ¿cómo puede un hombre como Kruppe conocer todas estas cosas? Qué cosas, preguntarías también, dada la oportunidad, oportunidad que Kruppe se apresura a interceptar con una respuesta apropiada. Es decir, si acaso Kruppe tuviera tal respuesta. ¡Pero he aquí! No la tiene, ¿y no es esa la verdadera maravilla de todo?

—Por el amor del Embozado —interpuso Paran, y no pudo intervenir más.

—¡Sí, desde luego! «Por el amor del Embozado», desde luego, ¡oh, eres brillante y tan digno del magnífico título de Señor de la Baraja de los Dragones y de ser el amigo más probado de Kruppe! El Embozado, en el centro de todo, oh, sí, y por eso debes apresurarte, en el acto, a ir a Siete Ciudades.

Paran se lo quedó mirando, mudo de asombro, se preguntaba qué detalle en aquel aluvión de palabras se había perdido.

—¿Qué?

—¡Los dioses, queridísimo amigo de Kruppe! Están en guerra, ¿sí? Terrible cosa, la guerra. Terribles cosas, los dioses. Las dos juntas, ¡ah, lo más terribilísimo de todo!

—¿Terri… qué? Oh, no importa.

—A Kruppe nunca le importa.

—¿Por qué Siete Ciudades?

—Hasta los dioses arrojan sombras, Señor de la Baraja. Pero ¿qué arrojan las sombras?

—No lo sé. ¿Dioses?

La expresión de Kruppe se hizo dolorida.

—Oh, vaya, una respuesta absurda. La fe de Kruppe en el indeciso amigo se halla temblando. No, agitada. No se halla,

está. ¿Ves cómo tiembla Kruppe? No, dioses no. ¿Cómo se pueden arrojar dioses? No respondas a eso, tal es la naturaleza y el acuerdo tácito respecto a la retórica. Bien, ¿dónde estaba Kruppe? Ah, sí, hay en perspectiva los crímenes más terribles en Siete Ciudades. ¡Se han puesto los huevos y han eclosionado intrigas! Una cáscara especialmente grande está a punto de romperse, y se habrá roto para cuando llegues, lo que significa que se puede dar por rota ahora mismo, así que, ¿a qué estás esperando? De hecho, hombre necio, ya llegas demasiado tarde, o llegarás por entonces, y si no entonces, entonces pronto, en el sentido inminente de la palabra. Pronto, entonces, debes ir, a pesar de que ya sea demasiado tarde. Te sugiero que partas mañana por la mañana y utilices sendas y otros senderos nefarios de iniquidad para apresurar tu intento imposible de llegar. A tiempo y con tiempo, y a su debido tiempo por supuesto que llegarás, y entonces debes caminar por la sombra singular (entre, se atreverá Kruppe a pronunciar tales pavorosas palabras), entre la vida y la muerte, la metáfora ondulada y borrosa traspasada de forma tan insensible e indiferente por cosas que deberían tener más seso. Bueno, has agotado los oídos de Kruppe, dilatado la generosidad de Kruppe hasta casi hacer estallar el cinturón del pantalón, y por la presente de otro modo agotado su inmenso intelecto. —Se levantó con un gruñido y se dio unas palmaditas en la barriga—. Una colación en su mayor parte aceptable, aunque Kruppe aconseja que informes a tu cocinero de que los higos estaban verdaderamente momificados, procedentes del almacén del propio jaghut, se ha de asumir, ¿sí, hmm?

Paran había terminado por concluir que había cierto sentido en todo ese lodazal de verbosidad. Suficiente para asustarlo, en cualquier caso, y empujarlo a hacer un examen

más cuidadoso de la baraja de los Dragones. En la que el caos era más pronunciado que nunca. Y allí, en el medio, el brillo trémulo de un sendero, una forma de pasar (quizá solo imaginada, una ilusión), pero tendría que intentarlo, aunque la idea lo aterraba.

No era el hombre adecuado para aquello. Avanzaba a tropezones, medio ciego, dentro de un vórtice de poderes que convergían, y se dio cuenta de que le costaba hasta mantener la ilusión de control.

Ver a Apsalar de nuevo había sido un regalo inesperado. Ya no era una niña, pero, al parecer, sí tan letal como siempre. No obstante, algo parecido a la humanidad se revelaba en sus ojos de vez en cuando. Paran se preguntó por cuántas cosas habría pasado aquella chica desde que se había desterrado a Cotillion de su cuerpo a las afueras de Darujhistan, aparte de lo que ella había estado dispuesta a contarle, claro, y se preguntó si completaría su viaje y saldría por el otro extremo renacida una vez más.

Se alzó en los estribos para estirar las piernas y examinar el sur en busca del reflejo revelador que anunciaría su destino. Nada todavía, salvo la calima del calor y las colinas abruptas sin árboles que se alzaban encorvadas en la llanura. Siete Ciudades era una tierra calurosa, inhóspita, y decidió que, incluso sin la peste, no le gustaba mucho.

Una de esas colinas se desvaneció de repente en una nube de polvo y rocalla que volaba por los aires y después un estruendo atronador reverberó por el suelo y sobresaltó a los caballos. Mientras luchaba por calmarlos, sobre todo a su propia montura, que había aprovechado la oportunidad para renovar sus esfuerzos por tirarlo corcoveando y dando coces, Paran percibió otra cosa que salía rodando del destruido montículo.

Omtose Phellack.

Paran tranquilizó su caballo lo mejor que pudo, recogió las riendas y cabalgó a un medio galope lento y asustadizo hacia la colina en ruinas.

Al acercarse oyó un fragor en el interior del túmulo (pues túmulo era) y cuando estaba a treinta pasos de distancia, parte de un cuerpo desecado salió lanzado del agujero y resbaló con un estrépito entre los escombros. Se detuvo y después se alzó un brazo trémulo que volvió a caer un momento después. Un cráneo con yelmo de hueso apareció volando, mechones gruesos agitándose al viento para rebotar y rodar en el polvo.

Paran detuvo el caballo y observó a una figura alta y delgada que salía del túmulo y se erguía poco a poco. Piel verde grisácea, arrastraba telarañas polvorientas y vestía un arnés con broches de plata y un tahalí de cota de malla de hierro del que colgaban cuchillos en vainas de cobre, los varios metales ennegrecidos o recubiertos de verdete. La ropa que hubiera vestido en otro tiempo el cuerpo se había podrido.

Una mujer jaghut, el largo cabello negro recogido en una única cola que le llegaba hasta los riñones. Los colmillos estaban envueltos en plata y, por tanto, eran negros. Miró con lentitud a su alrededor y su mirada al fin lo encontró y se posó en él. Bajo una frente pesada, unas pupilas verticales enmarcadas en ámbar estudiaron a Paran. El hombre la vio fruncir el ceño antes de hacer su pregunta.

—¿Qué clase de criatura eres tú?

—Una clase con buenos modales —respondió Paran intentando esbozar una sonrisa.

La mujer se había dirigido a él en la lengua jaghut y él la había entendido… de algún modo. ¿Uno de los muchos dones concedidos en virtud de su estatus de Señor de la Baraja? ¿O el largo tiempo pasado en las proximidades de

Raest y sus incesantes murmullos? En cualquier caso, Paran se sorprendió respondiendo en el mismo idioma.

Ante lo cual el ceño femenino se profundizó.

—Hablas mi lengua como lo haría un imass… si algún imass se hubiera molestado en aprenderla. O un jaghut al que le hubieran extraído los colmillos.

Paran le echó un vistazo al cadáver parcial que yacía cerca.

—¿Un imass como ese?

La jaghut echó hacia atrás los labios en lo que él tomó como una sonrisa.

—Un guardián que dejaron atrás, había perdido la habilidad de vigilar. Los no muertos tienen cierta tendencia a aburrirse, y a descuidarse.

—T'lan imass.

—Si hay otros cerca, vendrán ahora. No tengo mucho tiempo.

—¿T'lan imass? Ninguno, jaghut. Ninguno cerca de por aquí.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy. Bastante. Te has liberado… ¿por qué?

—¿La libertad necesita una excusa? —Se cepilló el polvo y las telarañas de su enjuto cuerpo y después miró al oeste—. Uno de mis rituales ha sido hecho pedazos. He de repararlo.

Paran lo pensó un momento.

—¿Un ritual de vinculación? —preguntó—. ¿Algo o alguien estaba encarcelado y, al igual que tú ahora, busca la libertad?

A la jaghut pareció desagradarle la comparación.

—Al contrario que la entidad que yo encarcelé, yo no tengo ningún interés en conquistar el mundo.

Oh.

—Soy Ganoes Paran.

—Ganath. Tienes un aspecto lastimoso, como un imass desnutrido, ¿estás aquí para combatirme?

Él negó con la cabeza.

—No hacía más que pasar por aquí, Ganath. Te deseo buena suerte…

Ella se volvió de repente y se quedó mirando al este con la cabeza ladeada.

—¿Algo? —preguntó él—. ¿T'lan imass?

La jaghut la miró.

—No estoy segura. Quizá… nada. Dime, ¿hay un mar al sur de aquí?

—¿Lo había cuando tú… no estabas todavía en tu túmulo?

—Sí.

Paran sonrió.

—Ganath, sí que hay un mar justo al sur de aquí, y es hacia donde yo me dirijo.

—Entonces viajaré contigo. ¿Por qué te encaminas hacia allí?

—Para hablar con unas personas. ¿Y tú? ¿Creí que tenías prisa por reparar ese ritual?

—Y la tengo, pero tengo una prioridad más urgente.

—¿Y es?

—Darme un baño.

Demasiado abotagados para volar, los buitres se dispersaron con gritos indignados, saltando y anadeando con las alas dobladas, dejando expuesto el festín que había sido humano. Apsalar frenó sus pasos, no muy segura de si quería continuar bajando por esa calle principal, aunque el parloteo estridente y las riñas de los buitres al alimentarse

se oían también en las avenidas laterales, lo que la llevaba a sospechar que no había ruta alternativa.

Los aldeanos habían muerto sufriendo, no había misericordia en esa plaga que había tallado un sendero largo y torturado hasta la puerta del Embozado. Glándulas inflamadas, el cierre lento de la garganta, lo que hacía imposible ingerir comida sólida y estrechaba los conductos respiratorios, haciendo que cada inspiración fuera una agonía. Y, en la tripa, los gases distendían el estómago. Bloqueada cualquier salida, al final hacían estallar el revestimiento del estómago, lo que permitía que los propios ácidos de la víctima la devoraran por dentro. Esas, por desgracia, eran las fases finales de la enfermedad. Antes estaba la fiebre, tan caliente que el cerebro se cocinaba en el cráneo y volvía a la persona medio loca, un estado del que (aunque la enfermedad se detuviera en ese mismo instante) ya no había recuperación posible. Los ojos expulsaban mucosidad, los oídos sangraban, la carne se hacía gelatinosa en las articulaciones, era la dama en toda su sórdida gloria.

Los dos esqueletos de reptiles que acompañaban a Apsalar habían salido disparados y se entretenían asustando a los buitres e irrumpiendo entre masas zumbonas de moscas. En ese momento regresaban a la carrera sin pensar en los cadáveres ennegrecidos y a medio comer sobre los que trepaban.

—¡No-Apsalar! ¡Eres muy lenta!

—¡No, Telorast —exclamó Cuajo—, no es lo bastante lenta!

—¡Sí, no lo bastante lenta! ¡Nos gusta esta aldea, queremos jugar!

Apsalar guió a pie a su manso caballo y empezó a abrirse camino calle abajo. Al parecer, una veintena de aldeanos

habían salido arrastrándose por alguna razón desconocida, quizá en un último y patético intento de escapar de lo que no había forma de huir. Habían muerto arañándose y peleando unos con otros.

—Vosotras podéis quedaros todo lo que queráis —les dijo a las dos criaturas.

—Eso no puede ser —dijo Telorast—. Somos tus guardianas, después de todo. Tus centinelas que nunca duermen, siempre vigilantes. Haremos guardia a tu lado por muy enferma y asquerosa que estés.

—¡Y después te sacaremos los ojos!

—¡Cuajo! ¡No le digas eso!

—Bueno, esperaremos hasta que esté dormida, por supuesto. Y se agite presa de la fiebre.

—Exacto. Y, de todos modos, para entonces querrá que lo hagamos.

—Lo sé, pero ya hemos atravesado dos pueblos y sigue sin estar enferma. No lo entiendo. Todos los demás mortales están muertos o muriéndose, ¿qué la hace tan especial?

—Elegida por los usurpadores de Sombra, por eso puede pasearse tan tranquila mirándolo todo por encima del hombro. Quizá tengamos que esperar antes de sacarle los ojos.

Apsalar pasó por encima del montón de cadáveres. El pueblo se terminaba de repente y más allá descollaban los restos carbonizados de tres edificios auxiliares. Un cementerio invadido por cuervos coronaba una colina baja cercana donde se alzaba un guldindha solitario. Los pájaros negros atestaban las ramas en un silencio hosco. Unas cuantas plataformas improvisadas daban fe de los primeros esfuerzos que se habían hecho por asistir a los muertos, pero era obvio que eso no había durado mucho tiempo. Había una docena de cabras blancas a la sombra del árbol que

observaron a Apsalar cuando continuó bajando por el camino, flanqueada por los esqueletos de Telorast y Cuajo.

Algo había ocurrido, lejos, al norte y al oeste. No, podía ser más precisa todavía. Y'Ghatan. Había habido una batalla… y se había cometido un crimen terrible. La sed de sangre malazana que tenía Y'Ghatan era legendaria, y Apsalar temía que la hubiera vuelto a beber a grandes tragos.

En cada tierra había lugares que veían luchas una y otra vez, una sucesión interminable de matanzas y, las más de las veces, esos lugares tenían poco valor estratégico en cualquier plan mayor, o, en último caso, eran imposibles de defender. Como si las propias rocas y el suelo se burlaran de cada conquistador lo bastante necio como para intentar reclamarlos. Pensamientos de Cotillion, esos. Jamás había tenido miedo de reconocer la futilidad y el placer que sentía el mundo al desafiar la grandiosidad humana.

La joven pasó junto a los últimos edificios quemados, era un alivio haber dejado atrás su hedor… A los cuerpos pudriéndose estaba acostumbrada, pero algo de ese hedor carbonizado se deslizaba bajo sus sentidos como una premonición.

Caía la tarde. Apsalar volvió a subirse a la silla y cogió las riendas. Lo intentaría con la senda de Sombra. Aunque ya sabía que era demasiado tarde, algo había ocurrido en Y'Ghatan; como mínimo podía acercarse a los heridos que quedaran y buscar el rastro de los supervivientes. Si había alguno.

—Sueña con la muerte —dijo Telorast—. Y ahora está enfadada.

—¿Con nosotras?

—Sí. No. Sí. No.

—¡Ah, ha abierto una senda! ¡Sombra! ¡Rastro sin vida que serpentea por colinas sin vida, pereceremos de hastío! ¡Espera, no nos dejes!

Salieron trepando del pozo y encontraron un banquete aguardándolos. Una mesa larga, cuatro sillas de estilo untan y respaldo alto, un candelabro en el centro con cuatro velas de cera de abeja y tallos gruesos, la luz dorada parpadeaba sobre bandejas de plata en las que se amontonaban exquisiteces malazanas. Santos, ese pescado oleaginoso de los bancos de la costa de Kartool, asado al horno con mantequilla y especias en arcilla; tiras de venado marinado que olían a almendras, al estilo d'avoriano del norte; urogallo de las llanuras setis relleno de bayas de bisonte y salvia; calabazas al horno y filetes de serpiente de Dal Hon; un surtido de verduras estofadas y cuatro botellas de vino: un blanco de la isla de Malaz, de la hacienda de Paran, vino de arroz caliente de Itko Kan, un tinto con mucho cuerpo de Gris, y el vino de belack de tono anaranjado de las islas Napanianas.

Kalam se quedó mirando aquella munífica aparición mientras Tormenta, con un gruñido, se acercaba, las botas resoplando entre el polvo; el soldado se sentó y estiró la mano para coger el tinto de Gris.

—Bueno —dijo Ben el Rápido al tiempo que se sacudía el polvo—, no está mal. ¿Para quién creéis que es la cuarta silla?

Kalam levantó la cabeza y miró la masa amenazadora de la fortaleza flotante.

—Preferiría no pensar en ello.

Tormenta lanzó unos bufidos y se abalanzó sobre las tiras de venado.

—¿Sospechas —aventuró Ben el Rápido cuando se sentó — que hay algún significado en la selección proporcionada? —Cogió una copa de alabastro y se sirvió un poco del blanco de Paran—. ¿O es decadencia pura y dura lo que quiere pasarnos por las narices?

—Mi nariz está muy bien —dijo Tormenta, ladeó la cabeza a un lado y escupió un hueso—. ¡Dioses, podría comerme todo esto yo solo! ¡Y quizá lo haga!

Kalam suspiró y se reunió con ellos en la mesa.

—Está bien, al menos esto nos da tiempo para hablar. —Vio que el mago miraba con suspicacia a Tormenta—. Relájate, Rápido, dudo que Tormenta pueda oírnos con todo el ruido que hace al masticar.

—¡Ja! —se rió el falari, escupió trozos por toda la mesa, y uno aterrizó con un chapoteo en la copa del mago—. ¡Como si a mí me importara la uña de un pie del Embozado todos vuestros prepotentes pavoneos! Si queréis hablar hasta quedaros sin aliento, adelante, yo no pienso perder el tiempo escuchándoos.

Ben el Rápido encontró un pincho de plata para la carne y sacó con delicadeza el trozo de venado de la copa. Tomó un sorbo vacilante, hizo una mueca y tiró el vino. Después volvió a llenarse la copa.

—Bien —dijo—, yo no estoy del todo convencido de que aquí Tormenta sea superfluo en nuestra conversación.

El soldado de la barba pelirroja levantó la cabeza y entrecerró los ojitos con una inquietud repentina.

—Yo no podría ser más superfluo de lo que soy ni aunque lo intentara —rezongó, y volvió a estirar el brazo para coger la botella de tinto.

Kalam observó moverse la garganta del hombre mientras engullía bocado tras bocado.

—Es esa espada —dijo Ben el Rápido—. Esa espada t'lan imass. ¿De dónde la sacaste, Tormenta?

—Ah, santos. En Falar solo los pobres comen esos peces tan feos, ¡y los kartoolianos los llaman exquisitez! Idiotas. —Cogió uno y empezó a sacar la carne roja y oleaginosa del caparazón de arcilla—. Me la entregaron —dijo—, para que la custodiara.

—¿Un t'lan imass? —preguntó Kalam.

—Sí.

—¿Así que tiene intención de volver a buscarla?

—Si puede, sí.

—¿Por qué te daría un t'lan imass su espada a ti? Por lo general la utilizan mucho.

—No en el lugar al que se dirigía, asesino. ¿Qué es esto? ¿Una especie de pájaro?

—Sí —dijo Ben el Rápido—. Urogallo. Bueno, ¿y hacia dónde se dirigía el t'lan imass, entonces?

—Urogallo. ¿Qué es eso, una especie de pato? Se metió en una gran herida en el cielo, para sellarla.

El mago se echó hacia atrás.

—Entonces no esperes que vuelva en breve.

—Bueno, se llevó la cabeza de un tiste andii con él y esa cabeza seguía viva, Verdad fue el único que lo vio, el otro t'lan imass no, ni siquiera el invocahuesos. Qué alas tan pequeñas, me sorprende que el bicho pudiera volar siquiera. ¡Claro que no muy bien, ja, porque alguien lo atrapó! —Se terminó el grisiano y tiró la botella, que cayó con un golpe seco en el polvo denso. Tormenta estiró el brazo entonces para coger el belack napaniano—. ¿Sabéis el problema que tenéis vosotros dos? Os lo voy a decir. Os voy a decir yo el problema. Los dos pensáis demasiado y pensáis que pensando tanto llegáis a alguna parte con tanto pensar, solo que no lo hacéis. Mirad, es muy sencillo. Si algo que no te

gusta se te mete por el medio, lo matas, y cuando lo matas, ya puedes dejar de pensar en ello y se acabó.

—Una filosofía interesante, Tormenta —dijo Ben el Rápido —. ¿Pero qué hay si ese «algo» es demasiado grande, o hay demasiados, o son más peligrosos que tú?

—Entonces le bajas los humos, mago.

—¿Y si no puedes?

—Entonces buscas a alguien que pueda. Quizá terminen matándose entre sí y se acabó. —Agitó la botella medio vacía de belack—. ¿Pensáis que podéis hacer todo tipo de planes? Idiotas. ¡Yo me agacho y me cago en vuestros planes!

Kalam le sonrió a Ben el Rápido.

—Puede que Tormenta haya dado con algo.

El mago frunció el ceño.

—Qué, agacharse…

—No, buscar a otro que nos haga el trabajo sucio. Ya somos perros viejos en eso, Ben, ¿no?

—Solo que cada vez es más difícil. —Ben el Rápido miró la fortaleza flotante—. Está bien, déjame pensar…

—¡Oh, ahora sí que estamos metidos en un lío!

—Tormenta —dijo Kalam—, estás borracho.

—No estoy borracho. Con dos botellas de vino yo no me emborracho. Tormenta no, de eso nada.

—La pregunta —dijo el mago— es la siguiente. ¿Quién o qué derrotó a los k’chain che’malle la primera vez? Y después, ¿vive todavía esa poderosa fuerza? Una vez que averigüemos las respuestas a esas…

—Lo que dije —rezongó el falari—, habláis, habláis y habláis y no sacáis una puñetera cosa en limpio.

Ben el Rápido se acomodó en su silla y se frotó los ojos.

—Muy bien. Adelante, Tormenta, oigamos tus brillantes ideas.

—Primero, estáis asumiendo que esa especie de lagartos son enemigos vuestros. Tercero, si las leyendas son ciertas, esos lagartos se derrotaron a sí mismos, así que, ¿a qué viene el ataque de pánico, por los pantalones cagados del Embozado? Segundo, la consejera quería saberlo todo sobre ellos y adónde van y todo eso. Bueno, las fortalezas volantes no van a ninguna parte, y ya sabemos lo que hay dentro, así que el trabajo está hecho. Vosotros, idiotas, queréis entrar en una, ¿para qué? No tenéis ni idea de para qué. Y cinco, ¿te vas a terminar ese vino blanco, brujo? Porque yo no pienso tocar ese pis de arroz.

Ben el Rápido se adelantó poco a poco en su asiento y deslizó la botella hacia Tormenta.

No había mejor gesto de derrota, decidió Kalam.

—Acabad de una vez —dijo—, para que podamos salir de esta puñetera senda y regresar con el Decimocuarto.

—Otra cosa —dijo Ben el Rápido— de la que quería hablar.

—Adelante —dijo Tormenta, muy sociable, mientras agitaba una pata de urogallo—. Tormenta tiene todas tus respuestas, sí, señor.

—He oído historias… una escolta malazana que chocó con una flota de naves raras en la costa geni. Por las descripciones de los enemigos, parecían tiste edur. Tormenta, ese barco tuyo, ¿cómo se llamaba?

—Silanda. Tipos muertos de piel gris, todos derribados en cubierta, y el capitán del barco, ensartado con una lanza, clavado en la maldita silla del Embozado de su camarote. Por todos los dioses del inframundo, el brazo que lanzó eso…

—Y cabezas… tiste andii.

—Los cuerpos estaban abajo, manejando los remos.

—Esos tipos de piel gris eran tiste edur —dijo Ben el Rápido—. No sé, quizá no debería relacionar las dos cosas,

pero hay algo en ellos que me pone nervioso. ¿De dónde procedía esa flota tiste edur?

Kalam lanzó un gruñido.

—Es un mundo muy grande, Rápido —dijo después—. Podrían haber salido de cualquier parte, desviados de su rumbo por alguna tormenta, o en una misión de exploración de algún tipo.

—Más bien incursiones de asalto —dijo Tormenta—. Si atacaron de inmediato, como hicieron. De todos modos, donde encontramos el Silanda, allí también había habido una batalla. Contra los tiste andii. Un asunto turbio.

Ben el Rápido suspiró y se frotó los ojos otra vez.

—Cerca de Coral, durante la Guerra Painita, se encontró el cuerpo de un tiste edur. Había salido de las aguas profundas. —Sacudió la cabeza—. Tengo la sensación de que no será el último que veamos.

—El reino de Sombra —dijo Kalam—. Era suyo, antaño, y ahora quieren recuperarlo.

El mago entrecerró los ojos y miró al asesino.

—¿Eso te lo dijo Cotillion?

Kalam se encogió de hombros.

—Todo termina siempre en Tronosombrío, ¿no? No me extraña estar nervioso. Ese cabrón baboso y escurridizo…

—Oh, por los huevos del Embozado —gimió Tormenta—, dame ese pis de arroz si vais a seguir así. Tronosombrío no asusta a nadie. Tronosombrío es solo Ammanas y Ammanas es solo Kellanved. Igual que Cotillion es Danzante. Bien sabe el Embozado que conocíamos de sobra al emperador. Y a Danzante. ¿Están tramando algo? No tiene nada de raro. Siempre estaban tramando algo, desde el principio. Os lo digo a los dos —hizo una pausa para echar un trago del vino de arroz, hizo una mueca y después continuó—, cuando el polvo se haya asentado, estarán brillando como perlas

encima de un montón de estiércol. Dioses, dioses ancestrales, dragones, no muertos, espíritus y la cara vacía y aterradora del propio Abismo, no van a poder hacer nada, joder. ¿Quieres preocuparte por los tiste edur, mago? No te prives. Quizá gobernaran Sombra una vez, pero Tronosombrío acabará con ellos. Él y Danzante. —Eructó—. ¿Y sabéis por qué? Os diré por qué. Nunca pelean limpio. Por eso.

Kalam miró la silla vacía y entrecerró los ojos poco a poco.

Tropezando, reptando o arrastrándose por el lecho de ceniza blanca, todos se acercaron adonde se sentaba Botella; el cielo era un remolino de estrellas sobre sus cabezas. Ni uno solo de esos soldados dijo nada, pero cada uno consiguió hacer un gesto suave, estirar el brazo y, con un dedo, tocar la cabeza de Y'Ghatan, la rata.

Tierno, con gran reverencia… hasta que el animal mordió ese dedo y la mano se apartó de golpe con una maldición siseada.

Uno tras otro, Y'Ghatan los mordió a todos.

Tenía hambre, explicó Botella, y estaba embarazada. Eso explicó. O intentó hacerlo, pero nadie estaba escuchando en realidad. Parecía que ni siquiera les importaba, que el mordisco ya formaba parte del ritual, un precio de sangre, el pago del sacrificio.

Les dijo a los que quisieron escuchar que a él también lo había mordido.

Pero no lo había hecho. No ella. No a él. Sus almas ya estaban unidas de forma inextricable. Y cosas como esas eran complicadas, profundas incluso. Estudió a la criatura, que se había acomodado en su regazo. Profundas, sí, esa era la palabra.

Le acarició la cabeza. *Mi querida rata. Mi dulce... ¡ay! ¡Maldita seas! ¡Zorra!*

Unos ojos negros y brillantes se alzaron y lo miraron, la nariz y los bigotes se crisparon.

Criaturas abominables, repugnantes.

Dejó al bicho en el suelo, que se tirara por un precipicio si quería, a él le daba igual. Pero en lugar de eso, la rata se arrimó a su pie derecho, se acurrucó y se durmió. Botella miró el campamento improvisado, la colección de caras borrosas que podía ver aquí y allá. Nadie había encendido ningún fuego. Tenía su gracia, a su modo enfermizo.

Habían sobrevivido. A Botella todavía le costaba creerlo. Y Gesler había vuelto a entrar, solo para regresar un rato después seguido por Corabb Bhilan Thenu'alas, el guerrero, que apareció arrastrando a Cuerdas y luego él también se derrumbó. Botella podía oír los ronquidos del tipo, que habían continuado ininterrumpidos la mitad de la noche.

El sargento estaba vivo. La miel untada en sus heridas parecía haber llevado a cabo una sanación equivalente al gran Denul, lo que dejaba patente que había sido cualquier cosa salvo miel normal (como si las extrañas visiones no fueran prueba suficiente). Con todo, ni siquiera eso podía reemplazar la sangre que Cuerdas había perdido y esa pérdida de sangre debería de haberlo matado. Pero en ese instante el sargento dormía, demasiado débil para hacer nada más, pero vivo.

Botella pensaba que ojalá él estuviera tan cansado... de ese modo, al menos, de esa forma que llamaba al sueño cálido y grato. En lugar de ese agotamiento espiritual que le dejaba los nervios crispados, no hacían más que regresar una y otra vez las imágenes de su viaje de pesadilla entre los huesos enterrados de Y'Ghatan. Y con ellos, el sabor

amargo de esos momentos cuando todo parecía perdido, inútil.

La capitán Faradan Sort y Peccado habían ocultado una provisión de toneles de agua y paquetes de comida que, a continuación, habían recuperado, pero a Botella ninguna cantidad de agua podía quitarle de la boca el sabor a humo y cenizas. Y había otra cosa que seguía ardiendo en su interior. La consejera los había abandonado, lo que había obligado a la capitán y a Peccado a desertar. Cierto, era razonable suponer que no quedaba nadie vivo. El mago sabía que esa sensación era irracional, pero lo reconcomía de todos modos.

La capitán había hablado de la peste, que llegaba del este y lo barría todo, y la necesidad de que no alcanzara al ejército. La consejera había esperado todo lo que había podido. Botella sabía todo eso. Pese a todo…

—Estamos muertos, ¿sabes?

Miró a Koryk, que estaba sentado con las piernas cruzadas no muy lejos, con un niño dormido al lado.

—Si estamos muertos —dijo Botella—, ¿por qué nos sentimos tan mal?

—En lo que a la consejera se refiere. Estamos muertos. Podemos… irnos sin más.

—¿Para ir adónde, Koryk? Poliel acecha en Siete Ciudades por entero…

—No hay peste que vaya a matarnos a nosotros. Ahora no.

—¿Te crees que somos inmortales o algo por el estilo? —preguntó Botella. Después sacudió la cabeza—. Sobrevivimos a esto, sí, pero eso no significa nada, joder. Y por el Embozado, no significa que lo próximo que surja no vaya a matarnos a la primera y bien deprisa. Quizá tú ahora

te sientas inmune a todo, a lo que sea que el mundo quiera tirarnos encima. Pero, créeme, no lo somos.

—Mejor eso que cualquier otra cosa —murmuró Koryk.

Botella pensó en las palabras del soldado.

—¿Crees que algún dios decidió usarnos? ¿Que nos sacó por una razón?

—O eso, Botella, o tu rata es un genio.

—La rata era cuatro patas y una buena nariz, Koryk. Su alma estaba atrapada. Por mí. Yo estaba mirando por sus ojos, percibía todo lo que ella percibía…

—¿Y soñó cuando tú soñaste?

—Bueno, no lo sé…

—¿Huyó entonces?

—No, pero…

—Así que esperó. A que volvieras a despertar. Para que pudieras capturar su alma otra vez.

Botella no dijo nada.

—Como un dios intente utilizarme —dijo Koryk en voz baja—, lo va a lamentar.

—Con todos esos fetiches que llevas —observó Botella—, yo habría dicho que estarías encantado con la atención.

—Te equivocas. Lo que llevo no es para buscar bendiciones.

—¿Qué son entonces?

—Amuletos.

—¿Todos ellos?

Koryk asintió.

—Me hacen invisible. A dioses, espíritus, demonios…

Botella estudió al soldado en la oscuridad.

—Bueno, quizá no funcionen.

—Depende —respondió el otro.

—¿De qué?

—De si estamos muertos o no.

Sonrisas se echó a reír cerca de allí.

—Koryk ha perdido la sesera. No me extraña, con lo pequeña que es y con lo oscuro que está por aquí…

—No como fantasmas y todo eso —dijo Koryk con tono desdeñoso—. Piensas como una niña de diez años, Sonrisas.

Botella hizo una mueca.

Algo rebotó en una roca cerca de Koryk y el soldado se sobresaltó.

—¿Qué Embozado fue eso?

—Eso fue un cuchillo —dijo Botella, que había sentido un pequeño latigazo junto a él—. Asombroso, se guardó uno para ti.

—Más de uno —dijo Sonrisas—. Y, Koryk, no te estaba apuntando a la pierna.

—Te dije que no eras inmune —dijo Botella.

—Yo… bah, da igual.

Yo sigo vivo, ibas a decir. Y después tuviste el acierto de no decirlo.

Gesler se agachó delante de la capitán.

—Somos una panda sin pelos —dijo—, pero aparte de eso, estamos curando bastante bien. Capitán, no sé lo que la hizo creer en Peccado lo suficiente para huir del ejército, pero me alegro la hostia de que lo haya hecho.

—Estaban todos bajo mi mando —dijo ella—. Y después se fueron muy por delante. Hice todo lo que pude por encontrarlos, pero el humo, las llamas… era demasiado. —Apartó la mirada—. No quería dejarlo así.

—¿Cuántos perdió la legión? —preguntó Gesler.

Ella se encogió de hombros.

—Quizá dos mil. Todavía había soldados muriéndose. Estábamos atrapados, el puño Keneb, Baralta y unos

ochocientos hombres, en el peor lado de la brecha, hasta que Peccado hizo retroceder el fuego… no me pregunte cómo. Dicen que es una especie de maga suprema. No había nada confuso en ella esa noche, sargento, y no creo que estuviera confusa cuando intentó meterse de nuevo en la ciudad.

Gesler asintió y se quedó callado un momento, después se levantó.

—Ojalá pudiera dormir… y parece que no soy el único. Me preguntó por qué será…

—Las estrellas, sargento —dijo Faradan Sort—. Están brillando sobre nosotros.

—Sí, podría ser eso y nada más.

—¿Nada más? Yo diría que más que suficiente.

—Sí. —El sargento se miró el pequeño mordisco que tenía en el índice derecho—. Y todo por esa puñetera rata.

—Serán idiotas, seguro que están todos infectados con la peste.

Él se sobresaltó y después sonrió.

—Que lo intente la muy zorra.

Bálsamo se frotó los últimos restos de costra de barro de la cara y después miró a su cabo con el ceño fruncido.

—Tú, Olor a Muerto, ¿te crees que no te oí rezando y balbuceando ahí abajo? A mí no me has engañado sobre nada que merezca la pena engañar.

El hombre, que estaba apoyado en una roca, mantuvo los ojos cerrados, pero contestó.

—Sargento, usted sigue intentándolo, pero lo sabemos. Lo sabemos todos.

—¿Sabéis todos qué?

—Por qué habla y habla y sigue hablando.

—¿De qué estás hablando?

—Se alegra de estar vivo, sargento. Y se alegra de que su pelotón saliera de una pieza, el único salvo el de Viol, y quizá el de Hellian, que yo sepa. Nos hechizaron y no hay más. Un puñetero hechizo y todavía no se lo cree. Bueno, pues nosotros tampoco, ¿de acuerdo?

Bálsamo escupió en el suelo.

—Escúchate, maullando sin parar. Babosadas sentimentales, nada más. Me pregunto quién me maldijo para que tenga que seguir cargando con todos vosotros. Lo de Violín lo entiendo. Es abrasapuentes. Y los dioses echan a correr cuando ven a un abrasapuentes. Pero tú, tú no eres nadie y eso es lo que no entiendo. De hecho, si lo entendiera...

Urb. Es igual que el sacerdote que desapareció. El que había sido sacerdote, ¿cómo se llamaba? ¿Qué aspecto tenía? No se parecía en nada a Urb, eso seguro. Pero igual de traidor, traicionero, igual de podrido y vil que como se llamara.

Ya no es cabo mío, eso seguro. Me dan ganas de matarlo... oh, dioses, me duele la cabeza. La mandíbula... tengo todos los dientes sueltos.

La capitán dice que necesita más sargentos. Bueno, pues se puede quedar con él y pobre del pelotón con el que termine, cuenta con mis plegarias. Eso seguro. Dijo que había arañas y quizá las hubiera, y quizá yo no estaba consciente, así que no pude volverme loca, cosa que quizá hubiera hecho, pero eso no cambia una verdad, y es que tan seguro como seguro que se me subieron encima. Todas encima, todavía puedo sentir esas patitas puntiagudas y pegajosas que se me clavaron en la piel. Por toda la piel. Por todas partes. Y él las dejó.

Quizá la capitán tenga una botella de algo. Quizá si la llamo para que venga y hablo yo muy dulce, cuerda de verdad y toda razonable, quizá entonces me desaten. No mataré a Urb, lo prometo. Puede quedarse con él, capitán. Eso será lo que le diga. Y ella vacilará, yo vacilaría, pero entonces asentirá, la muy idiota, y cortará estas cuerdas. Y me pasará una botella y me la terminaré. La terminaré y todo el mundo dirá, eh, no pasa nada. Vuelve a estar normal.

Y entonces es cuando me tiro a su garganta. Con los dientes, no, están sueltos, no puedo usarlos para eso. Busco un cuchillo, eso es lo que tengo que hacer. O una espada. Podría cambiar la botella por una espada. Lo hice al revés, ¿no? La mitad de la botella. Me beberé la otra mitad. Media botella, media espada. Un cuchillo. Media botella por un cuchillo. Que le clavaré en la garganta, y después lo volveré a cambiar, por la otra mitad de la botella; si soy rápida, debería funcionar. Consigo el cuchillo y la botella entera.

Pero primero, debería desatarme. Es lo justo.

Estoy bien, como puede ver todo el mundo. Pacífica, pensativa...

—¿Sargento?

—¿Qué pasa, Urb?

—Creo que todavía quiere matarme.

—¿Qué te hace decir eso?

—El modo en que rezonga y rechina los dientes, supongo.

Yo no, eso seguro.

Oh, por eso me duelen tanto los dientes todavía. Me los he soltado más rechinándolos tanto. Dioses, solía soñar cosas así, que se me soltaban todos los dientes. El muy cabrón me dio un puñetazo. No muy diferente de ese hombre que desapareció, ¿cómo se llamaba?

Destello de Ingenio acomodó mejor todo su volumen en el lecho blando que su peso había estampado en la arena.

—Ojalá —dijo.

Cachipolla frunció los labios y después se colocó la nariz que se le había roto más veces de las que podía contar. Moverla producía unos chasquidos que encontraba, por alguna razón, vagamente satisfactorios.

—¿Ojalá qué?

—Ojalá supiera cosas, supongo.

—¿Qué cosas?

—Bueno, escucha a Botella, ahí. Y a Gesler, Olor a Muerto. Son listos. Hablan de cosas y todo eso. Por eso digo ojalá.

—Sí, bueno, pero todos esos cerebros se van a desperdiciar, ¿no?

—¿A qué te refieres?

Cachipolla lanzó un bufido.

—Tú y yo, Destello de Ingenio, nosotras somos de la infantería pesada, ¿no? Clavamos los pies y nos plantamos, y da igual para qué. Eso no importa.

—Pero Botella…

—Un desperdicio, Destello de Ingenio. Son soldados, por el amor de Treach. Soldados. ¿Quién necesita cerebro para ser soldado? Eso solo estorba para ser soldado y no sirven las cosas que estorban. Entienden las cosas y eso les da opiniones, y luego igual ya no quieren luchar tanto.

—¿Por qué ya no iban a querer luchar por las opiniones?

—Es muy simple, Destello de Ingenio. Confía en mí. Si los soldados pensaran demasiado en lo que están haciendo, ya no querrían luchar.

—¿Entonces cómo es que estoy tan cansada, por cierto, solo que no puedo dormir?

—Eso también es muy simple.

—¿Lo es?

—Sí, y no son las estrellas tampoco. Estamos esperando a que salga el sol. Todos queremos ver ese sol, porque empezaba a parecer que no lo íbamos a ver más.

—Ya. —Un largo silencio contemplativo y después—: Ojalá.

—¿Y ahora por qué dices ojalá?

—Solo pienso que ojalá fuera tan lista como tú, Cachipolla. Eres tan lista que no tienes opiniones y eso es ser muy lista, y entonces yo me pregunto si no te vas a desperdiciar siendo de la pesada y eso. Eres soldado.

—Yo no soy lista, Destello de Ingenio. Confía en mí, ¿y sabes cómo lo sé?

—No, ¿cómo?

—Porque… ahí abajo… tú y yo y Lametazo de Sal, y Narizcorta y Uru Hela y Hanno, los de la pesada. Nosotros no nos asustamos ahí abajo, ni uno solo, y por eso lo sé.

—No daba miedo. Solo estaba oscuro y parecía que no se iba a acabar nunca y tener que esperar a que Botella nos sacara, bueno, eso fue aburrido a veces, ya sabes.

—Justo, ¿y te asustó el fuego?

—Bueno, las quemaduras dolían, ¿no?

—Pues claro.

—Eso no me gustó.

—A mí tampoco.

—Bueno, ¿y tú qué crees que vamos a hacer todos ahora?

—¿El Decimocuarto? No sé, salvar el mundo, quizá.

—Sí. Quizá. Me gustaría.

—A mí también.

—Eh, ¿eso es el sol que sale?

—Bueno, es el este por donde hay más luz, así que supongo que sí, debe de serlo.

—Genial. Era lo que estaba esperando, creo.

Sepia encontró a los sargentos Thom Tissy, Cordón y Gesler reunidos cerca de la base de la ladera que llevaba al camino del oeste. No parecía que les interesara mucho el sol que salía.

—Están todos muy serios —dijo el zapador.

—Tenemos una buena caminata por delante —dijo Gesler —, eso es todo.

—La consejera no tenía alternativa —dijo Sepia—. Era una tormenta de fuego, no había forma de que supiera que habría supervivientes, que estaban excavando por debajo de todo eso.

Gesler miró a los otros dos sargentos y después asintió.

—No pasa nada, Sepia. Lo sabemos. No nos estamos planteando el asesinato ni nada parecido.

Sepia se volvió a mirar el campamento.

—Algunos de los soldados están pensando lo que no es.

—Sí —dijo Cordón—, pero ya les aclararemos las cosas antes de que acabe el día.

—Bien. El caso es —el zapador dudó y se volvió de nuevo hacia los sargentos—. Lo he estado pensando. ¿Quién nos va a creer, en el nombre del Embozado? Más bien parece que hicimos nuestro propio trato con la reina de los Sueños. Después de todo, tenemos a uno de los oficiales de Leoman con nosotros. Y ahora, con la capitán y Peccado que van y se hacen proscritas ellas también, bueno, podría pensarse que somos todos traidores o algo.

—Nosotros no hicimos ningún trato con la reina de los Sueños —dijo Cordón.

—¿Está usted seguro?

Los tres sargentos lo miraron.

Sepia se encogió de hombros.

—Botella es un tipo raro. Quizá él sí que hizo algún trato, con alguien. Quizá con la reina de los Sueños, quizá con algún otro dios.

—Nos lo habría dicho, ¿no? —preguntó Gesler.

—Es difícil asegurarlo. Es un cabrón muy escurridizo. Me está poniendo nervioso que esa maldita rata nos mordiera a todos, como si el bicho supiera lo que estaba haciendo y nosotros no.

—Es una rata salvaje —dijo Thom Tissy—. No es el animal de nadie, así que, ¿por qué no iba a morder?

—Escucha, Sepia —dijo Gesler—, da la sensación de que solo estás buscando cosas nuevas de las que preocuparte. ¿Qué sentido tiene? Lo que hay por delante ahora mismo es una larga caminata y sin armaduras, ni armas, y casi sin ropa, el sol va a achicharrar viva a la gente.

—Tenemos que encontrar un pueblo —dijo Cordón— y esperar, por el Embozado, que la peste no lo haya encontrado primero.

—Ahí lo tienes, Sepia —dijo Gesler con una gran sonrisa —. Ahora ya tienes otra cosa de la que preocuparte.

Paran empezó a sospechar que su caballo sabía lo que estaba haciendo: los ollares disparados, agitaba la cabeza, se espantaba y daba patadas, luchando contra las riendas todo el tiempo por la pista por la que bajaban. El mar de agua dulce estaba picado, las olas repletas de sedimentos de la bahía se acercaban rodando para golpear peñascos de piedra caliza blanqueados por el sol. Los arbustos muertos del desierto sacaban miembros esqueléticos de los bajíos cenagosos y había enjambres de insectos por todas partes.

—Este no es el mar antiguo —dijo Ganath cuando se acercó a la orilla.

—No —admitió Paran—, hace medio año Raraku era un desierto y lo había sido durante miles de años. Entonces hubo un… una especie de renacimiento.

—No durará. Nada dura.

Paran miró a la mujer jaghut por un momento. Ella miró las olas ocres, inmóvil durante una docena de latidos, después se dirigió a los bajíos. Paran desmontó y maneó los caballos, consiguió esquivar por los pelos el mordisco del castrado que había estado montando. Sacó el equipo de acampada y se puso a encender una hoguera. Había madera de sobra por la playa, incluyendo árboles arrancados enteros, y no tardó en tener un fuego encendido.

Tras terminar su baño, Ganath se reunió con él y se quedó cerca, el agua chorreándole por la piel suave de color extraño.

—Los espíritus de los manantiales de las profundidades han despertado —dijo—. Da la sensación de que este lugar es joven otra vez. Joven y sin refinar. No lo entiendo.

Paran asintió.

—Joven, sí. Y vulnerable.

—Sí. ¿Por qué estás tú aquí?

—Ganath, quizá fuera más seguro para ti si te fueras.

—¿Cuándo comienzas el ritual?

—Ya ha empezado.

La jaghut apartó la mirada.

—Eres un dios raro. Montas una criatura miserable que sueña con matarte. Haces un fuego con el que cocinar comida. Dime, en este nuevo mundo, ¿todos los dioses son como tú?

—No soy ningún dios —dijo Paran—. En lugar de las antiguas losas de las Fortalezas, y reconozco que no sé muy

bien si se llamaban así, pero bueno, ahora hay una baraja de los Dragones, un fatid que contiene las Grandes Casas. Yo soy el Señor de esa Baraja…

—Un Señor, ¿del mismo modo que el Errante?

—¿Quién?

—El Señor de las Fortalezas en mi tiempo —respondió ella.

—Supongo que sí, entonces.

—Era un ascendiente, Ganoes Paran. Venerado como dios por enclaves de imass, barghastianos y trell. Mantenían su boca siempre llena de sangre. Nunca conoció la sed. Ni la paz. Me pregunto cómo cayó.

—Creo que a mí también me gustaría conocer ese detalle —dijo Paran, conmocionado por las palabras de la jaghut—. A mí nadie me venera, Ganath.

—Lo harán. Acabas de ascender. Incluso en este mundo tuyo, estoy segura de que no faltan los seguidores, los que están desesperados por creer. Y ellos darán caza a otros y los convertirán en víctimas. Los derribarán y llenarán cuencos con su sangre inocente en tu nombre, Ganoes Paran, y así suplicarán tu intercesión, que te adhieras a la causa que sea que ellos moldeen con toda justificación. El Errante pensó en derrotarlos, como bien podrías tú intentar hacer, y así se convirtió en el dios del cambio. Recorrió el sendero de la neutralidad, pero lo tiñó con un placer sacado de lo transitorio. El enemigo del Errante era el tedio, el estancamiento. Por eso los forkrul assail quisieron aniquilarlo. Y a todos sus seguidores mortales. —Hizo una pausa y después añadió—: Quizá lo consiguieron. A los assail jamás se les distrajo con facilidad del rumbo que habían elegido.

Paran no dijo nada. Había verdades en las palabras de la jaghut que hasta él reconocía y le estaban pesando, se

acomodaban, graves e imponderables, sobre su espíritu. Las cargas nacían de la pérdida de la inocencia. De la ingenuidad. Mientras los inocentes anhelaban perder la inocencia, los que ya lo habían hecho envidiaban a su vez a los inocentes y conocían el dolor en lo que habían perdido. Entre los dos, no era posible intercambio alguno de verdades. Percibió la finalización de un viaje interior y Paran se encontró con que no agradecía reconocer ese hecho, ni el lugar en el que se encontraba. No le convenía que la ignorancia permaneciera unida de forma inextricable a la inocencia y la pérdida de una significaba la pérdida de la otra.

—Te he inquietado, Ganoes Paran.

Él levantó la cabeza y después se encogió de hombros.

—Has sido… oportuna. Muy a mi pesar, pero aun así —se encogió de hombros otra vez—, quizá sea lo mejor.

La jaghut volvió a mirar el mar y él siguió su mirada. Una calma repentina sobre la modesta bahía que tenían delante, mientras las cabritillas de espuma continuaban picando las aguas algo más allá.

—¿Qué está pasando? —preguntó ella.

—Ya vienen.

Un estrépito lejano, como si se alzara de una cueva profunda, y el atardecer pareció adquirir un tono enfermizo; sus fuegos, esclavos de un tumulto caótico, como si las sombras de cien mil atardeceres y amaneceres libraran una guerra celestial. Mientras, los horizontes se acercaban y parpadeaban con oscuridad, humo y tormentas violentas de arena y polvo.

Algo se agitó en las aguas diáfanas de la bahía, nubes de sedimentos que se alzaban de las profundidades y la calma comenzaba a extenderse hacia el sur y aquietaba la bravura del mar.

Ganath retrocedió un paso.

—¿Qué has hecho?

Apagados pero crecientes, la refriega y los rumores sordos, el estrépito y el zumbido de las gargantas, el sonido de ejércitos en marcha, los ecos de escudos entrelazados, el ritmo de tímpanos de las armas de hierro y bronce sobre bordes maltratados, de carretas crujiendo y girando sobre caminos repletos de surcos y después los susurros, los choques vibrantes, muros de cuerpos de caballos estrellándose contra filas de picas alzadas, los chillidos de los animales llenando el aire y luego desvaneciéndose solo para que la colisión se repitiera, con más estrépito esa vez, más cerca, y se oyó un tamborileo violento arrancando un surco por la bahía y dejando un camino pálido, cenagoso, rojo, a su paso, un camino que se iba desangrando, los bordes se desgarraban al tiempo que el camino se hundía en las profundidades. Voces entonces que clamaban, que bramaban, lastimeras y encolerizadas, una cacofonía de vidas enmarañadas, cada una intentando separarse, intentando reclamar su propia existencia, única, un ente con ojos y voz. Mentes tensas que se aferraban a recuerdos que se descuartizaban como estandartes hechos jirones con cada chorro de sangre perdida, con cada fracaso aplastante, soldados que morían, siempre muriendo…

Paran y Ganath observaron que unos estandartes incoloros, empapados, rompieron la superficie del agua, se alzaron las lanzas al aire, chorreando barro, estandartes, pendones, picas que lucían trofeos horripilantes medio podridos, que se alzaban por la orilla entera.

El mar Raraku había renunciado a sus muertos.

En respuesta a la llamada de un hombre.

Blancas, como cuchilladas de ausencia, manos huesudas que aferran mangos de madera negra, antebrazos bajo

cuero raído y brazales corroídos y después, saliendo del agua, yelmos pútridos y rostros desprovistos de carne. Humanos, trell, barghastianos, imass, jaghut. *Las razas y todas sus guerras raciales. Oh, podría arrastrar a cada historiador mortal hasta aquí, hasta esta orilla, para que pudieran contemplar nuestra verdadera lista, nuestra progresión de odio y aniquilación.*

¿Cuántos buscarían, desesperados, atrapados por el celo que los atenazase, y querrían encontrar razones y justificaciones? Causas, crímenes y justicias, los pensamientos de Paran se detuvieron con una vacilación cuando se dio cuenta de que, al igual que Ganath, él también había estado retrocediendo, paso a paso, empujado ante semejante revelación. *Oh, estos mensajeros se granjearían tanto... desagrado. Y vilipendio. Y estos muertos, oh, cómo se reirían al comprender como nadie la táctica defensiva de un ataque global. Los muertos se burlan de nosotros, se burlan de todos, y no les hace falta decir nada...*

Todos esos enemigos de la razón, pero no la razón como fuerza, o como dios, no la razón en el sentido frío y crítico. La razón solo en su armadura más pura, cuando se interna con paso decidido entre todos esos que odian la tolerancia, oh, dioses del inframundo, estoy perdido, perdido en todo esto. No se puede luchar contra la sinrazón y, como te dirán estas multitudes muertas, como te están diciendo en estos mismos momentos, la certidumbre es el enemigo.

—Estos —susurró Ganath—, estos muertos no tienen sangre que darte, Ganoes Paran. No venerarán. No seguirán. No soñarán con la gloria en tus ojos. Ya han acabado con eso, con todo eso. ¿Qué ves, Ganoes Paran, en esos agujeros clavados en ti que antaño eran ojos? ¿Qué ves?

—Respuestas —respondió él.

—Respuestas. —La voz femenina estaba endurecida por la rabia—. ¿A qué?

Paran no respondió y se obligó a avanzar, un paso, después otro.

Las primeras filas se encontraban al borde de la orilla, la espuma se arremolinaba alrededor de sus pies esqueléticos, tras ellos miles y miles de hermanos. Aferrados a armas de madera, hueso, cuerno, pedernal, cobre, bronce y hierro. Cubiertos por fragmentos de armaduras, pelo, cuero. Silenciosos ya, inmóviles.

Sobre sus cabezas el cielo estaba oscuro, descendía y sin embargo quieto, como si una tormenta hubiera aspirado su primer aliento… solo para contenerlo.

Paran contempló la espeluznante fila que tenía delante. No sabía muy bien cómo hacerlo, ni siquiera había sabido si su invocación tendría éxito. Y allí estaban… *hay tantos.* Carraspeó y después empezó a exclamar nombres.

—¡Zancas! ¡Sinsentido! ¡Redrojo! ¡Detoran! ¡Bucklund, Seto, Mantillo, Deditos, Trote! —Y más nombres todavía mientras rastreaba su memoria, su recuerdo, en busca de cada abrasapuentes que sabía que había muerto. En Coral, bajo Pale, en el bosque de Perronegro y en el bosque Mott, al norte de Genabaris y en el nordeste de Nathilog, nombres que en otro tiempo se había grabado en la mente mientras investigaba (en busca de la consejera Lorn) la rimbombante y lúgubre historia de los Abrasapuentes. Recurrió a los nombres de los desertores, aunque no sabía si todavía vivían o no, si de verdad estaban muertos, si habían regresado o no al redil. Los que se habían desvanecido en los grandes páramos de Perronegro, los que habían desaparecido tras la toma de la ciudad de Mott.

Y cuando terminó, cuando no pudo recordar ningún nombre más, comenzó de nuevo la lista.

Entonces vio una figura en primera fila que se disolvía, se fundía y se convertía en un fango que se acumulaba en el agua poco profunda y poco a poco se iba deshaciendo. Y en su lugar surgió un hombre que reconoció, la cara abrasada por el fuego y mutilada esbozaba una gran sonrisa, Paran se dio cuenta con retraso de que en aquella sonrisa brutal no había humor alguno, solo el recuerdo de la mueca de la muerte. Eso y el daño terrible que había dejado un arma.

—Redrojo —susurró Paran—. Coral Negro…

—Capitán —corroboró el zapador muerto—, ¿qué está haciendo aquí?

Ojalá la gente dejara de hacerme esa pregunta.

—Necesito vuestra ayuda.

Había más abrasapuentes formando en las filas delanteras. Detoran. El sargento Bucklund. Seto, que en ese momento salió del borde del agua.

—Capitán. Siempre me pregunté por qué era tan difícil matarlo. Ahora lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí. ¡Está condenado a perseguirnos! ¡Ja! ¡Ja, ja! —Tras él, los otros se echaron a reír.

Cientos de miles de fantasmas, todos se unieron a las risas, fue un sonido que Ganoes Paran nunca jamás querría oír de nuevo. Por fortuna fue breve, como si de inmediato el ejército de muertos olvidaran la razón de su buen humor.

—Bueno —dijo Seto al fin—, como ve, estamos ocupados. ¡Ja!

Paran levantó de repente una mano.

—No, por favor, no empieces otra vez, Seto.

—Típico. La gente tiene que estar muerta para desarrollar un sentido del humor auténtico. Verá, capitán, desde este lado del mundo tiene muchísima más gracia. Gracia en un sentido estúpido, absurdo, se lo reconozco…

—Ya basta, Seto. ¿Crees que no percibo la desesperación que hay aquí? Tenéis problemas, y lo que es peor, nos necesitáis. Es decir, a los vivos, y esa es la parte que no quieres admitir…

—Lo admití con bastante claridad —dijo Seto—. Con Viol.

—¿Violín?

—Sí. No está muy lejos de aquí, ¿sabe? Con el Decimocuarto.

—¿Está con el Decimocuarto? ¿Qué, ha perdido la cabeza?

Seto esbozó una sonrisita de satisfacción.

—Casi, carajo, pero gracias a mí está bien. De momento. No es la primera vez que caminamos entre los vivos, capitán. Por todos los dioses del inframundo, debería habernos visto tirarle del pelo a Korbolo, a él y a esos malditos Mataperros, menuda noche fue esa, si yo le contara…

—No, no te molestes. Necesito vuestra ayuda.

—Bien, como quiera. ¿Con qué?

Paran vaciló. Necesitaba llegar a ese punto, pero una vez que había llegado, ese era de repente el último lugar en el que quería estar.

—Vosotros, aquí —dijo—, en Raraku, este mar, es una puñetera puerta. Entre el mundo de pesadilla del que vengáis vosotros y el mío. Os necesito, Seto, para invocar… algo. Del otro lado.

La masa de fantasmas retrocedió a la vez, y el movimiento provocó una ráfaga de aire hacia el mar.

El mago abrasapuentes muerto, Zancas, fue el que preguntó.

—¿A quién tiene en mente, capitán, y qué quiere que haga?

Paran volvió la cabeza para mirar a Ganath por encima de un hombro y después volvió a mirar de frente.

—Se ha escapado algo, Zancas. Aquí, en Siete Ciudades. Hay que darle caza. Destruirlo. —Vaciló un instante—. No sé, quizá haya entidades ahí fuera que pudieran hacerlo, pero no hay tiempo para ponerse a buscarlas. Veréis, esta… cosa… se alimenta de sangre, y cuanta más sangre ingiera, más poderosa se hace. El error más grave del primer emperador, intentar crear su propia versión de un dios ancestral… lo sabéis, ¿verdad? Lo que… de quién… estoy hablando. Lo sabéis… está ahí fuera, suelto, sin cadenas, y cazando…

—Oh, sí, cazó, vaya si cazó —dijo Seto—. Lo liberaron, bajo adeudos, y después le dieron su propia sangre… la sangre de seis magos supremos, sacerdotes y sacerdotisas de los sin nombre, los muy idiotas se sacrificaron.

—¿Por qué? ¿Por qué dejar libre a Dejim Nebrahl? ¿Qué adeudos le impusieron?

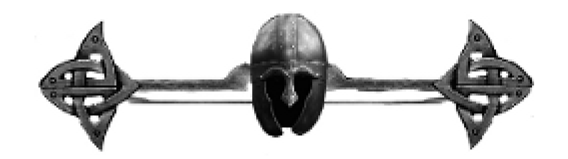
—Solo otro sendero. Quizá lleve adonde ellos querían que fuera, quizá no, pero Dejim Nebrahl está ahora libre de sus adeudos. Y ahora solo… caza.

Zancas hizo una pregunta en un tono lleno de suspicacia.

—Bueno, capitán, ¿y qué es lo que quiere? ¿Para acabar con el maldito engendro?

—Solo se me ocurría una… entidad. La misma entidad que lo consiguió la primera vez, Zancas. Necesito que encontréis a los deragoth.

9



Si se pudiera atrapar el trueno, capturarlo en piedra, y toda su violenta concatenación robarla del tiempo, y se liberaran decenas de miles de años para carcomer y raspar esta faz arruinada, ese primer testimonio desvelaría todo su terrible significado. Tales eran mis pensamientos entonces, y tales son ahora, aunque han pasado décadas en el intervalo, la última vez que posé los ojos sobre esa trágica ruina, tan fiera era su antigua reivindicación de grandeza.

La ciudad perdida de Path'Apur
—Príncipe I'farah de Bakun, 987—1032 del Sueño de Ascua

Había lavado la mayor parte de la sangre seca y después había observado, a medida que pasaba el tiempo, cómo se desvanecían las magulladuras. Los golpes en la cabeza eran, por supuesto, más problemáticos, así que había habido fiebre y con la fiebre en la mente los demonios eran legión, las batallas interminables, y entonces no había habido descanso. Solo el calor de la batalla con el yo, pero al fin eso

había pasado también y, poco antes del mediodía del segundo día, vio que los ojos se abrían.

La incomprensión debería haberse desvanecido a toda prisa, pero no lo hizo y eso, decidió Taralack Veed, era lo que él esperaba. Sirvió un poco de infusión de hierbas cuando Icarium se incorporó con lentitud.

—Toma, amigo mío. Me has dejado durante mucho tiempo.

El jhag estiró el brazo para coger la taza de hojalata, bebió un buen trago y después la tendió para que le sirvieran más.

—Sí, sed —dijo el fugitivo gral mientras llenaba la taza—. No me extraña. La pérdida de sangre. La fiebre.

—¿Luchamos?

—Sí. Un ataque repentino, inexplicable. D'ivers. A mi caballo lo mataron y me tiró. Cuando desperté, estaba claro que habías alejado a nuestro asaltante, pero un golpe en la cabeza te había arrastrado a la inconsciencia. —Hizo una pausa y después añadió—. Tuvimos suerte, amigo.

—Una lucha. Sí, eso lo recuerdo. —La mirada inhumana de Icarium miró a los ojos de Taralack Veed en busca de algo, desconcertada.

El gral suspiró.

—No es la primera vez que pasa en los últimos tiempos. No te acuerdas de mí, ¿verdad, Icarium?

—Yo… no estoy seguro. Un compañero…

—Sí. Desde hace muchos años ya. Tu compañero. Taralack Veed, en otro tiempo de la tribu de los gral, ahora entregado bajo juramento a una causa mucho más grande.

—¿Y que es?

—Caminar a tu lado, Icarium.

El jhag se quedó mirando la taza que tenía en las manos.

—Durante muchos años ya, dices —susurró—. Una causa más grande… eso no lo entiendo. Yo… no soy nada. Nadie. Estoy perdido… —Levantó la cabeza—. Estoy perdido —repitió—. No sé nada de una causa más grande como la que te haría abandonar a tu pueblo. Para caminar a mi lado, Taralack Veed. ¿Por qué?

El gral se escupió en las manos, se las frotó y después se alisó el cabello.

—Tú eres el más magnífico guerrero que ha visto este mundo jamás. Pero estás maldito. Condenado a estar, como tú dices, perdido para siempre. Y por eso debes tener un compañero, para recordarte la gran tarea que te aguarda.

—¿Y qué tarea es esa?

Taralack Veed se levantó.

—Lo sabrás cuando llegue el momento. Esa tarea quedará patente, te quedará tan patente y será tan perfecta que sabrás que te han dado forma, desde el principio, para darle respuesta. Ojalá pudiera serte de más ayuda, Icarium.

La mirada del jhag examinó el pequeño campamento.

—Ah, veo que has recuperado mi arco y mi espada.

—Así es. ¿Estás lo bastante curado como para viajar?

—Sí, creo que sí. Aunque… tengo hambre.

—Hay carne ahumada en mi bolsa. La misma liebre que mataste hace tres días. Podemos comer mientras caminamos.

Icarium se puso en pie.

—Sí. Sí que siento cierta urgencia. Como si, como si estuviera buscando algo. —Le sonrió al gral—. Quizá mi propio pasado…

—Cuando descubras lo que buscas, amigo mío, recuperarás todo el conocimiento de tu pasado. Así está profetizado.

—Ah. Bueno, entonces, amigo Veed, ¿tenemos alguna dirección en mente?

Taralack reunió su equipo.

—Norte y oeste. Estamos buscando la costa agreste, enfrente de la isla Sepik.

—¿Recuerdas por qué?

—Instinto, dijiste. Una sensación que te… empuja. Confía en esos instintos, Icarium, como has hecho en el pasado. Nos guiarán y nos llevarán hasta allí, no importa quién o qué se interponga en nuestro camino.

—¿Por qué habría de interponerse nadie en nuestro camino? —El jhag se ató la espada, después cogió la taza y se terminó lo que quedaba de la infusión de hierbas.

—Tienes enemigos, Icarium. Siguen persiguiéndonos, y por eso no podemos demorarnos más aquí.

Icarium recogió su arco y se acercó para darle al gral la taza vacía de hojalata, después hizo una pausa para hablar.

—Montaste guardia a mi lado, Taralack Veed. Siento… siento que no merezco tal lealtad.

—No es gran carga, Icarium. Cierto, echo de menos a mi esposa, a mis hijos. A mi tribu. Pero esta responsabilidad no es algo que uno abandona. Hago lo que debo hacer. Te han elegido todos los dioses, Icarium, para liberar al mundo de un gran mal y yo, en mi corazón, sé que no fallarás.

El guerrero jhag suspiró.

—Ojalá yo compartiera tú fe en mis habilidades, Taralack Veed.

—E’napatha N’apur, ¿suscita ese nombre recuerdos en ti?

Icarium frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Una ciudad del mal —explicó Taralack—. Hace cuatro mil años, con uno como yo a tu lado, sacaste tu temible espada y te encaminaste a sus puertas bloqueadas. Cinco

días, Icarium. Cinco días. Eso fue lo que te llevó masacrar al tirano y a todos los soldados de esa ciudad.

Una expresión horrorizada cubrió la cara del jhag.

—Yo… ¿yo hice qué?

—Comprendiste la necesidad, Icarium, como siempre que te enfrentas con un mal así. Comprendiste, también, que a nadie se le podía permitir llevar con él el recuerdo de esa ciudad. Y por eso fue necesario asesinar a cada hombre, cada mujer y cada niño de E'napatha N'apur. No dejar a ninguno que respirara.

—No. No lo habría hecho. Taralack, no, por favor; no hay una necesidad tan terrible que pudiera obligarme a cometer tal matanza…

—Ah, querido compañero —dijo Taralack Veed con gran dolor—. Esta es la batalla que siempre has de librar y es por eso por lo que alguien como yo debe permanecer a tu lado. Para sostenerte en la verdad del mundo, la verdad de tu propia alma. Tú eres el Asesino, Icarium. Tú recorres el camino de sangre, pero es un camino recto y sincero. La justicia más fría pero pura. Tan pura que incluso tú retrocedes ante ella. —Posó una mano en el hombro del jhag —. Ven, podemos hablar más de esto durante el viaje. He pronunciado estas palabras muchas, muchas veces, amigo mío, y cada vez reaccionas igual, deseando con todo tu corazón poder huir de ti mismo, de quien y lo que eres. Por desgracia, no puedes y por tanto debes, una vez más, aprender a endurecerte.

»El enemigo es malvado, Icarium. El rostro del mundo es malvado. Y así, amigo mío, tu enemigo es…

El guerrero apartó la mirada y Taralack Veed apenas oyó el susurro de su respuesta.

—El mundo.

—Sí. Ojalá pudiera ocultarte esa verdad, pero no podría considerarme tu amigo si lo hiciera.

—No, es cierto. Muy bien, Taralack Veed, hablemos, como dices, un poco más de esto mientras viajamos al norte y al oeste. A la costa frente a Sepik. Sí, siento… que hay algo allí. Aguardándonos.

—Has de estar preparado para ello —dijo el gral.

Icarium asintió.

—Y lo estaré, amigo mío.

Cada vez, el viaje de regreso era más duro, más tenso, y mucho, mucho menos certero. Había cosas que lo habrían hecho más fácil. Saber dónde había estado, para empezar, y saber adónde debía regresar, para continuar. *¿Regresar a… la cordura?* Quizá. Pero Heboric Manos Fantasmales no tenía una comprensión certera de lo que era la cordura, del aspecto que tenía, de su tacto o su olor. Quizá porque nunca lo había sabido.

La roca era hueso. El polvo era carne. El agua era sangre. Los residuos se posaban en multitudes, se convertían en capas y sobre esas capas había más, y así continuaba hasta que se hacía un mundo, hasta que toda esa muerte podía sostenerte por los pies y se alzaba para recibir cada paso que dabas. Una cama sólida sobre la que echarse. Menudo mundo. *La muerte nos sostiene.* Y luego estaban los alientos que llenaban, que conformaban el aire, las palpitantes aseveraciones que medían el paso del tiempo, como muescas que marcaran el arco de una vida, de toda vida. ¿Cuántos de esos alientos eran los últimos? ¿La exhalación final de una bestia, un insecto, una planta, un humano con una película cubriéndole los ojos medio desvanecidos? Y así, ¿cómo se podía llenar uno los pulmones de aire? ¿Sabiendo

lo lleno de muerte que estaba, lo saturado que estaba de fracaso y rendición?

Ese aire lo asfixiaba, le quemaba la garganta y dejaba el sabor del más amargo de los ácidos. Se disolvía y devoraba, hasta que él no era más que… residuo.

Eran tan jóvenes, sus compañeros. No había forma de que entendieran la suciedad absoluta sobre la que caminaban, en la que caminaban, la que atravesaban en su camino. Y que acogían en su interior, solo para expulsar parte de ella otra vez, teñida entonces por el sabor de sus propias y sórdidas añadiduras. Y cuando dormían, cada noche, eran como trastos vacíos. Mientras Heboric continuaba luchando contra lo que sabía: que el mundo no respiraba, ya no. No, el mundo se ahogaba.

Y yo me ahogo con él. Aquí, en este maldito yermo. En la arena, el calor y el polvo. Me estoy ahogando. Cada noche. Me ahogo.

¿Qué podía darle Treach? Ese dios salvaje con sus apetitos abrumadores, sus deseos, sus necesidades. Su ferocidad mecánica, como si pudiera retroceder y reclamar cada aliento que metía en sus bestiales pulmones y así desafiar al mundo, el envejecido mundo y su diluvio de muerte. Se habían equivocado al escogerlo, eso le decía cada fantasma, quizá no con palabras, pero en su acoso constante, cuando se alzaban y lo abrumaban con su mirada silenciosa y acusadora.

Y había más. Los susurros de sus sueños, voces que surgían de un mar de jade y le suplicaban. Era el desconocido que había llegado entre ellos; había hecho lo que ningún otro había hecho: había atravesado la prisión verde. Y le rezaban, le rogaban que regresara. ¿Por qué? ¿Qué querían?

No, no quería respuestas para esas preguntas. Devolvería ese maldito regalo de jade, ese poder ajeno a él. Lo volvería a arrojar al vacío y acabaría de una vez.

Agarrarse a eso, aferrarse a eso, era lo que lo mantenía cuerdo. Si ese tormento de vida podía llamarse cordura. *Ahogo, me estoy ahogando y sin embargo… estos malditos dones felinos, esta mezcla de sentidos, tan dulce, tan suntuosa, puedo sentirlos intentando seducirme. De regreso en este mundo momentáneo.*

El sol se estaba abriendo paso por el este, de regreso al cielo, el borde de una inmensa hoja de hierro recién sacada de la forja. Observó el fulgor rojo que cortaba la oscuridad y le extrañó esa rara sensación de inminencia que aquietaba de ese modo el aire del amanecer.

Un gemido de un fardo de mantas donde dormía Scillara. Y después:

—Menudo veneno de dicha, ja.

Heboric se encogió, respiró hondo y dejó escapar un suspiro lento.

—¿Qué veneno de dicha sería ese, Scillara?

Otro gemido mientras se iba incorporando poco a poco hasta sentarse.

—Me duele, viejo. La espalda, las caderas, todo. Y no consigo dormir, ninguna posición es cómoda y tengo que mear todo el tiempo. Esto, esto es horrible. Dioses, ¿por qué lo hacen las mujeres? Una y otra vez, y luego otra, ¿están todas locas?

—Tú deberías saberlo mejor que yo —dijo Heboric—. Pero te puedo decir que los hombres no son menos inexplicables. En lo que piensan. En lo que hacen.

—Cuanto antes consiga sacar a esta bestia, mejor —dijo la mujer con las manos en el vientre hinchado—. Mírame, me encorvo, por todas partes. *Me encorvo.*

Los otros habían despertado. Felisin miraba con los ojos muy abiertos a Scillara; con el descubrimiento de que aquella mujer mayor que ella estaba embarazada, la joven Felisin había pasado por una fase de veneración. Pero parecía que la desilusión ya había comenzado. Navaja se había deshecho de las mantas y ya estaba resucitando el fuego de la noche anterior. Al demonio Ranagrís no se le veía por ninguna parte. Estaría por ahí, cazando, supuso Heboric.

—Tus manos —observó Scillara— tienen un aspecto especialmente verde esta mañana, viejo.

Heboric no se molestó en confirmar esa observación. Podía sentir de sobra la presión extraña.

—Nada salvo fantasmas —dijo—, los de más allá del velo, de las mismísimas profundidades del Abismo. Oh, cómo claman. Otrora estuve ciego. Ojalá estuviera ahora sordo.

Lo miraron de forma extraña, como hacían con frecuencia después de que dijera algo. Verdades. Sus verdades, las que ellos no podían ver, ni entender. Daba igual. Él sabía lo que sabía.

—Hay una inmensa ciudad muerta aguardándonos este día —dijo—. Sus residentes fueron asesinados. Todos ellos. Por Icarium, hace mucho tiempo. Había una ciudad hermana al norte, cuando se enteraron de lo que había pasado, viajaron hasta aquí para verlo por sí mismos. Y entonces, mis jóvenes compañeros, decidieron enterrar E’napatha N’apur. La ciudad entera. La enterraron intacta. Han pasado miles de años y ahora los vientos y las lluvias han podrido esa superficie sólida. Ahora, las antiguas verdades salen a la luz una vez más.

Navaja echó agua en una cazuela de hojalata y la colgó en el gancho bajo un trípode de hierro.

—Icarium —dijo—. Viajé con él durante un tiempo. Con Mappo, y Violín. —Después hizo una mueca—. E Iskaral Pust, ese armiño chiflado de hombre. Dijo que era mago supremo de Sombra. ¡Mago supremo! Bueno, si eso es lo mejor que sabe hacer Tronosombrío… —Sacudió la cabeza—. Icarium… era… bueno, era trágico, supongo. Pero no habría atacado esa ciudad sin una razón, creo.

Heboric lanzó una carcajada que fue casi un ladrido.

—Sí, razones no faltan en este mundo. El rey bloqueó las puertas, no le permitió entrar. Demasiados relatos oscuros rodeaban el nombre de Icarium. Un soldado de las almenas disparó una flecha de advertencia. Rebotó en una roca y rozó la pierna izquierda de Icarium, después se hundió en la garganta de su compañero, el pobre cabrón se ahogó en su propia sangre, y entonces se desató la cólera de Icarium.

—Si no hubo supervivientes —dijo Scillara—, ¿cómo sabes tú todo eso?

—Los fantasmas vagan por la región —respondió Heboric. Hizo un gesto—. En otro tiempo aquí se levantaron granjas, antes de que llegara el desierto. —Sonrió a los otros—. De hecho, hoy es día de mercado y los caminos, que nadie salvo yo puede ver, están atestados de carretillas de mano, bueyes, hombres y mujeres. Y niños y perros. A ambos lados, los pastores silban y dan golpecitos con las varas para que las ovejas y las cabras no se paren. De las granjas pobres que están más cerca de la ciudad salen las ancianas con cestas para recoger el estiércol para sus campos.

—¿Ves todo eso? —susurró Felisin.

—Sí.

—¿Ahora mismo?

—Solo los necios creen que el pasado es invisible.

—¿Y esos fantasmas —inquirió Felisin— te ven a ti?

—Quizá. Los que me ven, bueno, saben que están muertos. Los otros no lo saben y no me ven. Caer en la cuenta de la propia muerte es algo aterrador; huyen de ello, regresan a su ilusión, así que yo aparezco, y después me desvanezco y no soy más que un espejismo. —Se levantó—. Pronto nos acercaremos a la ciudad en sí y habrá soldados y estos fantasmas sí que me ven, oh sí, y me llaman. Pero ¿cómo puedo contestar cuando no comprendo lo que quieren de mí? Exclaman algo, como si me reconocieran…

—Eres el destriant de Treach, el Tigre del Verano —dijo Navaja.

—Treach era héroe primero —respondió Heboric—. Un soletaken que escapó de la matanza. Como Ryllandaras y Rikkter, Tholen y Denesmet. ¿No lo ves? Esos soldados fantasma… ¡no veneraban a Treach! No, su dios de la guerra pertenecía a los Siete, que un día se convertirían en los Sagrados. Una única faz de Dessimbelackis, eso y nada más. No soy nada para ellos, Navaja, ¡pero no me dejan en paz!

Tanto Navaja como Felisin se habían encogido ante el estallido de Heboric, pero Scillara estaba sonriendo.

—¿Te parece divertido todo esto? —le preguntó él con una mirada furiosa.

—Pues sí. Mírate. Eras sacerdote de Fener y ahora eres sacerdote de Treach. Ambos dioses de la guerra. Heboric, ¿cuántas caras crees que tiene el dios de la guerra? Miles. ¿Y en eras pasadas hace siglos? ¿Decenas de miles? Cada maldita tribu, viejo. Todos diferentes, pero todos el mismo. —Encendió su pipa, el humo le envolvió la cara, después siguió hablando—: No me sorprendería que todos los dioses sean aspectos de un solo dios, y toda esta lucha solo demuestra que ese único dios está chiflado.

—¿Chiflado? —Heboric estaba temblando. Podía sentir su corazón martilleándole en el pecho como un demonio

funesto a las puertas de su alma.

—O quizá solo confundido. Todos esos devotos que no dejan de reñir, cada uno convencido de que su versión es la verdadera. Imagínate recibir plegarias de diez millones de creyentes, ni uno solo de ellos cree lo mismo que el que tiene arrodillado al lado. Imagina todos esos libros sagrados, no hay ni dos que estén de acuerdo en algo; sin embargo, todos ellos pretenden ser la palabra de ese único dios. Imagina dos ejércitos aniquilándose entre sí, ambos en nombre de ese dios. ¿A quién no le volvería loco todo eso?

—Bueno —dijo Navaja en el silencio que siguió a la diatriba de Scillara—. El té ya está listo.

Ranagrís se agachó encima de una roca plana y miró abajo, al desdichado grupo. La barriga del demonio estaba llena, aunque la cabra salvaje todavía daba alguna que otra patada. *Malhumorados. No se llevan bien. Trágica lista, reiterada con apatía. Belleza henchida de niño es desdichada, fruto de las molestias y la incomodidad. Belleza más joven se siente conmocionada, asustada y sola. Pero es probable que rechace el consuelo suave ofrecido por Ranagrís, que la adora. Al asesino inquieto lo acosa la impaciencia, por qué, yo no sé. Y sacerdote terrible. ¡Ah, escalofriante obsesión! ¡Tanto desagrado! ¡Consternación! Quizá yo podría regurgitar la cabra y podríamos compartir la dicha magnífica colación. Bien, la colación que todavía patalea. ¡Aah, el peor tipo de indigestión!*

—¡Ranagrís! —lo llamó Navaja—. ¿Qué estás haciendo ahí arriba!

—*Amigo Navaja. Incomodidad. Lamentar los cuernos.*

Hasta el momento, reflexionó Samar Dev, las anotaciones del mapa habían demostrado ser precisas. De monte bajo seco a llanuras y luego, al fin, a trozos de bosque de hoja caduca, dispuestos entre claros pantanosos y restos obstinados de praderas auténticas. Dos, quizá tres días de viaje hacia el norte y alcanzarían el bosque boreal.

Cazadores de bhederin, que viajaban en pequeñas bandas, compartían esa tierra rota e ininterrumpida. Habían visto esas bandas de lejos y habían hallado señales de campamentos, pero estaba claro que esos nómadas salvajes no tenían ningún interés en entrar en contacto con ellos. Lo que no era de sorprender, la visión de Karsa Orlong ya era bastante aterradora, a horcajadas sobre su caballo jhag, erizado de armas, la piel blanca manchada de sangre cubriendo sus anchos hombros.

Los rebaños de bhederin se habían dispersado y se habían repartido en grupos más pequeños al llegar al parque de álamos. Que Samar Dev pudiera determinar, la emigración de esas enormes bestias no parecía tener mucho sentido. Cierto, la estación seca y calurosa llegaba a su fin y las noches comenzaban a enfriarse, lo suficiente para volver de un color óxido las hojas de los árboles, pero no había nada fiero en el invierno de Siete Ciudades. Más lluvia, quizá, aunque pocas veces llegaba muy al interior, el Jhag Odhan del sur permanecía inalterable, después de todo.

—Creo —dijo— que es una especie de antiguo recuerdo.

Karsa lanzó un gruñido.

—A mí me parece un bosque, mujer —dijo después.

—No, estos bhederin, esas grandes moles bajo los árboles de allí. Creo que es algún antiguo instinto lo que los trae al

norte, a estos bosques. De una época en la que el invierno arrojaba nieve y viento sobre el odhan.

—Las lluvias harán exuberante la hierba, Samar Dev —dijo el teblor—. Suben hasta aquí para engordar.

—De acuerdo, eso parece bastante razonable. Supongo. Aunque a los cazadores les conviene. —Unos días antes habían pasado junto al lugar de una gran matanza. Parte de un rebaño había sido separado y empujado por un acantilado. Cuatro o cinco docenas de cazadores se habían reunido y estaban despiezando la carne, había mujeres entre ellos ocupándose de los fuegos para ahumar y colocando tiras de carne en las rejillas. Perros medio salvajes (más lobos que perros, en realidad) habían desafiado a Samar Dev y a Karsa cuando habían pasado demasiado cerca; la mujer había visto que las bestias no tenían caninos, con toda probabilidad se los habían arrancado siendo cachorros, aunque suponían suficiente amenaza como para que los viajeros decidieran no aproximarse más al sitio de la matanza.

A Samar le fascinaban esas tribus marginales que vivían allí, en los yermos; sospechaba que nada había cambiado para ellos en miles de años; oh, armas y herramientas de hierro, señal de algún tipo de comercio con los pueblos más civilizados del este, pero no utilizaban caballos, cosa que le pareció extraña. En su lugar, sus perros iban uncidos con arneses a unos maderos. Sobre todo cestería en lugar de ollas de arcilla cocida, lo que tenía sentido, dado que las bandas viajaban a pie.

De vez en cuando se alzaban altos árboles solitarios en las praderas; parecían haberse convertido en algún tipo de centro de veneración espiritual, dados los fetiches atados a las ramas y las cuernas y cráneos de bhederin metidos en huecos y horcaduras, algunos tan antiguos que la madera

había crecido alrededor. De forma invariable, cerca de esos árboles centinelas había un cementerio, indicado por plataformas elevadas que albergaban cadáveres envueltos en pieles y, por supuesto, los cuervos riñendo sobre cada elevación.

Karsa y Samar habían evitado invadir esos lugares. Aunque Samar sospechaba que el teblor habría agradecido una sucesión de batallas y escaramuzas continuas, aunque solo fuera para aliviar el aburrimiento del viaje. Pero, a pesar de toda su ferocidad, Karsa Orlong había demostrado que era fácil viajar con él, si bien era un tanto taciturno e inclinado a la melancolía, pero fuera lo que fuera lo que lo acosaba, no tenía nada que ver con ella, y tampoco parecía predispuesto a pagarlo con ella, toda una virtud que escaseaba entre los hombres.

—Estoy pensando —dijo él, y la sobresaltó.

—¿En qué, Karsa Orlong?

—Los bhederin y esos cazadores en la base del acantilado. Doscientos bhederin muertos, por lo menos, y los estaban despojando de toda la carne, hasta el hueso, y luego hervían los propios huesos. Mientras que nosotros dos no comemos nada más que conejos y algún que otro ciervo. Creo, Samar Dev, que deberíamos matar uno de esos bhederin.

—No te dejes engañar por ellos, Karsa Orlong. Son mucho más rápidos de lo que parecen. Y ágiles.

—Sí, pero son animales gregarios.

—¿Y qué?

—A los machos les preocupa más proteger a diez hembras con sus terneros que a una hembra separada de los otros.

—Supongo que es verdad. Bueno, ¿y cómo planeas separarla? Y no olvides que la hembra no será un animalito

dócil, podría derribarte a ti y a tu caballo a la menor oportunidad. Y después pisotearte.

—No soy yo el que ha de preocuparse por eso. Eres tú la que debe preocuparse, Samar Dev.

—¿Por qué yo?

—Porque tú serás el cebo, el señuelo. Así que debes asegurarte de ser rápida y estar alerta.

—¿Cebo? Oye, espera…

—Rápida y alerta. Yo me ocuparé del resto.

—No puedo decir que me guste esta idea, Karsa Orlong. De hecho, yo estoy encantada con los conejos y los ciervos.

—Bueno, pues yo no. Y quiero una piel.

—¿Para qué? ¿Cuántas pieles has de ponerte?

—Búscanos un grupo pequeño de bestias, tu caballo no les asusta tanto como el mío.

—Eso es porque los caballos jhag a veces se llevan terneros. Eso he leído… en alguna parte.

El teblor descubrió los dientes, como si le divirtiera la imagen.

Samar Dev suspiró.

—Hay un pequeño rebaño justo ahí delante, a la izquierda —dijo—, salieron de este claro cuando nos arrimamos.

—Bien. Cuando lleguemos al siguiente terreno despejado, quiero que te acerques a ellos a medio galope.

—Eso atraerá al macho, Karsa, ¿hasta dónde esperas que me acerque?

—Lo suficiente como para que te persiga.

—No pienso hacerlo. Con eso no se logrará nada…

—Las hembras saldrán disparadas, mujer. Y entre ellas encontraré mi presa, ¿hasta dónde crees que te perseguirá el macho? Después se dará la vuelta para reunirse con su harén…

—Y convertirse así en tu problema.

—Basta de charlas. —Se estaban abriendo paso entre un bosquecillo de chopos y álamos, los caballos atravesaban matorrales que les llegaban al pecho. Justo detrás había otro claro, este bastante largo, y el modo en que las hierbas verdes estaban arremolinadas sugería terreno húmedo. Al otro lado, quizá a unos cuarenta pasos de distancia, una veintena de bultos oscuros y enormes surgían amenazantes bajo las ramas de más árboles.

—Esto es una ciénaga —observó Samar Dev—. Deberíamos buscar otro…

—Cabalga, Samar Dev.

La mujer detuvo su caballo.

—¿Y si no lo hago?

—Niña obstinada. Te dejaré aquí, por supuesto, ya me estás retrasando suficiente.

—¿Se suponía que eso debía herir mis sentimientos, Karsa Orlong? Quieres matar un bhederin solo para demostrarte que puedes vencer a los cazadores. Así, sin acantilado, vallas o corrales, nada de jaurías de perros lobo para flanquear y empujar a los bhederin. No, tú quieres saltar de tu caballo y derribar uno, y después asfixiarlo con tus propias manos, o quizá lanzarlo contra un árbol, o quizá solo levantarlo y darle vueltas por el aire hasta que se muera de un mareo. ¿Y te atreves a llamarme niña a mí? —Se echó a reír. Porque, como bien sabía, la risa heriría.

Pero no hubo una cólera repentina que oscureciera la cara del teblor, y sus ojos permanecieron tranquilos mientras la estudiaban. Después sonrió.

—Sé testigo.

Y con eso salió cabalgando al claro. Los cascos del caballo jhag soltaban un agua turbia, la bestia emitía algo parecido a un gruñido al galopar hacia el rebaño. Los bhederin se

dispersaron entre un estrépito atronador de arbustos y ramas rotas. Dos salieron disparados directamente hacia Karsa.

Un error, comprendió Samar Dev en ese momento, suponer que no había más que un macho. Uno era con claridad más joven que el otro, pero los dos eran enormes, los ojos enrojecidos de rabia, el agua explotando a su alrededor cuando cargaron contra su atacante.

El caballo jhag, Estragos, viró de repente, juntó las patas, y el joven semental se lanzó sobre el lomo del macho más grande. Pero el bhederin fue más rápido, giró y levantó la inmensa cabeza, buscando con los cuernos el vientre expuesto del caballo.

Fue esa embestida la que mató al macho, la cabeza de la bestia se topó con la punta de la espada de piedra de Karsa, que se deslizó en el cerebro, bajo la base del cráneo, y le partió buena parte de la columna en el proceso.

Estragos aterrizó con un chapoteo y salpicó todo de barro al otro lado del macho que se derrumbaba, lejos del alcance del segundo bhederin, que en ese momento se daba la vuelta a una velocidad asombrosa y emprendía la persecución de Karsa.

El guerrero le dio la vuelta a su caballo hacia la izquierda, los cascos machacaron el suelo cuando Estragos corrió en paralelo al borde de árboles tras la media docena de hembras y terneros que había salido con pesadez al claro. El segundo macho les fue ganando terreno a toda velocidad.

Las hembras y los terneros se dispersaron una vez más, una hembra salió disparada en una dirección diferente a los demás animales. Estragos se desvió tras ese animal y un latido más tarde galopaba a su vera. Tras ellos, el segundo macho se había detenido para flanquear a las otras hembras

y, todos y cada uno, ese grupo se metió de nuevo con estrépito entre la maleza.

Samar Dev observó a Karsa Orlong inclinarse mucho hacia un lado y después lanzar una cuchillada con la espada que alcanzó a la bestia en la columna, justo encima de las caderas.

Las patas traseras de la hembra se derrumbaron con el golpe y resbalaron por el barro cuando la criatura luchó por seguir avanzando, aunque fuera a rastras.

Karsa giró en redondo delante del bhederin y mantuvo la espada en alto hasta llegar junto al lado izquierdo de la hembra, se abalanzó y la punta de la espada se hundió en el corazón del animal.

Las patas delanteras cedieron, la hembra cayó de lado y después se quedó quieta.

Karsa detuvo su caballo, se bajó y se acercó a la hembra muerta.

—Móntanos el campamento —le dijo a Samar Dev.

Ella se lo quedó mirando.

—Está bien —dijo después—, me has demostrado que soy, de hecho, innecesaria. En lo que ti se refiere. ¿Y ahora qué? Esperas de mí que monte el campamento y después, supongo que querrás que te ayude a despiezar ese bicho. ¿Quieres que yazca debajo de ti esta noche solo para redondear el día?

El guerrero había sacado un cuchillo y se había arrodillado en el agua acumulada junto a la hembra.

—Si quieres —le dijo.

Puto bárbaro… bueno, ¿y qué esperaba?

—De acuerdo, lo he estado pensando, necesitaremos esta carne; la tierra de rocas y lagos al norte de aquí sin duda tiene caza, pero mucho menos abundante y bastante más esquiva.

—Yo me quedaré con la piel del macho —dijo Karsa mientras abría el vientre del bhederin. Las entrañas cayeron con un chapoteo en el agua cenagosa. Cientos de insectos ya se enjambraban en el sitio de la matanza—. ¿Deseas la piel de la hembra, Samar Dev?

—¿Por qué no? Si nos cae encima un glaciar, no nos helaremos, y eso ya es algo.

El guerrero la miró.

—Mujer, los glaciares no saltan. Se arrastran.

—Eso depende de quién los haya hecho, Karsa Orlong.

Él hizo una mueca que enseñó los dientes.

—Las leyendas de los jaghut no me impresionan. El hielo siempre es un río que se mueve lento.

—Si crees eso, Karsa Orlong, sabes mucho menos de lo que crees.

—¿Tienes intención de quedarte sentada en ese caballo todo el día, mujer?

—Hasta que encuentre un terreno alto para montar un campamento, sí. —Y recogió las riendas.

Sé testigo, dijo. Ya lo había dicho antes, ¿no? Cosas de su tribu, supongo. Bueno, fui testigo, eso desde luego. Como lo fue ese salvaje oculto en las sombras al otro lado del claro. Ruego que los nativos no se sientan propietarios de esos bhederin. O nos encontraremos con un sinfín de emociones, cosa que Karsa bien podría disfrutar. En cuanto a mí, lo más probable es que termine muerta.

Bueno, demasiado tarde para preocuparse por eso.

Después se preguntó cuántos de los antiguos compañeros de Karsa Orlong habían tenido pensamientos similares. En aquellos tiempos, justo antes de que el bárbaro teblor se encontrara, de nuevo, viajando solo.

Los peñascos escabrosos del risco arrojaban un laberinto de sombras por el saliente que había justo debajo, y en esas sombras cinco pares de ojos serpentinos se habían clavado en el muro tortuoso de polvo de la llanura inferior. La caravana de un mercader, siete carretas, dos carruajes, veinte guardias montados. Y tres perros de guerra.

En realidad eran seis, pero tres de ellos habían captado el olor de Dejim Nebrahl y, estúpidas criaturas que eran, habían partido a la caza de los t'rolbarahl. Habían logrado encontrar al d'ivers y su sangre en esos momentos llenaba las barrigas de las cinco bestias que quedaban.

El trell había asombrado a Dejim Nebrahl. Partirle uno de los cuellos, ni siquiera un tartheno podía conseguir semejante cosa, y eso que uno lo había intentando, hacía ya mucho tiempo. Y tras arrojar al otro por el borde del risco, se había precipitado y se había matado entre las rocas dentadas del fondo. Una audacia… imperdonable. Débil y herido, Dejim Nebrahl había huido de la escena de la emboscada y había vagado medio loco de rabia y dolor hasta tropezarse con el rastro de la caravana. Los t'rolbarahl no tenían ni idea de cuántos días y noches habían pasado. Había hambre y necesidad de sanar, exigencias que llenaban la mente del d'ivers.

Pero ante Dejim Nebrahl aguardaba su salvación. Suficiente sangre para engendrar sustitutos de los que había perdido en la emboscada, y quizá suficiente sangre para elaborar otro más, un octavo.

Golpearía al atardecer, en el momento en el que la caravana se detuviera a pasar la noche. Masacraría a los guardias primero y después a los perros restantes y por fin a esos peleles gordos que viajaban en sus endebles carruajes.

El mercader con su harén de niños silenciosos, encadenados unos a otros y caminando tras el carruaje. Un comerciante de carne mortal.

La idea ponía enfermo a Dejim Nebrahl. Ya había ese tipo de detestables criaturas en la época del Primer Imperio, y la depravación nunca se extinguía. Cuando los t'rolbarahl gobernaran esa tierra, una nueva justicia caería sobre los que se servían de la carne de otros. Dejim se alimentaría de ellos primero y después de todos los demás criminales, los asesinos, los que golpeaban a los indefensos, los que tiraban piedras, los que torturaban el espíritu.

La intención de su creador había sido que él y los suyos fueran los guardianes del Primer Imperio. De ahí la conjunción de sangres, haciendo que la sensación de perfección fuera fuerte, divina. Demasiado fuerte, por supuesto. A los t'rolbarahl no los dominaría un amo imperfecto. No, gobernarían ellos, pues solo entonces podría impartirse la verdadera justicia.

Justicia. Y… por supuesto… hambre natural. Necesidad tallada en sus propias leyes que no se podían negar. Cuando gobernara, Dejim Nebrahl moldearía un equilibrio auténtico entre las dos fuerzas dominantes de su alma d'ivers, y si los necios mortales sufrían bajo el peso de su justicia, que así fuera. Se merecían la verdad de sus propias creencias. Se merecían los filos afilados como garras de sus tan cacareadas virtudes, pues las virtudes eran algo más que simples palabras, eran armas, y era natural que esas armas se volvieran contra los que las empuñaban.

Las sombras habían descendido por la cara del risco, allí, al socaire de la luz del sol poniente. Dejim Nebrahl siguió las sombras hacia el fondo de la llanura, cinco pares de ojos, pero una sola mente. El foco de todo, absoluta e inquebrantable.

Deliciosa matanza. Salpicándolo todo de rojo para celebrar el fuego chillón del sol.

Y cuando descendió sobre la llanura, oyó a los perros empezar a ladrar.

Un momento de compasión por ellos. Por estúpidos que fueran, sabían lo que era la necesidad.

Le costó un poco, pero consiguió desdoblarse y bajarse con un gemido de rigidez del amplio lomo de la mula. Y a pesar del torpe esfuerzo, no derramó ni una sola gota de su bienamado cubo. Tarareando por lo bajo un cántico u otro (había olvidado de qué parte del inmenso tomo de *Canciones Sagradas* había salido, aunque en realidad, ¿qué importaba?), anadeó con su carga hasta las olas afectadas del mar Raraku y salió entre la arenas que se arremolinaban con suavidad y los juncos que temblaban de impaciencia.

De repente se detuvo.

Un examen desesperado de la zona, olisqueó el aire oscuro, húmedo, sofocante. Otro examen, los ojos se disparaban de un lado a otro en busca de cada sombra cercana, cada crujido caprichoso de los juncos y los matorrales dispersos. Después se agachó más y se empapó las túnicas raídas al arrodillarse en los bajíos.

Aguas dulces, calentadas por el sol.

Una última mirada suspicaz a su alrededor, por todas partes (nunca se podía tener demasiado cuidado) y después, con un deleite solemne, metió el cubo en el mar.

Y observó con ojos brillantes las decenas de pececitos diminutos que salían disparados en todas direcciones. Bueno, no salían disparados exactamente, más bien se quedaban allí parados, durante un rato, como si los aturdiera la libertad. O quizá un sobresalto temporal por el

cambio de temperatura, o la plétora de riquezas invisibles con las que atracarse, para engordar y ponerse lustrosos, con una energía maravillosa.

Los primeros peces del mar Raraku.

Iskaral Pust dejó entonces los bajíos y tiró el cubo a un lado.

—¡Tensad vuestro lomo, mula! ¡Me subiré de un salto a tus espaldas, oh, sí, y qué sorpresa te llevarás al encontrarte galopando de repente, oh, créeme, mula, tú sabes galopar, se acabó ese estúpido trote rápido que me hace traquetear y me suelta mis pobres dientes! ¡Oh, no, seremos como el viento! ¡No un viento caprichoso, de ráfagas irregulares, sino un viento constante que ruge, un viento estentóreo que cruza veloz el mundo entero, la mismísima estela de nuestra extraordinaria velocidad, oh, cómo se desdibujarán tus cascos ante los ojos de todos!

Al llegar a la mula, el sumo sacerdote de Sombra saltó por el aire.

Espantada, la mula se hizo a un lado.

Un chillido de Iskaral Pust y después un gruñido y un quejido ahogado cuando se cayó y rodó por el polvo y las piedras, las túnicas húmedas aletearon con pesadez y lo rociaron todo de arena, mientras la mula trotaba a una distancia segura y después se volvía para contemplar a su amo con un parpadeo de los ojos de larguísimas pestañas.

—¡Me asqueas, bestia! ¡Y apuesto a que encima piensas que es mutuo! ¡Pero incluso si lo pensaras, bueno, pues resulta que yo estaría de acuerdo contigo! ¡Por puro rencor! ¿Qué te parece eso, horrenda criatura? —El sumo sacerdote de Sombra se levantó y se cepilló la arena de las túnicas—. Se cree que la voy a golpear. A pegarle con un gran palo. Mula estúpida. Oh, no, yo soy mucho más astuto. La sorprenderé con amabilidad… hasta que se tranquilice y

prescinda de tanta vigilancia, y entonces… ¡ja! ¡Le daré un puñetazo en los morros! ¡Menuda sorpresa se llevará! No hay mula cuyo ingenio iguale al mío. ¡Oh, sí, muchas lo han intentado y casi todas han fracasado!

Compuso una sonrisa afable en el rostro arrugado por el sol y después se acercó con lentitud a la mula.

—Debemos cabalgar —murmuró—, tú y yo. Apresurarnos, amiga mía, no vaya a ser que lleguemos demasiado tarde y demasiado tarde no servirá. —Puso las riendas, que colgaban bajo la cabeza de la mula, a su alcance. Se detuvo y miró a los ojos a la criatura—. Oh, vaya, dulce sirviente, veo malicia en esa mirada tan plácida, ¿eh? Quieres morderme. Una pena. Yo soy el único que muerde por aquí. —Cogió las riendas de golpe y se libró por poco de los dientes que lo atacaron, después trepó al lomo ancho e inclinado de la mula.

A veinte pasos de la orilla, el mundo cambió a su alrededor, un torbellino miasmático de sombras que los rodeaban por todos lados. Iskaral Pust ladeó la cabeza, miró a su alrededor y después, satisfecho, se volvió a acomodar y siguió avanzando sin apresurarse.

Cien latidos después de que el sumo sacerdote de Sombra se desvaneciese en su senda, una regordeta mujercita dalhonesia desgreñada salió arrastrándose de unos matorrales cercanos, arrastraba un gran tonel de cerveza tras ella. El tonel contenía agua, no cerveza, y la tapa se la habían arrancado.

Entre gruñidos y jadeos de esfuerzo, Mogora luchó por llevar el barril hasta los bajíos. Lo volcó de lado y, con una sonrisa prácticamente desdentada en los rasgos llenos de

arrugas, observó a media docena de jóvenes tiburones de agua dulce deslizarse como serpientes en el mar Raraku.

Después le dio una patada al tonel y salió gateando del agua, se le escapó una carcajada seca cuando, con un frenesí de gestos, abrió una senda y se precipitó dentro.

Plegando una sombra tras otra, Iskaral Pust atravesó a toda prisa una veintena de leguas. Podía medio ver, medio percibir el desierto, los collados y los pliegues caóticos de arroyo y cañón que atravesaba, pero nada de eso le interesaba mucho, hasta que, después de casi un día entero de viaje, vislumbró las cinco figuras lustrosas que cruzaban el fondo de un valle que tenía por delante y a la izquierda.

Detuvo a la mula en el cerro y, entrecerrando los ojos, estudió las formas distantes. En pleno proceso de atacar una caravana.

—Cachorros arrogantes —murmuró, y después clavó los talones en los flancos de la mula—. ¡A la carga, te digo! ¡A la carga, cabrona gorda con andares de pato!

La mula bajó trotando la ladera, lanzando sonoros rebuznos.

Las cinco formas oyeron el sonido y volvieron las cabezas. Como uno solo, los t'rolbarahl cambiaron de dirección y se precipitaron como rayos hacia Iskaral Pust.

Los gritos de la mula se hicieron más agudos.

El d'ivers se separó y fluyó sin ruido por el suelo. La rabia y el hambre se precipitaron por delante de ellos en una inclinación casi invisible, el poder crepitaba, chisporroteaba entre la senda de Sombra y el mundo que había detrás.

Las bestias de ambos lados se abrieron para abalanzarse desde los flancos, mientras que las tres del centro

escalonaron su avance con la intención de llegar en rápida sucesión.

A Iskaral Pust le estaba costando centrarse en ellas, tanto lo sacudía y agitaba el lomo de la mula. Cuando los t'rolbarahl se acercaron a menos de treinta pasos, la mula se detuvo de repente con un resbalón. Y el mago supremo de Sombra se vio arrojado por los aires por encima de la cabeza del animal. Agachó la cabeza, dio una voltereta y después cayó con un ruido seco de culo, entre una rociada de gravilla y polvo.

La primera criatura lo alcanzó con los antebrazos levantados, sacó las garras y se abalanzó volando; aterrizó en el punto donde había caído Iskaral Pust, solo que no lo encontró allí. La segunda y tercera bestias experimentaron un momento de confusión cuando la presa se desvaneció, después percibieron una presencia a su lado. Las cabezas se volvieron súbitamente, pero demasiado tarde; una oleada de hechicería se estrelló contra ellas. Un poder forjado en Sombra crujió como un rayo y las criaturas se vieron impelidas de golpe por los aires, dejando a su paso nubes brumosas de sangre. Ambas se precipitaron al suelo retorciéndose, a quince pasos de distancia, donde se deslizaron y luego rodaron.

Los dos d'ivers de los flancos atacaron. Y, cuando Iskaral Pust se desvaneció, chocaron y los pechos reverberaron como un trueno pesado, los dientes y las garras rastrillaron la piel del otro. Entre siseos y gruñidos, las bestias se alejaron como pudieron la una de la otra.

Iskaral Pust reapareció veinte pasos por detrás de los t'rolbarahl y desató otra oleada de hechicería, la observó golpear a cada una de las cinco bestias por turnos, observó salpicar la sangre y los cuerpos caer dando vueltas, dando patadas frenéticas cuando la magia entretejía redes que

parpadeaban a su alrededor. Las piedras estallaban y explotaban en el suelo, bajo ellos, la arena salía disparada en géiseres que parecían lanzas, y por todas partes había sangre que lo azotaba todo con hebras deshilachadas.

Los t'robarahl se desvanecieron, huyeron de la senda de Sombra, salieron al mundo, donde se dispersaron, todo pensamiento sobre la caravana desapareció cuando el pánico les atenazó las gargantas con manos invisibles.

El sumo sacerdote de Sombra se cepilló el polvo de la ropa y después se acercó adonde se encontraba la mula.

—¡Menuda ayuda que has sido! Podríamos estar persiguiendo a cada uno ahora mismo, pero, oh, no, tú estás cansada de correr. ¡No sé quién pensó que las mulas merecían cuatro patas, pero era idiota! ¡Eres una inútil! ¡Bah! —Hizo una pausa y se llevó un dedo nudoso a los labios arrugados—. Pero, espera, ¿y si se enfadaran de verdad? ¿Y si decidieran llevar la lucha hasta el final? ¿Entonces, qué? Enrevesado, muy enrevesado. No, mejor dejarlos para que lidie con ellos otro. No debo distraerme. ¡Pero imagínatelo! ¡Desafiar al sumo sacerdote de Sombra de todo Siete Ciudades! Más tontos que gatos, esos t'rolbarahl. No me dan ninguna pena.

Volvió a subirse a la mula.

—Bueno, fue divertido, ¿verdad? Mula estúpida. Creo que tendremos mula para cenar esta noche, ¿qué te parece? Se requiere el sacrificio definitivo, en lo que a ti se refiere, ¿no crees? Bueno, ¿a quién le importa lo que tú pienses? ¿Y ahora, adónde? Gracias a los dioses que al menos uno de nosotros sabe adónde vamos. Por ahí, mula, y rapidito. ¡Trota, maldita seas, trota!

Iskaral Pust rodeó la caravana, donde todavía ladraban los perros, y empezó a mover sombras una vez más.

El atardecer había caído en el mundo cuando llegó a su destino y detuvo el paso pesado de la mula a los pies de un risco.

Los buitres trepaban entre las rocas caídas, se apiñaban junto a una fisura, pero eran incapaces, o todavía no estaban dispuestos, a meterse en ella. Un borde de la grieta estaba manchado de sangre seca y entre las rocas de un lado estaban los restos de una bestia muerta, devorada por los carroñeros, que solo habían dejado huesos y tiras raídas, pero que, no obstante, era fácil de identificar. Uno de los t’rolbarahl.

Los buitres expresaron su indignación con un ruidoso coro cuando el mago supremo de Sombra desmontó y se acercó. Sin dejar de escupir maldiciones, espantó a aquellas horrendas criaturas que se parecían a Mogora y después descendió a la grieta. En el fondo, el aire cerrado olía a sangre y carne podrida.

La grieta se estrechaba después de algo más de la altura de un hombre y allí estaba encajado un cuerpo. Iskaral Pust se acomodó a su lado. Posó una mano en el hombro amplio de la figura, bien lejos de las fracturas obvias de ese brazo.

—¿Cuántos días, amigo? Ah, solo un trell podría sobrevivir a esto. Primero tendremos que sacarte de aquí y para eso tengo una mula robusta y leal. Y luego, bueno, ya veremos, ¿no?

Ni robusta ni especialmente leal, la poca disposición de la mula a cooperar ralentizó de forma considerable la tarea de extraer a Mappo Runt. La oscuridad ya había caído por

completo para cuando sacaron al trell de la grieta y lo arrastraron a un trozo llano de arena barrida por el viento.

Las dos fracturas múltiples del brazo izquierdo eran las menos graves de las heridas del enorme trell. Ambas piernas estaban rotas y un borde de la grieta había desgarrado un gran colgajo de piel y carne de la espalda de Mappo, en la carne expuesta pululaban los gusanos, y el colgajo de tejido era obviamente insalvable, estaba gris por el centro y ennegrecido por los bordes, además de oler a podredumbre. Iskaral Pust lo cortó y lo volvió a tirar a la grieta.

Después se inclinó sobre el trell y escuchó su respiración. Poco profunda pero lenta, otro día sin atención y habría muerto. La posibilidad todavía estaba ahí.

—Hierbas, amigo mío —dijo el mago supremo cuando se puso a limpiar las heridas visibles—. Y ungüentos de gran Denul, elixires, tinturas, bálsamos, emplastos… ¿se me ha olvidado algo? No, creo que no. Heridas internas, oh, sí, costillas aplastadas, todo ese lado. Una buena hemorragia en el interior, pero es obvio que no lo suficiente para matarte sin más. Extraordinario. Eres casi tan obstinado como aquí mi sirviente… —Levantó la cabeza—. ¡Tú, bestia, monta la tienda y enciende el fuego! Hazlo y quizá te alimente y no, je, je, me alimente de ti…

—¡Serás idiota! —Ese grito llegó de la oscuridad de uno de los lados y un momento después salió Mogora de la oscuridad.

La oscuridad, sí, eso lo explica todo.

—¿Qué estás haciendo aquí, bruja?

—Salvar a Mappo, por supuesto.

—¿Qué? ¡Ya lo he salvado yo!

—¡Me refería a salvarlo de ti! —Se arrimó un poco más—. ¿Qué es ese frasco que tienes en las manos? ¡Eso es veneno

de paraltina! ¡Maldito idiota, ibas a matarlo! ¡Después de todo lo que ha sufrido!

—¿Paraltina? Eso es, mujer, paraltina. Llegas tú, así que estaba a punto de bebérmelo.

—Te vi lidiar con esos t'rolbarahl, Iskaral Pust.

—¿Me viste? —El sacerdote hizo una pausa y agachó la cabeza—. ¡Ahora su adoración es absoluta! ¡Cómo no iba a adorarme! Tiene que ser ya casi veneración a estas alturas. Por eso me siguió hasta aquí. Nunca se harta de mí. A todo el mundo le pasa igual, jamás se hartan de mí…

—El sumo sacerdote de Sombra más poderoso —interpuso Mogora mientras sacaba varios ungüentos curativos de su mochila— no puede sobrevivir sin una buena mujer a su lado. A falta de eso, me tienes a mí, así que acostúmbrate, hechicero. Y ahora, quítate de en medio para que pueda ocuparme de este pobre e indefenso trell.

Iskaral Pust retrocedió.

—¿Y qué hago yo ahora? ¡Me has convertido en inútil, mujer!

—Eso no es tan difícil, marido. Móntanos el campamento.

—Ya le dije a la mula que lo hiciera.

—Es una mula, idiota… —Sus palabras se fueron apagando cuando notó el parpadeo de un fuego a un lado. Se volvió y estudió la gran tienda de lona, levantada con manos expertas, y la hoguera rodeada de piedras donde ya humeaba una olla con agua bajo un trípode. Cerca permanecía la mula, comiendo de su saco de avena. Mogora frunció el ceño, sacudió la cabeza y regresó a su trabajo.

—Ocúpate del té, entonces. Sé útil.

—¡Estaba siendo útil! ¡Hasta que llegaste tú y lo estropeaste todo! ¡El más poderoso sumo sacerdote de Sombra de Siete Ciudades no necesita a una mujer! ¡De hecho, eso es lo último que necesita!

—Tú serías incapaz de curar un padrastro, Iskaral Pust. Este trell tiene el veneno negro en sus venas, la vena-serpiente reluciente. Necesitaremos algo más que gran Denul para esto…

—¡Ah, allá vamos! Toda esa basura de bruja. El gran Denul conquistará al veneno negro…

—Quizá, pero la carne muerta seguirá muerta. Se quedará tullido, medio loco, se le debilitarán los corazones. —Hizo una pausa y miró furiosa a su marido—. Tronosombrío te envió a buscarlo, ¿no? ¿Por qué?

Iskaral Pust esbozó una dulce sonrisa.

—Ah, ahora sospecha, ¿verdad? Pues no le diré nada. Salvo la insinuación, la insinuación modesta, de mis inmensos conocimientos. Sí, desde luego, sé cómo piensa mi querido dios, conozco esa mente, mente retorcida, caótica, como la de una comadreja. De hecho, sé tanto que me he quedado sin palabras. Ja, mírala, esos ojos de escarabajo se entrecierran con expresión suspicaz, como si se atreviera a ser consciente de mi profunda ignorancia en todos los asuntos referentes a mi querido e idiota dios. Se atreve y querría desafiarme de forma abierta. Yo me derrumbaría ante semejante ataque, por supuesto. —Hizo una pausa, volvió a componer la sonrisa y después extendió las manos —. Dulce Mogora, el sumo sacerdote de Sombra debe tener sus secretos, ocultos incluso a su mujer, por desgracia. Así que te ruego que no insistas, no vaya a ser que sufras la cólera aleatoria de Tronosombrío…

—Eres un imbécil absoluto, Iskaral Pust.

—Dejemos que lo piense —dijo él, y después añadió una risita—. Y ahora se preguntará por qué me he reído, no, reído no, porque he lanzado una risita, que, dadas las circunstancias, es mucho más alarmante. Quiero decir, sonó como una risita así que tiene que haberlo sido, aunque es la

primera que he probado a lanzar, u oído, si a eso vamos. Mientras que una alegre risotada, bueno, eso es diferente. No estoy lo bastante gordo para lanzar una risotada, por desgracia. A veces pienso que ojalá…

—Ve a sentarte junto al fuego de tu mula —dijo Mogora—. Debo preparar mi ritual.

—¡Mira cómo la ha desconcertado mi risita! Por supuesto, querida mía, vete a jugar con tu pequeño ritual, sé buena chica. Mientras, yo haré té para mí y mi mula.

Calentado por las llamas y su té de tralb, Iskaral Pust observó, lo mejor que pudo en plena oscuridad, trabajar a Mogora. Primero reunió grandes trozos de piedra, cada uno roto, agrietado o con los bordes irregulares, y los colocó en la arena, creando una elipse que rodeó al trell. Después orinó sobre esas rocas, cosa que logró con un extraordinario anadeo con las piernas abiertas, un cruce entre los andares de una gallina y un cangrejo; se ponía en cuclillas sobre las piedras y después iba procediendo a contramano hasta que regresó al lugar en el que había empezado. Iskaral se maravilló ante aquel extraordinario control muscular, por no mencionar el tremendo volumen que era obvio que poseía Mogora. En los últimos años los esfuerzos para orinar de Pust se habían topado con resultados diversos, hasta que, a esas alturas, incluso empezar y parar parecía el más elevado de los desafíos viscerales.

Satisfecha con su pis, Mogora empezó a arrancarse pelos de la cabeza. No tenía tantos allí arriba y los que seleccionó parecían tan enraizados que Iskaral temió que se desinflara el cráneo con cada uno que conseguía sacar. Su anticipación ante la perspectiva de ver tal cosa solo dio lugar a la desilusión cuando, con siete largos cabellos grises y tiesos

en una mano, Mogora se metió en la elipse y plantó un pie a cada lado del torso del trell. Después murmuró alguna cosa de brujas y lanzó los cabellos por el aire, a la negrura turbia.

El instinto guió la mirada de Iskaral al cielo, tras esas hebras plateadas, y se alarmó un tanto al ver que las estrellas se habían desvanecido en la bóveda celeste. Mientras que en el horizonte permanecían claras y brillantes.

—¡Dioses, mujer! ¿Qué has hecho?

Su mujer hizo caso omiso de él, volvió a salir de la elipse y empezó a cantar en el Lenguaje de la Mujer, que era, por supuesto, ininteligible a oídos de Iskaral Pust. Igual que el Lenguaje del Hombre (que Mogora llamaba galimatías) estaba muy por encima de la capacidad de la mujer de entender. La razón, como bien sabía Iskaral Pust, era que el Lenguaje del Hombre era de verdad un galimatías, diseñado específicamente para confundir a la mujer. *Es un hecho que los hombres no necesitan palabras, pero las mujeres sí. Nosotros tenemos penes, después de todo. ¿Quién necesita palabras cuando tienes pene? Mientras que con las mujeres hay dos pechos, lo que invita a la conversación, igual que un buen trasero representa la puntuación perfecta, como todo hombre sabe.*

¿Qué le pasa al mundo? Le preguntas a un hombre y te contesta: «No preguntes». Pregúntale a una mujer y te morirás de viejo antes de que termine. Ja, ja, ja.

Extraños raudales de gasa comenzaron a descender a través de la luz reflejada del fugo y se posaron sobre el cuerpo del trell.

—¿Qué son esas cosas? —preguntó Iskaral. Y después se sobresaltó cuando uno le rozó el antebrazo y vio que era la seda de una araña y la araña estaba en un extremo, diminuta como un ácaro. El sacerdote miró al cielo, alarmado

—. ¿Hay arañas ahí arriba? ¿Qué locura es esta? ¿Qué están haciendo ahí arriba?

—Calla.

—¡Respóndeme!

—El cielo está lleno de arañas, marido. Flotan con los vientos. Ya te he respondido, así que cierra esa boca, no vaya a ser que meta unos cuantos miles de mis hermanas ahí dentro.

Los dientes masculinos se cerraron con un chasquido y su dueño se acercó más al fuego. *Arded, bichos horribles. ¡Arded!*

Las hebras de la telaraña cubrían ya al trell. Miles, decenas, cientos de miles, las arañas iban envolviendo el cuerpo entero de Mappo.

—Y ahora —dijo Mogora—, es hora de la luna.

La negrura del cielo se desvaneció en un rubor repentino de luz plateada, incandescente. Iskaral Pust cayó de espaldas con un chillido, tan alarmante fue la transformación, y se encontró mirando con fijeza una luna llena inmensa que pendía tan baja que parecía al alcance de la mano. Si al menos se atreviera. Que no se atrevía.

—¡Has tirado la luna! ¿Estás loca? ¡Se va a derrumbar sobre nosotros!

—Oh, déjalo ya. Solo lo parece, bueno, quizá le di un empujoncito, pero te dije que este era un ritual serio, ¿no?

—¿Qué has hecho con la luna?

La mujer lanzó una carcajada maníaca que pareció un graznido.

—Es solo mi pequeño ritual, querido. ¿Qué te parece?

—¡Haz que se vaya!

—¿Estás asustado? ¡Deberías! ¡Soy una mujer! ¡Una bruja! Así que, ¿por qué no arrastras ese trasero escuálido

hasta esa tienda y te acurrucas allí, querido esposo? Esto es poder de verdad, aquí lo tienes, ¡magia real!

—¡No, no lo es! Quiero decir, no es magia de brujas, ni dalhonesia… no sé lo que es…

—Tienes razón, no lo sabes. Ahora sé un niño bueno y vete a dormir, Iskaral Pust, mientras yo me dedico a salvar la miserable vida de este trell.

Iskaral se planteó discutir, pero después optó por no hacerlo y se metió en la tienda.

—¿Eres tú el que farfulla, Iskaral? —se oyó fuera.

Oh, cállate.

Lostara Yil abrió los ojos y después se sentó poco a poco.

Había una figura envuelta en un manto gris cerca de un arco de piedra, le daba la espalda. Muros tallados con tosquedad a ambos lados que formaban una cámara circular con Lostara (que había estado echada en un altar) en el centro. La luz de la luna entraba a raudales por delante de la figura, pero parecía estar deslizándose en un movimiento visible. Como si la luna del exterior se estuviera precipitando desde el cielo.

—¿Qué…? —preguntó, después empezó a toser de forma incontrolable, un dolor agudo le mordió los pulmones. Por fin se recuperó, parpadeó para espantar las lágrimas y volvió a levantar la cabeza.

La figura la miraba.

El Danzante de Sombra. El dios. Cotillion.

—No estoy seguro —dijo en lo que parecía ser la respuesta a la pregunta inicial de Lostara—. Se está llevando a cabo una hechicería impropia, en el desierto, por alguna parte. Han… robado la luz de la luna. Admito que jamás he visto nada parecido.

Mientras él hablaba, los recuerdos de Lostara volvieron en un aluvión. Y'Ghatan. Llamas por todas partes. Un calor que levantaba ampollas. Quemaduras salvajes (oh, cómo chillaba su carne de dolor).

—¿Qué… qué me ha pasado?

—Oh, a eso era a lo que te referías. Mis disculpas, Lostara Yil. Bueno, en pocas palabras, te saqué del fuego. Cierto, es muy raro que un dios intervenga, pero T'riss abrió la puerta de una patada…

—¿T'riss?

—La reina de los Sueños. Sentó un precedente, por así decirlo. La mayor parte de tu ropa se había quemado, me disculpo si la nueva no es de tu gusto.

Lostara bajó la cabeza y miró la combinación de tejido basto que la cubría.

—Una túnica de neófito —dijo Cotillion—. Estás en un templo de Rashan, uno secreto. Abandonado con la rebelión, creo. Estamos a legua y media de lo que solía ser Y'Ghatan, a unos cuarenta pasos al norte del camino de Sotka. El templo está bien escondido. —Señaló con una mano enguantada la entrada—. Ese es el único medio de acceder y de abandonar el lugar.

—¿Por qué… por qué me salvaste?

Él dudó.

—Llegará un momento, Lostara Yil, en el que te enfrentarás a una elección. Una elección extrema.

—¿Qué clase de elección?

El dios la estudió un momento.

—¿Hasta qué punto son profundos tus sentimientos por Perla? —le preguntó después.

Lostara se sobresaltó y después se encogió de hombros.

—Un encaprichamiento momentáneo. Por fortuna ha pasado. Además, en los últimos tiempos es una compañía

muy desagradable.

—Eso lo entiendo —dijo Cotillion, un tanto enigmático—. Tendrás que elegir, Lostara Yil, entre tu lealtad hacia la consejera… y todo lo que Perla representa.

—¿Entre la consejera y la emperatriz? Eso no tiene ningún sentido…

Él la hizo callar con una mano levantada.

—No tienes que decidir de inmediato, Lostara. De hecho, no te lo aconsejaría. Todo lo que te pido es que te plantees la pregunta, por ahora.

—¿Qué está pasando? ¿Qué sabes, Cotillion? ¿Estás planeando vengarte de Laseen?

Las cejas del dios se arquearon.

—No, nada parecido. De hecho, yo no estoy implicado directamente en este… eh, asunto. Por lo menos en estos momentos. Lo cierto es que no estoy más que anticipando ciertas cosas, algunas de las cuales puede que lleguen a pasar y algunas de las cuales puede que no. —Volvió a mirar el portal—. Hay comida cerca del altar. Espera hasta el amanecer y después vete. Baja por el camino. Donde hallarás… compañía grata. Tu historia es la siguiente: encontraste un modo de salir de la ciudad y después, cegada por el humo, tropezaste, te golpeaste la cabeza y perdiste el sentido. Cuando despertaste, el Decimocuarto se había ido. Tus recuerdos son incompletos, por supuesto.

—Sí, así es, Cotillion.

Él se volvió al oír su tono y esbozó una media sonrisa.

—Temes estar ahora en deuda conmigo, Lostara Yil. Y que un día regrese y te exija que la pagues.

—Es como funcionan los dioses, ¿no?

—Algunos de ellos, sí. Pero, verás, Lostara Yil, lo que hice por ti en Y’Ghatan hace cuatro días fue mi forma de pagar una deuda que tenía contigo.

—¿Qué deuda?

Las sombras comenzaban a reunirse alrededor de Cotillion y la mujer apenas consiguió oír la respuesta del dios.

—Te olvidas que una vez te vi bailar… —Y después desapareció.

La luz de la luna inundó la cámara tras él, como el mercurio. Y ella se quedó allí sentada un rato, bañada en su luz, pensando en las palabras del dios.

Se oían ronquidos en la tienda. Mogora estaba sentada en una piedra plana a cinco pasos del fuego moribundo. Si hubiera estado despierto, Iskaral Pust se habría sentido aliviado. La luna había vuelto a su sitio, después de todo. Y tampoco era que ella la hubiera movido de verdad. Eso sí que habría sido difícil y además, habría atraído demasiada atención. Pero lo que sí había hecho había sido atraer su poder, un tanto, por un breve espacio de tiempo, lo suficiente para efectuar la sanación más concienzuda que requería el trell.

Alguien salió de entre las sombras y dibujó un círculo lento alrededor de la forma yaciente e inmóvil de Mappo Trell, después se detuvo y miró a Mogora.

Esta frunció el ceño y luego señaló la tienda con una sacudida de la cabeza.

—Iskaral Pust, él es el mago de la Gran Casa de Sombra, ¿no?

—Una sanación impresionante, Mogora —comentó Cotillion—. Comprendes, por supuesto, que el regalo puede que sea en realidad una maldición.

—¡Tú enviaste a Pust hasta aquí para encontrarlo!

—Tronosombrío, en realidad, no yo. Por esa razón no sé decir si la piedad contó para algo en su decisión.

Mogora volvió a mirar a la tienda.

—Mago… ese idiota que solo dice tonterías.

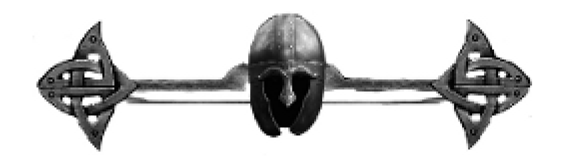
Cotillion no apartaba los ojos de ella.

—Tú eres una de las de Ardata, ¿verdad? —dijo después.

La bruja se transformó en una masa de arañas.

El dios las observó cuando se metieron volando en cada grieta y, momentos más tarde, desaparecieron. Suspiró, echó un último vistazo a su alrededor y por un instante se encontró con los ojos plácidos de la mula, después se desvaneció en un torbellino fluido de sombras.

10



Cuando el día conocía solo oscuridad,
el viento un mudo mendigo que agitaba cenizas y estrellas
en los desechados estanques bajo el viejo
muro de contención, abajo, donde los blancos ríos
de arena deslizan grano tras grano en lo invisible,
y cada cimiento no es más que un momento
del tambaleo de un horizonte, yo me encontré
entre amigos y así me tranquilicé
con mi modesta lista de despedidas.

Soldado moribundo
—Pescador Kel'Tath

Salieron de la senda al hedor del humo y las cenizas y ante ellos, en la luz creciente del amanecer, se alzó una ciudad destruida. Los tres permanecieron inmóviles durante un tiempo, en silencio, cada uno intentando comprender lo que veía.

Tormenta fue el primero en hablar.

—Parece que la senda Imperial se ha derramado por aquí fuera.

Ceniza y aire muerto, la luz parecía indiferente, a Kalam no le sorprendió el comentario del infante de marina. Acababa de dejar un lugar de muerte y desolación y solo para encontrarse en otro.

—Todavía la reconozco —dijo el asesino—. Y'Ghatan.

Tormenta tosió y después escupió.

—Menudo asedio.

—El ejército ha seguido su camino —comentó Ben el Rápido mientras estudiaba las huellas y la basura abandonada donde había estado el campamento principal—. Al oeste.

Tormenta lanzó un gruñido antes de hablar.

—Mira la brecha de ese muro. Municiones moranthianas, y una carreta entera de ellas, diría yo.

Un río viscoso había inundado el hueco e, inmóvil ya, resplandecía bajo la luz de la mañana. Vidrio fundido y metales. Había estallado una tormenta de fuego, comprendió Kalam. Otra más que afligía a la pobre Y'Ghatan. ¿La habían desencadenado los zapadores?

—Aceite de oliva —dijo de repente Ben el Rápido—. La cosecha de aceite debía de estar en la ciudad. —Hizo una pausa y después añadió—: Me pregunto si fue un accidente.

Kalam miró al mago.

—Parece un poco extremo, Rápido. Además, por lo que he oído de Leoman, no es de los que tira su vida para nada.

—Suponiendo que se quedara el tiempo suficiente.

—Sufrimos pérdidas por aquí —dijo Tormenta—. Ahí está el montículo de una tumba, bajo esa ceniza. —Señaló—. De un tamaño que asusta, a menos que incluyeran a los muertos rebeldes.

—Hacemos agujeros separados para ellos —dijo Kalam, sabiendo que Tormenta también lo sabía. Nada de aquello tenía muy buena pinta y se resistían a admitirlo. No en voz alta—. Los rastros tienen ya unos días, por lo menos. Supongo que deberíamos alcanzar al Decimocuarto.

—Demos una vuelta alrededor antes —dijo Ben el Rápido, que miraba la ciudad en ruinas con los ojos entrecerrados—. Hay algo… un residuo… no sé. Solo…

—Un argumento sólido el del mago supremo —dijo Tormenta—. A mí me ha convencido.

Kalam le echó un vistazo al montículo de la fosa común y se preguntó cuántos de sus amigos yacían atrapados en esa tierra, inmóviles en la oscuridad eterna, las cresas y los gusanos ya trabajando para llevarse todo lo que había hecho único a cada uno de ellos. Aquel no era un pensamiento con el que disfrutase, pero si no se quedaba él allí y les regalaba unos cuantos pensamientos más, ¿quién lo haría?

La basura carbonizada estaba esparcida por el camino y en las llanuras de ambos lados. Las estacas de las tiendas que continuaban clavadas sujetaban trozos quemados de lona y en una trinchera más allá de la curva del camino que se dirigía hacia lo que solía ser la puerta de la ciudad, había tirada una docena de cadáveres de caballos hinchados, las patas sobresalían como tocones huesudos en una ciénaga invadida por las moscas.

Apsalar detuvo el caballo en el camino y examinó con lentitud la devastación antes de captar un movimiento cien pasos por delante y a su izquierda. Se acomodó en la silla, le sonaban de algo el modo de andar y el porte de dos de las tres figuras que en ese momento caminaban hacia lo que

quedaba de Y'Ghatan. Telorast y Cuajo regresaron a toda prisa y flanquearon su caballo.

—¡Terribles noticias, No-Apsalar! —clamó Telorast—. Tres hombres terribles nos aguardan si continuáramos con este rumbo. Si pretendes destruirlos, bueno, entonces está bien. Te deseamos lo mejor. De otro modo, te sugiero que escapemos. Ahora.

—Estoy de acuerdo —añadió Cuajo, la cabecita esquelética se mecía con los paseos de la criatura, que se arrastraba y después volvía a pasearse con la cola levantada al aire.

El caballo de Apsalar levantó un casco delantero y los esqueletos demoníacos se escabulleron, ya habían aprendido que acercarse mucho a la bestia era peligroso.

—Conozco a dos de ellos —dijo Apsalar—. Además, nos han visto. —Azuzó su montura y la llevó al paso, sin prisas, hacia el mago, su compañero asesino y el soldado malazano, todos los cuales habían cambiado de dirección y se acercaban con un ritmo medido.

—¡Nos aniquilarán! —siseó Telorast—. Lo noto, oh, ese mago no es nada agradable, en absoluto…

Las dos criaturitas salieron espoleadas a ponerse a cubierto.

Aniquilación. La posibilidad existía, admitió Apsalar, dada la historia que compartía con Ben el Rápido y Kalam Mekhar. Claro que, habían sabido de la posesión y después ella había viajado con Kalam durante meses, primero para atravesar el Abismo del Buscador, desde Darujhistan todo el camino hasta Ehrlitan, viaje durante el que no ocurrió nada fuera de lo común. Eso la tranquilizó un poco mientras esperaba a que llegaran los tres.

Kalam fue el primero en hablar.

—Pocas cosas en el mundo tienen sentido, Apsalar.

Ella se encogió de hombros.

—Cada uno hemos hecho nuestros viajes, Kalam Mekhar. A mí, por lo menos, no me sorprende en demasía encontrarme con que nuestros caminos convergen una vez más.

—Bueno —dijo Ben el Rápido—, eso sí que es una declaración alarmante. A menos que estés aquí para satisfacer el deseo de Tronosombrío de venganza, no hay razón alguna para que nuestros caminos converjan. Aquí no. Ahora no. Y a mí desde luego no me ha empujado ni ha tirado de mí ningún dios intrigante…

—Te rodea el aura del Embozado, Ben el Rápido —dijo Apsalar, un comentario que sobresaltó de forma visible a Kalam y al soldado—. Ese tipo de residuos procede solo de largas conversaciones con el señor de la Muerte, así que, si bien quizá proclames ser libre, puede que tus motivos para lo que haces y dónde eliges ir sean menos puros y menos tuyos de lo que quieres que crean los demás. O, si a eso vamos, de lo que tú mismo querrías creer. —La mirada de Apsalar se posó entonces en Kalam—. Mientras que el asesino ha conocido la presencia de Cotillion hace muy poco tiempo. Y en cuanto a este soldado falari, su espíritu está vinculado a un t'lan imass, y al fuego de la vida que pasa por culto entre los t'lan imass. Así pues, fuego, sombra y muerte reunidos al tiempo que las fuerzas y los dioses de esas fuerzas comienzan a alinearse contra un único enemigo. Pero creo que debo advertiros a todos, ese enemigo ya no es singular y quizá nunca lo fuera. Y las alianzas actuales es posible que no duren.

—¿Qué hay en todo esto —dijo Ben el Rápido— que no estoy disfrutando en absoluto?

Kalam se volvió hacia el mago.

—Quizá, Rápido, estés percibiendo cierto deseo mío, apenas contenido, de meterte un puñetazo en la cara. ¿El señor de la Muerte? En el nombre del Abismo, ¿se puede saber qué pasó en Coral Negro?

—Conveniencia —soltó de repente el mago con los ojos todavía clavados en Apsalar—. Eso fue lo que pasó. En toda esa maldita guerra contra el Dominio Painita. Eso debería haber sido obvio desde el principio, Dujek uniendo fuerzas con Caladan Brood no fue más que la primera y más notoria ruptura de las reglas.

—¿Así que ahora trabajas para el Embozado?

—Ni de lejos, Kalam. Por forzar un juego de palabras, bien sabe el Embozado que era él el que estaba trabajando para mí.

—¿Estaba? ¿Y ahora?

—Ahora —señaló a Apsalar—, como dice ella, los dioses están en guerra. —Se encogió de hombros, pero fue un encogimiento incómodo—. Necesito sondear los dos bandos, Kalam. Necesito hacer preguntas. Necesito respuestas.

—¿Y te las está proporcionando el Embozado?

La mirada que le lanzó al asesino fue nerviosa, casi cohibida.

—Poco a poco.

—¿Y qué te está sacando el Embozado a ti?

El mago se picó.

—¿Has intentado alguna vez retorcerle el brazo a un muerto? ¡No funciona! —Su mirada furiosa pasó entre Kalam y Apsalar—. Escuchad, ¿recordáis esas partidas que echaban Seto y Viol? ¿Con la baraja de los Dragones? Idiotas, pero eso da igual. El caso es que hacían las reglas según iban jugando, y eso es lo que estoy haciendo yo, ¿estamos? ¡Dioses, hasta un genio como el mío tiene sus límites!

Un bufido del soldado falari y Apsalar vio que enseñaba los dientes.

El mago se acercó a él.

—¡Ya basta, Tormenta! ¡Tú y tu maldita espada de piedra! —Agitó los brazos hacia la ciudad de Y'Ghatan—. ¿A ti eso te huele dulce?

—Lo que olería más dulce todavía es el mago supremo de la consejera cortadito en pedazos y servido en un estofado al propio Embozado. —Echó mano de la espada imass y su sonrisa se ensanchó—. Y yo soy el hombre justo para…

—Calmaos, los dos —dijo Kalam—. De acuerdo, Apsalar, estamos todos aquí, lo cual es algo más que extraño, pero no tan extraño, quizá, como debería. No importa. —Hizo un gesto con el que se abarcó a sí mismo, a Ben el Rápido y a Tormenta—. Nosotros regresamos al Decimocuarto Ejército. O lo haremos, una vez hayamos rodeado la ciudad y Rápido se quede satisfecho cuando vea que está tan muerta como parece…

—Oh —interpuso el mago—, desde luego que está muerta. Con todo, vamos a rodear las ruinas. —Señaló con un dedo a Apsalar—. En cuanto a ti, mujer, no viajas sola, ¿verdad? ¿Dónde se ocultan? ¿Y qué son? ¿Familiares?

—Podrías llamarlos así —respondió ella.

—¿Dónde se ocultan? —preguntó Ben el Rápido otra vez.

—No estoy segura. Cerca, sospecho. Son… tímidos. —Y no añadió nada más, de momento, satisfecha como estaba por el ceño de respuesta del mago.

—¿Adónde vas, Apsalar? —preguntó Kalam.

Las cejas femeninas se alzaron.

—Pues con vosotros, por supuesto.

La joven notó que eso no los complacía mucho, pero no pusieron más objeciones. En lo que a ella se refería, era la conclusión perfecta para esa parte del viaje. Coincidía con

su tarea más urgente, el último objetivo de los asesinatos. El único del que no se podía hacer caso omiso.

Siempre había sabido que Cotillion era un cabrón muy sutil.

—Muy bien, a ver —dijo la sargento Hellian—, ¿cuál de vosotros quiere ser mi nuevo cabo?

Picajoso y Sinaliento intercambiaron una mirada.

—¿Qué? —preguntó Picajoso—. ¿Nosotros? Pero ahora tiene a Balgrid y Tavos Estanque. O incluso…

—Es mi nuevo pelotón y la que decide soy yo. —Miró con los ojos entrecerrados a los otros soldados—. Balgrid es mago. Igual que Tavos Estanque. —Frunció el ceño y miró a los dos hombres—. No me gustan los magos; siempre están desapareciendo, justo cuando quieres preguntarles algo. —Sus ojos se deslizaron hacia los últimos dos soldados—. Quizás es zapador y con eso ya digo bastante, y Laúdes es nuestro sanador. Eso deja… —Hellian volvió a mirar a los gemelos—. Os deja a vosotros dos.

—Bien —dijo Picajoso—. Seré el cabo.

—Un momento —dijo Sinaliento—. ¡Yo quiero ser cabo! A mí este no me da órdenes, sargento. ¡De eso na! El que nació con cerebro fui yo, sabe…

Picajoso lanzó un bufido.

—Y luego, como no sabías qué hacer con él, lo tiraste.

—Eres un mentiroso de mierda, Picajoso…

—¡Silencio! —Hellian echó mano de su espada. Pero entonces se acordó y sacó un cuchillo en su lugar—. Otra palabra de cualquiera de los dos y me corto.

El pelotón se la quedó mirando.

—Soy una mujer, veis, y las mujeres lidiamos así con los hombres. Sois todos hombres. Dadme problemas y me clavo

este cuchillo en el brazo. O en la pierna. O quizá me corte un pezón. Y vosotros, cabrones, tendréis que vivir con eso. El resto de vuestros días, tendréis que vivir con el hecho de que fuisteis tan gilipollas que Hellian fue y se desfiguró.

Nadie dijo nada.

Con una sonrisa, Hellian volvió a envainar su cuchillo.

—Bien. Y ahora, Picajoso y Sinaliento, lo he decidido. Sois los dos cabos. Ya está.

—Pero ¿y si quiero dar una orden a Sinaliento…?

—Bueno, no puedes.

Sinaliento levantó un dedo.

—Espere, ¿y si damos órdenes diferentes a los otros?

—No te preocupes por eso —dijo Quizás—, no vamos a escucharos de todos modos. Los dos sois idiotas, pero si la sargento quiere haceros cabos, no pasa nada. Nos da igual. Los idiotas son buenos cabos.

—De acuerdo —dijo Hellian—, está decidido. Y ahora, que nadie se vaya por ahí de paseo porque la capitán nos quiere listos para marchar. —Y se alejó, fue subiendo hacia el risco. Pensando.

La capitán se había llevado a Urb y lo había ascendido a sargento. Una locura. La vieja regla de que los idiotas hacían buenos cabos era obvio que se extendía a los sargentos, pero no había nada que ella pudiera hacer. Además, igual le daba por ir y matarlo y entonces habría problemas. Urb era grande, después de todo, y no había muchos sitios para esconder su cuerpo. No por allí, al menos, concluyó mientras examinaba las rocas rotas, los ladrillos y los cascos que sembraban la ladera.

Necesitaban encontrar un pueblo. Podría cambiar su cuchillo, no eso no funcionaría, porque eso estropearía su amenaza y el pelotón podría amotinarse. A menos que la próxima vez añadiera las uñas a las armas posibles, sacarse

los ojos, o algo así. Se miró las uñas. *Oh, casi todas desaparecidas. Qué desastre…*

—Mírala —dijo Quizás—. Nos dice que no nos vayamos por ahí y luego, ¿qué hace ella? Se va por ahí. Busca un risco para hacer ¿qué? Cómo no, mirarse las uñas. ¡Oh, están rotas! Dioses, tenemos una mujer de verdad como puñetero sargento del Embozado…

—No es una mujer de verdad —dijo Picajoso—. Tú no la conoces, zapador. Pero yo y Sinaliento, nosotros fuimos dos de los pobres idiotas que llegaron los primeros al templo de Kartool, donde empezó toda esta pesadilla.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Balgrid.

—Alguien fue y masacró a todos los sacerdotes en el templo de D’rek, y nosotros llegamos los primeros a la escena. Bueno, ya sabes cómo va esto. Era nuestro barrio, ¿no? No era como si pudiéramos patrullar dentro de los templos, por supuesto, así que la culpa no fue nuestra. Pero ¿desde cuándo cuenta el sentido común en el Imperio? Así que tuvieron que destinarnos lejos. Para que nos mataran con un poco de suerte, y que nada de esto saliese…

—Acaba de salir —dijo Tavos Estanque mientras se rascaba bajo las vendas ásperas e incrustadas de sangre que le envolvían un lado de la cara.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó otra vez Balgrid —. ¿Y qué está haciendo allí la sargento?

Quizás miró furioso a Laúdes.

—Sigue sordo. ¡Haz algo!

—Lo recuperará —respondió el sanador con un encogimiento de hombros—. La mayoría. Lleva tiempo, eso es todo.

—En fin —reanudó Picajoso la conversación—, que no es una mujer de verdad. Bebe…

—Eso —interpuso Sinaliento—, ¿y por qué bebe? ¡Pues porque tiene miedo a las arañas!

—Eso da igual —replicó su hermano—. Y ahora está sobria del todo y eso son malas noticias. Escuchad, todos…

—¿Qué? —preguntó Balgrid.

—Escuchad, el resto, solo tenemos que mantenerla borracha y todo irá bien…

—Idiota —dijo Quizás—. Seguramente no atrapasteis a quien matara a todos esos sacerdotes porque vuestra sargento estaba borracha. Lo hizo bien en Y'Ghatan, ¿o se os ha olvidado ya? Estáis vivos gracias a ella.

—Eso se le pasará, zapador. Espera y verás. A ver, ¡mírala, está preocupándose por sus uñas!

Gesler sabía que adoptar a miembros de la pesada en un pelotón nunca era fácil. No pensaban de forma normal; de hecho, el sargento ni siquiera estaba seguro de que fueran humanos. Un cruce entre un imass de carne y hueso y un barghastiano, quizá. Y a él le habían caído encima cuatro: Narizcorta, Destello de Ingenio, Uru Hela y Cachipolla. Destello de Ingenio seguro que podía ganarle a un buey a la hora de tirar y encima era napaniana, aunque esos asombrosos ojos verdes venían de otra parte; y Narizcorta parecía haber cogido por costumbre perder partes del cuerpo, y quién sabía hasta dónde había llegado aparte de la falta de nariz y la oreja. Uru era una maldita korelana que igual había estado destinada en la muralla de las Tormentas antes de colarse en un mercante jakatakano, lo que significaba que pensaba que no le debía nada a nadie. A

Cachipolla solo era fácil confundirla, pero era obvio que era tan dura como el que más.

Y los de la pesada eran duros. Tendría que ajustar su forma de pensar para adaptarse al nuevo pelotón. *Pero si vuelve a aparecer, a Tormenta le van a encantar.*

Quizá tuviera sentido reorganizar los pelotones, pero Gesler no tenía muy claro el momento elegido por la capitán. Era responsabilidad del puño Keneb, de todos modos, y con toda probabilidad él preferiría dividir a los soldados que eran, todos y cada uno ya, veteranos. Bueno, eran los malditos oficiales los que tendrían que darle vueltas a eso. Lo que más le preocupaba a él en ese momento era que estaban casi sin armas ni armaduras. Una veintena de asaltantes o incluso bandidos que les cayeran encima por casualidad y habría más huesos malazanos blanqueándose al sol. Tenían que ponerse en marcha, alcanzar al puñetero ejército.

Clavó la mirada en el camino del oeste, arriba, en el risco. Vio que Hellian ya estaba allí. Iluminada por el sol naciente. Una mujer extraña, pero debía de haber hecho algo bien para haber sacado a sus soldados de aquel desastre. Gesler no quería mirar a Y'Ghatan. Cada vez que lo había hecho, las imágenes volvían: Verdad echándose al hombro las bolsas de municiones y corriendo hacia el humo y las llamas. Violín y Sepia regresando disparados, alejándose de lo que iba a pasar. No, no merecía la pena echar una última mirada a aquella ciudad condenada.

Lo que se podía sacar de eso no valía un pimiento, de todos modos. Leoman los había atraído hasta el mismísimo centro, había convertido la ciudad en una telaraña de la que no había escapatoria... *Solo que... nosotros salimos, ¿no? ¿Pero cuántos no salieron?* La capitán se lo había dicho. De dos mil para arriba, ¿no? Y todo para matar a unos cuantos

cientos de fanáticos que seguramente se habrían sentido igual de satisfechos suicidándose ellos sin matar a nadie más, solo para dejar claro ese argumento absurdo, fútil, por el que sintieran que merecía la pena morir. Así pensaban los fanáticos, después de todo. Matar malazanos solo endulzaba una última comida ya dulce. *Todo para hacer brillar los ojos de algún dios.*

Claro que, pule lo que sea durante el tiempo suficiente y empieza a brillar.

El sol levantó el ojo ampollado por encima del horizonte, ya casi era hora de dar comienzo a la marcha.

Diez, quizá más crías, todas rosadas, arrugadas y retorciéndose dentro de un viejo nido de vencejo que una explosión había sacado de un muro. Botella se asomó al nido que tenía en las manos. La madre se aferraba a su hombro izquierdo, se le crispaba la nariz, como si se estuviera planteando un salto repentino, o bien hacia su indefensa prole o hacia el cuello de Botella.

—Relájate, querida —susurró—. Son tan míos como tuyos.

Un ruido medio ahogado cerca y después una carcajada.

Botella miró furioso a Sonrisas.

—No entiendes nada, foca miserable.

—No me puedo creer que quieras llevarte esa asquerosidad contigo. Está bien, nos sacó de ahí, pero ahora déjala estar. Además, no vas a poder mantenerlos con vida, tiene que darles de comer, ¿no? Lo que quiere decir que debe ir a buscar alimento. ¿Cuándo va a poder hacerlo? Estamos a punto de emprender la marcha, idiota.

—Nos las arreglaremos —respondió él—. Son criaturas tribales, las ratas. Además, ya nos hemos agenciado

suficiente comida, es solo Y'Ghatan la que tiene que comer un montón, de momento. Las crías solo maman.

—Calla, me estás poniendo mala. Ya hay suficientes ratas en el mundo, Botella. Llévate la grande, claro, pero deja a las otras para los pájaros.

—Ella jamás me lo perdonaría.

Sentado a poca distancia, Koryk estudió a los dos soldados que reñían un momento más y después se levantó.

—No te vayas lejos —dijo Cuerdas.

El mestizo seti rezongó una réplica ininteligible y después se dirigió hacia el extremo norte de las llanuras, donde unos pozos profundos y anchos acribillaban el terreno. Llegó al borde de uno y miró abajo. Mucho tiempo atrás esos pozos proporcionaban arcilla a los alfareros, allá cuando había agua cerca de la superficie. Cuando se habían secado, habían resultado útiles para deshacerse de los deshechos, incluyendo los cuerpos de los indigentes.

Los pozos más cercanos a los muros de la ciudad contenían solo huesos, montones blanqueados, agrietados por el sol entre tiras raídas de mortajas.

Permaneció sobre los restos un momento más y descendió por el lado medio desmoronado.

Los soldados habían perdido la mayor parte de los huesos que llevaban sujetos a la armadura y el uniforme. Parecía lo más apropiado, pensó Koryk, que esos ciudadanos largo tiempo muertos de Y'Ghatan ofrecieran los suyos. *Después de todo, nos arrastramos por los huesos de la propia ciudad. Y ni siquiera podemos medir lo que dejamos atrás.*

Hundido hasta las rodillas en huesos, miró a su alrededor. No había escasez de fetiches allí. Satisfecho, empezó a recoger.

—Pareces casi desnudo sin toda esa armadura, joder.

El cabo Chapapote hizo una mueca.

—Estoy casi desnudo sin toda mi armadura, joder, sargento.

Con una sonrisa, Cuerdas apartó la mirada y buscó hasta que encontró a Koryk, que estaba en proceso de trepar a la superficie. Al menos, eso era lo que parecía desde allí. Un hombre extraño, reservado. Claro que, si quería meterse en la tierra, eso era asunto suyo. Siempre que apareciera cuando se diera la orden de marchar.

Sepia estaba cerca del fuego, sirviendo lo que quedaba del té, una infusión confeccionada con media docena de plantas de la zona que Botella había identificado como aceptables, aunque se había mostrado un tanto cauto en lo que a su toxicidad se refería.

Tras examinar durante un momento a su pelotón, el sargento volvió a la tarea de afeitarse la barba, iba dándole tajos al pelo maloliente, chamuscado, con el cuchillo de monte, la única arma que le quedaba.

Uno de los huérfanos, una niña que se había pegado a él, se había sentado enfrente y lo miraba con los ojos muy abiertos, la cara redonda manchada de ceniza y dos surcos mojados y sucios cayéndole de la nariz. Se había lamido los labios hasta dejarlos en carne viva.

Cuerdas hizo una pausa, la miró con los ojos guiñados y después levantó una ceja.

—Necesitas un baño, muchachita. Tendremos que tirarte al primer arroyo que nos topemos.

La niña hizo una mueca.

—No queda más remedio —continuó él—. A los soldados malazanos del Decimocuarto se les exige que mantengan

cierto nivel de limpieza. De momento la capitán se lo toma con calma, pero, créeme, no va a durar… —Fue dejando de hablar cuando vio que la niña ya no lo escuchaba. Y tampoco estaba mirándolo a él sino a algo que había tras su hombro izquierdo. Cuerdas se dio la vuelta y siguió la mirada de la pequeña.

Y vio un jinete y tres figuras a pie. Bajaban del camino que rodeaba Y'Ghatan. Se dirigían hacia ellos.

A poca distancia, a su derecha, oyó hablar a Gesler.

—Ese es Tormenta, reconocería esos andares de matón en cualquier parte. Y Kalam y Rápido. No conozco a la mujer del caballo, sin embargo…

Pero yo sí. Cuerdas se levantó. Subió por la ladera para recibirlos. Oyó a Gesler detrás de él, siguiéndolo.

—Que el Embozado nos lleve —dijo Cuerdas estudiando primero a Apsalar y después a Kalam y Ben el Rápido—, la mitad del antiguo pelotón. Todos aquí.

Ben el Rápido miraba con los ojos entrecerrados a Violín.

—Te has afeitado —dijo—. Me recuerda lo joven que eres en realidad, esa barba te hacía viejo.

Hizo una pausa y después añadió:

—Estaría bien tener a Mazo aquí con nosotros.

—Olvídalo —dijo Cuerdas—, ese está engordando en Darujhistan y lo último que querría sería ver otra vez nuestras feas caras. —Tosió—. Y supongo que Paran también está allí, con los pies en alto y tomando vino saltoano bien frío.

—Resultó ser un buen capitán —dijo el mago tras un momento—. Quién lo habría pensado, ¿eh?

Cuerdas señaló con la cabeza a la mujer del caballo.

—Apsalar. Bueno, ¿y dónde está Azafrán Jovenmano?

La chica se encogió de hombros.

—Ahora se hace llamar Navaja, Violín.

Oh.

—En cualquier caso —continuó ella—, nos separamos hace algún tiempo.

Tormenta se acercó más a Gesler.

—¿Lo perdimos? —preguntó.

Gesler apartó la mirada y asintió.

—¿Qué pasó?

El que respondió fue Cuerdas.

—Verdad nos salvó el pellejo a todos, Tormenta. Hizo lo que nosotros no pudimos cuando había que hacerlo. Y ni una sola queja. En fin, que dio su vida por nosotros. Ojalá pudiera haber sido de otro modo… —Sacudió la cabeza—. Lo sé, es duro cuando son tan jóvenes.

Había lágrimas corriendo por el rostro quemado por el sol del hombretón. Sin decir nada pasó junto a todos y bajó por la ladera hacia los malazanos acampados. Gesler lo observó y después lo siguió.

No habló nadie.

—Tenía una corazonada —dijo Ben el Rápido—. Conseguisteis salir de Y’Ghatan, pero el Decimocuarto ya se ha ido.

Violín asintió.

—No les quedó más remedio. Viene la peste, por el este. Además, debía de parecer imposible… que cualquiera que estuviera atrapado en la ciudad sobreviviera a la tormenta de fuego.

—¿Cómo lo hicisteis vosotros? —inquirió Kalam.

—Estamos a punto de ponernos en marcha —dijo Violín cuando apareció Faradan Sort trepando hasta el sendero—. Os lo contaré por el camino. Y, Rápido, tengo un mago en mi pelotón que quiero que conozcas, nos ha salvado a todos.

—¿Y qué quieres que haga yo? —preguntó el mago—. ¿Que le estreche la mano?

—No a menos que quieras un mordisco. —*Ja, mira la cara que pone. Valió la pena.*

El puente estaba hecho de piedras negras, cada una tallada con tosquedad, pero encajadas a la perfección. Lo bastante ancho para albergar dos carretas, una junto a la otra, aunque no había barreras que flanquearan el tramo y los bordes parecían gastados, quebradizos, lo suficiente para intranquilizar a Paran. Sobre todo porque no había nada bajo el puente. Nada en absoluto. Brumas grises en un mar sin fondo. Brumas grises que se tragaban el puente en sí a veinte pasos de distancia; brumas grises que rebatían el cielo sobre sus cabezas.

Un reino nacido a medias, nacido muerto; el aire era frío, pegajoso, olía a charcos dejados por la marea. Paran se ciñó mejor el manto alrededor de los hombros.

—Bueno —murmuró—, se parece mucho a lo que vi.

La forma fantasmal de Seto, de pie al borde mismo del inmenso puente, se volvió poco a poco.

—¿Ya había estado aquí, capitán?

—Visiones —respondió él—. Eso es todo. Tenemos que cruzar este…

—Sí —dijo el zapador—. Y entrar en un mundo olvidado hace mucho. ¿Pertenece al Embozado? Difícil de decir. —Los ojos entornados del fantasma parecieron cambiar y se clavaron en Ganath—. Deberías haber cambiado de opinión, jaghut.

Paran la miró. Imposible leer su expresión, pero había rigidez en su postura, cierta febrilidad en las manos que levantó para ponerse la capucha de la capa que había conjurado.

—Sí —dijo la jaghut—, debería.

—Esto es más antiguo que las Fortalezas, ¿verdad? —le preguntó Paran—. Y tú lo reconoces, ¿no es cierto, Ganath?

—Sí, en respuesta a tus dos preguntas. Este lugar pertenece a los jaghut, a nuestros mitos. Esta es nuestra visión del inframundo, Señor de la Baraja. Verdith'anath, el puente de la Muerte. Debes hallar otro camino, Ganoes Paran, para encontrar a los que buscas.

El capitán negó con la cabeza.

—No, es este, me temo.

—No puede ser.

—¿Por qué?

La jaghut no respondió.

Paran dudó un momento antes de hablar.

—Este es el lugar de mis visiones. Donde tengo que empezar. Pero… bueno, esos sueños nunca procedían de aquí, no podía ver lo que aguardaba más adelante, en este puente. Así que tenía esto, lo que veis delante, y el conocimiento de que solo un fantasma podía guiarme para cruzarlo. —Estudió las brumas que envolvían el sendero de piedra—. Hay dos formas de verlo, fue la conclusión a la que llegué al final.

—¿De ver qué? —preguntó Ganath.

—Bueno, la pobreza de esas visiones y mis corazonadas sobre cómo proceder. Podría desechar todo lo demás e intentar apaciguarlas con precisión, sin desviarme ni una sola vez, por miedo a que se produjese un desastre. O podría ver todas esas incertidumbres como oportunidades y permitir así que mi imaginación volara.

Seto hizo un movimiento como si fuese a escupir, aunque no le salió nada de la boca.

—Deduzco que eligió lo segundo, capitán.

Paran asintió y después se enfrentó otra vez a la jaghut.

—En vuestros mitos, Ganath, ¿quién o qué guarda este puente?

Ella negó con la cabeza.

—Este lugar se encuentra en el subsuelo, bajo los pies del Embozado. Bien puede ser que sepa de este reino, pero no se atrevería a imponer dominio alguno sobre él… o sus habitantes. Este es un lugar primitivo, Señor de la Baraja, al igual que todas esas fuerzas que lo llaman «hogar». Es simple presunción creer que la muerte no tiene más que una manifestación. Como con todas las cosas, capa se asienta sobre capa y, con el tiempo, las más profundas y oscuras se olvidan, pero han dado forma a todo lo que yace encima. —Pareció estudiar a Paran por un momento y después añadió—: Llevas una espada de otataralita.

—De mala gana —admitió él—. La mayor parte del tiempo la tengo enterrada junto al muro trasero de la finca de Coll, en Darujhistan. Me sorprende que la hayas percibido, la vaina está hecha de hierro y bronce y anula el efecto.

La jaghut se encogió de hombros.

—La barrera es imperfecta. Los habitantes de este reino, si los mitos son ciertos y siempre lo son, prefieren la fuerza bruta a la hechicería. La espada será solo una espada.

—Bueno, no me había planteado usarla, de todos modos.

—En fin —dijo Seto—, ¿nos ponemos en camino, cruzamos el puente y vemos lo que viene a por nosotros? Capitán, puede que solo sea un zapador, y encima muerto, pero ni siquiera a mí me parece una buena idea.

—Pues claro que no —dijo Paran—. Tengo planeada otra cosa. —Sacó de su mochila un objeto circular pequeño, con radios, que después tiró por el suelo—. No deberían tardar mucho —dijo—. Se les ordenó que se quedaran cerca.

Un momento después se oyeron ruidos entre las brumas, detrás de ellos, el trueno de unos cascos, el estrépito pesado

de unas ruedas inmensas. Apareció un tiro de caballos agitando la cabeza, salpicados de espuma y con los ojos desorbitados, y tras ellos un carruaje de seis ruedas. Los guardias se aferraban a varios salientes ornamentados de los flancos del carruaje, algunos atados por arneses de cuero. Tenían las armas en las manos y miraban con fiereza las brumas, en todas direcciones.

El conductor se echó hacia atrás con las riendas y lanzó un extraño grito. Los cascos patearon el suelo, el tiro se encabritó y le dio la vuelta al enorme carruaje, que se detuvo de repente, partiendo piedras y resbalando.

Los guardias se desengancharon y se dispersaron a toda prisa para establecer un perímetro de seguridad con las ballestas preparadas y amartilladas. En el pescante, el conductor puso el freno, enroscó las riendas en el mango y después sacó una petaca y engulló el contenido en siete tragos sucesivos. Eructó, volvió a tapar la petaca, se la guardó en el bolsillo y se bajó del carruaje. Abrió el pestillo de la puerta y Paran percibió movimiento tras los barrotes de las ventanillas.

El hombre que se abría camino era enorme e iba vestido con sedas empapadas, las manos regordetas y la cara redonda bañada en sudor.

—Usted debe de ser Karpolan Demesand —dijo entonces Paran—. Soy Ganoes Paran. Gracias por llegar tan rápido. Conociendo la reputación de la Asociación Comercial de Trygalle, por supuesto no me sorprende en absoluto.

—¡Ni debería sorprenderlo! —respondió el hombretón con una gran sonrisa que reveló unos dientes con fundas de oro y tachonados de diamantes. La sonrisa se desvaneció poco a poco cuando su mirada encontró el puente—. Oh, vaya. —Les hizo un gesto a dos de los guardias más cercanos, ambas mujeres pardu y las dos con grandes cicatrices—. Nisstar,

Artara, al borde de las brumas de ese puente, si tenéis la bondad. Examinad los bordes con cuidado, sin un muro de contención nos enfrentamos a un camino traicionero, sin duda. —Los ojitos brillantes se clavaron en Paran una vez más—. ¡Señor de la Baraja, discúlpeme, la tensión me agota! ¡Oh, cómo pone a prueba esta pavorosa tierra al pobre y viejo Karpolan Demesand! ¡Después de esto, apresuraremos nuestro regreso a nuestro amado continente natal de Genabackis! Nada salvo tragedias asolan Siete Ciudades, ¿ven el peso que he perdido? ¡La tensión! ¡La desdicha! ¡La mala comida! —Chasqueó los dedos y salió un sirviente del carruaje, tras él, que conseguía mantener en equilibrio una bandeja atestada de copas y un decantador de cristal con una mano mientras con la otra se las arreglaba para salir del vehículo—. ¡Reúnanse, amigos míos! ¡Vosotros no, malditos accionistas! ¡Vigilad, idiotas! ¡Hay cosas aquí fuera y ya sabéis lo que pasa cuando llegan cosas! ¡No, me refería a mis invitados! Ganoes Paran, Señor de la Baraja, su fantasmal compañero y la hechicera jaghut, únanse a mí, inquietos tres, en este pacífico brindis… ¡antes de que comience el caos!

—Gracias por la invitación —dijo Seto—, pero puesto que soy un fantasma…

—En absoluto —le interrumpió Karpolan Demesand—, sepa que en las cercanías de aquí mi artilugio, usted no ostenta esa condenada falta de sustancia, ¡en absoluto! —Le pasó una copa al zapador—. ¡Así que beba, amigo mío! ¡Y disfrute una vez más de la deliciosa sensación del sabor, por no mencionar el alcohol!

—Si usted lo dice —dijo Seto al tiempo que aceptaba la copa. Tomó un trago y su confusa expresión se iluminó un tanto—. ¡Dioses del inframundo! ¡Lo ha hecho, mercader!

¡Creo que me voy a dedicar a embrujar este carruaje para toda la eternidad!

—Por desgracia, amigo mío, el efecto se va borrando con el tiempo. ¡De otro modo nos enfrentamos a una carga imposible, como puede imaginar! Y ahora usted, jaghut, por favor, la elocuencia de la miríada de sabores que hay en el vino no le pasarán desapercibida, estoy seguro. —Con una sonrisa radiante le dio una copa.

La jaghut bebió y después enseñó los colmillos en lo que a Paran le pareció una sonrisa.

—Bik’trara, flores de hielo, debe de haber cruzado un glaciar jaghut en algún momento del pasado para haber cosechado plantas tan poco comunes.

—¡Así es, querida! ¡Glaciares jaghut y mucho más además, se lo aseguro! Debo explicar que la Asociación Comercial de Trygalle recorre las sendas, una afirmación que ningún otro mercader de este mundo osa hacer. Por consiguiente, somos muy caros. —Le dedicó a Paran un guiño expansivo—. Mucho, como bien sabe el Señor de la Baraja. Y hablando de eso, confío en que trae el pago consigo…

Paran asintió.

Karpolan le ofreció la tercera copa a Paran.

—Observo que se ha traído su caballo, Señor de la Baraja. ¿Tiene intención de cabalgar con nosotros, entonces?

—Creo que sí. ¿Es un problema?

—Difícil de decir, no sabemos todavía lo que nos encontraremos en este pavoroso puente. En cualquier caso, debe cabalgar cerca, a menos que tenga intención de hacer valer su propia protección, en cuyo caso, ¿para qué contratarnos a nosotros?

—No, su protección la necesitaré, estoy seguro —dijo Paran—. Y sí, por eso contraté a su asociación en

Darujhistan. —Tomó un sorbo del vino y empezó a darle vueltas la cabeza—. Aunque —añadió mientras miraba el líquido dorado—, si bebo más de esto, puede que tenga problemas para sostenerme sobre la silla.

—Debe atarse bien, Ganoes Paran. Con los estribos y a la silla. Confíe en mí, un viaje como este es mejor realizarlo borracho, o impregnado por los vapores del durhang. O ambas cosas. Ahora debo comenzar los preparativos; aunque jamás he visitado esta senda, estoy empezando a sospechar que vamos a pasar una dura prueba en este aterrador puente.

—Si le parece bien —dijo Ganath—, me gustaría viajar con usted, dentro.

—Un placer, y sugiero que se prepare para acceder a su senda, jaghut, por si surge la necesidad.

Paran observó a los dos meterse en el carruaje, después se volvió para mirar a Seto.

El zapador se terminó el vino de su copa y la volvió a dejar en la bandeja, que todavía sostenía el sirviente, un anciano con los ojos enrojecidos y un pelo gris que parecía chamuscado por los bordes.

—¿Cuántos de estos viajes ha hecho? —le preguntó Seto.

—Más de los que puedo contar, señor.

—Deduzco que Karpolan Demesand es mago supremo.

—Eso es lo que es, señor. Y por eso, los accionistas lo bendecimos cada día.

—No me cabe duda —dijo Seto, después se volvió hacia Paran—. Si no se va a beber eso, capitán, deje la copa. Usted y yo tenemos que hablar.

Paran se arriesgó a tomar otro trago y después dejó la copa y siguió al fantasma cuando, con un gesto, Seto se encaminó al pie del puente.

—¿Algo en tu fantasmal mente, zapador?

—De sobra, capitán, pero lo primero es lo primero. Sabe, cuando lancé ese maldito allá en Coral, imaginé que se había acabado. Bien sabe el Embozado que no tenía elección, así que volvería a hacerlo si tuviera que hacerlo otra vez. Pero en fin —hizo una pausa y después continuó—, durante un tiempo hubo, bueno, solo oscuridad. Algún destello que otro de algo parecido a la luz, algo parecido a la conciencia. —Sacudió la cabeza—. Era como, bueno —miró a Paran a los ojos—, como que no tenía ningún sitio al que ir. Me refiero a mi alma. Ningún sitio en absoluto. Y, créame, la sensación no es agradable.

—Pero entonces lo tuviste —dijo Paran—. Un sitio al que ir, quiero decir.

Seto asintió, los ojos una vez más puestos en las brumas que envolvían el camino que tenían delante.

—Oí voces, al principio. Luego… viejos amigos que salían de la oscuridad. Caras que conocía, y claro, como dije, amigos. Pero algunos que no lo eran. Tiene que entender, capitán, antes de que llegara usted muchos abrasapuentes eran simples cabrones. Cuando un soldado pasa por lo que pasamos nosotros, en Raraku, en Perro Negro, sales siendo un tipo de persona u otro. O bien te han dado un puto baño de humildad, o empiezas a creer que la emperatriz venera lo que te sale del culo, y no solo la emperatriz sino todos los demás también. Bueno, yo nunca tuve tiempo para esos cabrones cuando estaba vivo y ahora estoy viendo que voy a pasar una eternidad con ellos.

Paran se quedó callado un momento, pensativo.

—Continúa —dijo después.

—Los Abrasapuentes, bueno, tenemos trabajo por delante y a algunos no nos gusta. Es decir, estamos muertos, ¿no? Y sí, vale, está bien ayudar a amigos que siguen vivos, y quizá ayudar a toda la humanidad si vamos a eso, y siento decirlo,

pero vamos a eso. Con todo, terminas con preguntas, preguntas que no se pueden responder.

—¿Por ejemplo?

La expresión del zapador se crispó.

—Mierda, no suena bien, pero… ¿qué sacamos nosotros? Terminamos en un ejército de muertos en un puñetero mar donde antes había un desierto. Nosotros acabamos con las guerras, la lucha se terminó y ahora parece que tenemos que marchar otra vez, y es una marcha larga, más larga de lo que piensa. Pero ahora es nuestro camino, ¿no?

—¿Y adónde lleva, Seto?

El otro volvió a sacudir la cabeza.

—¿Qué significa morir? ¿Qué significa ascender? No es como si fuéramos a reunir a diez mil devotos entre los vivos, ¿no? A ver, lo único que los soldados muertos tenemos en común es que ninguno fuimos lo bastante buenos o lo bastante afortunados como para sobrevivir a la lucha. Somos una hueste de fracasos. —Lanzó una carcajada seca—. Tengo que acordarme de esa frase para soltársela a estos cabrones. Solo para picarlos.

Paran volvió la cabeza y miró al carruaje. Seguía sin haber actividad alguna allí, aunque el sirviente había desaparecido otra vez dentro. Suspiró.

—Ascendientes, Seto. No es un papel fácil de explicar, de hecho, todavía tengo que encontrar una explicación que valga la pena para lo que es la ascendencia entre todos los tratados de los eruditos que he estudiado en las bibliotecas y los archivos de Darujhistan. Así que he tenido que buscar mi propia teoría.

—Oigámosla, capitán.

—De acuerdo, empezaremos con esto. Los ascendientes que encuentran devotos se convierten en dioses, y esa vinculación va en dos direcciones. Los ascendientes sin

devotos en cierto sentido carecen de cadenas. Son neutrales, en el lenguaje de la baraja de los Dragones. Ahora bien, los dioses que en su momento tuvieron devotos, pero ya no los tienen, siguen siendo ascendientes, pero a todos los efectos emasculados, y continúan así, a menos que el culto se renueve de algún modo. Para los dioses ancestrales, eso significa el derramamiento de sangre en terreno sagrado o que ha sido sagrado. Para los espíritus más primitivos y demás podría ser algo tan sencillo como el recuerdo o el redescubrimiento de su nombre, o alguna otra forma de despertar. Claro que, nada de eso importa si el ascendiente en cuestión ha sido aniquilado de verdad y para siempre.

»Así que, para retroceder un poco, los ascendientes, ya sean dioses o no, parecen poseer cierta forma de poder. Quizá hechicería, quizá personalidad, quizá alguna otra cosa. Y lo que eso parece significar es que poseen un grado poco habitual de eficacia…

—¿De qué?

—Estás en un lío si te metes con ellos, es lo que digo. Un hombre mortal le da un puñetazo a alguien y quizá le rompa la nariz a la víctima. Un ascendiente le da un puñetazo a alguien y quien sea atraviesa un muro. Bueno, no quiero decir en el sentido literal, aunque a veces es el caso. No necesariamente fuerza física, sino fuerza de voluntad. Cuando un ascendiente actúa, las ondas lo recorren… todo. Y eso es lo que los convierte en tan peligrosos. Por ejemplo, antes de la expulsión de Fener, Treach era un héroe primero, un nombre antiguo para un ascendiente, y no era más que eso. Se pasaba la mayor parte de su tiempo o bien batallando con otros héroes primeros o, hacia el final, vagando por ahí en su forma soletaken. Si nada desafortunado le hubiera pasado a Treach en esa forma, su ascendencia se habría desvanecido con el tiempo, se habría

perdido en la mente bestial y primitiva de un tigre inmenso. Pero ocurrió algo desafortunado; en realidad, dos cosas. La expulsión de Fener y la extraña muerte de Treach. Y con esos dos acontecimientos, cambió todo.

—De acuerdo —dijo Seto—, todo eso está muy bien. ¿Cuándo llega a su teoría, capitán?

—Cada montaña tiene su pico, Seto, y a lo largo de la historia ha habido montañas y montañas, más de las que podríamos imaginar, sospecho, montañas de la humanidad, de los jaghut, de los t'lan imass, de los eres'al, los barghastianos, los trell y demás. No solo montañas, sino cordilleras enteras. Creo que la ascendencia es un fenómeno natural, una ley inevitable de la probabilidad. Coge una masa de personas, en cualquier parte, de cualquier tipo, y al final se producirá la presión suficiente y surgirá una montaña, y tendrá un pico. Que es por lo que tantos ascendientes se convierten en dioses tras el paso de generaciones; el nombre del gran héroe se convierte en sagrado, en representante de una edad dorada perdida tiempo atrás, y así va.

—Así que, si le he entendido bien, capitán, y admito que no es fácil y nunca lo ha sido, estos días hay demasiada presión y por eso hay demasiados ascendientes, y las cosas se están poniendo peliagudas.

Paran se encogió de hombros.

—Puede que sea lo que parezca. Es probable que siempre lo parezca. Pero estas cosas se resuelven solas al final. Las montañas chocan, los picos caen, se olvidan, se desmoronan y convierten en polvo.

—Capitán, ¿está planeando hacer una nueva carta en la baraja de los Dragones?

Paran estudió al fantasma durante un largo rato antes de contestar.

—En muchas de las Casas, el papel del Soldado ya existe…

—Pero no soldados neutrales, capitán. No… nosotros.

—Dices que tenéis un largo camino por delante, zapador. ¿Cómo lo sabes? ¿Quién os guía?

—Para eso no tengo respuesta, capitán. Por eso pensamos… nuestro pago por este trato… que si construye una carta para nosotros sería, bueno, como echar un puñado de harina de trigo sobre una red invisible.

—¿Parte del trato? Podrías haberlo mencionado al principio, Seto.

—No, mejor cuando ya es demasiado tarde.

—Para vosotros, sí. Está bien, lo pensaré. Admito que me has picado la curiosidad, sobre todo porque no creo que a ti y a tu ejército de fantasmas os estén manipulando de forma directa. Sospecho que lo que os llama es algo mucho más efímero, más primordial. Una fuerza de la naturaleza, como si una ley largo tiempo perdida se estuviera reafirmando y vosotros sois los elegidos para imponerla. Con el tiempo.

—Una idea interesante, capitán. Siempre supe que tenía cerebro, ahora por fin estoy empezando a entender un poco para qué sirve.

—Ahora déjame hacerte una pregunta, Seto.

—Si no le queda más remedio.

—Ese largo camino que tenéis por delante. Vuestra marcha… es a la guerra, ¿verdad? ¿Contra quién?

—Más bien contra qué…

Una conmoción tras ellos, los accionistas regresando a toda prisa al carruaje, el latigazo del cuero y el tintineo de las hebillas cuando la docena aproximada de hombres y mujeres empezaron a atarse. Los caballos, nerviosos de repente, agitaron las cabezas y patearon el suelo, los ollares

disparados. El conductor tenía las riendas en las manos una vez más.

—Vosotros dos —rezongó—. Es hora.

—Creo que me voy a sentar junto al cochero —dijo Seto —. Capitán, como dijo el mago supremo, no se aleje. Sabía cómo traernos aquí, pero no tengo ni idea de lo que va a pasar.

Paran asintió y se dirigió a su caballo mientras Seto trepaba por un lado del carruaje. Las dos mujeres pardu regresaron de sus puestos en el puente, se subieron y tomaron posiciones en los flancos del techo, ambas comprobaron sus pesadas ballestas y la provisión de cuadrillos de cabezas anchas.

Paran montó de un salto.

Se abrió una contraventana en la puerta lateral y el capitán distinguió la cara redonda y brillante de Karpolan.

—Viajamos a una velocidad peligrosa, Ganoes Paran. Si se produce alguna transformación en el caballo que monta, plantéese abandonarlo.

—¿Y si la transformación me acontece a mí?

—Bueno, haremos lo que podamos para no abandonarlo.

—Eso es tranquilizador, Karpolan Demesand.

Una breve sonrisa y después la contraventana se cerró de golpe de nuevo.

Otro extraño grito del cochero y un latigazo de las riendas. Los caballos se lanzaron hacia delante y el carruaje se torció justo detrás de ellos. Empezó a rodar. Y entró en el puente de piedra.

Paran cabalgaba a su lado, enfrente de uno de los accionistas. El hombre le lanzó una sonrisa salvaje, medio perturbada, las manos enguantadas sujetaban una inmensa ballesta malazana.

Subieron la ladera y se adentraron en las brumas.

Que se cerraron como muros blandos a su alrededor.

Una docena de latidos y después el caos. Unas criaturas de piel ocre los rodearon como un enjambre por los dos lados, como si hubieran estado ocultas bajo el puente. Brazos largos, con garras en los extremos, piernas cortas y simiescas, cabezas pequeñas que parecían llenas de colmillos. Se abalanzaron sobre el carruaje con la intención de arrastrar a los accionistas.

Gritos, el golpe seco de los cuadrillos al alcanzar cuerpos, siseos de dolor de las criaturas. El caballo de Paran se encabritó, las patas delanteras cocearon a la bestia que se escabullía debajo. Con la espada en la mano, Paran acuchilló la espalda de la criatura que se aferraba y arrancaba fieros mordiscos del muslo izquierdo del accionista más cercano. Vio partirse la carne y el músculo, que revelaron las costillas. Después la sangre empezó a brotar. La bestia cayó con un chillido.

Mas habían alcanzado el carruaje y Paran vio a una accionista arrancada de su sitio, juraba y maldecía mientras la arrastraban hasta las piedras, después se desvaneció bajo unos cuerpos furiosos de piel lisa.

El capitán le dio la vuelta al caballo y se arrojó sobre la masa que se retorcía.

No era necesaria habilidad alguna, solo era cuestión de inclinarse y lanzar tajos y cuchilladas hasta que se apartó el último cuerpo ensangrentado.

La mujer que yacía en las piedras ensangrentadas parecía como si la hubiera masticado un tiburón y luego la hubiera escupido. Pero estaba viva. Paran envainó la espada, desmontó y se echó al hombro a la aturdida y ensangrentada mujer.

Pesaba más de lo que parecía. Se las arregló para subirla a lomos de su caballo y después se subió de un salto una

vez más a la silla.

El carruaje ya se desvanecía entre las brumas, cuerpos ocres se desprendían de él. Las dos ruedas traseras se alzaban y caían con un golpe seco sobre los cadáveres flexibles.

Y entre Paran y el carruaje, medio centenar o más de aquellas criaturas, que en ese momento se giraban hacia él con las garras levantadas y chasqueando. Volvió a sacar la espada y clavó los talones en los flancos del caballo. El animal expresó su indignación con un gruñido y después cargó hacia delante. Patas y pecho apartaban cuerpos a golpes y Paran acuchillaba a diestra y siniestra y veía caer los miembros cortados, los cráneos abiertos en canal. Unas manos se cerraron sobre la accionista e intentaron arrastrarla. Paran se giró en redondo y las acuchilló hasta que las cercenó.

Una bestia le aterrizó en el regazo.

Aliento caliente, tenía un olor muy distintivo, a melocotones demasiado maduros. Unos colmillos articulados se abrían todo lo que podían, aquel maldito bicho estaba a punto de arrancarle la cara a Paran de un mordisco.

El hombre le dio un golpe con la cabeza, el borde del yelmo le aplastó la nariz y los dientes, la sangre le chorreó a Paran por los ojos, la nariz y la boca.

La criatura se tambaleó hacia atrás.

Paran levantó el arma y aporreó con el pomo de la espada la coronilla de la criatura. La atravesó y dos chorros de sangre le salieron al bicho por las orejas diminutas. Paran dio un tirón a su arma para liberarla y empujó a la bestia muerta a un lado.

Su caballo seguía abriéndose camino, chillando cuando las garras y los colmillos le acuchillaban el cuello y el pecho.

Paran se inclinó sobre el cuello de su montura y azotó a las criaturas con la espada para defender a su animal.

Por fin consiguieron pasar, el caballo se lanzó a medio galope y después a galope tendido. De inmediato, la maltratada parte posterior del carruaje se bamboleó e inclinó y después se alzó delante de ellos. Libre de atacantes. Paran tiró de las riendas hasta que el caballo frenó y se colocó al lado del vehículo. El capitán le hizo un gesto al accionista más cercano.

—Todavía vive… cójala…

—¿Así que está viva? —respondió el hombre, después giró la cabeza y escupió un chorro rojo reluciente.

Paran vio entonces que estaba sangrando por los agujeros irregulares que tenía en la pierna izquierda y que la hemorragia se estaba deteniendo.

—Usted necesita un sanador, y rápido…

—Demasiado tarde —contestó el hombre, que se estiró para sacar a la mujer inconsciente del lomo del caballo de Paran. Más manos descendieron, cogieron el peso de la mujer y después la subieron. El accionista moribundo se hundió en el carruaje y después le dedicó a Paran una sonrisa enrojecida.

—La estaca —dijo—. Dobla mi valía, espero que la maldita esposa lo agradezca. —Mientras hablaba manipulaba la hebilla del arnés y por fin la pudo soltar. Miró a Paran con un último asentimiento, se soltó y cayó.

Una voltereta, rodó y después… nada.

Paran miró atrás, clavó los ojos en el cuerpo inmóvil que quedaba en el puente. Las bestias se acercaban a él como un enjambre. *Dioses, esta gente ha perdido la cabeza por completo.*

—¡Stebar se ha ganado la estaca! —dijo alguien en el techo del carruaje—. ¿Quién tiene una de sus astillas?

—Aquí, por la ranura —dijo otra voz—, ¿Thyrss está muy mal?

—Saldrá de esta, la pobre chica, pero ya no va ser tan guapa.

—Conociéndola, habría sido más feliz con la estaca…

—De eso nada, no tiene parientes, Ephras. ¿Qué sentido tiene una estaca sin parientes?

—Muy gracioso, Yorad, y apuesto a que tú ni siquiera conoces a los tuyos.

—¿Qué te acabo de decir?

La carrera salvaje del carruaje se había ido frenando a medida que aparecían cada vez más detritos en el camino del puente. Trozos de armadura oxidada, armas rotas, fardos de ropa indefinida.

Al mirar al suelo, Paran vio un trozo de madera que parecía haber formado parte en algún momento de un tablero de hoyos; estaba astillado y roído por un lado, como si una criatura hubiera intentado comérselo. *Así que, aquí, en este inframundo letal, hay cosas que siguen necesitando comer. Lo que significa que están vivas. Lo que significa, supongo, que este no es su sitio. Intrusos, como nosotros.* Se preguntó por todos esos otros visitantes de ese reino, los que habían caído presa de la horda de bestias hombres de color ocre. ¿Cómo habían terminado allí? ¿Un accidente o, como Paran, pretendían cruzar ese puñetero puente por alguna razón?

—¡Seto!

El fantasma, encaramado junto al cochero, se inclinó hacia delante.

—¿Capitán?

—Este reino, ¿cómo supiste de él?

—Bueno, usted vino a nosotros, ¿no? Supuse que era usted el que sabía de él.

—Eso no tiene ningún sentido. Tú guiabas, yo te seguía, ¿te acuerdas?

—Usted quería ir adonde iban las cosas antiguas, así que aquí estamos.

—¿Pero dónde es aquí?

El zapador se encogió de hombros y se echó hacia atrás.

Era el problema de seguir las corazonadas, reflexionó Paran. Quién sabía de dónde salían y qué las alimentaba.

Tras quizá un tercio de legua, con la ladera todavía ascendiendo de forma perceptible, la superficie del camino se despejó y aunque las brumas continuaron siendo densas, parecían haberse aligerado a su alrededor, como si un sol oculto de fuego blanco hubiera salido por el horizonte. Suponiendo que hubiera un horizonte. Paran sabía que no todas las sendas jugaban con las mismas reglas.

El cochero maldijo de repente, tiró con un golpe seco de las riendas y empujó con un pie la palanca del freno. Paran frenó a su lado cuando el tiro se detuvo con una sacudida.

Restos más adelante, un único montón enorme rodeado de trozos dispersos.

Un carruaje.

Todo el mundo se quedó callado por un momento y después surgió la voz de Karpolan Demesand de un tubo acústico que había cerca del techo.

—Nisstar, Artara, por favor, id a examinar esa barricada.

Paran desmontó con la espada todavía en la mano y se reunió con las dos mujeres pardu que se acercaban con cautela al carruaje destruido.

—Es de la Asociación Comercial de Trygalle —preguntó Paran en voz baja—, ¿verdad?

—Shh.

Llegaron a la escena. Paran se detuvo y las accionistas, tras intercambiar gestos, fueron cada una hacia un lado con

las ballestas listas. En unos momentos desaparecieron de su campo de visión.

El carruaje estaba tirado de lado, con el techo enfrente de Paran. Le faltaba una rueda trasera. Las láminas de cobre del techo parecían abolladas y desconchadas por algunos sitios, cortadas y hundidas en otros. En dos de los lazos de sujeción de hierro quedaban tiras de cuero.

Una de las mujeres pardu apareció encima, encaramada al armazón de la puerta lateral, después se agachó para mirar en el interior del carruaje. Un momento después desapareció dentro. La otra accionista llegó por el otro lado de los restos. Paran la estudió. Le habían destrozado la nariz no hacía mucho, le pareció, y los restos de unas magulladuras estropeaban el contorno de los ojos con unas leves medialunas. Sobre esos cardenales, los ojos estaban invadidos por el miedo.

Tras ellos, Karpolan Demesand salió de su vehículo con la jaghut a su lado y Seto detrás; los tres se acercaron sin prisas.

Paran se volvió y estudió el rostro pálido e inexpresivo del mago supremo.

—¿Reconoce este carruaje en concreto, Karpolan?

Un asentimiento.

—Darpareth Vayd, señora de la Asociación. Desaparecida con todos sus accionistas desde hace dos años. Ganoes Paran, debo reflexionar, esa mujer era superior a mí en las artes de la hechicería. Me entristece profundamente este descubrimiento, esa mujer era amiga mía. Me entristece y alarma.

—¿Recuerda los detalles de su última misión?

—Ah, una pregunta clarividente. En general —hizo una pausa y plegó las manos en el regazo—, ese tipo de detalles son propiedad exclusiva de la Asociación Comercial de

Trygalle, pues como comprenderá, la confidencialidad es una cualidad por la que nuestros clientes pagan, con la absoluta confianza de que no revelamos nada. En este caso, sin embargo, quedan patentes dos cosas que mitigan tal secretismo. Una: parece, si continuamos, que nos enfrentaremos a lo que se enfrentó Darpareth. Dos: en esta, su última misión, fracasó. Y es de suponer que no deseamos compartir su destino. Por tanto, aquí y ahora, combinaremos nuestros talentos, primero para determinar lo que destruyó su misión y, segundo, para llevar a cabo una defensa razonable contra el enemigo responsable.

La otra pardu salió trepando del carruaje. Al ver a Karpolan se detuvo y después sacudió la cabeza.

—No hay cuerpos —dijo Paran—. Por supuesto, esas bestias hambrientas con las que nos encontramos bien podrían haber hecho limpieza…

—No lo creo —dijo Ganath—. Sospecho que ellos también temen lo que hay más adelante y no se aventurarían tanto por el puente. En cualquier caso, el daño sufrido por ese carruaje lo produjo algo mucho más grande, más fuerte. Si este puente tiene un guardián auténtico, sospecho que estos pobres viajeros se toparon con él.

Paran frunció el ceño.

—Guardián. ¿Por qué habría de haber un guardián? Eso son cosas de los cuentos de hadas. ¿Con qué frecuencia intenta algo o alguien cruzar este puente? Tiene que ser muy pocas veces; es decir, hay un guardián con muchísimo tiempo libre en sus manos. ¿Por qué no irse por ahí? A menos que el bicho no tenga cerebro alguno, un adeudo así lo volvería loco…

—Lo bastante loco para hacer pedazos lo que aparezca —dijo Seto.

—Más bien desesperado por que le rasquen detrás de las orejas —replicó Paran—. No tiene ningún sentido. Las criaturas necesitan comer, necesitan compañía…

—¿Y si el guardián tiene un amo? —preguntó Ganath.

—Esto no es una Fortaleza —dijo Paran—. No tiene gobernante, ni amo y señor.

—¿Está seguro de eso, Ganoes Paran? —rezongó Karpolan.

—Lo estoy. Más o menos. Este reino está enterrado, olvidado.

—Puede ser, entonces —caviló Karpolan—, que alguien haya de informar al guardián de que ese es el caso, que su tarea ya no es relevante. En otras palabras, debemos liberarlo de su adeudo.

—Suponiendo que exista tal guardián —dijo Paran—, en lugar de un encuentro casual de dos fuerzas, ambas dirigiéndose en la misma dirección.

El maese de Trygalle entrecerró los ojitos.

—¿Sabe algo más de esto, Ganoes Paran?

—¿Cuál era la misión que trajo aquí a Darpareth Vayd?

—Ah, así que estamos intercambiando secretos. Muy bien. Según recuerdo, el cliente era de Darujhistan. En concreto, la Casa Orr. El contacto era una mujer, sobrina del difunto Turban Orr, lady Sedara.

—¿Y la misión?

—Parece que este reino alberga numerosas entidades, poderes largo tiempo olvidados, enterrados en la antigüedad. La misión implicaba un ensayo con tales criaturas. Puesto que lady Sedara era un miembro de la misión, no disponíamos de ningún otro detalle. Es de suponer que ella sabía lo que estaba buscando. Bueno, Ganoes Paran, le toca a usted.

El ceño de Paran se profundizó y se acercó más al carruaje destruido. Estudió los desgarros y las brechas en el recubrimiento de cobre del techo.

—Siempre me había preguntado adónde fueron —dijo— y al final comprendí adónde se dirigían. —Miró a Karpolan Demesand—. No creo que haya ningún guardián aquí. Creo que los viajeros se encontraron en este puente, todos encaminados en la misma dirección, y la mala fortuna cayó del lado de Darpareth y Sedara Orr. Este carruaje lo destruyeron dos mastines de Sombra.

—¿Está seguro?

Lo estoy. Los huelo. Mis… parientes.

—Tendremos que mover esto, tirarlo por el borde, supongo.

—Una pregunta —dijo Karpolan Demesand—. ¿Qué les pasó a los cuerpos?

—Los mastines tienen por costumbre arrastrar y arrojar a sus víctimas. En ocasiones se alimentan de ellas, pero en general solo se complacen en matarlas, y, en ese momento, se sentirían encolerizados y eufóricos por igual. Acababan de ser liberados de Dragnipur, la espada de Anomander Rake.

—Imposible —dijo de repente el mago supremo.

—No, solo sumamente difícil.

—¿Cómo sabe usted todo eso? —inquirió Karpolan.

—Porque los liberé yo.

—Entonces… usted es el responsable de esto.

Paran miró al hombretón, a sus ojos duros, peligrosos.

—Muy a mi pesar. Verá, no deberían haber estado allí ya en primer lugar. En Dragnipur. Y yo tampoco. Y en ese momento yo no sabía adónde escaparían, ni siquiera que escaparían. Pareció, de hecho, que los había mandado al olvido, al propio Abismo. Resultó —añadió mientras miraba

de nuevo los restos— que necesitaba que hicieran justo esto, necesitaba que incendiaran el rastro. Por supuesto habría sido mejor si no se hubieran encontrado a nadie por el camino. Es fácil olvidar lo desagradables que son…

Karpolan Demesand se volvió hacia sus accionistas.

—¡Abajo, todo el mundo! ¡Debemos despejar el camino!

—Capitán —murmuró Seto—, está empezando a ponerme nervioso de verdad.

Los restos gimieron, después se deslizaron por el borde y se desvanecieron en las brumas. Los accionistas, reunidos en un lado del puente, esperaron el sonido del fondo, pero no lo hubo. A una orden de Karpolan, regresaron a sus posiciones en el carruaje de Trygalle.

Parecía que el mago supremo no estaba de humor para ponerse a charlar con Paran y este sorprendió a la hechicera jaghut mirándolo de soslayo un momento antes de trepar al carruaje. Suspiró. Era lo que solía pasar cuando se daban noticias desagradables, sospechaba que si surgían problemas, no le tenderían muchas manos para ayudarlo. Montó una vez más y cogió las riendas.

Reanudaron el viaje. Al final comenzaron a bajar la cuesta, el puente medía por lo menos una legua. No había forma de saber, a menos que uno intentara meterse por debajo de la arcada, si eran columnas o contrafuertes lo que sostenía ese inmenso edificio, o si se limitaba a colgar, suspendido y sin anclajes sobre una enorme extensión de nada.

En la distancia algo comenzó a tomar forma en las brumas y, cuando se acercaron, distinguieron una gigantesca entrada que marcaba el final del puente, los postes que la flanqueaban eran gruesos en la base y se

ahusaban inclinados hacia dentro para sujetar (de forma un tanto precaria, parecía) el peso de un enorme dintel de piedra. La estructura entera estaba cubierta de musgo.

Karpolan detuvo el carruaje delante y, como era su costumbre, mandó a las dos accionistas pardu por la entrada. Cuando no les ocurrió nada desafortunado y regresaron a informar de que el camino estaba despejado hasta donde ellas podían distinguir en cualquier caso, el carruaje tomó aquella entrada.

Solo para detenerse justo detrás cuando los dos primeros caballos se metieron chapoteando en el agua saturada de sedimentos de un lago o un mar.

Paran llevó su caballo hasta el borde del agua. Frunció el ceño, miró a la derecha, después a la izquierda, sus ojos rastrearon la línea de la costa.

Seto habló desde el carruaje.

—¿Algún problema, capitán?

—Sí. El problema es este lago.

—¿Por qué?

—No tendría que estar aquí.

—¿Cómo lo sabe?

Paran desmontó y se agachó junto al agua. No había ondas, la calma era perfecta. Ahuecó la mano y la metió en el líquido fresco y saturado de sedimentos. La levantó y la olisqueó.

—Huele a podrido. Esto es agua de una riada…

Lo interrumpió un llanto lastimero, siniestro, que procedía de algún lugar costa abajo.

—¡Por el aliento del Embozado! —siseó Seto—. Los pulmones que lanzaron eso deben de ser enormes.

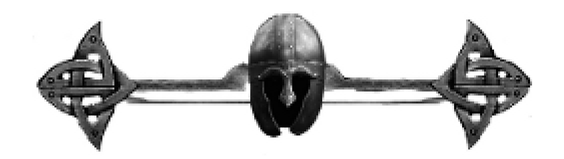
Paran se irguió y entrecerró los ojos para escudriñar las vagas brumas de donde parecía que procedía el sonido. Después se subió a la silla una vez más.

—Creo que me equivoqué cuando dije que no había guardián —dijo.

Un trueno amortiguado que subía del suelo. Fuera lo que fuera, estaba a punto de llegar.

—Vamos a ponernos en marcha —dijo Paran—. Costa arriba, y rápido.

11



Mi fe en los dioses es la siguiente: son indiferentes a mi sufrimiento.

—Tomlos, destriant de Fener
Circa 827 del Sueño de Ascua

Sus manos se introdujeron en otro mundo. Entraron y luego salieron, entraron y volvieron a salir. Daban, tomaban, Heboric no sabía qué, si es que hacían algo en realidad. Quizá lo mismo que una lengua hurgando en un diente roto, el sondeo incesante que desencadenaba punzadas que confirmaban que las cosas no estaban del todo bien. Metió las manos y tocó algo; el gesto impulsivo, amargo como una bendición, como si no pudiera evitar repetir, sin parar, el roce de un sanador burlón.

A las almas perdidas en los trozos destrozados de los gigantes de jade Heboric solo les ofrecía mentiras. Oh, su roce les hablaba de su presencia, su atención, y a su vez

recordaban las vidas de verdad que una vez poseyeron, pero ¿qué clase de regalo podía proporcionar saber eso? No hacía ninguna promesa, pero ellos creían en él de todos modos y eso era peor que la tortura, tanto para él como para ellos.

Hacía ya dos días que habían dejado atrás la ciudad muerta, pero su ignorante complacencia seguía persiguiéndolo, los fantasmas y sus vidas absurdas, repetitivas, medidas zancada a zancada una y otra vez. En esos afanes se revelaban demasiadas verdades, y cuando se trataba de futilidad, Heboric no necesitaba ningún recordatorio.

Unas nubes impropias de la estación pintaban de plata el cielo, tras ellas el sol se deslizaba por su surco casi sin que lo vieran. Los insectos picaban en un enjambre reunido en el aire fresco, bailaban en la luz amortiguada del viejo camino de mercaderes por el que viajaban Heboric y sus camaradas, y se alzaban en nubes ante ellos.

Los caballos bufaban para despejarse los ollares, ondulaban la piel de los cuellos y los flancos. Scillara iba mascullando su impresionante lista de maldiciones, intentando espantar a los insectos con nubes de humo de roya que giraba alrededor de su cabeza. Felisin la Menor hacía algo muy parecido, pero sin la diatriba obscena. Navaja cabalgaba por delante y así, comprendió Heboric, era el responsable de agitar a las hordas y a la vez el que disfrutaba de un rápido paso entre ellas.

Parecía que Scillara también había notado lo mismo.

—¿Por qué no está él aquí atrás? Así, las moscas de sangre y las garrapatas nos estarían persiguiendo a todos en lugar de esto… ¡esta pesadilla!

Heboric no dijo nada. Ranagrís iba saltando por el lado sur del camino sin quedarse atrás. Matorrales ininterrumpidos se extendían más allá del demonio,

mientras que al norte se veía un cerro de colinas, el extremo de la antigua cordillera de montañas que albergaba la ciudad muerta tanto tiempo atrás.

El legado de Icarium. Como un dios al que hubieran dejado suelto y recorriera la tierra, Icarium dejaba huellas ensangrentadas. *A tales criaturas habría que matarlas. Tales criaturas son una abominación.* Mientras que Fener... Fener se había limitado a desaparecer. Arrastrado cuando el dios Jabalí había estado en ese reino, lo habían despojado de la mayor parte de su poder. Revelarse sería como solicitar la aniquilación. Había cazadores allí fuera. *Necesito encontrar un modo, un modo de hacer regresar a Fener.* Y si a Treach no le gustaba, peor para él. El Jabalí y el Lobo podían compartir el trono de la Guerra. De hecho, tenía sentido. Siempre había dos bandos en una guerra. *Nosotros y ellos, y, en realidad, a ninguno se le puede negar su fe.* Sí, había cierta simetría en esa idea.

—Es cierto —dijo—, yo nunca he creído en respuestas únicas, nunca he creído en este... este choque divisivo de singularidad. El poder puede que tenga mil caras, pero la expresión en los ojos de cada una es la misma. —Miró a Scillara y Felisin, que se lo habían quedado mirando—. No hay diferencia —dijo— entre hablar en voz alta y en tu propia cabeza, en cualquier caso, nadie escucha.

—Cuesta escuchar —dijo Scillara— cuando lo que dices no tiene sentido.

—Para encontrarle sentido hay que hacer un esfuerzo.

—Oh, yo te diré lo que tiene sentido, viejo. Los niños son la maldición de la mujer. Empiezan agobiándote con su peso dentro, después te agobian con su peso fuera. ¿Durante cuánto tiempo? No, días no, ni meses, ni siquiera años. Décadas. Bebés, mejor si nacieran con rabo y cuatro patas e impacientes por huir y meterse en un agujero en el suelo.

Mejor si pudieran defenderse solos en cuanto se escabullen y son libres al fin. Eso sí que tendría sentido.

—Si fuera así —dijo Felisin—, entonces no habría necesidad de familias, aldeas, pueblos y ciudades. Estaríamos viviendo todos en la naturaleza.

—Y en su lugar —contestó Scillara—, vivimos en una prisión. Por lo menos las mujeres.

—No puede ser tan malo —insistió Felisin.

—No se puede hacer nada —dijo Heboric—. Cada uno llevamos nuestra vida y no hay más. Algunas decisiones las tomamos, pero la mayor parte las toman por nosotros.

—Bueno —replicó Scillara—, es lógico que pienses eso, ¿no? Pero mira este estúpido viaje, Heboric. Cierto, al principio solo huíamos de Raraku, ese maldito mar que surgía de las arenas. Luego fue ese sacerdote idiota de Sombra y ahí Navaja, y de repente te estábamos siguiendo a ti, ¿adónde? La isla Otataral. ¿Por qué? Quién sabe, pero tiene algo que ver con esas manos fantasmales tuyas, algo que ver con que tengas que enderezar un entuerto. Y ahora estoy embarazada.

—¿Y cómo encaja ese último detalle? —preguntó Felisin, que era obvio que estaba exasperada.

—Encaja sin más, y no, no me interesa explicarlo. ¡Dioses del inframundo, me estoy asfixiando con estos malditos bichos! ¡Navaja! ¡Vuelve aquí, zoquete descerebrado!

A Heboric le hizo gracia la sorpresa aturdida del rostro del joven cuando se volvió al oír el grito.

El daru frenó su montura y esperó.

Para cuando llegaron los otros, estaba maldiciendo y dando palmetazos a los insectos.

—Ahora ya sabes cómo nos sentimos —soltó de repente Scillara.

—Entonces deberíamos acelerar el paso —dijo Navaja—. ¿Le parece bien a todo el mundo? Además, sería bueno para los caballos. Necesitan un poco de ejercicio.

Creo que eso nos hace falta a todos.

—Impón tú el ritmo, Navaja. Estoy seguro de que Ranagrís no se retrasará.

—Salta con la boca abierta —dijo Scillara.

—Quizá deberíamos probarlo todos —sugirió Felisin.

—¡Ja! ¡Yo ya estoy bastante llena!

Ningún dios merecía de verdad a sus acólitos. Era una relación desigual en todos los sentidos, se dijo Heboric. Los mortales podían sacrificar toda su vida adulta en la persecución de la comunión con el dios que habían elegido, y ¿qué conseguían a cambio de tanta devoción? No mucho, en el mejor de los casos; con frecuencia, nada en absoluto. ¿Era el leve roce de algo, alguien, con mucho más poder, era eso suficiente?

Cuando yo toqué a Fener…

Comprendió que el dios Jabalí hubiera ido mejor servido con la indiferencia de Heboric. La idea lo atravesó como un cuchillo romo de hoja de sierra, nada suave, nada preciso, y cuando Navaja los llevó camino abajo a medio galope, Heboric solo pudo hacer una mueca dura y enseñar los dientes contra el dolor espiritual.

Del que surgió un susurro de voces, todas rogándole, suplicándole. Lo que él no podía dar. ¿Era así como se sentían los dioses? Inundados por un número incontable de plegarias, la búsqueda de bendiciones, el don de la redención anhelado por una miríada de almas perdidas. Tantas que el dios solo podía echarse hacia atrás, apaleado y aturdido, y responder a cada voz que le imploraba solo con silencio.

Pero la redención no era un don. La redención había que ganársela.

Y así continuamos nuestro camino…

Scillara se puso al lado de Navaja. Lo estudió hasta que el joven fue consciente de su atención y giró la cabeza.

—¿Qué ocurre? ¿Qué problema hay?

—¿Quién dijo que hubiera algún problema?

—Bueno, ha sido una lista bastante larga de quejas la que has presentado en los últimos tiempos, Scillara.

—No, ha sido una lista corta. Es que me gusta repetirme.

La mujer lo observó suspirar; después, Navaja se encogió de hombros antes de contestar.

—Estamos quizá a una semana de la costa. Estoy empezando a preguntarme si hicimos bien en tomar esta ruta por tierra… por zonas deshabitadas por completo. Siempre estamos racionando la comida y todos sufrimos por ello, salvo quizá tú y Ranagrís. Y cada vez estamos más paranoicos, huimos de cada estela de polvo y de cada posada en el camino. —Sacudió la cabeza—. No viene nada tras nosotros. No nos están dando caza. A nadie le importa un ardite qué tramamos o adónde vamos.

—¿Y si te equivocas? —preguntó Scillara. Enroscó las riendas en el pomo de la silla y empezó a cargar otra vez su pipa. Su caballo dio un mal paso y Scillara sufrió una sacudida momentánea que le provocó una mueca de dolor —. Un consejo, Navaja. Si alguna vez te quedas embarazado, no montes a caballo.

—Intentaré recordarlo —dijo—. En cualquier caso, tienes razón. Puede que me equivoque. Pero no creo. No es como si hubiéramos impuesto un ritmo endiablado, así que, si nos

estuvieran dando caza, ya nos habrían alcanzado hace mucho tiempo.

La mujer tenía una respuesta obvia a eso, pero la dejó pasar.

—¿Has echado un vistazo a tu alrededor, Navaja? ¿Durante este viaje? ¿Todas estas semanas en este aparente yermo?

—Solo lo imprescindible, ¿por qué?

—Heboric ha elegido este camino, pero no por casualidad. Sí, es cierto, ahora es un yermo, pero no siempre lo fue. He empezado a notar cosas, y no solo las más evidentes como la ciudad en ruinas que acabamos de pasar. Hemos tomado caminos antiguos, caminos que en otro tiempo fueron más grandes, llanos, con frecuencia elevados. Caminos de una civilización que ha desaparecido por completo. Y mira ese tramo de terreno de ahí. —La mujer señaló al sur—. ¿Ves las ondas? Esos son surcos, antiguos, casi erosionados por completo, pero cuando la luz se alarga empiezas a distinguirlos. Antaño estaba todo arado. Era fértil. Hace semanas que lo veo, Navaja. El sendero que sigue Heboric nos lleva por los huesos de una era muerta. ¿Por qué?

—¿Por qué no se lo preguntas a él?

—No quiero.

—Bueno, puesto que está justo detrás de nosotros, es probable que esté escuchando ahora mismo, Scillara.

—Me da igual. Te preguntaba a ti.

—Bueno, pues yo no sé por qué.

—Yo sí —dijo ella.

—Oh. De acuerdo, entonces, ¿por qué?

—A Heboric le gustan sus pesadillas. Por eso.

Navaja la miró a los ojos y después el daru se giró en la silla y miró a Heboric.

Que no dijo nada.

—Muerte y morir —continuó Scillara—. El modo en que exprimimos la tierra. El modo en que estrujamos todo color de cada escena, incluso cuando esa escena nos muestra el paraíso. Y lo que le hacemos a la tierra también nos lo hacemos unos a otros. Nos derribamos. Hasta el campamento de Sha'ik tenía sus niveles, su jerarquía, lo que mantenía a cada uno en su sitio.

—A mí no tienes que explicármelo —dijo Navaja—. Yo viví bajo algo parecido en Darujhistan.

—No había terminado. Por eso Bidithal encontró seguidores para su culto. Lo que le daba fuerza era la injusticia, la falta de igualdad, y el modo en el que los cabrones siempre parecían ganar. Verás, Bidithal había sido uno de esos cabrones en otro tiempo. Se había deleitado en su poder, y entonces llegaron los malazanos y lo destrozaron todo, y Bidithal se encontró teniendo que huir, una liebre más escapando de los lobos. Pero él, bueno, quería recuperarlo, todo ese poder, y ese nuevo culto que creó tenía ese propósito. El problema fue que o bien tuvo suerte o era un genio porque la idea tras el culto, no los crueles rituales que impuso, sino la idea en sí, dio justo en el clavo. Llegó a los desposeídos y esa fue su genialidad…

—No fue idea suya —dijo Heboric detrás de ellos.

—¿Entonces de quién fue? —preguntó Navaja.

—Pertenece al dios Tullido. El Encadenado. Una criatura rota, traicionada, herida, imperfecta al modo de los mendigos callejeros, los huérfanos abandonados, los dañados física y moralmente. Y la promesa de algo mejor, más allá de la muerte en sí, ese paraíso del que hablaba Scillara, pero un paraíso que no podríamos menoscabar. En otras palabras, el sueño de un lugar inmune a nuestros excesos naturales, a nuestra depravación, y, por tanto,

existir en él es despojarse de todos esos excesos, todas esas depravaciones. Solo hay que morir primero.

—¿Sientes miedo, Heboric? —preguntó Scillara—. Describes una fe muy seductora.

—Sí, a las dos cosas. Sin embargo, si su corazón es, de hecho, una mentira, entonces debemos hacer de la verdad un arma, un arma que, al final, debe alcanzar al propio dios Tullido. Rehuir ese último acto sería dejar incontestada la mayor injusticia de todas, la desigualdad más profunda y la traición más insondable que se pueda imaginar.

—Si es mentira —dijo Scillara—. ¿Y lo es? ¿Cómo lo sabes?

—Mujer, si la absolución es gratis, entonces todo lo que hacemos aquí y ahora carece de sentido.

—Bueno, quizá carezca.

—Entonces ni siquiera sería cuestión de justificar nada, la justificación en sí sería irrelevante. Estás pidiendo la anarquía, estás pidiendo el caos en sí.

Scillara negó con la cabeza.

—No, porque hay una fuerza más poderosa que todo eso.

—¿Sí? —preguntó Navaja—. ¿Cuál?

Scillara se rió.

—De lo que estaba hablando antes. —Señaló con un gesto los antiguos signos de labranza—. Mira a tu alrededor, Navaja, mira a tu alrededor.

Iskaral Pust pellizcó las gruesas hebras de telaraña que cubrían el inmenso pecho de Mappo Runt.

—¡Deshazte de esto! Antes de que despierte, maldita bruja. Tú y tu puñetera luna… mira, va a llover. Esto es un desierto, ¿qué hace aquí la lluvia? Es todo culpa tuya. —Levantó la cabeza y esbozó una sonrisa maliciosa—. No

sospecha nada, la miserable foca. Oh, estoy deseando verlo. —Se irguió y se escabulló hasta el largo palo de bambú que había encontrado, *bambú, por el amor de los dioses,* y volvió a taladrar los diminutos agujeros fijadores de la base.

Ojales de alambre retorcido, atados a intervalos regulares con tripa húmeda justo hasta el extremo bien ahusado. Un carrete de madera tallada y pulida y media legua del pelo de Mogora, hilado y recubierto de fieltro o algo parecido, lo bastante fuerte como para tirar de lo que fuera, incluyendo una foca miserable que se resistiera en los bajíos. Cierto, tendría que esperar un año o dos, hasta que los pequeñuelos que se revolvían en el agua crecieran hasta alcanzar un tamaño decente. Quizá añadiría unos cuantos de los más grandes, había esos bagres gigantes que había visto en ese reino inundado, el que tenía todos esos monstruos vadeando las costas. Iskaral Pust se estremeció al recordarlo, pero un auténtico amante de la pesca comprendería las molestias que se tomaría un aficionado en su búsqueda de crías dignas. Incluso la necesidad extrema de matar demonios y cosas parecidas. Cierto, esa excursión concreta había sido un poquito peliaguda. Pero había vuelto con una retahíla de bellezas.

De niño siempre había querido aprender el arte de la pesca con caña, pero a las mujeres y los ancianos de la tribu no les interesaba eso, no, solo encañizadas y estanques y redes de recogida. Eso era cosechar, no pescar, pero el pequeño Iskaral Pust, que una vez se había escapado con una caravana y había visto los monumentos de Li Heng (durante día y medio, hasta que su bisabuela había llegado a recuperarlo y lo había arrastrado, chillando como un lechón abierto en canal, de regreso a la tribu), bueno, Iskaral Pust había descubierto la expresión perfecta de la

depredación creativa, una expresión que era (como sabía todo el mundo) el esfuerzo ideal para el varón.

Pronto, muy pronto, y entonces su mula y él tendrían la excusa definitiva para abandonar el manido templo del hogar. *Me voy de pesca, querida.* Ah, cómo ansiaba decir esas palabras.

—Eres idiota —dijo Mogora.

—Un idiota listo, mujer, y eso es ser muchísimo más listo que tú. —Hizo una pausa, la miró y después dijo—: Bueno, todo lo que tengo que hacer es esperar hasta que esté dormida para poder cortarle todo el pelo; no se enterará, no es como si tuviéramos espejos de plata colgando por todas partes, ¿no? Lo mezclaré todo, el pelo de la cabeza, de las orejas, de debajo de los brazos, de…

—¿Te crees que no sé lo que estás tramando? —preguntó Mogora, y después lanzó una risa aguda como solo podía hacer una vieja engendrada por hienas—. No solo eres idiota. También eres un necio. E iluso, inmaduro, obsesivo, mezquino, malicioso, condescendiente, blando, defensivo, agresivo, ignorante, testarudo, inconsistente, contradictorio, y encima feo.

—Bueno, ¿y qué?

La mujer se lo quedó mirando con la boca abierta, como una araña desdentada.

—Tienes un cerebro como una piedra pómez, ¡le tiras cosas y se hunden! Desaparecen. Se desvanecen. Incluso cuando me meo en él, ¡el pis hace puf! ¡Se va! Oh, cómo te odio, marido. Con todos esos repugnantes y malolientes hábitos, dioses, hurgarte en la nariz para desayunar, me pongo mala con solo pensarlo, una visión que sufro la maldición de no poder olvidar…

—Oh, calla ya. Hay polen nutritivo sepultado en el moco, como todo el mundo sabe…

Un suspiro pesado lo interrumpió y los dos dalhonesios bajaron la cabeza y miraron a Mappo. Mogora se acercó a toda prisa y empezó a quitar las telarañas de la cara cosida del trell.

Iskaral Pust se inclinó hacia él.

—¿Qué le ha pasado a su piel? Está toda llena de arrugas y pliegues… ¿qué le has hecho, mujer?

—La marca de las arañas, brujo —respondió ella—. El precio de sanar.

—¡Cada hebra ha dejado una línea!

—Bueno, ya no era ninguna belleza antes.

Un gemido y después Mappo levantó a medias una mano. Que volvió a caer, y el trell gimió otra vez.

—Y ahora también tiene cerebro de araña —predijo Iskaral—. Empezará a escupir en la comida, como haces tú, y te atreves a tildar de asqueroso el que yo me hurgue en la nariz.

—Ninguna criatura que se precie hace lo que hiciste tú esta mañana, Iskaral Pust. No ves arañas que se hurguen en la nariz, ¿verdad? Ja, sabes que tengo razón.

—No, no lo sé. Yo solo me estaba imaginando una araña con ocho patas metidas en la nariz y me recordó a ti. Necesitas un corte de pelo, Mogora, y yo soy el hombre indicado para eso.

—Acércate con intenciones distintas a las amorosas y te arreo.

—Amorosas. Qué idea tan horrible…

—¿Y si te dijera que estaba embarazada?

—Mataría a la mula.

Mogora saltó sobre él.

Entre chillidos, y después escupitajos y arañazos, los dos empezaron a rodar por el polvo.

La mula los observó con ojos plácidos.

Aplastadas y esparcidas, las losas que en otro tiempo habían compuesto el mosaico de la vida de Mappo Runt eran poco más que espejeos desvaídos, como si se hubieran dispersado por el fondo de un pozo profundo. Fragmentos dispares que solo podía observar, su conciencia de lo que significaban remota, y durante lo que pareció mucho tiempo habían estado alejándose de él, como si él estuviera, de una forma lenta e inexorable, flotando hacia una superficie desconocida.

Hasta que llegaron las hebras de plata y descendieron como lluvia, un granizo que atravesó la sustancia densa, turbia, que lo rodeaba. Y sintió su roce y después su peso, que detuvo su pausado ascenso y, tras un tiempo de inmovilidad, Mappo empezó a hundirse otra vez. Hacia esos pedazos rotos del fondo lejano.

Donde lo aguardaba el dolor. No de la carne, no había carne, todavía no, era una cauterización del alma, las múltiples heridas de la traición, del fracaso, de recriminarse a sí mismo, los mismos puños que habían hecho pedazos todo lo que había sido… *antes de la caída*.

Pero, con todo, las hebras iban reuniendo las piezas sin hacer caso de la agonía, sin prestar atención a todos sus gritos de protesta.

Se encontró de pie entre altos pilares de piedra que habían sido tallados con cuernas hasta convertirlos en columnas ahusadas. Pesadas nubes de hierro forjado recorrían una mitad del cielo, un viento fuerte hacía girar hebras por la otra mitad y llenaba un vacío, como si algo hubiera atravesado los cielos y el agujero tardara en curarse. Mappo vio que los pilares se alzaban por todos lados, decenas de ellos, que formaban un patrón indefinible desde

donde se encontraba él entre ellos. Arrojaban sombras leves por el suelo maltratado y su mirada se vio atraída por esas sombras, al principio sin ver nada, después cayendo en la cuenta. Sombras arrojadas en direcciones imposibles que formaban una leve disposición, una telaraña, que se extendía por todas direcciones.

Y Mappo comenzó a comprender que él se encontraba en su mismo centro.

Apareció una mujer joven que salió de detrás de uno de los pilares. Cabello largo de los colores de las llamas al morir, ojos del tono del oro batido, vestida con sedas negras sueltas.

—Esto —dijo en el idioma de los trell— es hace mucho tiempo. Algunos recuerdos es mejor dejarlos en paz.

—No lo he elegido yo —dijo Mappo—. No conozco este lugar.

—Jacuruku, Mappo Runt. Cuatro o cinco años después de la caída. Una lección abyecta más sobre los peligros que se derivan del orgullo. —Levantó los brazos y observó las sedas que se deslizaban sin cortapisas y revelaban una piel sin tacha, unas manos suaves—. Ah, mírame. Soy joven otra vez. Extraordinario, que una vez pensara que estaba gorda. ¿Nos aflige a todos, me pregunto, el modo en el que el sentido que tiene uno de sí mismo va cambiando con el tiempo? ¿O acaso la mayor parte de las personas sostiene, a propósito o de otro modo, una persistencia inmutable en sus sobrias vidas? Cuando has vivido tanto como yo, por supuesto, esas ilusiones no sobreviven. —Alzó la cabeza y se encontró con los ojos del Mappo—. Pero tú eso ya lo sabes, trell, ¿no es cierto? El don de los sin nombre te recubre, la longevidad embruja tus ojos como gemas arañadas, gastadas más allá de la belleza, mucho más allá incluso del brillo trémulo de la arrogancia.

—¿Quién eres? —preguntó Mappo.

—Una reina a la que están a punto de expulsar de su trono, de desterrar de su imperio. Mi vanidad está a punto de sufrir una derrota ignominiosa.

—¿Eres una diosa ancestral? Creo que te conozco… —Mappo hizo un gesto—. Esta inmensa telaraña, el patrón invisible entre un caos aparente. ¿Digo tu nombre?

—Mejor no. He aprendido desde entonces el arte de ocultarme. Y tampoco me siento inclinada a otorgar favores. Mogora, esa vieja bruja, se arrepentirá de este día. Claro que, quizá no sea suya la culpa. Hay un susurro en las sombras sobre ti, Mappo. Dime, ¿qué posible interés podría tener Tronosombrío en ti? ¿O en Icarium, si a eso vamos?

Mappo se sobresaltó. *Icarium. Le fallé… por el Abismo del inframundo, ¿qué ha pasado?*

—¿Vive todavía?

—Vive, y los sin nombre le han concedido un nuevo compañero. —Esbozó una media sonrisa—. Has sido… desechado. ¿Por qué, me pregunto? Quizá algún fallo de propósito, una vacilación… has perdido la pureza de tu voto, ¿verdad?

Mappo apartó la mirada.

—¿Por qué no lo han matado, entonces?

La diosa se encogió de hombros.

—Es de suponer que prevén un uso para sus talentos. Ah, la idea te aterroriza, ¿verdad? ¿Será verdad que, hasta este momento, has conservado tu fe en los sin nombre?

—No. Me angustia la idea de lo que van a liberar. Icarium no es un arma…

—Oh, necio, por supuesto que lo es. Lo hicieron ellos y ahora lo utilizarán… Ah, ya entiendo a Tronosombrío. Qué malnacido tan listo. Por supuesto, me ofende que dé por supuesta mi lealtad con tanta alegría. E incluso me ofende

más darme cuenta de que, en este asunto, está en lo cierto. —Hizo una pausa y después suspiró—. Es hora de hacerte regresar.

—Espera, has dicho algo, los sin nombre, que ellos hicieron a Icarium. Pensé…

—Forjado con sus propias manos, y después, a través de la sucesión de guardianes como tú, Mappo, afilado una y otra vez. ¿Era tan letal cuando salió arrastrándose de la ruina en que habían convertido su joven vida? ¿Tan mortífero como lo es ahora? Yo diría que no. —La diosa lo estudió—. Mis palabras te hieren. ¿Sabes?, cada vez me desagrada más Tronosombrío, puesto que cada uno de mis actos y mis palabras aquí cumplen sus nefarias expectativas. Te hiero y entonces comprendo que él te necesita herido. ¿Cómo es que nos conoce tan bien?

—Envíame de regreso.

—La pista de Icarium se enfría.

—Ahora.

—Oh, Mappo, me incitas a sollozar. Lo hice, en ocasiones, cuando era joven. Aunque, cierto, la mayor parte de mis lágrimas las inspiraba la autocompasión. Y así nos transformamos. Vete ahora, Mappo Runt. Haz lo que debas.

Se encontró echado en el suelo, el sol brillante sobre su cabeza. Había dos bestias luchando cerca, no, vio cuando giró la cabeza que eran dos personas. Bañados en saliva polvorienta, vetas oscuras de sudor arenoso, tirándose de mechones de cabello, dando patadas y arañando.

—Dioses del inframundo —dijo Mappo sin aliento—. Dalhonesios.

Cesaron de reñir y lo miraron.

—No nos hagas caso —dijo Iskaral Pust con una sonrisa ensangrentada—. Estamos casados.

No había forma de dejarlo atrás. Con escamas y aspecto de oso, la bestia era tan grande como el carruaje de Trygalle y sus largas zancadas cubrían en su carrera más terreno de lo que podían conseguir ganar los aterrados caballos, agotados como estaban. Las escamas superpuestas, rojas y negras, que cubrían al animal eran cada una del tamaño de hebillas y casi inmunes a los proyectiles, como había demostrado el sinfín de cuadrillos que le habían resbalado por la piel cuando se había acercado. Poseía un solo ojo de gran tamaño, con facetas, como el de un insecto, y estaba rodeado por un risco de hueso protector que sobresalía. Las inmensas mandíbulas sostenían filas dobles de dientes como sables, cada uno tan largo como el antebrazo de un hombre. Antiguas cicatrices de batalla habían estropeado la simetría de la cabeza ancha y plana de la bestia.

La distancia entre el perseguidor y los perseguidos había disminuido a menos de doscientos pasos. Paran dejó de estudiar a la bestia por encima del hombro y azuzó a su caballo. Machacaban el suelo junto a una costa rocosa. Dos veces habían cabalgado con estrépito sobre los huesos de alguna enorme criatura, una especie de ballena, aunque muchos de los huesos estaban partidos y aplastados. Más adelante, y ligeramente hacia el interior, la tierra se alzaba en algo similar a una colina, lo más parecido que se podía encontrar en ese reino. Paran la señaló con un gesto.

—¡Por ahí! —le gritó al cochero.

—¿Qué? —chilló el hombre—. ¿Está loco?

—¡Un último empujón! ¡Después deténgase y déjeme el resto a mí!

El hombre sacudió la cabeza, pero viró los caballos ladera arriba y después los espoleó todo lo que pudo; los cascos revolvían el barro y se esforzaban por tirar del enorme carruaje cuesta arriba.

Paran frenó su caballo una vez más y vislumbró a los accionistas reunidos alrededor de la parte posterior del carruaje. Todos clavaron los ojos en él cuando frenó justo en el camino de la bestia.

Cien pasos.

Paran luchó por controlar a su aterrado caballo y sacó una carta de madera de la alforja. En ella marcó media docena de líneas con el pulgar. Un momento para alzar la vista, cincuenta pasos, cabeza bajada, mandíbulas abiertas de par en par. *Oh, un poco más cerca…*

Dos marcas más profundas en la madera y después lanzó la carta en el camino de la criatura que cargaba contra ellos.

Cuatro palabras por lo bajo…

La carta no cayó, sino que quedó suspendida, inmóvil.

El oso recubierto de escamas la alcanzó, bramó un rugido… y se desvaneció.

El caballo de Paran se encabritó y lo arrojó hacia atrás, las botas abandonaron los estribos, se deslizó por la grupa y después aterrizó con fuerza antes de resbalar por el barro. Se levantó frotándose el trasero.

Los accionistas corrieron a rodearlo.

—¿Cómo ha hecho eso?

—¿Adónde se fue?

—¡Eh!, si podía haberlo hecho en cualquier momento, ¿pa qué corríamos?

Paran se encogió de hombros.

—Adónde… ¿quién sabe? En cuanto al «cómo», bueno, soy el Señor de la Baraja de los Dragones. Pensé que por lo

menos podía otorgarle algún sentido a tan rimbombante título.

Unas manos enguantadas le dieron unas palmadas en el hombro más fuertes de lo necesario, pero notó sus expresiones aliviadas, el terror que se les escapaba por los ojos.

Llegó Seto.

—Eso estuvo bien, capitán. Pensé que no iba a salir ninguno de esta. Por lo que vi, sin embargo, dejó las cosas casi para demasiado tarde… por los pelos. Lo vi mover la boca, ¿una especie de conjuro o algo? No sabía que era mago…

—No lo soy. Estaba diciendo: «Espero que esto funcione».

Una vez más, todo el mundo se lo quedó mirando.

Paran se acercó a su caballo.

—En fin —dijo Seto entonces—, desde la cima de esa colina se puede ver nuestro destino. El mago supremo pensó que debería saberlo.

Desde la cima de la colina eran visibles cinco enormes estatuas negras a lo lejos, el terreno intermedio interrumpido por pequeños lagos y pantanos. Paran estudió los altos edificios durante un rato. Mastines bestiales, sentados sobre las ancas, representados a la perfección, pero a una escala enorme, tallados por completo en piedra negra.

—¿Más o menos lo que esperaba? —preguntó Seto mientras volvía a trepar al carruaje.

—No estaba seguro —replicó Paran—. Cinco… o siete. Bueno, ahora lo sé. Los dos mastines de sombra de Dragnipur encontraron a sus… congéneres y se reunieron. Entonces, al parecer, alguien los liberó.

—Algo nos hizo una visita —dijo Seto— la noche que los fantasmas aniquilamos a los Mataperros. En el campamento de Sha’ik.

Paran se volvió para mirar al fantasma.

—Eso no lo habías mencionado, zapador.

—Bueno, es que tampoco duraron mucho.

—¿A qué te refieres, por el Embozado, con eso de que no duraron mucho?

—Quiero decir que alguien los mató.

—¿Los mató? ¿Quién? ¿Visitó un dios esa noche el campamento? ¿Uno de los héroes primeros? ¿O algún otro ascendiente?

Seto había fruncido el ceño.

—Todo esto es de oídas, que lo sepa, pero por lo que entendí, fue el toblakai. Uno de los guardaespaldas de Sha’ik, un amigo de Leoman. Me temo que no sé mucho sobre él, solo el nombre o, más bien, supongo que el título, dado que no es un nombre de verdad…

—¿Un guardaespaldas llamado «toblakai» mató a dos mastines deragoth?

El fantasma se encogió de hombros y después asintió.

—Sí, más o menos eso, capitán.

Paran se quitó el yelmo y se pasó una mano por el pelo. *Dioses del inframundo, necesito un baño ya,* después volvió a mirar a las lejanas estatuas y las tierras bajas que había entremedias.

—Esos lagos no parecen muy profundos, no deberíamos tener problemas para llegar allí.

Se abrió la puerta del carruaje y salió la hechicera jaghut, Ganath. Miró los monumentos de piedra negra.

—Dessimbelackis. Un alma convertida en siete, creía que eso lo haría inmortal. Un ascendiente impaciente por convertirse en dios…

—Los deragoth son mucho más antiguos que Dessimbelackis —dijo Paran.

—Recipientes de conveniencia —respondió la jaghut—. Su especie estaba casi extinta. Encontró a los últimos supervivientes y los utilizó.

Paran lanzó un gruñido.

—Craso error —dijo después—. Los deragoth tenían su propia historia, su propio relato, y no se contaba de forma aislada.

—Sí —asintió Ganath—, los eres'al, a los que domesticaron los mastines que los adoptaron. Los eres'al, que un día darían lugar a los imass, que un día darían lugar a los humanos.

—¿Tan sencillo como eso? —preguntó Seto.

—No, mucho más complicado —respondió la jaghut—, pero para nuestros propósitos, bastará.

Paran regresó a su caballo.

—Ya casi estamos, no quiero ninguna interrupción más, así que vamos a ponernos en marcha, ¿de acuerdo?

El agua que cruzaron hedía a podredumbre, el fondo del lago estaba enfangado de barro negro y, según resultó, sanguijuelas con forma de estrella de mar. El tiro de caballos tuvo que esforzarse para arrastrar el carruaje por el cieno, aunque era obvio para Paran que Karpolan Demesand estaba utilizando hechicería para aligerar el vehículo de algún modo. Los bajíos de lodo que rodeaban como una cinta el lago permitían algún respiro momentáneo, aunque también albergaban hordas de insectos que picaban y que acudían en un enjambre hambriento cuando los accionistas bajaban del carruaje para arrancar las sanguijuelas de las patas de los caballos. Uno de esos bancos de lodo los acercó

a la orilla contraria, separada solo por un estrecho canal de agua perezosa que cruzaron sin dificultad.

Ante ellos había una ladera larga y suave de gravilla veteada de barro. Al llegar a la cima, un poco por delante del carruaje, Paran se detuvo.

Muy cerca de él, dos enormes pedestales rodeados de escombros marcaban dónde se habían levantado las estatuas en su momento. En el barro siempre húmedo de alrededor había rastros, huellas, señales de algún tipo de refriega. Justo detrás se alzaba el primero de los monumentos intactos; la piedra de color negro apagado parecía espantosamente viva en su representación de la piel y los músculos. En su base se alzaba una estructura de algún tipo.

Llegó el carruaje y Paran oyó que se abría la puerta lateral. Los accionistas estaban saltando al suelo para establecer un perímetro defensivo.

Paran desmontó y se acercó a la estructura, Seto fue junto a él.

—Alguien construyó una maldita casa —dijo el zapador.

—No parece que vivan en ella.

—Ahora no, no lo parece.

Construido por completo con madera de desecho, el edificio era más o menos rectangular, los lados más largos paralelos al pedestal de la estatua. No había ventanas visibles, ni, en ese lado, ninguna entrada. Paran estudió la estructura durante un rato y después se dirigió a un extremo.

—No creo que su función sea la de vivienda —dijo—. Más bien la de templo.

—Quizá tenga razón, la madera de desecho no hace junturas y no hay astillas que llenen los resquicios. Un

constructor lo vería y diría que era para uso ocasional, lo que hace que parezca más un templo o un corral…

Llegaron a un extremo y vieron una entrada con forma de media luna. Delante habían colocado ramas en filas en el suelo margoso para crear una especie de pasarela. Pies embarrados la habían pisoteado entera, un sinfín de pares, pero ninguno muy reciente.

—Llevaban mocasines de cuero —comentó Seto, y se agachó para estudiar las huellas más cercanas—. Las costuras iban por arriba, salvo en la parte posterior del talón, donde hay un dibujo de punto de cruz. Si esto fuera Genabackis, yo diría rhivi, salvo por una cosa.

—¿Cuál? —preguntó Paran.

—Bueno, estos tipos tienen los pies anchos. Muy anchos.

La cabeza del fantasma se volvió poco a poco hacia la entrada del edificio.

—Capitán, alguien murió ahí dentro.

Paran asintió.

—Ya lo huelo.

Miraron cuando se acercaron Ganath y Karpolan Demesand (este último flanqueado por las dos accionistas pardu). El mercader mago de Trygalle hizo una mueca cuando lo alcanzó el hedor pestilente a carne podrida. Frunció el ceño y miró la puerta abierta.

—El derramamiento espiritual de sangre —dijo, y después, cosa poco propia de él, escupió—. Estos deragoth han encontrado devotos. Señor de la Baraja, ¿resultará ser este detalle problemático?

—Solo si aparecen —dijo Paran—. Después de eso, bueno, quizá terminen teniendo que replantearse su fe. Esto podría resultar trágico para ellos…

—¿Se lo está pensando mejor? —preguntó Karpolan.

—Ojalá pudiera permitirme ese lujo. Ganath, ¿quieres unirte a mí en la exploración del interior del templo?

La jaghut alzó las cejas ligeramente y después asintió.

—Por supuesto. Observo que la oscuridad reina en el interior, ¿necesitas un poco de luz?

—No vendría mal.

Dejaron a los otros y caminaron a la par hacia la puerta.

—Tú sospechas lo mismo que yo, Ganoes Paran —dijo Ganath en voz baja.

—Sí.

—Karpolan Demesand no es idiota. Se dará cuenta dentro de nada.

—Sí.

—Entonces deberíamos ser breves en nuestro examen.

—De acuerdo.

Al llegar a la puerta, Ganath hizo un gesto y una luz mortecina, azulada, se alzó poco a poco en la cámara interior.

Los dos entraron.

Una única habitación, sin muros interiores. El suelo era barro, compacto por las pisadas. Un tocón de árbol volcado y hecho pedazos dominaba el centro, las raíces se extendían casi en horizontal, como si el árbol hubiera crecido en un lecho de roca plana y hubiera mandado sus zarcillos por todos lados. En el centro de ese altar improvisado, el núcleo del tronco en sí había sido tallado en forma de cuenco, lleno en ese momento por un charco de sangre negra y seca. Había dos cadáveres con los miembros abiertos atados a las raíces extendidas, ambos de mujeres, ambos hinchados por la descomposición, podridos pero con una consistencia gelatinosa, como si se estuvieran fundiendo, los huesos sobresaliendo por algunos sitios. Había gusanos muertos amontonados bajo cada cuerpo.

—Sedara Orr —conjeturó Paran— y Darpareth Vayd.

—Esa parece una suposición razonable —dijo Ganath—. La hechicera de Trygalle debió de resultar herida de algún modo, dada su confirmada habilidad.

—Bueno, ese carruaje estaba destrozado.

—Así es. ¿Hemos visto suficiente, Ganoes Paran?

—Ritual de sangre, una ofrenda ancestral. Yo diría que se ha atraído a los deragoth.

—Sí, lo que significa que tienes poco tiempo una vez hayas llevado a cabo su liberación.

—Espero que Karpolan esté a la altura. —Paran miró a la jaghut—. En una auténtica emergencia, Ganath, ¿puedes… ayudar?

—Quizá. Como sabes, no me complace lo que tienes intención de hacer aquí. Lo que me complacería menos, sin embargo, es que me destrozaran unos mastines de Oscuridad.

—Comparto esa aversión. Bien. Así que, si solicito tu asistencia, Ganath, ¿sabrás lo que hacer?

—Sí.

Paran se dio la vuelta.

—Puede que no sea muy razonable —dijo—, pero mis simpatías por la probable angustia de estos devotos se han reducido de forma considerable.

—Sí, no es nada razonable. Tu especie venera por miedo, después de todo. Y lo que desates aquí serán las cinco caras de ese miedo. Y así sufrirán estas pobres gentes.

—Si no les interesara la atención de sus dioses, Ganath, habrían evitado derramar sangre en suelo consagrado.

—Alguien entre ellos buscó esa atención, y el poder que podría extraerse de ello. Un sumo sacerdote o chamán, sospecho.

—Bueno, entonces si los mastines no matan a ese sumo sacerdote, lo harán sus seguidores.

—Una lección dura, Ganoes Paran.

—Díselo a estas dos mujeres muertas.

La jaghut no respondió.

Salieron del templo, la luz se fue desvaneciendo tras ellos.

Paran observó la mirada fija de Karpolan Demesand, el pavor obvio, innegable, y asintió poco a poco. El maese de Trygalle se giró y, agotado como lo había estado antes, su cansancio pareció multiplicarse por diez.

Seto se acercó a su antiguo capitán.

—Podrían ser accionistas —sugirió.

—No —dijo Ganath—. Dos mujeres, ambas ataviadas con ropas costosas. Es de suponer que los accionistas se toparon con su destino en otra parte.

—Ahora llega tu última tarea, zapador —le dijo Paran a Seto—. Invocar a los deragoth, pero piensa en esto antes, están cerca y necesitamos tiempo para…

—Correr como los intestinos del Embozado, sí. —Seto levantó una cartera—. Bien, antes de que me pregunte dónde tenía esto escondido, no se moleste. En este lugar, ese tipo de detalles no importan. —Sonrió—. A algunas personas les gustaría llevarse oro con ellos cuando se vayan. Yo, yo prefiero llevarme municiones moranthianas antes que oro. Después de todo, nunca se sabe lo que te vas a encontrar al otro lado, ¿no? Así que siempre es mejor contar con la opción de volar las cosas por los aires.

—Sabio consejo, Seto. ¿Y esas municiones funcionarán aquí?

—Desde luego, capitán. La muerte en cierta época llamó a esto su hogar, ¿recuerda?

Paran estudió la estatua más cercana.

—Tienes intención de hacerlas añicos.

—Sí.

—Carga sincronizada.

—Sí.

—Solo que tienes cinco que programar y la más lejana parece a doscientos o trescientos pasos de distancia.

—Sí. Eso va a ser un problema, bueno, llamémosle un desafío. Cierto, a Viol se le dan mejor que a mí estas delicadezas. Pero dígame algo, capitán, ¿está seguro de que estos deragoth no se van a limitar a quedarse por aquí?

—Estoy seguro. Regresarán a su reino natal, eso fue lo que hicieron los dos primeros, ¿no?

—Sí, pero tenían sus sombras. Quizá estos de aquí vayan en busca de las suyas antes.

Paran frunció el ceño. Eso no se lo había planteado.

—Oh, ya veo. Al reino de Sombra, entonces.

—Si ahí es donde están los mastines de Sombra en este momento, sí.

Maldita sea.

—Está bien, coloca tus cargas, Seto, pero que no empiecen a bajar los granos de arena todavía.

—De acuerdo.

Paran observó alejarse al zapador. Después sacó su baraja de los Dragones. Hizo una pausa, miró a Ganath y después a Karpolan Demesand. Los dos vieron lo que sostenía en las manos. El maese de Trygalle empalideció de forma visible y después se apresuró a regresar a su carruaje. Tras un momento, y una mirada larga e ilegible, la jaghut lo siguió.

Paran se permitió esbozar una pequeña sonrisa. *Sí, ¿por qué anunciaros a quienquiera que yo esté a punto de invocar?* Se agachó y puso la baraja boca abajo en la embarrada pasarela de ramas. Después levantó la primera

carta y la colocó a la derecha. *Gran Casa de Sombra… ¿quién está aquí al mando, maldita baraja, tú o yo?*

—Tronosombrío —murmuró—, exijo tu atención.

La imagen turbia de la Casa de Sombra continuó particularmente inerte en la carta lacada.

—Muy bien —dijo Paran—. Volveré a enunciar mi exigencia. Tronosombrío, habla conmigo aquí y ahora o todo lo que has hecho y todo lo que planeas hacer será hecho pedazos de una forma bastante literal.

Una luz trémula que oscureció todavía más la Casa y después algo parecido a una figura vaga sentada en un trono negro. Una voz le siseó.

—Más vale que esto sea importante. Estoy ocupado y además, hasta la simple idea de un Señor de la Baraja me da náuseas, así que acaba de una vez.

—Los deragoth están a punto de ser liberados, Tronosombrío.

Una agitación obvia.

—¿Qué idiota con cerebro de mosquito haría eso?

—Es inevitable, me temo…

—¡Tú!

—Mira, tengo mis razones, y se podrán encontrar en Siete Ciudades.

—Oh. —La figura volvió a acomodarse en el asiento—. Esas razones. Bueno, sí. Ingenioso, incluso. Pero, con todo, de una profunda estupidez.

—Tronosombrío —dijo Paran—, los dos mastines de Sombra que mató Rake. Los dos que se llevó Dragnipur.

—¿Qué pasa con ellos?

—No sé muy bien cuánto sabes, pero los liberé de la espada. —Esperaba otra tanda de histrionismo, pero… nada —. Ah, así que eso ya lo sabes. Bien. Bueno, he descubierto adónde fueron… Vinieron aquí, donde se reunieron con sus

congéneres; y después los liberaron, y no, no fui yo. Ahora tengo entendido que con posterioridad los mataron. Para siempre esta vez.

Tronosombrío levantó una mano de dedos largos que llenó la mayor parte de la carta. Después cerró el puño.

—Déjame ver —ronroneó la voz del dios— si te he entendido bien. —Un dedo se levantó de repente—. Los tontos sin nombre van y liberan a Dejim Nebrahl. ¿Por qué? Pues porque son tontos. Sus propias mentiras dieron con ellos, así que tenían que deshacerse de un sirviente que estaba haciendo lo que ellos querían que hiciera, ¡solo que lo estaba haciendo demasiado bien! —La voz de Tronosombrío iba subiendo poco a poco en tono y volumen. Apareció de pronto un segundo dedo—. Y entonces tú, el señor Idiota de la baraja de los Dragones, decides liberar a los deragoth para deshacerte de Dejim Nebrahl. ¡Pero espera, aún mejor! —Un tercer dedo—. Algún otro repugnante peligroso que anda vagando por Siete Ciudades acaba de matar a dos deragoth y quizá ese repugnante sigue por ahí cerca ¡y le gustaría contar con unos cuantos trofeos más que arrastrar tras su puto caballo! —La voz se había convertido casi en un chillido—. ¡Y ahora! ¡Ahora! —El puño se volvió a cerrar y empezó a agitarse—. ¡Ahora quieres que mande a los mastines de Sombra a Siete Ciudades! ¡Porque al fin se le ha ocurrido a esa nuez plagada de gusanos que tú llamas cerebro que los deragoth no se van a molestar con Dejim Nebrahl hasta que encuentren a mis mastines! ¡Y si vienen a buscar aquí, a mi reino, no habrá forma de detenerlos! —Se detuvo de repente, el puño inmóvil. Después aparecieron varios dedos en un patrón cada vez más caótico. Tronosombrío gruñó y la mano enfebrecida se desvaneció. Un susurro—: Puro genio.

¿Por qué no se me ocurrió a mí? —El tono empezó a subir una vez más—. ¿Por qué? ¡Pues porque yo no soy idiota!

Y con eso, la presencia del dios desapareció con un parpadeo.

—No me has dicho si ibas a enviar a los mastines de Sombra a Siete Ciudades —dijo Paran con un gruñido.

Le pareció entonces oír un leve chillido de frustración, pero quizá solo se lo había imaginado. Paran devolvió la carta a la baraja, la metió otra vez en un bolsillo interior y se puso en pie poco a poco.

—Bueno —suspiró—, no fue tan mal como había creído.

Para cuando Seto regresó, tanto Ganath como Karpolan habían reaparecido y las miradas que le dedicaban a Paran eran decididamente inquietas.

El fantasma le hizo un gesto a Paran para que se acercase y le habló en voz baja.

—No va a funcionar como queríamos, capitán. Demasiada distancia entre ellas; para cuando llegue a la más cercana, la más lejana habrá volado y si esos mastines están cerca, bueno, como digo, no va a funcionar.

—¿Qué sugieres?

—No le va a gustar. A mí no me gusta, que lo sepa, pero es lo que hay.

—Escúpelo ya, zapador.

—Déjeme aquí. Váyanse ya. Ahora.

—Seto…

—No, escuche, tiene sentido. Yo ya estoy muerto, puedo salir solo.

—Quizá, solo quizá, puedas salir solo, Seto. Pero lo más probable es que lo que quede de ti lo hagan trizas, si no los

deragoth, entonces cualquier otro entre una multitud de las pesadillas locales.

—Capitán, no necesito este cuerpo, es solo para aparentar, para que tenga una cara a la que mirar. Confíe en mí, es el único modo de que usted y los otros salgan vivos de esta.

—Probemos con un compromiso —dijo Paran—. Esperamos todo lo que podamos.

Seto se encogió de hombros.

—Como quiera, pero no esperen mucho, capitán.

—Vete ya, entonces, Seto. Y… gracias.

—Siempre un trato justo, capitán.

El fantasma se alejó. Paran se volvió hacia Karpolan Demesand.

—¿Hasta qué punto confía en poder sacarnos de aquí con rapidez? —le preguntó.

—Esa parte debería ser relativamente sencilla —respondió el hechicero de Trygalle—. Una vez que se encuentra un camino para entrar en una senda, su relación con los otros se hace conocida. El éxito de la Asociación Comercial de Trygalle depende por completo de sus geómetras, sus mapas, Ganoes Paran. Con cada misión, esos mapas se hacen más completos.

—Son documentos muy valiosos —comentó Paran—. Confío en que los mantengan bien protegidos.

Karpolan Demesand sonrió y no dijo nada.

—Prepare el camino, entonces —dijo Paran.

Seto ya se había perdido de vista en algún lugar de la negrura que había detrás de las estatuas más cercanas. Las brumas se habían asentado en las depresiones, pero el cielo voluble parecía tan remoto como siempre. Pese a todo, Paran observó que la luz se estaba yendo. ¿Su viaje hasta allí

había abarcado nada más que un día? Eso parecía… improbable.

El ruido agudo de una munición lo alcanzó, un fullero.

—Esa es la señal —dijo Paran mientras se dirigía a grandes zancadas a su caballo—. La estatua más lejana será la primera en volar. —Se subió a la silla y acercó el caballo al carruaje en el que Karpolan y Ganath ya habían desaparecido. La contraventana de la ventana se deslizó a un lado cuando llegó.

—Capitán…

Una detonación atronadora lo interrumpió y Paran se volvió y vio una columna de humo y polvo que se alzaba.

—Capitán, parece… para gran sorpresa mía…

Una segunda explosión, más cerca esa vez, y otra estatua pareció desvanecerse sin más.

—Como decía, parece que mis opciones son mucho más limitadas de lo que al principio…

A lo lejos se oyó un rugido profundo, bestial.

El primer deragoth…

—¡Ganoes Paran! Como decía…

La tercera estatua detonó, su base desapareció en una onda creciente de humo, piedras y polvo que ondeó en el aire. Las patas delanteras se partieron y el enorme edificio se inclinó hacia delante, unas grietas irregulares recorrieron la roca y empezó su descenso. Después se estrelló.

El carruaje dio un salto y después volvió a rebotar en los puntales ribeteados. Algo de cristal se rompió en el interior.

Las reverberaciones de la conmoción atravesaron el suelo en oleadas.

Los caballos chillaron y lucharon contra los bocados, los ojos se les pusieron en blanco.

Un segundo aullido sacudió el aire.

Paran guiñó los ojos y miró entre el polvo y el humo, buscaba a Seto en algún lugar entre la última estatua en caer y las que faltaban todavía por ser destruidas. Pero en la oscuridad creciente no vio movimiento alguno. De inmediato, la cuarta estatua estalló. Algún capricho de secuencia ladeó el monumento hacia un lado y al derrumbarse golpeó al quinto.

—¡Tenemos que irnos!

El chillido lo había lanzado Karpolan Demesand.

—Espere…

—Ganoes Paran, ya no confío en absoluto…

—Espere un momento…

Un tercer aullido, repetido por los deragoth que ya habían llegado, y esos dos últimos rugidos se oían… cerca.

—Mierda. —No veía a Seto; la última estatua, ya rajada por las fisuras del impacto, se derrumbó de repente cuando explotó la munición de su base.

—¡Paran!

—¡De acuerdo, abra la maldita puerta!

El tiro de caballos se encabritó y después se lanzó hacia delante, hizo virar el carruaje y comenzaron un descenso salvaje por la ladera. Con una maldición, Paran espoleó a su caballo y se arriesgó a echar una última mirada atrás…

… y vio una enorme bestia jorobada que salía de las nubes de polvo, los ojos resplandecientes se clavaron en Paran y el carruaje que se alejaba. La cabeza ancha, inmensa, del deragoth bajó y la bestia se lanzó a una carrera rápida, salvaje.

—¡Karpolan!

El portal se abrió como una ampolla estallada (sangre aguada o algún otro fluido salpicó en los bordes) justo delante de ellos. Un viento con olor a osario los golpeó.

—¿Karpolan? ¿Dónde…?

El tiro de caballos, chillando todos y cada uno, se precipitó por la puerta y un latido más tarde los siguió Paran. La oyó cerrarse tras él con un golpe de fuego y después, por todas partes, locura.

Rostros podridos, manos roídas que se alzaban, ojos muertos hace mucho que imploraban al abrirse las bocas putrefactas.

—*¡Llévanos! ¡Llévanos contigo!*

—*¡No te vayas!*

—*Nos ha olvidado, por favor, te lo ruego…*

—*Al Embozado le da igual…*

Unos dedos huesudos se cerraron sobre Paran, empujaron, tiraron, y después se dedicaron a arañarlo. Otros se las habían arreglado para aferrarse a las proyecciones del carruaje y los estaban arrastrando.

Los ruegos se transformaron en cólera.

—*¡Llevadnos u os haremos pedazos!*

—*¡Cortadlos, mordedlos, destrozadlos!*

Paran luchó por liberarse el brazo derecho y consiguió rodear con la mano el puño de la espada y después sacarla. Empezó blandir la hoja a ambos lados.

Los chillidos de los caballos eran la voz de la propia locura, y entonces comenzaron a gritar también los accionistas al tiempo que lanzaban tajos contra las manos y los brazos que se alzaban hacia ellos.

Paran se giró en la silla mientras troceaba los miembros que intentaban aferrarse a él y vislumbró una vista inmensa, una llanura de figuras que se retorcían, los no muertos, cada cara vuelta hacia ellos, no muertos y a decenas de miles, no muertos que atestaban de tal modo el terreno que solo podían permanecer en pie, alcanzaban cada horizonte y alzaban un coro de desesperación…

—¡Ganath! —rugió Paran—. ¡Sácanos de aquí!

Una réplica cortante, como de hielo agrietado. Un viento mordaz giró alrededor de todos y el suelo se ladeó por un lado.

Nieve, hielo y los no muertos desaparecidos.

Un cielo azul que giraba. Peñascos montañosos…

Los caballos resbalaron, las patas se abrían, los gritos aumentaban de volumen. Unos cuantos cadáveres animados que agitaban los miembros. El carruaje, que se cernía delante de Paran, la parte posterior que resbalaba y giraba.

Estaban en un glaciar. Resbalaban, bajaban deslizándose a una velocidad cada vez mayor.

Paran oyó con toda claridad el comentario de una de las accionistas pardu.

—Oh, mucho mejor, dónde va a parar.

Y luego, con los ojos borrosos, el caballo torciéndose de forma salvaje bajo él, solo hubo tiempo para el descenso precipitado, que resultó ser por una montaña entera.

Hielo, después nieve, después fango, esto último alzándose como una ola ante los caballos y el carruaje que bajaba de lado, se alzaba y crecía y los iba frenando. De repente el fango dio paso al barro y después a la piedra…

Volcó el carruaje y arrastró con él a los caballos.

La montura de Paran corrió mejor suerte, consiguió ladearse hasta poder mirar colina abajo, las patas delanteras golpeaban la nieve y el fango en busca de agarre. En cuanto alcanzó el barro, y tras haber visto lo que lo aguardaba, el caballo se limitó a lanzarse a la carga. Un tropezón momentáneo y después, cuando el suelo se allanó, fue frenando, los flancos le palpitaban… y Paran se volvió en la silla a tiempo de ver que el enorme carruaje se detenía con un tropezón y una sacudida. Los cuerpos de los accionistas estaban tirados alrededor, ladera arriba, en el barro, inertes,

inmóviles en el pedregal de piedras, casi indistinguibles de los cadáveres.

El tiro de caballos se había soltado, pero todos salvo uno habían caído, las patas dando coces entre una maraña de riendas, correas y hebillas.

Con el corazón todavía martilleando en el yunque del pecho, Paran fue tranquilizando a su animal hasta detenerlo y después lo hizo girar ladera arriba, tras lo cual llevó a la agotada y temblorosa bestia al paso hasta donde habían quedado los restos.

Unos cuantos accionistas se iban poniendo en pie aquí y allá, aturdidos. Uno empezó a maldecir mientras se encorvaba sobre una pierna rota.

—Gracias —graznó un cadáver que se agitaba como un pez en el barro—. ¿Cuánto te debo?

El carruaje estaba volcado de lado. Las tres ruedas que habían recortado el barro y la piedra se habían hecho pedazos y dos de enfrente no habían sobrevivido a las volteretas. Lo que no dejaba más que una superviviente que daba vueltas como un molino. Las portezuelas de los depósitos traseros se habían abierto de golpe y todo su contenido se había derramado. En el techo, todavía atado a él, estaba el cuerpo aplastado de un accionista, la sangre corría como el deshielo por los azulejos de cobre, los brazos y las piernas le colgaban inútiles, la carne expuesta, machacada y gris bajo la luz brillante del sol.

Una de las mujeres pardu se levantó del barro y se acercó cojeando a Paran cuando este se detuvo cerca del carruaje.

—Capitán —dijo—, creo que deberíamos acampar aquí.

Él se la quedó mirando desde el caballo.

—¿Se encuentra bien?

La mujer lo estudió un momento y después volvió la cabeza y escupió un chorro rojo. Se limpió la boca y se

encogió de hombros.

—Bien sabe el Embozado que hemos tenido viajes peores…

La herida salvaje del portal, ya cerrada, todavía estropeaba el aire cargado de polvo. Seto salió de donde había estado escondido cerca de uno de los pedestales. Los deragoth se habían ido, de todo menos impacientes por quedarse mucho tiempo más en ese lugar mortal y desagradable.

Así que había exagerado las cosas un poco. Daba igual, se había mostrado lo bastante convincente y el resultado era el deseado.

Aquí estoy. Yo solo, en el pozo olvidado del Embozado del propio Embozado. Deberías haberlo pensado bien, capitán. A nosotros nada nos endulzaba ese trato y solo los necios acceden a eso. Bueno, nos mataron por necios y esa lección ya la tenemos aprendida.

Miró a su alrededor e intentó orientarse. En ese lugar, una dirección servía igual que otra. Salvo el puñetero mar, por supuesto. *Así que está hecho. Es hora de explorar…*

El fantasma dejó atrás los restos de las estatuas destruidas, una figura solitaria, casi insustancial, que caminaba por la tierra desnuda y embarrada. Con las piernas tan torcidas como las había tenido en vida.

La muerte no dejaba atrás detalles, después de todo. Y con toda certeza, nada parecido a la absolución aguardaba a los caídos.

La absolución la dan los vivos, no los muertos, y, como bien sabía Seto, había que ganársela.

Empezaba a recordar cosas. Por fin, después de todo ese tiempo. Su madre, una seguidora del campamento, abriéndose de piernas para el regimiento Ashok antes de que lo enviaran a Genabackis. Después de que se fueran, la mujer fue y se murió, sin más, como si sin esos soldados solo pudiera expirar, nunca más aspirar y era lo que aspirabas lo que te daba vida. Así, sin más. Muerta. Su retoño habría de defenderse como pudiera, sola, sin cuidados, sin amor.

Sacerdotes locos, cultos enfermizos y, para la niña nacida de la madre, un nuevo campamento que seguir. Cada sendero de independencia no era más que un callejón sin salida de ese camino con surcos muy profundos, el que llevaba de padres a hijos, eso por lo menos ya lo tenía claro.

Y luego Heboric, destriant de Treach, se la había llevado (antes de que se encontrara expirando otra vez), pero no, antes de él había estado Bidithal y sus regalos que la entumecían, sus garantías susurradas de que el sufrimiento mortal no era más que las capas de una crisálida y con la muerte la gloria se partiría y desplegaría sus alas iridiscentes. *El paraíso.*

Oh, había sido una promesa muy seductora, y su alma asfixiada se había aferrado al solaz del peso que la derribaba y la hundía en la muerte. En un tiempo había soñado con herir a las jóvenes e inocentes acólitas, con coger el cuchillo con sus propias manos y arrancar todo placer. *La desdicha adora, precisa, la compañía; no hay nada altruista en compartir. El egoísmo se alimenta de malicia y todo lo demás queda en la cuneta.*

Había visto demasiado en su corta vida como para creer a cualquiera que profesara otra cosa. El amor que sentía Bidithal por el dolor había alimentado su necesidad de

impartir entumecimiento. El entumecimiento de su interior lo hacía capaz de infligir dolor. Y el dios roto que afirmaba venerar, bueno, el dios Tullido sabía que nunca tendría que dar explicaciones por sus mentiras, sus falsas promesas. Buscaba vidas en desuso y con su muerte era libre de desechar a aquellos cuyas vidas ya había usado. Ella comprendió que esa era una forma de esclavitud exquisita: una fe cuyo principio central era indemostrable. No habría forma de matar esa fe. El dios Tullido encontraría una multitud de voces mortales para proclamar sus promesas vacías y, dentro de las restricciones arbitrarias de su culto, el mal y la profanación podían florecer sin trabas.

Una fe basada en el dolor y la culpa no podía proclamar pureza moral alguna. Una fe arraigada en la sangre y el sufrimiento…

—Somos los caídos —dijo Heboric de repente.

Con una sonrisa burlona, Scillara metió más roya en la cazoleta de su pipa y aspiró una buena bocanada.

—Un sacerdote de la guerra tenía que decir eso, ¿no? Pero ¿qué hay de la magnífica gloria hallada en la masacre brutal, viejo? ¿O no crees acaso en la necesidad de equilibrio?

—¿Equilibrio? Una ilusión. Como intentar concentrarse en una única mota de luz y no ver nada del chorro y el mundo que ese chorro revela. Todo está en movimiento, todo es flujo.

—Como estas malditas moscas —murmuró Scillara.

Navaja, que cabalgaba justo delante, se volvió y la miró.

—Me lo estaba preguntando —dijo—. Moscas carroñeras, ¿creéis que nos dirigimos a un antiguo campo de batalla? ¿Heboric?

El otro sacudió la cabeza, sus ojos ambarinos parecían llamear bajo la luz de la tarde.

—No percibo nada de eso. La tierra que hay por delante es lo que ves.

Se estaban acercando a una gran cuenca salpicada de terrones de juncos amarillentos y muertos. El suelo en sí era casi blanco, agrietado como un mosaico roto. Se veían algunos montículos más grandes por algunos sitios, construidos, parecía, con palos y juncos. Al llegar al borde se detuvieron.

Había raspas de pescado tiradas en una alfombra amontonada por la linde de la orilla del pantano muerto, llevadas hasta allí por los vientos. En uno de los montículos más cercanos pudieron ver también huesos de pájaros y restos de cáscaras de huevo. Esas marismas habían muerto de repente en la época de puesta.

Las moscas plagaban la cuenca y giraban en nubes zumbonas.

—Dioses del inframundo —dijo Felisin—, ¿tenemos que cruzar esto?

—No debería ser para tanto —dijo Heboric—. No es muy ancho. Si intentamos rodearlo, se hará de noche mucho antes de salir. Además —espantó con las manos las moscas zumbonas—, ni siquiera hemos empezado a cruzar todavía y ya nos han encontrado, rodeando la cuenca no podremos escapar de ellas. Al menos no son de las que pican.

—Vamos a acabar de una vez con esto —dijo Scillara.

Ranagrís se precipitó de un salto en la cuenca como si quisiera encender un rastro con la boca abierta y los chasquidos de la lengua.

Navaja azuzó a su caballo para ponerlo al trote y después, cuando lo rodearon las moscas, a medio galope.

Los otros lo siguieron.

Las moscas se posaban como una locura en la piel. Heboric entrecerró los ojos cuando un sinfín de cuerpos duros y frenéticos chocaron contra su cara. El mismo sol se había amortiguado entre esa nube caótica. Atrapadas en las mangas, dentro de los raídos pantalones ceñidos y por el cuello, apretó los dientes, resuelto a soportar esa irritación menor.

Equilibrio, las palabras de Scillara lo inquietaban por alguna razón, no, quizá no sus palabras, pero sí el sentimiento que revelaban. En otro tiempo acólita, en ese momento rechazaba toda forma de fe, algo que él mismo había hecho y que, a pesar de la intervención de Treach, todavía intentaba lograr. Después de todo, los dioses de la guerra no necesitaban sirvientes más allá de las ilimitadas legiones que siempre tenían y siempre poseerían.

Destriant, ¿qué yace bajo ese nombre? Cosechador de almas, posee el poder (y el derecho) de asesinar en nombre de un dios. De asesinar, de sanar, de imponer justicia. Pero ¿justicia a los ojos de quién? No puedo llevarme una vida. Ya no. Nunca más. Elegiste mal, Treach…

Todos estos muertos, estos fantasmas…

El mundo ya era bastante duro, no lo necesitaba a él ni a gente como él. Era una lista interminable la de los necios impacientes por llevar a otros a la batalla, por regocijarse en el caos y dejar a su paso un rastro hinchado y sollozante de desdicha, sufrimiento y dolor.

Él ya había tenido bastante.

La liberación era lo único que deseaba, su único motivo para continuar con vida, para arrastrar a esos inocentes con él a una isla destrozada, yerma, a la que habían despojado

de toda vida unos dioses en guerra. Oh, no lo necesitaban en absoluto.

La fe y el celo de infligir un justo castigo era lo que yacía en el fondo de los verdaderos ejércitos, los fanáticos y sus certezas maliciosas, crueles. Se multiplicaban como gusanos en cada comunidad. *Pero las lágrimas dignas salen del valor, no de la cobardía, y esos ejércitos están llenos de cobardes.*

Los caballos que los sacaban de la cuenca, las moscas que giraban y se arremolinaban en una persecución absurda.

Salieron a una pista que surgía de la antigua orilla junto a los restos de un muelle y unos postes de amarre. Unos surcos profundos que trepaban a un risco de una playa más alta, de la época en la que la ciénaga había sido un lago, los surcos rasgados por las garras del agua de lluvia que no había encontrado refugio en las raíces, porque el verdor de los siglos pasados se había ido, lo habían cortado, devorado.

No dejamos nada salvo desierto a nuestro paso.

Remontaron la cima, donde el camino se allanaba y serpenteaba como un borracho por una llanura flanqueada por colinas de piedra caliza y, a lo lejos, a un tercio de legua de distancia justo al este, un villorrio pequeño y decrépito. Edificios auxiliares con corrales vacíos y potreros. A un lado del camino, cerca del borde de la aldea, medio centenar o más de troncos amontonados, la madera gris como la piedra allí donde los fuegos no la habían carbonizado, pero parecía que hasta en la muerte esa madera desafiaba los esfuerzos por destruirla.

Heboric comprendía esa resistencia obstinada. *Sí, haceos útiles a la humanidad. Solo así sobreviviréis, incluso cuando lo que sobrevive de vosotros no es más que vuestros*

huesos. Entrega tu mensaje, querida madera, a nuestros ojos por siempre ciegos.

Ranagrís se había quedado atrás y en ese momento saltaba a diez pasos a la derecha de Navaja. Parecía que hasta el demonio había llegado al límite de moscas que su estómago podía asimilar, pues tenía la boca cerrada, los segundos párpados de los ojos, de un blanco lechoso, cerrados hasta que solo quedaban visibles las más pequeñas de las ranuras. Y la enorme criatura estaba casi negra con los insectos que reptaban por ella.

Igual que la juvenil espalda de Navaja, delante de él. Igual que el caballo que montaba el daru. Y, por todas partes, el suelo hervía, resplandeciente y rabioso de movimiento.

Tantas moscas.

Tantas…

—*Hay algo que enseñarte ahora…*

Como una bestia salvaje despertada de repente, Heboric se irguió en la silla…

La montura de Scillara iba a medio galope una zancada por detrás de la del destriant, un poco a la izquierda del anciano, y tras ella cabalgaba Felisin. Scillara maldijo con alarma creciente cuando las moscas se reunieron alrededor de los jinetes como la media noche, devorando toda luz, la cadencia zumbona parecía susurrar palabras que entraban arrastrándose en su mente sobre diez mil patas. Contuvo un grito…

Cuando su caballo chilló con un dolor mortal, el polvo se arremolinó y giró bajo él, el polvo se alzó y tomó forma.

Un chirrido húmedo, terrible, y después algo largo y afilado subió y golpeó entre los omóplatos a su montura, la

sangre goteó de la herida, espesa y brillante. El caballo se tambaleó, las patas delanteras se doblaron y después se derrumbaron, el movimiento lanzó a Scillara de la silla…

Se encontró rodando en una alfombra de insectos aplastados, los cascos del caballo de Heboric aporrearon el suelo a su alrededor cuando la criatura chilló de agonía y se lanzó a la izquierda, algo que gruñía, un destello de piel con púas, felina y fluida, saltó del lomo del caballo moribundo…

Y figuras que salían como si fuera de la nada entre el polvo cortante, hojas de pedernal que destellaban, un grito bestial, sangre que golpeaba el suelo a su lado en una lámina densa, ennegrecida al instante por las moscas (las hojas partían, cortaban, acuchillaban la carne), un chillido penetrante que se iba elevando en una conflagración de dolor y rabia, algo chocó contra ella con un golpe seco cuando Scillara intentó ponerse a gatas, giró la cabeza y miró. Un brazo, tatuado con el dibujo de unas rayas de tigre, cortado con limpieza entre el codo y el hombro, la mano, un destello de verde moribundo, irregular, bajo un enjambre de moscas.

Se levantó tambaleándose, sentía una cuchillada de dolor en el vientre, se asfixió cuando los insectos le atestaron la boca al jadear sin querer.

Una figura se acercó a ella, la larga espada de piedra chorreaba, la calavera desecada se giró hacia ella, y esa espada se estiró con gesto despreocupado y penetró como el fuego en el pecho de Scillara, la hoja irregular la alcanzó sobre la primera costilla, bajo la clavícula, y después volvió a pincharla en la espalda, justo sobre la escápula.

Scillara se combó, sintió que se deslizaba de esa arma cuando cayó de espaldas.

La aparición se desvaneció de nuevo en una nube de moscas.

No oía más que zumbidos, no veía más que una mata caótica, reluciente, que se hinchaba sobre la herida que tenía en el pecho, a través de la que se filtraba la sangre, como si las moscas se hubieran convertido en un puño que le estrujara el corazón. *La estrujaban…*

Navaja no había tenido tiempo de reaccionar. El mordisco de arena repentina y polvo, y después la cabeza de su caballo desapareció sin más, brotaron cuerdas de sangre como si persiguieran su vuelo. Bajo los cascos delanteros, que tropezaron y después cedieron cuando se derrumbó la cabeza segada.

Navaja consiguió liberarse rodando y después ponerse en pie entre el remolino de moscas.

Alguien se cernió a su lado y él giró en redondo con un cuchillo en la mano que lanzó un navajazo por delante en un esfuerzo por bloquear una cimitarra ancha con hoja de gancho de pedernal ondulado. Las armas chocaron y la espada barrió el cuchillo de Navaja, la fuerza tras el golpe imparable…

La vio penetrar en su vientre y rasgárselo, la observó abrirse camino con un desgarro y después aparecieron ante él sus intestinos, que cayeron.

Bajó los brazos para cogerlos con las dos manos, Navaja se hundió cuando toda la vida abandonó sus piernas. Se quedó mirando el desastre caído que sostenía, sin poder creérselo, y después aterrizó de lado y se acurrucó alrededor del daño terrible, horrendo, que le habían hecho.

No oyó nada. Nada salvo su propia respiración y las moscas que hacían cabriolas y que comenzaban a abalanzarse sobre él como si siempre hubieran sabido que eso iba a pasar.

El atacante se había alzado del propio polvo a la derecha de Ranagrís. Una agonía salvaje cuando una enorme espada larga de calcedonia atravesó el miembro delantero del demonio y lo amputó con limpieza entre un chorro de sangre verde. Un segundo corte atravesó la pierna trasera del mismo lado y el demonio cayó al suelo pataleando con impotencia con los miembros que le quedaban.

Una niebla granulosa de moscas y dolor atronador, una escena momentánea representada ante los ojos del demonio. Grande, bestial, ataviada con pieles, una criatura de poco más que piel y huesos que pasaba con placidez por encima de la pierna trasera de Ranagrís, que estaba tirada a cinco pasos de distancia, pataleando sola. Y se metió en la nube negra.

Consternación. Ya no puedo saltar más.

Cuando saltó de la grupa del caballo lo sorprendieron dos espadas de pedernal, una acuchilló músculo y hueso, cortó un brazo, la otra penetró con la punta por delante y luego le atravesó el pecho. Heboric, con la garganta llena de gruñidos animales, se giró en pleno aire en un esfuerzo desesperado por liberarse del arma que lo empalaba. Pero el arma lo siguió, fue rasgando, partiendo costillas, hendiendo el pulmón y después el hígado, y por fin le desgarró el costado y salió en una explosión de fragmentos de hueso, carne y sangre.

La boca del destriant se llenó de líquido caliente que salpicó cuando chocó contra el suelo, rodó y después se detuvo.

Los dos t'lan imass se acercaron adonde yacía despatarrado en el polvo, las armas de piedra resbaladizas de sangre y entrañas.

Heboric se quedó mirando aquellos ojos vacíos, sin vida, observó cuando los guerreros raídos, desecados, lo acuchillaron; las puntas onduladas penetraron en su cuerpo una y otra vez. Observó cuando una salió disparada hacia su cara y después bajó como un rayo sobre su cuello…

Voces que suplicaban, un coro distante de consternación y desesperación, él ya no podía alcanzarlas, esas almas perdidas en su tormento tragado por el jade, que cada vez se iban diluyendo más, cada vez más lejos, *os lo dije, no me miréis a mí, pobres criaturas. ¿Veis al fin lo fácil que era fallaros?*

He oído a los muertos, pero no pude servirlos. Igual que he vivido, pero no he creado nada.

Recordó con claridad entonces, en un solo movimiento pavoroso que pareció interminable, intemporal, un millar de imágenes, tantos actos sin sentido, hechos vacíos, tantas caras, todos aquellos por los que no hizo nada. Baudin, Kulp, Felisin Paran, L'oric, Scillara… Vagando perdido en esa tierra extranjera, ese desierto cansado y en el polvo de jardines que llenaban el aire brutal, abrasado por el sol. Ojalá hubiera muerto en las minas de otataralita de Solideo. Entonces no habría habido traiciones. Fener conservaría su trono. La desesperación de las almas en sus inmensas prisiones de jade que giraban sin estorbos por el Abismo, esa terrible desesperación, podría haber continuado sin que nadie la escuchara, sin que nadie la presenciara, y así no habría habido falsas promesas de salvación.

Baudin no se habría visto tan frenado en su huida con Felisin Paran. *Oh, no he hecho nada que mereciera la pena en esta vida demasiado larga. Estas manos fantasmales,*

ellas son las que han demostrado la ilusión que era su tacto, nada de bendiciones, nada de salvación, no para nadie que osaran tocar. Y estos ojos renacidos, con toda su felina precisión, se desvanecen ahora en su mirada sin luz, una expresión que todo cazador anhela ver en los ojos de su enemigo caído.

Tantos guerreros, grandes héroes (a sus propios ojos por lo menos) tantos habían partido en la persecución del tigre gigante que era Treach, sin saber nada de la verdadera identidad de la bestia. Pretendían derrotarlo, alzarse sobre su cuerpo inmóvil y contemplar sus ojos vacíos, ansiando capturar algo, lo que fuera, de su majestad y exaltación, y llevárselo con ellos.

Pero las verdades nunca se hallan cuando el que las busca está perdido, espiritual y moralmente. Y la nobleza y la gloria no se pueden robar, no se pueden ganar en la violación aparente de una vida. *Dioses, qué vanidad tan patética, agitada, brutal y estúpida… menos mal, entonces, que Treach mató a todos esos malditos. Imparcial. Ah, qué mensaje tan revelador fue ese.*

Pero lo sabía. A los t'lan imass que lo habían matado les importaba muy poco todo eso. Habían actuado por necesidad. Quizá en algún lugar de sus antiguos recuerdos, del tiempo en el que eran mortales, ellos también habían intentado robar lo que ellos mismos jamás podrían poseer. Pero esas búsquedas inútiles ya habían dejado de importarles.

Heboric no sería ningún trofeo.

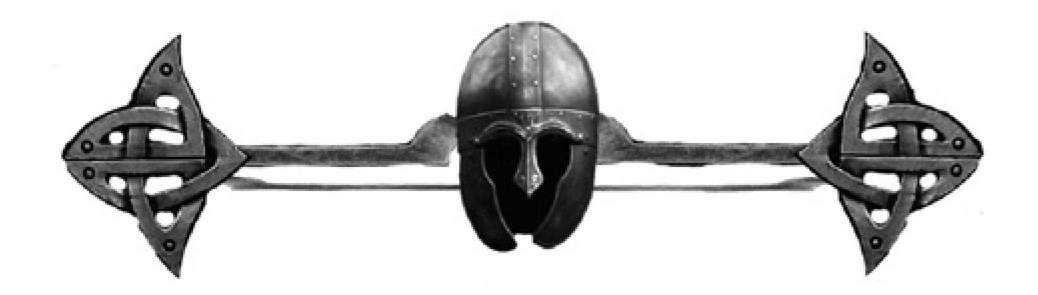
Y él se alegraba.

Y en ese último fracaso parecía que no habría otros supervivientes y, en cierto sentido, de eso también se alegraba. Era lo más apropiado. Mira para qué le valía la gloria hallada en sus últimos pensamientos.

¿Y no tiene acaso eso más sentido? En este último pensamiento, me fallo incluso a mí mismo.

Se encontró estirando el brazo en busca... de algo. Estirando el brazo, pero nada respondió a su roce. Nada en absoluto.

Libro tercero



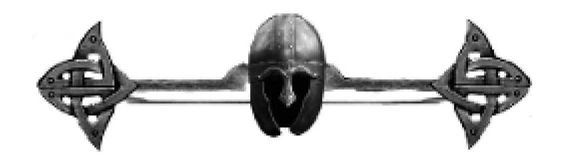
Sombras del rey

¿Quién puede decir dónde se divide la verdad y la multitud de deseos que, juntos, dan forma a los recuerdos? Hay pliegues profundos en cada leyenda y el dibujo visible, externo, presenta una unidad falsa de forma e intención. Distorsionamos con un propósito deliberado; confinamos un significado inmenso en las constricciones de una necesidad imaginada. En esto yace tanto el fracaso como el don, pues en la rendición de la verdad elaboramos, bien o mal, un significado universal. Lo concreto

da paso a lo general; el detalle da paso a la forma grandiosa, y al contarlo nos exaltamos más allá de nuestros yos mundanos. Estamos, en realidad, obligados a una humanidad mayor por esta maraña de palabras…

Introducción de *Entre los sepultados*
—Heboric

12



Habló de esos que caerían, y en sus ojos fríos se encontraba desnuda la verdad de que era de nosotros de quien hablaba. Palabras de personas quemadas y pactos de desesperación, de rendición entregada como regalos y matanza en el nombre de la salvación. Habló del derramamiento de la guerra y nos dijo que huyésemos a tierras desconocidas para que pudiéramos ahorrarnos la ruina de nuestras vidas…

Palabras del profeta de hierro Iskar Jarak
—Los anibar (el pueblo de Mimbre)

Un momento las sombras entre los árboles estaban vacías y al siguiente que Samar Dev levantó la mirada, se le cortó el aliento al ver unas figuras. En cualquier rincón del claro donde el sol volvía a iluminar la maraña de píceas negras, helechos y hiedras, había salvajes…

—Karsa Orlong —susurró—, tenemos visita…

El teblor, las manos rojas de sangre y entrañas, cortó otra rebanada de carne del flanco del bhederin muerto y después

levantó la mirada. Tras un momento lanzó un gruñido y volvió a su despiece.

Iban avanzando despacio, saliendo de la oscuridad. Pequeños, enjutos y fuertes, vestían cueros curtidos, tiras de pelo de animal atadas alrededor de la parte superior de los brazos, tenían la piel del color del agua cenagosa, con costuras de cicatrices rituales en los torsos y hombros expuestos. En la cara, pintura gris o ceniza de madera cubría las mandíbulas inferiores y sobre los labios, como barbas. Unos círculos alargados de color azul hielo y gris les rodeaban los ojos oscuros. Llevaban lanzas, hachas en cinturones de cuero junto con un surtido de cuchillos, iban engalanados con adornos de cobre batido en frío que parecían moldeados para imitar las fases de la luna; y un hombre lucía un collar hecho con las vértebras de algún pez grande del que pendía un disco de cobre negro ribeteado de oro que representaba, supuso Samar, un eclipse total. Ese hombre, que era evidentemente algún tipo de líder, se adelantó. Tres zancadas, los ojos en un absorto Karsa Orlong, y salió a la luz del sol, donde se arrodilló poco a poco.

Samar vio entonces que sostenía algo en las manos.

—Karsa, presta atención. Lo que hagas ahora determinará si pasamos por su tierra de forma pacífica o esquivando lanzas arrojadas desde las sombras.

Karsa cambió de posición el enorme cuchillo desollador con el que estaba trabajando y lo clavó en el fondo del cadáver del bhederin. Después se levantó para enfrentarse al salvaje arrodillado.

—Levántate —dijo.

El hombre se estremeció y bajó la cabeza.

—Karsa, te está ofreciendo un regalo.

—Entonces debería hacerlo de pie. Su pueblo se oculta aquí, en el monte, porque nunca se ha erguido lo suficiente.

Dile que tiene que ponerse en pie.

Habían estado hablando en la lengua de los comerciantes y hubo algo en la reacción del guerrero arrodillado que llevó a Samar a sospechar que el hombre había entendido el intercambio… y la exigencia, porque se levantó con lentitud.

—Hombre de los Grandes Árboles —dijo entonces, el acento sonaba áspero y gutural a los oídos de Samar—. El Libertador que Lleva la Destrucción, los anibar te ofrecen este regalo y te piden que nos des un regalo a cambio…

—Entonces no son regalos —replicó Karsa—. Lo que buscas es un trueque.

El miedo destelló en los ojos del guerrero. Los otros de su tribu, los anibar, permanecieron en silencio e inmóviles entre los árboles, pero Samar percibió una consternación palpable que se extendía entre ellos. Su líder lo volvió a intentar.

—Este es el lenguaje del trueque. Libertador, sí. Veneno que debemos tragar. No conviene a lo que buscamos.

Karsa se volvió hacia Samar Dev con el ceño fruncido.

—Demasiadas palabras que no llevan a ninguna parte, bruja. Explica.

—Esta tribu sigue una antigua tradición perdida entre la mayor parte de los pueblos de Siete Ciudades —dijo—. La tradición de la entrega de regalos. El regalo en sí es una medida de varias cosas, con formas sutiles y con frecuencia confusas de atribuir valor. Estos anibar han aprendido por necesidad lo que es el comercio, pero no atribuyen valor del mismo modo que nosotros, así que, por lo general, pierden en el trato. Sospecho que no les suele ir demasiado bien cuando tratan con mercaderes astutos y poco escrupulosos de las tierras civilizadas. Hay…

—Basta —la interrumpió Karsa. Señaló con un gesto al líder, que se encogió una vez más, y dijo—: Muéstrame ese

regalo. Pero primero, dime tu nombre.

—Soy, en la lengua del veneno, Buscabotes. —Levantó el objeto que llevaba en las manos—. La marca de valor —dijo — de un gran padre entre los bhederin.

Samar Dev, que enarcó las cejas, miró a Karsa.

—Eso es un hueso de pene, teblor.

—Sé lo que es —rezongó el guerrero—. Buscabotes, ¿qué me pides a cambio?

—Hay aparecidos que entran en el bosque, acosan a los clanes anibar del norte. Lo masacran todo a su paso, sin causa alguna. No mueren, pues dominan el propio aire y por ello desvían cada lanza que los busca. Eso oímos. Perdemos muchos nombres.

—¿Nombres? —preguntó Samar.

La mirada del hombre se posó en ella y asintió.

—Parientes. Ochocientos cuarenta y siete nombres entrelazados con el mío, entre los clanes del norte. —Hizo un gesto a los guerreros silenciosos que tenía detrás—. Igual número de nombres que se pierden entre estos de aquí, de cada uno. Conocemos el dolor en nuestra propia pérdida, pero más por nuestros hijos. Los nombres no los podemos recuperar, se van y nunca vuelven, y así nosotros disminuimos.

—Quieres que mate aparecidos —dijo Karsa Orlong, y señaló el regalo—, a cambio de eso.

—Sí.

—¿Cuántos de esos aparecidos hay?

—Vienen en grandes barcos de alas grises y se adentran en los bosques en partidas de caza, en cada partida hay doce. Los impulsa la cólera, pero nada de lo que intentamos apacigua esa cólera. No sabemos qué hacemos para ofenderlos de ese modo.

Seguramente ofrecerles un puñetero hueso de pene, pero Samar Dev se guardó esa idea para sí.

—¿Cuántas partidas de caza?

—Una veintena hasta ahora, pero sus barcos no parten.

La cara entera de Karsa se había oscurecido. Samar Dev jamás había visto una furia tan cruda en él. De repente temió que hiciera pedazos a aquel hombrecito acobardado.

—Repudiad vuestra vergüenza, todos vosotros —dijo en su lugar—. ¡Repudiadla! Los asesinos no necesitan razones para asesinar. Es lo que hacen. Que existáis es ofensa suficiente para esas criaturas. —Se adelantó y arrebató el hueso de las manos de Buscabotes—. Los mataré a todos. Hundiré sus malditos barcos. Lo…

—¡Karsa! —interpuso Samar.

Él se volvió hacia ella, los ojos le ardían.

—Antes de que prometas algo tan… extremo, podrías plantearte algo más fácil de lograr. —Al ver la expresión del guerrero, la bruja se apresuró a continuar—. Podrías, por ejemplo, conformarte con echarlos de esta tierra, que regresen a sus barcos. Hacer que el bosque resulte… desagradable.

Tras un momento largo y tenso, el teblor suspiró.

—Sí. Eso bastaría. Aunque siento la tentación de nadar tras ellos.

Buscabotes miraba a Karsa con los ojos como platos, en ellos asombro y un temor reverencial.

Por un momento Samar pensó que el teblor, de un modo muy poco propio de él, estaba intentando hacer una broma. Pero no, el enorme guerrero había hablado en serio. Y, para desesperación de la mujer, lo creyó y por tanto no halló nada gracioso ni absurdo en sus palabras.

—El momento para tomar esa decisión puede esperar, ¿no?

—Sí. —Karsa miró una vez más con el ceño fruncido a Buscabotes—. Describe a esos aparecidos.

—Altos, pero no tan altos como tú. Su carne es del tono de la muerte. Los ojos fríos como el hielo. Sostienen armas de hierro y entre ellos hay chamanes cuyo aliento mismo es enfermedad (terribles nubes de vapor venenoso), a todos los que toca, mueren entre grandes dolores.

—Creo —le dijo Samar Dev a Karsa— que su uso del término «aparecido» es para cualquier cosa o persona que no sea de su mundo. Pero los enemigos de los que hablan llegan en unos barcos. No parece muy probable si en verdad fueran no muertos. El aliento de los chamanes parece hechicería.

—Buscabotes —dijo Karsa—, cuando haya terminado aquí, me llevarás hasta los aparecidos.

La cara del hombre mudó de color.

—Son muchos, muchos días de viaje, libertador. Creo que enviaré recado de que vas de camino… a los clanes del norte…

—No. Tú nos acompañarás.

—Pero… ¿por qué?

Karsa dio un paso adelante y una mano salió disparada para coger a Buscabotes por el cuello. Arrastró al hombre hacia sí.

—Tú serás testigo, y siendo testigo te convertirás en más de lo que eres ahora. Estarás preparado para todo lo que ha de venir, tú y tu miserable pueblo. —Soltó al hombre, que se tambaleó hacia atrás con un jadeo—. Mi pueblo una vez creyó que podía esconderse —dijo el teblor, y enseñó los dientes—. Se equivocaban. Eso he aprendido y eso aprenderéis vosotros ahora. ¿Creéis que los aparecidos son todo lo que os afligirá? Necio. No son más que el principio.

Samar observó al gigantesco guerrero regresar a su despiece.

Buscabotes se lo quedó mirando con los ojos brillantes, embargados de terror. Después se giró en redondo y siseó en su idioma. Seis guerreros se adelantaron corriendo, pasaron junto a su líder, sacaron cuchillos y se acercaron a Karsa.

—Teblor —le advirtió Samar.

Buscabotes levantó las manos.

—¡No! Ningún daño te busca, libertador. Ahora te ayudan a cortar, eso es todo. Preparan el botín para ti, para que no tengamos que perder ningún tiempo…

—Quiero las pieles curadas —dijo Karsa.

—Sí.

—Y mensajeros que nos lleven esas pieles y la carne ahumada de esta matanza.

—Sí.

—Entonces podemos irnos ahora.

Buscabotes meneó la cabeza como si no pudiera confiar en su propia voz para responder a esa última exigencia.

Karsa recuperó su cuchillo con un gruñido burlón y se acercó a un charco cercano de agua salobre donde empezó a lavar la sangre de la hoja y después de las manos y los antebrazos.

Samar Dev se acercó a Buscabotes cuando la media docena de guerreros se agacharon a despiezar el bhederin muerto.

—¿Buscabotes?

Él la miró con ojos asustadizos.

—Eres una bruja, así te llama el libertador.

—Lo soy. ¿Dónde están vuestras mujeres? ¿Vuestros niños?

—Más allá de esta ciénaga, al oeste y al norte —respondió el hombre—. La tierra se alza y hay lagos y ríos donde

encontramos el grano negro y, entre la roca plana, bayas. Acabamos nuestra gran caza en las tierras abiertas y ahora regresamos a nuestros muchos campamentos con carne de invierno. Sin embargo —señaló con un gesto a sus guerreros —, os seguimos. Presenciamos cómo el libertador mata a los bhederin. Monta un caballo de hueso, no vemos caballos de hueso montados. Porta una espada de piedra natalicia. El profeta de hierro le habla a nuestro pueblo de tales guerreros, los que empuñan la piedra natalicia. Dice que vienen.

—No he oído hablar de ese tal profeta de hierro —dijo Samar Dev con el ceño fruncido.

Buscabotes hizo un gesto y miró al sur.

—Hablar de esto, es el tiempo congelado. —Cerró los ojos y su tono cambió de repente—. En el tiempo de la gran matanza, que es el tiempo congelado del pasado, los anibar moraban en las llanuras y viajaban casi hasta el río Este, donde los grandes campamentos amurallados de los ugari se alzaban de la tierra, y con los ugari los anibar intercambiaban carne y pieles por herramientas de hierro y armas. La gran matanza llegó a los ugari entonces, y muchos huyeron para buscar refugio entre los anibar. Pero los asesinos los siguieron, los mezla los llamaban los ugari, y se libró una batalla terrible y todos los que se habían refugiado entre los anibar cayeron ante los mezla.

»Al temer un castigo por la ayuda prestada a los ugari, los anibar se prepararon para huir (para internarse más todavía en el odhan), pero el líder de los mezla los encontró antes. Con un centenar de guerreros oscuros vino, pero contuvo sus armas de hierro. Los anibar no eran su enemigo, les dijo, y después lanzó una advertencia: otros venían y esos carecerían de piedad. Destruirían a los anibar. Este líder era el profeta de hierro, el rey Iskar Jarak, y los anibar

prestaron atención a sus palabras y huyeron, al este y al norte, hasta que estas tierras de aquí y los bosques y lagos posteriores, se convirtieron en su hogar. —Miró adonde Karsa, sus provisiones reunidas, había montado a lomos de su caballo jhag, y su voz cambió una vez más—. El profeta de hierro nos cuenta que hay un tiempo en el que, cuando corremos mayor peligro, vienen a defendernos los que empuñan la piedra natalicia. Así pues, cuando vemos quién viaja por nuestra tierra y la espada que porta en las manos… este tiempo va pronto a ser un tiempo congelado.

Samar estudió a Buscabotes durante largo rato, después miró a Karsa.

—No creo que vayas a poder montar a Estragos —dijo—. Estamos a punto de dirigirnos a un terreno difícil.

—Hasta que llegue ese momento, montaré —respondió el teblor—. Tú eres libre de guiar a tu caballo a pie. De hecho, eres libre de acarrearlo por todo el terreno que consideres difícil.

Irritada, Samar se encaminó hacia su propio caballo.

—Bien, por ahora cabalgaré detrás de ti, Karsa Orlong. Al menos no tendré que preocuparme de que me golpeen las ramas, ya que tú te dedicarás a derribar todos los árboles que se interpongan en tu camino.

Buscabotes esperó hasta que los dos estuvieron listos y después se puso en marcha por el borde del pantanoso claro hasta que llegó a su extremo y de inmediato giró y desapareció en el bosque.

Karsa detuvo a Estragos y miró furioso los matorrales densos, enmarañados, y las compactas píceas negras.

Samar Dev se echó a reír, lo que le granjeó una mirada furiosa del teblor.

Después, el guerrero se bajó de la grupa de su semental.

Encontraron a Buscabotes esperándolos con una expresión de disculpa en la cara pintada de gris.

—Pistas dejadas por la caza, libertador. En estos bosques hay ciervos, osos, lobos y gamos, ni siquiera los bhederin moran en las profundidades, más allá de los claros. Los alces y los caribúes están más al norte. Estos caminos de animales, como veis, son bajos. Hasta los anibar se agachan y pasan rápido. En el tiempo no hallado que tenemos por delante y del que poco se puede decir, encontramos más roca plana y el trayecto será más fácil.

A la vez interminable y monótono, el bosque bajo suponía un trayecto riscoso y enredado donde proliferaba la frustración, como si viviera con el único propósito de negar el paso. El lecho de roca estaba cerca de la superficie, una roca maltratada de color morado y negro, entreverada en algunos lugares por largas venas de cuarcita, aunque su superficie estaba combada, inclinada y plegada, con lo que formaba cuencas de muros altos, agujeros y barrancos llenos de losas exfoliadas recubiertas de musgo resbaladizo de color verde esmeralda. Los árboles caídos atestaban esas depresiones, la corteza de la pícea negra era áspera como la zapa y las ramas sin agujas eran duras como garras e inflexibles.

De vez en cuando penetraban haces de luz que arrojaban motas de color intenso por un mundo de otro modo oscuro y cavernoso.

Llegado el atardecer, Buscabotes los llevó hasta un pedregal traicionero por el que treparon con no poco esfuerzo. Karsa y Samar Dev, que llevaban a sus caballos por las riendas, encontraron el ascenso peligroso, cada asidero menos seguro que el anterior, el musgo cedía como piel podrida y exponía rocas angulosas y afiladas y agujeros

profundos, cualquiera de los cuales podría romperle la pata a un caballo.

Empapada de sudor mugriento, cubierta de arañazos y raspaduras, Samar Dev al fin alcanzó la cima y giró para guiar a su caballo por los últimos pasos. Ante ellos serpenteaba una superficie rocosa más o menos llana, gris por la piel de los líquenes. De alguna que otra modesta depresión se alzaban espinos blancos y pinos de banks, algún roble disperso, ribeteado de enebro y matorrales de arándanos y gaulteria. Libélulas del tamaño de dragones atravesaban como rayos nubes de insectos más pequeños que giraban bajo la luz moribunda de la tarde.

Buscabotes señaló el norte con un gesto.

—Este sendero lleva a un lago. Acampamos allí.

Se pusieron en marcha.

No se veía suelo más alto en ninguna dirección y a medida que el batolito giraba y viraba, flanqueado de vez en cuando por plataformas algo más bajas y tocones, Samar Dev no tardó en darse cuenta de lo fácil que sería perderse en esa tierra salvaje. El sendero se bifurcaba más adelante y, al acercarse al cruce, Buscabotes recorrió el borde oriental, buscó durante un rato y después escogió el risco de la derecha.

Samar Dev lo imitó, miró el borde y vio lo que su guía había estado buscando, una línea sinuosa de cantos más pequeños posados en un saliente de piedra un poco por debajo de ellos, el dibujo creaba algo parecido a una serpiente, la cabeza consistía en una roca plana con forma de cuña mientras que, en el otro extremo, la última piedra de la cola no era más grande que la uña de su pulgar. Los líquenes cubrían las piedras y se arremolinaban alrededor de cada una, lo que sugería que el indicador del camino era muy antiguo. No había nada obvio en la petroforma que

aclarara la elección de ruta, aunque la cabeza de la serpiente apuntaba en la dirección que habían tomado.

—Buscabotes —exclamó—, ¿cómo lees esta serpiente de cantos?

El guía se giró y la miró.

—Una serpiente se aleja del corazón. Una tortuga es el camino al corazón.

—De acuerdo, ¿entonces por qué no están en terreno más alto, para que no tengas que buscarlas?

—Cuando el grano negro se transporta al sur, tomamos la carga, ni tortuga ni serpiente deben perder forma ni dibujo. Recorremos estos caminos de piedra. Cargados.

—¿Adónde lleváis la cosecha?

—A nuestros campamentos reunidos de las llanuras. Cada banda. Reunimos la cosecha. En una sola. Y la dividimos, de modo que cada banda tenga grano suficiente. No se puede confiar en los lagos, los ríos y sus orillas. Algunas cosechas rinden con abundancia. Otras cosechas rinden con debilidad. Como el agua se eleva y como el agua cae. No es lo mismo. La roca plana intenta nivelarse en todo el mundo, pero no puede, así que el agua se eleva y el agua cae. No nos arrodillamos ante la injusticia, de otro modo nosotros mismos desechamos la justicia y la igualdad y el cuchillo busca al cuchillo.

—Antiguas reglas para enfrentarse a la hambruna —dijo Samar con un asentimiento.

—Reglas del tiempo congelado.

Karsa Orlong miró a Samar Dev.

—¿Qué es ese tiempo congelado, bruja?

—El pasado, teblor.

La mujer observó que los ojos del guerrero se entrecerraban con aire pensativo y después gruñó.

—Y el tiempo no hallado es el futuro —dijo después—, lo que significa que ahora es el tiempo que fluye…

—¡Sí! —exclamó Buscabotes—. ¡Dices el secreto mismo de la vida!

Samar Dev se subió a la silla (en ese cerro podían montar sus caballos) con cuidado. Observó que Karsa Orlong la imitaba y una extraña quietud la llenó entera. Nacida, comprendió, de las palabras de Buscabotes. *«El secreto mismo de la vida.» Este tiempo que fluye todavía no congelado y solo ahora averiguado en lo no hallado.*

—Buscabotes, el profeta de hierro vino a vosotros hace mucho tiempo, en el tiempo congelado, sin embargo os habló del tiempo no hallado.

—Sí, tú lo entiendes, bruja. Iskar Jarak no habla más que un lenguaje, pero dentro están todos y cada uno. Es el profeta de hierro. El rey.

—¿Vuestro rey, Buscabotes?

—No. Nosotros somos sus sombras.

—Porque vosotros existís solo en el tiempo que fluye.

El hombre se volvió y se inclinó en un gesto reverente que agitó algo en el interior de Samar Dev.

—Tu sabiduría nos honra, bruja.

—¿Dónde —preguntó ella— está el reino de Iskar Jarak?

Lágrimas repentinas en los ojos del hombre.

—Una respuesta que anhelamos encontrar. Está perdido…

—En el tiempo no hallado.

—Sí.

—Iskar Jarak era mezla.

—Sí.

Samar Dev abrió la boca para hacer una pregunta más, luego se dio cuenta de que no era necesario. Ya sabía la respuesta.

—Buscabotes —dijo en su lugar—, dime, del tiempo congelado al tiempo que fluye, ¿hay un puente?

La sonrisa del hombre fue melancólica, impregnada de anhelo.

—Lo hay.

—Pero no podéis cruzarlo.

—No.

—Porque está ardiendo.

—Sí, bruja, el puente arde.

El rey Iskar Jarak y el reino no hallado…

Descendían como inmensos escalones bastos, los estantes de roca se precipitaban entre las olas y la espuma que se estrellaban en la orilla. Un viento fiero barría el agua oscura del mar del norte hasta el mismísimo horizonte, donde las nubes de tormenta dominaban el cielo, del color de la armadura ennegrecida. A su espalda y extendiéndose por toda la costa occidental se alzaba un bosque inclinado de pinos, abetos y cedros, las ramas arrancadas y astilladas por los fuertes vientos.

Taralack Veed se estremeció y se ciñó mejor las pieles, después les dio la espalda a los mares embravecidos.

—Ahora viajamos hacia el oeste —dijo hablando en voz lo bastante alta como para que lo oyeran por encima de la galerna—. Seguimos esta costa hasta que gire hacia el norte. Entonces viramos hacia el interior, hacia el oeste, y nos adentramos en la tierra de piedra y lagos. Difícil, pues hay poca caza por allí, aunque podremos pescar. Peor, hay salvajes sedientos de sangre, demasiado cobardes para atacar de día. Siempre de noche. Debemos estar listos para ellos. Debemos infligir una matanza.

Icarium no dijo nada, su mirada inhumana seguía clavada en la tormenta que se acercaba.

Taralack frunció el ceño y volvió a meterse en el campamento rodeado de rocas que habían montado, se agachó al bendito socaire y sostuvo las manos rojas, castigadas por el frío, junto a la hoguera de madera de desecho. Pocos brillos quedaban de la legendaria, casi mítica, ecuanimidad del jhag. Sombrío y arisco era lo que lo definía. Una remodelación de Icarium hecha por Taralack Veed con sus propias manos, aunque no hacía más que seguir las instrucciones precisas que le habían dado los sin nombre. *La hoja se ha hecho roma. Tú serás la piedra de amolar, gral.*

Pero las piedras de amolar eran insensibles, indiferentes a la hoja y a la mano que la sostenía. Para un guerrero alimentado por la pasión, era una inmunidad difícil de lograr, y mucho menos mantener. Podía sentir ya el peso que comenzaba a acumularse y sabía que un día terminaría por envidiar la muerte misericordiosa que se había llevado a Mappo Runt.

Habían avanzado a buen ritmo hasta el momento. Icarium era incansable una vez le daban una dirección. Y Taralack, a pesar de toda su capacidad y resistencia, estaba agotado. *Yo no soy trell y esto no es solo vagar. Ya no, y nunca más lo será para Icarium.*

Ni, al parecer, para Taralack Veed.

Levantó la vista cuando oyó que algo se movía y vio descender a Icarium.

—Esos salvajes de los que hablabas —dijo el jhag sin más preámbulos—, ¿por qué habrían de desafiarnos?

—Su bosque abandonado está lleno de sitios sagrados, Icarium.

—Solo hemos de evitar inmiscuirnos, entonces.

—No son lugares fáciles de reconocer. Quizá una línea de cantos en el lecho de roca, en su mayor parte enterrados en líquenes y musgo. O los restos de unas cuernas en la horquilla de un árbol, tan recubiertas de maleza que son casi invisibles. O una vena de cuarcita en la que resplandecen motas de oro. O la piedra para herramientas verde, las canteras no son más que una brecha pálida en una roca vertical, la piedra verde arrancada de ella con fuego y agua fría. Es posible que poco más que un camino de osos en el lecho de roca, pisoteado por esas miserables bestias a lo largo de un número incontable de generaciones. Todo es sagrado. No hay forma de desentrañar las mentes de esos salvajes.

—Parece que sabes mucho sobre ellos, sin embargo me has dicho que jamás has viajado por sus tierras.

—He oído hablar de ellos, en gran detalle, Icarium.

Una arista repentina en los ojos del jhag.

—¿Quién fue el que te informó tan bien, Taralack Veed de los gral?

—He vagado por tierras muy lejanas, amigo mío. He extraído un millar de relatos…

—Te estaban preparando. Para mí.

Una sonrisa leve convenía al momento y Taralack la encontró sin dificultad.

—Muchos de esos vagabundeos fueron en tu compañía, Icarium. Ojalá pudiera regalarte mis recuerdos del tiempo que hemos compartido.

—Ojalá pudieras —asintió Icarium, que se había quedado mirando al fuego.

—Por supuesto —añadió Taralack—, habría mucha oscuridad, muchas hazañas lúgubres y desagradables, en ese regalo. La ausencia de tu interior, Icarium, es a la vez una bendición y una maldición, lo comprendes, ¿verdad?

—No hay bendición en ese vacío —dijo el jhag sacudiendo la cabeza—. Todo lo que he hecho no puede exigir su precio legítimo. No puede marcar mi alma. Y así permanezco inmutable, ingenuo para siempre…

—Inocente.

—No, inocente no. No hay nada exculpatorio en la ignorancia, Taralack Veed.

Ahora me llamas por mi nombre, no «amigo». ¿La desconfianza ha empezado a envenenarte?

—Y por tanto es mi tarea, cada vez, devolverte todo lo que has perdido. Es arduo y me desgasta, por desgracia. Mi debilidad yace en mi deseo de ahorrarte los más horrendos de los recuerdos. Hay demasiada compasión en mi corazón y, al intentar ahorrarte dolor, me encuentro ahora con que no hago más que herir. —Se escupió en las manos y se alisó el cabello hacia atrás, después estiró las manos una vez más cerca de las llamas—. Muy bien, amigo mío. Una vez, hace mucho tiempo, te empujaba la necesidad de liberar a tu padre, al que se había llevado una Casa de Azath. Enfrentado a un terrible fracaso, nació una fuerza más profunda y letal, tu rabia. Hiciste pedazos una senda herida y destruiste un Azath, lo que liberó en el mundo una multitud de entidades demoníacas, todas las cuales buscaban solo dominar y tiranizar. A algunas de ellas las mataste, pero muchas escaparon de tu ira y continúan vivos hasta este día, repartidos por el mundo como tantas semillas del mal.

»La ironía más amarga es la siguiente: tu padre no buscaba liberación alguna. Había elegido, por voluntad propia, convertirse en guardián de una Casa de Azath, y es posible que continúe siéndolo hoy.

»A consecuencia de la devastación que forjaste, Icarium, un culto, devoto desde el comienzo de los tiempos de los

azath, consideró necesario crear guardianes propios. Guerreros elegidos que te acompañarían, allá donde fueras; pues tu rabia y la destrucción de la senda te habían arrancado todo recuerdo de tu pasado y estabas condenado, para toda la eternidad al parecer, a buscar la verdad de todo cuanto has hecho. Y a tropezar con la rabia una y otra vez, provocando aniquilación.

»Este culto, el de los sin nombre, procuró entonces vincularte a un compañero. Como yo. Sí, amigo mío, ha habido otros, mucho antes de que yo naciera, y a cada uno se le imbuyó de hechicería, para ralentizar los rigores de la edad y blindarlo contra todo modo de enfermedad y veneno durante el tiempo que se mantuviera el servicio de ese compañero. Nuestra tarea es guiarte en tu furia, imponer un foco moral y, sobre todo, ser tu amigo, y esta última tarea ha resultado ser, una y otra vez, la más sencilla y, de hecho, la más seductora de todas ellas, pues es fácil encontrar en nuestro interior un amor profundo y perdurable por ti. Por tu sinceridad, tu lealtad, y por el honor sin mancha que habita en tu interior.

»Admito, Icarium, que tu sentido de la justicia es duro. Pero, en último caso, profundo en su nobleza. Y ahora, aguardándote, hay un enemigo. Solo tú, amigo mío, eres lo bastante poderoso como para enfrentarte a ese enemigo. Y así viajamos ahora, y todos los que intentan oponerse a nosotros, por la razón que sea, deben ser apartados a un lado. Por el bien mayor. —Se permitió sonreír otra vez, solo que esa vez impregnó la expresión de una angustia inmensa, aunque contenida con valor—. Debes ahora preguntarte, ¿son los sin nombre dignos de tal responsabilidad? ¿Puede su integridad moral y su sentido del honor igualar al tuyo? La respuesta se encuentra en la necesidad y, por encima de eso, en el ejemplo que das. Tú

guías a los sin nombre, amigo mío, con cada uno de tus actos. Si ellos fracasan en su vocación, será porque tú has fracasado en la tuya.

Complacido por haber recordado a la perfección las palabras que le habían encomendado, Taralack Veed estudió al gran guerrero que permanecía ante él, iluminado por el fuego, el rostro oculto tras las manos. Como un niño al que la ceguera imponía la destrucción.

Se dio cuenta de que Icarium estaba llorando.

Bien. Hasta él. Incluso él se alimentará de su propia angustia y hará de ella un néctar adictivo, un dulce opiáceo de recriminaciones y dolor.

Y así toda duda, toda desconfianza, se desvanecerá.

Pues de todas esas cosas no se puede extraer dulce dicha.

Del cielo cayó una lluvia fría y se oyó el rumor profundo del trueno. Pronto tendrían la tormenta encima.

—Ya he descansado lo suficiente —dijo Taralack mientras se levantaba—. Nos aguarda una larga marcha…

—No hay necesidad —dijo Icarium tras las manos.

—¿Qué quieres decir?

—El mar. Está lleno de barcos.

El jinete solitario bajó de las colinas poco después de la emboscada. Barathol Mekhar, los enormes antebrazos, llenos de marcas y picados de viruelas, salpicados de rojo, se levantó tras su largo y silencioso estudio del demonio muerto. Vestía la armadura y el yelmo, y después sacó el hacha.

Habían pasado meses desde que habían aparecido los t'lan imass, había creído que ya hacía tiempo que habían desaparecido, que se habían ido incluso antes de que el

viejo Kulat abandonara la aldea en su recién adquirida locura. No se había dado cuenta (ninguno lo había hecho) de que esas terribles criaturas no muertas jamás se habían llegado a ir.

La partida de viajeros había sido masacrada, la emboscada llevada a cabo con tal rapidez que Barathol ni siquiera había sabido de su existencia hasta que había sido demasiado tarde. Jhelim y Filiad habían irrumpido de repente en la herrería hablando a gritos de un asesinato ocurrido justo a las afueras de la aldea. Él había recogido su arma y había corrido con ellos al camino occidental solo para encontrarse con que el enemigo ya se había ido, cumplida su misión, y sobre el antiguo camino, caballos moribundos y cuerpos inmóviles tirados por el suelo como si se hubieran caído del cielo.

Tras enviar a Filiad en busca de la anciana Nulliss, que poseía ciertas modestas habilidades como sanadora, Barathol había regresado a su herrería sin hacer caso de Jhelim, que lo seguía como un cachorrito perdido. Se había puesto su armadura y se había tomado su tiempo. Los t'lan imass, sospechaba, habrían sido concienzudos. Habrían dispuesto de tiempo para asegurarse de que no cometían errores. Nulliss se encontraría con que nada podía hacerse por las pobres víctimas.

Al regresar al camino occidental, sin embargo, le asombró ver a la anciana semk arrodillada junto a una figura y gritándole órdenes a Filiad. A los atónitos ojos de Barathol le pareció, cuando se acercó corriendo, que la mujer había metido las manos en el cuerpo del hombre y movían los escuálidos brazos como si estuviera amasando. Y al tiempo que lo hacía, sus ojos no se separaban de una mujer echada cerca que había comenzado a quejarse y con las piernas

abría surcos en el suelo. De ella, la sangre se había derramado por todas partes.

Nulliss lo vio y lo llamó.

Barathol advirtió que al hombre junto al que se había arrodillado la mujer lo habían destripado. Nulliss estaba volviendo a meter los intestinos en el interior.

—Por el amor del Embozado, mujer —rezongó el herrero—, déjalo estar. Está acabado. Le has llenado la cavidad de tierra…

—Viene de camino agua hirviendo —le soltó ella—. Tengo intención de lavarla. —Señaló con la cabeza a la mujer que se agitaba—. Esa tiene una puñalada en el hombro y ahora está de parto.

—¿De parto? Por los dioses del inframundo. Escucha, Nulliss, el agua hirviendo no servirá, a menos que tengas intención de cocinar su hígado para la cena de esta noche.

—¡Vuelve con tu maldito yunque, simio descerebrado! Era un corte limpio, he visto lo que pueden hacer los jabalíes con sus colmillos y es muchísimo peor.

—Quizá empezara siendo limpio…

—¡He dicho que pienso limpiarlo! Pero no podemos llevarlo al pueblo con las tripas arrastrando, ¿no crees?

Desconcertado, Barathol miró a su alrededor. Le apetecía matar algo. Un deseo muy simple, pero ya sabía que se lo frustrarían y eso lo ponía de mal humor. Se acercó al tercer cuerpo. Un anciano, tatuado y sin manos, los t'lan imass lo habían hecho pedazos. *Bueno. Este era su objetivo. Los otros solo estaban en medio. Que es por lo que les dio igual si vivían o morían.* Mientras que ese pobre malnacido no podía estar más muerto de lo que estaba.

Tras un momento, Barathol se dirigió hacia la última víctima a la vista. De la aldea empezaba a llegar más gente con mantas y trapos. Storuk, Fenar, Hayrith, Stuk, todos

parecían de algún modo más pequeños, reducidos y pálidos de miedo. Nulliss empezó a chillar órdenes una vez más.

Ante él estaba despatarrado un demonio de algún tipo. Le habían amputado los dos miembros de un lado. No mucha sangre, observó, pero algo extraño parecía haber afligido a la criatura al morir. Tenía un aspecto… desinflado, como si la carne hubiera empezado a disolverse bajo la piel, a fundirse en la nada. Sus extraños ojos ya se habían secado y agrietado.

—¡Herrero! ¡Ayúdame a levantar a este!

Barathol regresó.

—Sobre la manta. Storuk, tú y tu hermano por ese extremo, una esquina cada uno. Fenar, tú conmigo por el otro extremo…

Hayrith, casi tan anciana como la propia Nulliss, sostenía los trapos en los brazos.

—¿Y yo qué? —preguntó.

—Ve a sentarte junto a la mujer. Métele un trapo en la herida, la cauterizaremos más tarde, a menos que el parto le dé problemas…

—Con la pérdida de sangre —dijo Hayrith con los ojos entrecerrados—, es probable que no sobreviva a él.

—Quizá. Por ahora, siéntate con ella. Cógele la mano, háblale y…

—Sí, sí, bruja, no eres la única de por aquí que sabe lo que es.

—Bien. Pues en marcha.

—Lo estabas deseando, ¿eh?

—Calla ya, vaca sin ubres.

—¡Reina Nulliss, suma sacerdotisa de la mala leche!

—Herrero —rezongó Nulliss—, pégale un hachazo, ¿quieres?

Hayrith se escabulló con un siseo.

—Ayúdame —le dijo Nulliss—, tenemos que levantarlo.

Parecía una tarea inútil, pero hizo lo que le pedían y le sorprendió oírla declarar que el joven todavía vivía después de depositarlo en la manta.

Mientras Nulliss y los otros se lo llevaban, Barathol se acercó sin prisas al cuerpo desmembrado del anciano tatuado. Se agachó a su lado. Sería una tarea desagradable, pero cabía la posibilidad de que Barathol lograra información sobre él por sus posesiones. Le dio la vuelta al cuerpo y después se detuvo y miró con fijeza esos ojos inertes. Los ojos de un gato. Observó con interés renovado el dibujo de los tatuajes y después se sentó muy despacio.

Y solo entonces se fijó en todas aquellas moscas muertas. Cubrían el suelo por todas partes, más moscas de las que había visto jamás. Barathol se irguió y regresó junto al demonio muerto.

Miró al suelo con aire pensativo hasta que un movimiento distante y el sonido de los cascos de unos caballos le llamaron la atención. Tras él, los aldeanos habían regresado para llevarse a la mujer embarazada.

Y en ese momento se percató del jinete que cabalgaba directamente hacia él.

En un caballo empapado de sudor del color del hueso blanqueado por el sol. Vestía una armadura recubierta de polvo barnizada de blanco. El rostro pálido del hombre bajo el borde del yermo estaba demacrado por el dolor. Detuvo a la montura, se deslizó de la silla y, sin hacer caso de Barathol, se tambaleó hasta el demonio, donde cayó de rodillas.

—¿Quién… quién ha hecho esto? —preguntó.

—T'lan imass. Cinco. Un grupo bastante quebrantado, incluso para lo que son los t'lan imass. Una emboscada. —Barathol señaló el cuerpo del hombre tatuado—. Iban tras él,

creo. Sacerdote, de un culto devoto del héroe primero Treach.

—Treach es ahora dios.

Al oír eso, Barathol se limitó a rezongar. Volvió a lanzar un vistazo a las casuchas destartaladas a las que había terminado por considerar su hogar.

—Había otros dos. Vivos todavía, aunque uno no durará mucho más. La otra está embarazada y se ha puesto de parto…

El hombre alzó la cabeza y lo miró.

—¿Dos? No, debería haber habido tres. Una chica…

Barathol frunció el ceño.

—Creí que el sacerdote era el objetivo, fueron concienzudos con él, pero ahora veo que acabaron con él porque era el que suponía la mayor amenaza. Debían de venir a por la chica. No está aquí.

El hombre se levantó. Igualaba a Barathol en altura, pero no en anchura.

—Quizá huyó… a las colinas.

—Es posible. Aunque —añadió mientras señalaba un caballo muerto que había cerca—, me había extrañado la montura extra, ensillada como las otras. Derribada en el camino.

—Ah, sí. Entiendo.

—¿Quién eres? —preguntó Barathol—. ¿Y qué era esa chica desaparecida para ti?

La conmoción todavía estaba escrita con líneas profundas en el rostro del hombre, que parpadeó al oír las preguntas, después asintió.

—Me llamo L'oric. La niña era… era para la reina de los Sueños. Venía a recogerla, a ella y a mi familiar. —Bajó los ojos de nuevo, miró al demonio y la angustia tiró de sus rasgos una vez más.

—La fortuna te ha abandonado, entonces —dijo Barathol. Se le ocurrió algo—. L’oric, ¿tienes alguna habilidad en el arte de la sanación?

—¿Qué?

—Eres uno de los magos supremos de Sha’ik, después de todo…

L’oric apartó la vista, como si le doliera.

—Sha’ik está muerta. La rebelión ha quedado aplastada.

Barathol se encogió de hombros.

—Sí —dijo L’oric—, puedo recurrir a Denul, si es menester.

—¿Es la vida de esa chica lo único que te preocupa? —Señaló con un gesto al demonio—. No puedes hacer nada por tu familiar, ¿qué hay de sus compañeros? El joven morirá… si no ha muerto ya. ¿Te quedarás aquí, lamentándote sin más por lo que has perdido?

Un destello de cólera.

—Te aconsejo cautela —dijo L’oric en voz muy baja—. En otro tiempo fuiste soldado, eso es obvio, pero te has ocultado aquí como un cobarde mientras que el resto de Siete Ciudades se alzó en armas soñando con la libertad. No me reprenderá alguien como tú.

Los ojos oscuros de Barathol estudiaron a L’oric un momento más, después se dio la vuelta y echó a andar de regreso hacia los edificios.

—Vendrá alguien —dijo por encima del hombro— para vestir a los difuntos para el entierro.

Nulliss había elegido el antiguo mesón para depositar a sus pacientes. Sacaron un catre de una de las habitaciones para la mujer, y al joven destripado lo colocaron sobre la mesa comunal del comedor. Una olla llena de agua humeaba en la

chimenea y Filiad estaba usando un gancho para sacar tiras empapadas de tela y llevarlas adonde trabajaba la semk.

Esta había sacado los intestinos una vez más, pero de momento parecía hacer caso omiso de la masa palpitante, tenía las dos manos metidas en lo más hondo de la cavidad del vientre.

—¡Moscas! —siseó cuando entró Barathol—. ¡Este maldito agujero está lleno de moscas muertas!

—Tú no lo salvarás —dijo Barathol mientras se acercaba a la barra y dejaba el hacha en la superficie maltratada y llena de polvo, el arma emitió un ruidoso estrépito metálico al posarse sobre la madera. Después empezó a quitarse los guanteletes y miró a Hayrith—. ¿Ha dado a luz? —preguntó.

—Sí. Una niña. —Hayrith se estaba lavando las manos en una palangana, pero señaló un bultito envuelto en telas echado sobre el pecho de la mujer—. Ya está mamando. Creí que las cosas habían ido mal, herrero. Muy mal. El bebé salió azul. Solo que el cordón no estaba anudado y tampoco le rodeaba el cuello.

—¿Entonces por qué estaba azul?

—¿Estaba? Todavía lo está. Padre napaniano, diría yo.

—¿Y el destino de la madre?

—Vivirá. No me hizo falta Nulliss. Sé cómo se limpia y se cauteriza una herida. Vaya, seguí al falah'd del Ejército Sagrado de Hissar, vi campos de batalla de sobra en mis tiempos. Y también limpié un buen montón de heridas. —Se escurrió el agua de las manos y después se las secó en la túnica mugrienta—. Tendrá fiebre, por supuesto, pero si sobrevive a eso, se pondrá bien.

—¡Hayrith! —exclamó Nulliss—. ¡Ven aquí y escurre esos trapos! Después vuelve a meterlos en el agua hirviendo. ¡Dioses del inframundo, lo estoy perdiendo! Su corazón se desvanece.

La puerta se abrió de golpe. Las cabezas se giraron y se clavaron en L’oric, que entró despacio.

—En el nombre del Embozado, ¿se puede saber quién es ese? —preguntó Hayrith.

Barathol se desabrochó el yelmo y contestó.

—El mago supremo L’oric. Ahora es un refugiado del Apocalipsis.

Hayrith lanzó una carcajada seca.

—¡Bueno, pues está en el lugar adecuado! ¡Bienvenido, L’oric! ¡Sírvete un jarro de polvo y un plato de cenizas y únete a nosotros! Fenar, deja de mirar y vete a buscar a Chaur y a Urdan. Hay carne de caballo ahí fuera que hay que despiezar, no queremos que los lobos de las colinas bajen y se la queden.

Barathol observó a L’oric acercarse adonde Nulliss se había arrodillado sobre el joven de la mesa. Estaba metiendo trapos y sacándolos después, había demasiada sangre, no era de extrañar que el corazón estuviera desvaneciéndose.

—Apártate —le dijo L’oric—. No domino el gran Denul, pero como mínimo puedo limpiar y sellar la herida, y eliminar el riesgo de infección.

—Ha perdido demasiada sangre —siseó Nulliss.

—Quizá —admitió L’oric—, pero al menos démosle al corazón una oportunidad de recuperarse.

Nulliss se apartó.

—Como quieras —soltó, malhumorada—. Yo ya no puedo hacer más por él.

Barathol fue detrás de la barra y se agachó enfrente de un panel de madera que golpeó con fuerza. El panel cayó y reveló tres jarras polvorientas. Sacó una, se levantó y la dejó en el mostrador. Encontró un jarro, lo limpió y después, tras quitar la tapa de un tirón, lo llenó.

Todos los ojos se habían centrado en él, salvo los del propio L’oric, que permanecía junto al joven y le estaba posando las manos en el pecho.

—¿De dónde salió eso, herrero? —le preguntó Hayrith con tono reverente.

—El escondite del viejo Kulat —respondió Barathol—. No creo que vaya a volver a buscarlo.

—¿Qué es eso que huelo?

—Ron falari.

—¡Dioses benditos de las alturas y del inframundo!

De repente todos y cada uno de los vecinos presentes en el local se apiñaron alrededor de la barra. Nulliss apartó a Filiad con un gruñido burlón.

—Tú no… eres muy joven…

—¿Muy joven? ¡Mujer, que he visto veintiséis años!

—¡Ya me has oído! ¿Veintiséis años? No bastan para saber apreciar el ron falari, cachorro escuálido.

Barathol suspiró.

—No seas codiciosa, Nulliss. Además, hay dos jarras más en el estante de abajo. —Recogió su jarro y se apartó de ellos mientras Filiad y Jhelim se peleaban por meterse tras la barra.

Una cicatriz lívida era todo lo que quedaba de la estocada que había atravesado el vientre del joven, aparte de salpicaduras de sangre medio seca. L’oric continuaba a su lado, las manos inmóviles en el pecho. Tras un momento, abrió los ojos y dio un paso atrás.

—Es un corazón fuerte… ya veremos. ¿Dónde está la otra?

—Allí. Una herida en el hombro. La han cauterizado, pero puedo garantizar que habrá sepsis y es probable que termine matándola, a menos que hagas algo.

L’oric asintió.

—Se llama Scillara. Al joven no lo conozco. —Frunció el ceño—. Heboric Manos Fantasmales… —Se frotó la cara—. No habría pensado… —Miró a Barathol—. Cuando Treach lo eligió para que fuese su destriant, bueno, había tanto… poder. ¿T'lan imass? ¿Cinco t'lan imass deshechos?

Barathol se encogió de hombros.

—Yo no vi la emboscada. Los imass se presentaron aquí hace meses y después pareció que se habían ido. Después de todo, aquí no había nada que quisieran. Ni siquiera yo.

—Sirvientes del dios Tullido —dijo L'oric—. Los Desencadenados, de la Gran Casa de Cadenas. —Se dirigió a la mujer a la que había llamado Scillara—. Los dioses sin duda están en guerra…

Barathol lo siguió con los ojos. Se bebió la mitad del ron que tenía en la jarra y después se reunió de nuevo con el mago supremo.

—Los dioses, dices.

—La fiebre ya susurra en su interior, esto no servirá. —Cerró los ojos y empezó a murmurar algo por lo bajo. Tras un momento, dio un paso atrás y se encontró con los ojos de Barathol—. Es lo que viene. La sangre de mortales derramada. Vidas inocentes… destruidas. Incluso aquí, en este agujero podrido de aldea, no os podéis esconder de la tormenta, os encontrará, os encontrará a todos.

Barathol se terminó el ron.

—¿Irás en busca de la chica?

—¿Y sin ayuda alguna arrancársela a los Desencadenados? No. Incluso si supiera dónde buscar, es imposible. La jugada de la reina de los Sueños ha fallado, lo más probable es que ya lo sepa. —Respiró hondo con un suspiro entrecortado, y solo entonces notó Barathol lo agotado que estaba ese hombre—. No —dijo de nuevo, con una expresión vaga y después desdichada—. He perdido a

mi familiar… sin embargo… —Sacudió la cabeza—. Sin embargo no hay dolor, con la amputación debería haber dolor, no lo entiendo…

—Mago supremo —dijo Barathol—, aquí hay habitaciones libres. Descansa. Haré que Hayrith te busque algo de comer y Filiad puede llevar tu caballo al establo. Espera aquí a que yo regrese.

El herrero habló con Hayrith y después salió del mesón y regresó una vez más al camino del oeste. Vio a Chaur, Fenar y Urdan quitándoles las sillas y los arreos a los caballos muertos.

—¡Chaur! —exclamó—, apártate de ese. No, por aquí… Ahí, quédate quieto, maldito seas. Ahí. No te muevas. —El caballo de la chica. Al llegar a él, lo rodeó con cuidado en busca de huellas.

Chaur no paraba quieto, era un hombretón, pero tenía la mente de un chiquillo, aunque la visión de la sangre jamás lo había molestado.

Barathol no le hizo caso y siguió leyendo los arañazos, los surcos y las piedras sacadas de sitio y al fin encontró una huella pequeña, plantada no más que una vez y después torcida de un modo extraño sobre el talón. A ambos lados, huellas más grandes, esqueléticas, pero atadas por algunos sitios con tiras de cuero o fragmentos de piel curada.

Así que se había bajado de un salto del caballo mortalmente herido, pero en el mismo instante en que su pie entraba en contacto con el suelo, los t'lan imass la habían atrapado y la habían levantado por los aires, sin duda la chica se había debatido, pero contra una fuerza inhumana, implacable como aquella, había estado indefensa.

Y después los t'lan imass habían desaparecido. Se habían desvanecido en el polvo. De algún modo se la habían

llevado con ellos. Barathol no pensaba que eso fuera posible. Pero… no había huellas que se alejaran de la zona.

Frustrado, Barathol echó a andar de regreso al mesón.

Un gemido tras él lo hizo dar la vuelta.

—No pasa nada, Chaur. Puedes volver con lo que estabas haciendo.

Le respondió una sonrisa radiante.

Cuando entró, Barathol percibió que algo había cambiado. Los vecinos habían retrocedido hasta la pared, detrás de la barra. L'oric se encontraba en el centro de la sala, delante del herrero, que se detuvo nada más entrar. El mago supremo había sacado su espada, una hoja de un blanco resplandeciente.

L'oric, los ojos duros clavados en Barathol, habló entonces.

—Acabo de oír tu nombre.

El herrero se encogió de hombros.

Una mueca de desprecio crispó la cara pálida de L'oric.

—Me imagino que todo ese ron les soltó la lengua, o quizá solo olvidaron tus órdenes de mantener ese tipo de detalles en secreto.

—No he dado ninguna orden —respondió Barathol—. Estas personas de aquí no saben nada del mundo exterior y les importa todavía menos. Hablando de ron… —Deslizó la mirada hasta la multitud que aguardaba tras la barra—. Nulliss, ¿queda algo?

Muda, la mujer asintió.

—En el mostrador, entonces, si tienes la bondad —dijo Barathol—. Junto a mi hacha servirá.

—Sería idiota si te dejara acercarte a esa arma —dijo L'oric, y levantó la espada que llevaba en la mano.

—Eso depende —respondió Barathol— de si tienes intención de luchar contra mí, ¿no?

—Se me ocurren un centenar de nombres de personas que, si estuvieran en mi lugar ahora mismo, no vacilarían.

Barathol arqueó las cejas.

—Un centenar de nombres, dices. ¿Y cuántos de esos nombres siguen perteneciendo al mundo de los vivos?

La boca de L'oric se redujo a una línea recta y apretada.

—¿Crees —continuó Barathol— que me limité a salir andando de Aren hace tantos años? No fui el único superviviente, mago supremo. Vinieron a por mí. Se puede decir que fue una maldita batalla continua desde el camino de Aren hasta Karashimesh. Antes de que dejara al último desangrándose en una zanja. Puede que sepas mi nombre y es posible que conozcas mi delito… pero no estabas allí. Los que sí estaban se encuentran todos muertos. Y bien, ¿te interesa de verdad recoger este guantelete?

—Dicen que abriste las puertas…

Barathol lanzó un bufido y se encaminó a la jarra de ron que Nulliss había dejado en la barra.

—Ridículo. Los t'lan imass no necesitan puertas. —La bruja semk encontró un jarro vacío y lo dejó con un golpe seco en el mostrador—. Oh, abrí las puertas, desde luego, cuando salí sobre el caballo más rápido con el que di. A esas alturas, la matanza ya había empezado.

—Pero no te quedaste, ¿verdad? ¡No luchaste, Barathol Mekhar! ¡Que el Embozado te lleve, hombre, se rebelaron en tu nombre!

—Una pena que no se les ocurriera preguntarme antes —rezongó el otro al tiempo que llenaba la jarra—. Y ahora guarda esa puñetera espada, mago supremo.

L'oric dudó, después se encorvó donde se encontraba y poco a poco envainó otra vez el arma.

—Tienes razón. Estoy demasiado cansado para esto. Demasiado viejo. —Frunció el ceño y después se irguió otra vez—. Creíste que esos t'lan imass estaban aquí por ti, ¿verdad?

Barathol estudió al hombre por encima del borde maltratado del jarro y no dijo nada.

L'oric se pasó una mano por el pelo y miró a su alrededor como si hubiera olvidado dónde estaba.

—Por los huesos del Embozado, Nulliss —dijo Barathol con un suspiro—, búscale al pobre cabrón una silla, ¿quieres?

La calima gris y sus motas cegadoras de plata se desvanecieron lentamente y entonces Felisin la Menor pudo notar su cuerpo otra vez, piedras afiladas clavándosele en las rodillas, el olor a polvo, sudor y miedo en el aire. Visiones de caos y muerte llenaron su mente. Se sentía entumecida y era casi lo único que podía hacer, ver, ser consciente de la forma de las cosas a su alrededor. Ante ella, el sol arrojaba haces afilados contra un muro de roca atravesado por fracturas de carga. Montones de arena arrastrada por el viento se apilaban junto a lo que solían ser unos escalones de piedra anchos y poco profundos que parecían subir al propio muro. Más cerca, los nudillos grandes, pálidos bajo la piel fina, curtida, de la mano que le sujetaba el brazo derecho por encima del codo, los ligamentos expuestos de la muñeca se estiraban y emitían leves sonidos como el cuero al retorcerse. Una presa que ella no podía romper, se había agotado intentándolo. Cercano y fétido, el olor de la putrefacción antigua, y visible (de vez en cuando) una hoja ondulada, manchada de sangre, ancha por la punta terminada en gancho, estrechándose por el mango envuelto

en cuero. Piedra negra, vidriada, muy fina, casi traslúcida en el filo.

Otros la rodeaban, más de los temidos t'lan imass. Salpicados de sangre, algunos sin algún miembro o con ellos mutilados, y uno con media cara aplastada, pero era un daño antiguo, comprendió Felisin. Su batalla más reciente, no más que una escaramuza, no les había costado nada.

El viento emitía un gemido luctuoso por el muro de roca. Felisin se puso en pie de un empujón y se quitó las piedras incrustadas de las rodillas. *Están muertos. Están todos muertos.* Se lo dijo una y otra vez, como si las palabras no fueran más que algo acabado de descubrir, sin significado todavía para ella, no era todavía un idioma que ella pudiera entender. *Mis amigos están todos muertos.* ¿Qué sentido tenía decirlas? Pero regresaban una y otra vez, como si estuvieran desesperadas por suscitar una respuesta, cualquier respuesta.

Le llegó un nuevo sonido. Algo que se revolvía, parecía provenir del risco que tenían enfrente. Parpadeó para espantar el sudor que hacía que le escociesen los ojos y vio que una de las fisuras parecía haberse ensanchado, los lados desconchados como si lo hubiera abierto un pico y de ahí salió una figura encorvada, un anciano que vestía poco más que harapos, cubierto de polvo. Le supuraban unas llagas de las que le brotaba un líquido por los antebrazos y los dorsos de las manos.

Al verla, cayó de rodillas.

—¡Habéis venido! Habían prometido… pero ¿por qué mentirían? —Entre las palabras que surgían de su boca había extraños chasquidos—. Os llevaré ahora, ya veréis. Todo va bien. Estáis a salvo, niña, pues habéis sido elegida.

—¿De qué está hablando? —preguntó Felisin, una vez más intentó soltarse el brazo y esa vez lo consiguió, cuando

la mano mortífera se aflojó. La joven se tambaleó.

El anciano se levantó de un salto y la sujetó.

—Estáis agotada, no es de extrañar. Tantas reglas se rompieron para traeros aquí…

Felisin se apartó de él y apoyó la mano en el muro de piedra calentado por el sol.

—¿Dónde es aquí?

—Una antigua ciudad, elegida. En otro tiempo enterrada, pero pronto vivirá una vez más. No soy más que el primero al que han llamado para serviros. Otros vendrán, están en camino ya, pues ellos también han oído los Susurros. Veréis, son los débiles los que los oyen, y oh, hay muchos, muchísimos débiles. —Más chasquidos, tenía guijarros en la boca.

Felisin se giró, le dio la espalda al muro del risco y estudió la extensión de tierra rota y yerma. Signos de un viejo camino, signos de un pueblo…

—Caminamos por aquí… ¡hace semanas! —Miró furiosa al anciano—. ¡Me habéis traído de regreso!

El hombre sonrió y reveló unos dientes gastados, astillados.

—Esta ciudad os pertenece ahora, elegida.

—¡Deje de llamarme eso!

—Por favor… se os ha liberado y se ha derramado sangre en esa liberación, recae sobre vosotros darle sentido a ese sacrificio…

—¿Sacrificio? ¡Fue un asesinato! ¡Mataron a mis amigos!

—Os ayudaré a lamentar la pérdida, pues tal es mi debilidad, ¿veis? Yo lloro siempre, por mí mismo, por culpa de la bebida, y la sed está siempre en mi interior. Debilidad. Arrodillaos ante ella, niña. Convertidlo en algo que adorar. No tiene sentido luchar, la tristeza del mundo es mucho más

poderosa de lo que vos podéis esperar llegar a ser jamás, y eso es lo que debéis llegar a comprender.

—Quiero irme.

—Imposible. Los Desencadenados os han liberado. ¿Adónde podríais ir incluso si os fuera posible? Estamos a leguas y leguas de cualquier parte. —Chupó los guijarros, tragó saliva y continuó—. No tendríais comida. Ni agua. Por favor, elegida, un templo os aguarda en el interior de esta ciudad enterrada, he trabajado tanto tiempo, he trabajado tanto para prepararlo para vos. Hay comida, y agua. Y pronto habrá más sirvientes, todos desesperados por responder a cada uno de vuestros deseos, una vez que aceptéis aquello en lo que os habéis convertido. —Hizo una pausa para sonreír otra vez y Felisin vio las piedras, negras, pulidas, por lo menos tres y cada una del tamaño de un nudillo—. Pronto comprenderéis en qué os habéis convertido, líder del culto más grande de Siete Ciudades, que lo barrerá todo, cruzará cada mar y cada océano, reclamará el mundo…

—Está usted loco —dijo Felisin.

—Los Susurros no mienten. —El anciano estiró el brazo y ella se encogió al ver esa mano brillante, repleta de pústulas —. Ah, hubo peste, ¿sabéis? Poliel, la propia diosa, se inclinó ante el Encadenado, como debemos hacer todos, incluso vos, y solo entonces adquiriréis vuestro poder legítimo. La peste se llevó a muchos, dejó ciudades enteras llenas de cuerpos ennegrecidos, pero otros sobrevivieron, gracias a los Susurros, y quedaron marcados, con llagas y miembros retorcidos, con ceguera. Para algunos fue la lengua. Se les pudrió y se les cayó; los dejó, por tanto, mudos. A otros, los oídos les sangraron y todo sonido ha dejado su mundo. ¿Comprendéis? Eran débiles y el Encadenado ha demostrado cómo la debilidad se convierte en fuerza. Puedo

percibirlos, pues yo soy el primero. Vuestro senescal. Los percibo. Ya vienen.

Felisin continuó con los ojos clavados en aquella mano enfermiza y, tras un momento, el hombre la volvió a bajar al costado.

Unos chasquidos.

—Por favor, seguidme. Permitidme mostraros todo lo que he hecho.

Felisin se llevó las manos a la cara. No entendía nada. Nada de aquello tenía sentido.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Kulat.

—¿Y cómo —dijo en un susurro— me llamo yo?

El hombre se inclinó.

—No lo entendieron, no lo entendió ninguno. Dryjhna, el Apocalipsis, no es solo guerra, no es solo rebelión. Es devastación. No solo de la tierra, eso no es más que lo que sigue, ¿comprendéis? El Apocalipsis es el del espíritu. Aplastado, roto, esclavo de sus propias debilidades. Solo de un alma así de atormentada puede surgir la ruina que se ha de imponer a la tierra y todos los que sobre ella moran. Debemos morir por dentro para matar todo lo que hay en el exterior. Solo entonces, una vez que la muerte nos lleve a todos, solo entonces hallaremos la salvación. —Se inclinó todavía más—. Sois Sha'ik Renacida, la elegida como Mano del Apocalipsis.

—Cambio de planes —murmuró Iskaral Pust mientras se escabullía de un sitio a otro, parecía que al azar, entrando y saliendo de la luz de la hoguera del campamento—. ¡Mira! —siseó—. ¡Se ha ido, esa foca sarnosa! ¡Unas cuantas sombras monstruosas en la noche y puf! Nada salvo arañas, ocultas

en cada grieta y fisura. ¡Bah! Llorica cobarde. Estaba pensando, trell, que deberíamos huir. Sí, echar a correr. Tú vas por ahí y yo voy por aquí… quiero decir, estaré justo detrás de ti, por supuesto, ¿por qué iba a abandonarte ahora? Incluso con esas cosas de camino… —Hizo una pausa, se tiró del pelo y después reanudó sus frenéticos movimientos—. Pero ¿por qué habría de preocuparme? ¿Acaso no he sido leal? ¿Eficaz? ¿Brillante como siempre? ¿Entonces por qué están aquí?

Mappo sacó una maza de su mochila.

—Yo no veo nada —dijo—, y lo único que oigo es a ti, sumo sacerdote. ¿Quién ha venido?

—¿Dije yo que viniera nadie?

—Sí, lo dijiste.

—¿Puedo evitarlo yo si has perdido la cabeza? Pero por qué, eso es lo que yo quiero saber, sí, ¿por qué? No es como si necesitáramos la compañía. Además, se diría que este es el último lugar en el que querrían estar, si lo que estoy oliendo es lo que estoy oliendo, y no estaría oliendo lo que estoy oliendo si no estuviera algo ahí que no oliera, ¿no? —Hizo una pausa y ladeó la cabeza—. ¿Qué es ese olor? Da igual, ¿dónde estaba? Sí, intentando concebir lo inconcebible, lo inconcebible siendo que Tronosombrío está en realidad bastante cuerdo. Ridículo, lo sé. En cualquier caso, si es eso, entonces esto, esto siendo que sabe lo que está haciendo. Tiene sus razones, razones reales.

—Iskaral Pust —dijo Mappo, y se levantó de donde había estado sentado cerca del fuego—. ¿Estamos en peligro?

—¿Ha visto el Embozado días mejores? Por supuesto que estamos en peligro, zoquete… Oh, debo guardarme ese tipo de opiniones para mí. ¿Qué te parece esto? ¿Peligro? Ja, ja, amigo mío, por supuesto que no. Ja, ja. Ja. Oh, aquí están…

Unas formas gigantescas surgieron de la oscuridad. Ojos como ascuas rojas en un lado, ojos de color verde refulgente en otro, y después otros pares, uno dorado, otro cobrizo. Silenciosos, pesados y letales.

Los mastines de Sombra.

En algún lugar, lejos, en el desierto, un lobo o un coyote aulló como si hubiera captado un olor del propio Abismo. En las inmediaciones, hasta los grillos se habían quedado callados.

Al trell se le puso el vello de la nuca de punta. Él también podía oler ya a las pavorosas bestias. Un olor picante, acre. Con ese hedor llegaron recuerdos dolorosos.

—¿Qué quieren de nosotros, sumo sacerdote?

—Silencio, necesito pensar.

—No hace falta que te esfuerces —dijo una nueva voz procedente de la oscuridad, y Mappo se volvió y vio a un hombre que entraba en el círculo de luz del fuego. Con un manto gris, bastante alto pero anodino—. Solo están… de paso.

La cara de Iskaral se iluminó con un falso placer al tiempo que se estremecía.

—Ah, Cotillion, ¿no lo ves acaso? He logrado todo lo que Tronosombrío me pidió…

—Con ese choque que tuviste con Dejim Nebrahl —dijo Cotillion—, de hecho, has excedido todas las expectativas; admito que no tenía ni idea de que poseyeras tal pericia, Iskaral Pust. Tronosombrío eligió bien a su mago.

—Sí, está lleno de sorpresas, ¿verdad? —El sumo sacerdote reptó como un cangrejo y fue a agacharse junto al fuego, después ladeó la cabeza y dijo—: Bueno, ¿qué quiere ahora? ¿Tranquilizarme? Jamás me tranquiliza. ¿Guiar a los mastines tras la pista de algún pobre necio? No por mucho tiempo, espero. Por el bien de ese pobre necio. No, nada de

eso. Está aquí para confundirme, pero soy sumo sacerdote de Sombra, después de todo, y por tanto no se me puede confundir. ¿Por qué? Pues porque sirvo al dios más desconcertante de todos, por eso. Así pues, ¿he de preocuparme? Por supuesto, pero él nunca lo sabrá, ¿verdad? No, solo tengo que alzar la cabeza, sonreírle a este dios asesino y decir: «¿Te gustaría tomar un poco de té de cactus, Cotillion?».

—Gracias —respondió Cotillion—. Me gustaría.

Mappo dejó su maza y volvió a sentarse mientras Iskaral servía el té. El trell se debatía contra la desesperación que crecía en él. Al norte, por alguna parte, Icarium estaba sentado ante unas llamas que, con toda probabilidad, no diferían mucho de las que él tenía delante, obsesionado como siempre por lo que no podía recordar. Sin embargo, no estaba solo. *No, otro ha ocupado mi lugar.* Cosa que debería haber sido motivo de alivio, pero lo único que Mappo sentía era temor. *No puedo confiar en los sin nombre, eso lo aprendí hace mucho tiempo.* No, a Icarium lo estaba guiando en ese momento alguien a quien no le importaba nada el jhag…

—Me complace, Mappo Runt —dijo Cotillion—, que estés bien.

—Los mastines de Sombra una vez lucharon a nuestro lado —dijo Mappo—, en la senda de Manos.

Cotillion asintió y tomó un sorbo de té.

—Sí, tú e Icarium estuvisteis muy cerca, entonces.

—¿Cerca? ¿A qué te refieres?

El dios patrón de los Asesinos tardó mucho tiempo en contestar. A su alrededor, justo tras el límite del campamento, los enormes mastines parecían haberse acomodado para pasar la noche.

—Es menos una maldición —dijo al fin— que un… residuo. La muerte de una Casa de Azath libera todo tipo de fuerzas, energías, no solo las que pertenecen a los habitantes en sus tumbas terrenales. Hay, grabada a fuego en el alma de Icarium, una especie de infección, o, quizá, un parásito. Su naturaleza es el caos, y su efecto es el de discontinuidad. Desafía a la progresión, de pensamiento, de espíritu, de vida misma. Mappo, hay que erradicar esa infección si quieres salvar a Icarium.

El trell apenas podía respirar. En todos los siglos transcurridos junto al jhag, entre todas las palabras que le habían dado los sin nombre, eruditos y sabios de medio mundo, jamás había oído nada parecido.

—¿Estás… estás seguro?

Un lento asentimiento.

—Tanto como es posible. Tronosombrío y yo —levantó la cabeza y luego se encogió de hombros a medias—, nuestro camino a la ascendencia fue a través de las Casas de Azath. Hubo años, un buen número de ellos, en los que ni al hombre que en ese momento se conocía como emperador Kellanved ni a mí se nos podía encontrar en ningún lugar del Imperio de Malaz. Habíamos iniciado otra búsqueda, una jugada más arriesgada. —La luz del fuego resplandecía en sus ojos oscuros—. Partimos con la intención de trazar un mapa de los azath. Cada Casa, por el reino entero. Partimos con la intención de dominar su poder…

—Pero eso no es posible —dijo Mappo—. Fracasasteis, no pudisteis haber hecho otra cosa, de otro modo los dos seríais ahora mucho más que dioses…

—Muy cierto, hasta el momento. —Estudió el té de la taza de arcilla acurrucada en el cuenco de sus manos—. Caímos, sin embargo, en la cuenta de ciertas cosas que nos ganamos a base de duras experiencias y una diligencia un tanto

despiadada. La primera fue la siguiente: nuestra búsqueda exigiría mucho más que una única vida mortal. Los otros hechos que intuimos, bueno, quizá será mejor que los deje para otra noche, otro momento. En cualquier caso, al comprender que una jugada así nos impondría exigencias que no podíamos soportar, es decir, no como emperador y maestro de asesinos, resultó necesario hacer uso de lo que habíamos aprendido hasta la fecha.

—Convertiros en dioses.

—Sí. Y al hacerlo, aprendimos que las Azath son mucho más que Casas creadas como prisiones para entidades de gran poder. Son también portales. Y una cosa más que es segura, son los depósitos de los elementales perdidos.

Mappo frunció el ceño.

—Jamás había oído esa expresión. ¿Elementales perdidos?

—Los estudiosos tienden a no reconocer más que cuatro, por lo general: agua, fuego, tierra y aire; pero existen otros. Y es de esos otros de donde procede el inmenso poder de las Casas de Azath. Mappo, uno está en desventaja inmediata a la hora de discernir un patrón cuando no se tienen más que cuatro puntos de referencia y existe un número desconocido que permanecen invisibles, que faltan en el esquema.

—Cotillion, esos elementales perdidos… ¿están relacionados quizá con las orientaciones de la hechicería? ¿Las sendas y la baraja de los Dragones? ¿O, lo que es más probable, con las antiguas Fortalezas?

—Vida, muerte, oscuridad, luz, sombra… es posible, pero incluso eso parece una selección truncada. ¿Qué hay, por ejemplo, del tiempo? ¿Pasado, presente, futuro? ¿Qué hay del deseo, y de la acción? ¿Del sonido y el silencio? ¿O es que estos dos últimos no son más que aspectos menores del aire? ¿El tiempo pertenece a la luz? ¿O no es más que un

punto en algún lugar entre la luz y la oscuridad pero distinto de la sombra? ¿Qué hay de la fe y la negación? ¿Entiendes ahora, Mappo, la complejidad potencial de las relaciones?

—Suponiendo que existan siquiera, más allá de la noción de conceptos.

—Cierto. Pero quizá todo lo que se necesite sean los conceptos, si el propósito de los elementos es dar forma y significado a todo lo que nos rodea por fuera y a todo lo que nos guía desde dentro.

Mappo se echó hacia atrás.

—¿Y vosotros quisisteis dominar ese poder? —Se quedó mirando a Cotillion y se preguntó si siquiera un dios era capaz de semejante arrogancia, semejante ambición. *Y comenzaron su búsqueda mucho antes de convertirse en dioses…*—. Confieso que espero que Tronosombrío y tú fracaséis, porque lo que describes no debería caer en manos de nadie, ni de un dios ni de un mortal. No, dejádselo a los azath…

—Y eso habríamos hecho, si no hubiéramos entendido que el control de los azath estaba fallando. Sospecho que los sin nombre han comprendido lo mismo y eso los empuja a la desesperación. Por desgracia, creemos que su última decisión precipitará, si ello es posible, a los azath todavía más en el caos y la disolución. —Señaló a Iskaral Pust, que permanecía agachado no muy lejos, murmurando para sí—. De ahí nuestra decisión de… intervenir. Demasiado tarde, por desgracia, para evitar la liberación de Dejim Nebrahl y la emboscada en sí. Pero… estás vivo, trell.

Y así, Cotillion, al intentar dominar al Azath, te encuentras ahora sirviéndolo. El deseo contra la acción…

—Quitarle la maldición a Icarium. —Mappo negó con la cabeza—. Es un ofrecimiento extraordinario, Cotillion. Siento que me debato entre la duda y la esperanza. —Una sonrisa

irónica—. Ah, empiezo a entenderlo, los simples conceptos bastan.

—Icarium se ha ganado el fin de su tormento —dijo el dios—, ¿no es cierto?

—¿Qué debo hacer?

—Por ahora, haz lo que estás haciendo, persigue a tu amigo. Continúa tras su rastro, Mappo. Se acerca una convergencia, de una magnitud tan inmensa que con toda probabilidad desafiará la comprensión. Los dioses no parecen ser conscientes del borde del abismo al que se acercan todos, y sí, de vez en cuando yo me incluyo entre ellos.

—No se puede decir que tú no seas consciente.

—Bueno, entonces quizá impotente es un término más preciso. En cualquier caso, tú y yo volveremos a hablar. Por ahora, no dudes que eres necesario. Te necesitamos nosotros, te necesitan todos los mortales y, sobre todo, te necesita Icarium. —Dejó la taza y se levantó.

El sonido leve de los mastines alzando sus cuartos traseros y preparándose llegó a oídos de Mappo.

—Sé que no hace falta que lo diga —dijo el dios—, pero lo haré de todos modos. No desesperes, Mappo. Para esto, la desesperación es tu mayor enemigo. Cuando llegue el momento de que te interpongas entre Icarium y todo lo que pretenden los sin nombre… bueno, creo que no fracasarás.

Mappo observó a Cotillion adentrarse en la oscuridad, los mastines se deslizaron tras el dios. Después de un rato, el trell miró a Iskaral Pust. Y se encontró con unos ojos penetrantes y resplandecientes clavados en él.

—Sumo sacerdote —preguntó Mappo—, ¿tienes intención de unirte a mí en mi viaje?

—Por desgracia, no puedo. —El dalhonesio apartó la mirada—. ¡El trell está loco! ¡Fracasará! ¡Por supuesto que

fracasará! Ya se puede dar por muerto, ah, no soporto siquiera mirarlo. Toda la sanación de Mogora ¡para nada! ¡Un desperdicio! —Iskaral Pust se frotó la cara y después se levantó de un salto—. Demasiadas tareas igual de importantes me aguardan, Mappo Runt. No, tú y yo recorreremos caminos de momento divergentes, ¡pero uno al lado del otro hacia la gloria, no obstante! Como ha dicho Cotillion, no fracasarás. Ni yo tampoco. ¡La victoria será nuestra! —Levantó un puño huesudo y lo sacudió contra el cielo nocturno. Después se abrazó—. Dioses del inframundo, estamos condenados.

Una carcajada seca de Mogora, que había reaparecido, los brazos cargados con leña que, de la forma más inverosímil, parecía haberla cortado y partido un maestro leñador. La mujer la dejó junto al fuego.

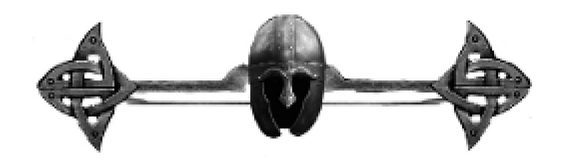
—Revuelve esas brasas, querido y patético esposo mío.

—¡No puedes darme órdenes, arpía! ¡Revuélvelas tú! ¡Yo tengo tareas más vitales que hacer!

—¿Por ejemplo?

—Bueno, para empezar, tengo que mear.

13



Y todas estas personas reunidas
para honrar al que había muerto,
¿era un hombre, una mujer, un guerrero,
un rey, un necio?, ¿y dónde estaban
las estatuas, los retratos pintados
en yeso y piedra?

Pero así se alzaron o sentaron, el vino
derramándose a sus pies, chorreando rojo
de sus manos, con avispas
en su moribunda estación girando,
en dulce sed y borrachas,
voces clamaban, despertadas a picotazos,

voces mezcladas en confusa
profusión, la pregunta planteada
una y luego otra vez: ¿por qué? Pero aquí
es donde una verdad halla su propio asombro,
pues la pregunta no era por qué
murió este, o tal para justificar,

pues en el corazón de vidas arremolinadas
no había ninguno para quien
esta reunión no fuera
más que un eco de sus antiguos yos.
Preguntaron una y luego otra vez,
¿por qué estamos aquí?

Aquel que murió no tenía nombre
sino todos los nombres, no tenía cara sino todas
las caras de aquellos que se habían reunido,
y así fuimos nosotros los que aprendimos
entre avispas arrastradas más allá de la vida,
pero cuyos nervios dispararon una última picadura,

que éramos nosotros los muertos
y todos en una mente invisible…
se alzaba o sentaba un hombre, o una mujer,
un guerrero, reina o necia, que
en bacante ocio dedicaba un momento
de pensamiento a todo lo pasado en vida.

Reunión en la fuente
—Pescador Kel’Tath

Incluso con cuatro ruedas nuevas, el carruaje de Trygalle era una ruina maltratada y decrépita. Dos de los caballos habían muerto en la caída. Tres accionistas habían quedado aplastados y un cuarto se había roto el cuello. Karpolan Demesand se había sentado en un taburete de campaña plegable con la cabeza envuelta en vendas ensangrentadas, sorbiendo una infusión de hierbas con sucesivas muecas de dolor.

Habían dejado la senda de Ganath de Omtose Phellack y los rodeaba el conocido desierto, el monte bajo y las colinas yermas de Siete Ciudades, el sol alcanzaba el mediodía tras una techo de nubes. El olor a lluvia teñía el aire inusualmente húmedo. Los insectos giraban y se arremolinaban sobre ellos.

—Esto viene —dijo Ganath— con el renacimiento del mar interior.

Paran la miró y después reanudó la tarea de ceñir con fuerza la cincha de su caballo, a la bestia le había dado por

contener el aliento e hinchar el pecho en un esfuerzo por mantener la correa suelta, con toda probabilidad con la esperanza de que Paran se cayera de su grupa en algún momento de descuido. Los caballos eran compañeros reticentes en tantas de las escapadas, desastres y manías de los humanos que a Paran no podía ofenderle la bien ganada beligerancia del animal.

—Ganath —dijo—, ¿sabes con exactitud dónde estamos?

—Este valle lleva por el oeste al mar Raraku, tras la cordillera interior; y por el este, por un paso poco usado, baja a la ciudad de G'danisban. —La jaghut vaciló y después añadió—: Hace mucho tiempo que no llego tan al este… tan cerca de las ciudades de tu especie.

—G'danisban. Bueno, necesito provisiones.

La jaghut lo miró.

—Has completado tu tarea, Señor de la Baraja. Los deragoth están sueltos, el d'ivers conocido como Dejim Nebrahl, el cazador, es ahora el cazado. ¿Regresas ya a Darujhistan?

Paran hizo una mueca.

—Todavía no, por desgracia.

—¿Hay aún más fuerzas que tienes intención de liberar en el mundo?

Cierto matiz en la voz femenina lo hizo darse la vuelta.

—No si puedo evitarlo, Ganath. ¿Y tú, adónde irás?

—Al oeste.

—Ah, sí, a reparar el daño de ese ritual tuyo. Siento curiosidad, ¿qué encerraba?

—Una fortaleza flotante de los k'chain che'malle. Y… otras cosas.

¡Una fortaleza flotante! Dioses del inframundo.

—¿De dónde salió?

—Una senda, supongo —dijo ella.

Paran sospechaba que sabía algo, pero no insistió. Hizo unos últimos ajustes a la silla y después se despidió de Ganath.

—Gracias, Ganath, por acompañarnos; no habríamos sobrevivido sin ti.

—Quizá, algún día, pueda pedirte yo un favor a cambio.

—De acuerdo. —Paran sacó un objeto largo envuelto en tela que había tenido atado a la silla y se lo llevó a Karpolan Demesand.

—Mago supremo —dijo.

El corpulento hombre levantó la vista.

—Ah, su pago.

—Por los servicios prestados —dijo Paran—. ¿Quiere que lo desenvuelva?

—Por el Embozado, no, Ganoes Paran; la hechicería es lo único que me mantiene el cráneo intacto ahora mismo. Incluso envainada y envuelta como está esa espada ahora, puedo sentir su entropía.

—Sí, es un arma desagradable —dijo Paran.

—En cualquier caso, todavía hay una cosa más que hay que hacer. —Un gesto de Karpolan y una de las accionistas pardu se acercó y recogió la espada de otataralita que en otro tiempo había pertenecido a la consejera Lorn. La llevó a poca distancia, la puso en el suelo y se apartó. Llegó otro accionista, mecía en los brazos una gran maza que sujetaba con las dos manos. Se colocó sobre el arma envuelta y después descargó la maza con un golpe. Una vez y otra. Cada impacto hacía pedazos un poco más la hoja de otataralita. El hombre se apartó un paso jadeando y miró a Karpolan Demesand.

Que, a su vez, miró a Paran nuevamente.

—Recoja su trozo, Señor de la Baraja.

—Gracias —respondió el malazano, y se acercó. Se agachó y apartó la piel cortada y maltratada. Se quedó mirando las astillas de metal de tono óxido durante media docena de latidos y después eligió un trozo del tamaño de la longitud de su índice y no mucho más ancho. Lo envolvió con cuidado en un fragmento de cuero y después se lo metió en la saquita del cinturón. Se irguió y regresó con largas zancadas junto al mago supremo.

Karpolan Demesand suspiró y se levantó poco a poco del taburete.

—Es hora de que nos vayamos a casa.

—Que tengan un buen viaje, mago supremo —dijo Paran con una inclinación.

El hombre intentó sonreír y el esfuerzo le robó todo el color de la cara. Le dio la espalda y, ayudado por uno de los accionistas, regresó al carruaje.

—Roguemos —dijo Ganath en voz baja junto a Paran— por que no encuentre oponentes en las sendas.

Paran fue a su caballo, y después, con los brazos apoyados en la silla, miró a Ganath.

—En esta guerra —dijo— se implicarán fuerzas ancestrales. Están ya implicadas. Los t'lan imass bien pueden creer que han aniquilado a los jaghut, pero es obvio que no es el caso. Aquí estás, y hay otros, ¿no es cierto?

La jaghut se encogió de hombros.

Detrás de ellos se oyó el desgarro de una senda al abrirse. Unas riendas azotadas y después el rumor sordo de unas ruedas.

—Ganath…

—A los jaghut no les interesa la guerra.

Paran la estudió un momento más y después asintió. Apoyó un pie en el estribo, se aupó al caballo y recogió las riendas.

—Como tú —le dijo a la jaghut—, me siento muy lejos de casa. Que tengas un buen viaje, Ganath.

—Y tú, Señor de la Baraja.

Rumbo al este, Paran recorrió todo el valle. El río que solía atravesar esa tierra había desaparecido tiempo atrás, aunque el sendero serpenteante de su curso era evidente, con grupos de matorrales y árboles marchitos aquí y allá donde habían estado los últimos pozos de agua, antiguos lagos con forma de herradura y arenales de aluvión se extendían por las curvas. Tras una legua, el valle se abría a una cuenca poco profunda, riscos bastos al norte y laderas largas e inclinadas de escombros al sur. Justo delante se veía una pista que trepaba entre canales profundos.

Al llegar a la base, Paran desmontó y condujo al caballo de la rienda camino arriba. El calor de la tarde aumentaba, mucho más pegajoso a causa de aquella humedad antinatural. Lejos, al oeste, era de suponer que sobre el mar Raraku, se acumulaban unas nubes inmensas. Para cuando llegó a la cima, las nubes habían devorado al sol y la brisa que le llegaba por detrás prometía una lluvia dulce.

Paran se encontró con una vista que llegaba a lo lejos. Al este, bajaba por unas colinas onduladas salpicadas de cabras domésticas, y el sendero llevaba a un camino más sólido que atravesaba el borde de la llanura en dirección norte-sur. La ruta del sur giraba al este hacia una mancha distante de humo y polvo que Paran sospechaba que era G’danisban.

A lomos de su caballo una vez más, partió a medio galope.

Paran no tardó en llegar a la casucha del primer pastor, quemada y destrozada, donde al ir desvaneciéndose la luz del día empezaban a reunirse las cabras empujadas solo por la costumbre. No distinguió señal alguna de tumbas y

tampoco se sentía inclinado a buscar entre las ruinas. La peste, el aliento silencioso e invisible de la diosa Gris. Comprendió que era muy probable que la ciudad que tenía delante fuera presa de ese terror.

Las primeras gotas de lluvia le salpicaron la espalda y un momento más tarde, en un chisporroteo apurado, tenía el chaparrón encima. El sendero rocoso se hizo de repente traicionero y Paran se vio obligado a frenar el paso del caballo a un cauto trote. La visibilidad se redujo a una docena de pasos por todos lados, el mundo posterior se lo llevó un muro plateado. Con el agua cálida colándose bajo sus ropas, Paran se subió la raída capucha de la capa de lluvia militar que le cubría los hombros y después se encorvó cuando la lluvia empezó a arreciar.

La gastada pista se convirtió en un arroyo, el agua enlodada se colaba entre las rocas y los adoquines. El caballo frenó hasta ir al paso y continuaron andando. Entre dos colinas bajas, la pista se convirtió en un lago poco profundo y Paran se encontró flanqueado por dos soldados.

Una mano envuelta en un guantelete se estiró para coger las riendas.

—Vas por el camino equivocado, forastero —rezongó el hombre en malazano.

El otro mecía en los brazos una ballesta, pero no estaba cargada; le habló desde las sombras de la capucha.

—¿Esa capa proviene de un saqueo? Se la arrancaste al cuerpo de un soldado malazano, ¿no?

—No —respondió Paran—. Facilitada por el ejército, como te facilitaron tus capas a ti, soldado. —Pudo distinguir durante un breve alivio del chaparrón que algo más adelante había un campamento. Dos, quizá tres legiones, las tiendas ocupaban una serie de colinas bajo el techo bajo de humo de las hogueras que iban muriendo a causa de la

lluvia. Tras el campamento, con el camino serpenteando ladera abajo, se alzaban las murallas de G'danisban. Volvió a mirar a los soldados—. ¿Quién está al mando de este ejército?

El de la ballesta contestó.

—¿Y qué tal si respondes tú a las preguntas, para empezar? ¿Eres un desertor?

Bueno, técnicamente hablando, sí. Claro que se supone que estoy muerto.

—Deseo hablar con vuestro oficial al mando.

—Es que ahora mismo no tienes mucha elección, que digamos. Baja del caballo, forastero. Quedas arrestado bajo la sospecha de deserción.

Paran descendió de su montura.

—Bien. ¿Y ahora queréis decirme de quién es este ejército?

—El empujón del chaval está contigo. Eres prisionero de la hueste de Unbrazo.

Vistos todos los signos externos, Paran poco a poco empezó a caer en la cuenta de que aquello no era un asedio. Las compañías controlaban los caminos que llevaban al interior de G'danisban y el campamento en sí formaba medio cordón circular por el lado norte y oeste, no había ningún piquete a menos de cuatrocientos pasos de las murallas deshabitadas.

Uno de los soldados llevó el caballo de Paran hacia los establos temporales mientras el otro guiaba a Paran por las avenidas que corrían entre las tiendas empapadas. Se movían entre ellas figuras envueltas en mantos y capuchas, pero ninguna vestía el atavío completo de batalla.

Entraron en la tienda de un oficial.

—Capitán —dijo el soldado mientras se quitaba de un papirotazo la capucha—, nos hemos topado con este hombre intentando entrar a caballo en G'danisban por el camino de Raraku. Ya ve, señor, que viste una capa de lluvia militar malazana. Creemos que es un desertor, es probable que del Decimocuarto de la consejera.

La mujer a la que se dirigía estaba echada de espaldas en un catre colocado junto a la pared trasera. Tenía la piel muy clara y unos rasgos pequeños rodeados por una mata de largo cabello pelirrojo. Ladeó la cabeza para estudiar al soldado y a Paran y se quedó callada un momento, después volvió a clavar los ojos en el techo inclinado que tenía encima.

—Llévelo a los calabozos, tenemos calabozos, ¿no? Ah, y apunte sus datos, qué regimiento, qué legión y todo eso. Para que se pueda documentar en alguna parte antes de su ejecución. Y ahora largo, los dos, lo están poniendo todo perdido de agua.

—Solo un momento, capitán —dijo Paran—. Deseo hablar con el puño supremo.

—Imposible y no recuerdo haberle dado permiso para hablar. Arránquele las uñas por eso, Futhgar, ¿de acuerdo? Cuando llegue el momento, por supuesto.

Años antes Paran… no habría hecho nada. Se habría sometido a las reglas, a las escritas y a las tácitas. Se habría limitado a esperar su hora. Pero estaba empapado y necesitaba un baño caliente. Estaba cansado y ya había pasado por algo parecido una vez, hace mucho tiempo y muy lejos de allí, en otro continente. Por aquel entonces, por supuesto, había sido un sargento (el mismo pelo rojo, pero con un bigote bajo la nariz), con todo, el parecido estaba allí, como el pinchazo del cuchillo de un asesino.

El soldado, Futhgar, permanecía de pie a su izquierda, medio paso por detrás. Paran no traicionó nada, se limitó a dar un paso a la derecha y después clavar el codo izquierdo en la cara del soldado. Le rompió la nariz. El hombre se derrumbó como un saco de melones.

La capitán se sentó, bajó las piernas al suelo y se puso en pie a tiempo de que Paran avanzara un paso y le propinara un buen puñetazo; los nudillos le crujieron contra la mandíbula femenina. Los ojos de la mujer se pusieron en blanco, se derrumbó sobre el catre y le rompió las patas de madera.

Paran se masajeó la mano y miró a su alrededor. Futhgar estaba sin sentido, igual que la capitán. El chaparrón constante del exterior había garantizado que fuera de la tienda no oyeran ningún sonido de la breve lucha.

Se acercó al arcón de viaje de la capitán. No estaba cerrado con llave. Levantó la tapa y empezó a revolver entre las ropas colocadas sobre la armadura. No tardó en encontrar suficientes telas para amordazar y atar a los dos soldados. Alejó a rastras a Futhgar de la entrada y le quitó el cuchillo de mesa, el puñal y un cuchillo carnicero kethra de hoja ancha, después lo despojó del cinturón de la espada. Preparó una bola de tela para hacer una mordaza y se inclinó para determinar si llegaba suficiente aire a los pulmones a través de la nariz rota del hombre. *Ni de lejos.* Dejó eso de momento y le amarró con fuerza las muñecas y los tobillos, utilizó una correa de arnés para unir las dos ataduras en la espalda de Futhgar. Después ató una tira alrededor de la cabeza con fuerza contra la boca abierta, dejó espacio suficiente para que pudiera respirar, pero sin sitio para sacar la lengua. Podría gruñir y gemir todo lo que quisiera, pero no mucho más.

Ató a la capitán de modo idéntico y después añadió una bola de trapo sujeta con otra tira de tela arrancada de una de las camisas de la capitán. Por último los ató a los dos a ambos lados del catre, y el catre al palo central de la tienda para impedir que salieran retorciéndose de la tienda, lo que esperó que le diera tiempo suficiente. Satisfecho, echó un último vistazo alrededor, se puso la capucha y volvió a salir.

Encontró la avenida principal y se dirigió a la gran tienda de mando del centro del campamento. Pasaron soldados a su lado sin prestarle ninguna atención. Era la hueste de Unbrazo, pero todavía tenía que ver una sola cara conocida, lo que tampoco era de sorprender, él había estado al mando de los Abrasapuentes y los Abrasapuentes habían desaparecido. La mayor parte de esos soldados serían recién llegados al ejército, reclutados en las guarniciones de Pale, Genabaris y Nathilog. Se habrían incorporado con posterioridad a la Guerra Painita. No obstante, esperaba encontrar al menos a alguien de la fuerza original que había marchado hasta Coral, alguien que hubiera tomado parte en esa demoledora batalla.

Cuatro soldados hacían guardia fuera de la tienda de mando de Dujek. Una quinta figura permanecía cerca, sujetando las riendas de un caballo salpicado de barro.

Paran se acercó con los ojos puestos en el del caballo. Alguien conocido, acababa de encontrar lo que estaba buscando. Un escolta, pero un escolta que había pertenecido al ejército de Caladan Brood, creía, *aunque podría equivocarme. Bueno, ¿cómo se llamaba?*

Los ojos de color castaño claro del hombre se clavaron en él cuando Paran se acercó. Entre las sombras de la capucha hubo un destello de reconocimiento y después confusión. El escolta se irguió e hizo un saludo militar.

Paran sacudió la cabeza, pero ya era demasiado tarde. Los cuatro guardias también se pusieron firmes. Paran respondió al saludo con un gesto vago, descuidado, y después se acercó al escolta.

—Soldado —murmuró—, ¿me conoce? Responda en voz baja, si tiene la bondad.

Un asentimiento.

—Capitán Ganoes Paran. No olvido las caras ni los nombres, señor, pero oímos que estaba…

—Sí, y así tiene que seguir. ¿Su nombre?

—Hurlochel.

—Ahora me acuerdo. Actuaba como cronista en ocasiones, ¿no?

Un encogimiento de hombros.

—Guardo una relación de los hechos, señor. ¿Qué está haciendo aquí?

—Necesito hablar con Dujek.

Hurlochel les echó un vistazo a los guardias y frunció el ceño.

—Venga conmigo, señor. No se preocupe por ellos, son lo bastante novatos como para no conocer a todos los oficiales.

Llevando el caballo por las riendas, Hurlochel se llevó a Paran y bajó por un callejón cercano, donde se detuvo.

—Hurlochel —dijo Paran—, ¿por qué la tienda de Dujek está protegida por soldados novatos? No tiene ningún sentido. ¿Qué ha ocurrido y por qué están acampados a las afueras de G'danisban?

—Sí, señor, hemos pasado malos tiempos. Es la peste, sabe, los sanadores de la legión la estaban manteniendo a raya, alejada de nosotros, pero lo que se ha hecho a Siete Ciudades… dioses, capitán, hay cuerpos por decenas de miles. Quizá cientos de miles. Cada ciudad. Cada pueblo. Campamentos de caravanas, por todas partes, señor.

Teníamos a un moranthiano dorado acompañándonos, sabe, una especie de renegado. En fin, hay un templo, en G'danisban. El Gran Templo de Poliel, y es de donde sale este viento pestilente, y cada vez es más fuerte. —Hurlochel hizo una pausa para secarse la lluvia de los ojos.

—Así que Dujek decidió golpear en pleno corazón, ¿no?

—Sí, señor.

—Continúe, Hurlochel.

—Llegamos hace un mes y el puño supremo hizo formar a las compañías de sus veteranos junto con el moranthiano dorado. Planeaban un asalto contra ese maldito templo. Bueno, suponían que habría al menos una suma sacerdotisa o algo así, pero estaban preparados. Con lo que nadie contaba era con la propia diosa Gris.

Paran abrió mucho los ojos.

—¿Quién consiguió salir de allí?

—La mayor parte, señor, salvo el moranthiano dorado. Pero… están todos enfermos, señor. La peste se apoderó de ellos y solo siguen vivos gracias a los sanadores… solo que los sanadores están perdiendo la batalla. Así que, aquí estamos. Atascados y ni un solo fulano para asumir el mando de manera efectiva y empezar a tomar decisiones como debe ser. —Hurlochel vaciló y después siguió—: A menos que esté usted aquí para eso, capitán. Eso espero, la verdad.

Paran apartó la vista.

—Oficialmente estoy muerto, escolta. Dujek nos echó del ejército, a mí y a unos cuantos más…

—Abrasapuentes.

—Sí.

—Bueno, señor, si alguien se ha ganado sus días al sol…

Paran hizo una mueca.

—Sí, estoy seguro de que ese sol anda por ahí, en alguna parte. En cualquier caso, no se puede decir que pueda tomar

el mando; además, solo soy capitán…

—Con antigüedad absoluta, señor. Dujek se llevó a sus oficiales con él; eran los veteranos, después de todo. Así que tenemos casi diez mil soldados acampados aquí y lo más parecido a un comandante que hay es la capitán Arroyodulce, que es una princesa falari, si se lo puede creer.

—¿Pelirroja?

—De un rojo salvaje, sí, y cara bonita…

—Con la mandíbula hinchada. Nos conocemos.

—¿La mandíbula hinchada?

—No fue un encuentro demasiado amistoso. —Pese a todo, Paran vaciló, después lanzó un juramento y asintió—. De acuerdo. Mantendré el rango de capitán… con antigüedad. Pero necesito un nombre nuevo…

—Capitán Tierno, señor.

—¿Tierno?

—Los soldados viejos hablan de él como las abuelas hablan de los monstruos a los mocosos, para mantenerlos a raya, señor. Nadie de aquí lo ha visto, al menos nadie que no tenga mucha fiebre y no esté medio loco.

—Bueno, ¿cuál fue el último destino de Tierno?

—El Decimocuarto, señor. El ejército de la consejera, allá por el oeste de Raraku. ¿De qué dirección venía usted?

—Oeste.

—Eso servirá, señor, creo. Haré como que lo reconozco. Nadie sabe nada de mí, solo que el puño supremo me usaba para llevar mensajes.

—¿Y por qué iba a dejar que dos soldados me arrestaran si se supone que vengo a asumir el mando?

—¿Se dejó? Bueno, quizá quería ver cómo hacíamos las cosas por aquí.

—De acuerdo. Una pregunta más, Hurlochel. ¿Por qué no sigue con Caladan Brood en Genabackis?

—La alianza se deshizo, señor, no mucho después de que los tiste andii se asentaran en Coral Negro. Los rhivi de regreso a las llanuras, los barghastianos de regreso a sus colinas. La Guardia Carmesí, que estaba arriba, en el norte, se desvaneció, nadie sabe adónde fueron. Cuando Unbrazo zarpó, bueno, parecía que se dirigían a algún lugar interesante.

—¿Le pesa?

—Con cada latido, señor. —Hurlochel frunció el ceño después—. ¿La capitán tiene la mandíbula hinchada, ha dicho?

—Le di un puñetazo. Junto con un soldado llamado Futhgar. Están atados y amordazados en la tienda de la capitán. Quizá ya hayan vuelto en sí a estas alturas.

El hombre sonrió, pero no era una sonrisa agradable.

—Capitán, ha dejado sin sentido a una princesa falari, es perfecto. Encaja con lo que la gente ha oído sobre Tierno. Es brillante.

Paran hizo una mueca y después se frotó la cara. *Dioses del inframundo, ¿qué me pasa con la realeza?*

Escondiéndose, había salido despacio del templo y había visto una fila desordenada de figuras magulladas que recorrían el camino inferior. Bajó por la ladera polvorienta llena de piedras y estaba a quince pasos antes de que alguien notara su presencia. Hubo algo extraño en ese momento de encuentro, supervivientes cara a cara, de reconocimiento y a la vez incredulidad. Aceptación, una sensación de algo compartido y, por debajo, el flujo inefable del dolor. Se intercambiaron muy pocas palabras.

Al unirse a los soldados en su marcha, Lostara Yil se encontró junto a la capitán Faradan Sort, que le contó algo

de lo ocurrido en Y’Ghatan.

—Su puño, Tene Baralta, se debatía al borde de la muerte, si no del cuerpo, al menos del espíritu. Ha perdido un brazo, se le había quemado sin remedio, y había otros daños… en la cara. Creo que era un hombre vanidoso.

Lostara lanzó un gruñido.

—Esa maldita barba que llevaba, siempre aceitada. —Pensó en Tene Baralta durante un rato. Jamás le había caído muy bien. Era algo más que la vanidad. Quizá, a decir verdad, era una especie de cobarde, a pesar de toda su beligerancia y sus poses. Recordó el modo en que el tipo había encabezado la retirada después de que ella asesinara a la Sha’ik anciana y lo impaciente que estaba por apropiarse del mérito de cada éxito mientras se alejaba como podía del camino de cada desastre. En aquel hombre había una vena sádica y Lostara comenzó a temer que esa vena floreciera cuando Tene Baralta buscara medios para alimentar todo lo que había herido en su interior.

—¿Por qué los dejó atrás a todos el ejército?

Faradan Sort se encogió de hombros.

—Asumieron que ninguno de los que habían quedado atrapados dentro de la ciudad podría haber sobrevivido a la tormenta de fuego. —Hizo una pausa y después añadió—: Fue una suposición razonable. Solo Peccado sabía que no era así, y algo me llevó a confiar en la chica. Así que nosotras seguimos buscando.

—Visten todos harapos… y no van armados.

—Sí, que es por lo que tenemos que reunirnos con el ejército en cuanto sea posible.

—¿Puede Peccado ponerse en contacto con el Decimocuarto por medio de la magia? ¿O Ben el Rápido?

—A ella no le he preguntado. No sé cuánta de su capacidad es talento sin formar, este tipo de criaturas se dan

de vez en cuando y sin la disciplina de una educación formal como aprendiz tienden a convertirse en avatares del caos. Poder, sí, pero sin dirección, salvaje. Con todo, fue capaz de derrotar al muro de fuego y salvar las compañías del puño Keneb… bueno, algunas.

Lostara miró a la capitana, se volvió de nuevo hacia los soldados que las seguían y los contempló un momento antes de hablar.

—¿Es usted korelana?

—Lo soy.

—¿Y estuvo destinada en la Muralla?

Una sonrisa tensa que permaneció allí un instante y después desapareció.

—No se permite a nadie abandonar ese servicio.

—Se dice que los jinetes de la tormenta empuñan una hechicería terrible en su asalto eterno contra la Muralla.

—Toda hechicería es terrible, mata de forma indiscriminada y con frecuencia a una gran distancia, no hay nada más dañino para el mortal que empuña ese poder, ya sea humano u otra cosa.

—¿Es mejor mirar a tu enemigo a los ojos cuando le quitas la vida?

—Como mínimo —respondió Faradan— les das la oportunidad de defenderse. Y Oponn decide al final, decide en qué par de ojos se desvanecerá la luz.

—Oponn… creí que era la habilidad.

—Todavía es usted joven, capitán Lostara Yil.

—¿Lo soy?

Faradan Sort sonrió.

—Con cada batalla en la que me encuentro, mi fe en la habilidad disminuye. No, es el empujón del Señor o quizá el tirón de la Señora, cada vez, todas las veces.

Lostara no dijo nada. No podía estar de acuerdo con eso, incluso sin tener en cuenta la irritación de la condescendencia de la otra mujer. Un soldado listo y hábil vivía allí donde morían los soldados lerdos y torpes. La habilidad era una moneda que compraba el favor de Oponn, ¿cómo podía ser de otra manera?

—Usted sobrevivió a Y'Ghatan —dijo Faradan Sort—. ¿Cuánto intervino en eso el tirón de la Señora?

Lostara lo pensó un momento antes de contestar.

—Nada.

Una vez, años antes, unas cuantas decenas de soldados habían salido tambaleándose de una ciénaga inmensa. Ensangrentados, medio locos, la piel les colgaba en tiras descoloridas tras haber pasado semanas vadeando barro y agua negra. Kalam Mekhar había estado entre ellos, junto con los otros tres que caminaban a su lado en ese momento, y parecía que, al final, solo habían cambiado los detalles.

Perro Negro había masacrado a los Abrasapuentes, una guerra de pesadilla que había alargado y conducido entre sotos de píceas negras, en lagunas y pantanos, chocando con los Irregulares de Mott, el Primer Ejército Nathii y la Guardia Carmesí. Los supervivientes estaban aturdidos, liberarse del horror era arrojar a un lado la desesperación, pero fuera lo que fuera lo que debía sustituirla, tardaba mucho en despertar. Y dejaba… muy poco. *Míranos,* recordaba que había dicho Seto, *no somos más que troncos huecos. Nos hemos podrido por dentro, igual que todo lo demás que hay en esta maldita ciénaga.* Bueno, Seto jamás había sido de los optimistas.

—Estás muy pensativo —comentó Ben el Rápido a su lado.

Kalam lanzó un gruñido y después lo miró.

—Me preguntaba una cosa, Rápido. ¿Tú te cansas alguna vez de tus recuerdos?

—Esa no es una buena idea —respondió el mago.

—No, supongo que no. No solo me estoy haciendo viejo, me siento viejo. Miro a todos esos soldados que tenemos detrás, dioses del inframundo, qué jóvenes son. Salvo en los ojos. Supongo que nosotros también fuimos así, una vez. Solo que… desde entonces hasta ahora, Rápido, ¿qué hemos hecho? Una mierda, muy poco que significara algo.

—Admito que yo también me he estado preguntando unas cuantas cosas sobre ti —dijo Ben el Rápido—. Esa garra, Perla, por ejemplo.

—¿El que me apuñaló por la espalda? ¿Qué pasa con él?

—Por qué no te lo has cargado todavía, Kalam. Es decir, no es algo que tú por lo general dejarías para otro día, ¿no? A menos, por supuesto, que no sepas muy bien si puedes con él.

Violín habló desde detrás de los dos hombres.

—¿Era Perla el de esa noche en la ciudad de Malaz? Por el aliento del Embozado, Kalam, ese cabrón lleva pavoneándose por el Decimocuarto desde Raraku, no me extraña que ponga esa sonrisa astuta cada vez que te ve.

—A mí Perla me importa una mierda, o por lo menos matarlo, en cualquier caso —dijo Kalam en voz baja—. Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos. ¿Qué tiene en mente la consejera? ¿Qué planea?

—¿Quién dice que planee algo? —replicó Violín. Llevaba a uno de los niños en brazos, una niña, dormida como un tronco con el pulgar en la boca—. Fue tras Leoman y ahora está huyendo de una peste e intentando enlazar con la flota de transporte. ¿Y luego? Yo diría que regresamos a Genabackis o quizá vayamos a la península de Korel. Más de

lo mismo, porque eso es lo que hacen los soldados, es la vida de los soldados.

—Creo que te equivocas —dijo Kalam—. Ahora está todo enmarañado.

—¿A qué te refieres?

—Perla es la clave, zapador —dijo el asesino—. ¿Por qué sigue por aquí? ¿Qué sentido tiene espiar a la consejera? ¿Qué sentido tiene seguirle los pasos al Decimocuarto? Lo que yo te diga, Viol, lo que la consejera haga a continuación depende de la emperatriz Laseen, ella y nadie más.

—No nos va a licenciar a todos —dijo Violín—. No a la consejera y no al Decimocuarto. Somos el único ejército móvil que tiene digno de ese nombre. No hay más comandantes ahí fuera, bueno, los hay, pero el único saludo que les dedicaría yo sería enseñarles el dedo corazón. Con sangre o sin ella, Tavore ha puesto fin a esta rebelión y eso tiene que contar para algo.

—Viol —dijo Ben el Rápido—, la guerra es mucho más grande de lo que tú crees, y no ha hecho más que empezar. No hay forma de saber de qué lado está la emperatriz.

—¿De qué Embozado estás hablando tú?

Fue Apsalar la que contestó.

—Una guerra entre los dioses, sargento. El capitán Paran habló de una guerra así, en detalle…

Tanto Kalam como Ben el Rápido se dieron la vuelta al oír eso.

—¿Ganoes Paran? —preguntó el asesino—. Rápido dijo que lo dejó en Darujhistan. ¿Qué tiene él que ver con todo esto? ¿Y cuándo hablaste tú con él?

Apsalar conducía a su caballo de las riendas tres pasos por detrás de Violín; en la silla llevaba a tres chiquillos con los ojos apagados por el calor. A las preguntas de Kalam se encogió de hombros antes de contestar.

—Es el Señor de la Baraja de los Dragones. En calidad de tal ha venido aquí, a Siete Ciudades. Estábamos al norte de Raraku cuando nos separamos. Kalam Mekhar, no me cabe duda de que Ben el Rápido y tú estáis metidos en otra intriga más. Si sirve de algo, yo aconsejaría cautela. Hay demasiadas fuerzas desconocidas en este juego y entre ellas se encuentran dioses ancestrales y, de hecho, razas ancestrales. Quizá creáis que comprendéis todas las apuestas, pero yo presumo que no es así…

—¿Y tú sí? —preguntó Ben el Rápido.

—No del todo, claro que yo he limitado mis… objetivos… y busco solo lo que se puede lograr.

—Ahora has conseguido que me pique la curiosidad —dijo Violín—. Aquí estás, marchando con nosotros una vez más, Apsalar, cuando yo había imaginado que te habías asentado en un pueblecito costero, de vuelta en Itko Kan, y que estarías tejiendo jerséis grasientos para tu papá. Quizá hayas dejado a Azafrán, pero me parece a mí que eso es lo único que has dejado atrás.

—Viajamos por el mismo camino —le contestó ella— de momento. Sargento, no tienes nada que temer de mí.

—¿Y qué hay de los demás? —preguntó Ben el Rápido.

La asesina no contestó.

Una inquietud repentina invadió a Kalam. Se encontró con los ojos de Rápido por un breve instante y después miró hacia delante de nuevo.

—Vamos a alcanzar a ese maldito ejército primero.

—Me gustaría que alguien se deshiciera de Perla —dijo Ben el Rápido.

Nadie habló durante un buen rato. No era frecuente que el mago expresara sus deseos con tanto… descaro, y Kalam comprendió con un escalofrío que las cosas se estaban poniendo mal. Quizá incluso desesperadas. Pero no era tan

fácil. *Como ese tejado en Darujhistan, enemigos invisibles por todas partes, miras y miras, pero no ves nada.*

Perla, que en otro tiempo fue Salk Elan. Senda de Mockra… y una hoja que me atraviesa como fuego la espalda. Todo el mundo cree que Topper es el señor de la Garra, pero yo no estoy tan seguro… ¿Puedes con él, Kalam? Rápido tiene sus dudas, y acaba de ofrecer su ayuda. Dioses del inframundo, quizá me esté haciendo viejo.

—No me has respondido, amigo —le dijo el asesino a Ben el Rápido.

—¿Cuál dices que era la pregunta?

—¿Alguna vez te cansas de tus recuerdos?

—Ah, esa.

—¿Y bien?

—Kalam, no tienes ni idea.

A Violín no le gustaba esa conversación. De hecho, la odiaba, y para él fue un alivio cuando todo el mundo se calló otra vez; caminaban por la pista polvorienta, cada paso iba dejando esa maldita ruina de ciudad más y más atrás. Sabía que debería regresar a la columna, con su pelotón, o quizá más adelante, para intentar sonsacarle algo a Faradan Sort, esa capitán estaba llena de sorpresas, la muy astuta. Les había salvado la vida a todos, no cabía duda de eso, pero eso no significaba que tuviera que confiar en ella. Todavía no, a pesar de que lo cierto era que él quería, por alguna razón arcana que todavía tenía que comprender.

La niña de los mocos constantes sorbió por la nariz sin despertarse, una manita se aferraba al hombro izquierdo del soldado. Tenía la otra mano en la boca y al chuparse el

pulgar emitía pequeños ruiditos. En sus brazos, casi no pesaba nada.

Su pelotón había sobrevivido intacto. Solo Bálsamo y quizá Hellian podían decir lo mismo. Así que tres pelotones de, ¿cuántos, diez? ¿Once? ¿Treinta? Los soldados de Moak habían quedado eliminados del mapa por completo, el undécimo pelotón había desaparecido, y ese era un número que jamás se resucitaría en la historia futura del Decimocuarto. La capitán había establecido los números, había añadido el decimotercero para el sargento Urb y resultó que el de Violín, el cuarto, era el número más pequeño del escalón. Esa parte de la novena compañía se había llevado una buena paliza, y Violín tenía pocas esperanzas para el resto, las que no habían conseguido llegar al Gran Templo. Y lo que era peor todavía, habían perdido demasiados sargentos. Borduke, Mosel, Moak, Sobelone, Tirón.

Bueno, de acuerdo, estamos hechos polvo, pero estamos vivos.

Se quedó atrás unos cuantos pasos y reanudó su marcha junto a Corabb Bhilan Thenu'alas. El último superviviente del ejército rebelde de Leoman (salvo el propio Leoman) no había dicho mucho, pero el ceño que invadía su expresión sugería que sus pensamientos eran cualquier cosa salvo tranquilos. Llevaba sobre los hombros a un muchachito escuálido al que se le iba venciendo la cabeza al dormitar.

—Estaba pensando —dijo Violín— en agregarte a mi pelotón. Siempre nos falta uno.

—¿Es así de sencillo, sargento? —preguntó Corabb—. Los malazanos sois raros. No puedo ser todavía soldado de tu ejército, todavía no he empalado a un bebé en una lanza.

—Corabb, la cama corrediza es una invención de Siete Ciudades, no malazana.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Quiero decir que los malazanos no clavamos bebés en lanzas.

—¿No es vuestro rito de paso?

—¿Quién te ha estado contando semejantes estupideces? ¿Leoman?

El hombre arrugó la frente.

—No. Pero a tales creencias se atenían entre los seguidores del Apocalipsis.

—¿Y no es Leoman uno de esos seguidores?

—No lo creo. No, nunca. Aunque yo no lo veía. Leoman creía en sí mismo y en ningún otro. Hasta esa zorra mezla que encontró en Y'Ghatan.

—Así que se buscó una mujer, ¿eh? No me extraña que se largara con viento fresco.

—No se fue con viento, sargento. Huyó por una senda.

—Es una forma de hablar.

—Se fue con su mujer. Que lo destruirá, estoy seguro, y ahora digo que eso es lo que Leoman se merece. Que Gorrionpardo sea su ruina, su absoluta…

—Un momento —interpuso Violín, al que recorrió un escalofrío extraño—, ¿acabas de llamarla Gorrionpardo?

—Sí, pues ese dijo que era su nombre.

—¿Malazana?

—Sí, alta y mezquina. Se burlaba de mí. De mí, Corabb Bhilan Thenu'alas, segundo de Leoman, hasta que me convertí en su tercero, el que se conformó con dejar atrás. Para morir con todos los demás.

Violín apenas lo oyó.

—Gorrionpardo —repitió.

—¿Conoces a esa arpía? ¿Esa bruja? ¿A esa seductora y corruptora?

Dioses, una vez la acuné en mis rodillas. Se dio cuenta de repente de que se estaba arañando con la mano los restos del pelo enmarañado, chamuscado, sin que le importaran los nudos, indiferente a las lágrimas que le llenaban los ojos. La niña se retorció en sus brazos. Violín se quedó mirando a Corabb sin verlo y después se adelantó a toda prisa, estaba mareado, estaba… horrorizado. *Gorrionpardo… tendría veintitantos años ahora. Unos veinticinco o veintiséis, supongo. ¿Qué estaba haciendo en Y'Ghatan?*

Se metió entre Kalam y Ben el Rápido y los sobresaltó a los dos.

—¿Viol?

—Tira de la serpiente del Embozado hasta que chille —dijo el zapador—. Ahoga a la maldita reina de los Sueños en su puñetero estanque. Amigos míos, no os vais a creer quién entró con Leoman en esa senda. No os vais a creer quién compartió la cama de Leoman en Y'Ghatan. No, no os vais a creer nada de lo que os diga.

—Que el Abismo te lleve, Viol —dijo Kalam, exasperado—, ¿de qué estás hablando?

—Gorrionpardo. Esa es la que está junto a Leoman ahora mismo. Gorrionpardo. La hermanita pequeña de Whiskeyjack y no sé… no sé nada, qué pensar, solo que me apetece chillar y no sé por qué allí siquiera, no, ya no sé nada. Dioses, Rápido… Kalam… ¿qué significa? ¿Qué significa esto?

—Tranquilízate —dijo Ben el Rápido, pero su voz había adquirido un tono chillón, tenso, muy extraño—. Para nosotros, es decir, para nosotros no significa necesariamente nada. Es una puta coincidencia e incluso si no lo es, no es como si significara algo, en realidad no. Es solo… peculiar, nada más. Sabíamos que era obstinada, un pequeño

demonio, lo sabíamos incluso entonces, y tú la conocías mejor que nosotros, que Kalam y yo. Nosotros solo la vimos una vez, en la ciudad de Malaz. Pero tú, tú eras como su tío, ¡lo que significa que tienes cosas que explicar!

Violín se quedó mirando al hombre, a sus ojos muy abiertos.

—¿Yo? Tú has perdido la cabeza, Rápido. ¡Escúchate! ¡Echarme a mí la culpa por ella! ¡No tenía nada que ver conmigo!

—Dejadlo ya, los dos —dijo Kalam—. Estáis asustando a los soldados que llevamos detrás. Mirad, ahora mismo estamos demasiado nerviosos, por todo tipo de cosas, para poder encontrarle sentido a algo de esto, suponiendo que haya algún sentido que encontrar. Las personas eligen su propia vida, lo que hacen, donde terminan, no significa que ande por ahí un dios jugando. Así que la hermana pequeña de Whiskeyjack es ahora la amante de Leoman, y los dos se esconden en la senda de la reina de los Sueños. De acuerdo, mejor eso que huesos desmigajados en las cenizas de Y'Ghatan, ¿no? ¿Y bien?

—Quizá, o quizá no —dijo Violín.

—En el nombre del Embozado, ¿se puede saber qué significa eso? —preguntó Kalam.

Violín respiró hondo, un suspiro profundo y entrecortado.

—Tuvimos que contártelo alguna vez, no es que fuera un secreto ni nada parecido, y siempre lo usamos como excusa, para explicar cómo era, cómo se comportaba y todo eso. Nunca cuando pudiera oírlo ella, claro, y lo decíamos para quitarle su poder…

—¡Violín!

El zapador hizo una mueca ante el estallido de Kalam.

—Y ahora quién está asustando a todo el mundo…

—¡Tú! Y qué más dan los demás, ¡es a mí a quien estás asustando, maldito seas!

—De acuerdo. Nació de una mujer muerta, la madrastra de Whiskeyjack, murió esa mañana y el bebé… Gorrionpardo… bueno, tardó mucho en salir, debería haber muerto dentro, si sabéis a lo que me refiero. Por eso los ancianos de la ciudad la entregaron al templo, al del Embozado. El padre ya estaba muerto, lo mataron a las afueras de Quon, y Whiskeyjack, bueno, estaba terminando su aprendizaje. Éramos muy jóvenes entonces. Así que él y yo, bueno, tuvimos que forzar la entrada y recuperarla, pero ya la habían consagrado, bendecido en nombre del Embozado, así que le quitamos su poder hablando de ello, ja, ja, restándole importancia y todo eso, y la niña creció bastante normal. Más o menos. En general… —Se le fue apagando la voz, se negó a mirar a los dos pares de ojos que se habían clavado en él, después se rascó la cara chamuscada—. Necesitamos hacernos con una baraja de los Dragones. Creo…

Apsalar, que iba cuatro pasos por detrás del trío, sonrió cuando el mago y el asesino, los dos a la vez, le dieron una colleja al sargento Violín. Una sonrisa muy breve. Eran unas revelaciones inquietantes. Whiskeyjack siempre había sido más que reticente a hablar de dónde procedía, de su vida antes de convertirse en soldado. Misterios tan enterrados como las ruinas bajo las arenas. Había sido mampostero, un trabajador de la piedra. Eso Apsalar lo sabía. Una profesión peligrosa entre la arcana de la adivinación y el simbolismo. Constructor de túmulos, el que podía hacer sólida toda la historia, cada monumento a la grandeza, cada dolmen levantado en gestos eternos de rendición. Había

constructores entre muchas de las Casas de la baraja de los Dragones, un indicativo tanto de permanencia como de su ilusión. *Whiskeyjack, un constructor que dejó sus herramientas para abrazar la matanza. ¿Fue la mano del Embozado la que lo guió?*

Muchos creían que Laseen había dispuesto la muerte de Dassem Ultor y Dassem había sido la espada mortal del Embozado (en la práctica si no de nombre), y centro de un culto creciente entre las filas de los ejércitos malazanos. El Imperio no buscaba ningún patrón entre los dioses, por muy seductora que fuera la invitación, y en eso Laseen había actuado con una sabiduría especial y muy probablemente a las órdenes del emperador. ¿Había pertenecido Whiskeyjack al culto de Dassem? Era posible; aun así, Apsalar no había visto nada que lo sugiriera. Si acaso, había sido un hombre desprovisto por completo de fe.

Y tampoco parecía probable que la reina de los Sueños aceptase a sabiendas la presencia de un avatar del Embozado dentro de su reino. *A menos que los dos dioses sean ahora aliados en esta guerra.* La idea misma de la guerra la deprimía, porque los dioses eran tan crueles y despiadados como los mortales. *La hermana de Whiskeyjack quizá sea una jugadora tan involuntaria en todo esto como el resto de nosotros.* Apsalar no estaba dispuesta a condenar a la mujer, y tampoco estaba lista para considerarla una aliada.

Se preguntó una vez más qué estarían planeando Kalam y Ben el Rápido. Los dos eran formidables por derecho propio, pero intrínseco en sus métodos estaba el hecho de pasar desapercibidos, sin que nadie los viera. Lo que era obvio, todo lo que yacía en la superficie, era, de forma invariable, una ilusión, un engaño. Cuando llegara el

momento de elegir bandos, de manera abierta, era muy probable que sorprendieran a todos.

Dos hombres, así pues, en quien nadie podía confiar de verdad. Dos hombres en quien ni siquiera los dioses podían confiar, si a eso se iba.

Apsalar se dio cuenta de que al unirse a esa columna, al meterse entre esos soldados, se había enmarañado en otra telaraña, y no había garantías de que fuese capaz de soltarse sola. No a tiempo.

Ese enmarañamiento la preocupaba. No estaba segura de si le daría la espalda a una pelea con Kalam. *Es decir, no a una pelea que fuese cara a cara.* Y el hombre estaba en guardia. De hecho, lo había provocado ella. En parte por bravuconería, en parte para calibrar su reacción. *Y solo un poco… para confundirlo.*

Bueno, confusión había de sobra por todas partes.

Los dos lagartos no muertos, Cuajo y Telorast, se mantenían a cierta distancia del grupo de soldados, aunque Apsalar percibía que nunca se quedaban atrás, en algún lugar entre los matorrales que había al sur del camino elevado. Cualesquiera que fueran sus motivos ocultos para acompañarla, de momento se contentaban con seguirla sin más. Que poseían secretos y un propósito oculto era obvio para ella, al igual que la posibilidad de que ese propósito implicara, a algún nivel, la traición. *Y eso también es algo que compartimos todos.*

El sargento Bálsamo iba maldiciendo detrás de Botella mientras caminaban por el sendero de piedras. Botas quemadas, suelas que aleteaban, simples andrajos cubriendo los hombros del hombre bajo aquel sol abrasador, Bálsamo iba dando voz a las desdichas que afligían a todos

los que habían salido arrastrándose del subsuelo de Y'Ghatan. El paso de la columna se iba ralentizando a medida que los pies se ampollaban, las rocas afiladas cortaban la piel tierna y el sol alzaba un muro resistente de calor cegador ante ellos. Arrastrarse por aquel desierto se había convertido en una lucha cruel, enervadora.

Allí donde otros entre los pelotones llevaban niños en brazos, Botella se encontró llevando a una madre rata y a sus crías, la primera encaramada a su hombro y las segundas envueltas en trapos en el pliegue del codo. Más sórdido que cómico, y hasta él se daba cuenta, pero se negaba a renunciar a sus nuevos... aliados.

Caminaba junto a Botella el seti mestizo, Koryk. Había vuelto a adornarse con huesos de dedos humanos y no mucho más. Los había anudado en mechones chamuscados de su cabello y con cada paso emitía un crujido suave y un tintineo, una música que a Botella le parecía horripilante.

Koryk llevaba más en una olla de arcilla con el borde agrietado que había encontrado en el pozo de una tumba saqueada. Sin duda planeaba distribuirlos entre los otros soldados. *En cuanto hayamos encontrado suficientes ropas que ponernos.*

Captó el ruido de algo escabulléndose entre los matorrales marchitos de su izquierda. *Esos malditos esqueletos de lagarto. Están persiguiendo a mis exploradores.* Se preguntó a quién pertenecían. Era razonable suponer que su orientación era la muerte, lo que seguramente los convertía en servidores del Embozado. No sabía de ningún mago entre los pelotones que usara la senda del Embozado, claro que esos pocas veces lo anunciaban. Quizá ese sanador, Olor a Muerto, pero ¿para qué querría familiares en ese momento? Y desde luego no los tenía abajo, en los túneles. Además, habría que ser un

mago o un sacerdote muy poderoso para poder conjurar y vincular dos familiares. No, Olor a Muerto no. ¿Quién, entonces?

Ben el Rápido. Ese mago tenía demasiadas sendas dando vueltas a su alrededor. Violín había jurado que arrastraría a Botella hasta ese hombre y esa era una presentación que Botella no tenía ningún deseo de que le hicieran. Por fortuna, el sargento parecía haber olvidado a su pelotón, absorto como estaba en esa sórdida reunión de veteranos.

—¿Ya hay bastante hambre? —preguntó Koryk.

Sobresaltado, Botella miró al hombre.

—¿Qué quieres decir?

—Pinchitos de bolitas para empezar y después rata estofada, por eso te las has traído, ¿no?

—Estás enfermo.

Justo delante, Sonrisas se volvió y les lanzó una carcajada desagradable.

—Muy buena. Ya puedes parar, Koryk, ya has alcanzado tu cuota para todo el año. Además, Botella no se va a comer esas ratas. Está casado con la mamá y ha adoptado a las crías, te perdiste la ceremonia, Koryk, cuando andabas por ahí a la caza de huesos. Una pena, lloramos todos.

—Perdimos nuestra oportunidad —le dijo Koryk a Botella —. Podríamos haberla dejado inconsciente de un golpe y haberla abandonado en los túneles.

Una buena señal. Las cosas están volviendo a la normalidad. Todo salvo la expresión acosada en los ojos. Estaba allí, en cada soldado que había atravesado los huesos enterrados de Y'Ghatan. Él sabía que algunas culturas utilizaban un ritual de enterramiento y resurrección para marcar un rito de paso. Pero si eso era un renacimiento, era de los más duros. No habían emergido inocentes, ni purificados. Si acaso, las cargas parecían más pesadas. El

júbilo de haber sobrevivido, de haber escapado de la sombra de la puerta del Embozado, había resultado ser de una brevedad patética.

Debería haber sido… diferente. Faltaba algo. A los Abrasapuentes los había forjado el sagrado desierto de Raraku, *así que para nosotros, ¿no fue Y’Ghatan suficiente?* Parecía que, para esos soldados, la templanza del hierro había ido demasiado lejos y había creado algo picado y quebradizo, como si un golpe más pudiera hacerlos pedazos.

Algo más adelante la capitán dio el alto y su voz provocó un coro de maldiciones y gemidos de alivio. Aunque no había forma de encontrar sombra alguna, caminar por aquel horno era mucho peor que sentarse al borde del camino y aliviar los pies quemados y llenos de cortes y ampollas. Botella se metió tropezando en la cuneta y se sentó en un canto rodado. Observó, con el sudor escociéndole en los ojos, que Olor a Muerto y Laúdes se movían entre los soldados haciendo lo que podían para sanar las heridas.

—¿Viste a esa capitán de las Espadas Rojas? —preguntó Sonrisas, que se había agachado cerca—. Parecía que acababa de salir de un desfile.

—No, de eso nada —dijo el cabo Chapapote—. Está llena de manchas de humo y chamuscada, como era de esperar.

—Solo que conserva todo el pelo.

—Así que por eso estás tan gruñona —comentó Koryk—. Pobre Sonrisas. Sabes que no te volverá a crecer, ¿verdad? Nunca. Te has quedado calva para el resto de tu vida…

—Mentiroso.

Al oír la duda repentina en la voz femenina, el que contestó fue Botella.

—Eso es, miente.

—Ya lo sabía. ¿Y qué pasa con esa mujer morena del caballo? ¿Sabe alguien aquí quién es?

—Violín la reconoció —dijo Chapapote—. Una abrasapuentes, diría yo.

—A mí me pone nerviosa —dijo Sonrisas—. Es como ese asesino, Kalam. Impaciente por matar a alguien.

Sospecho que tienes razón. Y no se puede decir que Viol estuviera encantado de verla, tampoco.

—Koryk, ¿cuándo vas a compartir esos huesos de dedos que recogiste? —dijo Chapapote.

—¿Quieres el tuyo ahora?

—Pues sí.

Con la garganta reseca, la piel bañada en sudor y unos escalofríos que la atravesaban entera, Hellian se quedó de pie en el camino. Demasiado cansada para caminar, demasiado mareada para sentarse, temía no volver a levantarse jamás, se encogería hasta convertirse en una bolita temblorosa, hasta que las hormigas que tenía bajo la piel terminasen su trabajo y toda esa piel se desprendiese como el cuero de un venado, momento en el que los bichitos emprenderían la marcha con ella entonando canciones triunfantes con vocecitas chillonas.

Era la bebida, lo sabía. O más bien, la falta de ella. A su alrededor el mundo era demasiado nítido, demasiado claro; y nada de lo que había estaba bien, nada bien. Las caras revelaban demasiados detalles, todos los defectos y las arrugas desvelados por primera vez. Sufrió una conmoción al darse cuenta de que ella no era el soldado más viejo que había allí, aparte de ese ogro de Sepia. Bueno, era lo único bueno que había salido de esa sobriedad forzada. En fin, si al menos todas esas malditas caras pudieran desaparecer igual que las arrugas que tenían, ella sería mucho más feliz.

No, espera, era al revés, ¿no? No era de extrañar que no fuera feliz.

Personas feas en un mundo feo. Eso era lo que pasaba cuando se veía todo tal y como era de verdad. Mejor cuando estaba borroso, todo mucho más lejos por aquel entonces, le había parecido, tan lejos que no notaba los hedores, las manchas, los pelos errantes que surgían de poros volcánicos, las opiniones miserables y las expresiones suspicaces, los susurros a sus espaldas.

Hellian se volvió y miró furiosa a sus dos cabos.

—¿Creéis que no os oigo? Ahora, callaos, o me arranco una oreja y ya veréis lo mal que os sentís.

Picajoso y Sinaliento intercambiaron una mirada. Fue Picajoso el que habló.

—Nosotros no hemos dicho na, sargento.

—Buen intento.

El problema era que el mundo era mucho más grande de lo que ella jamás había imaginado. Más grietas para arañas de las que podía contar un mortal en mil vidas juntas. Solo había que mirar alrededor para encontrar las pruebas. Y ya no eran solo las arañas. No, allí había moscas que picaban y la picadura hundía un huevo bajo la piel. Y polillas grises gigantes que aleteaban en la noche y a las que les gustaba comer costras de las llagas cuando estabas dormida. Despertabas al oír un crujido muy suave demasiado cerca. Escorpiones que se partían en dos cuando los pisabas. Pulgas que cabalgaban en los vientos. Gusanos que te aparecían en el rabillo del ojo y te dibujaban remolinos rojos en los párpados, y cuando crecían lo suficiente, te salían por los orificios de la nariz. Garrapatas de arena y sanguijuelas de cuero, lagartos voladores y escarabajos que vivían en el estiércol.

Por el cuerpo entero le reptaban parásitos, podía sentirlos. Hormigas diminutas y gusanos que se le deslizaban bajo la piel, le hurgaban en la carne y le comían el cerebro. Y una vez que el sabor dulce del alcohol se había ido, todos querían salir. Hellian esperaba, en cualquier momento, estallar de repente, y todas aquellas horrendas criaturas saldrían arrastrándose y su cuerpo se desinflaría como una vejiga pinchada. Diez mil bichos retorciéndose, todos desesperados por beber algo.

—Voy a encontrarlo —dijo—. Un día.

—¿A quién? —preguntó Pejiguero.

—A ese sacerdote que huyó. Voy a encontrarlo y voy a atarlo y a llenarle el cuerpo de gusanos. Se los voy a meter por la boca, por la nariz, por los ojos y las orejas, y también por otros sitios.

No, no se dejaría explotar. Todavía no. Ese saco de piel iba a permanecer intacto. Haría un trato con todos los gusanos y las hormigas, una especie de trato. ¿Quién dijo que no se podía razonar con los bichos?

—Hace un calor tremendo —dijo Pejiguero.

Todo el mundo lo miró.

Gesler examinó a los soldados tirados o despatarrados por la pista. Lo que el fuego no había quemado lo había quemado el sol. Los soldados de una marcha vestían sus ropas como si fuera su propia piel, y en aquellos cuya piel no era oscura, el bronce bruñido de manos, caras y cuellos contrastaba de forma marcada con los brazos, piernas y torsos pálidos. Pero lo que en otro tiempo había sido pálido era en esos momentos de un rojo brillante. Entre todos los soldados de piel clara que habían sobrevivido a Y'Ghatan, el propio

Gesler era la única excepción. El tono dorado de su piel no parecía afectado por el sol abrasador del desierto.

—Dioses, esta gente necesita ropa —dijo.

A su lado, Tormenta lanzó un gruñido. Más o menos todo el alcance de sus comunicaciones en los últimos tiempos, desde que se había enterado de la muerte de Verdad.

—No tardarán en salirles ampollas —continuó Gesler—, y Olor a Muerto y Laúdes no pueden con todo. Tenemos que alcanzar al Decimocuarto. —Volvió la cabeza y miró con los ojos guiñados la parte delantera de la columna. Entonces se levantó—. No hay nadie pensando con claridad, ni siquiera la capitán.

Gesler se abrió paso camino adelante y se acercó a la reunión de antiguos abrasapuentes.

—Se nos ha pasado por alto lo más obvio —dijo.

—Nada nuevo en eso —dijo Violín, que tenía un aspecto desdichado.

Gesler señaló a Apsalar.

—Tiene que adelantarse con el caballo y detener al ejército. Tiene que decirles que nos traigan caballos, ropa, armaduras y armas. Y agua y comida. Si no, jamás los vamos a alcanzar.

Apsalar se irguió poco a poco y se sacudió el polvo de los pantalones ceñidos.

—Puedo hacerlo —dijo en voz baja.

Kalam se levantó y miró a la capitán Faradan Sort, que se encontraba cerca.

—El sargento tiene razón. No hemos visto lo obvio.

—Salvo que no hay garantía de que alguien la crea —replicó la capitán tras un momento—. Quizá, si uno de nosotros tomara prestado el caballo…

Apsalar frunció el ceño y después se encogió de hombros.

—Como quiera.

—¿Quién es el mejor jinete? —preguntó Kalam.

—Masan Gilani —dijo Violín—. Es cierto, es infantería pesada, pero bueno…

Faradan Sort miró el camino con los ojos guiñados.

—¿Qué pelotón?

—El de Urb, el decimotercero —señaló Violín—. La que está en pie, la alta, la dalhonesia.

Los ojos alargados, almendrados, de Masan Gilani se entrecerraron cuando vio acercarse a los soldados veteranos.

—Estás metida en un lío —dijo Escaso—. Algo has hecho, Gilani, y ahora quieren tu sangre.

Eso parecía, desde luego, así que Masan optó por no responder a las palabras de Escaso. Repasó todo lo que había hecho en los últimos tiempos. Mucho que considerar, pero no se le ocurrió nada que alguien pudiera averiguar, no después de tanto tiempo.

—Eh, Escaso —dijo.

El soldado alzó la vista.

—¿Qué?

—¿Sabes esa hoja grande y ganchuda que guardo con mi equipo?

Los ojos de Escaso se iluminaron.

—¿Sí?

—No es para ti —dijo ella—. Es para Lametazo de Sal.

—Gracias, Masan —dijo Lametazo.

—Siempre lo supe —dijo Hanno—, tú le tenías el ojo echado a Sal. Lo noté, ¿sabes?

—No, de eso nada, es solo que Escaso no me cae bien, eso es todo.

—¿Por qué no te caigo bien?

—Pues porque no, eso es todo.

Se quedaron callados cuando llegaron los veteranos. El sargento Gesler, con los ojos puestos en Masan, fue el que habló.

—Te necesitamos, soldado.

—Qué bien. —Masan notó que los ojos del sargento le recorrían el cuerpo casi desnudo y se detenían en los pechos al aire, con los pezones grandes y oscuros, antes de que, con un rápido parpadeo, se encontraran con los ojos de ella una vez más.

—Queremos que cojas el caballo de Apsalar y alcances al Decimocuarto. —Eso lo dijo el sargento Cuerdas, o Violín, o como se llamase esos días. Parecía que Gesler se había olvidado de cómo se hablaba.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—De acuerdo. Es un caballo muy bonito.

—Necesitamos que convenzas a la consejera de que estamos vivos de verdad —siguió Violín—. Luego tienes que hacer que nos envíe monturas y provisiones.

—De acuerdo.

La mujer, que era de suponer era la tal Apsalar, se acercó con el caballo y le cedió a Masan Gilani las riendas.

La soldado se subió a la silla.

—¿Alguien tiene un cuchillo de sobra o algo? —dijo después.

Apsalar se sacó uno de debajo del manto y se lo pasó.

Masan Gilani arqueó las finas cejas.

—Un kethra. Servirá. Te lo devolveré cuando nos volvamos a encontrar.

Apsalar asintió.

La dalhonesia partió.

—No debería llevarle mucho —dijo Gesler mientras observaba a la mujer alejarse de la columna y poner al caballo a medio galope.

—Descansaremos aquí un rato más —dijo Faradan Sort—, después reanudaremos la marcha.

—Podríamos esperar, sin más —dijo Violín.

La capitán sacudió la cabeza, pero no ofreció ninguna explicación.

El sol se acomodó en el horizonte, se desangraba por los lados como la sangre bajo la piel desollada. En el cielo, el sonido estridente de los ruidos y movimientos de los miles de pájaros que habían puesto rumbo al sur. Estaban en lo más alto, simples motas negras que volaban sin formación, pero sus gritos alcanzaban el suelo en un coro de terror.

Al norte, más allá de la cordillera de colinas rotas y sin vida y de estepas ribeteadas de escorrentía estacional, la llanura descendía para formar una salina incrustada de blanco, tras la cual yacía el mar. La salina había sido en otro tiempo una modesta meseta que habían ido hundiendo a lo largo de milenios los arroyos y manantiales subterráneos que habían reconcomido la caliza. Las cuevas, antes altas y enormes, habían quedado aplastadas o se habían derrumbado en parte, y los restos apiñados estaban inundados o repletos de aluvión que sellaban en la oscuridad las paredes y los techos abovedados atestados de pinturas y cámaras laterales que todavía albergaban los huesos fosilizados de algunos imass.

Coronando esa meseta había habido un asentamiento vallado, pequeño y modesto, una serie caótica de

residencias adosadas que habrían albergado a unas veinte familias en los momentos de máxima ocupación. Los muros defensivos eran sólidos, sin puertas, los moradores del interior entraban y salían a través de los tejados y escalas de un solo poste.

Yadeth Garath, la primera ciudad humana, era ya poco más que escombros podridos por la sal y consumidos por los sedimentos, enterrados en las profundidades e invisible más allá de la salina. No quedaba más historia que las incontables derivaciones de su antiguo nombre, y de las vidas, las muertes y los relatos de todos los que en otro tiempo habían vivido allí, no sobrevivían ni siquiera los huesos.

Dejim Nebrahl recordó a los pescadores que habían morado en sus ruinas, que vivían en sus miserables casuchas sobre pilares, surcando las aguas en sus botes redondos de piel y caminando por las plataformas elevadas de madera que cruzaban los canales naturales que serpenteaban por el pantano. No descendían de Yadeth Garath. No sabían nada de lo que se revolvía bajo los sedimentos negros y eso en sí mismo ya era una verdad innegable, que la memoria se marchitaba y moría al final. No había un solo árbol de la vida, por muy única y primaria que fuera esa Yadeth Garath; no, había un bosque, y una y otra vez, un árbol, el tronco podrido entero, se derrumbaba para desvanecerse a toda prisa en la mugre sin aire.

Dejim Nebrahl recordó a esos pescadores, cuya sangre sabía a pescado y moluscos, sosa, hinchada y nublada por la estupidez. Si hombre y mujer no pueden, no quieren, recordar, entonces se merecían todo lo que pudiera acaecerles. Muerte, destrucción y devastación. No era el juicio de ningún dios, era el del mundo, el de la propia

naturaleza. Extraído de esa conspiración de indiferencia que tanto aterraba y desconcertaba a la humanidad.

Las tierras se hunden. Las aguas lo inundan todo. Vienen las lluvias y luego no vienen jamás. Los bosques mueren, se alzan de nuevo y luego vuelven a morir. Hombres y mujeres se acurrucan con su prole en habitaciones oscuras con sus súplicas tardías, y sus ojos se llenan de fracasos mudos, y después son motas derrumbadas de gris y blanco entre los sedimentos negros, inmóviles como el recuerdo de las estrellas en un cielo nocturno muerto mucho tiempo atrás.

Extraer el juicio de la naturaleza, ese era el propósito de Dejim Nebrahl. A los olvidadizos, sus propias sombras los acechan. A los olvidadizos, la muerte siempre llega sin avisar.

Los t’rolbarahl habían regresado al lugar de Yadeth Garath, como si los atrajera un instinto desesperado. Dejim Nebrahl se moría de hambre. Desde su choque con el mago cerca de la caravana, sus vagabundeos lo habían llevado a través de tierras mancilladas por muerte podrida. Nada salvo cadáveres hinchados, ennegrecidos, impregnados de enfermedad. Cosas que no podían alimentarlo.

La inteligencia del interior del d’ivers había sucumbido a la urgencia visceral, unos adeudos terribles que lo empujaban por el camino de los viejos recuerdos, de lugares donde en otro tiempo se había alimentado, la sangre caliente y fresca derramándose por sus varias gargantas.

Kanarbar Belid, nada ya salvo polvo. Vithan Taur, la gran ciudad en la cara del risco, hasta el risco había desaparecido. Un ringlera de fragmentos de arcilla reducidos a gravilla era todo lo que quedaba de Minikenar, en otro tiempo una próspera ciudad a las orillas de un río ya extinto. La ristra de pueblos al norte de Minikenar no revelaba signos

de haber existido jamás. Dejim Nebrahl había empezado a dudar de sus propios recuerdos.

Empujado por la necesidad, cruzó las colinas carcomidas y se adentró en el páramo fétido en busca de otro pueblo más de pescadores. Pero había sido demasiado concienzudo la última vez, tantos siglos atrás, y nadie había ido a ocupar el lugar de los masacrados. Quizá se conservaba algún recuerdo oscuro que arrojaba un velo angustiado por la ciénaga. Quizá las burbujas de los gases todavía soltaban antiguos gritos y chillidos y los barqueros de las islas, al pasar cerca, hacían gestos contra el mal de ojo antes de girar el timón y dar media vuelta.

Enfebrecido, debilitado, Dejim Nebrahl siguió vagando por el paisaje podrido.

Hasta que un leve aroma alcanzó al d'ivers.

Bestia, y humano. Vibrantes, vivos, y cerca.

Los t'rolbarahl, cinco criaturas de sombras musculosas salidas de una pesadilla, alzaron las cabezas, miraron al sur y entrecerraron los ojos. Allí, justo tras las colinas, en la pista desmigajada que en otro tiempo había sido un camino llano que llevaba a Minikenar. El d'ivers se puso en marcha al tiempo que el atardecer caía sobre la tierra.

Masan Gilani redujo el medio galope del caballo cuando las sombras se espesaron con la promesa de la noche. La pista era traicionera, con adoquines sueltos y barrancos estrechos formados por las escorrentías. Habían pasado años desde la última vez que había montado vistiendo tan poco, nada más que un chal alrededor de las caderas, y sus pensamientos se remontaron muy atrás, a su vida en las llanuras dalhonesias. Por aquel entonces pesaba algo menos. Alta, ágil, de piel suave y una inocencia brillante. La pesadez de los pechos

llenos y la hinchazón del vientre y las caderas llegó mucho después, tras los dos niños que había dejado a su madre y sus tías y tíos para que se los criaran. Era el derecho que tenía todo adulto, hombre o mujer, a ponerse en camino y vagar; antes de que el Imperio conquistara a los dalhonesios, era una elección que pocas veces se hacía, y los niños, criados por parientes de ambos lados, su salud atendida por chamanes, comadronas y brujas cargadoras, el abandono de un progenitor era algo que casi nunca experimentaban.

El Imperio de Malaz lo había cambiado todo, por supuesto. Mientras muchos adultos de la tribus se quedaban donde estaban, incluso en la época de Masan Gilani, cada vez más hombres y mujeres habían partido a explorar el mundo, y a edades cada vez más tempranas. Nacían menos niños y los mestizos eran más comunes, una vez que los guerreros regresaban a casa con nuevos maridos o esposas, y las nuevas costumbres teñían las vidas de los dalhonesios. Pues eso era una cosa que no había cambiado con el tiempo, *siempre regresamos a casa. Cuando hemos terminado de vagar.*

Echaba de menos esas praderas fértiles y sus vientos jóvenes y frescos. Las nubes henchidas de lluvias inminentes, el tronar de la tierra cuando pasaban los rebaños salvajes en sus migraciones anuales. Y sus paseos a caballo, siempre a lomos de los fuertes caballos cruzados de los dalhonesios, apenas domesticados, las leves vetas de su legado de cebra tan sutiles en sus pieles como el juego del sol sobre los juncos. Bestias que tan pronto corcoveaban como galopaban, ávidos de morder, con malicia pura en los ojos enrojecidos. Oh, cómo le encantaban esos caballos.

La montura de Apsalar era de una raza mucho mejor, por supuesto. De miembros largos y elegante, Masan Gilani no

podía evitar admirar el juego de los músculos lustrosos bajo ella, y la inteligencia de sus ojos oscuros, líquidos.

El caballo se espantó de repente en la oscuridad creciente y levantó la cabeza. Sobresaltada, Masan Gilani echó mano del cuchillo kethra que había metido en un pliegue de la silla.

Las sombras tomaron forma por todos lados y se abalanzaron. El caballo se encabritó y chilló cuando salpicó la sangre.

Masan Gilani rodó hacia atrás con una voltereta cerrada que la apartó de la grupa de la tambaleante bestia y le permitió aterrizar con ligereza en una postura medio agazapada. Lanzó una cuchillada con el pesado cuchillo a la izquierda cuando la atacó una criatura con los miembros como la medianoche. Masan sintió que la hoja cortaba con profundidad y atravesaba dos miembros extendidos. Un grito bestial de dolor, después la cosa se echó hacia atrás, cayó a cuatro patas y tropezó con los miembros delanteros lisiados.

Masan le dio la vuelta al cuchillo, saltó para abalanzarse sobre la aparición y hundió el cuchillo en la parte posterior del cuello felino recubierto de escamas. La bestia se derrumbó, encorvada, contra las pantorrillas de la dalhonesia.

Un sonido pesado a la izquierda de la soldado cuando el caballo cayó de lado, cuatro más de los demonios haciéndolo pedazos. Las patas lanzaban coces espasmódicas y después giraron hacia arriba cuando las bestias hicieron rodar al caballo panza arriba para exponerle el vientre. Unos gruñidos terribles acompañaron a las criaturas salvajes que lo destriparon.

Masan Gilani saltó por encima del demonio muerto y se internó corriendo en la oscuridad.

Un demonio la persiguió.

Era demasiado rápido. Las pisadas resonaron tras ella, muy cerca, y después cesaron.

Masan se arrojó al suelo y rodó con fuerza, magullándose entera, y vio el contorno desdibujado del cuerpo largo del demonio pasar sobre ella. La soldado lanzó un navajazo con el cuchillo y atravesó un tendón de la pata trasera derecha de la criatura.

Esta chilló y se ladeó en pleno aire, la pata cortada se plegó bajo las ancas al aterrizar y las caderas se retorcieron por el impulso.

Masan Gilani lanzó el cuchillo. La hoja cargada chocó contra el hombro, y la punta y el filo rebanaron músculo para rebotar en la escápula y perderse girando en la noche.

La dalhonesia volvió a ponerse en pie y se precipitó tras el arma lanzándose por encima de la bestia, que no dejaba de escupir.

Unas garras le abrieron el muslo izquierdo, perdió el equilibrio y se derrumbó. Aterrizó con torpeza contra una ladera de piedras, el impacto le entumeció el hombro izquierdo. Se deslizó hacia abajo, de nuevo hacia el demonio. Masan clavó los pies en el lado de la ladera y después subió como pudo por la cuesta, arrojando puñados de arena y gravilla a su paso.

Un borde afilado le abrió el dorso de la mano izquierda hasta el hueso, había encontrado el kethra tirado en la ladera. Masan Gilani cogió el mango con unos dedos, de repente resbaladizos, y continuó su desesperada subida.

Otro salto desde atrás acercó al demonio a ella, pero la criatura volvió a resbalar por la ladera, escupiendo y siseando cuando la loma se hundió entre un estrépito de piedras y polvo.

Al llegar a la cima, Masan se puso en pie y echó a correr, medio ciega en la oscuridad. Oyó al demonio hacer otro intento, seguido por otra lluvia de piedras y escombros que se deslizaban. Más adelante distinguió un barranco de algún tipo, de paredes altas y estrecho. A dos zancadas de allí, se arrojó al suelo en respuesta a un aullido ensordecedor que hendió la noche.

Otro aullido le respondió y reverberó entre los peñascos, un sonido como el de un millar de almas precipitándose en el abismo. Un terror gélido heló los miembros de Masan Gilani, la despojó de toda su fuerza, de su voluntad. Yació en la grava, sus jadeos levantaban nubes diminutas de polvo ante su cara, los ojos muy abiertos, sin ver nada salvo el pedregal de rocas que marcaban la extensión del barranco.

En algún lugar más allá de la ladera, abajo, donde había muerto su caballo, se oía el sonido de los siseos que se alzaban de tres, quizá cuatro gargantas. Algo en esas voces sobrecogedoras, casi humanas, destilaba terror y pánico.

Un tercer aullido llenó la oscuridad procedente de algún lugar al sur, lo bastante cercano como para poner en riesgo la cordura de la mujer. Se encontró extendiendo los antebrazos y abriendo surcos en el pedregal con la mano derecha, el cuchillo kethra todavía aferrado con tanta fuerza como podía en la mano izquierda ensangrentada.

No son lobos. Dioses del inframundo, las gargantas que emitieron esos aullidos…

Una ráfaga repentina y pesada, a su derecha, demasiado cerca. Giró la cabeza, el movimiento involuntario, y el frío se filtró por su cuerpo paralizado como si echara raíces en el suelo duro. Un lobo, pero no un lobo que bajaba sin ruido por una ladera escarpada y aterrizaba en silencio en el mismo saliente ancho en el que yacía Masan Gilani, un lobo, pero enorme, tan grande como un caballo dalhonesio, de un

color gris profundo o negro, no había forma de estar seguros. Se detuvo, se quedó inmóvil por un momento, de perfil, su atención obviamente clavada en algo que había delante, camino abajo.

Y entonces la cabeza de la inmensa bestia giró en redondo y Masan Gilani se encontró mirando unos ojos ambarinos, relucientes, como dos pozos de locura.

Se le detuvo el corazón en el pecho. No podía respirar, no podía apartar los ojos de la mirada letal de aquella criatura.

Y luego, esos ojos se fueron cerrando con mucha, muchísima lentitud, hasta quedar reducidos a la ranura más fina, y la cabeza volvió a girar.

La bestia se dirigió sin ruido a la cima. Se quedó mirando abajo por un momento y después se deslizó por el borde. Y desapareció.

De repente el aire, impregnado de polvo, inundó los pulmones de Masan. Tosió, imposible no toser. Se hizo una bola entre toses secas y náuseas, escupiendo flemas ásperas. Indefensa, rindiéndose entera, entregando su vida. Sin dejar de toser, Masan Gilani esperó a que volviese la bestia, a que la cogiera entre sus inmensas mandíbulas, la sacudiera una vez, con fuerza, tan vigorosamente como para partirle el cuello, la columna, aplastarle las costillas y hundir con ellas todo lo que había dentro.

Fue recuperando poco a poco el control de su respiración, todavía tirada en el suelo empapado de sudor, los escalofríos la embargaban.

Muy por encima de su cabeza, por algún sitio, en el cielo oscuro oyó gritos de pájaros. Un millar de voces, diez millares. No sabía que los pájaros volaban por la noche. Voces celestiales que aleteaban hacia el sur tan rápido como unas alas invisibles podían llevarlos.

Más cerca… ni un solo sonido.

Masan Gilani rodó de espaldas y se quedó mirando al cielo sin ver, sentía la sangre que le chorreaba por el muslo acuchillado. *Espera a que Lametazo de Sal y los demás se enteren de esto…*

Dejim Nebrahl atravesó como un rayo la oscuridad, tres bestias en plena huida, una cuarta cojeando tras ellas y que ya había quedado muy atrás. Demasiado débiles, aturdidos de hambre, toda astucia perdida, y encima un pariente d'ivers más estaba muerto. Asesinado sin esfuerzo por una simple humana, que luego mutiló a otro con un papirotazo perezoso de ese cuchillo.

Los t'rolbarahl necesitaban alimentarse. La sangre del caballo apenas había empezado a aplacar una sed insaciable, pero con ella adquiría un susurro de fuerza, un regreso a la cordura.

A Dejim Nebrahl lo perseguían. Era indignante que pudiera suceder algo así. El hedor de las criaturas cabalgaba en el viento, parecía llegar a ráfagas de todas direcciones salvo justo delante. Una vida fiera, antigua, y un deseo mortal, amargo a los sentidos de los t'rolbarahl. ¿Qué clase de bestias eran esas?

El cuarto hermano, cojeando media legua por detrás ya, podía sentir la cercanía de los perseguidores, que avanzaban a grandes zancadas, invisibles, que parecían conformarse con mantener el ritmo, casi como si no les interesara arrimarse y dar el golpe de gracia a ese d'ivers herido. Se habían anunciado con sus aullidos, pero desde entonces, nada salvo el silencio y la cercanía palpable de su presencia.

No hacían más que jugar con Dejim Nebrahl. Una verdad que enfurecía a los t'rolbarhal y que luego ardía como ácido

que consumiese sus acelerados corazones. Si hubieran sanado por completo y fueran siete de nuevo en lugar de tres y poco más, esas criaturas sabrían lo que era el terror y el dolor. Incluso en ese momento, Dejim Nebrahl se planteó tenderles una emboscada utilizando al hermano herido como cebo. Pero los riesgos eran demasiado grandes, no había forma de saber cuántos de esos cazadores había allí fuera.

Y por tanto no quedaban muchas alternativas. Huir, desesperados como conejos, indefensos en ese absurdo juego.

Para los tres primeros hermanos, el olor de los cazadores había empezado a desvanecerse. Era cierto, pocas criaturas podían mantener el ritmo de Dejim Nebrahl durante mucho tiempo. Parecía, entonces, que se conformarían con el rezagado lisiado y le daría al d'ivers la oportunidad de verlos por primera vez, señalárselos a los otros, hasta el momento en que se pudiera ejecutar la venganza.

Y, sin embargo, las misteriosas bestias no aparecieron abalanzándose, no desgarraron al cuarto hermano. Hasta para ese, el olor se iba desvaneciendo.

No tenía ningún sentido.

Dejim Nebrahl ralentizó su huida, preguntándose por las razones, curioso, y en absoluto receloso todavía, nada sospechaba.

Del alivio fresco a un frío creciente, la noche cayó sobre los esforzados y exhaustos soldados haciendo surgir un murmullo de nuevas quejas. Con un niño dormido en los brazos, Violín caminaba dos zancadas por detrás de Kalam y Ben el Rápido, mientras tras él avanzaba sin prisas Apsalar, sus pisadas el más leve de los susurros.

Mejor que el sol abrasador y el calor… pero no mucho mejor. La piel quemada y repleta de ampollas de los hombros había empezado a irradiar todo el calor que podía crear la carne. Entre los más afectados, la fiebre despertaba como un niño perdido en los bosques, llenando las sombras de apariciones. Dos veces en los últimos cien pasos uno de los soldados había gritado de miedo al ver moverse grandes formas en la noche. Formas pesadas, que se pavoneaban con los ojos destellando como brasas del color de la sangre turbia. O eso había dicho Cachipolla, sorprendiéndolos a todos con el giro poético que le había dado a la frase.

Pero igual que nunca se acercan más los monstruos conjurados por la imaginación de los niños pequeños cuando están asustados, jamás llegaron a revelarse del todo. Tanto Cachipolla como Galt juraron que habían visto… algo. Algo que se movía en paralelo a la columna, pero más rápido, y que pronto adelantó a esta. Mentes febriles, se dijo Violín una vez más, eso y nada más.

Con todo, él también sentía una inquietud creciente. Como si de verdad tuvieran compañía por aquel camino accidentado, allí fuera, en la oscuridad, entre las trincheras, los barrancos y la confusión de rocas caídas. Muy poco tiempo antes le había parecido oír voces lejanas y que parecían descender del cielo nocturno, pero ya se habían desvanecido. No obstante, comenzaban a crispársele los nervios, con toda probabilidad cansancio, con toda probabilidad una fiebre que nacía dentro de su propia mente.

Algo más adelante, Ben el Rápido giró de repente la cabeza, se quedó mirando a la derecha y examinó la oscuridad.

—¿Pasa algo? —preguntó Violín en voz muy baja.

El mago giró la cabeza, le lanzó una mirada, después apartó los ojos de nuevo y no dijo nada.

Diez pasos después, Violín vio a Kalam soltar los largos cuchillos en sus fundas.

Mierda.

Se fue quedando atrás hasta que se encontró junto a Apsalar y estaba a punto de decir algo cuando ella lo cortó.

—Ponte en guardia, zapador —le dijo la mujer en voz baja —. Creo que no tenemos nada que temer… pero no estoy segura.

—¿Qué hay ahí fuera? —preguntó él.

—Parte de un trato.

—¿Qué se supone que significa eso?

La asesina levantó de repente la cabeza, como si sondeara el viento, y su voz se endureció cuando habló en voz bien alta.

—Todo el mundo fuera del camino, lado sur solo, ¡ya!

Al oír esa orden, un miedo fino recorrió con un susurro todo el antiguo camino. Se agacharon, se acurrucaron en las sombras, los ojos muy abiertos y sin parpadear, contuvieron el aliento, los malazanos se esforzaron por escuchar cualquier sonido revelador en la oscuridad que los rodeaba.

Manteniéndose pegado al suelo, Violín se abrió camino hasta reunirse con su pelotón. Si algo iba a por ellos, prefería morir con sus soldados. Mientras se arrastraba, percibió una presencia que lo alcanzaba por detrás y al darse la vuelta vio a Corabb Bhilan Thenu’alas. El guerrero sostenía un pesado trozo de madera, una especie de porra, demasiado grueso para ser una rama, más parecido a la raíz central de un antiguo guldindha.

—¿Dónde encontraste eso? —le preguntó Violín con un siseo.

Un encogimiento de hombros fue la única respuesta.

Al llegar junto a su pelotón, el sargento se detuvo y Botella reptó hasta él.

—Demonios —susurró el soldado—, ahí fuera… —una sacudida de la cabeza señaló el lado norte del camino—. Al principio pensé que era el palio del mal junto a la costa lo que había espantado a los pájaros de las salinas tras la bahía…

—¿El palio de qué? —preguntó Violín.

—Pero no era eso. Algo mucho más cerca. Tenía un rhizano dando vueltas ahí fuera, se acercó a una bestia. Una puñetera bestia enorme, sargento. Un cruce entre lobo y oso, solo que del tamaño de un bhederin macho. Se dirigía al oeste…

—¿Sigues ligado a ese rhizano, Botella?

—No, el bicho tenía el hambre suficiente para soltarse, no estoy recuperado del todo, sargento…

—No importa. Buen intento. Así que el oso-lobo o lobo-bhederin se dirigía al oeste…

—Sí, no estaba ni a cincuenta pasos por delante de nosotros, imposible que no supiera que estábamos aquí —dijo Botella—. No es como si anduviéramos con sigilo, ¿no?

—Así que no le interesamos nosotros.

—Quizá todavía no, sargento.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno, había enviado a una poliñera camino arriba, la usé para sondear el aire; pueden percibir cosas cuando esas cosas se mueven, agitan el aire, emiten calor a la noche, ese calor a veces es visible desde muy lejos, sobre todo cuanto más se enfría la noche. Las poliñeras necesitan todo eso para evitar a los rhizanos, aunque no siempre…

—Botella, no tengo un pelo de naturalista, ¿qué viste, percibiste, oíste o lo que fuera a través de esa maldita poliñera?

—Bueno, criaturas por ahí delante, acercándose a toda prisa…

—¡Ah, gracias por ese pequeño detalle, Botella! ¡Me alegro de que por fin llegaras al tema!

—Shh, eh, sargento. Por favor. Creo que deberíamos quedarnos aquí agachados; sea lo que sea lo que está a punto de pasar, no tiene nada que ver con nosotros.

—¿Estás seguro de eso? —dijo Corabb Bhilan Thenu’alas.

—Bueno, no, pero es razonable pensar…

—A menos que estén todos trabajando juntos, tendiendo una trampa…

—Sargento —dijo Botella—, no somos tan importantes.

—Quizá tú no, pero tenemos a Kalam, Ben el Rápido, Peccado, Apsalar…

—No sé mucho sobre ellos, sargento —dijo Botella—, pero quizá quiera advertirles sobre lo que viene, si no lo saben ya.

Si Rápido no se ha olido esto, se merece que le arranquen esa cabeza de mosquito.

—Eso da igual. —Violín se giró, entrecerró los ojos y miró la oscuridad al sur de ellos—. ¿Alguna posibilidad de movernos a un refugio mejor? Esta zanja no vale una puta mierda.

—Sargento —siseó Botella con voz tensa—, es que no tenemos tiempo.

Separados por diez pasos y moviéndose en paralelo por la ruta del viejo camino, uno en el centro de la pista y los de los flancos en las zanjas bastas de ambos lados, Dejim Nebrahl se deslizaba pegado al suelo, había levantado las correosas orejas inclinadas y examinaba con los ojos el camino que tenía por delante.

Algo iba mal. A media legua de los tres, por detrás, el cuarto hermano los seguía cojeando, débil por la pérdida de sangre y agotado por el miedo, y si los cazadores continuaban cerca, los estaban acechando en absoluto silencio. El cuarto se detuvo, se hundió y giró la cabeza para que sus penetrantes ojos registraran la noche. Nada, no había ningún movimiento más allá del aleteo de rhizanos y poliñeras.

Los tres del camino captaron el olor de los humanos, no estaban lejos, y un hambre salvaje envolvió todos los demás pensamientos. Hedían a terror, les contaminaría la sangre cuando tomara un trago profundo, un regusto metálico y amargo, un sabor que a Dejim Nebrahl había llegado a encantarle.

Algo entró con paso pesado en el camino treinta zancadas por delante.

Enorme, negro, conocido.

Deragoth. Imposible, habían desaparecido, tragados por una pesadilla que ellos mismos habían creado. No podía ser.

Un aullido repentino al sur, muy lejos, muy por detrás del cuarto hermano, que giró en redondo y le gruñó al sonido.

Los primeros tres d'ivers se separaron con los ojos en la bestia solitaria que se acercaba a ellos sin ruido. *Si no es más que una, está condenada…*

La bestia se abalanzó a la carga con un bramido.

Dejim Nebrahl echó a correr para recibirla.

Los d'ivers de los flancos giraron hacia fuera cuando otras formas enormes los cercaron aporreando el suelo, dos por cada lado. Las mandíbulas muy abiertas, los labios estirados, los deragoth alcanzaron a Dejim Nebrahl y dieron voz al trueno. Unos caninos inmensos se hundieron en los hermanos, desgarraron músculo, aplastaron hueso. Los

miembros se partieron, las costillas se astillaron y quedaron expuestas entre la carne y la piel perforada.

Dolor, tanto dolor, el d'ivers del centro saltó por los aires para recibir la carga del deragoth que tenía delante. Y la pata derecha quedó prendida en unas mandíbulas enormes, lo que detuvo de repente a Dejim Nebrahl en pleno aire. Las articulaciones estallaron cuando le aplastaron e hicieron pedazos los huesos de la pata.

Arrojado con fuerza al suelo, Dejim intentó girar en redondo y azotar con las garras la ancha cabeza de su atacante. Destrozó un ojo y lo arrancó antes de mandarlo dando vueltas por la oscuridad.

El deragoth se encogió con un chillido agónico.

Después, un segundo par de mandíbulas se cerró alrededor de la nuca del hermano. Salpicó la sangre cuando los dientes se clavaron y cortaron, cuando aplastaron cartílago y después hueso.

La sangre llenó la garganta de Dejim Nebrahl.

No, no puede terminar así…

Los otros dos hermanos también estaban muriendo, los deragoth los estaban haciendo pedazos.

Más lejos, al oeste, el único superviviente se agazapaba, temblando.

Los mastines atacaron, tres que aparecieron delante del último d'ivers. Momentos antes de precipitarse sobre él, los tres se giraron, una finta, lo que significaba…

Unas mandíbulas de lobo se clavaron en la nuca de Dejim Nebrahl y levantaron al d'ivers del suelo.

El t'rolbarahl esperó que hundieran los dientes, la muerte, pero no llegó. En su lugar, la bestia que lo sostenía echó a correr a toda velocidad, con otras de su especie a ambos lados. Hacia el oeste y hacia el norte y luego, con el tiempo, giraron al sur, adentrándose en los yermos.

Sin cansarse, avanzaron sin tregua por la noche fría.

Indefenso entre los dientes de esas mandíbulas, el último d'ivers de Dejim Nebrahl no se resistió, luchar carecía de sentido. No habría una muerte rápida, esas criaturas tenían algún otro propósito en mente para él. Al contrario que los deragoth, comprendió, esos mastines tenían un amo.

Un amo que había encontrado alguna razón para mantener a Dejim Nebrahl con vida.

Una salvación curiosa, tensa. *Pero sigo vivo, y eso es suficiente. Sigo vivo.*

La fiera batalla había terminado. Kalam, tirado cerca de Ben el Rápido, entrecerró los ojos, apenas distinguía las enormes formas de los demonios que se pusieron en marcha sin una sola mirada atrás, hacia el oeste.

—Parece que no han terminado todavía la caza —murmuró el asesino mientras levantaba una mano para limpiarse el sudor que le había estado escociendo en los ojos.

—Dioses del inframundo —dijo Ben el Rápido con un susurro.

—¿Oíste esos aullidos a lo lejos? —preguntó Kalam, y se sentó—. Mastines de Sombra, tengo razón, ¿verdad? ¿Rápido? Así que tenemos gatos lagarto, y perros oso gigantes, como el que mató el toblakai en Raraku, y los mastines… mago, yo no quiero seguir en este camino.

—Dioses del inframundo —volvió a susurrar el hombre que tenía a su lado.

El alegre abrazo del teniente Poros con la Señora se amargó con una emboscada a una patrulla que había encabezado

hacia el interior, alejándose del ejército que marchaba, tres días al oeste de Y’Ghatan. Bandidos famélicos, nada menos. Los habían vencido, pero el teniente había recibido el disparo de un cuadrillo de ballesta que le había atravesado con limpieza el brazo izquierdo y una estocada justo por encima de la rodilla derecha lo bastante profunda como para partir el músculo y llegar casi al hueso. Los sanadores habían arreglado el daño, lo suficiente como para coser con tosquedad la carne desgarrada y cerrar el tejido cicatrizal sobre las heridas, pero el dolor continuaba siendo agónico. Había estado convaleciendo en la parte trasera de una carreta atestada hasta que llegaron a la vista del mar del norte y el ejército acampó, momento en el que había aparecido el capitán Tierno.

Sin decir nada, Tierno había trepado a la carreta, había cogido a Poros por el brazo bueno y lo había sacado de la camilla. Lo había bajado al suelo, el teniente estuvo a punto de doblarse bajo la pierna débil, y después avanzó tambaleándose, entre tropezones, mientras el capitán iba tirando de él.

—¿Cuál es la emergencia, capitán? —había preguntado Poros con un jadeo—. Yo no he oído ninguna alarma…

—Porque no estaba escuchando —respondió Tierno.

Poros miró a su alrededor con cierto nerviosismo, pero no vio a nadie más precipitándose por ninguna parte, ninguna llamada general a las armas, el campamento estaba instalándose, se estaban encendiendo hogueras y las figuras se acurrucaban bajo capas de lluvia para defenderse del frío que traía la brisa marina.

—Capitán…

—Mis oficiales no se quedan tirados por ahí arrancándose pelos de la nariz, teniente. Hay soldados heridos de verdad en esas carretas y usted solo está en el medio. Los sanadores

ya han terminado con usted. Es hora de estirar esa pierna mala. Es hora de volver a ser soldado, y deje de cojear, maldito sea, está dando un ejemplo miserable, teniente.

—Lo siento, señor. —Empapado de sudor, Poros luchó por mantener el ritmo de su capitán—. ¿Me permite preguntar adónde vamos?

—A mirar al mar —respondió Tierno—. Después se va a hacer cargo de los piquetes del interior, primera guardia, y le sugiero encarecidamente que haga una inspección de armas y armaduras, teniente, puesto que existe la posibilidad de que yo me dé un paseo por esos puestos.

—Sí, señor.

Algo más adelante, en una elevación con vistas al mar gris coronado de crestas blancas, se encontraban los mandos del Decimocuarto. La consejera, Nada y Menos, los puños Blistig, Temul y Keneb y, un poco más apartada y envuelta en un largo manto de cuero, T'amber. Justo tras ellos se encontraba el caudillo Hiel y su antiguo ayudante Imrahl, junto con los capitanes Ruthan Gudd y Madan'Tul Rada. El único que faltaba era el puño Tene Baralta, pero Poros había oído que el hombre todavía estaba bastante mal, manco y tuerto, la cara destrozada por el aceite hirviendo, y tampoco tenía a Tierno al mando, lo que significaba que lo habían dejado que se curara en paz.

Ruthan Gudd estaba hablando en voz baja, su público era Madan'Tul Rada y los dos guerreros khundryl.

—... se cayó sin más al mar, esas olas, ese tumulto en medio de la bahía, ahí era donde se levantaba la ciudadela. Una grada de tierra levantada la rodeaba, la isla en sí, y había una pasarela que la unía a la orilla, no quedó nada salvo esas columnas que coronan las arenas por encima de la marca de la marea. Se dice que el aplastamiento de un enclave jaghut lejos de aquí, al norte, fue el responsable...

—¿Cómo pudo eso hundir esta isla? —inquirió Hiel—. Lo que dices no tiene sentido, capitán.

—Los t'lan imass rompieron la hechicería jaghut, el hielo perdió su poder, se fundió en los mares y subió el nivel de agua. Lo suficiente para meterse en la isla, inundar la grada de tierra y después devorar los cimientos de la ciudadela en sí. En cualquier caso, fue hace miles de años…

—¿Eres historiador además de soldado? —preguntó el caudillo echando un vistazo a su alrededor, su rostro tatuado de lágrimas bañado en rojo como una máscara bajo la luz brillante del sol poniente.

El capitán se encogió de hombros.

—El primer mapa de Siete Ciudades que vi en mi vida era falari, un mapa de las corrientes marinas que marcaban las zonas peligrosas de esta costa, y todas las demás costas hasta Nemil. Había sido copiado infinidad de veces, pero el original databa de los días en los que los únicos metales con los que se comerciaba eran estaño, cobre, plomo y oro. El comercio de Falar con Siete Ciudades se remonta a muy atrás, caudillo Hiel. Lo que tiene sentido, puesto que Falar está a medio camino, entre Quon Tali y Siete Ciudades.

—Es extraño, Ruthan Gudd, —comentó entonces el capitán Tierno—, no pareces falari. Ni tu nombre es falari.

—Procedo de la isla de Golpe, Tierno, que se encuentra junto a las Profundidades del Límite Externo. Golpe es la más aislada de todas las islas del archipiélago y nuestras leyendas sostienen que somos todo lo que queda de los primeros habitantes de Falar, las gentes de pelo dorado y pelirrojo que ves e identificas como falari eran, en realidad, del océano oriental, del otro lado del Abismo del Buscador, o de alguna isla desconocida muy alejada de los rumbos marcados en las cartas de navegación, al otro lado de ese océano. Ni ellos mismos recuerdan su tierra natal y la mayor

parte cree que siempre ha vivido en Falar. Pero nuestros antiguos mapas muestran nombres diferentes, nombres de Golpe para todas las islas y reinos y pueblos, y la palabra «Falar» no aparece entre ellos.

Si la consejera y su séquito estaban hablando, Poros no los oía. Las palabras de Ruthan Gudd y el viento gélido ahogaban todo lo demás. Al teniente la pierna le palpitaba de dolor y no había ángulo en el que pudiese sostenerse el brazo herido con comodidad. Y puesto que se había quedado frío, con el sudor pegándose como hielo a su piel, solo podía pensar en las mantas cálidas que había dejado atrás.

Había veces, reflexionó con aire malhumorado, que le apetecía matar al capitán Tierno.

Keneb se quedó mirando las aguas palpitantes del mar Kokakal. El Decimocuarto había rodeado Sotka y se encontraban a trece leguas al oeste de la ciudad. Le llegaban trozos de conversaciones de los oficiales que tenían detrás, pero el viento se llevaba palabras suficientes como para hacer de la comprensión una tarea penosa, y con toda probabilidad, ni siquiera merecía el esfuerzo. Entre la primera línea de oficiales y magos, nadie había dicho nada en un rato.

Cansancio y, quizá, el fin de ese pavoroso y desdichado capítulo en la historia del Decimocuarto.

Habían avanzado a buen ritmo, primero hacia el oeste y después al norte. En algún lugar de aquellos mares estaba la flota de transporte y su escolta de dromones. Dioses, la intercepción tenía que ser posible, y por fin esas maltratadas legiones podrían abandonar de una vez ese continente asolado por la peste.

Para alejarse a toda vela… pero ¿adónde?

De regreso a casa, esperaba. Quon Tali, al menos por un tiempo. Para reagruparse, para incorporar suplentes. Para escupir los últimos granos de arena de esa tierra tomada por el Embozado. Él podría regresar con su esposa y sus hijos, con toda la confusión y agitación que supondría una reunión así. Había habido demasiados errores en su vida juntos, e incluso esos pocos momentos de redención habían estado contaminados por la amargura. *Minala.* Su cuñada, que había hecho lo que hacían tantas víctimas, ocultar sus heridas, buscar la normalidad en un abuso brutal y había terminado por creer que la culpa residía en ella, en lugar de en el loco con el que se había casado.

Matar al cabrón no había sido suficiente, en lo que a Keneb se refería. Lo que todavía había que expurgar era una podredumbre más profunda, más penetrante, los nudos y hebras atados en una red caótica que definía aquella época en aquella condenada guarnición. Una vida atada a todas las demás por hilos invisibles que zumbaban, heridas de las que nadie hablaba y expectativas sin respuesta, los engaños y las presunciones constantes, había hecho falta un levantamiento en todo un continente para hacer pedazos todo aquello. *Y no nos hemos curado.*

No era tan descabellado, la consejera y su maldito ejército estaban enredados en la misma red enmarañada, los legados de la traición, la verdad dura, casi insoportable, que suponía saber que algunas cosas no tenían respuesta.

Ollas de vientres redondos que atestaban los puestos del mercado, en los flancos una masa de mariposas amarillas pintadas con dibujos intrincados, una multitud agolpada de figuras apenas entrevistas que bajaban a toda velocidad por las corrientes de un río cargado de sedimentos. Vainas que lucían plumas negras. Una fila pintada de perros en un muro

de la ciudad, cada bestia atada a la siguiente por una cadena de huesos. Bazares que vendían reliquias que se suponía contenían restos de grandes héroes del Séptimo Ejército. Bastión, Tregua, Chenned y Duiker. Y, por supuesto, el propio Coltaine.

Cuando tu enemigo abraza a los héroes de tu bando, te sientes extrañamente… engañado, como si el robo de la vida no fuera más que el comienzo, y después las leyendas mismas fueran robadas y transformadas de modos que escapan a todo control. *Pero Coltaine nos pertenece. ¿Cómo os atrevéis a hacer esto?* Esos sentimientos, surgidos del nudo oscuro de su alma, no tenían demasiado sentido, en realidad. Incluso al expresarlos se sentía incómodo, ridículo. A los muertos siempre se les da nueva forma, pues no pueden defenderse contra aquellos que quieren hacer uso o abuso de ellos, quiénes eran, lo que significaron sus actos. Y esa era la angustia… esa… injusticia.

Esos cultos nuevos con sus horripilantes iconos no honraban a la cadena de perros. Nunca había sido esa su intención. En su lugar, a Keneb le parecían esfuerzos patéticos por forzar un vínculo con la grandeza pasada, con una época y un lugar de gran trascendencia. No le cabía duda de que el último asedio de Y’Ghatan pronto adquiriría un estatus mítico parecido, y él odiaba esa idea, quería alejarse todo lo posible de esa tierra que alumbraba y nutría semejantes blasfemias.

El que había empezado a hablar era Blistig.

—Estas son malas aguas para anclar una flota, consejera, quizá podríamos continuar unas cuantas leguas más…

—No —dijo ella.

Blistig miró a Keneb.

—El tiempo cambiará —dijo Nada.

Un niño con arrugas en la cara. Este es el verdadero legado de la cadena de perros. Arrugas en su rostro y las manos manchadas de rojo.

Y Temul, el joven wickano que estaba al mando de ancianos resentidos, amargados, que todavía soñaban con vengarse de los asesinos de Coltaine. Montaba el caballo de Duiker, una yegua enjuta con unos ojos que Keneb habría jurado que estaban llenos de dolor. Temul portaba pergaminos que se suponía eran los escritos del historiador, aunque nunca se los enseñaba a nadie. Ese guerrero de tan pocos años soportaba la carga del recuerdo, soportaba los últimos meses de la vida de un anciano que en otro tiempo había sido soldado de la vieja guardia y que había, de un modo inexplicable, conmovido de alguna manera a ese joven wickano. Solo eso, sospechaba Keneb, ya era una historia digna de ser contada, pero jamás se revelaría, pues solo Temul la comprendía, solo él guardaba en su interior todos y cada uno de los detalles, y Temul no era de los que explicaba, no era un contador de historias. *No, él solo las vive. Y eso es lo que los devotos anhelan para sí mismos, y lo que nunca llegarán a poseer de verdad.*

Keneb no oía nada del enorme campamento que se estaba montando detrás de él. Pero una tienda concreta de aquella ciudad improvisada dominaba su mente. El hombre de su interior llevaba días sin hablar. Su único ojo parecía mirar la nada. Lo que quedaba de Tene Baralta había sido sanado, al menos en lo que a la carne y los huesos se refería. El espíritu del hombre era, por desgracia, otro asunto. La tierra natal del espada roja no lo había tratado demasiado bien. Keneb se preguntó si el hombre estaba tan impaciente como él por abandonar Siete Ciudades.

—La peste se está haciendo cada vez más virulenta —dijo Menos—. La diosa Gris quiere darnos caza.

La consejera giró la cabeza al oír eso.

Blistig lanzó una maldición antes de hablar.

—Desde cuándo se empeña Poliel en ponerse de parte de unos malditos rebeldes, ya ha matado a la mayor parte de ellos, ¿no?

—No entiendo esta necesidad —respondió Menos mientras sacudía la cabeza—. Pero parece que ha puesto sus ojos letales en los malazanos. Nos persigue y cada vez se acerca más.

Keneb cerró los ojos. *¿No hemos sufrido ya bastante daño?*

Se encontraron con el caballo muerto poco después del amanecer. Entre el enjambre de poliñeras que se alimentaban del cadáver había dos esqueletos de lagartos alzados sobre las patas traseras, las cabezas agachándose y saliendo disparadas para aplastar y desollar a aquellos insectos del tamaño de pequeños pájaros.

—¡Por el aliento del Embozado! —murmuró Lostara—. ¿Qué son esos bichos?

—Telorast y Cuajo —respondió Apsalar—. Fantasmas unidos a esos pequeños armazones. Hace ya algún tiempo que me acompañan.

Kalam se acercó más y se agachó junto al caballo.

—Esos gatos lagarto —dijo—. Aparecieron por todos lados. —Se irguió y examinó las rocas—. No me imagino a Masan Gilani sobreviviendo a la emboscada.

—Pues te equivocarías —dijo una voz desde la ladera que tenían a su derecha.

La soldado estaba sentada en la cima, con las piernas estiradas por la ladera. Una de esas piernas estaba de color rojo carmesí desde la parte superior del muslo a la bota

agrietada de cuero. La piel oscura de Masan Gilani había adquirido un tono ceniciento y sus ojos tenían un brillo apagado.

—No puedo detener la hemorragia, pero me cargué a uno de los cabrones y herí a otro. Entonces llegaron los mastines…

La capitán Faradan Sort se volvió hacia la columna.

—¡Olor a Muerto! ¡Al frente, rápido!

—Gracias por el cuchillo —le dijo Masan Gilani a Apsalar.

—Quédatelo —dijo la mujer kanesiana.

—Siento lo de tu caballo.

—Yo también, pero la culpa no ha sido tuya.

—Bueno, parece que, después de todo, va a ser una caminata muy larga —dijo Kalam.

Botella se dirigió al frente de la columna tras Olor a Muerto, lo bastante cerca como para echarles un buen vistazo, largo y atento, a los dos esqueletos de reptiles con aspecto de pájaro encaramados al cadáver del caballo y empeñados en matar poliñeras. Observó sus movimientos veloces, los papirotazos de las colas huesudas, el modo en que la oscuridad de sus almas exudaba como el humo por una cañería agrietada.

Alguien se acercó a su lado y el mago lo miró. Violín, los ojos azules del hombre clavados en las criaturas no muertas.

—¿Qué ves, Botella?

—¿Sargento?

Violín lo cogió por un brazo y se lo llevó a un lado.

—Escúpelo ya.

—Fantasmas, que poseen esos huesos atados.

El sargento asintió.

—Apsalar dijo algo muy parecido. Bien, ¿qué clase de fantasmas?

Botella frunció el ceño y vaciló.

Violín siseó una maldición.

—Botella.

—Bueno, supuse que la chica lo sabe, solo que tendrá sus razones para no mencionarlo, así que pensaba que no sería de buena educación…

—Soldado…

—Quiero decir que fue compañera de pelotón tuya y…

—Una compañera de pelotón que resulta que también estuvo poseída, por la Cuerda por cierto, casi todo el tiempo que la conocí. Así que no me sorprende que no diga nada. Dime Botella, ¿a qué clase de cuerpo llamaban hogar esas almas?

—¿Estás diciendo que no confías en ella?

—No confío ni siquiera en ti.

Botella frunció el ceño y apartó la mirada, observó a Olor a Muerto trabajar en Masan Gilani en la ladera, percibió el susurro de hechicería Denul… y algo parecido al mismísimo aliento del Embozado. *¡El muy cabrón es nigromante, maldito sea!*

—Botella.

—¿Sargento? Ah, perdona, me estaba preguntando una cosa.

—¿Qué cosa?

—Bueno, por qué Apsalar lleva dos dragones a remolque.

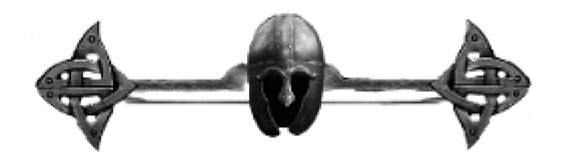
—No son dragones. Son unos lagartos diminutos…

—No, sargento, son dragones.

Poco a poco Violín abrió mucho los ojos.

Botella ya sabía que no le haría ninguna gracia.

14



Hay algo profundamente cínico, amigos míos, en la noción del paraíso tras la muerte. El atractivo es la evasión. La promesa es una excusa. No hay que aceptar la responsabilidad del mundo tal y como es y, por extensión, tampoco hay que hacer nada. Para procurar el cambio, la bondad real en este mundo mortal, hay que reconocer y aceptar, dentro de la propia alma, que esta realidad mortal tiene un propósito en sí mismo, que su valor mayor no es para nosotros sino para nuestros hijos y los hijos de estos. Ver la vida como un simple paso rápido por un sendero viciado y torturado por nuestra propia indiferencia es dar excusa a todo tipo de miseria y depravación, e imponer un castigo cruel a las vidas inocentes que han de venir.

Yo desafío esa noción del paraíso más allá de las puertas de hueso. Si el alma de veras sobrevive a ese paso, entonces nos incumbe a nosotros (a cada uno de nosotros, amigos míos) alimentar una fe en la similitud: lo que nos aguarda es un reflejo de lo que dejamos atrás, y al derrochar nuestra existencia mortal, renunciamos a la oportunidad de aprender los modos de la bondad, la práctica de la simpatía, la empatía, la compasión y la sanación, todo ello virtudes que dejamos atrás en nuestro apresuramiento por llegar a un lugar de gloria y belleza, un lugar que no nos hemos ganado y que desde luego no nos merecemos.

«Las enseñanzas apócrifas del caminante espiritual tanno Kimloc»

Chaur sostenía al bebé como si fuera a empezar a jugar al caballito con ella sobre una rodilla, pero Barathol estiró el brazo y posó una mano en la muñeca del hombretón. El herrero sacudió la cabeza.

—Todavía no es lo bastante grande para eso. Cógela bien, Chaur, para que no se le rompa nada.

El hombre respondió con una gran sonrisa y volvió a abrazar y mecer a la pequeña envuelta en mantas.

Barathol Mekhar se echó hacia atrás en el sillón, estiró las piernas, cerró los ojos por un instante y puso todo su empeño en no escuchar la discusión de la habitación de al lado, donde la mujer, Scillara, se resistía a los esfuerzos combinados de L'oric, Nulliss, Filiad y Urdan, todos los cuales insistían en que debía aceptar al bebé, como era responsabilidad de cualquier madre, su deber de madre y una multitud de otros términos cargados de culpabilidad que le lanzaban como si fueran piedras. Barathol no recordaba la última vez que los aldeanos en cuestión habían desplegado un celo tan vehemente. Claro que, en ese caso, tanta virtud no tenía ningún mérito, no les costaba nada.

El herrero admitió sentir cierta admiración por la mujer. Los niños eran una carga, sin duda, y puesto que esa estaba claro que no era el fruto del amor, la falta de afecto de Scillara parecía por completo razonable. Y por el contrario, la ferocidad de sus conciudadanos lo indignaba y asqueaba un tanto.

Hayrith apareció en la habitación principal, momentos antes había sido testigo silenciosa de la diatriba del

aposento lateral, donde habían instalado el catre de Scillara. La anciana sacudió la cabeza.

—¡Idiotas! ¡Cotorras imbéciles y pomposas! ¡Escucha toda esa piedad junta, Barathol! ¡Cualquiera diría que ese bebé es el emperador renacido!

—Los dioses nos libren —murmuró el herrero.

—La Jessa de la última casa del camino del este tiene ese mocoso de un año con las piernas atrofiadas que no va a salir adelante. No rechazaría el regalo y aquí todo el mundo lo sabe.

Barathol asintió, un tanto al azar, con la mente en otros asuntos.

—Está incluso la Jessa de la segunda planta de la antigua casa del comisionado, aunque hace quince años que no tiene leche. Con todo, sería una buena madre, y a este pueblo no le vendrían mal los lloriqueos de un mocoso para ayudar a ahogar los lloriqueos de todos los adultos. Solo hay que juntar a las Jessas y todo irá bien.

—Es L'oric —dijo Barathol.

—¿Qué pasa?

—L'oric. Es tan correcto que quema con solo tocarlo. O, más bien, quema todo lo que toca.

—Bueno, no es asunto suyo, ¿no?

—La gente como él hace de todo un asunto suyo, Hayrith.

La mujer acercó una silla y se sentó enfrente del herrero. Lo estudió con los ojos entrecerrados.

—¿Cuánto tiempo vas a esperar? —le preguntó.

—En cuanto el chico, Navaja, sea capaz de viajar —dijo Barathol. Se frotó la cara—. Gracias a los dioses que todo ese ron ya está bebido. Había olvidado lo que le hace a las tripas de un hombre.

—Fue L'oric, ¿verdad?

Él alzó las cejas.

—Que apareciera aquí no solo te quemó, te dejó muy chamuscado, Barathol. Parece que hiciste cosas malas en el pasado. —La mujer lanzó un bufido—. Como si eso te diferenciase de nosotros. Pero pensaste que podrías esconderte aquí fuera para siempre y ahora sabes que no va a poder ser. A menos, por supuesto —los ojos se convirtieron en simples ranuras—, que mates a L'oric.

El herrero miró a Chaur, que estaba poniendo caras y arrullando al bebé, que, a su vez, parecía hacer pompitas de saliva, todavía con la dicha de no ser en absoluto consciente de la tremenda fealdad de la cara monstruosa que se cernía sobre ella. Barathol suspiró.

—No tengo ningún interés en matar a nadie, Hayrith.

—¿Así que te vas con esta gente?

—Hasta la costa, sí.

—Una vez que L'oric haga correr la voz, empezarán a buscarte otra vez. Llegas a la costa, Barathol, y buscas el primer barco que salga de este maldito continente, eso es lo que haces. Claro que, te echaré de menos, el único hombre con más de medio cerebro en el pueblo entero. Pero bien sabe el Embozado que no hay nada que dure.

Los dos miraron cuando apareció L'oric. Al mago supremo se le habían subido los colores y su expresión era de incredulidad y desconcierto.

—Es que simplemente no lo entiendo —dijo.

—No tienes nada que entender —rezongó Barathol.

—A esto se ha reducido la civilización —dijo el hombre, que se cruzó de brazos y miró con furia al herrero.

—No sabes la razón que tienes. —Barathol encogió las piernas y se levantó—. No recuerdo que Scillara te invitara a meterte en su vida.

—Quien me preocupa es la niña.

El herrero echó a andar hacia el aposento lateral.

—No, de eso nada. Lo que te obsesiona es la corrección. Tu versión de ella, ante la que todos los demás deben hincar la rodilla. Solo que a Scillara no la impresionas. Es demasiado lista para dejarse impresionar.

Barathol entró en la habitación y cogió a Nulliss por el cuello de la túnica.

—Tú —dijo con un gruñido—, y los demás, largo. —Guió a la semk, que escupía y maldecía, hasta echarla por la puerta, y después se hizo a un lado y observó a los otros arremolinarse en su impaciencia por escapar.

Un momento después Barathol y Scillara se quedaron solos. El herrero la miró.

—¿Cómo está la herida?

La mujer frunció el ceño.

—¿La que me ha convertido el brazo en un palo atrofiado o la que me hará caminar como un cangrejo el resto de mi vida?

—El hombro. Dudo que los andares de cangrejo sean permanentes.

—¿Y tú cómo lo sabes?

El herrero se encogió de hombros.

—Todas las mujeres de esta aldea han echado al mundo más de un bebé, y todas caminan bien.

Scillara lo miró con suspicacia.

—Tú eres el que se llama Barathol. El herrero.

—Sí.

—El alcalde de esta fosa que llamas aldea.

—¿Alcalde? No creo que este sitio justifique un alcalde. No, solo soy el tipo más grande y más desagradable que vive aquí, lo que para la mayor parte de las mentes cuenta demasiado.

—L’oric dice que traicionaste Aren. Que eres responsable de la muerte de miles, cuando los t’lan imass llegaron para

aplastar la rebelión.

—Todos tenemos un mal día, Scillara.

Ella se echó a reír. Una carcajada bastante desagradable.

—Bueno, gracias por echar a esos idiotas. A menos que tengas planeado empezar por donde lo dejaron ellos.

Barathol negó con la cabeza.

—Tengo unas preguntas sobre tus amigos, las personas con las que viajabas. Los t'lan imass os tendieron una emboscada con el objetivo, al parecer, de llevarse a la joven llamada Felisin la Menor.

—L'oric dijo lo mismo —respondió Scillara, que se incorporó un poco más en la cama e hizo una mueca de dolor por el esfuerzo—. La chica no le importaba a nadie. No tiene sentido. Creo que vinieron a matar a Heboric más que a llevársela a ella.

—Era la hija adoptiva de Sha'ik.

La mujer se encogió de hombros e hizo otra mueca.

—Muchos de los huérfanos de Raraku lo eran.

—El que se llama Navaja, ¿de dónde dices que es?

—Darujhistan.

—¿Es adónde os dirigíais todos?

Scillara cerró los ojos.

—Ya no importa, ¿no? Dime, ¿habéis enterrado a Heboric?

—Sí, era malazano, ¿verdad? Además, aquí fuera tenemos un problema con los perros salvajes, lobos y demás.

—Pues casi vale más que lo desentierres, Barathol. No creo que Navaja se conforme con dejarlo aquí.

—¿Por qué no?

La única respuesta de Scillara fue sacudir la cabeza.

Barathol se volvió hacia la puerta.

—Que duermas bien, Scillara. Te guste o no, eres la única aquí que puede darle de comer a tu niña. A menos que

puedas convencer a la Jessa de la última casa del camino del este. En todo caso, la cría no tardará en tener hambre.

—Hambre —murmuró la mujer tras él—. Como un gato con gusanos.

En la sala principal, el mago supremo había cogido a la niña de los brazos de Chaur. El enorme simplón se había quedado sentado con lágrimas corriendo por el rostro picado de viruelas, un detalle que pasó desapercibido a L'oric, que se paseaba con el inquieto bebé en brazos.

—Una pregunta —le dijo Barathol a L'oric—, ¿qué edad tienen que tener antes de que pierdas toda simpatía por ellos?

El mago supremo frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

Sin hacerle ningún caso, el herrero se acercó a Chaur.

—Tú y yo —dijo—, tenemos un cadáver que desenterrar. Más paladas, Chaur, a ti eso te gusta.

Chaur asintió y consiguió esbozar una pequeña sonrisa entre las lágrimas y los mocos.

Una vez fuera, Barathol llevó al hombre a la herrería, donde recogieron un pico y una pala, después emprendieron el camino a la llanura pedregosa al oeste de la aldea. La noche antes había caído una lluvia poco propia de la estación, pero apenas quedaban evidencias tras una mañana de sol abrasador.

La tumba estaba junto a un pozo medio lleno que contenía los restos de los caballos después de que Urdan hubiera terminado de despiezarlos. Le habían dicho que quemara esos restos, pero era obvio que lo había olvidado. Lobos, coyotes y buitres habían hallado los huesos y las vísceras y el pozo estaba atestado de moscas y gusanos. A veinte pasos al oeste, el cadáver sin forma e hinchado del

demonio con pinta de sapo yacía sin que lo hubiese tocado ningún carroñero.

Cuando Chaur se inclinó y se puso a la tarea de desenterrar el cuerpo amortajado de Heboric, Barathol se quedó mirando el cuerpo deforme del demonio. La piel estirada estaba arrugada y repleta de líneas blancas, como si hubiera empezado a agrietarse. Desde donde estaba, Barathol no podía estar seguro, pero parecía que había una mancha negra rodeando el suelo bajo el cadáver, como si se hubiera salido algún líquido.

—Vuelvo ahora mismo, Chaur.

El hombre sonrió.

Cuando el herrero se acercó, se profundizó su ceño. La mancha negra eran moscas muertas, por miles. Tan intragable, entonces, ese demonio como lo había sido el hombre sin manos. Sus pasos se fueron ralentizando y después se detuvieron, a cinco pasos todavía de la horripilante forma. La había visto moverse, ahí, otra vez, algo que empujaba desde dentro contra la piel repleta de ampollas.

Y entonces una voz habló en la cabeza de Barathol.

—*Impaciencia. Por favor, sé tan amable, una hoja que abra con la mayor precaución esta piel infernal.*

El herrero desenvainó el cuchillo y se adelantó. Llegó junto al demonio, se agachó y pasó la hoja bien afilada por una de las grietas de la gruesa y correosa piel. Esta se separó de repente y Barathol se echó atrás de un salto con una maldición cuando un chorro de líquido amarillo brotó del corte.

Algo parecido a una mano, después un antebrazo y un codo se abrieron paso, ensancharon la herida y unos momentos después la bestia entera se deslizó al exterior, cuatro ojos que parpadeaban bajo la luz brillante. Allí donde

al cadáver le faltaban dos miembros, había unos nuevos, más pequeños y más pálidos, pero era obvio que funcionales.

—*Hambre. ¿Tienes comida, desconocido? ¿Eres comida?*

Barathol envainó su cuchillo, se dio media vuelta y regresó adonde Chaur estaba sacando el cuerpo de Heboric. Oyó que el demonio lo seguía.

El herrero llegó junto al pico que había dejado junto a la tumba, aferró la herramienta, se giró y la levantó con las manos.

—Algo me dice —le dijo al demonio— que no es muy probable que te crezca un cerebro nuevo una vez te atraviese el cráneo con este pico.

—*Exageración. Me estremezco de terror, desconocido. Divertido. Ranagrís no estaba más que bromeando, alentado por tu expresión de terror.*

—Terror no. Asco.

Los extraños ojos del demonio pivotaron en las cuencas y la cabeza se giró para mirar más allá de Barathol.

—*Mi hermano ha venido. Está aquí. Lo percibo.*

—Pues será mejor que te des prisa —dijo Barathol—. Está a punto de adoptar a un nuevo familiar. —El herrero bajó el pico y miró a Chaur.

El hombretón permanecía junto al cadáver amortajado de Heboric, con los ojos muy abiertos clavados en el demonio.

—No pasa nada, Chaur —dijo Barathol—. Venga, vamos a llevar al muerto al montón de desechos que hay tras la fragua.

Con una nueva sonrisa, el hombretón levantó el cuerpo de Heboric. El hedor a carne putrefacta alcanzó a Barathol.

Con un encogimiento de hombros, el herrero recogió la pala.

Ranagrís se puso en camino a grandes zancadas hacia la calle principal de la aldea.

Adormilada, los ojos de Scillara se abrieron de golpe cuando una voz exultante le llenó la cabeza.

—*¡Júbilo! ¡Queridísima Scillara, el tiempo de vigilia ha concluido! ¡El leal y valiente Ranagrís ha defendido tu inviolabilidad y la prole en estos momentos se agita en los brazos del hermano L'oric!*

—¿Ranagrís? ¡Pero decían que estabas muerto! ¿Qué estás haciendo hablando conmigo? ¡Tú nunca me hablas!

—*Las hembras embarazadas deben ser preservadas con el silencio. Toda astilla y dardo de irritación repelidos por el noble Ranagrís. ¡Y ahora, felizmente, soy libre de imbuir tu dulce persona con mi inmarcesible amor!*

—Dioses del inframundo, ¿es esto lo que tenían que soportar los otros? —Estiró el brazo para coger su pipa y una saquita de hojas de roya.

Un momento después el demonio se metía por la puerta, seguido por L'oric, que sostenía a la pequeña en los brazos.

Scillara encendió su pipa con el ceño fruncido.

—La niña tiene hambre —dijo L'oric.

—Bien. Quizá eso alivie la presión y pare estos malditos escapes. Vamos, dame a esa pequeña sanguijuela.

El mago supremo se acercó y le entregó a la recién nacida.

—Debes admitir que esta niña te pertenece, Scillara.

—Oh, desde luego que es mía. Lo sé por la expresión codiciosa de sus ojos. Por el bien del mundo, deberías rezar, L'oric, para que todo lo que haya sacado de su padre sea la piel azul.

—¿Sabes, entonces, quién era ese hombre?

—Korbolo Dom.

—Ah. Está, creo, vivo todavía. Es huésped de la emperatriz.

—¿Te crees que me importa, L’oric? Me estaba ahogando en durhang. Si no hubiera sido por Heboric, todavía sería una de las acólitas masacradas de Bidithal. Heboric… —Bajó la cabeza y se quedó mirando al bebé que mamaba de su pecho izquierdo, con los ojos guiñados entre el humo de la pipa. Después alzó los ojos y miró furiosa a L’oric—. Y ahora unos malditos t’lan imass lo han matado, ¿por qué?

—Era sirviente de Treach. Scillara, se ha declarado una guerra entre los dioses. Y somos los mortales los que pagaremos el precio. Es un momento peligroso para ser devoto auténtico, de quien sea o lo que sea. Salvo, quizá, del propio caos, pues si una fuerza asciende en esta edad moderna, no cabe duda de que es esa.

Ranagrís estaba muy ocupado lamiéndose, concentrado, al parecer, en sus nuevos miembros. El demonio entero parecía… más pequeño.

—Así que te has vuelto a reunir con tu familiar, L’oric —dijo Scillara—. Lo que significa que ya te puedes ir adonde sea y con lo que sea que tienes que hacer. Puedes irte y alejarte de aquí lo máximo posible. Yo esperaré a que Navaja despierte. Me cae bien. Creo que iré adonde vaya él. Esta gran misión ha terminado. Así que lárgate.

—No hasta que sepa que no entregarás a tu hija a un futuro desconocido, Scillara.

—No es desconocido. O, por lo menos, no más desconocido que cualquier otro futuro. Hay dos mujeres aquí, las dos llamadas Jessa, y ellas se encargarán de la mocosa. La criarán bastante bien, puesto que parece gustarles ese tipo de cosas. Bien por ellas, digo yo. Además,

estoy siendo muy generosa, no la estoy vendiendo, ¿no? No. Como una maldita imbécil, estoy regalando al mico este.

—Cuanto más tiempo pases sosteniendo a esa niña en tus brazos —dijo L'oric— menos probable es que hagas lo que planeas hacer. La maternidad es un estado espiritual, no tardarás mucho en darte cuenta de ello.

—Pues muy bien, ¿entonces por qué sigues aquí? Es obvio que ya estoy condenada a la esclavitud, por mucho que despotrique.

—La epifanía espiritual no es esclavitud.

—Se nota que sabes mucho, mago supremo.

—Me siento obligado a decirte que tus palabras han destrozado a Ranagrís.

—Sobrevivirá, parece capaz de sobrevivir a todo lo demás. Bueno, estoy a punto de cambiar de teta, ¿tenéis ganas de mirar los dos?

L'oric se dio media vuelta y abandonó la habitación.

Los grandes ojos de Ranagrís parpadearon, traslúcidos, y miraron a Scillara.

—*No estoy destrozado. Este hermano mío comprende mal. Las proles se liberan y deben defenderse, cada enanito se aferra a su propia vida. Recuerdos. Muchos peligros. Pensamiento de transición. Pena. Debo ahora acompañar a mi pobre hermano, pues le afligen en gran manera muchas cosas de este mundo. Calidez. Abrigaré bien mi adoración por ti, pues es algo puro debido a que será siempre inalcanzable la consumación de la misma. Lo que sería, has de admitir, sumamente incómoda.*

—Incómodo no es la primera palabra que se me ocurre, Ranagrís. Pero gracias por el sentimiento, por enfermizo y retorcido que sea. Escucha, intenta enseñarle algo a L'oric, ¿quieres? Solo unas cuantas cosas, como, quizá, humildad. Y

toda esa terrible certidumbre, derríbala, arráncasela. Lo está convirtiendo en alguien aborrecible.

—*Legado paterno, por desgracia. Los padres de L'oric… ah, no importa. Me despido, Scillara. Fantasías deliciosas, lentas y desveladas con exquisitez en las aguas oscuras y cenagosas de mi imaginación. Todo lo que ha de sostenerme en espíritu fecundo.*

El demonio se alejó anadeando.

Unas encías duras se clavaron en el pezón derecho de Scillara. *Dolor y placer, dioses qué alianza más miserable y confusa.* Bueno, al menos el desequilibrio desaparecería, Nulliss le había estado plantando el bebé en la izquierda desde que había llegado al mundo. Se sentía como una mula con las alforjas mal puestas.

Más voces en la sala de fuera, pero no se molestó en escuchar.

Se habían llevado a Felisin la Menor. Eso era lo más cruel de todo. Heboric al menos había alcanzado cierta paz, se había acabado lo que fuera que lo atormentaba y, además, era un hombre viejo. Ya le habían pedido bastante. Pero Felisin…

Scillara se quedó mirando a la criatura que tenía al pecho, las manos diminutas y apretadas, y después apoyó la cabeza en la pared y empezó a llenar la pipa otra vez.

Algo informe le llenaba la mente, lo que había sido intemporal y solo en los últimos instantes, al aspirar unas cuantas bocanadas de aire, llegó entonces la conciencia y lo llevó de un momento al siguiente. Instante en el que Navaja abrió los ojos. Unos troncos viejos y grises cubrían el techo, las junturas repletas de telarañas enmarañadas alrededor de los cadáveres de polillas y moscas. Dos faroles colgaban de

unos ganchos, las mechas bajas. Se esforzó por recordar cómo había terminado allí arriba, en esa habitación desconocida.

Darujhistan… una moneda que rebotaba. Asesinos…

No, eso había sido hacía mucho tiempo. *Tremorlor, la Casa de Azath, y Moby… esa chica poseída por un dios, Apsalar, oh, mi amor…* Palabras duras intercambiadas con Cotillion, el dios que había, en otro tiempo, mirado a través de los ojos de aquella chica. Estaba en Siete Ciudades, había estado viajando con Heboric Manos Fantasmales, Felisin la Menor, Scillara y el demonio Ranagrís. Se había convertido en un hombre con cuchillos, un asesino, *dada la oportunidad.*

Moscas…

Navaja gimió y se llevó una mano con vacilación al vientre bajo las mantas raídas. La cuchillada no era más que una fina costura. Había visto… sus entrañas derramándose. Había sentido la ausencia repentina de peso, el tirón que lo derribó al suelo. Frío, tantísimo frío.

Los otros estaban muertos. Tenían que estarlo. Claro que, comprendió Navaja, él también debería estar muerto. Lo habían abierto en canal. Giró poco a poco la cabeza y estudió la estrecha habitación en la que se encontraba. Una especie de almacén, una despensa, quizá. Los estantes estaban, en su mayor parte, vacíos. Estaba solo.

El movimiento lo dejó agotado, no tenía ni fuerzas para quitar el brazo de donde descansaba, sobre su estómago.

Cerró los ojos.

Una docena de respiraciones lentas, regulares y se encontró en pie en algún otro lugar. Un jardín en un patio descuidado y ya marchito, como si hubiera sufrido años de sequía. El cielo sobre su cabeza era blanco, anodino. Tenía

delante un estanque amurallado, el agua lisa y tranquila. El aire estaba cargado y hacía un calor insoportable.

Navaja quiso avanzar, pero se encontró con que no podía moverse. Era como si hubiera echado raíces en el suelo.

A su izquierda, las plantas empezaron a crujir, a enroscarse y volverse negras cuando se formó en el aire un agujero desigual. Un momento después dos figuras salían tropezando por ese portal. Una mujer, después un hombre. La puerta se cerró de golpe tras ellos, dejó solo un remolino de cenizas y un cerco de plantas chamuscadas.

Navaja intentó hablar, pero no tenía voz, y tras unos momentos quedó claro que no podían verlo. Era un fantasma, un testigo invisible.

La mujer era tan alta como el hombre, una malazana, cosa que, con toda certeza, él no era. Atractiva de un modo duro, inflexible. Se irguió poco a poco.

Había otra mujer sentada al borde del estanque. De piel clara, rasgos delicados, el cabello largo de tonos dorados recogido y atado en una elaborada mata de trenzas. Tenía una mano sumergida en el estanque, pero por la superficie no se extendían ondas. La mujer estaba estudiando la superficie del agua y no levantó la cabeza cuando habló la mujer malazana.

—¿Y ahora qué?

El hombre, con dos mayales de aspecto cruel metidos en el cinturón, parecía un guerrero del desierto, la cara oscura y plana, los ojos meras ranuras entre una miríada de arrugas. Vestía una armadura, como si fuera a entrar en batalla. Al oír la pregunta de su compañera, clavó la mirada en la mujer sentada y él también habló.

—Nunca hablaste con claridad sobre eso, reina de los Sueños. La única parte de este trato que me inquieta.

—Demasiado tarde para arrepentimientos —murmuró la mujer sentada.

Navaja la miró de nuevo. La reina de los Sueños. Una diosa. Parecía que ella tampoco tenía la menor idea de que Navaja estaba presente de algún modo, que era testigo de la escena. Pero ese era su reino. ¿Cómo era posible?

El hombre había fruncido el ceño al oír la observación burlona de la Reina.

—Buscas mis servicios. ¿Para qué? Yo ya he terminado con los ejércitos, con las profecías. Dame una tarea si no te queda más remedio, pero que sea clara. Alguien a quien matar, alguien a quien proteger, no, esto último no, con eso también he terminado.

—Es tu… escepticismo… lo que más valoro, Leoman de los Mayales. Admito, sin embargo, cierta desilusión. La compañía que traes no es quien había anticipado.

El hombre llamado Leoman miró a la mujer malazana, pero no dijo nada. Después, poco a poco, abrió mucho los ojos y volvió a mirar a la diosa.

—¿Corabb?

—Elegido por Oponn —dijo la reina de los Sueños—. Amado por la Señora. Su presencia habría sido… útil. —Un leve ceño, después un suspiro y la diosa seguía sin levantar la vista cuando continuó—: En su lugar, debo tolerar a una mortal sobre la que otro dios más ha puesto el ojo. ¿Con qué fin, me pregunto? ¿Ese dios la usará por fin? ¿A la manera en que lo hacen todos los dioses? —Frunció el ceño y después continuó—. Yo no rebato esta… alianza. Confío que el Embozado lo entienda. Con todo, veo algo inesperado que se agita… en las profundidades de esta agua.

»Gorrionpardo, ¿sabías que estabas marcada? No, deduzco que no lo sabías; después de todo, no eras más que una recién nacida cuando ocurrió. Y al poco te sacaron del

templo a escondidas, te sacó tu hermano. El Embozado jamás lo perdonó por eso y, al final, se cobró una venganza de lo más satisfactoria, siempre desviando el toque de un sanador cuando no se necesitaba nada más, cuando ese toque podría haber cambiado el mundo, podría haber hecho pedazos una maldición de eras de antigüedad. —Se detuvo por un momento, todavía con los ojos clavados en el estanque—. Creo que el Embozado lamenta ahora su decisión, le remuerde la conciencia una vez más su falta de humildad. Gorrionpardo, contigo, sospecho que puede que busque compensarlo.

La mujer malazana estaba pálida.

—Había oído hablar de la muerte de mi hermano —dijo en voz baja—. Pero toda muerte llega de la mano del Embozado. No veo que haya necesidad de compensación en esta.

—De la mano del Embozado. Cierto, y también es el Embozado el que elige el momento y la manera. Solo en las más escasas de las ocasiones, sin embargo, interviene de forma manifiesta en la muerte de un único mortal. Considera su… implicación habitual… como poco más que los dedos marchitos que garantizan el tejido sin tacha de la tela de la vida, al menos hasta la llegada del nudo.

Leoman habló entonces.

—Reflexionad sobre las delicadezas del dogma en algún otro momento, las dos. Me he cansado de este lugar. Envíanos a alguna parte, Reina, pero antes, dinos qué servicios requieres.

La diosa al fin alzó la vista y estudió al guerrero del desierto en silencio durante media docena de latidos antes de hablar.

—Por ahora… no requiero nada de vosotros.

Se produjo entonces un silencio y Navaja al final se dio cuenta de que los dos mortales no se movían. Ni siquiera era visible el alza y la caída del aliento. *Congelados en el tiempo… igual que yo.*

La reina de los Sueños volvió poco a poco la cabeza, miró a Navaja a los ojos, y sonrió.

Una retirada repentina, mareante; despertó con un sobresalto bajo mantas raídas y las vigas cruzadas de un techo cubierto por cadáveres de insectos chupados. Pero esa sonrisa permanecía, lo recorría entero como sangre escaldada. Ella lo sabía, por supuesto que lo sabía, lo había llevado allí, a ese momento, para que lo presenciara. Pero ¿por qué? Leoman de los Mayales… el comandante renegado del ejército de Sha'ik, el comandante al que había perseguido el ejército de la consejera Tavore. *Es obvio que encontró el modo de escapar, pero pagando un precio. Quizá esa es la lección: nunca hagas tratos con dioses.*

Le llegó un sonido lejano. El llanto de un bebé, insistente, inflexible.

Después un ruido más cercano, pisadas, y Navaja giró la cabeza y vio que la cortina que cubría la puerta se retiraba y una cara joven y desconocida lo miraba. La cara se retiró a toda prisa. Voces, pasos pesados y después la cortina se apartó. Entró sin prisas un hombre enorme con la piel del color de la medianoche.

Navaja se lo quedó mirando. Le resultaba… conocido, pero sabía que nunca lo había visto.

—Scillara pregunta por ti —dijo el desconocido.

—Ese niño que oigo… ¿es el de ella?

—Sí, de momento. ¿Cómo te sientes?

—Débil pero no tan débil como antes. Tengo hambre, sed. ¿Quién eres?

—El herrero del pueblo. Barathol Mekhar.

¿Mekhar?

—Kalam…

Una mueca.

—Primo lejano. Mekhar denomina a la tribu… ya desaparecida, masacrada por el falah'd Enezgura de Aren, durante una de las conquistas que emprendió por el oeste. La mayor parte de los supervivientes nos repartimos por el mundo entero. —Se encogió de hombros y miró a Navaja—. Te traeré comida y bebida. Si una bruja semk entra aquí e intenta reclutarte para su causa, dile que se largue.

—¿Causa? ¿Qué causa?

—Tu amiga Scillara quiere dejar a la niña aquí.

—Oh.

—¿Te sorprende?

Lo pensó.

—No, en realidad no. No era ella misma por aquel entonces, por lo que tengo entendido. Allá en Raraku. Supongo que quiere dejar atrás todo lo que se lo recuerde, bien atrás.

Barathol lanzó un bufido y se volvió hacia la puerta.

—Pero ¿se puede saber qué pasa con todos estos refugiados de Raraku? No tardaré en volver, Navaja.

Mekhar. El daru consiguió esbozar una sonrisa. Ese parecía lo bastante grande como para coger a Kalam y lanzarlo al otro lado de una habitación. Y si Navaja había leído bien la expresión de ese tal Barathol, en ese único momento en el que lo había pillado desprevenido cuando había dicho el nombre de Kalam, era muy probable que lo hiciera a poco que pudiera.

Gracias a los dioses que no tengo hermanos ni hermanas… ni primos, si a eso vamos.

Su sonrisa se desvaneció de repente. El herrero había mencionado a Scillara, pero a nadie más. Navaja sospechó

que no había sido casual. Barathol no parecía de los que hablaba por hablar. *Beru nos libre…*

L'oric salió. Su mirada fue bajando por la calle miserable, edificio tras edificio, los restos decrépitos de lo que una vez había sido una comunidad próspera. Empeñada en su propia destrucción incluso por aquel entonces, aunque sin duda pocos lo veían así en aquel momento. El bosque debía de parecer interminable, o por lo menos inmortal, así que habían recolectado con un abandono frenético. Pero los árboles desaparecieron y todos esos dineros acumulados de los beneficios se habían escabullido entre sus dedos y les habían dejado las manos llenas solo de arena. La mayor parte de los saqueadores habrían continuado su camino, habrían buscado algún otro soto de árboles antiguos para persistir en su adicción a la ganancia rápida. *Creando un desierto tras otro… hasta que los desiertos se encuentran.*

Se frotó la cara y sintió la grava de su estancia allí, irritante como el cristal aplastado en sus mejillas. Alguna recompensa había, por lo menos, se dijo. Había nacido una niña. Ranagrís había vuelto a su lado y había conseguido salvar la vida de Navaja. *Y Barathol Mekhar, un nombre que cabalga en diez mil maldiciones…* bueno, Barathol no se parecía en nada a lo que L'oric se había imaginado, dados sus crímenes. Los hombres como Korbolo Dom encajaban mejor en la idea que tenía de un traidor, o la locura retorcida de alguien como Bidithal. Y sin embargo Barathol, oficial de las Espadas Rojas, había asesinado al puño de Aren. Lo habían arrestado y encarcelado, lo habían despojado de su rango y lo habían azotado sin piedad sus compañeros espadas rojas, la primera mancha, y la más profunda,

arrojada sobre el honor de la compañía, lo que alimentó los actos extremos de fanatismo desde entonces.

Barathol tenía que haber sido crucificado en el camino de Aren. En su lugar, la ciudad se había alzado en armas, había masacrado a la guarnición malazana y había expulsado a las Espadas Rojas de la ciudad.

Y entonces habían llegado los t'lan imass, que habían impuesto la lección dura, brutal, de la venganza imperial. Y Barathol Mekhar había sido visto, por decenas de testigos, abriendo de par en par la puerta norte…

Pero es cierto. Los t'lan imass no necesitan que les abran las puertas…

La pregunta que nadie había hecho era: ¿por qué iba a asesinar un oficial de las Espadas Rojas al puño de la ciudad?

L'oric sospechaba que Barathol no era de los que daba la satisfacción de una respuesta. Ese hombre había dejado de defenderse mucho tiempo atrás, con palabras al menos. El mago supremo lo veía en los ojos oscuros del hombretón, hacía mucho tiempo que había renunciado a la humanidad. Y al lugar que pudiera creer tener en ella. No se sentía impelido a justificar lo que había hecho; ningún sentido de la decencia o del honor obligaban a ese hombre a explicar su caso. Solo un alma que se ha rendido por completo renuncia a la idea de la redención. Algo había ocurrido, en algún momento, que había destrozado la fe de Barathol y había franqueado los senderos de la traición.

Pero la consideración en que tenían a Barathol Mekhar los vecinos de esa aldea rayaba casi en la más absoluta veneración, y eso era lo que L'oric no terminaba de entender. Incluso entonces, que ya sabían la verdad, que ya sabían lo que había hecho su herrero años antes, desafiaban

las expectativas del mago supremo. Estaba desconcertado, y se sentía extrañamente indefenso.

Claro que, admítelo, L'oric, tú jamás has sido capaz de reunir seguidores, por muy noble que fuera tu causa. Oh, allí tenía aliados que añadían sus voces a su indignación ante la escandalosa indiferencia que mostraba Scillara por su hija, pero él sabía de sobra que tal unidad era, al final, transitoria y efímera. Quizá todos censuraran la postura de Scillara, pero no harían nada; de hecho, todos salvo Nulliss ya habían terminado por aceptar que la niña se iba a entregar a las dos mujeres que se llamaban Jessa. *Listo, problema resuelto. Pero en verdad no es más que un crimen facilitado.*

El demonio Ranagrís llegó sin prisas junto a él y se acomodó boca abajo en el polvo de la calle. Cuatro ojos que parpadeaban con pereza, no ofrecía ninguno de sus pensamientos, pero un susurro inefable de conmiseración calmó el tumulto interno de L'oric.

El mago supremo suspiró.

—Lo sé, amigo mío. Ojalá pudiera aprender a limitarme a pasar por un lugar, a hacer caso omiso a propósito de todas las ofensas contra la naturaleza, tanto pequeñas como grandes. Eso llega, sospecho, con los sucesivos fracasos. En Raraku, en Kurald Liosan, con Felisin la Menor, dioses del inframundo, qué lista tan deprimente. Y a ti, Ranagrís, a ti también te fallé…

—*Relevancia modesta* —dijo el demonio—. *Quisiera contarte un cuento, hermano. Al principio de la historia del clan, hace muchos siglos, surgió, como un aliento de gas de las profundidades, un nuevo culto. Elegido como su dios representativo fue el más lejano, el más distante de los dioses entre todo el panteón. Un dios que era, en realidad, indiferente a los clanes de mi especie. Un dios que no*

hablaba nunca con ningún mortal, que no intervenía nunca en los asuntos de los mortales. Morboso. Los líderes del culto se proclamaron la voz de ese dios. Escribieron… leyes, prohibiciones, atributos, ofrendas, blasfemias, castigos por no conformarse a las leyes, por entablar disputas y por posibles derivaciones. Lo cual no era más que un rumor, los dichos detalles se mantenían en una fuga vaga, hasta el momento en el que el culto logró el dominio y con el dominio, el poder absoluto.

»Terrible aplicación, terribles crímenes cometidos en nombre del dios silente. Llegaron y se fueron líderes, cada uno tergiversó todavía más palabras ya tergiversadas por la ambición mundana y el celo que buscaba la unidad. Se envenenaron estanques enteros. Otros se vaciaron y los sedimentos se sembraron con sal. Se aplastaron huevos. Se desmembraron madres. Y nuestro pueblo se hundió en un paraíso de miedo, las leyes se hicieron manifiestas y derramaron sangre las lágrimas de la necesidad. Falso pesar con un destello escalofriante en el ojo central. No aguardaba alivio alguno y cada generación sufría más que la anterior.

L'oric estudió al demonio que tenía a su lado.

—¿Qué ocurrió?

—*Siete grandes guerreros de siete clanes partieron para hallar al dios silente, partieron para ver por sí mismos si ese dios había bendecido de verdad todo lo que había llegado a pasar en su nombre.*

—¿Y encontraron al dios silente?

—*Sí, y también hallaron la razón de su silencio. El dios estaba muerto. Había muerto con la primera gota de sangre derramada en su nombre.*

—Entiendo, ¿y cuál es la relevancia de este relato tuyo, por modesta que sea?

—*Quizá la siguiente. La existencia de muchos dioses transmite la complejidad real de la vida mortal. Y a la inversa, la afirmación de que no hay más que un dios lleva a una negación de la complejidad y alienta la necesidad de simplificar el mundo. No culpa del dios, sino un crimen cometido por sus creyentes.*

—Si a un dios no le gusta lo que se hace en su nombre, debería actuar.

—*Sin embargo, si cada crimen cometido en su nombre lo debilita... muy pronto, creo, no le queda poder y por tanto no puede actuar, y así, a la larga, muere.*

—Procedes de un mundo extraño, Ranagrís.

—*Sí.*

—Encuentro tu historia de lo más inquietante.

—*Sí.*

—Debemos emprender ahora un largo viaje, Ranagrís.

—*Estoy listo, hermano.*

—En el mundo que yo conozco —dijo L'oric— muchos dioses se alimentan de sangre.

—*Al igual que muchos mortales.*

El mago supremo asintió.

—¿Te has despedido ya de todos, Ranagrís?

—*Lo he hecho.*

—Entonces, abandonemos este lugar.

Filiad apareció a la entrada de la forja y captó la atención de Barathol. El herrero bombeó dos veces más el fuelle que alimentaba la fragua, después se quitó los gruesos guantes de cuero y llamó al joven con la mano.

—El mago supremo —dijo Filiad— se ha ido. Con ese sapo gigante. Lo vi, se abrió un agujero en el aire. Una luz

amarilla cegadora se derramó de él y los dos desaparecieron dentro, ¡y después el agujero se desvaneció!

Barathol revolvió entre una colección de barras de hierro negro hasta que encontró una que parecía la más adecuada para la tarea que tenía en mente. La colocó sobre el yunque.

—¿Dejó aquí su caballo?

—¿Qué? No, lo llevaba por las riendas.

—Una pena.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Filiad.

—¿Sobre qué?

—Bueno, todo, supongo.

—Vete a casa, Filiad.

—¿En serio? Oh. Está bien. Supongo. Nos vemos luego, entonces.

—Sin duda —dijo Barathol mientras se ponía los guantes de nuevo.

Después de que se fuera Filiad, el herrero cogió la barra de hierro con unas tenazas y metió el metal en la fragua. Con una pierna fue bombeando el fuelle del suelo. Cuatro meses antes había utilizado lo que le quedaba del gran tesoro de dineros robados en Aren para pagar un inmenso cargamento de carbón; le quedaba justo lo suficiente para esa última tarea.

T'lan imass. Nada salvo hueso y piel correosa. Rápidos y letales, maestros de la emboscada. Barathol llevaba ya días pensando en el problema que representaban, en diseñar algún medio para enfrentarse a ellos. Porque sospechaba que volvería a encontrarse con aquellos cabronazos.

Su hacha era lo bastante pesada para provocar daños si golpeaba con la fuerza suficiente. Aun así, esas espadas de piedra eran largas, ahusadas en la punta para clavarse bien. Si se quedaban fuera de su alcance…

A todo eso creía haberle encontrado una solución.

Bombeó un poco más hasta que se sintió satisfecho con el núcleo al rojo vivo que veía en el corazón de la fragua y observó cuando la barra de hierro adquirió un brillo querúbico.

—Ahora seguimos a la serpiente, que nos lleva a un campamento de reunión en las orillas de un lago de grano negro, tras el cual atravesamos roca plana durante dos días, hasta otro campamento de reunión, el más septentrional, pues todo lo que yace más allá es a la vez fluido y no hallado.

Samar Dev estudió la línea de cantos alargada y sinuosa en el saliente de roca que tenían debajo y a la izquierda. Pieles de líquenes grises y verdes, trozos de musgo verde, esquelético y polvoriento, salpicado de flores rojas que rodeaban cada piedra, y más allá, el verdor más profundo de otro tipo de musgo, suave y empapado. En el sendero por el que caminaban, el lecho de roca estaba restregado y limpio, el granito rosa y crudo, con capas que caían de los salientes en grandes placas planas. De vez en cuando, un liquen negro con la textura de la zapa se derramaba de fisuras y venas. Vio una cuerna de ciervo tirada en el suelo, restos de alguna época de celo pasada, las puntas de las púas mordisqueadas por los roedores, y recordó entonces que en el mundo natural nada se desperdiciaba.

Unas depresiones en el suelo alto albergaban grupos de píceas negras, tantas muertas como vivas, mientras que en las secciones más expuestas del lecho de roca, plantas de enebro bajas formaban islas que llegaban a las rodillas, islas que extendían ramas sobre la piedra, cada isla bordeada por matorrales de arándanos y gaulteria. Los pinos de banks se

alzaban como centinelas solitarios sobre elevaciones en la extraña roca plegada, amorfa.

Duro e imponente, era un paisaje que nunca se rendiría al dominio humano. Daba una sensación de antigüedad como no la daba ningún lugar que Samar Dev hubiera visto jamás, ni siquiera en las tierras baldías del Jhag Odhan. Se decía que bajo toda superficie de este mundo, ya fuera arena o mar, llanura que se inundara o bosque, había roca sólida retorcida y plegada por presiones invisibles. Pero allí, todas las demás superficies posibles se habían agostado y habían dejado expuesto el propio músculo plagado de venas.

Una tierra que encajaba con Karsa Orlong. Un guerrero despojado de todas las galas civiles, un ente de músculos, voluntad y presiones ocultas. Mientras que, en extraño contraste, el anibar, Buscabotes, parecía un intruso, casi un parásito, cada uno de sus movimientos furtivo y cargado de una culpa extraña. De ese lugar roto, recubierto de roca, de ese lugar de árboles y lagos de agua limpia, Buscabotes y su pueblo cogían grano negro y las pieles de animales; cogían corteza de abedul y juncos para hacer cestas y redes. No lo suficiente para dejar marca en el paisaje, no lo suficiente para reclamar la conquista.

En cuanto a ella, se encontró contemplando su entorno en términos de árboles que quedaban sin cosechar, de lagos todavía repletos de peces, de modos más eficientes de recolectar los granos alargados del color del barro de los lechos de juncos en los bajíos, el llamado grano negro que había que golpear para liberarlo de los tallos, recogido en el hueco de los largos botes estrechos que usaban los anibar, golpeado con palos entre telarañas y arañas que giraban y el zumbido de las moscas tigre. Ella solo podía pensar en los recursos y en el mejor modo de explotarlos. Con cada día que pasaba le iba pareciendo cada vez menos una virtud.

Continuaron por aquella pista, Buscabotes por delante, seguido por Karsa, que llevaba a su caballo por las riendas, lo que dejaba a Samar Dev con el panorama de la grupa del animal y la cola que agitaba. A Samar le dolían los pies, cada paso en la piedra dura le reverberaba por la columna, tenía que haber un modo de acolchar esos impactos, se dijo, quizá algún tipo de tecnología de capas múltiples para las suelas de las botas, tendría que pensar en ello. Y esas moscas que no dejaban de picar; Buscabotes había cortado ramas de enebro y las había enhebrado por una especie de turbante de modo que los tallos verdes le colgaban delante de la frente y por la nuca. Era de suponer que el sistema funcionaba, aunque el tipo tenía un aspecto ridículo. Samar se planteó renunciar a su vanidad y seguir su ejemplo, pero iba a aguantar todavía un rato más.

A esas alturas Karsa Orlong se tomaba ese viaje como si fuese una especie de misión o búsqueda. Impelido por la necesidad de imponer su juicio sobre quien le placiera, fueran cuales fueran las circunstancias. Samar había comenzado a entender lo aterrador que podía ser ese salvaje y cómo eso alimentaba la fascinación creciente que sentía por él. Medio creía que ese hombre podía abrir un surco por un panteón entero de dioses.

Una depresión en el terreno los llevó a terreno cubierto de musgo entre el que las ramas rotas hacían surgir dedos grises e irregulares. A la derecha había un encinillo grueso y retorcido, de siglos de antigüedad y marcado por los rayos que le habían caído encima; todos los árboles menores que habían empezado a crecer a su alrededor estaban muertos, como si el maltratado centinela exudara algún veneno beligerante. A la izquierda estaba el muro de tierra de las raíces de un pino derribado; verticales y tan altas como Karsa, se alzaban de un estanque de agua negra.

Estragos se detuvo de súbito y Samar Dev oyó un gruñido de Karsa Orlong. La mujer fue rodeando al caballo jhag hasta que pudo ver con claridad el muro de raíces retorcidas. En el que estaba enmarañado un cuerpo marchito, la carne arrugada y ennegrecida, los miembros estirados, el cuello expuesto, pero de la cabeza solo era visible la mandíbula inferior. La zona del pecho parecía haber implosionado, el espacio hueco alcanzaba el corazón del enorme árbol en sí. Buscabotes permanecía enfrente y con la mano izquierda inscribía gestos en el aire.

—Esto se derrumbó hace poco —dijo Karsa Orlong—. Sin embargo, este cuerpo, lleva aquí mucho tiempo, veis cómo el agua negra que otrora se acumulara alrededor de las raíces le ha manchado la piel. Samar Dev —dijo al tiempo que la miraba—, hay un agujero en su pecho, ¿cómo se produjo?

Samar negó con la cabeza.

—No puedo ni siquiera determinar qué clase de criatura es.

—Jaghut —respondió el toblakai—. Los he visto iguales antes. La carne se convierte en madera, pero el espíritu permanece vivo en el interior…

—¿Estás diciendo que esta cosa sigue viva?

—No lo sé, el árbol se ha caído, después de todo, así que se está muriendo…

—La muerte no es segura —interpuso Buscabotes, los ojos muy abiertos en una expresión de terror supersticioso—. Con frecuencia el árbol se alza una vez más hacia el cielo. Pero su morador, encerrado de modo tan terrible, no puede estar vivo. No tiene corazón. No tiene cabeza.

Samar Dev se acercó a examinar el pecho hundido del cuerpo. Tras un rato retrocedió, la intranquilizaba algo que no podía definir.

—Los huesos bajo la carne continuaron creciendo —dijo —, pero no como huesos. Madera. La hechicería pertenece a D’riss, sospecho. Buscabotes, ¿cuántos años juzgas tú que tiene este árbol?

—Tiempo congelado, quizá treinta generaciones. Desde que cayó, siete días, no más. Y ha sido empujado.

—Huelo algo —dijo Karsa Orlong y le pasó las riendas a Buscabotes.

Samar Dev observó al guerrero gigante adelantarse y subir la colina contraria de la depresión, se detuvo en la cima del batolito. Se descolgó poco a poco la espada de piedra.

Y entonces ella también captó un leve olor ácido en el aire, el olor de la muerte. Subió hasta ponerse junto a Karsa.

Tras la cúpula de roca, el sendero bajaba serpenteando a toda prisa y desembocaba al borde de un pequeño lago pantanoso. A un lado, en un pequeño saliente sobre la orilla, había un claro en el que se asentaban los restos de un campamento improvisado, tres estructuras redondas con armazones de ramas y muros de pieles. Dos estaban medio quemadas y la tercera derribada y convertida en una masa de madera hecha pedazos y cuero desgarrado. Contó seis cuerpos inmóviles repartidos por el lugar, dentro y alrededor del campamento; uno boca abajo, con el torso, los hombros y la cabeza en el agua, el cabello largo y suelto como algas blanqueadas. Tres canoas formaban una fila al otro lado de la pista, los cascos de corteza desfondados.

Buscabotes se reunió con ella y Karsa en la elevación. Un pequeño gemido agudo se escapó de su garganta.

Karsa emprendió el descenso el primero por la pista. Tras un momento, Samar Dev lo siguió.

—No te acerques al campamento —le dijo Karsa—. Debo leer las huellas.

Samar lo observó moverse sigilosamente, los ojos masculinos examinaban el suelo marcado, los lugares donde el humus se había apartado a patadas. Fue hasta la hoguera y pasó los dedos por la ceniza y los carbones, hasta la tierra manchada que había debajo. En algún lugar del lago cantó un somormujo, su llanto luctuoso y embrujado. La luz había ido creciendo poco a poco, el sol ya estaba tras la línea del bosque, al oeste. En la elevación que había sobre la pista, el lamento de Buscabotes fue subiendo de volumen.

—Dile que se calle —rezongó Karsa.

—No creo que pueda hacerlo —respondió ella—. Déjalo con su dolor.

—Su dolor pronto será el nuestro.

—¿Temes a este enemigo invisible, Karsa Orlong?

El guerrero se irguió de donde había estado examinando las canoas agujereadas.

—Una bestia de cuatro patas ha pasado por aquí en tiempos recientes, una bestia grande. Recogió uno de los cadáveres… pero no creo que haya ido muy lejos.

—Entonces ya nos ha oído —dijo Samar Dev—. ¿Qué es, un oso? —Buscabotes había dicho que los osos negros utilizaban las mismas pistas que los anibar y había señalado los indicios en el camino. Había explicado que por lo general no eran peligrosos. Con todo, las criaturas salvajes eran siempre impredecibles y si alguno se había tropezado con esos cuerpos, bien podría considerar el sitio de la matanza como propio.

—¿Un oso? Quizá, Samar Dev. Así es la especie de mi tierra natal, mora en cuevas y alzado sobre las patas traseras es la mitad de alto que un teblor. Pero este es muy diferente, las plantas de las pezuñas están recubiertas de escamas.

—¿Escamas?

—Y calculo que pesaría más que cuatro guerreros adultos de los teblor. —La miró—. Una criatura formidable.

—Buscabotes no ha dicho nada de que haya tales bestias en este bosque.

—No es el único intruso —dijo el toblakai—. Estos anibar fueron asesinados con lanzas y hojas curvas. Después los despojaron de todo adorno, armas y herramientas. Había un niño entre ellos, pero se lo llevaron a rastras. Los asesinos llegaron por el lago, en botes largos de quilla de madera. Al menos diez adultos, dos de ellos con botas de algún tipo, aunque el dibujo de los talones no me resulta conocido. Los otros lucían mocasines de tiras cosidas, cada una superponiéndose por un lado.

—¿Superponiéndose? Un cordoncillo. Eso mejoraría el agarre, creo.

—Samar Dev, sé quiénes son estos intrusos.

—¿Viejos amigos tuyos?

—No hablamos de amistad en aquel momento. Dile a Buscabotes que baje, tengo preguntas que hacerle…

La frase quedó sin terminar. Samar Dev giró la cabeza y encontró a Karsa quieto como una roca, la mirada clavada en los árboles que había tras las tres canoas. Samar se volvió y vio una forma inmensa y pesada que apartaba con la zarpa delantera los arbolitos jóvenes doblados. Una enorme cabeza recubierta de escamas se alzó de unos hombros encorvados y los ojos se clavaron en el toblakai.

Que levantó su espada de piedra con las dos manos y después se abalanzó contra ella.

El rugido de la bestia gigante terminó en un chillido agudo cuando salió disparado, hacia atrás, entre los matorrales. Unos golpes secos repentinos que se estrellaron contra la vegetación…

Karsa se lanzó al bosquecillo en persecución de la bestia.

Samar Dev se dio cuenta de que estaba sujetando la daga con la mano derecha, tenía los nudillos blancos.

El estrépito se fue haciendo más lejano, al igual que los chillidos frenéticos del oso con escamas.

Se volvió al oír un ruido de pasos en la ladera y vio que Buscabotes estaba bajando para acurrucarse a su lado. Movía los labios en plegarias silenciosas con los ojos puestos en el agujero abierto entre los árboles.

Samar envainó la daga y se cruzó de brazos.

—¿Pero qué le pasa a este hombre con los monstruos? —preguntó.

Buscabotes se sentó en el mantillo húmedo y empezó a mecerse adelante y atrás.

Samar Dev estaba terminando su segundo enterramiento cuando regresó Karsa Orlong. Se acercó a la hoguera que la mujer había encendido y junto a la que se había agazapado Buscabotes envuelto en pieles; el anibar emitía un gemido bajo de dolor incurable. El toblakai dejó su espada en el suelo.

—¿Lo has matado? —preguntó Samar—. ¿Le cortaste las zarpas, lo desollaste vivo, te colgaste las orejas del cinturón y le aplastaste el pecho con los brazos?

—Se escapó —contestó él con un gruñido.

—Seguro que ya está a medio camino de Ehrlitan a estas alturas.

—No, tiene hambre. Regresará, pero no antes de que nosotros nos hayamos ido. —Señaló los cuerpos restantes—. No tiene sentido, los va a desenterrar.

—Tiene hambre, has dicho.

—Está famélico. No es de este mundo. Y esta tierra no ofrece mucho, a esa bestia le iría mejor en las llanuras del

sur.

—El mapa llama a esto las montañas Olphara. Hay marcados muchos lagos y creo que el pequeño que tenemos delante está unido a otros, más al norte, por un río.

—Esas no son montañas.

—En otro tiempo lo fueron, milenios atrás. Se han erosionado. Estamos en una elevación mucho más alta que cuando estábamos al sur de aquí.

—Nada puede carcomer las montañas hasta convertirlas en meros tocones, bruja.

—No obstante. Deberíamos ver si podemos reparar estas canoas, sería mucho más fácil…

—No pienso abandonar a Estragos.

—Entonces jamás alcanzaremos a nuestra presa, Karsa Orlong.

—No están huyendo. Están explorando. Buscando.

—¿Buscando qué?

El toblakai no respondió.

Samar Dev se limpió la tierra de las manos y después se acercó al fuego.

—Creo que esta cacería en la que nos hemos empeñado es un error. Los anibar deberían limitarse a huir, dejar esta tierra destrozada, al menos hasta que los intrusos se hayan ido.

—Eres una mujer extraña —declaró Karsa—. Deseabas explorar esta tierra, pero te encuentras con que te deja inerme.

Ella se lo quedó mirando.

—¿Por qué dices eso?

—Aquí hay que ser como un animal. Pasar sin ruido, pues este es un lugar que entrega poco y habla en silencio. Tres veces en nuestro viaje ha seguido nuestro rastro un oso, silencioso como un fantasma en este lecho de roca. Cruzaba

y volvía a cruzar nuestro rastro. Se diría que una bestia tan grande sería fácil de ver, pero no. Aquí hay augurios, Samar Dev, más de los que he visto jamás en cualquier lugar, incluso en mi tierra natal. Los halcones dibujan círculos por el cielo. Los búhos nos ven pasar desde los huecos de los árboles muertos. Dime, bruja, ¿qué le está pasando a la luna?

La mujer se quedó mirando al fuego.

—No lo sé. Parece estar rompiéndose. Deshaciéndose. No hay documentado nada parecido que haya ocurrido antes, ni el modo en que se ha agrandado, ni la extraña corona que la rodea. —Samar sacudió la cabeza—. Si es un augurio, es un augurio que puede ver el mundo entero.

—Los pueblos del desierto creen que hay dioses que moran allí. Quizá estén librando una guerra entre ellos.

—Supersticiones absurdas —dijo Samar—. La luna es hija de este mundo, la última hija, pues hubo otras, en otro tiempo. —Vaciló un instante—. Puede ser que hayan chocado dos, pero es difícil asegurarse, las otras nunca fueron muy visibles, ni siquiera en el mejor de los casos. Oscuras, borrosas, distantes, siempre en la sombra arrojada por este mundo, o la de la luna más grande, la que vemos con más claridad. En los últimos tiempos ha habido mucho polvo en el aire.

—Hay más espadas de fuego en el cielo —dijo Karsa—. Justo antes del amanecer, puedes ver diez en el espacio de tres alientos, cada una hendiendo la oscuridad. Cada noche.

—Es posible que sepamos más cuando lleguemos a la costa, las mareas habrán cambiado.

—¿Cambiado, cómo?

—El aliento de la luna —respondió Samar—. Podemos medir ese aliento… en el fluir y refluir de las mareas. Así son las leyes de la existencia.

El toblakai lanzó un bufido.

—Las leyes se rompen. La existencia no se atiene a ninguna ley. La existencia es lo que persiste y persistir es luchar. Al final, la lucha fracasa. —Estaba sacando tiras de bhederin ahumado de su mochila—. Esa es la única ley digna de ese nombre.

La bruja lo estudió.

—¿Es eso lo que creen los teblor?

Karsa le mostró los dientes en una mueca fiera.

—Un día regresaré con mi pueblo. Y haré pedazos todas sus creencias. Y le diré a mi padre: «Perdóname. Tenías razón al no creer. Tenías razón al despreciar las leyes que nos encadenaban». Y a mi abuelo no le diré nada en absoluto.

—¿Tienes una esposa en tu tribu?

—Tengo víctimas, no esposas.

Una admisión brutal, reflexionó Samar.

—¿Tienes intención de ofrecer alguna reparación, Karsa Orlong?

—Eso se vería como una debilidad.

—Entonces las cadenas todavía te atan.

—Había un asentamiento nathii, junto a un lago, donde los nathii habían convertido a mi pueblo en esclavos. Cada noche, tras sacar las redes del lago, a esos esclavos les ponían grilletes y los encadenaban a una única cadena. Un teblor solo, atado así, nunca podría romper esa cadena. Juntos, sus fuerzas y voluntades combinadas, ninguna cadena podría haberlos retenido.

—Así que, por mucho que hables de regresar con tu pueblo y hacer pedazos todo aquello en lo que creen, en realidad necesitarás su ayuda para lograrlo. Parece que no es solo de tu padre de quien requieres perdón, Karsa Orlong.

—Tomaré lo que requiera, bruja.

—¿Fuiste uno de esos esclavos de la aldea de pescadores nathii?

—Durante un tiempo.

—Y para escapar, y es obvio que escapaste, terminaste necesitando la ayuda de tus compañeros teblor. —Samar asintió—. Entiendo ahora cómo eso podría reconcomerte el alma.

Karsa la miró.

—Eres lista de verdad, Samar Dev, para descubrir cómo encaja todo en su lugar.

—He hecho un largo estudio de la naturaleza humana, las motivaciones que nos guían, las verdades que nos acosan. No creo que los teblor seáis muy diferentes de nosotros en ese sentido.

—A menos, por supuesto, que empieces con una ilusión, una ilusión que convenga a la conclusión que buscabas desde el principio.

—Intento no dar por supuesta la veracidad —respondió ella.

—Cómo no. —El teblor le ofreció una tira de carne.

Samar Dev se cruzó de brazos y rechazó la oferta de momento.

—Sugieres que he hecho una suposición errónea y, por tanto, aunque afirmo entenderte, en realidad no entiendo nada. Un argumento muy conveniente, pero no muy convincente, a menos que tengas la bondad de ser más concreto.

—Soy Karsa Orlong. Conozco la medida de cada paso que he dado desde que me convertí en guerrero. Tu arrogante satisfacción no me ofende, bruja.

—¡Y el salvaje me trata a mí con condescendencia! ¡Dioses del inframundo!

El teblor volvió a tenderle la carne.

—Come, Samar Dev, no sea que te debilites tanto que no puedas indignarte.

La mujer lo miró con furia y después aceptó la tira de bhederin.

—Karsa Orlong, tu pueblo vive con una falta de sofisticación similar a la de estos anibar. Está claro que, en otro tiempo, los ciudadanos de las grandes civilizaciones de Siete Ciudades vivieron en un estado parecido de simplicidad e ignorancia imperturbable, perseguidos por augurios y huyendo de lo que no podían desentrañar. Y no me cabe duda de que nosotros también concebimos elaborados sistemas de creencias, pintorescos y ridículos, para justificar todas esas necesidades y restricciones que nos imponía la lucha por la supervivencia. Por fortuna, sin embargo, hemos dejado todo eso atrás. Descubrimos la gloria de la civilización y vosotros, los teblor, os mantenéis aferrados a un orgullo que está fuera de lugar, alzáis vuestra ignorancia de esa gloria como si fuera una virtud. De manera que seguís sin comprender el gran regalo de la civilización…

—Yo lo comprendo de sobra —respondió Karsa Orlong con la boca llena de carne—. El salvaje se introduce en la civilización por medio de mejoras…

—¡Sí!

—Mejoras en el modo y la eficacia de matar a las personas.

—Un momento…

—Mejoras en las reglas inatacables de la degradación y la desdicha.

—Karsa…

—Mejoras en modos de humillar, imponer sufrimientos y justificar las masacres de esos salvajes demasiado estúpidos y demasiado confiados para resistirse a lo que vosotros

consideráis inevitable. Es decir, su extinción. Entre tú y yo, Samar Dev —añadió el teblor al tiempo que tragaba—, ¿a quién deberían temer más los anibar?

—No lo sé —le contestó ella con los dientes apretados—, ¿por qué no se lo preguntamos a él?

Buscabotes levantó la cabeza y estudió a Samar Dev con los ojos entornados.

—En el tiempo congelado —dijo en voz baja—, Iskar Jarak habló de lo no hallado.

—Iskar Jarak no era ningún dios, Buscabotes. Era un hombre mortal con un puñado de palabras sabias, hacer advertencias es fácil. ¡Quedarse y ayudar a que se preparen para ello es otra historia!

—Iskar Jarak nos dio los secretos, Samar Dev, y nos hemos preparado en el tiempo congelado, y nos preparamos ahora, y nos prepararemos en el no hallado.

Karsa lanzó una carcajada seca.

—Ojalá hubiera viajado aquí con Iskar Jarak. No tendríamos mucho sobre lo que discutir, creo.

—Esto es lo que consigo —murmuró Samar Dev— en compañía de bárbaros.

El tono del toblakai cambió de repente.

—Los intrusos que han venido aquí, bruja, se creen civilizados. Así que matan a los anibar. ¿Por qué? Porque pueden. No buscan ninguna otra razón. A ellos, Samar Dev, Karsa Orlong les dará respuesta. Este salvaje no es estúpido, ni confiado, y por las almas de mi espada que daré respuesta.

De súbito había llegado la noche y allí, en ese bosque en silencio, hacía frío.

De algún lugar lejano del oeste les llegó el aullido de unos lobos, y Samar Dev vio sonreír a Karsa Orlong.

En otra época, mucho tiempo atrás, Mappo Runt había estado junto a otros mil guerreros trell. Habían coronado la cordillera Orstanz, que se asomaba al valle de Bayen Eckar, llamado así por el río poco profundo y repleto de piedras que fluía hacia el norte, rumbo a un mar lejano y mítico, mítico al menos para los trell, ninguno de los cuales se había alejado jamás tanto de sus estepas y llanuras natales. Dispuesto en la ladera de enfrente y por la orilla occidental del río, a mil quinientos pasos de distancia, estaba el ejército nemil, comandado en esos días por un general muy temido, Saylan'mathas.

Muchos de los trell habían caído ya, no en batalla, sino víctimas de la debilidad de la vida en los campamentos que rodeaban los puntos de comercio, los fuertes y los asentamientos que convertían las fronteras en una noción borrosa, efímera, y poco más. El propio Mappo había huido de uno de esos asentamientos y había encontrado refugio entre los todavía belicosos clanes de las colinas.

Un millar de guerreros trell que se enfrentaban a un ejército que los superaba en número en una proporción de ocho a uno. Mazas, hachas y espadas golpeaban los bordes de los escudos, una canción de promesas de muerte se alzaba de sus gargantas, un sonido que era como un trueno terrenal que rodaba hasta el valle donde los pájaros volaban bajo y con un frenesí extraño, como si con el pánico hubieran olvidado el santuario del cielo. En su lugar se precipitaban y giraban entre los árboles de hojas grises apiñados junto al río, en ambas orillas, y parecían atravesar espinos y matorrales como un enjambre.

En el otro lado del valle, las unidades de soldados se movían en una formación siempre cambiante: unidades de

arqueros, de tiradores con honda, de infantería de piqueros y los muy temidos catafractos nemil: con armaduras pesadas a lomos de caballos inmensos, escudos redondos preparados aunque las lanzas permanecían en los agujeros de los estribos mientras se dirigían al trote a los extremos, dejando clara su intención de flanquear la batalla una vez que los soldados de infantería y los guerreros trell estuvieran combatiendo en la cuenca.

El Bayen Eckar, el río, no era barrera, apenas llegaba a las rodillas. Los catafractos cruzarían sin obstáculo alguno. Saylan'mathas era visible a caballo, con unos criados en los flancos, atravesando la cordillera lejana. Unos estandartes revoloteaban sobre el terrible comandante, serpentinas en seda negra ribeteada de oro, como cuchilladas del Abismo que arañaran el propio aire. Cuando el séquito cubrió toda la cordillera, las armas se alzaron a modo de saludo, pero ningún grito subió a los cielos, no era esa la costumbre de ese ejército elegido en persona por su comandante. El silencio era ominoso, asesino, aterrador.

De las estepas trell, para liderar ese ejército desafiante de guerreros, había bajado un anciano llamado Trynigarr, para aquella, su primera batalla. Un anciano para quien el título honorífico estaba teñido de burla, pues era un viejo cuya fuente de sabiduría y consejos parecía haberse secado mucho tiempo atrás; un viejo que no decía mucho. *Silencioso y vigilante es Trynigarr, como un halcón.* Una observación seguida por una sonrisa muy poco generosa o algo peor, una carcajada chillona.

Estaba al mando en virtud de su sobriedad; los otros tres líderes habían tomado cinco noches antes cactus de jegurra llorón, cada gota transpirada en una hoja espinosa tras tres días de saturación forzada en una mezcla de agua, y las ocho especias, esto último era un brebaje chamanístico que

se decía que albergaba la voz y las visiones de los dioses terrenales; pero esa vez el mejunje se había estropeado, un detalle que había pasado desapercibido: la trinchera cavada alrededor del tronco del cactus había capturado sin querer y ahogado a una araña conocida con el nombre de «la antílope» y la añadidura de sus jugos tóxicos había sumido a los ancianos en un profundo coma. Un coma del que jamás despertarían.

Decenas de jóvenes guerreros iniciados en la sangre se habían mostrado impacientes por asumir el mando, pero no se podían desestimar las viejas costumbres. De hecho, las viejas costumbres de los trell eran lo que estaba en el corazón mismo de esa guerra. Así que el mando había recaído sobre Trynigarr, *tan sabio que no tiene nada que decir.*

El anciano se encontraba ante los guerreros en ese malhadado risco, tranquilo y silencioso, estudiando al enemigo, que presentaba una alineación tras otra mientras la caballería de los flancos, a tres mil pasos de distancia o más lejos incluso, al norte y al sur, al fin giraba y comenzaba a descender hacia el río. Cinco unidades en cada flanco, cada unidad cien soldados con armadura pesada y una disciplina extraordinaria; eran soldados de noble cuna, hermanos, padres e hijos, hijas salvajes y feroces esposas; todos y cada uno comprometidos con la sed de sangre que era el modo de vida nemil. Que hubiera familias enteras entre esas unidades y que cada unidad estuviera compuesta en su mayor parte por familias extendidas y lideradas por un capitán elegido por aclamación entre todos ellos, era lo que los convertía en la caballería más temida al oeste del Jhag Odhan.

Mientras Trynigarr observaba al enemigo, también Mappo Runt observaba a su caudillo. El anciano no hacía nada.

Los catafractos cruzaron el río y tomaron posiciones mirando hacia el interior, donde esperaron. En la ladera que había justo enfrente, los soldados de infantería comenzaron a bajar mientras los escaramuzadores avanzados cruzaban el río seguidos por la infantería media y luego la pesada, cada una reforzando la cabeza de puente avanzada de ese lado del río.

Los guerreros trell seguían gritando, las gargantas irritadas y algo parecido al miedo creciendo en los intervalos cada vez más largos entre las aspiraciones, y en las pausas entre los golpes de las armas en los escudos. Su frenesí bélico iba decayendo y todo lo que había conseguido apartarlo, todos los terrores mortales y las dudas que cualquiera en su sano juicio no podía evitar sentir a punto de entrar en batalla, empezaban a regresar.

La cabeza de puente, al ver que no contaba con oposición, se extendió para adaptarse a la llegada del cuerpo principal del ejército al lado este del río. Cuando se movía, los ciervos salían disparados del refugio de los matorrales y corrían como rayos entre los ejércitos.

Siglo tras siglo, los trell siempre luchaban con frenesí salvaje. Batalla tras batalla, en circunstancias no muy diferentes de aquellas, a esas alturas ya habrían cargado, cobrando velocidad en la ladera, cada guerrero impaciente por dejar atrás a los demás y reclamar así la, por lo general, letal gloria de ser el primero en batirse con el odiado enemigo. La masa llegaba como una avalancha, los trell aprovechaban al máximo su mayor tamaño para estrellarse contra las primeras filas y derribarlas, para romper la falange e inaugurar así un día de masacres.

A veces habían triunfado. Muchas más habían fracasado, oh, el impacto inicial había derribado con frecuencia fila tras fila de soldados enemigos, en ocasiones había enviado

cuerpos enemigos dando vueltas por el aire, y una vez, casi trescientos años antes, una de esas cargas había tirado una falange entera de culo. Pero los nemil habían aprendido y, llegados a ese punto, las unidades avanzaban con las picas preparadas. Una carga trell se ensartaba en esas letales puntas de hierro; el cuadro del enemigo, adiestrado para una mayor movilidad y adaptado al movimiento de retroceso con tanta facilidad como al de avance, se limitaba a absorber la colisión. Y los trell se rompían, o morían sin moverse, trabados por los colmillos de las picas nemil.

Y así, cuando los trell no hicieron nada, todavía clavados como espantapájaros arrancados por el viento sobre el risco, Saylan'mathas reapareció sobre su caballo de guerra, esa vez ante el río, con la mirada levantada como si quisiera penetrar en la mente imperturbable de Trynigarr mientras cruzaba a caballo la fila frontal de sus tropas. Era obvio que el general estaba disgustado, pues para entrar en combate con los trell tendría que enviar a su infantería ladera arriba y esa posición los pondría en desventaja para recibir la carga que, sin duda, se produciría entonces. Disgustado, sospechaba Mappo, pero no preocupado en exceso. Las falanges estaban extraordinariamente bien adiestradas, podían dividirse y abrir caminos en línea recta por lo que sus picas podrían encauzar a los trell, impulsados como irían los guerreros por su carga precipitada. Con todo, la caballería de los flancos había perdido buena parte de su eficacia, suponiendo que los dejara en sus puestos actuales, y en ese momento Mappo vio que unos mensajeros salían a caballo de entre el séquito del general, uno bajando y otro subiendo por el valle. Los catafractos procederían entonces ladera arriba para tomar el mismo risco que ocupaban los trell y después adentrarse. Dos cargas obligarían a los trell a girar sus propios flancos. Y no era que un movimiento así fuera a

ayudar mucho, los guerreros no conocían táctica alguna para recibir una carga de la caballería.

En cuanto los catafractos hicieron girar sus monturas y comenzaron el ascenso, Trynigarr efectuó un gesto, cada mano estirada hacia los lados. La señal se fue pasando entre las filas hasta la ladera posterior del risco y después hacia fuera, al norte y al sur, a las masas ocultas y periféricas de guerreros trell, cada una ubicada casi enfrente de la confiada caballería de los flancos. Esos guerreros comenzaron entonces a subir hacia el risco, llegarían a él mucho antes que los catafractos y sus caballos de guerra cargados con la armadura, pero no se detendrían en la cima, sino que continuarían por ella, saldrían a la ladera del valle y cargarían ladera abajo contra los soldados montados. Los trell no sabían cómo recibir la carga de una caballería, pero sí que sabían cargar contra la caballería, siempre que el impulso lo pusieran ellos, como ocurriría en ese día.

Polvo y los sonidos distantes de la masacre que llegaban del campamento de suministros del oeste del río, cuando los mil quinientos trell que Trynigarr había enviado al otro lado del Bayen Eckar tres días antes descendieron sobre el poco protegido campamento de abastecimientos.

Los mensajeros se arremolinaron en el valle y Mappo vio que el séquito del general se detenía, los caballos giraban en todas direcciones como si quisieran reflejar la confusión de los oficiales que rodeaban a Saylan’mathas. En los flancos lejanos habían aparecido los trell con gritos de guerra, sobre el risco, y estaban comenzando su descenso letal entre el agitado nudo de jinetes, confusos de repente.

Saylan’mathas, que momentos antes estaba inmerso en la disposición del atacante, se encontró de repente cambiando de actitud, sus pensamientos desecharon toda noción de masacrar y se concentraron en la necesidad de

defensa. Dividió a su ejército de soldados de infantería, medias legiones dieron media vuelta y se dirigieron al trote lento a los flancos demasiado lejanos, resonaban los cuernos para alertar a la caballería de que se había abierto una avenida de retirada. Algunos elementos de la caballería ligera que habían permanecido al otro lado del río, listos para que los enviaran a derribar a los trell que huyesen, el general los mandó entonces al galope hacia el campamento de suministros invisible, pero sus caballos tenían una ladera empinada que trepar primero y antes de que hubieran cubierto la mitad del camino, ochocientos trell aparecieron en la cima empuñando sus propias picas, estas con la mitad de la longitud que las utilizadas por los nemil. Tomaron posiciones con las largas armas apoyadas e inclinadas para encajar con la ladera. Cuando la caballería ligera alcanzó esa línea erizada e irregular, ya intentaban retroceder. Los caballos ensartados se encabritaron y bajaron a tropezones la colina rompiendo las patas de los caballos que habían quedado debajo. Los soldados giraron en las sillas, todo avance había desaparecido, y la línea trell comenzó a descender entre el enemigo para provocar una matanza.

El general había detenido el avance de su centro hacia la ladera y en ese momento lo reordenó en una defensa de cuatro lados, las picas eran un bosque que resplandecía y vacilaba, que cambiaba despacio como el pelo de punta en una bestia acorralada.

Inmóvil, tras observar durante un rato, Trynigarr, sabio en el silencio, giró a medias la cabeza, hizo un gesto con la mano derecha, una especie de pequeño saludo, y los mil trell que tenía tras él formaron en líneas impacientes que crearon avenidas a través de las que aparecieron las columnas de arqueros trell.

El término arqueros no llegaba a describir lo que eran. Es cierto, había algunos guerreros que llevaban arcos largos de doble curva, tan rígidos que ningún ser humano podría estirarlos, las flechas muy largas y casi con la misma masa que las jabalinas, las plumas alargadas con tiras reforzadas de cuero. Otros, sin embargo, sostenían gruesas jabalinas y átlatls compensados, mientras que entre ellos había lanzadores de honda, incluyendo los que disparaban fustíbalos, y había carretillas detrás de cada guerrero, cargadas con los grandes sacos delgados que lanzarían entre el enemigo, sacos que se agitaban y ondulaban.

Mil seiscientos arqueros, así pues, muchos de ellos mujeres, que más tarde bromearían que habían vaciado sus yurtas para esa batalla. Iban avanzando hacia la ladera al tiempo que los guerreros originales, alineados en columnas, se movían con ellas.

Bajaban para encontrarse con el corazón del ejército nemil.

Trynigarr caminaba entre ellos, de repente indistinguible de cualquier otro guerrero salvo por su edad. Había terminado de mandar, de momento. Cada elemento de su elaborado plan había entrado en combate, el resultado quedaba en manos de la bravura y la ferocidad de los jóvenes guerreros y sus líderes de clan. Ese gesto de Trynigarr era en verdad la mejor expresión de confianza y seguridad posibles. La batalla estaba allí, en ese momento, medida en el alzamiento y la caída de las armas. El anciano había hecho lo que había podido para apelar a los puntos fuertes inherentes de los trell al tiempo que emasculaba con habilidad los de los nemil y su cacareado general. Y por tanto, bajo los pájaros que chillaban y ante los ojos de los aterrados ciervos que todavía corrían y saltaban por las

laderas del valle, el día y su batalla disfrutaron del derramamiento de sangre.

En la orilla oeste del río, los arqueros nemil, dispuestos para mirar tanto al este como al oeste, lanzaron andanadas de fechas letales una y otra vez, los ástiles descendían entre gritos y golpes secos en los escudos de madera, hasta que los guerreros que avanzaban para derribar los últimos elementos de la caballería ligera, reformada bajo el fuego de proyectiles, se acercó entonces al trote con las picas, el primer contacto con las cuales hizo pedazos a los arqueros y su exigua guardia de escaramuzadores. Las filas que habían mirado al este para lanzar flechas por encima del cuadrado nemil contra los trell que se acercaban marchando, se encontraron entonces con un ataque por detrás y la matanza fue grande.

Las flechas trell se alzaron dibujando un arco y aterrizaron dentro de la falange, los pesados ástiles atravesaron escudo y armadura. Las siguieron las jabalinas cuando los trell se acercaron, y las filas delanteras de los nemil se fueron haciendo más deslavazadas, porosas y agitadas a medida que los soldados se desplazaban para ocupar el lugar de los caídos. Los recibieron trell que lanzaban hachas y al final, con menos de veinte pasos entre las fuerzas, los fustíbalos empezaron a dar vueltas sobre la masa de trell, los enormes sacos giraban cada vez más rápido y después se soltaron, volaron por encima de las cabezas de las filas delanteras de los nemil, bajaron, chocaron contra las puntas de las picas, estallaron y cada pincho derramó cientos de escorpiones negros. Y fue por eso por lo que las mujeres rieron al contar cómo habían vaciado sus yurtas para buscar ese regalo para los odiados nemil.

Un pequeño detalle en el plan general, pero ese día, ese momento, había sido el guijarro de más en la carreta del

granjero y el eje se había partido. Los chillidos de pánico, toda disciplina desaparecida. Las garras frías y duras de los escorpiones… en el cuello, deslizándose bajo los petos, los puños de los guanteletes, por debajo de las correas del escudo… y después la picadura salvaje, ácida, que perforaba como un colmillo, la llamarada de agonía que se hinchaba, era suficiente, era más que suficiente. La falange pareció explotar ante los ojos de Mappo, figuras que corrían, chillaban, se retorcían en bailes salvajes, armas y escudos arrojados al suelo, yelmos arrancados, armaduras que se quitaban a tirones.

Las flechas y las jabalinas penetraron entre la masa palpitante y los que salieron corriendo se encontraron con las mazas que los esperaban, las hachas y las espadas de los trell. Y Mappo, junto con sus compañeros, todo frenesí eliminado de sus cuerpos, infligieron la muerte a sangre fría.

El gran general, Saylan’mathas, murió en esa multitud, pisoteado por sus propios soldados. Por qué había desmontado para enfrentarse al avance trell fue algo que nadie pudo explicar; recuperaron su caballo cuando regresó al trote al campamento de suministros, las riendas bien enroscadas alrededor del pomo articulado de la silla, los estribos colocados sobre la silla.

Los catafractos, esos temidos soldados montados, nacidos de alta alcurnia, habían sido masacrados, al igual que las medias legiones de soldados de infantería que llegaron demasiado tarde para hacer otra cosa que no fuera morir entre caballos que se agitaban y daban coces y los llantos de los nobles heridos de muerte.

Los nemil habían mirado a los mil guerreros y habían pensado que esos trell eran los únicos presentes. Sus espías les habían fallado por partida doble, primero entre las tribus de las colinas, cuando los rumores sobre la ruptura de la

alianza se habían dejado correr de forma deliberada entre los susurros constantes de los vientos; y después en los días y noches previos a la batalla de Bayen Eckar, cuando Trynigarr había enviado sus clanes, cada uno con una tarea concreta y todo conforme al lugar donde tendría lugar la batalla, pues los trell conocían esa tierra y podían viajar sin equivocarse las noches sin luna, podían ocultarse prácticamente invisibles entre las rugosidades y pliegues de esos valles durante el día.

Trynigarr, el anciano que había comandado su primera batalla, llegaría a librar seis más y cada vez repelería a los invasores nemil, hasta que se firmó el tratado que renunciaba a todo derecho humano sobre las estepas y colinas trell. El viejo que tan pocas veces hablaba había muerto borracho en un callejón años después, mucho después de que el último clan se hubiera rendido, expulsado de sus tierras agrestes por la hambruna provocada por la matanza continuada de los rebaños de bhederin efectuadas por los nemil y sus exploradores trell mestizos.

Mappo había oído que durante sus últimos años, Trynigarr, la lengua suelta por la bebida, había hablado con frecuencia, había llenado el aire con palabras arrastradas y sin sentido y recuerdos fragmentados. Tantas palabras, ni una sola sabia, para llenar lo que una vez había sido el más sabio de los silencios.

Tres zancadas tras Mappo Runt, Iskaral Pust, sumo sacerdote y mago juramentado de la Casa de Sombra, guiaba a su inquietante mula de ojos negros por las riendas y hablaba sin descanso. Sus palabras llenaban el aire como hojas secas en un viento constante y contenían toda la trascendencia y significado del mismo; puntuado por el sollozo de mocasines y cascos que se liberaban del barro de la ciénaga solo para volver a hundirse con un chapoteo,

algún que otro tortazo contra un insecto que pretendía picar y el ruido que hacía Pust al sorber por una nariz con mocos perpetuos.

Para Mappo estaba claro que lo que estaba oyendo eran los pensamientos del sumo sacerdote, el monólogo interior, farragoso e inconexo, de un loco que lo desahogaba al viento con un abandono aleatorio. Y cada insinuación de genio no era más que una quimera, una pista tan falsa como la que estaban recorriendo, ese supuesto atajo que amenazaba con tragarlos enteros, hundirlos en esa turba oscura, insensible, que sería para siempre indiferente a sus ojos inermes.

Mappo había creído que Iskaral Pust había decidido despedirse, regresar con Mogora, si de verdad esta había regresado y no estaba escabulléndose entre los árboles fétidos y las cortinas de musgo, a su oculto monasterio del risco. Pero algo todavía inexplicado había hecho cambiar de opinión al sumo sacerdote, y era ese detalle más que cualquier otro lo que inquietaba a Mappo.

Hubiera querido que aquella fuera una empresa solitaria. Icarium era responsabilidad del trell, daba igual lo que afirmaran los sin nombre. No había nada justificado en su criterio, esos sacerdotes lo habían traicionado más de una vez. Se habían ganado la enemistad eterna de Mappo y quizá, un día, haría recaer sobre ellos todo el alcance de su desagrado.

Utilizado de un modo doloroso y maltratado espiritualmente, Mappo había descubierto en ellos un lugar en el que concentrar su odio. Era el guardián de Icarium. Su amigo. Y estaba claro, también, que el nuevo compañero del jhag lo guiaba con la prisa enfebrecida de un fugitivo, un hombre que sabía de sobra que lo estaban persiguiendo,

que sabía que era uno de los conspiradores en una traición inmensa. Y Mappo iba a ser implacable.

Y tampoco necesitaba la ayuda de Iskaral Pust; de hecho, Mappo había empezado a sospechar que la ayuda del mago supremo no era en realidad tan honorable como parecía. Atravesar ese pantano, por ejemplo, un viaje en apariencia de no más de dos días, según insistía Pust, que los llevaría a la costa días antes de que si hubieran ido por el camino que atravesaba el terreno más alto. Dos días que ya se habían convertido en cinco y sin final en perspectiva. Lo que el trell era incapaz de desentrañar, sin embargo, era la posible motivación que Iskaral, y por extensión la Casa de Sombra, podría tener para demorarlo.

Icarium era un arma que ningún mortal y ningún dios podían arriesgarse a usar. Que los sin nombre creyeran lo contrario era indicativo tanto de locura como de total estupidez. No mucho tiempo atrás habían puesto a Mappo e Icarium en el camino a Tremorlor, una Casa de Azath capaz de encarcelar a Icarium para toda la eternidad. Un encarcelamiento que había sido su intención, y por mucho que Mappo clamara contra ello y al final los desafiara, había comprendido, incluso entonces, que tenía sentido. Ese giro radical, súbito e inexplicable, reforzaba la creencia del trell: el antiguo culto se había perdido, o lo había usurpado alguna facción rival.

Un gañido repentino de Iskaral Pust, una sombra enorme se deslizó sobre los dos viajeros y después desapareció al tiempo que Mappo alzaba la mirada y sus ojos buscaban entre las ramas cubiertas de musgo de los enormes árboles; no vio nada pero notó el paso de una brisa fría que corría en la estela de… algo. El trell miró al sumo sacerdote.

—Iskaral Pust, ¿hay algún enkar’al viviendo en este pantano?

El hombrecito abrió mucho los ojos. Se lamió los labios, sin darse cuenta recogió los restos esparcidos de un mosquito con la lengua y se los metió en la boca.

—No tengo ni idea —dijo, después se limpió la nariz con el dorso de la mano, parecía un niño sorprendido haciendo una terrible travesura—. Deberíamos regresar, Mappo Runt. Esto ha sido un error. —Ladeó la cabeza—. ¿Me cree? ¿Cómo podría no hacerlo? ¡Han pasado cinco días! ¡No hemos cruzado este ramal del pantano, este zarcillo septentrional, no, lo hemos recorrido entero! ¿Enkar'al? ¡Dioses del inframundo, se comen a la gente! ¿Era eso un enkar'al? ¡Ojalá! Pero, oh, no. Ah, si lo fuera. ¡Rápido, bendito genio, que se te ocurra algo más que decir! —Se rascó el rastrojo blanco de la barbilla y después se le iluminó la cara—. ¡Es culpa de Mogora! ¡Fue idea suya! ¡Todo esto!

Mappo miró a su alrededor. ¿Un ramal septentrional de terrenos pantanosos? Habían girado al oeste para encontrarlo, el primer indicio de que había algo raro, pero Mappo no pensaba con claridad por aquel entonces. Ni siquiera estaba seguro de que la niebla hubiera abandonado su espíritu en el tiempo transcurrido desde entonces. Pero entonces empezó a sentir algo, una agitación de las brasas, un destello de cólera. Viró hacia la derecha y echó a andar.

—¿Adónde vas? —preguntó Iskaral, y se apresuró a alcanzarlo, la mula lanzó un relincho de protesta.

El trell no se molestó en contestar. Estaba intentando contener el deseo de retorcer el cuello descarnado del hombrecito.

Muy poco tiempo después, el terreno se fue alzando de forma perceptible, se hizo más seco y surgieron más adelante unos trozos abiertos de claros iluminados por el sol, enmarcados por bosquecillos de abedules.

En el claro que tenían justo delante, medio sentada y medio recostada sobre un canto rodado, había una mujer. Alta, la piel del color de la ceniza tamizada, el largo cabello negro le pendía suelto y liso. Vestía una armadura de cota de malla de un color plateado reluciente sobre una camisa gris con capucha y unos pantalones ceñidos de un cuero pálido y flexible. Unas botas altas elaboradas con una criatura de escamas negras le llegaban a las rodillas. Dos estoques de empuñadura con forma de cesta le adornaban el cinturón.

Estaba comiendo una manzana con la piel del tono profundo de la sangre.

Los ojos eran grandes, negros, con pliegues epicánticos alargados que se alzaban en las esquinas; los había clavado en Mappo con algo parecido a un desdén lánguido y una ligera expresión risueña.

—Oh —murmuró—, la mano de Ardata, ya veo. Curado por la reina de las Arañas. Cultivas alianzas peligrosas, guardián. —Se llevó la mano libre a los labios y abrió mucho los ojos—. ¡Qué grosería por mi parte! Ya no eres guardián. ¿Cómo habría que llamarte ahora, Mappo Runt? ¿El desechado? —Tiró la manzana al suelo y se irguió—. Tenemos mucho de qué hablar, tú y yo.

—No te conozco —respondió el trell.

—Me llamo Rencor.

—Oh —dijo Iskaral Pust—, qué oportuno, puesto que ya te odio.

—Los aliados no tienen que ser amigos —respondió ella. Su mirada se posó un instante con desprecio en el sumo sacerdote. Entrecerró por un momento los ojos que había vuelto hacia la mula y después dijo—: Carezco de amigos y no busco amistades.

—Con un nombre como Rencor, ¿es de extrañar?

—Iskaral Pust, los mastines han hecho bien al deshacerse de Dejim Nebrahl. O, más bien, empiezo a comprender la partida sutil que han jugado, dada la proximidad de los deragoth. Tu amo es listo, tengo que admitirlo.

—Mi amo —siseó Iskaral Pust— no tiene necesidad de aliarse contigo.

La mujer sonrió y a Mappo le pareció una sonrisa bellísima.

—Sumo sacerdote, de ti y de tu amo no busco nada. —Sus ojos volvieron a posarse una vez más sobre el trell—. Tú, desechado, me necesitas. Viajaremos juntos, tú y yo. Ya no se requieren los servicios del mago de Sombra.

—No te desharás de mí con tanta facilidad —dijo Iskaral Pust, una sonrisa repentina que pretendía ser afectada, por desgracia estropeada por el cadáver de mosquito aplastado contra un incisivo torcido y roto—. Oh, no, seré como una sanguijuela, oculta bajo un pliegue de tu ropa, hinchándome con impaciencia con la sangre que te da vida. Seré el murciélago colmilludo que cuelga bajo tu ubre, lamiendo, lamiendo y lamiendo tu dulce exudación. Seré la mosca que te zumba directamente en la oreja, que hará allí su hogar con una despensa llena a mi disposición. Seré el mosquito…

—Aplastado por esos labios que no dejan de aletear, sumo sacerdote —dijo Rencor con gesto cansado, despidiéndolo—. Desechado, la costa no está más que a media legua de distancia. Hay una aldea de pescadores, por desgracia ahora desprovista de vida, pero eso no supondrá ningún obstáculo para nosotros.

Mappo no se movió.

—¿Qué motivo tengo yo —preguntó— para aliarme contigo?

—Necesitarás los conocimientos que yo poseo, Mappo Runt, pues yo fui una de los sin nombre que liberó a Dejim

Nebrahl con el objetivo de matarte, de modo que el nuevo guardián pudiera ocupar tu lugar junto a Icarium. Puede que te sorprenda —añadió la dama—, pero me complace que los t'rolbarahl fracasaran. Los sin nombre me han declarado prófuga, un hecho que me produce no poca satisfacción, incluso placer. ¿Te gustaría saber la intención de los sin nombre? ¿Te gustaría conocer el destino de Icarium?

Mappo se la quedó mirando.

—¿Qué nos aguarda en la aldea? —preguntó después.

—Un barco. Con provisiones y tripulación, por decirlo de alguna manera. Para perseguir a nuestra presa debemos cruzar medio mundo, Mappo Runt.

—¡No la escuches!

—Cállate, Iskaral Pust —dijo Mappo con un gruñido—. O despídete de nosotros de una vez.

—¡Necio! ¡Muy bien, está claro que mi presencia en vuestra miserable compañía no solo es necesaria sino esencial! ¡Pero tú, Rencor, ponte en guardia! ¡No permitiré traición alguna a este audaz y honorable guerrero! ¡Y vigila lo que dices, no vaya a ser que las palabras que desates lo hagan caer en la locura!

—Si ha soportado las tuyas hasta ahora, sacerdote —dijo la mujer—, es que está a prueba de toda locura.

—Tú, mujer, harías bien en quedarte en silencio.

La mujer sonrió.

Mappo suspiró. *Ah, Pust, ojalá prestaras atención a tus propias advertencias...*

El niño tenía nueve años. Llevaba enfermo un tiempo, días y noches sin medida, recordadas solo en visiones borrosas, los ojos llenos de dolor de sus padres, la extraña mirada calculadora en los de sus dos hermanas menores, como si

hubieran empezado a contemplar la vida sin un hermano mayor, una vida libre de los tormentos y las burlas, y, como se exigía, de su fiabilidad estólida ante los otros niños del pueblo, igual de crueles que él.

Y luego había habido un segundo tiempo, uno que era capaz de imaginar con claridad, cerrado por todas partes, con el techo de una noche negra en la que las estrellas nadaban como arañas remeras por el agua de un pozo. En ese tiempo, en ese aposento, el niño estaba por completo solo; lo despertaban solo las necesidades de la sed, encontraba un cubo junto a su cama lleno de un agua impregnada de sedimentos y el cucharón de madera y cuerno que su madre usaba solo las noches de fiesta. Despertaba, conjuraba la fuerza necesaria para estirar el brazo y coger ese cucharón, lo metía en el cubo y luchaba con el peso del agua para meterse el líquido tibio entre los labios agrietados, para aliviar una boca recalentada y seca como el fondo de un horno.

Un día despertó una vez más y supo que estaba en un tercer tiempo. Aunque débil, fue capaz de salir a rastras de la cama, levantar el cubo y beberse el agua que quedaba, tosió al notar la consistencia caldosa, al saborear la arenilla de los sedimentos. El nido de hambre de su vientre se había llenado de huevos rotos y unas garras y unos picos diminutos le picoteaban las entrañas.

Un viaje largo y agotador lo llevó al exterior; parpadeó bajo la luz dura, tan dura y tan brillante que no veía nada. Había voces a su alrededor, voces que llenaban la calle y bajaban flotando de los tejados, agudas y en un idioma que no había oído jamás. Risas, emoción, pero esos sonidos le daban escalofríos.

Necesitaba más agua. Necesitaba derrotar esa luz brillante para poder ver otra vez. Descubrir la fuente de esos

sonidos de carnaval, ¿había llegado una caravana al pueblo? ¿Una compañía de actores, cantantes y músicos?

¿No lo veía nadie? ¿Allí, a gatas, la fiebre desaparecida, la vida recobrada?

Le dieron un empujoncito por un lado, tanteó con la mano estirada y encontró el hombro y la nuca de un perro. El morro húmedo del animal se deslizó por su brazo. Era uno de los perros más sanos, le pareció, cuando su mano encontró una gruesa capa de grasa sobre el músculo del hombro y después, al ir bajando, la enorme hinchazón del vientre del animal. Oyó entonces a otros perros que iban reuniéndose, arremolinándose, retorciéndose de placer al notar el roce de sus manos. Todos estaban gordos. ¿Había habido un banquete? ¿La matanza de un rebaño?

Recuperó la visión con una claridad que no había experimentado jamás. Levantó la cabeza y miró a su alrededor.

El coro de voces procedía de los pájaros. Grajos, pichones, buitres que saltaban por la calle polvorienta, que chillaban con las carreras burlonas de los perros del pueblo, que se mostraban posesivos con los restos de cuerpos esparcidos por todas partes, en su mayor parte poco más que huesos y tendones ennegrecidos por el sol, cráneos partidos por mandíbulas caninas, las entrañas limpias a lametazos.

El niño se puso en pie y se tambaleó con un mareo repentino que tardó mucho tiempo en pasar. Al final pudo darse la vuelta y volver a mirar la casa de su familia para intentar recordar lo que había visto mientras se arrastraba por las habitaciones. Nada. A nadie.

Los perros lo rodearon, todos parecían desesperados por convertirlo en su amo, agitaban las colas, iban de un lado a otro con las columnas girando adelante y atrás, las orejas

alzándose a cada gesto del niño, los morros hociqueándole las manos. Estaban gordos, comprendió el chiquillo, porque se habían comido a todo el mundo.

Pues habían muerto. Su madre, su padre, sus hermanas, todos los demás habitantes del pueblo. Los perros, propiedad de todos y de nadie y soportando una vida de sufrimientos, de hambre cruel y rivalidad, habían comido hasta caer en la indolencia. Su júbilo era producto de las barrigas llenas, toda rivalidad olvidada ya. El niño comprendió en eso algo profundo. Las ilusiones infantiles extirpadas revelaron las verdades del mundo.

Empezó a vagar.

Un tiempo después se encontró en el cruce que había justo después del caserío más septentrional, de pie en medio de sus recién adoptadas mascotas. Se había alzado un monumento de piedras en el mismo centro de la encrucijada de caminos y senderos.

Se le había pasado el hambre. Al bajar la cabeza vio lo delgado que se había quedado y vio también los extraños nódulos purpúreos que le habían engrosado las articulaciones, las muñecas, los codos, las rodillas y los tobillos, en absoluto dolorosos. Depósitos, al parecer, de algún otro tipo de fuerza.

El mensaje del monumento estaba claro para él, lo había levantado un pastor y el niño, en su día, se había ocupado de muchos rebaños. Le decía que fuera al norte, que subiera a las colinas. Le decía que allí lo aguardaba un santuario. Había habido supervivientes, por tanto. Que lo hubieran dejado atrás era comprensible, contra la fiebre de la lengua azul no se podía hacer nada. Un alma vivía o un alma moría por voluntad propia, o por falta de ella.

El niño vio que no quedaban rebaños en las laderas de las colinas. Habían bajado los lobos, quizá, sin encontrar

oposición alguna; o los otros aldeanos se habían llevado a los animales con ellos. Después de todo, un refugio necesitaría comida y agua, leche y queso.

Se puso en camino por el sendero del norte, con los perros por toda compañía.

Vio que estaban contentos. Complacidos de ver que él los guiaba.

Y el sol en el cielo, que había sido cegador, ya no cegaba. El niño había llegado y después había cruzado un umbral que lo había llevado hasta el cuarto y último tiempo. No sabía cuándo terminaría.

Felisin la Menor se quedó mirando con ojos lánguidos al joven escuálido que acababan de traer los acólitos castrados. Solo un superviviente perdido más que acudía a ella en busca de sentido, guía, en busca de algo en lo que creer que no pudieran aplastar ni llevárselo los vientos del infortunio.

Era portador, lo supo al ver las hinchazones de las articulaciones. Lo más probable era que hubiera infectado al resto de su aldea. Los nódulos habían supurado, habían infectado el aire y había muerto todo el mundo. Él había llegado a las puertas de la ciudad esa mañana, en compañía de doce perros medio salvajes. Un portador, pero allí, en ese lugar, eso no era motivo de destierro. De hecho, muy al contrario. Kulat tomaría al niño bajo su protección, para enseñarle los modos de la peregrinación, pues esa sería su nueva vocación, llevar la peste por todo el mundo y así, entre los supervivientes que dejara a su paso, reunir más partidarios todavía de la nueva religión. Fe en los quebrados, los marcados, los castrados, se estaban formando todo tipo de sectas, los miembros se definían por

el daño que la plaga había producido en cada superviviente. Los más escasos y más apreciados entre ellos, los portadores.

Todo lo que Kulat había predicho se estaba cumpliendo. Llegaron supervivientes, al principio un goteo, después a cientos, atraídos hasta allí, guiados por la mano de un dios. Comenzaron a excavar la ciudad enterrada desde hace tanto para buscarse hogares entre los fantasmas de ciudadanos largo tiempo muertos que todavía embrujaban las habitaciones, los pasillos y las calles, silenciosos e inmóviles, espectros que presenciaban un renacimiento, en sus rostros tenues, borrosos, un motín de expresiones que iban desde la desesperación al horror. Cómo podían aterrar los vivos a los muertos.

Arribaron pastores con enormes rebaños, ovejas y cabras, las reses de largas patas llamadas eragas que la mayoría había creído extintas miles de años atrás, Kulat había dicho que se habían encontrado rebaños salvajes en las colinas, y los perros recordaban entonces para qué los habían criado y defendían a las bestias contra los lobos y las águilas grises que podían levantar a un ternero recién nacido entre las garras.

Se asentaron artesanos y empezaron a producir imágenes que habían nacido en su enfermedad, en sus fiebres: el dios Encadenado, las multitudes de los quebrados, los marcados y los castrados. Imágenes en alfarería, en muros pintados con la antigua mezcla de sangre de eraga y ocre rojo, estatuas de piedra para los portadores. Telas tejidas con grandes nudos de lana para representar los nódulos, escenas de patrones de fiebre de color rodeaban imágenes centrales de la propia Felisin, Sha’ik Renacida, la que traía consigo el verdadero Apocalipsis.

Ella no sabía qué pensar de todo aquello. La desconcertaba una y otra vez todo lo que presenciaba, cada gesto de culto y adoración. Los horrores de la desfiguración física la asaltaban por todos lados, hasta que se sentía entumecida, drogada, insensible. El sufrimiento se había convertido en su propio idioma, la vida en sí definida como castigo y prisión. *Y este es mi rebaño.*

Sus seguidores habían respondido hasta el momento a todas y cada una de sus necesidades, a todas salvo una, y esa era el creciente deseo sexual que la envolvía y que reflejaba los cambios que se apoderaban de su cuerpo, la forma de la feminidad, el comienzo del sangrado entre las piernas, y la nueva avidez que alimentaba sus sueños de socorrer. No podía anhelar que la tocaran esclavos, pues esclavitud era lo que esas personas abrazaban por propia voluntad, allí, en ese momento, en ese lugar que llamaban Hanar Ara, la Ciudad de los Caídos.

Kulat le habló con la boca llena de piedras.

—Y ese es el problema, alteza.

Felisin parpadeó. No había estado escuchando.

—¿Qué? ¿Cuál es el problema?

—El portador, que llegó apenas esta mañana por la pista del sudoeste. Con sus perros que responden solo ante él.

Felisin miró a Kulat, el viejo malnacido que confesaba tensos sueños sexuales de vino como si la declaración ya supusiera en sí más placer del que podía soportar, como si la confesión lo emborrachara.

—Explícate.

Kulat chupó las piedras que tenía en la boca, tragó saliva y luego hizo un gesto.

—Mirad los brotes, alteza, los brotes de la enfermedad, las muchas bocas de la lengua azul. Se están encogiendo. Se han secado y se están desvaneciendo. Lo ha dicho él. Se

han reducido. Es un portador que, un día, dejará de ser portador. Este niño perderá su utilidad.

Utilidad. Felisin lo miró otra vez, con más atención esa vez, y vio un rostro duro y anguloso que parecía mayor de lo que era, ojos despejados, un cuerpo que necesitaba más carne y con toda probabilidad la encontraría de nuevo, ya que volvía a tener comida. Un niño todavía muy pequeño que crecería y se convertiría en hombre.

—Residirá en el palacio —dijo Felisin.

Kulat abrió mucho los ojos.

—Alteza…

—He hablado. El Ala Abierta, con el patio y los establos, donde puede dejar a sus perros…

—Alteza, hay planes para convertir el Ala Abierta en vuestro jardín privado…

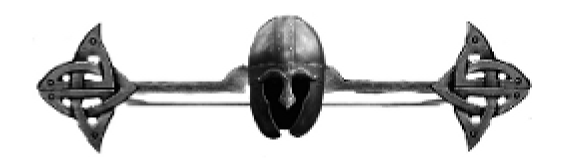
—No me vuelvas a interrumpir, Kulat. He hablado.

Mi propio jardín privado. La idea empezó a divertirla cuando estiró la mano para coger la copa de vino. *Sí, y veremos cómo crece.*

Y así, transportada por sus propios pensamientos silenciosos, Felisin no vio la repentina mirada lúgubre de Kulat, un momento antes de que se inclinara y se diera la vuelta.

El niño tenía nombre, pero ella le daría otro nuevo. Uno que encajara mejor con su visión del futuro. Tras un momento, sonrió. Sí, lo llamaría Azafrán.

15



Un anciano, dejados atrás sus mejores
años de soldado, sus ojos
ribeteados de polvo,
se alzó como despertado de golpe
del pozo de la matanza, derribado
de la huida interrumpida,
cuando jóvenes espadas lo persiguieron
y expulsaron del campo.
Parece una promesa que solo necios
podrían soñar desplegada,
los estandartes de gloria
gesticulando
al viento sobre su cabeza,
despojados como fantasmas,
cráneos hundidos, labios aleteando,
las bocas abiertas, mudas.

«Oh, prestadme oídos», exclama él
sobre su imaginada cima,
«y hablaré de riquezas
y recompensas, de mi grandeza,
mi cara antaño joven como estas
que veo ante mí, ¡oíd!»

Mientras aquí me siento de Tapu
a la mesa, dedos grasientos
con carne ensartada, copa agrietada

perlada bajo el caluroso sol, el vino
aguado para hacer en la
alianza de fino y espeso,
ambos hasta un punto pasables.
Al alcance de un brazo
de este agitador, este
enredador trompetero, que un día
quizá se encontrara con el escudo trabado
a mi lado, teñido de rojo, enmascarado
de borracho, basto de miedo,
en el momento antes de romperse…
romperse y correr…

Y ahora quiere llamar a una nueva
generación a la guerra, al clamor de la batalla,
¿y por qué? Bueno, por qué… Todo
porque una vez corrió, pero escuchad:
un soldado que una vez corrió,
siempre corre, y esto,
honorable magistrado,
es la razón…
la única razón digo yo…
para que mi cuchillo buscara su espalda.
Era un soldado
cuyas palabras de un empujón
me despertaron.

«Defensa de Bedura» en *La muerte del rey Qualin Tros de Bullid*
Transcrita como canción por Pescador
Ciudad Malaz, el último año del reinado de Laseen

En medio de un aura que olía y recordaba a una cripta, Noto Forúnculo, sajador de la compañía, kartooliano de nacimiento y en otro tiempo sacerdote de Soliel, mechones de cabello largos, ralos e incoloros de los que tiraba el viento como si fueran hebras de una telaraña, la piel del tono del cuero de cabra curtido, se alzaba como un arbolito joven encorvado y se hurgaba los dientes recubiertos de verde con una espina de pescado. Era su costumbre desde hacía tanto

tiempo que se había hecho agujeros entre cada diente y las encías habían retrocedido un buen trecho, lo que convertía su sonrisa en esquelética.

Hasta el momento no había sonreído más que una vez, a modo de saludo, y para Ganoes Paran ya habían sido demasiadas.

En ese momento el sanador parecía, en el mejor de los casos, pensativo, en el peor distraído por el aburrimiento.

—No puedo decirlo con seguridad, capitán Tierno —dijo al fin el hombre.

—¿El qué?

Un destello en los ojos, gris flotando en tinieblas amarillas.

—Bueno, tenía una pregunta para mí, ¿no es cierto?

—No —respondió Paran—, tenía para usted una orden.

—Sí, por supuesto, a eso me refería.

—Le ordené que se hiciera a un lado.

—El puño supremo está muy enfermo, capitán. No le servirá de nada interrumpir su agonía. Y lo que es más importante, podría infectarse usted con el pavoroso contagio.

—No, no me contagiaré. Y es sobre su agonía sobre lo que tengo intención de hacer algo. De momento, sin embargo, deseo verlo. Eso es todo.

—La capitán Arroyodulce ha…

—La capitán Arroyodulce ya no está al mando, sajador. Estoy yo. Y ahora quítese de mi camino antes de que lo destine a irrigar los intestinos de los caballos, y dada la escasa calidad del pienso que se les ha proporcionado en los últimos tiempos…

Noto Forúnculo examinó la espina de pescado que tenía en la mano.

—Tomaré nota de esto en mi diario de la compañía, capitán Tierno. Como sanador de más rango de la hueste, hay ciertas dudas sobre la cadena de mando en estos momentos. Después de todo, en circunstancias normales estoy muy por encima de los capitanes…

—Estas no son circunstancias normales. Estoy empezando a perder la paciencia.

Una expresión de leve desagrado.

—Sí, tengo conocimiento de primera mano de lo que pasa cuando pierde la paciencia, por muy injusta que sea la situación. Le recuerdo que recayó sobre mí sanar el pómulo roto de la capitán Arroyodulce. —El hombre se apartó a un lado de la entrada—. Por favor, capitán, sea bienvenido.

Paran pasó sin prisas, con un suspiro, junto al sajador, apartó la solapa y entró en la tienda.

Penumbra, el aire caluroso y denso con un incienso pesado que apenas podía enmascarar el hedor de la enfermedad. En ese primer aposento había cuatro catres, cada uno ocupado por un comandante de compañía, solo dos le resultaban conocidos a Paran. Todos dormían o estaban inconscientes, los miembros retorcidos en las mantas manchadas de sudor, los cuellos hinchados por la infección, cada aliento aspirado era un resuello aflautado como un coro espeluznante. Conmocionado, el capitán pasó junto a ellos y entró en el aposento trasero de la tienda, donde no había más que un ocupante.

Bajo aquel aire granuloso, crepuscular, Paran se quedó mirando la figura del catre. Su primer pensamiento fue que Dujek Unbrazo ya estaba muerto. Un rostro envejecido, exangüe, estropeado por oscuras manchas moradas, los ojos cerrados incrustados de mucosidad. La lengua del hombre, del color del acero de Aren, estaba tan hinchada que le había abierto la boca a la fuerza y había partido los labios

resecos. Un sanador, con toda probabilidad Noto Forúnculo, había envuelto el cuello de Dujek con una mezcla de moho, ceniza y arcilla que después se había secado y parecía el collarín de un esclavo.

Tras un largo momento, Paran oyó a Dujek aspirar una bocanada de aire, el sonido irregular se interrumpía una y otra vez con las leves convulsiones del pecho. El escaso aire volvía a salir siseando en un silbido estertóreo.

Dioses del inframundo, este hombre no saldrá de esta noche.

El capitán se dio cuenta de que se le habían entumecido los labios y que le estaba costando concentrarse. *Este maldito incienso, es d'bayang.* Se quedó allí otra media docena de latidos con los ojos puestos en la figura encogida y frágil del general vivo más extraordinario del Imperio de Malaz, después dio media vuelta y salió del aposento.

Dos zancadas por la habitación exterior y una voz ronca lo detuvo.

—En el nombre del Embozado, ¿quién eres?

Paran miró a la mujer que había hablado. Estaba incorporada en la cama, lo suficiente para poder mirar al capitán de tú a tú. De piel oscura, su complexión carecía de las arrugas curtidas de la vida en el desierto, ojos grandes y muy oscuros. Cabello negro, fibroso, aplastado por el sudor, muy corto, pero, no obstante, traicionaba un ondulado natural que le rodeaba la cara redonda que la enfermedad había demacrado y había hecho que los ojos le parecieran más profundos, más hundidos.

—El capitán Tierno…

—Y una mierda del Abismo. Yo serví a las órdenes de Tierno en Nathilog.

—Bueno, una noticia poco alentadora. ¿Y usted es?

—Puño Rythe Bude.

—Uno de los ascensos recientes de Dujek, entonces, pues jamás he oído hablar de usted. Ni tampoco consigo averiguar de dónde procede.

—Shal-Morzinn.

Paran frunció el ceño.

—¿Oeste de Nemil?

—Sudoeste.

—¿Y cómo terminó en Nathilog, puño?

—Por los Tres, dame un poco de agua, maldito seas.

Paran miró a su alrededor hasta que encontró una vejiga, que llevó junto a ella.

—Eres un necio —dijo la mujer—. Por entrar aquí. Ahora morirás con el resto de nosotros. Tendrás que echármela en la boca.

Paran quitó el tapón y se inclinó hacia ella.

La mujer cerró aquellos ojos extraordinarios, luminosos, echó la cabeza hacia atrás y abrió la boca. Tenía los verdugones del cuello rotos y se filtraba por ellos un fluido claro tan denso como las lágrimas. Paran apretó la vejiga y observó el agua que le caía a la mujer en la boca.

Ella tragó con frenesí, jadeó y después tosió.

El capitán apartó la vejiga.

—¿Suficiente?

La puño consiguió asentir de algún modo, volvió a toser y después maldijo en un idioma desconocido.

—Este maldito humo —añadió en malazano—. Entumece la garganta y ni siquiera sabes cuándo estas tragando. Cada vez que cierro los ojos, los sueños de d’bayang se precipitan sobre mí como los vientos rojos.

Paran se irguió y bajó la vista para mirarla.

—Dejé Shal-Morzinn… con prisas. En un mercante de los moranthianos azules. El dinero para el pasaje se acabó en una ciudad llamada Brea, en la costa genabarii. Desde ahí

conseguí llegar a Nathilog y con una barriga demasiado vacía para permitirme pensar con claridad, me alisté.

—¿Dónde quería ir?

La mujer hizo una mueca.

—Tan lejos como me llevaran mis dineros, necio. Contrariar a los Tres no es la mejor forma de garantizar una vida larga. Bendito sea el beso de Oponn, no vinieron a por mí.

—¿Los Tres?

—Los gobernantes de Shal-Morzinn… durante los últimos mil años. Me pareció que reconocías el nombre del Imperio, que es más de lo que hace la mayoría.

—No sé nada aparte del nombre en sí, que se encuentra en ciertos mapas malazanos.

La mujer lanzó una carcajada ronca.

—Malazanos. Fueron lo bastante listos como para hacer que su primera visita fuera la última.

—No era consciente de que lo habíamos visitado alguna vez —dijo Paran.

—El emperador y Danzante. El buque insignia imperial, el Torzal. Dioses, ya solo ese navío fue suficiente para dar que pensar a los Tres. Por lo general, para ellos es pura rutina aniquilar a los desconocidos; no comerciamos con nadie, ni siquiera con los nemil. Los Tres desprecian a los forasteros. Si esa fuera su inclinación ya habrían conquistado el continente entero a estas alturas, incluyendo Siete Ciudades.

—No son expansionistas, entonces. No me extraña que nadie haya oído hablar de ellos.

—Más agua.

El capitán se la dio.

Cuando se le pasó la tos, la puño lo miró a los ojos.

—No me lo has dicho, ¿quién eres en realidad?

—El capitán Ganoes Paran.

—Está muerto.

—Todavía no.

—Está bien. ¿Por qué la mentira, entonces?

—Dujek me licenció. Oficialmente, carezco de rango.

—Entonces, en el nombre del Embozado, ¿se puede saber que estás haciendo aquí?

Paran sonrió.

—Es una larga historia. De momento, hay una cosa que tengo que hacer y es pagar una deuda. Se lo debo a Dujek. Además, no conviene tener una diosa suelta en el reino mortal, sobre todo una diosa que se complace en la desdicha.

—Todos se complacen en la desdicha.

—Sí, bueno.

La mujer enseñó una fila de dientes igualados manchados por la enfermedad.

—Capitán, ¿te crees que si hubiéramos sabido que Poliel estaba en el templo, habríamos entrado siquiera? Tú, por otro lado, no tienes esa excusa. Lo que me lleva a la conclusión de que has perdido la cabeza.

—La capitán Arroyodulce desde luego está de acuerdo con usted, puño —dijo Paran mientras dejaba la vejiga—. Debo despedirme. Le agradecería, puño Rythe Bude, que se refiriera a mí como capitán Tierno. —Se dirigió a la salida de la tienda.

—Ganoes Paran.

Algo en su tono lo hizo darse la vuelta cuando ya iba a coger la solapa.

—Que quemen mi cuerpo —dijo ella—. De ser posible, que me llenen los pulmones de aceite para que me estalle el pecho y libere así al vuelo mi alma destrozada. Es como se hace en Shal-Morzinn.

Él dudó y después asintió.

Fuera, encontró al sajador Noto Forúnculo todavía de pie en su puesto, examinando la punta ensangrentada de la espina de pescado un momento antes de metérsela otra vez en la boca.

—Capitán Tierno —dijo el hombre a modo de saludo—. El escolta Hurlochel acaba de estar aquí, le buscaba. Me ha dado a entender que usted pretende hacer algo… imprudente.

—Sajador, cuando la alternativa es limitarme a esperar a que mueran, acepto el riesgo de hacer algo imprudente.

—Entiendo. ¿Cómo, entonces, ha planeado ese asalto suyo? Dado que se va a enfrentar a la propia diosa Gris. Dudo que ni siquiera su reputación sea suficiente para obligar a los soldados a asaltar el Gran Templo de Poliel. De hecho, dudo que consiga siquiera que entren en G'danisban.

—No me voy a llevar a ningún soldado, sajador.

Un asentimiento sabio del flaco y adusto hombre.

—Ah, un ejército de uno, entonces, ¿no? Lo admito —añadió mirando a Paran con expresión especulativa—, he oído relatos de su extraordinaria… ferocidad. ¿Es cierto que una vez colgó a un falah'd del balcón de la torre de su palacio? Aunque en ese momento era aliado del Imperio. ¿Qué crimen había cometido? Ah, sí, los colores de su atavío desentonaban el primer día del Festival del Emperador. ¿Cuáles fueron los colores que tuvo el descaro de ponerse?

Paran estudió al hombre por un momento y después sonrió.

—Azul y verde.

—Pero esos colores no desentonan, capitán.

—Nunca afirmé que mi criterio fuera el más acertado en materia de estética, sajador. Bueno, ¿de qué estábamos hablando? Ah, sí, mi ejército de uno. De hecho, tengo

intención de no liderar más que a un hombre. Juntos, los dos atacaremos a la diosa Gris con objeto de expulsarla de este reino.

—Ha escogido con sabiduría, creo —dijo Noto Forúnculo —. Dado lo que le aguarda a Hurlochel, exhibió una calma extraordinaria hace solo unos momentos.

—Como no podría ser de otro modo —dijo Paran—, puesto que no es él quien viene conmigo. Es usted.

La espina de pescado atravesó el labio superior del sajador. Una expresión de agonía suplantó a la de incredulidad. Se arrancó la aguja ofensora del labio y la tiró al suelo, después se llevó las dos manos a la boca para calmar el dolor. Los ojos parecían a punto de salírsele de las órbitas.

Paran le dio al hombre unas palmaditas en la espalda.

—Haga que le vean eso, ¿quiere? Salimos en media campanada, sajador.

Se sentó en un baúl de reglamento y se fue echando hacia atrás poco a poco hasta que la pared de la tienda dejó de ceder, después estiró las piernas.

—Debería estar medio borracho ahora mismo —dijo—, con lo que estoy a punto de hacer.

Hurlochel parecía incapaz de esbozar una sonrisa.

—Por favor, capitán. Deberíamos levantar el campamento. Cortar por lo sano. Le insto a que abandone este empeño, que no servirá más que para provocar la muerte de otro buen soldado, por no mencionar la de un irritante sajador de la compañía, aunque bastante competente.

—Ah, sí, Noto Forúnculo. Fue sacerdote de Soliel, diosa hermana de Poliel.

—Ya no es sacerdote, capitán. Los renegados ya no tienen influencia alguna sobre los ascendientes que han abandonado.

—Soliel, señora de la Sanación y la Beneficencia, la diosa que Derrama Lágrimas que Sanan. A estas alturas debe de haber dejado caer un océano entero de ellas, ¿no le parece?

—¿Es inteligente burlarse de ella en esta tesitura, capitán?

—¿Por qué no? ¿Qué bien les ha hecho a los mortales ese infame e incesante dolor que siente por sus apuros? ¿Algún bien les ha hecho, Hurlochel? Es fácil llorar cuando uno se queda lejos, sin hacer nada. Cuando te llevas el mérito de cada superviviente que hay ahí fuera, aquellos cuyos espíritus libraron la batalla, cuyos espíritus se negaron a entregarse al abrazo del Embozado. —Miró con sonrisa burlona el techo de la tienda—. Son esos supuestos dioses amables y comprensivos los que más cuentas tienen que rendir. —Paran miró furioso al hombre que tenía delante—. Bien sabe el Embozado que los otros son directos y más que puñeteramente claros en su infamia, eso hay que reconocérselo. Pero brindar socorro, salvación y demás mientras se deja el verdadero destino en manos del azar y solo el azar, ¡maldito sea yo, Hurlochel, de eso tendrán que responder!

El escolta había abierto mucho los ojos y no parpadeaba.

Paran apartó la mirada.

—Disculpe. Pensamientos que mejor será que me guarde. Es un antiguo defecto mío, por desgracia.

—Capitán. Por un momento… sus ojos… es que… se prendieron. Como los de una bestia.

Paran estudió al hombre.

—¿Eso hicieron?

—Lo juraría con un tacón en el prepucio del propio Embozado, capitán.

Ganoes Paran se puso en pie de un tirón.

—Transmita estas órdenes a los oficiales. Este ejército se pone en marcha en cuatro días. Dentro de tres días los quiero listos a mediodía, con el equipo completo, con el uniforme puesto y las armas listas para una inspección. Y cuando partamos, quiero dejar este campamento limpio, cada letrina tapada y los desechos quemados. —Miró a Hurlochel—. Ponga a trabajar a estos soldados, se están pudriendo por dentro. ¿Lo tiene todo, Hurlochel?

El escolta sonrió y después repitió las órdenes de Paran palabra por palabra.

—Bien. Asegúrese de recalcarles a los oficiales que los días de hacer el vago lamentándose y quejándose han llegado a su fin. Dígales que a la orden de marchar se colocará en cabeza a la compañía más presentable, todos los demás se comerán su polvo.

—Capitán, ¿adónde nos dirigimos?

—Ni idea. Me preocuparé de eso entonces.

—¿Qué hay del puño supremo y los demás de esa tienda?

—Lo más probable es que no estén en condiciones de hacer mucho durante un tiempo. Entretanto…

—Entretanto usted está al mando de la hueste, señor.

—Sí, así es.

El repentino saludo de Hurlochel fue claro y bien marcado, después giró en redondo y salió despacio de la tienda.

Paran se lo quedó mirando. *Bien, al menos alguien se alegra, maldita sea.*

Muy poco tiempo después Noto Forúnculo y él habían montado a lomos de sus caballos al borde del campamento y miraban ladera abajo, al otro lado del llano campo de la

muerte, donde se alzaban los muros de la ciudad, su piedra caliza blanqueada revestida de una masa de garabatos, símbolos pintados, huellas de manos y figuras de esqueletos. A tan poca distancia deberían oír ruidos alzándose tras esas murallas, la calima de polvo y humo por encima y las enormes puertas deberían estar abiertas y trabadas para dar paso a un torrente constante de mercaderes y buhoneros, boyeros y partidas de trabajadores. Los soldados deberían dejarse ver en las ventanas de las torres cuadradas que flanqueaban la puerta.

El único movimiento procedía de las bandadas de palomas que se alzaban por el aire y después volvían a bajar, inquietas y frenéticas como una armada de cometas rechazadas por vientos de tormenta; movimiento también en los estorninos del desierto teñidos de azul y en los cuervos que graznaban alineados como un ejército de pesadilla en las almenas.

—Capitán —dijo el sajador, la espina volvía a sobresalirle entre los labios, el agujero que había hecho poco antes justo encima de esos labios era un punto rojo, un tanto fruncido, manchado como una espinilla explotada—, ¿me cree capaz de asaltar todo lo que es una abominación para mí?

—Creí que había renegado —dijo Paran.

—A eso voy, precisamente. Ni siquiera puedo recurrir a Soliel en busca de su benigna protección. Quizá sus ojos estén ciegos a la verdad, pero le digo, capitán, que yo puedo ver el aire revolviéndose tras esas murallas; es el aliento del caos. Las corrientes se arremolinan, palpitan; incluso contemplarlas, como hago ahora, me pone enfermo. Moriremos, usted y yo, nada más entrar, sin apenas dar ni diez pasos.

Paran comprobó la espada que llevaba en el cinturón y después se colocó bien la correa del yelmo.

—No estoy tan ciego como usted cree, sajador. —Estudió la ciudad durante un momento, después recogió las riendas—. No se separe mucho de mí, Noto Forúnculo.

—Capitán, la puerta parece cerrada, cerrada a cal y canto; no somos bienvenidos.

—Da igual la maldita puerta —dijo Paran—. ¿Está listo?

El hombre volvió unos ojos de loco hacia él.

—No —dijo con voz chillona—, no lo estoy.

—Acabemos de una vez con esto —dijo Paran y espoleó su caballo.

Noto Forúnculo lanzó una última mirada por encima del hombro y vio soldados de pie, observando, reunidos por cientos.

—Dioses —susurró—, ¿por qué no estoy entre ellos ahora mismo?

Después se movió para alcanzar al capitán Tierno, que una vez había colgado a un hombre inocente de una torre. *Y ahora lo vuelve a hacer otra vez, ¡a mí!*

Una vez la habían enviado a encontrar a su hermano menor, tuvo que buscarlo por media ciudad. Oh, el niño sabía que iba tras él, sabía que la enviarían a ella, la única capaz de cogerlo por un escuálido tobillo, llevarlo a rastras y después sacudirlo hasta que el cerebro le traqueteara dentro del cráneo. Esa noche la había llevado por un rastro salvaje. Diez años y ya fuera de control, los ojos brillantes como canicas pulidas con saliva, la sonrisa blanca más ladina que el gruñido de un lobo, todo miembros desgarbados y cabriolas maliciosas.

Había estado coleccionando… cosas. En secreto. Mechones de pelo, uñas cortadas, un diente podrido. Algo, según resultó, de cada miembro de toda su parentela.

Cuarenta y dos personas si se contaba a Minarala, de cuatro meses, y él la había contado, el muy cabroncete. Una locura menos imaginativa quizá se hubiera conformado con una miríada de muñecos horrendos a los que él podría infligir un tormento menor pero crónico para alimentar su maldad insaciable, pero no su hermano, que era obvio que se creía destinado a una infamia más vasta. No contento con dar a los muñecos la forma de sus víctimas, el niño había construido, con bramante, palos, paja, lana y cuerno, un diminuto rebaño de cuarenta y dos ovejas. Metidas en un corral de ramitas instalado en el ático de la finca. Y luego, con uno de sus propios dientes de leche recién arrancado de la boca, se hizo un colmillo de lobo y después, con restos de piel, el lobo al que pertenecía, a una escala que le permitía devorar a una de las ovejas en miniatura de un solo bocado.

En madejas de magia demente, había metido su lobo entre el rebaño.

Chillidos y llantos en la noche, en un hogar tras otro, desatados por las aterradoras pesadillas empapadas en el hedor a pánico y lanolina de pezuñas ruidosas y huidas desesperadas e impotentes. Mordiscos y empujones del enorme lobo que rugía, la bestia jugaba con todos y cada uno. Oh, ella recordaría el tormento durante mucho, mucho tiempo.

En el curso del día siguiente tíos, tías, sobrinos y demás se fueron reuniendo, todos pálidos y temblorosos, y a medida que llegó la revelación de que todos y cada uno habían compartido la noche de terror, pocos tardaron en comprender la fuente de sus pesadillas; por supuesto, el culpable ya había salido como el viento, rumbo a uno de los incontables refugios que tenía en la ciudad. Donde permanecería escondido hasta que la furia y la indignación pasasen.

Cuando los crímenes los cometían niños, toda furia se desvanecía con el tiempo, y entonces la preocupación se alzaba en su lugar. Cuando eran niños, niños normales; pero no en el caso de Ben Adaephon Delat, que había ido demasiado lejos. Otra vez.

Así que habían despachado a Torahaval Delat para encontrar el rastro de su hermano y darle un castigo apropiado. Por ejemplo, como se había planteado ella en su momento, desollarlo vivo. Conque eran ovejas, ¿eh? Bueno, llevaba en su mochila el muñeco del lobo y con eso pretendía someterlo a la más pavorosa tortura. Aunque en absoluto tenía tanto talento como su hermano menor, y admitía que era mucho menos imaginativa, se las había arreglado para fabricar una especie de correa para la criatura y, fuera donde fuera su hermano, ella podía seguirlo.

El niño consiguió llevarle ventaja buena parte de un día y la noche siguiente, hasta que una campanada antes del amanecer, en un tejado del barrio Prelid de Aren, lo alcanzó, cogió el muñeco del lobo, lo sujetó por las patas traseras y las abrió de un tirón.

El niño, que corría como un rayo un momento dado, se encontró tirado en el suelo al siguiente. Chillidos y carcajadas, y, aunque tropezó, esa risa la ofendió y Torahaval le dio a las piernas un giro más.

Y, con un aullido, cayó en el tejado repleto de guijarros, en las caderas un dolor intenso.

Su hermano chilló también, pero no pudo dejar de reír.

Ella no había mirado con mucha atención el muñeco del lobo y en ese momento, jadeando y entre muecas, intentó hacerlo. La oscuridad era reticente a ceder, pero por fin pudo distinguir el cuerpo atado del animal bajo los jirones de pelo, su ropa interior (la que había desaparecido del

tendedero una semana antes) anudada y envolviendo con fuerza un núcleo sólido, sobre la naturaleza del cual decidió no reflexionar demasiado.

El niño sabía que ella iría tras él. Sabía que encontraría su escondrijo de muñecos en el ático. Sabía que utilizaría el muñeco de lobo, su propia ánima, que había sido tan descuidado de dejar atrás. El niño lo sabía… todo.

Esa noche, en la oscuridad que precedía al amanecer, Torahaval decidió que lo odiaría para siempre jamás. Con pasión, un odio lo bastante fiero como para cubrir la tierra completa.

Es fácil odiar a los listos, aunque resulte que son de la familia. Quizá sobre todo en ese caso.

No había un camino claro que llevase desde ese recuerdo a su vida actual, a ese momento, con la única excepción de la sensación de encontrarse atrapada dentro de una pesadilla; una pesadilla de la que, al contrario que de esa otra pesadilla de tantos años atrás, jamás despertaría.

Su hermano no estaba allí, riéndose y jadeando y luego, al fin, con un ataque convulso de júbilo en aquel tejado, liberando la hechicería del muñeco de lobo. Haciendo que el dolor desapareciera. Su hermano, muerto o vivo (a esas alturas con toda probabilidad muerto) estaba muy lejos. Y ella deseaba, con todo su corazón, que no lo estuviera.

Murmurando como un mendigo borracho, Bridthok se sentó ante la mesa de granito manchado que tenía ella a la derecha, empujaba con los dedos de uñas largas el extraño surtido de monedas de oro y plata de un lado a otro para intentar clasificarlas de algún modo, una tarea en la que era obvio que estaba fracasando. Los inmensos cofres de dinero que había en el templo de Poliel carecían de fondo, y no era una forma de hablar sino literal, como habían descubierto. Meter el brazo en la oscuridad gélida era rodear con las

manos oro y plata escarchados, con todo tipo de valores. Lingotes grabados, dientes tachonados, esferas agujereadas, torques y anillos, rollos de seda con hilos de oro lo bastante pequeños como para encajar en la palma de una mano, y monedas de todo tipo: cuadradas, triangulares, con forma de media luna, con agujeros, en forma de tubo; junto con intrincadas cajas plegables, cadenas, cuentas, carretes, galletas con forma de panal y lingotes. Ni una sola de esas monedas les resultaba conocida a todos los reunidos allí, atrapados allí, en el templo de G'danisban con su diosa chiflada y horrenda. Torahaval no tenía ni idea que había tantos idiomas en el mundo como los que veía inscritos en buena parte de las monedas. Letras como imágenes diminutas, letras que procedían en diagonal, o en vertical, o en espiral, algunas letras que eran poco más que dibujos de puntos.

De otros reinos, insistía Bridthok. Las monedas más mundanas podían encontrarse en la cámara oriental, detrás del altar, una habitación entera amontonada de putas cosas. El tesoro de un imperio solo en esa habitación, afirmaba el tipo, y quizá tenía razón. Con los primeros rumores sobre la peste, los cofres de Poliel se llenaron a rebosar. Pero era el dinero desconocido el que más interesaba al anciano. Desde entonces se había convertido en la obsesión de Bridthok, su *Catálogo de reinos,* que él afirmaba que sería su última gloria de estudio erudito.

Un extraño contraste, esa veta académica, en un hombre para el que la ambición y la sed de poder parecían ser todo, la razón para respirar, la jaula por la que se paseaba su corazón asesino.

Había hecho correr más rumores sobre su muerte que nadie que ella hubiera conocido, uno nuevo cada año, más o menos, para mantener a los muchos cazadores lejos de su

rastro, afirmaba. Ella sospechaba que el tipo sencillamente se complacía en el desafío de la invención. Entre los necios (los compañeros de conspiración de Torahaval) reunidos allí, Bridthok era quizá el más fascinante. Ni Septhune Anabhin ni Sradal Purthu la alentaban en asuntos de confianza o respeto. Y Sribin, bueno, Sribin ya ni siquiera era reconocible.

El destino, según parecía, de aquellos a los que la diosa Gris tomaba como amantes mortales. Y cuando la diosa se cansara de la criatura putrefacta y llorosa que en otro tiempo había sido Scriben, la muy zorra elegiría a otro. En su reserva cada vez más pequeña de prisioneros aterrados. Hombres, mujeres, adultos, niños, nada importaba a Poliel.

Bridthok insistía en que el culto a Sha'ik había renacido, más revitalizado incluso, mucho más de lo que se había dado antes. En algún lugar, allí fuera, estaba la Ciudad de los Caídos y una nueva Sha'ik, y la diosa Gris estaba cosechando para ella una legión rota de locos para quienes todo lo que era mortal pertenecía a la desdicha y el dolor, los gemelos fruto del vientre de Poliel. Y gris, entre el miasma y el caos, desdibujado por la distancia, allí acechaba el dios Tullido, retorcido y riéndose a carcajadas agudas y secas, envuelto en sus cadenas, ciñendo cada vez más esa pestilente alianza.

¿Qué sabía Torahaval de guerras entre los dioses? Ni siquiera le importaban, aparte de las repercusiones mortales que pudieran tener en su mundo, en su vida.

Hacía mucho tiempo que su hermano menor había caído en un lado, ella en otro. Y toda esperanza de huida había desaparecido ya.

Los murmullos de Bridthok cesaron con un jadeo repentino. Se sobresaltó en la silla, levantó la cabeza y abrió mucho los ojos.

Un temblor recorrió entera a Torahaval Delat.

—¿Qué pasa? —preguntó.

El anciano se levantó detrás de la mesa.

—Nos llama.

Yo también debo de estar loca, ¿qué queda en la vida que se pueda amar? ¿Por qué me aferro todavía al borde cuando el Abismo ofrece todo lo que ahora anhelo? El olvido. Un fin. Dioses… un fin.

—Más que eso, Bridthok —dijo—. Pareces… horrorizado.

Sin decir nada y sin mirarla a los ojos, el anciano salió al pasillo. Con una maldición por lo bajo, Torahaval lo siguió.

Una vez, hace mucho tiempo, su hermano (que por aquel entonces no tendría más de cuatro años, quizá cinco, mucho antes de que el mal de su interior se hubiera desarrollado del todo) se había despertado chillando en plena noche y ella había acudido corriendo a su cama para consolarlo. En su lenguaje infantil, el niño describió su pesadilla. Había muerto, pero todavía caminaba por el mundo, pues había olvidado algo. Lo había olvidado y por mucho que lo intentara, recordar era imposible. Y así su cadáver vagaba por todos lados, siempre la misma pregunta en sus labios, una pregunta planteada a todas y cada una de las personas que sufrían la maldición de cruzarse en su camino: «¿Qué? ¿Qué he olvidado?».

Era difícil reconciliar a ese niño tembloroso de ojos muy abiertos que se ocultaba en sus brazos con el embustero astuto en el que se había convertido solo unos años más tarde.

Quizá, pensó entonces, mientras seguía a Bridthok y la cola de sus túnicas raídas que aleteaba por el pasillo, quizá en el intervalo de esos años, Adaephon Delat había recordado lo que se le había olvidado. Quizá no era más que

lo que un cadáver que todavía recorría el mundo mortal no podía evitar olvidar.

Cómo vivir.

—Creí que se suponía que el día era para dormir —murmuró Botella cuando su sargento le tiró del brazo una vez más. La sombra del peñasco junto a la que se había acurrucado, se dijo el soldado, era la única razón de que siguiera vivo. Ese día había sido el más caluroso de todos. Los insectos que se arrastraban por las losas de piedra se habían asado a medio camino, los caparazones habían estallado como semillas. Nadie se movía, nadie decía nada. La sed y las visiones de agua obsesionaban a la tropa entera. Botella había terminado por caer en un sueño que todavía tiraba de él con manos aletargadas y densas.

Ojalá Violín lo dejara en paz de una buena vez.

—Ven conmigo, Botella. Arriba. En pie.

—Si has encontrado un barril de agua de manantial, sargento, entonces soy todo tuyo. Si no…

Violín lo levantó de un tirón y después lo arrastró con él. Entre tropezones, sentía la lengua como un nudo de tiras de cuero; el camino, entre rocas esculpidas por el viento, iba serpenteando. Medio cegado por el brillo del sol, el mago tardó un momento en darse cuenta de que se habían detenido y se encontraban en un claro de arena plana rodeado de cantos rodados, y que había dos figuras esperándolos.

Botella sintió que el corazón se le encogía en el pecho. El que estaba sentado con las piernas cruzadas enfrente de él era Ben el Rápido. A su derecha estaba agachado el asesino Kalam, la cara oscura resplandeciente, llevaba guantes negros en las manos y los mangos alargados de los dos

cuchillos largos le sobresalían bajo los brazos. El hombre parecía listo para matar lo que fuera, aunque Botella sospechaba que esa era su expresión normal.

Los ojos de Ben el Rápido estaban clavados en él, lánguidos pero peligrosos, como un leopardo jugando con una liebre mutilada. Pero había otra cosa en esa mirada, sospechaba Botella. Algo no del todo oculto. *¿Miedo?*

Tras un momento con las miradas enzarzadas, atrajo la atención de Botella la colección de muñecos encaramados a la arena delante del mago. El interés profesional lo ayudó a contener su propio miedo, al menos de momento. Se inclinó hacia delante casi sin querer.

—Es un antiguo arte —dijo Ben el Rápido—. Pero tú eso ya lo sabes, ¿no es así, soldado?

—Estás en un punto muerto —dijo Botella.

El mago arqueó las cejas y le lanzó a Kalam una mirada ilegible antes de carraspear y ponerse a hablar.

—Sí, así es. ¿Cómo lo viste? ¿Y cómo es que lo viste tan… rápido?

Botella se encogió de hombros.

Ben el Rápido frunció el ceño al oír el divertido gruñido de Violín.

—Está bien, maldito diablillo, ¿alguna sugerencia sobre lo que hacer?

Botella se pasó una mano por el rastrojo mugriento de pelo.

—Dime lo que estás intentando hacer.

—¡Lo que estoy intentando hacer, soldado, no es puñetero asunto tuyo!

Botella suspiró, se acomodó en la arena y adoptó una postura parecida a la del hombre que tenía enfrente. Estudió las figuras y luego señaló una.

—¿Quién es esa?

Ben el Rápido se sobresaltó.

—No sabía que era una «esa».

—La primera que colocaste, me atrevería a decir. Lo más probable es que te despertaras de un mal sueño, confundido, pero sabiendo que pasaba algo, algo en alguna parte y esta… esta mujer, es lo que te une a esa situación. Familia, me atrevería a decir. ¿Madre? ¿Hija? ¿Hermana? Hermana, sí. Ha estado pensando en ti. Mucho, en los últimos tiempos. Mira la madeja de líneas de sombra que la rodean, como si estuviera de pie entre un montón de paja, solo que no hay paja cerca, así que esa madeja pertenece a otra cosa.

—Que el Embozado me coja por los huevos —siseó Ben el Rápido, los ojos se le disparaban entre las figuras de la arena. Parecía haber olvidado toda su belicosidad—. ¿Torahaval? En el nombre del Abismo, ¿se puede saber en qué se ha metido ahora? ¿Y cómo es que ninguno de los otros puede llegar a ella con una sola sombra siquiera?

Botella se rascó la barba, atrapó con las uñas una liendre, se la arrancó y la lanzó al aire.

Kalam se sobresaltó y después maldijo.

—¡Cuidado con eso!

—Perdón. —Botella señaló a un muñeco envuelto en sedas negras. La sombra que arrojaba el muñeco parecía revelar dos proyecciones de algún tipo, como cuervos encaramados en cada hombro—. Esa es Apsalar, ¿no? Forma parte de esto, de acuerdo, aunque no en este momento. Creo que su camino debía cruzarse con el de tu hermana, solo que no se cruzó. Así que había intención, que no se cumplió, y alégrate de eso. Ese es Cotillion y sí, desde luego que está bailando su danza infernal, pero su único papel fue lanzar el guijarro desde la cima de la colina, cómo rodara y lo que recogiera por el camino lo dejó a los hados. Con todo,

tienes razón al escoger la Casa de Sombra. ¿Fue por instinto? Da igual. Aquí está tu problema. —Señaló otro muñeco, este encapuchado y envuelto por completo en un manto de lino negro fino como una gasa.

Ben el Rápido parpadeó y después frunció el ceño.

—No creo. Ese es Tronosombrío y es fundamental en todo esto. Todo tiene que ver con él, y ¡maldito seas, Botella, eso es más que instinto!

—Oh, desde luego que es fundamental, pero ¿ves que su sombra no alcanza?

—¡Ya sé que no alcanza! ¡Pero ahí es donde está, joder!

Botella estiró el brazo y cogió el muñeco.

Ben el Rápido se levantó a medias con un gruñido, pero la mano de Violín salió disparada y empujó al mago hasta sentarlo.

—Quítame la zarpa de encima, zapador —dijo el mago, el tono bajo, firme.

—Te lo advertí —dijo el sargento—, ¿no? —Quitó la mano y Ben el Rápido se derrumbó otra vez como si algo mucho más pesado acabara de posársele sobre los hombros.

Entretanto, Botella estaba muy ocupado rehaciendo el muñeco. Doblaba los alambres de los brazos y las piernas. En sus esfuerzos él pocas veces utilizaba alambre, demasiado caro, pero en ese caso hacía que reconfigurar el muñeco fuera mucho más fácil. Satisfecho al fin, lo volvió a colocar en la misma posición exacta que antes.

No habló nadie, todos los ojos clavados en el muñeco de Tronosombrío, que estaba a gatas, la pata delantera derecha y la izquierda trasera levantadas, la forma entera volcada hacia delante, en un equilibrio imposible. La sombra se estiraba a solo un dedo de la figura que era Torahaval Delat.

Tronosombrío... ahora otra cosa...

—Siguen sin tocarse —susurró Kalam.

Botella se echó hacia atrás, se cruzó de brazos y se estiró en la arena.

—Espera —dijo, después cerró los ojos y un momento más tarde estaba dormido otra vez.

Agachado muy cerca de Ben el Rápido, Violín exhaló un largo suspiro.

El mago apartó la mirada del reconfigurado Tronosombrío, los ojos brillantes cuando miró al zapador.

—Estaba medio dormido, Viol.

El sargento se encogió de hombros.

—No —dijo el mago—, no lo entiendes. Medio dormido. Hay alguien con él. Es decir, había. ¿Tienes idea de hasta cuándo se remonta la magia solidaria como esta? Al comienzo de todo. A ese indicio, ese primer indicio, Viol. El nacimiento de la conciencia. ¿Entiendes lo que te digo?

—Tan claro como la luna de los últimos tiempos —dijo Violín con el ceño fruncido.

—Los eres'al, los seres altos, antes de que un solo ser humano recorriera este mundo. Antes de los imass, antes incluso de los k'chain che'malle. Violín, Eres estuvo aquí. Ahora mismo. Ella en persona. Con él.

El zapador volvió a mirar al suelo, al muñeco de Tronosombrío. A cuatro patas, congelado en su veloz carrera, y la sombra que arrojaba no le pertenecía, no encajaba en absoluto. Porque la cabeza era ancha, el morro prominente y amplio, las mandíbulas abiertas, pero envolviendo algo. Y fuera lo que fuera lo que envolvía, se deslizaba y retorcía como una serpiente atrapada.

Pero ¿qué, Embozado? Oh. Oh, espera…

Sobre un gran canto rodado que se había partido y había creado una superficie inclinada, Apsalar estaba echada boca

abajo, observando lo que ocurría en el claro, a unos veintitantos pasos de distancia. Conversaciones inquietantes, esas, sobre todo la última parte sobre Eres. *Solo otra ancestral manida que más vale que dejen en paz.* A ese soldado, Botella, habría que vigilarlo.

Torahaval Delat… uno de los nombres de la lista de ese espía, Mebra, en Ehrlitan. La hermana de Ben el Rápido. Bueno, eso sí que era desafortunado; al parecer, tanto Cotillion como Tronosombrío querían a esa mujer muerta, y esos por lo general conseguían lo que querían. *Gracias a mí… y a personas como yo. Los dioses colocan cuchillos en nuestras manos mortales y ya no tienen que hacer más.*

Estudió a Ben el Rápido, calibró la agitación creciente del mago y empezó a sospechar que sabía algo de los apuros en los que se encontraba su hermana. Lo sabía, y, por el espesor de la sangre que unía a los hermanos por muy distanciados que estuvieran, el muy necio había decidido hacer algo.

Apsalar no esperó más y se permitió bajar resbalando por la roca plana hasta aterrizar con suavidad en una arena densa llevada por el viento, metida entre sombras y oculta por completo a ojos de los demás. Se colocó bien la ropa, examinó el terreno llano que la rodeaba y después sacó de entre los pliegues de la ropa dos dagas, una en cada mano.

Había música en la muerte. Los actores y los músicos sabían que era una realidad. Y, en ese momento, también lo sabía Apsalar.

Al ritmo de un coro de aflicción que nadie más podía oír, la mujer de negro comenzó la danza de Sombra.

Telorast y Cuajo, que habían estado escondidas en una fisura cerca del canto rodado plano, se echaron hacia delante.

—Se ha metido en su propio mundo —dijo Cuajo, que, no obstante, susurraba, su cabeza esquelética se mecía y tambaleaba, la cola se meneaba con inquietud. Ante ellas, No-Apsalar bailaba, tan inmersa en sombras que apenas era visible. Apenas en ese mundo.

—Nunca enfades a esta, Cuajo —siseó Telorast—. Nunca.

—No tenía intención. No como tú.

—Yo no. Además, la perdición ha caído sobre nosotras, ¿qué vamos a hacer?

—No lo sé.

—Yo digo que la liemos, Cuajo.

Unas mandíbulas diminutas lanzaron una carcajada aguda.

—Eso me gusta.

Ben el Rápido se levantó de repente.

—No tengo alternativa —dijo.

Kalam lanzó una maldición.

—Odio que digas eso, Rápido —dijo después.

El mago sacó otro muñeco, uno que arrastraba unas hebras muy largas. Lo colocó a medio brazo de los otros, después volvió la cabeza y le hizo un gesto a Kalam.

El asesino frunció el ceño, desenvainó uno de sus cuchillos largos y lo clavó en la arena.

—El de otataralita no, idiota.

—Perdón. —Kalam retiró el arma y la volvió a envainar, después sacó el otro cuchillo. Una segunda cuchillada en la arena.

Ben el Rápido se arrodilló, recogió con cuidado las hebras y las llevó hasta el mango del cuchillo largo, donde hizo unos nudos que unieron el muñeco con el arma.

—Que queden tensas…

—Cojo el cuchillo y te traigo de un tirón. Ya lo sé, Rápido, no es la primera vez, ¿recuerdas?

—Claro. Disculpa.

El mago se volvió a sentar con las piernas cruzadas.

—Un momento —rezongó Violín—. ¿Qué está pasando aquí? No estarás planeando ninguna estupidez, ¿no? Ya veo que sí. No me jodas, Rápido…

—Cállate —dijo el mago mientras cerraba los ojos—. Tronosombrío y yo —susurró— somos viejos amigos. —Después sonrió.

En el claro, Kalam clavó la mirada en el muñeco que ya era su único vínculo entre Ben el Rápido y su alma.

—Se ha ido, Viol. No digas nada, necesito concentrarme. Esos hilos podrían tensarse en cualquier momento, despacio, tan despacio que ni siquiera lo ves ocurrir, pero de repente…

—Debería haber esperado —dijo Violín—. No había terminado de decir lo que iba a decir y va y se larga. Kal, tengo un mal presentimiento. Dime que Rápido y Tronosombrío son de verdad viejos amigos. ¿Kalam? Dime que Rápido no estaba siendo sarcástico.

El asesino levantó los ojos por un instante y miró al zapador, después se humedeció los labios y volvió a estudiar los hilos. ¿Se habían movido? No, por lo menos no mucho.

—No estaba siendo sarcástico, Viol.

—Bien.

—No, más bien sardónico, creo yo.

—No tan bien. Escucha, ¿puedes sacarlo ahora mismo? Creo que deberías…

—¡Cállate, maldito sea! Tengo que mirar bien. Tengo que concentrarme.

Viol tiene un mal presentimiento. Mierda.

Paran y Noto Forúnculo subieron a caballo y se detuvieron en la sombra arrojada por las murallas de la ciudad. El capitán desmontó y se acercó a la maltratada fachada. Grabó con la daga un arco ancho que comenzaba a su izquierda, en la base de la muralla, después subía, avanzaba dos pasos y volvía a bajar para terminar en la base de la derecha. En el centro hizo un dibujo con el cuchillo y después dio un paso atrás y envainó el cuchillo.

Volvió a montar y recogió las riendas.

—Sígame —dijo.

Y empezó a avanzar. Su caballo agitó la cabeza y dio patadas con las patas delanteras un momento antes de precipitarse contra la muralla y atravesarla. Salieron momentos más tarde a una calle salpicada de basura. Las fachadas de los edificios vacíos, sin vida, las ventanas hundidas. Un lugar devastado, un lugar en el que la civilización se había derrumbado y había revelado al fin sus cimientos, pavorosamente débiles. Unos huesos blancos y limpios yacían esparcidos. Una rata saciada anadeaba junto a la cloaca de la muralla.

Tras un largo momento apareció el sanador, que llevaba a su montura por las riendas.

—Mi caballo —dijo— no es tan estúpido como el suyo, capitán. Por desgracia.

—Solo menos experimentado —dijo Paran, y miró a su alrededor—. Vuelva a montar. Puede que estemos solos de momento, pero no durará.

—Dioses del inframundo —siseó Noto Forúnculo mientras se volvía a subir a toda prisa a su caballo—. ¿Qué ha pasado aquí?

—¿Usted no acompañó al primer grupo?

Entraron cabalgando con lentitud por la avenida de la puerta y después se dirigieron al corazón de G'danisban.

—¿La incursión de Dujek? No, por supuesto que no. Y ojalá el puño supremo siguiera al mando, la verdad.

Sí, ojalá.

—El Gran Templo está cerca de la plaza central, ¿dónde está el templo de Soliel?

—¿Soliel? Capitán Tierno, yo no puedo entrar en ese lugar, nunca más.

—¿Cómo es que terminó renegando, Forúnculo?

—Noto Forúnculo, señor. Hubo un desacuerdo… de naturaleza política. Es muy posible que el lodazal de nepotismo nefario e incestuoso que es la vida de un sacerdote siente bien a la mayor parte de sus adláteres. Por desgracia, yo descubrí demasiado tarde que no podía adaptarme a ese tipo de existencia. Debe entender que el culto como tal era la menor entre las prioridades diarias. Cometí el error de poner objeciones a esta inversión antinatural, no, impía.

—Qué noble por su parte —comentó Paran—. Es extraño, porque yo oí una historia diferente sobre sus problemas con el sacerdocio. Para ser más concretos, perdió una lucha de poder en un templo de Kartool. Algo sobre la disposición del tesoro.

—Es obvio que ese tipo de acontecimientos están abiertos a interpretaciones varias. Dígame, capitán, puesto que puede atravesar muros más gruesos de lo que es alto un hombre, ¿también posee sensibilidad mágica? ¿Puede sentir la avidez contaminada en el aire? Es odiosa. Quiere nuestra carne, donde pueda echar raíces y chuparnos hasta la esencia de la salud. Es el aliento de Poliel e incluso ahora empieza a reclamarnos.

—No estamos solos, sajador.

—No. Me sorprendería que lo estuviésemos. Perdonará a sus seguidores, sus portadores. Hará…

—Calle —dijo Paran y frenó—. Me refería a que no estamos solos ahora mismo.

Con los ojos disparados, Noto Forúnculo examinó la zona inmediata.

—Ahí —susurró y señaló hacia la boca de un callejón.

Observaron a una mujer joven que salía de entre las sombras del callejón. Estaba desnuda y aterradoramente delgada, los ojos oscuros, grandes y luminosos. Tenía los labios agrietados y partidos, el pelo desgreñado y trenzado en mugre. Una golfilla que había sobrevivido en las calles, recolectora de los desheredados y, sin embargo…

—No es portadora —dijo Paran con un murmullo—. Veo en ella… la salud más pura.

Noto Forúnculo asintió.

—Sí. A pesar de su estado aparente. Capitán Tierno, esta niña ha sido elegida… por Soliel.

—Entiendo que no es algo que usted creía siquiera posible, allá cuando era sacerdote.

El sajador se limitó a sacudir la cabeza.

La niña se acercó.

—Malazanos —dijo, la voz ronca como si no la usara mucho—. Una vez. Años… ¿un año? Una vez hubo otros malazanos. Uno de ellos fingía que era gral, pero yo vi la armadura bajo las túnicas. Vi el sigilo de los Abrasapuentes desde donde me escondí, bajo una carreta. Era pequeña, pero no demasiado pequeña. Me salvaron, esos malazanos. Alejaron a los cazadores. Me salvaron.

Paran se aclaró la garganta.

—Así que ahora Soliel te escoge… para que nos ayudes.

—Pues ella siempre ha bendecido a los que corresponden a la bondad —dijo Noto Forúnculo. La voz del sajador

temblaba de asombro—. Soliel —susurró—, perdóname.

—Hay cazadores —dijo la niña—. Ya vienen. Saben que estáis aquí. Forasteros, enemigos de la diosa. Su líder alberga un gran odio contra todo. Los huesos marcados, la cara rota, se alimenta del dolor que inflige. Venid conmigo…

—Gracias —la interrumpió Paran—, pero no. Has de saber que agradecemos tu advertencia, pero pretendo encontrarme con esos cazadores. Pretendo que me guíen hasta la diosa Gris.

—Cararrota no lo permitirá. Te matará, y a tu caballo. A tu caballo primero, odia a esas criaturas.

Noto Forúnculo siseó.

—Capitán, por favor, es una oferta de Soliel…

—La oferta que espero de Soliel —dijo Paran, su tono se había endurecido— llegará más tarde. Una diosa de cada vez. —Preparó al caballo bajo él y después dudó y miró al sajador—. Vaya con ella, entonces. Nos reuniremos a la entrada del Gran Templo.

—Capitán, ¿qué es lo que espera de mí?

—¿Yo? Nada. Lo que espero es que Soliel haga uso de usted, pero no como ha hecho con esta niña. Espero mucho más que eso. —Paran espoleó su montura—. Y no aceptaré un no por respuesta —añadió entre el traqueteo de los cascos.

Noto Forúnculo observó al loco que se alejaba cabalgando por la avenida principal, después el sanador le dio la vuelta a su caballo hasta que se quedó mirando a la niña. Se sacó la espina de pescado de la boca y se la metió tras una oreja. Después carraspeó.

—Diosa… niña. No tengo ningún deseo de morir, pero debo señalar que ese hombre no habla por mí. Si hubieras

de castigarlo por su falta de respeto, yo desde luego no veré en ello nada injusto ni inmerecido. De hecho…

—Calla, mortal —dijo la niña con una voz mucho más madura—. De ese hombre depende el equilibrio del mundo entero y no se me conocerá por los restos como la responsable de alterar ese estado. De ninguna de las maneras. Bien, prepárate para cabalgar, yo guiaré, pero no te esperaré si acaso te perdieras.

—Creí que te ofrecías a guiarme…

—Una prioridad menor ahora mismo —dijo ella con una sonrisita de satisfacción—. Podrías decir que se ha invertido de la forma más impía. No, lo que busco ahora es presenciar. ¿Comprendes? ¡Presenciar! —Y con eso la niña dio media vuelta y se fue corriendo.

Con una maldición, el sajador clavó los talones en los flancos de su montura e intentó no perder el rastro de la niña.

Paran bajó a medio galope por la avenida principal, que parecía más una ruta de procesiones que se dirigiera a una necrópolis que la arteria central de G’danisban, hasta que vio más adelante una turba de figuras encabezadas por un único hombre, en sus manos la guadaña de un agricultor, de la que colgaba una cola de caballo incrustada de sangre. El variopinto ejército (unos treinta o cuarenta en total) parecía que lo hubieran reclutado en la fosa común de los indigentes. Cubiertos de llagas y verdugones, los miembros retorcidos, las caras demacradas, en los ojos el brillo de la locura. Algunos llevaban espadas, otros cuchillos de carnicero y navajas, o lanzas, cayados de pastor o ramas gruesas. La mayor parte parecía apenas capaz de tenerse en pie.

No era el caso del líder, al que la niña había llamado Cararrota. El semblante del hombre sí que estaba fruncido y deforme, carne y huesos plegados en la mandíbula inferior derecha, y luego por toda la cara, en diagonal, hasta el pómulo derecho. El capitán se dio cuenta de que lo había mordido un caballo. *Tu caballo primero. Odia a estas criaturas…*

En aquella cara en ruinas, los ojos, mal alineados en los pozos hundidos de las cuencas, ardían con fuerza cuando se clavaron en los de Paran. Algo parecido a una sonrisa apareció en la cueva derrumbada de la boca del hombre.

—¿Su aliento no es lo bastante dulce para ti? Eres fuerte para poder resistirte a ella. Le gustaría saber, primero, quién eres. Antes —la sonrisa se retorció todavía más—, antes de que te matemos.

—La diosa Gris no sabe quién soy —dijo Paran— por eso. Le he dado la espalda. De mí no puede conseguir nada.

Cararrota se estremeció.

—Hay una bestia… en tus ojos. Revélate, malazano. Tú no eres como los otros.

—Dile —dijo Paran— que vengo a hacer una oferta.

La cabeza se ladeó.

—¿Buscas aplacar a la diosa Gris?

—Es una forma de decirlo. Pero debo advertirte de que tenemos muy poco tiempo.

—¿Muy poco? ¿Por qué?

—Llévame a ella y te lo explicaré. Pero deprisa.

—Ella no te teme.

—Bien.

El hombre estudió a Paran un momento más y después hizo un gesto con la guadaña.

—Sígueme, entonces.

Se había arrodillado ante multitud de altares a lo largo de los años, y en ellos, en todos y cada uno, Torahaval Delat había descubierto algo que consideraba una gran verdad. Todo lo que se venera no es más que un reflejo del que venera. Un único dios, por muy benigno que sea, es torturado y convertido en una multitud de máscaras, y a cada una se le daba forma con los deseos secretos, los anhelos, los miedos y las alegrías del individuo mortal, que no hace más que jugar un juego de aprobación obsequiosa.

Los creyentes se abalanzaban sobre la fe. Los fieles se ahogaban en su fe.

Y había otra verdad, una que aparecía en la superficie para contradecir a la primera. Cuanto más dulce y amable es un dios, más duros y crueles son sus devotos, pues se aferran a sus convicciones con una certeza tensa, febril en su necesidad extrema, y por tanto no soportan a los disidentes. Matarán y torturarán en el nombre de ese dios. Y no verán en ellos mismos conflicto alguno, por muy manchadas de sangre que tengan las manos.

Las manos de Torahaval estaban manchadas de sangre, en ese momento de forma figurativa, pero en otro tiempo del modo más literal. Empujada a llenar un inmenso espacio vacío en su alma, se había abalanzado, se había ahogado, había buscado alguna mano externa que la salvara, intentando encontrar lo que no había en su propio interior. Y ya fuera benigno e hinchado por el amor, o brutal y doloroso, el toque de cada dios a ella le había parecido igual, apenas sentido a través de la obsesión entumecida que era su necesidad.

Se había topado con su camino actual del mismo modo que se había topado con tantos otros, pero esa vez parecía

que no habría forma de volver atrás. Cada alternativa, cada elección, había desaparecido ante sus ojos. Las primeras hebras de la telaraña se habían tejido más de catorce meses atrás en su ciudad natal elegida de Karashimesh, en las orillas del mar interior de Karas, una telaraña que desde entonces, con una especie de terquedad lasciva, había permitido que se ciñera cada vez más a su alrededor.

El dulce señuelo de la diosa Gris, en espíritu la amante envenenada del Encadenado, la seducción de lo defectuoso había resultado, ah, tan tentadora. Y letal. *Para los dos.* Era, comprendió mientras seguía a Bridthok por el pasillo de la Gloria que llevaba al crucero, casi como abrirse de piernas ante una violación inevitable y a la que medio se había invitado. El pesar llegaría más tarde, si llegaba.

Quizá, entonces, un fin de lo más apropiado.

Para esta mujer necia que nunca aprendió cómo vivir.

El poder de la diosa Gris atravesaba la puerta maltratada en zarcillos gruesos, tan virulento que pudría la piedra.

En el umbral aguardaban a Bridthok y Torahaval los acólitos que quedaban de esa fe desesperada. Septhune Anabhin de Omari, y Sradal Purthu, que había huido de Y'Ghatan un año antes, tras un fallido intento de matar a esa zorra malazana, Gorrionpardo. Ambos parecían haber encogido, como si alguna esencia de su alma se hubiera agotado y disuelto en el miasma, como la sal en el agua. Terror dolorido en sus ojos cuando los dos se volvieron para ver llegar a Bridthok y Torahaval.

—Sribin ha muerto —susurró Septhune—. Ahora elegirá a otro.

Y eso hizo.

Invisible, una mano enorme, como una garra (más dedos de los que se podían concebir con cordura) se cerró alrededor del pecho de Torahaval, unas lanzas agónicas se

hundieron en ella. Un jadeo ahogado estalló en su garganta y se tambaleó hacia delante, se abrió camino entre los otros, todos los cuales se apartaron, en la mirada un mar de alivio y conmiseración, el alivio superando con mucho a la conmiseración. Un odio profundo hacia ellos atravesó a Torahaval como un destello cuando entró tambaleándose en la cámara del altar; con los ojos ardiendo en la niebla ácida de la pestilencia, levantó la cabeza y contempló a Poliel.

Y vio el hambre que era deseo.

El dolor se extendió, le llenó el cuerpo y después disminuyó cuando la garra se retiró, cuando las zarpas incrustadas de mugre la soltaron.

Torahaval cayó de rodillas, resbaló sin poder evitarlo en su propio sudor, que se había acumulado en el suelo de mosaico bajo ella.

Cuidado con lo que pides. Cuidado con lo que buscas.

El ruido de los cascos de un caballo, procedía del pasillo de la Gloria e iba en aumento.

Llega un jinete. ¿Un jinete? Qué, quién osa, dioses del inframundo. Gracias, seas quien seas. Gracias. Seguía aferrándose al borde. Unos cuantos alientos más, unos cuantos más…

Cararrota apartó con un gruñido burlón a los sacerdotes encogidos que seguían en el umbral. Paran examinó a las tres figuras debilitadas y temblorosas y frunció el ceño cuando uno por uno fueron arrodillándose bajo el toque de su mirada, con las cabezas inclinadas.

—¿Qué les aflige? —preguntó.

La carcajada de Cararrota hendió el aire granuloso.

—Bien dicho, desconocido. Tienes hierro frío en la columna, eso hay que reconocértelo.

Idiota. No estaba intentando ser gracioso.

—Bájate de ese maldito caballo —dijo Cararrota y bloqueó la entrada. Se lamió los labios deformes y cambió la postura de las dos manos en el mango de la guadaña.

—De eso nada —dijo Paran—. Sé cómo te ocupas tú de los caballos.

—¡No puedes entrar montado en la cámara del altar!

—Deja paso —dijo Paran—. Esta bestia no se molesta en morder, prefiere cocear y pisotear. Disfruta con el sonido de los huesos al romperse, de hecho…

Cuando el caballo, con los ollares disparados, se acercó a la puerta, Cararrota se estremeció y retrocedió un poco. Después enseñó los dientes torcidos y siseó.

—¿Es que no sientes su ira? ¿Su indignación? ¡Oh, hombre necio!

—¿Puede ella sentir la mía?

Paran se agachó cuando su caballo cruzó el umbral. Se irguió un momento después. Una mujer se retorcía sobre las baldosas, a su izquierda, la piel oscura veteada de sudor, los largos miembros temblorosos cuando el aire contaminado de peste la acariciaba y se deslizaba a su alrededor, lánguido como el roce de un amante.

Tras la mujer se alzaba un estrado sobre tres escalones anchos y bajos en los que había fragmentos esparcidos de la piedra del altar. En el centro del estrado, donde en otro tiempo se había levantado el altar, había un trono elaborado con huesos retorcidos, deformados. Dominaba ese asiento una figura que irradiaba tal poder que su forma apenas era discernible. Miembros largos que supuraban veneno, un pecho desnudo andrógino en su falta de definición, en su fragilidad encogida; las piernas que se extendían parecían poseer demasiadas articulaciones y los pies tenían tres dedos y garras, como los de un ave raptora, pero tan

grandes como los de un enkar’al. Los ojos de Poliel no eran más que la más leve de las chispas, desdibujados y húmedos en el centro de cuencas negras. La boca, ancha y con los labios agrietados que rezumaban, crispados en ese momento en una sonrisa.

—Los soletaken —dijo ella con voz débil— no me asustan. Había pensado, por un momento… pero no, no eres nada para mí.

—Diosa —dijo Paran, y se acomodó en su caballo—, continúo dándote la espalda. La elección es mía, no tuya, y por tanto ves solo lo que yo quiero que veas.

—¿Quién eres? ¿Qué eres?

—En circunstancias normales, Poliel, no soy más que un árbitro. He venido para hacer una ofrenda.

—Entiendes, entonces —dijo la diosa Gris—, la verdad bajo el velo. La sangre era el camino que tenían. Y por tanto elegimos envenenarlo.

Paran frunció el ceño, después se encogió de hombros y metió la mano entre los pliegues de su camisa.

—Aquí está mi regalo —dijo. Después vaciló—. Lamento, Poliel, que estas circunstancias… no sean las normales.

—No comprendo… —dijo la diosa Gris.

—¡Cógelo!

Un objeto pequeño, reluciente, salió como un destello de la mano masculina.

La diosa alzó las suyas para defenderse.

Un susurro extraño y débil marcó el impacto. Empaló la mano de la diosa, una esquirla de metal. Otataralita.

La diosa sufrió una convulsión, un grito terrible, animal, estalló en su garganta y hendió el aire. Un poder caótico que se hizo jirones y salió dando vueltas, oleadas de fuego gris que cargaban como criaturas desatadas de ira, baldosas del mosaico que explotaban a su paso.

Subido a un caballo erizado de miedo, nervioso, Paran observó la conflagración de agonía y se preguntó, de repente, si habría cometido un error.

Bajó la mirada y contempló a la mujer mortal, enroscada en el suelo. Y después su sombra fragmentada, atravesada como una cuchillada por… nada. *Bueno, eso ya lo sabía. Casi se ha acabado el tiempo.*

Un trono diferente, tan leve que no era más que la insinuación de rodajas de sombras esbozadas a través de planos de hielo sucio, cambiado de forma extraña, decidió Ben el Rápido, desde la última vez que él lo había visto.

Al igual que el dios delgado y fantasmal que había reclinado en ese trono. Oh, la capucha era la misma, siempre ocultando el rostro, y la mano negra y nudosa todavía encaramada al pomo nudoso del bastón encorvado, la postura del carroñero, como un buitre de una sola pata, y emanando de la aparición que era Tronosombrío, como un incienso demasiado dulce que se extendiera para rozar los sentidos del mago, una… suficiencia empalagosa, exasperante. Nada extraño en eso. Incluso así, había… algo.

—Delat —murmuró el dios, como si saboreara cada letra del nombre con dulce satisfacción.

—No somos enemigos —dijo Ben el Rápido—, ya no, Tronosombrío. Tienes que verlo.

—¡Ah, pero tú me querrías, ciego, Delat! Sí, sí, sí, claro que sí. ¡Ciego al pasado, a cada traición, cada mentira, cada insulto cruel que has dejado caer ponzoñoso como un escupitajo a mis pies!

—Las circunstancias cambian.

—¡Desde luego que sí!

El mago podía sentir el sudor que le caía bajo las ropas. Allí había algo que… ¿qué?

Que va muy mal.

—¿Sabes —preguntó Ben el Rápido— por qué estoy aquí?

—Esa mujer no es digna de misericordia alguna, mago. Ni siquiera de la tuya.

—Soy su hermano.

—Hay rituales para cortar esos lazos —dijo Tronosombrío—, ¡y tu hermana los ha llevado a cabo todos!

—¿Llevado a cabo? No, los ha intentado todos. Hay hilos que esos rituales no pueden tocar. Yo me aseguré de eso. No estaría aquí de otro modo.

Un bufido.

—Hebras. Como las que tú te complaces tanto en hilar. ¿Adaephon Delat? Por supuesto. Es tu mejor talento, tejer madejas imposibles. —La cabeza encapuchada pareció menearse de un lado a otro y Tronosombrío empezó a canturrear—. Redes, lazos y trampas, cañas, anzuelos y cebo, redes, lazos y… —Entonces se inclinó hacia delante—. Dime, ¿por qué habría que preservar a tu hermana? ¿Y cómo, cómo en verdad, imaginas que yo tengo el poder de salvarla? No es mía, ¿verdad? Ni siquiera está aquí, en Fortalezasombría, ¿no? —Ladeó la cabeza—. Oh, vaya. En estos momentos aspira sus últimos alientos… como la amante mortal de la diosa Gris, ¿qué, dime pues, esperas que haga yo?

Ben el Rápido se lo quedó mirando. *¿La diosa Gris? ¿Poliel? Oh, Torahaval…*

—Espera —dijo—. Botella lo confirmó, más que instinto, tú estás implicado. Ahora mismo, estén donde estén, ¡tiene que ver contigo!

Una carcajada seca, espasmódica, de Tronosombrío, suficiente para hacer que los miembros finos, insustanciales,

del dios sufrieran una convulsión momentánea.

—¡Me lo debes, Adaephon Delat! ¡Reconócelo y te enviaré con ella! ¡En este mismo instante! ¡Acepta la deuda!

Maldita sea. Primero Kalam y ahora yo. Serás cabrón, Tronosombrío.

—¡De acuerdo! ¡Te lo debo! ¡Acepto la deuda!

El dios de Sombra hizo un gesto, una sacudida perezosa de la mano.

Y Ben el Rápido se desvaneció.

Solo una vez más, Tronosombrío se echó hacia atrás en su trono.

—Tan peligroso —susurró—. Tan… desconsiderado, sin que le importe esta inmensa sala casi vacía que despierta ecos por todas partes. Pobre hombre. Pobre, pobre hombre. Ah, ¿qué es esto que encuentro en mi mano? —Miró y vio una guadaña de mango corto que sujetaba lista ante él. El dios entrecerró los ojos y miró a su alrededor entre el aire oscuro, después volvió a hablar—. ¡Bueno, mira esto! ¡Hilos! ¡Peor que telarañas, son estos! Se meten por todas partes, indicativo burdo de una… limpieza descuidada. No, no puede ser, no puede ser en absoluto. —Barrió con la hoja de la guadaña los zarcillos hechiceros y observó cómo desaparecían girando en la nada—. Ya está —dijo con una sonrisa—. Ya me siento más limpio.

Despertó asfixiado por las manos que le rodeaban la garganta, agitó brazos y piernas y después, de un tirón, lo pusieron de rodillas. La cara de Kalam metida por la suya y en esa cara, Botella vio terror puro.

—¡Los hilos! —gruñó el asesino.

Botella apartó las manos del hombre de un empujón, examinó el cuadro lleno de arena y lanzó un gruñido.

—Un tajo limpio, diría yo.

De pie, no muy lejos, le contestó Violín.

—¡Ve a buscarlo, Botella! ¡Búscalo, tráelo de vuelta!

El joven soldado se quedó mirando a los dos hombres.

—¿Qué? ¿Cómo se supone que voy a hacer eso? ¡Para empezar, no debería haber ido! —Botella se acercó gateando y se quedó mirando la faz inexpresiva del mago—. Desaparecido —confirmó—. Meterse en la guarida de Tronosombrío, ¿cómo se le ocurre?

—¡Botella!

—Oh —añadió el soldado, otra cosa le había llamado la atención—, mirad esto, me preguntó qué estará tramando esa.

Kalam apartó a Botella de un empujón y cayó a gatas con la mirada furiosa clavada en los muñecos. Después se levantó de un salto.

—¡Apsalar! ¿Dónde está?

Violín lanzó un gemido.

—No, otra vez no.

El asesino tenía los dos cuchillos largos en las manos.

—Que el Embozado se la lleve, ¿dónde está esa zorra?

Botella, aturdido, se limitó a encogerse de hombros mientras los dos hombres elegían direcciones al azar y se iban. *Idiotas. Pero así les va, ¿no? ¡Por no contarle nada a nadie! ¡Sobre nada!* Volvió la cabeza y miró otra vez los muñecos. *Oh, vaya, esto va a ponerse interesante, ¿a que sí…?*

—El muy idiota ha ido y se ha matado —dijo la capitán Arroyodulce—. Y se llevó a nuestro mejor sanador con él, ¡por la maldita puerta del Embozado!

Hurlochel la miraba con los brazos cruzados.

—No creo…

—Escúcheme —soltó de repente Arroyodulce, su cabo, Futhgar, asintió a su lado con énfasis cuando continuó—. Ahora estoy yo al mando y no hay una mierda en este maldito mundo entero que vaya a cambiar eso…

No llegó a terminar la frase, resonó un chillido en el lado norte del campamento, después rasgaron el aire unos aullidos atronadores, tan cerca, tan altos, que Hurlochel sintió que se le estaba partiendo el cráneo. Se agachó, giró en redondo y vio, dando volteretas sobre los tejados de las tiendas, un soldado con el arma saliendo por los aires, y después el chasquido repentino de las cuerdas, la tierra temblando bajo los pies…

Y apareció una forma monstruosa, negra, desdibujada, que corría como un rayo por el terreno, directo hacia ellos.

Una oleada de aire cargado golpeó a los tres como un ariete un momento antes de que la bestia los alcanzase. Hurlochel se quedó sin aliento, arrojado por los aires y aterrizando con fuerza sobre un hombro, después empezó a dar vueltas, vislumbró a la capitán Arroyodulce tirada a un lado, inerte como una muñeca de trapo. Futhgar pareció desvanecerse en el suelo cuando la criatura del color de la medianoche se limitó a pasar corriendo por encima del desventurado…

Los ojos del mastín…

Otras bestias que irrumpían en el campamento, caballos gritando, soldados chillando de terror, carretas tiradas por las oleadas de poder, y Hurlochel vio una criatura… *No, imposible…*

El mundo se oscureció de un modo alarmante mientras él yacía en un montón, paralizado, desesperado por coger aire. El espasmo que le tenía atenazado el pecho se soltó de

repente y un júbilo puro seguido por el aire dulce y polvoriento le llenó los pulmones.

No muy lejos, la capitán estaba tosiendo, a gatas, escupiendo sangre.

De Futhgar, un único y lastimero gemido.

Hurlochel se puso en pie de golpe y se volvió, vio que los mastines llegaban a la muralla de G'danisban, y se quedó mirando, con los ojos muy abiertos, cuando una sección enorme de esa inmensa barrera explotaba, la fachada de piedra y ladrillo salía disparada hacia el cielo sobre una nube de polvo que iba hinchándose; después, la conmoción les pasó por encima…

Un caballo pasó galopando con los ojos en blanco de puro terror…

—¡Nosotros no! —jadeó Arroyodulce, que se acercó gateando—. Gracias a los dioses, solo venían de paso… solo… —Empezó a toser otra vez.

A Hurlochel le fallaron las piernas y cayó de rodillas.

—No tiene ningún sentido —susurró mientras sacudía la cabeza.

Los edificios de la ciudad se mecían y explotaban.

—¿Qué?

Miró a Arroyodulce. *No lo entiende, ¡yo miré a esa bestia negra a los ojos, mujer!*

—Vi… vi…

—¿Qué?

Vi puro terror…

La tierra resonó de nuevo. Un rebrote de chillidos, y se volvió al tiempo que aparecían cinco enormes figuras que desgarraban caminos anchos, despiadados, entre el ejército acampado, grandes, más grandes que… *Oh, dioses del inframundo…*

—Dijo que esperásemos… —apuntó Noto Forúnculo, después gimoteó cuando su caballo se estremeció de tal modo que más tarde juraría que había oído huesos romperse, fue entonces cuando la bestia giró en redondo, se apartó de la entrada del templo y salió disparado, desprendiéndose del sajador que llevaba en el lomo como de una viruta de madera.

El hombre aterrizó con torpeza y oyó que le crujían las costillas. El dolor se desvaneció ante una angustia más urgente, la espina de pescado que se le había incrustado en la garganta.

Se asfixiaba, el cielo se oscurecía, los ojos se le salían…

Y entonces la chica se cernió sobre él. Frunció el ceño durante lo que pareció toda una vida.

Estúpido, estúpido, estúpido…

Antes de meterle la mano en la boca abierta y sacar con suavidad la espina.

Con un quejido tras la primera y deliciosa bocanada de aire, Noto Forúnculo cerró los ojos y fue consciente una vez más de que esas aspiraciones en realidad le provocaban una cuchillada de agonía por todo el pecho. Abrió los ojos llenos de lágrimas.

La chica todavía se cernía sobre él, pero parecía que su atención en realidad estaba en otra parte. Ni siquiera en la entrada del templo, sino en la avenida principal.

Donde alguien estaba aporreando unos tambores infernales, el ruido atronador hacía que los adoquines temblaran y saltaran bajo él, provocándole más dolor todavía.

Y este día había empezado tan bien…

—No soletaken —le estaba diciendo Paran a la diosa que se retorcía en su trono, la mano perforada y la estaca de otataralita que la clavaba allí, a ese reino, a ese pavoroso extremo—, en absoluto soletaken, aunque en un principio pudiera parecerlo. Por desgracia, Poliel, es más complicado que eso. El comentario de antes de mi escolta con respecto a mis ojos, bueno, fue suficiente, y por los aullidos que acabamos de oír, resulta que llegan en el momento justo.

El capitán bajó la vista y miró una vez más a la mujer que estaba en las baldosas. Inconsciente, quizá muerta. No le parecía que los mastines fueran a molestarse con ella. Cogió bien las riendas y se irguió en la silla.

—Me temo que no puedo quedarme. Pero permíteme dejarte con esto: has cometido un terrible error. Por fortuna, no tendrás mucho tiempo para lamentarlo.

Conmociones en la ciudad, cada vez se acercaban más.

—Si te metes con los mortales, Poliel —dijo al tiempo que daba la vuelta con su caballo—, lo pagas caro.

El hombre llamado Cararrota, que en otro tiempo había poseído otro nombre y otra vida, se acurrucó en un lado de la entrada de la cámara del altar. Los tres sacerdotes habían huido por el pasillo. De momento estaba solo. *Muy solo. Otra vez*. Un pobre soldado de la rebelión, joven y tan orgulloso por aquel entonces, hecho pedazos en un solo momento.

Un caballo gral, un aliento impregnado del hedor a hierba húmeda, dientes como cinceles atravesándole la carne, el hueso, llevándoselo todo. Se había convertido en un ingrato espejo de la fealdad, cada rostro que se volvía hacia el suyo se giraba con una expresión de repulsión, o, lo que era peor,

de fascinación morbosa. Y nuevos miedos se habían hundido en él, raíces ávidas que penetraron en su alma, terrores estremecidos que lo empujaban siempre hacia delante, en busca de dolor y sufrimiento que presenciar en otros, con la intención de convertir su desdicha en legión, soldados de una nueva causa, cada uno tan roto como él.

Había llegado Poliel, como un regalo, y ese cabrón la había matado, la estaba matando en ese momento, y se lo estaba llevando todo. Otra vez.

Los cascos de un caballo resbalaron en las baldosas y él se encogió todavía más cuando el jinete y su montura atravesaron la puerta, la bestia pasó del trote al medio galope por el ancho pasillo.

Cuando pasaron, Cararrota se los quedó mirando con odio en los ojos.

Perdido. Todo perdido.

Miró en la cámara del altar…

Ben el Rápido aterrizó como un gato; después, en medio de la cascada de agonía virulenta que se desprendía de la diosa aprisionada a tres pasos escasos de él, a su derecha, se derrumbó boca abajo con las manos sobre la cabeza. *Ah, muy gracioso, Tronosombrío.* Volvió la cabeza y vio a Torahaval tirada, inmóvil, al alcance de su brazo, a la izquierda.

Pobre chica, jamás debería haberla atormentado de esa manera. Pero… muéstrame un niño compasivo y empezaré a creer de verdad en los milagros, y si hace falta meto también todos mis atrasos. Fue su hipersensibilidad la que acabó con ella. Pero claro, ¿qué es la vida sin unos miles de cosas que lamentar?

Había otataralita en esa habitación. Tenía que recoger a su hermana y sacarla de allí, llevarla fuera. No tan difícil una vez que hubiera salido de esa caótica casa de locos. Así que había resultado (para su asombro) que Tronosombrío había jugado limpio.

Fue entonces cuando oyó el aullido de los mastines, un eco atronador procedente del pasillo.

Paran salió del túnel, giró su caballo de repente a la izquierda y evitó por los pelos a Shan. La descomunal bestia negra pasó junto a él como un rayo y se metió directamente en el Gran Templo. Cruz lo seguía y después Baran, y en las enormes mandíbulas de Baran una pantera con aspecto de reptil que siseaba, que intentaba frenar a su captor con las garras sacadas arañando los adoquines, pero todo era en vano. Tras ellos, Ciega y Yunque.

Cuando Yunque se metió corriendo en el templo, el mastín dejó escapar un aullido, un sonido salvaje y jubiloso, como si alguna venganza largo tiempo esperada estuviera a punto de consumarse.

Paran se los quedó mirando por un momento, después vio a Noto Forúnculo tirado en el suelo, la chica sin nombre revoloteando a su alrededor.

—Por el amor del Embozado —le soltó—. No hay tiempo para eso, haz que se levante. Soliel, ahora vamos a tu templo. Forúnculo, por el Abismo, ¿se puede saber dónde tiene el caballo?

La chica se irguió y volvió a mirar calle arriba.

—La muerte de mi hermana se acerca —dijo.

El capitán siguió su mirada. Y vio al primero de los deragoth.

Oh, el que empezó todo esto fui yo, ¿verdad?

Tras ellos, el templo se agitó con una conmoción inmensa que hizo agrietarse los muros.

—¡Hora de irse!

Ben el Rápido cogió a su hermana por la capucha de la túnica y empezó a arrastrarla hacia la parte posterior de la cámara, aunque era obvio que no tenía sentido. Los mastines habían ido a por él y estaba en una cámara imbuida de otataralita.

Tronosombrío nunca jugaba limpio y el mago tenía que admitir que esa vez lo habían engañado bien. *Y esta vez está a punto de ser la última…*

Oyó garras que se iban acercando a toda velocidad por el pasillo y levantó la cabeza…

Cararrota se quedó mirando a la bestia que llegaba a la carga. Un demonio. Una criatura de belleza, de pureza. Y para él ya no había nada más, no quedaba nada. *Sí, que me mate la belleza.*

Se interpuso en el camino de la criatura…

Y lo apartaron con un empujón lo bastante fuerte como para estrellarle la cabeza contra el muro y atontarlo por un momento. Perdió pie y cayó de culo, oscuridad, remolinos, sombras que se agitaban…

Cuando el demonio se cernió sobre él, Cararrota vio otra figura, ágil, ataviada por completo de negro, las hojas de los cuchillos salieron con una estocada y rebanaron el hombro derecho de la bestia.

El demonio chilló, dolor, indignación, y, con un resbalón, se giró en redondo para enfrentarse a su nuevo atacante.

Que ya no estaba allí, que de algún modo se había ido al otro lado, los miembros tejiendo el aire, cada movimiento desdibujado de un modo extraño ante los ojos muy abiertos, fijos, de Cararrota. Los cuchillos dieron otro lametazo. El demonio se echó hacia atrás y se pegó a la pared contraria, los ojos ambarinos destellaban.

Se acercaban más demonios por el fondo del pasillo, a todo correr, pero frenando su ritmo feroz, las garras tintineaban en el suelo…

Cuando la figura se movió de repente entre ellos. El brillo de las hojas, rojas ya, parecía danzar en el aire, estaba aquí, allí, una pirueta de la figura, los brazos se retorcían como serpientes y con una distinción parecida, Cararrota vio un pie que se disparaba y conectaba con la cabeza de una bestia, que era tan grande como la de un caballo, solo que más ancha; el impacto hizo girar esa cabeza en redondo, los hombros la siguieron y después el torso que viró con una extraña elegancia, el demonio entero se alzó por los aires, el trasero en vertical, cabeza abajo, a tiempo para chocar contra la pared lateral.

Donde estallaron ladrillos, el muro se deshizo y se hundió sobre la habitación que había detrás, el cuerpo del demonio lo siguió en una nube de polvo.

Una confusión salvaje, atestada, en el pasillo, y de repente la figura se quedó inmóvil junto a Cararrota, las dagas todavía en la mano, chorreando sangre.

Una mujer, pelo negro, que bloqueaba la puerta.

Unos sonidos de algo que se escabullía a toda prisa, Cararrota miró al suelo y vio dos pequeños esqueletos con aspecto de pájaro que flanqueaban a la mujer. Tenían los picos abiertos y de las gargantas vacías surgían unos siseos. Las colas puntiagudas se meneaban de un lado a otro a toda

velocidad. Uno se lanzó hacia delante, un solo salto, la cabeza hundida…

Y los demonios reunidos retrocedieron de repente.

Otro siseo de reptil, ese más alto, procedía de una criatura atrapada entre las mandíbulas de uno de los demonios. Cararrota vio en sus ojos terribles un miedo mortal que se iba convirtiendo en pánico…

La mujer habló en voz baja, era obvio que se dirigía a Cararrota.

—Sigue al mago y a su hermana, encontraron un refugio detrás del estrado; tiempo suficiente, creo, para que consigan escapar. Y tú también, si te vas ahora.

—No quiero —dijo él, incapaz de dejar de llorar—. Yo solo quiero morir.

Eso apartó la mirada de la mujer de los demonios que tenía delante.

Él contempló unos ojos exquisitos, alargados, negros como el ébano. Y en su rostro no había espejo, no había mueca de revulsión. No, nada más que una simple mirada y luego, algo que podría haber sido… pena.

—Ve al templo de Soliel —dijo.

—Siempre da la espalda…

—No, hoy no. No con Ganoes Paran sujetándola por el pescuezo. Ve. Que te sanen.

Era imposible, pero ¿cómo podía negarse?

—Date prisa, no sé cómo consiguen amenazarlos Cuajo y Telorast, y no hay forma de saber cuánto va a durar…

Al tiempo que decía esas palabras, un bramido atronador surgió al fondo del pasillo, los demonios se apelotonaron ante el umbral, entre gañidos de desesperación.

—Se acabó —murmuró la mujer, y levantó los cuchillos.

Cararrota se levantó de un salto y entró corriendo en la cámara del altar.

Incredulidad. Ben el Rápido no entendía lo que había contenido a los mastines, había captado sonidos, una lucha fiera, gruñidos cortantes, chillidos de dolor y en una mirada que había echado atrás, momentos antes de meter a Torahaval por el pasaje posterior, creyó haber visto… algo. A alguien, una figura fantasmal entre las sombras, una figura que dominaba el umbral.

Fuera cual fuera ese choque casual, a él le había valido la vida. Y a su hermana. Un valor que Ben el Rápido no tenía intención de desperdiciar.

Se echó a Torahaval al hombro, entró en el estrecho corredor y se puso a correr tan rápido como pudo.

En unos instantes oyó a alguien que lo perseguía. Ben el Rápido lanzó una maldición, giró en redondo y el movimiento estrelló la cabeza de Torahaval contra un muro, momento en el que la mujer gimió.

Un hombre, la cara deformada, no, mordida por un caballo, comprendió el mago, se acercó a toda prisa.

—Lo ayudaré —dijo—. ¡Rápido! ¡La perdición entra en este templo!

¿Había sido ese hombre el que se había enfrentado a los mastines? Daba igual.

—Cójala por las piernas, entonces, amigo. En cuanto salgamos de este suelo santificado, nos ponemos a correr como alma que lleva el Embozado…

Cuando los mastines se reunieron para abalanzarse sobre Apsalar, esta envainó los cuchillos.

—Cuajo, Telorast —dijo—, dejad de sisear. Hora de irse.

—¡Tú nunca te diviertes, No-Apsalar! —exclamó Cuajo.

—No, la verdad es que no, ¿verdad? —dijo Telorast, subiendo y bajando la cabeza en vagos movimientos de amenaza que cada vez eran menos eficaces.

—¿Dónde está? —preguntó Cuajo.

—¡Se ha ido!

—¡Sin nosotras!

—¡Tras ella!

Poliel, diosa Gris de la pestilencia, la enfermedad y el sufrimiento, estaba atrapada en su propia pesadilla torturada. Toda fuerza desaparecida, toda voluntad desangrada. El fragmento de otataralita letal le empalaba la mano, sentada en su trono, las convulsiones la sacudían.

Traiciones, demasiadas traiciones, el poder del dios Tullido había huido, la había abandonado, y ese mortal desconocido, ese asesino de ojos fríos, que no había entendido nada. ¿En nombre de quién? ¿Por la liberación de quién se estaba luchando esa guerra? Maldito idiota.

¿Qué maldición era, al final, ver defectos desvelados, ver la malicia retorcida de los mortales arrastrada a la superficie, expuesta a la luz del día? ¿Quién entre esos seguidores no buscaba alguna vez, con intención o sin ella, la pureza de la autodestrucción? Asumían la muerte en su obsesión, pero eso no era más que un reflejo ínfimo de la muerte que infligían a la tierra, al agua, al mismo aire. Autodestrucción que convertía en víctima al mundo entero.

El Apocalipsis pocas veces es repentino; no, entre estos mortales se arrastra con lentitud pero inexorable, incansable en su eliminación concienzuda de la vida, la salud, la belleza.

Las mentes enfermas y las almas contaminadas la habían arrastrado a ese mundo; por el bien de la tierra, por la

posibilidad de que pudiera curarse en ausencia de los que con más crueldad infligían dolor y degradación, ella luchaba por suprimirlos con el aliento de la peste, no era imaginable un destino más merecido, y por todo eso, ella iba a morir.

Clamó contra ello. ¡Traición!

Cinco mastines de Sombra entraron en la cámara.

Su muerte. *Tronosombrío, serás idiota.*

Un mastín arrojó algo que tenía en la boca, algo que resbaló, escupiendo y retorciéndose, hasta chocar con el primer escalón del estrado.

Incluso en su agonía, un núcleo de claridad permanecía en el fondo de Poliel. Bajó la vista e intentó comprender (al tiempo que los mastines huían de la habitación, rodeaban el estrado y se metían por el hueco de los sacerdotes), quería comprender a esa pantera encogida, cubierta de escamas, una pata hinchada por la infección, las patas traseras y las caderas aplastadas. No podía huir. Los mastines la habían abandonado allí, ¿por qué?

Ah, para compartir mi destino.

Un último pensamiento, dócil y satisfactorio en sí mismo, cuando llegaron los deragoth, erizados de rabia y hambre. Ancestrales como cualquier dios, privados de una presa, pero conformándose con matar lo que quedara.

Un t'rolbarahl roto, chillando de terror y de furia.

Una diosa rota, que había intentando sanar a Ascua. Porque ese era el auténtico propósito de la fiebre, ese era el árbitro frío de la enfermedad. Solo los humanos, se recordó la diosa (su último pensamiento), *solo los humanos centran la salvación únicamente en sí mismos.*

Y entonces los deragoth, los primeros que esclavizaron a la humanidad, cayeron sobre ella.

—Ahora es portadora —dijo Cararrota—, y más. Ya no está protegida, la peste corre desenfrenada por su interior, ya no importa lo que le ocurra a Poliel. Una vez comienzan, estas cosas siguen su propio curso. Por favor —añadió cuando vio que el hombre intentaba despertar a Torahaval—, venga conmigo.

El desconocido alzó unos ojos impotentes.

—¿Ir? ¿Adónde?

—Al templo de Soliel.

—Esa zorra indiferente…

—Por favor —insistió Cararrota—. Ya verá. No puedo evitar creer lo que dijo ella.

—¿Lo que dijo quién?

—No está lejos. Hay que sanarla. —Bajó los brazos una vez más y cogió las piernas de la mujer—. Como antes. No está lejos.

El hombre asintió.

Tras ellos, un único chillido se alzó en el templo, lo bastante penetrante como para que las fisuras se abrieran como una onda en los muros gruesos del edificio, el polvo saltó de repente de las grietas. Unos gemidos se abrieron camino bajo ellos, los cimientos se combaron y tironearon de las calles adyacentes.

—¡Tenemos que irnos ya! —dijo Cararrota.

Paran desmontó, arrastraba con una mano a un Noto Forúnculo que tropezaba y jadeaba tras él. Paran derribó las puertas del templo de Soliel de una patada, un estallido de poder modesto, pero de lo más satisfactorio, que confiaba

que fuera suficiente para informar a la diosa Dulce de su estado de ánimo actual.

La chica se deslizó junto a él cuando el capitán cruzó el umbral y le lanzó una mirada sorprendida y encantada mientras se apresuraba a precederlo hasta la cámara central.

En los muros del pasillo, pinturas de figuras arrodilladas, las cabezas gachas para recibir la bendición, rogando o desesperadas. *Lo más probable es que sea esto último con esta maldita diosa,* decidió Paran. Colgando en pliegues del techo arqueado había mortajas funerarias, sin duda con la intención de preparar a los devotos para lo peor.

El suelo se puso a temblar cuando llegaron a la cámara central. El Gran Templo se estaba derrumbando. Paran arrastró a Noto Forúnculo hasta su lado, y después lo empujó tropezando hacia el altar. *Con un poco de suerte enterrará a los malditos deragoth. Pero no apostaría por ello.*

Sacó una carta y la tiró al suelo.

—Soliel, estás invocada.

La chica, que se hallaba en pie a la derecha del altar, de repente se encorvó y después alzó los ojos y parpadeó como una lechuza. Su sonrisa se ensanchó.

Paran juró entonces que intentaría recordar cada mínimo detalle de la diosa en su aparición forzada, tan exquisita era su furia contenida. Se encontraba detrás del altar, tan andrógina como la hermana que acababa de morir, los dedos largos (ideales para cerrar párpados sobre ojos que ya no veían) se cerraban con fuerza, apretaba los puños a los costados mientras se dirigía a Paran con voz chirriante.

—Has cometido un terrible error…

—No he terminado todavía —respondió él—. Desata tu poder, Soliel. Comienza la sanación. Puedes empezar con aquí Noto Forúnculo, en quien colocarás un residuo de tu

poder, suficiente en fuerza y duración para llevar a cabo la curación de los enfermos del ejército acampado fuera de la ciudad. Una vez que termines con él, llegarán otros, los desechados de Poliel. Cúralos también y envíalos a las calles… —La voz de Paran se endureció—. Siete Ciudades ya ha sufrido bastante, Soliel.

La diosa pareció estudiarlo durante un buen rato, después se encogió de hombros.

—Muy bien. En cuanto a sufrimiento, eso te lo dejo a ti, y que conste que no es cosa mía.

Paran frunció el ceño y después se giró al oír un grito sorprendido tras ellos.

El capitán parpadeó y esbozó una gran sonrisa.

—¡Ben el Rápido!

El mago y Cararrota estaban arrastrando a una mujer entre los dos (la que había visto en la cámara del altar del Gran Templo) y, de inmediato, Paran lo entendió. Y luego, justo después, se dio cuenta de que no había entendido… nada.

Ben el Rápido alzó la mirada hacia el altar y entrecerró los ojos.

—¿Es esa? Por el aliento del embozado, nunca pensé… da igual. Ganoes Paran, ¿todo esto lo has hecho tú? ¿Sabías que los mastines iban a por mí?

—No lo creas, aunque comprendo que llegaras a pensarlo. Hiciste un trato con Tronosombrío, ¿verdad? Por —señaló con un gesto a la mujer inconsciente— ella.

El mago frunció el ceño.

—Mi hermana.

—Ha liberado a los deragoth —dijo Soliel, el tono duro y acusatorio—. ¡La destrozaron!

La hermana de Ben el Rápido gimió e intentó ponerse en pie.

—Mierda —murmuró el mago—. Será mejor que me vaya. Que vuelva con los otros. Antes de que se recupere.

Paran suspiró y se cruzó de brazos.

—En serio, Rápido…

—¡Tú más que nadie deberías saber lo que es la ira de una hermana! —soltó de pronto el mago y se apartó. Miró a Cararrota, que permanecía allí, transfigurado, con los ojos clavados en Soliel—. Vamos —dijo—. Tenía razón. Vaya con ella.

Con un pequeño gimoteo, Cararrota se adelantó con torpeza.

Paran observó a Ben el Rápido, que abrió una senda.

El mago dudó y miró al capitán.

—Ganoes —dijo—, contéstame a una cuestión.

—¿Qué?

—Tavore. ¿Podemos confiar en ella?

La pregunta pareció una bofetada repentina que le escoció. Parpadeó, estudió al otro y después contestó.

—Tavore hará, mago, lo que sea menester hacer.

—¿Lo que le convenga a ella o a sus soldados? —preguntó Ben el Rápido.

—Para ella, amigo mío, no hay distinción.

Sus miradas se entrelazaron por un momento; después, el mago suspiró.

—Te debo una jarra de cerveza cuando todo haya terminado.

—Te lo recordaré, Rápido.

El mago lanzó esa sonrisa memorable, exasperante, y desapareció en el portal.

Cuando se cerró tras él con un susurro, la mujer, su hermana, se incorporó a gatas. El cabello le caía sobre la cara y se la ocultaba, pero Paran la oyó con claridad cuando habló.

—Había un lobo.

Él ladeó la cabeza.

—Un mastín de Sombra.

—Un lobo —dijo ella otra vez—. El lobo más bonito y dulce del mundo…

Ben el Rápido abrió los ojos y miró a su alrededor.

Botella estaba sentado enfrente de él, el único presente en el claro. En algún lugar, no muy lejos, se oían gritos, ruidos coléricos de una violencia creciente.

—Bonito trabajo —dijo Botella—. Tronosombrío te lanzó justo en su camino, tanto de tu persona que, si los mastines te hubieran atrapado, ahora mismo estaría enterrando ese cadáver tuyo. Utilizaste su senda para llegar aquí. Muy bonito; debe de haber sobrevivido algún hilo, mago, uno que ni siquiera Tronosombrío vio.

—¿Qué pasa ahí?

El soldado se encogió de hombros.

—Una vieja discusión, creo. Kalam y Violín encontraron a Apsalar con sangre en los cuchillos. Se imaginan que estás muerto, sabes, aunque por qué…

Ben el Rápido ya se había levantado y había echado a correr.

La escena con la que se encontró momentos después estaba al borde del mismísimo desastre. Kalam avanzaba sobre Apsalar con los cuchillos largos sacados, la hoja de otataralita en posición adelantada. Violín permanecía a un lado, con expresión colérica e impotente a la vez.

Y Apsalar. La mujer se limitaba a mirar al fornido y amenazador asesino. No tenía cuchillos en las manos y en su rostro había algo parecido a la resignación.

—¡Kalam!

El hombre se giró en redondo, al igual que Violín.

—¡Rápido! —gritó el zapador—. ¡La encontramos! Sangre en las hojas, y tú…

—Ya basta —dijo el mago—. Apártate de ella, Kalam.

El asesino se encogió de hombros y después envainó sus armas.

—No estaba por la labor de dar explicaciones —dijo con un gruñido de frustración—. Como siempre. Y juraría, Rápido, que lo estaba buscando…

—¿Buscando qué? —preguntó—. ¿Tenía los cuchillos en la mano? ¿Está en posición de combate, Kalam? ¿No es acaso una bailarina de Sombra? ¡Maldito idiota! —Miró con furia a Apsalar y añadió en voz más baja—. Lo que ella quiere… no somos nosotros quienes debemos darlo…

Tras él resonaron unas botas en las piedras y Ben el Rápido se giró en redondo y vio a Botella, a su lado la capitán Faradan Sort.

—Ahí estáis todos —dijo la capitán, era obvio que tenía que esforzarse para mantener la curiosidad a raya—. Estamos a punto de ponernos en marcha. Con un poco de suerte, alcanzaremos al Decimocuarto esta noche. Por lo menos, eso parece pensar Peccado.

—Es una buena noticia —dijo Ben el Rápido—. Usted primero, capitán, vamos justo detrás.

Pero se retrasó hasta que Apsalar lo adelantó, después estiró la mano y le rozó el brazo recubierto por la manga.

Ella lo miró.

Ben el Rápido vaciló, después asintió.

—Sé que eras tú, Apsalar. Gracias —dijo.

—Mago —contestó ella—, no tengo ni idea de qué estás hablando.

Él la soltó. *No, lo que quiere no somos nosotros quienes debemos darlo. Quiere morir.*

Cubierto de polvo, pálido de cansancio, Cotillion entró sin prisas en el salón del trono y después se detuvo.

Los mastines estaban reunidos ante el trono de Sombra, dos estaban echados en el suelo, jadeando con fuerza, las lenguas colgando. Shan se paseaba en círculos, la bestia negra se crispaba y tenía los flancos llenos de cuchilladas que sangraban. Y Cotillion se dio cuenta de que los otros también estaban heridos.

En el trono estaba sentado Tronosombrío, su forma desdibujada, como si lo rodeara una nube de tormenta revuelta.

—Míralos —dijo en voz baja, amenazadora—. Míralos bien, Cotillion.

—¿Los deragoth?

—No, no fueron los deragoth.

—No, supongo que no. Parecen cuchilladas.

—Lo tenía. Y luego lo perdí.

—¿Tenías a quién?

—¡A ese horrendo maguito de las mil caras, a ese! —Se alzó una mano de sombras, los largos dedos se encresparon —. Lo tenía, aquí, en esta misma palma, como un trozo de hielo que se fuera derritiendo. —Un gruñido repentino y el dios se inclinó hacia delante en el trono—. ¡Es todo culpa tuya!

Cotillion parpadeó.

—Un momento, ¡yo no ataqué a los mastines!

—¡Eso es lo que tú te crees!

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Cotillion.

La otra mano se reunió con la primera, flotaba, se aferraba al aire con una rabia espasmódica, temblorosa. Después otro gruñido y el dios se desvaneció.

Cotillion bajó la cabeza, miró a Baran y estiró el brazo hacia la bestia.

Cuando oyó un gruñido profundo, apartó la mano de repente.

—¡No fui yo! —gritó.

Los mastines, todos y cada uno, habían clavado los ojos en él; no parecían muy convencidos.

El atardecer amortiguaba el polvo que flotaba en el aire sobre el campamento cuando el capitán Ganoes Paran (llevando su caballo por las riendas), el sajador Noto Forúnculo y la chica (cuyo nombre era Naval D'natha) treparon por la ladera y atravesaron la primera línea de piquetes.

El campamento entero parecía haber sido golpeado por una tormenta extraña. Los soldados trabajaban en la reparación de las tiendas, volvían a empalmar las cuerdas, llevaban camillas. Los caballos se habían escapado de los corrales y todavía vagaban por la zona, demasiado nerviosos para permitir que alguien se acercara lo suficiente para cogerlos por el bocado.

—Los mastines —dijo Paran—. Pasaron por aquí. Al igual, sospecho, que los deragoth. Qué puñetera mala suerte, espero que no hubiera demasiados heridos.

Noto Forúnculo lo miró y después se burló.

—¿Capitán Tierno? Nos ha engañado. Ganoes Paran, un nombre que se puede encontrar en la lista de los caídos de los cuadernos de trabajo del propio Dujek.

—Un nombre con demasiadas preguntas colgando de él, sajador.

—¿Se da cuenta, capitán, de que los dos ejércitos malazanos que quedan en Siete Ciudades están

comandados por una hermana y su hermano? De momento, por lo menos. Una vez que Dujek se reponga…

—Un momento —dijo Paran.

Hurlochel y Arroyodulce esperaban junto a la tienda de mando. Los dos habían visto a Paran y a sus compañeros.

Algo en la cara del escolta…

Llegaron a su lado.

—¿Hurlochel? —preguntó Paran.

El hombre bajó la cabeza.

Arroyodulce se aclaró la garganta.

—El puño supremo Dujek Unbrazo falleció hace dos campanadas, capitán Paran.

«En cuanto a sufrimiento, eso te lo dejo a ti, y que conste que no es cosa mía.»

Lo sabía. Soliel ya lo sabía.

Arroyodulce seguía hablando.

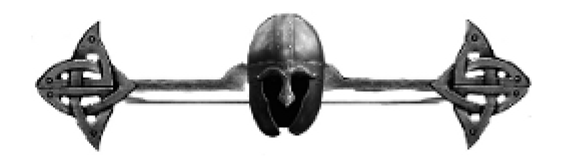
—… la fiebre rompió hace muy poco rato. Están conscientes, se les ha dicho quién es usted… ¿Ganoes Paran, me está escuchando? Han leído los cuadernos de Dujek, todos los oficiales los hemos leído. Era un requisito. ¿Lo entiende? El voto fue unánime. Lo hemos proclamado puño supremo. Este es ahora su ejército.

La diosa lo sabía.

Todo lo que había hecho… demasiado tarde.

Dujek Unbrazo está muerto.

16



Los privilegiados desamparados están aquí ahora,
pavoneándose tras ejércitos mercenarios,
y el otrora soldado sin piernas,
que se apoya torcido en un muro
como una estatua derribada, rota
(escrito en su palma vacía la advertencia de
que ni siquiera los ejércitos pueden comer oro),
pero estos jovencitos civiles no pueden ver
el futuro y para sus propios hijos,
el camino del porvenir ya está despejado,
adoquines arrancados para construir toscos muros
y decrépitos derrochadores refugios,
pero este es todavía un mundo acaudalado
que deja sus tesoros manchados de sangre
a sus pies de seda, están aquí ahora,
las caras de la civilización y, oh, cómo
los necios caídos ansiamos estar entre ellas,
compañeros de festín en el comedero sin fondo.
¿Qué ha de salir de esto? Descanso torcido,
dura piedra a mi espalda, y esta solitaria
moneda que se acomoda en mi palma tiene una cara,
algún antiguo desamparado privilegiado en su tiempo,
que antaño se ocultó detrás de ejércitos, sí,
hasta que esos ejércitos despertaron un día
con la barriga vacía, ¡tal orgullo,
tal arrogancia! ¡Mira el camino!

De este apuro civil quisiera correr y huir,
si al menos no hubiera luchado
defendiendo a ese absurdo devorador
del mañana, si al menos tuviera piernas…
así que míralos pasar bajo sus parasoles.
Y las famélicas multitudes son cada vez más
hoscas, ahora me miran con su hambre ávida,
correría, sí, si al menos tuviera piernas.

En los últimos días del Primer Imperio
Sogruntes

Una única playa de arena negra de cuatrocientos pasos de longitud interrumpía la ruina continua de basalto de la costa. Una franja oculta en ese momento bajo rampas, equipo, caballos y soldados, los amplios esquifes de carga se bamboleaban en los bajíos con las anchas maromas de arrastre que sujetaban los transportes anclados que atestaban la bahía. Durante tres días, el Decimocuarto Ejército había estado embarcando para huir por fin de aquella tierra enferma.

El puño Keneb observó el aparente caos de allí abajo durante un momento más, después se ciñó mejor el manto para defenderse del fiero viento del mar del norte, se dio media vuelta y regresó a los restos esqueléticos del campamento.

Había problemas, casi demasiados para planteárselos. El humor entre los soldados era una compleja mezcla de alivio, amargura, cólera y desaliento. Keneb había empezado a temer muy en serio que se produjera un motín durante la espera por la flota, las brasas de la frustración atizadas por la creciente escasez de provisiones de comida y agua. Era probable que la falta de opciones fuera lo que había mantenido al ejército tratable, aunque hosco; había llegado

recado de cada ciudad y asentamiento al oeste, al este y al sur, todos hablaban de la peste. Lengua azul, feroz en su virulencia, no perdonaba a nadie. La única forma de escapar era con la flota.

Keneb entendía hasta cierto punto los sentimientos de la soldadesca. Al Decimocuarto le habían arrancado el corazón en Y'Ghatan. Era extraordinario cómo un simple puñado de veteranos podía terminar siendo el alma de miles, sobre todo cuando, en opinión del puño, no habían hecho nada por ganarse esa consideración.

Quizá la simple supervivencia ya había sido heroísmo suficiente. Supervivencia hasta Y'Ghatan. En cualquier caso, había una ausencia palpable en el ejército, un agujero en el núcleo que iba reconcomiéndolos por dentro.

Y por si eso fuera poco, el mando cada vez estaba más dividido, *tenemos nuestro propio núcleo de putrefacción. Tene Baralta. El espada roja... que ansía su propia muerte.* No había sanadores en el Decimocuarto con la habilidad suficiente para borrar el terrible daño sufrido por el rostro de Baralta; haría falta gran Denul para regenerar el ojo y el antebrazo perdido, y ese era un talento cada vez más escaso, por lo menos en el Imperio de Malaz. *Ojalá Tene hubiera perdido también la capacidad de hablar.* Cada palabra que pronunciaba era amarga, estaba envenenada, retoñaba en sus entrañas un odio creciente contra todo, empezando por él mismo.

Al acercarse a la tienda de mando de la consejera, Keneb vio que salía Menos, la expresión lúgubre, ofendida. Apareció el perro pastor, Torcido, y se acercó a ella con paso pesado, después, al percibir su humor, la enorme bestia llena de cicatrices se detuvo en seco, en apariencia para rascarse, y unos momentos después lo distrajo el perrito faldero hengese, Cucaracha. Los dos se alejaron sin prisas.

Keneb respiró hondo y se acercó a la joven bruja wickana.

—He de entender —dijo—, que a la consejera no le ha complacido mucho tu informe.

La wickana lo miró, furiosa.

—No es culpa nuestra, puño. Las sendas hierven con esta peste. Hemos perdido todo contacto con Dujek y la hueste desde que llegaron a las afueras de G’danisban. Y en cuanto a Perla —la bruja se cruzó de brazos—, no podemos encontrar su rastro, se ha ido y punto. Además, si el muy necio quiere hacer frente a las sendas, no nos toca a nosotros recuperar sus huesos.

Lo único peor que tener una garra en el campamento era la desaparición repentina e inexplicable de la susodicha garra. Y no era que hubiera nada que se pudiera hacer.

—¿Cuántos días han pasado desde que pudiste hablar con el puño supremo Dujek? —preguntó Keneb.

La joven wickana apartó la mirada con los brazos todavía cruzados.

—Desde antes de Y’Ghatan.

Keneb arqueó las cejas. *¿Tanto tiempo? Consejera, nos cuentas muy pocas cosas.*

—¿Qué hay del almirante Nok, sus magos han tenido mejor suerte?

—Peor —soltó la niña—. Al menos nosotros estamos en tierra.

—Por ahora —le contestó él mirándola con intención.

Menos frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

—Nada, salvo… un ceño como ese puede hacerse permanente, eres demasiado joven para tener unas arrugas tan profundas ahí…

La bruja se fue con paso airado y un gruñido de desdén.

Keneb se la quedó mirando un momento, después se encogió de hombros, se dio la vuelta y entró en la tienda de mando.

Las paredes de lona todavía hedían a humo, un sombrío recordatorio de Y'Ghatan. La mesa de mapas continuaba en su sitio, todavía no la habían cargado en los transportes, y a su alrededor, a pesar de que estaba vacía, se encontraban la consejera, Blistig y el almirante Nok.

—Puño Keneb —dijo Tavore.

—Dos días más, diría yo —respondió él mientras se desabrochaba el manto una vez que estaba a salvo del viento.

Al parecer había estado hablando el almirante, pues fue el que carraspeó y continuó con lo que estaba diciendo.

—Sigo creyendo, consejera, que no hay nada que contradiga la orden. La emperatriz no cree que sea ya necesaria la presencia del Decimocuarto aquí. También está la cuestión de la peste, usted ha conseguido mantenerla alejada de sus tropas hasta el momento, es cierto, pero eso no durará. Sobre todo una vez que sus provisiones se acaben y se vea obligada a buscar alimentos.

Blistig lanzó un gruñido hosco.

—Este año no hay cosechas. Aparte del ganado abandonado, no hay muchos alimentos que buscar; no tendríamos más alternativa que marchar hacia una ciudad.

—Exacto —dijo el almirante.

Keneb miró a Tavore.

—Disculpe, consejera…

—Después de enviarlo a calibrar cómo va el embarque de las tropas, el tema de la estructura de mando se concluyó, a satisfacción de todos. —Una cierta sequedad en el comentario y el bufido de Blistig. Tavore continuó—: El almirante Nok por fin nos ha transmitido la orden de la

emperatriz: debemos regresar a Unta. La dificultad que se nos presenta ahora es decidir la ruta de regreso.

Keneb parpadeó.

—Bueno, al este y después al sur, por supuesto. Por el otro lado llevaría…

—Más tiempo, sí —lo interrumpió Nok—. No obstante, en esta época del año nos ayudarían las corrientes y los vientos predominantes. Cierto, el rumbo está mucho menos estudiado y la mayor parte de los mapas que tenemos de la costa occidental de este continente se derivan de fuentes extranjeras, lo que hace que su fiabilidad sea cuestionable. —Se frotó la cara arrugada y curtida por los elementos—. Todo lo cual, por desgracia, carece de relevancia. El problema es la peste. Consejera, hemos buscado abrigo en un puerto tras otro de camino a este encuentro y ni uno solo era seguro. Nuestras propias provisiones están a un nivel peligrosamente bajo.

—Entonces —preguntó Blistig—, ¿dónde cree que podemos reabastecernos al oeste de aquí, almirante?

—Sepik, para empezar. La isla es remota, lo suficiente como para permanecer libre de la peste, creo. Al sur está Nemil y varios reinos menores todo el camino hasta Shal-Morzinn. Desde la punta meridional del continente, el viaje hasta la costa noroeste de Quon Tali es, de hecho, más corto que las rutas de navegación de Falar. Una vez que hayamos dejado atrás el riesgo que supone Deriva Avalii, nos encontraremos en el estrecho Genii, con la costa de Dal Hon al norte. En ese momento, las corrientes estarán una vez más con nosotros.

—Todo eso está muy bien —rezongó Blistig—, pero ¿qué pasa si Nemil y esos otros «reinos menores» deciden que no les interesa vendernos comida y agua potable?

—Tendremos que convencerlos —dijo la consejera— por los medios que sean necesarios.

—Esperemos que no tenga que ser con la espada.

En cuanto lo dijo fue obvio que Blistig se arrepintió, la afirmación debería haber parecido razonable, pero, en su lugar, solo reveló la falta de confianza que tenía el hombre en el ejército de la consejera.

Esta miraba a su puño sin expresión alguna, pero un viento gélido se coló en el aposento y llenó el silencio.

En la cara del almirante Nok, una expresión de decepción. Después fue a coger su manto de piel de foca.

—Debo regresar a mi buque insignia. Tres veces durante el viaje hasta aquí las escoltas avistaron una flota desconocida al norte. Sin duda los avistamientos fueron mutuos, pero no se produjo ningún otro contacto, así que creo que no supone ninguna amenaza para nosotros.

—Una flota —dijo Keneb—. ¿Nemil?

—Es posible. Se decía que había una ciudad meckros al oeste del mar Sepik, un informe que tiene ya unos años. Claro que —miró a la consejera mientras abría la solapa—, ¿a qué velocidad se puede mover una ciudad flotante? En cualquier caso, los meckros atacan y comercian y bien puede ser que los nemil hayan despachado barcos para mantenerlos fuera de sus costas.

Observaron irse al almirante.

—Perdone, consejera… —dijo Blistig.

—Ahórrese las disculpas —lo interrumpió ella, y le dio la espalda—. Un día lo llamaré, Blistig, para que las vuelva a presentar. Pero no ante mí, más bien ante sus soldados. Y ahora, por favor, vaya a visitar al puño Tene Baralta y transmítale lo más importante de esta reunión.

—No tiene ningún interés…

—Lo que le interese no me concierne, puño Blistig.

El hombre apretó los labios, hizo un saludo militar y se fue.

—Un momento —dijo la consejera cuando Keneb se dispuso a seguir el ejemplo—. ¿Cómo se encuentran los soldados, puño?

Él vaciló antes de contestar.

—La mayor parte, consejera, se sienten aliviados.

—No me sorprende —respondió ella.

—¿Les informo de que regresamos a casa?

La consejera esbozó una pequeña sonrisa.

—No me cabe duda de que el rumor ya corre entre ellos. Desde luego, puño. No hay razón para mantenerlo en secreto.

—Unta —caviló Keneb—, es muy probable que mi mujer y mis hijos estén allí. Por supuesto, es evidente que el Decimocuarto no se quedará mucho tiempo en Unta.

—Cierto. Volverán a llenar nuestras filas.

—¿Y luego?

La consejera se encogió de hombros.

—Korel, supongo. Nok cree que se renovará el asalto contra Robo.

Keneb tardó un momento en darse cuenta de que la consejera no creía ni una sola palabra de lo que le estaba contando. *¿Por qué no Korel? ¿Qué podría tenernos reservado Laseen si no es otra campaña? ¿Qué sospecha Tavore?* Keneb ocultó su confusión manoseando los broches de su manto durante unos instantes.

Cuando volvió a levantar la cabeza, la consejera parecía tener los ojos clavados en una de las paredes moteadas de la tienda.

En pie, siempre en pie, no recordaba haberla visto jamás sentada, salvo encima de un caballo.

—¿Consejera?

La mujer se sobresaltó, después asintió.

—Puede irse, Keneb —dijo.

Se sintió como un cobarde cuando salió, enfadado con su propia sensación de alivio. Con todo, una nueva inquietud lo acosaba. Unta. Su mujer. *Lo que era, ya no es, tengo años suficientes para comprenderlo. Las cosas cambian. Nosotros cambiamos…*

—Haz que sean tres días.

Keneb parpadeó, bajó la cabeza y vio a Larva, flanqueado por Torcido y Cucaracha. La atención del enorme perro pastor estaba clavada en algún otro lugar, al sur, mientras que el perrito faldero olisqueaba uno de los mocasines gastados de Larva, allí donde el dedo gordo del niño sobresalía por una brecha en la costura de arriba.

—¿Que haga que sean tres días qué, Larva?

—Para que nos vayamos. Tres días. —El niño se limpió la nariz.

—Revuelve en uno de los equipos de sobra —dijo Keneb— y busca ropa de abrigo, Larva. Este mar es frío y va a hacer más frío todavía.

—Estoy bien. Me moquea la nariz, pero también le moquea a Torcido, y a Cucaracha. Estamos bien. Tres días.

—Nos habremos ido en dos.

—No. Tienen que ser tres días, o jamás llegaremos a ninguna parte. Moriremos en el mar, dos días después de dejar la isla Sepik.

Al puño lo atravesó un escalofrío.

—¿Cómo sabías que nos dirigíamos al oeste, Larva?

El niño miró al suelo y observó a Cucaracha, que le estaba lamiendo el dedo gordo del pie.

—Sepik, pero eso irá mal. Nemil irá bien. Luego mal. Y después de eso, encontramos amigos, dos veces. Y después terminamos donde empezó todo, y eso irá muy mal. Pero es

entonces cuando ella se da cuenta de todo, de casi todo, quiero decir, lo suficiente de todo para que baste. Y el hombre grande con las manos cortadas dice sí. —Levantó la cabeza, los ojos brillantes—. Encontré un silbato de hueso y se lo estoy guardando porque querrá recuperarlo. ¡Nos vamos a recoger conchas!

Y con eso los tres se fueron corriendo hacia la playa.

Tres días, no dos. O morimos todos.

—No te preocupes, Larva —dijo con un susurro—, no todos los adultos son estúpidos.

El teniente Poros miró la colección de la soldado.

—En el nombre del Embozado, ¿se puede saber qué es eso?

—Huesos, señor —respondió la mujer—. Huesos de pájaro. Se salían del risco, mire, son duros como piedras, vamos a añadirlos a nuestra colección, los de la pesada, quiero decir. Hanfeno les está haciendo agujeros, en los otros, bueno; tenemos cientos. ¿Quiere que le hagamos algunos, señor?

—Dame unos pocos —dijo el teniente, y estiró la mano.

La mujer le puso en la mano dos huesos de pata, cada uno tan largo como su pulgar, después otro que parecía un nudillo, un poco más ancho que el suyo.

—Idiota. Este no es de pájaro.

—Bueno, no sé, señor. ¿Podría ser un cráneo?

—Es sólido.

—¿Un pájaro carpintero?

—Vuelve con tu pelotón, Senny. ¿Cuándo os tocan las rampas?

—Parece que va a ser mañana, señor. Los soldados del puño Keneb se retrasaron, el tipo sacó a la mitad, ¡fue un

auténtico caos! No hay quien entienda a los oficiales, eh, señor.

Un ademán hizo escabullirse a la mujer. El teniente Poros acunó los huesecitos en la palma de la mano y cerró los dedos para que no se le cayeran, después regresó donde permanecía el capitán Tierno junto a cuatro baúles que contenían su equipo de acampada. Dos criados se afanaban en volver a hacer uno de los baúles y Poros vio, dispuestos sobre una manta de pelo de camello, un surtido de peines; un par de docenas, quizá más, y no había dos iguales. Hueso, concha, cuerna, carey, marfil, madera, pizarra, plata, oro y cobre rojo sangre. Era obvio que la colección había ido aumentando a lo largo de años de viajes, el recorrido del capitán como soldado allí expuesto, la sucesión de culturas, tribus y pueblos con los que había hecho amistad o aniquilado. Con todo… Poros frunció el ceño. *¿Peines?*

Tierno estaba casi calvo.

El capitán estaba dando instrucciones a sus criados sobre cómo guardar los objetos.

—… esos capullos de algodón, y la lana de cabra o como se llame. Uno por uno, y con cuidado, si encuentro un arañazo, una muesca o una púa rota, no me quedará más remedio que mataros a los dos. Ah, teniente, ¿confío en que ya se haya recuperado por completo de sus heridas? Bien. ¿Qué le pasa, hombre? ¿Se ha atragantado?

Poros sufrió una arcada, se puso colorado y esperó hasta que Tierno se acercó más, después lanzó una tos ruidosa y de la mano derecha (que sostenía junto a la boca) salieron disparados tres huesos escupidos que trapalearon y rebotaron por el suelo. Poros respiró hondo, sacudió la cabeza y carraspeó.

—Mis disculpas, capitán —dijo con la garganta ronca—. Algún hueso roto que tengo todavía dentro, supongo. Ya

hace un tiempo que querían salir.

—Bien —dijo Tierno—, ¿ha terminado?

—Sí, señor.

Los dos criados se habían quedado mirando los huesos. Uno estiró la mano y cogió el nudillo.

Poros se limpió un sudor imaginario de la frente.

—Menudo ataque de tos, ¿eh? Hubiera jurado que alguien me había dado un puñetazo en las tripas.

El criado se acercó con el nudillo.

—Pues le dejó esto, teniente.

—Ah, gracias, soldado.

—Si se cree que esto tiene alguna gracia, teniente —dijo Tierno—, se equivoca. Bueno, y ahora explíqueme este maldito retraso.

—No puedo, capitán. Los soldados del puño Keneb, una especie de retirada. No parece haber una explicación razonable.

—Típico. Los ejércitos están dirigidos por necios. Si yo tuviera un ejército, las cosas se harían de forma diferente. No tolero soldados perezosos. He matado con mis propias manos más soldados perezosos que enemigos del Imperio. Si este fuera mi ejército, teniente, habríamos estado en esos barcos en dos días justos, y el que todavía siguiera en la orilla a esas alturas, lo dejaríamos ahí, en pelotas, con solo un mendrugo de pan en las manos y la orden de marchar de inmediato a Quon Tali.

—Al otro lado del mar.

—Me alegro de que nos entendamos. Bien, ahora quédese ahí y vigile mi equipo, teniente. Debo ir a buscar a mis compañeros capitanes, Madan'Tul Rada y Ruthan Gudd; son unos completos idiotas, pero pienso solucionarlo.

Poros observó alejarse al capitán, después se volvió, miró de nuevo a los criados y sonrió.

—¿No sería tremendo? El puño supremo Tierno al mando de todos los ejércitos malazanos.

—Por lo menos —dijo uno de los hombres—, siempre sabríamos lo que estaba tramando.

El teniente entrecerró los ojos.

—¿Te gustaría que Tierno lo pensara todo por ti?

—Soy soldado, ¿no?

—¿Y si te dijera que el capitán Tierno está loco?

—¿Nos pone a prueba? Bueno, a mí me da igual si lo está o no, siempre que sepa lo que está haciendo y no deje de decirnos lo que se supone que tenemos que hacer. —Le dio un codazo a su compañero—. ¿A que sí, Thikburd?

—Eso mismo —mascculló el otro mientras examinaba uno de los peines.

—El soldado malazano está adiestrado para pensar —dijo Poros—. Una tradición que lleva con nosotros desde Kellanved y Dassem Ultor. ¿Se os ha olvidado eso?

—No, señor, no lo olvidamos. Pero hay pensar y pensar, y las cosas son como son. Los soldados piensan de una forma y los líderes de otra. Y no hay que mezclar las dos.

—A vosotros debe facilitaros mucho la vida.

Un asentimiento.

—Sí, señor, eso sí.

—Si tu amigo araña ese peine que está admirando tanto, el capitán Tierno os va a matar a los dos.

—¡Thikburd! ¡Deja eso!

—¡Pero es bonito!

—También es bonito tener la boca llena de dientes y tú querrás conservarlos todos, ¿no?

Y con soldados como estos, ganamos un imperio.

Los caballos ya habían dejado atrás sus mejores años, pero tendrían que servir. Una sola mula transportaría el monto de las provisiones, incluyendo el cadáver envuelto de Heboric Manos Fantasmales. Las bestias permanecían esperando en el extremo oriental de la calle principal, agitando las colas para espantar las moscas y ya nerviosas por el calor, aunque no era más que media mañana.

Barathol Mekhar hizo un último ajuste a su cinturón de armas. Lo desconcertó darse cuenta de que había ganado peso y tenía la cintura más gruesa, después guiñó los ojos y miró cuando Navaja y Scillara salieron de la posada y se dirigieron hacia los caballos.

La conversación de la mujer con las dos Jessas había sido un despliegue admirable de brevedad, desprovisto de consejos y finalizada con un somero «gracias». Así que el bebé se había convertido en la residente más joven de aquella aldea olvidada. La niña crecería jugando con escorpiones, rhizanos y ratas de aguas, sus horizontes parecerían ilimitados, el sol del cielo con su cara dura, cegadora y brutal de un dios. Pero, mirándolo bien, estaría a salvo y sería una niña querida.

El herrero observó una figura cercana que rondaba en la sombra de una puerta. *Ah, bueno, al menos alguien nos echará de menos.* Barathol se sentía extrañamente triste y se dirigió adonde estaban los otros.

—Tu caballo va a derrumbarse bajo tu peso —dijo Navaja—. Él es demasiado viejo y tú eres demasiado grande, Barathol. Ya solo tu hacha haría tambalearse a una mula.

—¿Quién es ese que está ahí en pie? —preguntó Scillara.

—Chaur. —El herrero se subió a la bestia, esta dio un paso hacia un lado bajo él cuando acomodó el peso en la silla—.

Viene a despedirnos, supongo. Montad de una vez, los dos.

—Son las horas más calurosas del día —dijo Navaja—. Parece que siempre tenemos que viajar por lo peor que esta maldita tierra puede arrojarnos.

—Llegaremos a una fuente al atardecer —dijo Barathol—, cuando todos más la necesitemos. Descansaremos allí hasta el atardecer siguiente, porque el siguiente tramo del viaje será largo.

Se pusieron en camino, que pronto se convirtió en una simple pista. No mucho después habló Scillara.

—Tenemos compañía, Barathol.

Volvieron la vista y vieron a Chaur, que llevaba un fardo de lona apretado contra el pecho. Había una expresión empecinada en su cara sudorosa.

El herrero detuvo su caballo con un suspiro.

—¿Puedes convencerlo para que se vaya a casa? —preguntó Scillara.

—No es muy probable —admitió Barathol—. Simple y tozudo, una combinación desdichada. —Se deslizó hasta el suelo y se acercó al joven hombretón—. Trae, Chaur, vamos a atar tus trastos al fardo de la mula.

Chaur se lo dio con una gran sonrisa.

—Tenemos mucho camino por delante, Chaur. Y durante los próximos días por lo menos, tendrás que caminar, ¿entiendes? Bueno, veamos qué llevas en los pies… Por el aliento del Embozado…

—¡Va descalzo! —dijo Navaja, sin poder creérselo.

—Chaur —intentó explicarle Barathol—, este camino no es más que piedras afiladas y arena caliente.

—Hay un poco de piel gruesa de bhederin entre nuestras cosas —dijo Scillara mientras encendía su pipa—, por alguna parte. Esta noche puedo hacerle unas sandalias. A menos que quieras que paremos ahora mismo.

El herrero se descolgó el hacha y después se agachó y empezó a desatarse las botas.

—Puesto que yo voy a caballo, puede ponerse estas hasta entonces.

Navaja observó a Chaur pelearse con las botas de Barathol para ponérselas. Sabía que la mayor parte de los hombres habrían dejado a Chaur a merced de su destino. Solo era un niño en el cuerpo de un gigante, después de todo, tonto y casi inútil, una carga. De hecho, la mayor parte de los hombres le habrían dado una paliza al retrasado hasta que huyera corriendo a la aldea, una paliza por el bien de Chaur, y en cierto sentido hasta casi justificable. Pero ese herrero… no parecía el asesino de masas que se suponía que era. El que había traicionado a Aren, el hombre que había asesinado a un puño. Y que se había convertido en su escolta hasta la costa.

Navaja se encontró con que la idea lo consolaba de un modo extraño. El primo de Kalam… *los asesinatos deben de ser cosa de familia.* Esa enorme hacha de doble filo no parecía precisamente el arma de un asesino. Se planteó preguntarle a Barathol (que le diera su versión de lo que había ocurrido en Aren tantos años atrás), pero el herrero era un conversador reticente y, además, si tenía sus secretos, estaba en su derecho de guardárselos. *Igual que yo me guardo los míos.*

Emprendieron de nuevo el camino. Chaur detrás de ellos, tropezando de vez en cuando, como si no estuviera familiarizado con el calzado de ningún tipo. Pero iba sonriendo.

—Malditas sean estas tetas, me chorrean —dijo Scillara a su lado.

Navaja se la quedó mirando sin saber cómo contestar a esa queja concreta.

—Y también me estoy quedando sin roya.

—Lo siento —dijo él.

—¿Qué tienes que sentir tú?

—Bueno, tardé mucho tiempo en recuperarme de mis heridas.

—Navaja, tenías las tripas enrolladas alrededor de los tobillos, ¿cómo te encuentras, por cierto?

—Incómodo, pero nunca fui un gran jinete. Crecí en una ciudad, después de todo. Callejones, tejados, tabernas, balcones de fincas, ese era mi mundo antes de todo esto. Por todos los dioses del inframundo, echo mucho de menos Darujhistan. Te encantaría, Scillara…

—Tienes que estar loco. Yo no recuerdo ciudad alguna. Todo es desierto y colinas secas para mí. Tiendas de lona y chozas de barro.

—Hay cuevas de gas bajo Darujhistan y ese gas está canalizado para iluminar las calles con un fuego azul precioso. Es la ciudad más magnífica del mundo, Scillara…

—¿Entonces por qué te fuiste tú?

Navaja se quedó callado.

—Está bien —dijo ella tras un momento—, ¿qué te parece esto? Nos llevamos el cuerpo de Heboric… ¿adónde, con exactitud?

—La isla Otataral.

—Es una isla muy grande, Navaja. ¿Algún lugar en concreto?

—Heboric habló del desierto, cuatro o cinco días al norte y al oeste de Dosin Pali. Dijo que hay un templo gigante allí, o al menos una estatua de uno.

—Así que estabas escuchando, después de todo.

—A veces estaba lúcido, sí. Algo que llamaba el Jade, un poder que era a la vez don y maldición… y quería devolverlo. De algún modo.

—Puesto que ahora está muerto —preguntó Scillara—, ¿cómo esperas que le devuelva poder a una estatua? Navaja, ¿cómo encontramos una estatua en medio de un desierto? Quizá quieras plantearte que lo que fuera que Heboric quería ya no significa nada. Los t'lan imass lo mataron, así que Treach tiene que buscarse un nuevo destriant, y si Heboric tenía algún otro tipo de poder, a estas alturas ya debe de haberse disipado, o lo habrá seguido por la puerta del Embozado… en cualquier caso, no hay nada que nosotros podamos hacer.

—Sus manos ahora son sólidas, Scillara.

La mujer se sobresaltó.

—¿Qué?

—Jade sólido, aunque no es puro, sino que está lleno de… imperfecciones. Defectos, partículas incrustadas en el fondo. Como si estuvieran moteadas de ceniza, o tierra.

—¿Has examinado su cuerpo?

Navaja asintió.

—¿Por qué?

—Ranagrís resucitó…

—Así que tú creíste que el viejo quizá hiciera lo mismo

—Era una posibilidad, pero no parece que vaya a pasar. Se está momificando, y rápido.

Barathol Mekhar habló entonces.

—Su mortaja funeraria estaba empapada en agua salada y luego lo envolvieron en más sal todavía, Navaja. Mantiene los gusanos a raya. Le metieron por la garganta un fardo de trapos del tamaño de un puño, y también por otros sitios. La antigua práctica era sacar los intestinos, pero los de la zona se han hecho más vagos, había técnicas implicadas.

Habilidades que en su mayor parte se han olvidado. Lo que se hace es secar el cadáver lo más rápido posible.

Navaja miró a Scillara y después se encogió de hombros.

—A Heboric lo eligió un dios.

—Pero le falló a ese dios —respondió ella.

—¡Eran t'lan imass!

Una humareda acompañó las palabras de Scillara cuando contestó.

—La próxima vez que nos invadan las moscas, sabremos lo que va a pasar. —Lo miró a los ojos—. Mira, Navaja, ahora solo quedamos nosotros. Tú y yo, y hasta la costa, Barathol. Si quieres dejar el cuerpo de Heboric en la isla, me parece bien. Si esas manos de jade siguen vivas, pueden volver arrastrándose con su amo ellas solitas. Nosotros enterramos el cuerpo por encima de la marca de la marea y lo dejamos así.

—¿Y luego?

—Darujhistan. Creo que quiero ver esa magnífica ciudad tuya. Hablaste de tejados y callejones, ¿qué eras allí? ¿Ladrón? Debías de serlo. ¿Quién más conoce los callejones y los tejados? Bueno, puedes enseñarme las costumbres de un ladrón, Navaja. Te seguiré metida en tu sombra. Bien sabe el Embozado que robar lo que podamos de este chiflado mundo tiene tanto sentido como cualquier otra cosa.

Navaja apartó la mirada.

—No sirve de nada —dijo— seguir la sombra de nadie. Hay mejores personas allí… con las que puedes llevarte bien. Murillio, quizá, o incluso Coll.

—¿Descubriré algún día —preguntó la mujer— que me acabas de insultar?

—¡No! Claro que no. ¡Me cae bien Murillio! Y Coll es concejal. Tiene una finca y todo.

—¿Alguna vez has visto a un animal al que llevan al matadero, Navaja? —dijo Barathol.

—¿Qué quieres decir?

Pero el hombretón se limitó a sacudir la cabeza.

Después de volver a llenar su pipa, Scillara se acomodó en su silla; un pequeño favor acallar, al menos de momento, las pullas que le estaba lanzando a Navaja. Un favor y, admitió también, la sutil advertencia de Barathol para que dejara un poco tranquilo al joven.

El viejo asesino era muy perspicaz.

No era que ella le reprochara nada a Navaja. Muy al contrario, en realidad. La había sorprendido ese pequeño destello de entusiasmo cuando hablaba de Darujhistan. Navaja estaba apelando al consuelo de los viejos recuerdos, lo que a Scillara le sugería que sufría de soledad. *Esa mujer que lo abandonó. La mujer por la que se fue de Darujhistan, sospecho.* Soledad, así pues, y cierta pérdida de rumbo, porque Heboric estaba muerto y se habían llevado a Felisin la Menor. Quizá había también un poco de culpa, el chico había fracasado a la hora de proteger a Felisin, después de todo; también había fracasado a la hora de proteger a Scillara, si a eso iban, y no es que ella fuera de las que se lo recriminarían jamás. Eran t'lan imass, por el amor del Embozado.

Pero Navaja, que era joven y era un hombre, lo vería de forma diferente. Una multitud de espadas sobre las que caería encantado con un simple empujón de quien menos debía. *Una persona que le importara.* Mejor mantenerlo lejos de ese tipo de ideas, y un poco de coqueteo por parte de Scillara, lo que provocaría una confusión encantadora por parte del joven, debería bastar.

Scillara esperaba que Navaja tuviera en consideración su consejo de enterrar a Heboric. Ya estaba harta de desiertos. La idea de una ciudad iluminada por un fuego azul, un lugar lleno de personas, ninguna de las cuales esperaba nada de ella, y la posibilidad de hacer nuevos amigos (con Navaja a su lado), eran en verdad bastante tentadoras. Una nueva aventura, y civilizada además. Comidas exóticas, roya de sobra…

Scillara se había preguntado, solo por un momento, si la ausencia de pesar o pena en su interior tras entregar a la hija que había llevado en su vientre durante tantos meses era un indicativo real de una falta esencial de moralidad en su alma, una especie de defecto que pondría una expresión de horror en los ojos de madres, abuelas, e incluso niñas pequeñas, cuando la mirasen. Pero fueron unos pensamientos que no duraron mucho. Lo cierto era que a ella no le importaba lo que pensasen otras personas y si la mayor parte veía eso como una amenaza a… lo que fuera… *a su opinión de cómo deberían ser las cosas…* bueno, peor para ellos, ¿no? Como si su simple existencia pudiera atraer a los demás a una vida de actos sin consecuencias.

Eso sí que era para reírse, ¿verdad? Los seductores más letales son los que alientan la conformidad. Si solo puedes sentirte seguro cuando todos los demás sienten y piensan lo mismo y tienen el mismo aspecto que tú, entonces es que eres un maldito cobarde del Embozado… por no mencionar un tirano cruel en potencia.

—Bueno, Barathol Mekhar, ¿qué te aguarda a ti en la costa?

—Seguramente la peste —contestó él.

—Oh, qué idea más agradable. ¿Y si sobrevives a ella?

El otro se encogió de hombros.

—Un barco que vaya a alguna parte. Jamás he estado en Genabackis. Ni en Falar.

—Si vas a Falar —dijo Scillara—, o al Genabackis dominado por el Imperio, tus antiguos crímenes puede que terminen alcanzándote.

—No es la primera vez que me alcanzan.

—Así que, o bien eres indiferente a tu propia muerte, Barathol, o tu confianza es suprema e inatacable. ¿Qué va a ser?

—Elige tú.

Un tipo avispado. A este no voy a poder chincharlo, no vale la pena ni probar.

—¿Cómo crees tú que será cruzar un océano?

—Como un desierto —dijo Navaja—, solo que más mojado.

Quizá Scillara lo hubiera mirado furiosa por eso, pero tenía que admitir que era una buena respuesta. *De acuerdo, así que quizá sean los dos avispados, cada uno a su manera. Creo que voy a disfrutar de este viaje.*

Continuaron cabalgando por el camino, el calor y el sol fueron creciendo y estallando en una conflagración y tras ellos iba pisando fuerte Chaur, todavía con una sonrisa en la cara.

La jaghut Ganath se quedó mirando la sima. El tejido hechicero que había colocado sobre esa… intrusión se había hecho pedazos. No tenía que bajar por esa inmensa grieta, ni entrar en la fortaleza flotante enterrada, para saber la causa del rompimiento. Habían derramado sangre dragontina, aunque eso solo no era suficiente. También se había desatado el caos entre las sendas y había devorado Omtose Phellack como el agua hirviendo devora al hielo.

Pero su sentido de la secuencia de acontecimientos necesarios para que ocurriera tal cosa continuaba nublado, como si hubieran tergiversado el tiempo en sí dentro de ese fortín que otrora flotaba. Había indignación encerrada en el propio lecho de roca y, en ese momento, también una imposición muy peculiar de... orden.

Ojalá tuviera compañeros allí, a su lado. Cynnigig, sobre todo. Y Phyrlis. En esos instantes, en ese lugar, sola como estaba, se sentía rara y vulnerable.

Quizá, sobre todo, lo que siento es que Ganoes Paran, Señor de la Baraja, no esté conmigo. Un humano formidable, lo que era sorprendente. Quizá demasiado propenso a correr riesgos, sin embargo, y había algo en eso que invitaba a la prudencia. Tendría que curar eso, no cabía la menor duda. Con todo…

Ganath apartó la mirada inhumana de la grieta oscura a tiempo de ver, fluyendo por la roca plana que tenía a ambos lados y detrás, un enjambre de sombras, y luego figuras enormes, como reptiles, todos acercándose adonde se encontraba ella.

Gritó, su senda de Omtose Phellack se alzó en su interior, una respuesta instintiva al pánico, cuando las criaturas se aproximaron.

No había forma de escapar, no había tiempo…

Unos azadones pesados cayeron sobre ella, partieron carne y luego hueso. Los golpes la derribaron al suelo entre chorros de su propia sangre. Vio ante ella el borde del abismo e intentó alcanzarlo. Arrastrarse hasta allí y caer… una muerte mejor…

Unos inmensos pies con garras, recubiertos de escamas, envueltos en tiras de piel gruesa, levantaron polvo junto a su cara. Incapaz de moverse, sintiendo que se le iba la vida, observó que el polvo se asentaba en una pátina apagada

sobre el charco de su sangre y lo cubría como una piel finísima. Demasiada tierra, a la sangre no le gustaría, se pondría enferma con toda esa tierra.

Tenía que limpiarla. Tenía que recogerla, volver a metérsela de algún modo en el cuerpo, que volviera a entrar por esas heridas abiertas y esperar que su corazón purificara con fuego hasta la última gota.

Pero hasta su corazón empezaba a fallar, y la sangre le brotaba, llena de espuma, de la nariz y la boca.

Comprendió, de repente, ese extraño sentido del orden. K'chain che'malle, un recuerdo que volvía a cobrar vida después de todo ese tiempo. Así que habían regresado. Pero no los caóticos de verdad. No, no los colas largas. Estos eran los otros, sirvientes de las máquinas, del orden en toda su brutalidad. *Nah'ruk.*

Habían regresado. ¿Por qué?

El charco de sangre se estaba hundiendo en el polvo blanco, calcáreo, donde las garras habían abierto surcos y en esos surcos el resto de la sangre caía en riachuelos hinchados. *Las leyes inexorables de la erosión, escritas en letra pequeña y sin embargo… sí, supongo, de lo más conmovedoras.*

Tenía frío, y eso la hacía sentirse bien. Una sensación reconfortante. Era, después de todo, jaghut.

Y ahora me voy.

La mujer estaba allí en pie, mirando hacia tierra, extrañamente alerta. Mappo Runt se frotó la cara, agotado por la maníaca diatriba que Iskaral Pust le dedicaba a la tripulación de la carabela de gran eslora, tripulación que se escabullía por todas partes sin, al parecer, motivo alguno: subían por las jarcias, saltaban como locos por cubierta y se

aferraban (con chillidos frenéticos) a salientes precarios varios. Pero, de algún modo, la pequeña pero marinera embarcación mercante iba viento en popa, y cortaba las aguas con un rumbo que la llevaba al norte.

Una tripulación (una tripulación entera) de bhok'arala. Debería haber sido imposible. Desde luego era absurdo. Pero esas criaturas los estaban esperando en lo que sin duda era una nave sustraída a alguien, anclada a cierta distancia de la costa, cuando Mappo, Iskaral, su mula y la mujer llamada Rencor se abrieron camino entre los últimos matorrales y llegaron a las rocas destrozadas de la costa.

Y no era una colección cualquiera de aquellas bestezuelas simiescas de orejas puntiagudas, sino (tal y como anunció el chillido de furia de Iskaral) el mismísimo zoológico del propio sumo sacerdote, los antiguos residentes de su fortaleza del risco, la que había quedado a muchas leguas al este, al borde del lejano mar Raraku. Cómo habían terminado allí, con esa carabela, era un misterio, un misterio que no era muy probable que encontrara resolución a corto plazo.

Montones de fruta y marisco atestaban el centro de la cubierta, vigiladas y cuidadas como ofrendas votivas cuando los tres viajeros acercaron el bote (con el que habían remado hasta la orilla media docena de bhok'arala para recibirlos) al barco y treparon a bordo. Para descubrir (lo que contribuyó a la perplejidad de Mappo) que la mula de ojos negros de Iskaral Pust se les había adelantado de alguna manera.

Desde entonces había reinado el caos.

Si los bhok'arala podían poseer fe en un dios, entonces su dios acababa de llegar encarnado en el dudoso personaje de Iskaral Pust, y era obvio que los incesantes maullidos, chirridos y bailes alrededor del sumo sacerdote estaban volviendo loco a Pust. O más loco de lo que ya estaba.

Rencor había observado con mirada divertida durante un rato, sin hacer caso de las preguntas de Mappo. *¿Cómo llegó esto aquí? ¿Adónde nos van a llevar? ¿De verdad estamos persiguiendo a Icarium?* No hubo respuestas.

Y en ese momento, cuando la costa pasaba a su lado arrastrándose, cabeceando y rodando a su derecha, la alta mujer continuaba allí, con un equilibrio impresionante, los ojos entrecerrados puestos en el sur.

—¿Qué pasa? —preguntó Mappo, que no esperaba respuesta alguna.

La mujer lo sorprendió.

—Un asesinato. Hay descreídos que caminan por las arenas de Siete Ciudades una vez más. Creo que comprendo la naturaleza de esta alianza. Las complejidades abundan, por supuesto, y tú no eres más que un trell, un pastor que mora en simples chozas.

—Y que no entiende nada de complejidades, lo sé. Con todo, explícate. ¿Qué alianza? ¿Quiénes son los descreídos?

—Eso poco importa, y no sirve mucho a modo de explicación. Corresponde a la naturaleza de los dioses, Mappo Runt. Y de la fe.

—Te escucho.

—Si uno impone una distinción entre los regalos de un dios y el mundo mortal, mundano, en el que existe el creyente —dijo Rencor—, se abre una puerta al verdadero descreimiento. A la religión de la incredulidad, si quieres. —Lo miró y se acercó sin prisas—. Ah, ya te veo fruncir el ceño, confundido…

—Frunzo el ceño por las implicaciones de esa distinción, Rencor.

—¿De veras? Bueno, me sorprende. De una forma muy agradable. Muy bien. Tienes que entender entonces una cosa. Hablar de guerra entre los dioses no es solo una

cuestión de, digamos, esta diosa de aquí arrancándole los ojos a ese dios de allí. No, ni siquiera de un ejército de acólitos de este templo marchando contra un ejército del templo del otro lado de la calle. Una guerra entre los dioses no se libra con rayos y terremotos, aunque, por supuesto, es posible pero improbable que se llegue a eso. La guerra en cuestión es complicada, las líneas de batalla son turbias, poco claras, hasta los combatientes principales tienen que esforzarse por comprender lo que constituye un arma, qué hiere y qué resulta inofensivo. Y lo que es peor, empuñar esas armas podría ser tan dañino para el que las empuña como para el enemigo.

—El fanatismo engendra fanatismo, sí —dijo Mappo con un asentimiento—. En la proclamación, uno define a su enemigo por ser su enemigo.

La mujer esbozó su deslumbrante sonrisa.

—¿Una cita? ¿De quién?

—Kellanved, el emperador que fundó el Imperio de Malaz.

—Así es, has captado la esencia de lo que quiero decir. Bien, la naturaleza del fanatismo puede compararse con la de un árbol, muchas ramas, pero una sola raíz central.

—La desigualdad.

—O por lo menos la comprensión de y la fe en ella, si tal desigualdad no es más que imaginada o existe en realidad. La mayor parte de las veces, por supuesto, la desigualdad existe y es el veneno que engendra la fruta más oscura. La riqueza mundana se construye, por lo general, sobre huesos, apilados hasta el techo y en profundidad. Por desgracia, los poseedores de esa riqueza no comprenden la naturaleza de su recompensa y, por tanto, con frecuencia, se muestran alegremente indiferentes en el ostentoso despliegue de su buena fortuna. Lo que no comprenden es lo siguiente: que aquellos que no poseen riquezas, anhelan tenerlas y buscan

lo más parecido, y este anhelo ocluye toda sensación de resentimiento, explotación y, lo que es más relevante, injusticia. Hasta cierto punto tienen razón, pero en general se equivocan de un modo deplorable. Cuando la riqueza asciende hasta un punto en el que la mayoría de los pobres comprende al fin que para ellos es inalcanzable, la cortesía se derrumba y prevalece la anarquía. Pero bueno, estaba hablando de la guerra entre los dioses. ¿Comprendes la relación, Mappo Runt?

—No del todo.

—Agradezco tu honestidad, trell. Piensa en lo siguiente, cuando la desigualdad florece y se convierte en conflagración violenta, los dioses mismos están indefensos. Los dioses dejan de guiar, no pueden más que seguir, arrastrados por la voluntad de sus devotos. Bien, supongamos que los dioses son, en esencia, entidades morales (es decir, poseen y, de hecho, representan de forma manifiesta una escala de valores concretos), bueno, entonces las consideraciones morales se convierten en la primera víctima de la guerra. A menos que ese dios o diosa decida defenderse de sus creyentes. ¿Aliados, enemigos? ¿Qué relevancia tienen ideas tan primitivas y simplistas en ese escenario, Mappo Runt?

El trell contempló las olas que palpitaban, esa sucesión incansable nacida de convulsiones lejanas, el tirón entrecortado de las mareas, los vientos fuertes y gélidos y todo lo que se movía en el mundo. Y sin embargo, si se contemplaba el tiempo suficiente, ese simple movimiento ondulatorio… hipnotizaba.

—Somos —dijo— como el suelo y el mar.

—¿Otra cita?

Él se encogió de hombros.

—Empujados por fuerzas invisibles, en movimiento eterno, incluso cuando nos quedamos quietos. —Luchó contra una oleada de desesperación—. A pesar de que los contendientes proclamen que no son más que soldados de su dios…

—Todo lo que hacen en nombre de ese dios es, en el fondo, profundamente impío.

—Y los que de verdad son impíos, los descreídos de los que hablaste antes, no pueden más que ver como aliados a esos blasfemos.

Rencor lo estudió hasta que él empezó a sentirse incómodo.

—¿Qué empuja a Icarium a luchar? —le preguntó ella después.

—Cuando está bajo control, es… la desigualdad. La injusticia.

—¿Y cuándo está fuera de control?

—Entonces… nada.

—Y la diferencia entre los dos es de magnitud.

Él apartó la mirada una vez más.

—Y de motivación.

—¿Estás seguro? ¿Incluso si la desigualdad, al provocar su violencia, asciende después y sin cruzar ningún umbral obvio se convierte en una aniquilación que lo destruye todo? Mappo Runt, creo que la motivación resulta ser, en último caso, irrelevante. Una matanza es una matanza. En ambos lados del campo de batalla el rostro sonríe con una estupidez franca, al tiempo que el humo llena el cielo de un horizonte a otro, al tiempo que las cosechas se marchitan y mueren, al tiempo que la tierra dulce se transforma en sal. La desigualdad termina, trell, cuando no queda nadie ni nada en pie. Quizá —añadió— ese es el auténtico propósito de Icarium, por lo que los sin nombre pretenden desatar su

furia. Es, después de todo, un modo certero de terminar con esta guerra.

Mappo Runt se la quedó mirando y después contestó.

—La próxima vez que hablemos así, Rencor, puedes contarme tus razones para oponerte a los sin nombre. Para ayudarme.

Rencor le sonrió.

—Ah, ¿comienzas a dudar de nuestra alianza?

—¿Cómo no iba a hacerlo?

—Así es la guerra entre los dioses, trell.

—Nosotros no somos dioses.

—Somos sus manos, sus pies, caprichosos y testarudos. Luchamos por razones que son, en su mayor parte, absurdas en esencia, incluso cuando la justificación parece evidente y clara. Dos reinos, uno río arriba y otro río abajo. El reino que está río abajo ve llegar el agua ensuciada y repugnante, repleta de sedimentos y desechos. El reino que está río arriba, puesto que se halla en tierras más altas, ve que sus desesperados esfuerzos por irrigar fracasan porque las lluvias se llevan la capa superficial del suelo cada vez que llegan a las tierras altas que hay más allá. Los dos reinos riñen hasta que estalla una guerra. El reino que está río abajo marcha contra el otro, se libran batallas terribles, se queman ciudades hasta los cimientos, los ciudadanos terminan esclavizados, los campos sembrados de sal y convertidos en yermos. Las acequias y canales se rompen.

»Al final, solo permanece el reino que está río abajo. Pero la erosión no cesa. De hecho, ahora que ya no hay ningún tipo de irrigación río arriba, las aguas se precipitan en un torrente, salvajes y sin atemperar, transportan cal y sal que se deposita en los campos y envenena el suelo que queda. Hay hambrunas, enfermedades, y el desierto se precipita por todos lados. Los otrora victoriosos líderes son derrocados.

Las fincas se saquean. Los bandidos recorren las tierras sin que nadie los contenga, y en una sola generación ya no hay reinos, ni río arriba ni río abajo. ¿La justificación era válida? Por supuesto. ¿Esa validez defendió a los victoriosos contra su propia aniquilación? Por supuesto que no.

»Una civilización en guerra elige solo al enemigo más obvio, y, con frecuencia, también al que se percibe, en un principio, como el más fácil de derrotar. Pero ese enemigo no es el auténtico enemigo, ni la amenaza más grave para esa civilización. Así pues, una civilización en guerra suele elegir al enemigo equivocado. Dime, Mappo Runt, para mis dos hipotéticos reinos, ¿dónde se ocultaba la amenaza más real?

El trell sacudió la cabeza.

—Sí, difícil de contestar —prosiguió ella—, porque las amenazas eran muchas, en apariencia sin conexión, y aparecían, desaparecían y después reaparecían en el curso de un largo periodo de tiempo. La fauna que se cazó hasta la extinción, los bosques que se talaron, las cabras que se soltaron en las colinas, las mismísimas zanjas de irrigación que se cavaron. Y todavía más: los excedentes de comida, la población en aumento y sus desechos acumulados. Y después, las enfermedades, los suelos que se lleva el viento o el agua; y los reyes, uno tras otro, que no pudieron o no quisieron hacer nada, o, de hecho, no vieron nada impropio más allá de la mirada fanática que centraban en aquellos a los que querían culpar.

»Por desgracia —continuó, apoyada ya en la barandilla con la cara al viento—, no es nada sencillo intentar oponerse a una multitud así de amenazas. En primer lugar, hay que reconocerlas y para lograr eso hay que pensar a largo plazo; después hay que saber discernir los intrincados vínculos que existen entre todas las cosas, el modo en que un problema se alimenta de otro. A partir de ahí, se deben concebir

soluciones y, por último, se debe motivar a la población para llevar a cabo un esfuerzo concertado, y no solo a tu propia población, sino a la de los reinos vecinos, todos los cuales están participando en la lenta autodestrucción.

»Dime, ¿te imaginas un líder así llegando alguna vez al poder? ¿O permaneciendo en él durante mucho tiempo? Yo tampoco. Los acumuladores de riquezas se unirán para destruir a un hombre o una mujer así. Además, es mucho más fácil crear un enemigo y librar una guerra, aunque por qué esos acumuladores de riqueza creen que ellos iban a sobrevivir a esa guerra es algo que no puedo comprender. Pero lo creen, una y otra vez. De hecho, parece que creen que llegarán a sobrevivir a la propia civilización.

—No propones mucha esperanza para la civilización, Rencor.

—Oh, mi falta de esperanza se extiende mucho más allá de la simple civilización. Los trell eran pastores, ¿no? Gestionabais los rebaños de bhederin medio salvajes de las llanuras Masal. De hecho, un modo de vida bastante próspero, dadas las circunstancias.

—Hasta que vinieron los comerciantes y los colonos.

—Sí, los que codiciaban vuestra tierra, empujados por el impulso de mejorar, la esterilidad de sus propias tierras o la pobreza en sus ciudades. Todos y cada uno buscaba una nueva fuente de riqueza. Para lograrla, por desgracia, primero tenían que destruir a tu pueblo.

Iskaral Pust llegó con cierta dificultad junto al trell.

—¡Escuchaos! ¡Poetas y filósofos! ¿Qué sabéis vosotros? ¡Habláis y habláis mientras a mí me asfixian y agotan esos horrendos bichos que se retuercen!

—Tus acólitos, sumo sacerdote —dijo Rencor—. Eres su dios. Indicativo, se podría decir, de por lo menos dos tipos de absurdo.

—A mí no me impresionas, mujer. Si soy su dios, ¿por qué nunca escuchan nada de lo que digo, si se puede saber?

—Quizá —respondió Mappo—, no están más que esperando a que digas lo que debes.

—¿En serio? ¿Y qué sería eso, zoquete seboso?

—Bueno, lo que sea que quieren oír, por supuesto.

—¡Esta te ha envenenado! —El sumo sacerdote retrocedió con los ojos muy abiertos. Se cogió y tiró de lo que le quedaba del pelo, después dio media vuelta y se precipitó hacia el camarote. Tres bhok'arala, que habían estado pendientes de él, salieron a toda velocidad tras él, chirriando y sujetándose de algo por encima de las orejas.

Mappo se volvió hacia Rencor.

—¿Adónde vamos, por cierto?

Ella le sonrió.

—Para empezar, al mar de Otataral.

—¿Por qué?

—¿No es vivificante esta brisa?

—Hace un frío puñetero.

—Sí. Una maravilla, ¿verdad?

Un pozo inmenso y oblongo recubierto de losas de piedra caliza, después paredes de ladrillo que se alzaban para formar un tejado abovedado, una única rampa de entrada enmarcada en piedra caliza, incluyendo un dintel enorme en el que el símbolo imperial se había grabado sobre el nombre de Dujek Unbrazo y su título, puño supremo. Dentro del túmulo habían colocado faroles para ayudar a secar las paredes recién enyesadas.

Justo fuera, en un cuenco ancho y poco profundo medio lleno de arcilla viscosa, disfrutaba del sol un gran sapo que parpadeaba medio dormido mientras observaba a su

compañero, el artista imperial, Ormulogun, mezclar pinturas. Óleos por docenas, cada uno con cualidades concretas, y pigmentos extraídos de minerales aplastados, huevos de pato, tintas secas de criaturas marinas, hojas, raíces y bayas, y tarros de otros medios: claras de huevos de tortuga, serpiente y buitre; larvas masticadas, sesos de gaviota, orina de gato, saliva de perro, mocos de chulos…

De acuerdo, reflexionó el sapo, quizá no fueran mocos de chulos, aunque dado el desconcertante arcano de los artistas, nunca se podía estar seguro. Bastaba con saber que las personas que hurgaban en tales materiales estaban medio locas, si no al empezar, sí, de forma invariable, después de pasar años manejando tanta toxina.

Y sin embargo, ese idiota de Ormulogun de alguna forma persistía, con las manos manchadas, los labios manchados de chupar los pinceles, la barba manchada de esa extraña técnica que implicaba escupir después de mascar los pigmentos con saliva y el Embozado sabría qué más, la nariz manchada de cuando los dedos embadurnados de pintura sondeaban, rascaban y exploraban, los calzones manchados de…

—Sé lo que estás pensando, Gumble —dijo Ormulogun.

—¿Ah, sí? Por favor, procede entonces a describir mis pensamientos actuales.

—La cera de los oídos de las putas y manchado esto y manchado lo otro, el comentario descendiendo a toda prisa hacia el absurdo, como corresponde a tu incapacidad de pensar sin recurrir a la exageración y la hipérbole pueril. Y ahora, sobresaltado como sin duda te sientes, haz girar ese endeble y predecible cerebro que tienes y dime, a tu vez, qué estoy pensando yo. ¿Puedes? ¡Ja, ya me parecía que no!

—Te digo, revolvedor de engrudos, que mis pensamientos no eran en absoluto los que acabas de describir en esa

patética insuficiencia de pastiche que osas llamar comunicación, un fracaso muy poco sorprendente puesto que yo soy maestro del lenguaje mientras que tú eres poco más que un estudiante siempre fracasado del arte de retratar, desprovisto tanto de instrucción convincente en el oficio como de, por desgracia, talento.

—Intentas comunicarte con los intelectualmente sordos, ¿verdad?

—Mientras que tú pintas para iluminar a los ciegos. Sí, sí. —Gumble suspiró y el esfuerzo terminó por desinflarlo de una forma alarmante, alarmante incluso para él, que de inmediato volvió a respirar hondo—. Libramos nuestra guerra incesante, tú y yo. ¿Qué adornará las paredes del túmulo del gran hombre? Bueno, siendo tú, lo habitual. Pompa y boato propagandístico, la reafirmación políticamente alineada del statu quo. Hazañas heroicas al servicio del Imperio y una muerte más heroica todavía; pues en esta era, como en cualquier otra, necesitamos a nuestros héroes, es decir, a los muertos. No creemos en los vivos, después de todo, gracias a ti…

—¿A mí? ¿A mí?

—La representación de los defectos es tu punto fuerte, Ormulogun. ¡Oh, piensa en esa afirmación! Me impresiono incluso a mí mismo con una ironía de una resonancia tan perfecta. En cualquier caso, esos defectos en el sujeto son como dardos envenenados arrojados contra el heroísmo. Tu ávida atención destruye como siempre ha de hacer…

—No, no, idiota, no siempre. Y conmigo, con Ormulogun el Grande, nunca. ¿Por qué? Es muy sencillo, aunque no tan sencillo como para que tú lo comprendas jamás; con todo, es lo siguiente: el gran arte no es una simple representación. El gran arte es transformación. El gran arte es exaltación y la exaltación es espiritual en el sentido más puro y espiritual…

—Como ya hemos observado —dijo con voz cansina Gumble—, la erudición exhaustiva y la brevedad eluden al pobre hombre. Además de lo cual, estoy seguro de que ya he oído esa definición del gran arte en algún otro contexto, con toda probabilidad acompañada por un puñetazo en la mesa, o en una coronilla, o, como mínimo, un rodillazo en los riñones. No importa, suena todo muy bien. Una pena que fracases de forma sistemática a la hora de trasladarlo a la realidad.

—Tengo un mazo con el que podría trasladarte a ti a la realidad, Gumble.

—Romperías este exquisito cuenco.

—Sí, y derramaría unas cuantas lágrimas por él. Pero después me recuperaría.

—Dujek Unbrazo de pie junto a las puertas hechas pedazos de Coral Negro. Dujek Unbrazo en el parlamento con Caladan Brood y Anomander Rake. Dujek Unbrazo y Tayschrenn fuera de Pale, el amanecer que precedió al ataque. Tres paredes primarias, tres paneles, tres imágenes.

—¡Has mirado mis esbozos! ¡Dioses, cómo te odio!

—No había necesidad —dijo Gumble— de hacer algo tan extremo, por no mencionar implícitamente deprimente, como examinar tus esbozos.

Ormulogun recogió a toda prisa las pinturas elegidas, estilos y pinceles y después se metió en el túmulo.

Gumble se quedó donde estaba y pensó en comerse unas moscas.

Ganoes Paran se detuvo a mirar la armadura dispuesta sobre el catre. La armadura de un puño supremo, una manga de cota de malla recién cosida. El legado le dejaba un sabor ácido, amargo, en la boca. ¿Así que proclamación? Como si

algo que hubiera hecho siendo soldado pudiera justificarlo. Cada puño de ese ejército estaba más cualificado que él para asumir el mando. ¿Qué podría haber, allí, en los cuadernos de Dujek, para tergiversar de una forma tan absoluta, incluso falsificar, el legado de Paran como capitán y comandante de los Abrasapuentes? Se planteó averiguarlo por sí mismo, pero sabía que no lo iba a hacer. Ya se sentía como un impostor sin tener que ver la prueba de esa doblez ante sus propios ojos. No cabía duda de que Dujek tenía buenas razones, y lo más probable era que estuvieran relacionadas con proteger, o elevar, la reputación de la Casa Paran y, de ese modo, apoyar de forma implícita a su hermana Tavore en su nuevo cargo al mando del Decimocuarto.

La política era la que dictaba esos cuadernos oficiales, por supuesto. *Como, supongo, dictarán mis propias anotaciones. O no. ¿Qué me importa a mí? A la mierda la posteridad. Si este es mi ejército, así sea. La emperatriz siempre puede despojarme de mi mando, como seguro que hará cuando se entere de este ascenso de campaña.* Entretanto, Paran haría lo que le placiera.

Tras él, Hurlochel se aclaró la garganta antes de hablar.

—Puño supremo, los puños puede que ya se hayan levantado, pero siguen estando débiles.

—¿Quiere decir que están ahí fuera, en posición de firmes?

—Sí, señor.

—Eso es ridículo. Da igual la armadura, entonces.

Fueron hasta la solapa y Hurlochel apartó la lona. Paran salió fuera, parpadeando bajo la luz del sol. El ejército entero había formado con los estandartes en alto y la armadura reluciente. Justo delante de él estaban los puños, Rythe Bude en primera fila. Se encontraba demacrada, con

una delgadez dolorosa, ataviada con un equipo que parecía demasiado grande para ella. Hizo un saludo militar y se dirigió a él.

—Puño supremo Ganoes Paran, la hueste aguarda su inspección.

—Gracias, puño. ¿Cuándo estarán listos para marchar?

—Mañana al amanecer, puño supremo.

Paran examinó las filas. Ni un solo sonido partía de ellas, ni siquiera el susurro de una armadura. Se erguían como estatuas polvorientas.

—Y con exactitud, ¿cómo se supone —preguntó con un susurro— que voy a estar a la altura de esto?

—Puño supremo —murmuró Hurlochel a su lado— entró a caballo en G’danisban solo con un sanador y después, sin ayuda alguna, fulminó a una diosa. La sacó de este reino. Después obligó a la hermana de esa diosa a donar a una docena de mortales el poder de sanar…

—Ese poder no durará —dijo Paran.

—No obstante. Puño supremo, ha acabado con la peste. Algo que ni siquiera Dujek Unbrazo fue capaz de lograr. Estos soldados son suyos, Ganoes Paran. No importa lo que decida la emperatriz.

¡Pero yo no quiero un puto ejército!

—Dadas las pérdidas sufridas con la enfermedad, puño supremo —dijo la puño Rythe Bude—, contamos con provisiones suficientes para marchar durante seis, quizá siete días, suponiendo que no nos reabastezcamos por el camino. Por supuesto —añadió—, están los almacenes de grano de G’danisban, y con una población prácticamente inexistente…

—Sí —la interrumpió Paran—. Prácticamente inexistente. ¿No le parece extraño, puño?

—La diosa misma…

—Hurlochel me informa de que los escoltas no dejan de ver personas, supervivientes, que se dirigen al norte y al este. Una peregrinación.

—Sí, puño supremo.

El puño supremo vio que la mujer flaqueaba.

—Seguiremos a esos peregrinos, puño —dijo Paran—. Nos demoraremos otros dos días, durante los cuales utilizarán los almacenes de G’danisban para reabastecernos por completo, pero solo si queda lo suficiente para mantener a la población que permanece en la ciudad. Requise las carretas y los carros necesarios. Es más, invite a los ciudadanos con los que se topen los soldados a unirse a nuestra comitiva. Como mínimo, podrán ganarse la vida acompañándonos a nosotros, además de contar con comida, agua y protección. Ahora informe a los capitanes de que me dirigiré a las tropas la mañana que partamos, en la consagración y el sellado del túmulo. Entretanto, pueden romper filas todos.

Los puños hicieron un saludo militar. Los gritos de los capitanes pusieron las filas en movimiento cuando los soldados se relajaron y empezaron a separarse.

Debería haberles dicho algo aquí y ahora. Haberles advertido que no esperaran demasiado. No, eso no serviría. ¿Qué dice un comandante nuevo? ¿Sobre todo tras la muerte de un gran líder, un héroe de verdad? Maldita sea, Ganoes, estás mejor sin decir nada. Nada ahora, y tampoco mucho cuando sellemos el túmulo y dejemos al viejo en paz. «Vamos a seguir a los peregrinos.» «¿Por qué?» «Porque quiero saber adónde van, por eso.» Con eso debería bastar. Con un encogimiento de hombros mental, Paran echó a andar. Lo seguía Hurlochel y tras él, a diez pasos de distancia, la joven g’danii, Naval D’natha, que se había convertido, al parecer, en parte de su séquito.

—¿Puño supremo?

—¿Qué hay, Hurlochel?

—¿Adónde vamos?

—A visitar al artista imperial.

—Ah, él. ¿Me permite preguntar por qué?

—¿Por qué sufrir tal tormento, quiere decir? Bueno, tengo que pedirle una cosa.

—¿Puño supremo?

Necesito una nueva baraja de los Dragones.

—¿Sabe si es hábil?

—Es tema de constante debate, puño supremo.

—¿De veras? ¿Entre quién? ¿Los soldados? Me cuesta creerlo.

—Ormulogun tiene, acompañándolo a todas partes, un crítico.

Puf, pobre hombre.

El cuerpo estaba tirado en la pista, los miembros lacerados, la camisa de piel curtida rígida y negra por la sangre seca. Buscabotes se agachó a su lado.

—Buscapiedras —dijo—. En el tiempo congelado ahora. Compartimos historias.

—Alguien le cortó un dedo —dijo Karsa Orlong—. El resto de las heridas son producto de la tortura, salvo ese lanzazo, bajo la clavícula izquierda. Veis las huellas, el asesino salió de su escondite cuando el hombre pasaba, no corría, sino que se tambaleaba. No hicieron más que jugar con él.

Samar Dev posó una mano en el hombro de Buscabotes y sintió al anibar estremecerse de pena.

—¿Cuánto tiempo hace? —le preguntó a Karsa.

El teblor se encogió de hombros.

—No importa. Están cerca.

Ella se irguió, alarmada.

—¿Cerca hasta qué punto?

—Han acampado y son descuidados con los desechos. —Se descolgó la espada de pedernal—. Tienen más prisioneros.

—¿Cómo lo sabes?

—Huelo su sufrimiento.

Imposible. ¿Es tal cosa posible? Samar miró a su alrededor en busca de señales más obvias de todo lo que afirmaba saber el toblakai. Tenían a la derecha una cuenca repleta de turba, un descenso corto desde el camino de roca en el que se encontraban. Se alzaban de ella píceas negras de troncos grises que se inclinaban hacia un lado y otro, la mayor parte de sus ramas despojadas de agujas. Las hebras relucientes de unas telarañas salvaban los espacios intermedios, como arañazos en cristal transparente. A la izquierda, unos tramos aplastados de enebro ocupaban un pliegue en la roca que corría paralela a la pista. Samar frunció el ceño.

—¿Qué escondite? —preguntó—. Dijiste que el asesino salió de su escondite para clavar la lanza en la espalda del anibar. Pero no hay ningún escondite, Karsa.

—Ninguno que quede ya —dijo él.

El ceño de la mujer se profundizó y se convirtió en una mueca hosca.

—¿Van envueltos en ramas y hojas, entonces?

—Hay otras formas de ocultarse, mujer.

—¿Por ejemplo?

Karsa se quitó el manto de piel con un encogimiento de hombros.

—Hechicería —dijo—. Esperad aquí.

Y una mierda del Embozado. Echó a andar tras Karsa cuando el toblakai, con la espada por delante sujeta con las dos manos, avanzó deslizándose a media carrera. Cuatro

zancadas más tarde y Samar tuvo que echar a correr a toda velocidad para poder mantener el ritmo.

La carrera, silenciosa, se hizo más rápida. Alcanzó la velocidad del rayo.

Jadeando, la mujer luchó por continuar tras el enorme guerrero, pero este ya se había perdido de vista.

Al oír un chillido repentino a su izquierda, Samar se detuvo con un resbalón; Karsa había abandonado el camino en algún lugar detrás de ella y se había precipitado en el bosque, saltando por encima de un revoltijo de cantos rodados recubiertos de musgo, árboles caídos y gruesas madejas de ramas muertas, y sin dejar a su paso señal alguna. Más gritos.

Con el corazón golpeándole en el pecho, Samar Dev se metió en el claro apartando con las manos los matorrales, las telarañas se aplastaban contra ella antes de partirse, el polvo y las motas de corteza caían en cascada… mientras algo más adelante continuaba la matanza.

Las armas chocaban, hierro contra piedra. El crujido de la madera astillada, movimiento desdibujado entre los árboles, allí delante, figuras que corrían, un cuerpo que daba volteretas en una bruma carmesí, llegó al borde del campamento…

Y vio a Karsa Orlong y a medio centenar, quizá más, de guerreros altos de piel gris que empuñaban lanzas, alfanjes, cuchillos largos y hachas, y que en ese momento rodeaban al toblakai.

El camino que se había abierto Karsa entre ellos estaba marcado por un horripilante pasillo de cadáveres y enemigos caídos, heridos de muerte.

Pero había demasiados…

La enorme espada de pedernal apareció de repente como un estallido en el extremo de un barrido súbito que subió,

entre fragmentos de hueso y gruesas hebras de sangre y entrañas que salían girando. Dos figuras se tambalearon hacia atrás, una tercera golpeada con tanta fuerza que los mocasines se levantaron como un destello y quedaron al nivel de los ojos de Karsa, y, al caer, arrastraron consigo los mangos de las lanzas de otros dos guerreros, y en ese espacio abierto se precipitó el toblakai; esquivó media docena de cuchilladas y golpes, la mayor parte de los cuales surgieron tras él, pues la velocidad del gigante era extraordinaria, no, más que eso, era atroz.

Los dos enemigos, las armas arrebatadas, intentaron retroceder, fuera del alcance de Karsa, pero la espada de este se disparó y golpeó el cuello del de la izquierda, la cabeza saltó lejos del cuerpo, después la hoja bajó con un giro, atravesó con limpieza el hombro derecho del otro hombre y le amputó el brazo.

La mano izquierda de Karsa soltó la empuñadura de su espada e interceptó el mango de una lanza que iba a apuñalarlo, después acercó tanto arma como guerrero, la mano liberó el astil y rodeó de repente el cuello del hombre. Brotaron fluidos en ojos, nariz y boca de la víctima cuando el toblakai aplastó ese cuello como si no fuera más que un rollo de pergamino. Un fuerte empujón arrojó el cuerpo que se retorcía contra la masa que lo presionaba, obstruyendo más armas todavía…

Samar Dev apenas podía seguir lo que tenía delante de los ojos, pues al tiempo que la mano izquierda de Karsa se apartaba de la empuñadura de la espada, la hoja en sí lanzaba un tajo hacia la derecha y apartaba las armas enemigas, después giraba en redondo y subía y mientras la garganta del guerrero se derrumbaba en ese apretón salvaje, la espada caía con fuerza y atravesaba un alfanje

levantado, penetraba en carne y hueso, destrozaba una clavícula y después una multitud de costillas...

Al arrancar la espada hizo estallar la caja torácica y Samar se quedó mirando el corazón de la víctima, que todavía latía; el órgano salió impelido de su nido roto y colgó por un momento de las arterias y venas arrancadas antes de que el guerrero cayera al suelo.

Alguien estaba gritando (lejos de la batalla), a la izquierda, a cierta distancia, donde había una orilla rocosa y detrás, en aguas abiertas, una fila de canoas de madera de eslinga baja y gran eslora, y vio allí a una mujer menuda, de cabello dorado, una humana, invocando conjuros.

Pero fuera cual fuera la hechicería con la que trabajaba, no parecía lograr nada. Por imposible que pareciera, Karsa Orlong se había ido abriendo camino hasta la parte exterior de la multitud, donde giró en redondo, de espaldas a un pino enorme, la espada de pedernal casi desdeñosa cuando apartaba ataques, mientras el toblakai hacía una pausa para descansar.

Samar no podía creer lo que estaba viendo.

Más gritos, un único guerrero, en pie, pero lejos de los empujones de la chusma, le bramaba algo a sus compañeros, que empezaron a retroceder y apartarse de Karsa Orlong.

Al ver que el toblakai respiraba hondo, hinchaba el pecho y después alzaba la espada, Samar Dev lanzó un grito.

—¡Karsa! ¡Espera! ¡No ataques, maldito seas!

La expresión furiosa y fría que la miró a los ojos hizo estremecerse a Samar.

El gigante hizo un gesto con la espada.

—¿Ves lo que queda de los anibar, mujer? —Su voz era profunda, el ritmo de sus palabras como un tambor de guerra.

Ella asintió, se negaba a mirar una vez más a los prisioneros, atados cabeza abajo a unos armazones de madera con los brazos y piernas abiertos, en fila en el borde interno del campamento, sus formas desnudas pintadas del rojo de la sangre y ante cada víctima un montón de ascuas encendidas que llenaban el aire con el hedor a pelo y carne quemada. A Karsa Orlong, comprendió ella, lo había empujado la cólera, pero esa furia no hacía temblar al enorme guerrero, la espada estaba inmóvil, sostenida en el aire, lista, y la misma quietud de esa hoja parecía prometer una marea de destrucción.

—Lo sé —dijo Samar—. Pero escúchame, Karsa. Si los matas a todos, y veo que es lo que tienes intención de hacer… ¡pero escucha! Si los matas, vendrán más en busca de sus parientes desaparecidos. Más vendrán, toblakai, y esto no terminará nunca, hasta que cometas un error, hasta que haya tantos que ni siquiera tú puedas llegar a prevalecer jamás. Y tampoco puedes estar en todas partes al mismo tiempo, así que morirán más anibar.

—¿Qué sugieres entonces, mujer?

Samar se adelantó sin hacer caso, de momento, de los guerreros de piel gris y de la bruja de cabello amarillo.

—Ahora te temen, Karsa, y debes utilizar ese miedo… —Hizo una pausa, distraída por una conmoción en aquel cruce de chozas y tiendas de campaña que había cerca de las canoas varadas. Habían aparecido dos guerreros arrastrando a alguien. Otro ser humano. Tenía la cara hinchada por las palizas constantes, pero aparte de eso no parecía herido. Samar Dev estudió al recién llegado con los ojos entrecerrados y después se acercó a toda prisa a Karsa, bajó la voz y le habló con un susurro áspero—. Ahora tienen un intérprete, Karsa. Los tatuajes de los antebrazos. Es taxiliano. Escúchame. Rápido. Utiliza ese miedo. Diles que

hay más de los tuyos, aliados de los anibar, y que tú no eres más que el primero de una horda que viene a responder a un ruego de socorro. ¡Karsa, diles que se larguen de una vez de esta tierra del Embozado!

—Si se van, no puedo matar a más.

Había estallado una discusión entre los invasores. El guerrero que había dado las órdenes estaba rechazando (de un modo bastante obvio) los ruegos frenéticos de la humana de pelo amarillo. El taxiliano, al que sujetaban por los brazos, permanecía a un lado siguiendo el debate, pero su rostro estaba demasiado destrozado para revelar expresión alguna. Samar vio que los ojos del hombre se posaban por un instante en ella y Karsa, después volvieron a ella y, con lenta deliberación, el taxiliano guiñó un ojo.

Dioses del inframundo. Bien. Samar asintió. Después, para ahorrarle cualquier castigo, desvió la mirada y se encontró contemplando la escena de una terrible carnicería. Unas figuras yacían gimiendo entre un humus empapado de sangre. Había por todas partes mangos de lanzas rotos, como astillas esparcidas de una carreta volcada. Pero sobre todo había cadáveres inmóviles, miembros amputados, huesos expuestos e intestinos derramados.

Y Karsa Orlong ni siquiera se había quedado sin resuello.

¿Eran esos desconocidos altos e inhumanos tan malos luchadores? A Samar no se lo parecía. Por su atavío, la suya era una sociedad de guerreros. Pero muchas de esas sociedades, si terminan estancándose o aislándose durante un largo periodo de tiempo, vinculan sus artes marciales a formas y técnicas ritualizadas. Tendrían no más de una forma de luchar, quizá con unas cuantas variaciones, y les resultaría difícil adaptarse a lo inesperado… *por ejemplo, a un toblakai solitario con una espada de pedernal irrompible casi tan larga como alto es él,* un toblakai poseedor de una

velocidad pasmosa y la precisión fría e indiferente de un asesino nato.

Y Karsa había dicho que ya se había enfrentado a ese enemigo una vez.

Se acercaba el comandante de los asaltantes de piel gris, al taxiliano lo arrastraban tras él, la bruja de pelo amarillo se apresuraba a acompañar al líder, que, al darse cuenta, la obligó a retroceder un paso con el brazo.

Samar vio el destello de odio desenfrenado que la mujercita dirigió a la espalda del comandante. Había algo colgando del cuello de la bruja, algo ennegrecido y oblongo, *un dedo amputado. Una bruja sin duda, versada en las viejas artes, las costumbres perdidas de la magia espiritual, bueno, no perdidas del todo, yo también he hecho de ellas mi propia especialidad, zorra atávica que soy.* Pero el cabello, los rasgos con forma de corazón (y esos ojos azules) le recordaban a Samar Dev a los pueblos pequeños y casi en su totalidad subyugados que se podían encontrar cerca del centro del subcontinente, en ciudades tan antiguas como Halaf, Guran y Karashimesh; y tan al oeste como Omari. Quizá algún resto de población, quizá. Y sin embargo, sus palabras anteriores habían sido en un idioma que Samar no había reconocido.

El comandante habló entonces, era obvio que se dirigía a la bruja de pelo amarillo, que, a su vez, transmitió sus palabras (en otro idioma distinto) al taxiliano. Al oír el último intercambio, Samar Dev abrió mucho los ojos al reconocer ciertas palabras, aunque jamás las había oído pronunciadas, solo las había leído en los tomos más antiguos. Restos, de hecho, del Primer Imperio.

El taxiliano asintió cuando la bruja terminó. Miró primero a Karsa y después a Samar Dev, y por fin habló.

—¿A cuál de vosotros debería transmitir las palabras del preda?

—¿Por qué no a los dos? —respondió Samar—. Los dos te entendemos, taxiliano.

—Muy bien. El preda pregunta qué razón tenía este tartheno para atacar sin justificación a sus guerreros merude.

¿Tarthenal?

—Venganza —se apresuró a decir Samar Dev antes de que Karsa Orlong desencadenara otro choque sangriento más. Señaló las patéticas formas de los armazones del borde del campamento—. Esos anibar, que sufren vuestros crueles castigos, han acudido a sus antiguos aliados, los toblakai…

Al oír esa palabra, la bruja de pelo amarillo se sobresaltó y los ojos alargados del preda se abrieron un poco más, solo un poco pero suficiente.

—… y este guerrero, un humilde cazador de un clan de veinte mil toblakai, estaba, por casualidad, cerca; representa el comienzo de lo que será, me temo, un castigo riguroso. Suponiendo que el preda sea, por supuesto, lo bastante necio como para aguardar su llegada.

Cierto buen humor destelló en los ojos del taxiliano, que se velaron de inmediato cuando se volvió para transmitir las palabras de Samar a la bruja de pelo amarillo.

Lo que esta a su vez le dijo al preda fue el doble de largo que la versión del taxiliano.

Preda. ¿Me pregunto si será una variación de predal'atr? Un comandante de unidad en una legión del Primer Imperio, en la Era Media. Pero… no tiene ningún sentido. Estos guerreros ni siquiera son humanos, después de todo.

La traducción de la bruja quedó interrumpida de repente por un gesto del preda, que después habló una vez más.

Cuando el taxiliano tradujo al fin, había algo parecido a la admiración en su tono.

—El preda desea expresar su reconocimiento por las formidables habilidades de este guerrero. Es más, inquiere si el deseo de venganza del guerrero está ya aplacado.

—No lo está —respondió Karsa Orlong.

El tono fue suficiente para el preda, que habló otra vez. La expresión de la bruja de pelo amarillo se cerró de repente y transmitió sus palabras al taxiliano en un tono extraño, monótono y apagado.

Oculta júbilo.

Surgieron ciertas sospechas en el interior de Samar Dev. *¿Y ahora qué va a ocurrir?*

—El preda comprende la… postura del toblakai —dijo el taxiliano—. De hecho, empatiza con él, pues el preda mismo aborrece lo que se le ha ordenado hacer por toda esta costa extranjera. Pero él debe seguir los dictámenes de su emperador. Dicho eso, el preda ordenará una retirada completa de sus fuerzas tiste edur, que regresarán a la flota. ¿Está el toblakai satisfecho con eso?

—No.

El taxiliano asintió ante la brusca respuesta de Karsa y el preda habló otra vez.

¿Y ahora qué?

—El preda, una vez más, no tiene más alternativa que seguir las órdenes de su emperador, una orden permanente, si quieres. El emperador es el guerrero más extraordinario que ha visto el mundo y siempre defiende esa declaración en combate personal. Se ha enfrentado a un millar o más de luchadores, llegados prácticamente de cada tierra, y sin embargo sigue con vida, triunfante e invencible. Es por orden del emperador que sus soldados, estén donde estén, da igual con quién hablen, deben transmitir el desafío del

emperador. De hecho, el emperador invita a todos y cada uno de los guerreros a un duelo, siempre a muerte, un duelo en el que nadie puede interferir, sean cuales sean las consecuencias, y al contrincante se le conceden todos los derechos de un invitado. Es más, a los soldados del emperador se les encomienda que proporcionen un medio de transporte y que satisfagan todas las necesidades y los deseos de aquellos guerreros que quieran enfrentarse al emperador en duelo.

Más palabras del preda.

Un profundo escalofrío estaba invadiendo a Samar Dev, un pavor que no podía identificar, pero allí había algo… algo que iba inmensamente mal.

El taxiliano reanudó su discurso.

—Así pues, si este cazador toblakai desea la venganza más dulce de todas, debe enfrentarse al que ha ordenado que sus soldados inflijan atrocidades a todos los desconocidos con los que se encuentren. Por consiguiente, el preda invita al toblakai y, si así lo desea, a su compañera a convertirse en huéspedes de los tiste edur en este, su viaje de regreso al Imperio Lether. ¿Aceptáis?

Karsa parpadeó, después bajó la cabeza y miró a Samar Dev.

—¿Me invitan a matar a su emperador?

—Eso parece. Pero, Karsa, hay…

—Dile al preda —dijo el toblakai— que acepto.

Samar vio sonreír al comandante.

—El preda Hanradi Khalag —dijo el taxiliano— te da la bienvenida, entonces, entre los tiste edur.

Samar Dev volvió la vista y contempló los cuerpos que yacían tirados por todo el campamento. *¿Y estos compañeros caídos, preda Hanradi Khalag, no te importan? No, dioses del inframundo, aquí hay algo que va muy mal…*

—Samar Dev —dijo Karsa—, ¿te quedas aquí?

Ella sacudió la cabeza.

—Bien —rezongó él—. Ve a buscar a Estragos.

—Ve a buscarlo tú, toblakai.

El gigante sonrió.

—Merecía la pena intentarlo.

—Quítate esa expresión complacida de la cara, Karsa Orlong. No creo que tengas la menor idea de a qué te has comprometido. ¿No oyes los grilletes cerrándose? ¿Encadenándote a este… este desafío absurdo y a estos malditos tiste edur sin sangre?

La expresión de Karsa se oscureció.

—Las cadenas no pueden retenerme, bruja.

Idiota, te están reteniendo ahora mismo.

Al mirar al otro lado, Samar vio que la bruja de pelo amarillo evaluaba a Karsa Orlong con ojos ávidos.

¿Y qué significa eso, me pregunto, y por qué me asusta tanto?

—Puño Temul —preguntó Keneb—, ¿qué se siente al irse uno a casa?

El wickano alto y joven (que no hacía mucho que se había hecho un tatuaje azul de cuerpo entero al estilo del clan Cuervo, un intrincado diseño geométrico que hacía que su cara pareciera un retrato elaborado con teselas) estaba contemplando a sus soldados, que llevaban por las riendas a sus caballos para subirlos por las rampas instaladas en la playa, más abajo. Al oír la pregunta de Keneb se encogió de hombros.

—Entre mi pueblo me enfrentaré una vez más a todo lo que me he enfrentado aquí.

—Pero no solo, ya no —señaló Keneb—. Esos guerreros de ahí abajo, ahora son tuyos.

—¿Lo son?

—Eso me han dado a entender. Ya no desafían tus órdenes, o tu derecho a darlas, ¿verdad?

—Creo —dijo Temul— que la mayor parte de estos wickanos querrán dejar el ejército una vez que desembarquemos en Unta. Regresarán con sus familias y cuando se les pida que relaten sus aventuras en Siete Ciudades, no dirán nada. En mi opinión, puño Keneb, mis guerreros están avergonzados. No por el poco respeto que me han mostrado. No, están avergonzados por la lista de fracasos de este ejército. —Clavó los ojos oscuros y duros en Keneb—. Son demasiado viejos, o demasiado jóvenes, y ambas edades se sienten atraídas por la gloria como si fuese una amante prohibida.

Temul no era de los que daban discursos y Keneb no recordaba haber conseguido arrancarle jamás tantas palabras juntas al atormentado joven.

—Buscaban la muerte, entonces.

—Sí. Querían unirse a Coltaine, Bastión y los demás del único modo posible. Morir en batalla, contra el mismo enemigo. Por eso cruzaron el océano, por eso dejaron sus aldeas. No esperaban regresar jamás a sus hogares, así que este último viaje de regreso a Quon Tali acabará con ellos.

—Malditos idiotas. Disculpa…

Una sonrisa amarga de Temul cuando sacudió la cabeza.

—No hace falta. Son unos necios, e incluso si yo tuviera sabiduría, no conseguiría compartirla.

Entre los restos del campamento que quedaba a sus espaldas comenzaron a aullar los perros pastores. Los dos hombres se volvieron, sorprendidos. Keneb miró a Temul.

—¿Qué pasa? Por qué…

—No lo sé.

Echaron a andar de regreso al campamento.

El teniente Poros observó a Torcido subir disparado por la pista. Al paso del perro se levantaban pequeños remolinos de polvo. Vislumbró por un momento unos ojos salvajes, medio locos, sobre el morro mutilado, después la bestia se perdió de vista. *Así que solo ahora averiguamos que les aterroriza el agua. Bueno, bien. Podemos dejar aquí a esos bichos feos.* Miró con los ojos entrecerrados la fila de wickanos y setis que supervisaban el embarque de sus escuálidos caballos, no muchos de esos animales sobrevivirían al viaje, sospechaba Poros, lo que los convertía en valiosas fuentes de carne. *Lo que sea para animar el agua de fregar la cubierta y la porquería de bazofia que los marineros llaman comida.* Oh, estos guerreros montados se quejarían, cómo se quejarían, pero eso no les impediría hacer cola con los cuencos preparados cuando sonase la campana.

Tierno se había asegurado de que la consejera supiera, con todo lujo de detalles, lo mucho que le desagradaba la incompetencia del puño Keneb. Nadie dudaba que a Tierno le sobraba coraje, o al menos una megalomanía rampante. Pero esa vez, maldita fuera, el viejo cabrón tenía cierta razón. Habían perdido un día entero y la mitad de una noche por culpa de Keneb. Una puñetera inspección de equipos del Embozado, presentados pelotón por pelotón (y justo en medio de la asamblea de embarque), dioses, el follón que se había armado. *«¿Es que Keneb ha perdido la cabeza?»* Oh, sí, la primera pregunta de Tierno a la consejera, y algo en el ceño de respuesta de la interpelada le indicó a Poros que la

desdichada mujer no sabía nada, y era obvio que tampoco comprendía por qué Keneb habría ordenado algo así.

Bueno, tampoco era de extrañar, con tanto andar con cara mustia por su puñetera tienda haciendo quién sabía qué con esa belleza fría de T'amber. Hasta la frustración del almirante había sido obvia. Se estaba corriendo la voz por las filas de que era muy probable que Tavore tuviera todas las papeletas para que la degradaran; Y'Ghatan podría haberse manejado mejor. Cada puñetero soldado resultaba ser un genio de la táctica cuando se trataba el asunto y más de una vez Poros había arrancado un buen trozo de carne soldadesca por algún comentario que hedía a traición. No importaba que Nok y Tavore estuvieran a la riña; no importaba que Tene Baralta fuera un caldero hirviente de sedición entre los oficiales; ni siquiera importaba que el propio Poros no hubiera decidido todavía si la consejera podría haberlo hecho mejor en Y'Ghatan, ya solo los rumores eran tan venenosos como cualquier peste que pudiera escupir la diosa Gris.

Poros estaba deseando, y a la vez temiendo, el embarque en los transportes y el largo y tedioso viaje que tenían por delante. Unos soldados aburridos eran peores que la carcoma en la quilla, o eso era lo que no dejaban de decir los marineros mientras posaban los ojos hastiados en los hombres y mujeres polvorientos que subían maldiciendo por las rampas solo para quedarse callados, apiñados como ovejas esquiladas, en las carboneras con pinta de lanchas mientras el canturreo de las idas y venidas resonaba sobre las aguas picadas. Peor todavía, los mares y océanos eran criaturas desagradables. Los soldados se enfrentaban a la muerte sin un solo parpadeo si sabían que podían defenderse, quizá incluso salir del lío luchando, pero el mar era inmune a las estocadas, las flechas que silbaban por el

aire y los muros de escudos. *Y bien sabe el Embozado que ya hemos tragado bastante esa costra grumosa de la impotencia.*

Y a los malditos perros pastores se les ocurría perder los papeles justo en ese momento.

¿Y ahora qué? Sin saber muy bien tampoco por qué, Poros escogió la misma dirección que había tomado Torcido. Al este, por la pista, pasó junto a la tienda de mando, después junto al círculo interno de piquetes, y salió hacia las trincheras de las letrinas; el teniente vio entonces a una docena más o menos de perros pastores que corrían disparados. Las formas moteadas, oscuras, se reunían y después dibujaban círculos entre ladridos salvajes, y en el camino, los sujetos de su excitación, una tropa que se acercaba a pie.

En el nombre de la Reina, ¿se puede saber quiénes son esos? Los escoltas estaban todos en el campamento, estaba seguro, y había visto a los setis practicando las vomitonas en las rampas (los tipos se mareaban en un charco). Y los wickanos ya habían entregado sus monturas a las agobiadas tripulaciones de los transportes.

Poros miró a su alrededor y vio a un soldado que llevaba tres caballos hacia la playa.

—¡Eh! Espera ahí. —Se acercó—. Dame uno de esos.

—No están ensillados, señor.

—¿En serio? ¿Y cómo lo sabes?

El hombre empezó a señalar el lomo del caballo…

—Idiota —dijo Poros—. Dame esas riendas; no, esas otras.

—Es el de la consejera…

—Me lo pareció. —Apartó a la bestia y se subió de un salto en su lomo. Después partió por el camino. El huérfano, Larva, salía en ese momento del campamento, llevaba junto a un tobillo el chucho gritón que parecía algo que

regurgitaría una vaca después de comer una alfombra de moer. Poros no les hizo ni caso, viró su montura hacia el este y la espoleó para ponerla a medio galope.

Ya podía ponerle nombre a la que iba al frente: capitán Faradan Sort. Y ahí estaba ese mago supremo, Ben el Rápido, y ese aterrador asesino, Kalam, y… *dioses del inframundo, pero son todos…* no, no lo eran. *¡Infantes! ¡Malditos infantes de marina!*

Oyó gritos a su espalda en el campamento, se estaba dando la alarma fuera de la tienda de mando.

Poros no podía creer lo que estaba viendo. Supervivientes de la tormenta de fuego, era imposible. *Cierto, tienen mala pinta, parecen medio muertos, de hecho. Como si el Embozado los hubiera usado para limpiarse los malditos oídos. Ahí está Lostara Yil, bueno, ella no está tan mal como el resto…*

El teniente Poros se detuvo delante de Faradan Sort.

—Capitán…

—Necesitamos agua —dijo la mujer, las palabras apenas conseguían salir entre unos labios secos, agrietados y llenos de ampollas.

Dioses, tienen un aspecto horrible. Poros giró el caballo en redondo y a punto estuvo de caerse del lomo del animal en el proceso. Se irguió y cabalgó de regreso al campamento.

Cuando Keneb y Temul llegaron al camino principal, a treinta pasos de la tienda de mando, vieron aparecer a la consejera, un momento después a Blistig y después a T’amber. Los soldados estaban gritando algo todavía incomprensible en el extremo oriental del campamento.

La consejera se volvió hacia los dos puños que se acercaban.

—Parece que mi caballo ha desaparecido.

Keneb arqueó las cejas.

—¿De ahí las alarmas? Consejera…

—No, Keneb. Han visto una tropa en el camino del este.

—¿Una tropa? ¿Nos están atacando?

—No lo creo. Bueno, acompáñeme. Al parecer tendremos que caminar. Y eso le permitirá, puño Keneb, explicar el fiasco de embarco de su compañía.

—¿Consejera?

—Su repentina incompetencia me resulta poco convincente.

El puño la miró. Había una insinuación de alguna emoción en aquel rostro corriente, demacrado. Una insinuación, nada más, no lo suficiente como para poder identificarla.

—Larva —dijo el puño.

La consejera alzó las cejas.

—Creo que va a tener explicarse un poco mejor, puño Keneb.

—Dijo que deberíamos tardar un día más en embarcar, consejera.

—¿Y el consejo de ese niño, un niño que apenas sabe leer y que además crece medio salvaje, es justificación suficiente para que usted confunda las instrucciones de su consejera?

—No, en circunstancias normales, no —respondió Keneb —. Es difícil de explicar, pero sabe cosas. Cosas que no debería saber, quiero decir. Sabía que partíamos hacia el oeste, por ejemplo. Sabía los puertos en los que planeábamos arribar…

—Quizá se ocultó detrás de la tienda de mando —dijo Blistig.

—¿Has visto alguna vez esconderse al chico, Blistig? ¿Jamás?

El hombre frunció el ceño.

—Debe de dársele muy bien, entonces.

—Consejera, Larva dijo que teníamos que demorarnos un día o moriríamos todos. En el mar. Estoy empezando a creer…

La consejera levantó una mano enguantada, el gesto lo bastante brusco como para silenciarlo, y el puño vio que los ojos femeninos se habían entrecerrado, clavado en lo que tenía delante…

Un jinete, montado a pelo, se acercaba a galope tendido.

—Es el teniente de Tierno —dijo Blistig.

Cuando fue obvio que el hombre no tenía intención de frenar ni de desviarse, todo el mundo se apartó a toda prisa a los lados del camino.

El teniente esbozó un apresurado saludo militar, apenas visto entre el polvo, y pasó como un trueno mientras gritaba algo parecido a «¡Necesitan agua!».

—Y —añadió Blistig mientras apartaba a manotazos las nubes de polvo cuando todos echaron a andar otra vez— ese era su caballo, consejera.

Keneb miró camino abajo, parpadeando para quitarse la arenilla de los ojos. Unas figuras vacilaban a lo lejos. Indistintas… No, esa era Faradan Sort, ¿verdad?

—Su desertora regresa —dijo Blistig—. Una estupidez por su parte, la verdad, dado que la deserción se castiga con la muerte. Pero ¿quiénes son esas personas que van detrás? ¿Y qué llevan en las manos?

La consejera se detuvo de golpe, el movimiento fue casi un tambaleo.

Ben el Rápido. Kalam. Más caras, cubiertas de polvo, tan blancas que parecían fantasmas… *Y es que lo son. ¿Qué otra*

cosa podrían ser? Violín. Gesler, Lostara Yil, Tormenta… Keneb vio una cara conocida, imposible, tras otra. Abrasados por el sol, tambaleantes, como criaturas atrapadas en el delirio. Y en sus brazos, niños, los ojos apagados, hundidos…

El niño sabe cosas… Larva…

Y allí estaba, flanqueado por sus extáticos perros, hablando, al parecer, con Peccado.

Peccado, pensábamos que estaba loca de pena, había perdido un hermano, después de todo… perdido y ahora encontrado de nuevo.

Pero Faradan Sort había sospechado, con toda razón, que otra cosa había sido la que había poseído a Peccado. Una sospecha lo bastante fuerte como para empujarla a desertar.

Dioses, nos rendimos con demasiada facilidad, pero no, la ciudad, la tormenta de fuego, esperamos días enteros, esperamos hasta que aquella maldita ruina entera se había enfriado. Revolvimos entre las cenizas. Nadie podría haber sobrevivido a aquello.

La tropa llegó adonde se encontraba la consejera.

La capitán Faradan Sort se irguió con solo una ligera vacilación y después hizo un saludo militar, con el puño al lado izquierdo del pecho.

—Consejera —dijo con voz ronca—, me he tomado la libertad de reformar los pelotones, pendiente de aprobación…

—Esa aprobación es responsabilidad del puño Keneb —dijo la consejera, su voz sonaba extraña, apagada—. Capitán, no esperaba verla otra vez.

Un asentimiento.

—Comprendo las necesidades de mantener la disciplina militar, consejera. Y por tanto, me entrego a usted. Le pido, sin embargo, que sea indulgente con Peccado, su juventud, su estado de ánimo en ese momento…

Caballos subiendo por el camino. El teniente Poros, que regresaba con más jinetes tras él. Vejigas llenas de agua que se balanceaban y rebotaban como ubres enormes. Los otros jinetes eran sanadores todos y cada uno, incluyendo los wickanos Nada y Menos. Keneb se quedó mirando sus expresiones de creciente incredulidad a medida que se acercaban.

Violín se había adelantado con un escuálido niñito profundamente dormido en los brazos.

—Consejera —dijo entre unos labios cuarteados—, sin la capitán, que cavó con sus propias manos, ni uno solo de los que estábamos atrapados bajo esa maldita ciudad la habríamos abandonado. Seríamos huesos medio podridos ahora mismo. —Se acercó un poco más, pero su esfuerzo por bajar la voz y convertirla en un susurro falló y Keneb lo oyó decir—: Consejera, cuelga usted a la capitán por deserción y más vale que consiga muchas más sogas, porque nosotros dejaremos este miserable mundo cuando ella lo haga.

—Sargento —dijo la consejera, que parecía imperturbable—, ¿he de entender que usted y esos pelotones que tiene detrás se metieron bajo Y'Ghatan en medio de la tormenta de fuego, de algún modo consiguieron no cocerse vivos en el proceso y después se abrieron camino cavando?

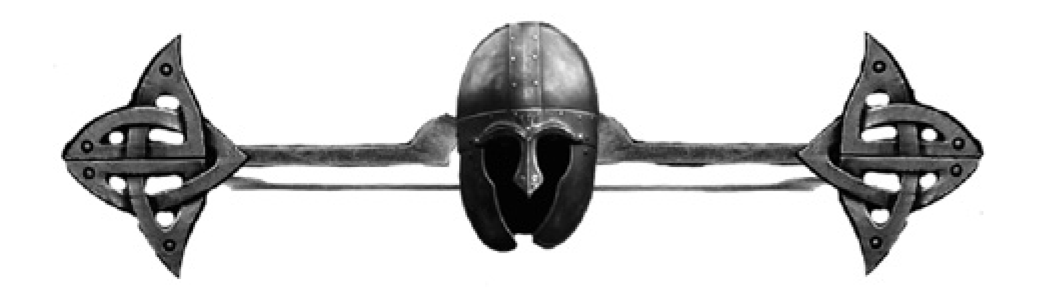
Violín volvió la cabeza y escupió sangre, después esbozó una sonrisa escalofriante, funesta, los labios se partieron en dos filas de fisuras rojas y brillantes.

—Sí —dijo con voz ronca—, nos fuimos de caza… por entre los huesos de esa maldita ciudad. Y luego, con la ayuda de la capitán, salimos arrastrándonos de esa tumba.

La mirada de la consejera abandonó al desharrapado y fue recorriendo con lentitud toda la fila, las caras demacradas, los ojos letales que se asomaban a rostros incrustados de polvo, la piel desnuda, ampollada.

—Auténticos cazahuesos, así pues. —Hizo una pausa cuando Poros se adelantó con sus sanadores y las botas de agua, y después dijo—: Bienvenidos a casa, soldados.

Libro cuarto



Los Cazahuesos

¿Quién negará que está en nuestra naturaleza creer lo peor de nuestro prójimo? Al tiempo que los cultos nacían y, de hecho, se fundían en un único culto patronímico (no solo de Coltaine, el Alado, la Pluma Negra, sino también de la propia cadena de perros) por todo Siete Ciudades, con santuarios que parecían surgir de los propios yermos por todo ese malhadado sendero, santuarios como ofrenda a un héroe muerto tras otro: Bastión, Tregua, Picadora, Sormo E’nath, incluso Baria y

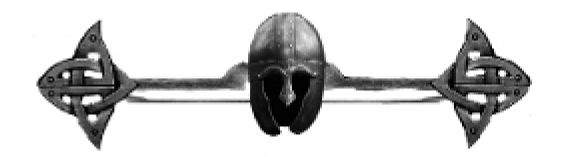
Mesker Setral, de las Espadas Rojas; y al clan Perroloco, al clan Comadreja y por supuesto a los Cuervos y al propio Séptimo Ejército; mientras en la cordillera Gelor, en un viejo monasterio que se asoma al antiguo campo de batalla, nacía un nuevo culto centrado en los caballos, al tiempo que esta inmensa fiebre de veneración se apoderaba de Siete Ciudades, ciertos agentes en el corazón del Imperio de Malaz hacían correr entre el populacho relatos que insinuaban justo lo contrario: que Coltaine había traicionado al Imperio; que había sido un renegado, aliado secreto de Sha'ik. Después de todo, si los incontables refugiados se hubieran limitado a quedarse en sus ciudades, si hubieran aceptado el dominio de la rebelión; si no los hubieran sacado a rastras Coltaine y sus wickanos sedientos de sangre, y si el líder del cuadro de magos del Séptimo, Kulp, no hubiera desaparecido de una forma tan misteriosa, dejando así al ejército malazano en una posición vulnerable a las maquinaciones mágicas y todo tipo de manipulaciones de las brujas y hechiceros wickanos, si no hubiera ocurrido todo eso, no habría habido matanza, ni la terrible ordalía de cruzar medio continente expuestos a las tribus depredadoras y medio salvajes de las tierras baldías. Y, lo más odioso de todo, Coltaine se había confabulado después con el traidor del historiador imperial, Duiker;

había intrigado para llevar a cabo la subsiguiente traición y aniquilamiento del ejército de Aren, comandado por el ingenuo puño supremo Pormqual, que fue la primera víctima de la pavorosa traición. ¿Por qué si no, después de todo, optarían esos mismos rebeldes de Siete Ciudades por venerar a esas figuras, si no vieran en Coltaine y el resto a unos aliados heroicos…?

En cualquier caso, ya sea con la aprobación oficial o sin ella, la persecución de los wickanos dentro del Imperio estalló como un fuego ardiente que todo lo consume, dado el amplio combustible…

El año de las diez mil mentiras
—Kayessan

17



¿Qué queda por entender? Elegir es una ilusión. La libertad es arrogancia. Las manos que se extienden para guiar cada uno de tus pasos, cada uno de tus pensamientos, no son de los dioses, pues ellos no están menos engañados que nosotros, no, amigos míos, esas manos vienen a cada uno de nosotros… de cada uno de nosotros.

Puede que creáis que la civilización nos ensordece con decenas de miles de voces, pero escuchad bien ese clamor ya que, con cada estallido renovado tan dispar y numeroso, una antigua fuerza despierta y acerca todavía más cada ruido, hasta que el coro no forma más que dos bandos, cada uno luchando contra el otro. Están dibujadas las líneas sangrientas, luchan en el giro de los rostros, en el taponamiento de los oídos, en la negación fría, y todo discurso, al final, se revela como fútil y sin valor.

¿Querréis seguir aferrándoos, amigos míos, a la creencia de que el cambio está a nuestro alcance? ¿Que la voluntad y la razón vencerán a la voluntad de la negación?

No queda nada que entender. Este torbellino loco nos retiene a todos en una presa que no se puede romper; y vosotros, con vuestras lanzas y máscaras de batalla; vosotros, con vuestras lágrimas y suaves caricias; vosotros, con la sonrisa sardónica tras la cual hay gritos de miedo y odio por vosotros mismos; incluso vosotros que os apartáis en silencio para presenciar nuestra catástrofe de disolución, demasiado entumecidos para actuar; todo es uno. Sois todos uno. Somos todos uno.

Así que ahora acercaos más, amigos míos y podréis ver en esta modesta carreta que tenéis delante mis más preciadas mercancías. Elixir del Olvido, Tintura de Baile Frenético, y aquí, mi favorito: Ungüento de Capacidad Sin Fin Masculina, donde garantizo que vuestro soldado permanecerá en pie batalla tras batalla…

Arenga del buhonero
Relatada por Vaylan Winder
Malaz, el año en que la ciudad se inundó de aguas residuales (1123 del Sueño de Ascua)

Riachuelos de agua que apestaban a orina chorreaban por los escalones que llevaban a la posada del Colgado de Gallera, una de la veintena de tabernas infames del barrio de los Muelles de la ciudad de Malaz que Banaschar, otrora sacerdote de D’rek, tenía por costumbre frecuentar en los últimos tiempos. Cuáles fueran los detalles que antaño hubieran existido en su mente para distinguir uno de esos lugares de otro ya hacía tiempo que se habían desvanecido, el dique de su resolución lo había podrido la frustración y un pánico creciente, lo bastante envenenado para paralizarlo en cuerpo y espíritu. Y la subsiguiente inundación era un consuelo sorprendente, incluso cuando las aguas iban subiendo cada vez más.

No muy diferente, observó mientras salvaba los traicioneros escalones recubiertos de moho, de esa maldita lluvia, o así la llamaban los vecinos de toda la vida, a pesar del cielo despejado que lucía sobre sus cabezas. La lluvia suele caer, decían, pero en ocasiones sube, se filtra por los adoquines deshechos del barrio y transforma establecimientos subterráneos como el de Gallera en un cenagal pantanoso, la entrada protegida por una nube quejumbrosa de mosquitos, y el hedor de las cloacas

rebosantes flota tan denso que los veteranos anuncian su llegada como anunciarían la de una persona real que ostentara el desdichado nombre de Peste, le ofrecen un saludo si no la bienvenida a una compañía ya bastante sórdida.

Y muy sórdida era la compañía de Banaschar esos días. Veteranos que evitaban la sobriedad como si fuera una maldición; putas que ya hacía mucho tiempo que habían malvendido sus corazones de oro, si es que alguna vez los habían tenido; jóvenes escuálidos con una multitud de ambiciones apropiadamente modestas, ser el matón más mezquino de esa madeja de calles y aquellos callejones fétidos; el ladrón maestro de las pocas pertenencias que poseen los pobres; el navajero más despiadado con al menos cincuenta nudos en las cuerdas de la muñeca, cada nudo un homenaje a una persona lo bastante idiota como para confiar en ellos; y, por supuesto, el surtido habitual de guardaespaldas y musculitos cuyos sesos quedaron privados de aire en algún momento de sus vidas; contrabandistas y aspirantes a contrabandistas, informadores y los espías imperiales a los que informaban, espías que espiaban a los espías, pregoneros de innumerables sustancias, usuarios de esas mismas sustancias de camino al olvido del Abismo; y, aquí y acullá, personas imposibles de categorizar, puesto que no delataban nada de sus vidas, sus historias, sus secretos.

En cierto modo, Banaschar era una de esas personas en sus mejores días. Otras veces, como la que nos ocupa, no podía reivindicar una posible (si bien improbable) grandiosidad. Esa tarde, por tanto, había llegado temprano a lo de Gallera con la intención de alargar la noche todo lo posible, y lubricarla bien, por supuesto, lo que a su vez lograría un periodo muy largo y, con un poco de suerte,

dichoso, de inconsciencia en una de las ratoneras infestadas de piojos que había encima de la taberna.

Sería fácil, reflexionó mientras agachaba la cabeza por la puerta y se detenía por un momento para parpadear en la penumbra, sería fácil pensar en el clamor como una única entidad, una entidad que lucía incontables bocas, y considerar el estrépito como algo tan sinsentido como el torrente de agua parda de una cloaca. Pero Banaschar había llegado a apreciar de un modo nuevo los caprichos del ruido que surgía de las gargantas humanas. La mayor parte hablaba para evitar pensar, pero otros hablaban como si arrojaran cuerdas de salvamento, aunque al mismo tiempo se ahogaban en cualquier reconocimiento desesperado al que hubiesen llegado, quizá durante alguna pausa inoportuna repleta del horror del silencio. Otros pocos no encajaban en ninguna de esas categorías. Eran los que utilizaban el clamor que los rodeaba como una barrera y creaban en el centro un lugar en el que ocultarse, mudos e indiferentes, apartados de todo contacto con el mundo exterior.

Con harta frecuencia, Banaschar, que antaño había sido sacerdote, que antaño se había zambullido en un zumbido de voces que entonaban la cadencia de la plegaria y los cánticos, buscaba a esos ciudadanos por el dudoso placer de su compañía.

Entre la calima del humo del durhang y la roya, los remolinos acres y negros de las mechas de las lámparas y algo que podría ser bruma reunida justo bajo el techo, vio, encorvado en un reservado junto a la pared trasera, una figura conocida. Conocida en el sentido de que Banaschar había compartido más de una y dos veces una mesa con ese hombre, aunque Banaschar lo ignoraba casi todo sobre él,

incluyendo su nombre de pila. Él lo conocía solo como Forastero.

Forastero realmente, pues hablaba malazano con un acento que Banaschar no reconocía, algo en sí ya curioso, puesto que los viajes del antiguo sacerdote habían sido numerosos, desde Korel hasta Robo y Mare en el sur; desde Nathilog hasta Callows en Genabackis, por el este; y en el norte, desde Falar a Aren o Yath Alban. Y en esos viajes había conocido a otros viajeros que procedían de lugares que Banaschar ni siquiera podía encontrar en ningún mapa del templo. Nemil, Perecedero, Shal-Morzinn, Elingarth, Tormento, Jacuruku y Stratem. Pero el hombre al que se estaba acercando, abriéndose paso incluso a empujones entre la multitud vespertina de marineros y la horda local de veteranos, ese hombre tenía un acento diferente a todos los que Banaschar había oído jamás.

Pero la verdad de las cosas nunca era tan interesante como el misterio que precedía a la revelación y Banaschar había terminado por apreciar su propia ignorancia. En otros asuntos, después de todo, sabía demasiado, ¿y de qué le había servido eso?

El antiguo sacerdote se deslizó por el grasiento banco que tenía enfrente el enorme forastero, se soltó el broche de su desharrapado manto y se desprendió con un encogimiento de hombros de sus pliegues; en otro tiempo, le parecía que hacía ya mucho, una falta de consideración tan grande por las feas arrugas que provocaría lo habrían horrorizado, pero desde entonces ya había dormido lo suyo con ese manto puesto, inconsciente, en un suelo salpicado de vómito y, dos veces, en los adoquines de un callejón; el comportamiento correcto, por desgracia, había dejado de ser una necesidad moral.

Se recostó en el banco, con la basta tela arracimada tras él, cuando una de las sirvientas de Gallera llegó con una jarra de la Bazofia de Sanguijuela de Gallera, una cerveza débil, gaseosa, que había adquirido su nombre de un modo bastante literal y que justificaba la ya habitual mueca con el ojo cerrado con el que todos miraban aquel brebaje de color latón antes del primer trago.

El forastero había levantado la cabeza una vez, al llegar Banaschar, y había puntuado el gesto con una media sonrisa sardónica antes de volver su atención a la taza de arcilla cocida llena de vino que tenía entre las manos.

—Oh, las uvas jakatakanas no están mal —dijo el antiguo sacerdote—, es el agua local lo que convierte ese vino que tanto te gusta en pis de serpiente.

—Sí, malas resacas —dijo Forastero.

—¿Y eso es deseable?

—Pues sí. Me despierta una y otra vez durante toda la noche, casi cada campanada, con el cráneo estallándome y la vejiga a punto de explotar; pero si no me despertara, esa vejiga explotaría. ¿Entiendes?

Banaschar asintió y miró a su alrededor.

—Más cabezas de lo habitual para ser por la tarde.

—Solo te lo parece porque últimamente no pasas por aquí a estas horas. Hace tres noches que llegaron tres transportes y una escolta, venían de Korel.

El antiguo sacerdote estudió a los otros clientes con un poco más de atención.

—¿Hablan mucho?

—A mí me lo parece.

—¿Sobre la campaña de allí abajo?

Forastero se encogió de hombros.

—Vete a preguntarles, si quieres.

—No. Demasiado esfuerzo. Lo malo de hacer preguntas…

—Es que te contesten, sí, ya lo habías dicho.

—Eso es lo malo también, que todos terminamos diciendo lo mismo una y otra vez.

—Eso tú, no yo. Y cada vez vas a peor.

Banaschar se tomó dos tragos y después se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Peor. Sí, es verdad.

—Nunca es bueno —comentó Forastero— ver a un hombre con prisas.

—Es una carrera —dijo Banaschar—. ¿Alcanzo el borde y me precipito al vacío o llega mi salvación a tiempo? Envida unas monedas por el resultado, yo sugeriría lo primero, pero eso es solo entre tú y yo.

El hombretón (que pocas veces miraba a los ojos de nadie cuando hablaba y cuyas manazas y muñecas estaban repletas de cicatrices y cubiertas de verdugones) agitó la cabeza antes de hablar.

—Si esa salvación es una mujer, solo un necio apostaría contra mí.

Banaschar hizo una mueca y levantó su jarra.

—Una gran idea. Brindemos por todos los amores perdidos del mundo, amigo mío. ¿Qué le pasó al tuyo, o es una pregunta demasiado personal para esta dudosa relación nuestra?

—Has saltado a la piedra que no era —dijo el hombre—. Mi amor no está perdido, y quizá algunos días pensaría en cambiarme de lugar contigo, pero no hoy. Ni ayer tampoco, ni anteayer. Ahora que lo pienso…

—No hace falta seguir. Mi salvación no es una mujer, o, si lo fuera, no lo sería por el hecho de ser mujer, si sabes a qué me refiero.

—¿Así que acabamos de tener una de esas conversaciones hipotéticas?

—Aprendiste malazano de un marinero leído, ¿eh? En cualquier caso, hipotética no es la palabra adecuada para lo que yo quiero decir, creo. Más bien, metafórica.

—¿Estás seguro?

—Pues claro que no, pero no se trata de eso, ¿no? La mujer es un corazón roto, o quizá solo un tobogán de barro que recorres hasta que te entierra, hasta que nos entierra a todos. —Banaschar se terminó la cerveza, agitó la jarra en el aire durante un momento y después volvió a aposentarse con un eructo—. ¿Sabes lo del marinero napaniano? Se bebió un barril entero de Bazofia de Sanguijuela y después se acercó mucho a una mecha encendida, y fue y le explotó casi todo el trasero. Me pregunto cómo ilumina eso las cosas…

—Solo por un instante, me imagino.

Satisfecho con la respuesta, Banaschar no dijo nada. Llegó una sirvienta con una jarra con la que rellenó el jarro del antiguo sacerdote. Este la observó irse, balanceándose entre la multitud, una mujer con muchas cosas que hacer.

Era fácil pensar en una isla como algo aislado (desde luego la mayor parte de los isleños compartían una perspectiva restringida, una mezcla de arrogancia satisfecha y obsesión por sí mismos), pero el aislamiento era superficial, una mera vanidad. Si secas los mares, queda al descubierto el suelo rocoso que todo lo une; los seguidores de D’rek, el Gusano del Otoño, lo entendían de sobra. Rumores, actitudes, estilos, creencias que agitaban las cadenas de la convicción, todo rodaba sobre las olas con la facilidad del viento y lo que encajaba con comodidad no tardaban en convertirse en propiedad de los isleños, y, de hecho, en lo que a ellos se refería, hasta se había originado con ellos.

Había habido una purga, y el aire todavía olía a ceniza procedente del arrabal del Ratón, donde la chusma se había abalanzado sobre las pocas familias wickanas desplazadas que residían allí (mozos de cuadra, zurcidores, remachadores de arreos de cuero, tejedores de mantas de caballo, una anciana que curaba caballos de tiro y mulas), y a todos, con un celo despiadado, los habían sacado a rastras de sus chozas y casuchas, niños y ancianos, y todos los demás entre medias; y, tras arrebatarles sus escasas posesiones, la turba había prendido fuego a esos hogares. Apiñados como ganado en la calle y rodeados, los wickanos acabaron lapidados.

Coltaine no estaba muerto, decía el pueblo. La historia entera era mentira, así como el rumor más reciente que decía que a Sha'ik la había matado la consejera. Una impostora, un chivo expiatorio para desviar la atención del ejército vengador. Y en cuanto a la rebelión en sí, no había sido aplastada. Se había limitado a desaparecer, los traidores habían vuelto a meterse en sus cuevas, las armas envainadas y ocultas bajo las telabas. Cierto, la consejera incluso había perseguido a Leoman de los Mayales y lo había atrapado en Y'Ghatan, pero hasta eso era una finta. Las Espadas Rojas estaban una vez más libres en Aren, los huesos del traicionado puño supremo Pormqual rotos y esparcidos por todo el Camino de Aren, la hierba ya crecía densa sobre los túmulos que albergaban al ejército traicionado de Pormqual.

¿Acaso los preocupados residentes de Aren no habían viajado hasta la colina conocida como la Ladera? ¿Y no habían cavado agujeros en el túmulo en busca de los huesos del maldito Coltaine? ¿Y los de Bastión, Picadora y Tregua? ¿Y no era cierto que no habían encontrado nada? Todo mentiras. Los traidores habían desaparecido, todos y cada

uno, incluyendo Duiker, el historiador imperial cuya traición a la emperatriz, y al Imperio mismo, era quizá el momento más vil de todos.

Y, al fin, las últimas noticias. Sobre un asedio catastrófico. Sobre una plaga terrible en Siete Ciudades. Noticias dispares, inconexas, pero como atizadores metidos en el fuego, levantaban chispas que estallaban en la oscuridad. Y, en susurros endurecidos por la convicción de la verdad, había reaparecido Sha'ik Renacida y comenzaba a reunir más seguidores a su alrededor.

La gota que colmaba el vaso.

Abajo, en el Ratón, la chusma había actuado por voluntad propia. La chusma no necesitaba líderes, ni directivas imperiales, la chusma entendía de justicia y en esa isla (el lugar de nacimiento del Imperio) la justicia se sujetaba con manos rojas. Los cuerpos maltratados, hechos pulpa, se tiraron al río, que estaba demasiado hinchado, bajaba demasiado denso a causa de las aguas residuales y los desechos, las alcantarillas bajo los puentes eran demasiado estrechas para dejar pasar esos cuerpos y expulsarlos a la bahía.

Y eso también se vio como un mal presagio. El antiguo dios del mar había rechazado esos cadáveres. Mael, con el poder de la fe avivada de la isla, no quería aceptarlos en la bahía salada del puerto de Malaz, ¿qué mayor prueba hacía falta?

Se había visto al fantasma del emperador en el patio repleto de malas hierbas de la Casa de Muerte, un fantasma que se alimentaba de las almas de los wickanos masacrados.

En los templos de D'rek de Jakata y allí mismo, en la ciudad de Malaz, los sacerdotes y las sacerdotisas se habían desvanecido, los habían mandado marchar de noche, se susurraba, para dar caza al resto de los wickanos que

quedaban en la isla, los que habían huido al enterarse de la purga en Malaz, pues la propia Gusano del Otoño ansiaba sangre wickana.

Se decía que se estaba reuniendo un ejército de ciudadanos en las antiguas fronteras, al borde de las Llanuras Wickanas del continente, y que estaba a punto de ponerse en marcha con el objetivo de destruir hasta el último de aquellos condenados traidores en sus miserables y malolientes chozas. ¿Y acaso había enviado la emperatriz a sus legiones para dispersar a ese ejército? No, pues claro que no, tenían su aprobación.

El mago supremo imperial Tayschrenn estaba en la ciudad de Malaz, instalado con toda comodidad en la fortaleza de Mock. ¿Qué lo había llevado allí? ¿Y por qué una visita tan pública? El extraño hechicero era legendario por moverse sin que nadie lo viera, por actuar entre bambalinas para garantizar la salud del Imperio. Después de todo, él era los cimientos del poder de Laseen, su mano izquierda allí donde la derecha pertenecía a la Garra. Si estaba allí, era para supervisar…

Está aquí. Banaschar podía sentir al muy cabrón, un aura siniestra y ominosa que se desprendía de la fortaleza de Mock. Día tras día, noche tras noche. *¿Y por qué? Ah, qué idiotas sois todos.*

Por la misma razón por la que estoy aquí yo.

Seis mensajeros hasta el momento. Seis, todos recompensados con generosidad suficiente como para que fueran fiables, todos juraron después que habían puesto la misiva en las manos del vigilante de la puerta de la Fortaleza, esa criatura encorvada que se decía que era tan vieja como la propia fortaleza de Mock, que a su vez había asentido cada vez y había dicho que entregaría la misiva al mago supremo.

Y todavía no había respuesta. No había llamada.

Alguien está interceptando mis mensajes. No puede haber otra posibilidad. Cierto, fui muy reservado en lo que dije, ¿cómo no iba a serlo? Pero Tayschrenn reconocería mi sello y comprendería… con el corazón de repente martilleando en el pecho, un sudor frío en la piel, las manos temblorosas… lo habría entendido. Al instante.

Banaschar no sabía qué hacer. Al último mensajero lo había enviado tres semanas antes.

—Es ese destello desesperado en tus ojos —dijo el hombre que tenía enfrente, con otra media sonrisa en la cara, aunque su mirada se apartó en cuanto Banaschar se concentró en él.

—¿Qué pasa, que te he enamorado?

—No, pero siento cierta curiosidad. Llevo observándote las últimas semanas. Te vas rindiendo, pero poco a poco. La mayor parte de la gente lo hace en un instante. Se levantan de la cama, van a la ventana y después, allí de pie, inmóviles, sin ver nada, mientras por dentro todo se derrumba sin apenas un susurro, apenas una nube de polvo para marcar el desplome, su desaparición en la nada.

—Te prefiero cuando hablas y piensas como un puñetero marinero —dijo Banaschar.

—Cuanto más bebo, más despejado y seguro me siento.

—Eso es mala señal, amigo.

—Las colecciono. No eres el único con la maldición de la espera.

—¡Meses!

—Yo llevo años ya —dijo el hombre, y metió un dedo romo en la copa para sacar una polilla que había aterrizado en el vino.

—Parece que eres tú el que debería haberse rendido hace mucho tiempo.

—Quizá, pero he adquirido una especie de fe. Juraría que ya no falta mucho. No mucho.

Banaschar lanzó un bufido.

—El hombre que se ahoga conversa con el necio, una noche que arruina a acróbatas, malabaristas y bailarines, vengan unos, vengan todos, con dos platas te compras infinito (y me refiero a infinito de verdad) entretenimiento.

—No estoy muy familiarizado con el ahogamiento, amigo.

—¿Lo que significa?

—Algo me dice que, cuando se trata de necios, tú podrías decir lo mismo.

Banaschar apartó la mirada. Vio otra cara conocida, otro hombre enorme, más bajo que el forastero que tenía enfrente, pero igual de ancho, la testa sin pelo marcada por manchas de vejez, cicatrices que propagaban costurones por cada parte de su cuerpo. Estaba en ese momento recogiendo un jarro de la vieja negra malazana de Gallera. El antiguo sacerdote alzó la voz.

—¡Eh, Temple! ¡Hay sitio aquí! —Se deslizó por el banco y se quedó observando a aquel hombre viejo pero todavía formidable (un veterano sin lugar a dudas) que se abría camino hasta él.

Al menos la conversación podría deslizarse de una vez hacia la nada.

Con todo. *Otro cabrón que espera… algo. Solo que, con él, sospecho que no sería nada bueno si al final llegara.*

En algún lugar de los sótanos de una ciudad lejana, muy lejana, se pudría un tapiz. Enrollado, hogar de nidos de ratones, el genio de las manos que lo habían tejido perdía poco a poco su guerra sin testigos contra los gusanos de los escarabajos expeditos, las larvas tawryn y las polillas de la

ceniza. Sin embargo, a pesar de todo eso, la oscuridad de su abandono ocultaba colores todavía vibrantes por algunos sitios, y la escena pintada en esa enorme colgadura conservaba suficientes elementos de la narrativa como para que no se perdiera su significado. Quizá sobreviviera otros cincuenta años antes de rendirse por fin a los estragos de la dejadez.

Ahlrada Ahn sabía que el mundo era indiferente a la necesidad de conservación. De historias, de relatos cargados de significado y trascendencia. Al mundo no le importaba nada lo que se olvidaba, pues la memoria y el conocimiento jamás habían sido capaces de detener la incesante reiteración de estupidez obstinada que tanto abundaba entre pueblos y civilizaciones.

El tapiz había dominado en otro tiempo una pared entera, la de la derecha según se miraba el trono de Obsidiana, desde el cual, antes de la anexión, el rey supremo de Rosazul, sumo sirviente del señor de las Alas Negras, había gobernado, y flanqueando el estrado, el Consejo de los Magos de Ónice, todos ataviados con sus magníficos mantos de piedra flexible, líquida, pero no, era el tapiz lo que obsesionaba a Ahlrada Ahn.

La narrativa comenzaba en el extremo más alejado del trono. Tres figuras contra un fondo del color de la medianoche. Tres hermanos, nacidos en Oscuridad pura y muy queridos por su madre. Todos expulsados ya, aunque cada uno había llegado a esa situación en su momento. Andarist, a quien Oscuridad veía como el primer traidor, una acusación que todos sabían errónea, pero el nudo de falsedades se había ceñido con fuerza a su alrededor y nadie podía soltarlo excepto el propio Andarist, que no pudo o no quiso hacerlo. Embargado por un dolor insoportable, había aceptado su destierro y sus últimas palabras habían sido las

siguientes, que bienvenido o no, él continuaría guardando a madre Oscuridad, aislado, y en ello se hallaría la medida de su vida. Pero incluso a esa promesa ella le había dado la espalda. Sus hermanos no pudieron por menos que reconocer ese crimen y fue Anomandaris Purake el primero en enfrentarse a madre Oscuridad. Qué palabras se cruzaron solo ellos las supieron, aunque de la nefasta consecuencia fueron testigos todos, Anomander le dio la espalda a su madre. Se alejó, negó la Oscuridad de su sangre y buscó, en su lugar, el Caos que nunca había dejado de combatir en sus venas. Silchas Ruina, el más enigmático de los hermanos, había parecido un hombre desgarrado por la indecisión, atrapado por unos esfuerzos imposibles de mitigar, de reconciliar, hasta que toda restricción se partió y cometió el mayor crimen de todos. *La alianza con Sombra. Al tiempo que la guerra estallaba entre los tiste, una guerra que continúa sin control hasta este día.*

Hubo victorias, derrotas, grandes matanzas y después, en ese último gesto de desesperación, Silchas Ruina y sus seguidores se unieron a las legiones de Sombra y su cruel comandante Scabandari (que llegaría a ser conocido como Ojodesangre) en su huida por las puertas. *Hacia este mundo. Pero la traición no deja de perseguir a los tres hermanos.* Y así, en el momento de la victoria suprema contra los k'chain che'malle, Silchas Ruina había caído bajo el cuchillo de Scabandari y sus seguidores habían caído a su vez bajo las espadas tiste edur.

Esa era la segunda escena del tapiz. La traición. La matanza. Pero esa matanza no había sido tan concienzuda como los edur creían. Habían sobrevivido tiste andii, los heridos, los rezagados, los ancianos y las madres y los niños que habían quedado atrás, lejos del campo de batalla. Lo habían presenciado todo. Y escaparon.

La tercera escena retrataba su peligrosa huida, la desesperada defensa de cuatro hechiceros contra sus perseguidores (cuatro hechiceros apenas crecidos que se convertirían en los fundadores de la Orden del Ónice), la victoria que les dio respiro, lo suficiente para poder escapar, y a través de nuevos despliegues de magia, eludir a los cazadores y elaborar un santuario…

En cuevas enterradas bajo montañas en la orilla del mar interior, cuevas en las que crecían flores de zafiro, intrincadas como rosas, de las que reino, montañas y mar derivaban su nombre común. *Rosazul, y así, la última y más conmovedora escena, la más cercana al trono, la más cercana a mi corazón.*

Su pueblo, los pocos miles que quedaban, una vez más ocultos en esas cuevas profundas, mientras la tiranía de los edur se propagaba como una locura por todo Lether. *Una locura que me ha devorado.*

El birreme hiroth resonaba como un trueno entre las olas palpitantes de ese fiero mar septentrional que los nativos llamaban Kokakal; Ahlrada se aferró a la baranda con las dos manos cuando la gélida espuma le golpeó la cara una y otra vez, como si fuera el sujeto de la ira de un dios enfurecido. Y quizá lo fuera, y de ser así, entonces era bien merecida en lo que a él se refería.

Había nacido hijo de espías y, generación tras generación, su linaje había vivido en medio de los tiste edur, prosperando sin sospechas en el caos de lo que parecían las interminables disputas intestinas entre las tribus. Hannan Mosag había puesto fin a eso, por supuesto, pero para entonces los vigilantes, como el propio Ahlrada Ahn y otros, ya estaban donde debían, su sangre y su historia mezclada a conciencia e inseparable de los edur.

Blanqueadores para la piel, los gestos secretos de comunicación que compartían los andii ocultos, las sutiles manipulaciones para garantizar su presencia en las reuniones importantes, esa era la vida de Ahlrada Ahn, y si las tribus hubieran permanecido en sus espesuras del norte, habría sido… aceptable, hasta el momento en el que él partiera en una expedición de caza de la que nunca regresaría, su pérdida llorada por su tribu adoptiva, mientras que, en realidad, Ahlrada habría cruzado la frontera sur de los yermos helados, habría recorrido las leguas incontables hasta llegar a Rosazul. Hasta llegar a casa, a su hogar.

Ese hogar no era… como había sido una vez. El santuario estaba bajo asedio, cierto, lo asediaba un enemigo confiado que todavía no sabía nada de las catacumbas ocultas bajo sus pies, pero eran los que gobernaban, las élites elegidas con sus posiciones de poder supremo, un poder del que se desprendía todo tipo de depravación y crueldad. *Del emperador, la sangre sucia va bajando y bajando…* Ningún reino letherii había caído tanto jamás como el de Rhulad y sus «nobles» edur. *Ruego que termine. Ruego que, un día, los historiadores escriban sobre este periodo oscuro de la historia de los letherii llamándolo la Era de Pesadilla, un título que describe la verdad para advertir al futuro.*

No creía ni una sola palabra de la plegaria que había musitado en su cabeza diez mil veces. *Vimos el camino que tomaría Rhulad. Lo vimos cuando el emperador desterró a su propio hermano. Dioses, yo estaba allí, en el Naciente. Fui uno de los «hermanos» de Rhulad, su nueva familia extendida de aduladores acobardados. Que el señor de las Alas Negras me proteja, observé cuando el único edur que admiraba, el único edur al que respetaba, fue derribado. No, hice algo más que mirar, añadí mi voz al pelado ritual de Trull que hizo Rhulad. ¿Y el crimen de Trull? Solo un intento*

desesperado más de llevar a Rhulad a casa. Ah, por la propia madre Oscuridad... Pero Ahlrada Ahn jamás había osado, ni una sola vez, ni siquiera en esos primeros tiempos, cuando Trull luchaba por volver la marea. No, él también le había dado la espalda, había rechazado cada oportunidad de desvelar palabras que sabía que Trull necesitaba y que vería y atesoraría como regalos. *Fui un cobarde. Mi alma huyó del riesgo, y ya no hay forma de volver.*

En los días que siguieron a la ascensión de Rhulad a la corona letherii, Ahlrada había encabezado una compañía de guerreros arapay que había salido de Letheras en busca del rastro de los que habían traicionado al nuevo emperador: su hermano Temor y ese esclavo, Udinaas. No habían conseguido descubrir señal alguna de ellos y en eso Ahlrada había hallado una pequeña victoria. La cólera de Rhulad casi había provocado ejecuciones en masa. Ahlrada y su partida de búsqueda los primeros de todos, pero la ruina que quedaba de Hannan Mosag había conseguido imponer cierto control sobre Rhulad, el emperador tenía gran necesidad de guerreros tiste edur, no solo para ocupar y gobernar el Imperio sino, sobre todo, para las inmensas expediciones que se estaban planificando ya.

Expediciones como esta. Si hubiera sabido lo que esos viajes iban a implicar, Ahlrada quizá hubiera elegido la ejecución que Rhulad se había mostrado tan impaciente por llevar a cabo en esos primeros días en Letheras.

Desde ese momento… *todo lo que hemos hecho en su maldito nombre…*

Lo seguimos, ¿en qué nos ha convertido eso? Oh, Trull, tenías razón, y ni uno solo de nosotros fue lo bastante valiente como para ponerse a tu lado cuando más importaba.

Los recuerdos de Trull Sengar perseguían a Ahlrada Ahn. No, lo perseguían los recuerdos de todo, pero se habían fundido y concentrado en un único y honorable guerrero de los tiste edur.

Se encontraba en el enorme barco, los ojos en los mares tumultuosos, la cara ya hacía tiempo que entumecida por la espuma gélida. Mientras en las aguas, por todos lados, más barcos navegaban entre las olas pesadas, la mitad de la Tercera Flota Imperial Edur, que iba en busca de una ruta para rodear ese enorme continente. Bajo cubierta y en las jarcias, en todos y cada uno de los barcos, se afanaban tripulaciones letherii, hasta los infantes más humildes. Mientras que sus amos y señores no hacían nada, aparte de consumir vino en los interminables festines de comida, o llevarse a sus suntuosos lechos esclavas letherii, a las que usaban hasta la extenuación y que terminaban rotas y enloquecidas por el veneno de la semilla edur, así que se limitaban a tirarlas por la borda, las lanzaban a los enormes tiburones grises que nunca dejaban de seguirlos y a las manadas de dhenrabi primales.

Una mitad de la flota en esas aguas. Comandada por Tomad Sengar, el padre del emperador.

¿Y qué tal lo hemos hecho hasta ahora, querido Tomad? Un pequeño puñado de paladines dudosos, contrincantes que llevar a casa y poner bajo la mirada maníaca de tu hijo menor.

Y no olvidemos a los hermanos caídos que hemos hallado. ¿De dónde han salido? Ni siquiera ellos lo saben. ¿Pero acaso los tratamos como parientes perdidos tiempo atrás? ¿Les abrimos los brazos y los acogemos? No, son criaturas menores, sangre contaminada por el fracaso, por la indigencia. Nuestro regalo es el desdén, aunque lo llamamos liberación.

Pero yo estaba pensando en los paladines… y en el apetito insaciable de Rhulad que envía a este mundo flota tras flota. Tomad, ¿qué tal lo hemos hecho?

Pensó en sus últimos invitados, bajo cubierta, y estaba la sensación, no más que un susurro en el cieno de su alma enrollada, podrida, comida por las polillas, que quizá esa vez habían encontrado a alguien formidable de verdad. Alguien que quizá pudiera hacer que Rhulad se ahogara en su propia sangre, incluso más de una vez… aunque, como siempre, se oiría ese terrible chillido…

Se nos hace y se nos deshace, y así continúa. Para siempre.

Y yo nunca veré mi hogar.

Con los ojos del color del granito curtido por los elementos, la comandante de los infantes letherii, la atri-preda Yan Tovis, conocida entre sus soldados como Crepúsculo, contempló al hombre enfermo. La bodega oscura del barco era fétida y húmeda, la pasarela que había sobre la quilla estaba manchada de vómito y moho resbaladizo. Los crujidos y golpes secos llenaban el aire con el impacto de cada ola contra el casco. La luz tenue de los faroles se balanceaba provocando un desenfreno de sombras.

—Toma —dijo—. Bebe esto.

El hombre levantó la vista, los ojos enrojecidos enmarcados por un rostro del tono de la grasa de ballena.

—¿Beber? —La palabra misma parecía casi suficiente para hacerlo doblarse una vez más, pero la atri-preda lo vio luchar con todas sus fuerzas contra el impulso.

—Hablo tu idioma no bien —dijo ella—. Bebe. Dos tragos. Espera. Después más.

—Lo devuelvo todo —dijo el hombre.

—No importa. Dos, te sientes mejor. Luego más. Mareo se va.

Con mano temblorosa el hombre aceptó la botellita de cristal patinado.

—Ceda hace —dijo Crepúsculo—. Hecho, generaciones atrás. Mareo se va.

Él tragó una vez, después dos veces, se quedó inmóvil durante un momento y después se derrumbó de lado. Escupió, tosió, jadeó.

—Que los espíritus me lleven, sí —dijo después.

—¿Mejor?

Un asentimiento.

—Bebe resto. No vomitarás.

Así lo hizo el hombre y después se echó hacia atrás con los ojos cerrados.

—Mejor. Mejor, sí.

—Bien. Ahora, ve con él. —Señaló hacia la proa, a veinte pasos, por la pasarela, donde había una figura inclinada, acurrucada contra el saliente de la proa—. Preda Tomad Sengar tiene dudas. Paladín no sobrevivirá a viaje. No quiere comer, beber. Se consume. Ve con él. Afirmas mucho, su habilidad. Nosotros vemos otra cosa. Nosotros vemos solo debilidad.

El hombre echado en la pasarela no la miró a los ojos, pero se incorporó poco a poco y después se puso en pie con torpeza, vacilante. Se irguió con las piernas muy abiertas para mantener el equilibrio.

Se escupió en las palmas de las manos, se las frotó por un momento y después se pasó las dos manos por el pelo.

Taralack Veed miró a la mujer a los ojos.

—Ahora eres tú la que pareces enferma —dijo con el ceño fruncido—. ¿Qué te ocurre?

Crepúsculo se limitó a sacudir la cabeza.

—Ve. El preda debe estar convencido. Si no, os arrojamos a los dos por la borda.

El guerrero gral dio media vuelta y se dirigió, como un cangrejo, pasarela arriba. A ambos lados, apiñados entre cajones y barriles, había figuras encadenadas. De piel gris como la de sus captores, casi igual de altos, con muchos rasgos faciales que revelaban sangre edur. Pero allí estaban, pudriéndose en su propia suciedad, sus miradas apagadas, de búho, seguían el avance de Taralack.

El gral se agachó delante de Icarium y estiró un brazo para posar la mano en el hombro del guerrero.

Icarium se estremeció al sentir el contacto.

—Amigo mío —dijo Taralack en voz baja—. Sé que no es una enfermedad de la carne lo que te aflige. Es una enfermedad del espíritu. Debes luchar contra ella, Icarium.

El jhag estaba encogido, las rodillas contra el pecho, los brazos las envolvían con fuerza, al gral le recordaba el estilo de enterramiento que practicaban los ehrlitanos. Durante un buen rato no hubo respuesta a sus palabras, después un escalofrío recorrió a la figura acurrucada.

—No puedo hacerlo —dijo Icarium y alzó la cabeza para clavar unos ojos desesperados en Taralack—. No deseo… ¡no deseo matar a nadie!

Taralack se frotó la cara. *Por los espíritus del inframundo, ese brebaje de Crepúsculo ha hecho maravillas. Puedo hacerlo.*

—Icarium. Mira por toda esta pasarela. Mira esas criaturas mugrientas a las que se les dijo que las estaban liberando de sus opresores. Que llegaron a creer que en estos edur estaba su salvación. Pero no. Su sangre no es pura. Está embarrada, ¡eran esclavos! Caídos a lo más profundo, sin saber nada de su propia historia, de la gloria de su pasado, sí, lo sé, ¿qué gloria? ¡Pero míralos! ¿Qué clase de demonios

son estos tiste edur y su maldito imperio para tratar así a los de su propia especie? Ahora dime, Icarium, ¿qué te he procurado yo? ¡Dímelo!

La expresión del guerrero era producto de los estragos, el horror inundaba sus ojos, y algo más, una luz salvaje.

—Por lo que presenciamos —susurró el jhag—. Por lo que los vimos hacer…

—Venganza —dijo Taralack Veed con un asentimiento.

Icarium se lo quedó mirando como si fuera un hombre ahogándose.

—Venganza…

—Pero no se te dará esa oportunidad, Icarium. El preda pierde la fe en ti, en mí, corremos un gran riesgo de que nos arrojen a los tiburones…

—Me piden que mate a su emperador, Taralack Veed. No tiene sentido…

—Lo que piden —dijo el gral enseñando los dientes— y lo que tú les entregarás son dos cosas completamente diferentes.

—Venganza —dijo Icarium otra vez, como si saboreara la palabra, después se llevó las dos manos a la cara—. No, no, no es para mí. Demasiada sangre ya, más no puede lograr nada. ¡No seré diferente de ellos! —Estiró el brazo de repente, cogió a Taralack y lo atrajo hacia sí—. ¿Es que no lo ves? Más vidas inocentes…

—¿Inocentes? Serás idiota, Icarium, ¿no lo entiendes? ¡La inocencia es una mentira! ¡Ninguno de nosotros somos inocentes! ¡Ni uno! ¡Muéstrame uno, por favor, te lo ruego, demuéstrame que me equivoco! —Se retorció en la presa de hierro del jhag y apuñaló el aire con un dedo para señalar las formas encorvadas de los esclavos—. Los dos lo presenciamos, ¿no es cierto? ¡Ayer! Dos de esos patéticos necios asfixiando a un tercero, ¡los tres encadenados,

Icarium, los tres famélicos, medio muertos! ¡Pero una antigua disputa, una antigua estupidez, desatada una última vez! ¿Víctimas? Oh, sí, no cabe duda de eso. ¿Inocentes? ¡Ja! ¡Y que los espíritus de los cielos y el inframundo me partan con un rayo si he juzgado mal!

Icarium se lo quedó mirando y después, poco a poco, los largos dedos fueron soltando su presa, la camisa de piel del gral.

—Amigo mío —dijo Taralack—, debes comer. Debes conservar tus fuerzas. Este imperio de los tiste edur es una abominación, gobernado por un loco cuyo único talento radica en su espada, y ante eso los débiles y los fuertes deben inclinarse, así está hecho el mundo. Desafiar a los poderosos es dar pábulo a la subyugación y la aniquilación, tú lo sabes, Icarium. Pero tú y solo tú, amigo, posees lo necesario para destruir esa abominación. Para eso naciste. Tú eres el arma definitiva de la justicia, no vaciles ante esta inundación de desigualdad. Aliméntate de lo que has presenciado, lo que hemos presenciado, y de todo lo que veremos en la travesía que tenemos por delante. Aliméntate de ello para avivar la justicia de tu interior, hasta que su poder sea cegador. Icarium, no permitas que estos terribles edur te derroten, como están haciendo ahora.

Una voz habló tras él. Crepúsculo.

—El preda considera una prueba. Para este guerrero.

Taralack Veed se giró y miró a la mujer.

—¿A qué te refieres? ¿Qué clase de prueba?

—Libramos muchas guerras. Caminamos por senderos de Caos y de Sombra.

Los ojos del gral se entrecerraron.

—¿Caminamos?

La mujer hizo una mueca.

—Los edur ahora gobiernan Lether. Donde ellos guían, los letherii deben seguirlos. Las espadas edur hacen río de sangre y de río de sangre, hay río de oro. Los leales se han hecho ricos, muy ricos.

—¿Y los desleales?

—Se ocupan de los remos. Endeudados. Así es.

—¿Y tú, atri-preda? ¿Eres leal?

La mujer lo estudió en silencio durante media docena de latidos, después le contestó.

—Cada paladín cree. Bajo su espada el emperador morirá. Lo que se cree y lo que es verdad no es lo mismo —dijo tergiversando de un modo extraño las palabras de Taralack—. A lo que es verdad, yo soy leal. El preda considera una prueba.

—Muy bien —dijo el gral, después contuvo el aliento, temía una negativa de Icarium. No hubo ninguna. *Ah, eso es bueno.*

La mujer se alejó, la armadura susurraba como monedas derramadas sobre la gravilla.

Taralack Veed se la quedó mirando.

—Se oculta —dijo Icarium en voz baja y triste—. Pero su alma muere en su interior.

—¿Crees, amigo mío —dijo el gral, y se volvió hacia el jhag una vez más—, que solo ella sufre en silencio? ¿Que solo ella se encoge, medrosa, su honor asediado por lo que debe hacer?

Icarium sacudió la cabeza.

—Entonces piensa en ella cuando tu resolución vacile, amigo mío. Piensa en Crepúsculo. Y en todos los demás como ella.

Una sonrisa débil.

—Pero dices que no hay inocencia.

—Una observación que no obvia la necesidad de justicia, Icarium.

La mirada del jhag se desvió, bajó y se alejó, y pareció concentrarse en las planchas cargadas de cieno del casco, a su derecha.

—No —susurró con tono hueco—, supongo que no.

El sudor resplandecía en las paredes de roca, como si la presión del mundo se hubiera hecho insoportable. El hombre que acababa de aparecer, como salido de la nada, se quedó inmóvil durante un tiempo, el gris oscuro de su manto y capucha lo hacía indistinguible en la penumbra, pero los únicos testigos de esa peculiaridad eran indiferentes y ciegos a la vez, los gusanos que se retorcían en la carne desgarrada y podrida entre la cantidad de cuerpos que se extendía ante él y bajaba por el suelo alargado y basto de la sima.

El hedor era sofocante y Cotillion sintió que lo envolvía una sensación conocida cargada de dolor, como si ese fuera el verdadero aroma de la existencia. Había habido momentos, estaba casi seguro, en los que había conocido una alegría auténtica, pero tan desvaídos estaban en sus recuerdos que había empezado a sospechar que eran una conjura ficticia de la nostalgia. Como con las civilizaciones y sus épocas doradas, lo mismo ocurría con las personas: cada individuo ansiaba por siempre ese momento dorado pasado de paz y bienestar auténticos.

Con mucha frecuencia se enraizaba en la niñez, en un tiempo antes de que los rigores de la ilustración afligieran el alma, cuando lo que parecía sencillo se desplegaba en toda su complejidad como los pétalos de una flor venenosa para emitir su miasma de decadencia.

Los cuerpos eran de hombres y mujeres jóvenes, demasiado jóvenes en realidad para ser soldados, aunque soldados habían sido. Sus recuerdos de solaz con toda probabilidad habrían sido borrados de sus mentes cuando, en un lugar y un mundo que antaño llamaban hogar, colgaban clavados por estacas de hierro a cruces de madera sin comprender cuáles habían sido sus crímenes. Por supuesto no había habido tales crímenes. Y la sangre, que ellos habían vertido con tanta profusión, no había producido prueba alguna de su mancha, porque ni el nombre de un pueblo ni el tono de su piel, ni desde luego la forma de sus rasgos, podía hacer de la sangre que daba vida algo menos puro, menos precioso.

Solo unos necios obstinados con el asesinato enraizado en sus corazones podridos creían lo contrario. Dividían a los muertos entre víctimas inocentes y castigados con todo derecho, y sabían con una convicción inatacable en qué lado se encontraban ellos. Con semejante convicción, hundir el cuchillo resultaba de una facilidad extrema.

La lucha había sido reñida, observó al ponerse en movimiento de golpe. Una batalla encarnizada y después una retirada organizada. Prueba de un adiestramiento superior, disciplina y la voluntad fiera de no rendirse sin cobrarse antes un precio. El enemigo se había llevado a sus caídos, pero para esos jóvenes muertos, la sima en sí se había convertido en su cripta. *Salvados de sus crucifixiones… para esto.*

Había habido tantas… tareas urgentes. Necesidades esenciales. *Tantas que descuidamos esta compañía, una compañía que nosotros mismos instalamos aquí para defender lo que reclamábamos como propio. Y luego debió de parecer que los abandonábamos.* Y en esa lúgubre conclusión, admitió él con amargura, no andarían muy

equivocados. *Pero ahora nos atacan por todos lados. Estamos en nuestro momento más desesperado. Ahora mismo… oh, mis amigos caídos, siento tanto esto…*

La arrogancia de los vivos, que sus palabras pudieran aliviar a los muertos. Peor, pronunciar palabras en busca del perdón de esos muertos. Los caídos no tenían más que un mensaje que entregar a los vivos, y no tenía nada que ver con el perdón. *Recuérdatelo, Cotillion. Ten siempre muy presente lo que los muertos te dicen a ti y a todos los demás, una y otra vez.*

Oyó ruidos más adelante. Un chirrido apagado, rítmico, como bordes de hierro lamiendo cuero, y luego los pasos blandos de unos mocasines.

El pasillo natural de la sima se estrechaba y bloqueando el embudo había un t'lan imass, la punta de su espada descansaba en la roca que tenía delante, que observó acercarse a Cotillion. Tras el guerrero no muerto se veía el fulgor amarillo apagado de unos faroles, una sombra que pasaba, luego otra, y después apareció una figura.

—Apártate, Ibra Gholan —dijo Minala, los ojos puestos en Cotillion.

Tenía la armadura destrozada. La punta de una lanza había perforado la cota de malla y el cuero en la parte alta del pecho, en el lado izquierdo, justo bajo el hombro. Sangre seca incrustada en los bordes. Un lado del barbote del yelmo había desaparecido y la zona de la cara que dejaba visible su ausencia estaba hinchada y moteada de cardenales. Sus extraordinarios ojos de color gris claro se clavaron en los de Cotillion cuando pasó junto al t'lan imass.

—Llegan a través de una puerta —dijo—. Una senda iluminada por fuego plateado.

—Caos —dijo Cotillion—. Prueba de la alianza que temíamos que se produjera. Minala, ¿cuántos ataques habéis

rechazado?

—Cuatro. —La mujer dudó, después levantó un brazo, se soltó el yelmo y se lo quitó. Un cabello negro, mugriento, apelmazado por el sudor, le fue cayendo por los hombros—. Mis hijos… las pérdidas han sido numerosas.

Cotillion no pudo seguir sosteniéndole la mirada. No tras esa admisión.

Ella continuó.

—Si no hubiera sido por los t’lan imass… y la aptoriana, y el renegado tiste edur, este maldito primer trono estaría ahora en manos de un ejército de bárbaros sedientos de sangre.

—Hasta el momento, entonces —aventuró Cotillion—, ¿tus atacantes han sido exclusivamente tiste edur?

—Sí. —La mujer lo estudió durante un largo rato—. Eso no durará, ¿verdad?

Los ojos de Cotillion se clavaron una vez más en Ibra Gholan.

Minala continuó.

—Los edur no son más que escaramuzadores, ¿verdad? Y ni siquiera ellos se han comprometido del todo con esta causa. ¿Por qué?

—Están diseminados, como nosotros, Minala.

—Ah, entonces no puedo esperar más aptorianas. ¿Qué hay de los otros demonios de tu reino, Cotillion? ¿Azalan? ¿Dinal? ¿No nos puedes dar nada?

—Podemos —dijo él—. Pero no ahora.

—¿Cuándo?

La miró.

—Cuando la necesidad sea mayor.

Minala se acercó un poco más.

—Serás cabrón. Tenía mil trescientos. Ahora tengo cuatrocientos que todavía puedan luchar. —Apuntó con un

dedo furioso la zona que quedaba tras el embudo—. Casi trescientos más yacen ahí, muriéndose de sus heridas, ¡y no hay nada que yo pueda hacer por ellos!

—Se informará a Tronosombrío —dijo Cotillion—. Vendrá. Sanará a tus heridos…

—¿Cuándo?

La palabra fue casi un gruñido.

—Cuando me vaya de aquí —respondió él—. Regreso directamente a Fortalezasombría. Minala, me gustaría hablar con los otros.

—¿Con quién? ¿Por qué?

Cotillion frunció el ceño antes de contestar.

—El renegado. Tu tiste edur. Tengo… preguntas.

—Jamás he visto habilidad igual con la lanza. Trull Sengar mata, y mata, y después, cuando todo acaba y se arrodilla entre la sangre de los hermanos que ha matado, llora.

—¿Lo conocen? —preguntó Cotillion—. ¿Lo llaman por su nombre?

—No. Dice que son den-ratha, y jóvenes. Recién iniciados en la sangre. Pero después dice que solo es cuestión de tiempo. Los edur que han logrado retirarse tendrán que informar de la presencia de un edur entre los defensores del primer trono. Trull dice que uno de su propia tribu estará entre los atacantes y que lo reconocerá, y es entonces, dice, cuando vendrán en masa, con hechiceros. Dice, Cotillion, que él será nuestra ruina.

—¿Se plantea irse? —preguntó Cotillion.

La mujer frunció el ceño.

—A eso no responde. Si se fuera, yo no lo culparía tampoco. Y —añadió— si elige quedarse, bien puedo morir con su nombre en los labios, la última maldición que expreso en este mundo. O, con más probabilidad, el suyo será el segundo nombre.

Cotillion asintió, lo comprendía.

—Trull Sengar continúa, así pues, careciendo de honor.

—Y ese honor significa nuestra perdición.

Cotillion se pasó una mano por el pelo, un tanto sorprendido al descubrir lo mucho que le había crecido. *Tengo que encontrar un barbero. Uno lo bastante digno de confianza como para dejar que me ponga una navaja en el cuello.* Se lo planteó. *Bueno, ¿extraña acaso que los dioses tengan que hacer solos tareas tan mundanas? Escúchate, Cotillion, tu mente quisiera huir de este momento. A ver si tu valor está a la altura del de esta mujer.*

—La llegada de hechiceros entre los tiste edur resultará ser una fuerza difícil de contrarrestar…

—Tenemos al invocahuesos —dijo ella—. Hasta el momento ha permanecido escondido. Inactivo. Puesto que, al igual que Trull Sengar, es un imán.

Cotillion asintió.

—¿Me muestras el camino, Minala?

Como única respuesta, la mujer se dio la vuelta y le hizo un gesto para que la siguiera.

La cueva en la que entraron era una visión de pesadilla. El aire era fétido, denso como el de un matadero. La sangre seca cubría el suelo de piedra como una alfombra pastosa, medio deshecha. Unos rostros pálidos (muy jóvenes, demasiado) se volvieron para mirar a Cotillion con unos ojos antiguos desprovistos de toda esperanza. El dios vio a la aptoriana, la piel negra del demonio ribeteada de cicatrices grises, apenas curadas; y agazapado junto a su única pata delantera, Panek, cuyo ojo enorme de múltiples facetas resplandecía. La frente sobre ese ojo encumbrado mostraba una brecha mal cosida, resultado de un golpe que le había desprendido el cuero cabelludo justo encima de un lado del

hueso orbital del ojo, una brecha que le llegaba hasta la sien contraria.

Se levantaron tres figuras que salieron de la penumbra y se acercaron a Cotillion. El dios patrón de los Asesinos se detuvo en seco. *Monok Ochem, el t'lan imass sin clan, conocido como Onrack el Fracturado, y el renegado tiste edur, Trull Sengar. Me pregunto si estos tres, junto con Ibra Gholan, habrían bastado. ¿Necesitábamos arrojar a Minala y sus jóvenes pupilos a este horror?*

Luego, cuando se acercaron más, Cotillion vio a Onrack y Trull con más claridad. Se habían llevado una buena paliza y estaban llenos de brechas y cortes. La mitad de la cabeza esquelética de Onrack estaba pelada. Las costillas se habían hundido tras un golpe salvaje y el arco superior de la cadera, en el lado izquierdo, se lo había llevado un corte que revelaba el interior poroso del hueso. Trull estaba sin armadura y era obvio que había entrado en batalla sin esa protección. La mayoría de sus heridas (cuchilladas profundas, perforaciones) las tenía en los muslos, bajo las caderas y hacia fuera, signo del estilo de defensa de un guerrero que empuña una lanza y utiliza el centro del mango del arma. El edur apenas podía caminar y se apoyaba con fuerza en la maltratada lanza que llevaba en las manos.

A Cotillion le costó mucho mirar a los ojos agotados, desesperados, del edur.

—Cuando llegue el momento —le dijo al guerrero de piel gris—, vendrá la ayuda.

Onrack el Fracturado fue el que contestó.

—Cuando obtengan el primer trono, comprenderán la verdad. Que no es para ellos. Pueden ostentarlo, pero no pueden utilizarlo. ¿Por qué, entonces, Cotillion de Sombra, estos valientes mortales se dejan la vida aquí?

—Quizá nosotros no hagamos más que proporcionar una distracción —dijo Monok Ochem, el tono del invocahuesos tan carente de inflexión como el de Onrack.

—No —dijo Cotillion—. Más que eso. Es lo que harían al hacer ese descubrimiento. Desatarán la senda de Caos en este lugar, en la cámara en la que reside el primer trono. Monok Ochem, lo destruirán y también destruirán su poder.

—¿Es tal hecho causa de pesar? —preguntó Onrack.

Conmocionado, Cotillion no supo responder.

Monok Ochem se giró para mirar a Onrack el Fracturado.

—Este habla con las palabras de los Desencadenados. Lucha no para defender el primer trono. Lucha solo para defender a Trull Sengar. Él solo es la razón de que el tiste edur siga con vida.

—Eso es cierto —respondió Onrack—. No acepto otra autoridad que no sea mi propia voluntad, los deseos sobre los que elijo actuar y las opiniones que me formo por mí mismo. Eso, Monok Ochem, es lo que significa la libertad.

—No… —dijo Trull Sengar, y se dio la vuelta.

—¿Trull Sengar?

—No, Onrack. ¿Es que no lo ves? Te arriesgas a tu propia aniquilación, y todo porque yo no sé qué hacer, todo porque soy incapaz de decidir… nada. Así que aquí sigo, tan encadenado como estaba cuando me encontraste en el Naciente.

—Trull Sengar —dijo Onrack tras un momento—, tú luchas para salvar vidas. Las vidas de estos jóvenes. Te alzas en lugar de ellos, una y otra vez. Es una elección noble. A través de ti, yo descubro el regalo de luchar en defensa del honor, el regalo de una causa que es digna. No soy como fui una vez. No soy como Monok Ochem e Ibra Gholan. La conveniencia ya no es suficiente. La conveniencia es la mentira del asesino.

—Por el amor del Embozado —le dijo Cotillion a Monok Ochem, estaba exasperado, a punto de estallar de frustración—, ¿no puedes acudir a los tuyos? Unos cuantos cientos de t'lan imass, tiene que haber alguno por ahí tirado, en alguna parte, sin hacer nada, como tienen por costumbre.

Los ojos vacíos continuaron… vacíos.

—Cotillion de Sombra. Tu compañero reclamó el primer trono…

—Entonces solo tiene que ordenar a los t'lan imass que acudan…

—No. Los otros viajan a una guerra. Una guerra de supervivencia…

—¡Al Embozado con Assail! —gritó Cotillion, su voz resonó salvaje en toda la cueva—. ¡No es más que maldito orgullo! ¡Allí no podéis ganar! ¡Enviáis clan tras clan, todos para acabar en el mismo buche destructivo! ¡Malditos idiotas, retiraos de una vez! ¡No hay nada por lo que merezca la pena luchar en esa miserable pesadilla de continente! ¿No lo veis? ¡Entre los tiranos de allí, no es más que un juego!

—Es la naturaleza de mi pueblo —dijo Onrack, y Cotillion detectó cierto tono en las palabras, algo parecido a una ironía cruel— creer en su propia eficacia suprema. Tienen intención de ganar ese juego, Cotillion de Sombra, o encontrarse con el olvido. No aceptan alternativas. ¿Orgullo? No es orgullo. Es la razón de existir.

—Nos enfrentamos a amenazas mayores…

—Y no les importa —interpuso Onrack—. Es algo que has de entender, Cotillion de Sombra. Otrora, hace mucho tiempo desde el punto de vista mortal, tu compañero encontró el primer trono. Lo ocupó y con eso obtuvo el mando de los t'lan imass. Incluso entonces era un dominio tenue, porque el poder del primer trono es muy antiguo. De

hecho, su poder se debilita. Tronosombrío pudo despertar a los logros t'lan imass, un único ejército que se encontró todavía vinculado a los restos de poder del primer trono, una cuestión de poco más que simple proximidad. No pudo dominar a los kron t'lan imass ni a los bentract, ni a los yfayle, ni a los otros que quedaban, estaban demasiado lejos. La última vez que Tronosombrío se sentó en el primer trono era mortal, no estaba vinculado a ninguna otra orientación. No había ascendido. Pero ahora es impuro, y esa impureza debilita todavía más su dominio. Cotillion, a medida que tu compañero va perdiendo cada vez más sustancia, también pierde… veracidad.

Cotillion se quedó mirando al guerrero fracturado, después posó los ojos sobre Monok Ochem e Ibra Gholan.

—Y estos —dijo en voz muy baja— representan… una obediencia simbólica.

—Debemos intentar —dijo el invocahuesos— preservar a los nuestros, Cotillion de Sombra.

—¿Y si se pierde el primer trono?

Un estrepitoso encogimiento de hombros.

Dioses del inframundo. Ahora, al fin, comprendo por qué perdimos el ejército no muerto de Logros en plena campaña de Siete Ciudades. Por qué… se fueron sin más. Volvió a mirar a Onrack el Fracturado.

—¿Es posible —preguntó— restaurar el poder del primer trono?

—No digas nada —ordenó Monok Ochem.

La mitad destrozada de la cabeza de Onrack se giró poco a poco y miró al invocahuesos.

—Tú no puedes imponerme nada. No tengo vínculos.

A una orden silenciosa, Ibra Gholan levantó su arma de piedra y se enfrentó a Onrack.

Cotillion levantó las manos.

—¡Esperad! Onrack, no respondas a mi pregunta. Olvidemos que la he hecho siquiera. No hay necesidad de esto, ¿no tenemos suficientes enemigos ya?

—Tú —le dijo Monok Ochem al dios— eres peligroso. Tú piensas lo que no se ha de pensar, dices en voz alta lo que no se ha de pronunciar. Eres como un cazador que recorre un sendero que nadie más puede ver. Debemos tomar en consideración las implicaciones. —El invocahuesos se giró, los pies huesudos arañaron el suelo cuando echó a andar hacia la cámara del primer trono. Tras un momento, Ibra Gholan bajó la espada y salió con un golpe seco tras Monok Ochem.

Cotillion levantó el brazo para pasarse la mano por el pelo una vez más y se encontró con que tenía la frente empapada de sudor.

—Bueno —dijo Trull Sengar con la insinuación de una sonrisa—, ya nos has tomado la medida, Cotillion. Y de esta visita, nosotros a nuestra vez sacamos dones igual de amargos. Es decir, la sugerencia de que todo lo que hacemos aquí, en defensa de este primer trono, es absurdo. Así pues, ¿optas ahora por retirarnos de este lugar? —Entrecerró los ojos para mirar al dios y la irónica medio sonrisa dio paso a… otra cosa—. Ya me parecía que no.

Quizá es cierto que recorro un sendero invisible, uno al que incluso yo estoy ciego, pero ahora la necesidad de seguirlo no podría ser mayor.

—No os abandonaremos —dijo.

—Eso dices tú —murmuró Minala tras él.

Cotillion se hizo a un lado.

—He invocado a Tronosombrío —le dijo él.

Una expresión irónica.

—¿Invocado?

—Nos concedemos permiso el uno al otro para hacer ese tipo de cosas, Minala, según dicta la necesidad.

—Auténticos compañeros, entonces. Creí que tú te sometías a Tronosombrío, Cotillion. ¿Afirmas ahora lo contrario?

El dios consiguió sonreír.

—Somos muy conscientes de los talentos complementarios del otro —respondió, y lo dejó así.

—No hubo tiempo suficiente —dijo ella.

—¿Para qué?

—Para el adiestramiento. Para los años que necesitaban… ellos. Para crecer. Para vivir.

El dios no dijo nada porque la mujer tenía razón.

—Llévatelos contigo —dijo Minala—. Ahora. Yo me quedaré, igual que la aptoriana y Panek. Cotillion, por favor, llévatelos contigo.

—No puedo.

—¿Por qué?

Él miró a Onrack.

—Porque, Minala, no regreso al reino de Sombra…

—¡Vayas donde vayas —dijo ella con una voz que de repente se hizo dura—, tiene que ser mejor que esto!

—Por desgracia, ojalá pudiera hacer esa promesa.

—No puede —dijo Onrack—. Minala, ahora es cuando de verdad emprende un camino invisible. En mi opinión, no lo volveremos a ver.

—Gracias por el voto de confianza —dijo Cotillion.

—Mi amigo ha visto días mejores —dijo Trull Sengar, que estiró un brazo para darle una palmada a Onrack en la espalda. El ruido seco que hizo el golpe fue hueco, levantó polvo y algo cayó con estrépito por el pecho del guerrero—. Oh —dijo el tiste edur—, ¿hay algún daño grave?

—No —respondió Onrack—. La punta rota de una lanza. Estaba alojada en el hueso.

—¿Te estaba irritando?

—Solo el molesto sonido que hacía cuando andaba. Gracias, Trull Sengar.

Cotillion los miró a los dos. *¿Qué mortal llamaría amigo a un t'lan imass? Y luchan uno junto al otro. Ojalá supiera más de este Trull Sengar.* Pero, como con tantas cosas últimamente, no había tiempo. Se volvió con un suspiro y vio que el joven Panek vigilaba el embudo en ausencia de Ibra Gholan.

El dios se dirigió hacia allí.

Panek se giró y lo miró.

—Lo echo de menos —dijo.

—¿A quién?

—A Caminante del Filo.

—¿Por qué? Dudo que ese saco de huesos pudiera luchar lo suficiente como para salir siquiera de un ataúd hecho de varas.

—No para luchar a nuestro lado, tío. Resistiremos aquí. Madre se preocupa demasiado.

—¿Qué madre?

Una sonrisa horrenda repleta de dientes afilados.

—Las dos.

—¿Por qué echas de menos a Caminante del Filo, entonces?

—Por sus historias.

—Ah, eso.

—Los dragones. Los tontos, los sabios, los vivos y los muertos. Si cada mundo no fuese más que un lugar en el tablero, ellos serían las piezas del juego. Pero ni una sola mano los dirige. Cada uno de ellos es salvaje, tiene voluntad

propia. Y después están las sombras, Caminante del Filo explicaba lo que eran, las que no se ven.

—Así que las explicaba, ¿eh? Bueno, está claro que a ese viejo malnacido tú le caes mejor que yo.

—Todos arrojan sombras, tío —dijo Panek—. En tu reino. Cada uno de ellos. Por eso hay tantos… prisioneros.

Cotillion frunció el ceño y después, despacio, de forma inexorable a medida que iba comprendiendo, los ojos del dios se abrieron mucho más.

Trull Sengar observó al dios pasar junto a Panek, había apoyado una mano en el muro de piedra, como si Cotillion estuviera de repente borracho.

—Me pregunto de qué iba todo eso. Cualquiera diría que Panek acaba de darle un rodillazo entre las piernas.

—Se ganaría un beso mío si lo hiciera —dijo Minala.

—Eres demasiado dura —dijo Trull—. A mí Cotillion me da pena.

—Entonces es que eres idiota, pero, por supuesto, eso ya lo sé desde hace meses.

Trull le sonrió desde donde estaba, enfrente de ella, pero no dijo nada.

Minala miró entonces la entrada irregular de la cámara del primer trono.

—¿Qué están haciendo ahí dentro? Nunca entran ahí.

—Considerando las implicaciones, supongo —dijo Trull.

—¿Y dónde está Tronosombrío? Se supone que ya tendría que haber venido. Si nos atacaran ahora mismo…

Estamos muertos. Trull se apoyó un poco más en la lanza para aliviar el peso de la pierna izquierda, que le dolía más (ligeramente más) que la derecha. *Por lo menos yo. Claro que también es lo más probable, me sanen o no, una vez*

que los míos decidan tomarse esto en serio. No entendía esas escaramuzas tímidas, los sondeos vacilantes de los den-ratha. ¿Y por qué se molestaban siquiera? Si ansiaban un trono, sería el de Sombra, no esa monstruosidad petrificada de hueso que llamaban el primer trono. *Pero, ahora que lo pienso, quizá sí que tiene sentido. Se han aliado con el dios Tullido y con los t'lan imass Desencadenados que ahora sirven al Encadenado. Pero mis tiste edur no le dan mucha importancia a las alianzas con los no edur. Quizá por eso todo lo que han hecho hasta ahora ha sido un derramamiento de sangre simbólico. Un solo hechicero y unos cuantos guerreros veteranos y esta pequeña fiesta se acabó.*

Y llegarían, *vendrán una vez que me reconozcan.* Pero él no podía ocultarse de ellos, no podía apartarse mientras masacraban a esos jóvenes humanos que no sabían nada de la vida, que eran soldados solo de nombre. Esas lecciones de crueldad y brutalidad no tenían sitio en lo que un niño necesitaba aprender, en lo que un niño debería aprender. Y un mundo en el que los niños estaban sometidos a semejantes cosas era un mundo en el que la compasión era una palabra hueca, sus ecos un coro de burlas y frío desdén.

Cuatro escaramuzas. Cuatro, y Minala era madre de setecientas vidas destrozadas, casi la mitad de las cuales se enfrentaban a la misericordia de la muerte… *hasta que Tronosombrío aparezca, con su regalo afilado, en sí mismo frío y despiadado.*

—Tu rostro te traiciona, Trull Sengar. Algo te empuja a llorar una vez más.

El edur miró a Onrack y después adonde se encontraba Minala con Panek.

—Su rabia es su armadura, amigo mío. Y esa es mi mayor debilidad, que no puedo conjurar lo mismo en mi interior. En

su lugar me encuentro aquí, a la espera. Del siguiente ataque, del regreso de la música terrible, los gritos, el dolor y la agonía, el rugido ensordecedor de la futilidad que crea nuestra sed de batalla… con cada choque de la espada y de la lanza.

—Pero tú no te rindes —dijo el t'lan imass.

—No puedo.

—La música que oyes en batalla es incompleta, Trull Sengar.

—¿Qué quieres decir?

—Me encuentro a tu lado y también oigo las plegarias de Minala, ya esté cerca o no. Incluso cuando se lleva a rastras a los niños heridos y moribundos, cuando los aleja del peligro, la oigo. Reza, Trull Sengar, para que tú no caigas. Para que sigas luchando, para que el milagro que eres y la lanza que empuñas nunca le falléis. Nunca le falléis a ella y a sus hijos.

Trull Sengar le dio la espalda.

—Ah —dijo Onrack—, con las lágrimas que de repente derramas, amigo mío, veo mi error. Buscaba con mis palabras infundirte orgullo, pero derroto tu armadura y te inflijo una profunda herida. Con desesperación. Lo siento. Hay tanto de lo que es vivir que he olvidado… —El maltratado guerrero contempló a Trull en silencio un momento antes de añadir—: Quizá pueda darte otra cosa, algo más… esperanzador.

—Por favor, inténtalo —dijo Trull con un susurro.

—A veces, en el fondo de esta sima, huelo algo, una presencia. Es muy leve, animal. Me… consuela, aunque no sé por qué, no alcanzo a comprender su fuente. En esos momentos, Trull Sengar, siento como si nos observaran. Nos están mirando unos ojos invisibles y en esos ojos hay una compasión inmensa.

—¿Lo dices solo para aliviar mi dolor, Onrack?

—No, no te engañaría de ese modo.

—¿De qué… de quién proviene?

—No lo sé, pero he visto que afecta a Monok Ochem. Incluso a Ibra Gholan. Percibo su inquietud y eso también me consuela.

—Bueno —dijo una voz ronca a su lado—, pues no soy yo. —Sombras que se fundían y creaban una forma encorvada, encapuchada, que vacilaba, indistinta, como si fuera reacia a comprometerse con una existencia concreta, una única realidad.

—Tronosombrío.

—Sanación, ¿no? Muy bien. Pero tengo poco tiempo. Debemos darnos prisa, ¿entendéis? ¡Rápido!

Renovados una vez más, para enfrentarnos a lo que venga. Ojalá tuviera mis propias plegarias. Palabras de consuelo en mi mente… para ahogar los gritos que me rodean. Para ahogar los míos propios.

En algún lugar de allí abajo, Karsa Orlong se esforzaba por calmar a Estragos y en el martilleo repentino de los cascos contra la madera, que hacía temblar la cubierta bajo los pies de Samar Dev, se notaba que aún tardaría un rato en tranquilizar al animal. No culpaba al caballo jhag. El aire allá abajo estaba viciado, apestaba a enfermedad y agonía, con el hedor amargo que emitía la desesperación.

Pero nosotros nos hemos ahorrado ese destino. Somos invitados, porque mi gigantesco compañero podría matar al emperador. El muy idiota. El muy imbécil, arrogante, egoísta. Debería haberme quedado con Buscabotes, allí, en esa costa salvaje. Debería haberme dado la vuelta y haber regresado a casa. Había deseado tanto que aquel fuera un

viaje de exploración y descubrimiento, el atractivo de las maravillas que aguardaban en el camino. En su lugar, se encontraba prisionera de un imperio que se había vuelto loco de obsesión. Un imperio farisaico, que veía su propio poder como si fuera un regalo que confería piedad. Como si el poder proyectase su propia escala de valores y la capacidad de hacer algo era justificación suficiente para hacerlo. La actitud del matón de la esquina, en su cabeza dos o tres reglas por las que guiaba su propia existencia y por las que intentaba dar forma a su mundo. Aquellos a quienes debía temer, aquellos a los que podía poner de rodillas, y quizá aquellos a los que ansiaba parecerse o a los que codiciaba, pero incluso entonces la relación era siempre de poder. Samar Dev se sentía enferma de asco, luchaba contra una marea de pánico tumultuoso que se alzaba en su interior, y no había cubierta seca bajo sus botas que pudiera evitarle ese ahogamiento.

Había intentado no interponerse en el trabajo de la tripulación humana que manejaba las velas del enorme barco y, al final, encontró un sitio donde no la empujaban ni maldecían, en el extremo de la proa, aferrada con fuerza al flechaste cuando las olas alzaban y luego dejaban caer el pesado navío. De una extraña forma, cada caída que le robaba el peso era una satisfacción, casi un consuelo.

Se acercó alguien a su lado y a Samar no le sorprendió ver a la bruja rubia de ojos azules. No le llegaba más que al hombro a Samar, los brazos desnudos mostraban los músculos enjutos, fibrosos, de alguien familiarizado con el trabajo duro y repetitivo. Indicativos también, creía Samar, de una personalidad concreta. Contundente, crítica, quizá incluso desconfiada, los músculos como alambres siempre se tensaban con una emoción extrema interna, una agitación

nerviosa que la devoraba como un combustible, infinita en su acre provisión.

—Me llamo Bruja de la Pluma —dijo la mujer y Samar Dev notó, con cierta sorpresa, que era joven—. ¿Tú entiendes palabras mías?

—Mis palabras.

—Mis palabras. Él enseña no bien —añadió.

Se refiere al taxiliano. No me extraña. Sabe qué ocurrirá cuando deje de ser útil.

—Tú me enseñas —dijo Bruja de la Pluma.

Samar Dev estiró un brazo y le dio un papirotazo al dedo marchito que colgaba del cuello de la joven, lo que provocó un estremecimiento y una maldición.

—Yo a ti no te enseño… nada.

—Hago que Hanradi Khalag te mate.

—Entonces Karsa Orlong mata a todo el maldito mundo en este barco. Salvo a los encadenados.

Era obvio que Bruja de la Pluma, con el ceño fruncido, se esforzaba por comprender, después, con un gruñido, se dio media vuelta y se alejó.

Samar Dev volvió la mirada a los mares palpitantes que tenía delante. Una bruja, sin duda, y además de las que no jugaba limpio con los espíritus. Una bruja que no reconocía honor alguno. *Peligrosa. Intentará… cosas. Puede incluso que intente matarme, hacer que parezca un accidente. Cabe la posibilidad de que lo consiga, lo que significa que más vale que advierta a Karsa. Si muero, comprenderá que no habrá sido ningún accidente. Y por tanto matará a cada una de estas malvadas criaturas.*

Sus propios pensamientos la conmocionaron. *Ah, debería darme vergüenza. Yo también empiezo a pensar en Karsa Orlong como un arma. Un arma que se puede empuñar, manipular, y en el nombre de una venganza imaginada,*

nada menos. Pero sospechaba que alguien o algo más ya estaba jugando a ese juego. Con Karsa Orlong. Y ese era el misterio que tenía que investigar, hasta que obtuviera una respuesta. *¿Y luego? ¿No estoy suponiendo que el toblakai no es consciente de cómo lo están utilizando? ¿Y si ya lo sabe? Piensa en eso, mujer…*

De acuerdo. Lo acepta… por ahora. Pero cuando considere conveniente volverse contra esos manipuladores invisibles, lo hará, y ellos lamentarán haberse implicado en su vida. Sí, eso sí que encaja con la arrogancia de Karsa, con esa confianza inquebrantable. De hecho, cuanto más pienso en ello, más convencida estoy de que tengo razón. He tropezado con los primeros pasos de ese sendero que me llevará a resolver el misterio. Bien.

—En el nombre del Embozado, ¿se puede saber qué le has dicho?

Sobresaltada, Samar Dev miró y vio que el taxiliano había llegado a su lado.

—¿Quién? ¿Qué? Ah, ella.

—Ten cuidado —dijo el hombre. Agitó una mano mugrienta delante de su cara deformada y repleta de moratones—. ¿Ves esto? Bruja de la Pluma. No me atrevo a pelear. No me atrevo siquiera a defenderme. Lo ves en sus ojos, creo que a ella también le pegaron, cuando era una niña. Así es como se engendran estas cosas, generación tras generación.

—Sí —dijo Samar, sorprendida—. Creo que tienes razón.

Él consiguió esbozar algo parecido a una sonrisa.

—Fui lo bastante tonto como para que me capturaran, sí, pero eso no me convierte siempre en tonto.

—¿Qué pasó?

—Una peregrinación, o algo así. Pagué por un pasaje en un pato para regresar a Rutu Jelba, intentaba huir de la

peste, y puedes creerme, pagué mucho.

Samar Dev asintió. Los patos eran barcos tanno de peregrinos, pesados, imperturbables, y seguros contra todo salvo las más fieras de las tormentas, y a bordo siempre había un caminante espiritual tanno, o como mínimo un mendicante tanno. Ninguna peste podría prosperar en un barco así, había sido una jugada inteligente, y los patos solían ir medio vacíos en los viajes de regreso.

—El pato se averió a solo dos días de Rutu Jelba —continuó el taxiliano— y nos rodearon unos barcos extranjeros, esta flota. El caminante espiritual intentó comunicarse, y después, cuando quedó patente que estos edur nos veían como un simple trofeo, negociar. ¡Por los dioses del inframundo, mujer, la hechicería que desataron sobre él! Horrible, enfermó al mismo aire. Él se resistió, mucho más tiempo del que esperaban, según me enteré después, lo suficiente para causarles una consternación considerable, pero al final cayó, el pobre malnacido. Los edur eligieron a uno de nosotros, resultó que a mí, abrieron en canal a los demás y los arrojaron a los tiburones. Necesitaban un traductor, ¿sabes?

—¿Y cuál, si me permites preguntar, es tu profesión?

—Arquitecto, en Taxila. No, no famoso. En apuros. —Se encogió de hombros—. Unos apuros que abrazaría encantado ahora mismo.

—Engañas cuando dices que enseñas a Bruja de la Pluma.

Él asintió sin decir nada.

—Lo sabe.

—Ya, pero de momento no puede hacer nada. Esta parte de la flota está reabastecida, aún tardaremos un tiempo en ir a tierra, y en cuanto a barcos de Siete Ciudades que se puedan capturar, bueno, la peste ha vaciado los mares, ¿no?

Además, navegamos hacia el oeste. Por ahora estoy a salvo. Y a menos que Bruja de la Pluma sea mucho más lista de lo que yo creo, pasará mucho tiempo antes de que alcance a comprender.

—¿Cómo lo consigues?

—Le estoy enseñando cuatro idiomas a la vez y sin hacer distinciones entre ellos, ni siquiera las reglas sintácticas. Por cada palabra le doy cuatro como traducción y después me invento reglas extrañas para elegir una en lugar de otra según el contexto. No me ha pillado más que una vez. Verás: malazano, el dialecto de los eruditos taxilianos, la variante ehrlitana de la lengua común y, por parte de la hermana de mi abuelo, rangala tribal.

—¿Rangala? Creí que se había extinguido.

—No hasta que ella muera, y juraría que esa vieja arpía va a vivir para siempre.

—¿Cómo te llamas?

El hombre negó con la cabeza.

—Hay poder en los nombres; no, no es que desconfíe de ti, son estos tiste edur. Y Bruja de la Pluma, si descubre mi nombre…

—Puede someterte. Lo entiendo. Bueno, en mi mente pienso en ti como el taxiliano.

—Eso bastará.

—Yo soy Samar Dev y el guerrero con el que vine es un toblakai… el toblakai de Sha'ik. Se hace llamar Karsa Orlong.

—Arriesgas mucho revelando vuestros nombres…

—El riesgo lo corre Bruja de la Pluma. Mis conocimientos de las antiguas artes son superiores a los suyos. En cuanto a Karsa, bueno, puede intentarlo si quiere. —Samar lo miró—. ¿Has dicho que navegábamos hacia el oeste?

Él asintió.

—Hanradi Khalag está al mando de algo menos de la mitad de la flota, el resto está al este de aquí, por algún lugar. Los dos llevan ya unos meses recorriendo esta costa de un lado a otro, casi medio año, de hecho. Como las flotas pesqueras, pero la captura que ellos buscan camina sobre dos piernas y empuña una espada. Nadie esperaba descubrir un resto de su raza, y el estado en el que se hallaban esas criaturas enfureció a estos edur. No sé dónde tienen intención de converger las dos flotas, al oeste de Sepik, por algún sitio, creo. Una vez ocurra eso —se encogió de hombros—, ponemos rumbo al Imperio.

—¿Y dónde está?

Otro encogimiento de hombros.

—Muy lejos, y aparte de eso, no puedo decirte nada.

—Muy lejos desde luego. Jamás he oído hablar de un imperio de humanos gobernado por tiste edur. Y sin embargo, este idioma letherii. Como has observado, está emparentado de algún modo con muchos de los idiomas de aquí, de Siete Ciudades, los que no son más que ramas del mismo árbol, y ese árbol es el Primer Imperio.

—Ah, eso explica por qué ya casi puedo entender del todo el letherii. Usan un dialecto diferente cuando conversan con los edur, una mezcla de los dos. Una lengua de comerciantes, e incluso eso empiezo a comprenderlo.

—Te sugiero que te guardes eso para ti, taxiliano.

—Lo haré. Samar Dev, ¿es tu compañero de verdad el mismo toblakai que el llamado así que protegía a Sha'ik? Se dice que mató a dos demonios la noche antes de que ella fuera asesinada, uno de ellos con sus propias manos.

—Hasta no hace mucho —respondió Samar Dev— llevaba consigo las cabezas podridas de esos demonios. Se las regaló a Buscabotes, al chamán anibar que nos acompañaba. La piel blanca que lleva Karsa es de un

soletaken. Mató a un tercer demonio justo a las afueras de Ugarat y espantó a otro en el bosque anibar. Mató sin ayuda de nadie a un macho bhederin, y eso lo presencié yo con mis propios ojos.

El taxiliano sacudió la cabeza.

—El emperador edur… él también es un demonio. Todas las crueldades cometidas por estos cabrones de piel gris afirman que es por orden de su emperador. Y también esta búsqueda de guerreros. Un emperador que busca su propia muerte, ¿cómo puede ser?

—No lo sé —admitió ella. *Y no saber es lo que más me asusta*—. Como tú dices, no tiene sentido.

—Una cosa sí se sabe —dijo el hombre—. Su emperador jamás ha sido derrotado. Si no, su gobierno habría terminado. Quizá sea cierto que ese tirano es el guerrero más grande de todos. Quizá no hay nadie, nadie en ninguna parte de este mundo, que pueda vencerlo. Ni siquiera el toblakai.

Samar lo pensó mientras la enorme flota edur que llenaba los mares a su alrededor se abría camino hacia el norte, los montes indomados de la península Olphara eran una línea irregular en el horizonte, a babor. *Norte y luego oeste, hacia el mar Sepik.*

Samar Dev frunció el ceño poco a poco. *Oh, así que no es la primera vez. Sepik, la isla-reino, vasalla del Imperio de Malaz. Un pueblo peculiar, aislado, con su sociedad escalonada. La tribu indígena, subyugada y esclavizada. Rulhun'tal ven'or, o los pieles cenagosas…*

—Taxiliano, esos esclavos edur de ahí abajo, ¿dónde los encontraron?

—No lo sé. —El rostro magullado se crispó en una sonrisa amarga—. Los liberaron, al parecer. La dulce mentira de esa palabra, Samar Dev. No, no lo pensaré más.

Me parece que me estás mintiendo, taxiliano.

Se oyó un grito en la cofa de vigía, repetido por los marineros de las jarcias y transmitido hacia abajo. Samar Dev vio cabezas que se giraban, vio aparecer a tiste edur y dirigirse hacia popa.

—Han avistado barcos detrás de nosotros —dijo el taxiliano.

—¿El resto de la flota?

—No. —Levantó la cabeza y continuó escuchando cuando el vigía gritó más detalles—. Forasteros. Muchos barcos. En su mayor parte transportes, dos tercios de transportes y un tercio de escolta de dromones. —Un gruñido—. Es la tercera vez que los avistamos desde que yo subí a bordo. Avistado y después eludido, cada vez.

—¿Has identificado a esos forasteros, taxiliano?

El otro negó con la cabeza.

La flota imperial malazana. El almirante Nok. Tiene que serlo. Samar notó cierta tensión entre los tiste edur.

—¿Qué pasa? ¿Qué los tiene tan emocionados?

—Esos pobres malazanos —dijo el hombre con una sonrisa salvaje—. Es la posición que tienen ahora, ¿ves?

—¿A qué te refieres?

—Si continúan detrás de nosotros, si siguen navegando hacia el norte para rodear esta península, están condenados.

—¿Por qué?

—Porque ahora, Samar Dev, el resto de la flota edur, la concentración de barcos de guerra de Tomad Sengar, está detrás de los malazanos.

De repente el viento frío pareció penetrar entre la ropa de Samar Dev.

—¿Van a atacarlos?

—Van a aniquilarlos —dijo el taxiliano—. He visto la hechicería edur y te puedo decir una cosa, el Imperio de

Malaz está a punto de perder toda su flota imperial. Morirá. Y con ella, todo maldito hombre y mujer que vaya a bordo. —Se inclinó hacia delante como si fuera a escupir, después al darse cuenta de que el viento le daba en la cara, se limitó a sonreír todavía más—. Salvo, quizá, uno o dos… paladines.

Eso era nuevo, reflexionó Banaschar mientras se apresuraba bajo las cortinas de agua hacia el establecimiento de Gallera. Lo estaban siguiendo. En otro tiempo un descubrimiento así habría prendido la furia en su interior y habría despachado al muy idiota en un instante; y después de extraerle los detalles necesarios, habría acabado todavía más rápido con el que hubiera contratado a ese imbécil. Pero en ese momento lo único que pudo hacer fue lanzar una carcajada amarga por lo bajo. «*Sí, amo (o ama), despierta por la tarde sin falta y después de un sexto de campanada o así de toser, rascarse y quitarse liendres, sale a la calle y se dirige, ama (o amo), a uno de entre unos seis establecimientos infames y, una vez a salvo entre los parroquianos, discute sobre la naturaleza de la religión… ¿o es sobre los impuestos y la subida de los diezmos del puerto? ¿O sobre la súbita caída en los bancos de coraval que hay junto a los bajíos de Jakatakan? ¿O la escasa habilidad de ese zapatero que juró que podía volver a coser esta suela de esta bota izquierda?… ¿Qué? Muy cierto, amo (o ama), es todo un código nefario, tan seguro como que puedo escabullirme como el mejor y ya casi lo tengo descifrado…*»

Su única fuente de entretenimiento esas noches, esas conversaciones imaginadas. *Dioses, eso sí que es patético. Claro que, el patetismo siempre me divierte.* Y mucho antes de que pudiera dejar de divertirlo, estaría borracho, y así

transcurría otro paso del sol y las estrellas en ese absurdo cielo que tenía encima. Suponiendo que todavía existiera, ¿quién sabía, con ese techo sólido de gris que llevaba posado sobre la isla casi una semana ya y sin señales de ir a abrir pronto? *Mucho más de esta lluvia y terminaremos hundidos bajo las olas. Los mercaderes que lleguen del continente rodearán una y otra vez el lugar donde solía estar la isla de Malaz. Darán vueltas y vueltas, los pilotos rascándose la cabeza.* Ya estaba otra vez, una escena conjurada más, con su sutil trama de desdén por todo lo humano (la absoluta incompetencia, estupidez, pereza y falta de habilidad), después de todo, mira esto, él cojeaba como un cazador de tiburones rengo, el zapatero lo había recibido en la puerta ¡descalzo! Debería haber empezado a sospechar entonces. *¿No crees?*

«Bueno, emperatriz, veréis. El pobre cabrón era medio wickano y lo pagó caro gracias a que vos os negasteis a contener a las masas. Lo fueron llevando como a ganado, oh, gran señora, a base de ladrillazos y palos, hasta que ya no pudo seguir más sin meterse de cabeza en el puerto. Perdió todas sus herramientas de zapatero y demás, su forma de vida. Y yo, bueno, yo sufro la maldición de ser compasivo, sí, emperatriz, no es una aflicción que os atormente demasiado, y mucho mejor para vos, sin duda, pero ¿por dónde iba? Ah, sí, sacudido por la compasión, arrastrado hacia la misericordia. Bien sabe el Embozado que el pobre hombre vencido necesitaba esa moneda más que yo, aunque solo fuera para enterrar a ese hijito que todavía llevaba en brazos, sí, el del cráneo hundido…»

No, déjalo ya, Banaschar. Para.

Juegos mentales que no significan nada, ¿verdad? Que carecen de importancia. Nada salvo un capricho y por ese inmenso público de ahí fuera, los fantasmas que susurran y

sus insinuaciones, sus suposiciones e insultos velados y sus mentes que con tanta facilidad se aburren, ese público. *Ellos son mis testigos, sí, ese mar de rostros turbios en el pozo, a quienes mi desesperada interpretación, la que siempre intenta ofrecerse con un toque humano, no les produce más que impaciencia y nerviosismo, la espera inquieta de la frase que les permita reírse.* Muy bien, Banaschar sabía que ese espectáculo de oratoria solo le servía a él, y todo lo demás era mentira.

El niño del cráneo hundido mostraba más de una cara, torcida y flácida en la muerte. Más de una, más de diez, más de diez mil. Caras en las que no podía permitirse pensar en su traspié de existencia, día a día, noche tras noche. Pues eran como clavos hundidos en lo más profundo del suelo, clavos que atrapaban la capa que él tuviera que arrastrar en su camino, y con cada paso que daba, la resistencia crecía, la constricción alrededor del cuello se iba ciñendo cada vez más, y no había mortal que pudiera soportar eso. *Nos asfixiamos con lo que presenciamos, nos estrangula la huida precipitada, y eso no sirve, no sirve en absoluto. No me hagáis caso, estimada emperatriz. Veo lo limpio que está vuestro trono.*

Ah, ahí estaban los escalones que bajaban. El querido Colgado de Gallera, el andamio de piedra del que chorreaban lágrimas arenosas bajo los pies y un reto para el descenso de los pies desparejados, la incertidumbre desvencijada, ¿eran realmente simples escalones que bajaban a una taberna? *O ahora transformada, mi templo de los tragos que resuena con el gemido vacuo de mis prójimos, oh, qué bienvenido es este abrazo…*

Se metió por la puerta e hizo una pausa en la oscuridad, justo bajo las vigas chorreantes, los pies plantados en un charco allí donde las baldosas se hundían, el agua que

bajaba por su cuerpo se añadía a la profundidad del charco, y media docena de caras, pálidas y sucias como la luna tras una tormenta de arena, se volvieron hacia él… pero solo por un momento, después le dieron la espalda.

El público que me adora. Sí, el trágico enmascarado ha vuelto.

Y allí, sentado solo a una mesa, estaba una monstruosidad de hombre. Encorvado, unos ojitos diminutos y negros que brillaban bajo la sombra de una frente que sobresalía. Peludo más allá de toda razón. Unos mechones retorcidos salían como un estallido de ambas orejas, los rizos del color del ébano se encaminaban al suelo para fundirse antes con el inmenso nido de gaviotas que era su barba, que a su vez le envolvía el cuello y continuaba bajando, sin merma alguna, a lo que era visible del inmenso pecho del hombre; y, también, iba trepando para recubrirle las mejillas y unirse de camino a los dos mechones de pelos de la nariz, como si el hombre se hubiera metido unos árboles arrancados diminutos por la nariz, solo para fundirse entonces y sin interrupción alguna con las cuerdas de cáñamo saltonas que eran las cejas del tipo, que a su vez se fusionaban sin problemas con el aparatosamente bajo nacimiento del pelo que disimulaba a conciencia lo que tenía que ser una frente inclinada y muy exigua. Y, a pesar de la edad absurda del hombre (lo que se rumoreaba que era su edad, de hecho, puesto que nadie lo sabía con certeza), esa mata de pelo estaba teñida de un negro más oscuro que la tinta de calamar.

Estaba bebiendo una infusión de parra roja, un brebaje local que a veces se utilizaba para matar hormigas.

Banaschar se abrió camino hasta él y se sentó enfrente.

—Si lo hubiera pensado, diría que llevo buscándote todo este tiempo, sargento mayor Diente Bravo.

—Pero no es que pienses mucho, ¿verdad? —El hombretón no se molestó en levantar la cabeza—. No puedes pensar mucho si me estabas buscando. Lo que ves aquí es una escapada, no, una huida pura y dura; el Embozado sabrá quién decide que estos imbéciles patéticos que no hacen más que enviarme merecen el nombre de reclutas. ¡En el ejército malazano, por el Abismo! El mundo se ha vuelto loco. Loco de remate.

—El portero —dijo Banaschar—. Cima de las escaleras, fortaleza de Mock. El vigilante de la puerta, Diente Bravo, supongo que lo conoces. Parece llevar allí tanto tiempo como tú llevas adiestrando soldados.

—Hay formas de conocer y formas de conocer. Ese viejo cangrejo con la espalda como una campana, bueno, déjame decirte una cosa sobre él. Podría enviar legión tras legión de mis tiernos soldaditos por esas escaleras, con todas las armas a su disposición, y jamás podrían pasar por su puerta. ¿Por qué? Te diré por qué. No es que ese tal Lubben sea todo un paladín ni espada mortal ni nada de eso. No, es que yo tengo más sesos incrustados en el agujero izquierdo de la nariz esperando por mi dedo que todos mis supuestos reclutas juntos.

—Eso no me dice nada sobre Lubben, Diente Bravo, solo tu opinión sobre los reclutas, que me parece que ya había adivinado.

—Justo —dijo el hombre con un asentimiento.

Banaschar se frotó la cara.

—Lubben. Escucha, necesito hablar con alguien, alguien que está metido en lo de Mock. Envío mensajes, llegan a manos de Lubben y luego… nada.

—¿Y con quién quieres hablar?

—Preferiría no decirlo.

—Ah, él.

—Bueno, ¿Lubben está tirando los mensajes por esa tobera viscosa cuyos efluvios pintan con tanto decoro el acantilado?

—¿Eflu qué? No. Oye, ¿qué tal si subo ahí arriba y cojo a quién preferirías no mencionar por esa trenza demasiado larga y pasada de moda que tiene encima de la cabeza y le doy dos o tres meneos?

—No sé cómo iba a ayudar eso.

—Bueno, a mí me animaría, no por ninguna queja en particular, que conste, pero por principios. Quizá quien preferirías no mencionar preferiría no hablar contigo, ¿se te ha ocurrido eso? O quizá preferirías no pensarlo.

—Tengo que hablar con él.

—Importante, ¿eh?

—Sí.

—¿Intereses imperiales?

—No, por lo menos no me lo parece.

—Una cosa, yo lo cojo por esa trenza tan mona y lo cuelgo de la torre. Tú puedes hacer una seña desde abajo. Yo lo balanceo de un lado a otro y eso significa que dice: «Claro, sube, viejo amigo». Y si lo dejo caer, significa lo contrario. Eso o que se me cansaron las manos y quizá se me resbaló.

—No me ayudas en nada, Diente Bravo.

—No fui yo el que se sentó a tu mesa, viniste tú a sentarte a la mía.

Banaschar se echó hacia atrás y suspiró.

—Bien. Trae, te invitó a otro té…

—¿Qué, ahora estás intentando envenenarme?

—De acuerdo, ¿qué tal si compartimos una jarra de negra malazana?

El hombretón se inclinó hacia delante y miró a Banaschar a los ojos por primera vez.

—Mejor. Verás, estoy de luto.

—¿Y eso?

—Las noticias de Y'Ghatan. —Lanzó un bufido—. Siempre son las noticias de Y'Ghatan, ¿verdad? En fin, que he perdido a algunos amigos.

—Ah.

—Así que esta noche —dijo Diente Bravo— voy a emborracharme. Por ellos. No puedo llorar a menos que esté borracho, ¿sabes?

—¿Y para qué la infusión de parra roja?

Diente Bravo levantó la cabeza cuando llegó alguien y le lanzó al hombre una sonrisa horrible.

—Pregúntale aquí a Temple. ¿Para qué la infusión de parra roja, viejo cabrón encorvado?

—¿Vas a llorar esta noche, Diente Bravo?

El sargento mayor asintió.

Temple ocupó con cuidado una silla que crujió de forma alarmante bajo su peso. Unos ojos enrojecidos se clavaron en Banaschar.

—Tiñe las lágrimas del color de la sangre. Según se dice, solo lo ha hecho en una ocasión anterior y fue cuando murió Dassem Ultor.

Dioses del inframundo, ¿tengo que presenciar esto esta noche?

—Es lo que me pasa —murmuró Diente Bravo con la cabeza gacha una vez más— por creer todo lo que oigo.

Banaschar frunció el ceño y miró al hombre que tenía enfrente. *¿Y se puede saber qué significa eso?*

Llegó la jarra de cerveza como si la hubieran conjurado sus deseos silenciosos y Banaschar, libre por fin de más reflexiones (y cualquier otro tipo de constricción de pensamiento exigente), se puso cómodo, conformándose con capear otra noche más.

«Sí, amo (o ama), se sentó con esos veteranos, como si ese fuera su sitio, pero en realidad no es más que un impostor. Se quedó allí toda la noche, hasta que tuvo que sacarlo Gallera. ¿Dónde está ahora? Pues en esa apestosa habitación llena de suciedad que tiene, sin dar ni pie ni mano. Sí, Banaschar, no da ni pie ni mano, como si estuviera muerto para el mundo.»

La lluvia caía en torrentes, chorreaba por las almenas y se precipitaba por los desagües, la nube que tenían encima había bajado en los últimos veinte latidos y se había tragado la cima de la vieja torre. La ventana por la que miraba Perla había representado un día la cúspide de la tecnología de la isla, una fusión de arena para lograr un cristal con burbujas, moteado, pero en su mayor parte transparente. En ese momento, un siglo más tarde, su superficie lucía una pátina de arcoíris y el mundo que se veía detrás era desigual, como un mosaico incompleto, las teselas se fundían en un fuego que todo lo consumía. Aunque la visión de las llamas eludía a Perla, este sabía, con una certeza espantosa, que estaban allí, y no había lluvia que cayera de los cielos que pudiera cambiar eso.

Habían sido llamas, después de todo, las que habían destruido su mundo. Llamas que se la habían llevado a ella, la única mujer que había amado jamás. Y no había habido abrazo de despedida, ni se habían intercambiado palabras de consuelo y confianza. No, solo ese baile crispado que ejecutaban uno alrededor del otro, y ni Lostara ni él habían parecido capaces de decidir si ese baile era deseo o rencor.

Incluso allí, tras esa pequeña ventana y los gruesos muros de piedra, podía oír la maltratada y oxidada veleta sobre su cabeza, crujiendo y chillando bajo las fuertes

ráfagas de viento que asaltaban la fortaleza de Mock. Y Lostara y él no se habían diferenciado en nada de esa veleta, girando, lanzados de un lado a otro, víctimas impotentes de fuerzas que estaban fuera de su control. Fuera, incluso, de su comprensión. ¿No sonaba eso convincente? Para nada.

La consejera los había enviado a una misión, una búsqueda, y al llegar su horripilante final, Perla se había dado cuenta de que el viaje entero no había sido más que un preludio (en lo que a su propia vida concernía) y que su propia búsqueda todavía lo aguardaba. Quizá había sido muy sencillo, el objeto de su deseo le proclamaría a su alma la consumación de esa búsqueda. Quizá ella había sido lo que él buscaba. Pero Perla no estaba seguro, ya no. Lostara Yil estaba muerta y lo que lo empujaba, lo que lo acosaba, no remitía. De hecho, crecía.

Que el Embozado se lleve esta maldita y asquerosa ciudad. ¿Por qué tienen que convergir aquí los acontecimientos imperiales? Porque, se respondió también, Genabackis tenía Pale. Korel tenía la muralla de las Tormentas. *Siete Ciudades tiene Y'Ghatan. En el corazón del Imperio de Malaz tenemos a la ciudad de Malaz. Donde tuvo su comienzo, allí regresa, una y otra vez. Y otra más. Llagas enconadas que nunca se curan y cuando sube la fiebre, la sangre brota, de repente, como un diluvio.*

Imaginó esa sangre barriendo la ciudad que tenía a sus pies, trepando por el acantilado, lamiendo las piedras mismas de la fortaleza de Mock. ¿Subiría todavía más?

—Es mi sueño —dijo el hombre sentado con las piernas cruzadas en la habitación, detrás de él.

Perla no se volvió.

—¿Cuál?

—No comprender esa reticencia tuya, garra.

—Te aseguro —dijo Perla— que la naturaleza de mi informe a la emperatriz hará volcar ese carrito tan ordenado que tienes. Estuve allí, vi…

—Viste lo que querías ver. Ningún testigo en realidad, salvo yo mismo, respecto a los acontecimientos que ahora se rememoran. Rememorados, ¿no? Como sucede con todos los acontecimientos, porque ese es el ejercicio de esa carroña con plumas en las garras que se hacen llamar historiadores. Rememorar, ansiar un sorbo, solo un sorbo, de lo que es conocer el trauma en tu alma temblorosa. Pronunciar con autoridad, sí, sobre aquello en lo que el que proclama no tiene autoridad alguna en realidad. Solo yo sobreviví como testigo. Solo yo vi, respiré el aire, saboreé la traición.

Perla no quiso volverse para mirar a aquel hombre gordo, afectado. No se atrevía, no fuera a embargarle un impulso, el impulso de alzar un brazo, flexionar así los músculos de la muñeca y lanzar un cuadrillo recubierto de veneno contra el cuello fofo de Mallick Rel, el sacerdote jhistal de Mael.

Sabía que era muy probable que fracasase. Estaría muerto antes de terminar de levantar el brazo. Era el aposento de Mallick Rel, después de todo, su residencia. Había guardas talladas en el suelo, rituales suspendidos en el aire húmedo, hechicería suficiente para ponerte de los nervios y dejarte de punta el vello de la nuca. Oh, oficialmente quizá llamaran celda a esa habitación bien amueblada, pero era un eufemismo absurdo que no duraría mucho más.

Los agentes del muy cabrón estaban por todas partes. Susurrando sus historias en las tabernas, en las esquinas de las calles, bajo las piernas abiertas de putas y mujeres nobles. El sacerdote jhistal se estaba convirtiendo a toda prisa en un héroe, *el único superviviente de la Ladera, en Aren; es decir, el único leal. El que se las arregló para huir*

de las garras de los traidores, ya fueran los hombres de Sha'ik o los traidores de la propia ciudad de Aren. Mallick Rel, que solo él afirma conocer la verdad.

Había unas semillas de cierta hierba que crecía en las llanuras setis, recordó Perla, que estaban ingeniosamente recubiertas de púas, de modo que cuando se enganchaban a algo, o alguien, eran casi imposibles de quitar. Cáscaras con púas, que se debilitaban y agrietaban solo después de que el anfitrión hubiera llegado muy lejos. Así eran los rumores, transmitidos del aliento de un anfitrión al siguiente, las púas aferrándose con fuerza. *Y cuando el tiempo necesario haya pasado, cuando cada semilla esté en su lugar, ¿entonces qué? ¿Qué se desplegará a una orden de Mallick Rel?* Perla no quería pensar en eso.

Y tampoco quería pensar en otra cosa: estaba muy asustado.

—Garra, habla con él.

—Con él. Admito que soy incapaz de decidir todavía a qué «él» te estás refiriendo, sacerdote. En ninguno de los casos, por desgracia, alcanzo a comprender tus razones para pedirme eso. Tayschrenn no es amigo tuyo…

—Y tampoco es idiota, garra. Ve el futuro que nos aguarda, así es Tayschrenn. No, no hay razón para que te insista en que hables con el mago supremo imperial. Su posición se va haciendo más precaria con cada momento que pasa. ¿Pretendes, acaso, confabularte con él? Hablo claro, así pues, e insisto, garra, en que desciendas a las catacumbas y hables con Korbolo Dom. No has oído su historia y con toda humildad te aconsejaría que lo hicieses, pues va siendo hora.

Perla cerró los ojos a la escena azotada por la lluvia que se veía tras la ventana.

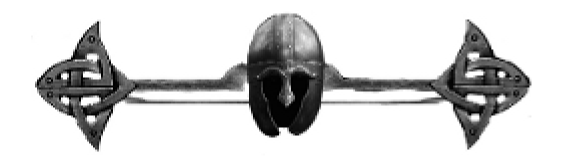
—Por supuesto. Era en realidad agente de Laseen, incluso cuando luchó en nombre de Sha'ik. Sus Mataperros estaban allí para volverse contra Sha'ik y aplastarla por completo, incluyendo la muerte tanto del toblakai como de Leoman de los Mayales. Pero resulta que durante la cadena de perros se tropezó con una traición en potencia incluso mayor. Oh, sí, Mallick Rel, tú y él lo tergiversaréis todo, me doy cuenta; imagino que vosotros dos habéis trabajado mucho durante ese sinfín de excursiones «ilegales» tuyas a las catacumbas. Así es, sé de ellas; la Garra continúa fuera de tu alcance y eso no va a cambiar, te lo aseguro.

—Será mejor —dijo el hombre con su voz sibilante— que tomes en consideración mi humilde sugerencia, garra, por el bien de tu secta.

«Por el bien de…» ¡Dioses del inframundo, cree que está listo para amenazar a la Garra! ¿Hasta dónde ha llegado toda esta locura? Debo hablar con Topper, quizá no sea demasiado tarde…

—Esta lluvia —continuó Mallick Rel a su espalda— hará que suban los mares, ¿verdad?

18



La verdad es una presión y nos veo a todos rehuyéndola. Pero, amigos míos, de la verdad no puede haber forma de escapar.

El año de las diez mil mentiras
—Kayessan

Un rhizano, aferrado a los pliegues flácidos del estandarte imperial, su hambre olvidada, su propia vida apenas una chispa indiferente en su cuerpo diminuto, había escuchado con atención la conversación entera.

Un dromon se iba deslizando con suavidad entre los transportes más cercanos, arrastraba un buque de guerra de líneas puras y casco negro; y desde la orilla observaban la consejera y el almirante Nok, junto con el puño Keneb, Ben el Rápido y Kalam Mekhar. Pocas palabras intercambiaron entre ellos hasta la llegada del sargento Gesler y el cabo Tormenta. Fue entonces cuando las cosas se pusieron interesantes.

—Consejera —dijo Gesler a modo de saludo—. Ese es nuestro barco. Ese es el Silanda.

El almirante Nok estaba estudiando al infante de marina de piel dorada.

—Sargento, tengo entendido que afirma que puede manejar esa desagradable nave.

Un asentimiento.

—Con un par de pelotones, sí, y nada más. En cuanto a la tripulación que hay bajo cubierta, a los remos, bueno, cuando necesitemos que remen, remarán.

—Vivimos con ellos tiempo suficiente —añadió Tormenta— para que ya no nos asusten, señor, ni siquiera aquí a Gesler, y eso que este salta cada vez que se mira en ese elegante espejo de plata que tiene. Y esas cabezas a nosotros ya no nos ponen los pelos de punta tampoco…

—Deje de hablar como un marinero, ayudante Tormenta —dijo Nok.

Una sonrisa entre la barba roja y erizada.

—Ya no soy ayudante, almirante.

Unas cejas finas se alzaron.

—¿Y acaso un título ya le otorga inteligencia a su portador? —preguntó Nok.

Tormenta asintió.

—Pues sí, señor. Que es por lo que Gesler es sargento y yo soy cabo. Somos más estúpidos con cada año que pasa.

—Y Tormenta está orgulloso de eso —dijo Gesler mientras le daba a su compañero una palmada en la espalda.

La consejera se frotó los ojos. Se examinó las puntas de los guantes de cuero y después empezó poco a poco a quitarse los guanteletes.

—Veo por la línea de flotación que está bien reabastecido…

—La comida no se estropea en esa bodega —dijo Nok—. Eso por lo menos han podido determinar mis magos. Es más, no hay ratas ni otras alimañas. —Dudó un momento y después vaciló—. En cualquier caso, no he podido encontrar marineros que se presentaran voluntarios para tripular el Silanda. Y no tengo intención de forzar el asunto. —Se encogió de hombros—. Consejera, si de verdad quieren…

—Muy bien. Sargento Gesler, su pelotón y otros dos.

—El cuarto y el noveno, consejera.

Los ojos entrecerrados de la mujer se clavaron en el tipo, después se volvió hacia Keneb.

—¿Puño? Son sus pelotones resucitados.

—El cuarto… sería el de Cuerdas…

—Por el amor del Embozado —dijo la consejera—. Se llama Violín. Es el secreto peor guardado de este ejército, Keneb.

—Por supuesto. Mis disculpas, consejera. El de Violín, entonces, y el noveno… veamos, el pelotón del sargento Bálsamo. Que el Abismo nos lleve, Gesler, menuda pandilla antipática de descontentos ha elegido.

—Sí, señor.

—De acuerdo. —Keneb vaciló y después se volvió hacia Tavore—. Consejera, ¿me permite sugerirle que el Silanda permanezca en un flanco de su buque insignia en todo momento?

Una desesperación burlona en la cara de Gesler, después dio un puñetazo a Tormenta en el brazo.

—No confían en nosotros, Tormenta —dijo.

—Demuestra lo que saben, ¿no?

—Pues sí. Maldita sea, son más listos de lo que pensábamos.

—Sargento Gesler —dijo la consejera—, coja a su cabo y lárguense de aquí.

—Sí, consejera.

Los dos infantes se fueron a toda prisa.

Tras un momento, el almirante Nok se rió por lo bajo.

—Consejera, debo decirle que me siento… aliviado.

—¿Por dejarles el Silanda a esos idiotas?

—No, Tavore. La inesperada llegada de más supervivientes de Y’Ghatan con soldados como Violín, Sepia, Gesler y Tormenta entre ellos, y… —se volvió hacia Ben el Rápido y Kalam— ustedes dos también. La transformación en el seno de su ejército, consejera, ha sido… palpable. Los comandantes suelen olvidar la importancia de los veteranos curtidos, sobre todo entre los soldados jóvenes y bisoños. Añádase a eso el extraordinario relato de su supervivencia bajo las calles de Y’Ghatan —sacudió la cabeza—. En total, un acontecimiento muy alentador.

—Estoy de acuerdo —dijo Tavore mientras miraba a Keneb—. Fueron esos soldados sobre todo los que en un principio abrazaron lo que podría haberse visto como un terrible presagio y lo convirtieron en una muestra de fuerza. Ninguno de ellos fue del todo consciente en ese momento, pero fue allí, en Aren, en esa primera parada militar, cuando nacieron los Cazahuesos.

Todos los demás se la habían quedado mirando con fijeza.

Ella arqueó las cejas ligeramente.

Keneb se aclaró la garganta.

—Consejera, los Cazahuesos quizá nacieran ese día en Aren, pero cuando tomaron su primer aliento en realidad fue ayer.

—¿Qué quiere decir?

—Nos preguntábamos —le dijo Kalam— de dónde salió esa condecoración. La que le impuso usted, con sus propias manos, a la capitán Faradan Sort y a la bruja Peccado.

—Ah, sí. Bueno, en eso no puedo atribuirme ningún mérito. El diseño de ese sigilo es obra de T'amber. Había artesanos joyeros en su familia, según tengo entendido, y ella pasó varios años de su juventud como aprendiz. No obstante, no veo que esa ceremonia haya podido lograr poco más que una confirmación de lo que ya existía.

—Consejera —dijo el puño Keneb—, era su confirmación lo que se necesitaba. Para convertirlo en realidad. No es mi intención ofenderla, pero antes de eso usted era la consejera. Era de Laseen. Propiedad de ella.

La expresión de la mujer se hizo de repente rotunda, peligrosa.

—¿Y ahora, puño?

Pero fue Kalam el que respondió.

—Ahora usted pertenece al Decimocuarto.

—Nos pertenece a nosotros —añadió Keneb.

El momento debería haber terminado allí y todo habría ido bien. Mejor que bien. Habría sido perfecto. En su lugar, vieron en la expresión de Tavore una creciente… consternación. Y miedo. Y, al principio, ninguna de esas emociones tenía sentido.

A menos…

A menos que ella fuera incapaz de devolver esa lealtad.

Y así la duda se retorció y se liberó como víboras recién nacidas que se deslizaron y salieron de su nidada, y unos colmillos diminutos y letales se hundieron en cada figura que permanecía allí, testigos de lo que revelaba la cara de aquella mujer.

Lo que revelaba. Y eso en una mujer cuyo autocontrol era casi inhumano, maldita fuera.

El lagarto rhizano cobró vida con un sobresalto, se cayó de su percha, rodó una vez y luego se alejó aleteando, bajó por la playa y se posó en el flanco blanco de un enorme

tronco de árbol que alguna tormenta anterior había arrojado a la orilla. Las patas de la criatura se abrieron, pegó el vientre a la madera y se quedó allí, con los costados diminutos palpitando. Distraído y asustado, Botella estiró una mano para rozar al rhizano con la punta de un dedo entre los ojos, un gesto que pretendía ofrecer consuelo y al mismo tiempo liberar su chispa de vida. La criatura huyó en un frenesí de aleteos y latigazos con la cola.

Cinco días más tarde Botella se encontraba en la cubierta delantera del Silanda, con los ojos clavados barco abajo, en ese montón cubierto por una lona que ocultaba las cabezas cortadas que Tormenta llamaba el fideicomiso de su cerebro. Muy divertido, sí, pero Botella sabía que esos ojos imperecederos podían penetrar la tela raída de la lona y lo estaban observando. Expectantes. *¿Por qué? Malditos seáis, no puedo ayudaros, pobres idiotas. ¡Tenéis que verlo!*

Además, él tenía cosas de sobra de las que preocuparse en esos momentos. Tantas, en realidad, que no sabía por dónde empezar.

Había visto el sigilo, la condecoración que la consejera le había impuesto a Faradan Sort en lo que debería haber sido su consejo de guerra, y a la niña muda, Peccado, y no era que fuera muda en realidad, eso Botella ya lo sabía. Solo que la golfilla no tenía mucho que decirle a nadie, salvo a su hermano Casco. El sigilo… hecho de plata, una muralla de una ciudad sobre la que se alzaban unas llamas de rubí, y la llanura inclinada bajo esa muralla, una masa de cráneos humanos de oro. El eco del antiguo sigilo de los Abrasapuentes no era accidental, *era puro genio. El genio de T’amber.*

Al final de ese mismo día se habían sacado agujas de hierro e hilos de seda y los dedos romos empezaron a trabajar con diferentes niveles de talento; los mantos de

reglamento no tardaron en lucir una nueva decoración entre los soldados del Decimocuarto Ejército. Para acompañar los huesos de dedos que les colgaban, algún que otro cráneo de pájaro y dientes perforados.

Todo lo cual estaba muy bien, dentro de sus límites. Durante buena parte del primer día, mientras Botella y los demás se recuperaban, los otros soldados pasaban por allí solo para mirarlos. Había sido desconcertante, toda esa atención, y a él todavía le costaba entender lo que veía en esos ojos clavados en ellos. *Sí, estamos vivos. Improbable, es cierto, pero real, no obstante. Bueno, ¿y qué es lo que veis vosotros?*

Los recuerdos de aquel tiempo pasado bajo la ciudad eran un estribillo constante y obsesivo tras cada palabra que compartían Botella y los demás supervivientes. Alimentaba sus terribles sueños por la noche, él ya se había acostumbrado a que lo despertara el grito ahogado de un miembro del pelotón, Sonrisas, o Sepia, o Corabb Bhilan Thenu'alas. Gritos que encontraban un eco apagado en donde dormían los otros pelotones en el suelo de piedra.

Habían saqueado sus mochilas en su ausencia, los objetos y el equipamiento se habían redistribuido como era costumbre, y en ese primer día los otros soldados llegaron para devolver lo que se habían llevado. Al atardecer, cada superviviente tenía más de lo que jamás habían tenido, y solo podían mirar, aturdidos, el montón de baratijas, hebillas, broches y amuletos; las túnicas remendadas, el forro acolchado y bien limpio, las correas lustradas de cuero y los arreos de las armas. Y dagas. Montones de dagas, la más personal y valiosa de todas las armas, *el último recurso del guerrero. El arma que, en caso de necesidad, se utilizaba para acabar con la propia vida ante la perspectiva*

de algo mucho peor. Y bien, ¿qué importancia debemos darle a todo eso?

Agachados no muy lejos, en la cubierta delantera, Koryk y Chapapote estaban echando una partida con un juego de huesos que el primero había encontrado entre las ofrendas que habían dejado en su mochila. Era una versión de marinero, la caja cuadrada era más profunda para evitar que las fichas rebotaran y se salieran del campo, la parte inferior era más estable gracias a unas garras con punta de hierro en cada esquina, lo bastante afiladas como para clavarse en la madera de un banco de la cocina o en la cubierta. Chapapote había perdido cada partida hasta el momento (más de veinte), tanto contra Koryk como contra Sonrisas, pero él seguía volviendo a por más. Botella jamás había visto a un hombre tan dispuesto a sufrir un castigo.

En el camarote del capitán holgazaneaban Gesler, Tormenta, Violín y Bálsamo; su conversación esporádica e intermitente. En las sombras más profundas, bajo la mesa de mapas alargada, se acurrucaba Y'Ghatan, la rata de Botella, *mis ojos, mis oídos... mis tetas doloridas.*

Ninguna otra rata a bordo y sin el control que tenía él sobre Y'Ghatan y su prole, ya hacía mucho tiempo que los animalitos se hubieran lanzado por la borda. Botella los comprendía. La hechicería que envolvía ese barco era fétida, olía a locura. Le desagradaba cualquier cosa viva que no estuviera atada a su caótica voluntad. Y en especial le desagradaba... *yo.*

Solo... Gesler y Tormenta, parecen inmunes a ella. Los muy cabrones, obligarnos a meternos con ellos en este túmulo flotante, ingrato y sobrecogedor.

Botella se planteo comentárselo a Violín, pero luego desechó la idea. Violín era como Kalam, que era como Apsalar, que era como Ben el Rápido. Todos... *malignos.*

Está bien, no malignos, pero sí algo. No sé. Eso de Sombra… ¿qué estaban tramando? Y Kalam, listo para clavarle los cuchillos a Apsalar. Y Apsalar, que parecía que era justo lo que quería. Y después Ben el Rápido despertando, interponiéndose entre los dos como si fuera una especie de vieja discusión, antiguas heridas que volvían a abrirse.

Tavore había reclamado a Ben el Rápido, Kalam y Apsalar para que formaran parte de su séquito en el buque insignia de la consejera, el Lobo de Espuma, un dromon construido en Quon, y cuya factura era mapau, la quilla y el trabajo en metal eran de otro lugar totalmente diferente. *Fenn, no pueden quedar más de un puñado de talladores de quillas y herreros entre los restos miserables… pero hicieron esa quilla e hicieron esas instalaciones, y no tienen nada de absurdo o inerte.* En cualquier caso, Botella se alegraba de que estuvieran en ese barco cabalgando sobre las olas a tres bordadas a estribor. No lo bastante lejos para su gusto, pero tendría que servir. Podía imaginarse a esos dos esqueletos de reptiles escabulléndose por la bodega, cazando ratas…

—¿Así que fue Larva el que se quedó con ese silbato? —le preguntó Violín a Gesler en el camarote.

Bajo la mesa, las orejas raídas de Y'Ghatan se levantaron.

—Sí. El chico de Keneb. Ese sí que es rarito. Dijo que sabía que veníamos. Bueno, quizá eso me lo creo. Quizá no. Pero fue lo primero que recuperé.

—Y menos mal —dijo Tormenta, y se rascó la barba de forma audible—. Me siento como en casa…

—Menudo chiste —lo interrumpió Gesler—. La última vez que estuvimos en este maldito barco, Tormenta, te pasaste la mayor parte del tiempo metido en una esquina todo encogido.

—Solo me llevó un tiempo acostumbrarme, nada más.

—Mira lo que un listillo me dejó en mi botín —dijo Violín. Algo cayó con un golpe seco en la mesa.

—Dioses del inframundo —murmuró el sargento Bálsamo —. ¿Está completa?

—Difícil de decir. Ahí hay cartas que no he visto en mi vida. Una para el Apocalipsis, es neutral, y hay algo llamado la Casa de Guerra, que muestra en su carta de más categoría un trono de huesos, desocupado, flanqueado por dos lobos. Y en esa Casa hay una carta llamada el Mercenario y otra, hecha por una mano diferente, que creo que se llama algo así como Guardianes de los Muertos, y que muestra a unos soldados fantasmales en pie en medio de un puente abrasándose…

Un momento de silencio, después habló Gesler.

—¿Reconoces alguna cara, Viol?

—No quise mirarla mucho. Está la Casa de Cadenas y el rey de esa Casa, el Rey Encadenado, está sentado en un trono. La escena es muy oscura, envuelta en sombras, salvo que juraría que el pobre cabrón está chillando. Y la expresión de sus ojos…

—¿Qué más? —preguntó Bálsamo.

—No te impacientes tanto, maldito sapo de roca dalhonesio.

—De acuerdo, si a ti no te gusta tu nuevo regalo, Violín, dámelo a mí.

—Claro, para que extiendas un campo aquí mismo, en este barco.

—¿Y?

—¿Así que quieres abrir una puerta a esa pesadilla de sendas, la tiste y la Tellan? ¿Y también al dios Tullido?

—Oh.

—En fin, hay más Neutrales. El Señor de la Baraja y, sí, a ese lo reconozco. Y Cadena, un nudo en el centro, con

eslabones que se extienden en todas direcciones. No me gusta la pinta que tiene esa.

—Menudo regalo, Viol.

—Sí, como una roca lanzada a un marinero que se ahoga.

—Guárdalo —dijo Gesler.

La rata escuchó que la baraja desaparecía del centro de la mesa.

—Tenemos un problema —continuó Gesler.

—Solo —añadió Tormenta— que no sabemos cuál es. Solo sabemos que algo ha puesto nervioso a Keneb, y a ese asesino amigo tuyo, Viol. Y a Ben el Rápido. Los ha puesto nerviosos a todos.

—La consejera —dijo Violín—. Kalam y Rápido no han dicho nada, pero no están muy contentos. —Una pausa y después—: Podría ser el modo en que Perla se desvaneció sin más, justo después de Y'Ghatan, lo más probable es que haya vuelto directamente con la emperatriz. ¿Un simple operativo de la Garra que va a entregar su informe? Quizá. Pero incluso eso deja cierto mal sabor de boca, actuó demasiado rápido, llegó a conclusiones demasiado rápido, como si lo que creyó que había ocurrido en Y'Ghatan solo confirmara las sospechas que él ya tenía. Pensad en ello, ¿de verdad suponéis que un informe así puede tener algo bueno que decir?

—Fue ella la que mató a Sha'ik —dijo Bálsamo, exasperado—. Abrió ese avispero de Raraku y de ahí no salió zumbando casi ni una mierda. Pilló a Korbolo Dom y lo envió de regreso cargado de grilletes. Y lo hizo sin que perdiéramos a nadie, o a casi nadie, las trifulcas por el camino eran de esperar y en absoluto tan serias como podrían haber sido. Luego va a la caza de Leoman de los Mayales. A menos que tengas a alguien dentro para abrir un poco la puerta, los asedios son siempre costosos, sobre todo

cuando los atacantes no tienen tiempo para esperar a que se agoten. Y nosotros no lo teníamos, ¿no? ¡Venía una maldita peste por detrás!

—Cálmate —dijo Violín—, nosotros también pasamos por todo eso, ¿recuerdas?

—Sí, ¿y uno solo de nosotros pensó de verdad que Leoman iba a asar a la parrilla a su propio pueblo? ¿Que convertiría una ciudad entera en un montón de cenizas y ríos de plomo? Lo único que digo, Viol, es que no nos ha ido tan mal, ¿verdad? Si lo piensas bien.

—Bálsamo tiene razón —dijo Tormenta mientras se rascaba otra vez—. Violín, en esa baraja que tienes, esa Casa de Guerra, ¿oliste a Treach ahí? Esos lobos me tienen muy intrigado.

—Tengo auténticas dudas sobre esa versión —respondió Violín—. Sobre toda esa Casa, de hecho. Estoy pensando que quien la hizo estaba confusa o quizá lo que vio era confuso…

—¿Confusa, una mujer?

—Eso creo, salvo la carta solitaria, los Guardianes de los Muertos. En eso hay una mano de hombre con toda seguridad.

Hubo una tensión repentina en la voz de Tormenta.

—Sácalas otra vez, Viol. Veamos esa Casa de Guerra, todas las cartas de esa Casa.

Ruidos de alguien barajando.

—Las voy enseñando una por una. En la mesa no, las enseño en mi mano, ¿estamos? De una en una. Bien. En cuanto a los títulos, solo voy a leer lo que está en los bordes. —Un momento y luego—: Los Señores de la Guerra. Dos lobos, uno macho y uno hembra. Me sugiere que el nombre está mal. Pero es el plural lo que cuenta, lo que significa que el trono no ocupado no importa tanto. De acuerdo, ¿ya la ha

visto todo el mundo? Bien, siguiente. El Cazador, y sí, ese es Treach…

—¿Qué hay de ese cadáver a rayas que hay en primer término? ¿Ese viejo sin manos?

—Ni idea, Gesler.

—Siguiente —dijo Tormenta.

—Guardianes de los Muertos…

—Déjame echar un vistazo… mejor. Espera…

—Tormenta —dijo Bálsamo—, ¿qué crees que estás viendo?

—¿Qué hay después? —preguntó el cabo falari—. ¡Rápido!

—El Ejército y el Soldado, no sé, dos nombres para la misma carta, que puede que vayan determinados por el contexto o algo.

—¿Alguna más?

—Dos, y no me gustan nada. Mirad, Matavida…

—¿Jaghut?

—Medio jaghut —dijo Violín con voz apagada—. Sé quién es, el arco de cuerno, la espada de un solo filo. Matavida es Icarium. Y su protector, Mappo Runt, no está por ningún lado.

—Todo eso da igual —dijo Tormenta—. ¿Cuál es la última carta?

—El contrapunto de Icarium, o algo así. Matamuerte.

—Por el Abismo, ¿se puede saber quién se supone que es? Eso es imposible.

Un gruñido amargo de Violín antes de contestar.

—¿Quién? Bien, veamos. Una choza miserable de pieles y palos, un brasero que tose humo, una criatura encapuchada dentro de la choza, miembros rotos, grilletes que se hunden en la tierra. Bueno, ¿quién podría ser?

—Eso es imposible —dijo Gesler haciéndose eco de la afirmación de Tormenta—. ¡No puede ser dos cosas a la vez!

—¿Por qué no? —dijo Violín, y después suspiró—. Se acabó. Oye, Tormenta, ¿qué ha encendido ese fuego en tus ojos?

—Sé quién hizo esas cartas.

—¿En serio? —Violín no parecía muy convencido—. ¿Y cómo lo has sabido?

—La carta de los Guardianes, algo en la cantería del puente. Después esas dos últimas, las calaveras, le eché un buen vistazo a la medalla de Faradan Sort. Para poder coser algo parecido, ya sabéis.

Hubo un silencio largo, muy largo.

Y Botella se quedó mirando, sin ver, a medida que las implicaciones encontraban su lugar en su mente, se asentaban y luego estallaban y salían como remolinos de polvo, una tras otra. *La consejera quiere esa baraja de los Dragones en manos de Violín. Y, o bien ella o T'amber, o quizá Menos y Nada, o alguien, rebosa conocimientos arcanos y no tiene miedo de usarlos. Bueno, Viol, él nunca extiende un campo con esas cartas. No, él se inventa juegos.*

La consejera sabe algo. Igual que sabía lo de los fantasmas de Raraku… y la inundación. Pero lleva una espada de otataralita. Y los dos wickanos no son en absoluto como eran, o al menos ese es el consenso. Tiene que ser T'amber.

¿Qué nos aguarda?

¿Es eso lo que puso tan nerviosos a Ben el Rápido y los demás?

¿Y si…?

—Algo me acaba de dar un empujoncito en el pie… ¿qué? ¿Eso es una rata? ¿Justo debajo de nuestra mesa?

—No hay ratas en el Silanda, Tormenta…

—Te estoy diciendo, Ges… ¡ahí!

Violín lanzó una maldición.

—¡Es la rata de Botella! —dijo después—. ¡Cogedla!

—¡A por ella!

Sillas que se arrastraban por el suelo, el estrépito de loza, gruñidos y botas pateando el suelo.

—¡Se está escapando!

Botella sabía que en un barco había muchos lugares a los que solo podía ir una rata. Y'Ghatan consiguió escaparse a pesar de todas las maldiciones y los golpes secos.

Unos momentos después, Botella vio a Violín aparecer en cubierta en el centro del barco, el soldado apartó los ojos un momento antes de que la mirada inquisitiva del sargento lo encontrara y Botella escuchó (con la mirada clavada en el mar) al hombre abriéndose paso entre los soldados que holgazaneaban por la cubierta y llegando junto a él.

Pum, pum, pum, escalones arriba hasta la cubierta delantera.

—¡Botella!

Parpadeó y lo miró.

—¿Sargento?

—Ah, no, no me engañas… ¡estabas espiando! ¡Poniendo la oreja!

Botella señaló con un gesto a Koryk y Chapapote, que habían levantado la cabeza de su partida y se lo habían quedado mirando.

—Pregúntales. Llevo aquí sentado, sin hacer nada, más de una campanada. Pregúntales.

—¡Tu rata!

—¿Ella? Le perdí el rastro anoche, sargento. No me he molestado en buscarla desde entonces porque… ¿qué

sentido tendría? No se va a ninguna parte, no con las crías que tiene que cuidar.

Gesler, Tormenta y Bálsamo se habían arremolinado detrás de Violín, que parecía a punto de arrancarse la barba de tres días de pura frustración.

—Si estás mintiendo… —siseó Violín.

—Pues claro que está mintiendo —dijo Bálsamo—. Si yo fuera él, también estaría mintiendo ahora mismo.

—Bueno, sargento Bálsamo —dijo Botella—, usted no es yo y esa es una diferencia crucial. Porque resulta que estoy diciendo la verdad.

Con un gruñido de desdén, Violín se dio media vuelta y se abrió camino otra vez hasta la cubierta central. Un momento después, los demás lo siguieron; Bálsamo después de lanzarle una última mirada furiosa a Botella, como si solo entonces acabara de comprender que lo habían insultado.

Un bufido profundo de Koryk después de que se fueran.

—Botella, resulta que levanté un momento la cabeza hace un rato, antes de que Violín saliera, y que el Embozado me lleve, pero debía de haber cincuenta expresiones cruzándote la cara, una tras otra.

—¿En serio? —preguntó Botella con suavidad—. Serían nubes pasando delante del sol, Koryk.

—¿Tu rata todavía tiene esas crías? —dijo Chapapote—. Entonces debes de haberlas llevado tú durante la marcha. Si hubiera sido yo el que las llevaba, me las habría comido una por una. Metérmelas en la boca, morder, masticar. Dulces y deliciosas.

—Bueno, pues era yo, no tú, ¿verdad? ¿Pero por qué todo el mundo quiere ser yo?

—No queremos —dijo Chapapote, que volvió a estudiar la partida—. Solo estamos intentando decirte que creemos que eres tonto de remate, Botella.

Botella lanzó un gruñido.

—De acuerdo. Entonces, supongo que a vosotros dos no os interesa lo que estaban hablando esos en ese camarote hace solo un ratito.

—Ven para acá —rezongó Koryk—. Míranos jugar y empieza a hablar, Botella, o vamos y se lo contamos al sargento.

—No, gracias —dijo Botella y estiró los brazos—. Creo que necesito una siesta. Quizá más tarde. Además, esa partida me aburre.

—¿Crees que no se lo diremos a Violín?

—Pues claro que no.

—¿Por qué no?

—Porque entonces esta sería la última vez, la última vez de verdad, que os cuento información privilegiada.

—Maldita víbora mentirosa, quejica, malnacida…

—Bueno, bueno —dijo Botella—, portaos bien.

—Empiezas a ser peor que Sonrisas —dijo Koryk.

—¿Sonrisas? —Botella se detuvo en los escalones—. ¿Y dónde está esa, por cierto?

—Tonteando con Corabb, supongo —dijo Chapapote.

¿En serio?

—No debería.

—¿Por qué?

—La suerte de Corabb no incluye necesariamente a las personas que lo rodean, por eso.

—¿Qué significa eso?

Significa que hablo demasiado.

—No importa.

—¡Encontrarán a esa rata, sabes, Botella! —exclamó Koryk—. Antes o después.

Por aquí nadie piensa con claridad. Dioses, Koryk, todavía crees que esas crías son criaturitas rosadas e indefensas.

Pues resulta que ahora son todas más que capaces de desplazarse por su cuenta. Así que no tengo un solo par de ojos y oídos extra, amigos míos. No. Está el pequeño Koryk, la pequeña Sonrisas, el pequeño Chapapote, el pequeño… oh, ya conocéis al resto…

Estaba a medio camino de la escotilla cuando sonaron las alarmas, flotaban como gritos demoníacos sobre las olas hinchadas y en el viento llegaba un olor… *no, un hedor.*

Que el Embozado me lleve, odio no saber. Kalam se subió de un salto a las jarcias sin hacer caso de los cabeceos y balanceos del Lobo de Espuma, que viraba en redondo para tomar un nuevo rumbo, nordeste, y dirigirse hacia la brecha que se había abierto (por incompetencia o descuido) entre dos de los dromones de la escolta. Mientras el asesino iba subiendo a toda prisa, vislumbró por un momento los barcos desconocidos que habían aparecido justo al lado de esa brecha. Velas que quizá hubieran sido negras una vez, pero que en ese momento eran grises, descoloridas por el sol y la sal.

Entre la repentina confusión de señales y alarmas, una verdad se estaba haciendo espantosamente evidente: se habían metido en una emboscada. Barcos al norte que formaban un arco con rutas mortales entre uno y otro. Otra medialuna, una que se abultaba hacia los malazanos, se acercaba a toda prisa por delante del viento que soplaba del nordeste. Mientras que otra hilera de barcos formaba una barrera erizada al sur, procedente de los bajíos que seguían la costa al oeste, después salieron en una formación de dientes de sierra rumbo al este hasta que el arco se rizó hacia el norte.

Por los dioses, son muchos más que todas nuestras lamentables escoltas. Transportes cargados de soldados, como ovejas balando atrapadas en el corral del matadero.

Kalam dejó de trepar. Ya había visto suficiente. *No sé quiénes son, pero nos tienen a su merced.* Empezó a bajar otra vez, un esfuerzo casi tan peligroso como había sido el ascenso. Abajo, varias figuras se escabullían de un lado a otro por las cubiertas, marineros e infantes, oficiales que gritaban por todas partes.

El buque insignia de la consejera, flanqueado todavía a estribor por el Silanda, estaba virando para poner rumbo a la brecha. Estaba claro que Tavore tenía intención de entrar en combate con esa medialuna que se aproximaba. Lo cierto era que tenían pocas alternativas. Con ese viento detrás de los atacantes, podían meterse como una punta de lanza en medio de los pesados transportes. El almirante Nok estaba al mando de las escoltas de cabeza, al norte, y tendrían que intentar abrirse camino entre los enemigos que bloqueaban el paso con tantos como pudieran de los transportes que lo seguían, *pero todo lo que los barcos enemigos tienen que hacer es empujarlos hacia la costa, hacia los arrecifes sin marcar que acechen en los bajíos.*

Kalam se dejó caer el último tramo hasta la cubierta y aterrizó agachado. Oyó más gritos por encima de él, muy arriba, cuando echó a andar. De pie, cerca de la proa inclinada, una junto al otro, la consejera y Ben el Rápido, el viento azotando el manto de Tavore. El mago supremo le lanzó una mirada cuando Kalam llegó junto a ellos.

—Han acortado las velas, las han recogido o lo que sea que lo llaman los marineros a ir frenando.

—Bueno, ¿y por qué? —preguntó Kalam—. No tiene ningún sentido. Esos cabrones deberían estar precipitándose directamente contra nosotros.

Ben el Rápido asintió, pero no dijo nada.

El asesino miró a la consejera, pero no pudo detectar cuál era su estado de ánimo mientras miraba la hilera de barcos que tenían enfrente.

—Consejera —dijo—, quizá debería coger su espada.

—Todavía no —dijo la mujer—. Está pasando algo.

Él siguió su mirada.

—Por los dioses del inframundo, ¿qué es eso?

A bordo del Silanda, Gesler había hecho uso del silbato de hueso y en ese momento las bancadas de remos salían con un barrido y retrocedían con una indiferencia firme a las olas palpitantes que los rodeaban; el barco gemía con cada embate y mantenía sin dificultad el ritmo del dromon de la consejera. Los pelotones habían terminado de arriar las velas y se encontraban en el centro del barco, preparando armaduras y armas.

Violín se agazapó sobre un cajón de madera e intentó sofocar las omnipresentes náuseas. *Dioses, odio el mar, este maldito vaivén, arriba abajo, arriba abajo. No, cuando muera quiero tener los pies secos. Eso y nada más. Ninguna estipulación más. Solo los pies secos, coño,* mientras iba soltando las correas y levantaba la tapa. Se quedó mirando las municiones moranthianas acurrucadas en su lechos acolchados.

—¿Quién sabe lanzar? —preguntó dirigiendo una mirada furiosa a su pelotón, después algo frío se le metió en las tripas.

—Yo —contestaron a la vez Koryk y Sonrisas.

—¿Para qué preguntas? —dijo Sepia.

Corabb Bhilan Thenu'alas permanecía sentado no muy lejos con las rodillas levantadas, demasiado mareado para

moverse y mucho menos para responder a la pregunta de Violín.

—Si lo tengo justo delante —dijo Chapapote con un encogimiento de hombros—, quizá pueda darle, sargento.

Pero Violín apenas oyó nada, tenía los ojos clavados en Botella, que permanecía en pie, inmóvil, mirando la línea enemiga de barcos.

—¿Botella? ¿Qué pasa?

Un rostro ceniciento se volvió a mirarlo.

—Esto va mal, sargento. Están… conjurando.

Samar Dev se fue encogiendo hasta que la madera dura, insensible, se le clavó en la espalda. Ante ella, a ambos lados del palo mayor, había cuatro tiste edur de los que brotaba una hechicería crujiente, salvaje, que se agitaba como cadenas entre ellos y destellaba, fulminante, con estallidos y ráfagas de llamas grises. Más allá de la proa que se bamboleaba, se alzaba una ola que rodaba y se agitaba como si la sujetaran con fuerza, se alzaba por los cielos…

Unas cadenas erizadas de poder saltaron de repente de los cuatro hechiceros, se arquearon a izquierda y derecha, salieron para unirse a las hermanas idénticas que germinaban de los barcos que había a ambos lados del barco de mando de Hanradi Khalag, y después continuaban conectando a los otros barcos, uno tras otro. Y el aire que Samar Dev respiraba parecía muerto, una necesidad esencial destruida por completo. Jadeó, se hundió en la cubierta y levantó las rodillas. Una tos, después temblores que la atravesaron entera en oleadas…

Un aire repentino, vida que inundaba sus pulmones, había alguien a su izquierda. Miró y después levantó la cabeza.

Karsa Orlong, inmóvil, con los ojos clavados en la pared de magia que ondeaba y se hinchaba.

—¿Qué pasa? —preguntó el gigante.

—Ancestral —dijo ella con voz entrecortada—. Pretenden destruirlos. Pretenden hacer pedazos diez mil almas y más…

—¿Quién es el enemigo?

Karsa, ¿qué es este aliento de vida que repartes?

—La flota imperial malazana —oyó Samar que respondía el taxiliano, y vio que el hombre había aparecido en cubierta junto con Bruja de la Pluma y el preda, Hanradi Khalag, y todos miraban hacia arriba, a aquella terrible tormenta encadenada de poder.

El toblakai se cruzó de brazos.

—Malazanos —dijo—. No son enemigos míos.

Con un acento duro, vacilante, Hanradi se volvió y se dirigió a Karsa Orlong.

—¿Son tiste edur?

Los ojos del gigante se entrecerraron hasta convertirse en meras ranuras mientras continuaba estudiando el poder conjurado del que en ese momento surgía un rugido creciente, como un millón de voces encolerizadas.

—No —dijo.

—Entonces —respondió el preda— son el enemigo.

—Si destruís a estos malazanos —dijo Karsa— vendrán más a por vosotros.

—No tememos.

El guerrero toblakai al fin volvió la cabeza y miró al preda, y Samar Dev pudo leer, con una especie de aleteo en su interior, su desdén. Pero el hombretón no dijo nada, se limitó a darse la vuelta y agacharse junto a Samar Dev.

—Ibas a llamarlo necio —le susurró ella—. Me alegro de que no lo hicieras, estos tiste edur no llevan las críticas con mucha paciencia.

—Lo que los convierte en necios más grandes todavía —dijo con voz profunda el gigante—. Pero eso ya lo sabíamos, Samar Dev. Creen que su emperador puede derrotarme.

—Karsa…

Un extraño coro de gritos estalló entre los hechiceros y todos empezaron a sufrir convulsiones, como si una mano abrasadora se les hubiera metido en el cuerpos y se hubiera cerrado con fuerza, cruel, alrededor de la columna. Samar Dev abrió mucho los ojos. *Este ritual los retuerce. Oh, cuánto dolor…*

El enorme muro se separó de la superficie del mar, que repentinamente se había quedado en calma. Se alzó un poco más y después más todavía, y en el espacio que había debajo, una franja horizontal que imitaba la normalidad, los barcos malazanos eran visibles, las velas torcidas, todos y cada uno perdiendo el rumbo a medida que el pánico invadía a los pobres malnacidos, salvo los dos de cabeza, un dromon de guerra y, en el flanco exterior, una nave de casco negro cuyos remos destellaban a ambos lados.

¿Qué?

Hanradi Khalag se había adelantado al ver ese extraño barco negro, pero desde donde Samar se había sentado, encogida sobre sí misma, no podía verle la expresión, solo la nuca, la postura, que de repente era tensa, de su alta figura.

Y entonces, comenzó a pasar algo más…

El muro de magia se estaba soltando de la superficie, arrastraba chorros de agua blanca, revuelta, que se fragmentaba y caía como lanzas que se iban volcando cuando aquella manifestación entreverada de gris, colérica, lo iba alzando más y más. El rugido fue avanzando,

estrepitoso y fiero como un ejército que se lanzara a la carga.

La voz de la consejera era baja, neutra.

—Ben el Rápido.

—No son sendas —respondió el mago, como asombrado —. Es ancestral. No son sendas. Son Fortalezas, pero atravesadas por Caos, por podredumbre…

—El dios Tullido.

Tanto el mago como Kalam la miraron.

—Nunca deja de sorprendernos, consejera —comentó Ben el Rápido.

—¿Puede responder a esto?

—¿Consejera?

—A esta hechicería ancestral, mago supremo, ¿puede usted darle respuesta?

La mirada que Ben el Rápido le lanzó a Kalam sobresaltó al asesino, pero encajó con la respuesta que dio a la perfección.

—Si no puedo, consejera, estamos todos muertos.

Cabrón, tienes algo…

—No dispone de mucho tiempo —dijo la consejera—. Si fracasa —añadió mientras se giraba—, tengo mi espada.

Kalam la observó bajar por la cubierta del barco. Después, con el corazón martilleándole con fuerza en el pecho, se enfrentó a aquella invocación revuelta, embargada de espuma, que llenaba el cielo del norte.

—Rápido, no es que tengas mucho tiempo, sabes, una vez que vuelva con su espada…

—Dudo que sea suficiente —interpuso el mago—. Oh, quizá para este barco y solo este barco. En cuanto a todos los demás, olvídalo.

—¡Entonces, haz algo!

Y Ben el Rápido se volvió hacia Kalam con una sonrisa que el asesino ya había visto antes, cientos de veces, y esa luz en sus ojos… tan conocida, tan…

El mago se escupió en las manos y se las frotó, después se enfrentó a la hechicería ancestral una vez más.

—Quieren meterse con las Fortalezas… pues yo también.

Kalam le enseñó los dientes.

—Menudo rostro tienes.

—¿Qué?

—«Nunca deja de sorprendernos», le dijiste.

—Sí, bueno, más vale que me dejes espacio. Hace ya bastante y puede que esté un poco… oxidado. —Y alzó los brazos.

Tan conocido, tan… alarmante.

En el Silanda, a cuatro bordadas hacia el mar, Botella sintió que algo sacudía todos sus sentidos. Giró la cabeza como un latigazo y clavó los ojos en el castillo de proa del Lobo de Espuma. Ben el Rápido, solo, erguido en la proa, con los brazos abiertos y extendidos hacia los lados, como una maldita ofrenda…

Y alrededor del mago supremo se despertó un fuego del color del barro con motas de oro, un fuego que ondeó, que se precipitó y luego empezó a subir, rápido… *tan rápido, tan fiero… que los dioses me lleven… ¡no, más paciencia, tonto! Si se…*

Susurrando una plegaria, Botella lanzó toda su voluntad hacia la invocación del mago supremo. *Más lento, idiota. ¡Más lento! Así, profundiza el tono, más denso, estíralo por los lados, es un simple alud de lodo al revés, sí, va subiendo otra vez la ladera, llamas como lluvia, lenguas de maldad dorada, sí, así…*

No, deja de luchar contra mí, maldito seas. Me da igual lo aterrado que estés, el pánico lo estropeará todo. ¡Presta atención!

De repente, llenando la cabeza de Botella, un aroma… a pelo. El roce suave de unas manos no del todo humanas, y los esfuerzos frenéticos de Botella para sofocar el entusiasmo maníaco de Ben el Rápido de súbito dejaron de importar cuando algo apartó su voluntad como si fuese una telaraña molesta…

Kalam, agachado en los escalones de madera del castillo de proa, observó que Ben el Rápido, con las piernas muy abiertas, se alzaba poco a poco de la cubierta, como si una fuerza exterior lo hubiera cogido con unas manos invisibles por la pechera de la túnica, lo hubiera acercado y después le diera una sacudida.

—En el nombre del Embozado, se puede saber qué…

La magia que se alzaba en respuesta a la hirviente tormenta gris que tenían enfrente era como un muro de tierra entreverado de raíces ardientes que se revolvía y palpitaba, y después caía de nuevo sobre sí misma, su voluntad salvaje, explosiva, vinculada de un modo muy estrecho a algo más poderoso. *Y cuando Ben la libere dentro de esa otra… por el Embozado del inframundo, a esto no va a sobrevivir nadie…*

Hanradi Khalag se quedó mirando, paralizado, durante una docena de latidos, cuando el caos salvaje de la magia ancestral se alzó en atroz desafío a la de los hechiceros edur (a la de casi un centenar de hechiceros edur) y, como comprendió Samar Dev mientras miraba al dromon

malazano que iba en cabeza, todo obra de un único hombre, ese hombre de piel negra que flotaba sobre la proa del barco con los miembros estirados.

El preda pareció tambalearse y después se irguió y empezó a chillar órdenes, la misma frase repetida una y otra vez, mientras se abalanzaba como un borracho hacia sus hechiceros.

Estos se derrumbaron, arrojados a cubierta como si los tiraran, uno tras otro, los golpes de un gigante, después yacieron allí retorciéndose, con espuma en la boca, líquidos saliendo de sus cuerpos…

A medida que aquel muro gris que se cernía, rugiente, parecía implosionar, los zarcillos lanzaban latigazos y se desvanecían en el aire o golpeaban la superficie ya revuelta del mar, y con eso enviaban chorros por el aire que surgían disparados de nubes de vapor ondeante. El rugido se hizo pedazos y cayó.

La hechicería se desplomó, las cadenas que unían a los que las empuñaban en cada barco se apagaron con un parpadeo o rompieron con una explosión, como si en verdad fueran eslabones de hierro.

La cubierta cabeceó como borracha bajo ellos y todos, salvo Karsa Orlong, se tambalearon.

Samar Dev apartó los ojos de él con cierto esfuerzo y contempló una vez más ese muro oscuro, terrenal, de magia, que también empezaba a atenuarse. *Sí, quizá estos idiotas edur no sientan escrúpulo alguno a la hora de desatar esas cosas cuando no hay oposición… pero no se te puede achacar a ti la misma estupidez, malazano, quienquiera que seas.*

Hanradi Khalag, que no hacía caso de los hechiceros que se agitaban entre sus propios excrementos, empezó a lanzar órdenes a voz en grito; los marineros letherii (pálidos y

entonando plegarias) se apresuraron a darle la vuelta al barco y poner rumbo este.

Nos retiramos. Los malazanos los han puesto en evidencia. El tipo los ha amilanado… Oh, mago, podría besarte, podría hacer incluso más que eso. Dioses, sería capaz de…

—¿Qué están diciendo los edur? —preguntó Karsa Orlong.

El taxiliano frunció el ceño y se encogió de hombros antes de contestar.

—No se lo creen…

—¿Que no se lo creen? —graznó Samar Dev—. Están conmocionados, taxiliano. Muy conmocionados.

El hombre asintió y miró un instante a Bruja de la Pluma, que los estaba observando a los tres.

—Toblakai, los edur están diciendo que estos malazanos tienen un ceda a bordo.

Karsa arrugó la frente.

—Yo no conozco esa palabra.

—Yo sí —dijo Samar Dev. Sonrió cuando un repentino haz de luz irrumpió en el tumulto del cielo y bañó su rostro con una calidez inesperada—. Diles, taxiliano, que tiene razón. Lo tienen. Un ceda. Los malazanos tienen un ceda, y por mucho que los edur esperaran de este día, en toda su arrogancia, esos malazanos no tuvieron miedo. Diles eso, taxiliano. ¡Díselo!

Kalam se arrodilló junto a Ben el Rápido y estudió la cara de su amigo durante un momento, la expresión ida, los ojos cerrados. Después le dio una bofetada. Una buena bofetada.

Ben el Rápido maldijo y miró con furia al asesino.

—Debería aplastarte como a un insecto, Kalam.

—Ahora mismo —contestó con voz profunda el otro—, me parece que el pedo de un insecto te tiraría por la borda sin mucho esfuerzo, Rápido.

—Cállate. ¿Es que no puedo ni siquiera quedarme aquí echado un rato más?

—Viene la consejera. Sin prisas, eso es cierto. Serás imbécil, has revelado demasiado…

—Basta, Kalam. Necesito pensar, y pensar mucho.

—¿Desde cuándo juegas con magia ancestral?

Ben el Rápido miró a Kalam a los ojos.

—¿Cuándo? Jamás, idiota.

—¿Qué?

—Fue una maldita ilusión del Embozado. Gracias a los dioses que se encogen en sus retretes ahora mismo que los tontainas se tragaron el anzuelo, pero escucha, no fue solo eso. Tuve ayuda. ¡Y después tuve más ayuda!

—¿Qué significa eso?

—¡No lo sé! ¡Déjame pensar!

—No hay tiempo para eso —dijo Kalam y se echó hacia atrás—, la consejera ya está aquí.

La mano de Ben el Rápido salió disparada, cogió a Kalam por la camisa y tiró de él.

—Dioses, amigo —susurró—, ¡jamás había estado tan asustado en toda mi vida! ¿No lo ves? Empezó como una ilusión. Sí, pero luego…

Se oyó entonces la voz de la consejera.

—Mago supremo, usted y yo debemos hablar.

—No era…

—Ben Adaephon Delat, usted y yo vamos a hablar. Ahora.

Kalam se irguió y retrocedió, pero se detuvo al ver un gesto de Tavore.

—Ah, no, asesino. Usted también.

Kalam vaciló un instante.

—Consejera —dijo después—, esta conversación que propone… no puede ser unilateral.

La mujer frunció el ceño y después, poco a poco, asintió.

Violín se plantó junto a Botella, que estaba tirado en el suelo.

—Tú, soldado.

Los ojos del hombre estaban cerrados y, al oír las palabras de Violín, los ojos se apretaron todavía más.

—Ahora no, sargento. Por favor.

—Soldado —repitió Violín—, te has, eh, bueno, ensuciado. Ya sabes, por la entrepierna.

Botella lanzó un gemido.

Violín les echó un vistazo a los demás componentes del pelotón. Todavía muy afanados consigo mismos de momento. *Bien.* Se agachó junto a su soldado.

—Maldita sea, Botella, lárgate de aquí a gatas y ve a asearte; si los otros ven esto… pero espera, tengo que saber algo. Necesito saber qué te pareció tan excitante en todo este follón.

Botella rodó de lado.

—No lo entiendes —murmuró—. A ella le gusta hacerlo. Siempre que tiene la oportunidad. No sé por qué. No sé.

—¿A ella? ¿A quién? ¡No había nadie cerca de ti, Botella!

—Ella juega conmigo. Con… eso.

—Que alguien lo hace está claro —dijo Violín—. Ahora vete abajo y límpiate. Como Sonrisas vea esto, se va a pasar la vida atormentándote.

El sargento observó al soldado alejarse a gatas. *Excitado. Aquí estábamos, a punto de ser aniquilados. Todos y cada uno de nosotros, maldita sea. Y el tipo fantasea con una antigua novia.*

Por el aliento del Embozado.

Taralack Veed estudió la confusión que reinaba en cubierta durante un rato y frunció el ceño al ver al comandante, Tomad Sengar, pasearse de un lado a otro mientras guerreros edur iban y venían con mensajes enviados de algún modo por señales desde el aparente sinfín de barcos edur que los rodeaban. Algo había asestado a Tomad Sengar un golpe casi físico, no la hechicería ritual que había desafiado a la suya sino una noticia que había llegado poco tiempo después, cuando la flota malazana se esforzaba por salir del envolvimiento. Los barcos pasaban a menos de un tiro de cuadrillo de los demás, los rostros se giraban y clavaban al otro lado de la brecha, algo parecido al alivio conectaba esas miradas, Taralack incluso había visto a un soldado malazano saludar con la mano. Antes de que un compañero le diera al tipo un puñetazo en la sien.

Entretanto, las dos flotas edur se iban fundiendo en una sola, tarea nada sencilla dada las aguas picadas y el inmenso número de naves implicadas, además de la luz menguante del día que acababa.

Y allí, en el rostro de Tomad Sengar, el almirante de ese inmenso ejército flotante, la expresión acosada que solo podía provocar la noticia de una tragedia muy personal. Una pérdida, una pérdida terrible. Muy curioso, desde luego.

El aire era denso alrededor del barco, todavía contaminado por la hechicería ancestral. Esos edur eran auténticas abominaciones, a quién se le ocurría desatar de forma tan irresponsable un poder así. Pensando que podían empuñarlo como si fuera un arma de hierro frío e indiferente. Pero con los poderes ancestrales, con el caos, *eran esos poderes los que te empuñaban a ti.*

Y los malazanos habían respondido con la misma moneda. Una revelación aplastante, un descubrimiento de lo más inesperado de saber arcano. Si acaso, el poder del ritual malazano incluso superaba al de las decenas de hechiceros edur. Extraordinario. Si Taralack Veed no lo hubiera presenciado con sus propios ojos, habría considerado que semejante habilidad en las manos del Imperio de Malaz era, sencillamente, imposible de creer. De otro modo, ¿por qué no lo habían explotado jamás?

Ah, solo tuvo que pensarlo un momento para encontrar la respuesta. *Los malazanos quizá sean tiranos sedientos de sangre, pero no están locos. Comprenden lo que es la cautela. La moderación.*

Estos tiste edur, por desgracia, no.

Es decir, por desgracia para ellos.

Vio a Crepúsculo, la atri-preda, moviéndose entre sus soldados letherii, pronunciando una palabra tranquilizadora o dos, alguna que otra orden en tono bajo, y parecía que los alterados remolinos se tranquilizaban a su paso.

El gral se dirigió hacia allí.

La mujer lo miró a los ojos y lo saludó con un leve asentimiento.

—¿Cómo se encuentra tu compañero, ahí abajo? —preguntó ella y a Taralack le impresionó la facilidad creciente que estaba adquiriendo con su idioma.

—Come. Su fortaleza regresa, atri-preda. Pero, en cuanto a este día y sus extraños acontecimientos, es indiferente.

—Pronto se le pondrá a prueba.

Taralack se encogió de hombros.

—Esto no le concierne. ¿Qué aflige a Tomad Sengar? —preguntó por lo bajo y al preguntar se acercó un poco más.

Crepúsculo vaciló durante largo rato antes de contestar.

—Ha llegado recado de que entre la flota malazana había una nave que había sido capturada por los edur algún tiempo atrás, a un océano de distancia. Y ese barco se lo regalaron a uno de los hijos de Tomad y lo pusieron bajo su mando, un viaje al Naciente, una misión cuya naturaleza nunca se contó al emperador Rhulad.

—Tomad ahora cree que ese hijo está muerto.

—No puede haber ninguna otra posibilidad. Y al perder a un hijo, en realidad ha perdido a dos.

—¿Qué quieres decir?

La atri-preda lo miró y después negó con la cabeza.

—No importa. Pero lo que ha nacido en Tomad Sengar en este día, Taralack Veed, es un odio arrollador. Contra estos malazanos.

El gral se encogió de hombros.

—Se han enfrentado a muchos enemigos en su día, atri-preda. Caladan Brood, Sorrel Tawrith, K'azz D'Avore, Anomander Rake…

Al oír el último nombre, Crepúsculo abrió los ojos un poco más y cuando estaba a punto de hablar, su mirada se movió solo una fracción, justo por encima del hombro izquierdo de Taralack Veed. Una voz masculina habló a su espalda.

—Eso es imposible.

El gral se hizo a un lado para observar al recién llegado.

Un edur.

—Este se llama Ahlrada Ahn —dijo Crepúsculo, y el gral captó cierta complicidad entre los dos cuando ella pronunció el nombre edur—. Al igual que yo, él ha aprendido tu idioma, pero más rápido que yo.

—Anomander Rake —dijo el edur—, el gran señor de las Alas Negras, mora en las puertas de la Oscuridad.

—Lo último que supe —dijo Taralack Veed— fue que moraba en una fortaleza que flotaba llamada Engendro de

Luna. Libró una batalla de hechicería contra los malazanos en un continente lejano, sobre una ciudad llamada Pale. Y Anomander Rake fue derrotado. Pero no lo mataron.

La conmoción y la incredulidad se debatían en el rostro curtido, arrugado, del guerrero edur.

—Debes contarme más sobre eso. El que llamas Anomander Rake, ¿cómo se le describe?

—No sé mucho. Alto, de piel negra, cabello plateado. Lleva un mandoble maldito. ¿Son precisos esos detalles? Lo desconozco… pero veo por la expresión de tus ojos, Ahlrada Ahn, que deben de serlo. —Taralack hizo una pausa y se planteó cuánto debería revelar, su siguiente afirmación implicaría cierto conocimiento arcano, información que no muchos conocían. *Aun así… veamos cómo va esto.* Cambió de idioma y comenzó a hablar el de los letherii.

—Anomander Rake es tiste andii. No edur. Sin embargo, por tu reacción, guerrero, yo podría pensar que, al igual que Tomad Sengar, te ha herido algún tipo de revelación no grata.

Un mirada repentinamente nerviosa en los ojos del guerrero. Miró a Crepúsculo, después se dio media vuelta y se alejó.

—Hay asuntos —le dijo la atri-preda a Taralack Veed— que desconoces y es mejor que continúen así. La ignorancia te protege. No fue inteligente —añadió— revelar tu facilidad con el idioma letherii.

—Creo —respondió el gral— que Ahlrada Ahn no se sentirá muy inclinado a informar a nadie de nuestra conversación. —La miró a los ojos entonces y sonrió—. Y tú tampoco, atri-preda.

—Eres muy descuidado, Taralack Veed.

Él se escupió en las manos y se las pasó por el pelo, y le extrañó de nuevo la repentina expresión de desagrado de la

mujer.

—Dile a Tomad Sengar lo siguiente, atri-preda. Es él quien arriesga mucho exigiendo poner a prueba la pericia de Icarium.

—Pareces muy seguro —le contestó ella.

—¿De qué?

—De que tu compañero representa la amenaza más formidable a la que se ha enfrentado jamás el emperador Rhulad. Por desgracia, como se ha demostrado de forma invariable, todos los demás que creían lo mismo están ahora muertos. Y, Taralack Veed, te aseguro que ha habido muchos. Tomad Sengar debe saberlo con certeza. Se le debe hacer creer antes de que guíe a tu amigo ante su hijo.

—¿Su hijo?

—Sí. El emperador Rhulad es el hijo menor de Tomad Sengar. De hecho, ahora es el único hijo que le queda. Los otros tres han desaparecido o están muertos. Con toda probabilidad están todos muertos.

—Entonces me parece —contestó el gral— que lo que Tomad intenta no es medir la habilidad de Icarium, sino su falta de la misma. Después de todo, ¿qué padre le desearía la muerte a su último hijo superviviente?

A modo de respuesta, Crepúsculo se limitó solo a mirarlo durante largo rato. Después se dio la vuelta.

Y dejó a Taralack Veed solo, con un ceño creciente y más inquietud todavía en el rostro.

La sargento Hellian había encontrando la reserva del ron de los marineros y en ese momento se paseaba por las cubiertas con una sonrisa beatífica en la cara. No hacía ni media campanada que había estado cantando un canto

fúnebre kartooliano mientras el mismísimo Abismo se desataba en los cielos.

Masan Gilani, la armadura quitada una vez más y un pesado manto de lana envolviéndola para defenderla del viento gélido, estaba sentada entre un puñado de otros soldados, más o menos fuera del camino de los marineros. La flota enemiga estaba por alguna parte, al sur, perdida en el atardecer cada vez más profundo. Anda y que se pudrieran.

Ahora tenemos un mago supremo solo para nosotros. Uno de verdad. El tal Ben el Rápido, bueno, era de los Abrasapuentes, después de todo. Un mago supremo de verdad que nos acaba de salvar a todos el pellejo. Eso está bien.

Una nueva insignia le adornaba el manto, hecha con hilos plateados, carmesíes y dorados, estaba bastante orgullosa de su obra. *Los Cazahuesos. Sí, no me parece mal ese nombre.* Cierto, no era tan conmovedor como «los Abrasapuentes». De hecho, su significado era un poco oscuro, pero eso daba igual ya que, de momento, la historia del Decimocuarto era igual de oscura. O, por lo menos, lo bastante turbia como para hacer que las cosas fuesen confusas e inciertas.

Como adónde vamos. ¿Y ahora qué? ¿Por qué nos ha reclamado la emperatriz? No es como si Siete Ciudades no necesitara que la reconstruyeran, o malazanos que llenen esas guarniciones vacías. Claro que, la peste tenía a esa tierra cogida por el pescuezo y seguía asfixiándola.

Pero nosotros tenemos un mago supremo.

La jovencita, Peccado, se acercó a gatas, temblando de frío, y Masan Gilani abrió un lado del manto. Peccado se deslizó en el interior de ese abrazo envolvente, se acurrucó y apoyó la cabeza en el pecho de Masan.

No muy lejos, el sargento Cordón seguía maldiciendo a Bollito, que de la forma más estúpida había saludado a uno de los barcos enemigos al pasar, justo después de la batalla que nunca fue. Bollito había sido el que había armado una buena en la muralla de Y'Ghatan, recordó Masan. El que corría levantando mucho las rodillas a ambos lados de los orejones que tenía. Y que en ese momento estaba escuchando a su sargento con una sonrisa enorme, absurda, la expresión convirtiéndose en puro placer cada vez que la diatriba de Cordón alcanzaba una nueva cumbre de la imaginación.

Si la historia continuaba mucho tiempo más, Masan Gilani sospechaba que el sargento bien podría abalanzarse sobre Bollito y rodear con las manos ese cuello largo y escuálido con esa nuez del tamaño de un puño que no dejaba de subir y bajar. Para estrangularlo y quitarle esa sonrisa de la cara de caballo al muy idiota.

La manita de Peccado empezó a jugar con uno de los pechos de Masan, el índice iba rodeando el pezón.

¿Pero qué compañías ha tenido esta golfilla? Masan apartó la mano con suavidad, pero los dedos volvieron. *Bien. Qué más da, pero maldita sea, qué mano tan fría.*

—Todos muertos —murmuró Peccado.

—¿Qué? ¿Quiénes están todos muertos, pequeña?

—Están todos muertos, ¿te gusta esto? Creo que te gusta.

—Tienes el dedo frío. ¿Quiénes están todos muertos?

—Grande.

El dedo desapareció y lo sustituyó una boca cálida y húmeda. Una lengua danzarina.

¡Por el aliento del Embozado! Bueno, se me ocurren modos peores de terminar este día aterrador.

—¿Está mi hermana ahí escondida?

Masan Gilani levantó la cabeza y miró al cabo Casco.

—Sí.

Una expresión ligeramente dolorida en la cara masculina.

—No quiere contarme… lo que ocurrió en la finca. Lo que le… pasó. —El cabo vaciló y después añadió—. El tuyo no es el primer manto de la noche bajo el que se ha metido, Masan Gilani. Aunque eres la primera mujer.

—Ah, entiendo.

—Quiero saber lo que ocurrió. ¿Lo entiendes? Necesito saberlo.

Masan Gilani asintió.

—Sé lo que es —continuó Casco, que apartó la mirada y se frotó la cara—. Todos lo llevamos a nuestra manera…

—Pero tú eres su hermano —dijo Masan sin dejar de asentir—. Y la has estado siguiendo. Para asegurarte de que nadie hace con ella nada que no debiera.

El suspiro del hombre fue pesado.

—Gracias, Masan Gilani. En realidad tú no me preocupabas…

—Dudo que tengas que preocuparte por ninguno de nosotros —respondió ella—. No por los pelotones que tenemos aquí.

—¿Sabes? —dijo él, y Masan vio lágrimas deslizarse por la mejilla masculina—, eso es lo que me sorprendió. Aquí, con esta gente, todos nosotros, los que salimos de debajo de la ciudad, todos han dicho lo mismo que acabas de decir tú.

—Casco —dijo ella con suavidad—, ¿sigues siendo del regimiento Ashok? ¿Tú y los demás?

Él negó con la cabeza.

—No. Ahora somos Cazahuesos.

Eso está bien.

—Tengo algo de hilo de sobra —comentó ella—. Quizá podría tomar prestados vuestros mantos… un día cálido…

—Tienes buena mano, Masan Gilani. Se lo diré a los demás, si te parece bien.

—Sí. Ahora no podemos hacer mucho más, de todos modos, en estos hipopótamos hinchados.

—Te lo agradezco. Me refiero a todo, claro.

—Ve a dormir un poco, cabo. Por la forma de respirar de tu hermana, es lo que está haciendo ella ahora mismo.

Él se alejó con un asentimiento.

Y si algún soldado que no lo entienda intenta aprovecharse de esta pobre criatura rota, los cuarenta y tantos que somos lo desollaremos vivo, a él o a ella. Y puedes añadir una más. Faradan Sort.

Cuatro niños cruzaron a la carrera la cubierta, uno chillando de risa. Arropada en brazos de Masan Gilani, Peccado se removió un poco y después se acomodó de nuevo con la boca plantada con firmeza en el pezón de la mujer. La dalhonesia se quedó mirando a los niños, contenta de ver que se habían recuperado de la marcha, que habían comenzado su propio proceso de curación.

Todos lo llevamos a nuestra manera, sí.

¿A quién veía Peccado cuando decía que estaban todos muertos?

Dioses del inframundo, no creo que quiera saberlo. Esta noche no, por lo menos. Que duerma. Que los otros jueguen y después se acurruquen bajo unas mantas, abajo. Vamos a dormir todos mecidos por esta bestia. El regalo que nos ha hecho Ben el Rápido, todo esto.

Hermano y hermana estaban en la proa, envueltos en mantos para defenderse del frío mientras observaban las estrellas que iban llenando la oscuridad del cielo del norte. Cordaje que crujía, la tensión de las velas inclinadas cuando

el barco hacía otra bordada más. Al oeste, una cordillera de montañas más negras que los cielos marcaba la península Olphara.

La hermana rompió el largo silencio entre ellos.

—Debería haber sido imposible.

Su hermano lanzó un bufido y después contestó.

—Lo era. De eso se trata.

—Tavore no conseguirá lo que quiere.

—Lo sé.

—Está acostumbrada.

—Ha tenido que tratar con nosotros, sí.

—¿Sabes, Nada?, nos ha salvado a todos.

Un asentimiento, invisible bajo la pesada capucha de lana wickana.

—Sobre todo a Ben el Rápido.

—Cierto. Así pues —continuó Menos—, también estamos de acuerdo en que es bueno que esté con nosotros.

—Supongo —respondió Menos.

—Solo lo dices así porque te gusta, hermana. Te gusta del modo que a una mujer le gusta un hombre.

—No seas idiota. Son esos sueños… y lo que ella hace…

Nada volvió a lanzar otro bufido.

—Te acelera la respiración, ¿eh? Esa mano animal que lo sujeta con fuerza…

—¡Basta! No me refería a eso. Es solo… sí, es bueno que él esté con este ejército. Pero ella, con él, bueno, no estoy tan segura.

—Dirás que estás celosa.

—Hermano, estoy empezando a cansarme de estas burlas infantiles. Hay algo, bueno, compulsivo en esto, en el modo en que ella lo utiliza.

—Está bien, en eso estoy de acuerdo contigo. Pero para ti y para mí, hermana, todavía queda una pregunta vital. La

eres'al se está tomando cierto interés. Nos sigue como un chacal.

—A nosotros no. A él.

—Exacto. Y ahí está el quid de la cuestión. ¿Se lo contamos? ¿Se lo decimos a la consejera?

—¿Decirle qué? ¿Que un soldado con la entrepierna mojada del pelotón de Violín es más importante para ella y su ejército que Ben el Rápido, Kalam y Apsalar juntos? Escucha, esperamos hasta que descubramos lo que el mago supremo le dice a la consejera… sobre lo que acaba de pasar.

—Lo que significa que si no dice mucho o incluso afirma ignorar por completo…

—O se arroga el mérito y se pavonea por ahí como un héroe primero… entonces es cuando decidimos nuestra respuesta, Nada.

—De acuerdo.

Se quedaron en silencio durante una docena de latidos hasta que Nada habló.

—No deberías preocuparte demasiado, Menos. Un cruce entre mujer y animal cubierta de pelo maloliente no puede ser mucha competencia por su corazón, diría yo.

—Pero no era mi mano… —De repente la jovencita se calló y después soltó una sarta feroz de maldiciones wickanas.

En la oscuridad, Nada sonreía. Agradecía, no obstante, que su hermana no pudiera verlo.

Los infantes atestaban la bodega, despatarrados o acurrucados bajo mantas, tantos cuerpos inquietaban a Apsalar, como si se encontrara de repente en un túmulo de soldados. Apartó las prendas que la envolvían y se levantó.

Había dos faroles colgando de las vigas con las mechas muy bajas. El aire se estaba cargando. Se abrochó el manto y se dirigió a la escotilla.

Trepó a cubierta y salió al centro de la misma. El aire nocturno era gélido, pero una bendición fresca en sus pulmones. Vio dos figuras en la proa. Nada y Menos. Así que optó por girar y subir al castillo de popa, y se encontró con otra figura más apoyada en esa barandilla. Un soldado bajo, achaparrado, la cabeza desnuda a pesar del viento helado. Calvo, con un flequillo de mechones grises astrosos que azotaban el aire bajo las ráfagas glaciales. No lo reconoció.

Apsalar vaciló, después se encogió de hombros y se acercó. La cabeza del hombre se giró cuando la asesina llegó a la barandilla, junto a él.

—Te vas a poner enfermo, soldado —le dijo—. Al menos, ponte la capucha.

El anciano lanzó un gruñido, pero no contestó.

—Me llamo Apsalar.

—Así que también querrás saber mi nombre, ¿no? Pero si te lo digo, todo termina. Solo silencio. Siempre es igual.

Apsalar bajó la cabeza y contempló la estela revuelta que se iba alejando de la popa del barco. Una fosforescencia iluminaba la espuma.

—Soy forastera en el Decimocuarto Ejército —dijo.

—Dudo que eso importe demasiado —contestó él—. Lo que hice no es un secreto para nadie.

—He vuelto hace muy poco a Siete Ciudades. —Apsalar hizo una pausa y después añadió—: En cualquier caso, no eres el único que soporta la carga de las acciones pasadas.

Él la miró de nuevo.

—Eres demasiado joven para que te atormente tu pasado.

—Y tú, soldado, eres demasiado viejo para que te importe tanto el tuyo.

Él lanzó una carcajada seca y volvió a mirar el mar.

Al este, las nubes se deslizaban por la cara de la luna, pero la luz que arrojaba era tenue, apagada.

—Mira eso —dijo él—. Veo muy bien, pero esa luna no es más que un contorno borroso. Tampoco es la bruma de una nube. Es un mundo lejano, ¿verdad? Otro reino, con otros ejércitos escurriéndose por la niebla, matándose entre sí, arrastrando a los niños por las calles, las espadas rojas cayendo con un destello una y otra vez. Y apuesto a que alzan la cabeza de vez en cuando y les extraña todo ese polvo que han levantado y que hace que les cueste ver ese otro mundo que hay sobre sus cabezas.

—Cuando era niña —dijo Apsalar—, creía que allí había ciudades, pero no guerras. Solo jardines preciosos, y las plantas estaban siempre en flor, en cada estación, día y noche, llenando el aire con maravillosos aromas… ¿Sabes?, le conté todo eso a alguien, una vez. Más tarde me dijo que se enamoró de mí esa noche. Con esa historia. Era un hombre muy joven, ya sabes.

—Y ahora es solo ese vacío en tus ojos, Apsalar.

La asesina se estremeció.

—Si vas a hacer comentarios de ese tipo, quiero saber tu nombre.

—Pero eso lo estropearía. Todo. Ahora mismo solo soy yo, un simple soldado como todos los demás. Si averiguas quién soy, todo se hace pedazos. —El hombre hizo una mueca y después escupió en el mar—. Muy bien. No hay nada que dure, ni siquiera la ignorancia. Me llamo Bizco.

—Detesto destruir tu ego, torturado como está, pero no hay revelación inmensa que se abra al paso de tu nombre.

—¿Mientes? No, ya veo que no. Bueno, eso sí que no me lo esperaba, Apsalar.

—Nada cambia, entonces, ¿verdad? Tú no sabes nada de mí y yo no sé nada de ti.

—Había olvidado lo que era eso. Ese joven, ¿qué le pasó?

—No lo sé. Lo abandoné.

—¿No lo amabas?

Apsalar suspiró.

—Bizco, es complicado. He insinuado cosas de mi pasado. Lo cierto es que lo amaba demasiado para verlo caer, para verlo meterse tanto en mi vida, en lo que yo era, lo que sigo siendo. Se merece algo mejor.

—Serás idiota, maldita mujer. Mírame. Estoy solo. Antaño no tenía ninguna prisa por cambiar eso. Y luego, desperté un día y ya era demasiado tarde. Ahora, la soledad me da la única paz que tengo, pero no es una paz agradable. Vosotros dos os amabais, ¿tienes idea de lo escaso y valioso que es eso? Te rompiste tú y yo diría que lo rompiste a él también. Escúchame, ve a buscarlo, Apsalar. Encuéntralo y no lo sueltes; y ahora, ¿qué ego se tortura a sí mismo, eh? Ahí lo tienes, y tú pensando que el cambio solo puede ir en una dirección.

El corazón de Apsalar martilleaba con fuerza. Era incapaz de hablar, cada argumento contrario, cada refutación, parecía deshacerse. El sudor se le enfrió en la piel.

Bizco le dio la espalda.

—Dioses del inframundo, una conversación de verdad. Todo aristas y vida… lo había olvidado. Me voy abajo, tengo la cabeza entumecida. —Hizo una pausa—. Supongo que no te apetecerá volver a hablar otra vez… Solo Bizco y Apsalar, que no tienen nada en común salvo lo que no saben el uno del otro.

Apsalar consiguió asentir una vez.

—Lo… agradecería, Bizco.

—Bien.

La asesina escuchó los pasos que iban desapareciendo a su espalda. *Pobre hombre. Hizo lo que debía acabando con la vida de Coltaine, pero es el único que no puede vivir con eso.*

Cuando bajó a la bodega, Bizco se detuvo un momento con las manos en las barandillas de cuerda que había a ambos lados de los empinados escalones. Sabía que podría haber dicho mucho más, pero no tenía ni idea de que podría deslizarse con tanta facilidad entre las defensas de la mujer. Esa vulnerabilidad era… inesperada.

Cualquiera pensaría, no es verdad, que alguien que ha estado poseída por un dios sería algo más dura.

—Apsalar.

Reconoció la voz, así que no se volvió.

—Hola, Cotillion.

El dios se acercó y se apoyó en la barandilla, a su lado.

—No ha sido fácil encontrarte.

—Me sorprende. Estoy haciendo lo que pediste, después de todo.

—En el corazón del Imperio de Malaz. No es un detalle que hubiéramos anticipado.

—Las víctimas no se quedan quietas a la espera del cuchillo. Incluso sin sospechar nada, son capaces de cambiarlo todo.

El dios no dijo nada durante un rato y Apsalar sintió que algo se tensaba de nuevo en su interior. Bajo la luz apagada de la luna, el rostro del dios parecía cansado y en sus ojos, cuando la miró, había algo febril.

—Apsalar, estaba demasiado… pagado de mí mismo.

—Cotillion, eres muchas cosas, pero alguien pagado de sí mismo no es una de ellas.

—Descuidado, entonces. Ha ocurrido algo, es difícil de reconstruir. Como si los detalles necesarios los hubieran arrojado a un estanque de lodo y yo no he podido hacer mucho más que tantear, medio ciego y ni siquiera muy seguro de lo que estoy buscando.

—Navaja.

El dios asintió.

—Se produjo un ataque. Una emboscada, creo, hasta los recuerdos contenidos en el suelo, donde se derramó la sangre, estaban todos fragmentados, no pude leer demasiado.

¿Qué ha pasado? Apsalar quería hacer esa pregunta. Ya, atravesar de una vez ese enfoque lento, cauto… *No es precaución, se está yendo por las ramas…*

—Un pequeño asentamiento cerca de la escena… fueron los que lo limpiaron todo.

—Está muerto.

—No lo sé, no había cuerpos, salvo por los caballos. Una tumba, pero la habían abierto y exhumado al ocupante, no, no sé por qué lo haría nadie. En cualquier caso, he perdido el contacto con Navaja y eso, más que cualquier otra cosa, es lo que me inquieta.

—Perdido el contacto —repitió ella con voz apagada—. Entonces está muerto, Cotillion.

—De verdad que no lo sé. Hay dos cosas, sin embargo, de las que sí estoy seguro. ¿Deseas oírlas?

—¿Son relevantes?

—Eres tú quien debe decidir.

—Muy bien.

—Una de las mujeres, Scillara…

—Sí.

—Dio a luz, sobrevivió al menos para hacer eso, y la criatura está ahora al cuidado de los aldeanos.

—Eso está bien. ¿Qué más?

—Heboric Toque de Luz está muerto.

Apsalar se giró al oír eso (pero de espaldas al dios), y se quedó mirando por encima de los mares esa luna lejana, turbia.

—Manos Fantasmales.

—Sí. El poder, el aura de ese anciano ardía como fuego verde, tenía la cólera salvaje de Treach. Era inconfundible, innegable…

—Y ahora ha desaparecido.

—Sí.

—Había otra mujer, una chica joven.

—Sí. La queríamos, Tronosombrío y yo. Y resulta que sé que está viva, y, de hecho, parece estar justo donde la queríamos nosotros, con una diferencia crucial…

—No sois Tronosombrío y tú los que la controláis.

—Guiar, no controlar, no habríamos pretendido tener el control, Apsalar. Por desgracia, no se puede decir lo mismo de su nuevo amo. El dios Tullido. —Vaciló y después dijo—: Felisin la Menor es Sha’ik Renacida.

Apsalar asintió.

—Como una espada que mata a su creador… hay ciclos en la justicia.

—¿Justicia? Por el Abismo del inframundo, Apsalar, aquí la justicia no aparece por ninguna parte.

—¿Ah, no? —La asesina lo miró otra vez—. Hice alejarse a Navaja porque temía verlo morir si se quedaba conmigo. Lo hice alejarse y eso es lo que lo mató. Tú intentaste utilizar a Felisin la Menor y ahora se encuentra con que es un peón en manos de otro dios. Treach quería un destriant que guiase a sus seguidores a la guerra, pero a Heboric lo matan en

medio de ninguna parte y sin haber logrado nada. Como un cachorro de tigre al que le aplastan el cráneo, todo ese potencial, todas esas posibilidades, desaparecidas. Dime, Cotillion, ¿qué tarea encomendaste a Navaja en esa compañía?

El dios no respondió.

—Le encargaste que protegiera a Felisin la Menor, ¿no es cierto? Y fracasó. ¿Está vivo? Por su propio bien, quizá sea mejor que no lo esté.

—No puedes hablar en serio, Apsalar.

La asesina cerró los ojos. *No, no lo digo en serio. Dioses, ¿qué voy a hacer... con este dolor? ¿Qué voy a hacer?*

Cotillion levantó el brazo poco a poco, la mano (sin el cuero negro del guante) se acercó a un lado de la cara femenina. Apsalar sintió que un dedo del dios le rozaba la mejilla, sintió el hilo frío que fue todo lo que quedó de la lágrima que le limpió el dios. Una lágrima que ella no sabía que estaba allí.

—Estás helada —dijo él en voz muy baja.

Ella asintió y después sacudió la cabeza de repente cuando en su interior todo se derrumbó, y se encontró en los brazos del dios, sollozando sin control.

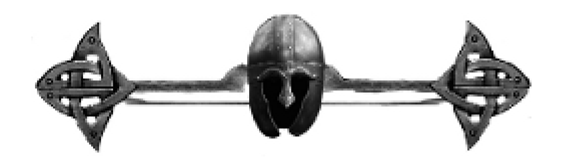
Y el dios habló.

—Lo encontraré, Apsalar. Lo juro. Averiguaré la verdad.

Verdades, sí. Una tras otra, un peñasco que se asienta, y luego otro. Y otro. Bloquean la luz, la oscuridad lo invade todo, la grava y la arena se van filtrando, un silencio sólido cuando el último ocupa su lugar. Y ahora, mi buena imbécil, intenta respirar. Una sola vez.

Las nubes rodearon a toda prisa la luna. Y, uno por uno, los jardines murieron.

19



Cruel malentendido, tú eliges la forma
y molde de esta arcilla mojada en tus manos, como la rueda
sin cesar gira.

Templada en granito, esta cáscara cocida se endurece
convertida en el escudo lleno de marcas de tus hazañas, y las oscuras
decisiones del interior.

Acomódate oculto en suspensión, invisible en bandas de estratos,
aguardando la llegada agotada de la muerte, la colación del viaje
para liquidarte.

Los ciegos afligidos te alzamos y honramos todo
lo que nunca fuiste, y lo que se pudre sellado en tu interior te sigue
a la tumba.

Me encuentro ahora entre los dolientes, disgustado
por mis sospechas cuando el polvo de la vasija flota…
Oh, cómo desprecio los funerales.

Los secretos de la arcilla
—Panith Fanal

Abrió los ojos en la oscuridad. Echado, inmóvil, esperó hasta que su mente separó los sonidos que lo habían despertado. Dos fuentes, decidió Barathol. Una distante, otra más cercana. La precaución dictó que se concentrara en esta última.

Crujido de mantas, tirones y sacudidas de las manos que las ajustaban, un leve arañazo de gravilla arenosa y después un murmullo ahogado. Un largo suspiro exhalado, más cambios de posturas y posiciones hasta que los sonidos se hicieron rítmicos y dos juegos de respiraciones se fundieron en una sola.

Era lo mejor. El Embozado sabía que Barathol no era el que podía aliviar la mirada atormentada de los ojos del daru. Después añadió otra plegaria silenciosa para que Scillara no le hiciera daño a aquel hombre con alguna traición futura. En cuyo caso, sospechaba que Navaja se alejaría tanto de la vida que ya no habría regreso.

De todos modos, esos eran asuntos que estaban fuera de sus manos y eso también era lo mejor.

Y luego… el otro sonido más lejano. Un susurro, más paciente en su ritmo que el acto del amor que se aceleraba al otro lado de la hoguera medio apagada. Como un viento que acariciara las copas de los árboles… pero no había árboles. Y tampoco viento.

Es el mar.

Se acercaba el amanecer, que hacía palidecer el cielo oriental. Barathol oyó a Scillara rodar de lado, los jadeos bajos y profundos, pero tardaron en calmarse. Por su parte, Navaja se subió las mantas, se volvió de lado y unos momentos después cayó en un sueño profundo una vez más.

Scillara se incorporó. Pedernal y hierro, un golpeteo de chispas cuando despertó su pipa. Había utilizado los últimos dineros que le quedaban para reabastecerse de roya el día anterior, cuando habían pasado junto a una modesta caravana que se iba adentrando en el continente. El encuentro había sido repentino, los grupos prácticamente habían chocado en una curva de la pista rocosa. Un intercambio de miradas recelosas y algo parecido al alivio inundó los rostros de los comerciantes.

La peste se había rendido. Así lo habían declarado caminantes espirituales tanno, con lo que habían levantado el aislamiento autoimpuesto de la isla Otataral.

Pero Barathol y sus compañeros eran las primeras personas vivas que esa tropa se había encontrado desde que abandonaran la pequeña aldea vacía en la que los había dejado su barco. Los mercaderes, que transportaban productos básicos de Rutu Jelba, habían empezado a temer estar entrando en una tierra fantasma.

Dos días de abstinencia para Scillara habían tenido a Barathol lamentando haber dejado jamás su herrería. *Roya y ahora hacer el amor, esta mujer está en paz una vez más, gracias al Embozado.*

—¿Quieres que prepare el desayuno, Barathol? —dijo entonces Scillara.

El herrero rodó de espaldas y se incorporó, después la estudió bajo la luz desvaída.

Scillara se encogió de hombros.

—Una mujer lo sabe. ¿Estás disgustado?

—¿Por qué habría de estarlo? —respondió él con voz profunda. Miró a la forma todavía inmóvil de Navaja—. ¿Está dormido de verdad una vez más?

Scillara asintió.

—La mayor parte de las noches apenas duerme, pesadillas y el temor que les tiene. Un beneficio añadido a un revolcón con él, que lo libera después de todo su agotamiento.

—Aplaudo tu altruismo —dijo Barathol mientras se acercaba a la hoguera y hurgaba en los carbones medio apagados con la punta del cuchillo de cocina. En la penumbra de su derecha apareció Chaur con una gran sonrisa.

—Pues deberías —dijo Scillara como respuesta al comentario de Barathol.

Este levantó la cabeza.

—¿Y eso es todo? ¿Para ti?

La mujer apartó la mirada y le dio una buena calada a la pipa.

—No le hagas daño, Scillara.

—Necio, ¿no lo ves? Estoy haciendo justo lo contrario.

—Eso es lo que concluí. Pero ¿y si se enamora de ti?

—No lo hará. No puede.

—¿Por qué no?

Scillara se levantó y se acercó a las mochilas.

—Prende ese fuego, Barathol. Un poco de té caliente debería quitarnos el frío de los huesos.

A menos que eso sea todo lo que tienes en ellos, mujer.

Chaur se colocó junto a Scillara y se agachó para acariciarle el pelo mientras la mujer, sin hacerle el menor caso, iba sacando los alimentos envueltos.

Chaur observaba, con una fascinación ávida, cada chorro de humo que exhalaba Scillara.

Sí, muchacho, como cuentan las leyendas, algunos demonios echan fuego.

Dejaron dormir a Navaja y este no se despertó hasta media mañana, cuando se incorporó disparado con una expresión confusa y luego culpable en la cara. El sol al fin calentaba, atemperado por una agradable brisa fresca que llegaba del este.

Barathol observó que la mirada errante de Navaja encontraba a Scillara, que se había sentado con la espalda apoyada en un peñasco; el daru se estremeció un poco cuando la mujer lo saludó con un guiño y tirándole un beso.

Chaur daba vueltas por el campamento como un perro emocionado, el rugido de las olas era mucho más estruendoso, traído por el viento, y el muchacho era incapaz de contener su impaciencia por descubrir la fuente del sonido.

Navaja apartó la atención de Scillara y observó a Chaur durante un rato.

—¿Qué le pasa?

—El mar —dijo Barathol—. Jamás lo ha visto. Es probable que ni siquiera sepa lo que es. Todavía queda algo de té, Navaja, y esos paquetes que tiene Scillara delante son tu desayuno.

—Es tarde —dijo el otro, y se levantó—. Deberíais haberme despertado. —Luego se detuvo en seco—. ¿El mar? Beru nos libre, ¿tan cerca estamos?

—¿Es que no lo hueles? ¿No lo oyes?

Navaja sonrió de repente, y era una sonrisa de verdad, la primera que Barathol había visto en el joven.

—¿Alguien vio la luna anoche? —preguntó Scillara—. Estaba moteada. Era raro, como si le hubieran hecho agujeros.

—Algunos de esos agujeros —comentó Barathol— parecen estar agrandándose.

Ella lo miró y asintió.

—Bien, eso me parecía a mí también, pero no estaba segura. ¿Qué crees que quiere decir?

Barathol se encogió de hombros.

—Se dice que la luna es otro reino, como el nuestro, con personas en la superficie. A veces caen cosas de nuestro cielo. Rocas. Bolas de fuego. La caída del dios Tullido se dijo que había sido así. Montañas enteras precipitándose, borraron del mapa buena parte de un continente y llenaron la mitad del cielo de humo y cenizas. —Miró a Scillara y después a Navaja—. Estaba pensando que, quizá, algo golpeó la luna del mismo modo.

—¿Como si hubieran derribado a un dios?

—Sí, algo así.

—¿Y qué son esas manchas oscuras?

—No lo sé. Podría ser humo y cenizas. Podrían ser trozos del mundo que se desprendieron.

—Agrandándose…

—Sí —Barathol se encogió otra vez de hombros—. El humo y las cenizas se extienden. Entonces tiene sentido, ¿no?

Navaja estaba desayunando a toda prisa.

—Siento haceros esperar a todos. Deberíamos ponernos en marcha. Quiero ver lo que hay en esa aldea abandonada.

—Cualquier cosa en condiciones de navegar es lo único que necesitamos —dijo Barathol.

—Eso es lo que espero que encontremos. —Navaja se limpió las migas de las manos, se metió un último higo seco en la boca y después se levantó—. Estoy listo —dijo con la boca llena.

Muy bien, Scillara, buen trabajo.

Había huesos blanqueados por el sol y mordisqueados por los perros en la calle trasera de la aldea de pescadores. Las puertas de las residencias que se veían, la de la posada y la del edificio del asesor malazano, estaban todas abiertas, los montones de arena fina se agolpaban en los umbrales. Amarrados a ambos lados del malecón de piedra había barquitos pesqueros medio sumergidos, las cuerdas que los sujetaban se estiraban e iban deshaciendo, mientras que en la bahía poco profunda dos carracas un poco más grandes esperaban ancladas junto a unos postes de amarraderos.

Chaur continuaba en el mismo punto en el que se había encontrado con el mar y las olas coronadas de blanco que rodaban hacia la playa. Su sonrisa no había cambiado, pero las lágrimas brotaban sin estorbos ni remisión de sus ojos, y parecía que estaba intentando cantar sin abrir la boca: de ella surgían extraños maullidos. Lo que le había chorreado de la nariz estaba salpicado con la arena llevada por el viento.

Scillara vagó por la aldea en busca de cualquier cosa que pudiera ser útil en la travesía que planeaban. Cuerda, cestas, barriles, alimentos secos, redes, arpones, sal para conservar pescado… lo que fuera. Sobre todo, lo que encontró fue los restos de los aldeanos, todos mordisqueado por perros. Dos almacenes achaparrados flanqueaban la avenida que salía del malecón y se adentraba en tierra, y los dos estaban cerrados con llave. Con la ayuda de Barathol, forzaron la entrada de los dos y en esas estructuras encontraron más suministros de los que podrían usar jamás.

Navaja fue a nado a examinar las carracas y regresó tras un rato para informar que ambas continuaban en buen

estado y ninguna era especialmente más marinera que la otra. De igual eslora y manga, las naves eran casi gemelas.

—Hechas por las mismas manos —dijo Navaja—. Creo. Tú podrías juzgarlo mejor que yo, Barathol, si tienes algún interés.

—Acepto tu palabra, Navaja. Así que podemos elegir cualquiera de ellas.

—Sí. Por supuesto, quizá pertenezcan a los mercaderes que nos encontramos.

—No, no son jelban. ¿Cómo se llaman?

—La Cola de Dhenrabi es la de la izquierda. La otra se llama Dolor de Sanal. Me pregunto quién sería Sanal.

—Cogeremos el Dolor —dijo Barathol— y antes de que preguntes, no lo hagas.

Scillara se echó a reír.

Navaja vadeó las aguas junto a uno de los cascos inundados que había en el amarradero.

—Deberíamos reflotar uno de estos para llevar los suministros hasta allí.

Barathol se levantó.

—Empezaré a bajar esos suministros del almacén.

Scillara observó al hombretón subir por la avenida y después se volvió para mirar al daru, que había encontrado un achicador hecho con media calabaza y estaba sacando agua de uno de los cascos.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó.

—No pasa nada. Por fin tengo algo que hacer.

—Día y noche ahora.

La mirada que le lanzó era tímida.

—Nunca había probado la leche.

Scillara volvió a cargar la pipa con una carcajada.

—Sí que la probaste. Solo que no te acuerdas.

—Ah. Supongo que tienes razón.

—En cualquier caso, tú eres mucho más tierno de lo que era esa mosquita de la sangre de carita dulce.

—¿No le has puesto nombre?

—No. Que se peleen sus nuevas madres por eso.

—¿Ni siquiera en tu cabeza? Quiero decir, aparte de mosca de la sangre, sanguijuela y garrapata.

—Navaja —dijo la mujer—, no lo entiendes. Si le doy un nombre de verdad, terminaré teniendo que dar la vuelta. Y entonces tendré que quedármela.

—Oh. Lo siento, Scillara. Tienes razón. No hay mucho que entienda sobre nada.

—Tienes que confiar más en ti mismo.

—No. —Él hizo una pausa y clavó los ojos en el mar, hacia el este—. No hay nada que haya hecho que lo haga… posible. Mira lo que ocurrió cuando Felisin la Menor confió en mí para que la protegiera. Incluso Heboric… dijo que yo mostraba capacidad de liderazgo, dijo que eso era bueno. Así que él también confió en mí.

—Maldito idiota. Nos tendieron una emboscada unos t’lan imass. ¿Qué crees que podrías haber hecho?

—No lo sé y de eso se trata.

—Heboric era el destriant de Treach. Lo mataron como si no fuera más que un perro cojo. Desmocharon los miembros de Ranagrís como si se estuvieran preparando para cocinar un festín. Navaja, las personas como tú y como yo no podemos detener a criaturas así. Nos derriban y luego nos pasan por encima, y en lo que a ellos se refiere no hay más. Sí, es duro asimilarlo, para cualquiera. El hecho de ser insignificantes, irrelevantes. No se espera nada de nosotros, así que es mejor que nos agazapemos y que no nos vea nadie, mejor pasamos desapercibidos para criaturas como los t’lan imass, los dioses y las diosas. Tú y yo, Navaja, y Barathol también. Y Chaur. Somos los que, si tenemos

suerte, continuaremos con vida el tiempo suficiente para limpiar el desastre y reunir las piezas. Para reafirmar el mundo normal. Eso es lo que hacemos, cuando podemos; mírate, acabas de resucitar un bote muerto, le has devuelto su función; míralo, Navaja, por fin tiene el aspecto que debería, qué satisfactorio, ¿verdad?

—Por el amor del Embozado —dijo Navaja mientras sacudía la cabeza—, Scillara, no somos simples termitas obreras que despejan un túnel después de la pisada descuidada de un dios. Eso no basta.

—No estoy sugiriendo que baste —le contestó ella—. Te digo que es lo que tenemos para empezar, cuando estamos reconstruyendo, reconstruyendo aldeas y reconstruyendo nuestras vidas.

Barathol había estado yendo y viniendo, siempre cargado, durante toda la conversación; Chaur había bajado con gesto tímido y se había acercado al agua. El mudo había descargado los suministros que llevaban en los caballos, incluyendo el cadáver amortajado de Heboric, y las bestias (desensilladas y con los bocados quitados) vagaban por la hierba del lindero tras la marca de la marea agitando las colas.

Navaja empezó a cargar el bote de remos.

Hizo una pausa en un momento dado y esbozó una gran sonrisa irónica.

—Encender una pipa es un buen modo de escaquearse del trabajo, ¿no?

—Dijiste que no necesitabas ayuda.

—Para achicar, sí.

—Lo que no entiendes, Navaja, es la necesidad espiritual de recompensa, por no mencionar la claridad que hay tu mente durante esas colaciones. Y al no comprenderlo, tú sientes resentimiento, lo que te agría la sangre del corazón y

te convierte en una persona amargada. Es esa amargura lo que mata a la gente, ¿sabes?, se los come por dentro.

Navaja la estudió.

—¿Lo que significa que, en realidad, estoy celoso?

—Pues claro que lo estás, pero porque puedo identificarme contigo, no siento la necesidad de ofrecer juicios de valor. Dime, ¿puedes tú decir lo mismo?

Barathol llegó con un par de barriles bajo los brazos.

—Levanta el culo, mujer. Tenemos buen viento y cuanto antes nos pongamos en camino, mejor.

Scillara le hizo un saludo militar y se levantó.

—Ahí tienes, Navaja, un hombre que se pone al mando. Obsérvalo, escucha y aprende.

El daru se la quedó mirando, confuso.

Ella se lo leyó en la cara: *Pero acabas de decir…*

Eso dije, mi joven amante. Somos criaturas de contradicciones, los humanos, pero no es algo que tengamos que temer, ni siquiera debería inquietarnos. Y si haces una lista de todas las personas que veneran la coherencia, verás que todos y cada uno son tiranos o aspirantes a serlo. Tiranos que gobiernan a miles, o a un marido o una esposa, o a un niño que se encoge de miedo. Nunca temas la contradicción, Navaja, es el corazón mismo de la diversidad.

Chaur se agarró al remo que hacía de timón mientras Navaja y Barathol se ocupaban de las velas. El día era brillante, el viento fresco y la carraca surcaba las olas como si su madera estuviera viva. De vez en cuando la proa cabeceaba y levantaba espuma, y Chaur se reía con un sonido infantil que era alegría pura.

Scillara se acomodó en el centro del barco, con el sol en la cara, cálido pero sin ser caluroso, y se estiró.

Navegamos en una carraca llamada Dolor, con un cadáver a bordo. Un cadáver que Navaja quiere llevar a su lugar definitivo de descanso. Heboric, ¿sabías que podía existir tanta lealtad, ahí, en tu sombra?

Barathol pasó junto a ella en un momento dado y, cuando Chaur se echó a reír una vez más, Scillara vio una sonrisa de respuesta en su rostro maltratado y lleno de escaras.

Oh, sí, es en verdad música celestial. Tan inesperada y, en su inocencia, tan necesaria…

El regreso de ciertos rasgos mortales, comprendió Onrack el Fracturado, le recordaba a uno que la vida estaba lejos de ser perfecta. Y no era que él se hubiera hecho demasiadas ilusiones a ese respecto. Sobre nada. Con todo, Onrack tardó algún tiempo (en algo parecido a un estado de fuga) en reconocer que lo que estaba sintiendo era… impaciencia.

El enemigo volvería. Esas cuevas resonarían con los gritos, con el estrépito metálico de las armas, con voces alzadas coléricas. Y Onrack estaría al lado de Trull Sengar y con él presenciaría, embargado por una furia impotente, la muerte de más niños, hijos de Minala.

Por supuesto, «niños» era un término que ya no encajaba. Si hubieran sido imass, a esas alturas ya habrían sobrevivido a la ordalía que suponía el paso a la edad adulta. Estarían buscando pareja, liderando partidas de caza y uniendo sus voces a las canciones nocturnas del clan cuando la oscuridad regresara para recordarles toda la muerte que aguardaba allí, al final del sendero de la vida.

Yacer con amantes también pertenecía a la noche, y tenía sentido, pues era en medio de la verdadera oscuridad

cuando nacía el primer fuego de vida, cuando despertaba con un parpadeo para hacer retroceder la ausencia inmutable de luz. Yacer con un amante era celebrar la creación del fuego. *De esto, en la carne, al mundo de más allá.*

Allí, en la sima, la noche reinaba eterna y no había fuego en el alma, ni el calor del acto del amor. Solo había una promesa de muerte.

Y a Onrack eso lo impacientaba. No había gloria en la espera del olvido. No, en una existencia que tuviera un significado y propósito real, el olvido y la nada deberían llegar de forma inesperada, sin que nadie lo anticipase o lo viese. Un momento corría a toda velocidad, al siguiente, se había ido.

Como t'lan imass de Logros, Onrack había conocido el terrible coste que suponían las guerras de desgaste. El espíritu agotado más allá de toda razón, sin salvación que lo aguardara, solo más de lo mismo. Los hermanos que caían al borde del camino, hechos pedazos e inmóviles, los ojos clavados en una visión torcida, una escena que contemplar para toda la eternidad, los cambios diminutos eran los que medían los siglos de indiferencia. Alguna tímida criatura que pasara corriendo, el verde exuberante de una planta que se abría camino por la tierra tras un chaparrón, pájaros que picoteaban semillas, insectos construyendo imperios…

Trull Sengar se acercó adonde Onrack se encontraba vigilando el embudo.

—Monok Ochem dice que la presencia de los edur se ha… contraído, alejado de nosotros. Por ahora. Como si algo hubiera hecho retroceder a mis hermanos. Tengo la sensación, amigo mío, de que nos han concedido un respiro, un respiro ingrato. No sé cuánto tiempo más podré luchar.

—Cuando en verdad tú ya no puedas seguir luchando, Trull Sengar, el fracaso dejará de importar.

—No pensé que fueran a desafiarla, sabes, pero ahora veo que tiene sentido. Ella esperaba que se fueran sin más, que abandonaran a su destino al puñado que permanecía aquí. A nuestro destino, quiero decir. —Se encogió de hombros—. A Panek no le sorprendió.

—Los otros niños lo admiran —dijo Onrack—. Jamás lo abandonarían. Ni a sus madres.

—Y, al quedarse, nos romperán el corazón a todos.

—Sí.

El tiste edur lo miró.

—¿Al final lamentas el despertar de las emociones en tu interior, Onrack?

—Este despertar sirve para recordarme una cosa, Trull Sengar.

—¿Cuál?

—Por qué me llaman «Fracturado».

—Tan fracturado como el resto de nosotros.

—No Monok Ochem, ni Ibra Gholan.

—No, ellos no.

—Trull Sengar, cuando lleguen los atacantes, quiero que sepas… que tengo intención de abandonar tu lado.

—¿De veras?

—Sí. Voy a desafiar a su líder. A asesinarlo o ser destruido en el intento. Quizá, si puedo infligir un coste realmente espantoso, se replantearán su alianza con el dios Tullido. Como mínimo, quizá se retiren y no regresen en mucho tiempo.

—Comprendo. —Trull sonrió entonces en medio de la penumbra—. Echaré de menos tu presencia a mi lado en esos momentos finales, amigo mío.

—Si triunfara en lo que pretendo, Trull Sengar, regresaré a tu lado.

—Entonces será mejor que te des prisa en matar a ese líder.

—Tal es mi intención.

—Onrack, oigo algo nuevo en tu voz.

—Sí.

—¿Qué significa?

—Significa, Trull Sengar, que Onrack el Fracturado, al descubrir la impaciencia, ha descubierto también otra cosa.

—¿Qué?

—Lo siguiente: se acabó, no pienso defender más lo indefendible. No pienso presenciar más la caída de mis amigos. En la batalla inminente, verás en mí algo terrible. Algo que ni Ibra Gholan ni Monok Ochem pueden lograr. Trull Sengar, verás a un t'lan imass que ha despertado a la ira.

Banaschar abrió la puerta, vaciló un momento, se apoyó con una mano en el marco y después entró tambaleándose en su decrépita habitación. El olor acre a sudor y sábanas sucias, a comida pasada y abandonada en la mesita que tenía bajo la ventana con barrotes. Hizo una pausa y se planteó si debía o no encender el farol, pero le quedaba poco aceite y había olvidado comprar más. Se frotó la barba incipiente de la barbilla con más vigor de lo habitual puesto que parecía que se le había entumecido la cara.

Un crujido de la silla que había contra la pared contraria, a seis pasos de distancia. Banaschar se quedó paralizado e intentó penetrar en la oscuridad con los ojos.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

—Hay pocas cosas en este mundo —dijo la figura sentada en la silla— más patéticas que ver al que una vez fue

demidrek caído en semejante estado de deterioro, Banaschar. Entrar borracho y tropezando en este tugurio infestado de alimañas cada noche. ¿Por qué estás aquí?

Banaschar dio un paso a la derecha y se hundió con pesadez en el catre.

—No sé quién eres —dijo—, así que no veo razón para contestarte.

Un suspiro y después el otro respondió.

—Envías, uno tras otro desde hace ya un tiempo, mensajes crípticos. Ruegas, con desesperación creciente, reunirte con el mago supremo imperial.

—Entonces comprenderás —dijo Banaschar mientras luchaba por recuperar la sobriedad a marchas forzadas, y el terror ayudaba bastante— que el asunto concierne solo a devotos de D’rek…

—Una descripción que ya no encaja ni contigo ni con Tayschrenn.

—Hay cosas —dijo Banaschar— que no se pueden dejar atrás. Tayschrenn lo sabe, tanto como yo…

—En realidad el mago supremo imperial no sabe nada. —Una pausa que acompañaba a un gesto que Banaschar interpretó como el hombre estudiándose las uñas, y algo en su tono cambió—. Es decir, todavía no. Quizá nunca. Verás, Banaschar, la decisión es mía.

—¿Y tú quién eres?

—Todavía no estás listo para saber eso.

—¿Por qué estás interceptando mis misivas para Tayschrenn?

—Bueno, para ser precisos, yo no he dicho tal cosa.

Banaschar frunció el ceño.

—Acabas de decir que la decisión era tuya.

—Sí, así es. Una decisión que se centra en si continúo inactivo en este asunto, como he hecho hasta el momento,

o, dados motivos suficientes, elijo, eh, intervenir.

—¿Entonces quién está bloqueando mis esfuerzos?

—Debes comprender, Banaschar, que Tayschrenn es, ante todo y sobre todo, el mago supremo imperial. Cualquier otra cosa que fuera en su momento ahora es irrelevante…

—No, no lo es. No, teniendo en cuenta lo que he descubierto…

—Cuéntamelo.

—No.

—Mejor aún, Banaschar, convénceme.

—No puedo —respondió el borracho, se aferraba con las manos a las sábanas mugrientas que cubrían los lados.

—¿Un asunto imperial?

—No.

—Bueno, es un comienzo. Como has dicho, entonces, el tema incumbe a los que fueron seguidores de D'rek. Un tema, es de suponer, relacionado con esa sucesión de muertes misteriosas ocurridas dentro del culto del Gusano. ¿Sucesión? Más bien masacre, ¿no? Dime, ¿queda alguien? ¿Una sola persona?

Banaschar no respondió.

—Salvo, por supuesto —añadió el desconocido— esos pocos que, en algún momento del pasado y por la razón que fuera, abandonaron la secta. El culto.

—Sabes demasiado —dijo Banaschar. Jamás debería haberse quedado en esa habitación. Debería haber buscado cuchitriles diferentes para cada noche. No se le había ocurrido que hubiera alguien, que quedara alguien, que se acordara de él. Después de todo, los que podrían haberse acordado estaban todos muertos. *Y yo sé por qué. Dioses del inframundo, ojalá no lo supiera.*

—Tayschrenn —dijo el hombre tras un momento— está aislado. De una forma absoluta y muy eficiente. Como

profesional que soy, admito sentir una admiración considerable, de hecho. Por desgracia, a consecuencia de esa misma profesión, también experimento una alarma considerable.

—Eres una garra.

—Muy bien, parece que al menos algo de inteligencia se está filtrando entre la bruma de la ebriedad, Banaschar. Sí, me llamo Perla.

—¿Cómo me has encontrado?

—¿Importa mucho?

—Sí. A mí, sí, Perla.

Otro suspiro y un ademán de una mano.

—Oh, me aburría. Seguí a alguien que resultó que te estaba siguiendo el rastro a ti. Con quién hablabas, adónde ibas, ya sabes, lo habitual en estos casos.

—¿Casos? ¿Qué casos?

—Pues los preparativos, me imagino, para el asesinato cuando el amo de ese asesino lo considere oportuno.

Banaschar estaba de repente temblando, el sudor frío y pegajoso bajo las ropas.

—No hay nada político —susurró—, nada que tenga nada que ver con el Imperio. No hay razón…

—Oh, pero es que la razón la das tú, Banaschar. ¿Lo has olvidado? Tayschrenn está aislado. Tú estás intentando romper ese aislamiento, despertar al mago supremo imperial…

—¿Y por qué lo está permitiendo? —preguntó Banaschar —. No es idiota…

Una carcajada suave.

—Oh, no, Tayschrenn no es idiota. Y en eso, bien podrías tener tu respuesta.

Banaschar parpadeó en la penumbra.

—Debo reunirme con él, Perla.

—No me has convencido todavía.

Un largo silencio en el que Banaschar cerró los ojos y después se los tapó con las manos, como si con eso lograra algún tipo de absolución. Pero solo las palabras podían conseguirlo. Palabras pronunciadas en ese momento, dirigidas a ese hombre. Oh, cómo ansiaba creer que… bastaría. *Una garra, que sería mi aliado. ¿Por qué? Porque la Garra tiene… rivales. Una nueva organización que ha considerado oportuno alzar muros impenetrables alrededor del mago supremo imperial. ¿Qué revela eso de esa nueva organización? Ven en Tayschrenn un enemigo, o eso querrían, para excluirlo y hacer que su inacción sea deseable, incluso para sí mismo. Saben que él sabe y esperan a ver si al fin pone alguna objeción. Pero no lo ha hecho todavía, lo que los lleva a creer que quizá no lo haga, durante lo que sea que vaya a ocurrir. Que el Abismo me lleve, ¿a qué nos enfrentamos aquí?*

Banaschar habló sin quitarse las manos de la cara.

—Me gustaría preguntarte algo, Perla.

—Muy bien.

—Plantéate la más magnífica de las intrigas —dijo—. Plantéate el tiempo medido en milenios. Plantéate los rostros envejecidos de dioses, diosas, creencias, civilizaciones…

—Continúa. ¿Qué es lo que quieres preguntar?

La duda persistía. Después bajó poco a poco las manos y miró esa cara gris, fantasmal, que tenía enfrente.

—¿Qué crimen es mayor, Perla, un dios traicionando a sus seguidores o los seguidores traicionando a su dios? Seguidores que después deciden cometer atrocidades en nombre de ese dios. ¿Cuál, Perla? Dímelo, por favor.

La garra se quedó callada durante una docena de latidos y después se encogió de hombros.

—Le preguntas a un hombre sin fe, Banaschar.

—¿Quién mejor para juzgar?

—Los dioses traicionan a sus seguidores todo el tiempo, que yo sepa. Cada plegaria sin respuesta, cada ruego de salvación insatisfecho. Y esas son las cosas que definen la fe, podría añadir.

—¿Fracaso, silencio e indiferencia? ¿Esas son las definiciones de fe, Perla?

—Como ya he dicho, no soy el hombre apropiado para este debate.

—¿Pero esas cosas son auténtica traición?

—Eso depende, supongo. De si el dios venerado tiene, en virtud de ser venerado, a su vez obligaciones para con el devoto. Si no las tiene, si no hay convenio moral, entonces la respuesta es «no», no es traición.

—¿Ante quién, para quién actúa un dios? —preguntó Banaschar.

—Si procedemos según la ya mencionada afirmación, el dios o diosa actúa y responde solo ante sí mismo.

—Después de todo —dijo Banaschar, la voz ronca al inclinarse hacia delante—, ¿quiénes somos nosotros para juzgar?

—Como bien dices.

—Sí.

—Si —dijo Perla—, por otro lado, sí que existe un convenio moral entre dios y devoto, entonces todas y cada una de las negativas representa una traición…

—Suponiendo que lo que se pide de ese dios sea, en sí mismo, un acto ético.

—Cierto. Un esposo que ruegue para que su mujer muera en algún terrible accidente para poder casarse con su amante, por ejemplo, no puede decirse que sea algo que cualquier dios que se respete vaya a consentir o fomentar.

Banaschar oyó la burla en la voz del hombre, pero optó por no hacer caso.

—¿Y si la esposa es una tirana que golpea a sus hijos?

—Entonces un dios que sea de verdad justo actuaría sin necesidad de plegarias.

—¿Lo que significa que la plegaria en sí, pronunciada por ese esposo, es también implícitamente malvada, sean cuales sean sus motivos?

—Bueno, Banaschar, en mi argumento, su motivo suscita dudas dada la presencia de la amante.

—¿Y si la amante fuese una madrastra cariñosa que adorase a los hijos?

Perla lanzó un gruñido y dio un golpe seco con una mano.

—Ya está bien, maldito seas, puedes revolcarte en este dilema moral todo lo que quieras. No veo la relevancia… —Su voz se fue apagando.

Con el corazón asfixiado en un lecho de cenizas, Banaschar esperó y se obligó a no sollozar en voz alta, a no llorar como un bebé.

—Rezaron, pero no pidieron, no rogaron ni suplicaron —dijo Perla—. Sus plegarias eran una exigencia. La traición… fue de ellos, ¿verdad? —La garra se echó hacia delante—. Banaschar, ¿me estás diciendo que D’rek los mató a todos? ¿A su sacerdocio entero? ¡La traicionaron! ¿De qué modo? ¿Qué exigieron?

—Hay guerra —dijo el otro con voz apagada.

—Sí. Guerra entre los dioses, sí, dioses del inframundo, ¡esos devotos eligieron el bando equivocado!

—Los oyó —dijo Banaschar, que se tuvo que obligar a hablar—. Los oyó elegir. Al dios Tullido. Y el poder que exigían era el poder de la sangre. Bueno, decidió la diosa, si tanto codiciaban sangre… les daría toda la que quisieran. —Su voz se convirtió en un susurro—. Toda la que quisieran.

—Banaschar… espera un momento… ¿por qué los seguidores de D’rek iban a elegir la sangre, el poder de la sangre? Es un camino ancestral. Lo que dices no tiene ningún sentido.

—El culto del Gusano es antiguo, Perla. Ni siquiera nosotros podemos determinar lo antiguo que es. Hay mención de una diosa, la matrona de la Descomposición, la señora de los Gusanos, media docena de títulos en *La locura de Gothos*, en los fragmentos que poseía el templo. O, por lo menos, que estuvieron una vez en posesión del templo, esos pergaminos desaparecieron…

—¿Cuándo?

Banaschar consiguió esbozar una sonrisa amarga.

—La noche que Tayschrenn huyó del Gran Templo de Kartool. Los tiene él. Debe tenerlos. ¿No lo ves? ¡Está pasando algo! ¡Con todo esto! Lo que yo sé y lo que tiene que saber Tayschrenn con su acceso a *La locura de Gothos*, debemos hablar, hay que encontrarle sentido a lo que ha pasado y lo que significa. Esto va más allá del Imperio, pero esta guerra entre los dioses, dime, ¿qué sangre crees que se derramará? ¡Lo que ocurrió en el culto de D’rek no es más que el comienzo!

—¿Los dioses nos traicionarán? —preguntó Perla, que se echó hacia atrás—. A los… mortales. Ya seamos devotos o no, es la sangre mortal la que empapará la tierra. —Hizo una pausa y después siguió—. Quizá, dada la oportunidad, puedas persuadir a Tayschrenn. ¿Pero qué hay de los otros sacerdocios?, ¿de veras crees que puedes convencerlos, y qué les dirás? ¿Les rogarás que lleven a cabo una especie de reforma, Banaschar? ¿Una revolución entre creyentes? Se te reirán a la cara.

Banaschar apartó la mirada.

—A mi cara, quizá. Pero… Tayschrenn…

El hombre que tenía enfrente no dijo nada durante un rato. Una textura granulosa llenaba la penumbra, comenzaba a amanecer y con él llegaba un frío inhumano. Al final, Perla se levantó, el movimiento fluido y silencioso.

—Este es un asunto para la emperatriz…

—¿Ella? No seas idiota…

—Cuidado —le advirtió la garra en voz muy baja.

Banaschar pensó rápido, con desesperación.

—Ella solo entra en juego si se trata de liberar a Tayschrenn de su posición como mago supremo, liberarlo para que pueda actuar. Y además, si son ciertos los rumores, que la Señora Gris está acechando Siete Ciudades, entonces está claro que la guerra en el panteón ya ha empezado con su miríada de manipulaciones del reino mortal. La emperatriz haría bien en prestar atención a esa amenaza.

—Banaschar —dijo Perla—, los rumores ni siquiera se acercan a la verdad. Han muerto cientos de miles. Quizá millones.

—¿Millones?

—Hablaré con la emperatriz —repitió Perla.

—¿Cuándo te vas? —preguntó Banaschar. *¿Y qué hay de los que están aislando a Tayschrenn? ¿Qué hay de los que se están planteando matarme?*

—No habrá necesidad —dijo la garra mientras se dirigía a la puerta—. Viene hacia aquí.

—¿Aquí? ¿Cuándo?

—Pronto.

¿Por qué? Pero no dio voz a esa pregunta, el hombre ya se había ido.

Tras decir que necesitaba hacer ejercicio, Iskaral Pust se había sentado a lomos de su mula y se esforzaba por hacerla

caminar en círculos por el centro de la cubierta. Por lo que parecía, el jinete estaba trabajando bastante más que la extraña bestia, a la que convencía para dar un paso cada cincuenta latidos, más o menos.

Con los ojos enrojecidos y enfermo, Mappo estaba sentado con la espada apoyada en la pared del camarote. Cada noche, en sus sueños, lloraba, y cuando se despertaba se encontraba con que lo que había acosado sus sueños había atravesado la barrera del sopor y él yacía bajo las pieles temblando con algo parecido a la fiebre. Una auténtica enfermedad, nacida del pavor, la culpa y la vergüenza. Demasiados fracasos, demasiados fallos de criterio; llevaba mucho tiempo ciego, avanzando a trompicones.

Por una cuestión de amistad había traicionado a su único amigo.

Compensaré todo esto. Lo juro, ante todos los espíritus trell.

De pie en la proa, la mujer llamada Rencor era apenas visible entre la calima granulosa del color del barro que la envolvía. Ni uno solo de los bhok'arala que subían y bajaban por las jarcias o andaban de un lado a otro de las cubiertas se acercaba a ella.

La mujer estaba sumida en una conversación. O eso había afirmado Iskaral Pust. Con un espíritu cuyo sitio no era aquel. No el mar y esa calima vacilante, como un remolino de polvo entre hierbas amarillas, incluso para los ojos apagados de Mappo estaba descaradamente fuera de lugar.

Un intruso, pero poderoso, y ese poder parecía ir creciendo.

—Mael —había dicho Iskaral Pust con una carcajada maníaca—, se está resistiendo y está recibiendo puñetazos en la nariz. ¿Percibes su furia, trell? ¿Esa cólera que lo hace

escupir? Je, je, je. Pero ella no le tiene miedo, oh, no, ¡ella no le tiene miedo a nadie!

Mappo no tenía ni idea de quién era esa «ella», y tampoco tenía la energía para preguntar. Al principio había pensado que el sumo sacerdote se refería a Rencor, pero no, cada vez fue quedando más claro que el poder que se manifestaba sobre la proa del barco no se parecía en nada al de Rencor. No había hedor dragontino, ni brutalidad fría. No, los suspiros del viento que alcanzaban al trell eran cálidos y secos, y olían a praderas.

La conversación había comenzado al amanecer y en ese momento el sol estaba justo encima de ellos. Parecía que había mucho que debatir… sobre algo.

Mappo vio dos arañas que se escabullían junto a sus mocasines. *Maldita bruja, no creo que estés engañando a nadie.*

¿Había alguna conexión? Allí, en ese barco sin nombre, dos chamanes de Dal Hon, que era una tierra de hierbas amarillas, acacias, rebaños enormes y grandes gatos, la sabana, y luego esa… visitante, que cruzaba mares extranjeros.

—Indignado, sí —había dicho Iskaral Pust—. Con todo, ¿percibes la reticencia de él? Oh, lucha, pero sabe también que ella, que elige estar en un lugar y no en muchos, lo supera con creces. ¿Osará él concentrarse? ¡Él ni siquiera quiere esta estúpida guerra, ja! ¡Pero, oh, es esa misma ambivalencia lo que deja libres a sus seguidores para que hagan lo que les plazca!

Un grito y un gruñido cuando el sumo sacerdote de Sombra se cayó de la mula. El animal relinchó y se alejó bailando, después se giró en redondo para mirar al anciano que se agitaba en el suelo. Volvió a relinchar y en ese sonido Mappo creyó oír una carcajada.

Iskaral Pust dejó de moverse y levantó la cabeza.

—Ella se ha ido.

El viento que había estado empujándolos con fuerza, sin parar, sin apartarse del rumbo, se hizo intermitente.

Mappo vio que Rencor bajaba los escalones del castillo de proa, parecía cansada y un tanto consternada.

—¿Y bien? —preguntó Iskaral.

La mirada de Rencor bajó para contemplar al sumo sacerdote, todavía tirado en la cubierta.

—Debe dejarnos por un tiempo. Intenté disuadirla, pero por desgracia fracasé. Este sitio está… en riesgo.

—¿De qué? —preguntó Mappo.

Rencor lo miró.

—Pues de los antojos del mundo natural, trell. Que puede, en ciertos momentos, resultar alarmante y muy aleatorio. —Volvió a mirar a Iskaral Pust—. Sumo sacerdote, por favor, ejerce algún tipo de control sobre tus bhok'arala. No hacen más que deshacer nudos que deberían permanecer apretados, por no mencionar que te dejan esas feas ofrendas por todas partes y no hacemos más que pisarlas.

—¿Ejercer algo de control? —preguntó Iskaral, se sentó con una expresión aturdida en la cara—. ¡Pero forman la tripulación de este barco!

—No seas idiota —dijo Rencor—. Este barco lo tripulan fantasmas. Fantasmas tiste andii, para ser más concretos. Cierto, tenía su gracia pensar otra cosa, pero ahora esos pequeños devotos tuyos con cerebro de guisante están empezando a ser un fastidio.

—¿Un fastidio? ¡No tienes ni idea, Rencor! ¡Ja! —El sacerdote ladeó al cabeza—. Sí, que se lo piense un rato. Ese ceño diminuto que le arruga la frente es entrañable. Más que eso, admítelo, inspira lujuria, ¡oh sí, no estoy tan

marchito como sin duda piensan y al pensar así por fuerza casi me convencen! Además, me desea. Se lo noto. Después de todo, tuve una esposa, ¿no? No como ahí Mappo, con sus rasgos bestiales sin duda en aumento, no, ¡él no tiene a nadie! De hecho, ¿acaso no tengo experiencia? ¿No soy acaso capaz de una sutileza deliciosa, tentadora? ¿No me favorece acaso el idiota de mi dios, que siempre calcula mal?

Rencor pasó junto al sacerdote sacudiendo la cabeza y se detuvo ante Mappo.

—Ojalá pudiera convencerte, trell, de la necesidad que hay de paciencia, de fe. Nos hemos tropezado con un aliado extraordinario.

Aliados. Al final siempre te fallan. Los motivos chocan, sigue después la violencia que todo lo divide y el amigo traiciona al amigo.

—¿Devorarás tu propia alma, Mappo Runt?

—No te entiendo —dijo él—. ¿Por qué te implicas en mi propósito, mi misión?

—Porque —contestó ella— sé adónde llevará todo.

—El futuro se despliega ante ti, ¿no?

—Nunca con claridad, nunca del todo. Pero puedo percibir la convergencia que nos aguarda; será inmensa, Mappo, más terrible de lo que este u otro reino cualquiera ha visto jamás. La caída del dios Tullido, la furia de Kallor, la herida de Alborada, los encadenamientos, todo ello quedará eclipsado por lo que va a ocurrir. Y tú estarás allí, porque formas parte de esa convergencia. Al igual que Icarium. Igual que yo me encontraré cara a cara con mi malvada hermana justo al final, un encuentro que solo una superará cuando todo haya acabado entre nosotras.

Mappo se la quedó mirando.

—¿Podré —susurró—, lo detendré? ¿Al final? ¿O es él el final… de todo?

—No lo sé. Quizá las posibilidades, Mappo Runt, dependan por completo de lo preparado que estés en ese momento, de tu buena disposición, de tu fe, si quieres.

Mappo suspiró poco a poco, cerró los ojos y después asintió.

—Entiendo.

Y, puesto que no veía, no vio estremecerse a Rencor y tampoco fue consciente del patetismo que llenaba el tono de esa admisión.

Cuando miró a la mujer una vez más, no advirtió más que una expresión serena, paciente. Fría, calculadora. Mappo asintió.

—Como digas. Lo… intentaré.

—No esperaría menos, trell.

—¡Silencio! —siseó Iskaral Pust, todavía echado en la cubierta, pero en ese momento boca abajo. Estaba olisqueando el aire—. ¿La oléis? Yo sí. ¡La huelo! ¡En este barco! ¡Esa vaca de ubres nudosas! ¿Dónde está?

La mula relinchó una vez más.

Taralack Veed se agachó ante Icarium. El jhag estaba más pálido de lo que lo había visto jamás, consecuencia de pasar día tras día en esa bodega, lo que le daba a su piel un tono verdoso y macabro. El siseo suave de la hoja de hierro contra la piedra de amolar fue, por un momento, el único sonido entre los dos. Luego el gral carraspeó.

—Por lo menos una semana más, estos edur se toman su tiempo. Al igual que tú, Icarium, ya han comenzado los preparativos.

—¿Por qué me imponen un enemigo, Taralack Veed?

La pregunta desprendía tanta desolación que, por un momento, el gral se preguntó si había sido retórica. Suspiró y se llevó la mano a la cabeza para asegurarse de que tenía el pelo como debía (los vientos de arriba eran fieros). Después contestó.

—Amigo mío, hay que mostrarles el alcance de tu… pericia marcial. El enemigo con el que han chocado cierto número de veces, al parecer, ha resultado ser tan resistente como feroz. Los edur han perdido guerreros.

Icarium siguió trabajando el filo único y repleto de marcas de su espada. Después hizo una pausa y clavó los ojos en el arma que tenía en las manos.

—Siento —dijo—, siento… que están cometiendo un error. Esta noción… de ponerme a prueba, si lo que me has dicho es cierto. Esos relatos de mi cólera… desatada. —Sacudió la cabeza—. ¿A quién voy a enfrentarme, lo sabes?

Taralack Veed se encogió de hombros.

—No, sé muy poco, no confían en mí, ¿y por qué habrían de hacerlo? No soy aliado suyo, de hecho, no somos aliados…

—Y, sin embargo, pronto lucharemos por ellos. ¿No ves las contradicciones, Taralack Veed?

—No hay ningún lado bueno en la batalla inminente, amigo mío. Luchan entre sí sin cesar, parece que ambos bandos carecen de la capacidad, o la voluntad, de hacer otra cosa. Ambos ansían la sangre de sus enemigos. Tú y yo, ya lo hemos visto antes, el modo en que dos fuerzas opuestas (no importa lo dispares que sean sus orígenes, no importa lo justificado que esté uno cuando comienza el conflicto) terminan convirtiéndose prácticamente en fuerzas idénticas. La brutalidad se enfrenta a la brutalidad, la estupidez a la estupidez. ¿Quieres que les pregunte a los tiste edur? ¿Sobre sus terribles y malvados enemigos? ¿Qué sentido

tiene? Amigo mío, es solo cuestión de matar. Eso y nada más. ¿Lo entiendes?

—Cuestión de matar —repitió Icarium, sus palabras eran un susurro. Tras un momento, reanudó la tarea de afilar el borde de su espada.

—Y eso —dijo Taralack Veed— es cosa tuya.

—Mía.

—Debes demostrárselo. Poniendo fin a la batalla. Por completo.

—Ponerle fin. A todas las muertes. Ponerle fin para siempre.

—Sí, amigo mío. Es tu propósito.

—Con mi espada puedo llevar la paz.

—Oh, sí, Icarium, puedes y lo harás. —*Mappo Runt, valiente necio fuiste. Cómo podrías haber utilizado a este jhag. Por el bien de todos. Icarium es la espada, después de todo. Forjada para que alguien la utilice, al igual que todas las armas.*

El arma, así pues, que promete paz. ¿Por qué, idiota de trell, tuviste que huir?

Al norte de la península Olphara los vientos refrescaron, llenaron las velas y los barcos parecieron precipitarse como dhenrabi migratorios a través del azul medianoche de los mares. A pesar de su poco calado, el Silanda luchaba por no quedarse atrás de los dromones y los enormes transportes de tropas.

Casi tan aburrido como los otros infantes, Botella subía y bajaba por la cubierta, intentaba no hacer caso de las constantes disputas de sus compañeros, intentaba concretar esa sensación de inquietud que iba creciendo en su interior. *Algo… en este viento… algo…*

—El vendedor de huesos —dijo Sonrisas y señaló con su cuchillo a Koryk—. A eso es a lo que me recuerdas con todos esos huesos que llevas colgando. Recuerdo a uno que solía pasar por la aldea, la aldea que había junto a nuestra finca, quiero decir. Iba recogiéndolos de los muladares de las cocinas. Los molía de todas clases y los metía en frascos. Con etiquetas. Mandíbulas de perro para el dolor de muelas, caderas de caballo para hacer bebés, cráneos de pájaro para los ojos que fallan…

—Huesos de pene para las jovencitas poco atractivas —atacó Koryk.

La mano de Sonrisas giró de repente el cuchillo con un movimiento borroso y la joven sostuvo la punta entre el pulgar y los dedos.

—Ni lo pienses siquiera —rezongó Sepia.

—Además —comentó Chapapote—, Koryk no es el único que se ha puesto un montón de huesos. Por el aliento del Embozado, Sonrisas, tú llevas los tuyos…

—Los llevo con elegancia —replicó ella, que no había dejado de sujetar el cuchillo por la punta—. Es el exceso lo que lo hace burdo.

—¿Te refieres a la última moda en la corte de Unta? —preguntó Sepia alzando una ceja.

Chapapote se echó a reír.

—Sutil y comedido, ese modesto y diminuto hueso de un dedo que cuelga justo así… las damas se desmayaban de envidia.

Durante todo ese tiempo, observó Botella al pasar, Corabb Bhilan Thenu'alas se había limitado a mirar de un soldado al siguiente mientras estos bromeaban. En el rostro del hombre, una expresión de incomprensión aturdida.

En la cabina se alzaban voces sumidas en una discusión. Otra vez. Gesler, Bálsamo, Tormenta y Violín.

Una de las crías de Y'Ghatan estaba escuchando, pero Botella no prestó mucha atención, era una disputa de las antiguas, Tormenta y Bálsamo intentaban convencer a Violín para echar unas partidas con la baraja de los Dragones. Además, lo que era importante estaba ahí fuera, un susurro en el aire, en esa casi galerna, constante, incesante, un aroma casi oculto por la espuma salada del mar…

Botella se detuvo en la barandilla de babor y contempló ese lejano saliente de tierra al sur. Brumoso, extrañamente desdibujado, parecía estar pasando de forma visible, aunque a esa distancia tal percepción debería ser imposible. El viento en sí estaba teñido de marrón, como si hubiera atravesado algún desierto.

Hemos dejado Siete Ciudades. Gracias a los dioses. No quería volver a poner un pie allí jamás. La arena de esa tierra era una pátina granulosa en su alma, fundida por el calor, las tormentas y un sinfín de personas cuyos cuerpos habían sido incinerados, restos de esas personas permanecían en él y jamás podría eliminarlos de su carne, de sus pulmones. Podía saborear su muerte, oír el eco de sus gritos.

Narizcorta y Destello de Ingenio se estaban peleando en cubierta, gruñían y mordían como un par de perros. Alguna discusión enconada, Botella se preguntó qué parte de Narizcorta le arrancarían esa vez; se oyeron gritos y maldiciones cuando los dos chocaron y rodaron con soldados del pelotón de Bálsamo que estaban jugando a las tabas y los dispersaron. Momentos más tarde surgieron riñas por todas partes.

Cuando Botella se giró, Cachipolla había agarrado a Lóbulo y el mago vio al desventurado soldado volar por los aires y estrellarse contra el montículo de cabezas cortadas.

Chillidos y los espeluznantes objetos salieron impelidos, parpadeando bajo la luz repentina…

La pelea terminó de súbito y los soldados se apresuraron a devolver los trofeos a su pila bajo la lona.

El alboroto hizo que Violín abandonara su camarote. Parecía agobiado. Hizo una pausa, examinó la escena, sacudió la cabeza y se acercó adonde Botella se había apoyado en la baranda.

—Corabb debería haberme abandonado en el túnel —dijo el sargento mientras se rascaba la barba—. Al menos entonces me dejarían en paz.

—Es solo Bálsamo —dijo Botella, y después se tapó la boca de repente… pero ya era demasiado tarde.

—Lo sabía, maldito cabrón. Bien, esto se queda entre tú y yo, pero a cambio quiero oír lo que piensas. ¿Qué pasa con Bálsamo?

—Es dalhonesio.

—Eso ya lo sé, idiota.

—Bueno, se le está poniendo la piel de gallina, diría yo.

—La mía también, Botella.

Ah, eso lo explica todo.

—Está con nosotros, ahora. Quiero decir, otra vez.

—¿Y te refieres a…?

—Ya sabes a quién.

—La que juega con tu…

—La que también te curó a ti, sargento.

—¿Qué tiene ella que ver con Bálsamo?

—No estoy seguro. Más bien con el lugar donde vive su pueblo, creo.

—¿Por qué nos está ayudando?

—¿Lo hace, sargento? —Botella se volvió para estudiar a Violín—. Ayudarnos, quiero decir. Cierto, la última vez… la ilusión de Ben el Rápido que espantó a esa flota enemiga.

Pero ¿y qué? Ahora tenemos esta galerna a la espalda y nos está empujando al oeste, rápido, quizá más rápido de lo que es posible; mira esa costa, a estas alturas los barcos de cabeza ya deben de estar al sur de Monkan. A este ritmo, llegaremos a Sepik antes de que caiga la noche. Nos están empujando y eso me pone muy nervioso, ¿a qué viene tanta puñetera prisa?

—Quizá solo sea para poner tierra de por medio entre nosotros y esos bárbaros de piel gris.

—Son tiste edur. Tampoco es que se les pueda llamar bárbaros, sargento.

Violín lanzó un gruñido.

—He tenido choques con los tiste andii, y ellos usaban magia ancestral, Kurald Galain, y no se parecía en nada a lo que vimos hace una semana.

—No, no eran sendas. Eran Fortalezas, más antiguas, más bastas, demasiado cercanas al caos, con mucho.

—Fuera lo que fuera —dijo Violín— no tiene sitio en la guerra.

Botella se echó a reír. No pudo evitarlo.

—¿Quieres decir que lo normal es un poco de matanza sana, sargento? ¿Como lo que hacemos nosotros en el campo de batalla? Perseguir a los soldados que huyen y aplastarles el cráneo por detrás, ¿eso está mejor?

—Nunca dije que tuviera sentido, Botella —replicó Violín—. Es solo lo que me gritan las tripas. He estado en batallas donde se dejó a la magia campar a sus anchas, se la dejó campar de verdad, y no se parecía en nada a lo que tramaban esos edur. Ellos quieren ganar guerras sin desenvainar ni una sola espada.

—¿Y eso importa mucho?

—Hace que la victoria sea inmerecida, eso es lo que hace.

—¿Y la emperatriz se gana sus victorias, sargento?

—Cuidado, Botella.

—A ver —insistió él—, ella está allí sentada, en su trono, mientras que nosotros estamos aquí fuera…

—¿Crees que lucho por ella, Botella?

—Bueno…

—Si eso es lo que piensas, no aprendiste una mierda en Y’Ghatan. —Se volvió y se alejó con paso furioso.

Botella se lo quedó mirando durante un momento y después volvió a contemplar el horizonte lejano. *Está bien, tiene razón. Pero, aun así, lo que nos estamos ganando es para ella, que conste.*

—En el nombre del Embozado, ¿se puede saber qué estás haciendo aquí abajo?

—Escondiéndome, ¿a ti qué te parece? Ese ha sido siempre tu problema, Kal, tu falta de sutileza. Y antes o después te va a meter en un lío. ¿Ya ha oscurecido?

—No. Escucha, ¿qué pasa con este maldito temporal que tenemos encima? Es todo muy raro…

—¿Y te acabas de dar cuenta?

Kalam frunció el ceño en la penumbra. Bueno, al menos había encontrado al brujo. *El mago supremo del Decimocuarto escondido entre cajones, barriles y fardos. Muy alentador, joder.*

—La consejera quiere hablar contigo.

—Pues claro que quiere. Yo también querría si fuera ella. Pero no soy ella, ¿no? No, ella es un misterio, ¿te das cuenta de que casi nunca se pone esa espada? Bueno, admito que me alegro, ahora que me han encadenado a este maldito ejército. ¿Te acuerdas de esas fortalezas flotantes? Estamos en medio de algo, Kal. Y la consejera sabe más de lo que

admite. Mucho más. De alguna forma. La emperatriz nos ha reclamado. ¿Por qué? ¿Qué pasa ahora?

—Estás desbarrando, Rápido. Resulta embarazoso.

—Quieres que desbarre, prueba con esto. ¿No se te ha ocurrido que esta la hemos perdido?

—¿Qué?

—Dryjhna, el Apocalipsis, la profecía entera, no la entendimos, nunca la entendimos, y tú y yo, Kal, deberíamos haberla entendido, ¿sabes? El levantamiento, ¿qué logró? Qué te parece masacres, anarquía, cuerpos putrefactos por todas partes. ¿Y qué llego en la estela de todo eso? La peste. El apocalipsis, Kalam, no era la guerra, era la peste. Así que quizá ganamos y quizá perdimos. Las dos cosas, ¿lo ves?

—Dryjhna nunca perteneció al dios Tullido. Ni a Poliel…

—Eso da igual. Ha terminado sirviendo a los dos, ¿no?

—No podemos luchar contra eso, Rápido —dijo Kalam—. Teníamos una rebelión. La sofocamos. Lo que estén tramando esos putos dioses y diosas no es nuestra guerra. Ni la guerra del Imperio, y eso incluye a Laseen. Ella no va a ver todo esto como una especie de fracaso. Tavore hizo lo que tenía que hacer, y ahora nos volvemos y después nos enviarán a alguna otra parte. Así van las cosas.

—Tavore nos envió a la senda Imperial, Kal. ¿Por qué?

El asesino se encogió de hombros.

—De acuerdo, como has dicho, esa mujer es un misterio.

Ben el Rápido se metió un poco más en el estrecho espacio que quedaba entre la carga.

—Ven, hay espacio.

Tras un momento, Kalam se reunió con él.

—¿Tienes algo que comer? ¿Beber?

—Por supuesto.

—Bien.

Cuando los vigías gritaron que tenían Sepik a la vista, Apsalar se adelantó. La consejera, Nada, Keneb y Menos ya estaban en el castillo de proa. El sol, bajo en el horizonte, al oeste, iluminó la masa de tierra que se alzaba a dos grados a estribor con un fulgor dorado. Los barcos de cabeza de la flota, dos dromones, ya se estaban acercando.

Al llegar a la baranda, Apsalar se dio cuenta de que ya podía distinguir la ciudad portuaria metida en la medialuna de su bahía. No se veía humo saliendo de las gradas y en el puerto en sí solo había anclados un puñado de barcos; era obvio que el más cercano había perdido el ancla de proa, algo había enganchado y volcado el navío mercante y lo había hecho zozobrar por un lado, de modo que la baranda de estribor estaba metida entera bajo el agua.

—El avistamiento de Sepik —decía Keneb en un tono que sugería que se estaba repitiendo— tendría que haber sido dentro de cuatro, quizá cinco días.

Apsalar observó que los dos dromones entraban en la bahía de la ciudad. Uno de ellos era el propio buque insignia de Nok.

—Hay algún problema —dijo Menos.

—Puño Keneb —dijo la consejera sin alzar la voz—, retire a los infantes.

—¿Consejera?

—No vamos a recalar…

Apsalar vio entonces que el primer dromon se detenía en seco, como si por alguna razón inexplicable no pudiera avanzar, y su tripulación salía disparada como hormigas frenéticas, con las velas combadas sobre ellos. Un momento después, la misma actividad se apoderó del barco de Nok, y una bandera de señales empezó a ascender.

Tras los dos navíos, la ciudad de Sepik cobró vida con una explosión.

Gaviotas. Decenas de miles que se alzaban de las calles, los edificios. Entre ellas, los jirones negros de cuervos, buitres isleños que se alzaban como copos de ceniza entre el remolino de humo de las gaviotas blancas. Se alzaban, ondeaban, arrojaban una sombra caótica sobre la ciudad.

—Están todos muertos —susurró Menos.

—Los tiste edur les han hecho una visita —dijo Apsalar.

Tavore la miró.

—¿Es la masacre su respuesta para todo?

—Encontraron parientes lejanos, consejera, un resto de población. Sometidos, poco más que esclavos. A esos edur no les cuesta desatar su furia.

—¿Cómo sabe eso, abrasapuentes?

Miró a la mujer.

—¿Cómo lo sabía usted, consejera?

Al oír eso, Tavore le dio la espalda.

Keneb se quedó mirando a las dos mujeres, de una a la otra y vuelta otra vez.

Apsalar volvió a clavar los ojos en el puerto, las gaviotas se posaron de nuevo en su festín mientras los dos dromones de cabeza iban saliendo de la bahía, las velas llenas una vez más. Los barcos en su estela inmediata también empezaron a cambiar de rumbo.

—Intentaremos reabastecernos en Nemil —dijo la consejera. Cuando se dio la vuelta hizo una pausa—. Apsalar, busque a Ben el Rápido. Utilice a sus sirvientes esqueléticos si es necesario.

—El mago supremo se oculta entre el cargamento, bajo cubierta —respondió la asesina.

Tavore alzó las cejas.

—¿Nada de hechicería, entonces?

—No.

Cuando el sonido de las botas de la consejera retrocedió, el puño Keneb se acercó más a Apsalar.

—La flota edur… ¿cree que nos está persiguiendo todavía, Apsalar?

—No. Se van a casa.

—¿Y cómo es que lo sabe?

La que contestó fue Menos.

—Porque un dios la visita, puño. Viene a romperle el corazón. Una y otra vez.

Apsalar sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el pecho, el impacto reverberó por sus huesos, el ritmo de su interior se hizo de repente errático, forzado, cuando el calor le invadió las venas. Sin embargo, de cara al exterior, no reveló nada.

La voz de Keneb estaba tensa de furia.

—¿Era eso necesario, Menos?

—No hagas caso a mi hermana —dijo Nada—. Es grande el deseo que siente por alguien…

—¡Cabrón!

La joven wickana se fue corriendo. Nada la observó por un momento, después miró a Keneb y Apsalar y se encogió de hombros.

Tras un momento él también se fue.

—Mis disculpas —le dijo Keneb a Apsalar—. Jamás habría incitado una respuesta tan cruel… si hubiera sabido lo que Menos iba a decir…

—No importa, puño. No hace falta que se disculpe.

—Con todo, no volveré a fisgonear.

La asesina lo estudió un instante.

El hombre estaba incómodo, consiguió asentir de algún modo y después se alejó.

La isla había quedado a estribor del barco, a casi cinco grados. *«Viene a romperle el corazón. Una y otra vez».* Oh, qué pocos secretos podía haber en un barco como aquel. Y sin embargo, parecía que la consejera se escapaba a esa regla.

No me extraña que Ben el Rápido se esconda.

—Mataron a todo el mundo —dijo Botella con un estremecimiento—. Una puñetera isla entera de gente. Y también la isla Monkan; está en el viento, ahora, la verdad.

—Alégrate de que sople ese viento —dijo Koryk—. Mira qué rápido hemos dejado atrás esa pesadilla, muy rápido, coño, y eso es bueno, ¿no?

Sepia se sentó más erguido y miró a Violín.

—Sargento, ¿Sepik no era un principado del Imperio?

Violín asintió.

—Así que, lo que hicieron esos tiste edur, es un acto de guerra, ¿no?

Botella y los otros miraron al sargento, que tenía el ceño fruncido y era obvio que estaba rumiando las palabras de Sepia. Después contestó.

—Técnicamente, sí. ¿Va a verlo la emperatriz de ese modo? ¿Le va a importar siquiera? Ya tenemos enemigos suficientes tal y como están las cosas.

—La consejera —dijo Chapapote— tendrá que informar de ello, de todos modos. Y que ya hemos chocado una vez con esa puñetera flota que tienen.

—Seguro que está siguiendo nuestro rastro ahora mismo —dijo Sepia con una mueca—. Y vamos a guiarla justo al corazón del Imperio.

—Bien —contestó Chapapote—. Así podremos aplastar a los muy cabrones.

—Eso —murmuró Botella—, o nos aplastan ellos a nosotros. Lo que hizo Ben el Rápido no era de verdad…

—Al principio —dijo Violín.

Botella no dijo nada.

—Se está mejor sin algunos aliados —comentó después.

—¿Por qué? —quiso saber el sargento.

—Bueno —explicó Botella—, los aliados que no se pueden comprender, los que tienen motivos y objetivos que permanecen para siempre fuera de nuestra comprensión, y de eso es de lo que estamos hablando aquí, sargento. Y créeme, no queremos una guerra que se libre con la hechicería de las Fortalezas. De eso nada.

Los otros lo miraban con fijeza.

Botella apartó los ojos.

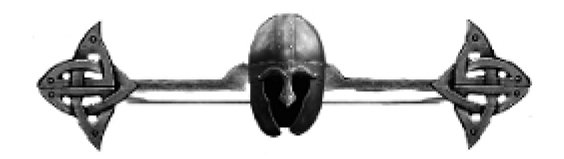
—Arrastradlo por el casco —dijo Sepia—. Seguro que así lo escupe todo.

—Tentador —comentó Violín—, pero tenemos tiempo. Mucho tiempo.

Idiotas. Tiempo es lo que no tenemos. Eso es lo que está intentando decirnos ella. Con este viento sobrenatural y atravesando como un puño furioso el reino de Mael, y el dios del mar no puede hacer nada. ¡Chúpate esa, Mael, percebe intratable!

¿Tiempo? Olvidadlo. Nos está metiendo en el corazón de una tormenta.

20



La disciplina es la mayor arma que tenemos contra los puritanos. Debemos medir la virtud de nuestra propia respuesta controlada cuando respondamos a las atrocidades de los fanáticos. Y sin embargo, no permitamos que se afirme en nuestra propia oratoria de la piedad que nosotros carecemos de fanáticos; pues los puritanos se engendran allí donde se sostiene la tradición, y con mayor frecuencia cuando existe la percepción de que esa tradición está siendo atacada. Se pueden crear fanáticos con tanta facilidad en un ambiente de decadencia moral (ya sea real o imaginada) como en un ambiente de desigualdad legítima o bajo el estandarte de una causa común.

Disciplina es tanto oponerse al enemigo interno como al enemigo que tienes enfrente; pues sin criterio crítico, el arma que empuñas no asesta (y no seamos tímidos) más que golpes asesinos.

Y su primera víctima es la probidad moral de tu causa.

(Palabras a los partidarios)
Espada mortal Brukhalian
Las Espadas Grises

Ganoes Paran comprendió que cada vez le costaba más no lamentar ciertas decisiones que había tomado. Mientras los exploradores informaban de que los deragoth no estaban siguiendo el rastro de su ejército, que marchaba hacia el norte y el este cruzando tierras casi vacías, esa misma ausencia provocaba suspicacia e inquietud. Después de todo, si esas viejas bestias no los estaban siguiendo, ¿qué estaban tramando?

Ganath, la hechicera jaghut, más o menos había dado a entender que la decisión de Paran de desatar a esas bestias era un terrible error. Seguramente debería haberla escuchado. Era arrogancia por su parte imaginar que podía manipular de forma indefinida todas las fuerzas que había dejado sueltas para que se ocuparan de los t'rolbarahl. Y quizá le había faltado confianza en la capacidad de los ascendientes que ya estaban activos en el reino. Los deragoth eran seres primitivos, pero, a veces, lo que era primario y primitivo sufría el asalto de un mundo que ya no les toleraba esa libertad sin límites.

Bueno, ya basta. Está hecho, ¿no? Que otro limpie el desastre que he dejado, para variar.

Después frunció el ceño. *Cierto, supongo que no es la actitud que se espera del Señor de la Baraja. Pero yo no pedí el titulo, ¿a que no?*

Paran cabalgaba en compañía de soldados en el centro de la columna. No le gustaba la idea de disponer de séquito, ni de vanguardia. La puño Rythe Bude iba en cabeza en ese momento, aunque esa posición rotaba entre los puños. Mientras Paran permanecía donde estaba, con solo Noto Forúnculo a su lado y, en ocasiones, Hurlochel, que aparecía

cuando había algún mensaje que entregar y, por fortuna, había muy pocos.

—Era usted más contundente, ¿sabe? —dijo Noto Forúnculo, a su lado—, cuando era el capitán Tierno.

—Oh, cállese —dijo Paran.

—Una simple observación, puño supremo, no una queja.

—Cada una de sus observaciones es una queja, sanador.

—Eso me ofende, señor.

—¿Ve a lo que me refiero? Cuénteme algo interesante. Kartooliano, ¿verdad? ¿Entonces era usted seguidor de D’rek?

—¡Por el Embozado, no! Muy bien, si desea oír algo interesante, le contaré mi historia. De joven yo era rompepatas…

—¿Era qué?

—Rompía patas a los perros. Solo una por chucho, claro. Los perros cojos eran importantes para el festival…

—¡Ah, se refiere al festival de D’rek! ¡Ese día de celebración sórdida digna solo de bárbaros, asqueroso y salpicado de basura! Así que usted rompía las patas de unos pobres animales aturdidos para que los pudiera matar a pedradas en los callejones una panda de niños psicóticos.

—¿Adónde quiere ir a parar, puño supremo? Sí, eso es justo lo que hacía. Tres medialunas por perro. Me ganaba la vida. Por desgracia, terminé cansándome de eso…

—Los malazanos ilegalizaron el festival…

—Sí, eso también. Una decisión de lo más inoportuna. Ha hecho de mi pueblo un pueblo moribundo, nos ha obligado a buscar en otros sitios nuestra…

—Su forma enfermiza y aborrecible de satisfacer su gusto por la desdicha y el sufrimiento.

—Bueno, sí. Pero vamos a ver, ¿de quién es la historia?

—Que el Abismo me lleve, por favor, acepte mis disculpas. Continúe, suponiendo que yo pueda soportarlo.

Noto Forúnculo levantó la nariz.

—En mi juventud, yo no ocupaba mi tiempo andando por ahí ensartando diosas…

—Ni yo tampoco, aunque supongo que, como cualquier joven sano que no se dedica a partirle las patas a nada, codiciaba unas cuantas. Al menos, basándome en estatuas y demás. Tomemos a Soliel, por ejemplo…

—¡Soliel! ¡Un parecido visualizado de forma expresa para alentar ideas de maternidad!

—¿Oh, en serio? Vaya, eso es un poco revelador, ¿no cree?

—Claro que —dijo Noto Forúnculo con tono de conmiseración— usted era un chico joven…

—Sí que lo era, pero olvidemos eso ahora. ¿Iba diciendo? Después de que su carrera de rompepatas muriera con un gimoteo, ¿después qué?

—Oh, qué aburrido, señor. Debería señalar también que la manifestación de Soliel allí en G'danisban…

—Una puñetera desilusión —asintió Paran—. No tiene ni idea de cuántas fantasías de adolescente borró esa imagen.

—Pensé que no tenía deseo alguno de seguir debatiendo ese tema.

—Vale. Continúe…

—Fui aprendiz durante un breve periodo de tiempo de un sanador local.

—¿Sanando perros cojos?

—No era nuestra fuente principal de ingresos, señor. Hubo un malentendido, a consecuencia del cual me vi obligado a abandonar su compañía con cierta prisa. Fue muy oportuno toparme con una campaña de reclutamiento por la zona, sobre todo porque ese tipo de esfuerzos por parte de

los malazanos pocas veces obtenían algo más de un puñado de kartoolianos y buena parte de ellos en forma de indigentes o criminales…

—Y usted era las dos cosas.

—La principal fuente de su alegría cuando me alisté en sus filas se derivó de mis habilidades como sanador. En cualquier caso, mi primera campaña fue en Korel, las campañas theftianas, donde tuve la buena fortuna de encontrarme bajo la tutela de un sanador que más tarde adquiriría cierta mala fama. Ipshank.

—¿De veras?

—Desde luego, ningún otro. Y sí, también conocí a Manask. Ha de decirse, y usted, puño supremo, comprenderá mejor que la mayoría la necesidad, ha de decirse que tanto Ipshank como Manask permanecieron leales a Melena Gris… hasta el último momento. Bueno, que yo sepa, claro, yo era sanador de una legión entera por aquel entonces y nos enviaron a Genabackis. A su debido tiempo…

—Noto Forúnculo —lo interrumpió Paran—, parece que tiene un talento especial para relacionarse con los personajes más famosos y más infames.

—Bueno, sí, señor. Supongo que eso es cierto. Y ahora, sospecho que usted se pregunta en qué categoría lo ubico a usted.

—¿A mí? No, no se moleste.

El sanador se dispuso a hablar otra vez, pero le interrumpió la llegada de Hurlochel.

—Puño supremo.

—Escolta.

—El camino que seguimos, señor, no ha revelado hasta ahora más que un puñado de lo que llamaríamos peregrinos. Pero parece que una tropa de jinetes se ha unido al viaje.

—¿Alguna idea de cuántos?

—Más de quinientos, puño supremo. Podrían llegar a los mil, cabalgan en formación, así que es difícil saberlo.

—En formación. Vaya, me pregunto quiénes podrán ser. Está bien, Hurlochel, haga avanzar a sus exploradores y a los escoltas de los flancos. ¿A qué distancia están esos jinetes?

—Cuatro o cinco días, señor. En general cabalgan a medio galope medido.

—Muy bien. Gracias, Hurlochel.

El escolta volvió a salir de la columna.

—¿Qué cree usted que significa eso, puño supremo?

Paran se encogió de hombros al oír la pregunta del sanado.

—Me imagino que no tardaremos en descubrirlo, Forúnculo.

—Noto Forúnculo, señor. Por favor.

—Menos mal —continuó Paran, incapaz de contenerse— que se convirtió usted en sanador y no lancero.

—Si no le importa, señor, creo que oigo a alguien quejándose ahí delante de llagas producidas por la silla. —El hombre azuzó a su montura con un cloqueo.

Oh, vaya, prefiere llagas en el trasero a mi compañía. Bueno, cada uno a lo suyo…

—El puño supremo Paran —murmuró la capitán Arroyodulce —. ¿Qué está haciendo ahí atrás y de qué va todo eso de no hacer saludos militares? Es pernicioso para la disciplina. Me da igual lo que piensen los soldados, ni siquiera me importa que en otro tiempo estuviera al mando de los Abrasapuentes; después de todo, asumió su mando solo para verlos después borrados del mapa. No es correcto, es lo único que digo. Nada correcto.

La puño Rythe Bude miró un momento a la mujer. Se le habían subido los colores, observó la puño, y le destellaban los ojos. Era obvio que la capitán no estaba lista para olvidar ese puñetazo en la mandíbula. *Claro que, lo más probable es que yo tampoco se lo perdonara.*

—Creo que los puños tendrían que reunirse…

—Capitán —advirtió Rythe Bude—, se olvida de quién es usted.

—Mis disculpas, señor. Pero ahora que seguimos a una especie de ejército, bueno, yo no quiero acabar como los Abrasapuentes, eso es todo.

—La confianza que tenía Dujek Unbrazo en Paran y la admiración que sentía por ese hombre, capitán, es suficiente para mí. Y para mis compañeros, los otros puños. Le aconsejo encarecidamente que contenga su ira y recuerde la disciplina a la que se debe. En cuanto al ejército que va por delante de nosotros, no puede decirse que ni siquiera un millar de guerreros montados represente una amenaza significativa para la hueste. Esta rebelión ha terminado; después de todo, no queda nadie para rebelarse. Y poco queda por lo que luchar. —Señaló con un guantelete—. Hasta esos peregrinos no hacen más que caerse al borde del camino.

A un lado de la tosca pista se veía un montículo bajo de piedras, otra triste víctima de esa peregrinación. Sobre él se alzaba un bastón adornado con plumas de cuervo.

—Eso también es espeluznante —dijo Arroyodulce—. Todos estos devotos de Coltaine…

—Esta tierra engendra cultos como gusanos en un cadáver, capitán.

—Una imagen muy apropiada, puño —rezongó Arroyodulce—, en este caso.

Rythe Bude lanzó un gruñido. *Sí, me las tropiezo de vez en cuando.*

Detrás de las dos oficiales habló el cabo Futhgar.

—Señores, ¿qué son esos?

Se giraron en las sillas y después miraron adonde señalaba el hombre. El cielo oriental. Comenzaban a alzarse voces entre los soldados, plegarias invocadas, unos cuantos gritos de sorpresa.

Una sarta de soles, una docena en total, cada uno muy pequeño, pero lo bastante brillante como para hacer arder agujeros cegadores en el cielo azul. De dos partían unas colas de bruma fiera. La fila de soles se curvó como un arco largo, los extremos más altos, y sobre el arco la superficie borrosa y deformada de la luna.

—¡Un augurio de muerte! —gritó alguien.

—Capitán —soltó de repente Rythe Bude—, que ese imbécil cierre el pico.

—Sí, señor.

—El cielo se cae —dijo Noto Forúnculo cuando se retrasó hasta quedar junto al puño supremo.

Paran frunció el ceño y continuó estudiando la extraña aparición en el cielo oriental, intentaba encontrar algún sentido a lo que estaban presenciando. *Sea lo que sea, no me gusta.*

—¿Duda de mí? —preguntó el sanador—. Puño supremo, he recorrido las tierras de Korel. He visto los cráteres que dejó a su paso todo lo que descendió del cielo. ¿Ha examinado alguna vez un mapa de Korel? ¿El subcontinente septentrional entero y su multitud de islas? Lance un puñado de gravilla al barro y luego espere mientras el agua llena los huecos. Eso es Korel, señor. La gente todavía

cuenta historias del sinfín de fuegos que cayeron del cielo cuando se derribó al dios Tullido.

—Cabalgue hasta la cabeza de la columna, Noto Forúnculo —dijo Paran.

—¿Señor?

—Dé el alto. Ahora mismo. Y mándeme a Hurlochel y sus escoltas. Necesito tener una perspectiva de la zona que nos rodea. Puede que tengamos que buscar refugio.

Por una vez, el sanador no se quejó.

Paran se quedó mirando la sarta de fuegos que crecía como una salva lanzada desde el Abismo. *Maldita sea, ¿dónde está Ormulogun? Necesito encontrarlo y será mejor que tenga esa baraja lista, o al menos las cartas esbozadas, a ser posible dibujadas y listas para las pinceladas de pintura. Dioses del inframundo, más vale que tenga algo porque no tengo tiempo de…* Sus pensamientos se fueron perdiendo.

Podía notarlos ya, acercándose cada vez más, podía sentir su calor, ¿era eso posible siquiera?

La maldita luna, debería haber prestado atención. Debería haber indagado, averiguado lo que ha pasado ahí arriba, en ese mundo abandonado. Entonces se le ocurrió otro extraño pensamiento y se quedó frío.

Guerra entre los dioses.

¿Es un ataque? ¿Una andanada de verdad?

Paran enseñó los dientes con una mueca.

—Si estáis ahí fuera —susurró mirando furioso al cielo oriental mientras su caballo se espantaba, nervioso, bajo él—, no estáis jugando limpio. Y… eso no me gusta. —Se irguió, se apoyó más en los estribos y miró a su alrededor—. ¡Ormulogun! ¿Dónde Embozado está?

—Contra esto —murmuró Iskaral Pust—, no puedo hacer nada. —Se abrazó—. Creo que debería empezar a farfullar ahora mismo. Sí, eso sería de lo más apropiado. Una expresión perturbada en los ojos. Saliva, después espuma, sí. ¿Quién podría culparme? ¡Vamos a morir todos!

Las últimas palabras fueron un chillido, suficiente para sacar a Mappo de su letargo inconsciente. Levantó la cabeza y miró al sumo sacerdote de Sombra. El dalhonesio estaba acurrucado junto a su mula y los dos estaban bañados en una luz extraña de tono verdoso; no, comprendió el trell, esa luz estaba por todas partes.

Rencor bajó del castillo de proa y Mappo vio en su expresión una cólera gélida.

—Tenemos problemas —dijo la mujer con voz áspera—. Nos quedamos sin tiempo, yo esperaba… da igual… —De repente volvió la cabeza de golpe y miró al sudoeste. Entrecerró los ojos. Después dijo—: Oh… En el nombre del Embozado, ¿se puede saber quién eres? ¿Y qué te crees que estás tramando? —Se quedó en silencio una vez más y su ceño se profundizó.

Mappo Runt parpadeó y se levantó, entonces vio que el cielo estaba ardiendo… casi justo encima de ellos. Como si el sol hubiera engendrado una multitud de hijos, una sarta de perlas incandescentes, las llamas envueltas en halos de jade. Crecían… descendían. *¿Qué son?*

El mar parecía temblar a su alrededor, las olas picadas chocaban en medio de la confusión. El aire estaba quebradizo, caluroso, y había amainado el viento por completo. Y allí, sobre la masa de tierra del este que era la isla Otataral… Mappo volvió la cabeza y miró a Iskaral Pust. El sumo sacerdote se había agazapado y se tapaba la

cabeza con las manos. Los bhok'arala se iban reuniendo a su alrededor, maullando y gimoteando, estirándose para tocar a aquel anciano que se estremecía en el suelo. Y mientras tanto balbuceaba.

—Esto no lo planeamos, ¿verdad? No recuerdo… ¡dioses, no recuerdo nada! Mogora, mi querida arpía, ¿dónde estás? Este es mi momento de mayor necesidad. ¡Quiero sexo! ¡Incluso contigo! Ya me beberé la paraltina blanca después, ¿qué elección hay? ¡Es eso o el recuerdo de la debilidad más lamentable por mi parte! Hay un límite para lo que puedo sufrir. ¡Dejad de tocarme, simios! Tronosombrío, miserable sombra chiflada, ¿dónde te ocultas? Y, ¿hay sitio para mí, tu más devoto sirviente, tu mago? ¡Más vale que lo haya! ¡Ven a por mí, maldito seas, qué más dan los demás! ¡Solo yo! ¡Pues claro que hay sitio! ¡Asquerosa nube de pedos, rodillazo lleno de mocos en la entrepierna! ¡Sálvame!

—¡Por todos los espíritus del inframundo —murmuró Mogora junto a Mappo—, escucha a esa patética criatura! ¡Y pensar que yo me casé con él!

Rencor giró de repente en redondo y regresó corriendo a proa, los bhok'arala se dispersaron para apartarse de su camino. Una vez allí, se dio la vuelta.

—¡Los veo! —gritó—. ¡Poned rumbo hacia ellos, idiotas! ¡Rápido!

Y después viró, se alzó sobre el barco, que se bamboleaba y mecía, se extendieron las alas grabadas en plata. Un remolino de brumas que se retorcieron, se fueron solidificando hasta que un enorme dragón se cernió sobre el barco y empequeñeció a la nave con su inmensidad. Unos ojos relucientes llamearon como el azogue bajo aquella luz esmeralda sobrenatural. La larga y sinuosa cola de la criatura bajó deslizándose como una serpiente y se enroscó

alrededor de la proa levantada. El dragón giró entonces en el aire, un golpe salvaje de las alas…

… y con una sacudida alarmante el barco se precipitó hacia delante.

Mappo se vio lanzado de espaldas contra la pared de la cabina, la madera se astilló bajo él. El trell se puso en pie con un jadeo y trepó hacia la proa.

¿Los ve? ¿A quién?

El cielo se estaba llenando de lanzas de fuego verde que abalanzaban sobre ellos.

Iskaral Pust chilló.

A más de diez mil leguas de distancia, al oeste, Botella se encontraba con los demás con los ojos clavados en el horizonte oriental, donde debería haber estado la oscuridad trepando hacia los cielos para anunciar el ciclo interminable de la muerte del día y el nacimiento de la noche. En su lugar podían ver con toda claridad una docena de motas de fuego que descendían y llenaban un tercio del cielo con un fulgor verdoso, chillón, incandescente.

—Oh —susurró Botella—, tenemos problemas.

Violín lo cogió por la manga y lo acercó a él.

—¿Entiendes esto? —preguntó el sargento con un susurro duro.

Botella negó con la cabeza.

—¿Es… es otro dios Tullido?

Botella se quedó mirando a Violín con los ojos muy abiertos. *¿Otro?*

—Dioses del inframundo.

—¿Lo es?

—¡No lo sé!

Maldiciendo, Violín lo apartó de un empujón. Botella se tambaleó hacia atrás y chocó con el sargento Bálsamo, que apenas reaccionó; después se metió entre la multitud, se abrió camino a tropezones y se puso a mirar las aguas. Al sur, los barcos nemil (birremes de guerra y transportes de suministros) tenían todas las velas al viento y regresaban a toda velocidad a su tierra natal, los primeros dejando atrás con toda rapidez a los segundos, muchos de los transportes todavía medio llenos de cargamento, el reabastecimiento abandonado.

Sí, ahora es sálvese cada tonto que pueda. Pero cuando esas cosas choquen, la onda expansiva rodará a buena velocidad. Nos convertirá a todos en simples astillas. Pobres cabrones, nunca lo conseguiréis. Ni siquiera esos horribles birremes.

El viento incesante pareció parar un momento, como si quisiera recuperar el aliento, después regresó con fuerza redoblada e hizo tambalearse a todos los que estaban en cubierta. Las lonas se combaron, el mástil y los remos crujieron, el Silanda gimió bajo ellos.

¿Ben el Rápido? Más vale que huyas ahora y te lleves a quien puedas contigo. Contra lo que viene… no hay ilusión que pueda disuadirlo. En cuanto a esos tiste edur, bueno, están tan acabados como nosotros. Lo aceptaré a modo consuelo.

Bueno, abuela, tú siempre dijiste que el mar acabaría conmigo.

La sargento Hellian vagaba por la cubierta maravillándose del mundo verde que había encontrado. Cómo pegaba ese coñac nemil, ¿eh? La gente estaba chillando, o se habían quedado parados, como paralizados, pero a veces le ocurría,

cuando sin querer (uyyy) se pasaba de la borrosa línea del no-borracha-del-todo. Con todo, ese verde la estaba poniendo un poco enferma.

Maldito coñac nemil del Embozado, ¿qué idiotas bebían esa basura? Bueno, podía cambiárselo a algún marinero falari por un poco de ron. Había suficientes idiotas en ese barco sin demasiado seso, solo tenía que encontrar uno. Un marinero, como ese de ahí.

—Eh. Mira, dengo coñac nemil, pero me apetese ron, ¿fale? Fueron diez medialunas por esto, ya sé, es un mondón, pero mi pelodón, ej que me quieren mucho, ¿sabes? Hiciedon una colecta. Así que, voy y pienso, y si cambiamos. Así, direcdamente, bodella por bodella. Güeno, me bebí casi doda esda, pero es que vale mucho más, eh. Así que, oye, tamos igual. —Después esperó.

El tipo era un cabrón muy alto. Tenía una pinta así como severa. Había otra gente mirándolos, pero ¿qué problema tenían?

El hombre cogió la botella, la agitó un poco y frunció el ceño. Se la terminó en tres rápidos tragos.

—Eh, oye…

El hombre metió la mano bajo el elegante manto que llevaba, sacó una petaca y se lo pasó a Hellian.

—Toma, soldado —le dijo—. Ahora baja y bebe hasta que te desmayes.

Hellian cogió la petaca con las dos manos y se maravilló de su superficie de plata pulida, incluso la brecha que lo recorría en diagonal por un lado, y los sigilos grabados, muy bonito. El cetro imperial y otros cuatro antiguos, los que solían identificar buques insignia, no era la primera vez que los veía. Ahí estaba el de Cartheron Costra y ese era el de Urko y ese otro no lo conocía, pero el último era el mismo que el que había en la bandera que tenían encima del barco

en el que estaba. *Pero es una coincidencia, ¿no?* Parpadeó y miró al hombre.

—No puedo —dijo—, tengo órdenes…

—Estoy revocando esas órdenes, sargento.

—¿Y tú puedes hacer eso?

—Dadas las circunstancias, sí.

—Bueno, entonces nunca torvidaré, marinero. Prometido. Y ahora… aónde está sa escotilla…

El tipo la guió con una mano firme en el hombro y la puso en la dirección correcta. Hellian apretó contra el pecho la preciosa petaca cuyo interior susurraba de forma tan preciosa y se abrió camino entre el lodo verde y todas las caras clavadas en ella. Les sacó la lengua.

Que se busquen la suya.

Apsalar se volvió al oír el suspiro de la consejera.

La expresión de Tavore era… filosófica, mientras contemplaba el horizonte oriental.

—Una lección de humildad, ¿verdad?

—Sí, consejera, supongo que sí.

—Todos nuestros planes… nuestra presunción… como si solo a fuerza de voluntad pudiéramos garantizar de alguna forma que todo lo demás permanece inmutable a nuestro alrededor, a la espera solo de lo que nosotros hacemos, lo que decimos.

—Los dioses…

—Sí, lo sé. Pero eso… —señaló con la cabeza el este— no es cosa suya.

—¿No?

—Es demasiado devastador, soldado. Ninguno de los dos bandos está tan desesperado… todavía. Y ahora —se

encogió de hombros—, hasta sus juegos empequeñecen y resultan insignificantes.

—Consejera —dijo Apsalar—, le falta confianza.

—¿Ah, sí? ¿En qué?

—En nuestra resistencia.

—Quizá.

Pero hasta la confianza de Apsalar se iba derrumbando, aferrada a un único pensamiento, y la resolución que había tras ese pensamiento también se iba debilitando. Con todo. Un único pensamiento. *Esto lo anticiparon. Lo anticipó alguien. Tuvieron que anticiparlo.*

Alguien lo vio venir.

La mayor parte de las personas estaban ciegas, a propósito o no. Pero había algunos que no lo estaban.

Así que ahora, mi clarividente amigo, más vale que hagas algo. Y rápido.

Ormulogun, con su sapo detrás, apareció tropezando con una saca de cuero a rebosar en los brazos. El sapo estaba gimoteando algo sobre artistas engañados y el mundo brutal en un tono de satisfacción pesimista. Ormulogun dio un traspié y estuvo a punto de caer junto a Paran, la saca se volcó y derramó su contenido, incluyendo decenas de cartas de madera, la mayor parte en blanco.

—¡Apenas has empezado! ¡Maldito idiota!

—¡Perfección! —chilló Ormulogun—. Dijiste…

—Da igual —gruñó Paran. Se volvió y miró el cielo oriental. Unas lanzas de fuego descendían como lluvia—. ¿En el continente? ¿En el mar? —se preguntó en voz alta—. ¿O en la isla Otataral?

—Quizá en los tres —dijo Noto Forúnculo, que se lamió los labios.

—Bueno —dijo Paran mientras se agachaba y despejaba un espacio en la arena delante de él—, el mar es peor. Eso significa… —Empezó a dibujar con el dedo índice.

—¡Tengo algunas! —gimoteó Ormulogun revolviendo entre las cartas.

Mael. Espero que estés prestando atención, espero que estés listo para hacer lo que hay que hacer. Estudió las rayas que había grabado en la arena. *¿Suficiente? Tendrá que serlo.* Cerró los ojos y concentró su voluntad. *La puerta está ante mí…*

—¡Tengo esta!

El grito resonó con fuerza en el oído derecho de Paran y al tiempo que la fuerza de su voluntad se desataba, abrió los ojos… y vio, cerniéndose ante él, otra carta…

Y todo su poder se precipitó hacia ella…

De rodillas, resbalando por la arcilla que se deformaba bajo él, las manos estiradas para sujetarse. Aire gris, hedor a osario, y Paran levantó la cabeza. Ante él se encontraba una puerta, una masa de huesos retorcidos y carne pálida, magullada, de la que colgaban mechones de pelo, innumerables ojos clavados y detrás estaba el olvido, gris, turbio.

—Oh, Embozado.

Estaba en el mismísimo umbral. Casi se había arrojado dentro, joder…

Apareció una figura en el portal, manto negro, encapuchado, alto. *Este no es uno de sus sirvientes. Este es el viejo cabrón en persona…*

—¿Hay tiempo para pensamientos tan desagradables, mortal? —La voz era suave, solo un poco áspera—. Con lo que está a punto de suceder… Bueno, Ganoes Paran, Señor de la Baraja de los Dragones, te has colocado en una posición de lo más desafortunada, a menos que desees que

te pisoteen las multitudes que en apenas unos momentos van a encontrarse en este camino.

—Oh, cállate, Embozado —siseó Paran mientras intentaba ponerse en pie, pero se detuvo cuando se dio cuenta de que no era una gran idea—. Ayúdame. Ayúdanos. Detén lo que viene, destruirá…

—Demasiado, sí. Demasiados planes. Pero yo no puedo hacer mucho. Has buscado al dios equivocado.

—Lo sé. Estaba probando con Mael.

—Inútil… —Pero al tiempo que el Embozado pronunciaba esa palabra, Paran detectó cierta… vacilación.

Ah, se te ha ocurrido algo.

—Así es. Muy bien, Ganoes Paran, negocia.

—¡Que el Abismo nos lleve, no hay tiempo para eso!

—Piensa rápido, entonces.

—¿Qué quieres? Más que cualquier otra cosa, Embozado. ¿Qué quieres?

Y el Embozado se lo dijo. Y, entre los cadáveres, los miembros y las miradas inexpresivas de la puerta, una cara en concreto se animó, los ojos se abrieron mucho… un detalle que les pasó desapercibido a los dos.

Paran se quedó mirando al dios sin poder creérselo.

—No puedes hablar en serio.

—La muerte siempre habla en serio.

—¡Oh, ya está bien con esa mierda pomposa! ¿Estás seguro?

—¿Puedes lograr lo que pido, Ganoes Paran?

—Lo haré. De algún modo.

—¿Es tu solemne promesa?

—Lo es.

—Muy bien. Vete de aquí. Debo abrir esta puerta.

—¿Qué? ¡Está abierta!

Pero el dios le había dado la espalda y Paran apenas oyó la respuesta del Embozado.

—No por este lado.

Chaur gimió cuando un granizo de piedras ardiendo chocó contra las aguas revueltas a apenas la longitud de un barco de distancia. Explosiones de vapor, un terrible chillido que hendió el aire. Navaja empujó todo lo que pudo el timón para intentar hacer avanzar la bamboleante nave, pero no tenía fuerza suficiente. El Dolor no iba a ninguna parte. *Salvo, me temo, al fondo.*

Algo chocó contra la cubierta; un golpe seco que partió astillas, reverberaciones que se transmitieron por todo el casco y después empezó a brotar vapor de aquel agujero del tamaño de un puño. El Dolor pareció combarse bajo ellos.

Barathol maldijo y gateó hasta la brecha, arrastrando un fardo de lona de repuesto. Mientras intentaba meterlo en el agujero, dos piedras más golpearon la nave, una por delante, que destrozó la proa, y otra… un destello de calor contra el muslo izquierdo de Navaja, que cuando miró vio vapor y después un torrente de agua.

El aire hervía como el aliento de una forja. Sobre ellos, el cielo entero parecía arder.

La vela había empezado a quemarse, rasgada por completo.

Otro impacto y más de la mitad de la baranda de babor desapareció de repente, madera pulverizada convertida en una bruma que se alejaba flotando entre destellos de motas en llamas.

—¡Nos hundimos! —gritó Scillara y se aferró a la baranda contraria cuando la cubierta del Dolor se ladeó de manera alarmante.

El cargamento cambió de posición. *Demasiados suministros, nos hicimos codiciosos,* haciendo que la nave moribunda se escorara todavía más.

El cadáver amortajado de Heboric rodó hacia las olas revueltas.

Navaja lanzó un grito e intentó ir hacia él, pero estaba demasiado lejos; la forma envuelta en telas se deslizó hasta el agua…

Y con un sollozo, Chaur lo siguió.

—¡No! —aulló Barathol—. ¡Chaur, no!

Los enormes brazos del gigante mudo envolvieron el cadáver un momento antes de que los dos desaparecieran bajo las aguas.

Mar. Bara lo llamó mar. Ahora caliente, mojado. Era tan bonito. Ahora, cielo malo, y mar malo, ahí arriba, pero ahora está bien. Ahí. Noche oscura, llega la noche, duelen los oídos. Duelen los oídos. Duelen. Bara dijo que nunca se respira en el mar. Tengo que respirar ahora. ¡Oh, duele! ¡Respira!

Se llenó los pulmones y un fuego le atravesó el pecho como un estallido, y después… frescor, calma, los espasmos se ralentizaron. La oscuridad lo rodeó, pero Chaur ya no le tenía miedo. El frío había desaparecido, el calor había desaparecido y el entumecimiento le llenó la cabeza.

Le había gustado tanto el mar, le había encantado.

El cuerpo envuelto que llevaba en brazos tiraba de él hacia abajo, y los miembros que habían sido amputados y que él había recogido cuando Bara se lo dijo parecían moverse en el interior, la lona se estiraba y perdía la forma.

Oscuridad, dentro y fuera. Algo caliente y salvaje atravesó el espacio a su lado, se precipitó al fondo como una

lanza de luz y Chaur se estremeció. Y cerró los ojos para hacer que esas cosas se fueran. El dolor por fin había desaparecido de sus pulmones.

Ahora duermo.

Géiseres de vapor que salían disparados al cielo, impactos atronadores que sacudían el aire y machacaban el mar de forma visible y lo hacía estremecerse, temblar, y Navaja vio a Barathol zambullirse en las aguas revueltas tras Chaur. *El cuerpo. Heboric, Chaur, oh, dioses…*

Llegó junto a Scillara y la estrechó entre sus brazos. Ella se aferró a su camisa empapada.

—Me alegro tanto —susurró cuando el Dolor gimió y se ladeó todavía más.

—¿De qué?

—De haberla dejado. Allí, en la aldea. La dejé.

Navaja la abrazó todavía más.

Lo siento, Apsalar. Por todo…

Ráfagas repentinas que los zarandeaban, una sombra que pasaba. Navaja levantó la cabeza y abrió mucho más los ojos cuando vio la forma monstruosa que ocluía el cielo y descendía…

Un dragón. ¿Y ahora qué?

Y entonces oyó gritos, y en ese momento el Dolor pareció explotar.

Navaja se encontró en el agua, agitando los brazos, el pánico despertó en su interior, como un puño que se cerrara alrededor de su corazón.

… Busca… busca…

¿Qué es ese sonido? ¿Dónde estoy?

Un millón de voces que chillan, que se precipitan a una muerte terrible, oh, habían viajado por el oscuro lapso durante tanto tiempo, ingrávidos, viendo ante ellos ese inmenso… vacío. Sin hacer caso de sus riñas, sus discusiones, sus fieros debates, se los tragó. Por completo. Y luego salieron, por el otro lado… una red de poder que se iba extendiendo, algo que ansiaba masa, algo que se iba haciendo más fuerte y el viaje se vio sumido de repente en un movimiento enloquecido, violento, un mundo debajo, tantos se perdieron entonces, y tras él, otro, ese más grande…

—*Oh, óyenos, tantos… aniquilados. Montañas golpeadas y convertidas en polvo, rocas que salían dando vueltas en la oscuridad, nubes cegadoras que destellaban bajo la luz dura del sol, y ahora, este mundo bestial que llena nuestra visión, ¿estamos en casa?*

—*¿Hemos llegado a casa?*

Busca… manos de jade, polvorientas, en bruto, sin pulir todavía para darles esa luminosidad refulgente. *Recuerdo… tenías que morir, Treach, ¿verdad? Antes de la ascendencia, antes de la divinidad auténtica. Antes tenías que morir.*

¿Fui alguna vez tu destriant?

¿Me perteneció alguna vez ese título?

¿Había que matarme?

Buscan… estas manos, estas manos desconocidas, incognoscibles, *¿cómo puedo responder a estos gritos? A estos millones en sus prisiones hechas pedazos, toqué, una vez, punta contra punta de los dedos, toqué, oh… las voces…*

—*Esto no es la salvación. Solo morimos. Destrucción…*

—*No, no, idiota. En casa. Hemos llegado a casa…*

—*La aniquilación no es la salvación. ¿Dónde está? ¿Dónde está nuestro dios?*

—¡Te digo que termina la búsqueda!

—No voy a discutirlo.

Escuchadme.

—¿Quién es?

—¡Ha vuelto! ¡El de fuera, el hermano!

Escuchadme, por favor. Yo… yo no soy vuestro hermano. No soy nadie. Pensé… destriant… ¿lo sabía con seguridad? ¿Me han mentido? Destriant… bueno, quizá, quizá no. Quizá nos equivocamos todos, cada uno de nosotros. Quizá hasta Treach se equivocó.

—Ha perdido la cabeza.

—Olvídate de él, mira, muerte, muerte terrible, viene…

—¿Loco? Y qué. Prefiero escucharle a él que a cualquiera de vosotros. Dijo que escuchásemos, lo dijo, y lo escucharé.

—Escucharemos todos, idiota, no tenemos alternativa, ¿no?

Destriant. *Lo entendimos todo mal. ¿No lo veis? Todo lo que he hecho… no se puede perdonar. No se puede perdonar jamás, me ha hecho regresar. Hasta el Embozado me ha rechazado, me arrojó de allí. Pero… se está escabullendo, tan tenue, estoy fallando…*

—Fallar, caer, ¿qué diferencia hay?

Busca.

—¿Qué?

Mis manos… ¿las ves? Están sueltas, eso es lo que pasó. Las manos… sueltas. Libres. Yo no puedo hacerlo… pero creo que ellas sí. ¿No lo ves?

—Palabras sin sentido.

—No, espera…

No es destriant.

Es yunque del escudo.

Buscan… miradme, ¡todos! ¡Buscad! ¡Veis mis manos! ¡Las veis! ¡Están buscando, estirándose hacia vosotros!

Están… buscando…

Barathol se internó nadando en la oscuridad. No veía… nada. A nadie. *Chaur, oh dioses, ¿qué he hecho?* Continuó abriéndose camino hacia el fondo. Mejor que se ahogara él también, no podía vivir con eso, no con la muerte de ese pobre hombre-niño en las manos, no podía…

Le estaba fallando la respiración, la presión se cerraba sobre él, le machacaba el cráneo. Estaba ciego…

Un destello verde esmeralda allí abajo, florecía, incandescente, se hinchaba… y en el centro… *Oh, dioses, espera… espérame…*

Inerte, enredado en pliegues desenredados de lona, Chaur se estaba hundiendo, los brazos estirados a los lados, los ojos cerrados, la boca… abierta.

¡No! ¡No, no!

Del fulgor pulsátil, calor… tanto calor… Barathol luchó por acercarse más, el pecho a punto de estallar y estiró las manos y buscó, buscó…

Una sección de la cubierta de popa se había separado de lo que ya era poco más que restos machacados y flotaba en el mar. Las piedras ardientes se precipitaban al mar por todas partes mientras Navaja luchaba por ayudar a Scillara a trepar a aquel fragmento inclinado. Esas piedras de fuego… eran más pequeñas que guijarros, a pesar de los agujeros de tamaños de puños que habían abierto en el Dolor. Más pequeñas que guijarros, más como granos de arena, con un fulgor de color verde brillante, como salpicaduras de vidrio; el color cambiaba casi al instante y se convertía en un rojo óxido al hundirse en las profundidades.

Scillara lanzó un grito.

—¿Te ha alcanzado algo? Oh, dioses, no…

La mujer se giró.

—¡Mira! ¡Que el Embozado nos lleve… mira! —Alzó un brazo y señaló cuando los levantó una ola de espuma… señaló al este…

Hacia la isla Otataral.

Se había… prendido. Verde jade, una cúpula reluciente que quizá abarcara la isla entera, se retorcía, se alzaba a los cielos y surgiendo a través de ella… *manos. De jade. Como… como las de Heboric.* Se elevaban, como árboles. *Brazos, enormes, docenas de ellos…* se elevaban, dedos que se abrían, luz verde que surgía como una espiral de las palmas levantadas, de los dedos, de las venas y arterias que atravesaban como cables toda la longitud musculosa, luz verde que acuchillaba los cielos como hojas de espada. Esos brazos eran demasiado grandes para comprender, se estiraban hacia arriba como columnas, atravesaban la cúpula… mientras los fuegos que llenaban el cielo parecían estremecerse… temblar… y después empezaron a converger sobre la isla, sobre las manos de jade que subían y se metían entre la luz verde que ondeaba.

El primero de los soles que se desplomaba golpeó la cúpula resplandeciente.

El sonido fue como el redoble de un tambor, de una magnitud que podría dejar sordos a los dioses. Su pulso onduló por los flancos florecientes de la cúpula, se extendió a toda velocidad y pareció despojar la superficie del mar, hizo estremecer los huesos de Navaja, un impacto que le provocó un estallido de agonía en los oídos, y luego otro, y otro más a medida que un sol tras otro se iba precipitando contra esa cúpula combada y repleta de marcas. Navaja estaba chillando, pero era incapaz de oírse a sí mismo. Una

bruma roja le llenaba los ojos, sintió que se deslizaba de la embarcación y caía entre las olas cargadas de espuma…

Al tiempo que una enorme pata con garras bajaba, se abría sobre Navaja y Scillara, que lo sujetaba por un brazo para intentar subirlo otra vez a la balsa, y unas uñas del tamaño de cimitarras se cerraban alrededor de los dos. Los sacaron del agua revuelta, los levantaron, por los aires…

Estírate… sí. Hacia mí, más cerca, más cerca.

Da igual el dolor.

No durará. Lo prometo. Lo sé, porque recuerdo.

No, no se me puede perdonar.

Pero quizá tú puedas, quizá eso sí pueda hacerlo, si sientes que es necesario, no lo sé… no era el más adecuado para haber tocado… allí, en ese desierto. Yo no lo entendía y Baudin jamás podría haber adivinado lo que iba a ocurrir, cómo iba a quedar yo marcado.

Marcado, sí, ahora lo veo, para esto, esta necesidad…

¿Me oyes? Más cerca, ¿ves la oscuridad? Ahí, ahí es donde estoy yo.

Millones de voces que sollozan, gritan, voces, llenas de anhelo, podía oírlas…

Ah, dioses, ¿quién soy? No lo recuerdo.

Solo esto. La oscuridad que me rodea. Nosotros, sí, todos vosotros, nosotros podemos esperar aquí, en esta oscuridad.

Da igual el dolor.

Esperad conmigo. En esta oscuridad.

Y las voces, los millones que eran, con su inmensa, insoportable necesidad, se precipitaron hacia él.

Yunque del escudo, que se llevaría el dolor de todos, porque podía recordar ese dolor.

La oscuridad los absorbió y fue entonces cuando Heboric Manos Fantasmales, yunque del escudo, comprendió una verdad terrible.

No se puede, de un modo real y auténtico, recordar el dolor.

Dos cuerpos que cayeron en la cubierta como muñecos rotos. Mappo luchó por llegar a ellos al tiempo que Rencor salía dando vueltas una vez más, el trell podía sentir la agonía de la dragona con cada bocanada de aire entrecortada que cogía y el aire estaba impregnado del hedor a escamas y carne abrasada.

La lluvia de fuego había descendido en un torrente a su alrededor, salvaje como una granizada y mucho más letal, pero ni una sola partícula había alcanzado su barco, una protección que era obra, comprendió Mappo, no de Rencor, ni, de hecho, de Iskaral Pust o Mogora. No, como demostraban los besos aduladores y mojados del sumo sacerdote, era cosa de un poder nacido en esa maldita mula de ojos negros. De algún modo.

La bestia se limitaba a quedarse allí plantada, sin moverse, al parecer indiferente, la cola espantando la ausencia de moscas. Poco a poco, entre parpadeos, como si estuviera medio dormida, los labios se crispaban muy de vez en cuando.

Mientras el mundo se volvía loco a su alrededor, mientras despedazaba ese otro barco en mil pedazos…

Mappo le dio la vuelta a la figura más cercana. Cara manchada de sangre, chorros que le manaban de las orejas, la nariz, las comisuras de los ojos… pero él conocía a ese hombre. Lo conocía. *Azafrán, el daru. Oh, muchacho, ¿qué te ha traído aquí?*

El joven abrió los ojos. Llenos de miedo y aprensión.

—Tranquilízate —dijo Mappo—, ahora estás a salvo.

La otra figura, una mujer, estaba tosiendo agua de mar, sangraba por la oreja izquierda, sangre que le bajaba por la parte inferior de la mandíbula antes de chorrearle por la barbilla. A gatas, levantó la cabeza y se encontró con la mirada del trell.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Mappo.

Ella asintió y se arrastró hasta Azafrán.

—El chico vivirá —le aseguró el trell—. Parece que viviremos todos… No había creído…

Iskaral Pust chilló.

Señaló.

Un gran brazo de piel negra, lleno de cicatrices, había aparecido sobre la baranda de babor como una especie de anguila resbaladiza, la mano se aferraba a la madera mojada con los músculos forzados.

Mappo se acercó como pudo.

El hombre que vio al bajar la cabeza se aferraba a otro cuerpo, un hombre casi tan grande como el primero, y estaba claro que este estaba perdiendo fuerzas a toda velocidad. Mappo les tendió los brazos y los subió a los dos a la cubierta.

—Barathol —jadeó la mujer.

Mappo observó cuando el hombre llamado Barathol le dio la vuelta a toda prisa a su compañero y empezó a sacarle el agua de los pulmones.

—Barathol…

—Calla, Scillara.

—Estuvo hundido demasiado tiempo…

—¡Cállate!

Mappo observó, intentaba recordar lo que era sentir tal ferocidad, tal lealtad. Podía casi rememorar… casi. *Se ha*

ahogado, este hombre. ¿Ves toda esa agua? Pero Barathol no cejaba en sus esfuerzos, empujaba el cuerpo inerte, sin fuerzas, a un lado y a otro, le mecía los brazos y luego, al fin, se puso la cabeza y los hombros de su amigo en el regazo, donde le acunó la cara como si fuese un recién nacido.

La expresión del hombre se crispó, terrible en su dolor.

—¡Chaur! ¡Escúchame! Soy Barathol. ¡Escucha! ¡Quiero que… que entierres los caballos! ¿Me oyes? ¡Tienes que enterrar los caballos! ¡Antes de que bajen los lobos! No te lo estoy pidiendo, Chaur, entiendes? ¡Te lo estoy mandando!

Ha perdido la cabeza. De esto ya no hay quien se recupere. Lo sé, lo sé…

—¡Chaur! Me enfadaré, ¿lo entiendes? ¡Me enfado… contigo! ¡Contigo, Chaur! ¿Quieres que Barathol se enfade contigo, Chaur? Quieres…

Una tos, un chorro de agua, una convulsión y después, el hombretón que sujetaba con tanta ternura Barathol en sus brazos pareció encogerse, una mano se alzó y un lamento quejumbroso se abrió paso entre los mocos y la espuma.

—No, no, amigo mío —jadeó Barathol, que abrazó al hombre con más fuerza y lo meció—. No estoy enfadado. No, no lo estoy. Dan igual los caballos. Ya lo has hecho. ¿Te acuerdas? Oh, Chaur, no estoy enfadado.

Pero el hombre berreaba y se aferraba a Barathol como un chiquillo.

Es retrasado. De otro modo el tal Barathol no le habría hablado de esa manera. *Es un niño en el cuerpo de un hombre, ese Chaur…*

Mappo observó a aquellos dos enormes hombres llorando el uno en brazos del otro.

Rencor se encontraba junto al trell y en cuanto Mappo fue consciente de ella, percibió su dolor, y luego su voluntad,

que apartaba el dolor con ferocidad; el trell retiró la mirada de los dos hombres de la cubierta y la posó en ella.

Aparta, aparta con todas sus fuerzas todo ese dolor…

—¿Cómo? ¿Cómo lo has hecho? —preguntó.

—¿Estás ciego, Mappo Runt? —le preguntó ella—. Mira, míralos, trell. Chaur, su miedo ha desaparecido. Cree a Barathol, cree en él. Por completo, sin duda alguna. No puedes ser ciego a eso, a lo que significa.

»Estás contemplando el júbilo, Mappo Runt. Frente a esto, no voy a obsesionarme con mi dolor, mi sufrimiento. ¿Lo entiendes? No pienso hacerlo.

Ah, espíritus del inframundo, me rompes el corazón, mujer. El trell volvió a mirar a los dos hombres y después adonde Scillara sostenía a Azafrán en brazos y le acariciaba el pelo mientras el muchacho iba recuperando el sentido. *Roto, por todo esto. Otra vez.*

Lo había… olvidado.

Iskaral Pust estaba bailando alrededor de Mogora, que lo observaba con una expresión amarga, el rostro contraído hasta parecerse a una pasa seca. Y después, en un momento en el que el sumo sacerdote se acercó demasiado, la mujer le disparó una patada que lo tiró al suelo. El sacerdote cayó con un golpe seco y empezó a maldecir.

—¡Mujer despreciable! Mujer, ¿he dicho mujer? ¡Ja! ¡Eres lo que deja a su paso una serpiente que muda la piel! ¡Una serpiente enferma! Con costras, pústulas, verdugones y juanetes…

—¡Oí que me codiciabas, asqueroso bicho raro!

—¡Querrás decir que lo intenté! ¡Por desesperación, pero ni siquiera la muerte inminente bastaba! ¿Lo entiendes? ¡No bastaba!

Mogora avanzó hacia él.

Iskaral Pust lanzó un chillido y se deslizó bajo la mula.

—¡Acércate más, arpía, y mi sirviente te dará una coz! ¿Sabes cuántos tontos mueren cada año por la coz de una mula? Te sorprendería.

La bruja dalhonesia siseó a su marido y de inmediato se derrumbó convertida en un enjambre de arañas que salieron disparadas por todas partes, momentos después no quedaba ni una sola a la vista.

El sumo sacerdote, los ojos muy abiertos, miró a su alrededor con frenesí y después empezó a rascarse bajo las ropas.

—¡Oh! ¡Horrible criatura!

La atención desconcertada de Mappo la atrajo entonces Azafrán, que se había acercado a Barathol y Chaur.

—Barathol —dijo el daru—. ¿No había posibilidad…?

El hombre lo miró y después negó con la cabeza.

—Lo siento, Navaja. Pese a que le salvó la vida a Chaur. Incluso muerto, salvó a Chaur.

—¿Qué quieres decir?

—El cuerpo relucía —dijo Barathol—. Con un verde brillante. Así fue como los vi. Chaur estaba enredado en el rollo de tela, tuve que cortarla para liberarlo. No podía llevarlos a los dos a la superficie, apenas conseguí salir…

—No pasa nada —dijo Azafrán.

—Se hundió, cada vez más, y el fulgor menguó. La oscuridad se lo tragó. Pero escucha, lo trajiste muy cerca, ¿lo entiendes? No hasta el final, pero sí bastante cerca. Fuera lo que fuera lo que pasó, fuera lo que fuera lo que nos salvó a todos, ¡vino de él!

Mappo habló entonces.

—Azafrán, ahora es Navaja, ¿no? Navaja, ¿de quién estáis hablando? ¿Se ahogó alguien más?

—No, Mappo. Es decir, en realidad no. Un amigo, murió… y yo… bueno, estaba intentando trasladar su cuerpo a la

isla, es donde quería ir, sabes. Para devolver una cosa.

Una cosa.

—Creo que aquí tu amigo tiene razón —dijo el trell—. Lo has traído lo bastante cerca. Para que marcara la diferencia, para hacer lo que ni siquiera la muerte podía impedirle hacer.

—Se llamaba Heboric Manos Fantasmales.

—Recordaré ese nombre, entonces —dijo Mappo—. Con gratitud.

—Estás… diferente. —Navaja había fruncido el ceño—. Esos tatuajes. —Entonces abrió mucho los ojos y preguntó lo que Mappo más temía—. ¿Dónde? ¿Dónde está?

Las puertas del interior del trell que se habían abierto una ranura se cerraron de golpe una vez más y el hombre apartó la mirada.

—Lo perdí.

—¿Lo perdiste?

—Se fue. —*Sí, le fallé. Nos fallé a todos.* No podía mirar al daru. No podía soportarlo. *Mi vergüenza…*

—Oh, Mappo, lo siento.

¿Que tú lo… qué?

Una mano se apoyó en su hombro y eso ya fue demasiado. Pudo sentir las lágrimas, el dolor que inundó sus ojos y que bajó por su rostro. Se estremeció.

—Culpa mía… culpa mía…

Rencor se quedó mirando un momento más. *Mappo, el trell. El que caminó con Icarium. Ah, ahora se culpa a sí mismo. Entiendo. Vaya… es… una lástima. Pero esa era nuestra intención, después de todo. Y cabe la posibilidad, la posibilidad que más aprecio. Icarium, bien podría encontrarse con mi hermana antes de que todo esto acabe.*

Sí, eso sería una dulzura, delicioso, un sabor que podría disfrutar durante mucho, mucho tiempo. ¿Estás lo bastante cerca, Envidia, para percibir mis pensamientos? ¿Mi… deseo? Eso espero. Pero no, no era el momento para esas ideas, por tentadoras que fuesen.

Dolorida todavía por las heridas, se volvió y estudió las nubes salvajes y agitadas que flotaban sobre la isla Otataral. Brotes de color, como si las llamas asolaran la tierra, lenguas de fuego que subían como un parpadeo por esos brazos gigantescos de jade y salían girando de los dedos. Sobre la cúpula hirviente, la noche estaba atenuando la penumbra de polvo y humo, donde cuchilladas de materia todavía la atravesaban de vez en cuando.

Rencor miró entonces al oeste, al continente. *No sé quién eres, pero… gracias.*

Paran abrió los ojos con un jadeo y se encontró lanzado hacia delante, la gravilla arenosa se alzaba a toda prisa, y después chocó y gimió con el impacto. Sentía los brazos como cuerdas desenredadas cuando los fue subiendo poco a poco, lo suficiente para ponerse de lado, lo que le permitió rodar de espaldas.

Sobre él, un círculo de caras, todas mirándolo.

—Puño supremo —preguntó Rythe Bude—, ¿acaba de salvar el mundo?

—¿Y a nosotros con él? —añadió Noto Forúnculo, después frunció el ceño—. Da igual, señor. Después de todo, al responder al interrogante de la puño, lo segundo va implícito…

—Cállese —dijo Paran—. Si he salvado al mundo, y de ninguna de las maneras afirmaría yo tal cosa, ya lo estoy lamentando. ¿Tiene alguien un poco de agua? Del lugar del

que acabo de llegar me ha quedado un sabor bastante desagradable en la boca.

Unas botas de agua aparecieron con un chapoteo.

Pero Paran levantó una mano.

—El este… ¿tiene muy mal aspecto?

—Debería tenerlo mucho, mucho peor, señor —dijo la puño Rythe Bude—. Hay un auténtico follón por allí, pero la verdad es que no está saliendo nada, si sabe a lo que me refiero.

—Bien. —*Bien.*

Oh, Embozado. ¿Estabas hablando en serio de verdad?

Dioses, yo y mis promesas…

En el este la noche era una tormenta refulgente, silenciosa. En pie, cerca de la consejera, con Nada y Menos a pocas zancadas de distancia, a un lado, el puño Keneb se estremecía bajo su pesado manto a pesar del calor sofocante y peculiar del viento constante. No comprendía lo que había pasado más allá de ese horizonte oriental, ni antes ni en ese momento. El descenso de soles con llamas verdes, el torbellino enfurecido. Y, durante un tiempo, un malestar generalizado que envolvía a todo el mundo; había parecido que de lo que era inminente no habría indulto, ni forma de escapar, ni esperanza de supervivencia.

Una idea que, por extraño que fuera, había tranquilizado a Keneb. Cuando la lucha carecía de sentido, toda presión se limitaba a desaparecer. Se le ocurría que tampoco estaba de más aferrarse a esos sentimientos. Al fin y al cabo, la muerte en sí era inevitable, ¿no? Ineludible, ¿qué sentido tenía emplear uñas y dientes en rehuirla en un esfuerzo condenado de antemano?

El consuelo que eso representaba fue momentáneo, por desgracia. La muerte se cuidaba sola, era en la vida, en vivir, donde importaban las cosas. Actos, deseos, motivos, temores, los dones de la alegría y el sabor amargo del fracaso. *Un festín al que todos debemos asistir.*

Al menos hasta que nos vayamos.

Las estrellas oscilaban sobre sus cabezas, ribetes de nubes se aferraban al norte, de ese tipo que a Keneb le hacían pensar en la nieve. *Y sin embargo, aquí estoy, sudando, el sudor se enfría, este frío que no ha moldeado la noche ni el viento, sino el agotamiento.* Menos había dicho algo sobre ese viento, su urgencia, la voluntad que lo empujaba. Así pues, no era natural. *Un dios, entonces, que nos manipula otra vez más.*

Las flotas de los nemil patrullaban un amplio tramo de esa costa. Sus birremes de guerra eran primitivos, de aspecto torpe, y nunca se apartaban demasiado de la orilla rocosa. Esa costa pertenecía por tradición a los trell, pero había habido guerras, generaciones enteras de guerras, y los asentamientos nemil salpicaban las bahías y las ensenadas, y los trell, que jamás habían sido un pueblo de mar, se habían visto empujados al interior, hacia las colinas, a un enclave cada vez más pequeño rodeado de colonos. Keneb había visto mestizos entre las tripulaciones nemil en los barcos mercantes que habían salido con suministros.

Por beligerantes que fueran los nemil con los trell, no sentían una inclinación parecida cuando se enfrentaban a una enorme flota malazana que entraba en sus aguas territoriales. Los sabios entre ellos habían predicho esa llegada y el aliciente de los beneficios había puesto en movimiento una flotilla de botes de mercaderes que había partido del puerto acompañada por una desorganizada colección de escoltas, algunas privadas, otras de la casa

real. El reabastecimiento se había asemejado a un festín frenético en el mar, es decir, hasta que el cielo oriental había estallado de repente en una luz salvaje.

No quedaba ya ni un solo barco nemil y ya habían dejado atrás esa costa cuando la mano del vigía hizo tañer con tono apagado la segunda campanada tras la medianoche, el sonido recogido por los barcos cercanos y repetido como una onda por toda la flota imperial.

De boca de un capitán nemil, ese mismo día, habían recibido noticias interesantes y fue esa información la que, a pesar de lo avanzado de la hora, la consejera continuaba debatiendo con sus dos compañeros wickanos.

—¿Alguna fuente malazana ha proporcionado detalles —le estaba preguntando Menos a Tavore— sobre los pueblos que habitan más allá del mar Catal?

—Nada más que un nombre —respondió la consejera y luego se dirigió a Keneb—. Puño, ¿lo recuerda usted?

—Perecedero.

—Sí.

—¿Y nada más se sabe de ellos? —preguntó Menos.

No respondió nadie. Y pareció que los wickanos entonces esperaron.

—Una sugerencia interesante —dijo la consejera tras un momento—. Y dado que casi hay galerna, no tardaremos en descubrir nosotros mismos qué tipo de pueblo es Perecedero.

El capitán nemil había informado (de oídas) que se había avistado otra flota edur el día antes. Muy hacia el norte, menos de una veintena de barcos que luchaban por avanzar hacia el este a pesar del viento incesante. Esos barcos estaban en malas condiciones, había explicado el capitán. Dañados, cojeando. Golpeados por una tormenta, quizá, o habían entrado en batalla. Fuera cual fuera la causa, no

estaban impacientes por desafiar a los barcos nemil, lo que en sí mismo ya fue tema suficiente de conversación; al parecer, los barcos edur errantes llevaban casi dos años viviendo a costa de los mercaderes nemil y en los casos en los que las escoltas nemil estaban lo bastante cerca como para entablar combate, los resultados habían sido desastrosos para los anticuados birremes.

Una noticia curiosa. La consejera había presionado al capitán nemil para que le diera información sobre los perecederos, los habitantes de la inmensa península rodeada de montañas en el lado occidental del mar Catal, que era en sí mismo una ensenada importante que sobresalía por el sur, al fondo de la cual estaba el corazón del reino nemil. Pero el hombre se había limitado a sacudir la cabeza, mudo de repente.

Menos había sugerido momentos antes que quizá la flota edur había chocado con esos perecederos. Y había sufrido las consecuencias.

La flota malazana estaba atravesando la boca de la ensenada Catal (como se llamaba en los mapas malazanos), una distancia que el capitán había afirmado que suponía un viaje de cuatro días de navegación en condiciones ideales. Los barcos de cabeza ya habían cubierto una cuarta parte del trayecto.

Había algo más que el viento, algo mágico o no, el modo en que los horizontes tenían un aspecto borroso, sobre todo los cabos…

—Los nemil —dijo Nada— no eran reacios a hablar de los edur.

—Pero no quisieron decir nada en absoluto de los perecederos —añadió Menos.

—Habrá historia entre ellos —sugirió Keneb.

Los otros se volvieron hacia él.

Keneb se encogió de hombros.

—Solo es una idea. Es obvio que los nemil son expansionistas, y eso implica cierta… arrogancia. Devoraron a los pueblos trell, lo que proporcionó un símbolo alentador de la pericia nemil y su superioridad moral. Puede ser que los perecederos asestaran un golpe que supuso un símbolo opuesto, algo que conmocionó y a la vez humilló a los nemil, sentimientos que no encajaban con sus ideas de grandeza. Así que no querrán hablar de ello.

—Su teoría tiene sentido —dijo la consejera—. Gracias, puño. —Se volvió y estudió el amotinado cielo oriental—. Humillados, sí —dijo en voz baja—. En sus escritos, Duiker habla de los múltiples niveles que se encuentran en la guerra, desde el soldado que se enfrenta a otro soldado, hasta los propios dioses enzarzados en combate mortal. A primera vista, parece un ultraje considerar que puedan coexistir esos extremos, pero Duiker afirma luego que el potencial de causa y efecto puede fluir en ambas direcciones.

—Sería un consuelo pensar eso —dijo Keneb—. Se me ocurren unos cuantos dioses a los que me encantaría ponerles la zancadilla ahora mismo.

—Es posible —comentó la consejera— que alguien se le haya adelantado.

Keneb frunció el ceño.

—¿Sabe usted quién, consejera?

Ella lo miró, pero no dijo nada.

Y así termina su momentánea locuacidad. Bueno, ¿y qué me ha descubierto? Que es una mujer muy leída, pero eso ya lo sabía. ¿Algo más?

No.

Kalam se abrió camino y se derrengó una vez más junto a Ben el Rápido.

—Ya es oficial —dijo en la penumbra de la húmeda bodega.

—¿El qué?

—Seguimos vivos.

—Ah, eso está bien, Kal. Estaba subiéndome por las paredes aquí abajo a la espera de noticias.

—Prefiero esa imagen a la realidad, Rápido.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, la idea de que estabas escondido, el taparrabos cargado de repente y un charco extendiéndose debajo de ti.

—Tú no sabes nada. Yo sí. Sé más de lo que querría saber jamás…

—Imposible. Tú te bebes los secretos como Hellian el ron. Cuanto más sabes, más borracho y odioso te pones.

—¿Ah, sí? Bueno, pues sé cosas que tú querrías saber e iba a contártelas, pero ahora creo que voy a cambiar de opinión…

—Escúpelo ya, mago, antes de que vuelva arriba y le diga a la consejera dónde puede encontrarte.

—No hagas eso. Necesito tiempo para pensar, maldito seas.

—Pues habla. Puedes pensar mientras lo haces; después de todo, contigo las dos actividades se distinguen sin problemas y, por lo general, no guardan ninguna relación.

—¿Qué te tiene tan infeliz?

—Tú.

—Mentiroso.

—De acuerdo, yo.

—Eso está mejor. Pero bueno, que sé quién nos salvó.

—¿En serio?

—Bueno, más o menos… por lo menos el que echó a rodar la bola.

—¿Quién?

—Ganoes Paran.

Kalam frunció el ceño.

—De acuerdo, me sorprende menos de lo que debería.

—Entonces es que eres idiota. Lo hizo sosteniendo una conversación con el Embozado.

—¿Cómo lo sabes?

—Estaba allí, escuchando. A la puerta del Embozado.

—¿Y qué hacías tú paseándote por allí?

—Íbamos a morir todos, ¿no?

—Ah, ¿así que querías llegar antes de que empezara la hora punta?

—Muy gracioso, Kalam. No, quería llegar a algún trato, pero eso ahora es irrelevante. Terminó siendo Paran el que hizo el trato. El Embozado dijo algo. Quiere algo… por su propio maldito aliento, me dejó escandalizado, que lo sepas…

—Pues dímelo.

—No. Necesito pensar.

Kalam cerró los ojos y se apoyó en un fardo. Olía a avena.

—Ganoes Paran. —Una pausa, y luego—: ¿Crees que ella lo sabe?

—¿Quién, Tavore?

—Sí, ¿quién si no?

—No tengo ni idea. No me sorprendería. Nada en ella me sorprendería, de hecho. Quizá hasta esté escuchándonos ahora mismo…

—¿No lo percibirías?

—Kalam, esta noche hay algo paseándose entre la flota, y no es agradable, sea lo que sea. No hago más que sentir que

pasa… cerca, nos roza y luego, antes de que pueda cogerlo por el pescuezo, se va en un susurro otra vez.

—¡Así que estás escondiéndote aquí abajo!

—Pues claro que no. Ya no, quiero decir. Ahora si me quedo aquí es para tender una trampa.

—Una trampa. Claro. Muy listo, mago supremo.

—Lo es. Para la próxima vez que se acerque todo furtivo.

—¿De verdad esperas que me crea eso?

—Cree lo que quieras, Kalam. Qué me importa a mí, incluso si es mi amigo más antiguo el que ya no confía en mí…

—¡Por el amor del Embozado, Ben el Rápido, yo nunca he confiado en ti!

—Eso sí que me ofende. Un proceder muy sabio pero, aun así, ofensivo.

—Dime algo, Rápido. ¿Exactamente cómo te las arreglaste para esconderte a la puerta del Embozado con Paran y el dios en persona plantados allí?

El mago sorbió por la nariz.

—Estaban distraídos, por supuesto. A veces, el mejor sitio para esconderse es a la vista de todo.

—Y entre los dos salvaron el mundo.

—Le dieron a la bola un empujoncito, Kal. El resto fue cosa de otro. No sé quién o qué. Pero te diré una cosa, esos soles que caían… estaban llenos de voces.

—¿Voces?

—Enormes trozos de piedra. Jade, que descendía de las estrellas. Y en esas montañas rotas, o lo que fueran, había almas. Millones de almas, Kalam. Las oí.

Dioses, no me extraña que te escondieras aquí abajo, Rápido.

—Eso es muy raro. Me estás dando escalofríos.

—Lo sé. Yo siento lo mismo.

—Bueno, ¿y cómo te escondiste del Embozado?

—Formaba parte de la Puerta, por supuesto. Otro cadáver más, otra cara con la mirada fija.

—Eh, qué astuto.

—¿Verdad?

—¿Y qué se sentía entre todos esos huesos, cuerpos y todo aquello?

—Era algo así como… reconfortante…

Ya lo veo. Kalam volvió a fruncir el ceño. *Un momento… Me pregunto… ¿no nos pasará algo raro?*

—Rápido, tú y yo.

—¿Sí?

—Creo que estamos chiflados.

—Tú no.

—¿Qué quieres decir?

—Eres demasiado lerdo. No puedes estar chiflado si te acabas de dar cuenta ahora mismo de que estamos chiflados. ¿Entiendes?

—No.

—Lo que yo decía.

—Bueno —rezongó el asesino—, qué alivio.

—Para ti, sí. ¡Shh! —La mano del mago se aferró al brazo de Kalam—. ¡Ha vuelto! —siseó—. ¡Está cerca!

—¿Al alcance de la mano? —preguntó Kalam con un susurro.

—¡Dioses, espero que no!

Residente solitario en ese camarote, y en los huecos y literas circundantes un cordón de Espadas Rojas que protegían con fiereza a su amargado y vencido comandante, aunque ninguno optaba por compartir el alojamiento del puño a pesar de las abarrotadas condiciones del barco. Más allá de

esos soldados, las Lágrimas Quemadas de los khundryl, mareados todos y cada uno, llenaban el aire bajo las cubiertas del hedor acre de la bilis.

Así que él permanecía solo. Envuelto en su propio aire cargado, fétido, no había luz de farol que venciera a la oscuridad, y eso estaba bien. Pues todo lo que estaba fuera encajaba con lo que estaba dentro, y el puño Tene Baralta se decía a sí mismo, una y otra vez, que eso estaba bien.

Y'Ghatan. La consejera los había mandado entrar con todos los efectivos sabiendo que habría una masacre. No quería a los malditos veteranos y sus constantes impertinencias bajo su mando. Quería deshacerse de las Espadas Rojas y de los infantes, soldados como Sepia y Violín. Era muy probable que lo hubiera calculado todo, que hubiera conspirado con el propio Leoman. Esa conflagración, la ejecución había sido demasiado perfecta, demasiado oportuna. Había habido señales, esos idiotas de los faroles en los tejados, por las propias almenas.

Y el emplazamiento en sí, una ciudad llena de aceite de oliva, la cosecha de un año entero. La consejera no había lanzado el ejército tras Leoman, no había mostrado prisa alguna, cuando cualquier comandante leal de verdad habría… habría dado caza a ese cabrón mucho antes de llegar a Y'Ghatan.

No, el momento había sido… diabólico.

Y ahí estaba él, mutilado y atrapado en medio de unos malditos traidores. Pero una y otra vez se habían sucedido acontecimientos que ajaban a la consejera y sus planes traidores y asesinos. La supervivencia de los infantes, de Lostara entre ellos. Y luego, la inesperada actuación de Ben el Rápido para detener a esos magos edur. Oh, sí, sus soldados le informaban de cada pequeño detalle. Comprendían, aunque no revelaban nada de sus sospechas,

se lo notaba en los ojos, comprendían. Que eran inminentes cosas necesarias. Pronto.

Y sería el puño Tene Baralta en persona el que las encabezaría. Tene Baralta, el Mutilado, el Traicionado. Oh, sí, le darían nombres. Habría cultos que lo venerarían, igual que había cultos que veneraban a otros grandes héroes del Imperio de Malaz. Como Coltaine. Bastión. Baria Setral y su hermano, Mesker, de las Espadas Rojas.

En esa compañía tenía su sitio Tene Baralta. Esa compañía, se dijo, era la única compañía digna.

Le quedaba un ojo, podía ver… casi… De día, una bruma borrosa flotaba ante su visión y había dolor, tanto dolor, hasta que no podía siquiera volver la cabeza; oh, sí, los sanadores habían trabajado sobre él, con órdenes, al fin lo sabía, de fallarle una y otra vez, de dejarle con una plaga de cicatrices sin sentido y dolor fantasma. Y, cuando salían de esa habitación se reían del éxito imaginado de su charada.

Bueno, les devolvería el regalo a todos y cada uno de esos sanadores.

En esa oscuridad suave y cálida se quedó mirando al techo desde el catre en el que yacía. Cosas invisibles crujían y gemían. Una rata se escabullía de un sitio a otro por un lado del atestado aposento. Su centinela, su guardaespaldas, su alma enjaulada.

Le llegó un olor extraño, dulce, empalagoso, paralizante, y sintió que sus molestias se desvanecían, el chillido de los nervios se acallaba.

—¿Quién anda ahí? —dijo con voz ronca.

Una respuesta áspera.

—Un amigo, Tene Baralta. Uno, en realidad, cuyo rostro es igual al tuyo. Como tú, golpeado por la traición. Tú y yo, estamos desgarrados y retorcidos para recordarnos, una y otra vez, que no se puede confiar en aquel que no luce

cicatrices. Jamás. Es una gran verdad, amigo mío, que solo un mortal que ha sido vencido y roto puede volver a surgir por el otro lado, entero de nuevo. Completo y, para todas sus víctimas dispuestas ante él, con un brillo cegador, ¿eh? Los fuegos blancos y abrasadores de su justicia. Oh, te lo prometo, ese momento tendrá un sabor muy dulce.

—Una aparición —jadeó Tene Baralta—. ¿Quién te ha enviado? La consejera, ¿no? Un asesino demoníaco para poner fin a este…

—Pues claro que no, e incluso al tiempo que haces tales acusaciones, Tene Baralta, sabes que son falsas. Ella podría matarte en cualquier momento…

—Mis soldados me protegen…

—No te matará —dijo la voz—. No le hace falta. Ya te ha desechado, una víctima inútil y patética de Y'Ghatan. No ha comprendido, Tene Baralta, que tu mente continúa viva, tan perspicaz como siempre, su juicio claro e impaciente por derramar sangre viciada. Es una mujer complaciente.

—¿Quién eres?

—Me llamo Gethol. Soy el Heraldo de la Casa de Cadenas. Estoy aquí por ti. Solo por ti, pues hemos percibido, oh, sí, hemos percibido que estás destinado a la grandeza.

Ah, qué emoción al oír sus palabras… no, contenla. Sé fuerte… muéstrale a ese tal Gethol tu fuerza.

—Grandeza —dijo—. Sí, eso siempre lo he sabido, heraldo.

—Y el momento ha llegado, Tene Baralta.

—¿Sí?

—¿Sientes el don de tu interior? Va reduciendo tu dolor, ¿no?

—Lo siento.

—Bien. Ese don es tuyo, y habrá más.

—¿Más?

—Tu único ojo, Tene Baralta, merece algo más que un mundo nublado e incierto, ¿no te parece? Necesitas una visión aguda que esté a la altura de la agudeza de tu mente. Parece lo más razonable, de hecho, lo justo.

—Sí.

—Esa será tu recompensa, Tene Baralta.

—¿Si hago qué?

—Más tarde. Esos detalles no son para esta noche. Hasta que hablemos otra vez, sigue a tu conciencia, Tene Baralta. Haz planes para lo que ha de llegar. Regresas al Imperio de Malaz, ¿no? Eso está bien. Has de saber que la emperatriz te aguarda. A ti, Tene Baralta, más que a ningún otro de este ejército. Debes estar preparado para ella.

—Oh, lo estaré, Gethol.

—Debo irme ahora, no sea que se descubra esta visita… hay muchos poderes ocultos en este ejército. Ten cuidado. No confíes en nadie…

—Confío en mis Espadas Rojas.

—Si has de hacerlo, sí, los necesitarás. Adiós, Tene Baralta.

Silencio una vez más y la penumbra, igual e inmutable, por dentro y por fuera. *Destinado, sí, a la grandeza. Lo verán. Cuando hable con la emperatriz. Lo verán todos.*

Echada en su litera, la parte inferior de la de arriba a apenas un palmo de distancia, bramante nudoso y matas sucias de mantas, Lostara Yil continuó respirando con lentitud y regularidad. Podía oír el latido de su propio corazón, el zumbido de la sangre en los oídos.

El soldado del catre inferior gruñó y después habló en voz baja.

—Ahora habla solo. Mal vamos.

La voz del interior del camarote de Tene Baralta había estado murmurando a través de la pared durante los últimos cincuenta latidos, pero al parecer ya había parado.

¿Hablando solo? En absoluto; era una maldita conversación. Cerró los ojos y deseó haber estado dormida y no ser consciente de esa pesadilla cada vez más sórdida que era el mundo de su comandante: la luz viscosa de su ojo cuando entraba a verlo, los músculos del cuerpo combándose bajo la grasa, el rostro crispado que comenzaba a marchitarse y a adquirir un aspecto flácido donde no había cicatrices tensas. Piel pálida, mechones de pelo apelmazados por el sudor viejo.

Lo que se ha quemado es lo que templaba su alma. Ahora solo queda la maldad, una colección moteada de manchas e impurezas fundidas.

Y yo soy su capitán una vez más, por órdenes suyas. ¿Qué quiere de mí? ¿Qué espera?

Tene Baralta había dejado de hablar. Lostara ya podía dormir, su mente solo tenía que dejar sus frenéticas carreras.

Oh, Cotillion, lo sabías, ¿verdad? Sabías que llegaría esto. Pero me dejaste la elección a mí. Y ahora la libertad parece una maldición.

Cotillion, tú nunca juegas limpio.

La costa occidental del mar Catal estaba bordeada de fiordos, altos acantilados negros y peñascos caídos. Las montañas que se alzaban casi junto a la orilla estaban recubiertas de coníferas, las agujas verdes tan oscuras que eran casi negras. Enormes cuervos de colas rojas daban vueltas en el cielo y lanzaban carcajadas extrañas y duras cuando viraban y se inclinaban hacia la flota de barcos inquietantes que se acercaban a los malazanos, se

precipitaban casi hasta el suelo solo para alzarse de nuevo con el aleteo pesado y lánguido de las alas.

El buque insignia de la consejera se encontraba junto al de Nok y el almirante acababa de cruzar para reunirse con Tavore y esperar la llegada de los perecederos.

Keneb se quedó mirando, fascinado, los inmensos buques de guerra que se iban acercando. Cada uno era, de hecho, dos dromones unidos por unos arcos, lo que creaba un catamarán de proporciones ciclópeas. El cese repentino del viento había obligado a sacar los remos sobre las aguas encalmadas y eso incluía una bancada doble de remos en el lado interior de cada dromon, escorzados por los arcos.

El puño había contado treinta y una de esas gigantescas naves, dispuestas en forma de cuña ancha y aplastada. Podía ver balistas montadas a ambos lados de las proas como cabezas de lobo, y, acoplados a las barandas exteriores a lo largo de toda la longitud de los barcos, había una fila doble de escudos rectangulares superpuestos, las superficies de bronce pulidas y relucientes bajo la luz apagada del sol.

Cuando el barco de cabeza se acercó, se alzaron los remos y se introdujeron en el barco.

—Mire bajo la superficie, entre los cascos, almirante —dijo uno de los oficiales de Nok—. Los arcos de arriba tienen su contrapartida en los que van bajo el agua… y esos llevan arietes.

—No sería muy inteligente, desde luego —dijo Nok—, provocar una batalla con estos perecederos.

—Pero eso es lo que ha hecho alguien —dijo la consejera—. Hay daños por fuego mágico, ahí, en el que flanquea al buque insignia. Almirante, ¿cuál le parece que es la dotación de soldados a bordo de cada uno de esos catamaranes?

—Podría haber hasta doscientos infantes o el equivalente para cada dromon. Cuatrocientos por nave; me pregunto si algunos de ellos están a los remos. A menos, por supuesto, que tengan esclavos.

La bandera visible bajo la cofa del vigía del palo mayor del primer barco mostraba una cabeza de lobo sobre un campo negro bordeado de gris.

Observaron cuando bajaron una nave larga que semejaba una canoa de guerra entre los dos cascos del buque insignia y después descendieron unos soldados con armaduras que tomaron las palas. Tres figuras más se reunieron con ellos. Todas salvo una lucían yelmos de hierro con camales en la nuca y barbotes completos. Mantos grises, guanteletes de cuero. La única excepción era un hombre alto, demacrado y calvo que vestía una túnica pesada de lana de color gris oscuro. Tenían la piel clara, pero todas las demás características permanecían ocultas bajo la armadura.

—Es un montón de cota de malla lo que carga esa canoa —murmuró el mismo oficial—. Como vuelque, una veintena de bultos oxidándose en el fondo…

La canoa se deslizó sobre el ariete sumergido, impulsada a buen ritmo por los remeros cuyas palas destellaban en perfecta armonía. Unos momentos después, una orden dicha en voz baja provocó la retirada de los remos, salvo el del soldado de popa, que giró el timón y le dio la vuelta a la canoa para acercarla al buque insignia malazano.

A una orden de Nok, varios marineros se precipitaron a ayudar a subir a bordo al contingente perecedero.

La primera en aparecer fue una figura alta de hombros anchos ataviada con un manto negro. Bajo la gruesa lana había una sobrevesta de cota de malla ennegrecida que resplandecía por el aceite con la que estaba engrasaba. La espada larga de la cadera izquierda revelaba un pomo en

forma de cabeza de lobo plateado. El perecedero hizo una pausa, miró a su alrededor y después se acercó a la consejera mientras los demás aparecían en la baranda. Entre ellos estaba el hombre de la túnica, que le gritó algo al que Keneb supuso que era el comandante. Esa persona se detuvo, se dio la vuelta a medias y la voz que surgió tras el yelmo con visor sorprendió a Keneb, pues era la de una mujer.

Es una puñetera gigante, incluso las mujeres de la pesada de nuestro ejército dudarían antes de enfrentarse a esta.

La pregunta de la mujer fue breve.

El hombre calvo respondió con una única palabra ante la que la mujer de la armadura se inclinó y se hizo a un lado.

Keneb observó que el hombre de la túnica se adelantaba con los ojos puestos en la consejera.

—Mezla —dijo—, bienvenidos.

Habla malazano. Bueno, esto debería facilitarnos las cosas.

La consejera asintió.

—Bienvenidos a su vez, perecederos. Soy la consejera Tavore Paran y este es el almirante Nok…

—Ah, sí, ese nombre nos es conocido, señor. —Una profunda reverencia dirigida a Nok, que pareció sorprenderse por un momento antes de responder con la misma moneda.

—Habla bien nuestro idioma —dijo Tavore.

—Discúlpeme, consejera. Soy el destriant Run'Thurvian. —Señaló con un gesto a la mujerona que tenía al lado—. Esta es la espada mortal Krughava. —Y después, tras hacerse a un lado, se inclinó ante otro soldado que se encontraba dos pasos por detrás de la espada mortal—. El yunque del escudo Tanakalian. —El destriant añadió algo en

su propio idioma y, en respuesta, tanto la espada mortal como el yunque del escudo se quitaron los yelmos.

Ah, son soldados duros, muy duros. Krughava, de cabello férreo, tenía los ojos azules y el rostro curtido cubierto de cicatrices, pero los huesos bajo los rasgos angulosos y severos eran robustos y regulares. El yunque del escudo era, en contraste, bastante joven y, si acaso, más ancho de hombros, aunque no tan alto como la espada mortal. Tenía el cabello rubio, del color de los tallos de trigo, y los ojos de un profundo color gris.

—Sus barcos han estado luchando —le dijo el almirante Nok al destriant.

—Sí, señor. Perdimos cuatro en el enfrentamiento.

—Y los tiste edur —preguntó la consejera—, ¿cuántos perdieron ellos?

El destriant cedió de repente el turno a la espada mortal con una reverencia y la mujer respondió con soltura en malazano.

—No se sabe. Quizá veinte, una vez que se repelió su hechicería. Aunque ágiles, los barcos contaban con poca dotación. No obstante, lucharon bien, sin dar cuartel.

—¿Van en persecución de los barcos supervivientes?

—No, señor —respondió Krughava, después se quedó callada.

El destriant habló entonces.

—Nobles señores, les hemos estado esperando. A los mezla.

Se volvió y fue a situarse junto al yunque del escudo.

Krughava se colocó justo enfrente de la consejera.

—Almirante Nok, discúlpeme —dijo mientras sostenía la mirada de Tavore. La espada mortal sacó entonces su espada.

Al igual que cada uno de los oficiales malazanos que presenciaron el gesto, Keneb se puso en tensión y estiró la mano hacia su propia arma.

Pero la consejera no movió ni un músculo. No llevaba ningún arma en absoluto.

El trozo de hierro azul que se deslizó de la vaina estaba grabado desde la punta a la empuñadura: dos lobos se estiraban en pleno ataque; cada remolino de pelo visible, los colmillos pulidos y más brillantes que todo lo demás, relucientes; los ojos, manchas ennegrecidas. La manufactura era magnifica, pero el borde de esa hoja tenía muescas y estaba magullada. El hierro entero relucía, aceitado.

La espada mortal sostuvo la espada en horizontal contra su propio pecho, había una rigidez formal en sus palabras cuando habló.

—Soy Krughava, espada mortal de los Yelmos Grises de los perecederos, comprometidos con los Lobos del Invierno. En solemne aceptación de todo lo que pronto ha de ocurrir, pongo mi ejército a su servicio, consejera Tavore Paran. Nuestra dotación: treinta y un tronos de guerra. Trece mil setenta y nueve hermanos y hermanas de la orden. Ante nosotros, consejera Tavore, aguarda el fin del mundo. En el nombre de Togg y Fanderay, lucharemos hasta la muerte.

Nadie habló.

La espada mortal hincó una rodilla en la cubierta y depositó la espada a los pies de Tavore.

Kalam se encontraba junto a Ben el Rápido en el castillo de proa, observaban la ceremonia del centro de la cubierta. El mago permanecía junto al asesino murmurando por lo bajo, un sonido que al final irritó a Kalam lo suficiente como para apartar la mirada de la imagen que discurría más abajo

cuando la consejera, con una solemnidad pareja a la de la espada mortal, recogió la espada y se la devolvió a Krughava.

—Ben, ¿quieres callarte? —siseó Kalam—. ¿Qué te pasa?

El mago se lo quedó mirando con una expresión medio loca en los ojos oscuros.

—Reconozco a estos… estos perecederos. Esos títulos, la puñetera formalidad y la dicción cuidada… ¡reconozco a esta gente!

—¿Y?

—Y… nada. Pero diré una cosa, Kal. Si alguna vez terminamos sitiados, pobres de los atacantes.

—Yelmos Grises… —rezongó el asesino.

—Yelmos Grises, espadas… dioses del inframundo, Kalam, tengo que hablar con Tavore.

—¡Por fin!

—Necesito hablar con ella de verdad.

—Ve abajo y preséntate, mago supremo.

—Debes de estar loco…

A Ben el Rápido se le fue apagando la voz y eso llevó la mirada de Kalam de nuevo a la multitud de abajo y vio que el destriant, Run'Thurvian, levantaba los ojos y los clavaba en los de Ben el Rápido. Entonces el hombre de la túnica sonrió e hizo una profunda inclinación a modo de saludo.

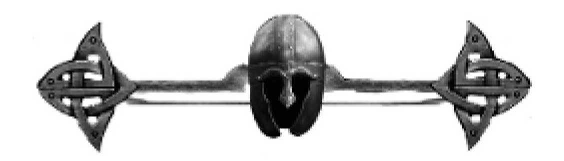
Las cabezas se volvieron.

—Mierda —dijo Ben el Rápido a su lado.

Kalam frunció el ceño.

—Mago supremo Ben Adaephon Delat —dijo por lo bajo—, el señor de la Dicción Cuidada.

21



Un libro de la profecía abre la puerta. Hace falta un segundo libro para cerrarla.

—Caminante espiritual tanno Kimloc

Con unas tenacillas de plata, la sirvienta colocó otro disco de roya molida sobre la pipa de agua. Felisin la Menor dio una calada a la boquilla y despidió a la sirvienta con un ademán de la mano; observó, confusa, que la anciana (la cabeza tan gacha que la frente casi rozaba el suelo) se retiraba a gatas. Más reglas de decoro impuestas por Kulat cuando se estaba en presencia de Sha'ik Renacida. Estaba cansada de discutir sobre lo mismo, si los muy idiotas sentían la necesidad de venerarla, que la veneraran. Después de todo, por primera vez en su vida se encontraba con que satisfacían todas sus necesidades, la atendían con una diligencia fiera, y esas necesidades, para gran sorpresa suya, crecían en número con cada día que pasaba.

Como si su alma fuera un inmenso caldero, un caldero que exigía que lo llenasen, pero en realidad carecía de fondo. La alimentaban de forma constante y estaba ganando mucho peso, cada vez era más torpe y tenía pliegues de grasa por todas partes, bajo los pechos y en las caderas y el trasero, bajo los brazos, en el vientre y los muslos. Y, sin duda, también en la cara, aunque ella había proscrito la presencia de espejos en su salón del trono y en sus aposentos privados.

La comida no era su único exceso. Había vino, y roya, y también estaba el acto del amor. Entre los que la atendían había una docena de sirvientes cuya tarea era proporcionar el placer de la carne. Al principio, Felisin se había sentido conmocionada, incluso indignada, pero había ganado la perseverancia. Más reglas retorcidas de Kulat, había terminado por entender. Los deseos de ese hombre eran de la variedad voyerista y muchas veces ella había oído el chasquido húmedo de las piedras que tenía en la boca tras una cortina o un panel pintado mientras la espiaba con un patetismo lascivo.

Felisin ya entendía a su nuevo dios. Al fin. Bidithal se había equivocado por completo, aquella no era una fe de la abstinencia. El Apocalipsis se anunciaba con el exceso. El mundo terminaba con la superabundancia, y, al igual que su alma era un pozo sin fondo, también lo era la necesidad de toda la humanidad y en eso ella era la representante perfecta. Al igual que ellos devoraban todo lo que los rodeaba, lo mismo haría ella.

Como Sha'ik Renacida, su misión eran resplandecer con toda su luz, y rápido… y después morir. La muerte, donde se encontraba la verdadera salvación, el paraíso del que Kulat hablaba una y otra vez. Por extraño que fuera, a Felisin la Menor le costaba imaginarse ese paraíso, solo podía conjurar

visiones que encajaban con lo que en esos momentos la envolvía a ella, cada uno de sus deseos satisfechos sin vacilación alguna, sin juzgar. Quizá sería así… para todos. Pero si todo el mundo iba a conocer una existencia así, ¿dónde quedaban los sirvientes?

No, le dijo a Kulat, tenía que haber niveles de salvación. El servicio puro en este mundo se recompensaba con indolencia absoluta en el otro. La humildad, el sacrificio de uno mismo, la servidumbre vil, eran los modos de vida que se medirían, que se juzgarían. La única dificultad con esa idea (que Kulat había aceptado de buena gana y convertido en edictos) era la posición de la propia Felisin. Después de todo, ¿su actual indolencia (su deleite en todos los excesos que se prometían a los otros solo tras la muerte) se iba a recompensar en la otra vida con una esclavitud brutal en la que sirviera las necesidades de todos los demás?

Kulat le aseguró que no debía preocuparse. En vida, ella era la encarnación del paraíso, el símbolo de la promesa. Pero a su muerte habría absolución. Era Sha'ik Renacida, después de todo, y ese era un papel que ella no había asumido por gusto. La habían obligado a cargar con él y esa era la forma más profunda de servidumbre de todas.

Kulat era convincente, aunque una diminuta astilla de duda se había incrustado en lo más profundo del interior de Felisin, unos cuantos pensamientos que iban cayendo uno tras otro. *Sin excesos quizá me sintiera mejor, sobre mí misma. Sería como era antaño, cuando caminaba por las tierras agrestes con Navaja y Scillara, con Ranagrís y Heboric Manos Fantasmales. Sin todos estos sirvientes sería capaz de defenderme sola y de ver con claridad que una vida mesurada, una vida atenuada por la moderación, es mejor que todo esto. Vería que este es un paraíso mortal que cultiva defectos como si fueran flores, que se alimenta*

solo de raíces letales, que asfixia y me priva de toda vida hasta que solo me queda… esto.

Esto. Esta mente que vaga. Felisin la Menor luchó por concentrarse. Había dos hombres delante de ella. Comprendió que ya hacía un rato que estaban allí de pie. Kulat los había anunciado, cosa no del todo necesaria, ella ya sabía que venían; de hecho, los reconoció a los dos. Esos rostros duros, curtidos por los elementos, las vetas de sudor que atravesaban una capa de polvo, la gastada armadura de cuero, los escudos redondos y las cimitarras en la cadera.

El que tenía más cerca, alto, fiero. *Mathok, que estaba al mando de las tribus del desierto en el Ejército del Apocalipsis. Mathok. El amigo de Leoman.*

Y un paso por detrás del comandante, el guardaespaldas de Mathok, T'morol, que parecía un lobo lampiño puesto en pie, sus ojos eran los ojos de un cazador, fríos, intensos.

Habían traído su ejército, sus guerreros.

Habían traído eso, y más…

Felisin la Menor bajó la mirada, que apartó de la cara de Mathok y posó en el libro encuadernado en piel ajada que llevaba en las manos. El libro sagrado de Dryjhna el Apocalipsis. Mientras Leoman había guiado a los malazanos en una persecución salvaje que los había metido en la trampa que era Y'Ghatan, Mathok y sus guerreros del desierto habían viajado con discreción, en secreto, eludiendo todo contacto. La intención era, había explicado Mathok, encontrarse en Y'Ghatan, pero entonces había golpeado la peste y los chamanes de su tropa se habían visto acosados por visiones.

Visiones de Hanar Ara, la Ciudad de los Caídos. De Sha'ik, renacida una vez más. Leoman y Y'Ghatan, le dijeron a Mathok, era un punto muerto en todos los sentidos de la frase. Una finta, puntuada por la aniquilación. Así que el

comandante había dado la vuelta con su ejército y había emprendido el largo viaje para encontrar la Ciudad de los Caídos. Para encontrarla a ella. Para entregarle el libro sagrado.

Un viaje difícil, un viaje digno de su propia épica, sin lugar a dudas.

Y en ese momento Mathok se encontraba ante ella y su ejército estaba acampado en la ciudad. Felisin estaba sentada entre los cojines de su propia grasa, envuelta en humo, se planteaba cómo le diría lo que aquel hombre necesitaba oír, lo que necesitaban oír todos, incluido Kulat.

Bueno, sería… directa.

—Gracias, Mathok, por traer el libro de Dryjhna. Gracias, también, por traer tu ejército. Por desgracia, no necesito ninguno de los dos regalos.

Mathok alzó las cejas solo una fracción.

—Sha’ik Renacida, con el libro podéis hacer lo que os plazca. De mis guerreros, sin embargo, tenéis gran necesidad. Se acerca un ejército malazano…

—Lo sé. Pero no sois suficientes. Además, no necesito guerreros. Mi ejército no marcha en filas ordenadas. Mi ejército no lleva armas ni viste armadura. En la conquista, mi ejército no mata a un solo enemigo, no esclaviza a nadie, no viola a niño alguno. Lo que mi ejército empuña es la salvación, Mathok. Su promesa. Su invitación.

—¿Y los malazanos? —quiso saber T’morol con su voz áspera, enseñando los dientes—. Ese ejército sí que lleva armas y viste armadura. Ese ejército, sagrada, marcha en filas ordenadas, ¡y ahora mismo se os está metiendo por el culo!

—Kulat —dijo Felisin—. Busca un lugar para el libro sagrado. Que los artesanos preparen uno nuevo, las páginas en blanco. Habrá un segundo libro sagrado. Mi libro de la

salvación. En su primera página, Kulat, recoge lo que se ha dicho aquí, en este día, y concede a todos los presentes el honor que se han ganado. Mathok y T'morol, sois muy bienvenidos aquí, en la Ciudad de los Caídos. Al igual que vuestros guerreros. Pero debéis entender que vuestros días de guerras y masacres han terminado. Guardad vuestras cimitarras y escudos, vuestros arcos. Desensillad vuestros caballos y dejadlos sueltos en los pastos altos de las colinas del manantial Denet'inar. Vivirán allí sus vidas, sanos y en paz. Mathok, T'morol, ¿aceptáis?

El comandante se quedó mirando el antiguo tomo que llevaba en las manos y Felisin vio que una expresión burlona surgía en sus rasgos. Abrió las manos, el libro cayó al suelo y aterrizó sobre el lomo. El impacto lo rompió. Páginas antiguas se desprendieron en un remolino. Sin hacer el menor caso a Felisin, Mathok se volvió hacia T'morol.

—Reúne a los guerreros. Nos reabasteceremos de lo que necesitemos. Después nos vamos.

T'morol miró al trono y escupió en el suelo delante del estrado. Se dio media vuelta y salió sin prisas de la cámara.

Mathok dudó y al fin miró a Felisin una vez más.

—Sha'ik Renacida, sin duda recibiréis a mis chamanes sin el deshonor presenciado aquí. Los dejo con vos. A vos. En cuanto a vuestro mundo, vuestro hinchado y asqueroso mundo y su salvación venenosa, quedaos también con él. Por todo esto, Leoman murió. Por todo esto, Y'Ghatan ardió. —La estudió un momento más, giró en redondo y abandonó el salón del trono.

Kulat se apresuró a arrodillarse junto al libro roto.

—¡Está destrozado! —dijo con una voz llena de horror.

Felisin asintió.

—Por completo. —Después sonrió con su propio chiste.

—Yo calculo que cuatro mil —dijo la puño Rythe Bude.

El ejército rebelde estaba dispuesto a lo largo de un risco. Guerreros montados, lanceros, arqueros, pero ninguno de ellos había preparado las armas. Los escudos redondos permanecían atados a las espaldas, los carcajs seguían tapados, los arcos sin las cuerdas y enfundados en las sillas de los animales. Dos jinetes se habían separado de la fila y bajaban con sus caballos por la empinada ladera hacia donde esperaban Paran y sus oficiales.

—¿Qué le parece, puño supremo? —preguntó Hurlochel—. Esto tiene pinta de rendición.

Paran asintió.

Los dos hombres llegaron a la base de la ladera y se acercaron a medio galope hasta detenerse a cuatro pasos de la vanguardia de la hueste.

—Soy Mathok —dijo el de la izquierda—. En otro tiempo del Ejército del Apocalipsis de Sha'ik.

—¿Y ahora? —preguntó Paran.

Un encogimiento de hombros.

—Morábamos en el sagrado desierto de Raraku, un desierto que ahora es un mar. Luchamos como rebeldes, pero la rebelión ha terminado. Creíamos. Ya no creemos. —Desenvainó su cimitarra y la lanzó al suelo—. Haz con nosotros lo que quieras.

Paran se acomodó en su silla. Respiró hondo y lanzó un largo suspiro.

—Mathok —dijo—, tú y tus guerreros sois libres de ir adonde os plazca. Soy el puño supremo Ganoes Paran y con estas palabras os libero. Como has dicho, la guerra ha terminado y a mí, por lo menos, no me interesan las

compensaciones ni los castigos. Nada se obtiene infligiendo todavía más atrocidades para responder a las pasadas.

El guerrero entrecano que estaba junto a Mathok pasó una pierna por encima del cuello del caballo y se deslizó hasta el suelo. El impacto lo hizo estremecerse y arqueó los riñones con una mueca de dolor, después cojeó hasta la cimitarra de su comandante. La recogió, le limpió el polvo de la hoja y la empuñadura y se la entregó a Mathok.

Paran volvió a hablar.

—Venís del lugar de peregrinaje.

—La Ciudad de los Caídos, sí. ¿Tienes intención de destruirlos, puño supremo? Están indefensos.

—Me gustaría hablar con su líder.

—Pierdes el tiempo. Afirma que es Sha'ik Renacida. Si lo es, el culto ha experimentado una degradación de la que nunca se recuperará. Está gorda, envenenada. Apenas la reconocí. Desde luego que ha caído. Sus seguidores son simples aduladores, más interesados en orgías y en satisfacer su gula que en cualquier otra cosa. Están marcados por la enfermedad y medio locos. Su sumo sacerdote observa los actos sexuales de Sha'ik desde detrás de las cortinas y se masturba, y en ambos la energía no conoce límites y es insaciable.

—No obstante —dijo Paran tras un momento—. Percibo poder allí.

—Sin duda —respondió Mathok, que se inclinó hacia un lado y escupió—. Masácralos entonces, puño supremo, y el mundo se habrá deshecho de un nuevo tipo de peste.

—¿A qué te refieres?

—Una religión de mutilados y rotos. Una religión que brinda la salvación… solo que antes tienes que morir. Predigo que ese culto resultará altamente contagioso.

Seguro que tiene razón.

—No puedo asesinar a inocentes, Mathok.

—Entonces, un día, los más fieles y fanáticos entre ellos te asesinarán a ti, puño supremo.

—Quizá. Si es así, ya me preocuparé por ello entonces. Entretanto, me aguardan otras tareas.

—¿Hablarás con Sha'ik Renacida?

Paran lo pensó y después negó con la cabeza.

—No. Como sugieres, no tiene mucho sentido. Si bien veo la posible sabiduría de suprimir este culto antes de que se afiance, admito que la idea me parece reprensible.

—Entonces, si me permites preguntar, puño supremo, ¿adónde irás ahora?

Paran vaciló. *¿Me atrevo a responder? Bueno, ahora es un momento tan bueno como cualquier otro para que lo sepa todo el mundo.*

—Regresamos, Mathok. La hueste marcha hacia Aren.

—¿Marchan a la guerra? —preguntó el comandante.

Paran frunció el ceño.

—Somos un ejército, Mathok. Con el tiempo, sí, habrá lucha.

—¿Aceptarás nuestros servicios, puño supremo?

—¿Qué?

—Somos un pueblo vagabundo —explicó Mathok—. Pero hemos perdido nuestro hogar. Nuestras familias están repartidas por muchos lugares y sin duda muchos han muerto de peste. No tenemos ningún sitio al que ir y nadie contra quien luchar. Si nos rechazas ahora y nos dejas libres para irnos, terminaremos disolviéndonos. Moriremos con la espalda cubierta de paja y arena en los guanteletes. O guerrero se volverá contra guerrero y se derramará sangre sin sentido. Acéptanos en tu ejército, puño supremo Ganoes Paran, lucharemos a tu lado y moriremos con honor.

—No tienes ni idea de adónde tengo intención de guiar la hueste, Mathok.

El veterano guerrero que permanecía junto a Mathok lanzó una carcajada seca.

—Los yermos que hay tras el campamento o los yermos que pocos han visto jamás, ¿qué diferencia hay? —Se volvió hacia su comandante—. Mathok, amigo mío, los chamanes han dicho que este mató a Poliel. Solo por eso yo lo seguiría hasta el mismo Abismo siempre que nos prometa cabezas que desmochar y quizá una mujer o dos que montar por el camino. Eso es todo lo que buscamos, ¿no?, antes de bailar en el regazo de un dios por última vez. Además, yo ya estoy cansado de huir.

A todo eso, Mathok se limitó a asentir con los ojos puestos en Paran.

Unos cuatro mil de la mejor caballería ligera de este continente acaban de presentarse voluntarios, veteranos todos y cada uno.

—Hurlochel —dijo—, únase como enlace al comandante Mathok. Comandante, ahora es usted puño y Hurlochel requerirá una recopilación escrita de sus oficiales u oficiales en potencia. El ejército malazano emplea tropas montadas en unidades de cincuenta, cien y trescientos. Adapte su estructura de mando en consecuencia.

—Así se hará, puño supremo.

—Puño Rythe Bude, que la hueste dé media vuelta. Y Noto Forúnculo, búsqueme a Ormulogun.

—¿Otra vez? —preguntó el sanador.

—Vaya.

Sí, otra vez. Creo que necesito una carta nueva. Creo que la llamaré Salvación. En este momento está en la esfera de influencia de la Casa de Cadenas, pero algo me dice que va a terminar liberándose. Esa mácula no durará. Esta carta es

Neutral. En todos los sentidos de la palabra. Neutral, y con toda probabilidad, destinada a ser la fuerza más peligrosa del mundo.

Maldita sea, ojalá fuera más despiadado. Esa Sha'ik Renacida y todos sus retorcidos seguidores, debería meterme allí galopando y masacrarlos a todos, que es justo lo que Mathok quería que hiciera.

Que hiciera lo que él no había podido hacer, *en eso somos iguales. En nuestra… debilidad.*

No me extraña que me haya caído bien el tipo.

Mientras Hurlochel llevaba su caballo junto a Mathok, de regreso con los guerreros del desierto que permanecían en el cerro, el escolta miró al nuevo puño.

—Señor, cuando habló de Sha'ik Renacida, dijo algo… algo así como que apenas la había reconocido…

—La reconocí. Era una de las hijas adoptadas de Sha'ik, en Raraku. Por supuesto, como Leoman y yo bien sabíamos, ni siquiera ella era… lo que parecía. Oh, elegida por la diosa del Torbellino, eso estaba claro, pero no era una hija del desierto.

—¿No lo era?

—No, era malazana.

—¿Qué?

El compañero del comandante lanzó un gruñido y escupió.

—Mezla, sí. Y la consejera nunca lo supo, o eso oímos. Ella derribó a una mujer con yelmo y armadura. Y después se alejó. El cuerpo, después, se desvaneció. Una mezla matando a otra mezla… oh, cómo se deben de haber reído los dioses.

—O —dijo Hurlochel en voz muy baja— llorado. —Quiso hacer más preguntas sobre esa nueva Sha'ik Renacida, pero una sucesión de imágenes trágicas, variantes de aquel malhadado duelo en Raraku, antes de que los mares se alzaran del desierto, atravesaron como un rayo su mente. Así que cabalgó en silencio colina arriba, junto a los guerreros, y a no mucho tardar lo habían consumido por completo las necesidades de reorganizar a los guerreros montados de Mathok.

Tan ocupado que no informó de su conversación al puño supremo.

A tres leguas de la Ciudad de los Caídos, Paran hizo dar la vuelta a la hueste y los puso en camino de la lejana Aren. El camino que los llevaría lejos de Siete Ciudades.

Para no regresar jamás.

Saur Bathrada y Kholb Harat habían entrado a pie en una aldea de la meseta, a cuatro leguas tierra adentro de la ciudad portuaria de Sepik. A la cabeza de veinte guerreros edur y cuarenta infantes letherii, habían reunido a los degenerados mestizos esclavizados, habían liberado mediante un ritual a los confusos primitivos de sus cadenas simbólicas y después los habían encadenado de verdad para la marcha de regreso a la ciudad y los barcos edur. Después, Saur y Kholb habían metido a los humanos de Sepik en un corral donde se construyó una hoguera. Obligaron a las madres, una por una, a arrojar a sus bebés y demás hijos al rugido de las llamas. Tras eso, esas mujeres fueron violadas y, al fin, decapitadas. A los maridos, hermanos y padres se les obligó a mirar. Cuando solo ellos quedaron vivos, los desmembraron sistemáticamente y los dejaron, sin brazos ni

piernas, para que se desangraran entre los balidos de ovejas empapadas de sangre.

Un chillido se había engendrado aquel día en el corazón de Ahlrada Ahn y no había cesado su desesperado y terrible llanto. La sombra de Rhulad cubría a los tiste edur, por muy lejos que estuviera el trono y la perturbada criatura que se sentaba sobre él. Y en esa sombra se agitaba una pesadilla de la que nadie se podía despertar.

Ese grito hallaba su eco en sus recuerdos de ese día, los chillidos arrancados de las gargantas de los niños quemados, las formas retorcidas entre las llamas, los fuegos reflejados en los rostros impasibles de guerreros edur. Hasta los letherii se habían dado la vuelta, embargados por el horror. Ojalá Ahlrada Ahn pudiera haber hecho lo mismo sin quedar mal ante los demás. En su lugar, continuó allí, uno entre muchos, y no reveló nada de lo que bramaba en su interior. Lo que bramaba y rompía… todo. *En mi interior,* se dijo esa noche, de regreso en Sepik, donde los sonidos de la matanza continuaban fuera de la habitación que había encontrado, *en mi interior, nada queda en pie.* Esa noche, por primera vez en su vida, se planteó quitarse la vida.

Una declaración de debilidad. Los otros no lo habrían visto de ninguna otra manera, no podían permitírselo; así pues, no una protesta sino una rendición, y harían cola para escupir sobre su cadáver. Y guerreros como Saur Bathrada y Kholb Harat sacarían sus cuchillos, se agacharían y, con una expresión de placer en los ojos, desfigurarían el cuerpo inerte. Esos dos edur habían llegado a amar la sangre y el dolor, y no eran los únicos.

El rey de Sepik fue el último en morir. Lo habían obligado a contemplar la destrucción de su amado pueblo. Se decía que era un gobernante benigno, *oh, cómo despreciaban los edur esa afirmación, como si fuera un insulto, un insulto*

penoso y cruel. El desdichado se derrumbó entre dos guerreros que luchaban por sostenerlo erguido, lo cogían por el cabello canoso para levantarle la cabeza y obligarlo a mirar. Oh, cómo había chillado y sollozado. Hasta que Tomad Sengar se cansó de esos gritos y ordenó que arrojaran al rey desde la torre. Y, mientras caía, el lamento del rey se convirtió en un sonido que llenó el alivio. *Contempló esos adoquines que se alzaban a toda velocidad para recibirlo, eran la salvación. Y este es nuestro regalo. Nuestro único regalo.*

Ahlrada Ahn volvió a sacar sus alfanjes merude y estudió los bordes afilados, letales. Le gustaba sostener las empuñaduras que acunaba entre las grandes manos, era donde debían estar. Oyó un movimiento entre los guerreros reunidos en la cubierta, levantó la vista y vio al llamado Taralack Veed, que se abría paso entre la multitud, a su lado la atri-preda Yan Tovis y tras ellos el jhag conocido como Icarium.

Más alto que la mayoría de los edur, el silencioso guerrero de cara triste no llevaba más que su vieja espada de un solo filo. Ni arco, ni vaina para el arma que tenía en la mano derecha, ni armadura de ningún tipo. Pero Ahlrada Ahn sintió que un susurro lo atravesaba entero. *¿Es en verdad un paladín? ¿Qué veremos en este día, tras el portal?*

Doscientos guerreros edur, el hechicero arapay Sathbaro Rangar (que en ese momento arrastraba su corpachón deforme por una ruta que interceptaría a Icarium) y sesenta arqueros letherii. Todos listos, todos impacientes por empezar a matar.

El hechicero levantó la cabeza y miró con los ojos guiñados al jhag, que se detuvo delante de él, no por deferencia, ni siquiera por prestarle un mínimo de atención, más bien porque el retorcido anciano le bloqueaba el paso.

—Veo —dijo Sathbaro Rangar con tono áspero— en ti… nada. Un vacío inmenso, como si ni siquiera estuvieras aquí. ¿Y tu compañero afirma que eres un gran guerrero? Creo que nos han engañado.

Icarium no dijo nada.

El humano llamado Taralack Veed dio un paso adelante, hizo una pausa para escupirse en las manos y se las pasó por el pelo.

—Hechicero —dijo en una lengua de los comerciantes pasable—, cuando la lucha comience, verás el nacimiento de todo lo que aguarda en su interior. Lo prometo. Icarium existe para destruir, existe para luchar, quiero decir, y eso es todo…

—¿Entonces por qué llora al oír tus palabras? —preguntó Tomad Sengar desde detrás de Ahlrada Ahn.

Taralack Veed se volvió y después hizo una profunda inclinación.

—Preda, lamenta lo que se ha perdido en su interior, todo lo que su hechicero percibe… la ausencia, el recipiente vacío. No tiene importancia.

«No tiene importancia.» Ahlrada Ahn no se lo creía. No podía. *¡Necios! ¡Miradlo! Lo que ves, Sathbaro Rangar, no es más que pérdida. ¿Es que ninguno comprende la trascendencia de esto? ¿Qué metemos entre nosotros?* Y este Taralack Veed, este salvaje maloliente, *veis lo nervioso que está, como si él también sintiese pavor ante lo que está por venir, no, no soy ciego a la luz impaciente de sus ojos, pero también veo temor. Se le escapa a gritos por cada gesto.*

¿Qué estamos a punto de hacer?

—Hechicero —dijo Tomad Sengar—, ten listo el sendero.

Al oír eso, todo el mundo preparó las armas. Saur Bathrada y Kholb Harat irían en cabeza, seguidos por el

propio Sathbaro Rangar y después Taralack y su pupilo, con el grueso de los edur tras ellos y los letherii apareciendo en último lugar, con las flechas ensartadas.

Esa sería la primera incursión de Ahlrada Ahn contra los guardianes del trono. Pero había oído suficientes historias. Batalla sin cuartel. Batalla tan cruel como cualquiera de las que los edur habían experimentado. Cogió bien la empuñadura de los alfanjes y se puso en posición, en la primera línea del cuerpo principal. Unos saludos en voz baja llegaron a sus oídos, cada guerrero edur envalentonado por la presencia de Ahlrada Ahn entre sus filas. *Rompelanzas. Intrépido, como si ansiara la muerte.*

Oh, sí, sí que la ansío. La muerte. La mía.

Y sin embargo... ¿acaso no sueño todavía con volver a casa?

Observó el raído portal que provocaba ampollas en el aire, después se partía en dos, una brecha amplia pintada de llamas grises, su buche nada salvo oscuridad borrosa.

El hechicero se hizo a un lado y Saur y Kholb se precipitaron por la abertura y se desvanecieron en la penumbra. Sathbaro Rangar los siguió, después Taralack e Icarium. Y entonces le tocó a Ahlrada Ahn. Se lanzó hacia delante, se metió en el vacío…

… y tropezó con la marga que crujía, el aire dulce de los aromas del bosque. Como en el mundo que acababan de abandonar, caían las últimas horas de la tarde. Ahlrada Ahn continuó avanzando y miró a su alrededor. Estaban solos, sin oposición alguna.

—¿Dónde estamos? —oyó preguntar a Icarium.

Y el hechicero arapay se volvió.

—Deriva Avalii, guerrero. Donde reside el trono de Sombra.

—¿Y quién lo protege? —preguntó Taralack Veed—. ¿Dónde está ese fiero enemigo vuestro?

Sathbaro Rangar levantó la cabeza, como si olisqueara el aire y después lanzó un gruñido sorprendido.

—Los demonios han huido. ¡Han huido! ¿Por qué nos han entregado el trono? ¿Después de todas esas batallas? No lo entiendo.

Ahlrada Ahn miró a Icarium. *Demonios… huir.*

—No lo entiendo —volvió a decir el hechicero.

Quizá yo sí. Oh, Hermanas, ¿quién camina ahora entre nosotros?

Lo sobresaltó entonces un leve susurro, giró en redondo y alzó las armas.

Pero no era más que un búho que bajaba deslizándose por el ancho sendero que tenían delante.

Vio un destello de movimiento entre el humus, y las garras del ave raptora bajaron de repente. El búho subió aleteando una vez más con una diminuta forma rota aferrada en su presa de reptil.

—No importa —estaba diciendo el hechicero arapay—. Vamos a reclamar nuestro trono. —Y echó a andar, cojeando, arrastrando una pierna doblada, camino abajo.

Desconcertado, Taralack Veed miró a Icarium.

—¿Qué percibes de este lugar?

Los ojos que lo contemplaron carecían de vida.

—Los demonios de Sombra se fueron con nuestra llegada. Había… alguien… un hombre, pero él también se ha ido. Hace algún tiempo. Es aquel al que yo me habría enfrentado.

—¿Lo bastante hábil para desatarte, Icarium?

—Lo bastante hábil, quizá, para matarme, Taralack Veed.

—Imposible.

—Nada es imposible —dijo Icarium.

Echaron a andar tras la media docena de edur que se habían apresurado a reunirse con Sathbaro Rangar.

Quince pasos camino abajo se encontraron con las primeras señales de la batalla pasada. Cuerpos hinchados de demonios aptorianos y azalanos muertos. Taralack Veed sabía que no habrían caído con facilidad. Había oído hablar de pérdidas atroces entre los edur y, en especial, entre los letherii. Esos cuerpos se los habían llevado.

A poca distancia de allí se alzaban los muros de un patio cubierto de maleza. Habían hecho pedazos la verja. Icarium iba un paso por detrás, Taralack Veed siguió a los otros al interior del complejo, entonces el jhag estiró un brazo y detuvo al gral.

—Hasta aquí.

—¿Qué?

Había una expresión extraña en la cara de Icarium.

—No hay necesidad.

Ahlrada Ahn, junto con Saur y Kholb, acompañó al hechicero arapay al interior de aquella cámara sumida en las sombras y repleta de desechos del salón del trono. La sede de Sombra, el alma de Kurald Emurlahn, el trono que había que reclamar antes de que el reino partido pudiera devolverse a su estado original, una senda entera en la que hervía el poder.

Quizá, con esto, Rhulad podría romper el…

Sathbaro Rangar lanzó un grito, un sonido terrible, y se tambaleó.

Los pensamientos de Ahlrada Ahn se desmoronaron. Se quedó mirando fijamente.

El trono de Sombra, ahí, en un estrado elevado al otro extremo de la sala…

Ha sido destruido.

Destrozado en mil pedazos, la madera negra astillada revelaba el corazón rojo sangre de la madera. *Los demonios nos han entregado… nada. El trono de Kurald Emurlahn está perdido para nosotros.*

El hechicero estaba de rodillas, chillando con la cabeza alzada hacia el techo manchado. Saur y Kholb permanecían en pie, con las armas sacadas, pero en apariencia paralizados.

Ahlrada Ahn se acercó a Sathbaro Rangar, cogió al hechicero por el cuello de la ropa y lo levantó de un tirón.

—Ya basta —dijo—. Contrólate. Puede que hayamos acabado aquí, pero no hemos acabado, lo sabes. Los guerreros estarán sedientos de muerte. Debes regresar a la puerta, hay otro trono que ganar y los que lo defienden no huirán como han hecho estos. ¡Repórtate, Sathbaro Rangar!

—Sí —jadeó el hechicero y se liberó de un tirón de la presa de Ahlrada Ahn—. Sí, lo que dices es cierto, guerrero. Una masacre, sí, eso es lo que hace falta. Ven, partamos, ah, en el nombre de padre Ojodesangre, ¡salgamos de este sitio!

—Regresan —dijo Taralack Veed cuando los tiste edur reaparecieron a la entrada del templo—. El hechicero, parece… ofendido. ¿Qué ha pasado?

Icarium no dijo nada, pero algo destellaba en sus ojos.

—Jhag —gruñó Sathbaro Rangar cuando pasó cojeando—, compórtate. Nos aguarda una batalla de verdad.

Confusión entre las filas de los edur, palabras intercambiadas, después un grito indignado, maldiciones, bramidos de furia. La cólera se extendió, un fuego en el

bosque impaciente de súbito por devorar todo lo que osase oponerse a él. Giraron en redondo y se apresuraron hacia la puerta que parpadeaba.

No regresaban a los barcos.

Taralack Veed le había oído a Crepúsculo que un comandante edur llamado Hanradi Khalag había estado enviando a sus guerreros contra otro enemigo, a través de una puerta, una puerta que llevaba, tras un viaje de días, a otra guerra privada más. Y eran esos enemigos los que se enfrentarían a la ira de esos edur. *Y a la de Icarium.*

Así que lo verán, después de todo. Eso está bien.

A su lado se oyó un sonido proveniente del jhag que hizo a Taralack Veed darse la vuelta, sorprendido. Una risa baja.

—¿Te divierte? —le preguntó a Icarium en un susurro ronco.

—De Sombra ambos —dijo el jhag, enigmático—, el tejedor engaña al devoto. Pero yo no diré nada. Estoy, después de todo, vacío.

—No entiendo.

—No importa, Taralack Veed. No importa.

El salón del trono quedó abandonado una vez más, el polvo se fue posando, las sombras se escabulleron de nuevo a sus guaridas predecibles. Y, en el trono hecho pedazos creció un leve brillo trémulo, unos filos borrosos, después una oscilación que habría alarmado a cualquiera que lo presenciase, pero no había ninguna de esas criaturas inteligentes.

Los fragmentos rotos y aplastados de madera se deshicieron.

Y una vez más, allí, en el estrado, se alzó el trono de Sombra. Y saliendo de él, una forma en sombras más sólida

que cualquier otra. Encorvada, baja, envuelta en pliegues de gasa del color de la medianoche. En la mancha indistinta donde debería haber una cara, solo los ojos eran visibles y, por un instante, un destello resplandeciente.

La figura se apartó del trono y se dirigió a la entrada… un bastón de plata y ébano tamborileaba sobre los adoquines.

Muy poco tiempo después llegó a la entrada del templo y miró fuera. Allí, en la puerta, caminaba el último de ellos. Un gral, y la escalofriante y pavorosa aparición que era Icarium.

Una contención de aliento de la sombra agazapada bajo el arco de entrada cuando el jhag se detuvo un instante para mirar atrás.

Y Tronosombrío sorprendió, en la expresión de Icarium, algo parecido a una sonrisa y después el más leve de los asentimientos, antes de que el jhag se diera la vuelta.

El dios ladeó la cabeza y escuchó al grupo que volvía a subir a toda prisa por el camino.

Muy poco tiempo después se habían ido, habían regresado por la puerta de la senda.

Una ilusión meticulosa, elaborada con genio, disparada por la llegada de desconocidos (en realidad, de cualquiera salvo el propio Tronosombrío), disparada para transformarse en una ruina hecha pedazos y sin poder. Meanas, atado con Mockra, arrojado por toda la extensión de la cámara, hebras invisibles que cubrían la entrada formal. Mockra, filamentos de sugestión, invitación, la rendición del escepticismo natural que facilita la visión del trono roto.

Sendas menores, pero manipuladas por las manos de un dios, y no las manos de cualquier dios, tampoco. No… *¡las mías!*

Los edur se habían ido.

—Idiotas.

—Tres reyes hechiceros —dijo el destriant Run'Thurvian— gobiernan Shal-Morzinn. Disputarán nuestro paso, consejera Tavore Paran, y eso no se puede permitir.

—Intentaremos negociar —dijo la consejera—. De hecho, queremos comprarles provisiones. ¿Por qué habrían de oponerse?

—Porque les complace hacerlo.

—¿Y son formidables?

—¿Formidables? Bien podría resultar —dijo el destriant— que incluso con la ayuda de sus hechiceros, incluyendo a aquí su mago supremo, suframos pérdidas graves, quizá devastadoras si chocásemos con ellos. Pérdidas suficientes para hacernos retroceder, incluso para destruirnos por completo.

La consejera frunció el ceño y miró a almirante Nok, al que tenía enfrente, y luego a Ben el Rápido.

Este último se encogió de hombros.

—Ni siquiera sé quiénes son y ya los odio.

Keneb lanzó un gruñido. *Menudo mago supremo.*

—Destriant Run'Thurvian, ¿qué sugiere usted?

—Nos hemos preparado para esto, consejera, y con la ayuda de sus hechiceros, creemos que podemos triunfar en lo que nos proponemos.

—Una puerta —dijo Ben el Rápido.

—Sí. El reino de Fanderay y Togg posee mares. Mares duros, fieros pero navegables, no obstante. No sería inteligente alargar demasiado nuestro viaje por ese reino, los riesgos son demasiado inmensos, pero creo que podemos sobrevivir a ellos el tiempo suficiente para, al salir de nuevo, encontrarnos junto al cabo dalhonesio de Quon Tali.

—¿Cuánto tiempo llevará eso? —preguntó el almirante Nok.

—Días en lugar de meses, señor —respondió el destriant.

—Riesgos, ha dicho —aventuró Keneb—. ¿Qué clase de riesgos?

—Fuerzas naturales, puño. Tormentas, hielo sumergido; en ese reino los niveles del mar se han hundido, dado que el hielo apresa muchas tierras. Es un mundo atrapado en medio de cambios catastróficos. Con todo, la estación en la que entraremos es la menos violenta, en eso, somos muy afortunados.

Ben el Rápido lanzó un bufido.

—Discúlpeme, destriant, pero para mí no hay nada casual en todo esto. Tenemos un espíritu de la sabana empujándonos con estos vientos, como si cada momento ganado fuera crucial de algún modo. Un espíritu de la sabana, por el amor del Embozado. Y ahora, ustedes han elaborado un ritual para construir una enorme puerta en los mares. Ese ritual debe de haber empezado hace meses…

—Dos años, mago supremo.

—¡Dos años! Dijo que nos estaban esperando, sabían que íbamos a venir, ¿hace dos años? ¿Se puede saber cuántos espíritus y dioses nos están empujando por aquí?

El destriant no dijo nada, solo plegó las manos y las juntó delante de él, en la mesa de mapas.

—Dos años —murmuró Ben el Rápido.

—De usted, mago supremo, requerimos poder puro, agotador, sí, pero no tan arduo como para provocarle daños.

—Ah, pues qué bien.

—Mago supremo —dijo la consejera—, se pondrá a disposición de los Yelmos Grises.

El mago suspiró y después asintió.

—¿Cuándo, destriant? —preguntó el almirante Nok—. ¿Y cómo hemos de alinear la flota?

—Tres barcos juntos como mucho, a dos cables de distancia, no más, la extensión del vuelo de una flecha de arco corto entre unos y otros. Sugiero que empiece a preparar su flota de inmediato, señor. La puerta se abrirá mañana al amanecer.

Nok se levantó.

—Entonces debo irme, consejera.

Keneb estudió a Ben el Rápido, al otro lado de la mesa. El mago supremo tenía un aspecto desdichado.

Kalam esperó hasta que Ben el Rápido salió al centro de cubierta y después se acercó.

—¿Qué te tiene temblando como un pajarillo? —preguntó.

—No importa. Si estás aquí para fastidiarme con algo, lo que sea, no estoy de humor.

—Solo tenía una pregunta —dijo el asesino—, pero tengo que hacerla en privado.

—Nuestro agujero entre la carga, abajo.

—Buena idea.

Muy poco tiempo después se habían metido una vez más en el estrecho pasillo sin iluminar que quedaba entre cajones y fardos.

—Es lo siguiente —dijo Kalam, prescindiendo de preliminares—. La consejera.

—¿Qué pasa con ella?

—Estoy nervioso.

—Oh, qué pena. Créeme, mucho mejor que estar cagado de miedo, Kalam.

—La consejera.

—¿Qué es eso? ¿Una pregunta?

—Necesito saberlo, Rápido. ¿Estás con ella?

—¿Con ella? ¿En qué? ¿En la cama? No. T'amber me mataría. Bueno, quizá si ella se decidiese a unirse, ya sería otra cosa…

—En el nombre del Embozado, ¿se puede saber de qué estás hablando, Rápido?

—Perdón. Con ella, has preguntado. —Hizo una pausa y se frotó la cara—. Las cosas se van a poner feas.

—¡Eso ya lo sé! ¡Por eso lo pregunto, idiota!

—Tranquilízate. No hay razón para dejarse llevar por el pánico…

—¿No la hay?

Ben el Rápido dejó de frotarse la cara y se puso a rascársela, después apartó las manos y miró con un parpadeo lloroso al asesino.

—Mira lo que me está pasando, y es todo culpa tuya, maldito seas…

—¿Mía?

—Bueno, es culpa de alguien, es lo único que digo. Estás aquí, así que bien podrías ser tú, Kal.

—De acuerdo, lo que tú digas. Todavía no me has respondido.

—¿Lo estás tú? —contraatacó el mago.

—¿Con ella? No lo sé. Ese es el problema.

—Yo tampoco. No lo sé. Es difícil que te caiga bien, casi tanto como odiarla; si miras atrás, en realidad no hay nada que dé motivos para lo uno o lo otro, ¿no?

—Estás empezando a decir sinsentidos, Rápido.

—¿Y qué?

—Y que tú no sabes y yo no sé. No sé tú —dijo Kalam—, pero yo odio no saber. Odio incluso que tú no sepas.

—Eso es porque, por aquel entonces, Laseen te convenció para que te pusieras de su lado. Ibas a matarla, ¿recuerdas? Y te hizo cambiar por completo. Pero ahora estás aquí, con la consejera, y hemos emprendido la vuelta, regresamos, con ella. Y tú no sabes si ha cambiado algo, o si ha cambiado todo. Una cosa era plantarnos junto a Whiskeyjack. Incluso Dujek. Los conocíamos. Pero la consejera… bueno… las cosas no son tan sencillas.

—Gracias, Rápido, por reiterar todo lo que acabo de contarte.

—Un placer. Bueno, ¿ya hemos terminado?

—Perdona, tendrás que cambiarte el taparrabos otra vez, ¿no?

—No tienes ni idea de lo que estamos a punto de hacer, Kal. Lo que sugiero es que, mañana por la mañana, te metas aquí abajo, cierres los ojos y esperes. Espera y espera. No te muevas. O, más bien, intenta no moverte. Puede que te zarandeen un poco y quizá esos fardos te caigan encima. De hecho, puede que termines aplastado como un mosquito, así que mejor que te quedes arriba. Los ojos cerrados, sin embargo. Cerrados hasta que yo te lo diga.

—No te creo.

El mago supremo frunció el ceño.

—De acuerdo. Quizá estaba intentando asustarte. Pero va a ser accidentado. Eso sí que es verdad. Y allí, en el Silanda, Violín va a echar hasta las tripas.

Kalam lo pensó y sonrió de repente.

—Eso me anima.

—A mí también.

Como un maremoto que se estrellase contra la boca de un río torrencial, muros de agua se alzaron en explosiones

blancas, revueltas, por todos lados, cuando el Silanda se precipitó con la proa desplomada por el torbellino de la inmensa puerta. Más allá había un cielo transformado, acero, plata y gris, el tumulto de convulsiones atmosféricas parecían caer dando vueltas, como si en apenas unos momentos fuera a aplastar la veintena de barcos que ya habían pasado. La magnitud, a ojos de Botella, era equivocada a todas luces. Momentos antes, su barco de guerra no había estado más que un cable por detrás del Lobo de Espuma y, en ese instante, el buque insignia de la consejera estaba a una distancia de un tercio de legua, empequeñecido por las nubes bajas y las olas palpitantes.

Acurrucado junto a Botella, aferrado con las manos a la baranda, Violín escupió el último resto del desayuno, demasiado mareado para maldecir, demasiado desdichado incluso para levantar la cabeza siquiera…

Lo que seguramente era para bien, decidió Botella, mientras escuchaba a los infantes que vomitaban a su alrededor y los gritos (cercanos al pánico) de los marineros que se escabullían como podían en el transporte que se bamboleaba tras ellos.

Gesler empezó a tocar el maldito silbato como un condenado cuando el barco se alzó sobre una ola enorme, y Botella estuvo a punto de chillar al ver la popa del Lobo de Espuma alzándose justo delante de ellos. Se giró, miró atrás y vio la puerta hechicera muy lejos, la boca enfurecida llena de barcos, barcos que iban saliendo y luego se precipitaban de repente detrás del Silanda, muy cerca.

¡Por el Abismo! ¡Casi estamos volando, maldita sea!

Podía ver, a estribor, una masa de icebergs derramándose por la línea blanca del horizonte, un muro de hielo, comprendió. Mientras que a babor se alzaba una costa maltratada por los vientos, árboles de hoja caduca que se

agitaban (robles, madroños) y por algunos sitios también grupos de pino blanco, los altos troncos meciéndose con cada ráfaga salvaje. Entre la flota y esa orilla había focas, sus cabezas salpicaban las olas, las playas rocosas atestadas de animales.

—Botella —graznó Violín, todavía sin levantar la cabeza—, dame alguna buena noticia.

—Ya hemos atravesado la puerta, sargento. Las aguas están picadas y parece que tenemos un mar lleno de icebergs acercándose por estribor, no, no tan cerca todavía, creo que los dejaremos atrás. Apuesto a que la flota entera ya ha pasado. Dioses, es como si esos catamaranes perecederos hubieran sido hechos para esto. Cabrones con suerte. En cualquier caso, según los rumores, no estaremos mucho tiempo en este reino… ¿sargento?

Pero el sargento se alejaba a gatas, rumbo a la escotilla.

—¿Sargento?

—Dije buenas noticias, Botella. Por ejemplo, que estamos a punto de caer todos por el fin del mundo. Algo así.

—Oh. Bien —exclamó Botella mientras el otro se arrastraba por la cubierta—, ¡hay focas!

La noche de la tormenta verde que estalló lejos, al norte, cuatro dromones malazanos entraron en el puerto de la ciudad de Malaz, las banderas que ondeaban en los mástiles indicaban que formaban parte de la flota jakatakana, cuya tarea era patrullar los mares desde la isla de Malaz, al oeste, hasta la isla de Geni y el Cabo del continente. Unos meses atrás se habían producido enfrentamientos con una flota desconocida, pero habían repelido a los invasores, aunque con cierto coste. Con todos sus efectivos, la flota jakatakana tenía en navegación veintisiete dromones y dieciséis barcos

de abastecimiento. Se rumoreaba que se habían perdido once dromones en las múltiples escaramuzas con los bárbaros extranjeros, aunque Banaschar, cuando lo oyó, sospechó que los números eran o bien una exageración o, de acuerdo con la política de minimizar las pérdidas imperiales, justo lo contrario. Lo cierto era que él ya no creía mucho de lo que oía, fuera cual fuera la fuente.

El establecimiento de Gallera estaba atestado, muchas entradas y salidas, los parroquianos iban y venían a grandes zancadas para contemplar el cielo septentrional nocturno, donde no había noche en absoluto, y luego regresaban con más postulaciones todavía, lo que a su vez disparaba un nuevo éxodo. Y así sucesivamente.

Banaschar era indiferente a todas esas prisas (como perros tras un rastro, salían disparados del amo a la casa y vuelta otra vez). Incesante y absurdo, en realidad.

No sabía lo que estaba pasando allí arriba, pero estaba mucho más allá del horizonte. Aunque, visto lo visto, Banaschar tuvo que admitir de mala gana que grande sí que era.

Pero muy lejos, tan lejos que perdió pronto el interés, al menos después de acabarse el primer jarro de cerveza. En cualquier caso, los cuatro dromones que acababan de llegar habían traído con ellos una veintena de náufragos. Hallados en un remoto atolón al sudoeste del Cabo (y, se preguntó Banaschar por un instante, ¿qué estaban haciendo los dromones allí fuera?), los habían recogido y trasladado a la isla de Malaz con cuatro barcos que iban perdiendo la batalla contra unas fugas de agua; esa misma noche los náufragos habían desembarcado en la gloriosa ciudad de Malaz.

Encontrar náufragos no era un hecho del todo insólito, pero lo que hacía más interesantes a esos era que solo dos

de ellos eran malazanos. En cuanto al resto… Banaschar levantó la cabeza de su jarro, frunció el ceño y miró al que se había convertido en su compañero habitual de copas, el sargento mayor Diente Bravo, después volvió a mirar a los recién llegados, apiñados alrededor de la larga mesa del fondo. El antiguo sacerdote no era el único en lanzar miradas en esa dirección, pero era obvio que a los náufragos no les interesaba charlar con nadie salvo entre ellos, y tampoco parecía que la conversación fuese demasiado fluida, en cualquier caso, observó Banaschar.

Los dos malazanos estaban borrachos, de esas borracheras discretas, desdichadas. Los otros no bebían mucho, siete en total para compartir un solo decantador de vino.

En lo que a Banaschar se refería, aquello no podía ser natural, diablos. Pero tampoco era tan sorprendente, ¿no? Esos siete eran tiste andii.

—Conozco a uno de esos dos, ¿sabes? —dijo Diente Bravo.

—¿Qué?

—Los malazanos esos. Me vieron. Antes, cuando entraron. Uno de ellos se puso blanco. Por eso me di cuenta.

Banaschar lanzó un bufido.

—A la mayor parte de los veteranos que entran aquí les pasa eso la primera vez que te ven, Diente Bravo. A algunos les pasa cada vez. ¿Qué se siente, por cierto? ¿Cuando se infunde terror a todos los que has adiestrado?

—Está bien. Además, no es a todos los que he adiestrado. Solo a la mayoría. Estoy acostumbrado.

—¿Por qué no arrastras hasta aquí a esos dos? Entérate de su historia, ¿qué Embozado están haciendo con unos malditos tiste andii? Claro que, con la que está cayendo ahí fuera, hay muchas probabilidades de que esos idiotas no

pasen de esta noche. Wickanos, Siete Ciudades, korelanos, tiste andii, extranjeros todos y cada uno. Y la chusma ya anda olisqueando el ambiente con las cerdas erizadas. Esta ciudad está a punto de estallar.

—Esto yo no lo había visto antes —murmuró Diente Bravo—. Este… odio. El antiguo Imperio nunca fue así. Maldita sea, era lo contrario, hostia. Mira a tu alrededor, Banaschar, si puedes concentrarte en algo que no sea esa copa, y lo verás. Miedo, paranoia, mentes cerradas y dientes al descubierto. Estos días te quejas en voz alta de algo y terminas hecho pedazos en algún callejón. Antes nunca fue así, Banaschar. Nunca.

—Tráete a uno.

—Yo ya oí la historia.

—¿En serio? ¿No llevas toda la noche aquí sentado, conmigo?

—No, me pasé allí más de una campanada; ni te enteraste, me parece que ni levantaste la cabeza. Eres una gran esponja de mar, Banaschar, y cuanto más te echas, más sed tienes.

—Me están siguiendo.

—Eso dices siempre.

—Van a matarme.

—¿Por qué? Pueden sentarse tan tranquilos y esperar a que te mates tú solito.

—Están impacientes.

—Así que te lo vuelvo a preguntar, Banaschar, ¿por qué?

—No quieren que llegue a hablar con él. Con Tayschrenn, sabes. Se trata de Tayschrenn, encerrado allí, en la fortaleza de Mock. Ellos trajeron los ladrillos, pero el que mezcló la argamasa fue él. Tengo que hablar con él y no me dejan. Me matarán si lo intento siquiera. —Señaló con un ademán

salvaje la puerta—. Salgo ahora mismo y echo a andar hacia las Escaleras y estoy muerto.

—Ese maldito secreto tuyo, eso es lo que te va a matar, Banaschar. Es lo que te está matando ahora mismo.

—Me ha maldecido.

—¿Quién?

—D'rek, por supuesto. El gusano que tengo en las tripas, en el cerebro, el gusano que me está comiendo por dentro. Bueno, ¿y cuál es la historia?

Diente Bravo se rascó el vello erizado que tenía bajo la garganta y se echó hacia atrás en su asiento.

—Recluta de infantes de marina Tirabarro. Olvídate del nombre con el que empezó, Tirabarro es el que yo le puse. Encaja, claro. Siempre encajan. Pero era un tipo duro, un superviviente, y esta noche es la prueba. El otro se llama Gentur, kanesiano, creo, no es de los míos. En fin, que naufragaron después de una batalla con los bárbaros de piel gris. Terminaron en Deriva Avalii, donde las cosas empezaron a complicarse de verdad. Parece que esos bárbaros llevaban tiempo buscando Deriva Avalii. Bueno, había tiste andii viviendo en ella y antes de lo que canta un gallo hubo una lucha tremenda entre ellos y los bárbaros. Una lucha muy fea. Antes de darse cuenta Tirabarro y los otros que estaban con él se encontraron luchando con esos tiste andii, junto con uno llamado Viajero. Para resumir, Viajero les dijo a todos que se fueran, dijo que él se enfrentaría solo a los bárbaros y que todos los demás únicamente estaban estorbando. Y eso hicieron. Irse, quiero decir. Solo que los golpeó una tormenta de la hostia y lo que quedaba de ellos fue a parar a un atolón, donde se pasaron meses bebiendo leche de coco y comiendo almejas. —Diente Bravo fue a coger su jarra—. Y esa es la historia de Tirabarro, cuando estaba sobrio, que ya no lo está. El tal Viajero, ese es el que

me interesa… Me suena de algo por el modo en que Tira lo describe, el modo en que luchó, lo mataba todo rápido, sin sudar siquiera. Una pena que no viniera con estos.

Banaschar se quedó mirando al hombretón que tenía enfrente. ¿De qué estaba hablando? Fuera lo que fuera, él seguía y seguía. ¿Viajar rápido? Tiradas y luchas con bárbaros. El tipo estaba borracho. Borracho y abstruso.

—Bueno, ¿y cuál dices que era la historia de Barro?

—Te la acabo de contar.

—¿Y qué hay de esos tiste andii, Diente Bravo? Los van a matar…

—No, de eso nada. ¿Ves el más alto de ahí?, ¿el del pelo largo y blanco? Se llama Nimander Golit. Y esa mujer tan guapa a su lado, esa es Phaed, su primogénita. Los siete son primos, hermanas, hermanos, pero es Nimander el que los lidera, puesto que es el mayor. Nimander dice que es el primogénito del Hijo.

—¿El qué?

—El hijo de la Oscuridad, Banaschar. ¿Sabes quién es? Anomander Rake. Míralos, son todos de la estirpe de Rake, nietos en su mayoría, salvo por Nimander, que es padre de muchos de ellos, pero no de todos. Bueno, quizá alguien odie a los extranjeros, pero ¿de verdad crees que ese alguien sería lo bastante estúpido como para ir a por la prole de Anomander Rake?

Banaschar se volvió un poco y miró a las figuras. Parpadeó con lentitud y negó con la cabeza.

—No, a menos que quieran suicidarse.

—Exacto, y de eso tú sabes mucho, ¿no?

—Y si Anomander Rake es el padre de Nimander, ¿quién era la madre?

—Ah, así que no estás ciego del todo. Lo ves, ¿no? Madres diferentes para algunos de ellos. Y una de esas madres no

era ninguna tiste andii, ¿a que no? Mira a Phaed…

—Solo le veo la nuca.

—Lo que tú digas. Yo la miré y le hice esa misma pregunta que me acabas de hacer tú a mí.

—¿Cuál?

—«¿Quién era tu madre?»

—¿La mía?

—Y la chica sonrió, casi me muero, Banaschar, y hablo en serio. Casi me muero. Me estallaron vasos sanguíneos en el cerebro, me caigo y casi me muero. Pero bueno, me lo dijo y no era ningún nombre tiste andii, y por el aspecto que tiene la chica, yo diría que la otra mitad era humana, claro que, ¿de verdad se sabe con estas cosas? La verdad es que no.

—No, en serio, ¿cómo se llamaba?

—Lady Envidia, que también conoció al propio Anomander Rake y se vengó tomando a su hijo como amante. Complicado, ¿eh? Pero si se parecía en algo a esa Phaed, con esa sonrisa, bueno, envidia es la única palabra, para todas las mujeres del mundo. Dioses del inframundo… oye, Banaschar, ¿qué te pasa? De repente pareces a punto de vomitar. La cerveza no está tan mal, por lo menos comparada con lo que tomamos anoche. Mira, si estás pensando en llenar un plato sobre la mesa, que sepas que no hay plato, ¿estamos? Y los tablones están combados, así que me va a chorrear a mí en las piernas y me voy a molestar mucho, ¡por el amor del Embozado, hombre, respira hondo, coño!

Apoyado en la barra manchada y llena de marcas, a quince pasos de distancia, el hombre al que Banaschar llamaba Forastero acunaba un jarro de negra malazana, una variedad a la que le había tomado el gusto, a pesar del gasto que

suponía. Oyó al antiguo sacerdote y al sargento mayor discutiendo con empeño en una mesa detrás de él, algo que en los últimos tiempos hacían mucho. Cualquier otra noche, reflexionó Forastero, se habría unido a ellos, se habría recostado en su asiento para disfrutar de lo que solía ser una actuación entretenida, si bien un tanto triste en ocasiones.

Pero no esa noche.

No con esos sentados ahí atrás.

Necesitaba pensar, y pensarlo todo bien. Tenía que tomar una decisión y presentía, con un temblor de miedo, que sobre esa decisión cabalgaba su destino.

—Gallera, pon otra negra aquí, ¿quieres?

La carraca Rata Ahogada parecía impaciente por zarpar del muelle de piedra al sur de la desembocadura del río, la marea le daba tirones de camino a la salida. Casco recién fregado, pintura fresca y una extraña vela latina con un timón en el centro de la popa había hecho converger la atención curiosa de unos cuantos marineros y pescadores que habían pasado junto a ella en los últimos días. Bastante irritante, caviló el capitán, pero Oponn seguía esbozando dos bonitas sonrisas gemelas y a no mucho tardar se pondrían al fin en camino. Saldrían de esa maldita ciudad, y cuanto antes, mejor.

El primer oficial, Palet, estaba tirado en la cubierta central, acurrucado; seguía doliéndose de los moretones y golpes que había sufrido a manos de una chusma borracha la noche anterior. La mirada de lagarto del capitán se posó en él por un momento antes de continuar. Estaban atracados, bien sujetos, y Campañol estaba encaramado a su enorme cofa de vigía (el tipo estaba más chiflado que una ardilla con la cola rota) y todo parecía ir bien, tan bien, de

hecho, que los nervios del capitán eran un desastre tenso y enmarañado.

No era solo la fiebre de malicia que afligía casi a todo el mundo, diablos, con todos esos rumores ácidos de traición y asesinato en Siete Ciudades, y luego esa persecución no oficial desatada contra los wickanos; es que estaba, encima, todo lo demás.

Cartheron Costra se rascó los pocos pelos de la coronilla, se volvió y clavó los ojos entrecerrados en la fortaleza de Mock. Oscura en su mayor parte, por supuesto. Un leve fulgor en la casa del guarda, en la cima de las Escaleras; sería Lubben, el viejo portero jorobado, seguro que borracho como una cuba a esas alturas, como tenía por costumbre siempre que había huéspedes no deseados en la Fortaleza. Claro que ninguno de los huéspedes era deseado y aunque había llegado un puño nuevo un mes antes, el tal Aragan ya había estado destinado allí con anterioridad, así que sabía cómo funcionaban las cosas, es decir, había que pasar lo más desapercibido posible y no asomar el morro por el parapeto. *¿Quién sabe? Quizá Aragan esté compartiendo esa botella con Lubben.*

Huéspedes no deseados… como el mago supremo Tayschrenn. Mucho tiempo atrás, Costra se había encontrado en compañía de esa víbora con demasiada frecuencia y se había esforzado mucho por no hacer algo que alguien pudiera terminar lamentando. *Pero no yo. El emperador, quizá. El propio Tayschrenn seguro, pero no yo.* Soñaba con un momento a solas, ellos dos nada más. Un momento, eso era lo único que necesitaba. Las dos manos en ese cuello flaco, apretar y retorcer. Hecho. Muy sencillo. Problema resuelto.

¿Qué problema? Eso sería lo que Kellanved habría preguntado, con su tono furioso habitual. Y Costra tenía una

respuesta preparada. *Ni idea, emperador, pero estoy seguro de que alguno había, quizá dos, quizá de sobra.* Una respuesta bastante buena, suponía, aunque Kellanved quizá no hubiera estado de acuerdo. *Pero Danzante sí.* Ja.

—¡Cuatro dromones! —les gritó de repente Campañol.

Costra levantó la cabeza y se quedó mirando al muy idiota.

—¡Estamos en el puerto! ¿Qué esperabas? ¡Se acabó, Campañol, ya no se mandan más comidas ahí arriba, bajas el pellejo aquí!

—Vienen cortando del norte, capitán. Encima de los mástiles. Algo plateado que reluce…

El ceño de Costra se profundizó. Ahí fuera había una oscuridad del Abismo, pero Campañol nunca se equivocaba. *Plateado… Eso no es buena señal. No, es la peor posible, joder.* Se acercó a Palet y le dio un empujoncito.

—Levántate. Envía lo que quede de la tripulación de vuelta a esos almacenes, me da igual quién los vigile, soborna a esos cabrones. Nos quiero con la línea de flotación bien baja y saliendo a toda leche de aquí como un cangrejo de tres patas.

El hombre levantó la cabeza y lo miró con ojos de búho.

—¿Capitán?

—¿Te quitaron todo el entendimiento de un golpe, Palet? Va a haber problemas.

El primer oficial se sentó y miró a su alrededor.

—¿Guardias?

—No, mucho más problemático.

—¿Como qué?

—Como la emperatriz, imbécil.

Palet se había puesto en pie de repente.

—Provisiones, sí, señor. ¡Ya nos vamos!

Costra vio escabullirse al idiota. La tripulación estaba borracha. Que se fastidiaran. Y además les faltaba mucho personal. Había sido mala idea lanzarse a la bahía cuando el viejo Tapón de Trapo se había hundido, con todos esos tiburones rondando. Habían perdido cuatro buenos marineros esa noche. *Buenos marinos, malos nadadores. Tiene gracia, las dos cosas suelen ir juntas.*

Miró a su alrededor una vez más. *Maldita sea, se me olvidó otra vez, ¿verdad? No hay botes. Bueno, siempre hay algo.*

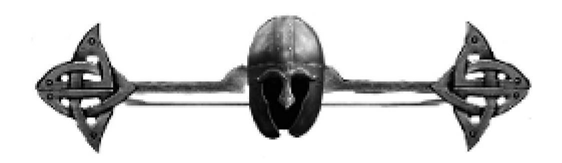
Cuatro dromones, visibles ya, rodeaban la bahía, iluminados por detrás por una de las tormentas más horribles que había visto jamás. Bueno, eso no era del todo cierto, ya había visto una parecida antes, ¿no? ¿Y en qué había acabado eso? *No mucho, salvo, bueno, una montaña de otataralita…*

El dromon de cabeza, el buque insignia de Laseen, el Torva. Tres tras él. Tres, eran muchos. *¿A quién se ha traído con ella, en el nombre del Embozado? ¿Al puto ejército al completo?*

Invitados no deseados.

Pobre Aragan.

22



¿Quiénes son esos desconocidos, entonces, con sus rostros familiares?
Surgen de entre la multitud con esos ojos indiferentes
y la sangre chorreándoles de las manos.
Es lo que estaba oculto antes, enmascarado por lo común
y lo inofensivo, ahora retuerce rasgos revelados
en una conflagración de odio, y las víctimas caen bajo los pies.

¿Quién guió y quién siguió y por qué las llamas medran
en la oscuridad, y toda mirada, insensata y confusa,
llegada la luz de la mañana se posa sobre el legado del desatado
rencor? No me engañan los gemidos de horror. No me conmueven
las protestas de dolor. Pues recuerdo esa noche morbosa,
el rostro que destellaba en charcos de sangre iluminados por el fuego era el mío.

¿Quién era ese desconocido, entonces, con esa cara familiar?
Que se funde entre la multitud, en palpitar tenso, caótico,
y la sangre que brama en la tormenta de mi cráneo hierve, frenética,
cuando me precipito y devasto todas estas vidas inocentes,
mi odio por su debilidad una olla volcada, mientras
se ahoga en la mía, este desconocido, este desconocido…

«Al amanecer, me quito la vida»

El pogromo wickano
—Kayessan

Cuando el bote largo del buque insignia de la flota jakatakana se puso al pairo, el comandante y cuatro infantes treparon a toda prisa al Lobo de Espuma. Eran untan, todos y cada uno, engalanados con elaboradas y costosas armaduras, el comandante alto, de barbilla débil y una expresión desvaída y nerviosa en los ojos pálidos. Le dedicó un saludo militar al almirante Nok primero y después a la consejera.

—No la esperábamos todavía en meses, consejera Tavore.

Con los brazos cruzados, el puño Keneb se hallaba a corta distancia, apoyado en el palo mayor. Tras las palabras del comandante, Keneb posó su atención en los infantes. *¿Es el uniforme de gala lo que vestís?* Y entonces notó las expresiones de desdén y odio cuando los soldados se quedaron mirando a Nada y Menos. Keneb miró a su alrededor y después dudó.

—¿Su nombre, comandante? —dijo la consejera.

Una ligera inclinación.

—Mis disculpas, consejera. Soy Exent Hadar, de la Casa Hadar de Unta, primogénito…

—Conozco a la familia —interpuso Tavore con cierta sequedad—. Comandante Hadar, dígales a sus infantes que se retiren de inmediato, si veo una mano más rozar por casualidad la empuñadura de una espada, pueden volver a nado a su barco.

Los ojos claros del comandante se posaron por un instante en el almirante Nok, que no dijo nada.

Keneb se relajó, había estado a punto de acercarse a arrancarle la piel a tiras a esos imbéciles. *Consejera Tavore, no se te pasa nada, ¿verdad? Nunca. ¿Por qué sigues sorprendiéndome? No, no es esa la forma adecuada de decirlo, ¿por qué yo me sorprendo de continuo?*

—Le pido disculpas de nuevo —dijo Hadar, su falta de sinceridad era obvia cuando les hizo un gesto a sus guardias—. Se han producido una serie de, eh, bueno, revelaciones…

—¿Referentes a qué?

—A la complicidad wickana en la masacre del ejército leal de Pormqual en Aren, consejera.

Keneb se quedó mirando al tipo, mudo de asombro.

—¿Complicidad? —Tenía la voz ronca y apenas fue capaz de pronunciar aquella palabra.

La expresión de la consejera era la más fiera que Keneb le había visto jamás, pero fue el almirante Nok el que habló primero.

—¿Qué locura es esta, comandante Hadar? La lealtad y el servicio de los wickanos han estado y siguen estando fuera de todo reproche.

Un encogimiento de hombros.

—Como ya he dicho, almirante, revelaciones.

—Dejemos eso ahora —soltó de repente la consejera—. Comandante, ¿qué hace patrullando estas aguas?

—La emperatriz ordenó que extendiéramos nuestro alcance —respondió Hadar— por dos razones. La principal es que ha habido incursiones de un enemigo desconocido en barcos negros de guerra. Hemos entablado combate seis veces hasta el momento. En un principio, los magos de nuestros barcos no eran capaces de competir con la hechicería que empleaban los barcos negros y, por consiguiente, sufrimos en las hostilidades. Desde entonces, sin embargo, hemos incrementado la dotación y el calibre de

nuestros cuadros. Poder anular la hechicería en las batallas igualó las cosas de manera considerable.

—¿Cuándo fue el último encuentro?

—Hace dos meses, consejera.

—¿Y la otra razón?

Otra ligera inclinación.

—Interceptarla a usted, consejera. Como he dicho, sin embargo, no la esperábamos hasta dentro de un tiempo. Pero por extraño que parezca, la posición precisa que tenemos ahora nos llegó por orden directa de la propia emperatriz hace cuatro días. No hace falta decir que con esta galerna tan poco propia de la estación nos costó bastante llegar aquí a tiempo.

—¿A tiempo para qué?

Otro encogimiento de hombros.

—Pues resulta que para recibirla. Parece obvio —añadió el comandante con tono condescendiente— que la emperatriz detectó su llegada adelantada. En estos temas, la señora es omnisciente, cosa que, por supuesto, era de esperar.

Keneb observó a la consejera, que estaba dándole vueltas a los acontecimientos.

—¿Y va a ser usted nuestra escolta hasta Unta? —preguntó la consejera.

—No, consejera. Debo darle instrucciones para que cambie el curso de la flota imperial.

—¿Hacia dónde?

—La ciudad de Malaz.

—¿Por qué?

El comandante Hadar negó con la cabeza.

—Dígame, si lo sabe —dijo Tavore—, ¿dónde está la emperatriz ahora mismo?

—Bueno, en la ciudad de Malaz, diría yo, consejera.

—¿Ves ese infante de la izquierda? —preguntó Kalam en un susurro.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Ben el Rápido con un encogimiento de hombros.

—Es una garra.

Se encontraban en la cubierta del castillo de proa, observando lo que acontecía abajo. El aire era dulce, cálido, los mares sorprendentemente calmos a pesar del viento fuerte y constante. Al asesino le parecía casi un puñetero paraíso después de esos tres días salvajes en la senda cruda y tumultuosa de Togg y Fanderay. Los barcos de la flota, salvo los de los perecederos, estaban muy dañados, sobre todo los transportes. Por fortuna, ninguno se había hundido, ni habían perdido ningún marinero ni infante. Unas cuantas docenas de caballos, por desgracia, se habían roto alguna pata durante las tormentas, pero era un precio que era de esperar y a nadie le sentaba mal un poco de carne en los guisos. Llegados a ese punto, y suponiendo que el viento siguiera empujándolos, la isla de Malaz estaba a solo dos días de distancia, quizá un poco más.

Una vez entregado el mensaje, la prisa del comandante Hadar por irse resultaba tan patética como obvia y parecía que ni la consejera ni el almirante estaban por la labor de prolongar la estancia del caballero.

Cuando los visitantes regresaron a su bote, una voz habló en voz baja detrás de Kalam y Ben el Rápido.

—¿He oído bien? ¿Navegamos ahora rumbo a la ciudad de Malaz?

Kalam intentó contener un escalofrío, no había oído nada. *Otra vez.*

—Sí, Apsalar…

Pero Ben el Rápido se había girado en redondo, alarmado, y en ese momento también enfadado.

—¡Los puñeteros escalones para llegar aquí están justo delante de nosotros! ¿Se puede saber cómo Embozado has hecho para presentarte sin que te viéramos, Apsalar? ¡A echarnos el aliento en la puta nuca!

—Es obvio —respondió la mujer kanesiana, sus ojos almendrados parpadeaban con languidez— que los dos estabais distraídos. Dime, Kalam Mekhar, ¿tienes alguna teoría que explique por qué un agente de la Garra acompañaba al comandante jakatakano?

—Muchas, pero no pienso compartir ninguna contigo.

Ella lo estudió por un momento antes de responder.

—Sigues sin decidirte, ¿verdad?

Oh, qué ganas tengo de pegarle. Aquí mismo, ahora mismo

—No sabes lo que estás diciendo, Apsalar. Y yo tampoco.

—Bueno, eso no tiene mucho sentido…

—Tienes razón —soltó de repente Ben el Rápido—, no lo tiene. ¡Y ahora sal de una vez de nuestras sombras, maldita seas!

—Mago supremo, se me ocurre que te equivocas en una cosa. Los mastines de Sombra, en G'danisban, iban a por ti.

—¡Oportunistas!

—Desde luego, si es lo que quieres creer. En cualquier caso, debería deducirse por tanto (incluso alguien tan inmune a la lógica como tú) que fue entonces cuando yo actué. Sola. La decisión fue mía, mago supremo, mía y de nadie más.

—¿De qué está hablando, Rápido? —preguntó Kalam.

Pero su amigo no decía nada, estudiaba a la mujer que tenía delante.

—¿Por qué? —preguntó después.

Ella sonrió.

—Tengo mis porqués, pero, de momento, no veo motivo para compartirlos contigo.

Apsalar se dio la vuelta y se dirigió a la proa.

—Es que es eso, ¿no? —murmuró Ben el Rápido por lo bajo.

—¿A qué te refieres?

—Sin decidir, Kal. No nos decidimos ninguno, ¿verdad? —Después giró en redondo y volvió a mirar a la consejera.

El asesino hizo lo mismo.

Tavore y Nok estaban hablando, pero en voz baja; sus palabras se las llevaba el viento.

—Bueno —continuó Ben el Rápido—, ¿y ella?

¿Indecisa? No lo parece demasiado. Kalam hizo una mueca.

—La ciudad de Malaz. No me lo pasé muy bien la última vez que la visité. ¿Se te pone la piel de gallina, Rápido? A mí sí. Mucho.

—¿No notas nada? —preguntó el mago—. Ese comandante, no hizo ni una triste pregunta sobre los barcos perecederos que llevamos con nosotros. Bueno, esa garra debe de haber informado ya, por senda, a Topper o a la propia emperatriz. Así que…

—Así que ya sabe que tenemos invitados. Quizá por eso no quiere que entremos en el puerto de Unta.

—Exacto, Laseen está nerviosa.

Kalam lanzó un gruñido.

—Acabo de darme cuenta de otra cosa —dijo en voz baja.

—¿Qué?

—La consejera envió al destriant a su camarote. Y no hizo ningún tipo de invitación formal al comandante, como se supone que debe hacer; no, los obligó a hablar las cosas aquí fuera, a cielo abierto. En fin, que quizá la consejera no

quería que el comandante o esa garra vieran a Run'Thurvian o hablaran con él sobre nada.

—No es tonta.

—Una maldita partida de hoyos es lo que están echando, ¿no? Ben el Rápido, ¿qué está pasando aquí?

—Lo averiguaremos, Kal.

—¿Cuándo?

El mago supremo frunció el ceño y después contestó.

—Amigo mío, en cuanto dejemos de estar indecisos.

A bordo del Silanda, Violín había salido arrastrándose de la bodega como una rata tullida, desaliñado, pálido y grasiento. Vio a Botella, y poco a poco, con movimientos agónicos, se dirigió hacia él. Estaba pescando. Había bancos de peces allí fuera y él los había visto saltar para huir de lo que fuera que los persiguiera bajo la superficie. Uno de los dromones jakatakanos se deslizaba junto a ellos, a babor, a tiro de piedra, y el resto del pelotón se había puesto en fila para dar el espectáculo.

Botella sacudió la cabeza y después miró cuando llegó su sargento.

—¿Te encuentras algo mejor?

—Creo que sí. Dioses, me parece que ese reino de pesadilla me curó.

—Pues no tienes mejor pinta.

—Gracias, Botella. —Violín se incorporó un poco y se sentó, después miró al resto del pelotón—. ¡Por el aliento del Embozado! —explotó—. ¿Qué estáis haciendo?

Koryk, Sonrisas, Sepia y Chapapote se habían unido a Olor a Muerto, Rebanagaznates y Jarretesgrandes, de pie junto a la barandilla, delante del dromon que pasaba; bajo el

brazo izquierdo de cada soldado había una cabeza tiste andii.

Con el estallido de Violín, aparecieron en la cubierta Gesler y Tormenta.

Botella los vio abarcarlo todo con una mirada y entonces Gesler exclamó a voz en grito:

—¡Saludadlos!

Los soldados obedecieron y empezaron a saludar alegremente a lo que parecía una masa de soldados, infantes y (Botella entrecerró los ojos) oficiales que los miraban con fijeza.

—No pasa nada, sargento —dijo Sonrisas—. Solo pensamos que agradecerían un cambio de paisaje.

—¿Quién?

—Pues estas cabezas, por supuesto.

Y entonces Tormenta pasó corriendo hacia la popa, se bajó los calzones y se sentó en la barandilla con el trasero colgando, abierto. Con un gruñido salvaje, empezó a defecar.

Y mientras los camaradas que permanecían junto a la barandilla se volvían para clavar los ojos en el cabo chiflado, Botella se quedó hipnotizado por las espantosas expresiones de placer que había en esas cabezas cortadas. *Esas sonrisas…* El sedal que tenía Botella en las manos empezó a soltarse y después se desvaneció sin que el soldado se diera cuenta, una náusea repentina le invadió las tripas.

Y salió disparado hacia la baranda contraria.

El capitán Tierno tuvo una arcada.

—Qué asquerosidad.

El teniente Poros asintió.

—Y que lo diga. Dioses, pero ¿qué comió ese hombre para producir eso?

Se estaba reuniendo una multitud en la cubierta, los infantes y marineros contemplaban entre carcajadas las payasadas que no cesaban en el Silanda, a medio cable de distancia. El dromon jakatakano estaba a babor con una masa de espectadores en las cubiertas, silenciosos, observando.

—Eso es de lo más inusual —comentó Poros—. No están picando el anzuelo.

—Parecen cagados de miedo —dijo Tierno.

—Así que esos infantes se han hecho con una colección de cabezas —dijo Poros con un encogimiento de hombros.

—Idiota. Esas cabezas todavía están vivas.

—¿Están qué?

—Vivas, teniente. Lo sé por fuentes muy fiables.

—Comoquiera que sea, señor, ¿desde cuándo se han hecho los malazanos tan blanditos?

Tierno lo miró como miraría a una larva ensartada en un pincho.

—Sus poderes de observación son patéticos de verdad. Ese barco está repleto de untan. Cachorritos mimados de noble cuna. Mire esos puñeteros uniformes, ¿quiere? Las únicas manchas que tienen encima es de mierda de gaviota y eso es porque las gaviotas no hacen más que confundirlos con focas muertas, hinchadas.

—Tiene gracia, señor.

—Otro comentario como ese —dijo Tierno— y haré que el sastre le cosa la boca, teniente. Ja, estamos cambiando de rumbo.

—¿Señor?

—Por el amor del Embozado, ¿qué están haciendo esos cretinos?

Poros siguió la mirada furiosa de su capitán hacia la popa de su propio barco, donde dos soldados de la infantería pesada estaban sentados uno junto al otro, con los pantalones por los tobillos.

—Me arriesgaría a decir, señor, que Hanfeno y Senny están poniendo su granito de arena.

—Vaya allí y hágalos parar, teniente. ¡Ahora!

—¿Señor?

—¡Ya me ha oído! ¡Y quiero a esos dos castigados!

—¿Que paren, señor? ¿Y cómo lo hago?

—Le sugiero unos corchos. ¡Y ahora, muévase!

Poros se escabulló a toda prisa.

Oh, por favor, por favor, terminad antes de que yo llegue, por favor.

La despedida de la flota jakatakana incluyó a todos los barcos malazanos, un desfile de defecaciones que atrajo gaviotas de varias leguas a la redonda entre chillidos locos y descensos en picado. La consejera no había permanecido en cubierta mucho tiempo, pero tampoco dio ninguna orden para detener la diversión. Ni tampoco el almirante Nok, aunque Keneb observó que los marineros de los dromones de escolta y los transportes no participaban. El gesto pertenecía en exclusiva al Decimocuarto Ejército.

Y quizá tenía cierto valor. Keneb sabía que era difícil sacar conclusiones con ese tipo de cosas.

El viento los siguió empujando, del este hacia el sudeste, y antes de que sonara un cuarto de campanada, los jakatakanos se habían quedado muy atrás.

El destriant Run’Thurvian había aparecido poco antes y había observado las travesuras de los infantes de marina en

los barcos circundantes. Frunció el ceño durante un rato y cuando por fin vio a Keneb, se acercó.

—Señor —dijo—, estoy un tanto confundido. ¿Acaso no hay honor alguno entre los elementos del ejército mezla?

—¿Honor? En realidad, no, destriant. Las rivalidades les dan vida, aunque en este caso la cuestión resultó ser más bien unilateral y para encontrar la razón tendrá que mirar al Silanda.

Un asentimiento comprensivo.

—Por supuesto, el barco entretejido en hechicerías, donde se niega hasta el tiempo en sí.

—¿Conoce usted esa clase de hechicerías, destriant?

—Kurald Emurlahn, Tellann, Telas y un residuo toblakai, aunque en este último caso la naturaleza del poder es… incierta. Por supuesto —añadió— en eso no hay nada inusual. Entre los antiguos toblakai (según nuestras historias) podían surgir individuos, guerreros que se convertían en una especie de senda en sí mismos. Un poder que varía en eficacia y, al parecer, este tipo de talento en sangre fue menguando en las últimas generaciones de la civilización toblakai, se fue debilitando cada vez más. En cualquier caso —agregó el destriant con un encogimiento de hombros—, como ya he dicho, permanece un residuo en el Silanda. Toblakai. Lo que es bastante interesante, puesto que se creía que esa raza de gigantes se había extinguido.

—Se dice que quedan restos —comentó Keneb—, en la cordillera Fenn, al norte de Quon Tali. Primitivos, solitarios…

—Oh, sí —dijo Run'Thurvian—, de mestizos hay ejemplos conocidos, inmensamente disminuidos, por supuesto. Los trell, por ejemplo, y una tribu conocida con el nombre de barghastianos. Desconocen sus glorias pasadas, como usted sugiere. Puño, ¿me permite hacerle una pregunta?

—Por supuesto.

—La consejera Tavore. Parece que la relación con su emperatriz es ahora más tirante. ¿He conjeturado bien? Una noticia inquietante, dado lo que nos aguarda.

Keneb apartó la mirada y después se aclaró la garganta.

—Destriant, no tengo ni idea de lo que nos aguarda, aunque parece que usted sí. En cuanto a la emperatriz, una vez más, no imagino nada que pueda dar lugar a una desconfianza mutua. La consejera es la mano de la emperatriz. Una extensión de la voluntad de Laseen.

—Entonces la emperatriz no se sentiría inclinada —dijo Run'Thurvian— a amputarse esa mano, ¿no? Es un alivio oírlo.

—Bien, ¿por qué?

—Porque —dijo el destriant mientras se daba la vuelta— su Decimocuarto Ejército no será suficiente.

Si la madera pudiera agotarse por una tensión incesante, los barcos de la flota imperial estaban ya al límite a dos campanadas de la isla de Malaz la noche del segundo día, cuando el viento amainó de repente y una ráfaga fresca impregnó el aire; dio la sensación de que cada barco se encorvaba y se acomodaba un poco mejor entre las olas y, en lugar de un temporal seco y caluroso, llegó una brisa más suave.

A Kalam Mekhar le había dado por pasearse por la cubierta sin descanso, había perdido el apetito y tenía un nudo tenso en las tripas. Cuando se dirigía a popa por trigésima vez desde el atardecer, Ben el Rápido apareció a su lado.

—Laseen nos está esperando —dijo el mago supremo—. Y está allí Tayschrenn, como un escorpión bajo una roca. Kal, todo lo que estoy sintiendo…

—Lo sé, amigo mío.

—Como lo que sentía allá, a las afueras de Pale.

Dieron la vuelta y caminaron con lentitud. Kalam se rascó la barba.

—En aquel entonces teníamos a Whiskeyjack. Incluso a Dujek. Pero ahora… —rezongó por lo bajo, después giró los hombros.

—Hace mucho tiempo que no te veo hacer eso, Kal, ese encogimiento de hombros tuyo.

—Ya.

—Eso me había parecido. —El mago supremo suspiró, estiró la mano y cogió al asesino por el brazo cuando surgió una figura de la oscuridad delante de ellos.

La consejera.

—Mago supremo —dijo en voz muy baja—, quiero que cruce hasta el Silanda, por una senda.

—¿Ahora?

—Sí. ¿Hay algún problema?

Kalam percibió la inquietud de su amigo y se aclaró la garganta.

—Consejera, el mago supremo imperial Tayschrenn está, eh, justo ahí delante.

—No hace ningún sondeo —respondió ella—. ¿No es cierto, Ben el Rápido?

—No. ¿Cómo lo sabía usted?

Ella no hizo caso de la pregunta.

—Por una senda, de inmediato, mago supremo. Debe recoger a Violín y al soldado llamado Botella. Informe al sargento de que ha llegado el momento.

—¿Consejera?

—De echar una partida. Lo entenderá. Después, los tres deben regresar aquí, donde se reunirán conmigo, con Kalam, el puño Keneb, T’amber y Apsalar, en mi camarote. Tiene un

cuarto de campanada, mago supremo. Kalam, venga conmigo, por favor.

Una de las partidas de Violín.

¡Dioses del inframundo, una partida!

Un mocasín dio un golpe seco en el costado de Botella. Este se incorporó con un gruñido, todavía muy dormido.

—¿Eres tú, Sonrisas? Ahora no… —Pero no, no era Sonrisas. El corazón se le despertó con un vuelco y un tamborileo salvaje—. Oh, mago supremo, eh. Ah. ¿Qué pasa?

—En pie —siseó Ben el Rápido—. Y sin hacer ruido, maldito seas.

—Demasiado tarde —murmuró Koryk desde su petate, no muy lejos.

—Mejor que no lo sea, soldado —dijo el hechicero—. Haces otro sonido más y te meto la cabeza por el trasero del siguiente soldado.

Una cabeza se levantó de las mantas.

—Seguro que la vista sería mejor que la que tengo ahora… señor. —Después volvió a acomodarse en el suelo.

Botella se puso en pie, tenía frío pero sudaba.

Y se encontró mirando el rostro desdichado de Violín, que se cernía detrás del mago supremo.

—¿Sargento?

—Tú solo síguenos a popa, Botella.

Los tres se abrieron camino entre las formas dormidas por el centro de la cubierta.

Botella se dio cuenta de que había un extraño aroma en el aire. Conocido, pero…

—Sargento, llevas esa nueva baraja que tienes…

—Tú y tu maldita rata —murmuró Violín—, lo sabía, cabrón mentiroso.

—No fui yo —empezó a decir Botella, después se quedó callado. *Dioses del inframundo, hasta yo lo encuentro patético. Intenta algo mejor*—. Solo miraba por tus intereses, sargento. Tu taba afeitada en la manga, ese soy yo.

—Ja, ¿dónde habré oído eso antes, eh, Rápido?

—Callaos los dos. Vamos a cruzar ahora. Cogeos por los cinturones…

Botella parpadeó y apareció en otra cubierta y, justo delante, unos escalones que bajaban. *Que el Abismo me lleve, qué rápido. Rápido y… atroz.*

Ben el Rápido les hizo un gesto para que lo siguieran, bajó y tuvo que agachar el cuerpo, se detuvo tras cruzar el pasillo con tres zancadas y llamó a una puerta que quedaba a su izquierda. Se abrió de inmediato.

T'amber, los ojos que le daban nombre examinaron a los tres hombres apiñados en el estrecho pasillo. Después retrocedió un paso.

La consejera estaba de pie detrás de su silla, ante la mesa de mapas. El resto se había sentado y Botella se quedó mirando con expresión perturbada a unos y otros. El puño Keneb. Apsalar. Kalam Mekhar.

Violín emitió un gemido bajo.

—Sargento —dijo la consejera—, ya tiene sus jugadores.

Jugadores.

Oh.

Oh, no.

—De verdad que no creo que esto sea buena idea —dijo el sargento.

—Quizá —respondió la consejera.

—Estoy de acuerdo —dijo T'amber—. O más bien, mi participación… como jugadora. Como dije antes, Tavore…

—No obstante —interpuso la consejera, que sacó la silla vacía que había enfrente de la que estaba reservada para Violín y se sentó a la izquierda de Keneb. Después se quitó los guantes—. Explique las reglas, por favor.

Keneb observó que Violín lanzaba miradas de impotencia y desesperación tanto a Kalam como a Ben el Rápido, pero ninguno quería mirarlo a los ojos y era obvio que los dos estaban disgustados. Así que el sargento se dirigió con esfuerzo a la última silla y se acomodó en ella.

—Es que es eso, consejera, no hay ninguna regla, salvo las que me invento sobre la marcha.

—Muy bien. Comience.

Violín se rascó la barba, que empezaba a encanecer. Tenía los ojos clavados en T'amber, sentada a la izquierda de la consejera, justo enfrente de Keneb.

—Esta es tu baraja —dijo el sargento, la levantó para que la vieran y después la posó sobre la mesa—. Tiene cartas nuevas.

—¿Y qué quieres decir con eso? —preguntó la joven.

—Solo eso. ¿Y tú quién Embozado eres?

Un encogimiento de hombros.

—¿Importa?

Un gruñido de Kalam Mekhar, a la derecha de Keneb. Más allá del asesino, en el mismo lado y justo a la izquierda de Violín, estaba Apsalar. Botella estaba a la derecha del sargento, con el mago supremo a su lado. *El único que no tiene sitio aquí, en realidad, soy yo. ¿Dónde está Blistig? ¿Nok? ¿Temul, Nada y Menos?*

—Última oportunidad —le dijo Violín a la consejera—. Lo dejamos ahora…

—Comience, sargento.

—Botella, búscanos un poco de vino.

—¿Sargento?

—Primera regla. Vino. Todo el mundo tiene su copa. Salvo el repartidor, que recibe ron. A ello, Botella.

Cuando el joven soldado se levantó, Violín recogió las cartas.

—El jugador a la derecha del repartidor tiene que servir copas durante la primera mano. —Lanzó una carta boca abajo que se deslizó torcida y se detuvo delante de Ben el Rápido—. El mago supremo tiene la última carta. La última carta se reparte la primera, pero no se enseña hasta el final.

Botella volvió con las copas. Puso la primera delante de la consejera, después T'amber, Keneb, Rápido, Kalam, Apsalar, Violín y por fin una delante de su silla vacía. Cuando regresó con dos jarras, una de vino y otra de ron falari, Violín levantó una mano y lo detuvo.

En rápida sucesión, el sargento arrojó cartas en el mismo orden que había seguido Botella para poner las copas.

De repente, ocho cartas boca arriba marcaban el campo y Violín, tras hacerle un gesto a Botella para que se acercara con el ron, empezó a hablar.

—El repartidor recibe el Soldado de la Gran Casa de Vida, pero es agridulce, lo que significa que es para él y solo para él, dado lo tardío de la hora. La silla vacía recibe la Tejedora de Vida, y la señora necesita un baño, pero a nadie le sorprende. Así que tenemos dos de Vida para empezar. —Violín observó a Botella mientras le servía el ron—. Y por eso Kalam está mirando a un Neutral. El Obelisco, la diosa Dormida, tienes un campo invertido, Kal. Lo siento, pero no se puede hacer nada. —Se tomó el ron de un trago y volvió a tender la copa, interrumpiendo así los esfuerzos de Botella por llenar las otras de vino—. Apsalar tiene el Asesino de la Gran Casa de Sombra; oh, menuda sorpresa. Es la única carta que recibe…

—¿Quieres decir que gano yo? —preguntó ella, y arqueó una ceja con gesto sardónico.

—Y pierdes, también. Buena jugada interrumpirme así, estás aprendiendo. Y ahora, que nadie más diga una maldita cosa a menos que queráis subir las apuestas. —Se terminó la segunda copa—. Pobre Ben el Rápido, tiene que lidiar con Matavida, y eso lo mete en un agujero, pero no en el agujero en el que cree que está, en un agujero diferente. Y ahora T'amber, ha abierto la partida con esa carta. El Trono, y está cambiando de posición sin parar. La carta eje, así pues…

—¿Qué es una carta eje? —preguntó Botella, que por fin se sentaba.

—Cabrón, sabía que no podía confiar en ti. Es el gozne, por supuesto. Termínate ese vino, ahora tienes que beber ron. Eres muy listo, ¿eh? Ahora el puño Keneb, bueno, qué curioso. El Señor de los Lobos, la carta del trono de la Gran Casa de Guerra, y mira el aspecto funesto que tienen. Puño, ¿dónde se oculta Larva estos días?

—En el barco de Nok —respondió Keneb, perplejo y embargado por un temor extraño.

—Bueno, eso lo saca a usted de la partida, aunque todavía tiene cuatro cartas más, dado que hemos corregido el rumbo y el promontorio del nordeste se alza dos grados a estribor. En setenta latidos nos deslizaremos muy cerca de esa costa rocosa y el barco de Nok estará más próximo incluso. Larva se tirará por la borda. Tiene tres amigos viviendo en las cuevas del acantilado y aquí están sus cartas… —Tres más salieron deslizándose y se detuvieron cuando superaron el centro de la mesa—. Corona, Cetro, Orbe. Hmm, vamos a pasarlas por alto de momento.

Keneb se levantó a medias.

—¿Se tira por la borda?

—Relájese, volverá. Así que llegamos a la carta de la consejera. Casa de Guerra, Guardianes del Camino, o los Muertos, el título es incierto así que elija usted. —Violín arrojó otra carta, que se deslizó junto a la primera—. Oponn. Como pensaba. Decisiones que todavía hay que tomar. ¿Será el empujón o el tirón? ¿Y qué tiene eso que ver con esta? —Una que rozó la mesa y terminó justo en el centro, enfrente de Kalam y Ben el Rápido—. Heraldo de la Gran Casa de Muerte. Una carta claramente inactiva y caduca en este campo, pero veo un Guantelete Oxidado…

—¿Un qué? —preguntó Kalam Mekhar.

—Justo ahí, delante de mí. Una nueva Bebida que Botella, en su ebriedad, acaba de inventar. Ron y vino, mitad y mitad, soldado, sírvenos, y tú también, eso es lo que te pasa por poner esa cara.

Keneb se frotó la suya. No había tomado más que un solo sorbo de vino, pero ya estaba borracho. *Hace calor aquí dentro.* Se sobresaltó cuando aparecieron cuatro cartas en fila delante de la que ya tenía ante él.

—La Tejedora de Muerte, la Reina de Oscuridad, la Reina de Vida y, oh, el Rey Encadenado. Como cruzar un arroyo de piedra en piedra, ¿eh? ¿Espera ver a su mujer pronto, puño? Olvídelo. Ella lo ha dejado por un noble untan, y, oh, vaya, ¡si es el mismísimo Exent Hadar! Apuesto a que no lo miró a la cara, seguro que no hizo el menor caso de usted, eso es culpabilidad y suficiencia a partes iguales, ¿sabe? Debe de haber sido la barbilla débil lo que le robó el corazón a la dama. Pero mírese, señor, si parece aliviado y todo, y esa es una mano que nos supera a todos, y aunque estaba fuera cuando se trata de ganar, vuelve a entrar cuando se trata de perder, aunque en este caso, usted gana cuando pierde, así que, relájese.

—Bueno —murmuró Botella—, pos’espedo no ganad nunca’na de’sas manos.

—No —le dijo Violín—, tú lo tienes fácil. Es ella la que juega y la que toma y así… —Una carta cayó con estrépito ante el soldado de los ojos como platos—. Matamuerte. Ya puedes dormir, Botella, estás acabado por esta noche.

Los ojos del hombre se cerraron de inmediato y se fue deslizando de la silla, el mueble arañó el suelo al echarse hacia atrás. Keneb oyó que la cabeza del tipo caía con un golpe seco en los tablones, un solo golpe.

Sí, eso estaría bien. Exent Hadar. ¡Dioses, mujer!, ¿en serio?

—Bueno, ¿y cómo pasa Kalam de Heraldo de Muerte a Obelisco? Veamos. ¡Ah, el Rey de la Gran Casa de Sombra! Ese furtivo taponcete lleno de babas, ¡mira qué cara de satisfacción! A pesar del sudor en el labio superior… ¿quién se ha quedado frío aquí dentro? Manos arriba, por favor.

De mala gana… Kalam, T’amber y luego Apsalar todos levantaron las manos.

—Bueno, más feo no puede ponerse. Las botellas pasan a ti, Apsalar, ahora que Botella está encorchado. Esta es para ti, T’amber. La Virgen de Muerte, hasta aquí llegas. Estás fuera, así que tranquilízate. Kalam tiene frío, pero no recibe otra carta porque no la necesita, y ahora sé a quién empujan y de quién tiran y añadiré el nombre a la endecha que sigue. Y ocupémonos de los de sangre caliente. Ben el Rápido recibe el Consorte Encadenado, pero él es de Siete Ciudades y acaba de salvar la vida de su hermana, así que no es tan malo como podría haber sido. En cualquier caso, para ti se acabó. Bueno, ¿a quién deja eso?

Silencio por un momento. Keneb se las arregló para levantar la cabeza plúmbea, frunció el ceño y contempló el montón de cartas esparcidas por toda la mesa.

—Pues quedaríamos usted y yo, sargento —dijo la consejera en voz baja.

—¿Tiene frío? —le preguntó Violín al tiempo que se tomaba otra copa de Guantelete Oxidado.

—No.

—¿Calor?

—No.

Violín asintió y dejó la copa vacía de golpe en la mesa para que Apsalar se la volviera a llenar con vino y ron.

—Sí. —Hizo flotar una carta por toda la mesa. Se posó sobre la primera carta—. Señor de la Baraja. Ganoes Paran, consejera. Su hermano. Hasta al hierro frío, Tavore Paran, hay que templarlo. —Levantó otra carta y la posó ante él—. El Sacerdote de Vida, ja, esa sí que es buena. Se acabó la partida.

—¿Quién gana? —preguntó la consejera, el rostro pálido como la cera, en un susurro.

—Nadie —respondió Violín—. Así es la Vida. —Se levantó de repente, se bamboleó y después se tambaleó hacia la puerta.

—¡Espera! —exigió Ben el Rápido tras él—. ¡Queda la carta boca abajo que hay delante de mí! ¡Dijiste que cierra la partida!

—Acaba de hacerlo —murmuró el sargento mientras se peleaba con el cerrojo.

—¿Entonces le doy la vuelta?

—No.

Violín salió dando tumbos al pasillo y Keneb escuchó los pasos irregulares del hombre que se perdían rumbo a las escaleras que llevaban a la cubierta. El puño sacudió la cabeza y se puso en pie. Después miró a los otros.

No se había movido nadie.

Con un bufido, Apsalar se levantó y salió. Si estaba tan borracha como Keneb se sentía, no se le notaba en absoluto.

Un momento después, tanto Ben el Rápido como Kalam la siguieron.

Bajo la mesa, Botella roncaba.

Keneb se dio cuenta poco a poco de que la consejera y T'amber miraban la carta a la que no habían dado la vuelta. Entonces, con un siseo de frustración, Tavore estiró la mano y la giró. Tras un momento, se levantó a medias y se inclinó sobre la mesa para leer el título.

—El Caballero de Sombra. Jamás he oído hablar de esa carta. T'amber, quién, qué…

—Yo no —la interrumpió T'amber.

—¿Tú no qué?

La mujer miró a la consejera.

—Tavore, jamás he visto esa carta y desde luego yo no la pinté.

Las dos mujeres se quedaron calladas otra vez, ambas mirando la extraña carta. Keneb luchó por concentrarse en la turbia imagen.

—Es uno de esos pieles grises —dijo.

—Tiste edur —murmuró T'amber.

—Con una lanza —continuó el puño—. Un piel gris como los que vimos en esos barcos negros… —Keneb se echó hacia atrás, la cabeza le daba vueltas—. No me encuentro muy bien.

—Por favor, quédese un momento, puño. T'amber, ¿qué acaba de pasar aquí?

La otra mujer sacudió la cabeza.

—Jamás he visto un campo tendido de ese modo. Era… caótico, perdona, no me refería a en un sentido elemental. Como una roca rebotando por un barranco, saltando de un sitio a otro, pero allí donde golpeaba, acertaba.

—¿Puedes encontrarle algún sentido?

—No mucho. Todavía no. —Dudó y examinó las cartas esparcidas por toda la mesa de mapas—. La presencia de Oponn fue… inesperada.

—El empujón o el tirón —dijo Keneb—. Alguien está indeciso sobre algo, eso es lo que dijo Violín. ¿Quién decía que era?

—Kalam Mekhar —respondió la consejera—. Pero el Heraldo de Muerte interviene…

—El Heraldo no —interpuso T'amber—, sino una versión inactiva, un detalle que creo es crucial.

Fuera de la habitación, unos gritos apagados anunciaron que tenían a la vista el puerto de Malaz. La consejera miró a Keneb.

—Puño, estas son sus órdenes para esta noche. Se queda al mando del Decimocuarto. Nadie puede desembarcar, salvo a los que yo despache en mi propio nombre. Con la excepción del Lobo de Espuma, todos los demás barcos han de permanecer en el puerto en sí; que se omitan todas las órdenes para amarrar la flota en un malecón o en un embarcadero hasta que yo les informe de lo contrario.

—Consejera, cualquiera de esas órdenes, si llegan a mí, serán de la emperatriz en persona. ¿He de hacer caso omiso de ellas?

—Ha de entenderlas mal, puño. Dejo los detalles de ese malentendido a su imaginación.

—Consejera, ¿dónde estará usted?

La mujer lo estudió por un momento y después pareció tomar una decisión.

—Puño Keneb, la emperatriz me aguarda en la fortaleza de Mock. Supongo que no aguardará hasta la mañana para hacerme llamar. —Un destello de emoción en su rostro—. Los soldados del Decimocuarto Ejército no regresan como

héroes, al parecer. No expondré sus vidas a riesgos innecesarios. Hablo en particular de los wickanos y de las Lágrimas Quemadas de los khundryl. En cuanto a los perecederos, la naturaleza de su alianza depende de mi conversación con la emperatriz. A menos que las circunstancias aconsejen un cambio, supongo que su despliegue concierne a Laseen, pero debo aguardar su recado sobre eso. En último caso, puño, es decisión de la espada mortal Krughava, ¿los perecederos desembarcan y se presentan ante la emperatriz como hicieron con nosotros o, si los acontecimientos se tornan desafortunados, se van de aquí? Lo que intento decir, Keneb, es que tienen que ser libres de elegir.

—¿Y la opinión del almirante Nok sobre eso?

—Estamos de acuerdo.

—Consejera —dijo Keneb—, si la emperatriz decide que los perecederos se queden, podríamos terminar con una batalla en el puerto de Malaz. Malazanos contra malazanos. Podría ser el comienzo de una maldita guerra civil.

Tavore frunció el ceño.

—No anticipo nada tan extremo, puño.

Pero Keneb insistió.

—Discúlpeme, pero creo que es usted la que lo ha entendido mal. Los perecederos juraron servirla a usted, no a la emperatriz.

—Eso no querrá escucharlo —dijo T'amber con un tono inesperado de frustración en la voz, se acercó adonde dormía Botella y le dio una patada que provocó un gruñido y después una tos—. Arriba, soldado. —A T'amber no parecía importarle la mirada furiosa que la consejera había clavado en ella.

No, idiota, Keneb, no es que no le importe, precisamente.

—Ya tiene sus órdenes, puño —dijo Tavore.

—Sí, consejera. ¿Quiere que saque a este infante de aquí?

—No. Debo hablar con Botella en privado. Puede irse ya, Keneb. Y gracias por venir esta noche.

Estoy bastante seguro de que no tenía elección. Cuando llegó a la puerta miró atrás y contempló una vez más las cartas. El Señor de los Lobos, la Tejedora de Muerte, las Reinas de Oscuridad y Vida y el Rey Encadenado.

El Señor de los Lobos… eso tienen que ser los perecederos.

Dioses del inframundo, creo que ha empezado.

En el muro de la fortaleza de Mock que daba al puerto, Perla observaba desde el parapeto las formas oscuras de la flota imperial que giraban sin prisas y entraban en las aguas tranquilas de la bahía. Transportes enormes, como bhederin demasiado grandes, y, en los flancos, los dromones que los escoltaban, esbeltos como lobos. Los ojos de la garra se entrecerraron para distinguir los barcos extranjeros que navegaban en medio de los otros. Enormes, con dos cascos… formidables. Parecía haber muchos.

¿Cómo habían llegado tan rápido? ¿Y cómo sabía la emperatriz que iban a llegar? La única respuesta posible a la primera pregunta era: por una senda. Pero ¿quién entre el séquito de la consejera podía elaborar una puerta de tal poder y anchura? ¿Ben el Rápido? A Perla no le parecía muy probable. Al cabrón le gustaban los secretos, y le gustaba fingir que era un enclenque y a la vez algo bastante más letal, pero no engañaba ni impresionaba a Perla. No, el mago supremo de Tavore no tenía lo que hacía falta para abrir una brecha tan masiva.

Lo que deja a esos malditos extranjeros. Y eso sí que era inquietante. Quizá fuera el momento propicio para algún tipo de acción preventiva y encubierta. Cosa que sería, puesto que la emperatriz había llegado, posible después de todo. Y conveniente, *no tenemos ni idea de quién ha aparecido entre nosotros, justo en el corazón del Imperio. Una Armada extranjera, que llega casi sin oposición alguna… a solo unos pasos de la propia emperatriz.*

Iba a ser una noche con mucho que hacer.

—Perla.

La voz era baja, pero no le hizo falta darse la vuelta para saber quién había hablado. Sabía también que la emperatriz Laseen frunciría el ceño en una mueca de desaprobación si se diera la vuelta para mirarla. Las viejas costumbres. *No, simple paranoia.*

—Buenas noches, emperatriz.

—¿Te complace la vista?

Perla hizo una mueca.

—Ha llegado. Se puede decir que justo a tiempo para todos los implicados.

—¿Estás deseando verla otra vez?

—Viajé en su compañía durante algún tiempo, emperatriz.

—¿Y?

—Y, para responder a vuestra pregunta, me es… indiferente.

—¿Mi consejera no inspira lealtad?

—No conmigo, emperatriz. Ni, creo, con los soldados del Decimocuarto Ejército.

—Y sin embargo, Perla, ¿les ha fallado? ¿Una vez siquiera?

—Y’Ghatan…

La voz aparentemente incorpórea lo interrumpió.

—No seas idiota. Somos tú y yo, Perla, los que hablamos aquí. En absoluta privacidad. Lo que ocurrió en Y'Ghatan no podía anticiparse, nadie podría haberlo hecho. Dadas las circunstancias, las acciones de la consejera Tavore fueron las adecuadas y, de hecho, hasta loables.

—Muy bien —dijo Perla, recordando esa noche de llamas… los chillidos lejanos que podía oír desde el interior de su tienda, *cuando, enfadado y herido, me escondí como un niño*—. Hechos aparte, emperatriz, el asunto depende de cómo se nos percibe.

—Sin lugar a dudas.

—La consejera Tavore pocas veces sale de algún acontecimiento (por benigno o fortuito que sea) sin mácula. Y no, no entiendo por qué debería ser así.

—El legado de Coltaine.

Perla asintió en la oscuridad. Después frunció el ceño. *Ah, emperatriz, ahora lo entiendo…*

—Así, el héroe muerto queda… desguarnecido. Su nombre se convierte en una maldición. Sus hazañas, una mentira. —*No, maldita seas, estuve lo bastante cerca para saber que no fue así. No…*—. Emperatriz, no funcionará.

—¿No lo hará?

—No. En su lugar, nos contaminamos todos. La fe y la lealtad se desvanecen. Todo lo que nos enorgullece se mancha. El Imperio de Malaz deja de tener héroes y, sin héroes, emperatriz, nos autodestruimos.

—Te falta fe, Perla.

—¿En qué, con exactitud?

—En la resistencia de una civilización.

—La fe que sugerís parece más una negación intencionada, emperatriz. Negarse a reconocer los síntomas porque así es más fácil. La complacencia no sirve para nada salvo para provocar la disolución.

—Puede que sea muchas cosas —dijo Laseen—, pero complaciente no es una de ellas.

—Disculpadme, emperatriz, no pretendía sugerir eso.

—Esa flota de catamaranes —dijo ella tras un momento— parece bastante siniestra. ¿Puedes percibir el poder que emana de ella?

—Un tanto.

—¿No se deduce, dada su aparición, Perla, que al aliarse con la consejera Tavore esos extranjeros percibieron en ella algo que nosotros no hicimos? Me pregunto qué podría ser.

—No me imagino sus motivos, emperatriz; todavía he de conocerlos.

—¿Es lo que deseas, Perla?

Como anticipaba.

—La verdad es que esos motivos no me interesan en demasía.

—Al parecer no hay mucho que lo haga estos días, Perla.

¿Y quién te ha dado ese informe en concreto, emperatriz? Perla se encogió de hombros y no dijo nada.

—La flota está anclando en la bahía —dijo la emperatriz de repente y fue a colocarse junto a Perla, las manos enguantadas posadas en la maltrecha piedra—. Allí, van a amarrar solo dos barcos. ¿Quién se ha creído esa mujer que es para dar esas órdenes? Y, lo que es quizá más significativo, ¿por qué el almirante Nok no ha revocado sus órdenes? Las banderas de señales están iluminadas, después de todo. No puede haber confundido mis órdenes.

—Emperatriz —dijo Perla—, no hay suficientes amarraderos para la flota en todo el puerto. Es posible que los barcos vayan a atracar en un orden concreto…

—No.

La garra se quedó callada, pero podía sentir el sudor que le picaba bajo las ropas.

—Su primer movimiento —susurró la emperatriz, y había algo parecido a una emoción intensa (o una satisfacción oscura) en su tono.

La veleta que había sobre la torre, tras ellos, emitió un chirrido y Perla se estremeció. *Sí, en una noche sin viento…* Bajó la vista, contempló la ciudad y vio antorchas en las calles. *Chispas en la yesca, la noticia de los recién llegados a la bahía salta de boca en boca, impaciente como la lujuria. Los wickanos han regresado y ahora la chusma se reúne… la rabia despierta.*

Así pues, emperatriz, necesitas que esos barcos atraquen, que las cuerdas se lancen rápido.

Necesitas que las víctimas desembarquen, para que empiecen a rugir las llamas.

La emperatriz dio media vuelta.

—Sígueme.

Regresaron por el parapeto del vigía y cruzaron la pasarela hasta la torre en sí. Las zancadas de la mujer eran seguras, casi impacientes. Bajo el arco de la entrada, entre las dos formas envueltas en mantos y capuchas de unas garras, Perla sintió las sendas de las dos abiertas, el poder que rodaba, invisible, en sus manos ocultas.

Un pasillo largo y mal iluminado, los adoquines combados allí donde se había asentado el subsuelo, marcaban el lugar donde una grieta enorme había atravesado la fortaleza entera. *Un día todo este maldito lugar se derrumbará sobre la bahía, y que se pudra.* Por supuesto, los ingenieros y magos les habían asegurado a todos que no se correría ese riesgo hasta medio siglo después o más. *Una pena.*

Un cruce, la emperatriz lo llevó hacia la izquierda, oh, sí, estaba familiarizada con el sitio donde, años atrás, había asesinado al emperador y a Danzante. *Asesinato. Si se le podía llamar así. Más bien fue una cómplice involuntaria.*

Siguieron por otro pasillo ladeado y por fin llegaron ante las puertas de una cámara de reuniones. Donde se encontraban dos garras más, la de la izquierda se volvió al verlos y tiró de la puerta de la izquierda a tiempo para que la emperatriz pasara sin modificar el paso.

Perla la siguió, sus pasos se ralentizaron de repente en cuanto entró en la habitación.

Ante él una larga mesa con forma de «T». La disposición de un tribunal. Se encontró en la intersección. Una silla más alta marcaba la cabecera, en el cabo del eje vertical, y ese modesto trono estaba flanqueado por unas figuras ya sentadas, aunque las dos se levantaron con la llegada de Laseen.

Mallick Rel.

Y Korbolo Dom.

A Perla le costó un triunfo contener el asco. Justo delante de él estaban los respaldos de tres sillas a lo largo del eje horizontal. Dudó un momento.

—¿Dónde, emperatriz —preguntó—, me siento yo?

La emperatriz se acomodó en el trono y lo contempló por un momento, después alzó una fina ceja.

—Perla, no espero que asista. Después de todo, indicó que no tenía especial interés en ver a la consejera de nuevo, así que lo dispensaré de esa carga.

—Entiendo. ¿Entonces qué es lo que deseáis que haga?

El sacerdote jhistal sentado a la derecha de la emperatriz se aclaró la garganta antes de hablar.

—Una misión onerosa pero esencial, Perla, recae sobre usted. Se ha de organizar algo, ¿de acuerdo? Hay que despachar una mano que encontrará reunida en la Puerta. Una única muerte. Un borracho que frecuenta la posada del Colgado de Gallera. Su nombre: Banaschar. Después de lo

cual, puede regresar a su alojamiento y aguardar allí sus próximas instrucciones.

Los ojos de Perla continuaron clavados en los de la emperatriz, trabados en los femeninos, pero la mujer no dejó traslucir ninguna emoción, como si lo desafiara a preguntar lo que tanto ansiaba: *¿una garra acepta ahora órdenes de un sacerdote jhistal de Mael? ¿Un hombre al que trajeron encadenado no hace tanto tiempo?* Pero sabía que el silencio de la mujer le daba la respuesta que buscaba. Apartó la vista de ella y estudió a Korbolo Dom. El bastardo napaniano vestía las galas de puño supremo. Al ver la expresión satisfecha y desdeñosa del tipo, a Perla empezaron a picarle las palmas de las manos. *Dos cuchillos, mis favoritos, que rebanan poco a poco esa cara, toda ella, dioses, qué más da eso, podría enterrarle una hoja en la maldita garganta ahora mismo, quizá sería lo bastante rápido, quizá no. Ese es el problema. La garra oculta en esta habitación acabará conmigo, por supuesto, pero quizá no anticipen… no, no seas tonto, Perla.* Volvió a mirar una vez más a la emperatriz y algo en la expresión de la mujer le dijo que Laseen había comprendido, en toda su extensión, los deseos con los que él contendía… y le divertían.

Con todo, Perla vaciló. Comprendió que era el momento de alzar la voz. De intentar convencerla de que había invitado a dos buitres, encaramados en ese momento uno a cada hombro, y que lo que ansiaban no eran las personas que en muy poco tiempo se sentarían ante ellos, no, lo que querían era el trono que flanqueaban. *Y te matarán, Laseen. Te matarán.*

—Puede irse ya —dijo Mallick Rel con voz sibilante.

—Emperatriz —se obligó a decir Perla—, por favor, pensad bien en las palabras de Tavore de esta noche. Es

vuestra consejera y nada ha cambiado eso. Nadie puede cambiar eso…

—Gracias por su consejo, Perla —dijo Laseen.

La garra abrió la boca para añadir algo más y después la volvió a cerrar. Se inclinó ante su emperatriz, dio media vuelta y salió del aposento. *Y así, Perla, se lo arrojas al regazo de Tavore. Todo. Maldito cobarde.*

Con todo, ¿quién mató a Lostara Yil? Bueno, consejera, esa indiferencia siempre termina dando su amargo fruto.

Que así fuera. Esa noche les pertenecía a ellos. De Korbolo Dom podía encargarse otra noche, a placer, y sí, desde luego que lo haría. Y quizá también de ese lagarto sonriente de sacerdote. ¿Por qué no? Topper había desaparecido, y con toda probabilidad estaba muerto. Así que Perla actuaría en nombre del Imperio. No en nombre de Laseen, sino en el del Imperio, y ese era un ejemplo (más claro que cualquier otro que se le pudiera ocurrir) en el que las dos lealtades chocaban. *Pero como siempre con la Garra, como contigo una vez, hace mucho tiempo, emperatriz, la elección es obvia. Y necesaria.*

A pesar de toda la bravuconería de sus pensamientos mientras bajaba al patio, otra voz le susurraba una y otra vez, atravesaba su cabeza una vez y otra. Una palabra que le quemaba como ácido, una palabra…

Cobarde.

Perla frunció el ceño y descendió los niveles de la torre. Una mano aguardaba para que se le encomendara la tarea de asesinar a un antiguo sacerdote borracho. Y en eso Perla también había esperado demasiado tiempo. Podría haber forzado las cosas y haberlas sacado a la luz, haber acudido a Tayschrenn, ese malnacido prácticamente se había sepultado en vida, por no hablar de aquel nido de ayudantes

ocultos. Oh, el mago supremo imperial quería estar cerca de todo. *Pero sin implicarse.*

Pobre Banaschar, un erudito confuso y obsesionado que solo quería hablar con un viejo amigo. Pero Mallick Rel no quería que molestaran a Tayschrenn. *Porque el sacerdote jhistal tiene planes.*

¿Era Laseen en realidad tan necia? Era imposible que la emperatriz confiara en ellos. Entonces, ¿qué sentido tenía colocar a esos dos hombres en esa cámara? ¿Para desequilibrar a Tavore? *¿Desequilibrar? Más bien una bofetada en plena cara. ¿Es realmente necesario, emperatriz? Da igual Tavore, no puedes usar así a hombres como Mallick Rel y Korbolo Dom. Se volverán contra ti, como las víboras que son.*

El riesgo de desatar falsos rumores era que podían ser demasiado eficaces y atrapar al mentiroso en la mentira, y Perla empezó a darse cuenta de algo… una posibilidad. Para arruinar el nombre de Coltaine había que elevar el de su enemigo. Korbolo Dom, de traidor a héroe. De algún modo… *no, no quiero saber los detalles.* Laseen no podría ejecutar, ni siquiera encarcelar a un héroe, ¿verdad? De hecho, tendría que ascenderlo. *Emperatriz, te has dejado atrapar tú sola. No, no puedo creer que no seas consciente de ello…*

Ralentizó sus pasos. Había llegado a la planta principal y estaba a diez pasos de la poterna que lo llevaría por la base de la muralla, un camino de sombras que lo conducía a la puerta principal.

¿Qué intentas contarle a tu consejera, entonces? ¿El extremo peligro en el que te encuentras? Le pides a Tavore… ¿ayuda? ¿Y ella, al entrar en ese aposento, se encontrará en condiciones de ver y comprender tu ruego? Por el amor del Embozado, Laseen, esto podría salir muy, pero que muy mal.

Perla se detuvo. Podía hacer lo que había que hacer, en ese mismo momento. Acercarse a la torre del este y derribar de una patada la puerta de Tayschrenn. Y decirle al muy idiota lo que necesitaba oír. Podría…

Dos figuras encapuchadas aparecieron ante él. Garras. Las dos se inclinaron y después habló la de la izquierda.

—Garra, nos han informado de que nuestro objetivo está instalado en la posada del Colgado. Hay un meadero en el callejón de detrás, que el tipo frecuentará a lo largo de la noche.

—Sí —dijo Perla, agotado de repente—. Eso sería ideal.

Las dos figuras encapuchadas que tenía delante esperaron.

—¿Hay más? —preguntó Perla.

—En estos asuntos es usted el que debe dar la orden.

—¿Qué asuntos?

—Señor, matar indeseables.

—Sí. Continúe.

—Solo eso, señor. Este objetivo nos lo comunicó… otra parte. Alguien que esperaba obediencia incontestable.

Perla entrecerró los ojos.

—El asesinato de esta noche… —dijo después—. No podría ejecutarse sin mi orden directa.

—Buscamos… confirmación.

—¿No confirmó la propia emperatriz las palabras del jhistal?

—Señor, no lo hizo. No… no dijo nada.

—Sin embargo, estaba presente.

—Lo estaba.

¿Y qué tengo que pensar yo ahora? ¿Solo estaba largando cuerda suficiente? ¿O a ella también le daba miedo Tayschrenn y por tanto estaba encantada de desatar a

Mallick Rel contra Banaschar? *¡Maldita sea! No sé lo suficiente. Así que, de momento, no hay alternativa.*

—Muy bien. La orden está dada.

La Garra, Mallick Rel, no es tuya. Y la emperatriz se ha… abstenido. No, parece que hasta que regrese Topper, si regresa, la Garra es mía. Muy conveniente, también, Laseen, que te trajeras a seiscientos contigo…

Los dos asesinos se inclinaron y después partieron por la poterna.

Claro que, ¿por qué tenía la sensación de que era a él al que estaban utilizando? Y peor todavía, ¿por qué tenía la impresión de que ya no le importaba? No, estaba bien. Esa noche no pensaría, solo obedecería. Mañana, bueno, ese era otro asunto, ¿no? *Mañana revolveré a patadas lo que quede. Y decidiré lo que haya que decidir. Ahí lo tienes, emperatriz. Mañana, el nuevo patrón de la Garra una vez más hace limpieza general. Y quizá… quizá eso sea lo que me pides. O lo que ya me has pedido, porque no fue para la consejera para quien reuniste ese tribunal, ¿verdad? Acabas de darme el mando de seiscientos magos-asesinos, ¿no es cierto? ¿Para qué otra cosa iban a ser?*

Lo cierto era que no podía adivinar lo que pensaba la emperatriz Laseen y desde luego no era el único que se encontraba en esa tesitura.

Los nervios se le despertaron como serpientes en el estómago, nacidos de temores repentinos que era incapaz de comprender. *Seiscientos…*

Asúmelo, Perla. La consejera no mató a Lostara. Fuiste tú. Tú la mandaste marchar y ella murió. Y no hay más.

Pero eso no cambia nada. Lo que yo haga ahora no cambia las cosas.

Que se mueran todos.

Perla se dio la vuelta y se dirigió a sus habitaciones. Para esperar más órdenes. *Seiscientos asesinos que desatar… pero ¿contra quién?*

Hellian decidió que odiaba el ron. Quería otra cosa, algo no tan dulce, algo más adecuado a su naturaleza. Estaba oscuro, el viento era cálido y húmedo, pero iba amainando y el puerto de Malaz parecía susurrar una invitación, como el aliento de un amante en la nuca.

La sargento se encontraba en cubierta observando al Lobo de Espuma, que se adelantaba al resto de los barcos con el Silanda siguiendo su estela. Sin embargo, a su alrededor comenzaba a oírse el traqueteo líquido de las cadenas de las anclas que se deslizaban hasta el agua, y la nave se detuvo con un tirón bajo sus pies. Hellian miró como una loca a su alrededor y maldijo.

—Cabo —dijo.

—¿Yo? —preguntó Pejiguero tras ella.

—¿Yo? —preguntó Sinaliento.

—Eso es, tú. ¿Qué pasa aquí? Mira, hay soldados en los muelles, y admiradores. ¿Por qué no entramos? Están saludando. —Hellian les devolvió el saludo, pero no era muy probable que pudieran verlo, casi no había luces en la flota —. Oscuridad y oscuridad —murmuró la sargento—, como si fuésemos un perro medio muerto que vuelve arrastrándose a casa.

—O como si fuera muy tarde —dijo Sinaliento— y tú no tenías que estar con la amiga de tu madre, sobre todo cuando ma lo sabe y está esperando levantada con esa sartén abollada, pero a veces, ya sabes, las mujeres mayores vienen a por ti como un diablo ¿y qué puedes hacer tú?

—Así no, idiota —siseó Pejiguero—. Más bien como esa hija de ese sacerdote y dioses del inframundo, tú corres, pero no hay quien escape de maldiciones como esas, no de las de un sacerdote, por lo menos, lo que significa que tu vida está condenada para siempre jamás, aunque a Ascua le importe un pimiento, total, está durmiendo, ¿no?

Hellian se dio la vuelta y se quedó mirando un espacio situado justo en medio de los dos hombres.

—Escucha, cabo, decídete de una puñetera vez; claro que, ni te molestes. No me interesaba. Te estaba haciendo una pregunta y si no sabes responder, entonces no digas nada.

Los dos hombres intercambiaron una mirada, después Sinaliento se encogió de hombros.

—No desembarcamos, sargento —dijo—. Acaba de llegar recado.

—¿Están locos? Por supuesto que desembarcamos, acabamos de navegar un millón de leguas. Cinco millones, incluso. Hemos soportado fuegos y tormentas, luces verdes en el cielo y noches con el tembleque, mandíbulas rotas y ese maldito pis de rhizano que llamaban vino. Esa es la ciudad de Malaz, ahí delante, justo ahí, y ahí es adonde voy yo, cabo Sinaguero Pejialiento, y me da igual cuántos brazos tengas, yo voy y punto. —Se dio media vuelta, echó a andar, llegó a la barandilla, se inclinó y de repente había desaparecido.

Sinaliento y Pejiguero se quedaron mirándose el uno al otro de nuevo cuando resonó un intenso chapoteo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Pejiguero.

—A que se acaba de ahogar, ¿a que sí?

—Será mejor que informemos a alguien.

—Informamos y nos metemos en un lío de verdad. Estábamos aquí plantados, después de todo. Dirán que la

empujamos.

—¡Pero no la empujamos!

—Eso da igual. Ni siquiera estamos intentando salvarla, ¿no?

—¡Yo no sé nadar!

—Yo tampoco.

—Entonces deberíamos dar la alarma o algo.

—Hazlo tú.

—No, tú.

—Quizá deberíamos ir abajo, sin más, y decirle a la gente que la buscamos, pero que no la encontramos por ninguna parte.

Tras eso, los dos hicieron una pausa y miraron a su alrededor. Unas cuantas figuras se movían en la oscuridad, marineros que hacían cosas de marineros.

—Nadie vio ni oyó nada.

—Eso parece. Lo cual está muy bien.

—Pues sí. Entonces nos vamos abajo ahora. Levantamos las manos y no decimos nada.

—Nada no. Decimos que no la encontramos por ninguna parte.

—Claro, eso quiero decir. Nada es lo que quiero decir. Es decir, sobre lo de caer por la borda, esas cosas.

Una nueva voz tras ellos.

—Vosotros dos, ¿qué estáis haciendo en cubierta?

Los dos cabos se volvieron.

—Nada —dijeron al unísono.

—Venga, abajo, y quedaos allí.

Los dos se largaron a toda prisa.

—Tres en tierra —dijo la joven figura ataviada como un petimetre, los ojos clavados en los dados de hueso que se

detuvieron en la piedra curtida por los elementos.

Su gemela estaba de pie, contemplando la mole lejana, amenazante, de la fortaleza de Mock, el viento nocturno acariciaba las sedas chillonas que rodeaban su esbelta forma.

—¿Ves cómo se desarrolla? —le preguntó su hermano, que recogió los dados con un barrido de la mano—. Dime de verdad, ¿tienes alguna idea, alguna en absoluto, de la tremenda fuerza con la que tuve que luchar para retener nuestra carta durante esa horrenda partida? Sigo débil, mareado. Quería sacarnos a rastras, una y otra vez y después otra. Fue horripilante.

—Heroico, sin duda —murmuró ella sin volverse.

—Tres en tierra —dijo él otra vez—. Qué… inesperado. ¿Crees que ese pavoroso descenso sobre la isla Otataral fue el responsable? Es decir, ¿para el que en estos momentos está en camino? —Se irguió y fue a reunirse con su hermana.

Se encontraban en una torre idónea que se alzaba sobre la ciudad de Malaz, al sur del río. Para la mayor parte de los ciudadanos de la ciudad, la torre parecía estar en ruinas, pero era una ilusión mantenida por el hechicero que ocupaba los aposentos inferiores, un hechicero que parecía estar durmiendo. Los Gemelos, el dios y la diosa conocidos como Oponn, tenían la plataforma (y las vistas) para ellos solos.

—Desde luego es posible —admitió ella—, pero ¿no es ese el encanto de nuestros juegos, queridísimo? —Señaló con un gesto la bahía, a su derecha—. Han llegado y en estos mismos momentos algo se remueve entre los viles mortales de esos barcos, sobre todo en el Silanda. Mientras que en la feroz fortaleza de enfrente, el nido se despierta y desliza. Habrá trabajo para nosotros esta noche.

—Oh, sí. Para ti y para mí. Tirar, empujar, tirar, empujar. —Se frotó las manos—. Lo estoy deseando.

Su hermana lo miró de repente.

—¿Podemos estar seguros, hermano, de que comprendemos a todos los jugadores? ¿A todos ellos? ¿Y si uno se oculta de nosotros? Solo uno… salvaje, inesperado, tan terrible… podríamos terminar metidos en un lío. Podríamos terminar… muertos.

—Fue ese maldito soldado —gruñó su hermano—. ¡Robarnos nuestro poder! ¡Qué arrogancia, usurparnos en nuestro propio juego! ¡Quiero su sangre!

Su gemela sonrió en la oscuridad.

—Ah, cuánto fuego en tu voz. Así sea. Arroja los dados sobre su destino. Vamos. ¡Tira!

Él la miró con fijeza y después sonrió. Dio media vuelta y una mano arrojó las piezas con un gesto brusco, los dados chocaron, rebotaron, volvieron a chocar, después giraron y resbalaron y al fin se quedaron quietos.

Los Gemelos, respirando con fuerza y sincronizados perfectamente, se apresuraron a acercarse y se agacharon para estudiar la tirada.

Y entonces, si hubiera habido alguien allí para verlos, habría captado en sus sublimes rostros expresiones perplejas, ceños que se profundizaban, confusión enseñoreándose en ojos inmortales y, antes de que terminara la noche, puro terror.

Los inexistentes testigos sacudirían en ese momento la cabeza. *Nunca, queridos dioses. Nunca os metáis con los mortales.*

—Larva y tres amigos jugando en una cueva. Un soletaken con una espada robada. Togg y Fanderay y malditos

náufragos…

Atrapado desde la lectura de Violín en un pequeño camarote del tamaño de un armario en el Lobo de Espuma, Botella le daba los últimos toques al muñeco acurrucado en su regazo. Las órdenes de la consejera no tenían ningún sentido, pero no, se corrigió con una mirada enfadada, no las de la consejera. Todo, todo eso, todo pertenecía a esa belleza de ojos tostados, T'amber. *En el nombre del Embozado, ¿se puede saber quién es? Oh, da igual. Solo es la milésima vez que me hago esa pregunta. Pero es esa expresión que tiene en los ojos. Esa mirada astuta, como si se hubiera metido de cabeza en el centro de mi corazón.*

Y ni siquiera le gustan los hombres, ¿verdad?

Botella estudió el muñeco y su ceño se profundizó.

—Tú —murmuró—, jamás te había visto, ¿lo sabes? Pero aquí estás, con una astilla de hierro en la tripa, dioses, eso tiene que doler, cortando sin parar, siempre cortándote por dentro. Tú, señor, estás en alguna parte de la ciudad de Malaz y ella quiere que te encuentre, y no hay más. Una ciudad entera, mira tú, y yo tengo hasta el amanecer para dar con tu rastro. —Por supuesto el muñeco ayudaría un tanto, una vez que el pobre hombre estuviera lo bastante cerca como para que Botella pudiera mirarlo a los ojos y ver el mismo dolor que en ese momento expresaban esas lascas irregulares de conchas de ostra. Eso y los costurones de viejas cicatrices en los antebrazos, pero había mucha gente con esas mismas cicatrices, ¿no?

—Necesito ayuda —musitó.

Arriba, las voces de los marineros cuando el barco viró hacia el amarradero y un sonido más profundo, más lejano, procedente del muelle en sí. Y la sensación era… desagradable.

Nos han traicionado. A todos.

La puerta se abrió tras él con un chirrido.

—Estamos cerca —dijo la consejera—. El mago supremo está listo para enviarlo al otro lado, lo encontrará en mi camarote. Confío en que esté listo, soldado.

—Sí, consejera. —Se volvió y estudió el rostro de la mujer en la penumbra del pasillo, donde se hallaba. La emoción extrema que experimentaba la mujer en su interior se revelaba solo en la tensión alrededor de los ojos. *Desesperada.*

—No debe fallar, Botella.

—Consejera, las posibilidades que tengo en contra…

—T'amber dice que debe buscar ayuda. Dice que usted sabe quién.

T'amber, la mujer de los ojos malditos. Como una leona. ¿Qué tienen, maldita sea, esos ojos?

—¿Quién es esa mujer, consejera?

Un destello de algo parecido a la comprensión en la mirada de la mujer.

—Alguien… mucho más de lo que en otro tiempo fue, soldado.

—¿Y usted confía en ella?

—Confianza. —La consejera esbozó una ligera sonrisa—. Debe de saber, joven como es, Botella, que la verdad se encuentra en el tacto. Siempre.

No, no lo sabía. No entendía. No entendía nada. Suspiró, se levantó y se metió el blando muñeco bajo el chaleco, donde quedó acurrucado junto al cuchillo envainado, bajo el brazo izquierdo. Sin uniforme, sin insignia alguna que pudiera sugerir que era un soldado del Decimocuarto, la ausencia de fetiches lo hacía sentirse desnudo, vulnerable.

—De acuerdo —dijo.

La consejera lo llevó a su camarote y se detuvo ante la puerta.

—Entre. Yo debo irme a cubierta.

Botella dudó.

—Tenga cuidado, consejera —dijo después.

La mujer abrió los ojos, muy poco, después se giró y se alejó.

Kalam se encontraba en popa, entrecerrando los ojos para mirar la oscuridad más allá de donde estaban anclando los transportes. Le había parecido oír el cabrestrante de un bote largo a unos cables de la orilla. *En contra de cada puñetera orden que ha dado la consejera esta noche.*

Bueno, a él tampoco le hacían gracia esas órdenes. Ben el Rápido abriendo con mucho cuidado una ranura de una puerta, incluso esa ranura podrían detectarla y eso no le convendría nada al pobre Botella. Se estaría metiendo en un nido de garras. No tendría una sola oportunidad. ¿Y quién podría colarse por el otro lado?

Todo demasiado arriesgado. Todo demasiado… extremo.

Hizo rodar los hombros, los levantó y después los encogió para intentar aliviar la tensión. Pero la rigidez volvió solo momentos después. Le picaban las palmas de las manos bajo el cuero gastado de los guantes. *Decide, maldito seas. Tú decide.*

Algo se escabulló por las planchas de madera a su derecha y el asesino se giró y vio un esqueleto de reptil que le llegaba a la pantorrilla, la cabeza de morro largo se ladeó y las cuencas vacías de los ojos lo miraron con atención. La cola segmentada dio un papirotazo.

—¿No hueles bien? —siseó la criatura, las mandíbulas chasqueaban sin ritmo alguno—. ¿No huele bien, Cuajo?

—Oh, sí —dijo otra voz aflautada, esa vez a la izquierda de Kalam, que miró y vio un esqueleto parecido al primero

encaramado en la baranda de popa, casi a su alcance—. Sangre, fuerza, voluntad, intención, casi a la altura de nuestro cielito. Imagínate la lucha entre ellos, Telorast. ¿No sería algo digno de ver?

—¿Y dónde está? —preguntó Kalam con tono profundo—. ¿Dónde se esconde Apsalar?

—Se ha ido —dijo Cuajo meciendo la cabeza.

—Se fue —canturreó Telorast con otro papirotazo de la cola—. Ahora solo nos escondemos Cuajo y yo. Y no es que tengamos que hacerlo, por supuesto.

—Cuestión de conveniencia —explicó Cuajo—. Da miedo lo que hay por ahí esta noche. No tienes ni idea. Ni la menor idea.

—Sabemos quién está aquí, ¿sabes? Todos los que están.

Y entonces, en las aguas oscuras, Kalam oyó el crujido de unos remos. Pues sí, alguien había bajado un bote y se dirigía a la orilla. *Malditos idiotas, la chusma los hará pedazos.* Giró en redondo y se encaminó al centro de la cubierta.

El enorme amarradero apareció a estribor cuando el barco pareció girar y su flanco se acercó todavía más. El asesino vio subir a la consejera y se reunió con ella.

—Tenemos problemas —dijo sin más preámbulos—. Alguien va a la orilla en un bote.

Tavore asintió.

—De eso me han informado.

—Ah. ¿Y quién es?

T'amber intervino desde allí cerca.

—Hay cierta… simetría. Bastante amarga, por desgracia. En el bote, Kalam Mekhar, viaja el puño Tene Baralta y sus Espadas Rojas.

El asesino frunció el ceño.

—Quizá consideren probable —continuó T'amber— que la escolta que baje de la fortaleza de Mock para acompañarnos resulte insuficiente contra la chusma. —Pero no parecía haber demasiada convicción en el tono de la mujer, como si fuera consciente de una verdad más profunda e invitara a Kalam a buscarla por sí mismo.

—Las Espadas Rojas —dijo la consejera— siempre tienen gran necesidad de hacer valer su lealtad.

S*u lealtad…*

—Kalam Mekhar —continuó Tavore, que se había acercado un poco más y había clavado los ojos en los de él —. Supongo que no se me permitirá más que una mínima escolta de mi elección. T'amber, por supuesto, y si accede, usted.

—¿No es una orden, consejera?

—No —respondió ella en voz baja, casi trémula. Y después esperó.

Kalam apartó la mirada. *El dragón tiene al Embozado por los pelos de la nariz…* una de las observaciones de Viol durante una de sus partidas. Hacía ya muchos años. Perronegro, ¿no? Probablemente. ¿Por qué se había acordado de esa frase? *Porque sé cómo debió de sentirse el Embozado, por eso.*

Espera, puedo decidir esto sin decidir nada más, ¿no? Pues claro que sí.

—Muy bien, consejera. Formaré parte de su escolta. La llevaremos a la fortaleza de Mock.

—A la fortaleza, sí, eso es lo que le he pedido.

Cuando la consejera se dio la vuelta, Kalam frunció el ceño y después miró a T'amber, que lo miraba de hito en hito, como si estuviera decepcionada.

—¿Pasa algo? —le preguntó a la joven.

—Hay veces —dijo ella— en las que la paciencia de la consejera supera incluso a la mía. Y puede que tú no lo sepas, pero eso ya es mucho decir.

El Lobo de Espuma se fue acercando poco a poco al amarradero.

Al otro lado del mismo muelle de piedra, el bote arañó los cantos cenagosos de los cimientos. Ataron las cuerdas a toda prisa a los aros incrustados en la argamasa y Lostara Yil observó a uno de los Espadas Rojas más ágiles, que fue saltando de aro en aro y tejiendo una escala de nudos. Momentos más tarde había llegado a la cima del amarradero, donde acopló los ganchos de la escala a otros aros más.

Tene Baralta fue el primero en ascender, poco a poco, con torpeza, usando el único brazo que tenía y gruñendo con cada empujón que lo subía por los escalones.

Lostara, a la que se le había revuelto el estómago, lo siguió, lista para atrapar al hombre si vacilaba o resbalaba.

Es mentira. Todo esto.

Llegó a la cima, se puso en pie e hizo una pausa para colocarse bien el cinturón de las armas y el manto.

—Capitán —dijo Tene Baralta—, formen para aguardar a la consejera.

Lostara miró a la derecha y vio un contingente de la Guardia Imperial abriéndose paso entre la multitud reunida, con un oficial en medio.

Tene Baralta observó también su presencia.

—No suficientes, como sospechaba. Si esta chusma huele sangre…

Lostara se volvió hacia la compañía de Espadas Rojas y mantuvo la expresión impasible, incluso cuando una burla

se deslizó en silencio por su mente: *Lo que tú digas, puño. Pero no esperes que me crea nada.*

En ese momento un rugido más profundo llenó el aire y el cielo sobre la bahía se incendió de repente con una luz brillante.

Banaschar guiñó los ojos entre la calima del humo y examinó la multitud, después lanzó un gruñido.

—No está aquí —dijo—. De hecho, hace días que no lo veo… creo. ¿Y usted qué, sargento mayor?

Diente Bravo se limitó a encogerse de hombros, su única respuesta a la pregunta de Tirabarro.

El soldado miró a Gentur, su silencioso compañero.

—Es que es eso, sargento mayor —dijo después—. Primero los perdemos, entonces oímos algo sobre él y lo preparamos, ¿lo ve?

El anciano peludo mostró los dientes.

—Oh, sí, Tirabarro. Ahora vete antes de que te ate un barril lleno a la espalda y te mande a dar vueltas por el puerto a paso ligero.

—No puede hacer eso, ¿verdad? —le preguntó Gentur a su compañero.

Pero Tirabarro se había quedado blanco.

—Usted nunca olvida, ¿verdad, señor?

—Explícaselo a tu amigo. Pero no aquí. Prueba en el callejón.

Los dos soldados se retiraron, intercambiando susurros mientras regresaban a su mesa.

—Me gusta pensar —dijo Banaschar— que una reputación desagradable es, por lo general, inmerecida. El beneficio de la duda y quizá me quede cierto rayo de fe en que la humanidad se abra paso de vez en cuando con uñas y

dientes. Pero contigo, Diente Bravo, por desgracia, ese optimismo se revela como la ilusión que es en realidad.

—Vale, has acertado. ¿Y qué?

—Nada.

Oyeron gritos fuera, en la calle, un clamor de voces que después desapareció. Llevaba toda la velada pasando lo mismo. Bandas ambulantes de idiotas a la búsqueda de alguien a quien aterrorizar. El humor en la ciudad era oscuro y feo, y empeoraba con cada campanada que sonaba, y no parecía haber razón para ello, aunque Banaschar se recordó que eso acababa de cambiar.

Bueno, quizá seguía sin haber razón como tal. Solo que había llegado… un objetivo.

—Alguien está hurgando con un cuchillo —dijo Diente Bravo.

—Es la flota imperial —dijo Banaschar—. Mal momento, con todos los wickanos que hay en esos barcos, y los otros extranjeros que hay con ellos también, me imagino.

—No estás bebiendo mucho, Banaschar. ¿Estás enfermo o algo?

—Peor que eso —respondió el otro—. He tomado una decisión. Ha llegado el otoño. Se nota en el viento. Los gusanos están llegando en tropel a la orilla. Es la época de D’rek. Esta noche hablo con el mago supremo imperial.

El sargento mayor, enfrente de él, lo miró con el ceño fruncido.

—Pensé que habías dicho que, si lo hacías, terminarías muerto en cuestión de nada. A menos, por supuesto, que sea eso lo que quieres.

—He planeado perder a mi perseguidor entre la multitud —dijo Banaschar en voz baja, inclinado sobre la mesa—. Iré por el puerto, al menos hasta el puente. Tengo entendido que allí tienen a la guardia de la ciudad, están sacando a los

imbéciles descerebrados de los amarraderos; dioses, ¿hasta qué punto puede ser estúpida la gente? ¡Hay un ejército ahí fuera, en esos barcos!

—Como decía, alguien está hurgando. Estaría bien conocer a ese alguien. Para poder meterle el puño por la cara y verlo salir por la nuca. Una forma de irse sucia pero rápida, que es más de lo que se merece el cabrón.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Banaschar.

—Da igual.

—Bueno —dijo el antiguo sacerdote con más bravuconería en la voz de la que sentía en realidad—. Es ahora o nunca. Ven mañana por la noche y te invito a una jarra de negra malazana…

—Eso me recuerda una cosa, siempre pareces encontrar dineros suficientes, ¿cómo es eso?

—Los cofres del templo, Diente Bravo.

—¿Robaste el templo de D'rek, aquí?

—¿Aquí? Esa es buena. Sí, aquí y también todos los demás que visité. Me lo fui guardando todo donde nadie salvo yo puede llegar. El problema es que me siento culpable cada vez que birlo algo. Nunca cojo mucho, no tiene sentido dar motivos para que me atraquen, después de todo. Pero es solo una excusa. Como te digo, es la culpa.

—Así que si haces que te maten esta noche…

Banaschar esbozó una gran sonrisa y levantó las manos en el aire.

—¡Puf! Todo desaparece para siempre.

—Buen truco, ese.

—¿Quieres que te lo deje a ti?

—¡Embozado, no! ¿Qué haría yo con cofres de dineros?

—¿Cofres? Mi querido sargento mayor, más bien habitaciones enteras. En cualquier caso, te veo mañana… o no. Y si no, entonces, un placer, Diente Bravo.

—Olvídate de eso. Mañana, como has dicho.

Banaschar asintió y retrocedió, después empezó a serpentear entre la multitud hacia la puerta de la calle.

Solo en la mesa, Diente Bravo levantó poco a poco el jarro para echar un trago, los ojos casi cerrados (y para cualquiera que estuviera a más de un paso o dos de distancia habrían parecido cerrados de verdad), así que la figura que se apresuró a levantarse y se deslizó como una víbora tras la estela de Banaschar no observó la mirada clavada del sargento mayor, los ojitos que rastreaban por un momento antes de terminarse la cerveza en tres rápidos tragos. Después, el hombretón peludo se puso en pie de un tirón, se bamboleó un poco y apoyó una mano en la mesa para recuperar el equilibrio.

Se tambaleó hasta Tirabarro y Gentur, y ambos levantaron la mirada con una expresión de culpabilidad y miedo, como si hubieran estado hablando de cosas feas. Diente Bravo se inclinó entre ellos.

—Escuchad, idiotas —les dijo por lo bajo.

—Solo estamos esperando a Forastero —dijo Tirabarro con los ojos muy abiertos—. Eso es todo. Nunca…

—Calla. ¿Veis esa serpiente en los escalones de delante? ¡Rápido!

—Se acaba… de ir —comentó Gentur guiñando los ojos—. Serpiente ha dicho. Yo diría más bien una…

—Y tendrías razón. Y el objetivo es nada menos que Banaschar. Bueno, ¿os apetece darle una sorpresita a una garra esta noche? Hacedlo y pensaré cosas buenas de los dos.

Los dos hombres ya se habían levantado.

Gentur se escupió en las manos y se las frotó.

—Yo antes soñaba con noches como esta —dijo—. Vamos, Barro. Antes de que lo perdamos.

—Se dirigen al puerto —dijo Diente Bravo—. Por el norte a las Escaleras, ¿estamos?

Observó a los dos soldados apresurarse hacia la puerta de atrás. Y por allí salieron, parecían demasiado impacientes.

El sargento mayor sabía que Tirabarro era mucho más duro de lo que parecía. Además, no creía que la garra fuera a pensar que iba a tener a alguien siguiendo su rastro. Y con las multitudes… bueno, no deberían de tener excesivos problemas. *A los soldados les encanta matar asesinos…*

Alguien tiró un puñado de dados de hueso al fondo de aquella sala de techos bajos.

Y Diente Bravo tuvo de repente un escalofrío.

Debo de estar ablandándome.

Había muchas figuras bien armadas entre la multitud que se iba reuniendo en el muelle, aunque, de momento, esas armas permanecían bajo mantos pesados mientras agentes selectos se iban colocando en las posiciones que les habían designado. Entre ellos se pasaban leves asentimientos, unas cuantas palabras susurradas muy de vez en cuando.

La guardia de la ciudad había formado una línea desigual, las picas cambiaban de posición con gesto nervioso cuando los matones más atrevidos se acercaban con burlas y amenazas.

Había wickanos en esos barcos de allí fuera.

Y nosotros los queremos.

Traidores, todos y cada uno, y ocuparse de los traidores era cosa del pueblo. ¿No estaba la propia emperatriz allí arriba, en la fortaleza de Mock? Estaba allí para presenciar la

ira imperial. *Ya lo hizo antes, ¿no? Cuando estaba al mando de la Garra.*

Da igual que estéis esperando a un oficial, idiotas, las señales están encendidas y no somos imbéciles, les están diciendo a esos cabrones que entren. Que echen las amarras. Que desembarquen. ¡Míralos, los cobardes! ¡Saben que ha llegado la hora de responder a su traición!

Creednos, vamos a llenar esta bahía con cabezas wickanas, ¿no será un bonito espectáculo llegada la mañana?

¡Dioses del inframundo! ¿Qué es eso?

Un coro de voces gritó eso, o algo parecido, y se levantaron dedos que señalaban, los ojos seguían una bola ardiente de fuego que bajaba inclinada atravesando medio cielo hacia el oeste, arrastraba un penacho gris azulado de humo como la huella de una anguila en la arena negra. Iba creciendo con una rapidez alarmante.

Y entonces… desapareció… Y un momento después, un crujido salvaje llegó desde más allá de la bahía, donde se alzó una nube revuelta de vapor.

¡Cerca! ¿Un tercio de legua, te parece?

Menos.

No un gran impacto, sin embargo.

Debía de ser pequeña. Más pequeña de lo que parecía.

Pasó justo por encima…

¡Es un presagio! ¡Un presagio!

¡Una cabeza wickana! ¿La viste? ¡Era una cabeza wickana! ¡Enviada por los dioses!

Distraído por un instante por la bola de fuego que se precipitó y que pareció aterrizar justo más allá de la bahía, la garra Saygen Maral empezó a abrirse camino una vez

más. Al asesino le complacía la masa palpitante entre la que se movía, una masa que se asentaba una vez más, aunque con más anticipación que antes.

Algo más adelante, la multitud había ralentizado los pasos del antiguo sacerdote, y menos mal, puesto que ya nada iba según lo planeado. El objetivo debería haberse acomodado en el establecimiento de Gallera para pasar allí toda la velada, y lo más probable era que la mano estuviera cercando el callejón que había detrás de la posada para aguardar desde ese punto a que él se pusiera en contacto con ellos con los detalles necesarios.

«Señalar la calavera», solían llamarlo. Identificar al objetivo allí mismo, en el momento, en persona. La recompensa después de seguir al necio a veces durante semanas enteras: presenciar el asesinato. Fuera como fuera, tal y como estaban saliendo las cosas, esa noche tendría que mancharse él las manos con la sangre del objetivo, una vez que se había tomado la decisión de matar al borracho.

Un aunamiento muy conveniente de las lealtades divididas de Saygen Maral. Adiestrado desde niño por la Garra Imperial (desde que se lo habían llevado del lado de su madre muerta, a los catorce años, durante la Criba de las brujas de la cera, en el arrabal del Ratón tantos años atrás), su descontento con la emperatriz había tardado mucho en surgir e incluso entonces, si no hubiera sido por el amo jhistal, jamás habría encontrado un modo de centrarse, ni siquiera propósito. Por supuesto, descubrir con exactitud cómo había muerto su madre había ayudado de forma considerable.

El Imperio estaba podrido hasta la médula y él sabía que no era la única garra en darse cuenta de ello, igual que no era el único que seguía las órdenes del amo jhistal; la mayor parte de la mano que estaba bajando de la fortaleza de

Mock pertenecía al fantasmagórico Guante Negro, que era el nombre de la organización espectral de Mallick Rel. En realidad, no había modo de saber cuántos miembros de la Garra Imperial se habían cambiado de bando, pues cada agente no era consciente más que de otros tres, que formaban una discreta célula, en sí misma la clásica estructura de la Garra.

En cualquier caso, el patrón de la Garra, Perla, había confirmado la orden de matar a Banaschar. Un pensamiento reconfortante.

Permaneció diez pasos por detrás del antiguo sacerdote, plenamente consciente de la violencia que hervía entre aquella gentuza (alentada por los gritos idiotas de «¡Un presagio!» y «¡Una cabeza wickana!»), pero llevaba sobre su persona ciertos objetos investidos con hechicería que fomentaban la falta de atención de todos aquellos junto a los que pasaba a toda prisa y además mitigaban su ira por unos instantes, por muy groseros y dolorosos que fueran los codazos.

Ya estaban cerca de los muelles, había agentes del amo jhistal entre la multitud arremolinada, la provocaban y hacían de ella una chusma más desagradable y beligerante con gritos y exhortaciones en los momentos más oportunos. No más de cincuenta soldados de la guardia de la ciudad se enfrentaban a una masa que alcanzaba ya los cientos, una presencia demasiado escasa que había coordinado con todo cuidado una incompetencia selectiva entre los oficiales de los cuarteles cercanos.

Observó un séquito de soldados ataviados con armas y armaduras más pesadas que escoltaban a un oficial de alto grado hacia el muelle central, ante el que en ese instante se cernía el buque insignia de la consejera. El capitán, como bien sabía Saygen Maral, estaba impartiendo una serie de lo

más propicia de órdenes imperiales. Y esas, a su vez, conducirían de forma inexorable a una noche de matanzas como aquella ciudad no había experimentado jamás. Ni siquiera podría compararse con la Criba en el Ratón.

El asesino sonrió.

Bienvenida a casa, consejera.

Se quedó sin aliento de repente cuando se le despertó un cosquilleo en el hombro izquierdo, bajo la ropa. Se le había avivado un pequeño fragmento de metal insertado bajo la piel y le informaba que lo estaba siguiendo alguien con propósitos asesinos. *Torpe. Un homicida siempre debería enmascarar esos pensamientos. Después de todo, Mockra es el talento natural más común, no necesita ningún tipo de adiestramiento formal, ese susurro de inquietud, el vello que se pone de punta en la nuca; son demasiados los que poseen ese talento.*

No obstante, hasta un asesino torpe podía disfrutar del tirón de la Señora de vez en cuando, del mismo modo que Saygen Maral, con todas sus habilidades y su preparación, podía tropezar (de un modo fatal) con el empujón del Señor.

Más adelante, a quince pasos ya de distancia, Banaschar se estaba deshaciendo de la multitud y Saygen percibió la senda del hombre, *Mockra, sí, logra lo que han hecho mis objetos investidos. Desinterés, una fuga repentina, confusión, cuanto más perspicaz es la mente, después de todo, más vulnerable es a estos ataques pasivos.* Para ser asesino, obviamente, había que saber defenderse de ese tipo de hechicería. Bastaba con ser consciente de la trampa, así que Saygen Maral no estaba preocupado. Su determinación era de lo más singular.

Por supuesto tendría que eliminar antes a los que intentaban cazarlo a él.

Banaschar se dirigía a las Escaleras. Saygen podía desviarse un poco sin gran riesgo. Vio la boca de un callejón a la izquierda, donde la multitud raleaba. El asesino se dirigió allí y cuando pasó junto a la última figura, giró rápido a la izquierda y se deslizó por el callejón.

Oscuridad, basura en el suelo, una ruta serpenteante y torturada ante él. Dio cinco pasos más, encontró un hueco y se metió en él.

—Se está preparando para acabar con el borracho —siseó Gentur—. Va a rodear…

—Entonces vamos tras él —susurró Tirabarro y empujó a su amigo.

Entraron en el callejón y avanzaron sin ruido.

Las sombras que se tragaban el hueco eran demasiado profundas, demasiado opacas para ser naturales, y los dos soldados pasaron de frente sin dedicarles ni un pensamiento más.

Un sonido leve que silbó junto al hombro izquierdo de Tirabarro y Gentur lanzó un gruñido, levantó las manos, se tambaleó y después se derrumbó. Tirabarro se dio la vuelta y se agachó, pero no lo suficiente porque un segundo cuadrillo diminuto lo alcanzó en el pecho, justo sobre el corazón y, todavía girando con su propio impulso, los pies del soldado resbalaron bajo él. Cayó con fuerza y la parte posterior de la cabeza crujió sobre los adoquines grasientos.

Saygen Maral estudió los dos cuerpos inmóviles durante un momento más, después volvió a cargar las ballestas en espiral que llevaba atadas a las muñecas. *Primer disparo, base del cráneo. Segundo disparo, corazón, ese fue pura*

suerte, porque estaba apuntando a la parte baja del vientre. Supongo que el tipo no quería todo ese dolor. Una pena. En fin, ¿qué pensaban que estaban haciendo? ¿Atracarme? Da igual, está hecho. Se colocó bien las mangas, ocultó las armas una vez más y partió tras Banaschar.

Un sexto de campanada más tarde, la garra se dio cuenta de que había perdido al tipo. En pleno ataque de pánico empezó a volver tras sus pasos, bajó por callejones y calles mientras una brisa fresca levantaba hojas marchitas que giraban al azar dibujando caminos entre los adoquines.

Emitiendo pequeños chasquidos como el revoloteo de unos dados.

Las enormes ruedas de cuerda enroscada suspendidas en un lado del embarcadero de piedra se comprimieron cuando el Lobo de Espuma empujó todo su volumen contra ellas; después, la nave se alejó deslizándose otra vez por un instante, hasta que las cuerdas, atadas a los enormes bolardos del muelle, se tensaron. Los tablones de desembarco traquetearon y se colocaron con unos golpes secos; el capitán de la guarnición y sus guardias ya bajaban por el amarradero. Hicieron caso omiso con toda intención de la tropa de Espadas Rojas que permanecían en posición de firmes enfrente de los tablones, con su comandante tuerto y manco.

Algo había golpeado el mar más allá de la flota anclada y el sonido atronador del impacto todavía despertaba ecos, la oscuridad volvía a barrerlo todo tras la estela de aquella bola de fuego brillante. El olor a vapor impregnaba el aire.

A Keneb le había parecido que había habido una peculiar falta de reacción ante ese acontecimiento, al menos por parte de la consejera y T’amber. Había habido muchos

gritos, gestos contra el mal de ojo y luego charlas animadas entre los soldados, pero eso solo era de esperar.

Afrontémoslo, admitió Keneb, *el momento no era el más propicio.* No era de extrañar que los centenares de personas que componían la chusma que los esperaba estuvieran dando gritos sobre malos presagios.

La atención del puño recayó una vez más en el contingente que se acercaba.

—Van a subir a bordo, consejera —dijo Keneb mientras la mujer se preparaba para desembarcar.

Tavore frunció el ceño, después asintió y dio un paso atrás. T'amber se colocó a la izquierda de la consejera.

Unas botas golpearon los tablones y el capitán se detuvo a un solo paso de la cubierta del barco. Miró a su alrededor, como si intentara decidir qué hacer a continuación.

Keneb se adelantó y se dirigió a él.

—Buenas noches, capitán. Soy el puño Keneb, Octava Legión, Decimocuarto Ejército.

Una brevísima vacilación y después un saludo militar.

—Puño Keneb, traigo órdenes para la consejera Tavore Paran. ¿Me permiten subir a bordo?

—Por supuesto —dijo Keneb.

Llegaron hasta ellos lo que en su mayoría eran gritos y maldiciones ininteligibles procedentes de la multitud arremolinada tras una fila de soldados en el puerto, muchas de ellas eran burlas dirigidas a las Espadas Rojas. Al oír esos sonidos, el capitán sufrió un ligero estremecimiento, pero después continuó avanzando hasta que llegó frente a la consejera.

—La emperatriz la está esperando —dijo— en la fortaleza de Mock. En su ausencia, el mando del Decimocuarto Ejército recae de forma temporal sobre mí, en lo que respecta al desembarco y la retirada de las tropas.

—Entiendo —dijo Tavore.

El capitán cambió de postura, inquieto, como si hubiera estado aguardando algún tipo de protesta, como si la falta de reacción a sus palabras fuera lo último que hubiera previsto.

—Parece que los transportes están anclando en la bahía, consejera.

—Sí, eso parece, capitán.

—Tendrá que haber una contraorden inmediata.

—Capitán, ¿cómo se llama?

—¿Consejera? Mis disculpas. Soy Rynag. Capitán Rynag, de la Guardia Imperial Untan.

—Ah, entonces ha acompañado a la emperatriz hasta la isla. Su puesto habitual es como oficial en la guardia de palacio.

Rynag se aclaró la garganta.

—Exacto, consejera, aunque de forma automática mis responsabilidades se han ampliado…

—T'amber —lo interrumpió la consejera—. Por favor, ve a por Kalam Mekhar. Está, según creo, en popa una vez más. —La consejera estudió al capitán durante un momento más y después le preguntó—: ¿La emperatriz ordena que me reúna con ella a solas?

—Eh, bueno, no dio detalles concretos…

—Muy bien…

—Disculpe, consejera. No dio detalles concretos, como he dicho, salvo una excepción.

—¿Oh?

—Sí. El mago supremo Adaephon Delat ha de permanecer a bordo hasta nueva orden.

Tavore frunció el ceño por un momento antes de contestar.

—Muy bien.

—Creo que estaba hablando sobre dar una contraorden para que los barcos no anclen en la bahía…

—Le dejo eso a usted, capitán Rynag —dijo la consejera cuando reapareció T'amber seguida por Kalam un paso por detrás—. Utilizaremos su escolta, así como las Espadas Rojas del puño Baralta, para garantizarnos el paso entre esa muchedumbre. —Y con eso y un gesto dirigido a T'amber y al asesino para que la siguieran, la consejera desembarcó.

Aturdido, el capitán los vio cruzar hasta el amarradero. Unas cuantas órdenes bruscas a los guardias imperiales reunidos allí y un gesto descuidado a Tene Baralta y sus soldados para que formaran y los dos grupos salieron en incómoda compañía y flanquearon a Tavore y a sus dos acompañantes. Después, el grupo partió.

Rynag se volvió y miró a Keneb.

—¿Puño?

—¿Sí?

—Y bien…

—Las cosas no van según lo planeado, capitán. —Keneb se acercó más y posó de golpe la mano en el hombro del oficial—. Piénselo así, podría ser peor. Me corrijo. Es mucho peor.

—Ya no —soltó el hombre de repente, al final se había enfadado—. Ahora estoy yo al mando del Decimocuarto Ejército, puño Keneb, y estas son mis órdenes. Utilice las banderas de señales para comunicarse con el almirante Nok. Las escoltas deben retirarse y zarpar sin demora rumbo a Unta. Utilice las banderas de señales para comunicarse con la flota extranjera, deben anclar fuera de la bahía, a este lado de los bajíos, en el cabo situado al norte de la fortaleza de Mock. Un barco piloto los guiará. Por último, utilice las banderas de señales para comunicarse con los transportes, estableceremos un sistema de números; a partir de

entonces, en grupos de quince, levarán anclas y se dirigirán a los amarraderos designados. El desembarco dará comienzo lo antes posible, puño. Además, los soldados deben ir desarmados, los equipos bien sujetos para su transporte.

Keneb se rascó la mandíbula cubierta por una barba incipiente.

—¿Por qué se queda ahí parado sin hacer nada, puño Keneb?

—Estoy intentando decidir, capitán, por dónde empezar.

—¿A qué se refiere?

—De acuerdo, da igual. En primer lugar, ya esté usted al mando del Decimocuarto Ejército o no, desde luego no supera en rango al almirante Nok. Hágale todas las señales que usted quiera, que él hará exactamente lo que le plazca.

—Tengo instrucciones de la emperatriz…

—Necesitará ver esas órdenes, capitán. En persona. El almirante es muy estricto con el protocolo. ¿Deduzco que tiene dichas órdenes?

—¡Pues claro que las tengo! ¡Muy bien, hágale señal de que suba a bordo!

—Por desgracia, no obedecerá.

—¿Qué?

—Y ahora, en cuanto a los perecederos… la flota extranjera, capitán Rynag, el único mando que reconocen, dadas las circunstancias, es el suyo propio. Por supuesto, haga su solicitud, pero asegúrese de que es una solicitud. No vaya a ser que se ofendan; y, capitán, de verdad, usted no quiere que se ofendan.

—No me está dejando más alternativa que relevarlo del mando, puño.

—¿Disculpe?

—Le he dado varias órdenes, pero usted continúa ahí…

—Bueno, es que ese es el problema, capitán. No se puede cumplir ni una sola de sus órdenes, el imperativo que las anula no lo pueden desafiar ni usted ni la mismísima emperatriz.

—¿De qué está hablando?

—Sígame, por favor, capitán —dijo Keneb.

Fueron hasta popa. Los enormes transportes se cernían en la bahía, a corta distancia, como bestias gigantes dormidas.

—Cierto —dijo Keneb—, la oscuridad oculta, y por eso es comprensible que no lo haya entendido todavía. Pero permítame dirigir su mirada, capitán, a la primera bandera de señales que hay en los barcos cercanos, una bandera idéntica a la de los dromones de Nok. En un momento, cuando esa nube deje atrás la luna, con la bendición de Oponn, habrá luz suficiente para ver. Hay un edicto, capitán, que concierne a la propia supervivencia. Parece olvidar que tanto el Decimocuarto Ejército como la flota imperial acaban de llegar de Siete Ciudades.

La nube se deslizó y descubrió la luna desdibujada, calinosa, y entonces hubo luz suficiente que lamió olas, barcos y banderas para que Rynag los viese. El capitán se quedó sin aliento y medio se atragantó.

—¡Dioses del inframundo! —susurró.

—Y Siete Ciudades —continuó Keneb con voz serena— fue golpeada por una plaga muy virulenta. Que, como puede ver ahora, hemos traído sin querer con nosotros. Así que, capitán, ¿entiende ahora por qué no podemos obedecer sus órdenes?

El hombre se giró en redondo para mirarlo, los ojos llenos de terror.

—¿Y este maldito barco? —preguntó con voz ronca—. ¿Y el otro que acaba de atracar? Puño Keneb…

—Libres de la peste, los dos, capitán, al igual que el barco del que se bajaron las Espadas Rojas. No habríamos amarrado junto a él si fuera de otro modo. En cualquier caso, aparte de las banderas de señales, no hay ningún contacto entre los barcos. Por razones obvias. Pero si cree que la emperatriz persistiría a pesar de todo en que desembarquemos, sin reparar en la masacre que nuestra presencia provocaría en la isla de Malaz y, de forma inevitable, en todo el continente, puede insistir en anular nuestro gesto colectivo de compasión y misericordia. No cabe la menor duda de que el nombre del capitán Rynag alcanzará un estatus legendario, al menos entre los devotos de Poliel; no hay nada de malo en ver el lado bueno, ¿no le parece?

El grupo marchaba cada vez más cerca del beligerante muro que bloqueaba las calles. Kalam soltó los cuchillos largos en sus vainas. Echó un vistazo y se encontró caminando junto a la capitán Lostara Yil, que parecía profundamente infeliz.

—Sugiero que todos saquéis las armas en cualquier momento —le dijo el asesino—. Debería bastar para que se aparten.

Ella lanzó un gruñido.

—Hasta que empiecen a volar ladrillos.

—Lo dudo. Estamos aquí por la emperatriz, no por ellos. A los que estas personas están deseando hincarles el diente están ahí fuera, en los transportes. Los wickanos. Las Lágrimas Quemadas de los khundryl.

—Muy astuta la treta —dijo Lostara por lo bajo—, esas banderas.

—El puño Keneb.

—¿En serio?

—Sí. —Después, Kalam sonrió—. La Tejedora de Muerte. Una mentira más bonita no la encontrarás. Viol debe de estar sonriendo de oreja a oreja, si no se está ahogando.

—¿Ahogando?

—Se lanzó por la borda antes de que el Silanda metiera los remos, supongo yo; lo más probable es que Gesler y Tormenta fueran también con él.

Justo entonces llegaron a la fila de la guardia de la ciudad, que se separó para dejarlos pasar.

Las armas sisearon al salir de las vainas y los escudos se levantaron en manos de las Espadas Rojas.

Y, tal y como había predicho Kalam, las multitudes quedaron en silencio, vigilantes, y se apartaron a ambos lados para dejar que el grupo siguiera avanzando.

—Bueno —dijo el asesino por lo bajo—, tenemos por delante un paseo largo y aburrido. Gran idea, por cierto, capitán, que tu puño decidiera actuar por su cuenta.

La mirada que le lanzó la mujer hizo sudar a Kalam por debajo de la ropa cuando ella le preguntó a su vez:

—¿Lo fue, Kalam Mekhar?

—Bueno…

La capitán volvió a mirar al frente.

—El puño —dijo con un susurro— ni siquiera ha empezado.

Bueno… oh, eso no es nada bueno.

Tras la tropa, la multitud se cerró de nuevo y empezaron a surgir nuevos gritos, esa vez de horror.

—¡Banderas de peste! ¡En los transportes de la bahía! ¡Banderas de peste!

En unos momentos el odio contenido se escurrió como la orina por una pierna y el horror los cogió entre esas mismas piernas y apretó con fuerza; la multitud empezó a

escabullirse en todas direcciones, a punto de sumirse en un pánico puro, frenético. Kalam se guardó la sonrisa para sí.

Un ruido muy leve, pero el estrépito de los dados rebotando y resbalando había alertado a Banaschar. Esa noche el Gusano estaba despierto, del mismo modo había despertado la antigua sensibilidad del exsacerdote al susurro de la magia. En rápida sucesión a partir de entonces, mientras se desviaba de su camino y encontraba un callejón sin salida en el que agazaparse con el corazón martilleándole en el pecho, sintió múltiples pulsos de hechicería, una puerta que se abría deslizándose, solo una ranura, un tapiz invisible que se desenredaba de repente, con violencia, y luego, al fin, un temblor en el suelo, como si algo terrible e inmenso acabara de pisar la tierra seca de la isla.

Mareado a causa de las sucesivas oleadas de poder virulento, Banaschar se irguió una vez más, una mano contra un muro mugriento para no caerse, después se puso en marcha, de regreso, de vuelta al puerto.

No hay elección, no hay elección. Necesito ver… entender…

Al acercarse pudo oler el pánico en el aire, acre y amargo, y de inmediato vio figuras mudas que pasaban junto a él a toda prisa, los comienzos de un éxodo. Rostros crispados por el miedo pasaron a su lado, borrosos, otros oscurecidos por la rabia, como si alguien hubiera acabado con sus planes de repente y no hubiera tiempo todavía para encontrar un modo de reagruparse, no hubiera oportunidad ya de pensar bien las cosas.

Ha ocurrido algo.

Quizá tenga que ver con esa roca que cayó o lo que fuera.

En los viejos tiempos, un acontecimiento así la víspera del otoño, la víspera de la llegada de D’rek a la tierra mortal… *bueno, habríamos inundado las calles. Habríamos salido de los templos alzando nuestras voces a los cielos. Y los cofres rebosarían porque sería inconfundible…*

Los pensamientos se fueron apagando, se desvanecieron y no dejaron más que un sabor a ceniza en la boca. *Fuimos tan idiotas. El cielo baja, el mundo se vuelve del revés, las aguas lo bañan todo. ¡Nada de esto, nada de nada, nada tiene que ver con nuestros preciosos dioses!*

Llegó a la amplia avenida que daba a los muelles. La gente se movía por todos lados. Si quedaba rabia, estaba dando vueltas sin dirección alguna. Un inmenso deseo había… despuntado.

Al pasar junto a una anciana, Banaschar estiró el brazo hacia ella.

—Oiga —dijo—, ¿qué ha pasado?

Ella levantó la cabeza, furiosa, y se soltó como si el tacto del hombre pudiera contaminarla.

—¡Barcos con la peste! —siseó la mujer—. ¡Apártate de mí!

Banaschar la soltó, se detuvo y se quedó mirando los barcos que llenaban la bahía.

Ah, las banderas…

Banaschar olisqueó el aire.

¿Poliel? No te percibo, no estás… ahí fuera. Ni en ningún otro sitio, ahora que lo pienso. Entrecerró los ojos. Y luego, poco a poco, sonrió.

En ese momento, una mano pesada cayó con un golpe seco sobre su hombro izquierdo, le dio la vuelta…

Y alguien chilló.

Salió de un tirón del remolino de aguas negras, sucias. Se irguió, el cieno y la grava chorrearon por su cuerpo, anguilas sedientas de sangre cayeron aleteando y se retorcieron en las rocas cubiertas de barro, en la cerámica rota y los fragmentos de ladrillo bajo el muelle de madera. Un paso más y luego otro, pesados, arañando el suelo.

Un muro basto justo delante que revelaba capas de varios niveles de las calles, baluartes, viejas cloacas que se remontaban a la juventud de la ciudad, antes de que los humanos hubiera forjado siquiera el hierro, cuando el sistema de alcantarillado era una red subterránea magnífica, eficiente, bajo calles planas. En total, asideros de sobra para las manos y los pies, dada la suficiente determinación, fuerza y voluntad.

De las tres cosas, allí de pie, enfrente de ese muro, le habían proporcionado de sobra.

Más pasos.

Y luego, trepar. Nadie conocía a aquel que había llegado a la ciudad de Malaz.

Jadeando, la mujer se apoyó en un muro. Menudo error, intentar nadar con toda esa armadura. ¡Y luego las malditas anguilas! Había salido del agua cubierta de aquellos malditos bichos. Manos, brazos, piernas, cuello, cabeza, cara, colgando y retorciéndose y seguramente emborrachándose todas y cada una de ellas, y no tenía la menor gracia tener que quitárselas. Aprietas demasiado y lo salpican todo de sangre, una cosa negra y maloliente. Pero había que apretar para poder cogerlas bien, porque esas

bocas se agarraban como liendres y dejaban enormes verdugones redondos en la carne, fruncidos y supurantes.

Llegó tambaleándose a la orilla como una especie de bruja gusano, o demonio, ja, ese chucho que llegó a olisquearla había echado a correr como un poseso, ¿eh? Estúpido perro.

La rampa de una cloaca, bastante empinada, pero había escalones en los lados, así que pudo ir siguiéndola y después la subida, que casi había acabado con ella, pero de eso nada. La sed era un amo exigente. El amo más exigente de todos. Pero había tirado la armadura, allí abajo, hasta las rodillas de barro en el cieno del fondo, con la quilla del maldito barco a punto de arrancarle la cabeza, se llevó el yelmo, ¿no? Y si esa correa no se hubiera roto de forma tan conveniente… en fin, que incluso había tirado el cinturón de las armas. Nada que empeñar, y eso era un problema. Salvo por ese cuchillo, pero era el único cuchillo que tenía, el único que le quedaba.

Con todo, tenía sed. Tenía que quitarse el sabor de la sopa de puerto de la boca, sobre todo ese primer jadeo después de salir pataleando a la superficie, cuando se le había metido el cadáver hinchado de una rata asquerosa (eso sí que había estado a punto de acabar con ella), ¿y si hubiera estado viva e impaciente por metérsele por la garganta? Había tenido pesadillas con eso, una vez. Durante una temporada sin beber, sí, pero eso era lo que pasaba en las temporadas sin beber, te recordaban que el mundo era horrible, feo y miserable, y que había cosas ahí fuera que iban a por ti. Arañas, ratas, anguilas, orugas.

¿Había habido una multitud allí arriba? Ya no quedaban muchos y los que se acercaban a ella no hacían más que gritar y salir corriendo con una especie de extraño pánico ciego. Se pasó la mano por los verdugones que le escocían

en la cara, parpadeó para apartarse más barro de los ojos, levantó la cabeza y miró a su alrededor.

Y ahora, ¿quién es ese?

Sobriedad repentina, resolución repentina, una ráfaga de incandescencia al rojo vivo que le purgó el cerebro y quién sabía qué más.

Y ahora ahora ahora, pero quién, oh, ¿quién es ese? Justo ahí, no, no te des la vuelta, demasiado tarde. ¡Je je, demasiado demasiado demasiado tarde tarde tarde!

Hellian avanzó poco a poco, tan silenciosamente como pudo y se colocó justo detrás de él. Sacó el cuchillo con la mano derecha y estiró la izquierda. Cinco pasos más…

Saygen Maral salió del callejón. El objetivo había dado media vuelta, el muy cabrón. Pero ahí estaba, ni a diez pasos de distancia, y pocas personas a su alrededor. Qué conveniente. Dejaría de ser sutil. A veces compensaba recordarles a los ciudadanos que la Garra siempre estaba presente, siempre estaba lista para hacer lo que fuese necesario.

El asesino sacó de debajo del manto una daga embadurnada con paraltina, la cogió con mucho cuidado y avanzó.

Había una mujer mirando con fijeza a Banaschar, una cosa llena de canas, empapada, con una anguila colgándole debajo de la oreja izquierda y llagas redondas por toda la piel expuesta; la gente, al verla, huía despavorida. *Sí, parece que tiene la peste, pero no la tiene. Debe de haberse caído al agua o algo así. Da igual.*

Volvió a mirar la espalda de su objetivo, avanzó con agilidad, sus pasos no hacían el menor ruido. Le daría la vuelta al idiota para sorprender la muerte en los ojos del

hombre. Siempre era más placentero así, la fiebre de poder que atravesaba a toda velocidad al asesino cuando los ojos se encontraban y brotaba el reconocimiento, junto con el dolor y la conciencia repentina de la muerte inminente.

Sabía que era adicto a esa sensación. Pero no se podía decir que fuera el único, ¿verdad?

Con una media sonrisa, Saygen Maral se acercó por detrás al borracho, estiró el brazo y lo cogió por el hombro, después le dio la vuelta y el cuchillo que tenía en la otra mano salió con un susurro del manto y se precipitó…

Un chillido resonó por la avenida.

Cuando a Banaschar le dieron la vuelta, vio (en la cara del hombre que tenía enfrente) una expresión de conmoción y después de consternación…

Una mujer había cogido el antebrazo del hombre (un brazo en cuyo extremo había un cuchillo resplandeciente, manchado) y, mientras Banaschar miraba sin terminar de comprender del todo, la vio clavar el tacón de la mano en la articulación del codo de ese brazo, que partió con limpieza. El cuchillo se soltó, salió volando y cayó con un ruido metálico en los adoquines, al tiempo que la mujer, gruñendo alguna cosa en un susurro, bajaba de un tirón el brazo roto y clavaba la rodilla en la cara del hombre.

Un crujido salvaje, la sangre salpicó cuando la cabeza cayó hacia atrás, los ojos muy abiertos; la mujer retorció el brazo y obligó al hombre a caer boca abajo sobre el empedrado. Después se precipitó sobre él, lo cogió por el pelo con las dos manos y empezó a machacarle sistemáticamente el cráneo contra la calle.

Y entre crujido y crujido, impacto e impacto, iba diciendo algo entre dientes.

—¡No…

Crujido.

—te…

Crujido.

—atrevas!

Crujido.

—¡Este es…

¡Crujido!

—mío!

Horrorizado, Banaschar bajó el brazo, cogió a aquella terrible aparición por el chaleco empapado y la apartó a rastras.

—¡Por el amor del Embozado, mujer! ¡Le has hecho pedazos el cráneo! ¡Es todo pulpa! ¡Para! ¡Para!

La mujer se liberó de un tirón, se volvió contra él y con el mismo movimiento le puso la punta del cuchillo en el párpado derecho. El rostro femenino, mugriento, repleto de hoyos, manchado de sangre, se crispó en una mueca burlona.

—¡Tú! ¡Por fin! ¡Estás arrestado! —gruñó.

Y alguien chilló avenida abajo. Otra vez.

A treinta pasos de distancia, Violín, Gesler y Tormenta. Todos se quedaron mirando la conmoción que se producía no lejos de la boca de un callejón. Un intento de asesinato interrumpido (con una ferocidad letal) por una mujer…

Gesler cogió de repente el brazo de Violín.

—¡Oye, esa de ahí es Hellian!

¿Hellian? ¿La sargento Hellian?

Y entonces la oyeron efectuar un arresto.

Al tiempo que unos chillidos hendían el aire calle abajo y unas figuras empezaban a salir disparadas del puerto. *Y*

ahora, ¿de qué va todo eso? Da igual. Con los ojos todavía clavados en Hellian, que estaba forcejeando con el pobre hombre que parecía tan borracho como ella *(¿será el marido de la sargento?)*, Violín vaciló, después sacudió la cabeza.

—Imposible.

—Y que lo digas —dijo Gesler—. Bueno, Viol, nos vemos en una campanada, ¿no?

—Sí. Hasta entonces.

Los tres soldados echaron a andar y casi de inmediato se separaron, Gesler y Tormenta torcieron hacia el sur por una ruta que los llevaría al otro lado del río por el primer puente, Violín continuó por el oeste y se adentró en el corazón del distrito Central.

Dejó atrás los gritos frenéticos, aterrados, del extremo norte del paseo del puerto de los muelles centrales, que parecían, a pesar del ritmo que llevaba Violín, ir acercándose cada vez más.

Peste. Chico listo, Keneb. Me preguntó cuánto tiempo durará la treta.

Y luego, al llegar a las conocidas calles del lado de la bahía del parque Colina del Cuervo, lo inundó una oleada de placer.

Eh. Estoy en casa. Imagínate. ¡Estoy en casa!

Y allí, a diez pasos nada más, la fachada de una tiendecita, poco más que una puerta estrecha bajo un toldo medio deshecho del que colgaba un disco de hojalata pulida, en su superficie un símbolo grabado al ácido. Un ratón en llamas. Violín se detuvo delante y dio unos golpes secos en la puerta. Era mucho más sólida de lo que parecía. Llamó unas cuantas veces más hasta que oyó el chasquido de unos cerrojos al correrse al otro lado. La puerta escasamente se abrió. Uno ojo pequeño y legañoso lo contempló por un momento y después se retiró.

Un empujón y la puerta se abrió de par en par.

Violín entró. Un rellano con unas escaleras que subían. El propietario ya estaba a medio camino, tiraba de una pierna rígida bajo unas caderas torcidas, la túnica de color azul medianoche se arrastraba como una cola imperial. En una mano llevaba un farol que se agitaba de un lado a otro y arrojaba sombras salvajes. El sargento lo siguió.

La tienda de la planta de arriba estaba atestada, el botín de un saqueador que había estado en cien batallas, en cien ciudades conquistadas. Armas, armaduras, joyas, tapices, fardos de valiosa seda, estandartes de enemigos caídos, estatuas de héroes desconocidos, de reyes y reinas, de dioses, diosas y espíritus demoníacos. Violín miró alrededor cuando el anciano encendió dos faroles más.

—Te ha ido bien, Tak —dijo.

—La has perdido, ¿verdad?

El sargento se estremeció.

—Perdón.

Tak se metió detrás de una amplia mesa lacada y se sentó con cuidado en un lujoso sillón que podría haber sido el trono de algún rey menor de Quon.

—Enano descuidado, Violín. Sabes que solo las hago de una en una. No hay mercado, ¿sabes?, y sí, yo mantengo mis promesas. Trabajos llenos de amor, cada vez, pero esa clase de amor no llena el estómago, no les da de comer a las esposas y a todos esos golfillos, de los cuales ni uno solo se parece a mí. —Los ojitos eran como monedas de los túmulos —. Bueno, ¿y dónde está?

Violín frunció el ceño.

—Bajo Y’Ghatan.

—Y’Ghatan. Mejor ella que tú.

—Eso mismo pensé yo.

—¿Has cambiado de opinión desde entonces?

—Mira, Tak, ya no soy ningún novato ingenuo. Puedes dejar de tratarme como si fuera un maldito aprendiz y tú mi maestro.

Unas cejas enmarañadas se alzaron.

—Venga, Violín, que no era eso. Eso es por lo que se te ha despertado dentro de esa cabezota nudosa que tienes. Las viejas costumbres y demás. Lo decía en serio. Mejor ella que tú. Con todo, ¿cuántas van ya?

—Da igual —rezongó el sargento, encontró una silla, la acercó y se derrumbó en ella—. Como te digo, te ha ido bien, Tak. ¿Cómo es que nunca te arreglaste esa cadera?

—Yo lo calculo así —dijo el anciano—, la cojera se granjea simpatías, casi un cinco por ciento. Mejor aún, como yo no digo ni «mu», todos creen que soy una especie de veterano. Con mis clientes del ejército, eso es otro cinco por ciento. Y luego está el frente doméstico. Las parientas están más contentas porque todas saben que no puedo pescarlas…

—Parientas. ¿Y tú por qué te aviniste a eso?

—Bueno, cuatro mujeres se juntan y deciden que quieren casarse contigo, es difícil decir que no, te lo aseguro. Ya sé que no fue mi varonil atractivo, ni siquiera el fabrica-bebés torcido que tengo entre las piernas. Fue esta tienda nueva y todos esos misteriosos dineros que me ayudaron a montarla otra vez. Fue la casa aquí, en el distrito Central. ¿Crees que fui el único que terminó perdiéndolo todo en el Ratón?

—Está bien, si a ti te hace feliz. Así que mantuviste la cojera. Y la promesa. ¿Y bien?

Tak sonrió; después metió la mano bajo la mesa y soltó dos pestillos, Violín oyó el estrépito metálico de un cajón oculto que caía sobre sus raíles. El anciano echó el trono hacia atrás y abrió el gran cajón, después sacó con cuidado un objeto envuelto en tela. Lo dejó sobre la mesa y apartó la tela.

—Unas cuantas mejoras —ronroneó—. Más alcance, para empezar.

—¿Cuánto más? —preguntó Violín con los ojos puestos en la extraordinaria ballesta que había entre los dos.

—Súmale cincuenta pasos, calculo yo. Pero eso no lo he probado. Pero mira las varillas. Son diez tiras de hierro plegadas juntas. La banda interna tiene más flexibilidad y se va reduciendo progresivamente. El cable son cuatrocientas hebras convertidas en veinte y después envueltas en tripa de bhederin y empapadas en aceite de dhenrabi. El que tenías eran doscientas hebras convertidas en diez. Y ahora, mira la horquilla, solo tenía imitaciones de arcilla de malditos, fulleros e incendiarios, que pesaban más o menos lo que calculé…

—¿Fulleros e incendiarios?

Un asentimiento impaciente.

—¿Por qué solo malditos, me pregunté? Bueno, porque eso era lo que se quería y así fue como hicimos la horquilla, ¿no? Pero las imitaciones me dieron una idea. —Volvió a meter la mano en el cajón y sacó una granada de arcilla del tamaño de un maldito—. Así que hice soportes dentro de este para que encajaran cinco fulleros o tres incendiarios, el peso es parecido en las tres configuraciones, por cierto, los moranthianos siempre fueron muy precisos con este tipo de cosas. —Mientras hablaba, cogió el objeto de arcilla, puso una mano encima, la otra debajo, y empujó en direcciones opuestas hasta que se oyó un chasquido áspero, después el anciano mostró las dos mitades de la imitación hueca—. Como te dije, mejoras. Puedes cargarla como quieras, sin ni siquiera estar obligado a cambiar la horquilla del arco. Tengo hechas diez de estas. Vacías son muy ligeras y no saldrás volando por la puerta del Embozado si se te rompe una de ellas en la cartera sin querer.

—Eres un genio, Tak.

—Dime algo que no sepa.

—¿Cuánto quieres por todo esto?

Un ceño fruncido.

—No seas idiota, Violín. Me salvaste la vida, tú y Dujek. Me sacasteis del Ratón con mi cadera aplastada. Me disteis dinero…

—Tak, queríamos que hicieras ballestas, como hacía ese viejo joyero antes que tú. Pero él estaba muerto y tú no.

—Eso no importa. Llámalo garantía de sustitución de por vida.

Violín sacudió la cabeza, después metió la mano en la mochila y sacó un maldito de verdad.

—Veamos cómo encaja, ¿te parece?

Los ojos de Tak brillaron.

—¡Oh, sí, a ver! Después levanta el arma, comprueba cómo se equilibra, ¿ves ese grapa que hay encima del hombro? Es un refuerzo para afianzar la puntería y repartir el peso. No se te cansarán los brazos mientras sujetas y apuntas. —Se levantó—. Vuelvo ahora mismo.

Distraído, Violín asintió. Metió el maldito en la horquilla del arma y encajó la cesta acolchada abierta. El movimiento, a su vez, levantó en la base delantera de la horquilla una barra denticulada que evitaba que el maldito se saliera cuando se apuntaba el arma al suelo. Esa barra iba unida también al gatillo, que la dejaba caer de repente al nivel de la horquilla a tiempo para que el proyectil saliera volando.

—Oh —murmuró el zapador—, muy listo, Tak. —Con ese arma no había necesidad de mango. La horquilla era el lanzador.

El anciano estaba revolviendo en un cofre en la parte de atrás de la tienda.

—Bueno, dime —dijo Violín—, ¿cuántas más de estas has hecho?

—Ninguna más. Esa es la única.

—Claro. Bueno, ¿y dónde están las otras?

—En un cajón, sobre tu cabeza.

Violín levantó la mirada y vio una caja larga equilibrada sobre dos vigas ennegrecidas.

—¿Cuántas hay dentro?

—Cuatro.

—¿Idénticas a esta?

—Más o menos.

—¿Alguna más?

—Montones. Para cuando pierdas estas.

—Quiero esas cuatro de ahí arriba, Tak, y te las voy a pagar…

—Cógelas, no quiero tus dineros. Cógelas y vete a volar en mil pedazos a la gente que no te cae bien. —El anciano se irguió y regresó a la mesa.

En sus manos había algo que hizo abrir mucho los ojos a Violín.

—Dioses del inframundo, Tak…

—Lo encontré hace un año. Pensé para mí, oh, sí, siempre hay una posibilidad. Me costó cuatro medialunas de cobre.

Tak estiró los brazos y puso el violín en las manos del sargento.

—Te robaron —dijo Violín—. Es uno de los trozos de chatarra más feos que he visto jamás.

—¿Y qué más da? ¡Total, tú nunca tocas estos malditos trastos!

—En eso tienes razón. Me lo llevo.

—Dos mil oros.

—Tengo doce diamantes conmigo.

—¿Y valen?

—Unos cuatro mil.

—De acuerdo, seis entonces por el violín. ¿Quieres comprar el arco también?

—¿Por qué no?

—Son otros dos mil. ¿Ves el pelo de caballo? Es blanco. Yo conocía a este caballo. Solía tirar de las carretas de basura del mismísimo templo del Embozado en las Antiguas Superiores. Pero un día al carretero le estalló el corazón y se cayó bajo los cascos del animal. Al bicho le entró un ataque de pánico y salió disparado, se metió por el ventanal enrejado de este lado del cuarto puente…

—¡Espera! ¿Ese enorme ventanal de plomo? ¿El cuarto puente?

—El de la fachada de la oficina de reclutamiento, sí…

—¡Eso es! Ese antiguo templo…

—Y no te creerás quién estaba allí plantado con media docena de reclutas patizambos cuando ese caballo chiflado irrumpió en la habitación…

—¡Diente Bravo!

Tak asintió.

—Se dio la vuelta, le echó un vistazo y clavó el puño justo entre los ojos de la bestia. Que cayó muerto allí mismo. Solo que la mitad del animal aterriza en la pierna de un recluta y se la parte, y el chaval empieza a chillar. Entonces, sin hacer el menor caso, el sargento mayor se da la vuelta y le dice al encargado de suministros, que tenía los ojos como platos, te lo juro, se lo oí a uno de esos reclutas, le dijo: «Estas patéticas ratas de aguas vuelven a Ashok para reunirse con su regimiento. Asegúrate de que tienen botas de agua sin agujeros». Y baja la cabeza, mira al recluta de la pierna rota, que no deja de gritar, y le suelta: «Ahora te llamas Cojo. Sí, no es muy imaginativo, pero es lo que hay. Si

tú no oyes al Embozado reírse, bueno, yo sí». Y bueno, de ahí fue de donde salió este pelo de caballo.

—¿Dos mil oros por el arco?

—Con una historia así, sí, y es una ganga.

—Hecho. Y ahora vamos a bajar ese cajón, no quiero la caja. Me las cuelgo todas al hombro.

—No tienen cuerdas, y esta tampoco.

—Pues las encordamos. ¿Tienes cable de sobra?

—Tres para cada una. ¿También quieres las imitaciones?

—Desde luego, y tengo fulleros e incendiarios en esta mochila, así que vamos a cargarlas, comprobar el peso y demás. Pero deprisa.

—Violín, ya no se está nada bien ahí fuera, ¿sabes? Sobre todo esta noche. Huele como el antiguo Ratón.

—Lo sé y por eso no quiero volver a salir sin este maldito ahí metido.

—Tú solo alégrate de no ser wickano.

—Al primer antiwickano que me encuentre, le meto este huevo por el comedor de atrás. Dime, ¿Diente Bravo todavía vive en la misma casa, abajo en el Inferior? ¿Cerca de la torre de Obo?

—Allí está.

Hellian arrastró a Banaschar por el serpenteante callejón, al menos parecía serpentear por el modo en que no dejaban de chocar con las paredes mugrientas. Y hablaba.

—Claro, pensaste que te habías ido de rositas. De eso nada. No, estás tratando con la sargento Hellian, que lo sepas. ¿Crees que no te iba a perseguir por medio maldito mundo? Maldito idiota…

—Idiota tú. ¿Medio maldito mundo? Bajé directamente a los muelles y zarpé de regreso a la ciudad de Malaz.

—¿Y creíste que con eso me habías engañado? Olvídate. Claro, la pista estaba fría, pero no lo bastante. Y ahora te tengo, un sospechoso al que se le busca para ser interrogado.

El callejón se abría a una calle más ancha. A su izquierda había un puente. Hellian frunció el ceño y tiró de su prisionero hacia allí.

—¡Ya te lo dije la primera vez, sargento! —soltó de repente Banaschar—. Yo no tuve nada que ver con esa matanza, había pasado lo mismo en cada maldito templo de D'rek, y justo a la misma hora. No lo entiendes, tengo que llegar a la fortaleza de Mock. Tengo que ver al mago supremo imperial…

—¡Esa serpiente! ¡Lo sabía, una conspiración! Bueno, ya me ocuparé de él más tarde. Los asesinos de masas de uno en uno, como digo siempre.

—¡Esto es una locura, sargento! Suéltame… puedo explicarlo…

—Ahórrate las explicaciones. Antes tengo unas cuantas preguntas para ti, ¡y más vale que las contestes!

—¿Con qué? —se burló él—. ¿Con explicaciones?

—No. Con respuestas. Hay una diferencia…

—¿En serio? ¿Cuál? ¿Qué diferencia?

—Las explicaciones son lo que la gente usa cuando necesitan mentir. Siempre se sabe cuáles son porque esas explicaciones no explican un pimiento, y después te miran como si acabaran de aclarar las cosas cuando en realidad hicieron justo lo contrario y lo saben, y tú lo sabes y ellos saben que tú lo sabes, y tú sabes que ellos saben que tú lo sabes, y ellos te conocen a ti y tú los conoces a ellos y quizá sales a tomar una jarra más tarde, pero ¿quién paga la cuenta? Eso es lo que yo quiero saber.

—Vale, ¿y las respuestas?

—Respuestas son lo que me contestan cuando hago preguntas. Respuestas son cuando no tienes alternativa. Yo pregunto, tú cuentas. Yo pregunto otra vez, tú cuentas un poco más. Entonces te rompo los dedos, porque no me gusta lo que me cuentas, ¡porque esas respuestas no explican nada!

—¡Ah! ¡Así que en realidad quieres explicaciones!

—¡No hasta que me des las respuestas!

—¿Y cuáles son las preguntas?

—¿Quién dijo que tenía preguntas? Además ya sé lo que me vas a contestar. No tiene sentido preguntar, la verdad.

—Entonces no hay necesidad de romperme los dedos, sargento, me rindo ya.

—Buen intento. No te creo.

—Dioses del inframundo…

Hellian volvió a arrastrarlo. Se detuvo y miró a su alrededor. La sargento frunció el ceño.

—¿Dónde estamos?

—Eso depende. ¿Adónde me llevas?

—De vuelta a los barcos.

—Serás idiota… fuimos por donde no era, lo único que tenías que hacer era dar media vuelta cuando me atrapaste…

—Bueno, pues no la di, ¿no? ¿Qué es eso? —Y señaló.

Banaschar frunció el ceño y miró la estructura siniestra y mal iluminada que había detrás del muro bajo junto al que habían estado caminando. Después maldijo para sí.

—Esa es la Casa de Muerte —afirmó.

—¿Qué es, una especie de bar?

—No, y ni se te ocurra arrastrarme ahí dentro.

—Tengo sed.

—Se me ocurre un modo de resolver eso, sargento. Podemos ir ahí, donde Gallera…

—¿Está muy lejos?

—Todo recto…

—Olvídalo. Es una trampa. —Tiró de él y siguieron por la fachada de la Casa de Muerte, después atravesaron un corto callejón con paredes irregulares por donde Hellian llevó a su prisionero a la izquierda una vez más. Después se detuvo y señaló enfrente.

—¿Qué lugar es ese?

—El Smiley. No quieres entrar ahí, es donde van las ratas a morirse…

—Perfecto. Me vas a invitar a una copa. Y después regresamos a los barcos.

Banaschar se pasó una mano por la cabeza.

—Como quieras. Dicen que la cerveza que hacen ahí dentro usa agua sacada de la Casa de Muerte. Y luego está el propietario…

—¿Qué pasa con él?

—Se rumorea que está emparentado con el mismísimo emperador difunto. Este sitio era de Kellanved, ¿sabes?

—¿El emperador era dueño de una taberna?

—Pues sí, su socio era Danzante. Y había una moza que servía que se llamaba Torva…

Hellian lo sacudió.

—Solo porque te hiciera preguntas no significa que quisiera respuestas, sobre todo no ese tipo de respuestas, ¡así que cállate!

—Perdón.

—Una copa y después volvemos a los barcos y nos damos un chapuzón…

—¿Un qué?

—Tranquilo. No hay arañas ahogadas en esta bahía.

—¡No, solo anguilas chupa-sangre! Como la que te cuelga detrás de la oreja. Ya te ha chupado toda la sangre de la

mitad de la cara. Dime, ¿se te está entumeciendo el cuero cabelludo por un lado?

Hellian lo miró, furiosa.

—No te di permiso para hacer preguntas. La que pregunta soy yo. Que no se te olvide. —Después sacudió la cabeza. Algo largo e hinchado chocó contra su cuello. Hellian levantó la mano y atrapó a la anguila. Se la arrancó de un tirón—. ¡Ay! —Miró furiosa la criatura que se retorcía en su mano, la dejó caer y la aplastó con un tacón. Un mejunje negro chorreó por los lados—. ¿Ves eso, Banaschar? Si me causas problemas, te hago lo mismo.

—¿Si me cuelgo de tu oreja, quieres ejemplificar? En serio, sargento, esto es ridículo…

Se volvieron al oír unos murmullos en la calle, detrás de ellos. Aparecieron treinta o cuarenta vecinos que se dirigían a la calle Frontal. Algunos de ellos llevaban arcos y latas de brea ardiendo colgando de unas correas.

—¿Qué les pasa a esos? —preguntó Hellian.

—Creen que la flota está podrida de peste —dijo el antiguo sacerdote—. Supongo que pretenden prenderles fuego a unos cuantos transportes.

—¿Peste? No hay peste…

—Eso lo sé yo y lo sabes tú. Pero bueno, hay otro problema —añadió cuando la chusma los vio y media docena de matones se separaron y poco a poco, con gesto siniestro, se acercaron—. Esos verdugones que te cubren, sargento, se pueden confundir con facilidad con señales de peste.

—¿Qué? Dioses del inframundo, vamos a meternos en esa taberna.

Avanzaron a toda prisa y se colaron por la puerta.

Dentro, una oscuridad profunda rota solo por unas cuantas velas altas sobre unas mesas ennegrecidas. No

había más que otro cliente, sentado cerca de la pared del fondo. El techo era bajo y el suelo estaba sembrado de basura. El aire denso le recordó a Hellian a un calcetín lleno de queso.

Por la derecha apareció el propietario, un dalhonesio flaco como una pica de edad indeterminada, cada ojo miraba en una dirección diferente, y ninguno se posó en Hellian ni en Banaschar cuando esbozó una sonrisa empalagosa mientras se retorcía las manos.

—Ah, una cita de lo más dulce, ¿eh? ¡Vengan! Tengo una mesa, ¡sí! ¡Reservada solo para parejitas como ustedes!

—Cierra esa fea bocaza o te la coso —dijo Hellian—. Tú llévanos a esa maldita mesa y luego tráenos una jarra de cualquier cosa que tengas que no nos vaya a salir luego por la nariz.

Asintiendo con la cabeza, el hombre cojeó hasta una mesa y, después de estirar el brazo múltiples veces, por fin consiguió coger las sillas y con muchos alardes las apartó entre la mugre.

Banaschar fue a sentarse, pero entonces se encogió.

—Dioses del inframundo, esa vela…

—¡Oh, sí! —dijo el dalhonesio muy contento—, las pocas brujas de la cera que quedan son muy generosas con Smiley. Es la historia, ¿eh?

De repente unas voces empezaron a armar jaleo en la entrada y el propietario hizo una mueca.

—Invitados no deseados. Un momento mientras los ahuyento. —Y se alejó.

Hellian soltó por fin al antiguo sacerdote y se derrumbó en la silla de enfrente.

—No intentes nada —rezongó—, no estoy de humor.

Detrás de ella, el propietario tiró de la puerta. Unas cuantas palabras discretas y a continuación amenazas a

voces.

Hellian vio que la mirada de Banaschar pasaba de repente junto a ella (el antiguo sacerdote tenía un buen panorama de lo que estaba sucediendo en la puerta). La sargento se echó hacia atrás en la silla y abrió mucho los ojos justo cuando estallaron unos chillidos entre la chusma, seguidos por los ruidos de una huida aterrada.

Hellian frunció el ceño y se dio la vuelta en la silla.

El propietario había desaparecido y en el lugar del hombre había un demonio, les daba la espalda y era lo bastante grande como para llenar la puerta entera. Una víctima se agitaba entre sus manazas y, mientras la sargento miraba, el demonio arrancó la cabeza del boceras, se inclinó en la puerta y la arrojó tras los conciudadanos que huían. Después lanzó el cuerpo decapitado en la misma dirección.

Un extraño contorno borroso y un aroma dulce, especiado, entró flotando en la taberna; el demonio desapareció y reapareció el anciano dalhonesio, que se limpiaba las manos y luego la pechera de la mugrienta túnica. Se dio la vuelta y regresó a la mesa de sus clientes.

Otra sonrisa bajo los ojos torcidos.

—La mejor cerveza, entonces, una jarra, ¡enseguida!

Hellian volvió a girarse en la silla. Su mirada se posó por un instante en el otro cliente de la pared trasera. Una mujer, una puta. La sargento lanzó un gruñido y se dirigió a la mujer.

—¡Eh, tú! ¿Hay mucho negocio?

Un bufido de respuesta y luego:

—¿A quién le importa?

—Bueno, en eso tienes razón, sí, señor.

—¡Callaos las dos! —gritó Banaschar, su voz sonaba medio estrangulada—. ¡Eso era un demonio kenryll'ah!

—No está tan mal —dijo la puta—, una vez que lo conoces.

Desde detrás de la barra les llegó el sonido de loza que se rompía y una maldición.

En grupos, en bandas, en tropas desharrapadas, la multitud empezó a reaparecer por el paseo de los muelles centrales. Había más armas entre ellos, incluso algún que otro arco. Las antorchas destellaban en la oscuridad y las voces se alzaban para impartir órdenes.

Apoyado en la proa del Silanda, amarrado justo detrás del bote que habían usado las Espadas Rojas, Koryk observó el desarrollo de los acontecimientos de la calle frontal durante un rato, después se dio media vuelta y regresó al centro de la cubierta.

—Sargento Bálsamo.

—¿Qué?

—Podríamos tener algún problemilla pronto.

—Típico —siseó Bálsamo, que se levantó y empezó a pasearse—. Viol desaparece. Gesler desaparece. Y me dejan aquí solo, y yo no tengo silbato, ¿a que no? Olor a Muerto, levántate y acércate a hablar con el puño Keneb. A ver qué quieren que hagamos.

El cabo se encogió de hombros y se dirigió a la escala de embarque.

Chapapote se estaba poniendo la armadura.

—Sargento —dijo—, tenemos el cajón de municiones de Viol abajo…

—¡Por los huevos del Embozado, tienes razón! Sepia, baja ahí. Fulleros e incendiarios y todo lo que puedas echar mano. Rebanagaznates, ¿qué estás haciendo ahí?

—Estaba pensando en colarme entre la multitud —dijo el hombre desde la barandilla, donde había subido una pierna y estaba a punto de meterse en el agua turbia—. No suena bien, ¿eh? Hay cabecillas ahí arriba, quizá garras, y ya sabe lo que me gusta matarlos. Podría confundir más las cosas, como tendría que ser…

—Te van a hacer picadillo, idiota. No, quédate aquí, ya andamos bastante escasos de fuerzas.

Koryk se agachó cerca de Chapapote y Sonrisas.

—Viol siempre hace lo mismo, ¿eh?

—Relájate —dijo Chapapote—. Si hace falta, yo y los pesados de Gesler podemos defender el amarradero.

—¡Y lo estás deseando! —lo acusó Sonrisas.

—¿Por qué no? ¿Desde cuándo se merecen los wickanos todo este odio? Esa chusma le tiene ganas al Decimocuarto, pues muy bien, ¿para qué decepcionarlos?

—Porque tenemos órdenes de quedarnos aquí, a bordo —dijo Sonrisas.

—Es más fácil defender el amarradero que dejar que los cabrones bajen de un salto a la cubierta.

—Y volverían a salir de otro salto —predijo Koryk—, en cuanto viesen esas cabezas.

—Me muero por una pelea, Koryk.

—Está bien, Chapapote, sube y prepárate. Sonrisas, Sepia y yo iremos justo detrás, con unas cuantas docenas de fulleros.

Corabb Bhilan Thenu’alas se reunió con ellos. El hombre se estaba atando un escudo redondo.

—Yo lo flanquearé, cabo Chapapote —dijo—. He encontrado un alfanje y tengo cierta habilidad con esa arma.

—Agradezco la compañía —dijo Chapapote, después miró adonde Narizcorta, Destello de Ingenio, Uru Hela y

Cachipolla se estaban poniendo la armadura—. Seis en total, primera línea. Que intenten pasar junto a nosotros.

Reapareció Sepia arrastrando un cajón.

—Ve repartiéndolos, zapador —ordenó Bálsamo—. Después subimos a saludar a esa escoria.

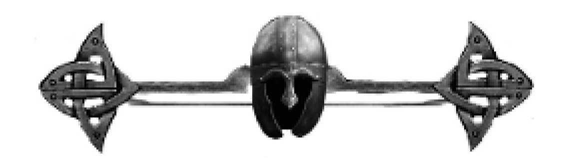
Koryk cargó su ballesta y después le dio una buena palmada a Chapapote en el hombro.

—Vamos a echar un vistazo. A mí también me apetece matar a alguien.

El cabo se irguió y escupió por la borda.

—¿Y a quién no?

23



Los Gemelos se encontraban en su torre
cuando la matanza empezó abajo
y los dados rebotaron salvajes
para gran placer de los hermanos.
Ahora giraron de súbito,
de súbito y amargos, y esta partida
que jugaban (los mortales sangrando
y llorando en la oscuridad) vieron
a su vez, y la partida que jugaban
lanzada a un nuevo viento, un temporal
que no era el suyo.
Y así con los Gemelos jugaron,
oh, cómo jugaron con ellos.

Luna del asesino
—Vatan Urot

Cuando tuvieron delante la calzada de la Muralla (las escaleras que subían a la fortaleza de Mock), Kalam Mekhar echó un vistazo tras ellos otra vez. Se iba acercando una turbamulta furtiva, parecía que se desplazaba de nuevo

hacia el puerto. ¿Quién estaba detrás de todo aquello? ¿Qué posible razón podía haber?

Al Decimocuarto no lo arrastrarían a una matanza. De hecho, el único resultado realista era justo lo contrario. Podían morir cientos de ciudadanos esa noche antes de que el resto se diera por vencido y huyera. Cierto, no había más que un puñado de infantes en el amarradero, pero Kalam sabía de sobra que tenían municiones moranthianas. Y luego, por supuesto, estaba Ben el Rápido.

Pero no te agotes, amigo mío. Creo… El asesino metió la mano bajo los pliegues de su manto y se tranquilizó una vez más, todavía llevaba la bellota que el mago supremo le había preparado. *Mi taba afeitada en la manga.* Si se daba el caso, podía invocar a Rápido. *Y estoy pensando…*

La consejera no vaciló y comenzó su ascenso por la calzada de la Muralla. Los otros la siguieron.

Un largo ascenso por delante, agotador, hilera tras hilera de escalones que habían visto lo suyo en cuestión de sangre derramada. Kalam no tenía muy buen recuerdo de la calzada de la Muralla. *Ella está ahí arriba, así que baja fluyendo, nunca deja de bajar.* Estaban por encima del nivel de las haciendas superiores y atravesaban una corriente ascendente y revuelta de brumas con el olor amargo del humo de madera. La condensación se aferraba al muro de piedra de su izquierda, como si el promontorio en sí hubiera empezado a sudar.

Las luces de las antorchas serpenteaban por las calles de abajo. Por algunos sitios resonaban las alarmas de la guardia de la ciudad, y de repente una hacienda estalló en llamas, se alzó humo negro, iluminado por debajo con una luz siniestra. Llegaron a sus oídos unos gritos atenuados.

Pero ellos siguieron subiendo sin detenerse, sin una sola palabra. Nada salvo el sonido metálico apagado y el susurro

de las armaduras, las botas arañando el suelo, el aliento más trabajoso inhalado con cada paso. La luna borrosa surgió y arrojó una luz enfermiza sobre la ciudad y la bahía, iluminó la isla del Viejo Vigía y el borde exterior del puerto, los juncos plateados de la isla del Barro y, más al sur, enfrente, la desembocadura del río Cuevarroja, donde se alzaban las ruinas de un templo de D'rek largo tiempo abandonado. El agua transparente de ese lado de la isla del Barro estaba atestada de transportes, mientras que las escoltas de Nok se habían colocado entre esos transportes y los cuatro dromones quon del séquito de la emperatriz Laseen, estos últimos todavía amarrados junto a los muelles imperiales, justo bajo la fortaleza de Mock.

El mundo parecía de repente un pequeño grabado a los ojos de Kalam, una disposición muy elaborada de los juguetes de un niño. Si no fuera por las masas de antorchas que se iban acercando a los muelles centrales, las figuras apenas vistas que corrían por varias calles y avenidas y los gritos lejanos de una ciudad convulsa, el panorama tendría un aspecto casi pintoresco.

¿Estaba viendo la agonía del Imperio de Malaz? En la isla donde todo empezó, quizá allí fuera también donde se anunciara su caída, esa noche, en un torbellino de violencia caótica, absurda. *La consejera aplastó la rebelión de Siete Ciudades. Este debería ser un regreso triunfal. Laseen, ¿qué has hecho? ¿Has perdido de repente el control de esta bestia loca?*

Kalam sabía de sobra que el velo de la civilización era muy fino. Arrojarlo a un lado no requería demasiado esfuerzo, e incluso menos instigación. Había suficientes matones en el mundo, y esos matones podían lucir el atavío de un noble, o de un puño, o, incluso, las túnicas de un sacerdote o los ropajes de un erudito; no cabía duda de que

había suficientes que ansiaban el caos y la oportunidades que este proporcionaba. Para derramar una crueldad sin sentido, para desatar el odio, para matar y violar. Cualquier excusa bastaba, incluso a veces no hacían falta ni excusas.

Por delante de él, la consejera iba subiendo sin vacilación alguna, como si ascendiera por un andamio, en paz con lo que los hados habían decretado. ¿Estaba leyendo bien lo que había en su expresión? Kalam no lo sabía.

Pero estaba llegando el momento, ya no tardaría mucho, en el que tendría que decidir.

Y esperaba. Rezaba. Que el momento, cuando se presentara, hiciera que su elección fuera obvia, inevitable, de hecho. Pero acechaba una sospecha, que esa elección resultaría mucho más dura de lo que se atrevía a admitir en ese instante.

¿Elijo vivir o elijo morir?

Bajó la vista y miró a su derecha, a esos cuatro barcos que había justo debajo.

Se ha traído a mucha gente con ella, ¿no?

A medio camino del parque Colina del Cuervo, Botella se detuvo contra una puerta, el corazón le martilleaba en el pecho, el sudor le chorreaba por la cara. La hechicería agitaba cada calle. Mockra. Retorcía los pensamientos de los incautos y los incrédulos, llenaba los cráneos de ansias de violencia. Y las figuras solitarias que se abrían camino contra la marea eran víctimas en potencia, él se había visto obligado a dar un rodeo hasta esa puerta por callejones estrechos y asfixiantes, había tenido que bajar por el paseo norte del río, enterrado hasta los tobillos en el barro sucio del río Malaz, donde los insectos se alzaban en enjambres voraces. Pero al menos había llegado.

Sacó un cuchillo y, temeroso de hacer más ruido todavía, rascó la puerta. La calle que tenía detrás estaba vacía, pero podía oír los disturbios que empezaban, las maderas astilladas, el chillido agudo de un caballo moribundo, y por toda la ciudad habían comenzado a ladrar los perros, como si se hubiera despertado una antigua memoria lupina. Botella volvió a rascar.

La puerta se abrió de repente. Una mujer alta de pelo gris se lo quedó mirando desde arriba, sin expresión alguna.

—Agayla —dijo Botella—. Mi tío se casó con la hermana del marido de tu tía. ¡Somos familia!

La mujer dio un paso atrás.

—¡Entra aquí, a menos que te apetezca que te hagan pedazos!

—Soy Botella —dijo él mientras la seguía al interior de una botica en la que reinaban los aromas a hierbas—, no es mi nombre verdadero, pero…

—Oh, qué más da eso. Tienes las botas asquerosas. ¿De dónde vienes y por qué has elegido esta noche entre todas las noches para visitar la ciudad de Malaz? ¿Té?

Botella parpadeó un momento y asintió.

—Soy del Decimocuarto Ejército, Agayla…

—Bueno, qué tontería por tu parte, ¿no crees?

—¿Disculpa?

—Deberías estar escondiéndote en los barcos con todos los demás, mi querido muchacho.

—No puedo. Es decir, me envió la consejera…

La mujer se volvió.

—¿A verme? ¿Y para qué?

—No, no es eso. Fue idea mía venir aquí. Estoy buscando a alguien. Es importante… Necesito tu ayuda.

La mujer le dio la espalda una vez más y vertió la infusión de hierbas en dos tazas.

—Ven a tomar tu té, Botella.

Cuando el joven se adelantó, Agayla lo miró otra vez a toda prisa, le metió la mano entre los pliegues del manto y sacó de golpe el muñeco. Lo estudió por un momento y después, con el ceño fruncido, sacudió el muñeco delante de la cara de Botella.

—¿Y qué es esto? ¿Tienes idea de en lo que te estás metiendo, niño?

—¿Niño? Espera un momento…

—¿Es este el hombre que necesitas encontrar?

—Bueno, sí…

—Entonces no me dejas otra alternativa, ¿no?

—¿Perdón?

Agayla volvió a meterle el muñeco entre los pliegues del manto y le dio la espalda otra vez.

—Bébete el té. Después hablaremos.

—¿Puedes ayudarme?

—¿A salvar el mundo? Bueno, sí, por supuesto.

¿Salvar el mundo? Oye, consejera, esa parte no la mencionaste.

Koryk hizo rodar los hombros para repartir bien el peso de la pesada cota de malla. La espada larga y el escudo estaban colocados en las piedras húmedas que tenía detrás. Con sus manos con guanteletes sostenía la ballesta. A tres pasos a su izquierda se encontraba Sonrisas, un fullero en la diestra, los dientes resplandeciéndole bajo la luz sin brillo de la luna. A la derecha de Koryk estaba Sepia, agazapado sobre una colección de municiones desplegadas sobre una capa de lluvia. Entre ellas había un maldito.

—Un momento, Sepia —dijo Koryk al ver la enorme granada—. Vuelve a pasar ese maldito y que lo bajen,

¿quieres? A menos que estés planeando volar a todos los que estamos aquí, por no hablar del Silanda y el Lobo de Espuma.

El zapador levantó la cabeza y lo miró con los ojos guiñados.

—Si nos llevamos a cien de ellos con nosotros, yo encantado, Koryk. Tú no te preocupes, es para lo último que quede en pie, para entonces probablemente ya habréis caído todos.

—Pero quizá sigamos vivos…

—Procura evitarlo, soldado. A menos que te haga feliz que la chusma se divierta con lo que quede de ti.

Koryk frunció el ceño y volvió la vista a la multitud creciente, a veinte pasos de distancia, arremolinados, gritando amenazas y feas promesas. Muchas armas peligrosas entre ellos. La guardia de la ciudad se había desvanecido y, de momento, lo único que parecía contener a los necios era la línea sólida de soldados con escudos trabados que se enfrentaba a ellos. Chapapote, Corabb Bhilan Thenu'alas, Uru Hela, Cachipolla, Narizcorta y Destello de Ingenio. Unas cuantas rocas y fragmentos de ladrillo se habían arrojado al campo intermedio, y a los que se acercaban se les recibía alzando los escudos casi con languidez para mantenerlos a raya.

En los flancos de la chusma estaban preparando flechas en llamas.

Intentarán prenderles fuego a los barcos de aquí primero, y así no vamos bien. No le parecía que el Silanda fuera a arder, no después de lo que Gesler les había dicho. Pero el Lobo de Espuma era otra historia. Echó un vistazo y vio al cabo Olor a Muerto cruzar la pasarela de regreso al amarradero, detrás de él estaba el puño Keneb.

—Sargento Bálsamo.

—¿Sí, puño?

Keneb miró a su alrededor.

—¿Dónde están Gesler y Violín?

—Explorando, señor.

—Explorando, entiendo. Así que no hay más, ¿no?

—Esas flechas, señor…

—El destriant Run'Thurvian me asegura que las naves amarradas estarán a salvo. Los transportes, por desgracia, son otro asunto. Les hemos hecho señales a los más cercanos y les hemos dado la orden de que se retiren hasta quedar fuera de su alcance. Lo que significa, sargento, que usted y sus soldados están solos. La balista de arco del Lobo de Espuma les proporcionará apoyo.

—Se lo agradezco, señor —dijo Bálsamo, una extraña mirada perpleja en los ojos—. ¿Dónde está el asedio?

—¿Disculpe?

Olor a Muerto se aclaró la garganta y se dirigió a Keneb.

—No le haga caso, señor. Una vez que empiece la lucha, estará bien. Puño, dice que esas flechas no incendiarán los barcos; pero cuando se den cuenta las volverán contra nosotros.

Keneb asintió y miró a Sepia.

—Zapador, quiero que golpee a esos arqueros de los flancos. No espere a que ellos se anticipen. Fulleros, suponiendo que estén al alcance.

Sepia se irguió y echó un vistazo.

—Fácil, señor. Galt, Lóbulo, acercaos y coged un par de fulleros; el maldito, no, Galt, idiota, esos pequeños redondos, ¿estamos? Dos, maldito seas, nada más. Volved si necesitáis más.

—Quizá tres…

—¡No! Piénsalo, Lóbulo. ¿Cuántas manos tienes? ¿Dónde vas a sujetar el tercero, con el culo? Dos, y que no se os

caigan o este amarradero entero desaparece y nosotros con él. —Se volvió—. Puño, ¿quiere que los golpeemos ahora?

—No veo por qué no —respondió Keneb—. Con un poco de suerte, el resto se desperdigará.

Unas flechas en llamas salieron siseando en busca de las jarcias del Lobo de Espuma. Los arcos y sus chisporroteos desaparecieron de repente.

Koryk lanzó un gruñido.

—Muy bonito. Más vale que te pongas a ello, Sepia. Apuesto a que la siguiente andanada viene a por nosotros.

Sepia por la derecha, Galt y Lóbulo por la izquierda. Levantaron los fulleros y después, a la orden de Sepia, arrojaron las granadas de arcilla.

Unas detonaciones que estallaron como crujidos en una piedra quebradiza y cayeron cuerpos retorciéndose, chillando.

La chusma del centro, con un rugido gutural, se lanzó a la carga.

—Mierda. —Fue uno de los de la pesada de primera línea.

Sonrisas lanzó su fullero contra el centro de la oleada.

Otra explosión, esa a solo diez pasos del muro de escudos, que se echó hacia atrás por instinto con las cabezas agachadas bajo los escudos alzados. Chillidos, figuras que caían, sangre y trozos de carne, cuerpos por el suelo haciendo tropezar a los atacantes, el frente de esa carga se había convertido en un desastre caótico, pero los de detrás continuaban presionando.

Koryk se movió hacia la derecha, podía oír a alguien gritando órdenes, una voz pesada, autoritaria, la cadencia de un oficial malazano, y Koryk quería a ese cabrón.

La balista montada sobre la proa del Lobo de Espuma corcoveó, el enorme proyectil salió a toda velocidad y desgarró la multitud en una veta de chorros de sangre. Un

cuadrillo diseñado para abrir agujeros en cascos de barcos perforó carne y hueso sin esfuerzo, un cuerpo tras otro.

Unas cuantas flechas se precipitaron contra los soldados del embarcadero y después la multitud alcanzó la primera línea de defensa.

Indisciplinados, convencidos de que el simple peso y el impulso bastarían para hacer pedazos el muro de escudos, no estaban preparados para el empujón calculado a la perfección de los de la pesada, los largos escudos que se clavaron en ellos y las espadas que arremetieron contra ellos.

El único soldado que no estaba adiestrado para mantener un muro era Corabb Bhilan Thenu’alas, y Koryk descubrió a Sonrisas ponerse tras el tipo mientras este lanzaba cuchilladas contra un enemigo con su alfanje. El hombre que tenía delante era enorme y empuñaba espadas cortas, con una clavaba y con la otra rebanaba, así que Corabb se colocó en una postura de defensa sostenida con el escudo redondo y el arma. Al mismo tiempo, Sonrisas, que vio una abertura, lanzó un cuchillo que alcanzó al atacante en la garganta. Cuando el hombre se derrumbó, Corabb giró y el alfanje aplastó la cabeza desprotegida.

—¡Vuelve a la brecha! —chilló Sonrisas, y empujó a Corabb.

Koryk vio una figura a un lado (no era el comandante). *Dioses, es un mago y está preparando una senda.* Así que levantó la ballesta y apretó el gatillo.

El cuadrillo mandó al hombre dando vueltas.

Tres fulleros más estallaron entre la multitud, más atrás. De inmediato el ataque se vino abajo y el muro de escudos avanzó un paso, después otro, las armas lanzaban cuchilladas para acabar con los heridos. Varias figuras salieron disparadas y Koryk oyó a alguien a lo lejos que

gritaba y mencionaba un punto de reunión; pero vio que, de momento, pocos escuchaban.

Uno menos.

En la amplia plataforma de carga y a ambos lados, decenas de cuerpos salpicaban los adoquines, voces débiles que gritaban de pena y dolor.

Dioses del inframundo, estamos matando a los nuestros.

En la cubierta delantera del Lobo de Espuma, Keneb se volvió hacia el capitán Rynag. Luchaba por contener su furia cuando habló.

—Capitán, había soldados entre esa chusma. Sin uniforme.

El hombre estaba pálido.

—Yo no sé nada de eso, puño.

—¿Qué sentido tiene todo esto? No les van a poner las manos encima al Decimocuarto.

—No… no sé. Son los wickanos, los quieren a ellos. Ha empezado un pogromo y no hay forma de detenerlo. Se ha emprendido una cruzada y un ejército marcha sobre las llanuras wickanas…

—¿Un ejército? ¿Qué clase de ejército?

—Bueno, una turba, pero dicen que tienen diez mil hombres y hay veteranos entre ellos.

—¿La emperatriz lo aprueba? Da igual. —Keneb se volvió una vez más y contempló la ciudad. Los cabrones se estaban reagrupando—. De acuerdo —dijo—, si esto sigue así, puede que desafíe las órdenes que me ha dado la consejera. Y que desembarque a todo el puñetero ejército…

—Puño, no puede hacer eso…

Keneb se giró en redondo.

—¡No hace mucho tiempo insistía en que lo hiciera!

—¡La peste, puño! Desataría la devastación…

—¿Y qué? Prefiero dar que recibir, dadas las circunstancias. Y ahora, a menos que la emperatriz tenga un ejército entero oculto aquí, en la ciudad, el Decimocuarto puede poner fin a este levantamiento; bien saben los dioses que tenemos experiencia más que suficiente. Y admito que me estoy planteando ponerla en práctica.

—Puño…

—Bájese de este barco, capitán. Ahora.

El hombre se lo quedó mirando.

—¿Me está amenazando?

—¿Amenazando? A Coltaine lo ataron abierto de brazos y piernas a una cruz a las afueras de Aren mientras el ejército de Pormqual se ocultaba detrás de las murallas de la ciudad. Siento la fuerte tentación, capitán, de clavarlo a algo parecido, aquí y ahora. Un regalo para los descreídos de ahí fuera, solo para recordarles que algunos todavía nos acordamos de la verdad. Voy a respirar hondo tres veces y si sigue aquí para entonces…

El capitán se escabulló a toda prisa.

Koryk observó al capitán bajar corriendo por la pasarela y después rodear la primera línea de infantería pesada. Parecía dirigirse a la multitud más cercana que se estaba reuniendo a la entrada de una calle ancha.

Si Koryk se lo hubiera planteado, habría pensado que la serie de oscuros pensamientos que se agolpaban en su mente (todos y cada uno listos para encontrar una voz) le proporcionaban todas las excusas que necesitaba. Pero no se lo planteó, y en cuanto a excusas, él no las necesitaba, ninguna en absoluto.

Levantó la ballesta.

Soltó el cuadrillo.

Lo observó alcanzar al capitán entre los omóplatos y vio al hombre caer boca abajo, despatarrado, con los brazos estirados a los lados.

Chapapote y los otros de esa primera línea se volvieron para estudiarlo, en silencio, sin expresión bajo los bordes de los yelmos.

Sonrisas lanzó una carcajada incrédula.

Unas botas pesadas sobre la pasarela y después la pregunta dura de Keneb.

—¿Quién ha sido el responsable de eso?

Koryk miró al puño.

—Fui yo, señor.

—Acaba de asesinar a un capitán de la Guardia del Palacio de Unta, soldado.

—Sí, señor.

Se oyó entonces a Chapapote.

—¡Vuelven a por otra tanda! Parece que los has cabreado de verdad, Koryk.

—Prueba suficiente para mí —rezongó el mestizo seti mientras empezaba a cargar otra vez la ballesta. Mientras esperaba a que Keneb hablara. Mientras esperaba la orden para que Bálsamo lo arrestara.

Pero en lugar de todo eso, el puño no dijo nada. Se dio la vuelta y regresó al Lobo de Espuma.

Un siseo de Sonrisas.

—Cuidado, Koryk. Espera a que Viol se entere de esto.

—¿Viol? —soltó el sargento Bálsamo—. ¿Y qué pasa con la consejera? Te van a colgar, Koryk.

—Si me cuelgan, que me cuelguen. Pero lo haría de nuevo. El cabrón quería que les entregásemos a los wickanos.

Aturdido, Keneb regresó a la cubierta central. *«Quería que les entregásemos a los wickanos…»*. Infantes y marineros estaban todos mirándolo, y el destriant Run'Thurvian había subido de la bodega y se aproximaba.

—Puño Keneb, esta noche no está transcurriendo bien, ¿cierto?

Keneb parpadeó.

—¿Destriant?

—Un gravísimo fallo de la disciplina…

—Lo siento —interpuso Keneb—, es obvio que no lo entiende. Hace algún tiempo la consejera proclamó el nacimiento de los Cazahuesos. ¿Qué vio ella entonces? Yo no tenía más que una sensación, casi ni una sensación siquiera. Más bien una sospecha. Pero ahora… —Sacudió la cabeza—. Tres pelotones en el amarradero defendiendo sus posiciones, ¿y por qué?

—Puño, la amenaza se percibe y ha de dársele respuesta.

—Podríamos levantar las amarras y zarpar. Pero en su lugar, aquí estamos. Aquí están, listos para sacar a espadazos a cualquiera que se atreva a acercarse. Listos para responder a la sangre con sangre. La traición, destriant, acecha esta noche como un dios, justo aquí, en la ciudad de Malaz. —Pasó sin prisas junto a los otros, de regreso al castillo de proa—. ¿Esa balista está cargada? —preguntó.

Uno de los miembros de la tripulación asintió.

—Sí, puño.

—Bien. Se están acercando rápido.

El destriant fue a colocarse junto a Keneb.

—Puño, no lo entiendo.

Keneb apartó la mirada de los cientos que iban acercándose cada vez más.

—Pero yo sí. Lo he visto. Estamos defendiendo el amarradero ¡y ni a un solo de los soldados de ahí abajo le

importa una mierda lo demás! ¿Por qué? —Dio unos golpes en la barandilla—. Porque estamos esperando. Estamos esperando a la consejera. Destriant, ahora somos suyos. Está decidido, ¡y el puto Imperio puede pudrirse entero!

Los ojos del otro hombre se fueron abriendo poco a poco ante semejante estallido, y después, con una leve sonrisa, se inclinó.

—Como diga, puño. Como usted diga.

La última puerta del pasillo del bloque de pisos, último piso. *Típico.* El borde del cuchillo se deslizó con facilidad entre la puerta y el marco y levantó el cerrojo. Un empujón lento, firme, echó la puerta atrás con solo un gemido levísimo de los goznes de cuero.

Violín se deslizó dentro y miró a su alrededor en la oscuridad.

Estruendosos ronquidos animales y gruñidos procedentes del catre, un olor a cerveza pasada invadía el aire cargado.

Moviéndose milímetro a milímetro, Violín fue posando la colección de ballestas en el suelo, un procedimiento que le llevó casi treinta latidos, pero ni una sola vez las notas estentóreas del sopor se detuvieron en la figura del catre.

Despojado ya de su carga, Violín se fue acercando más, respiraba despacio y con tranquilidad, hasta que se cernió sobre la cabeza greñuda de su incauta víctima.

Y entonces empezó a canturrear en un susurro.

—Tus fantasmas… hemos vuelto… para no dejarte solo jamás, para no darte nunca un momento de descanso… oh, sí, mi querido Diente Bravo, soy yo, Violín, muerto pero no desaparecido, un fantasma que regresa para perseguirte hasta tu último…

El puño surgió de la nada y entró en contacto como una roca sólida contra la cintura de Violín. Sin un solo gramo de aire en los pulmones, el sargento se derrumbó de espaldas en el suelo, donde se encogió alrededor de un dolor agónico…

Mientras Diente Bravo se ponía en pie.

—Eso no tuvo gracia, Violín —dijo mirándolo desde su altura—. Pero tú, retorciéndote ahí tirado en el suelo, eso sí que es gracioso.

—Cierra esa bocaza —jadeó Violín— y búscame una silla.

El sargento mayor lo ayudó a levantarse. Violín se apoyó con fuerza en él y se irguió poco a poco, el esfuerzo puntuado por muecas de dolor y un siseo entre dientes.

—¿Sobrevivirás?

Un asentimiento y Violín se las arregló para dar un paso atrás.

—Está bien, me lo merecía…

—No hay ni que decirlo —replicó Diente Bravo.

Se miraron el uno al otro en la oscuridad por un instante y después se dieron un abrazo. Y no añadieron nada.

Al poco, la puerta se abrió tras ellos. Se separaron y vieron a Gesler y Tormenta, el primero llevaba dos botellas de vino y el segundo tres hogazas de pan.

—¡Por el aliento del Embozado! —se rió Diente Bravo—. ¡Los viejos cabrones, todos y cada uno han vuelto a casa!

Cuando Gesler y Tormenta pusieron las vituallas en una mesita, Violín examinó el violín que se había atado a la espalda. Le complació ver que no había más daños que los que ya tenía. Sacó el arco, miró a su alrededor cuando Diente Bravo encendió un farol, acercó a una silla y se sentó.

Un momento después los tres hombres lo estaban mirando.

—Lo sé —dijo Violín—. Diente Bravo, ¿recuerdas la última vez que toqué…?

—¿Esa fue la última vez?

—Lo fue, y han caído muchos desde entonces. Amigos. Personas a las que llegamos a querer y que ahora echamos de menos, como agujeros en el corazón. —Respiró hondo y después continuó—. Lleva esperando dentro mucho tiempo. Así que, mis viejos, viejos amigos, oigamos algunos nombres.

Diente Bravo se sentó en el catre y se rascó la barba.

—Tengo uno nuevo para ti. Un soldado que envié a algo esta misma noche y que terminó muerto. Se llamaba Gentur. Su amigo Tirabarro estuvo a punto de morir también, pero parece que la Señora le dio un tirón. Y lo encontramos a tiempo para ayudar un poco.

Violín asintió.

—Gentur. De acuerdo. ¿Gesler?

—Kulp. Baudin. Y, creo, Felisin Paran, la chica no tuvo mucha suerte y cuando aparecieron cosas buenas, escasas como fueron esas ocasiones, bueno, no supo qué hacer o qué decir. —Se encogió de hombros—. Cuando a una persona le duele lo suficiente por dentro, lo único que sabe hacer es herir a su vez. Así que, ella también. —Hizo una pausa y añadió—: Pella, Verdad.

—Y Coltaine —dijo Tormenta—. Y Duiker, y el Séptimo.

Violín empezó a afinar el instrumento.

—Buenos nombres, todos y cada uno. Yo añadiré unos cuantos más. Whiskeyjack. Seto. Trote. Y uno más, no hay nombre todavía y no es para tanto. Uno más… —Hizo una mueca—. Podría sonar un poco basto, por mucha colofonia que use. Da igual. Tengo una endecha triste en la cabeza que necesita salir…

—¿Todo triste, Viol?

—No, todo no. Os dejo los buenos recuerdos a vosotros, pero os lanzaré un susurro de vez en cuando, para haceros saber que sé lo que sentís. Ahora, poneos cómodos, llénales las copas, Gesler, esto va a llevar un rato, me imagino.

Y empezó a tocar.

La puerta pesada de la cima de la calzada de la Muralla se abrió con un chirrido y reveló en el umbral la silueta de una forma inmensa, encorvada. Cuando la consejera llegó a ese nivel, la figura dio un paso atrás y Tavore entró en la garita, seguida por T'amber y después el puño Tene Baralta. Kalam entró en aquella sala que olía a cerrado. El aire era dulzón con los vapores empalagosos del ron.

El asesino se detuvo enfrente del portero.

—Lubben.

Una respuesta pesada, profunda.

—Kalam Mekhar.

—¿Una noche de mucho trabajo?

—No todo el mundo usa la puerta —respondió Lubben.

Kalam asintió y no dijo nada más. Continuó andando y salió al patio del torreón, los adoquines ladeados bajo los pies, la antigua torre a la izquierda, la fortaleza en sí a escasa distancia a la derecha. La consejera ya había atravesado la mitad de la explanada. Detrás de Kalam, la escolta de la Guardia Imperial Untan se separó del grupo y se dirigió a su barracón, cerca del muro del norte.

Kalam levantó la cabeza y miró con los ojos guiñados la luna turbia. Una leve brisa le rozó la cara, cálida, sofocante y seca, tironeándole del sudor de la frente. En las alturas, por algún lugar, una veleta chirrió por un instante. El asesino echó a andar tras los otros.

Dos garras flanqueaban la entrada del torreón, no la guardia habitual. Kalam se preguntó dónde estaban esa noche el puño residente y su guarnición. *Seguramente en las bodegas del almacén, borrachos como cubas. Bien sabe el Embozado que es donde estaría yo si estuviera en sus botas.* No el viejo Lubben, por supuesto. Ese jorobado cano era tan viejo como la propia puerta de la Muralla, siempre había estado allí, desde la época del emperador e incluso, si los rumores estaban en lo cierto, incluso cuando Mock gobernaba la isla.

Cuando Kalam pasó entre los dos asesinos, ambos ladearon las cabezas encapuchadas en su dirección. Un saludo burlón, concluyó él, o algo peor. No respondió y se metió en el amplio pasillo.

Otra garra había estado aguardándolos y esa figura encapuchada los condujo a la escalera.

Subieron dos niveles y luego bajaron por un pasillo y se metieron en una antecámara, donde Tene Baralta les ordenó a sus espadas rojas que se quedaran, salvo su capitán, Lostara Yil. El puño mandó marchar luego a dos de sus soldados tras unas breves instrucciones impartidas en susurros. La consejera lo observó todo sin expresión alguna, aunque Kalam sintió tentaciones de llamarle la atención a Baralta sobre lo que a todas luces era un acto de independencia intencionada, como si Tene Baralta se estuviera despojando él mismo y a sus Espadas Rojas de cualquier asociación con la consejera y el Decimocuarto Ejército.

Tras un momento, la garra los hizo continuar, atravesaron otro portal y entraron en otro pasillo por el que bajaron hasta llegar a unas puertas dobles. Kalam sabía que no era la sala habitual donde se llevaban a cabo las reuniones oficiales. Era más pequeña, si el acceso servía de indicación,

y estaba situada en una zona del torreón que pocas veces se frecuentaba. Dos garras más hacían guardia en la entrada, y ambas se volvieron para abrir las puertas.

Kalam observó entrar a la consejera, que luego se detuvo. Al igual que T'amber y Tene Baralta. Junto al asesino, Lostara Yil se quedó sin aliento por un instante.

Los esperaba un tribunal. Sentada enfrente de ellos estaba la emperatriz Laseen, además de Korbolo Dom (ataviado como puño supremo) y otra persona que Kalam no reconoció. De cara redonda y rasgos llenos, corpulento, vestido con sedas azules. Tenía el cabello incoloro, corto y aceitado. Unos ojos soñolientos contemplaron a la consejera con la avaricia de un verdugo.

Las mesas estaban dispuestas en forma de «T» invertida y esperaban tres sillas con los respaldos altos vueltos hacia los recién llegados.

Tras un largo momento, la consejera se adelantó, sacó la silla del centro y se sentó con la espalda muy recta. T'amber ocupó la silla de la izquierda de Tavore. Tene Baralta le hizo un gesto a Lostara Yil para que lo acompañara y se dirigieron al lado derecho del fondo, donde el puño permaneció en posición de firmes delante de la emperatriz.

Kalam suspiró con lentitud y se encaminó a la silla que quedaba. Se sentó y apoyó las dos manos enguantadas en la mesa llena de marcas que tenía delante.

El gordo seboso clavó la mirada en el asesino y se inclinó un poco hacia delante.

—Kalam Mekhar, ¿sí? Un gran placer —murmuró— conocerlo por fin.

—¿Lo es? Me alegro por usted… quienquiera que sea.

—Mallick Rel.

—¿Aquí en calidad de qué? —preguntó Kalam—. ¿Serpiente jefe?

—Ya es suficiente —dijo la emperatriz—. Siéntese si no queda más remedio, Kalam, pero guarde silencio. Y entienda que yo no solicité su presencia aquí esta noche.

Kalam percibió una pregunta oculta en esa afirmación, una pregunta a la que él no hizo más que encogerse de hombros. *No, Laseen, no estoy listo para darte nada.*

Laseen miró entonces al comandante de las Espadas Rojas.

—Tene Baralta, tengo entendido que usted escoltó también a la consejera y su séquito por la ciudad. Muy noble por su parte. Supongo que la consejera no lo invitó ni lo obligó de ningún modo. Por tanto, parece claro que desea hablar conmigo en nombre de las Espadas Rojas.

El hombre del rostro destrozado se inclinó antes de hablar.

—Sí, emperatriz.

—Continúe.

—Las Espadas Rojas fueron reclutadas por la consejera en Aren, emperatriz, momento en el que se me nombró puño del Decimocuarto Ejército. Solicito con todo respeto que anuléis esa orden. Las Espadas Rojas siempre han servido al Imperio de Malaz de modo independiente, como corresponde a nuestro estatus de los primeros y más importantes guardianes imperiales de Siete Ciudades.

La emperatriz asintió.

—No veo razón para no concederle su solicitud, comandante. ¿Desea la consejera hacer algún comentario?

—No.

—Muy bien. Comandante Tene Baralta, las Espadas Rojas pueden acuartelarse aquí, en la fortaleza de Mock, de momento. Puede retirarse.

El hombre volvió a inclinarse, dio media vuelta y salió de la sala. Su capitán lo siguió.

Las puertas se cerraron una vez más tras ellos.

Laseen clavó entonces la mirada en la consejera.

—Bienvenida a casa, Tavore —dijo.

—Gracias, emperatriz.

—Los transportes del puerto despliegan la bandera de la peste, usted y yo sabemos que no hay peste alguna entre los soldados de su ejército. —Ladeó la cabeza—. ¿Qué debo pensar de este intento de engaño?

—Emperatriz, es evidente que el puño Keneb ha llegado a la conclusión de que, a pesar de las opiniones del capitán Rynag, la ciudad de Malaz está en un estado de malestar civil, suficiente como para que Keneb tema por el bienestar del Decimocuarto si el ejército desembarcase. Después de todo, tengo conmigo wickanos, cuya lealtad hacia la emperatriz, podría añadir, está por encima de todo reproche. Además, contamos con una importante fuerza de Lágrimas Quemadas de los khundryl, que también han prestado sus servicios con distinción. Llevar a tierra esas tropas podría concluir en un baño de sangre.

—¿Un baño de sangre, consejera? —Laseen alzó las cejas —. Al capitán Rynag se le dieron órdenes concretas para garantizar que los soldados del Decimocuarto se desarman antes de desembarcar.

—Lo que los deja a merced de la chusma exacerbada, emperatriz.

Laseen hizo un gesto de desdén.

—Emperatriz —continuó la consejera—, creo que aquí, en el corazón del Imperio, ha surgido un malentendido, que los acontecimientos comúnmente conocidos como la cadena de perros y los subsiguientes en Aren son, de algún modo, sospechosos. —Hizo una pausa y después reanudó su explicación—. Veo que Korbolo Dom, que estaba al mando de los Mataperros renegados, y que fue capturado y

arrestado en Raraku, es una vez más un hombre libre y, de hecho, puño supremo. Es más, el sacerdote jhistal y probable instigador de la matanza del ejército de Aren, Mallick Rel, se sienta ahora como asesor vuestro en este procedimiento. No hace falta decir que me siento muy confusa. A menos, por supuesto, que la rebelión de Siete Ciudades haya triunfado más allá de sus mejores sueños a pesar de mis éxitos en esas tierras.

—Mi querida Tavore —dijo Laseen—, admito que me avergüenza usted un poco. Parece aferrarse a la idea infantil de que algunas verdades son intransigentes e innegables. Por desgracia, el mundo adulto nunca es tan sencillo. Todas las verdades son maleables. Sujetas por necesidad a revisión. ¿No ha observado, Tavore, que en las mentes de los pueblos de este Imperio la verdad carece de relevancia? Ha perdido su poder. Ya no provoca cambios y, de hecho, la voluntad misma del pueblo, nacida del miedo y la ignorancia, cierto es, esa misma voluntad, como he dicho, puede a su vez revisar esas verdades, puede transformar, si quiere, las mentiras de conveniencia en fe y esa fe, a su vez, no está abierta a desafío alguno.

—Al desafiar —dijo la consejera tras un momento—, uno comete traición.

La emperatriz sonrió.

—Veo que va madurando con cada latido que pasa, Tavore. Quizá podríamos llorar la pérdida de la inocencia, pero no por mucho tiempo, me temo. El Imperio de Malaz está en su momento más precario, todo es incierto y se tambalea en la cúspide. Hemos perdido a Dujek Unbrazo, víctima de la peste, y su ejército parece haberse desvanecido por completo, quizá también víctimas de esa peste. Los acontecimientos han dado un giro a peor en Korel. La aniquilación de Siete Ciudades nos ha asestado un golpe

casi mortal en lo que respecta a nuestra economía y, más en concreto, a las cosechas. Podríamos enfrentarnos a una hambruna antes de que el subcontinente pueda recuperarse. Se hace imperativo, Tavore, que por fuerza demos una nueva forma a nuestro Imperio.

—¿Y qué supone, emperatriz, esta nueva forma?

Mallick Rel habló entonces.

—Víctimas, por desgracia. Sangre derramada para sofocar la sed, la necesidad. Es de lamentar, pero no hay ningún otro camino. Todos nos entristecemos.

Tavore parpadeó poco a poco.

—Desean que les entregue a los wickanos.

—Y —dijo Mallick Rel— a los khundryl.

Korbolo Dom se inclinó hacia delante de repente.

—Otra cosa más, Tavore Paran. En el nombre del Embozado, ¿se puede saber quiénes están en esos catamaranes?

—Soldados de un pueblo conocido como los perecederos.

—¿Por qué están aquí? —exigió saber el napaniano, que además enseñó los dientes.

—Han jurado lealtad, puño supremo.

—¿Al Imperio de Malaz?

La consejera dudó y después clavó la mirada una vez más en Laseen.

—Emperatriz, debo hablar con vos. En privado. Hay asuntos que pertenecen en exclusiva a la emperatriz y su consejera.

Mallick Rel siseó y después contestó.

—¡Asuntos desatados por una espada de otataralita, dirá! ¡Es lo que me temía, emperatriz! ¡Ahora esta mujer sirve a otro y querría atravesar con hierro frío la garganta del Imperio de Malaz!

La expresión de Tavore se crispó y desveló el asco que le inspiraba el sacerdote jhistal cuando lo miró.

—El Imperio siempre ha rechazado tener un patrón inmortal, Mallick Rel. Por esa razón más que por cualquier otra hemos sobrevivido y, de hecho, nos hemos hecho más fuertes todavía. ¿Qué está haciendo usted aquí, sacerdote?

—¿A quién sirve ahora, mujer? —exigió Mallick Rel.

—Soy la consejera de la emperatriz.

—¡Entonces debe cumplir sus órdenes! ¡Entréguenos a los wickanos!

—¿Entréguenos? Ah, ya veo. Le arrebataron parte de su gloria a las afueras de Aren. Dígame, ¿cuánto tiempo ha de pasar antes de que se promulgue una orden de arresto para el puño Blistig, el antiguo comandante de la guardia de Aren que desafió la orden de abandonar la ciudad? Gracias a él, y solo a él, Aren no cayó.

—¿Acaso no arrestó Blistig a las Espadas Rojas en Aren, Tavore? —preguntó Laseen.

—Por orden de Pormqual. Por favor, emperatriz, debemos hablar, vos y yo, a solas.

Y Kalam vio entonces, en los ojos de Laseen, algo que creyó que jamás vería. Un destello de miedo.

Pero fue Korbolo Dom el que habló.

—Consejera Tavore, ahora soy puño supremo. Y, con la muerte de Dujek, soy el puño supremo de más rango. Además he asumido el título y las responsabilidades de la primera espada del Imperio, un puesto por desgracia vacío desde la prematura muerte de Dassem Ultor. Por tanto, asumo desde ahora el mando del Decimocuarto Ejército.

—Tavore —dijo Laseen en voz baja—, nunca fue función de la consejera ponerse al mando de ejércitos. La necesidad no me dio más alternativa con la rebelión de Siete Ciudades, pero ya se ha acabado. Ha hecho todo lo que le he pedido y

no soy ciega a su lealtad. Me apena que esta reunión se haya convertido en algo tan abiertamente hostil, es usted la extensión de mi voluntad, Tavore, y no lamento mi elección. No, ni siquiera ahora. Parece que debo aclararle los detalles de mi voluntad. La quiero a mi lado una vez más, en Unta. Mallick Rel quizá cuente con mucho talento en muchas facetas de la administración, pero carece de él en otras, y la necesito a usted para ellas, Tavore, la necesito a mi lado para complementar al sacerdote jhistal. Ve ante usted la reestructuración del alto mando imperial. Una nueva primera espada asume el mando general de los ejércitos malazanos. Ha llegado el momento, Tavore, de que deje su espada.

Silencio. Por parte de Tavore, ni un solo movimiento, ni un solo espasmo de emoción.

—Como ordenéis, emperatriz.

Bajo sus ropas, Kalam sintió que la piel le ardía, como si estuviera a punto de prenderse en llamas devastadoras. Le corría el sudor por todo el cuerpo, podía notarlo perlándole la cara y el cuello. Bajó la vista y la clavó en las manos envueltas en cuero, inmóviles en la madera gastada de la mesa.

—Eso me complace —dijo Laseen.

—Debo regresar por unos instantes a los muelles —dijo Tavore—. Creo que el puño Keneb dudará de la veracidad del cambio de mando si informa de ello otra persona que no sea yo.

—Un hombre de lo más leal —murmuró Mallick Rel.

—Sí, sí que lo es.

—¿Y esos perecederos? —quiso saber Korbolo Dom—. ¿Merecen la molestia? ¿Se someterán a mi autoridad?

—No puedo hablar por ellos —dijo Tavore con tono inexpresivo—. Pero no rechazarán de mano ninguna

propuesta. En cuanto a su pericia, creo que bastará, al menos como auxiliares de nuestras tropas regulares.

—¿No sirven para nada más?

El encogimiento de hombros de la consejera fue despreocupado.

—Son extranjeros, primera espada. Bárbaros.

Bárbaros que navegan en los mejores barcos de guerra de todo el maldito océano, sí.

Pero Korbolo Dom, con toda su perspicacia y criterio afilado cual navaja, se limitó a asentir.

Otro momento de silencio en el que tantas cosas podrían haberse dicho, en el que el curso del Imperio de Malaz podría haber encontrado un terreno más firme. Silencio, y sin embargo a Kalam le pareció oír los golpes secos de las puertas al cerrarse, el estrépito metálico y el crujido de los rastrillos al caer, y vio pasillos y avenidas en los que la luz parpadeaba y se atenuaba para después desaparecer del todo.

Si la emperatriz hablara entonces, con palabras dedicadas solo a la consejera, si dijera cualquier cosa, cualquier propuesta que no sonara falsa…

El que habló fue Mallick Rel.

—Consejera, está el asunto de los dos wickanos, un hechicero y una bruja.

Los ojos de Tavore no se apartaron de Laseen.

—Por supuesto. Por fortuna, no sirven para nada, una consecuencia del trauma que experimentaron con la muerte de Coltaine.

—No obstante, la Garra llevará a cabo su arresto.

—Es inevitable, Tavore —dijo la emperatriz—. Incluso con simples restos de su antiguo poder podrían desatar una masacre entre los ciudadanos de Malaz, y eso no podemos consentirlo.

—La sangre esta noche pertenece a los wickanos y a los khundryl. —Una afirmación de la consejera desprovista de toda emoción.

—Así debe ser —murmuró el sacerdote jhistal como si lo atenazara de nuevo la pena.

—Tavore —dijo Laseen—, ¿los khundryl se mostrarán contumaces a la hora de entregar sus armas y armaduras? ¿No suman dos mil o más?

—Una palabra mía bastará —dijo la consejera.

—Me alivia —contestó la emperatriz con una leve sonrisa— que comprenda la necesidad de lo que ocurrirá esta noche. En el gran esquema de las cosas, Tavore, el sacrificio es modesto. Está también claro que los wickanos ya han dejado de sernos útiles, hemos de prescindir de los antiguos pactos con las tribus ahora que Siete Ciudades y su cosecha han quedado anuladas por completo. En otras palabras, necesitamos las llanuras wickanas. Hay que matar a los rebaños y cultivar la tierra, plantar las cosechas. En Siete Ciudades hemos aprendido una dura lección cuando se trata de depender de tierras lejanas para lograr los recursos que consume el Imperio.

—De este modo —dijo Mallick Rel, extendiendo las manos—, la necesidad es un asunto económico, ¿sí? Que deba erradicarse un pueblo ignorante y atrasado es triste, sin duda, y por desgracia, inevitable.

—Como bien sabrá usted —le dijo Tavore—. Después de todo, el culto falari gedoriano de los jhistal fue erradicado de un modo parecido por el emperador Kellanved. Presumo que usted es de los escasos supervivientes de esa época.

El rostro redondo y grasiento de Mallick Rel se fue quedando con lentitud sin el poco color que había poseído.

La consejera continuó.

—Una nota ínfima en los volúmenes de historia imperial, difícil de encontrar. Creo, sin embargo, que si lee con detenimiento las obras de Duiker, encontrará las referencias adecuadas. Por supuesto «ínfimo» es un término relativo, igual, supongo, que se verá este pogromo wickano en los volúmenes históricos posteriores. Para los propios wickanos, por supuesto, será cualquier cosa salvo ínfimo.

—¿Y su argumento, mujer? —preguntó Mallick Rel.

—A veces es útil detenerse en el camino, dar la vuelta y desandar parte de la distancia.

—¿Para lograr qué?

—Comprender los motivos, jhistal. Parece que esta es una noche para desentrañar cosas, después de todo. Pactos, tratados y recuerdos…

—Este debate —interpuso la emperatriz— se puede llevar a cabo en otro momento. La chusma, abajo, en la ciudad, se volverá contra sí misma si no se le proporcionan las víctimas adecuadas. ¿Está lista, consejera?

Kalam se encontró con que estaba conteniendo el aliento. No podía verle los ojos a Tavore, pero algo en Laseen le dijo que la consejera había cruzado la mirada con la emperatriz y en ese instante algo había pasado entre ellas y, poco a poco, en incrementos, los ojos de Laseen se apagaron, se decoloraron de un modo extraño.

La consejera se levantó.

—Lo estoy, emperatriz.

T'amber también se levantó y, antes de que nadie pudiera mirar a Kalam, el asesino se puso en pie.

—Consejera —dijo con tono profundo y cansado—, la acompañaré fuera.

—Cuando haya terminado con las cortesías —dijo la emperatriz—, por favor, regrese aquí. Jamás acepté su dimisión de la Garra, Kalam Mekhar, y de hecho, en mi

opinión, ya hace tiempo que tenían que haberse otorgado ciertos ascensos merecidos. La aparente pérdida de Topper en la senda Imperial ha dejado vacante la jefatura de la Garra. No se me ocurre otra persona que merezca más ese puesto.

Kalam alzó las cejas.

—¿E imagináis, emperatriz, que yo asumiría ese cargo y me instalaría sin más en la torre Occidental de Unta rodeado de putas y aduladores? ¿Esperáis otro Topper?

Le tocó entonces hablar a Laseen sin inflexión alguna en la voz.

—Desde luego que no, Kalam Mekhar.

La Garra entera bajo mi control. Dioses, ¿quién caería primero? Mallick Rel. Korbolo Dom…

Y ella lo sabe. Es lo que ofrece. Puedo extirpar los cánceres de la carne, pero primero tienen que morir unos wickanos. Y… no solo wickanos.

Kalam no confiaba en sí mismo lo suficiente para hablar y, sin saber lo que podría decir si abría la boca, se limitó a inclinarse ante la emperatriz, después siguió a Tavore y T'amber cuando salieron con paso calmo de la cámara.

Al pasillo.

Veintitrés pasos hasta la antecámara (ya no quedaban espadas rojas), Tavore se detuvo y le hizo un gesto a T'amber, que pasó junto a ella y se colocó junto a la otra puerta. La consejera cerró entonces la que acababan de cruzar.

Y miró a Kalam.

Pero fue T'amber la que habló.

—Kalam Mekhar, ¿cuántas manos nos aguardan?

El asesino apartó la vista.

—Cada mano está adiestrada para trabajar como una unidad. Un punto fuerte y a la vez un defecto.

—¿Cuántas?

—Cuatro barcos amarrados abajo. Podría haber hasta ochenta.

—¿Ochenta?

El asesino asintió. *Estás muerta, consejera. Y tú también, T'amber.*

—No les permitirá regresar a los barcos —dijo el asesino, todavía sin mirarlas a la cara—. Hacerlo sería provocar una guerra civil…

—No —dijo Tavore.

Kalam frunció el ceño y la miró.

—Abandonamos el Imperio de Malaz. Y es muy probable que nunca regresemos.

El asesino se acercó a una pared, se apoyó en ella y cerró los ojos. El sudor le chorreaba por la cara.

—¿No comprende lo que me acaba de ofrecer la emperatriz? Puedo volver a entrar en esa sala y hacer justo lo que ella quiere que haga, lo que ella necesita que haga. Ella y yo saldremos de allí caminando, dejaremos dos cadáveres, las cabezas arrancadas y plantadas en esa puñetera mesa. Maldito sea todo, Tavore. ¡Ochenta manos!

—Entiendo —dijo la consejera—. Vaya entonces. No se lo tendré en cuenta, Kalam Mekhar. Usted pertenece al Imperio de Malaz. Sírvalo.

Él siguió sin moverse ni abrir los ojos.

—¿Así que ahora no significa nada para usted, Tavore?

—Tengo otras preocupaciones.

—Explíquelas.

—No.

—¿Por qué no?

Contestó T'amber.

—Hay una convergencia esta noche, Kalam, aquí, en la ciudad de Malaz. La partida está sumida en un frenesí de

movimientos y contraataques y sí, Mallick Rel es uno de los participantes, aunque la mano que lo guía permanece en la lejanía, invisible. Eliminarlo, como quiere hacer usted, será un golpe letal y podría cambiar la balanza entera. Es muy posible que salve no solo al Imperio de Malaz, sino al propio mundo. ¿Cómo podemos poner objeciones a su deseo?

—Y sin embargo…

—Sí —dijo T'amber—. Se lo pedimos. Kalam, sin usted no tenemos la menor posibilidad…

—¡Seiscientos asesinos, malditas sean! —Apoyó la cabeza en la pared, sin querer, sin poder mirar a esas dos mujeres, sin poder ver la necesidad en sus ojos—. Yo no basto. Tienen que saberlo. Caemos todos, y Mallick Rel vive.

—Como diga —respondió Tavore.

Kalam esperó a que la consejera añadiera algo más, un último ruego. Esperó un nuevo argumento por parte de T'amber. Pero solo reinó el silencio.

—¿Merece la pena, consejera?

—Ganar esta batalla, Kalam, o ganar la guerra.

—Solo soy un hombre.

—Sí.

Con una taba afeitada en la manga.

Le picaban las palmas contra el cuero húmedo de los guantes.

—Ese sacerdote jhistal es rencoroso.

—Mucho, sí —dijo T'amber—. Y además tiene una gran sed de poder.

—Laseen está desesperada.

—Sí, Kalam, lo está.

—¿Por qué no se quedan aquí las dos? Esperen a que los mate. Esperen y yo convenceré a la emperatriz de que hay que detener este pogromo. Ahora mismo. Que no se derrame más sangre. Hay seiscientos asesinos ahí abajo, en la

ciudad, podemos aplastar esta locura, acabar con esta fiebre…

—¿No más sangre, Kalam Mekhar?

La pregunta de T'amber lo ofendió, después sacudió la cabeza.

—Los cabecillas, no hará falta nada más.

—Está claro que se le escapa una cosa —dijo T'amber.

—¿Qué?

—La Garra. Hay infiltrados. Muchos. El sacerdote jhistal no ha perdido el tiempo.

—¿Cómo sabe usted eso?

Reinó el silencio una vez más.

Kalam se frotó la cara con las dos manos.

—Dioses del inframundo…

—¿Me permite hacerle una pregunta?

Kalam bufó.

—Adelante, T'amber.

—Una vez despotricó contra la purga en la vieja guardia. De hecho, llegó a esta misma ciudad no hace tanto tiempo con la intención de asesinar a la emperatriz.

¿Cómo lo sabe ella? ¿Cómo podría saberlo? ¿Quién es esta mujer?

—Continúe.

—Lo empujaba el ultraje, la indignación. Habían proclamado que sus recuerdos no eran más que mentiras y usted quería desafiar a esos revisionistas que mancillaban de ese modo todo lo que usted más valoraba. Quería mirar a los ojos a la persona que había decidido que los Abrasapuentes tenían que morir, necesitaba ver la verdad allí y, si la encontraba, actuaría. Pero ella habló con usted y lo convenció…

—Ella ni siquiera estaba allí.

—Ah, así que lo sabía. Bueno, no importa. ¿Es que eso le habría impedido cruzar hasta Unta? ¿Perseguirla para darle caza?

El asesino negó con la cabeza.

—En cualquier caso, ¿dónde está ahora su indignación, Kalam Mekhar? Coltaine del clan Cuervo. El historiador imperial Duiker. El Séptimo Ejército. Y ahora, los wickanos del Decimocuarto. El puño Temul, Nada, Menos, Hiel de las Lágrimas Quemadas de los khundryl, que repelió a Korbolo Dom en Sanimon y le arrebató la victoria mucho antes de Aren. Los traidores están en el salón del trono…

—Puedo hacer que su estancia sea muy breve.

—Puede. Y, si así lo decide, la consejera y yo moriremos con esa satisfacción al menos. Pero con esa muerte también llegarán muchas, muchas otras. Más de lo que ninguno de nosotros puede llegar a comprender.

—Pregunta dónde está mi indignación, pero tiene la respuesta ante usted. Sigue viva. En mi interior. Y está lista para matar. Ahora mismo.

—Matar a Mallick Rel y Korbolo Dom esta noche —dijo T'amber— no salvará a los wickanos ni a los khundryl. No evitará la guerra con los perecederos. Ni la destrucción de las llanuras wickanas. La emperatriz está desesperada, desde luego, tan desesperada que sacrificará a su consejera a cambio del asesinato de los dos traidores que hay con ella. Pero dígame, ¿no cree que Mallick Rel comprendió la esencia de la oferta que le hizo Laseen?

—¿Esa es su pregunta?

—Sí.

—Korbolo Dom es idiota. Es probable que no comprenda nada. El sacerdote jhistal no es, por desgracia, ningún necio. Así que está preparado. —Kalam se quedó callado, aunque sus pensamientos continuaron y siguieron un sinfín de

caminos. Posibilidades en potencia—. Es probable que no sepa que poseo un arma de otataralita…

—El poder al que él puede recurrir es ancestral —dijo T'amber.

—Así que, después de todo lo que hemos hablado aquí, puede que fracase.

—Es posible.

—Y si lo hago, entonces perdemos todos.

—Sí.

Kalam abrió los ojos y se encontró con que la consejera le había dado la espalda. Solo T'amber lo miraba, la mirada misteriosa de sus ojos dorados no vacilaba.

Seiscientos.

—Dígame algo, T'amber: entre usted y la consejera, ¿qué vida importa más?

La respuesta fue inmediata.

—La de la consejera.

Pareció que Tavore se estremeció entonces, pero tampoco los miró.

—Y —preguntó Kalam—, ¿entre usted y yo?

—La suya.

Ah.

—Consejera. Escoja, si tiene la bondad, entre usted misma y el Decimocuarto.

—¿Cuál es el propósito de todo esto? —preguntó Tavore, la voz entrecortada.

—Escoja.

—El puño Keneb tiene sus órdenes —dijo ella.

Kalam cerró los ojos con lentitud una vez más. En algún lugar, en el fondo de su mente, una sonido leve, levísimo. Música. Llena de dolor.

—Sendas en la ciudad —dijo en voz muy baja—. Muchas, hirviendo de poder, Ben el Rápido va a verse en apuros,

incluso aunque pueda llegar a él, y no hay posibilidad de usar puertas. Consejera, necesitará su espada. Otataralita por delante… y también atrás.

Una música extraña, la melodía no le resultaba familiar y sin embargo… la conocía.

Kalam abrió los ojos al tiempo que la consejera se volvía poco a poco.

El dolor en la mirada femenina fue como un puñetazo en el corazón de Kalam.

—Gracias —dijo ella.

El asesino respiró hondo y después hizo rodar los hombros.

—De acuerdo, no tiene sentido hacerlos esperar.

Perla entró en la cámara. Mallick Rel se estaba paseando y Korbolo Dom había abierto una botella de vino y se estaba sirviendo una copa. La emperatriz permanecía en su sillón.

Laseen no perdió el tiempo en charlas intrascendentes.

—Los tres se están acercando a la puerta.

—Entiendo. Así que Kalam Mekhar ha elegido.

Un destello de algo parecido a la decepción.

—Sí, ya se lo ha quitado de en medio, Perla.

Zorra. Le has ofrecido la Garra, ¿verdad? ¿Y dónde me habría dejado a mí eso?

—Él y yo tenemos un asunto pendiente, emperatriz.

—No deje que eso interfiera con lo que se ha de hacer. Kalam es el objetivo menos relevante, ¿me comprende? Quítelo de en medio, por supuesto, pero luego termine lo que se le ordena.

—Por supuesto, emperatriz.

—Cuando regrese —dijo Laseen con una pequeña sonrisa en los rasgos poco atractivos—, tengo una sorpresa para

usted. Una muy agradable.

—Dudo que esté fuera mucho tiempo…

—Es ese exceso de confianza lo que me resulta más irritante de usted, Perla.

—¡Emperatriz, no es más que un hombre!

—¿Imagina que la consejera es una mujer indefensa? Empuña una espada de otataralita, Perla, la hechicería con la que la Garra lleva a cabo sus emboscadas no funcionará. Va a ser brutal. Además, está T'amber y esa mujer sigue siendo (para todos nosotros) un misterio. No quiero que regrese a verme al amanecer para informarme de que nuestro triunfo ha dejado doscientas garras muertas en las calles y callejones de ahí abajo.

Perla se inclinó.

—Váyase ya.

Mallick Rel se volvió en ese momento.

—Patrón de la Garra —dijo—, cuando haya completado el trabajo, asegúrese de despachar dos manos a ese barco, el Lobo de Espuma, con instrucciones de matar a Nada y Menos. Si surge la oportunidad después, deben matar también al puño Keneb.

Perla frunció el ceño.

—Ben el Rápido está en ese barco.

—A él déjelo —dijo la emperatriz.

—¿No hará nada para defender a los objetivos?

—Su poder es solo una ilusión —dijo Mallick Rel con tono desdeñoso—. Su título como mago supremo es inmerecido, pero sospecho que disfruta del estatus y por tanto no hará nada que pueda revelar la pobreza de sus talentos.

Perla ladeó con lentitud la cabeza. *¿En serio, Mallick Rel?*

—Dé las órdenes —dijo Laseen.

El patrón de la Garra se inclinó otra vez y después abandonó la cámara.

Kalam Mekhar. Por fin podemos poner fin a esto. Y por eso, emperatriz, te doy las gracias.

Entraron en la garita de la cima de la calzada de la Muralla. Lubben era una sombra encorvada sobre una mesita que había en un lado. El portero alzó los ojos y después volvió a bajarlos. Acunaba un gran jarro de bronce entre las manazas magulladas.

Kalam se detuvo un instante.

—Tómate una por nosotros, ¿quieres?

Un asentimiento.

—Cuenta con ello.

Fueron hacia la puerta contraria.

Tras ellos oyeron la voz de Lubben.

—Cuidado con el último escalón de ahí abajo.

—De acuerdo.

Y gracias, Lubben.

Salieron al rellano.

Había edificios ardiendo por toda la ciudad. Las antorchas se escabullían de un lado a otro como gusanos de luz en la carne podrida. Gritos débiles, chillidos. Los muelles centrales eran una masa de humanidad.

—Infantes en el amarradero —dijo la consejera.

—Están resistiendo —observó T'amber, como si quisiera tranquilizar a Tavore.

Dioses del inframundo, debe de haber mil o más en esa turba.

—Ahí apenas hay tres pelotones, consejera.

Ella no dijo nada y comenzó el descenso. T'amber la siguió y, por fin, con una última mirada a la batalla furiosa de los muelles centrales, Kalam se puso en marcha tras las dos mujeres.

Tene Baralta entró sin prisa en la bien amueblada habitación y se detuvo para mirar a su alrededor por un momento, después se dirigió a una lujosa silla de respaldo alto.

—Por los Siete —dijo con un ruidoso suspiro—, por fin hemos terminado con esa zorra de ojos fríos. —Se sentó y estiró las piernas—. Sírvanos un poco de vino, capitán.

Lostara Yil se acercó a su comandante.

—Eso puede esperar. Permítame ayudarlo a quitarse la armadura, señor.

—Buena idea. Me duele el brazo fantasma y tengo los músculos del cuello como barras de hierro retorcidas.

Lostara le quitó el solitario guantelete de la mano que le quedaba y lo dejó en la mesa. Después se colocó detrás de la silla, estiró los brazos y desabrochó el manto del hombre. Este se levantó a medias para que ella se lo pudiera quitar. La capitán lo dobló con cuidado y lo colocó encima de un baúl de madera cerca de la gran cama repleta de cojines. Regresó después junto a Tene Baralta.

—Póngase en pie por un momento, señor, si tiene la bondad —dijo—. Le quitaremos la cota de malla.

El puño asintió y se irguió. Costó un poco, pero al fin consiguieron quitar la pesada armadura. Lostara la colocó en un montón a los pies de la cama. El acolchado interior que llevaba Baralta estaba húmedo de sudor, acre y manchado bajo los brazos. La mujer lo retiró y dejó al hombre desnudo por encima de las caderas. Las cicatrices de las viejas quemaduras eran verdugones lívidos. Los músculos del puño se habían ablandado por la falta de uso bajo una capa de grasa.

—Gran Denul —apuntó Lostara—, la emperatriz no vacilará en hacer que lo curen como debe ser.

—No cabe duda —dijo el puño mientras volvía a acomodarse en la silla—. Y entonces, Lostara Yil, usted no se estremecerá cuando me mire. He pensado mucho en usted y yo.

—¿Ah, sí? —La capitán se situó detrás de él una vez más y empezó a masajear la tensión, dura como una roca, que atenazaba los músculos de ambos lados del cuello del hombre.

—Sí. Es, creo ahora, lo que tiene que ser.

—Recuerda, señor —dijo Lostara—, una visita que hice, hace ya mucho tiempo, cuando estaba tras la pista de Kalam Mekhar. Una visita a la torre de una guarnición. Me senté a la misma mesa que el asesino. Se reveló entonces una baraja de forma un tanto inesperada. Muerte y Sombra predominaban en el campo, si la memoria no me engaña, y he de admitir que eso no puedo garantizarlo. En cualquier caso, seguí sus instrucciones con precisión, y más tarde llevé a cabo una concienzuda matanza de todos los presentes; tras la partida de Kalam, por supuesto.

—Siempre ha seguido las órdenes con una precisión impresionante, Lostara Yil.

La mujer levantó la mano izquierda y recorrió la línea de la mandíbula masculina, que acarició con suavidad.

—Esa mañana de asesinatos, comandante, continúa siendo mi mayor pesar. Eran inocentes, todos y cada uno.

—No deje que esos errores pesen sobre usted, amor mío.

—No es tarea fácil, señor. Lograr la frialdad necesaria.

—Usted tiene un talento singular para eso.

—Supongo que sí —dijo la capitán mientras rozaba con la palma de la mano los labios mutilados del puño y después la posaba allí, contra la boca masculina. El cuchillo de la otra mano se deslizó por el lado del cuello del puño, tras la tráquea, y lanzó una cuchillada hacia abajo.

La sangre brotó como un río contra la palma de la mano femenina, junto con gorgoteos y burbujas del aire que se escapaba. El cuerpo de la silla sufrió unos cuantos espasmos y después se derrumbó.

Lostara Yil se apartó unos pasos. Se limpió las manos y el cuchillo en la ropa de cama de seda. Envainó el arma una vez más, recogió los guantes y se dirigió a la puerta.

La abrió solo lo suficiente para poder pasar, y se dirigió a las dos espadas rojas que hacían guardia fuera.

—El comandante duerme ahora. No lo molesten.

Los soldados respondieron con un saludo militar.

Lostara cerró la puerta y después bajó sin prisas por el pasillo.

Muy bien, Cotillion, tenías razón sobre él, después de todo.

Y, una vez más, se logró la frialdad necesaria.

Uru Hela había caído, chillaba y se encogía alrededor de la lanza que le atravesaba el torso. Entre maldiciones, Koryk empujó con fuerza con el escudo para hacer retroceder a los atacantes hasta que pudo colocarse al lado de su compañera. Sonrisas se fue metiendo tras él, cogió a la soldado caída por el cinturón y arrastró a Uru Hela hacia atrás.

Estalló otro fullero, los cuerpos salieron retorciéndose entre cortinas de sangre y las salpicaduras alcanzaron a Koryk en la cara, por debajo del yelmo. Parpadeó para despejar el calor que le escocía en los ojos, recibió un golpe de maza contra el escudo y lanzó una cuchillada por debajo de este, la punta de la espada hendió una entrepierna. El chillido que estalló en la garganta del atacante mutilado casi lo dejó sordo. Tiró de la espada para soltarla.

Oyó gritos tras él, pero no les encontró demasiado sentido. Con Uru Hela fuera de la lucha y Narizcorta tullido por culpa de una cuchillada en el muslo durante la última oleada, la primera línea estaba desesperadamente forzada. Tanto Galt como Lóbulo se habían unido a ella. Olor a Muerto trabajaba en la hemorragia de Narizcorta y Jarretesgrandes intentaba con frenesí desviar los asaltos de Mockra (los ataques hechiceros que provocaban confusión y pánico), pero el mago del pelotón se estaba debilitando a ojos vistas.

¿Qué Embozado estaba tramando Ben el Rápido? ¿Dónde estaba? ¿Por qué no había salido a la cubierta del Lobo de Espuma?

Koryk se encontró maldiciendo en todos los idiomas que conocía. No iban a poder aguantar.

¿Y quién estaba tocando esta puñetera música?

Siguió luchando.

Y no vio nada de lo que estaba pasando tras él, el enorme catamarán con cabeza de lobo que emergía de la oscuridad y se acercaba al extremo del amarradero. Las enormes plataformas que iban saliendo y caían con un golpe seco en la piedra sólida. Unidades de soldados con pesadas armaduras cruzaban esas plataformas, arqueros entre ellos, con flechas largas ensartadas.

Koryk lanzó una cuchillada con la espada, vio la cara de un pobre ciudadano malazano partida en dos, la mandíbula arrancada, un torrente de sangre, el brillo blanco del hueso expuesto bajo cada oreja, y después, al tambalearse, los ojos llenos de incredulidad, de horror…

Matamos a los nuestros, dioses del inframundo, a los nuestros…

Una orden repentina resonó en boca del sargento Bálsamo tras él.

—¡Retirada! ¡Infantes, retirada!

Y la disciplina entró en juego (esa orden despertó ecos de lo que siempre bramaba cierto sargento mayor peludo en el campo de entrenamiento años antes), Koryk emitió un gruñido, se abalanzó hacia atrás y levantó el escudo para repeler una lanza que le habían arrojado…

De inmediato unos soldados lo adelantaron por ambos lados y un nuevo muro de escudos se cerró con estrépito delante de él.

Un coro de chillidos cuando las flechas penetraron con un silbido entre la multitud palpitante y cayeron sobre la carne con golpes secos.

Koryk giró en redondo, iba arrastrando la punta de la espada, que saltaba entre los irregulares adoquines, y se tambaleó hacia atrás.

Los perecederos.

Están aquí.

Y ya está.

Galt se estaba riendo a carcajadas.

—Nuestra primera pelea de verdad, sargento. ¡Y es contra los malazanos!

—Bueno —dijo Bálsamo—, más vale reír que llorar. Pero cierra esa bocaza, anda.

Mientras la lucha se intensificaba en el extremo del amarradero, los infantes se derrumbaron sobre los adoquines o se alejaron tambaleándose en busca de agua. Koryk se limpió las salpicaduras de sangre de los ojos y miró a su alrededor, aturdido, entumecido. Vio dos figuras envueltas en mantos en pie, cerca de la pasarela que llevaba al Lobo de Espuma. La bruja wickana y su hermano hechicero.

—Koryk de los seti —dijo Menos—, ¿dónde está Botella?

—Ni idea —replicó él, miraba con los ojos guiñados a la joven—. Por alguna parte… —señaló con la cabeza hacia la

ciudad que tenía detrás—… ahí dentro.

—Pero no puede volver —dijo Nada—. No entre esa horda.

Koryk escupió en los adoquines.

—Ya encontrará la forma —dijo.

—No hay que preocuparse por eso —añadió Sonrisas, y se acercó al mestizo con una bota de agua en las manos.

—Estáis todos muy seguros de vosotros mismos —dijo Menos.

Sonrisas le pasó a Koryk la bota de agua.

—El anhelo de tu corazón estará bien, no le va a pasar nada —dijo la soldado—, es lo único que digo, Menos. Se llevó su rata con él, ¿no?

—¿Su qué?

—La suele tener guardada la mayor parte del tiempo, es cierto, pero la he visto fuera más de una vez…

—Ya basta —rezongó Koryk por lo bajo.

Sonrisas le hizo una mueca.

—Aguafiestas.

—Vosotros dos deberíais regresar al barco —les dijo Koryk a Nada y Menos—. Estáis más seguros allí, cualquier flecha perdida…

—Soldado —interpuso Nada—. Esta noche luchas por los wickanos y por las Lágrimas Quemadas de los khundryl. Nosotros decidimos presenciarlo.

—Muy bien, pero presenciadlo desde cubierta. ¿Qué sentido tiene todo esto si una flecha os atraviesa la garganta y caéis?

Tras un momento, los dos, hermano y hermana, se inclinaron (ante Koryk y los otros infantes), giraron en redondo y subieron por la pasarela.

Dioses del inframundo. Jamás los he visto inclinarse. Ante nadie.

«Cuidado con el último escalón…»

Kalam se colocó justo detrás de la consejera. Quedaban veinte pasos.

—Cuando queden seis —murmuró el asesino—, vaya más despacio y póngase a la izquierda.

La mujer asintió.

Los cuatro dromones amarrados estaban apartados a un lado, sin ningún guardia presente en los malecones. Justo delante, a los pies de la calzada de la Muralla, se abría una explanada. Enfrente del espacio despejado se alzaban tres edificios imperiales, uno era blocao y cárcel, otro era un edificio de aduanas y recaudación de diezmos y el tercero, un arsenal macizo y bien fortificado para la guardia de la ciudad. No estaban presentes ninguno de los guardias habituales y en el blocao no había luz.

Siete escalones antes de llegar al final. Kalam desenvainó los cuchillos largos bajo la capa de lluvia.

La consejera se arrimó a la izquierda y vaciló.

Con un movimiento desdibujado, Kalam pasó por delante de ella con el arma de otataralita al frente, se abalanzó por el aire y bajó volando los últimos seis escalones.

Cinco figuras parecieron materializarse de la nada en la base de la calzada de la Muralla. Uno estaba agachado en el camino de Kalam, pero se apartó con un giro para evitar una colisión aplastante. La larga hoja de otataralita lanzó una cuchillada, el filo hizo un corte profundo en el cuello de la garra y, al liberarse, soltó un chorro de sangre arterial.

Kalam aterrizó agachado y detuvo dos ataques procedentes de su izquierda de la garra que se acercó con una daga en cada mano. Un hierro ennegrecido destelló entre los dos, el corte de una hoja capturó la otra cuando,

tras girar sobre la pierna interna, Kalam se agachó todavía más, disparó la otra pierna y derribó a la garra con un barrido. El asesino aterrizó con fuerza sobre la cadera izquierda. Kalam trabó las dos hojas de las dagas con fuerza contra las empuñaduras de sus cuchillos largos y los empujó hacia los lados, después bajó la rodilla y la clavó en el centro del pecho de la garra. El esternón se hundió de golpe con un crujido enfermizo, las costillas de ambos lados se combaron hacia fuera. Cuando aterrizó, Kalam lanzó todo su peso sobre el hombre caído y la punta de uno de sus cuchillos largos se hundió en la cuenca del ojo derecho de la garra.

Kalam sintió que la hoja de una daga le atravesaba la capa de lluvia por la espalda y luego resbalaba por la cota de malla de debajo, pero en un instante estaba fuera de su alcance, el hombro hundido, rodando para agazaparse de nuevo y girando de golpe.

El atacante lo había seguido, casi tan rápido como él, Kalam lanzó un gruñido cuando la garra se lanzó contra él como un martillo. La punta de una daga se hundió entre los eslabones de la cota de malla sobre la cadera izquierda de Kalam y, al girar bruscamente, el asesino notó una brecha poco profunda en su carne, después la punta chocó con más cota de malla y se enganchó de repente. En medio de este movimiento y cuando el atacante pareció rebotar por el impacto (Kalam pesaba mucho más que él o ella), otra daga descendió sobre él. Una cuchillada repentina, un movimiento hacia arriba que empaló ese brazo. La daga se cayó de una mano, que sufrió un espasmo. Kalam dejó su cuchillo largo allí, cayó con un navajazo contra el otro brazo y cortó tendones por debajo del codo. Después dejó caer también esa arma; la mano izquierda se invirtió y subió de repente para coger la pechera del chaleco de la garra; la otra mano se cerró en la entrepierna del atacante (varón),

Kalam levantó a la figura por los aires, por encima del hombro izquierdo, giró de improviso y lanzó a la garra de cabeza contra los adoquines.

El cráneo y la cabeza entera parecieron desvanecerse en los pliegues de la capucha y el manto. Una materia blanca lo salpicó todo.

Tras soltar el cuerpo inerte, Kalam recogió los dos cuchillos largos y se giró para enfrentarse a los dos últimos miembros de la mano.

Los dos habían caído ya. La consejera se alzaba sobre uno, la espada en la mano y manchada de sangre. T'amber parecía haber disputado un combate cuerpo a cuerpo con la otra garra, de algún modo había roto el cuello del hombre a pesar de que este le había clavado los dos cuchillos. Kalam se quedó mirando cuando ella se sacó las armas de un tirón (la parte inferior del hombro derecho, justo por debajo de la clavícula, y la muñeca derecha) y las tiró al suelo como si fueran simples astillas.

Miró a los ojos a la joven y le pareció que el dorado llameaba por un instante antes de que ella se girara con gesto despreocupado.

—Meta algo en esos agujeros —dijo Kalam—, o se desangrará.

—Eso da igual —respondió ella—. ¿Y ahora, adónde?

Había angustia en el rostro de la consejera cuando miró a su amante, pareció que estaba intentando contenerse para no alargar el brazo.

Kalam recogió el otro cuchillo largo.

—¿Ahora adónde, T'amber? Emboscadas preparadas en cada acceso directo a los muelles centrales. Obliguémosles a detenerse y moverse para interceptarnos. Al oeste, consejera, nos adentramos en la ciudad. Después viramos al sur y continuamos, atravesamos el distrito Central y

cruzamos uno de los puentes interiores hasta el Ratón, conozco bien la zona, y, si llegamos hasta allí, nos dirigimos a la costa y volvemos a subir por el norte. Si es necesario, podemos robar un bote de pesca y abrirnos paso remando hasta el Lobo de Espuma.

—Es de suponer que nos están observando ahora mismo —dijo la consejera.

Kalam asintió.

—Y comprenden que su hechicería no les funcionará.

—Sí.

—Lo que les obliga a ser más… directos.

—Es cuestión de tiempo —dijo Kalam— que más de una mano venga a por nosotros a la vez. Será entonces cuando tendremos problemas de verdad.

Una leve sonrisa.

Kalam miró a T'amber otra vez.

—Hay que moverse deprisa…

—No me voy a quedar atrás.

—¿Por qué no usó su espada contra ese idiota?

—Estaba demasiado cerca de la consejera. Lo ataqué por detrás, pero tenía la pericia suficiente como para golpear de todos modos.

Maldita sea, para que luego hablen de un mal comienzo.

—Bueno, ninguna de las heridas parece sangrar demasiado. Deberíamos ponernos en marcha.

Echaron a andar hacia el este, con el risco del promontorio a su derecha.

—¿La mayor parte de los hombres adultos rebotan cuando chocan con usted, Kalam Mekhar? —preguntó la consejera

—Rápido siempre dijo que era el hombre más denso que había conocido jamás.

—Una mano ha salido al descubierto —dijo T'amber—. Se mueven en paralelo a nosotros.

Kalam echó un vistazo a su izquierda. No vio nada, a nadie. *¿Cómo lo sabe ella? ¿Dudo de ella? Ni por un momento.*

—¿Van a interponerse en nuestro camino?

—Todavía no.

Más edificios oficiales y luego la primera de las haciendas importantes del distrito de Luces. *Aquí arriba no hay disturbios ni gente merodeando. Como es natural.*

—Al menos tenemos las calles para nosotros solos —murmuró el asesino. *Más o menos.*

—No hay más que tres puertas que bajan a las antiguas haciendas superiores —dijo la consejera tras un momento—, y nos acercamos a toda prisa a la última de ellas.

—Sí, un poco más al oeste y es todo muro, una caída todavía más alta cuanto más avancemos. Pero hay una vieja finca que lleva años abandonada y que esperemos que siga vacía. Existe un camino para bajar y, con un poco de suerte, la Garra no lo conocerá.

—Otra mano acaba de subir por la última puerta —dijo T'amber—. Va a reunirse con la otra.

—¿Solo esas dos aquí, en las Luces?

—De momento.

—¿Está segura?

La mujer lo miró.

—Tengo un sentido del olfato muy fino, Kalam Mekhar.

¿Olfato?

—No sabía que los asesinos de la Garra habían dejado de bañarse.

—No esa clase de olor. Agresión, y miedo.

—¿Miedo? ¡Solo somos tres, por el amor del Embozado!

—Y uno es usted, Kalam. Pese a todo, todas quieren ser la mano que acabe con usted. Competirán por ese honor.

—Idiotas. —Kalam señaló con un gesto—. Esa, la de los muros altos, no veo luces…

—La verja está entreabierta —dijo la consejera cuando se acercaron más.

—Eso da igual —respondió T’amber—. Aquí vienen.

Los tres giraron en redondo.

El efecto amortiguador de la espada desenvainada de la consejera fue mucho más eficaz que el del cuchillo largo de Kalam y su alcance se reveló cuando, treinta pasos calle arriba, surgieron con un brillo trémulo diez figuras embozadas.

—¡A cubierto! —siseó Kalam al tiempo que se agachaba.

Destellaron unos cuadrillos plateados, las cabezas recubiertas de púas parpadearon bajo la luz tenue de la luna al ir girando en pleno vuelo. Múltiples impactos en el muro manchado de musgo que tenían detrás. Kalam se irguió y maldijo al ver a T’amber precipitarse contra los asesinos.

¡Son diez, necia!

Se abalanzó tras ella.

A cinco pasos de las garras que se acercaban a toda velocidad, T’amber sacó la espada.

Había un viejo dicho que decía que a pesar de todo el terror que te aguarda en las manos enguantadas de un asesino, no era nada comparado con un soldado profesional. T’amber ni siquiera frenó, su hoja serpenteaba hacia ambos lados en un contorno borroso. Los cuerpos caían despatarrados a su paso, la sangre salpicaba, los cuchillos tintineaban sobre los adoquines. Una daga atravesó el aire con un siseo, alcanzó a la mujer en el lado derecho del pecho y se hundió. T’amber hizo caso omiso, Kalam abrió más los ojos cuando vio una cabeza cortada caer de lo que

parecía la cuchillada más ligera de la espada larga de T'amber, y después se unió a la lucha.

Dos garras habían pasado a toda velocidad, lejos del alcance de T'amber, y se habían encaminado hacia la consejera. Kalam giró para ir a por ellos por la izquierda. El más próximo se cruzó de un salto en su camino con la intención de detener a Kalam el tiempo suficiente para que los otros asesinos cayeran sobre Tavore.

Un baile frenético de paradas de la garra había empezado incluso antes de que Kalam se metiera en la lucha con sus propias armas, y reconoció la forma, la Telaraña.

—Dioses del inframundo, imbécil —dijo con un gruñido cuando hundió los dos cuchillos largos en la madeja de paradas; fintó con cuchilladas diminutas y, tras romper el ritmo, eludió las hojas de los cuchillos que intentaron atravesarlo de golpe y después empaló con habilidad las dos manos del atacante.

El hombre chilló cuando Kalam se acercó, apartó las dos manos inmovilizadas y le asestó un cabezazo. La cabeza encapuchada cayó hacia atrás y se encontró con la punta del cuchillo largo derecho de Kalam, que terminó de soltarse y subió por detrás de la garra. Un crujido áspero cuando la punta se clavó en la base del cerebro del hombre. El asesino se derrumbó, pero Kalam ya le estaba pasando por encima para ir tras el último asesino.

La consejera observó con calma a la garra que se arrojó sobre ella. La puñalada repentina de esta lo alcanzó en la base de la garganta, en medio del esternón, la pesada hoja atravesó la tráquea y después la columna, salió por la espalda y estiró el manto sin llegar a cortarlo.

La garra había arrojado las dos dagas un instante antes de empalarse en la espada y la consejera había esquivado

las dos con agilidad al girar el cuerpo de lado para asestar la fortuita puñalada.

Kalam ralentizó el ritmo, se dio la vuelta y vio a T'amber regresando hacia ellos.

Ocho garras muertas. Impresionante, coño. Aunque hiciera falta un navajazo en el pulmón para hacerlo.

Había sangre llena de espuma resbalándole a T'amber por la barbilla. Se había sacado el cuchillo y tenía la túnica empapada de rojo. Pero caminaba con firmeza, sin vacilar.

—Por la verja entonces —dijo Kalam.

Entraron en el patio cubierto de malas hierbas y lleno de basura. Una fuente dominaba el centro, el estanque entero envuelto en algas resplandecientes. Los insectos salieron de él en una nube que giró y dibujó un remolino hacia ellos. Kalam señaló con un arma el muro contrario.

—Ese viejo pozo. Antes había una cisterna natural en la caliza, ahí abajo. Algún ladrón emprendedor se metió por ahí y le robó una auténtica fortuna a la familia que vivía aquí. Los dejó en la miseria. Fue hace mucho tiempo, pero ese tesoro financió las primeras aventuras piratas de Kellanved por las rutas que van desde aquí a las islas Napanianas.

La consejera lo miró.

—¿Kellanved era el ladrón emprendedor?

—Más bien Danzante. La finca era de la familia de Mock, así que el tesoro eran las ganancias de veinte años de piratería. No mucho después, Kellanved derrocó a Mock y se anexionó la isla entera. Había nacido el Imperio de Malaz. Entre los pocos que lo conocen, a este sitio se le llama el pozo de la Abundancia.

Una tos de T'amber, que escupió una flema de sangre.

Kalam la observó en la penumbra. Esa cara perfecta se había quedado muy pálida. El asesino miró al pozo una vez más.

—Entraré yo primero. La caída corresponde a unas dos alturas y media de un hombre; si pueden, utilicen las paredes laterales para ir bajando tanto como puedan. Consejera, ¿oye música?

—Sí. Difusa.

Kalam asintió y saltó al borde del pozo, después empezó a bajar. *No soy solo yo, entonces. Violín, me estás rompiendo el corazón.*

Cuatro manos, las armas sacadas y los ojos entornados examinando el lugar en todas direcciones. Perla se encontraba sobre un cuerpo. Habían incrustado la cabeza del pobre hombre en la calle con la fuerza suficiente como para convertirla en pulpa, le habían clavado la mandíbula y la base del cráneo en la columna, entre los hombros, hasta convertir la espina dorsal en un desastre enroscado y partido.

Era algo sobre Kalam Mekhar que uno tendía a olvidar, o, lo que era un error más grande todavía, despreciar. La fuerza animal del muy cabrón.

—Al oeste —dijo uno de sus tenientes con un susurro—. Por Luces, es probable que hasta la última verja. Intentarán dar todo el rodeo para eludir las emboscadas ya montadas…

—No todas —murmuró Perla—. No creí ni por un momento que fuera a intentar la ruta directa. De hecho, está a punto de toparse con el grueso de mi pequeño ejército.

El teniente llegó incluso a lanzar una risita, Perla se volvió hacia él y se lo quedó mirando durante un largo instante antes de hablar.

—Coja dos manos y rastréelo. No se acerque, solo déjese ver de vez en cuando. Empújelos.

—Darán la vuelta y nos tenderán una emboscada, patrón de la Garra…

—Es probable. Disfrute de la velada. Y ahora, váyanse.

Una sonrisita malvada habría sido peor, pero eso no hacía mejor la risita divertida que había soltado.

Perla se subió la manga izquierda de la camisa suelta de seda. La cabeza del cuadrillo colocado en la ballesta que llevaba atada a la muñeca estaba recubierta de una cera densa. Fácil de quitar cuando llegara el momento. Entretanto, no arriesgaría ningún posible contacto con la paraltina untada en los bordes de la cabeza. *No, esto lo vas a saborear tú, Kalam.*

Has eliminado la hechicería, después de todo. Así que no me dejas mucha alternativa, y no, no me importa nada el código.

Volvió a bajarse la manga y miró a sus dos manos elegidas, sus asesinos de élite favoritos. Ni uno solo era mago. El suyo era un tipo de talento mucho más directo. Altos, musculosos, a la altura de toda la fuerza bruta de Kalam.

—Nos colocamos al sur del puente del Almirante, al borde del Ratón.

—¿Cree que llegarán tan lejos, patrón de la Garra? —dijo uno.

Perla se limitó a darse la vuelta.

—Vamos.

Kalam descendió muy despacio por el túnel bajo y estrecho. Podía ver los matorrales del jardín que disimulaban la boca de la cueva que tenía delante. Había ramas rotas y el aire hedía a bilis y sangre. *¿Qué es esto?* Sacó las armas y se fue acercando hasta llegar al umbral.

Había habido una mano colocada alrededor de la entrada del túnel. Cinco cadáveres, los miembros estirados. Kalam se metió entre la maleza.

Los habían hecho pedazos. Brazos rotos. Piernas partidas. Sangre por todas partes, todavía chorreando de unas ramas bajas en el árbol que dominaba el huerto abandonado. Era obvio que a dos los habían destripado, los intestinos caídos se arrastraban por el suelo cubierto de hojas como gusanos hinchados.

Un movimiento tras él y se volvió. La consejera y T'amber se abrieron camino hasta el claro.

—Qué rápido —dijo Tavore con un susurro.

—No he sido yo, consejera.

—Lo siento. Ya me había dado cuenta. Tenemos amigos, al parecer.

—No cuente con ello —dijo Kalam—. Esto tiene todo el aspecto de una venganza, una o más personas se ensañaron con estos pobres cabrones. No creo que tenga nada que ver con nosotros. Como bien dijo usted, la Garra es una organización en una situación delicada.

—¿Se han vuelto contra sí mismos?

—Desde luego eso parece.

—Bien, pues eso juega a nuestro favor, Kalam.

—Bueno —murmuró él tras un momento—, pero lo que importa de verdad es que anticiparon que iríamos por el camino más largo. Tenemos auténticos problemas por delante, consejera.

—Oigo ruidos —dijo T'amber—. En la cima del pozo, creo. Manos. Dos.

—Rápido —dijo Kalam enseñando los dientes—. Quieren sacarnos para que sigamos. Al Embozado con eso. Quédense aquí, las dos. —El asesino volvió a meterse en el túnel. *Cima*

del pozo. Lo que significa que tenéis que bajar… uno por uno. Sois unos impacientes, necios. Y os va a costar caro.

Llegó a la cisterna y vio aparecer el primer par de mocasines, colgados del agujero del techo. Kalam se acercó más.

La garra se dejó caer y aterrizó con suavidad, murió con la hoja de un cuchillo metida en la cuenca de un ojo. Kalam liberó su arma de un tirón y lanzó el cadáver desplomado a un lado. Levantó la cabeza y esperó al siguiente.

Entonces oyó el eco de una voz que resonaba.

Reunidos alrededor del pozo, las dos manos vacilaron e intentaron ver algo en la oscuridad.

—El teniente dijo que avisaría —siseó uno de ellos—. Yo no oigo nada ahí abajo.

Entonces se oyó una llamada apagada, tres rápidos chasquidos. Una señal reconocida. Los asesinos se relajaron.

—Estaba comprobando la entrada, supongo; Kalam debe de habérselas visto con la emboscada del huerto.

—Dicen que es la garra más formidable que ha habido jamás. Ni siquiera Danzante quería meterse con él.

—Ya basta. Vamos, Sturtho, baja ahí y hazle compañía al teniente, y asegúrate de limpiar el charco que tenga alrededor de los pies de la que vas, no querría que resbaláramos ninguno.

El llamado Sturtho bajó al pozo.

Muy poco tiempo después, Kalam salió de la boca del túnel. T’amber, sentada con la espalda apoyada en un árbol, levantó la cabeza, asintió y empezó a levantarse. La sangre

se le había acumulado en el regazo y empezaba a bajarle por los muslos.

—¿Por dónde seguimos? —le preguntó la consejera a Kalam.

—Seguimos el muro del antiguo huerto, hacia el oeste, hasta llegar al camino de la Colina del Cuervo, y luego directos al sur hasta la colina en sí, es una pista ancha, con muchos callejones bloqueados o con barricadas. Rodeamos la colina por el este, junto a la muralla de la ciudad vieja y luego cruzamos el puente del Almirante. —Kalam dudó y después continuó—. Tenemos que movernos rápido, a la carrera, nunca en línea recta, pero tampoco podemos parar. Hay turbas ahí fuera, matones en busca de líos, y tenemos que evitar que nos retrasen. Así que cuando digo que tenemos que movernos rápido y seguir moviéndonos, eso es exactamente lo que quiero decir. T'amber…

—No me voy a retrasar.

—Escuche…

—He dicho que puedo seguir el ritmo.

—¡Ni siquiera debería estar consciente, maldita sea!

La mujer levantó la espada.

—Vamos a por la siguiente emboscada, ¿le parece?

Las lágrimas relucieron bajo los ojos de Tormenta cuando la música llena de dolor nacida de las cuerdas llenó la pequeña habitación, y los nombres y los rostros se resolvieron poco a poco, uno tras otro, en las mentes de los cuatro soldados a medida que se consumían las velas. Apagados, procedentes del exterior, de las calles de la ciudad, se alzaban y caían los sonidos de la lucha, de los moribundos, un coro como las voces acumuladas de la historia, del fracaso humano y sus ecos que les llegaban desde todos los lugares de ese mundo.

La lucha de Violín por esquivar la monotonía lúgubre de una endecha forzó cierta vacilación en la música, una búsqueda de esperanza y fe y el significado sólido de la amistad, no solo con los que habían caído, sino también con los otros tres hombres presentes en la habitación, pero era una lucha que sabía que estaba perdiendo.

Parecía tan fácil para tantas personas separar la guerra de la paz, confinar sus definiciones a lo que nunca era ambivalente. Soldados que marchaban, batallas encarnizadas y matanzas. Arsenales cerrados con candados, tratados, fiestas y puertas de la ciudad abiertas de par en par. Pero Violín sabía que el sufrimiento florecía en ambos reinos de existencia, él había presenciado demasiados rostros de los pobres, ancianas y niños en brazos de sus madres, figuras que yacían inmóviles en un lado del camino o en las cloacas de las calles, donde la basura fluía sin cesar como ríos que reuniesen sus almas agotadas. Y él había llegado a una convicción, incrustada como un clavo de hierro en su corazón, y con esa evidencia ardiente, abrasadora, él ya no podía ver las cosas como antes, ya no podía caminar y ver lo que veía con una mente tabicada, con su multitud de criterios (ese acto crítico de relatividad moral), *esto es menos, eso es más.* La verdad que anidaba en su corazón era clara: él ya no creía en la paz.

No existía, salvo como un ideal al que un sinfín de palabras altisonantes rendían pleitesía, una letanía que ofrendaba la ilusión de que la ausencia de violencia manifiesta era suficiente en sí misma, era prueba de que uno era mejor que lo otro. No había dicotomía alguna entre la guerra y la paz, ninguna oposición real excepto en sus expresiones concretas de una desigualdad ubicua. El sufrimiento era omnipresente. Los niños se morían de

hambre a los pies de grandes señores acaudalados por muy seguro e irrefutable que fuera su dominio sobre sus tierras.

Había demasiada compasión en su interior, lo sabía; sentía el dolor, la impotencia, la invitación a la desesperación, y de esa desesperación llegaba el deseo (la necesidad) de retirarse, de levantar las manos e irse sin más, darle la espalda a todo lo que veía, todo lo que sabía. Si no podía hacer nada, entonces, maldita fuera, no haría nada. ¿Qué otra alternativa había?

Y así lloramos por los caídos. Lloramos por los que aún han de caer, y en la guerra los chillidos son altos y duros, y en la paz los gemidos son tan prolongados que nos decimos a nosotros mismos que no oímos nada.

Y así esta música es un lamento y yo estoy condenado a oír sus notas agridulces durante toda una vida.

Muéstrame un dios que no exija un sufrimiento mortal.

Muéstrame un dios que celebre la diversidad, una celebración que abrace incluso a los no creyentes y no se sienta amenazado por ellos.

Muéstrame un dios que comprenda el significado de la paz. En la vida, no en la muerte.

Muéstrame…

—Para —dijo Gesler entre dientes.

Violín parpadeó y bajó el instrumento.

—¿Qué?

—No puedes terminar con tanta cólera, Viol. Por favor.

¿Cólera? Lo siento. Lo habría dicho en voz alta, pero de repente no pudo. Bajó la mirada y se encontró estudiando el suelo sembrado de basura a sus pies. Alguien, al pasar, quizá el propio Violín, había pisado sin querer una cucaracha. Medio aplastada, manchaba la madera combada y las patas todavía se agitaban débilmente. Violín se la quedó mirando, fascinado.

Querida criatura, ¿maldices ahora a un dios indiferente?

—Tienes razón —dijo—. No puedo terminar así. —Volvió a levantar el violín—. Aquí tenéis una canción diferente, una de las pocas que he aprendido de verdad. De Kartool. Se llama *El baile de la paraltina.*

Apoyó el arco en las cuerdas y empezó.

Salvaje, frenética, divertida. Las últimas notas relataban cómo la hembra triunfante se comía a su amante. E incluso sin las palabras, era imposible confundir los detalles de esa floritura final.

Los cuatro hombres se echaron a reír.

Y después se quedaron en silencio una vez más.

Podría haber sido peor, reflexionó Botella mientras se apresuraba por el callejón oscuro. Agayla podría haber metido la mano en el lado izquierdo en lugar del derecho de la camisa y habría sacado no un muñeco sino una rata viva, que con toda probabilidad la habría mordido, dado que eso era lo que parecía que más le gustaba hacer a Y'Ghatan. ¿La posterior conversación habría tomado otro rumbo?, se preguntó. Seguramente.

Los callejones del Ratón giraban y daban vueltas, estrechos, asfixiantes y mal iluminados, y tropezarse con un cuerpo en medio de la oscuridad no era en absoluto tan extraño como a uno le gustaría… Pero no cinco cuerpos. Con el corazón martilleándole en el pecho, Botella se detuvo en seco. El hedor a muerte lo envolvió. Bilis y sangre.

Cinco cadáveres, todos vestidos de negro, encapuchados, era como si los hubieran hecho pedazos. Quizá solo unos momentos antes.

Oyó gritos que estallaban en una calle cercana, llantos llenos de terror. *Dioses, ¿qué hay ahí fuera?* Se planteó

soltar a Y'Ghatan, pero luego optó por no hacerlo, más tarde iba a necesitar los ojos de la rata, estaba seguro, y arriesgar a la criatura en ese momento era buscarse un desastre en potencia. *Además, no estoy lejos de mi destino. Creo. Espero.*

Se abrió camino con cuidado entre los cuerpos y se acercó a la boca del callejón.

Fuera lo que fuera lo que había provocado los chillidos se había ido por otro lado, aunque Botella vio pasar unas cuantas figuras que corrían como un destello rumbo a los muelles. Al llegar a la calle, giró a la derecha y se encaminó en la misma dirección.

Hasta que llegó enfrente de la entrada de una taberna. Unas escaleras ensilladas conducían abajo. El cosquilleo del sudor le cubrió el cuerpo entero. *Aquí dentro. Gracias, Agayla.*

Botella bajó las escaleras, se metió por la puerta y entró en la posada del Colgado de Gallera.

El incómodo tugurio de techos bajos estaba lleno de gente, pero reinaba un silencio extraño. Rostros pálidos se giraron en su dirección, ojos duros se clavaron en él cuando se detuvo nada más cruzar el umbral para mirar a su alrededor.

Malditos veteranos. Bueno, al menos no estáis todos ahí fuera, intentando matar infantes.

Botella se dirigió a la barra. Bajo los pliegues del manto sintió que el muñeco se movía un poco, un miembro se crispaba (el brazo derecho) y entonces vio una figura ante él que miraba en otra dirección. Espalda y hombros anchos, se había apoyado en el mostrador y levantaba un jarro con la mano derecha. La manga raída de ese brazo se subió y reveló una madeja de cicatrices.

Botella llegó junto al hombre y le dio unos golpecitos en el hombro.

Un giro lento, los ojos oscuros como forjas frías.

—¿Eres ese al que llaman Forastero?

El hombre frunció el ceño.

—No muchos me llaman así y tú no eres uno de ellos.

—Tengo un mensaje para ti —dijo Botella.

—¿De quién?

—No puedo decirlo. Aquí no, al menos.

—¿Cuál es el mensaje?

—Tu larga espera ha finalizado.

El más leve de los destellos en esos ojos, como unas brasas que cobraran vida con un fuelle.

—¿Y ya está?

Botella asintió.

—Si hay cosas que necesites recoger, puedo esperarte aquí. Pero no mucho. Tenemos que movernos rápido.

Forastero giró la cabeza y llamó a una figura enorme que estaba detrás de la barra y que acababa de meter una espita en un barril.

—¡Temple!

El maduro lo miró.

—Échale un ojo a este —dijo Forastero— hasta que yo vuelva.

—¿Quieres que lo ate? ¿Que lo deje sin sentido?

—No, solo asegúrate de que sigue respirando.

—Aquí está a salvo —respondió Temple mientras se acercaba sin apartar los ojos de Botella—. Sabemos que el Decimocuarto hizo un buen trabajo, soldado. Por eso estamos todos aquí dentro y no ahí fuera.

La mirada de Forastero pareció sufrir una alteración sutil cuando volvió a quedar anclada en Botella.

—Ah —dijo por lo bajo—, ahora empieza a tener más sentido. Espera, no tardaré mucho.

Botella observó al hombre abrirse camino entre la gente y miró a Temple.

—¿Tiene un nombre real?

—Estoy seguro —respondió Temple, y le dio la espalda.

Tres sombras se apiñaban alrededor de una mesa en la esquina más alejada. No estaban allí un momento antes, de eso la sargento Hellian estaba segura. Quizá. No parecían estar bebiendo nada, lo que ya era en sí bastante sospechoso, y esas cabezas negras y turbias juntas se susurraban conspiraciones, planes nefarios e intenciones maliciosas, pero si estaban hablando, ella no oía nada y la penumbra era tal que no les veía mover la boca. Suponiendo que tuvieran boca.

La puta de la otra mesa estaba jugando una partida de hoyos. Ella sola.

Hellian se inclinó hacia su prisionero.

—En mi opinión, este sitio es muy raro.

Unas cejas se alzaron solo unos milímetros.

—¿En serio? Espectros y fantasmas, una puta ojerosa y un demonio detrás de la barra…

—A ver a quién estás llamando tú ojerosa —rezongó la mujer cuando las piedras negras y redondas rebotaron en el hoyo sin que nadie las tirara. La mujer miró con el ceño fruncido el resultado y murmuró—: Estás haciendo trampa, ¿verdad? Te lo juro y hablaba en serio, si te pillo, Hormul, voy a comprar una vela con tu nombre en ella.

Hellian miró hacia la barra. El propietario demonio, que había recuperado su forma escuálida y enclenque, se movía de un sitio a otro detrás del mostrador, solo se le veía la

cabeza. Parecía estar comiendo gajos de una especie de fruta amarilla, la cara se le torcía cuando chupaba el jugo de cada gajo y después tiraba la corteza por encima de un hombro. De un sitio a otro, gajo tras gajo.

—¿Y quién lo soltó? —preguntó la sargento—. ¿No se supone que tendría que haber un amo por aquí cerca? ¿No los invocan y después los vinculan? Eres sacerdote, se supone que sabes esas cosas.

—Y resulta que las sé —respondió Banaschar—. Y sí, por lo general es como lo has descrito. —Se frotó la cara, después continuó—. Te contaré lo que yo creo, sargento. Fue Kellanved en persona el que invocó a este demonio, es probable que como guardaespaldas, o incluso como portero. Después se fue y el demonio se hizo cargo del negocio.

—Ridículo. ¿Qué saben los demonios de llevar un negocio? Estás mintiendo. Y ahora termínate la bebida, sospechoso, que después nos tomamos otra y después nos vamos de esta casa de locos.

—¿Cómo puedo convencerte, sargento? Necesito llegar a la fortaleza de Mock. El destino del mundo depende de eso…

—Ja, esa sí que es buena. Déjame decirte una cosa sobre el destino del mundo. ¡Eh, tabernero! ¡Tú, cabezón, más cerveza, maldito seas! Mira esas sombras, sospechoso, de ellos se trata. Se esconden detrás de cada acto, detrás de cada trono, detrás de cada bañera. Hacen planes y nada más que planes y planes mientras los demás nos vamos por el desagüe, nos atragantamos bajando por cañerías de plomo con agujeros y salimos entre la bazofia, donde nos ahogamos. Contar dinero, eso es lo que hacen. Dinero que ni siquiera podemos ver, pero así es como nos miden, la balanza, quiero decir, una astilla en un platillo, un alma en el otro, nivelados, ya lo ves. ¿Que cuál es el destino del mundo, sospechoso? —Hellian hizo un gesto con la mano, el

índice giró y dibujó una espiral tras otra que iban bajando—. Con ellos al mando, se va todo al garete. Y el chiste va con ellos también, porque se hunden con él.

—Escucha, mujer. Esos son espectros. Criaturas de Sombra. No están haciendo planes. No están contando dinero. Solo andan por ahí…

Como si les hubieran dado pie, las tres sombras se levantaron, las sillas se arrastraron hacia atrás de forma más que audible, se ciñeron mejor los mantos, las caras encapuchadas ocultas por la oscuridad, y después salieron en fila por la puerta.

Hellian lanzó un bufido.

El tabernero llegó con otra jarra.

—Está bien —suspiró Banaschar, y cerró los ojos—. Arréstame. Méteme en una mazmorra. Déjame pudrirme con los gusanos y las ratas. Tienes toda la razón, sargento. De cabeza por el desagüe, toma, déjame servirte más.

—Así se habla, sospechoso.

El antebrazo de Kalam se clavó en la cara velada de la garra, destrozó la nariz y estampó la cabeza contra la pared. El hueso se hundió con un crujido y el atacante se derrumbó. Kalam giró en redondo y siguió a toda prisa el muro del edificio perseguido por media docena de cuadrillos de ballesta que golpearon los ladrillos con golpes secos y ruidos de madera astillada. Podía oír las armas que entrechocaban en el callejón, más adelante y a su derecha (donde la consejera y T’amber habían retrocedido bajo una andanada de proyectiles procedentes del otro lado de la calle). Los habían conducido a una emboscada.

Tres manos se precipitaban a cerrar la trampa. Kalam llegó a la entrada del callejón maldiciendo. Una mirada

rápida reveló que las dos mujeres estaban enzarzadas en una despiadada batalla cuerpo a cuerpo con cuatro asesinos, y en esa mirada momentánea uno de los cuatro cayó bajo la espada de T'amber. Kalam le dio la espalda a esa lucha y se preparó para recibir a las manos que se acercaban por la calle.

Las dagas destellaron por el aire hacia él. Se arrojó al suelo, a la derecha, y volvió a ponerse en pie a tiempo para recibir a las primeras cuatro garras. Un frenesí de paradas, y Kalam se fue abriendo camino a la derecha para ponerse fuera del alcance de dos de los atacantes. Un largo filo lanzó una cuchillada y abrió la cara de un hombre, y cuando el hombre se tambaleó hacia atrás, Kalam se acercó y le empaló el muslo izquierdo mientras bloqueaba un ataque frenético de la otra garra. Giró sobre el muslo ensartado de la primera garra, se metió tras el hombre y lanzó una estocada con el arma libre sobre el hombro derecho de su víctima, la punta rasgó el cuello del segundo atacante.

Kalam liberó de un tirón la hoja que ensartaba el muslo y levantó ese brazo para trabarlo bajo la barbilla de la primera garra, donde lo flexionó con fuerza y, con un único y salvaje tirón, partió el cuello del hombre.

El acuchillado en la garganta había tropezado, la yugular cortada y la sangre escapándose entre los dedos que intentaban en vano sujetar la herida. Los dos últimos de los cuatro asesinos se acercaban a toda prisa. Tras ellos, Kalam vio que las otras manos se precipitaban hacia la consejera y T'amber.

Con un gruñido de rabia, Kalam se abalanzó sobre las dos garras y recibió sus ataques con los cuchillos largos, clavó el pie en la pierna derecha del más cercano, entre la rodilla y el tobillo, y le partió los huesos. Cuando la asesina chilló de dolor, el segundo atacante, que intentaba pasar por delante,

chocó con la mujer que caía y perdió el equilibrio al resbalar con la sangre.

La carrera salvaje de Kalam golpeó al primer grupo de garras que cargaban contra la consejera y Tavore. Los alcanzó por la izquierda y un poco por detrás; su repentina llegada obligó a media docena de atacantes a darse la vuelta para enfrentarse a él. Recibió contraataques con paradas y lanzó el hombro contra el pecho de la garra más próxima. El crujido de las costillas, un silbido de aliento que se escapaba de los pulmones y el atacante salió por los aires, arrojado hacia atrás, el movimiento bloqueó a dos garras que tenía justo detrás. Una de ellas tropezó demasiado cerca de Kalam cuando pasó como un rayo, quedó al alcance del cuchillo largo izquierdo del asesino y el corte que este asestó en el cuello de la víctima estuvo a punto de rebanarle la cabeza.

Solo dos de los cuatro que quedaban estaban lo bastante cerca como para saltar sobre él. Uno llegó por abajo, por la izquierda, el otro por arriba, por la derecha. Kalam lanzó una estocada que se cruzó en el camino del primer atacante y sintió que la hoja arañaba los dos cuchillos que portaba la garra. Siguió a eso con un rodillazo entre los ojos de la figura. Al segundo atacante lo obligó a retroceder con un brazo estirado y un cuchillo largo, y la garra, que se había inclinado hacia atrás, desesperada, mantuvo los dos pies plantados, Kalam dejó caer la finta alta y cortó en vertical el estómago del atacante hasta la entrepierna.

La garra lanzó un chillido cuando los intestinos le cayeron entre las rodillas. Kalam arrancó el cuchillo largo y continuó la arremetida, pero entonces oyó a alguien que se acercaba por detrás. El asesino se agazapó de pronto y se detuvo con un resbalón, después se abalanzó hacia atrás. Una daga se hundió en su cintura, a la izquierda, justo debajo del tórax,

la punta dibujó un ángulo hacia arriba (en busca del corazón); los dos asesinos chocaron, Kalam echó la cabeza hacia atrás y topó con la frente de la garra. Una segunda daga resbaló por la cota de malla bajo su brazo derecho. Se retorció para apartarse del cuchillo que lo empalaba, giró en redondo, clavó el codo en un lado de la cabeza de la garra y le aplastó el pómulo. El atacante cayó despatarrado y soltó el cuchillo que había hundido en el costado de Kalam.

Con un jadeo, Kalam se obligó a avanzar otra vez. Cada movimiento le enviaba una llamarada de dolor por el pecho, pero no tenía tiempo de arrancarse el cuchillo, las dos últimas garras que habían dado la vuelta para recibirlo se habían abalanzado sobre él.

Pero iban demasiado juntos, casi uno al lado del otro; Kalam dio un salto a la derecha para ponerse fuera del alcance de uno de ellos. Se agachó para esquivar una estocada horizontal que le buscaba la garganta, atrapó el segundo cuchillo con una parada que consiguió meter el filo en el hueso del antebrazo de la garra y después lanzó una estocada del revés que alcanzó al atacante en la garganta. Al tiempo que la víctima comenzó a derrumbarse hacia delante, Kalam le apoyó el hombro izquierdo en el pecho, empujó con fuerza y siguió al cuerpo cuando se estrelló contra el otro asesino. Los tres cayeron, con Kalam encima. Se le enganchó uno de los cuchillos largos en el cadáver que quedó entre él y la garra viva; Kalam soltó esa mano y clavó el pulgar y el índice en los ojos del asesino, engarzó el pulgar y siguió presionando con el dedo hasta que el cuerpo dejó de sufrir espasmos.

Al oír más sonidos de lucha en el callejón, Kalam se puso en pie, se detuvo un instante para soltarse el cuchillo que llevaba clavado al costado y maldijo al ver la sangre que

brotaba al salir la hoja. Recogió el cuchillo largo enganchado y se metió tambaleándose en el callejón.

Solo quedaban tres garras y T'amber se enfrentaba a dos de ellas, estaba haciendo retroceder a las dos, paso a paso, hasta meterlas en el camino de Kalam.

Este se acercó, lanzó una estocada, luego dos, y un par de cuerpos se retorcieron a sus pies. T'amber ya se había girado y se había abalanzado para atacar al último asesino por detrás; le aplastó el cráneo con el borde de la espada.

Una de las garras del suelo se aupó de costado y levantó un arma, Kalam le clavó el talón en el cuello.

Reinó un silencio repentino entre jadeo y jadeo.

El asesino se quedó mirando a las dos mujeres. T'amber era una masa de heridas, estaba sangrando por la nariz y la boca, y era sangre llena de espuma; Kalam vio que el pecho le palpitaba con fuerza. Con una mueca de dolor él también, el asesino se volvió para estudiar la calle que acababa de abandonar.

Algunos cuerpos se movían aquí y allá, pero ninguno parecía inclinado a renovar la lucha.

La consejera llegó a su lado. La sangre le había salpicado la cara, mezclada con un sudor mugriento.

—Kalam Mekhar. Le observo. Parece… —La mujer sacudió la cabeza—. Parece que se mueve más rápido que ellos. Y a pesar de todo el adiestramiento de esos hombres, de todas sus habilidades, no pueden mantenerse a su altura.

Kalam se limpió el sudor que le escocía en los ojos. Las manos que aferraban con fuerza las empuñaduras de los cuchillos largos le dolían, pero era incapaz de relajarlas.

—Todo se ralentiza, consejera —dijo con voz profunda—. En mi mente se ralentizan, sin más. —Se sacudió y se obligó a aflojar los músculos de la espalda y los hombros. Había conseguido contener la hemorragia, aunque podía sentir el

calor de la sangre que le bajaba por la parte exterior de la pierna, bajo la pesada tela, y que formaba un pegamento entre la tela y la piel. Estaba agotado y tenía un sabor amargo en la lengua—. No podemos parar —dijo—. Hay muchos más. Estamos cerca del puente del Almirante, ya casi hemos llegado.

—¿Llegado?

—A Ratón.

—Oigo disturbios, allí hay incendios, humo, Kalam.

El asesino asintió.

—Sí. Confusión. Eso nos viene bien. —Volvió la cabeza y miró a T'amber. Tenía la espalda apoyada en el muro, estaba bañada en sangre y tenía los ojos cerrados. Kalam bajó la voz—. Consejera, necesita sanación, antes de que sea demasiado tarde.

Pero T'amber lo oyó. Abrió los ojos, un destello en ellos como los ojos de un tigre, y se irguió.

—Estoy lista.

La consejera dio medio paso hacia su amante, pero se vio obligada a girar cuando T'amber pasó junto a ella hacia la entrada del callejón.

Kalam vio la angustia en la mirada de Tavore y apartó los ojos.

Y vio treinta garras o más aparecer con una luz trémula a menos de cuarenta pasos, calle arriba.

—¡Mierda! ¡Corran!

Salieron del callejón y echaron a correr. Kalam frenó un poco para permitir que la consejera lo adelantara. De algún modo T'amber conseguía mantenerse por delante de ellos y permanecer en cabeza. *Habrá otra emboscada. Esperándonos. Va a meterse de lleno…*

Los asesinos los perseguían a toda velocidad, los corredores más rápidos iban acortando distancias. Tras el

sonido de las pisadas suaves, el golpe seco de las botas y un coro de jadeos fieros, parecía que los adoquines bajo sus pies, los edificios de ambos lados y hasta el cielo que se cernía sobre sus cabezas, todo conspiraba para cercarlos (para caer sobre esa escena desesperada), embotaba el aire, lo hacía más denso, amortiguado. Si los ojos presenciaban algo, las caras se giraban a toda prisa. Si había figuras en los callejones por los que pasaban, se volvían a fundir con la oscuridad.

La calle torció al oeste, frente al parque Colina del Cuervo. Más adelante se uniría a otra calle que bordeaba el parque por el lado oeste, antes de girar al sur, hacia el puente. Cuando se acercaron a esa intersección, Kalam vio que T'amber cambiaba de repente de dirección y los metía por un callejón que había a la izquierda, y entonces descubrió la razón del inesperado desvío: más manos que se apiñaban en la intersección y se abalanzaban sobre ellos.

Nos están empujando hacia el puente. ¿Qué nos está esperando al otro lado?

El callejón se ensanchaba y se convertía en algo parecido a una calle justo después de los primeros edificios, y justo ante ellos estaba el muro bajo que rodeaba el parque.

T'amber frenó un poco, como si no supiera si rodear el muro por la izquierda o por la derecha, después se tambaleó y alzó la espada cuando los atacantes arremetieron contra ella por ambos lados.

La consejera lanzó un grito.

Las hojas entrechocaron, un cuerpo cayó a un lado, los otros se precipitaron sobre T'amber. Kalam vio dos cuchillos que se hundían en el torso de la mujer, pero esta continuaba en pie, lanzando estocadas. Cuando Tavore llegó a ellos, hincó la hoja de otataralita en un lado de la cabeza de uno de los asesinos y la liberó de un tirón salvaje, el arma de

tono oxidado siseó en el camino de un brazo, rebanó carne y hueso y el brazo salió volando…

Kalam presenció, en el latido del que dispuso antes de meterse en la lucha, cómo T’amber estiraba la mano libre para atrapar a una garra por la garganta, la levantaba de un tirón por el aire y giraba luego para arrojarla contra el muro de piedra. Incluso mientras la figura la acuchillaba de forma repetida en el pecho, los hombros y la parte superior de los brazos.

¡Dioses del inframundo!

Kalam llegó como un bhederin a la carga, los cuchillos largos lamiéndolo todo al mismo tiempo que lanzaba su peso contra una garra y después otra, a los dos los mandó a rodar por el suelo.

Y allí, en la penumbra, delante del muro del parque Colina del Cuervo, un frenesí salvaje de lucha cuerpo a cuerpo, una segunda mano se unió a lo que quedaba de la primera. Una docena de latidos rápidos y todo terminó.

Y no hubo tiempo para detenerse, no hubo tiempo para respirar y recuperarse, pues los cuadrillos empezaron a aporrear el muro.

Kalam hizo un gesto mudo para que corrieran junto al muro, hacia el oeste, y de algún modo, por imposible que pareciera, T’amber una vez más se puso en cabeza.

Estallaron gritos tras ellos, pero no había tiempo para mirar. El muro dibujaba una curva hacia el sur y formaba un lado de la calle que llevaba al puente del Almirante; allí se alzaba el tramo de piedra, sin iluminar, tan enterrado en las sombras que podría haber estado en la base de un pozo. Cuando se acercaron, la hechicería vaciló y después murió. Y reveló… nada. Nadie a la vista.

—¡T’amber! —siseó Kalam—. ¡Espere!

Lo que fuera que había golpeado tras ellos había atrapado la atención de las garras que los perseguían, al menos de momento.

—Consejera, escúcheme. T’amber y usted, métanse en el río. Síganlo directamente hasta el puerto.

—¿Y usted qué? —preguntó Tavore.

—Todavía no hemos encontrado ni un tercio de las manos que hay en la ciudad, consejera. —Señaló el Ratón con la cabeza—. Están ahí dentro. Voy a llevarlos de paseo. —Hizo una pausa y escupió un montón de flemas y sangre—. Puedo perderlos, conozco el Ratón. Iré por los tejados.

—No tiene sentido separarse…

—Sí, consejera. Sí que lo tiene. —Kalam estudió a T’amber por un momento. *Sí, a pesar de todo, ya no te queda mucho*—. T’amber está de acuerdo conmigo. Ella la llevará al puerto.

En las calles y los callejones que tenían a su espalda solo se oía un silencio siniestro. *Se acercan.*

—Váyanse.

La consejera lo miró a los ojos.

—Kalam…

—Váyase, Tavore.

Las observó acercarse al borde del río, el viejo muro de contención de piedra combada a sus pies. T’amber descendió en primer lugar. El río estaba sucio, bajaba con poca corriente y no era muy profundo. Les costaría avanzar, pero la oscuridad las ocultaría. *Y cuando lleguen al puerto… bueno, será momento de improvisar.*

Kalam asió bien las empuñaduras de los cuchillos largos. Una última mirada a su espalda. Seguía sin haber nada. Qué raro. Clavó los ojos en el puente. *De acuerdo. Acabemos de una vez.*

Lostara Yil atravesó la explanada y dejó atrás la calzada de la Muralla y los cuerpos que había al pie. Los ruidos de los disturbios seguían siendo lejanos, llegaban desde el puerto y más allá, mientras que los edificios y las fincas cercanos permanecían en silencio y a oscuras, como si se hallara en medio de una necrópolis, *un monumento muy acorde con la gloria imperial.*

La pequeña figura que apareció de repente delante de ella la sobresaltó, por tanto, mucho más, y la inquietud de la espada roja solo aumentó al reconocerlo.

—Larva —dijo cuando se acercó—, ¿qué estás haciendo aquí?

—Esperarte —respondió el niño mientras se limpiaba los mocos.

—¿Qué quieres decir?

—Te llevaré adonde tienes que ir. Es una noche triste, pero todo irá bien, un día te darás cuenta. —Y con eso el pequeño se dio media vuelta y echó a andar por la avenida, hacia el sur—. No debemos quedarnos en el camino, todavía no. Podemos cruzar por el primer puente. Lostara Yil… —una mirada atrás—, eres muy guapa.

Un escalofrío repentino a pesar del aire sofocante y la mujer se puso en marcha tras el niño.

—¿Qué camino?

—No importa.

Ruidos de unos roces en las sombras, a la izquierda de Lostara. Cerró la mano alrededor de la espada.

—Hay algo ahí…

—No pasa nada —dijo Larva—. Son mis amigos. No habrá ningún problema. Deberíamos darnos prisa.

No tardaron mucho en llegar al puente que conducía al distrito Central, donde Larva los hizo virar al oeste durante un breve espacio antes de girar al sur de nuevo.

No tardaron en tropezarse con el primero de los cuerpos. Garras, tiradas en pequeños grupos al principio, donde ratas y perros silvestres ya se habían acercado a comer, y luego, a medida que se acercaban al parque Colina del Cuervo, la calle estaba literalmente plagada de cadáveres. Lostara fue frenando al acercarse a la escena alargada de la masacre, se dirigía al sur, como si un torbellino afilado hubiera ido derribando a cien o más asesinos imperiales, y, poco a poco, al contemplar una figura derribada tras otra, Lostara Yil empezó a darse cuenta de algo… un cierto patrón concreto en las heridas, en los lugares de las mismas, en la precisión nítida de cada golpe mortal.

El escalofrío se profundizó y se le metió en los huesos.

Tres pasos por delante, Larva estaba tarareando una canción de boyeros wickanos.

A medio cruzar el puente del Almirante, Kalam se metió un arma bajo un brazo e introdujo una mano entre los pliegues de su fajín para coger la bellota. Lisa, cálida incluso a través del cuero del guante raído, como si le diera la bienvenida. Y… se impacientara.

Kalam se agazapó junto a uno de los muros bajos de contención del puente y arrojó la bellota a los adoquines. La bellota se agrietó, giró sobre sí misma y se quedó quieta.

—De acuerdo, Rápido —murmuró Kalam—, cuando tú quieras.

En un camarote del Lobo de Espuma, Adaephon Delat, sentado con las piernas cruzadas en el suelo, los ojos cerrados, se estremeció al sentir esa invocación lejana. Mucho más cerca podía oír los ruidos de lucha en el puerto, sabía que a los perecederos los estaban haciendo retroceder, paso a paso, apaleados por la hechicería y una masa creciente de atacantes frenéticos. Mientras que en cubierta el destriant Run'Thurvian había creado una barrera contra todos los ataques mágicos que lanzaban contra el barco en sí. Ben el Rápido percibía que, si bien no se podía decir que el hombre estuviera en apuros, sí era obvio que estaba distraído por algo, y que había cierta vacilación en él, como si solo esperara una llamada mucho más exigente, un momento que se acercaba a toda prisa.

Bueno, parece que tenemos problemas por todas partes, ¿no?

No sería fácil escabullirse por entre el laberinto de sendas desatadas en las calles de la ciudad esa noche. Bolsas de hechicería virulenta que vagaban sin rumbo, trampas móviles, impacientes por provocar una muerte agónica, y Ben el Rápido las reconoció. *Ruse, la senda del Mar. Esas trampas son agua, robada del océano profundo, conserva esa presión salvaje que aplasta todo lo que envuelve. Es gran Ruse y no hay nada más feo, maldita sea.*

Ahí fuera había alguien esperando. A que hiciera su movimiento. Y fuera quien fuera, quería que Ben el Rápido se quedara justo donde estaba, en un camarote del Lobo de Espuma. Que permaneciera allí, que no hiciera nada, que no se implicara en esa lucha.

Bueno. Había desvelado cuatro sendas, tejido una docena entera de conjuros, todos impacientes por soltarse; le

picaban las manos, después le ardían, como si no hiciera más que meterlas una y otra vez en ácido.

Kalam está ahí fuera y necesita mi ayuda.

El mago supremo se permitió el más breve de los asentimientos y la brecha de una senda apareció ante él. Se levantó poco a poco, las articulaciones protestaron por el movimiento. *Dioses, creo que me estoy haciendo viejo. ¿Quién lo habría pensado?* Respiró hondo, parpadeó para despejar su visión y se abalanzó por la brecha. Y al tiempo que se desvanecía oyó una risita callada y luego una voz sibilante.

—Dijiste que me debías una, ¿recuerdas? Bueno, querida serpiente, ya es hora.

Veinte latidos. Veinticinco. Treinta. *¡Por el aliento del Embozado!* Kalam se quedó mirando la bellota rota. *Mierda. Mierda, mierda, mierda.* Cuarenta. Maldiciendo por lo bajo, se puso en marcha.

Ese es el problema con la taba afeitada en la manga. A veces no funciona. Así que estoy solo. Bueno, en fin, ya me estaba hartando de esta vida, de todos modos. El asesinato estaba sobrevalorado, decidió. No lograba nada, nada que valiera la pena de verdad. No había un asesino ahí fuera que no se mereciera que le cortaran la cabeza y la clavaran en una pica. Habilidad, talento, oportunidad… nada de ello justificaba quitar una vida.

¿Cuántos de nosotros, sí, vosotros, cuántos de vosotros odiáis lo que sois? No merece la pena, ¿sabéis? Que el Embozado se lleve todos esos egos abrasadores, hagamos destellar nuestra luz patética una vez más y después rindámonos a la oscuridad. Yo me largo. Se acabó.

Llegó al final del puente e hizo una pausa más. Otra mirada atrás. *Bueno, no está ardiendo, salvo en mi mente. Cerrar el círculo, ¿eh? Seto, Trote, Whiskeyjack…*

La cara oscura, rota y picada del Ratón lo llamaba. Una sonrisa podrida, indigencia y degradación, la miseria que perseguía tantas vidas. Era, decidió Kalam Mekhar, el lugar más adecuado. El asesino se puso en movimiento, una carrera en diagonal, rápida y tan cerca del suelo como podía. Se acercó a la fachada ladeada de los restos del muro de una finca, se irguió de golpe, metió un pie en una tronera atestada (hizo caer un nido), envolvió con un antebrazo la cima, los fragmentos rotos de loza cimentada le rasgaron la manga y le perforaron la piel, y después pasó por encima, apoyó un pie en la fila desigual y se lanzó, surcó el aire y aterrizó en un tejado a dos aguas en el que estalló el polvo de guano cuando chocó contra él, se escabulló por la pendiente, dos largas zancadas lo llevaron a la cima y luego bajó por el otro lado…

Y se metió en el laberinto salvaje del inmenso Ratón, con su lomo traqueteado y deslavazado…

Garras, agazapadas y a la espera, se precipitaron sobre él desde todos lados. Grandes, los asesinos más grandes que Kalam había visto jamás, cada uno empuñaba cuchillos largos en ambas manos. Rápidos, como víboras que atacaran.

Kalam no frenó, tenía que abrirse paso entre ellos, tenía que seguir avanzando, notó armas contra las suyas, sintió filos afilados que le abrían brechas en la armadura, eslabones que se separaban y una punta, hincada con fuerza, que se le hundió en el muslo izquierdo, giró y fue cortando en un movimiento ascendente; con un gruñido, Kalam se retorció en medio del destello de las armas, envolvió con un brazo la cara y la cabeza del hombre,

empujó con todas sus fuerzas, tiró de esa cabeza en un giro salvaje y oyó estallar las vértebras. Kalam arrastró a medias el cadáver inerte por la cabeza y lo dejó caer.

Un cuchillo largo salió por la derecha, le hizo un corte profundo en un lado de la cabeza y fue rebanando para cortarle la oreja. Kalam contraatacó y sintió que su arma resbalaba por una cota de malla.

¡Que el Embozado se los lleve! Alguien me utilizó para hacer más de mí…

Siguió bajando, hasta el borde, y entonces Kalam se lanzó por el aire, sobre el vacío de un callejón. Aterrizó, se inclinó y rodó por el tejado plano de un edificio de apartamentos de varios siglos de antigüedad, la superficie bajo él cubierta de grava de loza rota. Lo siguieron múltiples impactos que temblaron por todo el tejado, sus cazadores iban a por él. Dos, cinco, siete…

Kalam se puso otra vez en pie y se volvió, en guardia; nueve asesinos, dispersados en un semicírculo, fueron a por él.

Nueve Kalams contra uno.

De eso nada.

Se abalanzó en línea recta hasta el centro de ese semicírculo. El hombre que tenía delante levantó las armas, alarmado, cogido por sorpresa. Fue retrocediendo, desesperado, y consiguió parar dos estocadas con un cuchillo largo y una con el otro antes de que lo atravesara la sucesión de ataques de Kalam. El asesino le hundió una hoja en el pecho y le ensartó el corazón, con la segunda lo apuñaló bajo la mandíbula, después la retorció hacia arriba y la empujó hasta el cerebro.

Kalam usó las dos armas encajadas para darle la vuelta al hombre de un empujón e interponerlo en el camino de otras dos garras, después arrancó sus cuchillos largos y cargó

contra un flanco de atacantes a una velocidad cegadora. El filo de una hoja de uno de sus perseguidores le rebanó la pantorrilla izquierda (la herida no fue lo bastante profunda para frenarlo) cuando hizo una finta baja contra la garra que tenía más cerca, después lanzó una cuchillada alta con la otra arma, que perforó la cuenca del ojo del hombre que estaba un paso por detrás del primer asesino. El cuchillo largo se atascó. Kalam soltó la empuñadura, bajó un hombro y se arrojó contra la cintura del siguiente atacante. El impacto le sacudió todos los huesos, *este maldito cabrón del Embozado es enorme,* pero él se hundió todavía más, el brazo libre se deslizó entre las piernas del hombre, por detrás. Las hojas lo desgarraron por la espalda, los eslabones estallaron como pulgas sobre piedras calientes y sintió que la garra intentaba cambiar el ángulo de esas armas, empujarlas hacia el interior, cuando, con las piernas dobladas y juntas, Kalam aupó al cazador y lo levantó, bien arriba; Kalam dejó escapar un rugido que le rasgó el revestimiento de la garganta, utilizó la mano del arma para coger al hombre por la pechera de la camisa, lo subió y lo lanzó.

Pataleando, la cabeza de la garra terminó chocando con el pecho de uno de los perseguidores. Los dos cayeron al suelo. Kalam saltó tras ellos y clavó un codo en la frente de la segunda garra, la aplastó como un melón y hundió el cuchillo largo que le quedaba en la parte posterior del cuello del primer hombre.

Le clavaron una hoja en el muslo derecho, la punta estalló por el otro lado. Kalam giró rápido para arrancar el arma de las manos del atacante, levantó las dos piernas, rodó de espaldas, le dio una fuerte patada a la garra en el vientre y la mandó por los aires. Otro repaso de un cuchillo largo contra su cara, pero alzó un antebrazo y bloqueó el

arma, bajó la mano, la giró y cogió a la garra por la muñeca, acercó al hombre y lo destripó con su propio cuchillo largo. Los intestinos se derramaron y aterrizaron en el regazo de Kalam.

Se irguió como pudo, se sacó el arma que tenía clavada en el muslo (a tiempo de detener una cuchillada y después retroceder); las piernas, con cortes y cuchilladas, estuvieron a punto de fallarle y cayó en una defensa sostenida. Tres cazadores se enfrentaban a él, con el que había recibido la patada, que comenzaba a ponerse en pie poco a poco, luchando por coger aire.

Había perdido demasiada sangre; Kalam sintió que se debilitaba. Si llegaban más manos…

Saltó hacia atrás, casi hasta el borde del tejado y lanzó los dos cuchillos largos, un movimiento inesperado, sobre todo dado el pesado desequilibrio de las armas, pero Kalam había practicado año tras año el lanzamiento de corto alcance. Uno se enterró en el pecho de la garra de su derecha, el otro chocó contra el esternón de la garra de la izquierda con un golpe seco y sólido y se quedó allí, temblando. Al tiempo que lanzó las armas, Kalam se abalanzó él también, desarmado, contra el hombre del centro.

Cogió un antebrazo con las dos manos, lo empujó hacia atrás y después lo cruzó, el cazador intentó una estocada ascendente casi desde el suelo con el otro cuchillo largo, pero Kalam lo apartó con la rodilla. Un tirón salvaje dislocó el brazo que tenía en las manos y después lo volvió a empujar hacia arriba y machacó los huesos dislocados contra la glena perforada, el hombre chilló. Kalam soltó el brazo y colocó las dos manos por detrás de la cabeza de la garra, clavó los dos pies y empujó la cabeza boca abajo, usando todo su peso para machacarla contra el tejado.

Un crujido, un chasquido estrepitoso y el tejado entero se combó; explosiones de antiguas vigas de madera podrida, argamasa medio deshecha y yeso.

Con un juramento, Kalam le dio la vuelta al hombre, que tenía la cara enterrada en el tejado, entre sangre que burbujeaba, y vio a través de una grieta cada vez más grande, una habitación oscura debajo. Se fue deslizando…

Hora de irse.

A diez pasos de distancia, Perla se levantó y observó. Conmocionado, sin creérselo. En el tejado a dos aguas y a su alrededor yacían cuerpos. Los mejores asesinos del Imperio de Malaz. *Acabó con todos. Él solo… se abrió camino.* Y en lo más hondo de su corazón sintió terror, una sensación nueva que lo embargó de una debilidad temblorosa.

Observó a Kalam Mekhar, chorreando sangre, desarmado, arrastrarse hacia el agujero del tejado. Perla se subió la manga del brazo izquierdo, lo estiró, apuntó y soltó el cuadrillo.

Un gruñido con el impacto, el cuadrillo se hundió justo bajo el brazo izquierdo estirado de Kalam cuando el hombre se deslizó, bajó y desapareció de la vista.

Lo siento, Kalam Mekhar. Pero tú… no puedo aceptar… tu existencia. No puedo…

Se adelantó, se había reunido con él el único superviviente de las dos manos, y recogió las armas de Mekhar.

Mis… trofeos.

Se volvió hacia la garra.

—Busque a los otros…

—Pero qué hay de Kalam…

—Está acabado. Reúna a las manos aquí, en el Ratón; vamos a hacer una visita a los muelles centrales. Si la consejera llega hasta ellos, bueno, habrá que eliminarla allí.

—Comprendido, patrón de la Garra.

Patrón de la Garra. Sí. Está hecho, emperatriz Laseen. Sí, está muerto. Con mis propias manos. No tengo igual en el Imperio de Malaz.

¿Por dónde empezaría?

Mallick Rel.

Korbolo Dom.

Ninguno de los dos veréis el amanecer. Lo juro.

La otra garra habló desde el borde del agujero del tejado.

—No lo veo, patrón de la Garra.

—Va arrastrándose, morirá sin remedio —dijo Perla—. Paraltina kartooliana.

El hombre giró la cabeza de golpe.

—¿No será la serpiente? ¿La araña…? ¡Dioses del inframundo!

Sí, una muerte dolorosa y prolongada. Y no queda un solo sacerdote en la isla que pueda neutralizar ese veneno.

Dos armas cayeron con un estrépito metálico en el tejado. Perla lo miró.

—¿Qué está haciendo? —preguntó.

El hombre parecía evaluarlo.

—Basta. ¿Cuánto deshonor va a hacer recaer sobre la Garra? No cuente conmigo. —Se dio la vuelta—. Busque usted a la consejera, Perla, dele una de sus malditas picaduras de araña…

Perla levantó el brazo derecho y mandó un segundo cuadrillo volando por el tejado. Golpeó al hombre entre los omóplatos. Con los brazos estirados, la garra se derrumbó.

—Eso, por desgracia, era paraltina blanca. Mucho más rápida.

Y ya no quedaban más testigos, como había sido su intención en todo momento. Era hora de reunir a las manos restantes.

Ojalá pudiera haber sido diferente. Todo. Pero surgía un nuevo Imperio de Malaz, con reglas nuevas. *Reglas que puedo manejar sin problemas. Al fin y al cabo, ya no me queda nada. No me queda nadie…*

Violín cerró los ojos y dejó el violín. No dijo nada, no había nada que decir. El impulso que lo había invadido había acabado. La música había abandonado sus manos, había abandonado su mente, su corazón. Se sentía vacío por dentro, el alma hendida, sin vida. Sabía que iba a pasar, una verdad que ni disminuía el dolor de la pérdida ni lo intensificaba; una carga, eso era todo. Solo una carga más.

Gritos en la calle, abajo, después el sonido de una puerta estrellándose y convirtiéndose en astillas.

Diente Bravo levantó la cabeza y se secó los ojos.

Pisadas estrepitosas en las escaleras.

Gesler recogió la jarra de vino de la mesa y volvió a llenar las copas poco a poco. Nadie había tocado el pan.

Pisadas secas que subían por el pasillo. Algo que arañaba, que se arrastraba.

Se detuvieron ante la puerta del sargento mayor.

Una llamada pesada, como si la fueran a hacer astillas, como garras excavando en la madera.

Gesler se levantó y se acercó.

Violín observó que el sargento abría la puerta y se quedaba inmóvil durante un largo momento con los ojos clavados en quienquiera que estuviera en el pasillo.

—Tormenta, es para ti —dijo Gesler.

El hombretón se levantó sin prisa cuando Gesler se dio la vuelta y regresó a su silla.

Una forma llenó la entrada. Hombros anchos, vestía unas pieles ajadas que estaban chorreando. Cara plana, la piel del color marrón del betel, tensa y estirada sobre unos huesos robustos. Pozos hundidos por ojos. Brazos largos colgando a los lados. Violín arqueó las cejas. Un t'lan imass.

Tormenta carraspeó.

—Legana Estirpe —dijo, su voz había adquirido un extraño tono agudo.

La respuesta que salió con voz áspera de la aparición fue como el chirrido de las piedras de un túmulo.

—He venido a buscar mi espada, mortal.

Gesler se derrumbó en su silla y cogió su copa.

—Un paseo largo y húmedo, ¿eh, Estirpe?

La cabeza giró con un crujido, pero el t'lan imass no dijo nada.

Tormenta recogió la espada de pedernal y se acercó a Legana Estirpe.

—Has asustado a mucha gente por ahí abajo —dijo.

—Los mortales sois almas sensibles.

El infante le tendió la espalda, en horizontal.

—Te llevó tu tiempo salir de ese portal.

Legana Estirpe la cogió.

—Nada es nunca tan fácil como parece, yunque del escudo. Lleva el dolor en tu corazón y sé consciente de algo: estás lejos de haber terminado con este mundo.

Violín miró a Diente Bravo. *¿Yunque del escudo?*

El sargento mayor se limitó a sacudir la cabeza.

Legana Estirpe estaba estudiando el arma que tenía en sus manos esqueléticas.

—Está arañada.

—¿Qué? Oh, pero, yo… oh, bueno…

—El sentido del humor se ha extinguido —dijo el t'lan imass al tiempo que se volvía hacia la puerta.

Gesler se irguió de repente.

—¡Un momento, Legana Estirpe!

La criatura se detuvo.

—Tormenta hizo todo lo que le pediste. Ahora necesitamos que lo pagues.

La piel de Violín empezó a sudar de golpe. *¡Gesler!*

El t'lan imass los miró otra vez.

—Un pago. Yunque del escudo, ¿acaso mi arma no te sirvió bien?

—Sí, bastante bien.

—Entonces no hay deuda…

—¡No es cierto! —rezongó Gesler—. ¡Te vimos llevarte esa cabeza tiste andii! Pero no les dijimos nada a tus compañeros t'lan imass, ¡te guardamos el secreto Legana Estirpe! ¡Cuando podríamos haber negociado con él, podría habernos sacado de ese maldito lío en el que estábamos metidos! ¡Hay una deuda!

El antiguo guerrero no muerto guardó silencio un instante.

—¿Qué queréis de mí? —dijo luego.

—Nosotros, yo, Tormenta y aquí Violín, necesitamos un escolta. Para regresar a nuestro barco. Quizá haya que luchar.

—Hay cuatro mil mortales entre nosotros y los muelles —dijo Legana Estirpe—. Todos y cada uno empujados a la locura por una hechicería caótica.

—¿Y? —se burló Gesler—. ¿Tienes miedo, t'lan imass?

—Miedo. —Una afirmación. Y después la cabeza se ladeó—. ¿Una muestra de humor?

—¿Entonces cuál es el problema?

—Los muelles. —Una vacilación y después—: Vengo de allí.

Violín empezó a recoger su equipo.

—Con respuestas como esa, Legana Estirpe —comentó—, tu sitio está entre los infantes. —Le echó un vistazo a Diente Bravo—. Un placer, viejo amigo.

El sargento mayor asintió.

—Lo mismo digo. Los tres. Siento haberte dado un puñetazo en las tripas, Viol.

—Y un Embozado que lo sientes.

—No sabía que eras tú…

—Y un Embozado que no lo sabías.

—De acuerdo. Te oí entrar. Oí la tela contra las cuerdas del violín. Olí las municiones moranthianas. No fue tan difícil.

—¿Y me diste el puñetazo de todos modos?

Diente Bravo sonrió. Esa sonrisa concreta que le daba al cabrón su nombre.

—¿Sois todos infantes? —preguntó Legana Estirpe.

—Sí —dijo Violín.

—Esta noche, entonces, yo también soy infante. Vamos a matar gente.

Rebanagaznates trepó hasta la pasarela y bajó tambaleándose hasta la cubierta.

—Puño —jadeó—, necesitamos llamar a más… Ninguno de nosotros va a poder aguantar mucho…

—No, soldado —replicó Keneb, la mirada clavada en la lucha despiadada que se desarrollaba en la explanada que tenían delante, las líneas de perecederos que no dejaban de contraerse, la masa creciente de atacantes enfurecidos que salían en tropel de cada calle y callejón entre los almacenes.

¿No lo ves? Comprometemos más y nos vemos cada vez más metidos en este desastre, más y más, hasta que ya no podamos lograr salir. Hay demasiada hechicería ahí fuera, dioses del inframundo, está a punto de estallarme la cabeza. Deseaba con todas sus fuerzas explicarle todo eso al desesperado infante, pero eso no era lo que hacía un comandante. *Me sucede igual que a la consejera. Quieres hacerlo, dioses, lo estás deseando, aunque solo sea para ver la comprensión en sus ojos. Pero no puedes. De acuerdo, así que empiezo a entenderlo…*

—¡Atención, puño Keneb! —La advertencia procedía del destriant—. Asesinos que intentan penetrar en nuestras defensas…

Un siseo de Rebanagaznates, que se giró y llamó a los infantes del malecón.

—¡Sargento! ¡Suba a los pelotones aquí! ¡Tenemos garras de camino!

Keneb se volvió hacia Run'Thurvian.

—¿Puede bloquearlos?

Un lento asentimiento del rostro que de repente se había quedado pálido.

—Esta vez, sí… en el último momento, pero son persistentes, y listos. Cuando abran una brecha, aparecerán de súbito a nuestro alrededor.

—¿Quién es el objetivo? ¿Lo sabe?

—Todos nosotros, creo. Quizá, sobre todo —el destriant miró a Nada y Menos, que permanecían en la cubierta delantera, testigos silenciosos de la defensa—, esos dos. Su poder duerme. Por ahora no se puede despertar, no es para nosotros, ¿comprende? No para nosotros.

Por el aliento del Embozado. Se volvió y vio llegar a los primeros infantes. Koryk, Chapapote, Sonrisas… *Maldito seas, Violín, ¿dónde estás?* Tras ellos Sepia y Corabb Bhilan

Thenu'alas. Un momento después apareció el sargento Bálsamo, seguido por Galt y Lóbulo.

—Sargento, ¿dónde está su sanador, y su mago?

—Agotados —respondió el dalhonesio—. Se están recuperando en el Silanda, señor.

—Muy bien. Quiero que formen un cordón alrededor de Nada y Menos, la Garra irá a por ellos antes que nada. —Cuando los soldados se dispersaron, se volvió hacia Run'Thurvian y dijo en voz baja—. Supongo que puede protegerse solo, destriant.

—Sí, he estado conteniéndome, anticipándome a un momento así. Pero ¿qué hay de usted, puño Keneb?

—Dudo que sea lo bastante importante. —Después se le ocurrió algo y llamó a los infantes—. ¡Sonrisas! Baje al camarote del primer oficial, advierta a Ben el Rápido y, si puede, convénzalo para que suba aquí. —Se dirigió a la barandilla de estribor y se inclinó para estudiar el combate de la base del malecón.

Había soldados uniformados malazanos entre la multitud, ya sin disimulo alguno. Con armadura, muchos con escudos, otros se mantenían atrás, con ballestas, disparando un cuadrillo tras otro contra la fila de perecederos. A los aliados extranjeros los habían hecho retroceder casi hasta el malecón.

Sepia estaba en la cubierta delantera, gritándole al equipo de la catapulta, el zapador sostenía un puñado de redes de pesca en una mano y un gran objeto redondo en la otra. Un maldito. Tras un momento, el equipo retrocedió y Sepia se puso a colocar la munición justo detrás de la cabeza del enorme dardo.

Bien pensado. Una forma un poco sucia de despejar un espacio, pero no hay mucha alternativa.

Sonrisas regresó corriendo junto a Keneb.

—Puño, no está.

—¿Qué?

—¡Que se ha ido!

—Muy bien. No importa. Vaya a reunirse con su pelotón, soldado.

En algún lugar de la ciudad de Malaz se oyó una campana, los sonoros tonos resonaron cuatro veces. *Dioses del inframundo, ¿eso es todo?*

El teniente Poros se encontraba junto a su capitán con la mirada puesta al otro lado del agua oscura, en el caos de los muelles centrales.

—Estamos perdiendo, señor —dijo.

—Por eso precisamente lo nombré oficial —respondió Tierno—. Por su extraordinaria perspicacia. Y no, teniente, no desobedeceremos nuestras órdenes. Nos quedamos aquí.

—No está bien, señor —insistió Poros—. Nuestros aliados están muriendo ahí, y ni siquiera es su guerra.

—Lo que ellos decidan hacer es asunto suyo.

—Sigue sin estar bien, señor.

—Teniente, ¿de verdad está tan impaciente por matar a compatriotas malazanos? Si es así, quítese esa armadura y puede ir nadando hasta la orilla. Con la suerte de Oponn, los tiburones no le encontrarán a pesar de mis plegarias más fervientes para que se obre lo contrario. Y llegará justo a tiempo para que le arranquen la cabeza, lo que me obligará a buscarme otro teniente, cosa que he de admitir que no será tan difícil, dadas las circunstancias. Quizá Hanfeno, ahí sí que hay madera de oficial, no más allá de teniente, por supuesto. Casi tan lerdo y tozudo como usted. Vamos, venga, quítese esa armadura para que Senny pueda empezar a aceptar apuestas.

—Gracias señor, pero preferiría no hacerlo.

—Muy bien. Pero una queja más de sus labios, teniente, y lo tiro por la borda yo mismo.

—Sí, señor.

—Con la armadura puesta.

—Sí, señor.

—Después de descontarle la paga por pérdida de equipo.

—Por supuesto, capitán.

—Y si sigue intentando decir la última palabra, creo que lo mataré sin más.

—Sí, señor.

—Teniente.

Poros cerró de golpe la mandíbula y se aguantó. De momento.

Con apenas un susurro, la figura aterrizó en el tejado a dos aguas. Hizo una pausa para mirar a su alrededor, el montón de cadáveres. Después se aproximó al agujero abierto que había junto a un extremo.

Cuando se acercó, otra figura pareció materializarse de la nada y se agachó con una rodilla apoyada en el suelo sobre un cuerpo que yacía boca abajo cerca de la brecha. Había un cuadrillo enterrado en la espalda de ese cuerpo, las plumas hechas con huesos de pez, las secciones de las mejillas de una gran criatura marina, pálidas y semitranslúcidas. El recién llegado levantó una cara fantasmal y contempló al que se acercaba.

—Me mató el patrón de la Garra —dijo la aparición con voz áspera, y señaló su propio cuerpo bajo él—. Maldije su nombre con mi último aliento. Creo… sí, creo que por eso sigo aquí, todavía no estoy listo para atravesar la puerta del Embozado. Es un regalo… para ti. Mató a Kalam Mekhar. Con

paraltina kartooliana. —El fantasma se volvió un poco y señaló el borde del agujero—. Kalam, se quitó el cuadrillo… no sirve de nada, por supuesto, da igual, puesto que la paraltina está en su sangre. Pero no se lo dije a Perla, está ahí, en el borde mismo. Cógelo. Queda veneno de sobra. Cógelo. Para el patrón de la Garra.

Un momento después el fantasma se había ido.

La figura envuelta en telas se agachó y recogió el cuadrillo manchado de sangre con una mano enguantada. Se lo metió en un pliegue del fajín, se irguió y se puso en marcha.

Entre madejas de hechicería despiadada, la figura solitaria se desplazó a una velocidad cegadora por la calle, evitó con habilidad cada trampa (las bolsas chispeantes de gran Ruse, los susurros de invitación de Mockra) y luego entró en los caminos de Rashan, caminos que robaban la luz y por los que los asesinos de la Garra habían corrido solo momentos antes; siguió su rastro y se acercó a toda velocidad, una daga en cada mano envuelta en cuero.

Cerca del puerto, las garras empezaron a salir de sus sendas, se iban reuniendo por decenas, a solo unos momentos de lanzar un asalto general contra los soldados extranjeros, contra todos los que había a bordo de los dos barcos atracados.

Al acercarse rápido por detrás, los movimientos de la figura adquirieron una fluidez, una sinuosidad, entretejieron un flujo de sombras y el acercamiento que había sido rápido se transformó en otra cosa más veloz de lo que un ojo mortal podía percibir en esa noche de penumbra y humo, y luego, el atacante solitario golpeó a la primera de las manos.

La sangre brotó, láminas que cubrieron el aire, los cuerpos giraron hacia ambos lados de su camino, un torbellino de muerte desgarró las filas. Las garras giraron en redondo, gritaron, chillaron y murieron.

El patrón de la Garra, Perla, se volvió al oír los sonidos. Estaba situado a unas veinte manos de la retaguardia, una retaguardia que acababa de derrumbarse, retorciéndose o inmóvil, sobre los adoquines, cuando algo (alguien) se abrió paso desgarrándola. *Dioses del inframundo.* Un bailarín de Sombra. *¿Quién, Cotillion?* Un terror frío se apoderó de su pecho con unas garras afiladas. *El dios, el patrón de los Asesinos, que viene a por mí.*

¡En nombre de Kalam Mekhar, viene a por mí!

Giró en redondo y buscó con los ojos frenéticos un refugio. *¡Al Embozado con las manos!* Perla se abrió camino entre sus hombres y echó a correr.

Un callejón estrecho entre dos almacenes, envuelto en oscuridad. Unos momentos más y después abriría su senda, forzaría un desgarro y se abalanzaría, se metería y se iría de una vez.

Llevaba las armas en las manos. *Si caigo, será luchando, dios o no dios...*

En el callejón, envuelto por la oscuridad (tras él más gritos que se iban aproximando), Perla extendió el brazo en su mente en busca de su senda, como un hombre que se ahoga. Mockra. *Úsala. Retuerce la realidad, métete en otra senda, Rashan, y después la Imperial, y luego...*

Nada respondió a su búsqueda. Un jadeo entrecortado estalló en la garganta de Perla, que salió a la carrera y subió por el callejón...

Algo tras él, justo detrás...

Cuchilladas lacerantes rebanaron sus dos tendones de Aquiles, Perla chilló cuando los ligamentos cortados se enrollaron bajo la piel, tropezó con unos pies que le parecieron de repente terrones de barro que se movían desesperados bajo él. Fue derrumbándose, negándose a soltar sus armas, todavía intentando alcanzar su senda…

Los filos de unas hojas que lamían como lenguas de ácido. Los tendones de las corvas, los de los codos; una única mano lo levantó de los adoquines ennegrecidos y lo arrojó contra un muro. El impacto le destrozó la mitad de la cara y cuando cayó hacia atrás la mano regresó, los dedos se clavaron en él, lo obligaron a echar la cabeza hacia atrás. Un hierro frío se metió en su boca, acuchilló, le cortó la lengua. Ahogándose en sangre, Perla giró la cabeza. Lo habían cogido otra vez, lo habían arrojado contra el muro contrario y tenía el brazo izquierdo roto. Aterrizó de lado, un pie le machacó de cadera, el soporte del hueso se desmoronó en un desastre de astillas. *Dioses, el dolor…* le barrió la mente entera, lo inundó… Su senda, *¿dónde?*

Cesó todo movimiento.

Su atacante se encontraba sobre él. Se agachó.

Perla no veía nada, la sangre le cubría los ojos, un repiqueteo salvaje le llenaba la cabeza, el vómito le inundaba la garganta, se derramaba en arcadas que lo atravesaban entero, veteado por la sangre del muñón goteante de la lengua. *Lostara, amor mío, acércate a la puerta y me verás. Caminando.*

Una voz suave y baja lo atravesó todo, brutal, clara, despiadadamente cercana.

—Mi último objetivo. Tú, Perla. Había planeado algo rápido. —Una pausa larga en la que el asesino oyó una respiración lenta y regular—. Salvo por Kalam Mekhar.

Algo lo apuñaló en el estómago y se hundió en él.

—Te devuelvo el cuadrillo que lo mató, Perla. —La figura se irguió una vez más y se alejó unos pasos, pero regresó al tiempo que las primeras palpitaciones horripilantes de fuego empezaban a abrasar las venas de la garra, se acumulaban tras sus ojos, un veneno que lo mantendría con vida todo el tiempo posible, alimentaría su corazón mientras los vasos de todo su cuerpo estallaban, una y otra vez, y otra…

—Los cuchillos largos de Kalam, Perla. No te diste cuenta. No puedes abrir una senda con otataralita en la mano. Y por tanto, él y yo, juntos, te hemos matado. Qué adecuado.

¡Fuegos! ¡Dioses! ¡Fuego!

Apsalar se alejó. Siguió subiendo por el callejón, se alejó del puente. Se alejó de todo.

Una aparición flaca, envuelta en sombras, apareció ante ella cerca del otro extremo, donde el callejón alcanzaba una calle lateral justo a ese lado de un puente que atravesaba el río y se metía en el Ratón. Apsalar se detuvo delante de la aparición.

—Dile a Cotillion que he hecho lo que pidió.

Tronosombrío emitió un susurro, como un suspiro, y de entre los pliegues de su manto fantasmal surgió una mano casi sin forma aferrada a la cabeza plateada de un bastón con el que dio un golpecito en los adoquines.

—Lo vi, querida mía. Tu danza de Sombra. Desde los pies de la calzada de la Muralla, y a partir de ahí, lo presencié.

La asesina no dijo nada.

Tronosombrío continuó.

—Ni siquiera Cotillion. Ni siquiera Cotillion.

Apsalar siguió sin hablar.

El dios lanzó una risita de repente.

—Demasiados errores de criterio, la pobre mujer. Como temíamos. —Una pausa y después otra risita—. Esta noche, el patrón de la Garra y trescientas siete garras, todas por tu mano, querida muchacha. Sigo sin… poder creerlo. No importa. Se ha quedado sola. Lo siento por ella. —La cabeza encapuchada sin casi sustancia se ladeó un poco—. Ah. Sí, Apsalar. Mantenemos nuestras promesas. Eres libre. Vete.

La joven le tendió los dos cuchillos largos por los mangos.

Una inclinación y el dios aceptó las armas de Kalam Mekhar.

Después Apsalar pasó junto a Tronosombrío y siguió caminando.

Él la observó cruzar el puente.

Otro suspiro. Un levantamiento repentino de la cabeza encapuchada, que olisqueó el aire.

—Oh, buenas noticias. Pero no para mí, todavía no. Primero, un modesto rodeo, sí. ¡Vaya, menuda noche!

El dios empezó a desvanecerse, después vaciló y empezó a formarse otra vez. Tronosombrío bajó la cabeza y miró los cuchillos largos que llevaba en la mano derecha.

—¡Qué absurdo! Debo caminar. ¡Y, rápido, por fuerza!

Se escabulló a toda prisa, el bastón iba repiqueteando en las piedras.

Muy poco tiempo después, Tronosombrío llegó a la base de una torre que no estaba en absoluto tan en ruinas como parecía. Levantó el bastón y llamó a la puerta. Esperó una docena de latidos y después repitió el esfuerzo.

La puerta se abrió de un tirón.

Unos ojos oscuros lo miraron desde arriba y en ellos había una furia creciente.

—Vamos, vamos, Obo —dijo Tronosombrío—. Te estoy haciendo un favor, te lo aseguro. Dos gemelos de lo más entrometidos se han adueñado de la cima de tu torre. Te sugiero humildemente que los eches con tu habitual amabilidad. —El dios esbozó un saludo formal con el bastón, se volvió y se fue.

La puerta se cerró de un portazo tras dos zancadas.

Tronosombrío empezó a acelerar el paso una vez más. Esa noche le quedaba pendiente un último encuentro, un encuentro muy valioso. El bastón golpeteó rápido como el tambor de un soldado.

A medio camino de su destino, la cima de la torre de Obo estalló en una atronadora bola de fuego que envió por los aires trozos de ladrillo y azulejo. En medio del estallido se oyeron dos chillidos indignados.

—Muy amable, Obo. Muy amable, desde luego —murmuró Tronosombrío cuando se recuperó, se había agachado de golpe por puro instinto.

Y el dios caminó por las calles de la ciudad de Malaz. Una vez más con un apresuramiento poco propio en él.

Se movieron deprisa por la calle, se mantuvieron entre las sombras, diez pasos por detrás de Legana Estirpe, que caminaba por el centro, la punta de la espada tropezando con los adoquines con un sonido metálico. Las pocas figuras que se cruzaron con ellos huyeron a toda velocidad al ver la aparición andrajosa del t’lan imass.

Violín les había dado a Gesler y a Tormenta unas ballestas, las dos cargadas con granadas repletas de fulleros, mientras que su arma contenía un maldito. Se acercaron a una calle más ancha que corría paralela al puerto, todavía al sur del puente que llevaba a los muelles

centrales. Edificios conocidos para Violín por todos lados, pero un aura surrealista había impregnado el aire, como si la mano maestra de algún artista loco hubiera levantado cada detalle y lo hubiera convertido en algo más profundo.

Desde los muelles llegaba el rugido de la batalla, puntuado por algún crujido ocasional de municiones moranthianas. Fulleros, sobre todo. *Sepia. ¡Está acabando con mis provisiones!*

Llegaron al cruce. Legana Estirpe se detuvo en medio y poco a poco se volvió hacia la fachada combada de una taberna que había enfrente. Donde la puerta se abrió de golpe y salieron dos figuras dando tropezones. Tambaleándose, pisando con sumo cuidado los adoquines bajo ellos, como si cruzaran un río enfurecido por un camino de piedras; una de las figuras sujetaba a la otra por un brazo, tiraba, empujaba y después se apoyaba en ella, lo que hacía que los dos se bambolearan.

Violín juró por lo bajo y se dirigió a las dos figuras.

—Sargento Hellian, en el nombre del Embozado, ¿se puede saber qué haces aquí?

Las dos figuras se enderezaron al oír la voz y se volvieron.

Y los ojos de Hellian se clavaron en el t'lan imass.

—Violín —dijo—, estás fatal.

—Aquí, borracha idiota. —Mandó seguir a Gesler y Tormenta con el brazo y se acercó—. ¿Quién es ese que está contigo?

Hellian se volvió y contempló al hombre que sujetaba por un brazo durante lo que pareció mucho tiempo.

—Du pridionero —dijo el hombre para alentarla.

—Edo. —Hellian se irguió y miró a Violín otra vez—. Hay una orrrden de bús… queda paraaa intedogadlo.

—¿Quién lo busca?

—Yo, eda. Bueno, ¿y ónde está er bote?

Gesler y Tormenta se dirigían al puente.

—Ve con ellos —le dijo Violín a Legana Estirpe, el t'lan imass echó a andar arañando el suelo con los pies. El zapador se volvió de nuevo hacia Hellian—. Quedaos conmigo, regresamos a los barcos ahora mismo.

—Bien. Me alegro de que viniedas, Viol, por zi esde intenda escapar, ¿eh? Ties mi pedmiso pa dispadadle. Pero solo en el pie. Quiedo despuestas de este dipo y las voy a dener.

—Hellian —dijo Violín—, quizá tengamos que echar una buena carrera.

—Podemos correr. ¿Verdad, Banash?

—Serás imbécil —murmuró Violín—. Eso es el Smiley. Ese demonio no sirve cerveza normal. Cualquier otro sitio… —Después sacudió la cabeza—. Venga, los dos.

Más adelante Gesler y Tormenta habían llegado al puente. Agachados, habían empezado a cruzarlo.

Violín oyó vociferar a Gesler, un grito de sorpresa y alarma, y de inmediato tanto él como Tormenta estaban corriendo en línea recta hacia una multitud palpitante que se cernía delante de ellos.

—¡Mierda! —Violín se lanzó a la carrera.

Una trinchera serpenteante envuelta en penumbra, una vena que parecía correr por debajo del nivel donde el frenesí de matanzas dominaba las calles y los callejones de ambos lados. La mujer que llevaba detrás escupía grumos de sangre con cada tos e iba chapoteando; la consejera, Tavore Paran, vadeaba un arroyo hinchado de desechos.

Acercándose cada vez más a los ruidos de lucha de los muelles centrales.

Parecía imposible, pero las garras no las habían encontrado, no se habían precipitado por los muros podridos de ladrillo para llevar la muerte a la sopa sucia que era el río Malaz. Oh, desde luego que Tavore y T'amber se habían abierto paso entre suficientes cadáveres en su camino, pero los únicos sonidos que las envolvían eran el remolino del agua, las patitas de las ratas por los salientes de cada lado y el zumbido de los insectos que les picaban.

Todo eso cambió cuando llegaron al borde de la explanada. La conmoción de un fullero, tan cerca que las sobresaltó, y luego la caída de media docena de cuerpos cuando una sección del muro de contención se derrumbó justo delante. Más figuras que se deslizaron chillando, las armas agitándose en el aire…

… un soldado se giró, las vio…

Cuando bramó su descubrimiento, T'amber pasó con un empujón junto a la consejera. La espada larga dibujó un arco en diagonal y cortó el tercio superior de la cabeza del hombre, yelmo y hueso, la materia blanca lo salpicó todo.

Después, T'amber estiró el brazo hacia atrás, cerró una mano ensangrentada alrededor del manto de la consejera y la arrastró con ella hacia la orilla hundida de ladrillo caído, arena y grava.

La fuerza de ese puño asombró a Tavore cuando T'amber asaltó la ladera y arrastró a la consejera hasta levantarla del suelo y auparla al nivel de la explanada. Cayó de rodillas con un tropezón, la mano la abandonó y los sonidos de lucha estallaron a su alrededor…

La guardia de la ciudad, tres pelotones por lo menos, las detonaciones los habían empujado a ese lado de la explanada y se volvieron contra las dos mujeres como lobos rabiosos…

Tavore se irguió de un tirón y detuvo una estocada que intentaba alcanzarla en el estómago con una parada desesperada, las armas resonaron. Contraatacó por instinto y sintió que la punta de su espada rasgaba la cota de malla y abría los músculos de un hombro. Su oponente gruñó y se echó hacia atrás. Tavore cortó con un golpe seco la rodilla de la pierna delantera de su atacante y partió en dos la rótula. El hombre lanzó un chillido y cayó.

A la izquierda de la consejera, T’amber rebanaba, lanzaba estocadas, paraba y se abalanzaba, los cuerpos iban cayendo a su alrededor. Al mismo tiempo que unas espadas se hundían en ella, que se tambaleó.

Tavore lanzó un grito y se giró para ir hacia T’amber…

Y vio, a menos de veinte pasos de distancia, una veintena o más de garras que se precipitaban para unirse a la refriega.

Una espada surgió de repente por la espalda de T’amber, entre los omóplatos, el soldado que sujetaba el arma se acercó a la mujer, la levantó del suelo y la lanzó hacia atrás, la mujer se soltó del hierro y aterrizó con fuerza en los adoquines; se le cayó la espada de la mano y resonó en el suelo.

Seis pasos entre la consejera y una docena de guardias, y detrás de ellos y acercándose a toda velocidad, las garras. Tavore retrocedió, rostros vueltos hacia ella, rostros crispados con una furia ciega, ojos fríos y duros, inhumanos. La consejera levantó la espada, las dos manos en la empuñadura, dio un paso atrás…

Y los guardias se abalanzaron…

Y luego un destello cegador, justo detrás de ellos, una oleada que se convirtió en una masa de cuerpos desgarrados, miembros amputados, cortinas de sangre, el rugido de la detonación pareció prenderse en el centro del

cráneo de Tavore. El mundo se inclinó, la consejera vio cielo nocturno que rodaba, las estrellas parecían salir despedidas en todas direcciones, su cabeza chocó contra los adoquines y le arrancó el yelmo, y se encontró tirada de espaldas, mirando al cielo, confusa por el humo revuelto, la bruma roja, la protesta atronadora de cada músculo y hueso de su cuerpo.

Una segunda explosión la levantó de los adoquines y la volvió a arrojar con todo su peso sobre una superficie ladeada de repente. Llovió más sangre…

Alguien resbaló contra ella, una mano bajó y se posó con suavidad en su esternón, un rostro, borroso, que se cernía sobre ella. La consejera observó que la boca se movía, pero no escuchó nada.

Un destello, reconocimiento. *Sargento Violín.*

¿Qué? ¿Qué está haciendo?

Y entonces empezaron a arrastrarla, las botas se iban soltando por los extremos de unas piernas insensibles. La derecha se desprendió, se quedó allí. Tavore clavó los ojos en su pie envuelto en telas, empapado por el cieno del río y la sangre.

Podía ver que el sargento continuaba tirando de ella hacia el malecón. Otros dos infantes cubrían su retirada con unas ballestas extrañas, muy grandes. Pero no los seguía nadie, estaban muy ocupados muriendo bajo una espada de piedra en las manos desecadas de un t’lan imass, una criatura que recibía los puñetazos de una hechicería virulenta, pero seguía avanzando sin parar, matando, matando.

¿Qué estaba pasando? ¿De dónde habían salido los infantes? Vio otro, que forcejeaba con un prisionero, pero el hombre no estaba intentando escapar, solo seguir en pie.

Están borrachos, los dos… bueno, por esta noche creo que lo dejaré pasar.

Oh, T'amber…

Empezaban a rodearlos más figuras. Soldados ensangrentados. *Los perecederos.* Había gente gritando, la consejera lo veía, pero el rugido de su cabeza no amainaba y ahogaba todo lo demás. Levantó a medias un brazo y se quedó mirando su mano cubierta por un guantelete. *Mi espada, ¿dónde está mi espada?*

Da igual. Ahora duerme. Solo duerme.

Larva la llevó a un callejón donde yacía un cuerpo enroscado, sacudido por espasmos y emitiendo un gemido atroz. Al acercarse, Lostara lo reconoció. La angustia la invadió entera y se abalanzó, dejó atrás a Larva y cayó de rodillas.

Perla estaba cubierto de heridas, como si lo hubieran torturado de forma sistemática. Y el dolor lo estaba consumiendo.

—Oh, amor mío…

Larva habló tras ella.

—El veneno lo ha corroído, Lostara Yil. Debes quitarle la vida.

¿Qué?

—Pensó que estabas muerta —continuó el niño—. Había renunciado. A todo. Salvo a la venganza. Contra la consejera.

—¿Quién ha hecho esto?

—No te lo diré —dijo Larva—. Perla ansiaba venganza y la venganza acabó con él. Eso es todo.

Eso es todo.

—Mátalo ya, Lostara. No te ve ni te oye. Solo hay dolor. Son las arañas, ¿sabes? Respiran la sangre de sus víctimas, la necesitan abundante, de color rojo vivo. Así que el veneno no las suelta. Y luego está el ácido en el estómago, que se filtra y lo va royendo todo.

Aturdida, la espada roja sacó su cuchillo.

—Haz que pare el corazón.

Sí, ahí, detrás y por debajo del omóplato. Empuja con fuerza, trabaja los bordes. Sácalo, mira, el cuerpo se queda quieto, los músculos dejan de crisparse. Se acabó. Se ha ido.

—Ven, vamos, hay más. Rápido.

El niño echó a andar y ella se levantó y lo siguió. *Me has dejado. Estabas allí, en la fortaleza de Mock, pero yo no lo sabía. Tú no lo sabías.*

Pasaron junto a una masa revuelta de cadáveres. Garras. El callejón estaba lleno de ellas.

Más adelante, los muelles centrales, el claro…

Unas detonaciones repentinas que mecieron los edificios. Gritos.

En la boca del callejón, entre los almacenes, Larva se agachó y le indicó con un gesto que se pusiera a su lado.

La gente huía, los que todavía permanecían en pie, y eran muy pocos. Habían explotado al menos dos malditos en medio de la muchedumbre. Malditos y fulleros y allí un puñetero t'lan imass del Embozado que iba derribando a los últimos que quedaban a su alcance.

—Dioses —murmuró Lostara—, debe de haber un millar de muertos ahí fuera.

—Sí. Pero mira, tienes que ver esto. —Señaló a su derecha, cerca del río.

—¿Qué?

—Oh. —Larva estiró el brazo y posó una mano en el antebrazo femenino.

Y la escena pareció cambiar de algún modo, una nueva iluminación que se iba aglutinando alrededor de un único cuerpo, demasiado lejano para distinguir los detalles…

—Es T'amber —dijo Larva—. Solo tú y yo podemos verlo. Así que mira, Lostara. Mira.

El fulgor dorado se iba fundiendo, alzándose del cadáver. Un viento ligero sopló junto a Lostara y Larva, un viento conocido, impregnado del aroma de las hierbas de la sabana, cálidas y secas.

—Se quedó con nosotros mucho tiempo —susurró Larva —. Utilizó a T'amber. Mucho. No había elección. El Decimocuarto va a la guerra, y nosotros vamos con él. Tenemos que ir.

Una figura se alzaba medio agachada sobre el cuerpo. Cubierta de pelo, alta, una hembra. Sin ropa, sin ornamentos de ningún tipo.

Lostara vio que el t'lan imass, a treinta pasos o más de distancia, se volvía lentamente para contemplar la aparición. Y entonces, con una inclinación de la cabeza, el guerrero no muerto se hincó poco a poco sobre una rodilla.

—Creí que habías dicho que éramos los únicos que podían verlo, Larva.

—Me equivoqué. Ella tiene ese efecto.

—¿Quién… qué es?

—La eres'al. Lostara, jamás debes contárselo a la consejera. Nunca.

La capitana de las Espadas Rojas frunció el ceño.

—Otro maldito secreto que ocultarle.

—Solo esos dos —dijo Larva—. Puedes hacerlo.

Lostara miró el cuerpo.

—Dos, has dicho.

Larva asintió.

—Su hermana, sí. Ese y este. Dos secretos. Que nunca has de contar.

—Eso no será difícil —dijo Lostara mientras se erguía—. Yo no voy con ellos.

—Sí, sí que vas. ¡Mira! ¡Mira a la eres'al!

La extraña hembra estaba bajando la cabeza para mirar el cuerpo de T'amber.

—¿Qué está haciendo?

—Solo un beso. En la frente. Para dar las gracias.

La aparición se enderezó una vez más, pareció olisquear el aire y luego, en un contorno borroso, se desvaneció.

—¡Oh! —dijo Larva. Pero no añadió nada. En su lugar, cogió la mano de la mujer—. Lostara. La consejera ha perdido a T'amber. Tienes que ocupar ese lugar…

—Para mí se acabaron los amantes, hombres o mujeres…

—No, no eso. Solo… a su lado. Tienes que hacerlo. Ella no puede hacerlo sola.

—¿Hacer qué?

—Tenemos que irnos. No, por ahí no. A los muelles del Ratón…

—¡Larva… están zarpando!

—¡Eso da igual! ¡Vamos!

Olor a Muerto apartó a Violín de un empujón y se arrodilló junto al cuerpo de la consejera. Puso una mano sobre la frente tiznada y después la retiró de golpe.

—¡Por el aliento del Embozado! No me necesita. —Y se marchó sacudiendo al cabeza—. Maldita otataralita… Nunca lo entendí, lo que hace…

Tavore abrió los ojos. Se incorporó tras un momento con cierto esfuerzo, se sentó y después aceptó la mano que le

ofrecía Violín para ponerse en pie.

El Lobo de Espuma se iba alejando poco a poco del malecón. El Silanda se había distanciado todavía más, los remos barrían el agua y se deslizaban por la superficie.

La consejera parpadeó y miró a su alrededor, después se volvió hacia Violín.

—Sargento, ¿dónde está Botella?

—No lo sé. No llegó a volver. Y parece que también hemos perdido a Ben el Rápido. Y a Kalam.

Al oír el último nombre, la mujer se estremeció.

Pero Violín ya lo sabía. *La partida…*

—Consejera…

—Jamás he visto a un hombre luchar como él lo hizo —dijo la consejera—. Él y T'amber, los dos, abriéndose paso por una ciudad entera…

—Consejera. Tenemos señales de los otros barcos. ¿Adónde vamos?

Pero ella le dio la espalda.

—Botella… hemos fracasado, sargento. Debía sacar a alguien.

—¿A alguien? ¿A quién?

—Ya no importa. Hemos fracasado.

¿Todo esto? ¿Todos los caídos de esta noche… por una persona?

—Consejera, podemos esperar aquí, en la bahía, hasta el amanecer, enviar un destacamento a la ciudad a buscar…

—No. A las escoltas del almirante Nok se les ordenará que hundan los transportes, los perecederos intervendrán y morirán más. Debemos irnos.

—Pueden perseguirnos…

—Pero no nos encontrarán. El almirante me ha garantizado su incompetencia inminente.

—¿Así que les hacemos señal a los otros para que leven anclas e icen las velas?

—Sí.

Un grito de un miembro de la tripulación.

—¡Barco acercándose por estribor!

Violín siguió a la consejera a la baranda. Donde ya se encontraba el puño Keneb.

Un pequeño navío se aproximaba siguiendo un rumbo de interceptación. En la proa apareció un farol que destellaba.

—Tienen pasajeros que dejarnos —exclamó el vigía.

El barco se puso a la par con un crujido y el chirrido de los cascos. Se arrojaron maromas y se bajaron escalas de cuerda.

Violín asintió.

—Botella. —Después frunció el ceño—. Creí que usted había dicho una persona, el muy imbécil se ha traído a una maldita veintena con él.

El primero en trepar a la baranda, sin embargo, fue Larva.

Una sonrisa radiante.

—Hola, padre —dijo el niño cuando Keneb estiró los brazos, lo cogió y lo dejó en cubierta—. He traído a la capitán Lostara Yil. Y Botella ha traído a un montón de gente…

Un desconocido trepó a bordo y aterrizó con ligereza en la cubierta, hizo una pausa con las manos en las caderas y miró a su alrededor.

—Un maldito desastre —dijo.

En cuanto habló, Violín se adelantó un paso.

—Cartheron Costra. Pensé que estabas…

—Aquí no hay nadie con ese nombre —rezongó el hombre y apoyó una mano en el mango del cuchillo que le sobresalía del cinturón.

Violín retrocedió un paso.

Fueron llegando más figuras, desconocidos todos y cada uno: el primero, un hombre enorme, la expresión ilegible, cauta, y en la frente tenía cicatrices y antiguos verdugones que Violín reconoció. Estaba a punto de hablar cuando Costra (que no era Costra) abrió la boca.

—Consejera Tavore, ¿no? Bueno, le voy a cobrar dieciséis imperiales de oro por traer a esta chusma de idiotas a su barco.

—Muy bien.

—Pues vaya a buscarlo, porque no nos vamos a quedar en este puñetero puerto más tiempo del imprescindible.

Tavore se volvió hacia Keneb.

—Puño, diríjase al cofre de pagas de la legión y saque doscientos imperiales de oro.

—Dije dieciséis…

—Doscientos —repitió la consejera.

Keneb se fue abajo.

—Capitán —empezó a decir la consejera, después se quedó callada.

Las figuras que estaba trepando a bordo eran, todas y cada una, altas y de piel negra. Una, una mujer, se puso muy cerca del hombre de las cicatrices, y fue la que miró a la consejera.

Y la que le habló en un tosco malazano.

—Mi marido lleva esperándola mucho tiempo. Pero no crea que voy a dejar que se lo lleve sin más. Lo que ha de venir nos pertenece, a los tiste andii, tanto o incluso más de lo que les pertenece a ustedes.

Tras un momento, la consejera asintió y después se inclinó.

—Bienvenidos a bordo, entonces, tiste andii.

Tres formas negras pequeñas se subieron a la barandilla y después treparon a las jarcias.

—Dioses del inframundo —murmuró Violín—. Nachts. Odio a esos bichos…

—Míos —dijo el desconocido de las cicatrices.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Tavore.

—Asimismo. Y esta es mi esposa, Sandalath Drukorlat. Sí, un nombre complicado y más que complicada…

—Calla, esposo.

Violín vio que Botella intentaba escabullirse por un lado y echó a andar tras el soldado.

—Tú.

Botella hizo una mueca y se volvió.

—Sargento.

—En el nombre del Embozado, ¿se puede saber cómo encontraste a Cartheron Costra?

—¿Ese Costra? Bueno, yo solo seguí a mi rata. No había forma de que pudiéramos atravesar la batalla de la explanada, así que nos buscamos un barco…

—Pero ¿Cartheron Costra?

Botella se encogió de hombros.

Keneb había reaparecido y Violín vio que la consejera y Costra discutían, pero no oyó el intercambio. Tras un momento, Costra asintió y cogió el pequeño cofre de monedas. La consejera se fue a proa.

Donde se encontraban Nada y Menos.

—¿Sargento?

—Vete a descansar un poco, Botella.

—Sí, gracias, sargento.

Violín se acercó por detrás a la consejera para escuchar la conversación.

Tavore estaba hablando.

—… pogromo. Los wickanos de vuestra tierra os necesitan a los dos. Y a Temul. Por desgracia, no podréis llevaros los caballos, el barco del capitán no es lo bastante grande, pero

podemos embarcar a todos los wickanos. Por favor, preparaos y, por todo lo que habéis hecho por mí, gracias a los dos.

Nada fue el primero en bajar a la cubierta central. Menos lo siguió un momento más tarde, pero se dirigió a Botella, que se había derrumbado en el suelo y permanecía sentado con la espalda apoyada en la barandilla. La chica bajó los ojos y lo miró, furiosa, hasta que algún instinto advirtió al soldado, que abrió los ojos y la miró.

—Cuando hayas acabado —dijo Menos—, vuelve.

Después se fue. Botella se la quedó mirando con una expresión perpleja en la cara.

Violín se dio la vuelta. *Cabrón con suerte.*

O no.

Subió al castillo de proa y contempló la ciudad de Malaz. Algún incendio que otro, humo y el hedor de la muerte.

Kalam Mekhar, amigo mío.

Hasta siempre.

La pérdida de sangre, por irónico que fuera, era lo que lo había mantenido con vida. Sangre y veneno, chorreándole de las heridas mientras se tambaleaba, casi ciego del dolor que le estallaba en los músculos, el martilleo del corazón le ensordecía el cráneo.

Y continuó abriéndose camino como pudo. Un paso, después otro, doblándose cuando el dolor lo atenazaba de repente, atroz en su intensidad antes de aliviarse una fracción, lo suficiente para dejarlo coger aire y obligarse a poner un pie delante del otro de nuevo. Y luego otro.

Llegó a una esquina y luchó por levantar la cabeza. Pero el fuego le consumía los ojos y no distinguía nada del mundo que había más allá. Hasta allí… por puro instinto,

siguiendo un mapa que tenía en la cabeza, un mapa que el dolor había hecho trizas.

Estaba cerca. Lo notaba.

Kalam Mekhar extendió un brazo para apoyarse en un muro, pero no había muro y se cayó, se derrumbó con un ruido seco sobre los adoquines, donde, incapaz de evitarlo, sus miembros se encogieron y se enroscó alrededor de una agonía hirviente que lo azotaba.

Perdido. Debería haber habido un muro, una esquina, allí mismo. Su mapa le había fallado. Y ya era demasiado tarde. Podía sentir cómo se le morían las piernas. Los brazos, la columna una lanza de fuego fundido.

Sintió una sien que reposaba en la piedra dura, húmeda.

Bueno, morirse era morirse. El arte del asesino siempre se vuelve contra el que lo empuña. Nada en el mundo podía ser más justo, más adecuado…

A diez pasos de distancia, Tronosombrío enseñó los dientes.

—Levántate, idiota. Ya casi estás. ¡Levántate!

Pero el cuerpo no se movió.

Con un siseo de furia, el dios se adelantó. Un gesto y los tres espectros de sombra que llevaba detrás se precipitaron y se reunieron alrededor de la forma inmóvil de Kalam Mekhar.

—Está muerto —dijo uno con voz áspera.

Tronosombrío lanzó un gruñido, apartó a sus sirvientes de un empujón y se agachó.

—Todavía no —dijo tras un momento—. Pero, oh, qué cerca está. —Se echó hacia atrás un paso—. ¡Cogedlo, malditos estúpidos! ¡Vamos a arrastrarlo!

—¿Vamos? —preguntó uno.

—Cuidado —murmuró el dios. Después observó cuando los espectros estiraron los brazos, cogieron los miembros y levantaron al asesino—. Bien, ahora seguidme, y rápido.

Hasta la verja, la barrera chirrió cuando Tronosombrío la empujó.

Por el sendero tosco, las piedras torcidas y los matojos de hierba muerta.

Montículos a ambos lados, los montecillos empezaban a humear. ¿La llegada del amanecer? Para nada. No, los que había en el interior… lo percibían. El dios se permitió una pequeña carcajada seca. Después hundió la cabeza cuando se le escapó más alta de lo que había pretendido.

Se acercaron a la puerta principal.

Tronosombrío se detuvo, se acercó todo lo que pudo a uno de los lados del camino y les hizo un gesto a los espectros para que siguieran.

—¡Rápido! ¡Dejadlo ahí, en el umbral! Oh, y toma, coge sus cuchillos largos. Eso, enváinalos, sí. Y ahora, todos, salid de aquí, ¡y no os apartéis del camino, gusanos descerebrados! ¿A quién pretendéis despertar?

Otro paso, más cerca de esa puerta oscura, perlada de rocío. Levantó el bastón. Un único golpe con la cabeza de plata.

Después el dios se dio la vuelta y se apresuró a bajar por el camino.

Llegó a la verja y se giró en redondo cuando se abrió la puerta con un gemido.

Una enorme figura con armadura llenó el portal y miró abajo.

—¡Cógelo, zoquete! —susurró Tronosombrío—. Cógelo.

Con una lentitud exasperante, el enorme guardián de la Casa de Muerte bajó los brazos, agarró al asesino por el cogote y cruzó el umbral arrastrándolo.

El dios, agachado junto a la verja, observó los pies de Kalam, que desaparecían en la penumbra.

Después la puerta se cerró con un portazo.

¿A tiempo?

—No hay forma de saberlo. No durante un tiempo… vaya, la colección de Tronosombrío es de lo más impresionante, ¿no? —Se dio la vuelta y vio que sus espectros huían calle abajo y que la puerta de una taberna cercana se abría con un ruido atronador.

El dios hizo una mueca y se agachó todavía más.

—Oh-oh, hora de irse, creo.

Un torbellino de sombras y Tronosombrío había desaparecido.

El sargento mayor Diente Bravo se acercó a la entrada del establecimiento de Gallera. No había amanecido todavía. Y la maldita noche se había quedado tranquila como una tumba. Se estremeció como si acabara de cruzarse en el camino de algún viejo fantasma que pasara, invisible, pero que se detuviera para lanzarle una mirada ávida.

La puerta de Gallera se abrió y se cerró, con fuerza, objeto de cierta cólera, y Diente Bravo frenó el paso.

Una monstruosidad con armadura apareció por los escalones.

Diente Bravo parpadeó, después gruñó por lo bajo y se acercó.

—Noches, Temple.

El yelmo se volvió hacia él, como si lo distrajera la repentina presencia del sargento mayor.

—Diente Bravo.

—¿Qué te hace salir?

Temple pareció olisquear el aire y después le echó un vistazo a la vieja Casa de Muerte. Un encogimiento de hombros que tintineó un poco cuando contestó.

—Pensé dar un paseo.

Diente Bravo asintió.

—Ya veo que te has vestido para ello.

Los dos hombres se apartaron cuando una mujer salió de un callejón cercano, pasó a su lado, bajó por las escaleras y se perdió en el buche de la posada de Gallera.

—Eso son andares y lo demás tonterías —murmuró el sargento mayor con tono apreciativo. Pero la atención de Temple estaba fija en los adoquines y Diente Bravo bajó la vista.

La mujer había dejado huellas. De color rojo oscuro.

—Bueno, Temple. Supongo que no podemos esperar que eso sea barro, ¿verdad?

—Me parece que no, Bravo.

—Bueno, creo que me voy a plantar donde Gallera. ¿Has terminado con tu paseo?

Una última mirada a la Casa de Muerte y después el hombretón asintió.

—Eso parece.

Los dos bajaron a los tenebrosos confines del Colgado.

Un huésped propicio se había escondido en el establecimiento de Gallera esa noche. El puño Aragan, que había ocupado el reservado más alejado de la puerta, en la esquina más oscura, donde se sentó solo, acunando un jarro de cerveza mientras fuera tañía campanada tras campanada entre un coro lejano, y a veces no tan lejano, de caos desenfrenado.

No fue el único en levantar los ojos y clavar la mirada admirativa en la desconocida mujer kanesiana morena que entró momentos antes del amanecer. La observó por debajo de unas cejas que ensombrecían su mirada cuando la mujer se dirigió a la barra y ordenó vino de arroz kanesiano, lo que obligó a Gallera a escabullirse en una búsqueda desesperada antes de salir con una polvorienta botella de cristal ambarino que ya en sí misma valía una pequeña fortuna.

Momentos después, Temple (cargado con un montón de armadura arcaica) entró en la taberna seguido por el sargento mayor Diente Bravo. Aragan se encogió más en su asiento y desvió la mirada.

Esa noche no quería compañía.

Llevaba desde el atardecer batallando contra un dolor de cabeza y creía que lo había vencido, pero de repente regresó el martilleo en el cráneo, redoblado en intensidad, y se le escapó un pequeño gemido.

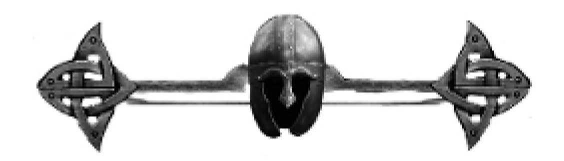
Diente Bravo intentó hablar con la mujer, pero se encontró con la punta de un cuchillo apoyado bajo un ojo en agradecimiento a sus esfuerzos; después, la mujer pagó por la botella entera, pidió una habitación arriba y subió. Totalmente sola. Y nadie la siguió.

El sargento mayor lanzó un juramento, se limpió el sudor de la cara y después reclamó su cerveza con un rugido.

Extraños tejemanejes en el local de Gallera, pero, como siempre, el vino y la cerveza pronto enturbiaron las aguas. En cuanto al amanecer que iba cobrando vida fuera, bueno, eso pertenecía a otro mundo, ¿no?

.

24



Coged aire,
respirad hondo,
y ahora no lo soltéis, amigos míos,
aguantad con fuerza,
pues el mundo,
el mundo se ahoga.

—Wu

Había muchas caras en el caos, en el reino entre los reinos, y ese camino que habían tomado, reflexionó Taralack Veed, era en verdad horrendo. Árboles sin hojas se alzaban aquí y allá, ramas con extremos rotos que iban girando poco a poco con el viento gélido e intermitente, jirones de humo que flotaban por el paisaje inhóspito de barro y, por todas partes, cadáveres. Envueltos en arcilla, los miembros sobresaliendo del suelo, formas apiñadas endurecidas y medio sumergidas.

A lo lejos se vio el destello de hechicería, señales de una batalla que todavía no había concluido, pero el lugar por

donde caminaban carecía de vida; el silencio, como una mortaja lo envolvía todo; los únicos sonidos, trémulos y cercanos, el sollozo de las botas al desprenderse del cieno gris, el crujido de armas y armaduras y alguna que otra maldición en voz baja, tanto en letherii como en edur.

Días de esa locura, de ese recordatorio brutal de lo que era posible, del modo en que las cosas podían ir resbalando, sin parar, hasta que los guerreros luchaban movidos por un sinsentido y las vidas se escapaban y llenaban charcos de barro, carne fría que cedía bajo los pies.

Y nosotros marchamos a nuestra propia batalla, fingiendo indiferencia ante todo lo que nos rodea. Taralack no era idiota. Había nacido en una tribu que la mayoría llamaba primitiva, atrasada. Castas de guerreros, cultos de sangre y venganzas incesantes. Los gral carecían de sofisticación, los empujaban deseos superficiales y convicciones sin base. Devotos de la violencia. Pero ¿acaso no había sabiduría en imponer reglas para mantener la locura a raya, para no ir nunca demasiado lejos en el derramamiento de sangre?

Taralack Veed se dio cuenta entonces de que había absorbido parte de las costumbres civilizadas; como una fiebre provocada por agua contaminada, sus pensamientos se habían tergiversado con sueños de aniquilación, un clan entero, había querido ver muerta a cada persona, a ser posible por su propia mano. Hombre, mujer, niño, infante. Y después, en cierta medida de templanza moderada, había imaginado un torbellino menor de masacre, una que le proporcionara suficientes parientes sobre los que pudiera gobernar, sin oposición alguna, libre para hacer con ellos lo que le placiese. Sería el macho alfa en todo su apogeo, al mando con solo una mirada, demostrando con un simple gesto su dominio absoluto.

Nada de aquello tenía sentido ya.

Más adelante, el guerrero edur Ahlrada Ahn dio el alto para descansar, Taralack Veed se hundió contra el muro inclinado, empapado, de una trinchera y se quedó mirándose las piernas, que parecían terminar justo bajo las rodillas, el resto invisible bajo un charco opaco de agua que reflejaba el fango gris del cielo.

El tiste edur de piel oscura regresó siguiendo la fila y se detuvo delante del gral y el guerrero jhag que iba detrás.

—Sathbaro Rangar dice que estamos cerca —dijo—. Abrirá pronto la puerta; de todos modos ya nos hemos quedado más de lo debido en este reino.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Taralack.

—No deberían vernos aquí, sus habitantes. Es cierto que seríamos como apariciones para ellos, fantasmas, una simple fila más de soldados que marchan penosamente. Con todo, que se presenciara eso podría crear… ondas.

—¿Ondas?

Ahlrada Ahn sacudió la cabeza.

—Yo tampoco lo entiendo bien, pero nuestro hechicero insiste. Este reino es como el Naciente, abrir camino es como buscarse la desolación. —Hizo una pausa y después dijo—: He visto el Naciente.

Taralack Veed vio continuar al edur, que se detenía de vez en cuando para hablar con un edur o un letherii.

—Manda con honor —dijo Icarium.

—Es un idiota —dijo el gral por lo bajo.

—Eres duro en tus juicios, Taralack Veed.

—Juega al engaño, asesino, y los convence a todos, pero a mí no. ¿Es que no lo ves? Es diferente de los otros.

—Lo siento —dijo Icarium—, pero yo no veo lo que tú. Diferente, ¿cómo?

Taralack Veed se encogió de hombros.

—Se aclara la piel. Huelo el compuesto que utiliza, me recuerda a las flores gothar que mi pueblo emplea para blanquear la piel de ciervo.

—Se aclara… —Icarium se irguió con lentitud y miró atrás. Después suspiró—. Sí, ahora lo veo. He sido descuidado…

—Has estado perdido dentro de ti mismo, amigo mío.

—Sí.

—Eso no sirve de nada. Debes prepararte, debes permanecer alerta, asesino…

—No me llames eso.

—Eso también está en tu interior, esa resistencia a la verdad. Sí, es una verdad dura, pero solo un cobarde no se enfrentaría a ella, solo un cobarde le daría la espalda y fingiría una falsedad más reconfortante. Una cobardía indigna de ti.

—Quizá no, Taralack Veed. Creo que soy de verdad un cobarde. Y sin embargo, ese es el menor de mis crímenes, si todo lo que dices de mí es cierto…

—¿Dudas de mí?

—No siento avidez en mi interior —dijo el jhag—. No hay sed de matar. Y todo lo que me achacas, todo lo que dices que he hecho… Yo no recuerdo nada.

—Esa es la naturaleza de tu maldición, amigo mío. Ojalá pudiera confesar, aquí y ahora, que te he engañado. Ha habido cambios en mi alma, y ahora siento como si estuviéramos atrapados, condenados a nuestro destino. Te conozco ahora mejor que nunca y me aflijo por ti, Icarium.

Los ojos de color gris pálido lo miraron.

—Me has dicho que hemos viajado juntos mucho tiempo, que ya hemos hecho antes estos viajes del espíritu. Y has sido fiero en tu celo, en tu deseo de verme… desatado.

Taralack Veed, si llevamos juntos tanto tiempo… lo que dices ahora no tiene ningún sentido.

El sudor le escoció al gral bajo las ropas y apartó la mirada.

—Afirmas que Ahlrada Ahn es el que engaña entre nosotros. Quizá hace falta un embustero para conocer a otro.

—Palabras desagradables salen de tu boca, amigo mío…

—Ya no creo que seamos amigos. Sospecho que eres mi cuidador y que yo no soy más que tu arma. Y ahora pronuncias palabras de duda como si hirieran, como si a través de la incertidumbre mutua pudiéramos acercarnos más el uno al otro. Pero yo no daré ese paso, Taralack Veed, salvo para retroceder, para alejarme de ti.

Malnacido. Ha fingido no ser consciente de nada. Pero en todo momento ha escuchado, ha observado. Y ahora se acerca a la verdad. El arma es inteligente, he tenido poco cuidado, me han invitado a ser desdeñoso y si mis palabras fueran armas, olvidé que este jhag sabe defenderse solo, que posee siglos de armadura.

Levantó la cabeza cuando Ahlrada Ahn pasó junto a ellos sin prisa, rumbo a la cabeza de la columna.

—Pronto —les recordó el guerrero.

El viaje se reanudó.

El capitán Varat Taun, segundo de la atri-preda Yan Tovis, Crepúsculo, les hizo un gesto a los arqueros letherii para que avanzaran. Escupió en el suelo en un esfuerzo por quitarse el sabor del barro de la boca, pero era inútil. Habían liberado la hechicería de las Fortalezas en oleadas chispeantes de aniquilación, el aire hedía a ella, en el viento podía oír los ecos de diez mil soldados muriendo, y el barro que tenía en

la lengua era el de la carne pulverizada, entreverada por fragmentos de hueso.

Pero quizá no todo fuera malo, quizá hubiera una cierta medida que proporcionaba perspectiva. Pues, por lúgubre que se hubiera hecho el Imperio Letherii bajo el gobierno de los tiste edur, bueno, todavía había colinas verdes, granjas, y cielo azul sobre sus cabezas. Los niños todavía nacían del seno de sus madres y fluían lágrimas de alegría por mejillas cálidas y suaves, los ojos rebosantes de amor… *Ah, mi querida esposa, estos recuerdos tuyos son lo único que me mantiene en pie, lo único que me conserva cuerdo. Tú y nuestra preciosa hija. Os veré otra vez. Lo prometo. Quizá pronto.*

Ahlrada Ahn estaba, una vez más, a la cabeza de la columna. Pobre hombre. Sus rasgos faciales lo traicionaban casi de inmediato a ojos de un soldado procedente de Rosazul como Varat Taun. Un impostor, ¿por qué engañar así? *Supervivencia, quizá. Eso y nada más.* Pero él les había oído a los esclavos letherii que servían a los tiste edur que había una antigua enemistad entre los edur y los tiste andii, y si los edur se enteraban de la existencia de los enclaves ocultos en Rosazul, de sus odiados parientes de piel oscura, bueno…

Así que Ahlrada Ahn estaba allí, entre ellos. Un espía. Varat Taun le deseaba lo mejor. La Orden del Ónice habían sido gobernantes benignos, después de todo, claro que bajo las circunstancias actuales, el pasado era una invitación al idealismo romántico.

Incluso teniendo eso en cuenta, no podría haber sido peor que ahora.

Aguardaba otra batalla sin sentido. Más letherii muertos. Ansiaba el respeto de Crepúsculo y ese puesto podía resultar ser la prueba definitiva. ¿Podría Varat ser un buen

comandante? ¿Podría demostrar que poseía ese delicado equilibrio entre la ferocidad y la precaución? *Ah, pero he aprendido con el mejor comandante de los ejércitos letherii desde el preda Unnutal Hebaz, ¿no es cierto?*

Un pensamiento que solo pareció redoblar la presión que sentía.

La trinchera por la que habían estado avanzando desembocaba en una llanura de barro, la superficie consumida por cascos de caballos, ruedas de carro y los cráteres de las detonaciones de hechicería. El hedor a carne podrida flotaba como una bruma. Se veían, aquí y allá, lápidas, ladeadas o rotas, y había madera astillada (negra por la podredumbre empapada), y finos huesos blancos entre los muertos todavía revestidos de carne.

A una media legua de distancia corría un risco, es posible que una calzada elevada, y se veían figuras en una fila desigual que marchaba hacia la batalla distante, con picas a la espalda.

—¡Rápido! —siseó Sathbaro Rangar mientras avanzaba cojeando—. No saquéis la cabeza, reuníos, ¡no, ahí! ¡Agachaos, idiotas! ¡Tenemos que irnos!

Steth y Aystar, hermano y hermana que habían compartido recuerdos de dolor, manos y pies clavados a la madera, cuervos posados en sus rostros arrancándoles los ojos, pesadillas terribles, conjuros de imaginaciones fértiles, decía su madre, Minala, se arrastraron por la penumbra de la fisura, el suelo rocoso bajo ellos resbaladizo, afilado, traicionero.

Ninguno de los dos había luchado todavía, aunque ambos proclamaban su celo, pero eran todavía demasiado jóvenes, o eso había decidido madre. Pero Steth tenía diez años de

edad y Aystar, su hermana, nueve; lucían la armadura de la Compañía de Sombra y armas en los cinturones, y se habían entrenado con los demás, con tanto esfuerzo y diligencia como cualquiera de ellos. Y allí delante, en algún sitio, estaba su centinela favorito protegiendo el pasaje. Iban a acercarse con todo sigilo a él y a sorprenderlo, su juego favorito.

Agachados, se acercaron adonde solía ponerse.

Y entonces una voz áspera habló a su izquierda.

—Vosotros dos hacéis mucho ruido al respirar.

Aystar lanzó un chillido de frustración y se levantó de un salto.

—¡Es Steth! ¡Yo no respiro nada! ¡Soy como tú! —La niña avanzó sobre el pesado t'lan imass que le daba la espalda al muro de la fisura. Se abalanzó hacia él y le rodeó la cintura con los brazos.

La mirada vacía, oscura, de Onrack se posó en ella. Después, la mano marchita que no sostenía la espada se alzó y le dio unos golpecitos cuidadosos en la cabeza.

—Ahora estás respirando —dijo el guerrero.

—Y tú hueles a polvo y cosas peores.

Steth dio dos pasos por delante de la posición de Onrack y se encaramó a un gran canto rodado, guiñó los ojos para mirar la penumbra que había más allá.

—Hoy vi una rata —dijo—. Le disparé dos flechas. Una se acercó mucho. Muchísimo.

—Baja de ahí —dijo el t'lan imass mientras se desprendía de los brazos de Aystar—. Podrían ver tu silueta.

—Ya no va a venir nadie, Onrack —dijo el niño, que se giró cuando se acercó el guerrero no muerto—. Se han rendido, éramos demasiado peligrosos para ellos. Madre estaba hablando de irnos…

La flecha lo alcanzó en un lado de la cabeza, en plena sien, atravesó el hueso y giró al niño, las piernas se deslizaron por un lado de la roca y luego, rodando y sin fuerzas, Steth cayó al suelo.

Aystar empezó a chillar, un lamento penetrante que resonó por toda la fisura cuando Onrack la metió de un empujón detrás de él.

—Corre —le dijo—. Vuelve, no te separes del muro. Corre.

Sisearon más flechas por toda la fisura, dos de ellas se clavaron en Onrack con unas bocanadas de polvo. Se las quitó, las dejó caer al suelo y avanzó a grandes zancadas cogiendo la espada con las dos manos.

El rostro de Minala tenía un aspecto envejecido, demacrado tras días y noches de miedo y preocupación, la presión despiadada de esperar, de contemplar a sus hijos adoptados, fila tras fila, y no ver más que soldados que habían aprendido a matar, que habían aprendido a ver morir a sus camaradas.

Todo para defender un trono vacío.

Trull Sengar comprendía la burla absurda de esa postura. Un fantasma había reclamado el primer trono, una criatura de sombras tan desvanecida de ese mundo que hasta los t'lan imass no muertos parecían hinchados y excesivos a su lado. Un fantasma, un dios, el trazo de una telaraña fina como una gasa de deseos, posesión e intenciones nefarias, eso era lo que había reclamado la sede de poder que dominaba a todos los t'lan imass, y pretendía que la defendieran, que impidieran el paso a los intrusos.

Allí fuera, en algún lugar, había t'lan imass rotos que intentaban usurpar el primer trono, tomar su poder y regalárselo al dios Tullido, a la fuerza que en ese momento

encadenaba a todos los tiste edur. El dios Tullido, que le había dado a Rhulad una espada atravesada por una maldición terrible. Pero para esa criatura caída, un ejército de edur no era suficiente. Un ejército de letherii no era suficiente. No, quería a los t'lan imass.

Y nosotros queríamos detenerlo, a ese dios Tullido. Este pequeño y patético ejército nuestro.

Onrack había prometido cólera en la batalla que terminaría llegando. Pero Trull sabía que la rabia no bastaría, ni tampoco lo que sentía él mismo: desesperación. Ni el terror duro de Minala, ni, empezaba a creer, la insensibilidad estólida de Monok Ochem e Ibra Gholan, eso también estaba condenado a fracasar. *Menuda colección formamos.*

Apartó la mirada de Minala y volvió los ojos hacia donde se encontraba Monok Ochem, inmóvil ante la entrada arqueada que llevaba al salón del trono. El invocahuesos no se había movido en al menos tres ciclos de sueño y vigilia. Las pieles coronadas de plata que le rodeaban los hombros rielaban de manera vaga bajo la luz del farol. Y entonces, cuando Trull estudió la figura, vio que la cabeza se ladeaba un poco.

Bueno…

El chillido de un niño resonó por el pasaje y puso en pie a Trull Sengar. Tenía la lanza apoyada contra un muro, la cogió de golpe y se precipitó hacia los gritos.

Aystar apareció de repente con los brazos levantados y la cara un contorno desdibujado blanco.

—¡Steth está muerto! ¡Lo han matado! Está muerto…

Minala se interpuso en el camino de la niña, la envolvió en un abrazo fiero y se giró en redondo.

—¡Panek! ¡Reúne a los soldados!

La segunda línea de defensa, a medio camino entre la posición de Onrack y el campamento principal, la

encabezaba Ibra Gholan; el t’lan imass se volvió cuando se acercó Trull Sengar.

—Onrack lucha —dijo Ibra Gholan— para ralentizar su avance. Esta vez hay demasiados tiste edur. Y humanos. Hay un chamán entre ellos, un edur que empuña un poder caótico. Esta vez, Trull Sengar, pretenden tomar el primer trono.

Se empezaban a oír sonidos de lucha. Onrack, solo contra una masa de los compatriotas de Trull. *Y un puto hechicero.*

—¡Que Monok Ochem suba aquí! Si ese hechicero decide desatar una oleada de hechicería, estamos acabados.

—Quizá lo estés tú…

—¡No lo entiendes, saco de huesos! ¡Hechicería caótica! ¡Tenemos que matar a ese cabrón! —Trull avanzó y dejó allí a Ibra Gholan.

Ahlrada Ahn vio caer a tres de sus guerreros bajo la enorme espada de piedra del t’lan imass, el cabrón no muerto no había retrocedido ni un solo paso del estrecho embudo de aquel pasaje. Ahlrada Ahn se volvió hacia Sathbaro Rangar.

—¡Tenemos que hacer retroceder a esa cosa! ¡No se cansará, puede mantener esa posición para siempre!

Taralack Veed se abrió camino hasta ellos.

—¡Envíe a Icarium contra él!

—El jhag está vacío —dijo el hechicero con todo desdeñoso—. Retira a tus guerreros, Ahlrada Ahn. Y que esos letherii dejen de disparar sus flechas, no quiero terminar con un astil perdido en la espalda. —Sathbaro Rangar echó a andar.

Ahlrada Ahn vio una figura que se acercaba por detrás del t’lan imass, una figura que empuñaba una lanza, era alto, iba oculto en sombras y sin embargo… una silueta

conocida, el movimiento fluido, vio una flecha que pasaba siseando junto al hombro del no muerto y después vio que el mango de la lanza la apartaba de un golpe.

No. No puede ser. Me equivoco.

—¡Sathbaro!

El t'lan imass se retiró de repente de su posición y retrocedió hacia la oscuridad, después él y la otra figura se alejaron, subieron por el pasaje…

Sathbaro Rangar se acercó cojeando al embudo, el poder se iba acumulando a su alrededor, una oleada que se alzaba con una franja de plata que parpadeaba con destellos argénteos. La piedra húmeda de las paredes de la fisura empezó a chasquear, un extraño sonido de percusión cuando el agua estallaba convertida en vapor. Una gran cortina de piedra cerca del portal estrechado se exfolió de repente, se derrumbó con un estallido y se hizo pedazos contra el suelo.

La hechicería subió todavía más, se llenó más, se fue extendiendo por los lados y luego por encima de la cabeza de Sathbaro, una oleada vertical de poder que crujía y siseaba como un millar de serpientes.

Ahlrada Ahn avanzó.

—¡Sathbaro! ¡Espera!

Pero el hechicero no le hizo caso y, con un rugido, la oleada hirviente de magia se precipitó contra el embudo y abrió un camino abrasador por el canal…

… donde de repente se hizo pedazos.

La conmoción empujó a Ahlrada Ahn tres pasos hacia atrás, una oleada de calor lo golpeó como un puño.

Sathbaro Rangar chilló.

Cuando algo enorme apareció en el embudo, los hombros encorvados se abrieron paso por la abertura. Demacrado por la no muerte, su piel era un mapa moteado de gris y negro,

un manto de piel erizada coronada de plata le rodeaba el cuello y le bajaba por los hombros; la criatura salió del embudo y se precipitó apoyada en los nudillos y en los pies que parecían manos, directamente hacia Sathbaro Rangar.

Ahlrada Ahn gritó una advertencia…

Demasiado tarde, la bestia estiró los brazos y rodeó con unas manos enormes al hechicero, lo levantó por el aire, le arrancó un brazo, después el otro, la sangre goteó cuando la aparición le dio la vuelta a Sathbaro, que no dejaba de chillar, y mordió el cogote del edur, los enormes caninos se hundieron hasta el fondo. Cuando las mandíbulas se cerraron de golpe, la cabeza del demonio no muerto se echó hacia atrás y tiró del cuello; la columna de Sathbaro salió como la cadena de un ancla y se agitó ensangrentada en el aire…

La bestia arrojó a un lado el cadáver y avanzó hacia Ahlrada Ahn.

Icarium se encontraba junto al cadáver de un niño, se quedó mirando los fluidos que se filtraban del cráneo roto, los ojos vidriados y la boca medio abierta. El jhag permanecía allí como si hubiera echado raíces, temblando.

Taralack Veed estaba ante él.

—Ahora, asesino. ¡Ahora es el momento!

—No hace falta —murmuró Icarium—. No hay necesidad de esto.

—Escúchame…

—Cállate. No mataré niños. No toleraré esto…

Un estallido de hechicería más adelante, la conmoción llegó a ellos rodando y los hizo tambalearse a los dos. Gritos, después chillidos. Y un gruñido bestial. Aullidos, lamentos

de horror de los letherii y los edur, y luego el sonido del miedo.

—¡Icarium! ¡Un demonio ha caído sobre nosotros! ¡Un demonio! No un niño, nada de niños, ¿lo ves? Debes actuar, ¡ahora! ¡Muéstraselo! ¡Enséñales a los edur lo que hay en tu interior!

Taralack le tiraba del brazo. Icarium frunció el ceño y permitió que lo arrastrara entre una masa de edur acobardados. *No, yo no quiero esto,* pero podía sentir el martilleo de sus corazones, que se alzaba como tambores de guerra con canciones de fuego…

El hedor a sangre derramada y desechos y los dos guerreros llegaron a tiempo de presenciar la muerte salvaje de Sathbaro Rangar.

Fue entonces cuando el soletaken cargó, y Ahlrada Ahn, el valiente guerrero que intentaba proteger a sus soldados, se interpuso en el camino de la criatura.

Icarium se encontró en la mano derecha su espada de un solo filo (no recordaba haberla desenvainado), pero estaba avanzando, cada movimiento parecía improbablemente lento, inconexo, estiró el brazo, cogió al tiste edur y lo lanzó hacia atrás como si no pesara más que un trapo colgado; y después el jhag fue a encontrarse con el simio no muerto.

Lo vio retroceder de repente.

Otro paso adelante, un extraño tarareo llenaba el cráneo de Icarium, la bestia retrocedió todavía más hasta meterse en el embudo y luego seguir más allá, donde giró en redondo y huyó pasaje arriba.

Icarium se tambaleó, jadeó, levantó una mano de golpe y se apoyó en un borde del portal estrechado, sintió la superficie quebradiza bajo la palma de su mano. La misteriosa canción de su mente se desvaneció…

Y entonces los edur pasaron abalanzándose junto a él, atravesaron la brecha a toda velocidad. Y una vez más, allí delante, los sonidos de la batalla. El hierro duro entrechocando, el aroma a hechicería desaparecido…

Tras el embudo, Ahlrada Ahn vio ante él un ensanchamiento de la fisura y allí, en una línea irregular de al menos tres de profundidad, había soldados de algún tipo, las armas vacilando en sus manos, los rostros pálidos y manchados bajo los yelmos. *Que las Hermanas me lleven, ¡son tan jóvenes! ¿Qué es esto? ¡Son niños los que se enfrentan a nosotros!*

Y entonces vio a los dos t'lan imass y entre ellos una figura alta de piel gris. *No. No, no puede ser, lo dejamos, lo…*

Un grito de guerra salvaje de Kholb Harat, del que se hizo eco casi de inmediato Saur Bathrada.

—¡Trull Sengar! ¡El traidor está ante nosotros!

—¡Eres mío!

A pesar de la audaz afirmación de Saur, tanto él como Kholb se abalanzaron juntos sobre Trull Sengar.

Los restantes edur se dispersaron, se arrojaron sobre aquella línea de niños y las dos fuerzas chocaron en una cacofonía de armas y escudos que resonaban. Gritos de dolor y rabia rebotaron en las machacadas paredes de piedra.

Y Ahlrada Ahn se quedó allí, paralizado, observándolo todo sin poder creerlo.

Trull Sengar libró una defensa frenética con su lanza contra las armas que le lanzaban estocadas y cuchilladas en manos de Saur y Kholb. Lo estaban obligando a retroceder, y

Ahlrada Ahn vio, entendió, que Trull estaba intentando proteger a esos niños, a los que tenía tras él…

Gritos edur, los dos t'lan imass estaban avanzando en contraataque, uno a cada lado, y parecía que nada podía detenerlos.

Pero él continuó allí, sin moverse y después, con un grito brutal, ronco, se abalanzó de un salto.

Trull Sengar conocía a esos dos guerreros. Podía ver el odio en sus ojos, sentía su furia en el peso de sus golpes cuando intentaban vencer a golpes su defensa, no podría resistir mucho más tiempo. Y cuando cayera, supo que esos lastimosos niños soldado tendrían que enfrentarse cara a cara con aquellos asesinos edur.

¿Dónde estaba la aptoriana? ¿Por qué contenía Minala al demonio, qué más podía asaltarlos?

Otra persona estaba gritando su nombre entre la masa de edur. Un nombre pronunciado, no con rabia sino con angustia, pero Trull no tenía tiempo de mirar, no tenía tiempo siquiera de preguntarse. Kholb le había lanzado una cuchillada a la muñeca izquierda y le había abierto la carne en canal, la sangre le chorreaba por el antebrazo y se filtraba por la mano que sostenía el mango de la lanza.

No queda mucho. Han mejorado, los dos…

Entonces vio un alfanje merude que se metía con una estocada por detrás de Kholb y le asestaba un golpe al guerrero en todo el cuello, y se lo atravesaba… la cabeza de Kholb Harat rodó de lado y cayó. El cuerpo vaciló un instante y después se derrumbó.

Una maldición gruñida de Saur Bathrada, que giró en redondo, lanzó una estocada baja y su espada se enterró en el muslo derecho del recién llegado…

Trull se abalanzó y hundió la punta de la lanza en la frente de Saur, justo bajo el borde del yelmo. Y vio, con horror, que cuando la cabeza cayó de golpe hacia atrás los dos ojos del guerrero saltaban de las cuencas como si solo los sujetaran unas cuerdas.

Trull arrancó el arma, un edur tropezó con él tambaleándose, entre jadeos.

—¡Trull! ¡Trull Sengar!

—¿Ahlrada?

El guerrero se giró y levantó los dos alfanjes.

—¡Lucho a tu lado, Trull! ¡Quiero compensar… por favor, te lo ruego!

¿Compensar?

—No lo entiendo… pero no dudo. Bienvenido…

Un sonido iba creciendo en la cabeza de Trull, parecía asaltarlo desde todas direcciones. Vio un niño a su izquierda que se llevaba de golpe las manos a los oídos, después otro…

—¡Trull Sengar! ¡Es el jhag! ¡Que las Hermanas nos lleven, ahí viene!

¿Quién? ¿Qué?

¿Qué es ese sonido?

Onrack el Fracturado vio al jhag, sintió el poder que crecía en la figura que avanzaba tambaleándose como si estuviera borracho, y el t'lan imass se interpuso en su camino. *¿Es este su líder? Sangre jaghut, sí. Oh, cómo se alza de nuevo la antigua amargura y la furia…*

El jhag se irguió de repente, levantó la espada y el gemido agudo brotó con una fuerza física que hizo retroceder a Onrack como un puñetazo, y el t'lan imass vio, al fin, los ojos del jhag.

Inexpresivos, carentes de vida, pero luego parecieron iluminarse, de inmediato, con una rabia pavorosa.

El guerrero alto y oliváceo se abalanzó sobre él, el arma destellaba con una velocidad cegadora.

Onrack atrapó esa hoja con su espada y respondió con una estocada alta con la intención de cortarle la cabeza al jhag, y por imposible que pareciera, la espada de este estaba allí, de repente, para encontrarse con la suya, con una fuerza que hizo tambalearse al t'lan imass. Una mano lanzó un puñetazo, alcanzó al guerrero no muerto en el pecho y lo alzó del suelo de roca…

Un choque devastador contra un muro, costillas que se astillaron. Onrack se fue deslizando y quedó de pie, después se agachó para recuperar la compostura antes de abalanzarse una vez más…

El jhag pasaba de largo, directo hacia la primera línea de los jóvenes soldados de Minala, el gemido agudo ya era ensordecedor…

Onrack chocó con el mestizo, hueso endurecido y el peso de una mula tras la fuerza que se estrelló como un martillo contra la cintura del jhag.

El t'lan imass se vio arrojado hacia atrás y se estrelló contra el suelo.

Su objetivo también se había tambaleado, Onrack lo vio enseñar los dientes cuando se giró en redondo y, con una velocidad deslumbrante, cayó sobre el guerrero no muerto antes de que pudiera levantarse siquiera. Esa mano libre se abalanzó de golpe, los dedos penetraron en la piel gruesa, desecada, rodearon el esternón, levantaron a Onrack por el aire y lo arrojaron contra el muro una vez más, y en esa ocasión con una fuerza que hizo pedazos tanto el hueso como el flanco de piedra de la fisura.

Onrack se derrumbó en un montón, entre fragmentos de roca, y no se movió.

Pero al jhag el esfuerzo lo había descolocado por completo y en ese momento se enfrentaba a una masa de tiste edur y letherii.

Trull Sengar vio a la monstruosidad de piel verde (que había estrellado a Onrack contra un muro como si fuera un simple saco de melones) meterse de golpe entre los edur que se apiñaban tras él y dar comienzo a una terrible matanza.

El gemido agudo fue subiendo cada vez más y trajo con él un torbellino de cabriolas de viento de poder puro. Cada vez mayor (desollando la piel de los edur y letherii que tenía más cerca), había llegado una pesadilla que rugía una promesa de aniquilación. Trull se quedó mirando, sin poder creérselo, la sangre brotaba por el aire en una bruma pavorosa a medida que caían los cuerpos (dos, tres a la vez, luego cuatro, cinco); los guerreros parecían fundirse, desaparecer, derrumbarse, girados por impactos salvajes…

Una mano manchada lo cogió por el antebrazo izquierdo y le dio la vuelta. Y entre el terrible lamento agudo:

—Trull, ahora moriremos, todos, pero te he encontrado. Trull Sengar, lo siento, por el ritual, el Pelado, por todo… todo lo demás…

Minala se acercó tropezando.

—¿Dónde está Monok Ochem? —preguntó, y escupió sangre, una lanza se le había clavado en el pecho, justo debajo de la clavícula derecha, y en su rostro había una palidez mortal—. ¿Dónde está el invocahuesos?

Trull señaló a su espalda, a la entrada del salón del trono.

—Se metió ahí, como un perro con un cuchillo clavado… —Y entonces se quedó mirando, Ibra Gholan se encontraba

ante ese arco, como si esperara.

Y de súbito las palabras fueron imposibles y los hizo retroceder un viento furioso que giraba, golpeaba, tan fuerte que levantaba a los niños muertos por el aire, convertidos en un torbellino de miembros agitados. El jhag permanecía allí, de pie, a veinte pasos de distancia, entre los montones de cadáveres, y tras él, Trull empezó a ver que rielaba una puerta; vacilaba como si se sacudiera, como si estuviera suelta, sin anclar al suelo de roca, parecía acercarse milímetro a milímetro, como si la empujara una tormenta de poder. Tras ella había un túnel que parecía girar y revelaba destellos de un inmenso campo de la muerte, y después, en el centro y a una distancia imposible, algo parecido a un barco que se mecía en un mar picado.

Minala se había tambaleado junto a él, había rodeado poco a poco a Ibra Gholan y había desaparecido en el interior del salón del trono…

El jhag, luz plateada llameando en sus ojos, se dio media vuelta…

Y se inclinó hacia delante con unas enormes zancadas forzadas, como si su propia carne y sus huesos se hubieran convertido en impedimentos para la furia que brotaba en su interior, y se acercó con paso firme.

Que los espíritus me bendigan… Trull se abalanzó al encuentro con la aparición.

La espada pareció caer sobre él desde todas partes a la vez. Trull no tuvo oportunidad de contraatacar, el mango de la lanza resonaba, saltaba en sus manos con cada golpe que apartaba con movimientos desesperados…

Y entonces Ahlrada Ahn atacó por la derecha del jhag, dos choques a la velocidad del rayo cuando la solitaria espada de un solo filo apartó a golpes los dos alfanjes merude y después lamió la piel y la sangre estalló en el

pecho de Ahlrada Ahn, un impacto lo bastante fuerte como para alzar al guerrero del suelo y hacerle dar una voltereta completa, el cuerpo surcando el vacío, arrojado por el viento y perdiendo cortinas carmesíes por el aire.

El jhag redobló su ataque contra Trull, el gemido agudo estallaba en su boca como un lamento de indignación. El movimiento desdibujado de la espada, los bloqueos que sacudían los huesos, uno tras otro, y el jhag seguía sin poder pasar.

Casi enterrado bajo cuerpos de los que se filtraban toda clase de líquidos, Varat Taun yacía inmóvil, un ojo clavado en la batalla entre las dos figuras, Icarium y un tiste edur; no podía durar, contra el jhag nadie podía durar, pero el hombre que empuñaba la lanza resistía, desafiante, desplegaba una habilidad tan profunda, tan absoluta, que el letherii se encontró incapaz de coger aire siquiera.

Tras el tiste edur, los niños retrocedían hacia una puerta tallada con tosquedad en el vértice del túnel de la sima.

La tormenta se había convertido en un torbellino que rodeaba a las dos figuras que batallaban. Dioses, se movían tan rápido que el ojo de Varat no podía seguirlos, pero al fin la lanza empezó a astillarse entre el frenesí de paradas…

Varat Taun oyó un llanto muy cerca, desvió la mirada unos milímetros y vio a Taralack Veed acurrucado contra un muro, encogido y sollozando de terror. Había estado arañando la piedra como si buscara un modo de escapar y las vetas ensangrentadas brillaban en la roca enrejada. *Tú querías esto, cabrón. Ahora vive con ello.*

Otro ruido de astillas rotas lo hizo volver la vista y advirtió que la lanza se había hecho pedazos. El edur se arrojó hacia atrás y, de algún modo, consiguió evitar una

estocada lateral de la espada que lo habría decapitado. Icarium avanzó con un rugido para acabar con su enemigo y luego, de repente, se agachó, giró y se arrojó a un lado…

Fue entonces cuando un demonio del color de la medianoche salió como un torbellino de entre las sombras, la cabeza con su enorme buche sobre el cuello sinuoso se disparó y las mandíbulas se cerraron sobre el hombro derecho de Icarium, la única pata delantera rasgó con unas garras enormes el pecho entero del jhag, le bajó por las costillas en busca de la carne blanda del vientre. El demonio se alzó y levantó al jhag por los aires…

Pero a la espada de un solo filo no había forma de rechazarla, lanzaba estocadas y atravesaba el cuello del demonio. Sangre negra que chorreó cuando el enorme corpachón se derrumbó de lado, las piernas se agitaron de forma espasmódica. Icarium aterrizó agachado y después luchó por soltarse de esas mandíbulas que le atenazaban el hombro.

Más allá de Icarium, los tiste edur estaban arrastrando el cuerpo de Ahlrada Ahn, se retiraban hacia el arco.

No tiene sentido. No tiene ningún sentido, en cuanto se libere…

El rugido del viento raspaba el muro de piedra, llenaba el aire cargado de sangre de trozos resplandecientes de granito. Las grietas recorrían la piedra en una red enloquecida, el rugido de la tormenta fue aumentando y, de pronto, el tímpano izquierdo de Varat se hizo pedazos en un estallido de agonía.

Tambaleándose, los antebrazos convertidos en jirones ensangrentados de carne desollada, Trull tiró de Ahlrada Ahn

para acercarlo al portal. Ibra Gholan ya no hacía guardia, de hecho el edur no vio a nadie, nadie en absoluto.

¿Han huido? ¿Entregado el trono? Por favor, Hermanas, por favor. Que escapen, que salgan de aquí, lejos de todo esto…

Llegó a la entrada y vio, justo en el interior, a Ibra Gholan; el guerrero le daba la espalda a Trull, de cara al primer trono… No, entendió Trull, de cara a lo que quedaba de Monok Ochem. La tormenta de viento hechicera debía de haberse metido a toda velocidad en la cámara con un poder que el invocahuesos no había podido soportar, el t'lan imass se había visto arrojado hacia atrás y había chocado contra el lado derecho del trono, donde, según vio Trull con un horror creciente, Monok Ochem se había fundido. Fusionado, destruido y retorcido como si su cuerpo se hubiera derretido en el primer trono. Apenas era visible la mitad de la cara del invocahuesos, un ojo rodeado por su cuenca agrietada, hundida.

A ambos lados y contra el muro se agazapaban los pocos y lastimosos chiquillos que seguían vivos, Panek arrodillado junto a la forma echada e inmóvil de Minala, que yacía en un charco de sangre que se iba extendiendo poco a poco.

Ibra Gholan se volvió cuando Trull entró en la cámara arrastrando a Ahlrada.

—Monok Ochem ha fracasado —entonó el guerrero no muerto—. Apártate del portal, Trull Sengar. Ahora iré yo al encuentro del Robavida.

Trull tiró de su amigo hasta un lado, se arrodilló y posó una mano en la frente salpicada de Ahlrada Ahn. Para su sorpresa, los ojos se abrieron con un parpadeo.

—Ahlrada…

El guerrero moribundo intentó hablar, abrió la boca, que se le llenó de burbujas de sangre. Una tos salvaje roció esta

en la cara de Trull y solo dos palabras surgieron vacilantes un momento antes de que Ahlrada Ahn muriera.

Solo dos palabras.

—A casa.

Ibra Gholan salió sin prisas para encontrarse con aquel al que él llamaba Robavida. A cuatro pasos del jhag, que por fin había conseguido arrancarse de las letales fauces de la aptoriana, el t'lan imass cargó.

Piedra y hierro, chispas en el corazón de los vientos rugientes, y en esos vientos giraban fragmentos de carne, astillas de hueso, mechones de pelo empapado y trozos de armadura.

Trull recogió una lanza de entre las armas repartidas por el suelo y cojeó hasta colocarse en la entrada.

El ataque de Ibra Gholan había hecho retroceder un paso al jhag, luego otro…

Un crujido duro y el t'lan imass se tambaleó, la espada de pedernal se hizo pedazos. El arma de Robavida bajó dando vueltas, atravesó el hombro izquierdo del guerrero no muerto, otro corte seco, costillas que estallan, trozos atrapados en el viento… Ibra Gholan se tambaleó hacia atrás…

Y la espada impactó contra un lado de la cabeza del guerrero.

El cráneo explotó convertido en una masa de fragmentos…

Otro giro desgarró el cuerpo, justo por encima de la cadera, lo atravesó entero, se metió en la columna y salió por el otro lado, partió al t'lan imass en dos. Cuatro golpes más antes de que lo que quedaba del guerrero no muerto

pudiera alcanzar siquiera el suelo. Los fragmentos de hueso giraban en todas direcciones.

Robavida echó la cabeza hacia atrás y rugió. El sonido lanzó a Trull al suelo y le arrebató todo el aire de los pulmones; se quedó mirando, impotente, cuando la monstruosidad dio un paso hacia él, luego otro.

Un destello, un desgarro sólido del aire y una figura se interpuso con un tropezón, como salida de la nada, en el camino del jhag. Una figura que siseó: «¡Maldito seas, Tronosombrío!». Trull la vio levantar la vista, abarcar la aparición que se acercaba, conseguir dar un único paso hacia atrás y después, cuando el jhag alzó la espada, la figura hizo estallar un ataque de hechicería, una oleada cegadora, y cuando se disipó, el viento bajaba a toda velocidad, con el chillido de un hada de la muerte por el accidentado pasillo… Y Robavida no estaba por ninguna parte.

Varat Taun observó a Icarium aniquilar al t'lan imass y vio una vez más al tiste edur solitario preparar una lanza momentos antes de que ese rugido de triunfo derribara al guerrero.

El capitán vio que una puerta se abría ante Icarium, vio la magia que se desataba; Varat Taun se agachó como si quisiera meterse entre más cuerpos cuando la conmoción que provocó el estallido de la hechicería al golpear al jhag agitó la misma piedra (el suelo, las paredes), y en un instante, en un destello momentáneo, vio que Icarium salía dando vueltas por el aire, hacia él, y luego le pasaba por encima y seguía avanzando, y el viento furioso se

precipitaba tras la estela del jhag solo para regresar con una fuerza renovada.

Varat sintió los cuerpos empapados que lo rodeaban sacudirse y clavarse al suelo cuando Icarium volvió a pasar sin prisa por encima de los muertos, se inclinó hacia delante y alzó su espada una vez más.

El ágil ceda de piel oscura vio acercarse al jhag y liberó otra andanada atronadora de magia…

E Icarium salió volando hacia atrás…

Los vientos de la tormenta parecieron retorcerse como presa de una rabia desquiciada. Aullaban, desgarraban las paredes de piedra, arrancaban trozos enormes. Los cuerpos de los caídos salían por los aires, la carne se desprendía de los huesos, los huesos se afinaban y después se partían, las armas salían volando y se marchitaban hasta desaparecer.

Y Trull Sengar, de rodillas, observaba al desconocido que machacaba a Robavida. Una y otra vez, cada detonación temblorosa volvía a aporrear al jhag por los aires, lo hacía dar vueltas agitando brazos y piernas, golpeando alguna lejana obstrucción con unos impactos profundos que lo hacían temblar.

Y luego, cada vez, el terrible asesino volvía a ponerse en pie y avanzaba con paso firme una vez más.

Solo para recibir otro golpe más.

En el intervalo que siguió al último, el desconocido se volvió, vio a Trull Sengar y le gritó en malazano.

—En el nombre del Embozado, ¿se puede saber quién eres?

Trull parpadeó y sacudió la cabeza.

Esa no es la pregunta. ¿Quién Embozado eres tú?

Robavida rugió y se acercó con esfuerzo, y esa vez resistió el estallido de hechicería, que no lo hizo retroceder más que unos cuantos pasos, y cuando la llamarada salvaje se desvaneció, sacudió la cabeza y levantó la espada. Y avanzó otra vez.

Otra erupción, pero el jhag se inclinó contra ella…

Y Trull vio que el mago sufría una sacudida, como si le hubieran dado un puñetazo. La piel se partió en el dorso de las manos del hombre, brotó la sangre.

Robavida dio un paso atrás y después se abalanzó de nuevo.

Y el mago pareció medio desvanecerse en una bruma de sangre, arrojado hacia atrás, tropezando y luego, con un gruñido, recuperando otra vez el equilibrio…

A tiempo para el siguiente asalto del jhag.

Trull se encontró con que el mago se había detenido con un resbalón justo delante de él. No había piel visible que no estuviera envuelta en sangre. Las lesiones desfiguraban cada miembro, la cara, el cuello; los ojos eran de un rojo profundo y derramaban lágrimas carmesíes. Alzó una mano temblorosa y con los labios desgarrados, el mago pareció sonreír cuando habló.

—Yo me largo. Todo tuyo, edur, y diles a Tronosombrío y Cotillion que los estaré esperando al otro lado de la puerta del Embozado.

Trull levantó la mirada, después se irguió y preparó su lanza.

Los ojos de Robavida llameaban y, en esa incandescencia, Trull creyó ver reconocimiento. *Sí, yo otra vez.*

De inmediato el rugido del viento vaciló, pareció rasgarse y enviar fragmentos de detritos volando contra los muros… y había calor, un calor tibio, sofocante que fluía por detrás del

jhag, que levantó la espada y se acercó con pasos titubeantes…

Varat Taun se abrió paso con las manos entre los cadáveres y sintió que se deshacía la tormenta. Se quedó sin aliento cuando pareció surgir un fulgor dorado que impregnó el aire, y en ese fulgor había calidez, vida.

Un movimiento furtivo a su izquierda, giró la cabeza: una figura, cubierta de pelo, como si vistiera una piel marrón muy ceñida, no, desnuda, una mujer, no, una hembra, no era humana en absoluto. Y sin embargo…

Medio agachada, se movía con agilidad, sinuosa, llena de inquietud; se acercó a Icarium por detrás cuando el jhag echó a andar hacia el solitario tiste edur.

Y entonces, un movimiento rápido, Icarium lo oyó y empezó a darse la vuelta, pero ella ya había estirado el brazo, una mano de dedos largos, sin armas, solo la estiraba, y Varat Taun vio las puntas de los dedos rozar a Icarium justo por encima de la cadera derecha, el más ligero de los toques…

Y el asesino se derrumbó en el suelo.

Tras Varat, un grito sin palabras, el letherii se estremeció cuando alguien pasó a la carrera junto a él, Taralack Veed…

La hembra inhumana se había agachado junto a la forma caída de Icarium. Acariciaba con suavidad la frente del asesino; el fulgor ámbar comenzaba a desvanecerse y, al ir desapareciendo, la propia hembra comenzó a perder definición y después se disolvió en una luz dorada que parpadeó y se apagó.

Taralack Veed giró la cabeza y se encontró con los ojos de Varat.

—¡Ayúdame! —siseó.

—¿A hacer qué? —preguntó el letherii.

—La puerta que tienes detrás, ¡se desvanece! ¡Tenemos que arrastrar a Icarium y meterlo otra vez! ¡Tenemos que sacarlo de aquí!

—¿Estás loco?

La cara del gral se crispó.

—¿No lo entiendes? Icarium… ¡es para vuestro emperador!

Un escalofrío repentino se llevó los últimos vestigios de esa calidez curativa y, después, un diluvio de emociones que le escaldó la mente. Varat Taun se levantó como pudo y fue a reunirse con Taralack Veed.

Para Rhulad. Dioses. Sí, ahora lo veo. Sí. Para Rhulad, incluso Rhulad, incluso esa espada. Sí, lo veo, ¡lo veo!

La entrada al salón del trono volvía a estar vacía, el tiste edur había metido al ceda en el santuario de esa cámara; esa era su oportunidad, Taralack y él fueron a cargar con la forma postrada de Icarium.

El gral recogió la espada, la envainó bajo su cinturón, y sujetó un brazo.

—Coge el otro —ordenó con un siseo—. ¡Date prisa! Antes de que se den cuenta, ¡antes de que esa maldita puerta se cierre con un portazo!

Varat se hizo con el otro brazo y empezaron a arrastrar a Icarium.

El fluido resbaladizo de lo que había bajo el jhag lo hizo más fácil de lo esperado.

Arrodillado, Trull Sengar limpió la sangre de la cara del mago, con cuidado, con dulzura, alrededor de los ojos cerrados. Tras el arco, un silencio profundo. En el interior de la cámara, los sonidos de sollozos, apagados, indefensos.

—¿Vivirá?

El tiste edur se sobresaltó y levantó la cabeza.

—Cotillion. Dijiste que enviarías ayuda. ¿Es él?

El dios asintió.

—No bastó.

—Lo sé.

—¿Y a quién habrías enviado a continuación?

—Iba a venir yo, Trull Sengar.

Ah. Bajó la cabeza y miró al mago inconsciente.

—La eres'al… hizo lo que nadie más pudo.

—Eso parece.

—Imprevista, su llegada, supongo.

—De lo más inesperada, Trull. Es una pena, no obstante, que su poder de sanación no penetrara en esta cámara.

El tiste edur frunció el ceño y luego volvió a levantar la cabeza para mirar al dios.

—¿A qué te refieres?

Cotillion fue incapaz de mirarlo a los ojos.

—Onrack. Se acaba de levantar. Curado, más o menos. Creo que ella lo compadece…

—¿Y quién se compadece de nosotros? —preguntó Trull. Giró la cabeza y escupió sangre.

No hubo respuesta del dios.

El tiste edur se derrumbó y quedó sentado en una postura descuidada.

—Lo siento, Cotillion. No sé si te merecías eso. Supongo que no.

—Ha sido una noche azarosa —dijo el dios. Después suspiró—. Así es la convergencia. Te lo pregunté antes, ¿vivirá Ben el Rápido?

Ben el Rápido. Trull asintió.

—Creo que sí. Ha dejado de sangrar.

—He llamado a Tronosombrío. Habrá sanación.

Trull Sengar miró hacia donde Panek estaba sentado junto a su madre *(una de sus madres*).

—Será mejor que Tronosombrío se dé prisa, antes de que esos niños se queden huérfanos una vez más.

Un ruido en el portal, algo raspaba el suelo, y Onrack apareció arrastrando los pies.

—Trull Sengar.

Asintió y consiguió esbozar una sonrisa entrecortada.

—Onrack. Parece que tú y yo estamos malditos y debemos continuar nuestra patética existencia un poco más.

—Me complace.

Nadie habló durante un momento, después lo hizo el t'lan imass.

—Robavida se ha ido. Se lo han llevado otra vez a través de la puerta.

Cotillion lanzó un siseo de frustración.

—¡Esos malditos sin nombre! No aprenden nunca, ¿verdad?

Trull se había quedado mirando a Onrack.

—¿Llevado? ¡Vive! ¿Por qué… cómo? ¿Llevado?

Pero fue el dios el que respondió.

—Icarium, Robavida, es su mejor arma, Trull Sengar. Los sin nombre pretenden arrojarlo contra tu hermano, el emperador de Lether.

Cuando la comprensión atravesó el aturdimiento del cansancio, Trull cerró los ojos poco a poco. *Oh, no, por favor…*

—Entiendo. ¿Qué ocurrirá entonces, Cotillion?

—No lo sé. No lo sabe nadie. Ni siquiera los sin nombre, aunque, en su arrogancia, jamás lo admitirían.

Llamó su atención entonces un chillidito de Panek, y allí estaba Tronosombrío, agachado sobre Minala y poniéndole una mano en la frente.

Trull volvió a escupir, tenía el interior de la boca lacerada, después rezongó y miró a Cotillion con los ojos guiñados.

—No volveré a luchar aquí otra vez —dijo—. Ni Onrack, ni estos niños, Cotillion, por favor…

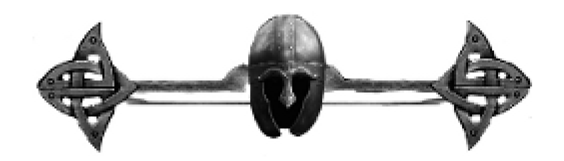
El dios le dio la espalda.

—Por supuesto que no, Trull Sengar.

Trull observó a Cotillion atravesar el arco y la mirada del tiste edur se posó una vez más en el cuerpo de Ahlrada Ahn. Cuando Tronosombrío se acercó a Ben el Rápido, Trull se puso en pie y se dirigió adonde yacía su amigo. *Ahlrada Ahn. No te entiendo, jamás te he entendido, pero te lo agradezco de todos modos. Te lo agradezco…*

Fue hasta la entrada, miró fuera y vio a Cotillion, al patrón de los Asesinos, el dios, sobre un saliente de piedra que se había desprendido de un muro, sentado, solo, con la cabeza enterrada en las manos.

Epílogo



En un viaje por los yermos encontré un dios
arrodillado que metía las manos en la arena
una y otra vez, cada vez las levantaba
y observaba los granos inertes filtrarse entre sus dedos.
Desmonté de mi agotado caballo, me acerqué
junto a esta aparición y sus manos polvorientas
y observé durante un rato los ciclos de su movimiento,
cuando al fin el dios alzó la vista, en los ojos un ruego.

—¿Dónde —preguntó este dios— están mis hijos?

Los creyentes perdidos
—Pescador

La fuerza acre, después el entumecimiento bendito del humo en sus pulmones, que se liberó poco a poco cuando Scillara se acercó para apoyarse en la barandilla junto a Navaja.

—Pareces muy lejos —dijo ella mientras examinaba los mares interminables.

Él suspiró y después asintió.

—Pensando en ella, ¿verdad? ¿Cómo decías que se llamaba?

—Apsalar.

Scillara sonrió sobre todo para sí, dio otra bocanada y observó salir el humo en un torbellino que le surgía de los orificios de la nariz y los labios fruncidos, tres chorros que se convertían en uno.

—Háblame de ella.

Navaja miró por encima de un hombro, y Scillara, para ser sociable, hizo lo mismo. Barathol estaba en la popa, Chaur sentado casi a los pies del enorme herrero. No se veía por ninguna parte a Iskaral Pust ni a Mogora, seguramente estarían abajo, en el camarote, discutiendo por los misteriosos ingredientes de la cena. La mula negra había desaparecido días antes, era probable que hubiera caído por la borda, aunque Iskaral solo se limitaba a sonreír cuando le preguntaban.

Mappo estaba en la proa, agachado, las rodillas levantadas. Se mecía y lloraba. Llevaba así desde por la mañana y nadie parecía ser capaz de hablar con él para averiguar qué era lo que lo afligía.

Navaja se volvió y se quedó mirando los mares. Scillara hizo lo mismo, encantada, y siguió fumando su pipa.

—Estaba recordando —dijo el daru—. Después de la gran fiesta en Darujhistan hubo otra, más pequeña, para celebrar la retirada de los intereses malazanos… de momento. En fin, fue en la finca de Coll, justo antes de irnos de la ciudad. Dioses del inframundo, parece que fue hace tanto tiempo…

—Acababais de conoceros, entonces.

—Sí. Bueno, había música. Y Apsalar… bailó. —Navaja miró a la mujer—. Su baile fue tan hermoso, todas las conversaciones se detuvieron, todo el mundo la contemplaba. —Navaja sacudió la cabeza—. Yo ni siquiera podía respirar, Scillara…

Y el tuyo es un amor que no morirá.

Está bien.

—Un buen recuerdo, Navaja. Aférrate a él. Yo… yo nunca supe bailar bien, a menos que estuviera borracha o me hubieran ablandado de alguna otra manera.

—¿Echas de menos esos días, Scillara?

—No. Así es más divertido.

—¿Así cómo?

—Bueno, verás, ahora no echo nada de menos. Ni una sola cosa. Es muy… satisfactorio.

—¿Sabes, Scillara? Envidio de verdad tu felicidad.

Ella le sonrió una vez más, un simple gesto para el que necesitó toda su voluntad, toda su fuerza. *Así sea.*

—Creo… —dijo Navaja—, creo que necesito yacer en tus brazos ahora mismo, Scillara.

Por las razones equivocadas. Pero es lo que hay; en este puñetero mundo del Embozado, merece la pena coger lo que puedas. Todo lo que puedas.

Tres chorros.

En uno.

Karsa Orlong se volvió cuando Samar Dev se acercó y se acomodó a su lado, una galerna fiera se afanaba en pulir la superficie de las olas en el mar; el martilleo contra el casco era incesante, como si unos espíritus impacientes intentaran romper la nave en mil pedazos.

—Bueno, mujer, ¿qué te tiene tan nerviosa?

—Ha ocurrido algo —dijo ella—. Trae, dame un poco de ese manto de piel, estoy congelada.

Él le dio la piel de oso.

—Cógela.

—Bendigo tu martirio, Karsa Orlong.

—Un esfuerzo desperdiciado —respondió él con voz profunda—. No seré mártir de nadie, ni siquiera de los dioses.

—Solo es una forma de hablar, zoquete cabezón. Pero escucha, ha ocurrido algo. Ha habido un asalto. Cientos de guerreros edur y auxiliares letherii. Y otro paladín.

—De esos hay de sobra en esta flota —rezongó Karsa.

—Pero solo regresaron ese paladín y su sirviente. Y un letherii. El resto fue masacrado.

—¿Dónde fue esa batalla? No hemos visto ningún otro barco.

—Por una senda, Karsa Orlong. En cualquier caso, oí el nombre de ese paladín. Y por eso tienes que escucharme. Tenemos que bajarnos de este jodido barco; si en algún momento tenemos tierra a la vista entre este lugar y ese imperio, deberíamos tirarnos por la borda. ¿Dijiste que estaba nerviosa? Te equivocas. Estoy aterrada.

—¿Y quién es ese paladín tan aterrador?

—Se llama Icarium. El asesino…

—¿Cuyo sirviente es un trell?

Samar frunció el ceño.

—No, un gral. ¿Conoces a Icarium? ¿Sabes las horrendas leyendas que lo rodean?

—Yo no sé nada de leyendas, Samar Dev. Pero luchamos una vez, Icarium y yo. Me interrumpieron antes de que pudiera matarlo.

—Karsa…

Pero el toblakai estaba sonriendo.

—Tus palabras me complacen, mujer. Así que me enfrentaré a él de nuevo.

Ella se lo quedó mirando en la penumbra de la bodega, pero no dijo nada.

En otro barco de la flota, Taralack Veed estaba acurrucado en la bodega, de regreso en el casco inclinado y sudoroso; lo sacudían los temblores.

Icarium permanecía junto a él, en pie, y estaba hablando.

—… difícil de entender. Antes, los letherii hablaban de mí con aparente desdén, así que, ¿qué ha cambiado? Ahora veo veneración y esperanza en sus ojos, su deferencia me desconcierta, Taralack Veed.

—Vete —murmuró el gral—. No estoy bien. Déjame.

—Me temo que lo que te aflige no es físico, amigo mío. Por favor, sube a cubierta, respira hondo este aire vivificante, te aliviará, estoy convencido de ello.

—No.

Icarium se agachó poco a poco hasta que sus ojos grises estuvieron al mismo nivel que la mirada beligerante de Taralack.

—Me desperté esta mañana más fresco, más esperanzado que nunca, siento la verdad de esa afirmación. Una calidez, en lo más hondo de mi interior, suave y cordial. Y no ha disminuido desde entonces. No lo comprendo, amigo mío…

—Entonces —dijo el gral con voz áspera, amarga y venenosa—, debo decírtelo una vez más. Quién eres, lo que eres. Debo decírtelo, prepararte para lo que debes hacer. No me dejas alternativa.

—No hace falta —dijo Icarium en tono suave, estiró una mano y la apoyó en el hombro de Taralack Veed.

—¡Idiota! —siseó el gral, y se retorció para desprenderse de aquel roce—. Al contrario que tú —le escupió—, ¡yo recuerdo!

Icarium se irguió y bajó la cabeza para mirar a su viejo amigo.

—No hace falta —dijo otra vez, después le dio la espalda.

No lo entiendes.

No hace falta.

Se encontraba en la torre más alta de la fortaleza de Mock, los ojos inexpresivos puestos en el caos de la ciudad. Los barcos de la consejera estaban saliendo del puerto, rumbo a las aguas no iluminadas de la bahía.

A su derecha, a menos de tres zancadas de distancia, estaba la fisura que le daba al otro lado de la plataforma una inclinación alarmante. La grieta era reciente, no más de un año de antigüedad, y bajaba por todo el torreón hasta las bodegas; las reparaciones de los ingenieros parecían esporádicas, bordeando la incompetencia. El viejo corazón del Imperio de Malaz estaba herido y él no esperaba que sobreviviera mucho más.

Tras un rato sintió una presencia tras él, pero no se volvió.

—Emperador —dijo en su voz queda—, ha pasado mucho tiempo, ¿verdad?

El susurro de Tronosombrío le llegó como una caricia escalofriante.

—¿Has de hacerlo así, Tayschrenn? Todas y cada una de las veces. —Un bufido suave, la voz acercándose y continuando—. Has dejado que te encerraran. Otra vez. Me desquicias.

—Habéis tenido una noche muy ocupada —comentó el mago supremo imperial.

—Ah, ¿has percibido mis… actividades? Pues claro que lo has hecho. Así que no estás tan encerrado como pudiera parecer.

—Procuro —dijo Tayschrenn— hacerme con una perspectiva lo más amplia posible. —Hizo una pausa y después añadió—: Al igual que vos. —Miró la mancha insustancial de oscuridad que tenía a su lado—. Vuestro nuevo papel no os habría cambiado tanto, sospecho.

—Intrigaste con Ben el Rápido y Kalam —dijo Tronosombrío—. Viajaste hasta Siete Ciudades para hacerlo, pero ¿qué han logrado tus planes? La emperatriz en arenas movedizas, un sacerdote jhistal anadeando sin estorbos por los pasillos del poder, la Garra infiltrada y diezmada y mis leales wickanos atacados; pero dime una cosa, Tayschrenn, ¿podrías haber predicho la respuesta de D'rek a la traición de los sacerdotes y sacerdotisas?

—¿Traición?

—¡D'rek asesinó a los tuyos! ¡En cada templo!

El mago supremo se quedó callado durante una docena de latidos mientras el dios que tenía a su lado se iba agitando cada vez más.

—Hace un año —dijo después Tayschrenn— un viejo amigo mío partió apresurado de aquí, salió navegando rumbo al Gran Templo de D'rek de Kartool.

—¿Lo sabías?

Tayschrenn esbozó una media sonrisa.

—El barco que alquiló era mío. Por desgracia, él no era consciente de ese detalle.

—¡Lo sabía! —siseó Tronosombrío—. ¡Jamás dejaste el culto!

—El Gusano del Otoño es el heraldo de la muerte, y la muerte nos llega a todos. Es decir, nos llega a los mortales.

¿Cómo se puede dejar de aceptar eso? ¿Qué sentido tendría?

—¡Este Imperio era mío! ¡No de D’rek! ¡No tuyo!

—Emperador, vuestra paranoia siempre me inquietó más que vuestra codicia. En cualquier caso, ahora gobierna Laseen… de momento. A menos —miró con los ojos entornados al dios— que estéis planeando un regreso triunfante…

—¿Para salvarlos a todos de sí mismos? Creo que no. El odio es la mala hierba más perniciosa del mundo… sobre todo cuando las personas como tú no hacen nada.

—Cada jardín que he cuidado está muerto o invadido por las malas hierbas, emperador.

—¿Por qué aceptaste ser la taba afeitada en la manga de Ben el Rápido, Tayschrenn?

El mago supremo parpadeó, sorprendido.

—¿Y por qué no acudió a ti cuando lo envié a esa pesadilla?

—Me habría decepcionado mucho, desde luego —dijo Tayschrenn poco a poco— si me hubiera llamado tan pronto. Como ya he dicho antes, emperador, me atengo a la visión a largo plazo en los asuntos de este reino.

—¿Por qué no te mató D’rek?

—Lo intentó.

—¿Qué?

—La convencí para que no lo hiciera.

—¡Que el Abismo me lleve, cómo te odio!

—Hasta los dioses deben aprender a controlar su genio —dijo Tayschrenn—, no sea que den mal ejemplo.

—¿Le dijiste eso a D’rek?

—Os lo estoy diciendo a vos, Tronosombrío.

—¡Mi genio está bien! Estoy en absoluta calma, hiervo de furia y odio, sin duda, ¡pero con calma!

Ninguno de los dos habló durante un tiempo, hasta que el dios rompió el silencio.

—Mis pobres wickanos… —murmuró.

—No son tan vulnerables como teméis, emperador. Tendrán a Nada y Menos. Tendrán a Temul, y cuando Temul sea viejo, dentro de unas décadas, tendrá un joven guerrero al que enseñarle todo y cuyo nombre será Coltaine. —Se llevó las manos a la espalda, frunció el ceño y miró la ciudad envuelta en humo cuando se acercó la primera luz gris del amanecer—. Si acaso temieseis —dijo—, si temieseis por vuestro propio hijo.

—Yo no temo nada…

—Mentís. Oísteis a Temple salir del establecimiento de Gallera y huisteis.

—¡Simple conveniencia!

—De eso no cabe duda.

—Estás metido en un nido de víboras, y yo estoy encantado de dejarte en él.

Tayschrenn esbozó una modesta reverencia.

—Emperador. Por favor, saludad de mi parte a Cotillion.

—Salúdalo tú, si te atreves.

—No fui yo el que le robó a Kalam; decidme, ¿vive el asesino?

—Está en la Casa de Muerte, ¿no es respuesta suficiente?

—En realidad, no.

—¡Lo sé! —Tronosombrío lanzó una risa aguda y alegre y se desvaneció como bruma al viento.

La mañana era brillante, el sol ya calentaba cuando el investigador jefe se detuvo fuera del domicilio imperial de la ciudad de Kartool. Se ajustó bien el uniforme y se aseguró de que cada arruga quedaba alisada. Después se lamió las

palmas de las manos y, con cuidado, casi con ternura, se echó hacia atrás el cabello rebelde, rebelde en su propia imaginación, al menos. Una última mirada a las botas. Le tranquilizó la limpieza sin mácula. Subió con paso vivo los escalones y entró en el edificio achaparrado.

Un asentimiento más que un saludo de respuesta a los guardias estacionados junto al umbral, después bajó por el pasillo hasta la puerta de la oficina del comandante. Un golpe imperioso y seguro, y cuando oyó una invitación amortiguada para que entrara, abrió la puerta, pasó con grandes zancadas y se detuvo delante del escritorio tras el que se sentaba el comandante.

Que en ese momento levantó la cabeza.

—De acuerdo, asno pomposo, oigámoslo.

El ligero desinflamiento fue involuntario por parte del investigador jefe, pero consiguió enmascararlo lo mejor posible.

—Tengo el siguiente informe, señor, con respecto a la investigación que llevé a cabo de forma rigurosa sobre las misteriosas muertes de los acólitos y sacerdotes del templo dedicado a D'rek en la calle de…

—¡Haz el favor de callarte! Quieres informar de tus conclusiones, ¿no? ¡Pues hazlo de una vez!

—Por supuesto, señor. Dada la falta de pruebas de lo contrario, señor, solo cabe una conclusión. Los devotos de D'rek, todos y cada uno de ellos, cometieron una concienzuda orgía de suicidio en el plazo de una sola noche.

Unos ojos de lagarto lo contemplaron durante un periodo de tiempo incómodo.

—La sargento Hellian —dijo entonces—, la investigadora original, dijo justo lo mismo.

—Una mujer perspicaz, sin duda, señor.

—Una borracha. La despaché al Decimocuarto.

—¿El… Decimocuarto…?

—Redacta tus conclusiones —dijo entonces el comandante— y cierra la investigación. Y ahora, largo de aquí.

El investigador jefe hizo un saludo militar y se escapó con toda la dignidad que pudo. Bajó por el pasillo, otro asentimiento dirigido a los guardias, salió por las puertas principales y descendió los escalones. Donde hizo una pausa y miró al cielo. La luz del sol resplandecía reflejada en las magníficas telarañas de las paraltinas que se habían instalado en las torres de Kartool. Una maraña de belleza cristalina que centelleaba como hebras de diamante contra el asombroso cielo azul.

Recuperó el optimismo con un suspiró y decidió que jamás había visto un paisaje tan maravilloso, lo dejaba sin aliento. Así que se puso en marcha con el paso más ligero, las botas resonando con rapidez sobre los adoquines.

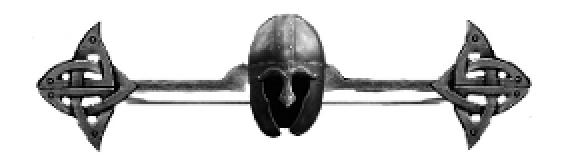
Mientras, una veintena de arañas enormes, agazapadas en sus pequeñas cuevas excavadas en las paredes de las torres, miraban con ojos fríos multifacéticos. Contemplaban a todos aquellos que se arrastraban por allí abajo, en ocasiones curiosas, siempre pacientes, incluso cuando los susurros dulces del hambre revoloteaban por sus cerebros líquidos.

Las telarañas estaban puestas.

Y las trampas, en su elaborada elegancia, nunca permanecían vacías mucho tiempo.

Así termina el sexto relato
del libro malazano de los caídos

Glosario



Ascendientes

Abrasapuentes
Anomander Rake: hijo de la Oscuridad
Apsalar: señora de los Ladrones
Ascua: la diosa Dormida
Beru: señor de las Tormentas
Cotillion: la Cuerda, patrón de los Asesinos, Gran Casa de Sombra
D’rek: el Gusano del Otoño, venerado tanto como varón o como fémina
Dessembrae: señor de las Lágrimas
Draconus: dios ancestral, el que forjó la espada Dragnipur
El dios Tullido: el Encadenado, señor de la Gran Casa de Cadenas
Embozado: rey de la Gran Casa de Muerte
Eres / Eres’al: espíritu progenitor / diosa
Fener: el Despojado, el Jabalí de los Cinco Colmillos
Gedderone: señora de la Primavera y el Renacimiento
Grizzin Farl: dios ancestral
Hermana de las Noches Frías: diosa ancestral
Jhess: reina de los Telares
Kilmandaros: dios ancestral
K’rul: dios ancestral de las Sendas
Las Azath: las Casas

Los deragoth: del Primer Imperio de Dessimbelackis, los siete mastines de Oscuridad
Mael: dios ancestral de los Mares
Mowri: señora de los Mendigos, Esclavos y Siervos
Nerruse: señora de los Mares Calmos y los Vientos Propicios
Oponn: los dos Bufones del Azar
Osserc / Osseric / Osric: señor del Firmamento
Poliel: señora de la Pestilencia y la Enfermedad
Reina de los Sueños: reina de la Gran Casa de Vida
Scalissara: diosa desacreditada del aceite de oliva, gobierna Y'Ghatan
Sha'ik: diosa del Torbellino
Soliel: señora de la Curación
Togg y Fanderay: los Lobos del Invierno
Treach / Trake: el Tigre del Verano y señor de la Guerra
Tronosombrío: Ammanas, rey de la Gran Casa de Sombra

La baraja de los Dragones

Gran Casa de Vida
El Rey
La Reina (Reina de los Sueños)
El Campeón
El Sacerdote
El Heraldo
El Soldado
La Tejedora

Gran Casa de Muerte
El Rey (el Embozado)
La Reina
El Caballero (antaño Dassem Ultor, ahora Baudin)
Los Magos
El Heraldo
El Soldado
La Hilandera
El Cantero
La Virgen

Gran Casa de Luz
El Rey
La Reina
El Campeón (Osseric)
El Sacerdote
El Capitán

El Soldado
La Costurera
El Constructor
La Doncella

Gran Casa de Oscuridad
El Rey
La Reina
El Caballero (Anomander Rake)
Los Magos
El Capitán
El Soldado
La Tejedora
El Cantero
La Esposa

Gran Casa de Sombra
El Rey (Tronosombrío / Ammanas)
La Reina
El Asesino (la Cuerda / Cotillion)
Los Magos
Los Mastines

Gran Casa de Cadenas
El Rey Encadenado
La Consorte (Poliel)
El Saqueador (Kallor)
El Caballero (el toblakai)
Los Siete de los Fuegos Muertos (los Desencadenados)
El Tullido
El Leproso
El Tonto

Neutrales
Oponn
El Obelisco (Ascua)
La Corona
El Cetro
El Orbe
El Trono
La Cadena
Señor de la Baraja (Ganoes Paran)

Barghastianos
Eleint
Eres / Eres'al
Forkrul assail
Jaghut
K'chain che'malle
T'lan imass
Teblor
Thelomen toblakai
Tiste andii: hijos de Oscuridad
Tiste edur: hijos de Sombra
Tiste liosan: hijos de Luz
Trell

Las sendas

Kurald Galain: la senda ancestral de Oscuridad
Kurald Emurlahn: la senda ancestral de Sombra, la senda Hecha Pedazos
Kurald Liosan
Kurald Thyrllan: la senda ancestral de Luz
Omtose Phellack: la senda ancestral jaghut de Hielo
Tellann: la senda ancestral imass de Fuego
Starvald Demelain: la senda eleint
Thyr: la senda de Luz
Denul: la senda de la Curación
Sendero del Embozado: la senda de Muerte
Serc: la senda del Firmamento
Meanas: la senda de Sombra e Ilusión
D'riss: la senda de Tierra
Ruse: la senda del mar
Rashan: la senda de Oscuridad
Mockra: la senda de Mente
Telas: la senda de Fuego

Pueblos y lugares

Anibar: tribu que mora en las tierras del Escudo, al norte de Jhag Odhan, Siete Ciudades
Calzada de la Muralla: desciende de la fortaleza de Mock, en la ciudad de Malaz

Ciudad de Malaz (Ciudad Malaz): lugar de nacimiento del Imperio de Malaz, en la isla de Malaz, junto a la costa de Quon Tali
Distrito del Septarca: distrito de los templos en la ciudad de Kartool
Ehrlitan: ciudad portuaria de Siete Ciudades
Fortaleza de Mock: antiguo torreón que se asoma a la ciudad de Malaz
G'danisban: ciudad de Siete Ciudades
Gral: tribu de Siete Ciudades
Hanar Ara: antigua ciudad, Ciudad de los Caídos
Hatra: ciudad de Siete Ciudades
Hedori Kwil: ciudad extinta, Siete Ciudades
Inath'an Mersin: antiguo nombre de Mersin, Siete Ciudades
Isla Sepik: isla y reino, Siete Ciudades
Kanarbar Belid: antiguo nombre de Belid, ciudad de Siete Ciudades
Karashimesh: ciudad de Siete Ciudades
Kartool: ciudad e isla junto a la costa de Quon Tali
Minikenar: ciudad extinta del Primer Imperio, Siete Ciudades
Monkan: isla hermana de Sepik (más pequeña)
N'Karaphal: ciudad extinta, Siete Ciudades
Nemil: reino expansionista al noroeste del Jhag Odhan
Pan'potsun: ciudad de Siete Ciudades
Pardu: tribu de Siete Ciudades
Parque Colina del Cuervo: parque de la ciudad de Malaz
Perecederos: reino al oeste de Nemil
Shal-Morzinn: imperio al sudoeste de Nemil
Tramara: ciudad extinta, Siete Ciudades
Trebur: ciudad extinta, Siete Ciudades (Ciudad de las Cúpulas)
Ugarat: ciudad de Siete Ciudades
Vedanik: tribu de las montañas Thalas, Siete Ciudades
Vinith: ciudad extinta, Siete Ciudades
Vithan Taur: ciudad extinta del Primer Imperio, Siete Ciudades
Y'Ghatan: ciudad de Siete Ciudades

Términos

Aptoriana: demonio nativo del reino de Sombra
Atri-preda: equivalente a comandante o puño entre los letherii
Azalan: demonio nativo del reino de Sombra
Bhederin: ungulado de gran tamaño, semidomesticado o salvaje
Bokh'aral: simio pequeño que habita en las rocas
Canción de la Muerte del Niño: entre los setis, rito de paso a la edad adulta que implica un enterramiento ritual
Carelbarra: una miel también conocida con el nombre de «portador de dioses» por sus cualidades alucinógenas

Colas cortas: otro nombre para los k’chain nah’ruk
Colas largas: otro nombre para los k’chain che’malle
Confesor: término con el que se denomina al torturador real de Ugarat
Coraval: tipo de pez, alimento principal alrededor de la isla de Malaz
Cuchillo kethra: un cuchillo de gran tamaño y hoja ancha de Siete Ciudades
D’bayang: opiáceo
D’ivers: tipo de cambiaformas que se transforma en múltiples animales
Demidrek: sumo sacerdote o sacerdotisa de D’rek
Destriant: representante mortal de una fe concreta
Dinal: demonio del reino de Sombra
Dromon: barco de guerra
Eleint: otro término para denominar a los dragones de pura sangre
Enkar’al: depredador de gran tamaño de Siete Ciudades (ya extinto)
Eraga: raza de ganado que se creía extinta en Siete Ciudades
Escura: planta utilizada para matar garrapatas
Espada mortal: paladín mortal de un dios
Flor gothar: utilizada como agente blanqueador
Garrapatas: insecto transportado por el viento de Siete Ciudades
Geómetra: dibujante de mapas en la Asociación Comercial del Trygalle
Guante Negro (el): secta secreta dentro de la Garra
Guerras Trell (las): guerras genocidas contra los trell llevadas a cabo por los nemil
Hoyos: juego de mesa popular entre los malazanos
Imbrules: animal sin especificar nativo de Starvald Demelain
Invocahuesos: término t’lan imass con el que se refieren a sus chamanes
Jhistal: sumo sacerdote de un dios ancestral que emplea sangre humana en la magia ritual (equivalente ancestral a destriant)
Jinetes de la tormenta: especie que mora en los océanos
Luthuras: animal sin especificar nativo de Starvald Demelain
Madera negra: madera poco común especialmente indicada para la navegación
Maethgara: nombre y’ghatano con el que se denomina a los edificios utilizados para almacenar aceite de oliva
Magos / Consejo de Ónice: gobernantes tradicionales de Rosazul
Mahybe: antiguo término que significa «recipiente» (ahora conocido como «mhybe» entre los rhivi)
Muralla de las Tormentas: barrera contra los ataques de los jinetes de las tormentas en Korel
Palosangre: madera poco común utilizada por los tiste edur
Paraltina: nombre de una araña y una serpiente, ambas venenosas; también es el nombre que se le da al veneno en sí
Pato: barco de peregrinos tanno
Pinzondorado: árbol autóctono de Siete Ciudades
Poliñera: insecto carroñero de gran tamaño de Siete Ciudades
Portador: vector de la peste

Preda: equivalente letherii de capitán
Purlith: especie de murciélago nativo de Starvald Demelain
Rata de aguas: roedor reptil
Regimiento Ashok: antiguo regimiento, incorporado al Decimocuarto Ejército
Rhizano: reptil alado de pequeño tamaño, insectívoro
Sin nombre (los): antiguo culto dedicado a las Casas de Azath
Soletaken: cambiaformas
Stantars: animal sin especificar propio de Starvald Demelain
Susurros (los): voces que guían en el culto de Sha'ik Renacida
T'rolbarahl: antigua forma de d'ivers del periodo del Primer Imperio
Telaba: prenda exterior tradicional que se viste en Siete Ciudades
Trono de Obsidiana: sede del poder tradicional de Rosazul
Tronos de guerra: nombre dado a los catamaranes de guerra utilizados por los perecederos
Verdith'anath: El puente de la Muerte (inframundo jaghut)
Vigilante: agente tiste andii oculto entre los tiste edur del continente Lether
Yelmos Grises: orden religiosa militar
Yunque del escudo: depósito mortal de los caídos (muertos), que ha jurado lealtad a un dios concreto



STEVEN ERIKSON nació en Toronto, Canadá, en 1959. Estudió Antropología y Arqueología antes de matricularse en una escuela de escritura.

Desde que empezara a escribir en 1993, ha firmado algunas novelas con su nombre, Steven Lundin, pero ha conocido el éxito bajo su seudónimo, gracias a la saga ‘Malaz: El libro de los caídos’, calificada como la obra de fantasía más importante desde ‘Canción de hielo y fuego’ de George R. R. Martin. ‘El mundo de Malaz’ surgió de las mentes de Steven Erikson y del también escritor Ian C. Esslemont. En un principio, lo idearon para que fuera el escenario de un juego de rol. En 1991, Erikson plasmó su primera historia de ‘Malaz: El libro de los caídos’ en un guión, pero no cuajó, y derivó finalmente en Los jardines de la Luna, ya que el libro

era el soporte más adecuado para el extenso universo de fantasía que había creado. Cuando, a finales de los años noventa, el libro salió al mercado británico, generó tal expectación entre los editores que Transworld, una de las ramas de Random House, entregó el mayor adelanto pagado hasta el momento por una serie de fantasía.

Erikson no es un autor convencional, y lo demuestra distanciándose de los estereotipos del género: sus personajes no se ajustan a los tópicos asociados a sus roles, la trama no sigue una estructura lineal, sino que empieza en el medio de la acción, y ha sido alabado por tener el valor de matar a algunos de sus personajes principales, rompiendo con el esquema habitual de que el «bueno» siempre debe salir airoso de las situaciones más inverosímiles.